Plus Ultra

VENDIDO POR
CASA PARDO
LIBRERO ANTICUARIO CALLAO 327
BUENOS AIRES

ARMADOS ESPECIAL
CIGARRILLOS
43
HEBRA
PICCARDO Y Cª L

EL OPIO EN CAFRERIA

Todos los pueblos que viven en la naturaleza y conforme a la naturaleza, tienen por enemigos a los representantes de las razas civilizadas o medio civilizadas. El hombre blanco, siempre se distinguió en la persecución y aniquilamiento del salvaje. Parece que le domina una envidia hacia los seres felices, y para destruir esa felicidad primero les cambia oro por cuentas de vidrio y cascabeles; luego les rebanea el pescuezo, o les enseña el culto al alcohol y otras excelencias del vivir civilizado.

Entre esos pueblos víctimas, ocupa un lugar distinguido el cafre, cuyo nombre es sinónimo de brutalidad e incultura. Apesar de tan negra fama, el negro pueblo cafre constituye la «elite» de la raza negra. El cafre es humano, paciente, valeroso y hospitalario. Toda su fama de hombre bestial y sanguinario proviene de que se ve obligado a defenderse contra los aventureros que le acometen ávidos de lucro. El trato con el civilizado blanco le hizo desconfiar, odiar, asesinar y enviciarse hasta la médula de los huesos.

Vivían tranquilos, frescos, sin camisa los hombres, sin corsé las mujeres, comiendo de la caza y de la agricultura. El casero, el almacenero, los impuestos, los partidos políticos, las luchas sociales, el grafófono, el bicarbonato de soda, etc., les eran perfectamente desconocidos. Vivían a su gusto, en pleno siglo de oro negro, sin apenas distinguir del tuyo y del mío. Pocos entuertos que enderezar hubiera tenido allí Don Quijote. Una esposa valía 80 cabezas de ganado, y las cabezas de ganado sólo alcanzaban cotizaciones que hubieran parecido ridículas y despreciables en los mercados blancos. Adoraban a sus antepasados sin intervención de los sacerdotes; fundían el hierro y el cobre para hacer armas con que defenderse de las fieras; labraban primorosamente troncos de árboles; hacían cestos de mimbres. El cafre era feliz, serenamente feliz, todo lo feliz que un hombre puede serlo.

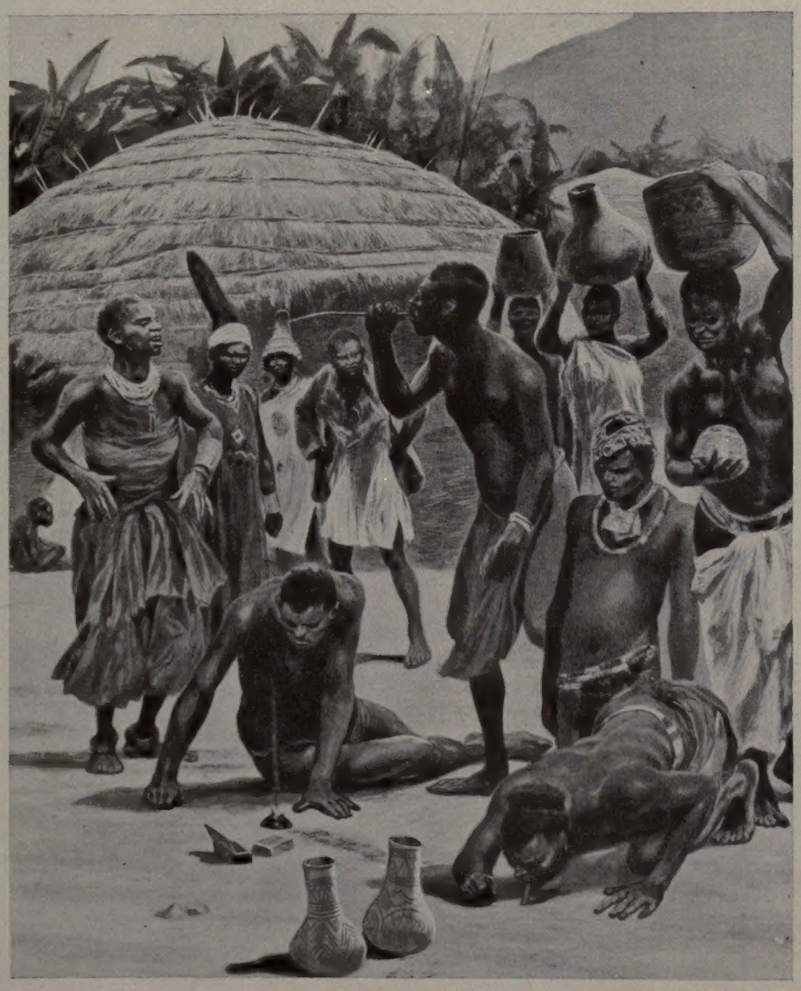
Mas el wiskhy, el gin y otros licores espirituosos llegaron a Cafrería, y los Ama-Zulús, los Amas-Tembus, los Ama-Lala, los Ama-Ncolosi y otras tribus cafres perdieron su serenidad dichosa. Ya van perdiendo la esbeltez característica de su raza; bajo sus lanudos cabellos su cacumen se embrutece; pronto merecerán el sobrenombre de cafres.

Por si el uso del alcohol barato, malo y caro, no fuese bastante, han caído en otro vicio más cafre: el opio.

La droga tan decantada por Claudio Farrère, parecía privativa de los chinos, de los árabes y de los «snobs» de los continentes blancos. Un cafre fumando opio es tan absurdo como un gaucho de frac y corbata blanca. El mismo Farrère no hubiera concebido nunca tal despropósito.

Pero se trata, sin embargo, de un ser real, estúpidamente real: los cafres abusan del opio con ese furor que ponen en sus vicios los seres inocentes primitivos. Y los traficantes cuidan de que la planta envenenada, la hermosa y falaz adormidera, no falte en Cafrería, trayéndola no se sabe dónde o cultivándola cerca de allí.

Para aspirar el humo narcotizante, los cafres no usan la pipa tradicional de los fumadores asiáticos. Hacen en tierra un canal poco profundo y allí ponen el hogar donde se queman los granos de opio y el tubo por donde se aspira el humo; luego nivelan el suelo, de modo que sólo sobresalga el tubo y dicho hogar. Un cafre se encarga de cebar la pipa, el otro prosternado absorbe el humo, hasta que pierde el conocimiento y es apartado por sus compañeros. Mientras el fumador sueña, otro le reemplaza, y así sucesivamente. El cafre hace a la tierra madre cómplice de su horrendo vicio.



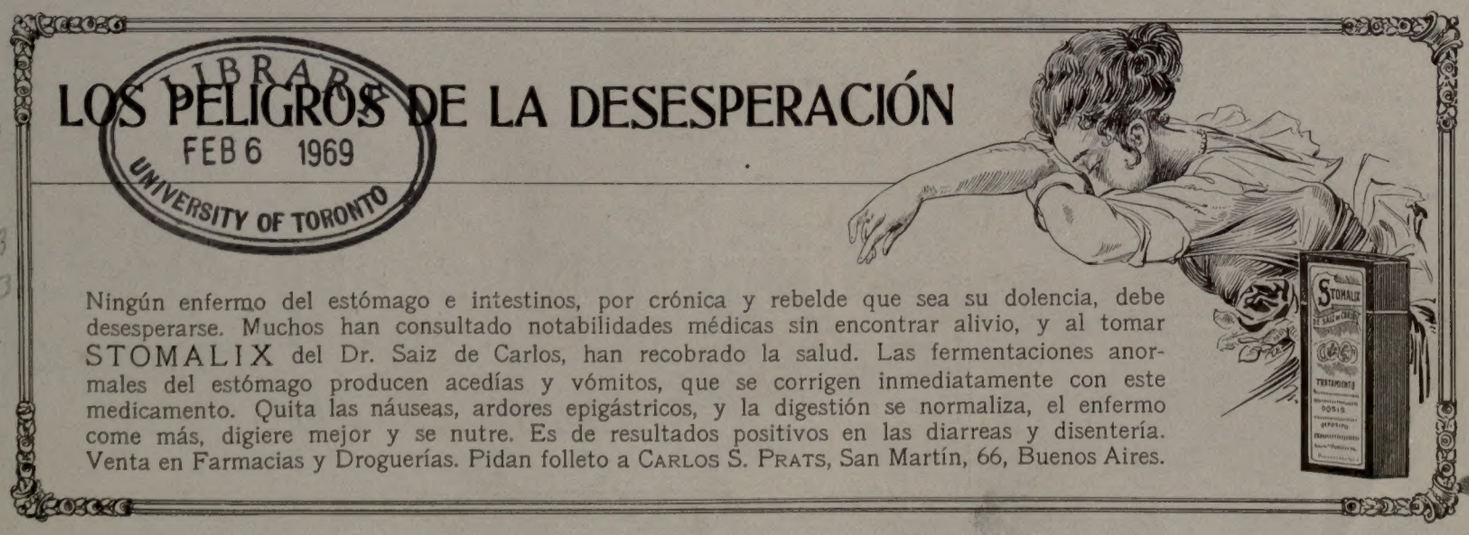
UN FUMADERO DE OPIO AL AIRE LIBRE.

De este modo, toda la tribu cae en seguida bajo el hipnótico imperio de la degradante droga. Mujeres y hombres abandonan momentáneamente este mundo para soñar con otro mejor. Pero ¿qué visiones agradables hallarán los cafres? ¿Se creerán libres del amo, del trabajo, de la degradación? Las huríes negras, ¿serán tan hermosas como las huríes amarillas del paraíso artificial chino?

El opio llega tarde para la negra población de Cafrería. En otros tiempos, cuando los negreros estibaban sus barcos con ébano viviente, el humo opiáceo hubiera sido un benéfico consuelo. Ahora no se comprende la necesidad de tal uso. Tal vez les sirva para olvidarse de que ya están medio civilizados, es decir, demasiado civilizados.

En medio de nuestros progresos, mientras paseamos en automóvil o nos aburrimos en el teatro, siempre vive en nuestro interior una protesta contra el convencional martirio que nos impone la vida civilizada. Durante esos momentos, una secreta voz nos dice que deberíamos regresar a la existencia primitiva, a las delicias del bosque, lejos del casero, del almacenero, del «music-hall», etc. Al enterarnos de estas cosas de Cafrería y de otras que ocurren en países salvajes, el ánimo vacila, y si en el bolsillo hay plata, se reconcilia uno con la vida civilizada. No merece el trabajo de ser negro, esa vida llena de vicios blancos. Pueden perdonarse el amor al bosque, las comodidades de la vida intensa y libre, si no vienen acompañadas de la ingenuidad virtuosa.

Pero pensándolo bien, más vale la Cafrería, con opio y todo, que no los países civilizados con sus agiotistas, bolsistas, cobradores, recaudadores y otros verdugos. Porque, entre borrachera y borrachera de alcohol y de opio, los negros cafres disfrutarán las delicias de sentirse amos de sí mismos, cosa que ya se va perdiendo en regiones donde la gente está negra por dentro.



LIBRARY
FEB 6 1969
UNIVERSITY OF TORONTO
AP 63 O53 año 3

PERSIA EN NUEVA YORK

La caridad es ingeniosa y, como ingeniosa, hábilmente original. Una persona altruista busca el modo de poner al servicio del prójimo desvalido toda la inspiración y todo el buen gusto de que sea capaz. Así, la caridad es arte al mismo tiempo que virtud.

Como el hombre es artista por temperamento, necesita el estímulo potente del artificio, cosa que los mendicantes de profesión conocen a maravilla y a ella deben el triunfo de sus mejores sablazos. Una limosna implorada sin arte es voz en el desierto.

Añadamos a estas reflexiones la afirmación, al parecer atrevida, de que los mejores mendigos son las mujeres y hombres acaudalados. Por eso, a veces entre el enjuto colchón de un mendigo encuentra la autoridad imprevistas sumas de valiosos billetes o cartuchos de monedas áureas. Por eso, nadie mejor que una millonaria sabe implorar un bien de caridad, buscando más hábiles tretas para conmover o herir los sentimientos filantrópicos y artísticos de ricos y pobres.

Por amor al semejante en desgracia, los artistas del altruismo saben buscar mil modos de aflojar los cordones de las bolsas bien repletas. Princesas que bailan; reinas de cualquier artículo de primera necesidad que cantan tonadillas; marquesas actrices, y otras representantes del gran mundo que se disfrazan en bien del pequeño mundo. En esto del disfraz, hay una prueba de modestia cristiana superior al precepto de que una mano no sepa lo que en cuestiones caritativas haga la otra.

Uno de los atractivos del Bazar «Hero Land War», de Nueva York, institución benéfica o mina fructífera para los heridos e inválidos («Hero Land War» significa literalmente «Tierra de los héroes de la guerra») lo constituye la reproducción de una calle de Bagdad, por donde transitan numerosas muchachas ricas vestidas a usanza persa. La reproducción, como lo atestigua nuestra fotografía, es maravillosamente admirable, excepto los rostros, pues en toda Bagdad no hay mujeres tan lindas como las señoritas Helen, Edith y Harriett Pratt, y Mary Steichen, verdaderos ángeles sin alas de la beneficencia neoyorquina.

PNEUMÁTICOS
DUNLOP
SÍMBOLOS DE DURACIÓN
542, PASEO COLON, 544

DUC
Precio
$ 5,50
Aguas de Colonia
LE SANCY
Nora
Kendal
Duc
KENDAL
FRASCO GRANDE
$ 5.50
FRASCO MEDIO
$ 4.30
LE SANCY
AMBREE
DELICIOSA PARA EL TOCADOR
FRASCO GRANDE, $ 5.30
» MEDIO, » 3.10
» CUARTO, » 1.90
NORA
FRASCO GRANDE, $ 7
FRASCO MEDIO
$ 4.30
SIMPLE
IDEAL PARA EL BAÑO
FRASCO GRANDE, $ 3.20
» MEDIO, » 1.95
» CUARTO, » 1.45
» CHICO, » 0.40
LOCIÓN
«LE SANCY»
DE RICA E INCONFUNDIBLE FRAGANCIA $ 2.65
PÍDALAS EN FARMACIAS
Y PERFUMERÍAS
BLAS L. DUBARRY
MEDRANO, 476 - Buenos Aires.

ULTIMAS CREACIONES "HARRODS"

7262.— ELEGANTE VESTIDO en rico tul de hilo color crema, adornado con ..... $ **120.—**

SOMBRERO MUY CHIC, de liberty ..... $ **40.**

Casa en MAR DEL PLATA

SAN MARTIN, 2465

Unión Telefónica, 292, Mar del Plata

2641.— ELEGANTE VESTIDO en espumilla color rosa, adornado con lindos bordados en seda hechos a mano, corpiño de pongé ..... $ **175.—**

MUY NOVEDOSO SOMBRERO en felpa blanca, adornado con cordeliere de chenille ..... $ **45.—**

7237.—VESTIDO MUY CHIC, en rica clase de tul color celeste, adornado con encaje filet y cintas de seda, $ **150.—**

ELEGANTE SOMBRERO de satín, borde de galón paillete, en negro, $ **60.—**

Harrods

FLORIDA 877
Y PARAGUAY 554

Plus Ultra

AÑO III. BUENOS AIRES, ENERO DE 1918. NÚM. 21.

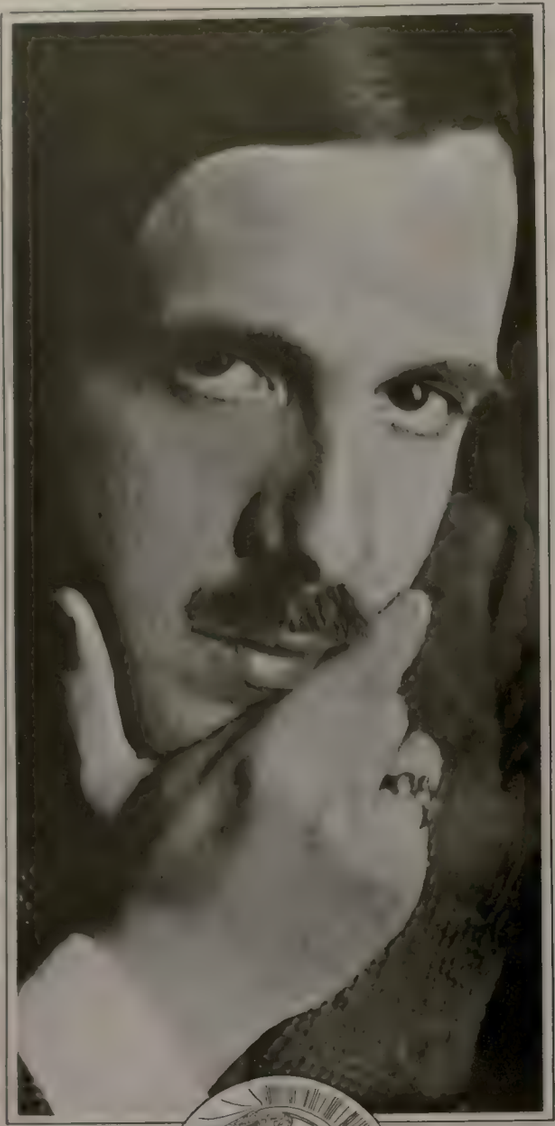
VIDA SOCIAL

UNA NOCHE EN EL TIGRE.

GOUACHE DE ALONSO.

EUGENIO D'ORS

Xenius.



tiempos llevó Italia a Francia... ¡Gota de sangre preciosa!... Yo también tengo algo de allí: mi

José Ingenieros, a quien conoce de antiguo; del viaje de don José Ortega y Gasset y el éxito de

sex, de Alberto Ghiraldo y, se detiene ante un

interesantes de la República Argentina. Es un

jos clásicos sin haber encontrado los nuevos... Porque hay clásicos nuevos... que los encuentra

dos por la creación del alma nacional; muy noble

inmigración — desde el italiano al

del pueblo quedó abolida. Hemos

expectativa, en la que ha estado y está gestando una grande y nueva literatura...

— Lugones es entonces el hombre representativo de este mo-

moderno destila su sangre, aparece la guerra:

— ...Y en Buenos Aires, ¿si-

— Con interés y muchos con

tas aberraciones intransigentes de

lucha y aquellos que, como el nuestro, están próximos a ellos, sufren

les hace rechazar todo lo que pertenece al pensamiento de los enemigos. Sería deplorable que esto mismo ocurriese en América. Aun-

guerra, pues la acción dificulta la idea, podemos estar seguros, así

conocimiento y el amor de todos

zará una labor para la cual se hubiesen necesitado cincuenta.

Rland debe ser para usted muy

de amigos de la unidad moral de Europa» y con ese motivo tuve correspondencia con él. Se trata de salvar ciertos valores espirituales que nada tienen que ver con los ejércitos a los que se quiere mezclar.

Yo recuerdo el libro de Rolland «Au dessus de la melée», donde deja consignado todo esto, tan significativo y bueno.

— Donde ha culminado el espíritu latino es en Italia, — dice *Xenius*.— Francia ha ido a la guerra obligada por la agresión brutal, pero Italia ha meditado su actitud y en el pueblo hay cierta alegría al marchar al combate. Es algo que sugiere a las grandes guerras antiguas... Tienen un gran poeta, D'Annunzio, que los impulsa a la acción, y un filósofo, Croce, superior a Rolland. Literatos y periodistas escriben allí con más libertad; no se nota en ellos la presión inglesa... Son los que tienen una visión más clara de estos hechos, y sin embargo, aquí nadie se interesa por ellos y los periódicos italianos se leen muy poco...

— ¿Cree usted que España debía tomar parte en esta guerra?

— No... Ninguna nación...

Para Eugenio d'Ors tiene poca importancia el regionalismo que agitó hace poco la conciencia española; le parece detestable que cualquier región de España pretenda gobernarse por sí misma, y...

— ¿Por qué escribe en catalán?

Es el único idioma en que nosotros podemos crear, poner alma. Las ideas son las palabras y de ellas nacen... Prueba de ello es que una palabra que para nuestros abuelos significaba una cosa, para nosotros es otra. Debemos aplicar la inteligencia y el pensamiento universal sobre el espíritu local. Así, procuramos hacer a este Instituto de Estudios Catalanes, de Estudios Generales.

Hablamos de la vida artística de Cataluña que es intensa; de poetas, pintores y escultores, en éstos es en lo que estamos mejor, me dice; y en pintura hay cosas muy interesantes y buenas. Tiene un gran aprecio para José Pijoan, el autor de la «Historia del Arte», el poeta que sabe tañer la lira de Maragall y cuya existencia misteriosa se oculta en el Canadá.

Al hablar de escritores castellanos, comenta a Azorín como un maravilloso prosista; de don Ramón del Valle Inclán dice que es el más grande poeta dramático castellano y me refiere la impresión que le produjo el estreno de «Voces de Gesta»; tiene palabras de cariño para Pío Baroja, su opositor en estética, y para la obra poética de Ramón Pérez de Ayala. Y sobre todos los poetas castellanos, en la cumbre más alta, pone al maravilloso, al único: Rubén Darío. Y entre otras palabras, llenas de admiración y cariño, dice:

Tenía la intuición suprema del lenguaje; sabía escoger la palabra justa; esa que sabemos es la que corresponde para la expresión de una cosa y que, sin embargo, nos causa tanta sorpresa y alegría encontrar... A Octavio de Romeu, mi personaje irreal, que a veces me acompaña y con el que suelo dialogar, le hacía yo decir a Rubén Darío: «Eres un trompo divino, de música; aunque la cuerda del dolor apriete tu cuello, no llores: es que el señor te da cuerda...»

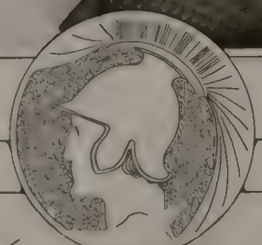
Usted, que ha dicho que el nuevo siglo será el de la filosofía ¿cree que la poesía futura tendrá ese carácter?

— En todo estará la filosofía; pero debemos tener en cuenta que su mayor triunfo consiste en que ella no estorbe a las otras manifestaciones...

Así terminó nuestro diálogo aquel día, quedando citados para otro, en la Escuela de Bellos Oficios, después de una de sus conferencias. La obra de *Xenius*, el colaborador más extraordinario que tuvo diario alguno en el mundo, según el «Mercure de France», o el Sócrates de la moderna España, que dijo la revista de Munich, «Allgemeine Rundschau», debe estudiarse con serenidad. La Escuela de Bellos Oficios, donde se promete desarrollar su tipo humano de «Aprendizaje y Heroísmo», merece capítulo aparte.

VALENTÍN DE PEDRO.

Barcelona, 1917.



Leopoldo Lugones

1. Francia ha perdido un académico en Verhaeren, ¿por qué España no ha de ganar un académico en Leopoldo Lugones?

Probablemente ésto a él no le importe. Pero ésto puede importar en gran manera al habla castellana y a sus destinos.

Lugones es el más prodigioso inventor verbal de las cuatro Españas, — la castellana, la nuestra, la de los portugueses y la de los americanos.

Cada palabra antigua en boca de este poeta parece pronunciada por primera vez. Cada palabra nueva, parece inmemorial.

Grávida de tradición es su novedad. Y a las academias interesa vitalmente traer a redil todas las tradiciones, aunque se trate de tradiciones de seis años.

Xenius

PUERTA PRINCIPAL DE LA IGLESIA DE
SAN LORENZO, EN POTOSÍ (BOLIVIA)

MISIONES LA VIRGEN DE LORETO.

La fiesta de Nuestra Señora de Loreto se celebra el 10 de diciembre. Por el informe remanzano se entiende que «mucho caños» ese día y al anterior se le hacía velorio.

Nosotros fuimos a Loreto el 9, el día del velorio.

Para ganarse la pasada hay que salir muestra cosa [illegible] medidas en el monte machete en mano, o, en el agua, empuñando los remos y cabeza y torso al sol, para saborear una fiesta popular.

Las mañanas de Misiones, como las noches, son [illegible]. Y hechos a levantarnos con la salida del sol, muy temprano nos pusimos en camino. A pie, desde luego.

Para esas dos leguas por un camino que atraviesa un manchón de campo, que se interna en el monte por una «picada», que es el paraíso de sombra y de tesoro añadido cuando se va por un arenal a las 12 del día en esta época, por ejemplo, y allá, que desciende al valle y sube a la loma y trepa por las rocas, que se continúa al otro lado del Yabebiri, mediante una balsa sobre dos chalanas, y que se mueve tirando a brazo de un cable tendido de orilla a orilla, es un placer para los ojos y un saludable ejercicio para quien esté entrenado, como era el caso.

El naranjal nos dió indicios de la proximidad de la plaza y desembocamos de golpe en ella, realmente sin esperarlo tan de inmediato. La plaza es un manchón de tierra llana, más o menos cuadrado, rodeado de monte. Alguna piedra cubierta de musgo, algún resto de muralla, amparo de helechos y «espinhos», todo perdido y diminuto, menos la «plaza» en la inmensidad de la arboleda, naranjos, higuerones, etc., atestiguan el sitio de la antigua misión.

NUESTRA SEÑORA DE LORETO CUYA FIESTA SE CELEBRA EL 10 DE DICIEMBRE.

EL PADRE JOSÉ Y LAS MADRES Y NIÑOS QUE FUERON BAUTIZADOS.

IMPARTIENDO LOS SANTOS OLEOS.

Un carro sin caballos y unas sillas junto a las ruedas, es un establecimiento donde despachan bebidas, «caña» casi exclusivamente, y vino. Todo en torno de la plaza y a la orilla del monte está ocupado así por despachos de cosas de comer o de beber. Alguna tienducha de lona y un mostradorcito de cajones o de tablas. Pero, en general, cada establecimiento se compone de una tabla y cuatro estacas, y sobre ella, la especialidad: tortas fritas, empanadas, queso, miel, mazamorra, pan, locro, naranjas. Queremos comer. Nos acercamos a la vieja de las empanadas.

— Son de galinha — nos sopla tentadora.

Parto una. La masa es correosa y dentro, un matete de arroz, algo de carne, — de galinha, sin duda — y grasa. Aquello es imposible y optamos por las naranjas. Una docena cada uno y un jarrito de miel, hacen el almuerzo más sabroso que recuerde, salvo un descomunal plato de porotos y miel después de una mañana entera de monte, abriéndonos paso con el machete.

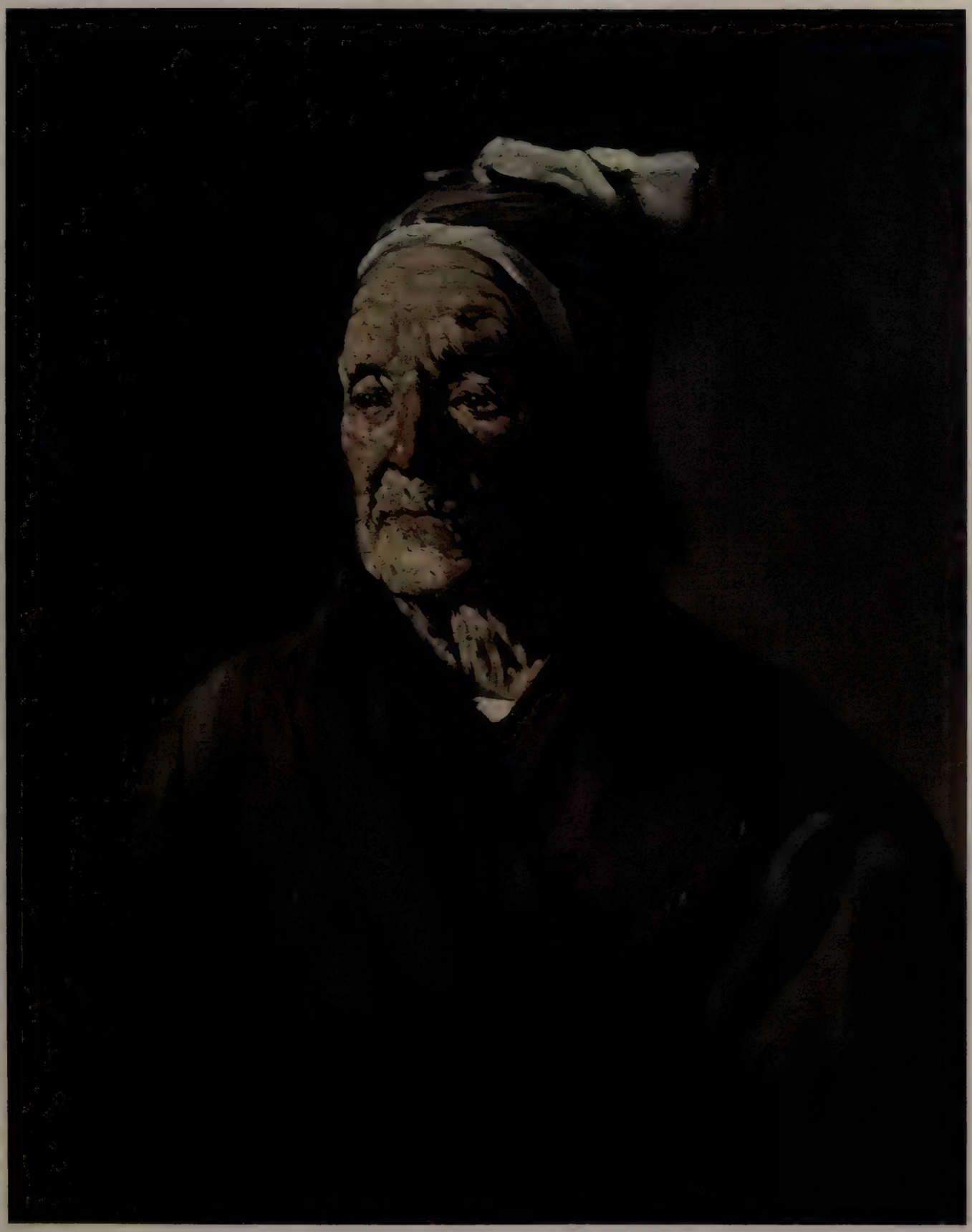
Damos una vuelta. El silencio es completo. La fiesta popular consiste en estarse allí no más. Las familias acampan a la sombra y comen y chupan mate y cumplen con la virgen, metida en la capilla, con testimonio de presencia y alguna vela encendida. En el mejor «boliche», una tienda de lona, se juega al monte. El sargento de policía que asoma la cabeza por entre el grupo apretado de mensú, sigue con ojos de obseso el meticuloso deslizarse de los dedos que cogen la carta y la vuelven. Después se va como desencantado.

En un extremo de la plaza está la capilla, que es un rancho de madera, con «sobrado» de techo de paja. El traje de la imagen desaparece bajo un cinterío de colores que el viento agita constantemente. Aquella cara blanca, con expresión de alegre sorpresa, hinche de fervor religioso a muchos creyentes y preside la ceremonia por tandas, del bautizo de niños. Luce una brillante corona de cartón sobredorado. Detrás de la puerta de la capilla arden, sobre una mesa que lagrimea estearina por los cuatro costados, innumerables velas, tentación de innumerables perros, hábiles en apagarlas y comérselas.

A las tres aparece el padre José. Va a bautizar la segunda tanda de chicos. Un muchachón fornido, cruza, tambaleándose, desde el próximo boliche y se acerca, sin interrumpirse en su tarea de llenar de caña un vaso, metido en éste el gollete de la botella. Lo llena hasta el borde sin derramar una gota y, de un trago, lo vacía. Después se apoya en un palo del «sobrado» y escucha con sonrisa escéptica el discurso preliminar del padre José: « Bueno, señores; ya saben que se paga adelantado, porque no tengo ganas de ir a correr por el monte, después, detrás de ustedes».

La ceremonia termina bien pronto. Después todo vuelve a su aspecto anterior. Anoche hirieron a un mensú; anteayer un peoncito recibió un tajo en la espalda. Dentro de dos o tres días habrán terminado las fiestas de Nuestra Señora de Loreto. Y nada más.

RODOLFO ROMERO.



DE LA COLECCIÓN DEL SEÑOR LORENZO PELLERANO.

LA MÈRE MORIEU

ÓLEO DE RIBOT.

PIVS VLIDA

La Iglesia Matriz de Jujuy

Pulpito tallado por los indios

Interior de la iglesia

LOGRANDO mantener el prestigio de su tradición, Jujuy, la remota ciudad fronteriza, sigue presentando el viejo carácter que le imprimieron las generaciones pasadas. Sus monumentos nos recuerdan hechos memorables que testimonian fechas y nombres, borrados casi en la continua sucesión de los años. Las piedras carcomidas hablan al espíritu con el encanto de su grandeza secular, porque ellas sintetizan el logro de humanos ideales, no por lejanos, menos dignos de nuestra veneración y respeto.

Jujuy siente acaso, como ninguna otra ciudad de la República, el noble deseo de conservar sus

tradiciones. Viejas fachadas de aspecto colonial, forman hilera en sus calles anchurosas y largas. Así vemos aún edificios como conventos, y construcciones religiosas con torres que quieren parecer atalayas. Visitando la población, siéntese en el alma ese sutil aroma de eternidad que se desprende de las cosas abandonadas. Y no es que nuestro espíritu ambulante se sugestione ante lo carcomido y ruinoso; es que el sentimiento de lo inmortal flota en la quietud solemne de estos silenciosos lugares. Porque Jujuy, a pesar de sus recientes y casi obligadas innovaciones, subsiste como una afirmación de la leyenda y de la historia.

En medio de antiguas casas vecinales, hundidas en el quietismo de su vejez centenaria y caduca, álzase su más preciado monumento: la iglesia matriz. Construída durante los primeros años del siglo XVIII, tiene asiento en los solares que se le adjudicaron cuando la fundación de la ciudad (19 de abril de 1593). Anteriormente hubo en este sitio un pequeño pueblo llamado Nieva de Quintana o Huaico-Hondo, destruído dos veces por los indígenas, que sólo respetaron la imagen de Nuestra Señora de Nieva, conservada hoy en la iglesia que mencionamos.

Otra imagen de las veneradas es la virgen de Paipaya del Río Blanco, enaltecida por la tradición. Paipaya era un poblado indígena extinguido en la antigüedad; derrumbada su capilla, fué trasladada la virgen a la población del Río Blanco, donde se le construyó una ermita en 1716, bajo el patronato del gobernador don Pedro del Portal. Tenida como milagrosa, oraron ante ella en vísperas de combate los generales Belgrano y Güemes. La Santa Sede ha decretado su coronación, que se celebrará en el corriente año de 1918.

La iglesia matriz consta de un solo cuerpo, con su nave de madera en forma de bóveda, altares a los costados y un retablo churrigueresco donde se rinde culto a la Virgen de las Mercedes, patrona de Jujuy. Bajo su protección se juró y bendijo, el 25 de mayo de 1812, la primera bandera argentina, y un año después el escudo nacional, trofeos que don Manuel Belgrano depositó en el templo para que fuesen conservados como preciosas reliquias. La bandera fué inspirada en la del regimiento de Galicia, que tanto hubo de distinguirse en la reconquista de Buenos Aires. Don Bernardino Rivadavia y los generales Pueyrredón y Belgrano eligieron los colores azul y blanco, tomándolos de la escarapela y banda de Carlos III, de cuya Orden era Caballero don Juan Martín de Pueyrredón. Este dato lo citan en sus escritos varios historiadores.

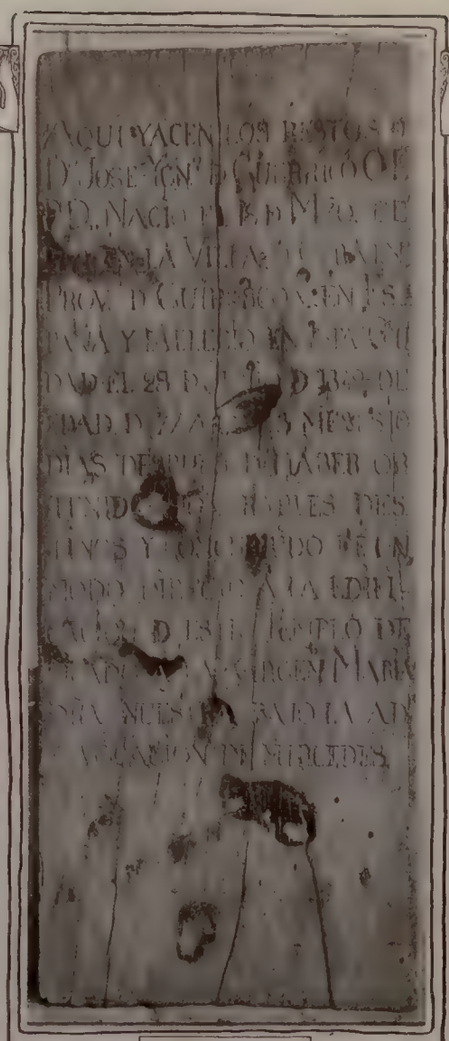
Joya de indiscutible mérito, dentro del arte americano, es el púlpito que figura a la derecha del altar mayor, construído en forma de tríptico. Sus relieves perpetúan las generaciones habidas desde Adán hasta Jesucristo, formando un extraño árbol genealógico. Entre columnas salomónicas se destacan los cuatro evangelistas, y en el pasamano de subida a la plataforma, ángeles vestidos a la usanza de 1600 ascienden por la simbólica escala de Jacob. Fué tallado por los nativos del Perú bajo la dirección de los jesuitas, siendo su estilo el barroco, aunque desvirtuado un tanto por marcadas influencias del indígena primitivo.

Igual carácter tiene la puerta de la sacristía, y uno de los confesonarios, antiguos y bellos ejemplares que acaso servirán algún día de modelos para la formación, en América, de un arte propio y definido.

Enterramientos preeminentes guardan las cenizas de don Teodoro Sánchez de Bustamante, diputado al Congreso de Tucumán (1816) y las de don José Ignacio de Guerrico, nacido en la villa de Cerain de Guipúzcoa, en 1771, que según se halla inscripto en su tabla tumbal, ocupó honorables destinos, contribuyendo a la fundación de la iglesia. Fué muy devoto. Falleció el año 1849.

Entre los ornamentos sacerdotales merece también recordarse una valiosa casulla parecida a la que existe en el convento de San Francisco de la misma ciudad, cuya briscada seda carmesí, traída de España, figuró en una gualdrapa del Caballero de la Cerda, Duque de Medinaceli.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



Tapa mortuoria de madera que cubría la tumba de D. José Ignacio de Guerrico

Confesonario y puerta interior obra de los indios

PROPIEDAD DEL SEÑOR JOSÉ M.ª MÉNDEZ.

CIGARRERA ANDALUZA

PIVS VLIPA

ORO VIEJO

Los carnavales de mi tiempo

POR PABLO DE LA COSTA

La primera transición entre la barbarie y la vida civilizada se produjo allá por el año 69 del siglo pasado. Tengo clavados en la retina los feroces «huevitos de olor» — que golpeaban y se quebraban en pleno pecho de las señoras y de las niñas que se atrevían a asomar a la puerta o la ventana; — no se me escapan de la memoria los cubitales baldes de agua que caían como un chaparrón sobre la cabeza de los transeuntes; no me olvido de las monstruosas jeringas de lata cuyo pico se entraba por entre las rendijas de las puertas y los ojos de las cerraduras; tengo muy presentes las colosales bombas de papel de diarios, llenas de agua, que enceguecían a los peatones; y el escarceo de los caballos, y las aposturas de los jinetes, y las coronas de flores naturales o de flores de papel que éstos recibían de manos gentiles, y el cañonazo anunciador de la batalla y el cañonazo vespertino que clausuraba el combate. Era todo aquello hermosamente salvaje, pero salvaje de veras, y fué necesario desterrarlo porque la cultura popular así lo pedía a gritos.

Fué como el nacimiento de una vida nueva. La prohibición severa, rígida, del juego con agua, dentro de cierto radio de la pequeña aldea, buena y mansa, colonial y honesta, despertó un entusiasmo y una emoción desconocidos hasta entonces. La implantación del corso de las comparsas, con itinerario fijo, a hora determinada, produjo en el vecindario la idea de una fiesta grande, nueva, en la que todo el mundo tomaría parte, como si un consenso general la estimulase, como si el pueblo entero quisiera descuajar las viejas costumbres, de manera que no quedase ni rastros de la bárbara y antipática forma en que se habían celebrado hasta aquellos días las tradicionales carnestolendas.

Los hombres ricos, los industriales y los comerciantes domiciliados en el tránsito del corso, se constituyeron en numerosas comisiones vecinales, a fin de recolectar fondos para dar mayor lucimiento a las fiestas. Cuatro o cinco días antes del Domingo de Carnaval, ya se veían los carpinteros y los pintores construyendo arcos de triunfo que tomaban los cuatro ángulos de cada bocacalle, y así, desde la Plaza de Lorea por Victoria hasta Florida, y desde Florida hasta la calle del Parque y desde ésta hasta la plaza del mismo nombre; en el día inicial de la fiesta, los arcos triunfales sacudían al viento sus follajes y sus banderas multicolores, ostentaban sus transparentes caricaturescos, mostraban sus innumerables faroles japoneses, y, en guirnaldas, formando arabescos, a lo largo de las aceras, en juego armónico, faroles y gallardetes daban tinte y color a la apretada línea de casas que flanqueaban el corso. Pendían de los balcones y de las ventanas tapices de todo género, manchando de tono subido el albo blanquear de las paredes, predominando el verde, el rojo y el amarillo en una sinfonía caliente y desordenada de colores. La mal empedrada calle, cuyos picos salientes eran tortura de los pies, había sido totalmente cubierta de perfumado hinojo que saturaba el ambiente por la fuerte trasudación que el sol arrancaba a aquel mar de hierba fresca. A mediodía los obreros daban los últimos toques al artístico adorno, escenario propicio, decoración simpática de la fiesta anunciada, que había de esculpirse en la memoria, y por muchos años, de aquellos que la participasen por lo novedosa, por lo artística, por lo regeneradora, por lo amable al espíritu y a los sentidos.

Al iniciarse la tarde, cuando el sol comenzaba a describir su curva descendente, las calles adornadas empezaron a llenarse de gente, mientras en la Plaza de Lorea iban reuniéndose las comparsas que, en un orden preestablecido, debían desfilar por el corso, encabezadas por dos jinetes cuya nombradía y fama alcanzan hasta estos tiempos. Estanislao del Campo y Héctor Varela, presidentes del corso, debían dirigir la marcha. A las cuatro de la tarde las calles, las ventanas, los balcones, las azoteas, todos los huecos visibles del trayecto estaban atestados de gente, y las damas y las niñas defendiéndose del sol con sombrillas de mil colores distintos, los hombres y los niños, firmes en las aceras recibiendo los rayos calientes con resignación estoica, esperaban que se produjese el magno acontecimiento.

Y así fué como, a aquella hora, los dos jinetes, gallardos en sus piafantes cabalgaduras, cubiertos con el negro chambergo de alas anchas, vestidos de chaquetilla azul, pantalón blanco y bota de postillón, desembocaron por la esquina de Lorea y Victoria, seguidos por una banda de música, y saludados por una delirante salva de aplausos ensordecedora, que corrió como un viento ligero, repitiéndose en ondas y como a saltos en toda la extensión del corso. Detrás de ellos, las comparsas, con sus músicas de violines y guitarras, con sus estandartes resplandecientes de seda y de oro, con sus trajes pintorescos, hicieron irrupción, flanqueadas por bandas interminables de chiquillos, que saltaban y corrían en aquel delirio de la cosa nueva, gritando, aplaudiendo, desgañitándose en esa explosión del alma infantil que no encuentra valla a sus primeras alegrías.

Eran millares de hombres y de mujeres los que formaron la alegre mascarada, eran millares de instrumentos y de voces los que quebraban el aire sereno de aquella tarde de sol radiante y esplendoroso, era una multitud sana de espíritu, sana de mente, sana de cuerpo que se movía como una ola gigantesca en medio de una polifonía desconcertante y embriagadora de tambores, platillos, trombones, violines, panderetas, guitarras y castañuelas, era toda la música latina, de todos los pueblos europeos, transplantados a estas playas cariñosas, que se fundían en un acorde grandioso para saludar a las banderas, a los gallardetes, a las flores, que el viento suave mecía como si quisiesen llevar el compás de los orfeones.

La enorme mascarada, a pie, a caballo, en carros alegóricos, avanzaba lentamente entre aplausos y gritos. De vez en cuando, al hacer un alto inesperado, las comparsas cantaban sus coplas alegres o amorosas debajo de los balcones, y las flores, arrojadas por manos gentiles, premiaban el amable obsequio de la canción. Otras veces, las comparsas invitadas por los vecinos, penetraban a las casas en procura del refresco ofrecido a cambio de las canciones del repertorio, — visita que terminaba con algunas vueltas de vals, — y tal vez, y sin tal vez, algún flirt amable apenas esbozado en el calor tumultuoso de aquella fiesta sincera, artística, buena, toda alma, toda juventud, toda sencillez primitiva, toda ansia de vivir la primavera radiante de la vida.

Componían las comparsas y por grupos los hijos de los acaudalados, de los industriales, de los comerciantes, de los artesanos, es decir, estaban en ellas los hijos de los oriundos y los hijos de los que habían venido a esta tierra a traer el concurso de su brazo y de su intelecto, fundadores de las generaciones constructivas de la raza nueva, propulsores de esta alma nacional que hoy tenemos, tal vez un poco híbrida, pero empeñosa y fuerte en el trabajo y en la lucha.

Madres francesas, españolas, italianas y argentinas habían dado a la tierra virgen retoños de la vieja sangre latina y los retoños cantaban al aire la canción de la gloria de la raza, en la gloria del sol americano, en la gloria del flotar de sus banderas, amalgama de sonidos y colores, ríos de fe y de entusiasmo joven, que corrían torrentosos por las venas pletóricas de sangre limpia y honesta.

Y allá iba la caravana gigantesca, al son de las propias alegrías, echándose a la espalda de los tiempos pretéritos, en una procesión incontable, la cercana barbarie del Carnaval antiguo, como una protesta fiera contra los brutales desbordes, llevando por pendón civilizador la primera nota de arte popular que brotó, como una chispa de redención, en el suelo argentino. El pueblo ya no gritaba, ya no aullaba, cantaba, cantaba con un calor indecible y sincero, porque tenía el alma buena, porque tenía la conciencia de la limpieza de su estirpe.

¡Oh! la vieja aldea, cariñosa y buena, santamente envuelta en su aurora de nación que nace a la vida, ¡qué dulces, qué inefables, qué hermosos fueron tus primeros días de arte popular!... ¡Cómo se han grabado en el espíritu, con letras de oro viejo, con todas tus sencilleces animosas y plácidas; cómo reviven, entre la vigilia y el sueño, todas las policromías y todas las polifonías de aquellos momentos que no volverán, y que, evocados, parécenme fantasmas imaginativos preñados de encantos!

Cayendo el sol en el fondo del horizonte, en el palpitar intenso de nuestros crepúsculos maravillosos, a la hora en que el día, fatigado, quiere irse a los confines perdidos, el cortejo ruidoso se disolvía lentamente, las músicas se perdían en los arrabales de la ciudad, las canciones se apagaban como ecos lejanos, los sonidos se hacían cada vez más cortos, más imperceptibles, y con la última chispa de luz, a la hora de las ánimas, la mascarada callejera daba por terminada su misión...

Después, por la noche, el remate, es decir, el baile, la fiesta familiar, el hogar abierto con los brazos abiertos, la vida íntima entregada al deber humano de concertar espiritualmente voluntades para que prolongasen el imperio de la vida...

¡Cómo han cambiado los tiempos!...

¡Qué lástima grande que los viejos tengamos que llorar tantas bellezas perdidas!

DIBUJO DE FORTUNY.

MARTIRIOS VOLUNTARIOS

EN CASA DEL MODISTO.

DIBUJO DE ACQUARONE.

Mi perro

Mi perro es casi casi tan lindo como un lobo.
Negro, patas de fuego, las fauces color vino;
entre el jaspe y la sangre filtra un secreto arrobo
su pupila, de fondo vagamente azulino.

Sentado, es una estatua; andando, una sospecha;
no galopa, no ladra, ni hace fiestas serviles;
si llena con su trote mudo la calle estrecha
mueve silencios de hombres y voces mujeriles.

Tira baja y al cuello la horrible dentellada;
si hace presa se agacha retrocediendo lento;
la sangre de la bestia que arrastra degollada
vierte en sus manos rastro feroz del escarmiento.

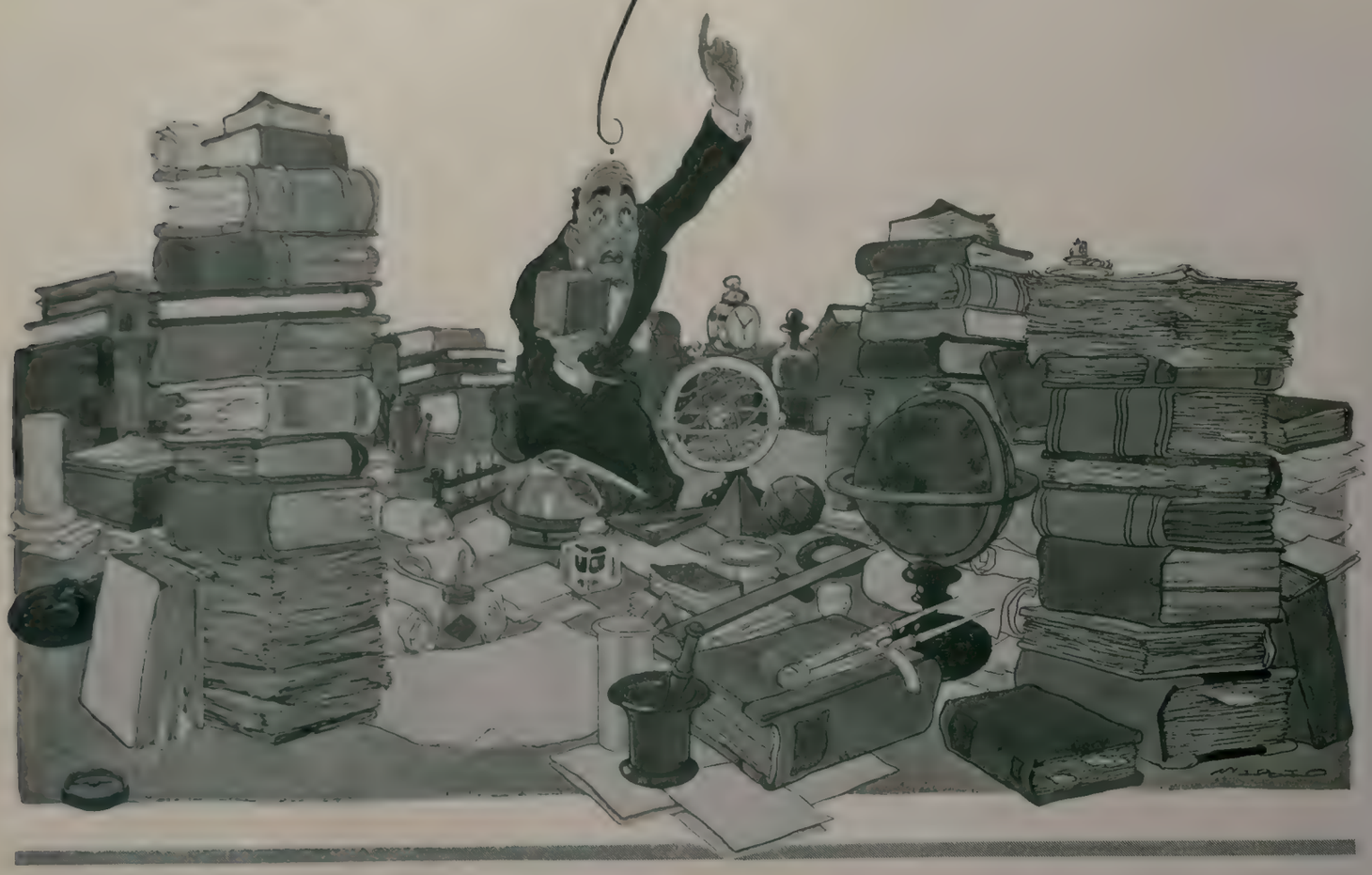
De noche aúlla, aúlla..... Lo ve a sus calcañares
el ladrón, y a las ánimas se encomiendan las viejas;
los gatos interrumpen sus juegos familiares
para encresparse echando chispas por las orejas.

Después, el sol ya en alto, al amo que despierta
le cede al fin la guardia contra el dolo y el robo,
y dice la mirada de su pupila alerta:
"Ha llegado la hora, patrón, de hacer el lobo".....

Pablo della Costa (hijo).

Dibujo de Peláez.

QUARE? CAUSA.



Afortunadamente no me arredran las dificultades, ya soy estoico como Zenón y un poco mucho vegetariano, y el uso diario de las farináceas combinado con las aficiones que despertaron en mí las conferencias de Ortega y Gasset, han desarrollado mi voluntad y el espíritu de investigación. En todo hallo motivo de estudio; me detiene todo problema; y ante cualquier incógnita ejerzo de tirabuzón, penetro en sus profundidades y trato de *extraer* el origen aclarando el misterio. Tesonero el hombre ¿no?

Dice Amado Nervo: «Todos los porqués humanos, dejarían de formularse si conociéramos una dimensión más: la cuarta»; pero yo palpito que, algunos, ni con cuarta.

Así, pues, puede afirmarse, que el viejo Simón de «La Tempestad» cuando cantaba aquello de

«¿Por qué, por qué temblar?»

no conocía la cuarta dimensión.

El día que esta medida — o lo que sea — llegue a ser del dominio público, como el balneario municipal, será el momento de aclarar todos los fenómenos que aquí apunto y cuya invariable repetición hacen sospechar la existencia de una ley inteligente y desconocida que bien pudiera ser la cuarta dimensión, verdadero, modernísimo y consolador hallazgo, porque ella será la depositaria de todas las incógnitas. Y así como los médicos atribuyen al sistema nervioso todo cuanto ignoran, el resto de los mortales encontró por fin el modo de resolver toda duda en esta sencilla fórmula: ¡Váyase a la cuarta dimensión!

¿Por qué no cortan nunca los cuchillos de mesa?

¿Por qué los perros tienen tanto odio a los carboneros?

Si se come en la cama, — por muchas precauciones que se tomen, — ¿por qué siempre han de quedar miguitas entre las sábanas?

¿A qué obedece que las telefonistas siempre dicen: «Tenga el tubo», si no hay más remedio que tenerlo?

¿Por qué no ríen nunca los inspectores del tranvía?

¿Por qué están tan mal educados los hijos de los amigos?

¿Dónde van a parar las cajas de fósforos que a todo el mundo le sobra?

Se gane mucho o poco, ¿por qué siempre falta plata a fin de mes?

¿Cuál es la causa de que todos los rengos tengan fama de malos?

¿Por qué se comen tallarines todos los domingos?

¿Qué empeño tiene todo el mundo en publicar artículos si nadie los lee?

¿Por qué interrumpen la marcha de los tranvías los carros cargados con sifones de soda?

¿Por qué todos los italianos llevan siempre puesto el sombrero de un modo tan raro?

En las reuniones de las confiterías, ¿qué pasa que los coristas siempre se marchan sin pagar?

Cuando uno pisa a otro, ¿por qué se queja el que pisa?

¿Por qué razón «La Razón» empieza por la tercera edición? ¿Qué les ha hecho la primera y la segunda?

¿Qué daño hacen las lupas para que, siempre que se las toma, se las retuerza el mango?

¿Por qué habla de miles de pesos todo aquel que no tiene un centavo?

¿Por qué casi todas las literatas son feas?

¿Por qué hay tanta muchacha que usa lentes?

¿Por qué no tienen ni medio los que están en el secreto de los ganadores en las carreras?

¿Por qué no hay ni un mozo de café con gafas?

¿Por qué todo el mundo habla bien de Wagner y a nadie le gusta?

¿Qué sacan los que van en motocicleta con deshacer los oídos de los pacíficos transeuntes?

Si los concertistas de violín o piano se cortaran el pelo, ¿dejarían de tocar bien?

¿Por qué nadie devuelve los libros prestados?

¿Por qué acaba de pasar el tranvía que se necesita y vienen muchos que no hacen falta?

Al terminar la afeitada, ¿por qué pregunta el peluquero si hace daño la navaja?

¿Por qué el dolor de muelas cesa en casa del dentista?

¿Por qué son malos todos los gobiernos?

¿Por qué el pucho cae siempre fuera de la salivadera?

¿Por qué los golpes van directos a la parte dañada?

¿Por qué no molestan los zapatos en la zapatería y sí cuando no pueden devolverse?

Los que presumen de vivos, ¿por qué siempre están fundidos?

¿Qué tiene que ver la pipa con el ingenio de los detectives?

¿Por qué siempre se ignora dónde se agarra un resfrío?

¿Por qué se paran los coches en las esquinas, interrumpiendo el paso, cuando se está apurado y se quiere atravesar la calle?

Si uno se viste de claro, ¿por qué se mancha de obscuro? Y si se viste de obscuro, ¿por qué se mancha de claro?

¿Por qué «Los tres mosqueteros» eran cuatro?

¿Tan divertidas son las manifestaciones que las hay todos los domingos?

¿Por qué cuando hay una rotura en el traje, o en los botines, se está en la creencia de que todo el mundo se fija en ella?

¿Por qué prefiere el público ir a los teatros las noches de estreno, si es cuando se ven peor las obras?

¿Por qué suele haber más fiebres en las casas donde hay termómetros?

Cuando se estrena un sombrero de paja, ¿por qué llueve?

¿Por qué son de tan mal gusto los coches fúnebres?

¿Por qué la Pampa tiene el ombú?

Si algún lector llega a encontrar por ahí la cuarta dimensión y quiere prestármela un momento, yo le prometo devolvérsela en perfecto estado inmediatamente después que resuelva estos pequeños problemas.

Gracias anticipadas.

ANTONIO CAÑAMAQUE.

DIBUJO DE SIRIO.

AGUILUCHO

Nació en la espesura de las viñas, una mañana de sol y pámpanos. El silencio era como un ala de gloria en la escena solitaria. Y al filtrarse una ráfaga, sahumada de las linfas del Zonda, hacía de las hojas vívidas, cascabeles precursores de las vendimias. Ya los racimos rudimentaban esa forma émula de los corazones, apeñuscadas las uvas en la expresión de pueblos pujantes. Y bajo las frondas nebulosas, sobre la tierra tibia, se extendía el bordado maravilloso impreso por las pintas del sol al traspasar las copas bruscas. Su nido de nacimiento, fué más dichoso que el de las águilas...

Lo proporcionó al mundo el sortilegio de una palabra: Amor. Su madre andina, viniendo del confín Arauco, bajó un día los desfiladeros de la cordillera enorme, como un ampo de nieve rodante, cuyo corazón alojase gérmenes para la corriente de un río... Pisó las áreas fecundas. Se sensibilizó con la frescura y el dulzor de las frutas su naturaleza roqueña. Y el vino puro, dijo en su sangre virgen, el secreto eterno: ¡Amor!

La historia no fué más que la fascinación ligera. Vísperas, todo promesa, todo encantamiento; traspaso, el desprecio, las cenizas. Y de nuevo fué, peregrina como antes del desamparo ahora de la injusticia, a amparar en el vientre de la viña grande, como en una madre, su destino...

Desvelaba apasionadamente la eminencia científica de los sabios comarcanos, a la vez, un juicio heráldico. Tenían cortado, ante sus ánimos iguales, el atlas del continente, en blasón comparativo. Dos campos en pal, figuraban de azur y gules dos países, partidos por briosa angrelada banda de plata. De diana subía el sol en un canto de oro. Del trascol, el desierto del mar. Sobre los timbres de la banda argente, las águilas custodias guardaban el tesoro de sus progenies inaccesibles, sobre edades e infinitos. La desidencia era: ¿Pertenecían las águilas al sol o al mar?

De este lado la riqueza jocundaba la vida. El chorro de mosto capitoso urdía el riacho de cien ubres inextinguibles. Tributaba el espíritu de las parras en la sangre de los hombres. Y parecía atraerlos, él, prodigiosamente, a besar la tierra madre y baja. Todo lo positivo era de la parte sol. Y traspuesto el espinazo de plata: solo y único: el más allá abierto, sin fin las olas y los cielos, enajenadores de alas fornidas... ¿De cuyo eran las águilas? ¿Natales o extranjeras?

Desaparecidos los ebrios de la bacanal, esfumado el ambiente alucinante, la inocencia rústica aureoló, con unción de leyenda, el episodio de la forastera. La vieron salir de las viñas con el milagro del hijo. Sólo recordaban que llegó un día estragada a festivales de vendimias, que bebió en el póculo de todos los mancebos. Y que el sino la perdió después en las espesuras clementes. Se dijeron:

—Vino del más allá peregrina. Ignora quién es, cómo ha llegado a las tierras del sol. En el viaje desamparado concertó sin duda (es evidente) amores con los reyes de las cumbres. Es una enviada del mar. Su hijo es...

No se atrevieron a decirlo. Pero le bautismaron con alusivo nombre: Aguilucho. Entonces, como una flor sacra hurtada al tallo, puesta en el vaso cristalino del entendimiento para la admiración común, ella marchitó al atardecer de su celebración, feneció. Y la leyenda hinchó con sugestiva seguridad las viñas, traspuso límites, rodó por la redondez del universo. Y al volver en la esférica resonancia, llegó recién a las orejas de los sabios.

Y salidos de los recintos venerables del estudio, fueron en corporación amburbial, descreídas las canas cabezas, tras música de caramillos y vihuelas con que los precedían los viñadores. Lo hallaron a la sombra de las enramadas cuantiosas. Era ya un adolescente o provecto, vago ejemplar de tribu, afine, en la insenescencia de sus días, a dioses remotos. Hablaba mal y sólo para responder. No sabía de nada. En compensación, reía, con gracia ignota de gioconda, diáfano sentimiento de arte humano...

Los sabios escrutaron hito a hito sus facciones. Reflejaba el florecimiento de sensibilidades, augurio de frutas, en su rostro que era un gromón contorsionado de cascos anulares, como una copa involucra, al tope de un sarmiento. En los iris de los ojos profusaba el fulgor violáceo obscuro de las uvas dulces. Y su boca filosa, imaginaba un pico de metal, paradógicamente benigno.

Pero bajo la capa de este exterior exulto, arcano adentro: ardía la sensación honda de lo impenetrable, el alma recóndita del mar que impelía con alientos de alas fuertes las expresiones...

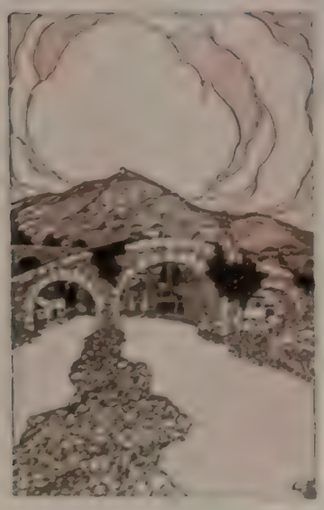
De la meditación y del asombro, el eclipse mental de los sabios, alumbró a través de la leyenda y del original, una definición viva sobre el abstracto de la ciencia. ¡Las águilas eran del sol y del mar! ¡Por qué las águilas eran dones del eterno Amor; y Bellezas del supremo infinito!

JUSTINO DE GONZALO.

ÓLEO DE LAIR ESTRELLA.

LUGARES PINTORESCOS
UN PAISAJE
DE CORDOBA
Fotografía de Tabia

AÑORANZAS



Hacia ti vuelvo los ojos; a la mitad del camino de mi vida, antes de bajar la cumbre.

Hacia ti vuelvo mi alma, vetusta y amada ciudad donde yo nací, recostada en la montaña a cinco leguas del mar, sonorosa de canciones, aromada de pomares.

Rotunda, lenta y lejana la campana de la Catedral llama al Coro al oficio divino de las vísperas.

A esta hora tórnase cantarina mi ciudad; cada ventana tiene su cantar, cada casa lanza sus canciones al espacio, de donde caen mezcladas en nuestro corazón dejándole un fermento de suave melancolía. En todos los obradores de modistas, costureras, sombrereras y planchadoras, cantan coros de voces pubescentes los amores perdidos, la despedida triste, la ausencia larga.

Ebanistas, alfayates, herreros y mamposteros, ensamblan, cosen, baten y clavan al compás de cantos en que se loa la fuerza de valentía, las vaqueras de la Alzada y el buen vino de Castilla.

En mesones y paradores mientras los veceros ingurgitan y trasiegan, agotado el repertorio de Riberinas, Serranas, Carreteras y Vaqueras, Pravianas y Quintaneras entona un cantor, al son del *Alta la lleva*, la fanfarrona canción de la provincia:

Camino de Castilla
Ya no va nadie...
¡Sólo el polvo de nieve
Que barre el aire!

En la plaza, la giraldilla de las niñas canta romances antiguos, los mismos que antaño cantaron en su niñez nuestras madres, nuestras abuelas.

...El Romance de la Blanca Niña... la Princesa Delgadina... Gerineldo... Doña Enxendra.

Y el encantador y moderno de aquella Reina Mercedes, que cuatro duques llevaban por las calles de Madrid. De todas partes salen cantos: de cuarteles y de hospicios, de cárceles y hospitales.

En la Catedral Basílica la húmeda penumbra del coro, salpicada de policromos reflejos de vidrieras, se llena de los graves salmodios canonicales, mientras estridentes como clangores suben hasta el crucero las voces de los niños de coro entonando el Oficio Divino de Vísperas.

TEXTO Y DIBUJOS DE SIRIO.

CON EL DOCTOR MAGNASCO

POLITICA Y LITERATVRA NACIONAL

Hace algunos días, visitando al doctor Osvaldo Magnasco, eminente ciudadano argentino que, consagrado a su estudio de jurisconsulto, vive aureolado por diez y ocho años de retiro y silencio, pensaba yo en la crisis actual de nuestra política interna y en la ausencia de inteligencias superiores, de caracteres de cuño patricio, que se nota en el escenario de la vida nacional...

Conversábamos de hombres y cosas, del pasado y del presente; el doctor Magnasco, en cuya austeridad y extraordinario talento subsiste la herencia moral de nuestras grandes figuras republicanas, definíame con palabra conceptuosa y elocuente ciertos acontecimientos del período de la organización argentina... Y yo, entretanto, mentalmente, hacíame un balance retrospectivo de su biografía.

Imaginábale diputado nacional a los 25 años, el 90, estremeciendo con sus magistrales catilinarias aquel recinto donde tomaban asiento las más ilustres figuras parlamentarias de la época; veíale constituyendo con su oratoria formidable la sombra obsesora del Alcibíades de la política argentina, el doctor Manuel Quintana; me lo representaba en su memorable cátedra de derecho romano, exponiendo ante sus alumnos, con la autoridad de un Gibbón, de un Crevier, de un Walter Moyle, de un Mispoulet, el panorama histórico y filosófico y la vida institucional de Roma antigua; admirábale, en seguida, en el cultivo de los clásicos latinos, traduciendo, con más perfección que los maestros italianos, a Horacio, Virgilio, Ovidio, Lucano, Lucrecio, Tibulo, Propercio, Cátulo, Juvenal y el *Pervigilium Veneris*, de autor desconocido; escribiendo un trabajo en que negara carácter científico a la Filosofía, y refutando en otro las teorías de Lombroso en su «L'uomo delinquente»; y después legislando sobre los códigos de comercio y penal, dando lecciones de derecho internacional y constitucional, haciendo reformas legislativas y administrativas, interviniendo en las controversias políticas e internacionales, dirigiendo los ferrocarriles del país, organizando la justicia militar, redactando los códigos del Ejército, fundando los consejos de guerra y asesorando, como letrado, al Tribunal Supremo; y más tarde triunfando decisivamente en el célebre litigio con Chile, llamado *Cuestión del Norte*, trazando la línea de las altas cumbres, en medio de personalidades como Mitre, Roca, Uriburu, sobre los propios documentos chilenos, en oposición a las pretensiones de don Diego Barros Arana; y por último, en su fundamental y completa obra ministerial, de educación y justicia, durante el segundo gobierno del general Roca... Luego, confundiendo a sus detractores en su última aparición en el Congreso, fulminando la calumnia plebeya de los mediocres, y retirándose, dignamente, a la vida privada, para entregarse a la profesión y a la ciencia del Derecho...

¿Cómo, me dije entonces, el pueblo, que suele tener instantes de lucidez repentina, no ha hecho llegar aún su clamor, no ha venido en masa, hasta las puertas de este ciudadano excepcional, para pedirle su nombre y levantarlo como una bandera de combate en las horas de marasmo y desconfianza cívica?...

Arriesgué una pregunta extemporánea:

—¿Cuál es su filiación dentro de la actualidad política, doctor?

—Estoy deliberada y completamente alejado de ella, —me respondió el doctor Magnasco. —He dicho ya en distintas ocasiones que no puedo volver a la actuación de esa clase, y la resolución, que hice al abandonar el ministerio, fué para cumplirla y no para quebrantarla. Son razones personales las que me obligaron a adoptarla y desde entonces me veo forzado a dar penosas negativas a las frecuentes solicitaciones que vengo recibiendo desde que dejé ese ministerio. Todo ello no me impide manifestarle que mi mayor deseo cívico es y ha sido siempre, ver constituído y organizado un gran partido político, como lo quería Mitre y se había propuesto Avellaneda. Tarda en venir ese gran progreso nacional.

Cambié el curso de la conversación, y en el deseo siempre de obtener declaraciones importantes, le pregunté:

—¿Por cuál de los argentinos ilustres del último cuarto de siglo siente usted más admiración y cariño?

—Entre los más grandes, ninguno ofrece un conjunto más realmente digno de imitación que Mitre. Pienso que todavía no se le ha estudiado bien, sobre todo en la firmeza inalterada de su conducta con relación a los principios que eligió como norma de su vida pública. No hay un solo acto de él que no responda a ellos, desde el sitio de Montevideo a su postrer fulminación contra los adoradores de Caxias. Hay otros que, actuando en su tiempo, han llevado a cabo actos aislados de incomparable magnitud y trascendencia: Urquiza, Caseros y la Constitución; Alberdi, el ambiente científico constitucional; Vélez, la consolidación del derecho civil argentino; Sarmiento, la educación popular; Avellaneda, la capital definitiva; Roca, la integración territorial de la República; Don Torcuato de Alvear, el espíritu urbano de civilización, etc. Pero, nadie es como Mitre un ejemplo. En todo: como ciudadano, como hombre de gobierno y de partido, como dueño de las más extensas ideas generales, como inteligencia flexible y de genial adaptabilidad, como amor al saber, como self made man, y como energía intelectual y sobre todo moral. Ningún hombre, en toda la amplitud de nuestra historia, ha podido sostener su prestigio tan largamente como él. Eso es un signo de su positiva grandeza.

También tuve gran cariño por don José Manuel Estrada —tipo de patriarca— cuyo curso de Instrucción Cívica debiera ser leído siempre por los argentinos.

Continuamos hablando de distintas cosas, algunas sin mayor importancia. Ayudado por un giro de la plática, traté nuevamente de sondar las opiniones del doctor Magnasco sobre un tema interesante: nuestra literatura.

—Muy delicado es el asunto, —me dijo. —Ya sabe usted aquello de *genus irritabile vatum*, de Horacio. Yo pienso que no hay por el momento verdadera literatura nacional, a no ser en transición, aun cuando haya producción literaria, y con exceso, muy buena en parte. Creo que su más perceptible deficiencia está, en general, en la falta de solidez. De ahí que las obras y trabajos que se dan a la publicidad tengan, como es notorio, una vida efímera. Acaso nos sobre la predisposición y aún el genio, pero nos falta la escuela y las severas disciplinas que ella impone. Y, como siempre me gusta invocar el pasado, lea usted otra vez el «Pro Archyas», de Cicerón, y recordará cuánto exigía el eximio maestro para ser un hombre de letras de verdad. Lo que hace falta, pues, es el carril, el cauce y, sin duda, el filtro. Usted me pide que le cite nombres propios. Tarea enojosa por lo que ya le dije con Horacio y porque en una conversación como ésta, ¡cuánta omisión podría afectar de injusticia el recuerdo! Bunge es, en mi sentir, una de las más vigorosas mentalidades de actualidad; Lugones, el temperamento más genial, es asombrosa su imaginación, tanto que el freno que le pone no le basta; «La Gloria de Don Ramiro» ofrece exquisitos pulimientos; pero, ¿es obra nacional nada más que porque sea de Larreta? Joaquín González, a parte de sus demás conocidas condiciones, es un escritor: bien se notan en él los frutos de su perseverancia literaria disciplinada y firme; de Rojas habrá que decir todavía muchas cosas buenas; número de importancia es Ingenieros; pero, ¿no lo encuentra usted algo movedizo y a veces contradictorio? Pero en todo ello —y acaso defecto de ambiente—¿cuál es la figura genuinamente literaria comparable, por ejemplo, con la de Miguel Cané? ¿Dónde está, en los últimos lustros, la producción que viva y perdure como la de Obligado? ¿Quién, en la actualidad tiene el extenso e íntimo conocimiento de la literatura de la madre patria como Oyuela? Y sobre todo, ¿por qué han sido olvidadas las letras clásicas de Francia, España e Italia? ¿O se puede creer que el conjunto de la producción literaria moderna vale lo que la precedente como modelo de inspiración, de arte y por consiguiente como factor educativo o de superior cultura? Estimo que el más sensible defecto de las sociedades modernas en general y especialmente en lo literario, está en el exceso de emancipación respecto del pasado, cuando bien sabido tenemos que no lo hemos proseguido o sustituído siempre con ventaja ni siquiera con paridad en muchas cosas fundamentales. En letras y filosofía, al menos. Y no hablemos de política y de moral. La universal subalternización es notoria. Esperemos, sin embargo, nuevos como somos, que la profunda y prolongada conmoción actual nos vuelva la vista hacia arriba, hacia los ideales, oscurecidos por las doctrinas utilitarias con las que algunas naciones de Europa tienen envenenado al mundo desde antes de mediados del pasado siglo y, entonces, operada la reacción franca a favor de las cosas del espíritu, hemos de volver a dar a la inteligencia su ambiente propicio y panoramas análogos a los que tuvo en las épocas que, hoy más que nunca, podemos llamar con el nombre histórico de «edades de oro», al menos de la literatura, de la filosofía y de la ciencia. Pero, hoy por hoy, ¿qué puede esperarse de inmediato? Lo único: que Dios nos dé a nosotros y a nuestros hijos inmensa paciencia...

La mirada del doctor Magnasco pareció nublarse ligeramente; y mientras yo adivinaba en su espíritu la íntima ansiedad patriótica de los ciudadanos superiores, él me extendió su mano, con un silencio significativo...

Y yo creí entrever en ese silencio aquella frase de Norman Macleod, cuando realizaba su gran propaganda moral en la baronía de Glasgow: *¡Necesitamos hombres, realmente! ¡Pero no sus libros o su dinero o su popularidad, sino a ellos mismos!*

JULIÁN DE CHARRAS.

ESTILOS ~ CRIOLLOS
CUERO ~ DE ~ BUDRA
(UN CUENTO A PUROS PARENTESIS)
POR
SEVERIANO LORENTE

[illegible] Ya podés ir maliciando que en [illegible] la pértiga en el espeso barrial de mi penuria lingüística, si no viniera [illegible] del que te estoy conversando, iba en [illegible] que hay chinches!

[illegible] todas las características de una fijota clavada: a pesar de que Alejandro (te ruego no confundirle con su homónimo el [illegible] Macedonio) estaba haciendose un hombre, [illegible]

Dos elementos cinchaban en su estado psicológico: uno, la satisfacción inefable y [illegible] viéndose jailaife. Ese interior regodeo, hinchazón del individuo, es un secreto placer, [illegible] su espasmo, ni requiere otra opinión que la del sujeto mismo, la cual es siempre optimista, como puede suponerse. ¡Qué más! hasta los salvajes, que nada tienen de implumes (pues cada uno es un plumero, por los chiches que se pone) sienten el escalofrío de la vanidad suntuaria... ¡Qué gozo el que experimentan, lo que se ven bien pilchados y miran con embeleso todo cuanto firulete valoriza su persona... si es que persona y salvaje no rabian de verse juntos! Humboldt, que fué otro Alejandro (pues no te hablo de Guillermo, que fué más metido en casa) cuenta haber visto a unos indios, orillas del Orinoco, en momentos de una lluvia torrencial y embromadora, tiritando en cueros vivos bajo [illegible] sos, para que no se mojasen, los indumentos ridículos con que saben darse corte aquellos pobres otarios. (¡Qué sacrificios impone el afán de hacerse ver!)

Adelante con la música, que estamos perdiendo el tiempo en cuestiones de detalle: era la otra media arroba del júbilo de mi hombre, un goce más complicado por lo torcido y avieso; consistía en el placer de dar envidia a los otros. ¿Te has dado cuenta? ¡La envidia! ese infame torcedor, que definió San Jerónimo con una acertada jefe [illegible] «Medio diablo» el santo, ¿no?)

Aura conviene informarte que el amigo Cuzcurrita, quien como he dicho se hallaba [illegible] que dijera Moratín (no Liandro, don Nicolás) iba para matasanos; y ya en el año segundo de su alevosa carrera, dragoniaba de galeno, estando de practicante en uno de los albergues clínicos más progresistas, capaces y bien cuidados, de esta metrópoli ingente, que debiera ser mentada «urbe de los noso- [illegible]

Si cuando Paris abrió su hermoso Laribotsiere, que es un hospital... así (al decir esto procede mostrar el puño cerrado) la gente entró a bautizarle *«el Versalles del dolor»* ¿qué diríamos acá, donde existen a docenas esa clase de Versalles... pero sin fuentes, pues ya no se estilan, como antaño, [illegible]

Como en todos los asilos donde se hacen [illegible] de doctor vivían en internado [illegible] y bochinchero, donde además de estudiar a contrapunto y de firme, sabía pasarse el rato.

Con tan inocente objeto, se hacían atrocidades de aquellas que en criollo puro se saben llamar *burradas*: sin gran malicia, eso sí; pero, a las veces, terribles para quien pagaba el gasto de la vidriería rota.

Volvamos a nuestro cuento, que otra vez [illegible] dula de este palique. Caminaba Cuzcurrita, compadriando jailaifón, rumbo al cercano hospital, bien convencido de ser el héroe de la jornada y blanco, pivote o eje de todos los comentarios de aquella orden del día. Siempre las conversaciones, a las horas de comer, giraban alrededor de tópicos personales, cuando no de batatazos de las últimas carreras... con exclusión de la de ellos (aludo a la medicina) que ni siquiera mentaban, por ser asunto aburrido, sin rinde de amenidades ni margen de hilaridad; y por sabido se calla que hay que morirse de risa, de vez en cuando en el mundo, si es que se quiere vivir como la gente y en forma, para que el *metabolismo* (barajá ese trompo en la una) se opere armónicamente, en aras de la salud.

En la eucarística mesa donde la «Asistencia Pública» era la sacerdotisa, sabía hablarse de juegos y, sobre todo, de damas, que divierten a los jóvenes tanto o más que el ajedrez. También se charlaba mucho sobre el tiatro nacional y del rico tipo Farra, popularísimo actor, cuyas sabrosas morcillas repetían los muchachos, a poco que las probasen.

Después de agotar el tema de los estrenos artísticos, la barullenta riunión descendía sin escrúpulos hasta los indumentarios; y cuanta prenda nuevita, cáia a aquel foco de bulla, era motivo de autopsia o de fiera disección, para poner en ridículo al mortal que la llevase. Por eso es que Cuzcurrita palpitaba satisfecho (el ser humano es así; la cuestión es que hablen de él, aun mismo para farriarlo) su próxima y garantida victoria zapateril; pues su flamante calzado era la prima obra maistra de un buen maistro de obra prima, sobresaliente en su género (y ese sí que no destiñe.)

Para mejor, los botines eran de esos artefactos que al caminar proporcionan audiciones musicales, chillonas, pero baratas. Los sonoros instrumentos gritaban a toda orquesta, igual que si les cueriasen sin darlos el cloroformo. ¡Qué monada de calzado, sin letra, pero con música! Y, ¿cómo no iba a obtener una recepción graciosa, abundante de agachadas y de frases con disfraz, cuando todos los muchachos, ocurrentes y chichones, eran argentinos netos?

Aun más criollos que el zapallo, no lo eran por el linaje: si una voz, desde la puerta gritara con un — «¡che, gringo!» — de juro que todos ellos, al oirlo hubiesen dado vuelta, allí no más, el mate, por crer que les aludían; ya que los progenitores de todos habían sido, el que no italiano, ruso... o de quién sabe de cuál de los páises de la Uropa? Y sin embargo, ¡qué idénticos eran por la ley de ambiente, restrictiva y soberana! ¡Qué poder irresistible el del ejemplo continuo, la sugestión permanente, el contagio sempiterno y la rutina incansable... pero siempre cansadora! Pues malgrado provenir de tan distinto abolengo geográfico y racial, todos aquellos muchachos podían ser reducidos a un único e invariable «común denominador», al decir que eran *porteños*...

¡Máma mía, qué bochinche de aullidos y de risadas, el que se armó, lo que vieron asomar por el dintel a su colega Alejandro, y sonó la cantilena del calzado musical! Cuantos ruidos guturales pueden cacharse en el Zóo, como medios expresivos de una fauna enloquecida, rasgaron con estridencias insoportables la atmósfera, alborotada atrozmente por aquel «fideo fino».

Una vez apaciguado el batifondo inicial, y en cuantito se pasó del grito medio salvaje a la voz articulada, llovieron las alusiones más o menos encubiertas; pero en vez de improvisar gracias de nueva invención, echaron mano a la usina de los chistes más usuales, de ingenuidad infantil y arrabalero formato: y hubo lo de — «¡si ha venido casi a patacón por cuadral» — y lo de — «¡qué votaciones más morrudas van a haberl» — y aquello de — «le estoy viendo las patitas a la sota» — y lo de — «aurita han subido la yerba a dos patacones...» — y otra runfla de zonceras sin lógica ni sentido, pero llenas de intención, pues el jueguito estribaba en proferir expresiones donde sonasen los pies... o el calzado... ¡como si éste no sonara lo bastante por su propia iniciativa!

Pronto se vió en el tapete la magna cuestión del precio: — «¿Cuánto valía la yunta de fonógrafos pedestres, con el disco que llevaban?» Y al oir aquellos gritones que el retobo de los pies le costó al buen Alejandro el escandaloso importe de 25 mangrullos, ¡no fué ruido el que se armó, ni gruesas las palabrotas que se oyeron con motivo (mejor fuera con pretexto) de motivo tan banal! ¡Qué manera de poner al desgraciado colega de mulita y de tilingo, de chapetón y de zonzo!... ¡Y qué cosas se dijeron, que no puedo transcribir, por respeto a la decencia y a varias señoras madres... pues tampoco Cuzcurrita era de los que se callan!...

Creció el tumulto otra vez a cuenta de aquel inciso, y la atrevida patota hizo otra nueva emisión de improperios y diatribas; pero el insigne Alejandro, que nunca se abatataba por oir ruidos en lo oscuro, ni jamás le entró jabón por bultos que se meniasen, determinó poner fin a la avalancha de voces o malón parlamentario con el que aquellos trompetas le estaban jorobandito. Los atropelló a su turno, y se les fué a los cañones, llevandolós un ataque definitivo y triunfal, con un argumento macho, capaz de imponer silencio a la indiada más gritona. ¿Qué fué lo qué hizo? Decir lo que en la zapatería se le había dicho a él, lo que se probó el artículo: con lo que tapó las bocas de todos, diciendolós que los dichosos botines eran un poco salados (pero nada más que un poco) por ser de cuero... ¡de *budra!*...

¿Querrás creer, lector amigo, que aquel fué santo remedio para cerrojar los labios de los que recién gritaban? Pues nada más natural que semejante secuela de una lógica de plomo. ¿Acaso sabía nadies lo que *budra* significa?

El desconcierto causado por aquella afirmación tan inaudita y exótica, fué de los que no se empardan. ¡Natural! si no sabían qué clase de animalito llevaba un nombre tan raro, la alegación era inútil, por no decir imposible... Lo mejor y lo más cómodo era llamarse a silencio, como decimos acá. ¡Ay! la ignorancia es así; cuando la atropellan fiero (vale decir, de hacha y tiza) retrocede para atrás, batiéndose en retirada, o alza los brazos en alto y se entrega sin más trámite, por la diagonal más corta. ¡Cuero de *budra!* ¡Gran perra! ¿Qué querría decir eso? Cuero de... vaya unos nombres que usan ciertos animales, cuya piel va a la curtimbre y nadies sabe dónde andan ni cómo es que hay que cazarlos!

¡Se acabó el peso de velas! quiero decir, se acabaron la alegría y la jarana, lo que cayó aquella bomba cuyo estallido produjo un pánico tan atroz. Aun los más empecinados y más alborotadores bajaron, no más, la prima de su ruidoso «tite», metiendo violín en bolsa y viendo de disparar como rata por tirante, por no verse en figurillas ni exponerse a un papelón.

En tan ingrata emergencia, los más vivos muñequiaron torcer el tema a tratarse; y tres minutos después, no se hablaba de botines ni de patas ni de cosas atingentes a la *budra*. (¿Qué diablos sería eso?)

Por rara que te parezca la cosa, caro lector, en lo menos cuatro días no se habló más del asunto, que continuó sepultado en el pantión del olvido (altro que olvido ¡chirolas!) sin que nadies lo exhumase, maliciando que tendrían que tomarle mal olor, propio de carne pasada o que anda ya por pasarse.

¿Cómo explicar el silencio que pesado se cernía en torno al arduo problema? Pues, nada, que los muchachos querían documentarse, antes que se suscitara nuevamente el raro tópico: quien, rumbiaba diccionarios de los más enciclopédicos, ya en las bibliotecas públicas o en la de la Facultad: quien, hojiaba zologías, pero de tan gran formato que precisaría ser todo un *tenedor de libros* para hojiarlas a su gusto: quien, no siendo tan prolijo, o teniéndose más fe (cosa propia de haraganes) prefería discurrir en vez de consultar textos.

Y al buscar voces análogas que pudieran orientarlo, se acordaba de los *sudras*, canalla que allá en la India, de que habla la historia vieja, cuando estaba dividida la sociedad en patotas, castas o cosas así, era *«la última camada de la estiba de la gente»* (como dijera del Campo en su puema inimitable). Y se acordaba también de que unos trigonocéfalos sumamente ponzoñosos, que matan gente por lujo (diez mil cristianos anuales, más o menos, según díceres) saben ser llamados *cobras*. A su memoria acudía, asimismo, que en Brasil (la república vecina, no la calle donde vive nuestro Presidente actual) le dicen *bobra* al zapallo...

Todo eso daba a entender lo posible de la *budra*, por lo fiel del parecido fonético y casi gráfico, de afijos y desinencias; pero... ¿qué se saca de ahí?

En materia de lenguaje, ¿sirve para algo la lógica?

El problema era un misterio tan enredado en las cuartas, que no lo descifraría ni Don Edipo en persona (con ser que era tan muñeca para cuestión de acertijos) y los investigadores estaban fulos de rabia, frente a caso tan difícil, cuando un buen día Currita (así decían sus íntimos) se dignó solucionarlo. Con su natural pachorra se comidió a hablar, diciendo lo que aura copio yo acá, según versión taquigráfica de un baquiano en escribir rápido como automóvil.

Lo que se compuso el pecho, el impagable Alejandro se expidió de este tenor, sin ninguna enmendatura:

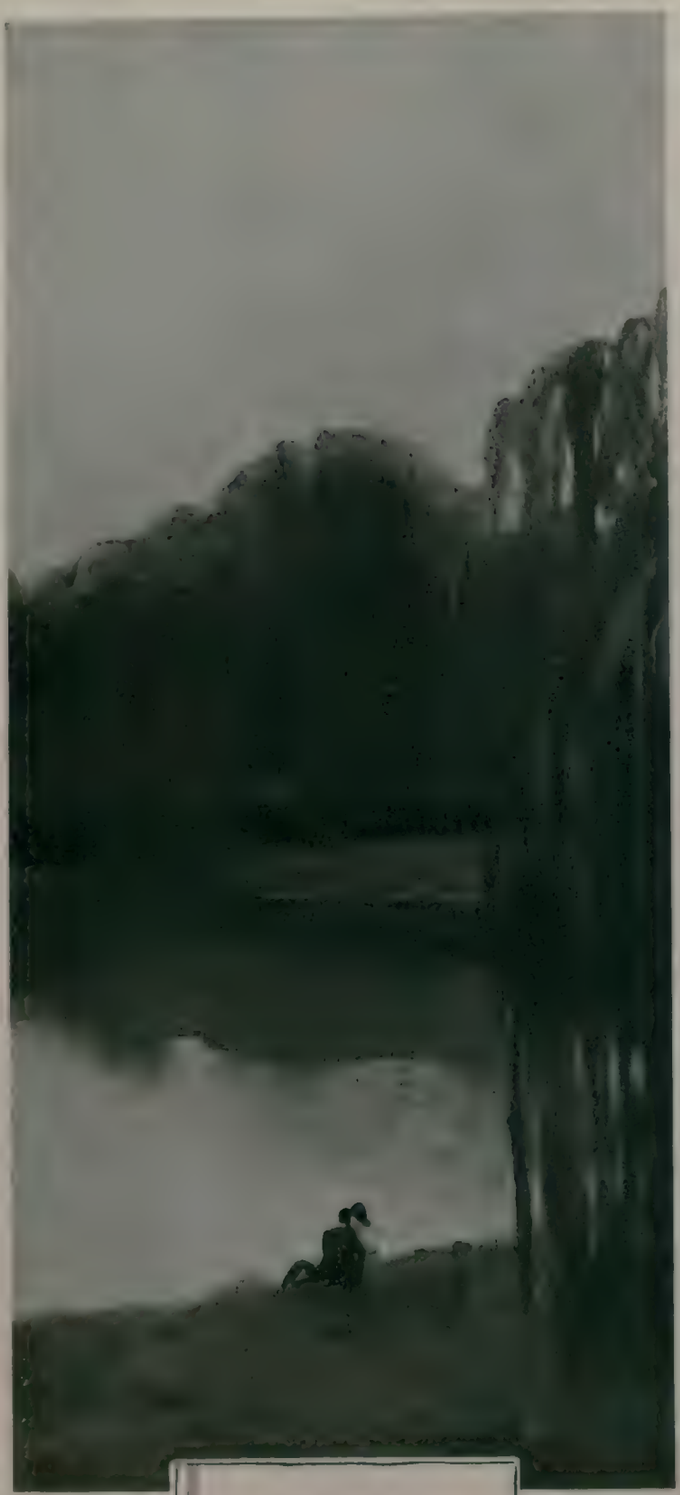
Supongo que ya, a estas horas, se habrán convencido ustedes de que si la budra existe, ni a Cuvier ni al mismo Darwin les fué nunca presentada bajo tan extraño rubro: pero yo la llamé así, usando un ardid polémico y obrando en defensa propia, al ver que ustedes querían tomarme para el churrete; y a mí no me embroma un ñato por más narices que tenga... Y no falté a la verdad; porque el mismo zapatero me lo dijo como yo lo dije los otros días. Lo que hay es que el industrial (que es paisano del Vesubio) cada que habla nuestro idioma, es, el pobre, más cerrado que el banco a las tres y pico: total que al yo preguntarle que cuál cuero había empliado para hacer estos botines, me dijo que son de *budra*... queriendo decir... ¡de potro!... ¿De qué se ríen? ¿Se cren que les estoy macaniando? ¿Es alguna novedad lo bien que todos los gringos estropean nuestro idioma?... Vean; cierto calabrés me dijo los otros días que era vicepresidente de «La *Gosomopoleda*». ¿Saben qué quiso decirme? pues de «La Cosmopolita», sociedad de... no sé qué. ¿Qué me cuentan de los vascos? No hace mucho, a un tal Silvestre, fracturado de mi sala, vino a verlo un primo de él, que preguntó... ¿a qué no saben por quién? pues por *¡Chilivistro!*... ¿Y qué me dicen del modo de pronunciar los ingleses?... ¡Sí, que vamos a hacer patria y a conservar el idioma en su condición normal, con gentecita como esa que al potro le llama *budra!*...

(¿Precisaré hablar aquí de la penosa impresión de contraste y de ridículo que causó el buen Cuzcurrita entre aquellas bravas gentes, que se habían roto el alma revolviendo diccionarios y algunos otros librotes, sólo porque un zapatero compatriota del Vesubio, se los había fumado gracias a su media lengua? No me parece, ¿verdad?)

DIBUJO DE MEDINA VERA.

Arte fotográfico.

Después de la tormenta



EL · LAGO
ESTÁ · AZUL

UN · CAMINO
OLVIDADO

...Ese laguito de cromo, donde se alinean semicircularmente, bordeándole, una fila uniforme de sauces meditativos.

Dos islas interrumpen su regularidad... y a veces quiebra la tersura de su límpido espejo la quilla inquieta de un bote mecánico que pasa trepidando...

En la margen del lago, sentados entre la hierba alta y fresca, dos enamorados se abandonan las manos en un dulce olvido de todo...

El agua que copia sus figuras, las mece, las hace bailotear, hasta confundirlas en una mancha polícroma.

Hay una palpitación de alma en el silencio propicio de la tarde, que, suavemente, se dora de sol...

Es una senda clara, a cuyos bordes, una cenefa verde multicoloreada de florecillas, corre paralela. ¿Quién sabe por qué motivo se han olvidado las parejas de animarle con su presencia?

Así, sin nadie, semeja un lienzo, simple y bello, con sus palmeras nuevas, que mecen sus abanicos incipientes y con el fondo decorativo de los esbeltos eucaliptus, sombríos en su obscuro azul de Prusia. Más lejos el cielo sereno esfumina la poesía y la tristeza de un viejo jardín abandonado — oh, alma suavísima de Juan Ramón Jiménez, — he pensado en pálidas novias lejanas y en las noches nupciales en que la luna ha de repujar con su celeste plata de misterio y alquimia, el camino, las plantas, los árboles!...

La PEQUEÑA DESCONOCIDA

POR Víctor Andrés

¿Cómo será el nombre de esta niñita rubia que se nos muestra en el candor de los primeros años? ¿Cuáles serán sus gustos, sus inclinaciones, sus necesidades? No es indispensable saberlo. Aquí, frente a frente, tenemos su retrato; la mano del artista nos ha dado una impresión de su imagen, construyendo con el pincel y los colores algo más que la figura, algo más que la transparencia de la carne y el tono de las telas, algo más que el fiel parecido de su carita nacarada y suave. En la armonía de la composición, por encima de los matices y de los contornos azulinos y blancos, se transparenta, se desprende el juvenil encanto de la vida. ¿Qué delectación espontánea nos invade mientras contemplamos esta graciosa muñequita de carne? Y sobre todo, ¿qué ideas nos sugiere su vista? Aquí la tenemos abandonada a nuestra curiosidad. Ahora no hay peligro de que se turben sus pupilas, ni de que escape a la observación con que miramos sus facciones. La carita de ángel, los ojos celestes, de un celeste marino, las cejas finamente arqueadas, el gesto de ingenua picardía, y los labios, los labios rojos y húmedos como la granada, naturalmente dibujados con una sonrisa encantadora. Sus cabellos rubios, ondulados, sedosos, recórtanse sobre la nuca al modo elegante de los antiguos pajecillos de Corte. Nuestra pequeña desconocida, ha debido comprender sin duda la transcendental importancia de poderse contemplar a sí misma; acaso habrá adivinado ya el poder atractivo de la belleza, y acaso también, al escuchar las palabras usuales en el elogio de las obras artísticas, habrá sentido en su alma, con la intuición de las inteligencias infantiles, el femenino halago de la coquetería. Gracias al arte del pintor, su niñez no será ya en la vida un estado de tránsito; siempre quedará la obra como una supervivencia, como una afirmación, como un recuerdo de la primera edad.

Nuestra pequeña desconocida vivirá hoy en una casa moderna, limpia, confortable. La habitación en donde duerma, estará decorada con un friso de papel donde aparezcan grotescos monigotes de leyenda infantil. Las paredes serán blancas y lisas. Una ventana dejará ver la lejanía de la ciudad con sus calles rectas, sus plazas cuadradas y arboladas, sus rascacielos, sus cúpulas, sus frondosos jardines. Más lejos, semiborrado en la distancia, podrá descubrirse también la mancha cenicienta del río, con su doble hilera de boyas que marcan los caminos del mundo. En cada rincón del dormitorio habrá juguetes de distintas formas y tamaños; la pequeña desconocida tendrá un caballo de cartón para pasear a la muñeca, y un elefante de bayeta con la trompa larga, muy larga, y los ojos vidriados y saltones; igualmente tendrá un bebé gordo y mofletudo, y una casita de madera, y una cocinita, y un piano que sonará como las guitarras, y una muñeca grande como ella, que ha de ser su orgullo de insignificante madrecita. En las tardes de sol, en estas tardes alegres y primaverales, acaso la encontremos alguna vez por el rosedal de Palermo, en la plaza de San Martín o en alguno de esos parques donde los niños tienen sus diversiones y recreos. Allí será de ver el entusiasmo de nuestra heroína, cuando se ponga a pasear en las calesitas o juegue a cualquier cosa con sus amiguitas del momento. Entonces será el reir y el correr de un lado para otro, y el ensuciarse los vestidos, y el ponerse encendida como una rosa al ser descubierta por el aya, cuya figura se recortará un poco distante con los ropajes grises y el tocado a lo María Stuart. Esta misma mujer será luego la que se siente en la mesa junto a ella, y la que más tarde le ayude a desnudarse, y la que pondrá la muñeca a su lado para que duerma, y la que, mientras duerme o no, le contará el cuento aquel del dragón y la princesa, y el triste de la Caperucita y aquel otro de las tres toronjas de oro.

Viendo el retrato de la pequeña desconocida, pensamos también en que no siempre será lo mismo, sino que con los años vendrán los juegos felices del amor, y vendrá la admiración a su belleza, y la organización del hogar, y tantas otras cosas que constituyen la vulgar historia de todos los que cruzamos por la vida; y, lo que es peor, llegará el día de la segunda juventud, y pasará ésta, porque nada humano es eterno, y entonces nuestra heroína será una viejecita elegante, con todo el pelo blanco, con la cara llena de bondad y ternura, pero quizás imperceptiblemente turbada por la huella de algún imborrable pesar; acaso sea entonces cuando vea en su mismo retrato la transformación del espíritu, y piense que el perfecto estado de la felicidad es este de la infancia, que pasa a través del recuerdo, después de tantos años, como una dorada ilusión...

ÓLEO DE CENTURIÓN.

REJA ANTIGUA

Guardan un signo grato, un sentimiento de paz, las rejas antiguas. Parecen el sello de los hogares clásicos, que significaron al viandante de otrora, la hospitalidad patrimonial, como enredada en sus hierros con letras encendidas de guías y flores. Contraposición de lar a los señoríos de cuños fundadores, que grababan en la piedra rústica y agresiva allá en Iberia sus blasones, para significarle al caminante, la majestad de la estirpe. Más homérico el modal, copia plebeya en tierras de conquista, las rejas amables, transplantadas visionalmente de las Andalucías, pusieron sobre las calles tiradas a cordel, para todos, con el aporte filial de los pájaros, la abierta luz de una sonrisa humana.

Son una página escrita sobre los tiempos. Toda el alma del pasado parece palpitar en ellas. En su cuadrante de claridad tibia y fragante, fuera sin duda más hermoso el cielo, y más lindas contempladas las mujeres. Bajo ellas, en el sereno de las noches, debieron desfilar las rondas galantes, los trasnochadores del amor, sensibles como los poetas pobres al numen del silencio y de los rocíos. La serenata trasuntó a su vista transfigurado el altar de la naturaleza. Y tal vez una flor, volteándose en el aire como una estrella secreta, cayó de una mano blanca y trémula sobre el pecho de un trovador, arrancándole a la guitarra pulsada el sonido armonioso de un beso...

A lo largo de la calle obscura oscilaba el rayón luminoso de la linterna del sereno, horario y aneroide parlante, armado de lanza y capucha, canturiando la metódica consigna: «Las doce dando, y buen tiempo». Y en el pecho del galán alentaba, con ello, más fuerte la futura conquista de la vida. El consentimiento de las estrellas era alta bendición sobre las esperanzas, fruto de las rejas.

Y fueron también tablas heróicas. De ellas, derramaron las mujeres de la crónica, los líquidos hirvientes sobre los invasores del pueblo; y los varones de temple repelieron a pistoletazos el asedio de las mazorcas...

Los recuerdos, la sensación de lo que el romanticismo nos contó en sus libros, y los viejos con sus bocas augustas. Nada más queda. Las épocas se han llevado su verdad. Las rejas van rodando en los escombros.

Pero aun refleja del ayer un punto temporal en cada ruina. Aquellas rejas rebotantes y mónacas de la colonia, las horizontadas e inmensas de la dictadura, han llegado a nosotros. Nos representan un palimpsesto de la vida hidalga, cruel y sensitiva. Capaz como fué de grandes hazañas para la historia y de grandes amores para las almas. Es un regalo de gloria espiritual que nos lega el pasado. No pidamos mayor. Ni pensemos siquiera que estos rectángulos vanados de los rascacielos «nuestros», han de llegar a mañana, limpios de eco de corazón, como una página en blanco.

A. D. López.

FOTOGRAFÍAS DE GARAÑO Y L. V.

ARRORRO

POR EDUARDO DEL SAZ

Por el ventanillo del rancho salían juntas la canturia triste y la luz débil.

El nocturno paseante acercóse al ventanillo y sorprendió la escena: un gaucho añoso adormecía a un nene, a compás del «arrorró».

El viejo enternecía su ronca voz y los brazos duros que se redondeaban amorosamente y las callosas manos: todo él era una caricia.

Casi siempre que un hombre duerme a un niño es que algo anormal pesa sobre ellos. El nocturno paseante bien lo sabía. Por eso, una emoción intensa apoderóse de él; los recuerdos llegaron atropelladamente. Y aunque el anciano cantaba tan sólo:

« Arrorró mi niño,
arrorró mi sol,
arrorró el encanto
de mi corazón »

el nocturno paseante oía muchas cosas tristes, amargas, inolvidables, y sin quitar sus ojos de la escena, glosó la canción con sus pensamientos.

Una noche al volver a su casa, se encontró desamparado y lleno de ira y cubierto de vergüenza. La esposa había huído con otro, tan enamorada, tan ciega, que le abandonaba el hijo. Todos los ideales mueren lentamente, nos acostumbran, nos preparan, y cuando se extinguen, una conformidad suave nos consuela. El ideal que la esposa alienta con caricias, juramentos y nobles frutos de amor, muere fulminado, sobrecoge, aunque el marido sea celoso, pesimista o despreocupado... Y un odio asesino es la oración fúnebre de ese ideal muerto alevosamente.

En aquel largo instante, lloró sobre sí mismo, sintiendo la necesidad de matar o de matarse, e impulsado por el dolor salió para buscar a sus verdugos. Fué una ciega carrera entre la felicidad y el dolor ajenos, por las calles de la ciudad que se divertía.

El recuerdo de su hijo, de su hijo abandonado a quien él también abandonaba, le obligó a volver. El niño lloraba rabiosamente en brazos de la sirvienta. Y entonces, ayudado por la muchacha, buscó el modo de substituir el alimento que había huído con aquel seno de madre traidora. También el niño sufría la muerte inesperada de su primer ideal y tardó largo tiempo en dormirse engañado, cansado.

Durmió poco, mientras su padre junto a la cuna velaba un amor muerto. Tuvo que tomarle entre sus brazos y, como el viejo de ahora, cantarle:

« Arrorró mi niño,
arrorró mi sol,
arrorró el encanto
de mi corazón. »

El ritmo dulce de la canturia le hizo llorar mansamente, compadecido de sí mismo. Y el «arrorró» fué desligándose de las palabras para volar más alto, más cerca del dolor.

Ya no era arrorró; mejor le convenía el fino nombre de «berceuse».

Porque el esposo estaba poseído de demencia artística. Todo era para él fuente de inspiración, hasta las propias desdichas. La vocación y la costumbre así lo habían querido. Su espíritu vigilante atisbaba sin cansancio el vaivén de las ideas creadoras, y en su ansia de producir belleza, de mendigar aplausos, era capaz de exponer, ¡ay!, como los pobres, las llagas, la ceguera, las deformidades suyas y de los suyos.

Así, ligando la amargura con el arte, comenzó a crear. Y, mientras sus labios musitaban el arrorró, su cerebro decía:

« Duerme, hijo mío, duerme
con un sueño tan profundo
como el sueño de la muerte. »

El pensamiento perdía la rima.

« Duerme tranquilo como un muertecito. La desgracia es una fiera que sólo huye de los cadáveres. Duerme para que te crea muerto.

« ¡Ha huído, ha huído de tu lado! ¡Ha huído de mis besos! Va en busca de otros labios y de otros besos. Duerme, hijo mío, duerme.

« ¡Ha huído de tu lado, ha huído de tus labios inocentes! ¡Por mí, la perdonaría! ¡Por ti la perdonaría! ¡Por ti la maldigo! Y malditos sean por siempre sus hijos, los frutos malditos de su maldita traición. Duerme, hijo mío, tranquilo y risueño como los muertecitos.

«¿Todo tu hermoso llanto es para ella? ¿Todo mi turbio llanto es para ti? ¿En tus ojos azules hay una sola lágrima que yo pueda beber como mía? Duerme, hijo mío, duerme.

« Tú eres el amor, hijo de mis amores. En tus carnecitas de gloria, en tus ojos límpidos, en el pimpollo de tu boquita está el amor. Y también en tu cuerpecito está el lujo, porque eres risueño collar de perlas, brillante de infinitos quilates. Duerme, hijo mío, duerme.

«No llores, hijo mío, que los reyes no tienen hambre. Tienen orgullo. No llores, hijito mío, que las perlas son lágrimas grandes, orgullosas, calladas altivamente. Duerme, hijo mío, como un reyecito.

« Tu primera desgracia es mi primera desgracia. Yo he soportado el hambre mía y el hambre ajena. Y he soportado su hambre de joyas, y para cubrir la divina desnudez de su cuerpo quise oro, oro, oro. Es una estatua de oro fría para la virtud y el amor, dúctil para el vicio. Duerme, hijo mío, duerme.

« ¿Por qué no vuelve? Tal vez luche ahora con su conciencia. ¿Dejará secar su pecho, o vendrá cuando yo duerma a regalarte el don precioso? Duerme, hijo mío, duerme.

« Tu hijo, ¡oh infame lejana!, tiene hambre. Ven. Llévatelo. Mi odio te respetaría si supieras ser madre aún. Duerme, hijo mío; llama en sueños a tu madrecita. Duerme.

« ¿Estás muerto, hijito; estás dormido? ¿Ves ya, desde arriba, a tu mamita? ¿Eres ya un remordimiento para ella, un fantasmita alado, un ángel pequeñín y justiciero que turbas las turbias noches y los negros días de la fiera? No sonríes, no respiras, no oigo el leve rumor de tu corazoncito. Duerme, hijo mío, duerme.

« Quietecito, inmóvil, mi hijo duerme, con un sueño tan tranquilo como el sueño de la muerte. La desgracia es una fiera que sólo a los cadáveres teme. Vivo o muerto, la desgracia huirá. Duerme, hijo mío, duerme. »

Y después de dormido el niño, mientras la primera aurora de la desgracia alumbraba el mundo del poeta, éste, ¡oh, vergüenza!, buscó ansiosamente los versos que fijarían sobre el papel la otra entrevista durante la vigilia de dolor.

Pero buscó en vano.

De este modo, el nocturno paseante, el hombre triste, sombra de un poeta y sombra de un hombre, vió dentro de aquel rancho la melancólica escena, volviendo a gustar el sabor amargo de su desdicha.

Ya no buscaba la inspiración en los pesares ajenos; únicamente sentía los pesares suyos, pues el dolor es una escuela de egoísmo.

Sin tratar de inquirir por qué el añoso gaucho adormecía al niño, huyó, acordándose de su hijo, aquel hijo que en la cuna del cementerio duerme el único sueño profundo.

DIBUJO DE ZAVATTARO

HERALDICA ARGENTINA

APELLIDOS ILUSTRES

QUIROGA

QUIROGA. Con casa solariega en el Ayuntamiento del mismo nombre, provincia de Lugo.

El Padre Gándara, en la página 184 de sus manuscritos, dice que uno de este apellido mereció el título de ricohome, como lo declara la inscripción de su sepultura en la claustra de la Abadía de Tortes, junto a la Villa de Castro, y que dice lo siguiente: «Aqui yaz el bon Quiroga home-rico de Castiella; fo muy omilde e caritatibo que a ningun dejou mourir de fame». Llamóse Vasco Pérez de Quiroga.

El tronco de la familia americana de este nombre fué Rodrigo de Quiroga, hijo de don Hernando de Cambra; nació el año de 1500, en Suber, pueblo de Galicia. Vino con don Pedro de Valdivia, en 1541, a la fundación de la ciudad de Santiago, mandando una sección de piqueros y rodeleros. Posteriormente desempeñó el cargo de Gobernador en Santiago de Chile. Compañero de Pizarro, él fué quien pagó el mil de oro macizo del templo del Cuzco en un tiro de dados. Su físico lo describe Guerra Marmolejo, diciendo que era de buena estatura, moreno de rostro, de barba negra, [illegible] y amigo en extremo grado de justar. Estuvo casado en segundas nupcias con doña Inés de Suárez, natural de Plasencia. De su anterior matrimonio tuvo una hija, doña Catalina, que casó con Martín Ruiz de Cambra, y a don Nicolás de Quiroga, que fué el continuador de su nombre. Falleció el año 1580 y a su muerte fué llamado patriarca de Santiago de Chile.

Su descendencia argentina está en los apellidos de Quiroga, Sarmiento, Albarracín, de Oro y Alvarado.

Usan por armas: En campo de gules, un águila negra explayada y perfilada de oro.

Aunque de distinto origen, también lleva el mismo apellido la familia Del Solar-Dorrego, como descendientes de doña Ignacia de Quiroga y D'Arrigrand, sucesor del mariscal de Campo de los Reales Ejércitos don Juan Bautista de Quiroga y Apaolaza, nacido en Santiago de Chile el año 1714. Su escudo es en campo de sinople cinco barras de plata.

MANSILLA. Originarios de la Villa de este nombre en tierra de Campos en Ontivia, de donde sus descendientes se trasladaron a Guadalajara. Los Mansilla de Buenos Aires [illegible] de Mansilla y doña Juana de Matheos, desposados en Alcalá de Guadaira, el 18 de agosto de 1608. Su descendiente directo, don Bernabé de Mansilla y Gálvez, de su enlace en Cádiz con doña Catalina Gonzalez, tuvo a don Pedro Nolasco Matheos de Mansilla, desposado con doña Elvira Martín, en 1723, de quienes nació en Cádiz, el 15 de septiembre de 1724, don Blas de Mansilla, su primer hijo. Trasladados al Río de la Plata, tuvieron en Buenos Aires a don Miguel de Mansilla, bautizado en la Merced el 23 de julio de 1736; de ellos descienden las dos ramas en que se dividió este apellido, enlazado actualmente a los Quiroga, Alcorta, Lima, García, Moreno, Serantes, San Romaro, Perkins, etc.

Escudo partido: 1.º de gules y una espada alta, de plata, y guarnecida de oro. 2.º del mismo color y una cabeza de moro cercenada; bordura de azur con cuatro sotueres de oro en las esquinas.

ZEMBORAIN. [illegible] Por la certifica- [illegible] en Madrid a 22 de abril de 1762 [illegible] del Rey Carlos III, se dice que su casal solariego está [illegible]

Don Martín de Viurrún de Zemborain y doña Cerónima de Urroz, natural de Ocar, tuvieron por hijo a don Martín de Zemborain, que contrajo enlace con doña Isabel de Rubalcava y Monreal, hija de don Matheo de Rubalcava y de doña Catharina de Monreal y Arellano.

Doña Isabel y don Martín de Zemborain se establecieron en la ciudad de Alfaro (provincia de Logroño), donde nacieron sus hijos don Félix Martín y el más tarde llamado Fray José de Zemborain, muerto en olor de santidad. Ambos hermanos pasaron a Buenos Aires, donde existe descendencia. Fray José ingresó en el convento de Santo Domingo de esta ciudad, el 27 de mayo de 1759. Su vida fué un continuo ejemplo de virtud y de santidad religiosa. Falleció el 22 de octubre de 1804.

De este apellido descienden las familias de Argerich, Nazar Anchorena, Peralta Ramos, Brown, Uribelarrea, Unzué, Delfino, Lahitte, Dosse, Peña, Videla Dorna, etc.

Su escudo es: En campo de plata tres fajas de gules.

MANSILLA

DE ACHAVAL. Don Josef Alfonso de Guerra, rey de Armas de Felipe V de Borbón, en documento original expedido a 26 de febrero de 1712, certifica que el apellido de Achaval tiene su casa infanzonada en la anteiglesia de Ispaster, a media legua de la Villa de Lequeitio, en Vizcaya.

En Buenos Aires hay dos ramas del mismo nombre, una de la que procedió el Obispo de Cuyo, Fray Wenceslao de Achaval y otra la de don Domingo Antonio de Achaval, nacido en la Villa de Hea, el 16 de enero de 1759, que contrajo enlace con doña Joseía Barron. Trasladados al Río de la Plata, se radicaron en Buenos Aires, donde nació su hijo don José María de Achaval y Barron, que casó en esta ciudad con doña Mercedes de Madariaga y Gutiérrez-Gálvez, de quien descienden los actuales representantes de este nombre, ligado a las familias de Cantilo, Riglos, Lastra, Bunge, etc.

Escudo partido: 1.º en campo de oro un roble sinople atravesado por un lobo negro. 2.º sobre el mismo metal un águila explayada de sable, brodura de gules con ocho sotueres de oro.

ACHAVAL

MALDONADO. DONDE SE RELATA EL DESAFÍO DE GUILLERMO DUQUE DE NORMANDÍA, CON EL CABALLERO HERNÁN PÉREZ DE ALDANA, FUNDADOR DEL LINAJE DE MALDONADO.

Entre los Caballeros de la corte de don Alonso III el Magno, figuraba Hernán Pérez de Aldana como Almirante de las galeras reales. En el ejercicio de su dignidad contrajo un grave padecimiento, y con el fervor de la época, se encomendó a la Virgen de Montserrat, yéndose a su monasterio, cerca de Barcelona, donde los monjes le habilitaron un aposento frente a la capilla Mayor. Por este tiempo hubo una gran romería con motivo de la festividad de la Virgen, acudiendo a ella magnates de todos los Estados de Europa, figurando entre los principales el Duque Guillermo de Normandía, sobrino del Rey Felipe de Francia.

Cierto día, mientras se celebraba el Oficio de Horas, no hallando lugar acomodado en la iglesia, el de Normandía pasó a la cámara de Hernán, buscando sitio tras las celosías para presenciar el acto religioso. Desconociendo la categoría del paciente, se puso en pie sobre la cama, y agraviado el enfermo, le dijo: «Ruégoos en cortesía, caballero, busquéis otro sitio en que mejor podáis estar». A lo que respondió el duque: «Si supieseis quien soy no os molestaría lo que tachais de atrevimiento». Hernán Pérez de Aldana quedó por ofendido, prometiendo que si mejoraba de la enfermedad iría a tomar enmienda de la injuria recibida, en su persona y en su casa. Una vez sanado convocó a sus principales parientes, manifestándoles su desafío y queja. Entre todos acordaron dar cuenta al rey don Alonso, que se hallaba en Burgos, y enterado éste, envió un embajador al rey de Francia para que le asegurase que el ofendido era de tan gran linaje que podía cruzar sus armas con cualquier caballero francés por preeminente que fuese, y que bajo su amparo no permitiese que se le hiciera superchería. Puesto todo por obra, fué recibido Hernán y sus parientes con benigno agrado del rey don Felipe. Reunidos los grandes de Francia, se refirió el suceso; el duque levantó la ofensa, mas el otro propuso que se postrase en castigo de su ignorancia; el duque no consintió, y Hernán suplicó al rey terminase su querella por desafío, señalando armas y día y asegurando el campo, pues era extranjero y estaba en su reino. Llegó el día señalado y ambos caballeros concurrieron en sus caballos a la brida, con arneses bordados de oro, lanzas de guerra, espadas y dagas buidas, usando por timbre Hernán Pérez de Aldana rótulo del AVE MARIA y en su escudo las armas de Aldana, que eran dos lobos de púrpura en campo dorado y los paramentos sembrados de encinas; y el duque, con el caparazón de terciopelo, leonado de gules y sembrado de lises de Francia. Puestos así en la estacada, se arremetieron rompiendo lanzas, con lo que salió herido el de Normandía; entonces quiso su vencedor humillarlo, pero el rey interpuso su cetro diciéndole que si moría quedaba vengado y si escapaba, se obligaría como rey a darle satisfacción a su agrado. Mejorado el duque, pidió Hernán cumplimiento de lo prometido, solicitando se le otorgaran como escudo cinco flores de lis en memoria del desafío. Disgustado el rey de la pretensión, ofrecióle otros honores, contestándole que había sido el lance por honra y que la quería llevar, y de no cumplírsele la real palabra se volvería quejoso, por lo que el rey le dijo: «Te hago el honor, pero es mal dado o mal donado». Con esto dió principio a sus armas de cinco lises de plata en campo de gules, por la sangre que hizo verter a su contrario, y por timbre, el cetro que el rey interpuso en la contienda.

En Buenos Aires descienden de este apellido las familias de Terrero, Soto, Ortiz de Rozas, etc.

José M.ª Pérez-Valiente.

ZEMBORAIN

MALDONADO

PÁGINA FEMENINA

MARIA Dª CARDONA

Entre muchas de las ventajas de que gozamos ciertos espíritus decididos a guardar el riguroso incógnito de nuestra verdadera personalidad, para el mundo que nos rodea, he de confesar a ustedes una, especialísima, que constituye tal vez el mejor encanto... escuchar, impasible (en apariencia) toda clase de juicios a nuestro respecto, ya sean ellos severos, elogiosos o malignos... y de todo hay, en tan interesante cosecha! Pues bien: no hace mucho tiempo se comentaba en mi presencia cierta crónica mía, cuyo tema parecía molestar a uno de los circunstantes; este caballero, simpatiquísimo y excelente amigo, que ocupaba justamente el asiento vecino al mío, en una comida íntima, protestaba enérgicamente contra la impertinencia de ciertos cronistas, que disimulan, según él, su verdadera personalidad, eludiendo responsabilidades, gracias a un pseudónimo femenino...

Mientras se discutía el caso, y yo azucaraba con el aire más inocente del mundo mi tacilla de café, cerró la discusión el juicio inapelable de la dueña de casa, inteligentísima dama de reconocido prestigio: — «Estoy segura — dijo — que es una mujer; ¿cuándo han visto ustedes, hombres presuntuosos, que les dedique algún elogio esa *Duende* que tanto les intriga? Para ella, no hay tema más interesante que la mujer, y hasta cuando se ve *obligada* a criticarnos, halla siempre circunstancias atenuantes... es una mujer, se lo aseguro...»

No puedo menos de recordar este trivial incidente, al instalarme ante mi mesa de trabajo, para elegir el tema del día, puesto que también hoy ha de ser el eterno femenino...

Me sonríe desde su cuadro, un gracioso, inteligentísimo rostro de mujer: bajo el suntuoso atavío de la *charra* se revela la chispeante vivacidad de la porteña y el donaire inimitable de la mujer por cuyas venas corre sangre española.

Es ella una de aquellas gentiles figuras *robadas* — digámoslo así — a nuestro ambiente... Durante largos años, llenó de vida y de gracia juvenil, uno de los más vetustos, románticos palacios venecianos... Los azares de la guerra actual la arrancaron de aquella maravillosa, señorial residencia, en la que irradiara su clara inteligencia, su exquisito temperamento artístico. María de Cardona, dama de honor de doña Berta de Rohán, la viuda de don Carlos de Borbón, e íntimamente ligada por la tradición de los antepasados de la familia de Cardona, a la causa carlista, ha seguido en el destierro a su noble amiga, que, expatriada, decidió fijar su nueva residencia en Montreux...

Porteña de nacimiento, y estrechamente vinculada a nuestra sociedad — puesto que pertenece por la rama materna, a la familia de Bravo — ha sabido conquistar admiración y simpatía para la mujer argentina, en los aristocráticos círculos en que actúa; porque no es sólo la inteligente mundana que cautiva con su trato a los asiduos tertulianos de la ilustre duquesa de Madrid, y que les inspira entusiastas elogios por su exquisito talento de *diseuse*... Dibuja con elegancia y soltura dignas de una profesional, y sus retratos a pluma, de admirable parecido, han llamado tanto la atención de los círculos artísticos, que la reputada casa Boiponaggre ha editado un álbum que encierra la colección completa de los retratos debidos al talento de nuestra compatriota.

Sobre fondo flordelisado, se destaca el interesante busto de la viuda de don Carlos de Borbón; los finos, soñadores rasgos de la ilustre dama, evocan todo el encanto de las representantes de la casa de Rohan-Guémenée, de aquellas poéticas duquesas de Bretaña que añadieron a la corona de Francia, el florón de la tierra armoricana: desde Ana de Bretaña, a Armanda de Soubise, cuya belleza fué inmortalizada por el pincel de Nattier; luego, la princesa de Rohan Guémenée, amiga predilecta de María Antonieta, y después, la dulce, desventurada princesa Carlota de Rohan, esposa del duque de Enghien, quien al unirse a la casa de Borbón enlazó, como diría Rousard, el blanco armiño al puro, simbólico Lys de Francia...

Figuran, además, entre sus modelos, las más altas personalidades de la nobleza y de la finanza, entre las que reproducimos hoy, algunos de los invitados al famoso baile *travesti*, celebrado en esa Venecia de ensueño, cuando no se cernía sobre sus mágicos palacios la amenaza de las águilas imperiales... En esa inolvidable fiesta pudo admirar María de Cardona a las más linajudas damas de la aristocracia veneciana, luciendo los suntuosos atavíos de sus antepasados!

La princesa Dora Odescalchi, de cuyos hombros cae soberbio manto de terciopelo, bordado con la flor preferida de la noble dama: lirios inmaculados... su fino perfil se destaca sobre un fondo de brocato de oro, puesto que distingue a la Princesa Odescalchi su afición por los soberbios, rígidos tejidos de antaño; como base del busto gentil, las mismas armas del gran Pontífice del Renacimiento, Inocencio XI, cuya hermana, Lucrecia Odescalchi, casó con Baldassare Erba, patricio de Milán, Príncipe, más tarde, del Santo Imperio.

Doña Lucía de Silva y Cándamo, hija mayor del marqués de Arcicollar, representada en el traje de las vírgenes del siglo XIV, recordando a las compañeras de Santa Ursula, divinamente inmortalizadas en las telas de Carpaccio; en los dulces ojos de Lucía de Silva, irradia el espíritu de aquellas mujeres de su raza a las que España debe figuras tales como Gloria de Silva, Duquesa de Huéscar, a quien llamaron, con justa razón, la académica.

Doña Alma Casana Murarí della Corle Brá, nacida en Verona, la poética cuna de la inmortal Julieta; el histórico nombre de su familia, está esculpido en mármol sobre todos los monumentos de la vlila; esposa del conde Carlo Cosano, ayudante honorario de su Alteza Real el duque de Ginebra.

Henry Moser de Charlottenfels... es este el nombre del célebre viajero y orientalista, explorador del Asia Central, que fué hecho prisionero y luego gran amigo del soberano de «*Bukara* la misteriosa»... Atesora en su magnífica residencia, el castillo de Charlottenfels, maravillas dignas de las fabulosas leyendas orientales, y se asegura que más tarde llegarán a enriquecer el museo de Berna.

Con el histórico traje de Jean de Pury, creado caballero por Enrique IV, Rey de Francia y de Navarra, presenta María de Cardona el retrato de su descendiente, Edmond de Pury, que supo encarnar con toda nobleza la divisa de la vieja familia helvética «Ferme et droit».

No podía faltar, naturalmente, un representante de la democrática *Unión*, en colección tan interesante, y estudiando los acentuados rasgos del potentado William Kaup, dueño y señor de uno de los más hermosos dominios que circundan el Lago Mayor, lo presenta la gentil artista vistiendo el sobrio ropaje del pintor Van Dyck...

Y ahora, ¿qué más puedo decir de la graciosa charra que me sonríe maliciosamente desde su cuadro?

Habría que pedir al ilustre autor de «La Gloria de Don Ramiro», que permitiera admirar a mis curiosas lectoras, cierto artístico ejemplar de su obra, en que se viera ilustrada aquella vida de los tiempos de Felipe II, con dibujos que trazaran unas manos de porteña o de andaluza... y cuentan, que cerraban sus tapas de viejo, amarillento pergamino, el cordel que entretejieran esas manos delicadas, y del cual pendían las cuentas de un rosario, primorosamente talladas por manos de andaluza o de porteña...

LA DAMA DUENDE.

Figuras femeninas de actualidad

[illegible]

[illegible] 1918

[illegible]

Y, si siento que mi obra no sea lo bastante [illegible] mi mayor afecto

LUISA ISRAEL DE PORTELA."

[illegible] Buenos Aires ha presentado a la asociación "Blanca de Castilla" un proyecto: "Deberes de la Compradora", que [illegible] mucho campo de acción, donde, un estudio profundo [illegible] triste [illegible]

Es digna de toda ponderación la iniciativa de [illegible] Buenos Aires, [illegible] diente puede remediar, por el esfuerzo colectivo, la mísera situación de la obrera.

Los Estatutos de la nueva Asociación a formar [illegible] revelan en su autora una clara inteligencia y un [illegible] nuevos rumbos al feminismo moderado y cristiano.

DEBERES DE LA COMPRADORA

«La mujer sabe dar a menudo, pero todavía [illegible] el respeto al trabajo.»

Estas palabras, que una francesa pronunció [illegible] de Francia, y que un español [illegible] a España, bien podemos, nosotros, [illegible] a nuestra patria.

Aquí, las personas que no están obligadas [illegible] para [illegible] vida, comprenden, [illegible] la miseria ajena, y llevadas por su buen corazón, ayudan al pobre con sus limosnas: son, naturalmente, gene[illegible] que les sobra, sino también son capaces, al oír una narración do[illegible] y privarse de algo para darlo al menesteroso.

Pero no siempre el que pide con triste acento es sólo el que sufre; hay muchos dolores que ignoramos, hay miserias, enfermedades y hambre de las que somos nosotros culpables, inconscientes es verdad, pero reales, pues depende de nuestra voluntad el ponerles término. Hay multitud de males de toda especie que responden a una sola causa: el salario insuficiente de la mujer que trabaja. Y estos males no pueden remediarse con la limosna.

No se ha buscado un remedio eficaz porque la «obrera» es relativamente nueva entre nosotras. Pero es tiempo ya de observar los hechos, nuestra industria naciente está haciendo sus víctimas.

Construímos hospitales, casas de aislamiento, etc., para las que se extenuaron y perdieron su salud por el exceso de trabajo, ¿y nos creeremos caritativas?... ¡No! Nadie puede permanecer indiferente ante semejantes calamidades, y menos quien se gloría de cristiana. Evitemos el mal en su principio, sin esperar a que nuestras hermanas vengan a llorar a nuestra puerta; acerquémonos a ellas y, rompiendo ese hielo que separa al pobre del rico, hablémosles con cariño y oiremos sus preocupaciones, sus anhelos, sus dolores... ¿Acaso no son seres dotados como nosotros de cuerpo y alma? Su cuerpo no conoce el descanso, tiene que luchar y sufrir y no tiene tiempo para cuidarse; y su alma, ¿no deseara, como la nuestra, tener sus momentos de regocijo, de tranquilidad, de paz?

El conocido escritor G. Martínez Sierra, en sus «Cartas a las mujeres de España», dice: «Las mujeres son el poder comprador del mundo». Ahora bien, todo poder tiene su responsabilidad. Puesto que somos nosotras quienes alimentamos el comercio, comprando no sólo lo que necesitamos personalmente, sino lo que se requiere en nuestro hogar, debemos exigir que se dé una parte del dinero al productor, en justa proporción con el esfuerzo realizado.

Aun no hemos hecho nada en ese sentido; pero en Nueva York muchas señoras y niñas sintieron cierta inquietud respecto de sus deberes de compradoras, y comprendiendo su obligación hicieron una investigación sobre las condiciones en que viven las obreras; entonces palparon hechos muy dolorosos. Expusieron los resultados de esta información para interesar al espíritu público y luego, reunidas en asamblea, votaron la siguiente resolución:

«Se formará una Junta que prestará su ayuda a la «Working Women's Society» para la elaboración de una lista que comprenda los nombres de los almacenes que tratan a sus empleadas con justicia». Con esta resolución se formó la primera «Liga Social de Consumidores».

Las norteamericanas han dado un hermoso ejemplo de acción social. Nosotras podríamos imitarlo, como han hecho las francesas. En 1904, se fundó en Francia la primera «Liga Social de Compradoras», gracias a la actividad de Madame H. J. Brumheg.

Sería muy fácil para nosotras fundar una «Liga Social de Compradores», tomando de las extranjeras lo que sea aplicable a nuestro país. De este modo, al hacer una compra en una tienda de las que figuran en la lista blanca, transformaríamos este acto indiferente en un acto benéfico, favoreciendo con nuestro dinero, no sólo al dueño, sino también, en justa proporción, a la que trabajó para nosotras.

Todo esto mientras esperamos la fundación de una «Liga Social de Compradores» en Buenos Aires.

Es de desear que no tarde mucho. Cuando se funde, los miembros de la Liga podrán ponerse en comunicación con los Sindicatos Católicos Femeninos, y así los esfuerzos unidos de los compradores y de las empleadas y obreras resultarán más poderosos.

Alguien pensará tal vez que esto es socialismo disfrazado. La objeción no es nueva, y a ello contestó en más de una ocasión León XIII, bendiciendo, fomentando y encauzando los esfuerzos de los «católicos sociales» por elevar al pueblo. Con esto no hacía más que continuar la tradición que empieza con Cristo, el amigo de los humildes, dándole rumbos apropiados a los tiempos. En el socialismo hay aspiraciones cristianas inconscientes. Entre una doctrina que basa la fraternidad humana en la paternidad divina, que al hombre un fin sobrenatural, que considera los bienes de la tierra como medios de existencia personal y familiar, de progreso social, y una doctrina que niega la existencia de Dios y considera la posesión de los bienes terrestres y de la felicidad humana como el único fin del hombre, las diferencias son esenciales. Si luego en prácticas de detalle, en algunas reivindicaciones, estas doctrinas se encuentran, ¿qué importa?

A los que tal cosa nos reprochen, podremos contestar con el Cardenal Manning: «¿Para vosotros esto es socialismo? ¡Pues para mí es Cristianismo!»

SOFÍA NAZAR ANCHORENA.

LUISA ISRAEL DE PORTELA, AUTORA DEL LIBRO «VIDAS TRISTES»

Pues... Pues... [illegible]

[illegible] Respondiendo a tu pregunta, he de decirte que me he visto [illegible] *Novela* es la narración ordenada y completa de sucesos ficticios, pero verosímiles, dirigida a deleitar por [illegible]

El origen histórico de la novela se pierde en la noche de los tiempos, y [illegible] sociedades, cuyos individuos satisfacían su curiosidad y su ansia por lo [illegible] habían ido pasando de padres a hijos. Posteriormente, bien fuese porque tales cuentos se hacían más complicados y difíciles de retener en la memoria, bien porque su civilización menos primitiva y ruda comprendió [illegible] sacar, dándoles conveniente forma y perpetuándolos mediante la escritura, o por ambas causas juntamente, [illegible] (o un nuevo género literario).

MARIA LEBRM

Leyenda

Era el 25 de diciembre. En la pequeña aldea reinaba un frío intenso, que los pálidos rayos de un sol anémico no conseguían atenuar. Desde temprano, en todas las chimeneas chisporroteaban grandes trozos de leña, alegrando y reconfortando los corazones.

Vivía en aquella aldea un pobre carpintero, Thomas, viudo con dos hijitos, y que sólo tenía el trabajo de sus brazos para mantenerlos. Su casa no tenía chimenea como las de sus vecinos, pero jamás se quejaba de su pobreza. Afortunadamente era robusto, así que resistía al hambre y a la fatiga; ¡pero sus pobres hijitos!

A veces pensaba que sus cuerpecitos tal vez no pudieran soportar el exceso de miseria y la falta de caricias maternales, y a ese solo pensamiento sus rudas y activas manos trabajaban sin tregua.

Ese día, estaba, como de costumbre, entregado a sus ocupaciones; para él no había fiestas, tenía que ganar el pan de cada día. La puerta, que había quedado entreabierta, le permitía ver desfilar a los paisanos, que, engalanados con sus mejores atavíos, se dirigían a la misa parroquial. No quedó uno que no criticara su conducta, hasta que al fin, cansado de tantas observaciones que no hacían más que aumentar su pena, decidióse a cerrar la puerta.

Y mientras todo el mundo oraba ante el Divino Niño, el pobre padre repetía sin cesar: «¡Señor, señor! Vos que leeis en nuestros corazones, sabéis que yo no puedo santificar dignamente este gran día; debo trabajar para que mis hijitos no mueran. ¡Oh, buen Jesús, dadme pan para ellos!» Y enjugaba una lágrima que surcaba su mejilla.

De pronto, oyó que alguien se detenía sollozando ante su puerta. Abrióla vivamente, y vió ante él a una pobre viejecita que lloraba amargamente.

—¿Qué tenéis, madre Tranchet, —díjole, —y por qué lloráis con tanto desconsuelo?

Ay de mí, Thomas —le respondió. —Soy muy desgraciada. Ayer recibí una carta de mi hija; me dice que está enferma y que quiere verme. En seguida me puse en camino, esperando llegar a tiempo para cuidarla y salvarla; pero aún me falta una legua, y mis pobres piernas se rehusan a llevarme más lejos.

Thomas reflexionó un instante, y le dijo:

—No os aflijáis tanto; llegaréis a tiempo para atender a vuestra hija. Soy fuerte, y os llevaré sobre mis hombros. Trabajaré luego, durante la noche, para recuperar el tiempo perdido.

Y partieron, contentos ambos...

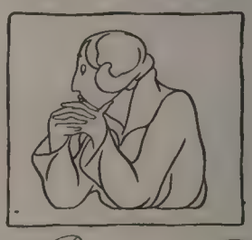
De regreso a su aldea, creyó vislumbrar a lo lejos una luz rosada que parecía salir de su casa. Inquieto apretó el paso, llegó a su modesta vivienda, y cayó de rodillas, extasiado. Jesús estaba ante él, y le miraba sonriendo. Su rostro resplandecía, y aún conservaba en sus divinas manos los útiles del carpintero.

—He terminado tu trabajo, —díjole, —y tus hijos tendrán alimento. Estoy contento de ti; has santificado el aniversario de mi venida al mundo, haciendo la caridad y aliviando el dolor. ¡Os tomo bajo mi protección, y mi bendición y la paz os dejo!...

.....

Cuenta la leyenda que Thomas fué siempre bueno y caritativo, que sus hijos prosperaron, y que murió tranquilo, seguro de recibir en el Cielo la corona que le había preparado la bendición del Señor en aquella memorable mañana de Navidad.

MAGDALENA ESTHER ALMADA.



Pensamiento

.....

«Soy fuerte, estoy bien, me siento feliz; puedo y quiero; soy dueña de mí misma; modelo mi cuerpo y mi imaginación; me siento alegre y contenta; cada día que pasa mejoro en salud, fuerza y poder; vivo del futuro y olvido el pasado; miro por lo alto y no por lo bajo; tengo el sentimiento del poder y del amor, y mi deseo es manifestarlo al mundo!»

Si así pudiéramos pensar y sentir, dominando las ansiedades de un carácter voluble; arrancando de la imaginación ideas nocivas, verdaderos parásitos que pueblan una vida de inquietudes, llenándola de prevenciones, amargando la existencia propia y contaminando a los corazones llenos de fe que nos rodean; si llegáramos a educar nuestra voluntad en este sentido, conseguiríamos la serenidad del espíritu, pasaporte de la felicidad.

FANNY C. DE WOODGOTE.

FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.

Sra. Josefina de Grainza Paz

Mira como me has dejado

Por

VICENTE MEDINA

Mira cómo me has dejado:
Yo quería...
¡ya no quiero!
Yo tenía...
¡ya no tengo!

Yo quería
lo que ya querer no puedo
porque ocupastes el puesto...
Yo tenía
reposo que ya no tengo...

Tú has entrado
y te has adueñado toda
de mi pecho...
¡y ahora te marchas y dejas
sólo ruinas adentro!
¿Yo qué te he hecho?
Te he querido...
Yo quería...
¡ya no quiero!
Yo tenía...
¡ya no tengo!

—

No es mi mal que no me quieras,
sino esto:
que no me quieres, ni a nadie
querer puedo...
¡Es lo malo
que me lo has quitado todo
y yo, de ti, nada tengo!...

Yo no te llamé... tú fuiste
la que me salió al encuentro.
Me podías
haber dejado tranquilo
si es que, luego,
me guardabas negativas
tras dulces ofrecimientos.

—

¡Ay voluble!
por ti, sin luz de ilusiones,
en las tinieblas me encuentro...
por ti, mi amor no halla nido,
como pájaro en invierno...
por ti, la fe y la esperanza
ya las pierdo...
por ti, se encuentra vacío
¡sin imagen!
el santuario de mi pecho...

—

Yo quería...
¡ya no quiero!
Yo tenía...
¡ya no tengo!

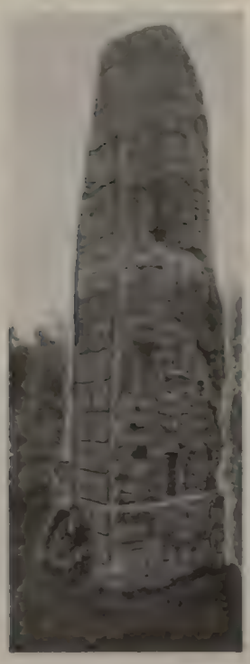
Tú no sabes el estrago
que en mi alma
y en mi corazón has hecho...
¡Me has dejado
que, entrar dentro
de mí mismo,
me da miedo!

DIBUJO DE MEDINA VERA.

El cigarrillo para toda ocasión.

LA GENTE CHIC FUMA CIGARRILLOS

Reina Victoria



OBELISCOS MAYAS

La fértil tierra guatemalteca, ahora devastada por una terrible catástrofe, fué, hace muchos siglos, centro de espléndida civilización. La raza maya, en efecto, ha dejado huellas de su sabiduría y de su arte, que pueden resistir la comparación con las mayores muestras de las antiguas civilizaciones.

Desconocido es el origen de los mayas que habitaron, divididos en muchas tribus de distinto nombre, la parte meridional de Méjico, algunos territorios del Salvador, Honduras Inglesa, y Honduras.

Los obeliscos reproducidos en nuestros fotograbados constituyen dos valiosas reliquias de aquella civilización extinguida. Se conservan en Quiriguá y tienen gigantesco tamaño. Los relieves que presentan en sus caras son notables por su esmerada ejecución, representando personajes mitológicos y signos y letras del alfabeto maya.

Esta escritura es todavía un problema para los filólogos. Unicamente se han podido descifrar, a satisfacción, signos astronómicos y las cifras de la numeración maya, que es vigesimal. Computaban el tiempo por meses de 20 días, años de 18 meses y «kátuns» de 20 años, empleando cifras especiales para marcar esas divisiones. El año tenía 5 días complementarios, y cada 52 años volvía a comenzar un nuevo ciclo, en el que los días y las demás divisiones recibían el mismo nombre.

Por lo que respecta a la escritura, poco se adelantó, apesar de los infatigables trabajos de distinguidos filólogos. Landa, presentó un alfabeto maya, dando la interpretación de los jeroglíficos, pero los hombres de ciencia opinaron que estaba hecho a base de signos yucatecas posteriores a la conquista.

Parece comprobado que los jeroglíficos mayas tenían un doble valor fonético y alfabético, como los que adornan los obeliscos y monumentos egipcios. Son todos del mismo color y fueron grabados sobre la sílice en espacios de una dimensión igual y de forma cuadrangular. Rosny, llegó a descifrar algunos signos, pero no se atreve a interpretar una sola frase.

Los mayas, presentan grandes afinidades con los aztecas de Méjico. El sistema de construcción tiene semejanzas asimismo con el egipcio. Las pirámides, los templos de figura piramidal y los obeliscos, atestiguan un origen y un procedimiento comunes que se fueron distanciando lentamente.

Cambiándole la cara a una mujer

(DEL "HOUSEHOLD FRIEND")

Cualquier mujer que no esté satisfecha con su tez, puede cambiársela y tener una nueva. El pequeño velo mortecino de cutícula vieja, es un estorbo, y debe quitarse para hacer aparecer la piel vigorosa y nueva que hay debajo, dejándola respirar.

Hay un remedio casero viejo, muy sencillo, que puede hacer este trabajo. Cómprese cera pura mercolizada en una botica, y aplíquese por las noches como cold cream, lavándola por la mañana. La «mercolida» absorbe toda la piel muerta, y deja un cutis saludable y hermoso, y tan fresco como el de un niño.

Naturalmente, desaparecen todas las imperfecciones de la epidermis, tales como: pecas, manchas, palidez, barrillos, tostaduras del sol, etc.

Es de uso muy agradable, efectivo y económico. La cara, tratada por este procedimiento, parece, inmediatamente, muchos años más joven.

PIANOS
DE FAMA MUNDIAL
"WEBER"
"BROADWOOD"
"SAMES"

UNICOS IMPORTADORES:
C. J. CHRISTIE e HIJO
830, CANGALLO, 832 - BUENOS AIRES

Aquí tiene usted una fortuna!

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.
APARATOS y UTILES PARA LA INDUSTRIA LECHERA y FRUTICULTURA
PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS
BELGRANO, 499, esq. Bolívar

PLVS VLTRA
PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»
Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$	3.— m/n.
Semestre (6 »)	»	6.— »
Año (12 »)	»	11.— »
Número suelto	»	1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro	5.—
Número suelto	» »	0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

¡Oh!... ¡Cómo Preferiría Quedarme en Casa y Descansar . . . !

CUANDO el sistema nervioso se manifiesta cansado, ya sea por los negocios o actividades de la vida moderna, los placeres, las soirés, las veladas musicales, vienen sólo a acrecentar nuestro desaliento y nos dan tedio. Ni aun el descanso llega a satisfacer a causa de los insomnios, falta de apetito y desordenada digestión.

Para contrarrestar esta crisis, no hay nada como el Sanatogen, Tónico Nutritivo que reconstituye el sistema nervioso y devuelve la vitalidad y fuerza al organismo. Los maravillosos efectos del Sanatogen han sido ensalzados no sólo por más de 22,000 facultativos, pero también por innumerables personalidades distinguidas en el mundo científico, clerical, político, artístico y social. Sir Gilbert Parker, miembro que fué del Parlamento Británico, eminente novelista y estadista, escribe: "Considero el Sanatogen como un tónico de primer orden que nutre el sistema nervioso, aumenta la energía y da mayor fuerza y vigor a la abrumada mente y cansado organismo."

Sométalo a la Prueba

En las Farmacias de primera clase

Rechácense imitaciones con nombres semejantes. Recordar bien el nombre, SA-NA-TO-GEN, preparado por The Bauer Chemical Co., Inc., 30 Irving Place, New York, E. U. A.

Folleto explicativo gratis a todo el que lo pida al Representante Único en la Argentina:

HARRY F. FLACHS

Galería Güemes 458 Buenos Aires

EL TÓNICO-NUTRITIVO QUE LA CIENCIA ALABA

SANATOGEN

RECOMENDADO POR 22,000 FACULTATIVOS

¡La joya favorita ha desaparecido!

La pérdida puede ser un recuerdo de familia, puede representar miles de pesos; pero, de cualquier manera, la molestia y el disgusto que ésta ocasiona, es hoy un mal que puede evitarse.

Las Cajas de Seguridad

46, Reconquista, 46

es el depósito seguro, donde las damas de nuestra sociedad guardan sus objetos de valor, joyas, vajilla de plata, etc. Ahí no pueden ser robadas y no sólo están bajo su control personal, sino también tan reservados como en su propia casa.

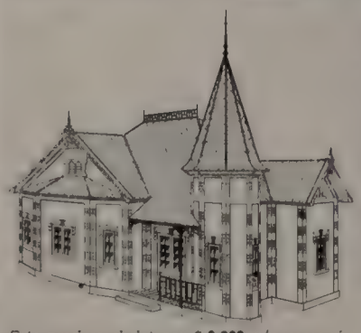
Nadie más que Vd. o su representante autorizado, puede obtener entrada a su caja. Las precauciones tomadas para identificar a cada locatario son tales que ninguna otra persona poseedora de su llave podría penetrar al depósito.

A prueba de Fuego, Bombas, Robos. Absolutamente seguro en caso de insurrección. No existe otra caja tan segura. El alquiler es módico y las ventajas que ofrece son innumerables.

Nuestro folleto que contiene muchos más detalles sobre estas Cajas, será enviado a todos los que lo pidan. **Cajas de Seguridad, Reconquista, 46. - Bs. As.**

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA

MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"



Este precioso chalet por $ **6.800** m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construídos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro Sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATÁLOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.

ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

Muebles

norteamericanos para escritorios

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

IPERBIOTINA
MALESCI
La preparación de fama mundial que ahuyenta la melancolía; que hace mujeres sanas, vigorosas y hermosas; que da salud a la sangre y fuerzas a los nervios.
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia
VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS
Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:
M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871. - Buenos Aires.

SON LAS NUEVAS LAMPARITAS DE CONSUMO REDUCIDO QUE DESPIDEN UNA LUZ BLANQUÍSIMA, SUPERIOR A LA DE SUS SIMILARES.

SE VENDEN EN TODAS PARTES

FABRICANTES:
PHILIPS LIMITED, EINDHOVEN
HOLANDA

UNICOS AGENTES:
BOSCO, VILA y MARZONI
BUENOS AIRES

Buenos Aires, enero de 1918.

Talleres gráficos de Caras y Caretas

Plus Ultra

CIGARRILLOS
43

EXPOSICIÓN DE ESCULTURAS EN NUEVA YORK, A BENEFICIO DE LOS ALIADOS

ARTE, POR ELIE NADELMAN.

UN CONFEDERADO, GRUPO ESCULTÓRICO DE C. C. RUMSEY.

MEDITACIÓN, POR MARÍA KORBELL.

AMANECER Y TRABAJO, POR HELEN FARNSWORTH MEARS.

BUSTO DE NIÑO, POR BENIAMINO BUFANO.

ALEGRÍA, POR BUFANO.

La iniciativa particular del pueblo norteamericano, que en toda ocasión es poderosa, está dando pingües resultados aplicada a la busca de medios con que subvenir a la beneficencia en la guerra.

Recientemente se inauguró en el jardín cubierto del Ritz-Carlton Hotel, acreditado establecimiento neoyorquino, la exposición denominada *Los Aliados de la Escultura*. Del producto de la venta, los escultores donan un elevado porcentaje, dedicándose la cantidad recaudada de ese modo, a lo que se llama «las cuatro caridades de la guerra»: *Cuerpo de Voluntarios de Londres, Prisioneros belgas en Alemania, Sociedad de Conservación de las Artes de Guerra y El Bienestar del Herido.*

FOTOGRAFÍAS DE RAÚL THOMPSON.

¿SUFRE Vd. DEL ESTÓMAGO?

¿No tiene apetito? ¿Digiere con dificultad? ¿Tiene gastritis, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos? Después de las comidas, ¿tiene eructos agrios, pirosis, vahídos, pesadez de cabeza, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón? ¿Tiene Vd. DISPEPSIA y dolores al vientre, a la espalda, vómitos, diarrea? ¿Se altera con facilidad, está febril, se irrita por la menor causa, está triste, abatido, tiene por las noches sueño agitado? ¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curarle? Tome el famoso STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos y recobrará la salud. Treinta años de fama universal. Venta Farmacias y Droguerías, en frascos grandes y chicos. Pidan folletos a Carlos S. Prats, San Martín número 66, Buenos Aires.

EL TURBÉ DEL SULTAN SELIM, "EL ATROZ"

Selim I, sultán otomano, hijo de Bayazeto II, fue uno de los precursores más prácticos y fervientes del malthusianismo. Eliminó a su simpático padre, varios hermanos y 40.000 sitas. Se figuraba que la tierra iba ser demasiado angosta para el hombre, si no se podaba diligentemente la raza. La posteridad, que no ha puesto ningún sobrenombre al celebérrimo Malthus, creyéndole solamente un degollador platónico, llamó a Selim «El Atroz». La posteridad es injusta, perfectamente injusta, pues no sabe apreciar la oculta filantropía de algunos grandes hombres. Selim, no pudiendo valerse de la propaganda por el libro, apeló al veneno y al yatagán; como es lógico suponer, por los resultados, el procedimiento era verdaderamente maravilloso, según su eficacia.

Cansado de la numerosa sucesión que sus mujeres le daban, resolvió no tener más hijos para evitar los gastos que la crianza de tanto muchacho con rango de príncipe le ocasionarían, y ordenó que todo niño que naciera de sus esposas en adelante fuere inmediatamente ahogado.

En el turbé o panteón de familia del sultán, además de él y dos de sus mujeres, yacen los cuerpos de 33 de los niños sacrificados.

FOTOGRAFÍA DE EDUARDO HUANOS.

Obesidad

Curación radical

Único tratamiento científico. Aseguramos una disminución de 10 a 15 kilos por mes. Sin medicinas ni molestias para el enfermo. Aplicación de prueba, gratis.

Corte, y envíenos este cupón.

Remita informes gratis sobre su tratamiento para la obesidad a :

.....

.....

.....

Instituto de Fisioterapia

Av. de Mayo 1157 - Buenos Aires

B V

PU

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155-Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.—	m n.
Semestre (»)	» [illegible]	»
Año (12 »)	» 11.—	»
Número suelto	» 1.—	»

EXTERIOR

Año	$ oro 5.	
Número suelto	» » 0.50	

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración.

Polvo Grasoso

Brissac.

PARIS

El predilecto de las señoras elegantes.

Este polvo de arroz, de perfume fresco y agradable, no sólo es inofensivo para el cuidado del rostro, sino que por su invisibilidad y adherencia, le da una suavidad a la tez que no puede alcanzarse con ningún otro producto.

El Polvo Grasoso Brissac, se vende en tres tonos: Blanco, Rosado y «Rachel».

El Polvo Grasoso Brissac, puede obtenerse con los siguientes perfumes: Jazmín, Violeta, Rosa, Heliotropo, Lila y Clavel.

La caja legítima del Polvo Grasoso Brissac, ha de llevar la faja de garantía que contiene impreso el nombre y la marca registrada, reproducida igualmente en la tapa y debajo de la caja.

$ 1.40 la caja.

PIDASE EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS Y FARMACIAS

Unicos concesionarios: L. AUBERT y Cía., CHILE, 1958 72 - Buenos Aires U. T., 7260, Libertad

Harrods

Inaugurará el próximo lunes 4 de marzo, su clásica

SEMANA BLANCA

Todo cuanto constituye una nota de distinción, de elegancia y de buen gusto en la toilette femenina, se exhibirá en condiciones únicas de CALIDAD Y PRECIO.

LENCERIA: Ajuares para Novias, Corsés, etc., en las últimas creaciones de moda.

DEPARTAMENTO DE BLANCO:

Espléndidos Ajuares de cama, juegos de mesa, mantelería de te, telas blancas, almohadones y artículos de fantasía.

Esta EXPOSICION BLANCA, durará tan sólo una semana, rigiendo en élla precios excepcionalmente rebajados.

BLANCO Y LENCERIA

Harrods
FLORIDA 877
PARAGUAY 554

Plus Ultra

AÑO III. NÚM. 22.
BUENOS AIRES, FEBRERO DE 1918.

LUGARES PINTORESCOS. SUBURBIOS DE LA ASUNCIÓN.

EL TALAR DE PACHECO

FUENTE DE LAS SIRENAS Y VISTA GENERAL DEL CASTILLO

UNA ESCULTURA DEL PARQUE, HECHA POR DON JOSÉ PACHECO Y ANCHORENA.

ENTRADA A LA ANTIGUA CASA DEL GENERAL PACHECO

DON Angel Pacheco y de la Concha, Prócer de la Independencia y General de la Federación Argentina, formó el Talar de su nombre el año de 1825, en las tierras que había poseído en jurisdicción de San Fernando la familia López-Camelo, y que abarcaban una extensión de siete leguas aproximadamente.

Atravesando el bosque de talas y algarrobos, cruzado por amplias avenidas, descúbrese la vieja morada donde vivía el ilustre militar argentino. Su construcción presenta el carácter tradicional de la época; puertas de cuarterones, rejas voladas con sus cuatro eses en el centro, muros de cal donde se aprisionan las madreselvas, y al frente, ancha galería de columnas cuyos chapiteles soportan el alero de la fachada. Esta vivienda ha conservado

EXTERIOR DEL EDIFICIO DESTINADO A COCHERAS Y CABALLERIZA.

ÁNGULO DEL COMEDOR, DONDE SE ADMIRA UN GOBELINO AUTÉNTICO DEL SIGLO XV.

INTERIOR DE LA ESTANCIA ANTIGUA, Y PIEZA DESTINADA A MUSEO.

VESTÍBULO Y ARCO DE ENTRADA A LA ESCALERA, REVESTIDA CON HERMOSOS TAPICES.

tanto su carácter, que, al evocar la figura del antiguo dueño, parece que en su recinto fuésemos a encontrar aún los mazorqueros del poncho rojo, que hicieron trágica la dictadura de don Juan Manuel Ortiz de Rozas.

Las habitaciones principales de la casa, se hallan actualmente destinadas a museo; en ellas consérvase el lecho donde falleció el General y algunos otros objetos de su pertenencia. Varios estantes, distribuídos en orden simétrico, guardan pájaros y animales curiosos, entre ellos un tigre que arrastraron las corrientes del río Paraná sobre un camalote, siendo muerto por don José Pacheco y Reynoso, al verlo internarse en el bosque de la estancia. Otra curiosidad es la armadura japonesa que figura en uno de los rincones, y el traje de lidiador, perteneciente a la época del virreinato.

Al fondo de la casa existen las cocheras y caballerizas, con diez y ocho coches y cabida para treinta caballos.

En la capilla, de línea ojival, hay algunos detalles interesantes; por ejemplo: un alto relieve ejecutado por el escultor Ferrari, de Roma, cuatro pinturas murales hechas por Faustini en 1890 y lienzos de escuela española de buena ejecución y factura. La cripta, situada debajo del altar mayor, guarda los restos de don José Pacheco Reynoso y de su esposa doña Agustina de Anchorena, García de Zúñiga, padres del actual propietario.

UN FRENTE DE LA CAPILLA.

En una pequeña elevación frente al canal, levántase el moderno castillo. Ancha escalinata de piedra da acceso al hall, decorado sencillamente; cierra el arco que comunica con la escalera un hermoso tapiz flamenco de tono azul pálido, donde se destacan dos aves de plumaje rojo, época de Luis XIV.

Contiguo al jardín de invierno y al billar, revestido con estucos y alicatados de azul y oro, hállase el salón de recibo. Su moblaje está compuesto de una sillería de caoba y damasco, varias mesas de pared y otras de centro, con porcelanas y bibelots de Saxe, tíbores japoneses y joyeros Capo di Monte. Sobre el muro un dibujo a la sanguina firmado por Boucher en 1787, y haciendo «pendant» con el piano, un contador florentino de marfiles y carey con cuatro columnitas de serpentina y ónix.

El pequeño gabinete situado junto a la terraza, luce una sillería france-

VISTA DEL SALÓN PRINCIPAL.

EL JARDÍN DE INVIERNO

PILETA DE NATACIÓN.

sa, rococó, imitada, y varios retratos de familia, dos de ellos pintados en París por Federico de Madrazo, artista que siguió en el destierro a la reina doña Isabel II.

En el despacho hay una Cédula Real firmada por Fernando VII, donde se nombra Caballero de Calatrava a don Domingo de Reynoso y Roldán, suegro del General Pacheco. El uniforme de éste, aparece en una vitrina, junto con la bandera tomada durante el sitio de Montevideo, y las condecoraciones de las batallas de Maipú, Ituzaingó, Mérito de Chile, expedición contra los Indios y vencedor de los Andes.

En otros lugares hay objetos artísticos de valor, mereciendo citarse un chapitel mudéjar y una magnífica escultura gótica de San Jorge, raro ejemplar del siglo XV. A más de esta escultura, lo mejor que se conserva en la casa, es el tapiz del comedor; representa la entrada del emperador Alejandro en Constantinopla, y es uno de los primitivos firmados por la manufactura Real de Gobelin, con las iniciales: MRDG, y la flor de lis de Francia.

ENTRADA AL SALÓN POMPEYANO.

El jardín, sombreado por eucaliptus y palmeras, puede considerarse en el Talar, como atractivo de primer orden. Adornan los graciosos parterres pequeñas estatuas de bronce y mármol, que destacan sus líneas sobre el tono verde de la fronda. Ante la fachada principal del moderno castillo — muy francés — el grupo de las sirenas eleva alrededor de la fuente sus mil surtidores cristalinos. Sendas enarenadas conducen a los distintos pabellones y recreos; el teatro de la naturaleza, verde de yedra y arrayán, los palomares, la pileta de natación, cercada de columnas que imitan el estilo de las antiguas termas, el retiro donde se tienen las jaurías de caza, los lagos artificiales con sus paisajes de orientación japonista, y el sombreado camino de la iglesia, por cuyos recodos vería perderse en otra edad la carroza negra y palaciega del General Pacheco.

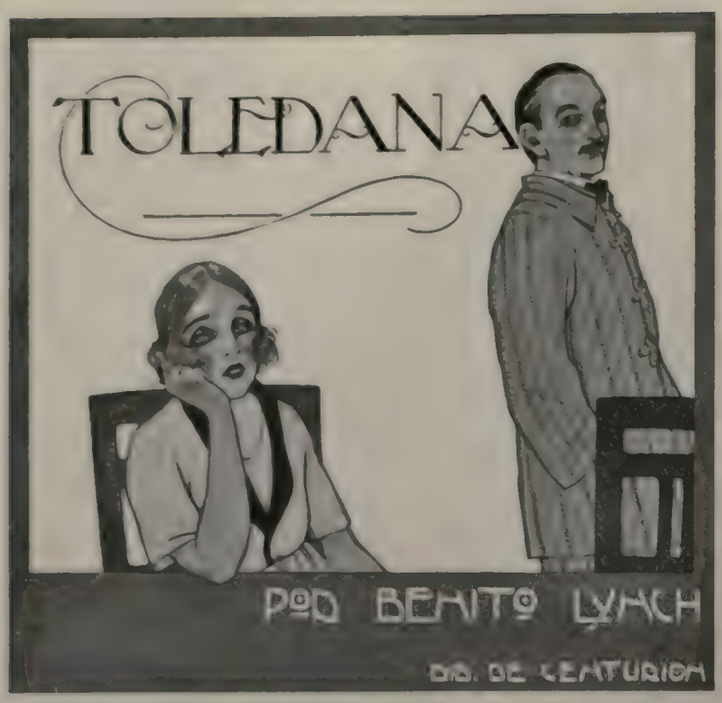
ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

EL TEATRO DE LA NATURALEZA.

DE LA COLECCIÓN DEL DOCTOR FRANCISCO LLOVET.

LA CARAVANA

BOCETO AL ÓLEO DE FRANK BRANGWYN.



La entrada del muchacho, que vuelve de la cocina con la vajilla recién lavada, les obliga a un nuevo compás de silencio y de [illegible]. Están [illegible] y cambiándose las [illegible] y vencen sus amarguras desde que [illegible] la comida; pero, han adelantado tan poco, sin duda, en el camino de sus mútuos empeños, que la pasajera presencia del pequeño fámulo les resulta, esta vez, cargante e importuna como nunca.

Para ella, sobre todo, interrumpida en mitad de un discurso vertiginoso, jamás el infernal muchachuelo necesitó mayor tiempo, para realizar «la mísera tarea de colocar aquellos cuatro míseros platos, en su mísero sitio...» Por eso, de codos sobre la mesa, con las mejillas arreboladas y hacien[illegible] entre los dedos una borlita de seda de su blusa, tiene que apretar [illegible] para poder seguir [illegible], a sus espaldas, y sin gritar de desesperación, aquel escarabajeo interminable, con su aditamento obligado de absurdos resoplidos.

¡Bendito sea Dios! ¡Lo qué puede la educación algunas veces! El, en cambio, el otro, el odioso que no tiene un nervio, que siempre dice y hace las mayores atrocidades, con la más perfecta y envidiable calma, continúa allí, al otro extremo de la mesa, aguardando lo más tranquilo y sonriendo socarronamente al parecer a la bruñida hebilla de su cinto.

Es que le gusta discutir al muy canalla y es que goza con estas «peleas» que son para ella un verdadero tormento y cada una de las cuales le cuesta la pena de andar unos cuantos días, con las piernas flojas y el cuerpo dolorido. ¡Qué cobardes y qué aprovechadores son los hombres!

Un plato que resbala en el aparador la estremece violenta:

[illegible]

—¿Cerraste el portón de la huerta?

[illegible]

Y después de mirarla unos segundos con sus grandes ojos entre espantados y curiosos, el muchachuelo torna a esconder su redonda y alborotada pelambrera entre los estantes del aparador, como una negra alimaña que estuviese cavando su cueva.

[illegible] diez segundos eternos

[illegible]

—¿Se acostó tu mamá?

—Todavía no, señora.

[illegible] la puerta del cuarto de planchar... Decile que es preciso tener mucho cuidado... Ya ha visto todas las cosas que están sucediendo en la vecindad...

«El malhechor» cree oportuno entonces deslizar un chiste, desde allá, del otro extremo de la mesa.

[illegible] pensada dice: «[illegible] y se la [illegible] a su mujercita!

[illegible] a ella, con nerviosa violencia, —¡mejor! —y agrega en seguida a [illegible] (que [illegible] disparando.

El, entonces, aunque ha comprendido muy bien, pregunta haciéndose el inocente:

[illegible]

—¡No, usted, usted! Todavía sería capaz de [illegible] por [illegible] que los conoceré yo!

Las cejas del mozo se contraen al oir la respuesta. El dicho no le molesta por lo que pueda tener de atentatorio contra los respetos de su masculinidad, pero si le choca en extremo eso de «así son ustedes los hombres, ¡si les conoceré yo!» dicho por aquella inocente boquita de veinte años. Va a decir algo, sin duda; pero la despedida del sirvientito le detiene.

—¡Buenas noches, señores!

—¡Buenas noches, hijo!

—Hasta mañana, Edmond.

El lo ha dicho paternalmente y risueño, ella con una amabilidad exagerada. Se diría que quisieran sacarse una ventaja hasta en la estimación del muchachuelo.

Apenas ha salido este, ella se apresura a levantarse y a echar los pasadores a la puerta. Después vuelve a su asiento y comienza a decir en un tono casi alegre:

—Me parece que no pensaba usted lo mismo...

Pero él, muy serio, la interrumpe con un ademán de la mano.

—Señora, para que podamos seguir discutiendo, es menester que reconozca usted antes, que ha dicho una inconveniencia muy grande hace un momento.

—¿Una inconveniencia? ¿Qué he dicho yo, señor?

—Ha dicho usted con jactancia que «si conocerá a los hombres», y es esa una impropiedad que no está bien en su boca.

Por los ojos azules de la señora pasa una sombra de espanto, pero que se borra en seguida bajo la racha de la reacción indignada.

—¿Me va a acusar ahora de faltas de educación, señor? ¿Va a insultarme?

—¡Dios me libre, señora! Sólo le pido que reconozca usted que ha dicho, en el calor de un arrebato, una inconveniencia impropia de usted.

—¡Yo no reconozco nada, señor!

—¡Como usted guste, señora!

Y hay un largo compás de silencio. El, se mira la hebilla del cinto como si quisiera hipnotizarse, y ella desfloca inconsciente una de las borlitas de seda de su blusa.

Al cabo pregunta, incisiva:

—Quiere decir que yo he de ceder siempre, ¿verdad? ¿Quiere decir que yo nunca he de tener razón? —Y agrega en seguida, y como de costumbre, sin esperar la respuesta: —No, no señor; yo también soy capaz de tener alguna vez energía; sí, señor, energía, energía —y rompe a llorar desconsoladamente.

El, entonces, abandonando su asiento y dando la vuelta a la mesa, viene hacia ella paternal y generoso...

—Vamos, Nena, —dice acariciándole los cabellos color de ceniza, —no es para tanto; no sea caprichosa, ¿no ve que no tiene razón esta vez?... Las energías deben guardarse para el momento oportuno...

Bruscamente, muestra ella su carita enrojecida y llorosa:

—No, señor, ¡no! no quiero; yo no he dicho nada malo...

—Sí, preciosa; usted ha dicho una inconveniencia.

—¿Qué inconveniencia?

—Usted ha dicho, «¡que si conocerá usted a los hombres!», con tono jactancioso...

—¿Y eso qué tiene?

Tiene, que cualquiera que la oyera y que no supiese como yo quién es usted, podría formarse concepto equivocado de su persona.

—No sé por qué.

—Porque sí; porque usted sabe que eso no es cierto; y, no siéndolo, es una impropiedad en sus labios.

Hay un nuevo compás de silencio. El, se pasea a lentos pasos y ella juega con la afelpada pelusilla de la carpeta de la mesa. Afuera, se ha levantado viento y se oye, amortiguado por la distancia, el ruido característico de una puerta abierta que se golpea. Ambos reparan en ello al mismo tiempo, pero ninguno dice al respecto una palabra. El, por no asustarla, y ella, porque está demasiado enojada en aquel momento para sentir temor alguno. Otras noches, basta el ruido que hace un ratoncillo entre el zócalo, para que se le dilaten de espanto las pupilas.

—¡Nena!

...

—¡Nena!

—¿Qué?

—Vamos, no sea mala; déjese de tonterías.

—¿Mala? El malo es usted, el señor se cree que una siempre le va a hacer el gusto... Que una no está más que para hacerle el gusto a «su merced» en todo lo que se le ocurre... Está muy equivocado, señor... Sepa que a mí nadie me humilla y que sé tener energía cuando es menester...

—No lo dudo, preciosa; pero ha elegido usted una mala oportunidad... Esta vez no tiene razón.

—¡Mejor!

—¡Supremo argumento! Así es como discuten las mujeres.

—¿Y los hombres? ¡Tan bien que discute usted!

El piensa un instante «en lo bueno» que sería pegarle y después reanuda sus paseos. Parece imposible que una chica tan buena, tan inteligente, se transforme así cuando se enoja. Es capaz de estarse cien horas en un sitio, inmóvil y sin decir una palabra. ¡Si lo sabrá por experiencia!

—¡Nena!

Ella alza hacia él sus ojos desconfiados...

—¿Y?

—¿Y? ¿Qué? ¿Qué quiere que le diga?

—Quiero que reconozca que dijo usted hoy una inconveniencia...

—Yo no he dicho ninguna inconveniencia.

—¡Sí la ha dicho!

—¡No!

—Está bueno...

En ese mismo instante un grito de mujer, lejano, pero estridente, resuena en la noche afuera... Las manos de la niña se crispan instantáneas engarabitadas sobre sus cabellos color de ceniza y sus ojos dilatados en un vértigo de espanto, buscan los ojos de su marido.

—¡Ay, Mariano! ¿qué es eso?

El, que ha sentido el grito en la médula, como un estiletto de hielo, la hace callar con un gesto.

El grito resuena de nuevo, espantable y más próximo.

—¡Es Rosa! ¡Por Dios, Mariano, no salgas!

Un golpear de puños, furioso, redobla al mismo tiempo en la puerta.

—¡Virgen del Carmen!...

—Cállate, Carmencita, no te asustes.

—¡Señor, señor, ábrame! —implora una voz sofocada, por la rendija.

—¡Ya voy, ya voy! —Y apenas las manos del mozo han corrido las fallebas, la puerta se abre de par en par con impulso violento, para dejar paso a la mujer espantada y a su hijo...

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?...

—¡Señor, que en mi cuarto hay un hombre!

—¡Imposible! ¿Está segura?

—Sí, señor; sí, señor; un hombre, yo se lo juro; un hombre; éste lo ha visto también...

Y la pobre mujer retuerce sus manos desesperadamente.

El sonríe, entre burlón y escéptico, y luego dice muy tranquilo:

—Le habrá parecido, ya ve que no ha ladrado el perro siquiera...

—Yo no sé, señor; pero lo cierto es que hay un hombre...

El muchacho interviene:

—Y también del lado de la cochera...

—¿De la cochera, qué?

—Había otro bulto...

—¡Virgen del Carmen!... ¿Has visto, Mariano? ¡Otro!

—Vamos, hombre, pamplinas; yo voy a ver y...

Se interrumpe de pronto, porque en ese momento llega distintamente, del otro lado del gran patio, que ilumina apenas la luz estelar, el estruendo característico de una alacena cargada que se derrumba.

—¡Ay, Dios mío, es en la despensa!

—¡Cierre la puerta, señor!

El deniega con un ademán de la mano. Ahora sí, se ha puesto blanco, más blanco que el cuello de la camisa...

—Apague esa luz, Rosa.

Pero como la cocinera, en el paroxismo de su espanto animal, no acierta con la llave, él, en un brusco movimiento, apaga aflojándola, la única bombilla que ilumina el comedor.

Después comienza a deslizarse felino por la sombra.

La niña pretende detenerle:

—¡No, Mariano, no, por Dios!

—¡Déjame!

—¡No salga, señor!

—¡Cállese la boca, usted!

—Mira, Mariano, no salgas si no quieres verme muerta.

Pero él, transformado en otro hombre, en un Mariano brutal y primitivo, que ella no conoció jamás, se arranca bruscamente de sus dedos crispados, con un: «¡Vamos, *hombre*, no sea zonza!», que parece un rugido y desaparece en lo obscuro, dejándola esteriotipada en la retina, la visión absurda de un Mariano con ojos de fiera, de un Mariano que enseña los dientes en una amarga mueca homicida...

— —

... Hace mucho rato que se marcharon el médico, los vigilantes, los vecinos... toda esa gente, en fin, que suele llegar matemáticamente después de la consumación de las catástrofes... La atmósfera está saturada aún de olor a éter, a vinagre y a agua de melisa; pero, en la alcoba, discretamente iluminada por la lamparilla con pantalla roja del velador, reina la más completa y apacible calma.

Ella no sufre ya, se le ha pasado el hipo que la atormentó por espacio de más de una hora y hasta el dolor de cabeza, pero no puede dormirse, sin embargo, y sigue removiendo incesantemente su rubia cabecita sobre la almohada.

—¡Ay, Jesús, José y María!

—¿Hum? ¿Eh?

—Nada, nada, Mariano...

—¿Me hablaste, Nena?

—No, Mariano... no.

El, que ha abierto galantemente un ojo, vuelve a ser precipitado por el sueño, en un mullido abismo de algodón en rama... y el gran silencio torna a tender sus alas sobre el tálamo. Ya una débil luz blancuzca comienza a insinuarse por las rendijas de la ventana que da al campo. Transcurre así un largo rato.

El sigue durmiendo y ella, contemplándole entre pensativa y curiosa:

—Cuán grande es y qué bueno parece así dormido... sin embargo... ¡Ay, Jesús, José y María!...

El no abre esta vez ni siquiera un ojo. Está más dormido que antes. Ella se destose entonces...

—¿Hum? Hace él, pero no se despierta.

La niña cambia bruscamente de postura. Su movimiento recuerda el salto de los peces en el río, bajo la luz de la luna.

—¿Hum?, ¿eh?...

—¡Ay!, ¡madre mía!

El abre un instante los dos ojos renegridos y absortos.

—¿Qué?, ¿qué tienes? ¿Te sientes mal?...

—No, Mariano, no...

—Duérmete, duérmete entonces.

—Es, Mariano, que estoy pensando...

—¿Qué m'hija?

—En el hombre. ¿Tu crees que se morirá el hombre, Mariano?

—No, Nena, ¡qué pamplina! Duérmete; no te preocupes...

Y va a darse vuelta para cambiar de postura cuando ella le detiene, estupefacto, casi indignado...

—¿Qué?

—Es, Mariano, que yo quería decirte, además, otra cosa...

—¿Qué, m'hija?

—Una cosa, pero me da mucha vergüenza...

Y al decir esto, es ella la que se vuelve bruscamente y ocultando su rostro entre las almohadas, comienza a sollozar dulcemente.

El, despierto ya del todo por la sorpresa, se incorpora en el lecho. Mira un instante con ceño la lamparilla de roja pantalla que ilumina la alcoba, y luego se inclina lleno de ansiedad cariñosa sobre los alborotados cabellos de color de ceniza...

—¿Qué tiene, Nena?, ¿qué le pasa?

Ella se explica entonces entre cortados suspiros:

—Nada, Mariano, una zoncera... quería decirte, no más...

—¿Qué?, preciosa...

—Que es cierto... que hoy dije, una in... con...ve...nien...cia...

—Y torna a llorar después desconsolada.

El palidece de emoción al oirla:

—Vamos Nena, vamos; ¡qué pavada, qué que pavada! mi vida... Y mientras las gruesas manos del hombre acarician la rubia cabecita que se entrega sumisa, y mientras los labios ratifican un viejo y sagrado convenio de amor y de paz, afuera comienzan a cantar los pajarillos...

Pintores americanos en Barcelona.

J. Torres-García, pintor y escritor; Rafael Barradas, paladín del evolucionismo pictórico, — los dos uruguayos — y Roberto Montenegro, mejicano, delicado ilustrador de poetas, acaban de celebrar exposiciones de sus obras en esta ciudad. La afluencia de artistas extranjeros a España, como una resultante de la guerra, es muy curiosa; antes se disputaban las predilecciones artísticas otros países. Hoy todo ha cambiado. El arte no puede vivir como antes en la contienda. El arte sigue siendo diversión del espíritu y la buena pintura patrimonio de los ricos. Las fortunas han sufrido enormes descalabros, y los enriquecidos en la guerra, no tienen su atención en estas bellas cosas. Además, los salones de París, están cerrados y los artistas emigran. España es un oasis de paz.

J. Torres-García, publicó, poco antes de su exposición, un libro: «El descubrimiento de sí mismo». Consejos a los artistas, escritos en forma epistolar. Obra vivida en la cual el autor nos cuenta su proceso espiritual hasta llegar a una absoluta sinceridad en arte; en cierto modo ingenua y con un lugar común: la personalidad. El autor exhorta a su creación, pequeña o grande, dentro de cada ser, pero con demasiada insistencia, olvidando que ello es algo que se posee o no. Y que, los que la tuvieron en más alto grado no se preocuparon de ella.

Después de publicar este libro, como una ratificación de sus teorías, ha expuesto en varios salones un centenar de obras. En ellas están bien marcadas sus evoluciones: Desde los motivos decorativos del Palacio de la Diputación Catalana, a la manera de Puvis de Chavannes, hasta su última manifestación de un futurismo acertado y de buena ley que él titula: Plasticismo Biológico. En su paleta priman los colores sucios, por eso nos impresiona el extraordinario vigor de sus asuntos del puerto y algunos aspectos de la ciudad verdaderamente antipáticos.

Torres-García es uruguayo, aunque los catalanes lo cuenten entre ellos y hable y escriba en el idioma de Verdaguer. Practicando su credo, vive en un pueblecito cercano a Barcelona, frente al mar y junto a la montaña, donde todo es grandeza y serenidad. Allí, en su soledad, trabaja. Y ya con la barba y el cabello canos, piensa en su patria, con las nostalgias tristes que curará el retorno...

PINTURAS DE TORRES GARCÍA, EN LA DIPUTACIÓN CATALANA

En las Galerías Dalmau, donde todo lo raro y lo nuevo tiene su sala, ha expuesto Rafael Barradas; y su exposición ha tenido la virtud de desconcertar a los críticos y al público. No quiere este pintor que se lo clasifique entre futuristas, ni cubistas, ni planistas... Quiere ser él, único y solo, y si con algún nombre habríamos de clasificarlo sería con el de emocionista del color. Es este elemento lo que más nos interesa en sus cuadros; con el color está enmaridada su alma y con el color nos da la impresión de una cosa, de una persona, de un movimiento. Es el suyo un arte personal que anhela llegar a la emoción pura, simple, pero a través de una difícil cerebración. La novedad en arte es siempre una prueba de existencia, y Barradas tiene esta novedad y una gran fuerza interior, para imponerla o sacrificarse. Es uruguayo, es joven y es fuerte.

Hace mucho tiempo, vimos un libro de versos de Amado Nervo, ilustrado por Roberto Montenegro. A la delicadeza de la rima del dulce poeta, correspondía la obra del dibujante. Era una bella interpretación de símbolos; era un extraordinario buen gusto. Han pasado algunos años y aquellas cualidades han ido depurándose, hasta llegar a esta exposición, donde hemos experimentado una agradable sensación de orientalismo. Montenegro ama y pinta paisajes y floras extraños, de cuentos miliunanochescos. Las ilustraciones a «La Lámpara de Aladino», libro suntuoso que acaba de editar, corresponden a estas bellas visiones y han tenido un éxito enorme. Hay una serie de interpretaciones de poemas de Herrera y Reissig, Valle-Inclán, Manuel Machado y de otros poetas, cuyas emociones son afines a las de su espíritu sutil y refinado.

VALENTÍN DE PEDRO.

Barcelona, diciembre de 1917.

RAFAEL P. BARRADAS.

TORRES-GARCÍA CON SU FAMILIA.

ROBERTO MONTENEGRO.

COLEGIALA (PROCESO DINÁMICO), CUADRO DE RAFAEL P. BARRADAS.

DANZA ESPAÑOLA, DIBUJO A PLUMA, DE MONTENEGRO.

DE LA COLECCIÓN PELLERANO

ESCUELA ITALIANA

LA PLEGARIA

ÓLEO DE BIANCHI MOSÉ DI MONZA

JOSÉ MARÍA CAO

Inútil empeño el mío querer encerrar en unos cuantos párrafos la compleja personalidad de Cao. Bien a mi pesar, tengo que valerme de formas vulgares, lugares comunes, fríos e inexpresivos, por no hallar los términos precisos con que trazar la silueta del maestro de la ironía.

La enorme figura de Cao, empezamos a verla en sus justas proporciones, después de haber desaparecido. Va agrandándose a medida que el tiempo pasa, y cuando llegue el momento en que cuajen y se sinteticen las manifestaciones de su múltiple talento, tendremos entonces la noción exacta del prodigioso volumen espiritual de José María Cao.

He de limitar mis deseos, pues sería necesario poseer la aguda visión del mismo Cao para trazar con alguna exactitud su indefinible personalidad. Por eso temo que en este caso no sea suficiente mi buena voluntad.

Su vida exterior, aunque bien conocida, no fué bastante para juzgarle. Era preciso estar en contacto íntimo con él, analizarle con frecuencia, escudriñar las complicadas indecisiones de su espíritu, sus dudas perpetuas, sus constantes tanteos, que le impidieron orientarse de un modo definitivo, desconcertando al que trataba de analizarle. Su característica fué siempre la indecisión. Un pensador indeciso, sí, pero cultísimo, profundo, amplio, depurado.

El carácter de Cao puede pintarse con esta frase suya: «El último libro que leo — me decía — es el que me convence». Así era; la última idea, el último pensamiento borraba los anteriores, y subsistía... hasta que otro más nuevo lo desalojaba. Y siempre indeciso, sin oponer resistencia, sin preocuparse nada de la línea recta, se dejaba llevar aceptándolo todo como una fatalidad, a la que hay que someterse.

Y por contraste, esta serena indiferencia ocultaba al ironista más agudo y sutil, al caricaturista más fino, mordaz, ingenioso y afirmativo que ha existido en este continente. La labor externa era débil reflejo de sus sorprendentes facultades. La labor íntima, la que se realiza sin ligaduras, libre, amplia, atrevida hasta la irreverencia o la crueldad y que no sale del reducido círculo donde todo se tolera, menos la tontería; ahí la mordaz ironía de Cao llegaba al rojo blanco y provocaba la franca carcajada hasta el llanto. ¡Qué derroche de imaginación! ¡Qué observación más profunda! ¡Qué asombroso acierto para descubrir el punto débil y destacar la nota ridícula de la víctima elegida! Infundía pavor, porque a su aguda y certera vista era inútil ocultar las pequeñas debilidades que todos poseemos. Sin mirar, veía; y las corazas más seguras carecían de eficacia ante sus infalibles arremetidas.

En estos secretos certámenes del ingenio, han nacido dibujos formidables, positivamente superiores a los que el público conoce. Por ahí andan innumerables caricaturas (algunas de ellas cuidadosamente ocultas) verdaderos tratados de psicología, revelaciones sorprendentes, que han causado, por su fidelidad, más de un serio disgusto de esos que perturban el sueño. Muchas veces ha sido necesario contenerle porque de su lápiz salían a menudo caricaturas verdaderamente demoledoras. Si esta obra llegara a conocerse produciría asombro.

Dejaba pasar la vida con aparente indiferencia, y sólo en el momento oportuno alargaba la mano para tomar la parte ridícula que estaba al alcance de ella, que guardaba después cuidadosamente, como guarda el naturalista los insectos que han de servirle de estudio.

Sentía secreta complacencia en volver del revés esas figuras decorativas que aparentan ser algo y no son nada; como hábil jugador de manos, descubierta la insignificancia, las volvía nuevamente a su estado normal y las dejaba continuar su camino tranquilamente.

Y, aunque parezca algo extraño, yo encuentro en todo esto cierta relación con las facultades pedagógicas de Cao. Porque — y como otra nota bien saliente de su personalidad — poseía la característica de saber enseñar. Tenía la rara propiedad de colocarse, sin el menor esfuerzo, en el mismo plano del discípulo. Su mentalidad se elevaba o descendía, con la sensibilidad de un termómetro, para situarse en el punto preciso, y sus diáfanas explicaciones no dejaban rastro de duda.

Esta figura incoherente y extraña, está llena de episodios interesantes. Allá por el año 1889, Cao empezó a dibujar periódicos tomando un poco en serio la profesión. El más observador no hubiera podido encontrar en estos comienzos al hábil dibujante del futuro. Algo más tarde, ingresó en *El Quijote*, y allí, con el pseudónimo de Demócrito II, empezó a revelar sus facultades que concluyeron por afirmarse en *Caras y Caretas*.

Antes de esta época, su vida, a veces fué dura. Cierto día, estando muy necesitado mandó a cobrar — sin resultado — el importe de unos dibujos. A la segunda tentativa, Cao dijo al cobrador: — «No te molestes más; no vale la pena. El deudor o no puede o no quiere pagar; en ambos casos yo no cobro. Pero si cambia de actitud y mañana quiere pagarme, se embroma, ¡porque no le cobro!» — Y rompió la cuenta.

Otra vez pidió ayuda a otro compañero y a mí, para llevar a cabo una obra pictórica de cierta importancia. Se trataba nada menos que de pintar el carro de la carne de Lanús. Y el carro fué pintado.

Cao ejecutó en el frente una alegoría que representaba una vaca pastando tréboles. — ¿Qué es eso?, le pregunté. — Pero hombre, replicó, si está clarísimo. La vaca, nutriéndose de tréboles, lleva la buena alimentación y la buena suerte al que la come, todo en una pieza. Si encuentras un símbolo mejor, dímelo.

Las condiciones pedagógicas de Cao fallaron una vez. Preso, por sus violentas campañas políticas, trabó conocimiento en la cárcel con un célebre ladrón, que le fué muy útil durante la reclusión. Enternecido, decidió protegerle pensando rehabilitarle. Conseguida la libertad de ambos, Cao le admitió en su casa como sirviente y empezó el trabajo de regeneración. El ladrón se sometía gustoso e iba adaptándose al nuevo ambiente, cuyas ventajas reconocía.

Seguro de la eficacia de su prédica, Cao llegó a confiarse, y esta confianza la aprovechó el ladrón para llevársele hasta el último centavo.

—«Don José — le decía el ladrón en la breve entrevista que tuvieron al descubrirse el robo — don José, no pierda el tiempo conmigo; la vida que usted me aconseja no es para mí; me aburre». Y Cao dejó que se fuera con los pesos.

Tuvo siempre marcada afición por la música, y si bien llegó a dominar la teoría en absoluto, jamás pudo vencer las dificultades técnicas que siempre le presentaron los rebeldes instrumentos. Llegó a conocer el mecanismo de la flauta, la guitarra, el piano, el mandolín, la bandurria, el arpa, el violoncelo y el violín. Pero aunque insistió sobre este último con verdadera tenacidad años y años, siempre salió derrotado.

Muchos que hayan cruzado a altas horas de la noche las calles solitarias de Lanús, habrán oído los ásperos sonidos de un violín inhábilmente tocado, acompañado de los aullidos de un perro. Este dúo fantástico tenía por actores a Cao que estudiaba música, y a Cucho, su perro, que le acompañaba con sus lamentos.

En resumen, Cao fué de todo: poeta, comediógrafo, excelente prosista, dibujante, músico, pedagogo; fué fundador del *Eco de Galicia*, *El Cid* y otras publicaciones. Colaboró en casi todos los diarios y revistas ilustradas de Buenos Aires. Socialista, anarquista, aristócrata, masón, indiferente, crédulo, escéptico, contradictorio, y por encima de todo un pensador profundo y un ironista formidable. Una enciclopedia viva y serena, que derrochó cuanto tuvo, y no quiso guardar nada para él. En una palabra: Cao fué un caos.

Trato en este juicio mío de apartar por un momento las sensaciones que me conmueven y que pudieran parecer apasionadas. Miro con la imaginación las grandes figuras de los grandes humoristas contemporáneos, y veo abrirse sus filas para dejar espacio al inolvidable amigo que va a ocuparlo por derecho propio. Y así, del brazo de los indiscutibles, de los consagrados, tranquilo y sonriente, le veo marchar hacia el alto lugar que tiene tan bien ganado y al que no llegan más que los elegidos.

MANUEL MAYOL.

C A R N A V A L

El gracioso y desenvuelto de las Carnestolendas callejeras, inspiró a Cao una sátira que rebosa humorismo e intención. Las frases, los gestos y las bromas, tal vez pasen de moda; pero el espíritu del Carnaval y sus demostraciones de ronca alegría resultan idénticos a sí mismos. El gran dibujante y escritor supo resumir en esta página, que reproducimos como homenaje al claro talento del inolvidable humorista, ***cuya aguda sátira nunca pierde ni actualidad ni valía artística.***

Buenos Aires es el país del ingenio, del buen humor, del esprit, del aticismo, de la gracia... (Véase la muestra.)

Buenos Aires no ríe a carcajadas como esos pueblos bárbaros de ultramar; su risa es grave, serena, culta, recatada, enteramente moderna.

Para convencerse, no hay más que seguir a una máscara cualquiera, y escuchar un rato. Ahí viene un Arlequín.

— *¿Cómo te vaaa?...* (Eso lo dice Arlequín.)

— *¿Cómo te vaaa?* — le contestan. Y entre Arlequín y las máscaras que van pasando se entablan los diálogos que siguen:

— *¿Cómo te va, che?...* Fíjense ustedes en ese *che:* es todo un epigrama encerrado en una sílaba. (Pero hay que entenderlo, por supuesto.)

— *¿Cómo te?...* — ¡Zas!... (*Zas* no es una exclamación, sino la consabida bomba de agua que revienta sobre la cara de Arlequín.)

— *¡Adiós!* — contesta Arlequín. *¡Adiós, atorrante!* (Esta salida es de lo más feliz que se ha oído en los presentes carnavales.)

— *¿Cómo te vaaa?* (La gracia de Arlequín, habrán podido observar ustedes que consiste mucho en la reiteración de la frase.)

Y como al que no quiere caldo le dan tres tazas, le contestan de seguida. — *¿Cómo te va..., cómo te va..., cómo te vaaa?...*

— *¿Cómo te?...* — *¡Tuuu! ¡Tuuu! ¡Tututuuu!...* (Sistema enteramente nuevo, que consiste en retrucar por música.)

No podemos contener la discreta sonrisa: Arlequín ha cambiado de táctica, y, haciéndose el mudo, arroja bombas boers a un coche cargado de niños.

Después echa a correr, gritando a derecha e izquierda: — *¿Cómo te va, cómo te va, cómo te va, cómo te vaaa?...*

Multitud de máscaras que han visto el éxito de la frasecita, corren también repitiéndola por todos los corsos de la capital.

Como el procedimiento data de muchos años atrás, resulta hoy Buenos Aires de una alegría bárbara. (Véase la clase...)

Y siendo esta una revista de índole principalmente humorística, permítasenos repetir ahora: — *¿Cómo te va, lector?*

Porque el ingenio, el aticismo y el buen humor actuales, consisten en dar así las bromas: o *pesadas*, o no darlas.

Las rondas del amor

Carmen, Leonor y Elena han sonreído.

(Los estandartes rojos del crepúsculo carminan las aguas paralíticas del lago. Rosas inumerables sufragan el primaveral plebiscito. Sobre los verdes almohadones de césped, aves galantes y exóticas vagan en silencio decorando distraídamente la tarde.)

Carmen ha sonreído incrédula, Leonor con tristeza, Elena con ironía.

— El amor — prosigo, mirando alternativamente las tres divinas sonrisas — es una pasión bastarda y prematura que o nos arroja como heroidas a las grotescas tragedias del guiñol o nos arrastra como fantoches por los tablados del ridículo. El espíritu ecuánime, serenado en el panorama espiritual de la filosofía, contempla compasivamente sus lamentables aventuras. Porque tampoco es el amor una pasión original, ni siquiera una suma sensitiva, sino la complacencia enfermiza de otras pasiones menores en la declinante mansedumbre de nuestras potencias morales. Su obscuro origen, sus arbitrarias ideaciones y la flébil complexión de su ortodoxia pueden darnos la medida de su valor.

(La carne viva de las rosas se melifica con el dorado polen del crepúsculo. Un violeta espiritual arrasa suavemente los matices en una desmayada atmósfera de ensueño. Cisnes de seda virgen flotan someramente sobre la seda vegetal de las aguas limosas. Embiste al firmamento el cuerno agudo y luminoso del semilunio.)

Carmen, Leonor y Elena miran meditativamente la vaga opacidad del infinito.

— El amor — continúo — ha puesto en la flecha milagrosa su heráldica cruel. Por parecer ingenuo se fingió niño (él que tiene la edad fabulosa de los astros) y para herir sin miedo se vendó los ojos. La elástica fibra de su arco zumba siniestramente y en la aljaba repleta asoman sus vértices erectos los venenosos haces. Guerrero formidable, porque es también poeta y tampoco desdeña el hábil plectro que suscita en las noches las nobles melodías. ¡Pobre la doncella curiosa que abra su puerta al peregrino! Exprimirán sus ojos el zumo venerable y agitarán su pecho tormentas de sollozos. La última estrella de la noche la encontrará despierta cuando las campanas del alba llamen a misa de sol, pero su alma envidiará la inocencia feliz de las alondras mañaneras.

Carmen dice: «Después de todo, ¡quién sabe!»

Y Elena: «¿Vamos a cortar rosas?»

Tomadas de la mano, suscitando en el verdegrisado de la hora la cándida afluencia de sus vestidos blancos, se alejan por la recta, larga y crujiente del paseo. Luego se internan en los macizos de rosales.

Quedamos solos, sentados frente a frente. Los otros dos sillones de mimbre parecen las mitades de una cuna vacía. La soledad nos da una isla exorbitada. Mi alma se ilumina de vagas proyecciones, mis ojos buscan las pupilas excelsas. Y Leonor, la muy amada, contempla fijamente sus manos superpuestas que sobre el fondo blanco de la falda radian sus dedos finos como las puntas de una rosa de los vientos.

(Se acerca, de puntillas, la noche. Voces obscuras van borrando a trechos el silencio. Los árboles se duermen como ancianos, en un tránsito audible. El crepúsculo deja apenas un recuerdo de luz.)

Y Leonor, la dilecta, dice: «Entonces ¿para qué amar?»

Secretamente se miran y comprenden nuestras almas. Se deshace en mis manos su rosa de los vientos y como no hay palabras que digan lo inefable, escuchamos las voces del paisaje.

Se oyen de pronto dos pavorosos gritos. Carmen y Elena regresan en temerosa fuga a nuestro amparo, incendiando de rosas el paseo.

Llegan purpúreas y tremantes, como esas dalias sanguíneas, llagas en el boscaje, donde se abrasan los insectos nómadas en las siestas calinas.

— ¿Era un hombre?

— No; era un monstruo.

— A mí me agarró de una mano.

— A mí de la falda.

Y Leonor, dulcemente: «Por aquí no ha pasado.»

(Golpetean los sapos sus cristalinos tamboriles. Cruza rauda un ave rezagada. La sombra de los árboles mancha la claridad lunar de los paseos.)

Nosotros sonreímos. Ellas suspiran sin saber por qué.

José Martínez Jerez.

DIBUJO DE PELAEZ.

Siesta

Me tiro, como un fardo, sobre el chaise-longue... Me inclina
la cabeza, de un rudo manotazo, el esplín.
(Un eco de jadeantes cloqueos de gallina,
entra, por las ventanas abiertas, del jardín).

El sol incandescente, glabro, se me imagina,
como un rostro apoplético, saturado de gin.
(Un coro de chicharras agriamente rechina
arañando su áspero, monótono violín).

La luz se filtra y pasa, pálida, en los stores;
con un brusco bostezo, deshójanse unas flores
marchitas, en un vaso de bambú del Japón;

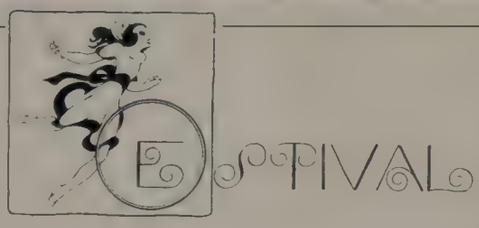
los sillones ofrecen sus amplexos de mimbre;
y sale, extrañamente de la pared, el timbre,
como el cruel ojo insomne de algún genio burlón.

Modorra

Las aguas temblorosas,
los inmensos espejos
de las aguas verdosas,
infunden a las cosas
vibraciones bizarras;
y el chirriante, monótono, cantar de las cigarras,
hierve, como una absurda sinfonía, allá lejos...
Revolotea, vibrante como una puñalada,
el picaflor de pluma tornasol;
Y sobre el tronco hueco de una palma quemada,
yace una mariposa azul, que, aletargada,
se estremece al amplexo ardoroso del sol.
Las lagartijas reptan, con lento contoneo,
con una irresistible pereza de vivir;
hay en todos los árboles el mismo cabeceo,
como si el bosque entero se quisiera dormir...
Todo se duerme y calla: y en un cierto momento
cual si un soplo de vida lo viniera a animar,
estira los follajes un desperezamiento,
y rueda el vaho pesado, bochornoso, del viento,
como el bostezo enorme del bosque secular...

Juan Carlos Bernárdez

DIBUJOS DE PIAMBAU.



¿Quién inventó esa lotería que se llama veraneo? Difícil resulta despejar la incógnita.

Desde luego, puede afirmarse que el espíritu humano, triple esencia de la contradicción, es panameño en invierno, y esquimal en estío. Porque el alma gira alrededor de un eje inclinado paralelamente al eje de la Tierra. Hasta ahora se creía que nuestro huésped interior era plano, inmóvil, mantenido sobre ocho columnas, bajo el séptuple fanal de los cielos. Ya se sabe que es un esferoide de revolución, y este conocimiento ha venido a revolucionar toda la filosofía. Sin embargo, aun existen metafísicos que conocen menos del alma que el célebre profesor cuyo saber hacía cantar a los discípulos:

La Tierra es una bola
chata por arriba, chata por abajo.

Esta doble ñatura terráquea es semejante a la anímica, pues *ñatura non fecit sáltum*. «Chata por arriba, chata por abajo», y giradora de suyo, el alma, pues, tiene cuatro estaciones; mas como da vueltas en sentido inverso, es inverniza durante el estío y veraniega durante el invierno.

Ahora bien: no habiendo veraneo bastante para todos, fué necesaria y benéfica la institución de la lotería del veraneo.

Las golondrinas, algunos empleados de frigorífico, las cigüeñas, los lapones, todas las aves migratorias, la mayoría de los ricos e innumerables «frescos» supieron burlar las leyes distributivas del calor y del frío para buscarse la temperatura que más les conviene.

Pero, más bien que el de lotería, le sienta al veraneo el nombre de rifa, o el de rifa-lotería autorizada por el superior gobierno de todas las naciones terrestres y celestes. Es una institución eminentemente moral y reguladora, aunque lo contrario afirmen los hombres descontentos. La Naturaleza sabia lo ordenó así; porque si todos veraneasen, las urbes se quedarían vacías en pleno estío, cuando las fábricas de hielo, de ventiladores, abanicos y tifus, más necesitan el concurso del parroquiano. Y si el previsor gobierno, discípulo aventajadísimo de la Naturaleza, supiera enmendar la plana a su profesora, prohibiendo el veraneo, ¿qué sería de la Ilusión?

¡Oh, la Ilusión, ola refrescante, una y múltiple, ilusión de ilusiones que tiene iodo de anhelo y sal de esperanzas, qué sería de Ti sin las dos esferas giratorias donde están los premios grandes y chicos del veraneo!

— —

Los favorecidos, los agraciados de la suerte, cobran a estas horas, o cobraron ya, sus premios. Esa gente feliz que satisface el ansia lapona de su espíritu en la estancia del pariente o en la casa playera del amigo, nada necesita de nosotros.

Nuestra prosa, que deseamos hacer lo más benéfica posible, te hablará, lector, de los «desveraneados» de la fortuna.

Comencemos por los hebdomadarios veraneantes de esta playa dulce, de esta playa ilusa donde un mundo dominguero busca oxígeno fresquito. Bajo los árboles de cuya madera extraen frescas virutas, junto a la cerveza al hielo o a la novia deshelada, los muchachos se tonifican. El baño, la sombra, el aire y la fantasía, todo mezclado con gotas de fino amor, realizan una obra «auto-altruísta.»

« Mar del Plata es caro, aburrido, incómodo; las demás playas, lejanas y cursis; la permanencia en el empleo, imprescindible... » Con estas consideraciones no hay veraneante malogrado que no se consuele. Y la brisa fresca ayuda a suspirar, a imaginar, a vivir.

Cuando el tranvía los devuelve a la ciudad, traen el espíritu oreado, satisfecho, dispuesto para resistir ventajosamente el calor bonaerense.

Otros convierten la acera en playa veraniega, y a la luz cansina de los faroles, casi en traje de baño, descansan. Las notas de un bandoleón perfuman el ambiente, oxigenándole de paso, porque la música también tiene oxígeno.

En todas partes hay un pedazo de veraneo, un sabroso trozo que se prepara en las cocinas de Maya, la diosa de la ilusión y, por lo tanto, de la conformidad. Los lagos de Palermo son mares, los cóndores del Zoológico esparcen bajo el sol incandescente la frescura de las eternas nieves. Contemplando los patinajes carcelarios de los osos polares una ola de frío nos conforta. El hombre, maestro de baile del oso y su discípulo de patinación, le debe además este consuelo.

— —

De este modo, por mil procedimientos cuya relación no cabría en una página, pasamos el estío sin envidiar la suerte de los favorecidos.

¿Qué sería del mundo caldeado, si todo fuese de un color uniformemente negro, de negro pésimo, si los hombres no supieran teñir de rosa su existencia? ¿Qué más da Trouville que la gran playa de un inmenso río amarillo donde los bañistas arrastren el abdomen haciendo como que nadan sobre enormes profundidades?

El alma humana es un esferoide de revolución que gira alrededor de un eje inclinado sobre dos polos eminentemente chatos. Hay una psicología de invierno, una lógica de verano y una moral de entretiempo. Irse ajustando al constante y anual cambio de las estaciones anímicas equivale a ser sabio en mundología y demás ciencias exactas. Y no reconocer tales enseñanzas, es ir a pasos largos hacia la atorrancia menos científica, porque tejer el capullo dorado de la vida con hilos de paciencia y conformidad es como vivir en pleno veraneo.

RAÚL P. OSORIO.

UNA ESC

EN EL

RNAVAL.

CARAS.

A Orillas del Lago de Como

¿En dónde la naturaleza es más benigna, y fraterniza de una manera más cordial con nosotros, que en las márgenes de este lago, sereno, como la pupila de una divinidad antigua? ¿En qué parte se respira una elegancia tan ligera, y tan perezosa, como en el silencio rumoroso de estas terrazas perfumadas? ¿Montañas verdegueantes que reprimen su ambición para volcarse en curvas cadenciosas? ¿Impavidez del lago, cuya tersura sólo a veces se empaña con la brisa, como obscurece una pupila cuando pasa por ella un pensamiento, melancólico?...

¡Sin duda, estos son los jardines del amor! Entre las justas proporciones de cuanto nos rodea, nos movemos libremente, livianamente, sin que nada de excesivo nos sofoque o nos intranquilice. Con sólo descansar nuestra vista en las curvas femeninas de las montañas, sentimos una verdadera satisfacción, y el solo hecho de respirar es, para nosotros, un deleite parecido al que deben sentir los árboles al llegar la primavera. Ungidos por esta luz embriagadora y tornasolada como el ajenjo, nuestro exceso de vida aprovecha cualquiera oportunidad para emplear su vigor, con la coquetería con que pudiera hacerlo una mujer madura.

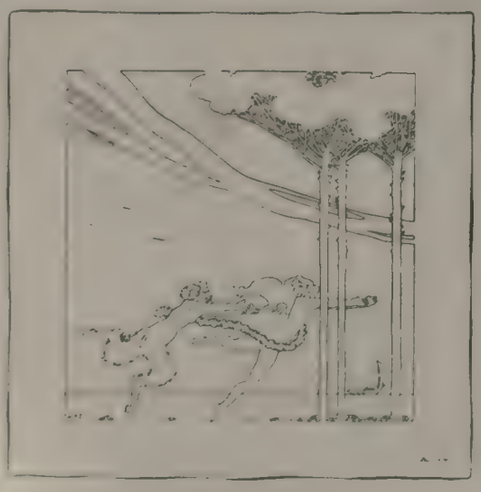
Llenos de un sentimiento pagano, nos complacemos en sentirnos vivir, y con sólo sentirnos vivir nos contentamos. Nuestra enfermiza ansiedad de «más allá» y de «quién sabe qué» nos abandona al aspirar esta brisa perfumada y fresca, como el aliento de un adolescente; y la vida, nos parece algo tan delicado y tan fácil, que no deseamos olvidarnos de que vivimos.

Ciertamente, un temperamento que se complazca en arder de continuo en una heroica exaltación, podrá encontrar demasiado muelle, y hasta un poco banal este paisaje. Sin duda, las montañas, al demorar las caídas de los torrentes que se suicidan pasando por las pupilas huecas de los puentes así como la docilidad algo doméstica, con que los árboles reprimen el desorden de sus ademanes, le restan sublimidad, y contribuyen a darle una blandura casi cortesana. Pero en cambio, ¡qué elegancia tan medida y tan fina; qué pereza tan pacífica y tan azulada nos invade en estos jardines luminosos, donde las cosas atenúan sus contornos para fundirse en una harmonía [illegible]

Yo, al menos, al pasearme por sus terrazas flo- [illegible] cuanto me rodeaba, y sintiendo la benignidad acariciadora de las cosas, me he abandonado sin reservas a la dulzura de registrar mis propias sensaciones. ¿No es acaso disculpable cualquiera languidez en un paraje donde los botes se deslizan en un susurro de faldas femeninas? ¿En dónde las mujeres tienden sus molicies en los lechos flotantes, mientras sonríen a su propia pereza? ¿Donde todas ellas se visten con colores claros, tienen el olor sencillo de las flores silvestres, y parece que no temieran que nuestra codicia les apretara la cintura?...

Sin duda, sería petulante tachar de mal gusto la sensualidad de estas gentes que han aprendido a tener gestos harmoniosos, mientras la barca se desliza al empuje de las velas latinas; y fuera una imperdonable falta de comprensión que, apretados por nuestro traje negro y nuestros modales demasiado sajones, juzgásemos excesiva la graciosa libertad de sus maneras y de sus sentimientos. Las mujeres, sobre todo, tienen un encanto en que se mezclan los desfallecimientos más sensuales a una alegría sana que suena en risas harmoniosas.

En sus ojos y en sus caderas hay, no obstante, algo de la cadencia trágicamente voluptuosa de las mujeres andaluzas; pero su sensualidad es menos vibrante, menos dolorosa, más delicada, más felina. Mirándolas presentimos que podríamos amarlas fácil, alegremente, sin que la intensidad de nuestro amor nos ponga en presencia de la muerte.



Es esta la idea que con más frecuencia he escuchado mientras me llegaba el sonido de las campanas y refrescaba mis manos en el lago. En este rincón privilegiado — me decía yo — la naturaleza es tan benigna, que no es posible imaginarla desprovista de cuanto la decora en este instante. La idea de inmortalidad que comúnmente nos sugieren las montañas y las estrellas, se extiende aquí, a todas las cosas y a todos los seres; y solamente por un esfuerzo intelectual llego a comprender que ellos están sujetos, como en cualquiera otra parte, a las leyes que gobiernan la vida. En tal sentido han hecho bien en venir a ocultar sus amores descalificados, todos aquellos cuya historia se comenta aún, sobre las mesas de las «trattorias». Sus fiebres pudieron encontrar aquí, no tan sólo un ambiente que les aconsejara el desprecio de todos aquellos fantasmas con que la ciudad pretendía reprimir sus desórdenes, sino que, al mismo tiempo de brindarles un marco propicio a todos los excesos, les infundiera la ilusión embriagadora de que sus desfallecimientos no tendrían un término. En las villas perdidas bajo las cúpulas de las higueras y de los nogales, sus pasiones pudieron respirar libremente, y en el silencio de los plenilunios, cuando el lago se perfuma de canciones, sentirse estremecer mientras los remos del bote se plateaban.

¡Estos son los jardines del amor! ¡No es por una casualidad que Psiquis besa a Cupido allí en la «Villa Carlotta»! Cuantos viven sobre sus márgenes tienen una misma y enternecedora buena voluntad de ser felices, que para la mayor parte de nosotros no consiste en otra cosa que en conseguir un mendrugo de cariño. Qué de extraño tiene entonces, que cuando veo desde mi bote los caminos por donde trepan los sátiros y las cabras, piense que me gustaría trepar a mí también, después de retozar en las laderas perezosas y verdegueantes, de exprimir las ubres de las viñas, y tejer un ensueño sencillo, bajo la complicidad de las hojas antiguas de los olivos.

OLIVERI GIRONDO.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La Ubicuidad de los Espíritus.

«Los incesantes progresos del espiritismo, quiero decir, su incesante incremento, dando lugar a que un mismo espíritu pueda ser invocado a un mismo tiempo en opuestos lugares de la Tierra, plantea naturalmente la cuestión de la ubicuidad de los espíritus». Así principia una comunicación recientemente dirigida por el profesor Ciriaco Venezuela, de la Universidad de Caracas, a la Administración General Espiritista del Oeste, de la docta ciudad de San Francisco de California. Trátase de un documento de la mayor importancia, tanto por la entidad del tema que aborda, como por las teorías que sustenta, como por los hechos históricos que refiere, como, en fin, por la propia autoridad del profesor Ciriaco Venezuela.

El profesor Venezuela no admite la ubicuidad de los espíritus. «Es posible, — dice, — como lo afirma mi sabio amigo y colega el profesor Buenaventura Gomensoro, de Las Palmas Produce, República Argentina; es posible que los habitantes del Ibicuy, en esa misma república, estén dotados del don de la ibicuidad. Pero de aquí en manera alguna se sigue que los espíritus estén dotados del don de la ubicuidad; y se sigue tanto menos, cuanto más profunda y evidente es la diferencia que existe entre la ibicuidad y la ubicuidad». En efecto, y por si nuestros lectores no lo supiesen todavía, los espiritistas de la escuela paranaense, acaudillados por el profesor Gomensoro, quisieron apoyar sus teorías sobre la ubicuidad de los espíritus, en cosa que le es tan ajena, como esa propiedad característica y privativa de los habitantes del Ibicuy, que se llama la ibicuidad.

Según el profesor Venezuela, si urge aclarar la cuestión de la ubicuidad de los espíritus, no es por ella en sí misma, puesto que no afecta a la esencia del espiritismo. Es por las razones de orden práctico a que alude al principio, es para que, no siendo ubicuos los espíritus, puedan adoptarse medidas por cuya virtud se impida que un mismo espíritu sea invocado al mismo tiempo en estaciones tan distantes como, por ejemplo, las de Caracas y Singapore. Para eso propone la organización de un sistema de comunicaciones telepáticas entre los espiritistas. «Es menester, — dice, — que en alguna parte se establezca una estación central telepática, a donde todo investigador comunique cuál es el espíritu que en ese momento tiene acaparado, y pueda preguntar si cierto y determinado espíritu a quien él se propone recuestar, no se encuentra por acaso recuestado en otra parte, y en fin, a donde pueda hacer saber que el espíritu a quien él tenía recuestado, ha quedado en libertad de serlo por tercera persona. Propongo, — dice también, — que esa estación quede establecida en las azoteas de la Universidad de Caracas».

Dijimos que el señor Venezuela no admite la ubicuidad de los espíritus. Para que ella fuese posible, fuera menester, por ejemplo, que el espíritu invocado estuviese difundido por todo el universo, o por lo menos, y por lo que a nosotros concierne, que lo estuviese en toda la región correspondiente a la Tierra, y que de grado o por fuerza siguiese al astro en su revolución en torno del Sol. Pero un espíritu, siendo una individualidad, una conciencia, no es infinito, sino, al contrario, extremadamente finito. No extremadamente, diríamos nosotros, pero sin duda finito en grado positivo. Por lo tanto, si se encontrase difundido en una extensión tan grande, la substancia espiritual se encontraría en tan extremo estado de enrarecimiento, que pudiendo existir como substancia, no podría existir como individuo. Y sería imposible recuestar lo que no existe, no ya al mismo tiempo en dos lugares antipodas, sino que ni siquiera en uno solo. «Los espíritus, — dice el profesor Venezuela, — son limitadamente difusibles. Su difusibilidad se circunscribe a lo compatible con la existencia de su individualidad. So pena de dejar de ser. Pues no hay que confundir el individuo con la substancia. Yo estaría por no admitir la difusibilidad, sino tan sólo la elasticidad de los espíritus», — añade aún.

«Téngase presente, — continúa el profesor Venezuela, — que no existe uno solo, sino miles de millones, billones, trillones, miriallones de espíritus. Supongámoslos igualmente difundidos, que es lo que habría que suponer, en un espacio cualquiera, limitado o ilimitado. Sólo podrían estarlo mediante una íntima compenetración, formando una mezcla perfecta, quizá un compuesto espiritual. Formarían por lo menos una red inextricable, donde las conciencias, colocándonos en el mejor de los casos, estuviesen aturdidas y recíprocamente interceptadas. Sólo mediante muy delicadas, laboriosas, lentas y difíciles operaciones, pudiera un espíritu ser extraído ó desprenderse él mismo de la caótica maraña, y para esto fuera condición que se concentrase en lugar determinado, hecho incompatible con el de la ubicuidad.

La ubicuidad también pudiera ser permitida por la segmentabilidad, si ésta fuese, si ésta pudiese ser, una propiedad de los espíritus. Pudiendo un espíritu dividirse en dos, tres o más partes, podría a un mismo tiempo acudir a dos, tres o más lugares. Desde luego, la segmentabilidad tendría límites más estrechos que la difusibilidad. Pero si los espíritus pudieran segmentarse, ¿qué habría pasado? ¡Se habrían reproducido! Reproducido en la forma más elemental de las células, al estilo de los leucocitos. En tal caso, el espíritu originario habría desaparecido, para dar lugar a dos, tres o más espíritus, ninguno de los cuales, por fuerza, podría ser la individualidad desaparecida, sino tan sólo descendencia de su linaje. Por otra parte, no puede concebirse la reproducción sin la nutrición, y si en el orden espiritual mediasen una y otra cosa, los espíritus tendrían una existencia independiente, formarían una especie particular de seres, tal vez numerosas especies, desarrollándose con independencia de nosotros, y nos serían tan extraños, quiero decir, mucho más extraños, que las especies terrestres (y acuáticas, añade entre paréntesis), y sólo podrían vivir en nosotros a título de parásitos, sin formar parte de nosotros mismos, de nuestra personalidad, sin tener de nosotros, sus huéspedes, sino una noticia incompleta e imperfecta. Esto sería sólo compatible con una noción grosera y supersticiosa de los espíritus, que no es la nuestra, la de los espiritistas. Esos espíritus no serían más que los dioses y los demonios, los seres sobrenaturales cualesquiera, distintos de nosotros, capaces de introducirse en nuestro cuerpo y de hacernos víctima de hondas perturbaciones nerviosas, pero capaces también de ser expulsados por medio de enérgicos exorcismos. Mientras que aquellos otros son los espíritus de nosotros mismos, nuestra última o penúltima esencia, inmortal y sublime.

Y si los espíritus, no siendo segmentables al estilo de los leucocitos, fuesen fragmentables, pulverizables, divisibles al estilo de la materia inorgánica, bruta, es decir, de la materia ignorante (obsérvese que ignorancia es anagrama de inorgánica), cada espíritu no sería más que una porción de substancia espiritual, él mismo no sería más que un fragmento de otro mayor, él mismo carecería de individualidad. «¡Nol,—exclama el profesor Venezuela. — ¡Rechacemos la idea de la ubicuidad de los espíritus! Existe la ibicuidad, no me cabe duda, puesto que lo dice Gomensoro. Pero no existe la ubicuidad. Y la primera no es don ni facultad de los espíritus, sino tan sólo de ciertos y determinados seres biológicos de la República Argentina, el Homo ibicuyensis Gomensori.»

Las teorías del profesor Venezuela parecerán mejor a unos y parecerán peor a otros, y otros habrá a quienes no les parezca nada. Es la suerte de todas las teorías. Pero el profesor Venezuela relata hechos de los cuales resulta que los espíritus no son ubicuos. Nos limitaremos a uno solo, al que nos parece más notable, para no prolongar esta crónica. Era el 14 de julio de 1916, aniversario de la Revolución Francesa, a las 8 horas 45 minutos pasado meridiano. Estaban reunidos el profesor Venezuela, el profesor Martín Pérez Villadiego, de la Universidad de Maracaibo, el profesor Emerenciano Comechingones, de la Universidad de Tegucigalpa y otros 49 profesores, de 47 universidades, cuya nómina haremos pública en caso necesario. Fué convocado, naturalmente, el espíritu de Napoleón I. Pronto se sintió la presencia de un espíritu.

— Espíritu, ¿quién sois? — le preguntaron. — ¡Hablad!

— Soy Luis Alejandro Berthier, príncipe de Wagram. Su Majestad mantiene en este momento una conferencia con el profesor Buenaventura Gomensoro, de Las Palmas Produce, y un grupo de caracterizados espiritistas del Baradero y de Campana. Me dejó encargado Su Majestad (Berthier lo pronunciaba con mayúscula), que así lo hiciese saber a quienquiera que le llamase. Me encargó también que me pusiese en su lugar a las órdenes de los mismos.

— Id entonces a Las Palmas Produce, y decid a vuestro emperador que aquí le aguardamos en Caracas los siguientes profesores: profesor Martín Pérez Villadiego, de la Universidad de Maracaibo (y todos los demás profesores).

— Vuestras órdenes son para mí deseos, — respondió Berthier. — Voy al punto. — Y se sintió que había salido. Poco después sintióse la presencia de un espíritu.

—Espíritu, ¿quién sois? — le preguntaron. — ¡Hablad!

— Soy Luis Alejandro Berthier, príncipe de Wagram. Su Majestad se encuentra todavía estrechamente recuestado por Gomensoro y su partida. Mandad.

— Os mandamos que regreséis a vuestros lares, y que tan pronto como Su Majestad se encuentre de regreso, le digáis que aquí en Caracas le estamos aguardando los 52 profesores siguientes (y le citó los nombres), y que le mandamos e intimamos que se presente ante nosotros.

— Vuestras órdenes son para mí deseos, — respondió Berthier—y también lo son para Su Majestad.

Y se sintió que había desaparecido. Momentos más tarde se sintió la presencia de un espíritu.

— Espíritu, ¿quién sois? — le preguntaron. — ¡Hablad!

— Soy el genio vencedor en Austerlitz, soy Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses. Disculpad si os hice aguardar. Pero ya mi fiel Berthier os habrá dicho. Me tenían recuestado allá en Las Palmas Produce. ¿Qué se os ofrece?

— Por el momento, nada grave. Nuestras investigaciones se encaminan actualmente a establecer los hechos de ubicuidad o de inubicuidad de los espíritus, y vuestra conducta en la fecha de hoy parece significar que los espíritus no sois ubicuos. ¿Tenéis algo que observar al respecto?

— Nada tengo que observar. Escribid ahí.

Napoleón había asumido el tono imperativo que le era característico en vida, y sintióse que se paseaba por la habitación con la cabeza baja, las cejas fruncidas, la mano izquierda a la espalda, y la otra en la abertura pectoral del redingote.

— Escribid ahí: «Yo, Napoleón, declaro: Los espíritus, por lo menos los de emperadores, no son ubicuos. Dado en Caracas, etc.»

Y apenas hubieron escrito, apareció debajo la firma de Napoleón.

Aunque no tenga relación con el tema de la ubicuidad, no podemos resistir el deseo de dar a conocer el siguiente caso, relatado también en la memoria del profesor Venezuela. Citado y convocado el espíritu del rey Arturo, personaje tenido por fabuloso, se sintió la presencia de algo que se manifestaba según la manera usual de los espíritus. Interrogado acerca de quién era, respondió con esta sola palabra:

— Nadie.

— ¿No eres el espíritu del rey Arturo?

El o lo interrogado respondió lacónicamente:

— No existo.

— Y entonces, ¿cómo es que hablas?

— Ni yo mismo lo entiendo.

¿Tratábase del espíritu de un loco, o existen espíritus que no existen, de hombres que no existieron?

ENRIQUE M. RUAS.

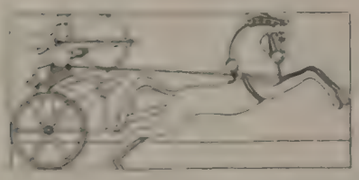
DIBUJO DE ALONSO.

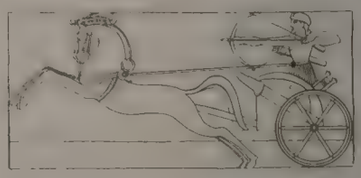
P. S. — Todo error espiritista o científico, y aun gramatical, que pueda advertirse en esta crónica, va por cuenta del profesor Ciriaco Venezuela. El asume toda la responsabilidad, y a él deben ir dirigidas las reclamaciones. — E. M. R.

FRENTE DEL TEMPLO DE ABU-SIMBEL.

LOS · SPEOS · DE ABU-SIMBEL

LAS ESTATUAS DE LA FACHADA TIENEN 20 MET. DE ALTURA.





En la Baja Nubia, a 1.200 kilómetros de la desembocadura del Nilo, sobre la margen izquierda del río, se hallan situados los Speos o Templos-cavernas de Abu-Simbel. Son dos, el grande y el pequeño, tallados ambos en la piedra arenisca que forma una cadena de colinas, límite del desierto líbico.

El gran templo fué dedicado a Amon-rà de Tebas, a Re-Arakté de Heliopolis, a Ptah de Memfis y a su propio constructor Ramsés II, deificado. La trinidad divina y su augusto acompañante están representados en el santuario por sus cuatro estatuas sentadas, con la seriedad de escolares juiciosos, en un largo banco.

Lo más notable del templo es su fachada, en la que se encuentran cuatro colosales estatuas del rey Ramsés, de 20 metros de alto, y que desde sus asientos han visto ya más de dos millones de veces salir el sol de Arabia.

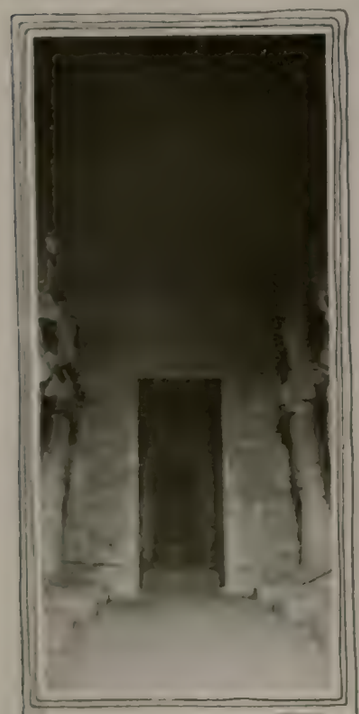
Las estatuas están en excelente estado de conservación, salvo una que debió caer poco tiempo después de su construcción, debido a una falla de la roca. Ha perdido la cabeza y la parte superior del cuerpo, que yacen fragmentados a sus pies. Otras han dado señales de ruina y desde la antigüedad han sido reparadas con muros de sostenimiento, lo que ha detenido el peligro de fragmentación y caida.

Encima de los colosos y como friso del frente, corre una cornisa formada por cinocéfalos adorando al sol en la actitud ritual de las religiones orientales. Todo el frente forma un conjunto grandioso y único en el que armonizan de tal modo las proporciones que, para apreciar su desmesurado tamaño, se necesita referirlo a alguna dimensión familiar, a una figura humana, por ejemplo.

Como todo monumento de Egipto, está abundantemente adornado de inscripciones jeroglíficas y de estatuas menores que representan personajes de la familia real o dioses de menor cuantía.

A los lados de la puerta de entrada se hallan unos bajo relieves que representan las distintas razas vencidas por Ramsés; los prisioneros, con los brazos ligados a la espalda y unidos entre sí por cuerdas, esperan el momento en que el rey venga a decapitarlos o a inferirles mutilaciones peores que la muerte, según nos enseñan otras piedras grabadas.

Entre las estatuas del medio se halla la entrada a la caverna cuyas salas sucesivas forman el interior del templo, orientado exactamente de este a oeste, de manera que el sol del trópico, al nacer, ilumina las estatuas de los dioses y del rey en la parte más lejana, en el santuario.



LA PUERTA DE ENTRADA EN EL INTERIOR DEL TEMPLO.

ESTATUAS COLOSALES DE LA GALERÍA.

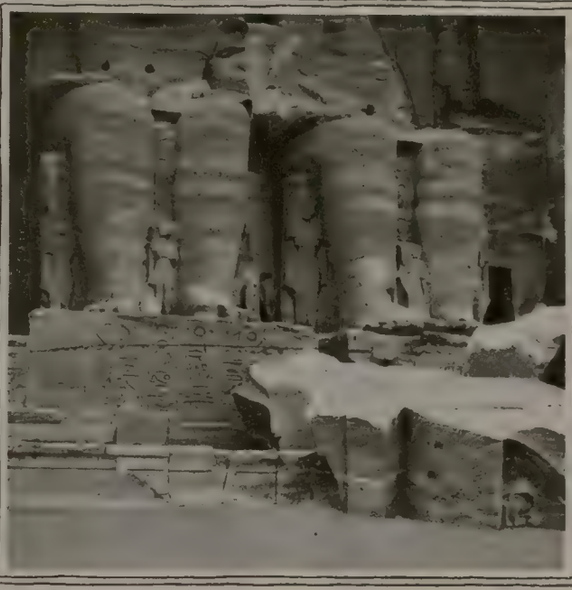
Varias son las salas y dependencias del templo, pero la que es verdaderamente notable es la primera, cuyo techo está sostenido por ocho pilares con otras tantas estatuas colosales del rey, bajo el aspecto de Osiris. Cada estatua es de 10 metros de alto y conserva alguna los rasgos intactos del Faraón. Esta parte del templo produce una impresión intensa de quietud y grandeza, imposible de describir.

Aun libre de las creencias religiosas de la raza egipcia, el visitante comprende todo el poder avasallador que el enorme monumento produciría en el espíritu de las castas, a las cuales el Faraón, con la ayuda del sacerdorcio y de los guerreros, logró dominar tiránicamente. Aquel edificio sobrecoge el ánimo más sereno.

El conjunto todo del gran templo es digno de figurar al par de las Pirámides y la Esfinge entre las mayores maravillas de Egipto, siendo sin embargo poco visitado por los turistas, dada la distancia a que se encuentra y la falta de vía férrea entre la primera y la segunda catarata del Nilo.

A poca distancia al norte del gran templo se halla el otro, tallado en una colina semejante y dedicado por el mismo Ramsés a la diosa Hator y a su propia esposa deificada.

La fachada imita un pilón de los otros templos egipcios y está formada por seis colosos del rey y de la reina. La parte superior ha caído por fracturas de la roca. Su interior es curioso y elegante, pero a todo quita importancia la vecindad del otro templo, que absorbe la atención del visitante con su colosal superioridad.



PARTE INFERIOR DE LAS ESTATUAS, DE CUYAS DIMENSIONES DA IDEA LA FIGURA QUE SE ENCUENTRA EN LA BASE.

Estos monumentos, cuya grandeza nos asombra por su fábrica, también ejercen poderosa sugestión por su significado. Sus colosos, sus estatuas, sus jeroglíficos, nos cuentan detalladamente una etapa de la humanidad en una de sus épocas de mayor esplendor, y después de varios milenios sabemos exactamente sus creencias, sus costumbres y sus ideas. Y de todo esto, el menos observador puede deducir que en tan largo período el fondo humano no ha cambiado. Creíamos haber progresado ideológicamente y nos encontramos con la misma intimidad de los poderosos con la Divinidad. Poca diferencia existe entre Faraón sentado entre los dioses y estos ahora convertidos en ayudantes de los déspotas y las filas de prisioneros que van al sacrificio en los frisos de Abu-Simbel seguramente eran llevados invocando la kultura de Ramsés.

Y algún orgullo o megalomanía que ha sumido al mundo en la ruina no es sino la reedición de otros orgullos que también se alzaron sobre ruinas. Ramsés está representado en Abu-Simbel, cansado quizás de la intimidad divina, haciendo ofrenda a su propia imagen.

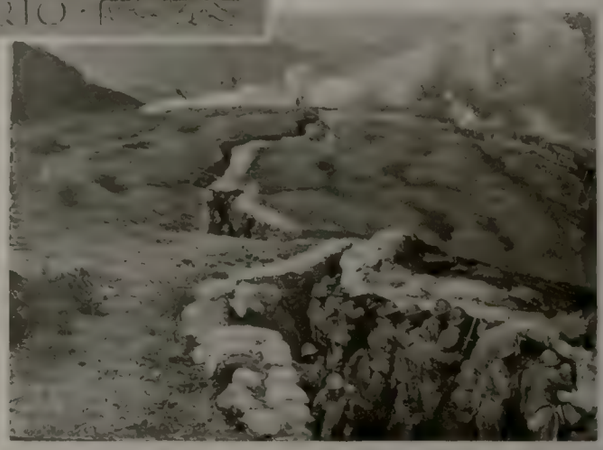
José B. Llanos.

FACHADA DEL PEQUEÑO TEMPLO DE ABU-SIMBEL.

DESDE ITALIA

LOS PINTORES DE LA GUERRA

INFANTERIA AL ASALTO.



UNA TRINCHERA EN EL CARSO.

ARRASTRE DE UN CAÑÓN DE GRUESO CALIBRE.

Italia, como en los tiempos pretéritos del Renacimiento, tiene hoy día hombres que la hacen honor en las artes y en las letras; tal ocurre con D'Annunzio, poeta y héroe, a quien le es dado emprender un vuelo sobre Pola, y luego, en alas de la inspiración, escribir un intenso poema sobre el raid realizado; a Arístides Sartorio que, soldado de la causa de su patria, se bate con bravura y cae prisionero de los austriacos, y ni aún en tan acerbos momentos desfallece su espíritu artístico, y crea obras magistrales, como podrá juzgarse por la publicación que hacemos de ellas.

Sartorio es uno de esos artistas geniales a quien la pintura moderna debe dias de gloria; sus frisos para el salón del parlamento italiano pusieron de relieve toda la potencia de su arte como dibujante y colorista. Tal obra, que es de vastísimas proporciones, y quizá la más importante de la época presente, por su cantidad y calidad, — ciento diez metros de largo por cuatro de ancho, — obtuvo el beneplácito de la crítica, y fué considerada por sus compañeros como obra maestra.

TUMBAS EN UNA COLINA DEL CARSO.

Hoy, el eximio pintor, según nos acaba de comunicar el telégrafo, ha celebrado una exposición de sus obras en Roma, inaugurándola el Duque de Génova, y a la que ha concurrido lo más representativo de la sociedad romana, queriendo rendir así un homenaje al artista y al héroe.

En la exposición actual, grandiosa por sus proporciones y por el mérito de los trabajos, ha reunido el autor algunas escenas de la guerra trágica, donde su genio ha encontrado asunto para realizar varias obras maestras. Cuanto de horrendo tiene la catástrofe que hoy pesa sobre el mundo, ha encontrado colores en la paleta del maestro. Sus cuadros, por el alma que en ellos ha puesto, serán el mejor documento que el arte italiano podrá legar a las generaciones futuras.

PROPIEDAD DEL SEÑOR NICANOR R. NEWTON.

VISITA AL CARDENAL

ÓLEO DE SÁNCHEZ BARBUDO.

LA "TOILETTE" EN LA ANTIGÜEDAD

JARRA DE LAVATORIO, DECORADA CON PERSONAJES MITOLÓGICOS. MUSEO GREGORIANO, VATICANO, ROMA.

Elegantísimas señoras, al pasar a nuestro lado, impregnan la atmósfera de perfumes. Esto ha sugerido algunas reflexiones a una dama perspicaz, que se ha dedicado por entero a las obras filantrópicas y, en especial, a la asistencia de los soldados heridos. Entre otras cosas, la precitada dama ha manifestado con profunda tristeza: « He aquí como, después de tantos siglos, hombres y mujeres siguen siendo substancialmente lo mismo. Cambian las apariencias, las formas, pero la osamenta es igual. Perduran los mismos defectos. Por ejemplo, la vanidad femenina es tan vieja como el mundo, y no fué ajena tampoco a las desmedidas tragedias de la guerra.

Ciertos hábitos que se adquieren cuando jovencitas perduran hasta la edad madura, y sucede a menudo que, aun en los hospitales, se advierte la presencia de damas perfumadas que se aproximan a los lechos de los enfermos o heridos. »

Por mi parte he tratado de indagar un poco para persuadirme de que el uso de los perfumes es efectivamente antiguo. Y es así realmente.

Introducida por los fenicios, la moda de los perfumes pasó a Grecia, donde en los más remotos tiempos se tenía en gran estima la ambrosía, una especie de ungüento perfumado, al cual se le atribuían cualidades milagrosas para conservar y purificar.

La mitología griega creó maravillosos relatos, cuyo tema eran los perfumes. Así Venus regaló al piloto Faone — en señal de reconocimiento por haberla transportado de Lesbos al continente — un vaso de mirra, capaz de conceder y mantener una belleza eterna. Hoy los avisos de *réclame* de los diarios ensalzan precisamente las virtudes milagrosas de cosméticos con los que se obtienen efectos maravillosos, aun cuando no hayan sido preparados por la diosa Venus y por lo cual muchos susurran que, por lo general, más que mantener eterna belleza, marchitan la piel antes de tiempo...

De Grecia, el uso de los perfumes pasó a Roma, donde hallaron una gran aceptación, a tal punto de hacer la competencia a los mismos países orientales; los escritores satíricos no en balde tuvieron palabras mordaces y punzantes contra los afeminados *quirites*, que evidentemente dejaban al pasar un olor emanado de sus personas, el cual se prolongaba por algunos minutos.

Aun cuando estuviese profundamente arraigado el uso de los perfumes en Roma, se ha comprobado el hecho que, ni el Cristianismo tuvo influencia suficiente para refrenarlo; al contrario, lo introdujo en las mismas ceremonias del culto; y Plinio deploraba que el imperio romano se empobreciera cada año, en cien millones de sestercios, en provecho de la Arabia, de la India y de la China, únicamente por la importación de las esencias.

Pero donde verdaderamente se usaban los perfumes con profusión, era en las termas y en las peluquerías, siendo denominados *tonsores* los encargados de éstas.

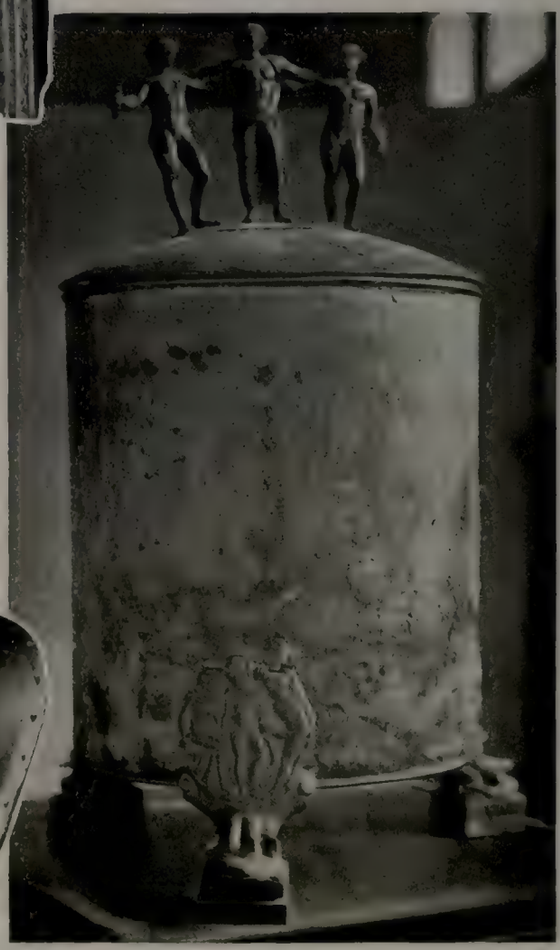
Después del baño se procedía normalmente al masaje y, para facilitar y hacer más provechosa tal operación, se empleaban aceites aromáticos y ungüentos perfumados.

No es ciertamente exagerado creer que la tienda de un barbero, como el gabinete de un

ARQUILLA DE MARFIL QUE SE UTILIZABA PARA GUARDAR JOYAS, PERFUMES Y PAPELES ÍNTIMOS. MUSEO KIRKERIANO, ROMA.

BOTONES DE BRONCE ORNADOS CON FIGURAS. MUSEO DE CORNETO.

RECIPIENTES CANÓPICOS DE METAL, DONDE SE PONÍA AGUA DEL NILO, PERFUMADA, CON LA CUAL SE BAÑABAN LOS EMPERIOS. CANOPUS ERA EL DIOS DE LAS AGUAS Y SE LE REPRESENTABA EN FORMA DE JARRÓN CON UNA CABEZA, DE HOMBRE O DE ANIMAL, EN LA PARTE SUPERIOR. MUSEO DE CHIUSÍ.



RECIPIENTE ANTIGUO PARA CONSERVAR UNGÜENTOS.

CURIOSOS VASITOS PARA PERFUMES.

NAVAJAS DE AFEITAR DE VARIAS FORMAS. MUSEO DE CORNETO TARPUINÍA.

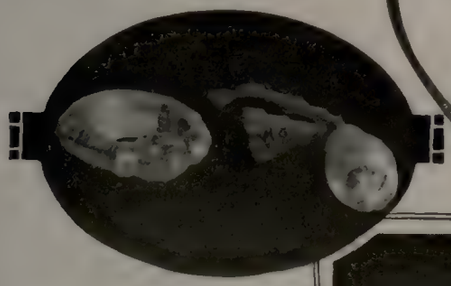
masajista — bien se entiende aquellos que tenían una clientela capaz de gastar tranquilamente algunos miles de sestercios únicamente en cosas superfluas — debían ser un verdadero y precioso museo, sea por los ungüentos aromáticos y esencias raras, sea por los recipientes en los cuales eran conservados.

Se escogía el alabastro y también el ónix oriental para confeccionar los pequeños vasos para la perfumería, porque los antiguos atribuían a ellos una frescura constante y lo creían particularmente adecuado para conservar intacta la fragancia de los más delicados perfumes. Hay que decir sin embargo, que de esos vasitos se encuentran también de otras materias, tales como el vidrio, la arcilla pintada, la plata y el oro.

También el uso de estos vasos de formas variadísimas y con las más hermosas decoraciones, es muy antiguo, y Herodoto es el primero en recordar a los vasos de alabastro, que se encuentran entre los regalos que Cambises, rey de Persia, envió al rey de Etiopía.

ALFILERES DE GANCHO O «IMPERDIBLES» ANTIGUOS. LOS MODERNOS NO SON OTRA COSA QUE UNA IMITACIÓN.

CANDELABROS ETRUSCOS, DE BRONCE. MUSEO DE CORNETO.



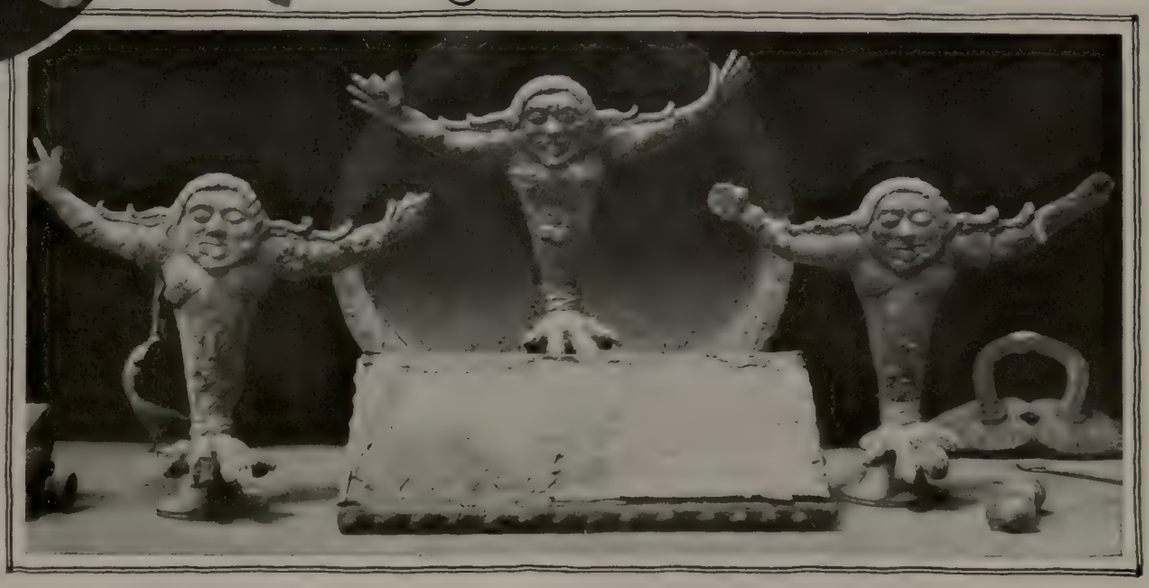
ANILLOS DE CRISTAL E HILO DE ORO. MUSEO DE CORNETO.

De las figuras dibujadas sobre algunos vasos, podemos también deducir como eran estos pequeños recipientes, que se tenían y conservaban en cajitas adecuadas que nos recuerdan, por el gran parecido, las que se usan actualmente, y que están revestidas de seda, de cuero o de terciopelo, que contienen todo lo necesario para la *toilette*.

Uno de nuestros grabados reproduce una de esas cajas antiguas, que debe haber sido ciertamente una de las que destinaban para contener los vasitos de perfumes y los objetos de tocador.

RAFAEL SIMBOLI.

Roma, 1918.



SOPORTES PARA RECIPIENTES DE DIVERSAS FORMAS. MUSEO PREHISTÓRICO NACIONAL, ROMA.

PROPIEDAD DEL SEÑOR ALEJO GONZALEZ GARAÑO.

ARTE MODERNO

ÓLEO DE ZULOAGA

Páginas femeninas

"Il est plus *de masques* au monde,
Que de visages decouverts..."

LENOBLE.

Carnaval... Una vez más surges del pasado, y cruzas en medio de nosotros, como pálido reflejo de las costumbres paganas, vestigio suyo que hundió tan hondas raíces en la historia de la humanidad... Y una vez más has de cubrir tu rostro con el manto suntuosamente recamado, y volver medroso las espaldas al horrendo drama del Viejo Mundo, que acató durante siglos tu soberanía; porque la tradición nos enseña que supiste sobrevivir a todas las revoluciones, y que sólo lograron apagar muy débilmente tu bullicio y oropeles, la severidad de la Reforma y la guerra de los Treinta Años...

La tragedia indescriptible, repudia hoy los carnavalescos tamboriles del Rey del Placer, desterrado de aquel ambiente en el que resonaron con locas, cristalinas vibraciones, al imperioso signo de su cetro, los áureos cascabeles! Roma, París, Venecia, Nápoles... visiones de locura, de intrigas, de elegante discreteo, que inspiraron en otras épocas, a las glorias de la pintura; que cantaron Byron y Goethe, entusiastas fervientes de la clásica farándula latina... También entre nosotros, marcó tu brillante reinado una de las épocas más interesantes de nuestra breve actuación social; pero sufriste tú también, la ineludible evolución de nuestro ambiente... Las viejas casas coloniales de Cosmópolis, se han cerrado ahora a las alegres mascaradas que sorprendían a aquellas patricias que dieron la norma de aristocrática elegancia en la vieja y reducida aldea; más tarde, culminaron los tradicionales corsos de Florida, en brillante torneo de cultura y distinción... Ahora nos llegas displicente, fatigado, y recién nos damos cuenta que perdura aún (a pesar de todas las vicisitudes que atraviesa la humanidad) la mágica sugestión de tus opacos oropeles, del apagado retintín de tus cascabeles... y en pos de ellos, corre la farándula, ávida de alegría y de placeres, tratando de revivir viejas añoranzas, o deseosa de vivir plenamente sus horas juveniles: corre la farándula, hacia el último refugio del viejo y desterrado soberano... ¡hacia el Tigre! ¡a Mar del Plata!

Y esa continua peregrinación en busca de intensas, pero efímeras alegrías, es una prueba más para mí, de ese feroz *egoísmo colectivo* que ahuyenta continuamente de nuestro espíritu la visión de la mundial tragedia, y hasta los siniestros presagios de un incierto porvenir...

Para muchos de los tristes que vegetan dolorosamente en nuestro pequeño mundo, suena a gloria, sin embargo, ese apagado retintín de los escasos cascabeles que conserva en su cetro el soberano Carnaval; para ellos significa ese tenue rumor un trabajo asegurado, porque el viejo y decaído soberano exige que reviva todavía aunque sea por breves horas, el fausto y esplendor que le rodeara en mejores días... Hiere encajes y brocatos, va y viene sin descanso, la aguja de la obrera; dedos ágiles y menudos han duplicado sus actividades, combinando sedas y oropeles, rizando airosas plumas, penachos altaneros; mientras que acariciaba más de una de esas humildes, pero también coquetas cabecitas, la riente visión de formar parte de la eterna mascarada: un corpiño de aldeana, un tocado de zíngara, dos o tres sartas de cuentas de colores, habrán de engalanar a su vez a la que pudo procurarse una tregua en su mísera existencia, porque vino Carnaval, trayéndole recargo de tareas, pero también su hora de ilusión... Y en merced a esa hora de ilusión, supremo bien para grandes y pequeños, dejemos pasar al soberano desterrado, y dejemos hacer al *egoísmo colectivo*, que si no se deja conmover por la ajena desventura, proporciona inconscientemente, eso sí, horas de alivio y de dulzura...

Pocas horas más, y generalmente se esfuma esa ilusión... se desvanecen los mirajes de nuestra loca fantasía; sólo la experiencia adquirida nos enseña que suelen ser lances de Carnaval los azares de nuestra vida, porque «el mundo todo es máscara; todo el año es Carnaval!» (1). Pero grandes y pequeños no resistimos al anhelo de ocultar alguna vez el rostro, bajo la misteriosa máscara que disimula la indiscreta expresión de nuestra sonrisa, fugaz y revelador destello de nuestro sentir... porque la máscara adoptada por las coquetas del día, es la misma que heredaron de las misteriosas «tapadas» de antaño, enigmas vivientes, cuando gracias al lúgubre, pero sugestivo antifaz, anudaban intrigas de amor, o cual inaccesibles esfinges, desdeñaban a sus rendidos galanes... luego, y siempre por su causa, se concertaban al abrigo de obscura y tortuosa calleja, siniestros planes de venganza, inspirados por los celos, o por amargos y homicidas rencores...

Muy lejos estamos ya de tan románticas aventuras; y si no temiera que se me acusara de amargo escepticismo, aseguraría que en ciertos círculos es lo corriente festejar hoy Carnaval, sin variar ni un ápice de la acostumbrada vida: bailando, cenando, mintiendo, con una sola diferencia: la del atavío... o se luce suntuoso disfraz, o se sigue la farándula, vistiendo de mamarracho...

Y así circula el enjambre de abigarradas máscaras, que buscan siempre «algo» sin hallarlo jamás... Mudas o parlanchinas, vagan errantes, no sé si por huir de sí mismas, o por creerse felices durante la tregua que les forja este soberano vencido casi, por la adversidad... ¿Qué recuerdos nos deja en este año del Señor? Una rápida visión de luz y de color, una radiante evocación de las escenas inmortalizadas por Goya, y que son toda la España de su época, arrogante, sugestiva, graciosa y señoril; peinetones, mantillas y madroños, aristocráticas majas, airosas chulas, formaron el brillante cortejo a cuyo paso se disiparon muchas hondas preocupaciones...

Desvanecidos ya los oropeles vistosos, apagado por completo el tenue rumor de áureos cascabeles, surge en mi espíritu el recuerdo de otro Carnaval porteño, uno de nuestros vulgares, recientes carnavales, cuando bulle y se apiña en nuestra gran Avenida, abigarrada muchedumbre, y se cruzan entre fiacres y peatones, las torpes agudezas del repertorio callejero...

LA DAMA DUENDE.

(1) Figaro.

PARA PLVS VLTRA.

. . . . . .

Regardez-les ces yeux si doux,
Qui se sont énivrés de vous;

Ils ont la couleur des opàles
Pris entre deux frêles pétales!

Leur regard, on dirait parfois
Des reproches émus, sans voix...

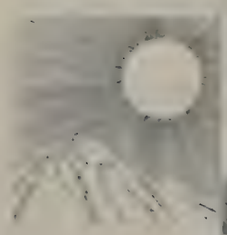
Et l'on tàche en vain, de comprendre
Car le regard s'éteint si tendre...

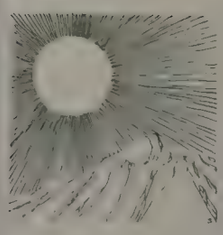
Un peu de lui flotte au hasard:
C'est que dans l'âme il est trés tard...

Regardez-les, ces yeux qui pleurent
Qui pleurent avant qu'ils n'en meurent!

LAURA HOLMBERG DE BRACHT.

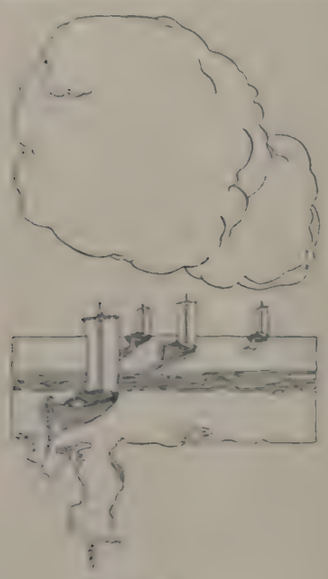
Enero de 1918.





A [illegible] sado, el santo sacrificio de la misa. Ofició el R. [illegible]

P. Juan Terracciano, misionero de la benemérita Congregación de los Sagrados Corazones, ayudando el doctor Manuel Moyano, ex ministro de Obras Públicas.



Noche serena

El [illegible] se [illegible] y calla para no disperdiciar su [illegible], y fervoroso escucha su hondo palpitar.

¡Silencio! la noche es suave y misteriosa; la que [illegible] se levanta solitaria y enseña al mundo su menguante belleza, tocando a veces con su frente adormecida [illegible] de los árboles, el lago enmudece bajo la mirada de estrellas que llegan hasta su cristal inmóvil; entre las [illegible] y allá [illegible] esparcidos cual luminosas pupilas.

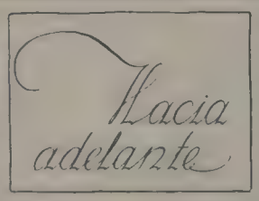
[illegible] que invita a compartir sus sueños. La paz envuelve el cielo, los árboles, el lago y las almas, como [illegible] la luz de las conciencias; hay como átomos de ternura que estremecen los seres y las cosas en esta noche serena y cuenta al alma secretos poemas huídos de la agitación de la vida. [illegible] silencio que hace a un lado toda inútil palabra; el corazón escucha el canto de las cosas eternas. Y se funde en su éxtasis como [illegible]

Sobre el lago resbalan calladas unas barcas, las horas las llevan y las separan más [illegible] remos, al pasar las miro, contemplo sus siluetas y preludio un adiós. ¿A dónde irán? ¿Volverán a encontrarse algún día los seres [illegible] al puerto a donde todos vamos: la eternidad...

¡Oh corazón mío, sincero creyente de tu fe, alentado por la esperanza única, no cam[illegible] claro barco del lago, que se desliza feliz en un beso de luna.

Rosa Bazán de [illegible]

Buenos Aires, [illegible]



La caridad entre nosotros es tenida muy en honra. La mujer argentina se ha dedicado siempre con notable celo al alivio de todos los dolores; la variedad de sus instituciones caritativas hablan bien de su corazón. Podría decirse que en *cuestión limosna* dejan poco que inventar, sólo hay que desearles mayor prosperidad, mayor acción.

Sin embargo, vemos que no bastan; la miseria aumenta día a día. El desarrollo del industrialismo lleva a la mujer y al niño a las fábricas, destruyendo su salud y desorganizando la familia. La implacable competencia entre los diversos patrones prolonga las jornadas y baja los salarios. Por eso, la limosna se siente incapaz de sostener a tanto desgraciado; por eso el odio del pobre al rico crece por momentos y se cierne en sombríos nubarrones sobre la sociedad.

Mirar esta situación con indiferencia, o evitar el mirarla, diciéndonos que no tenemos la culpa del actual estado de cosas, sería singular cobardía. Obrando así, nos mostraríamos indignas de nuestras abuelas; ellas hicieron siempre lo que el momento exigía, las Patricias cosiendo para los soldados, curando a los heridos, entregando sus alhajas y dinero; las primeras Damas de Beneficencia tomando a su cargo, durante la laboriosa organización nacional, el velar por los huérfanos y por la instrucción de los niños pobres; cada generación dió un paso hacia adelante. Nuestro país ha evolucionado vertiginosamente; no es, pues, extraño que nos encontremos nosotras en presencia de deberes nuevos.

Ha llegado la hora de que todas las conciencias argentinas mediten sobre esta verdad: vale más prevenir que curar. Hace cincuenta años, bastaba tal vez levantar a los caídos, que no eran demasiado numerosos; hoy, urge sostenerlos antes de que caigan...

Afirman que hay que ir a la verdad con toda el alma, que no la alcanzan las solas indagaciones del pensamiento... lo mismo podríamos decir: *Hay que ir al bien con toda el alma;* no es suficiente la inclinación del corazón, sin la inteligencia que estudia los medios de ser más útil, sin la voluntad que realiza el esfuerzo, los mejores sentimientos resultan estériles. La esencia de la caridad, que es el amor, no cambia, pero sus manifestaciones varían con las circunstancias. Por eso vemos a veces emprender obras extrañas, cuya novedad inspira más críticas que simpatías... es que, como dijo un pensador profundo, nada hay más revolucionario que el amor...

Este amor, que es caridad y que es justicia (en el fondo, todo es uno), ha creado en muchos países Ligas Sociales de Compradores, Sindicatos de Empleadas y de Obreras (1), Cooperativas de producción y de consumo, Escuelas de Economía Doméstica, Sociedades mutualistas, Leyes de protección al trabajo de mujeres y niños, y mil cosas por el estilo. Todo eso difiere esencialmente de la limosna, pero es caridad de la más pura y cristiana.

¿A qué conduce?, preguntarán mis lectoras. Pues a preservar a la mujer pobre de la explotación, de la enfermedad, de la miseria y de la desesperación; y por lo tanto a salvar a la familia y a la raza. Las Ligas de Compradores llevan al cliente a defender los justos intereses del productor, de la costurera en particular. Los Sindicatos de Empleadas y de Obreras las unen para que mejoren su situación por medios legítimos, y a menudo son cuna de numerosas obras de protección mutua. ¿Qué tenemos que ver con eso?, dicen algunos. Es el patrón quien debe tratar humanamente a la obrera... Es cierto; pero, ¿no cae también sobre la conciencia del patrón la medida exacta de la mercancía? Sin embargo, nosotros aprobamos que haya una ley de pesas y medidas, y, no satisfechas, verificamos si el patrón *cumple con su deber*... En fin, todo lo que he mencionado tiende a reducir la jornada de la obrera, de modo que su trabajo no resulte una horrible esclavitud; a aumentar su ganancia hasta que llegue a *salario vital*, a prepararla moral y materialmente a ser una honrada y hábil madre de familia. ¡A cuántas desgraciadas librarán del asilo, del hospital, de la cárcel esas iniciativas! ¡A cuántos niños beneficiará la acertada protección concedida a la madre!

El aumento de la previsión social disminuirá la necesidad de la asistencia social. Así, cuando su labor alimente a la obrera, la Sociedad de San Vicente de Paul no necesitará socorrer a cientos de mujeres que hoy viven de limosna, aunque trabajan hasta extenuarse. Y cuando sea sancionado el humilde proyecto de Ley de la Silla, presentado a la Cámara de Diputados por los doctores Avellaneda y Martínez Zuviría, a pedido del Centro Bianca de Castilla, preservará de enfermedades casi inevitables hoy, a las 10.000 empleadas que actualmente permanecen de pie diez horas diarias... Es, pues, una economía de dispensarios y hospitales...

Conseguir que todo el que no es enfermo, niño o anciano, viva decentemente de su salario, ¿no es un bello ideal? Dicen que querer es poder... Y poder, ¿no será también *deber?* Nuestras hermanas, que sufren, nos llaman a todas, todas podemos hacer algo por la causa de la justicia; en esta lucha por el bien ninguna cooperación es despreciable, la unión de las buenas voluntades es todopoderosa, los pequeños arroyos forman los grandes ríos. Nuestras hermanas nos llaman, vamos pues a ellas y oigamos bien lo que nos dicen, y miremos bien su dolor, y busquemos sin miedo la causa y el remedio. Vamos, pues, y aprovechando la experiencia de las mujeres de otros países, pongámosnos cuanto antes al trabajo. Ellas nos han demostrado que sus obras no son utopías... (1). Estudiemos en los libros lo que ellas han hecho, y acá en el terreno lo que es necesario hacer; no olvidemos que el esfuerzo, para ser eficaz, ha de ser inteligente, que *al bien, hay que ir con toda el alma.*

Sofía Molina Pico.

(1) Fe[illegible] Sindicatos, [illegible] La Cruz, de Fo[illegible] de Avellaneda, y el Sindicato Católico de Empleadas, fundado por [illegible] Jovenes, Peregrino 224. El Centro Bianca de Castilla está organizando el Sindicato de Costureras, Bordadoras etc., y un Sindicato de Telefonistas; hacer propaganda por estos Sindicatos es trabajar por el [illegible]

(1) Datos sobre la acción femenina en el extranjero, particularmente en Francia, se encuentran en la obra de Max Turmann "Iniciativas Femeninas", libro sumamente interesante y de fácil lectura, que todas debiéramos tener en nuestra mesa de luz.

¿Quiere V. saberlo?

Investigadora. — Eres algo más que curiosa, como aseguras en tu interesante misiva. Tu pregunta: « ¿Por qué el hombre debe caer en el mal y padecer el sufrimiento para alcanzar la perfección? ¿Por qué siendo Dios poder y amor no creó al hombre perfecto librándolo así de la larga peregrinación del dolor? »

Para satisfacer tu curiosidad, o mejor dicho, el anhelo de *saber* que revela tu carta, he debido recurrir a los maestros que han logrado descifrar ciertos arcanos; es una mujer, también, la que responde hoy por mi intermedio: Aimée Blech, la admirable autora de un pequeño libro dedicado «A los que sufren...» «Dios hubiera podido, seguramente, crear el ser perfecto; no lo quiso, pues de haberlo hecho así de golpe hubiese sido crear una máquina, un autómata; Dios dotó al hombre del libre albedrío; quiso que llegase por su propia voluntad, por sus experiencias, al *conocimiento*, a la conciencia de sí mismo, y por último, a la perfección; quiso que el hombre conociese el mal y el sufrimiento, que padeciese las pruebas penosas necesarias al desarrollo de su conciencia; quiso que el hombre fuese un ser libre que elevándose pudiese identificarse con todas sus flaquezas y amarguras pasadas, a fin de simpatizar con las de sus hermanos, de manera que en él brotara la flor divina de la compasión, preparándole de este modo a la misión sublime de conductor de almas. Así lo quiso Dios, no en el sentido vulgar de la palabra, sino en el sentido de la necesidad.»

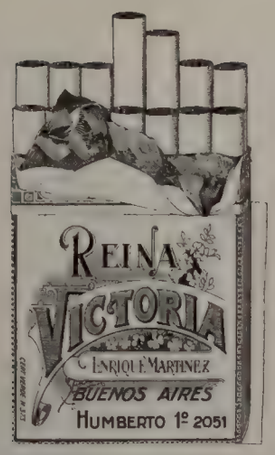
Manon Roland. — Me preguntas: ¿Cuál fué el tratado diplomático que recibió el nombre de «Paz de las Damas», y que por qué motivo?

Me has obligado a hacer investigaciones históricas que me han hecho retroceder hasta las crónicas del año 1529! Pluguiera al cielo que esta vez también la historia se repitiera... Se designó bajo el nombre de «Paz de las Damas» el tratado de Cambrai, que negociaron Margarita de Austria, Regente de los Países Bajos; Eleonora de Austria, hermana de Carlos V, reina de Portugal y futura esposa de Francisco I, y Luisa de Saboya, madre de este rey.

María Lebem.

FOTOGRAFÍA
DE
VAN RIEL.

En Mar del Plata



Los fuma la gente chic

Los tabacos más finos y costosos de la Habana con que se elaboran los cigarrillos Reina Victoria, hacen que éstos sean una delicia para los fumadores entendidos.

Los cigarrillos Reina Victoria son completamente distintos de los cigarrillos ordinarios, porque el secreto de su delicadeza—la liga—es desconocido por los otros fabricantes.

La superioridad de los cigarrillos Reina Victoria resalta especialmente en la comparación. Compárelos usted con los de cualquier otra marca, sea cual fuere su precio.— Compárelos en gusto, en fragancia, elaboración o bajo cualquier punto de los que uno debe fijarse para juzgar un cigarrillo. Entonces comprenderá Vd. porque los cigarrillos Reina Victoria son considerados supremos en calidad.

Reina Victoria

LA GENTE CHIC FUMA CIGARRILLOS

Reina Victoria

UNA ESCALERA HISTÓRICA

Hay en el Palacio Nuevo de Potsdam una escalera que es la más rara de cuantas dan acceso al histórico edificio. La custodian varios amorcillos de bronce, uno de los cuales impone silencio — mientras los demás permanecen eternamente quietos, en graciosas actitudes. Emperadores, reyes, príncipes, infantes, duques, ministros, coroneles, etc., han subido y bajado por esa escalinata de mármol vigilado por los inmóviles centinelas del amor. Noticias de victorias y desastres, discreteos, pasiones, ambiciones, amarguras, todo, ha desfilado ascendiendo o descendiendo, como en tantas otras escaleras cortesanas. Las espuelas, los altos tacones deslustraban el blanco mármol que la servidumbre pulía cuidadosamente.

Pero un día la escalera dejó de serlo; el tráfago del mundo abandonaba aquellas gradas, y desde entonces nadie puede utilizarla: es una escalera muerta, una ruina sin arruinar. Porque entre los dos primeros pilares pusieron una cadena y, colgando de los eslabones, una placa donde hay una prohibición imperiosa. Ningún hombre digno puede pisar aquellos escalones porque fué hollada por guerrero enemigo.

Un hombre de la clase media, nacido en una isla del Mediterráneo, dueño de casi toda Europa merced a su genio temerario, inaudito, subió y bajó victorioso la ex escalera del Palacio Nuevo de Potsdam. Federico Guillermo III, derrotado por aquel coloso, dicen que ordenó la colocación de la cadena. El odio, pues, clausuró con eslabones de hierro la gradería custodiada por los amorcillos juguetones y silenciosos.

Ninguno de los emperadores, reyes y príncipes que la usaron, dejó su huella visible en los escalones. Napoleón I, emperador por derecho propio, por la fuerza de su genial cerebro, dejó la huella de su paso: una cadena.

En aquellos tiempos le temblaban los monarcas y él disponía de los odios reales para hacer y deshacer coaliciones, derribar tronos y conquistar pueblos. Sus enemigos le llamaban el Gran Malvado. Era un instrumento de una revolución que transformó el mundo.

En el Palacio Nuevo de Potsdam sólo consiguió privar de su libertad a una escalera, haciéndola inaccesible para grandes y chicos.

Manera de desprenderse de un cutis malo

(DEL "WOMAN'S REALM")

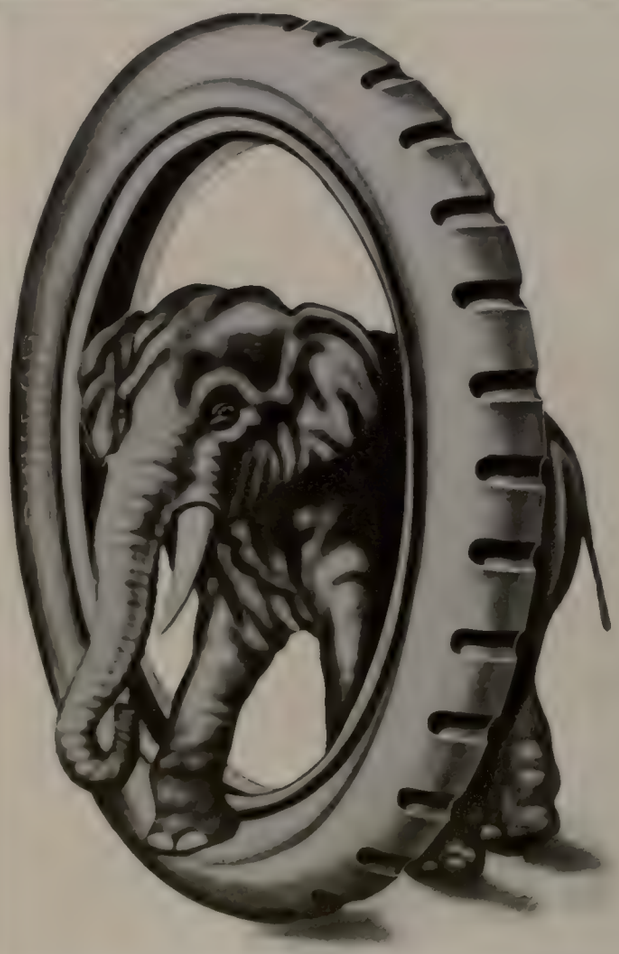
Es una tontería el intentar cubrir un color cetrino, cuando se puede hacer desaparecer el mismo, o cambiar el cutis.

El «rouge» u otras sustancias similares aplicadas a una piel morena, sólo sirven para hacer más palpable el defecto. El mejor medio es aplicarse cera pura mercolizada — lo mismo que se pone el cold cream — poniéndosela por la noche, lavándose la cara por la mañana, con agua caliente y jabón y después un poco de agua fría.

El efecto de unas pocas aplicaciones es simplemente maravilloso.

La cutícula mortecina absorbe la cera, gradualmente y sin dolor, en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel blanca aterciopelada que había debajo.

Ninguna mujer debe tener un cutis pálido, con ronchas, con barrillos o con pecas, si compra en una botica un poco de cera buena mercolizada y la usa como dejamos dicho.



PNEUMÁTICOS

DUNLOP

RESISTENCIA

FLEXIBILIDAD

DURACIÓN

542, PASEO COLON, 544

NOTAS DEL CARNAVAL

EN LOS BAILES DE LA ÓPERA.— PALCO OCUPADO POR SEÑORITAS QUE PROVISTAS DE ELEGANTES PULVERIZADORES PERFUMABAN A LAS PAREJAS CON LAS EXQUISITAS AGUAS DE COLONIA «LE SANCY», «NORA», «KENDAL» Y «DUC», INICIATIVA QUE FUÉ MUY FESTEJADA POR LA CONCURRENCIA.

AUTOMÓVIL QUE LLAMÓ NOTABLEMENTE LA ATENCIÓN EN LOS CORSOS DE BELGRANO, FLORES Y AVENIDA DE MAYO, ASÍ COMO EN SUS RECORRIDOS POR LAS CALLES CENTRALES DE LA CAPITAL Y AVENIDAS DE PALERMO.

AUTOMOVILES SOBRE EL RIO HUDSON

Los automovilistas neoyorquinos poseen una de las pistas más cómodas del mundo. Y lo mejor de todo, es que dicha pista les resulta completamente gratis, o sea, que les viene de arriba. El frío intenso que disfrutan aquellos ciudadanos, enviado por el cielo, se encarga de helar el río Hudson, dando a la capa de hielo un espesor de treinta a cuarenta centímetros. Por lo tanto, el inmenso velódromo no ofrece peligro alguno, en cuanto a roturas, dada la enorme resistencia del hielo. Sin embargo, la remota posibilidad de una inmersión en el Hudson, presta a la aventura de andar sobre su helada superficie un encanto excitante, muy del gusto de todo sportsman. Y a esto hay que añadir que la tarea de manejar un automóvil, en aquella pista resbaladiza, no es muy fácil, si se tiene en cuenta que el coche patina a cada momento más de lo conveniente.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA

MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"

Este precioso chalet por $ **6.800** m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construídos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

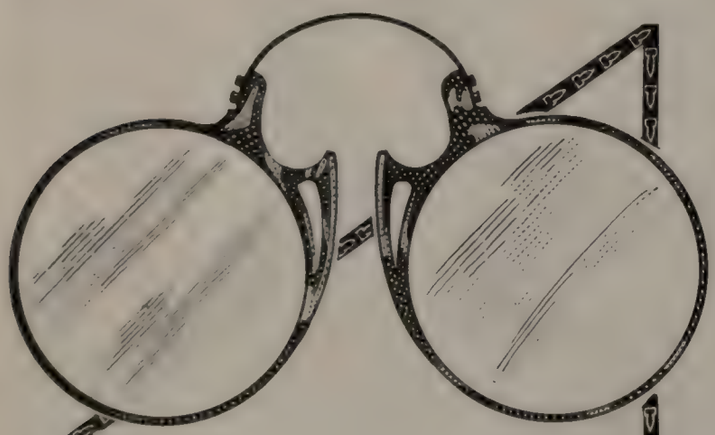
La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro Sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATALOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON Hnos.

ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.



Verdadera elegancia y confort positivo en los lentes y anteojos de nuestra última creación.

Lutz, Ferrando y Cía.

Primer Instituto Optico-Oculístico.
LUTZ y SCHULZ

Florida, 240 *Buenos Aires*

Aquí tiene usted una fortuna!

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.

APARATOS Y UTILES PARA LA INDUSTRIA **LECHERA y FRUTICULTURA**

PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

Muebles

norteamericanos para escritorios

Gran surtido en:
ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

Si tiene usted hijos...

Debe preocuparle siempre la salud de los niños, la de la madre y la suya propia. Los niños que ven sufrir constantemente, sufren también, aun cuando en apariencia no lo demuestren, y su mente tiene que impresionarse con el dolor de ver sufrir a los que los rodean

Iperbiotina Malesci

es el remedio soberano para toda la familia. Hace del hombre un ser fuerte y vigoroso, capaz de sobrellevar las cargas que sobre él pesan. Da a la madre energías para la lucha, equilibrio nervioso, cuerpo y mente robustos.
En cuanto a los niños, les evita la anemia, la clorosis, la debilidad que, con frecuencia, es causa de innumerables enfermedades.
Lleve hoy mismo un frasco a su casa y déles a todos.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina: **M. C. de Monaco,** Viamonte, 871 - Buenos Aires

Buenos Aires, febrero de 1918.

TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS

QUIMERA

DE LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN DE ALONSO.

Plus Ultra

CIGARRILLOS
13
LIGGETT & MYERS

ARNESES HISTÓRICOS DE LA ARMERIA REAL DE MADRID

ARMADURA DE DON SEBASTIÁN I. DE PORTUGAL (AÑO 1574).

ARNÉS PEQUEÑO DE FELIPE III (1585).

ARMAS DE GUERRA DE FELIPE II (AÑO 1550).

RODELA ITALIANA DE CARLOS V (1541).

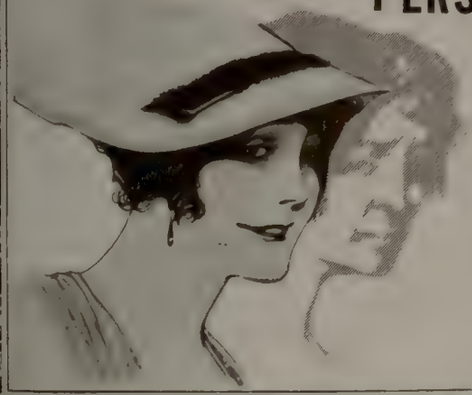
El siglo XVI fué la época en que llegaron a completarse y a perfeccionarse en Europa las llamadas armaduras de guerra. Hasta la mitad del siglo, éstas eran de dos clases: de batalla y de torneo, presentando al exterior solamente superficies lisas y bruñidas. A partir de entonces, comenzaron a fabricarse arneses de gala, adornándose los cascos y demás piezas con figuras repujadas del más artístico dibujo.

Tales medios de protección, no solamente fueron usados por capitanes y hombres de armas, sino que hasta los monarcas y príncipes solían asistir a los combates cubiertos con férreas armaduras.

En los torneos, el justador cubría su coraza con una cota de terciopelo o de seda, prendida a la cintura con un cordón y un ancho talabarte ricamente adornado, del que pendía a la izquierda la espada y a la derecha el puñal. Los caballeros se diferenciaban entre sí por los colores de la cimera, y por la divisa del escudo.

La aparición de las armas de fuego en los campos de batalla, fué quitando valor defensivo a la armadura; ya no tenía fuerza bastante contra las balas de arcabuz y mosquete, por lo que se perdió la confianza en ella, desterrándose al fin por innecesaria en los nuevos métodos de lucha.

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO



Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTOMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. "STOMALIX" Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TONICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. "STOMALIX" debe ser su compañero en la mesa.
Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66. Buenos Aires.

ESCULTURAS QUE SIRVEN DE COLMENAS

UN ASPECTO DEL COLMENAR DE HOFEL.

Un colmenar parece algo así como una hilera de columnas. La «república de las solícitas abejas», según la llamaba Cervantes, trabaja dentro de un cajón cuadrado, que por su forma diríase pertenecer a las ruinas de un templo del que se conservaran solamente los fustes de las columnas sostenedoras de la techumbre. Esta semejanza con un templo derruído es todo un símbolo que honra la vida y los trabajos del útil insecto.

En todo el mundo no existe nada parecido al colmenar que los turistas admiran en la pequeña villa alemana de Höfel, cerca de Löwenburg, en Silesia.

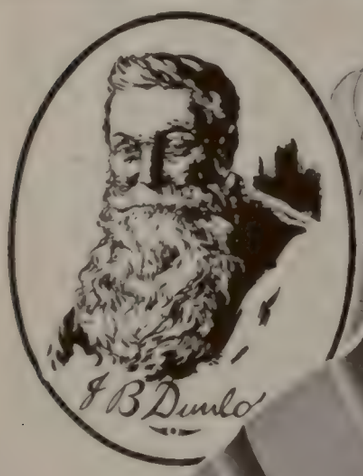
Quien tal obra ejecutó tenía inmenso cariño a las abejas, pues supo levantar en honor de las moscas de miel monumentos de alto significado religioso. Y su actual propietario, el señor Germán Vogt, heredero de tan raro colmenar, también adora a las abejas, ya que ha despreciado cuantos ricos ofrecimientos de compra le hicieron los coleccionistas y anticuarios.

Estas esculturas remontan al siglo XVI y su autor es desconocido.

Nuestros fotograbados representan algunas de las curiosas colmenas de Höfel, vigiladas por su cuidador un venerable obispo cubierto con su mitra y empuñando el báculo; un abad que sostiene su breviario; un monje coronado de rosas y una hermana de la caridad que además de la corona lleva un crucifijo.

Ni Mauricio Maeterlink hubiera inventado cosa más imponente para honrar a sus queridísimas abejas. El arte cristiano prestó a las aladas obreras el interior de unos cuantos sacerdotes pétreos. ¿Qué más bendita morada pueden apetecer las abejas?

CINCO DE LAS ESCULTURAS DONDE ELABORAN SU MIEL LAS ABEJAS.



EL CREADOR

DE LA

INDUSTRIA DEL

PNEUMATICO

FUE

DUNLOP

542, PASEO COLON, 544

Este canapé
excepcionalmente elegante,

copia fiel de un original de estilo jacobino, es característico en todo vestíbulo y biblioteca moderna.

Nuestras producciones clásicas comprenden todos los modelos.

Los Muebles Thompson son conocidos por su alta calidad, su belleza de dibujos y perfección de trabajo.

Thompson Muebles Ltda.

833, FLORIDA — BUENOS AIRES

EL VALLE DE MINA DURANTE LA PEREGRINACIÓN

EN EL ESTRECHO VALLE DE MINA, A DOS O TRES HORAS DE LA MECA, TIENEN LUGAR ALGUNAS DE LAS MÁS IMPORTANTES CEREMONIAS DE LA PEREGRINACIÓN MAHOMETANA A LA MECA. EN EL «DÍA DEL SACRIFICIO» SE SACRIFICA EL CORDERO, Y DESPUÉS DE ESA CEREMONIA, MINA SE CONVIERTE EN UNA GRAN FERIA INTERNACIONAL, EN LA CUAL ACTÚAN COMERCIANTES DE TODOS LOS PUNTOS DEL MUNDO MAHOMETANO.

Metropol Bazar

Casa Argentina — *F. STAROPOLSKI*

340, C. Pellegrini - Bs. Aires

A nuestra distinguida clientela:

No obstante las circunstancias difíciles porque atraviesa la importación, hemos recibido un surtido de las más altas NOVEDADES en porcelanas, cristales, bronces, lámparas, etc., etc.

Huelga decir que todos los artículos que recibe el Metropol Bazar, son de indiscutible BUEN GUSTO y, como ya es notorio, se venden en el Metropol Bazar a precios módicos.

Invitamos a visitar nuestra exposición permanente y aprovechamos la oportunidad de saludar a nuestros favorecedores.

METROPOL BAZAR

The South American Stores
Gath & Chaves Ltd
OTOÑO 1918
GATH & CHAVES CELEBRA ACTUALMENTE, UNA EXPOSICIÓN GENERAL DE LAS NOVEDADES OTOÑALES. SOBRESALEN DEL CONJUNTO, UNA SERIE DE MODELOS ORIGINALES, CREADOS POR LOS MODISTOS PARISIENSES DE MAYOR FAMA, LOS QUE SON EXHIBIDOS TODOS LOS DÍAS SOBRE «MANNEQUINS VIVANTS», A LAS 4.30, 5, 5.30 Y 6 P. M.
THE SOUTH AMERICAN STORES
GATH & CHAVES Ltd.
ANEXO: AVENIDA DE MAYO, PERÚ Y RIVADAVIA

LA ÚLTIMA MODA EN TEJIDOS DE PUNTO

UNA VISITA A LA FABRICA "LA GLORIA", ORGULLO DE LA INDUSTRIA NACIONAL

Desde hace cinco o seis años a esta parte se viene observando en el público una marcada tendencia a favor de los artículos fabricados en el país. La incontrarrestable competencia europea venía ahogando en sus más fundamentales raíces toda iniciativa y toda tentativa de fabricación nacional, lo que llegó a constituir un problema, aparentemente imposible de resolver. Sin embargo, el

problema se viene resolviendo, merced por un lado a la falta de intercambio que lleva anexo el espantoso conflicto de la guerra, y por otro, la necesidad imperante de abastecer los mercados argentinos con aquellos productos industriales que reclama el comercio y que son de innegable utilidad para el público que los utiliza.

En materia de tejidos de punto, poco o nada se había adelantado en nuestros centros fabriles, a pesar del enorme consumo y de la predilección que se ha observado siempre por los artículos de esta clase.

Teniendo en cuenta las excelentes condiciones del mercado, cada día más favorable para el negocio de tejidos de punto, se proyectó en diferentes ocasiones la formación de una industria propia, organizada de manera que pudiese substituir la mercadería de importación, pasando mucho tiempo sin que se llegara a nada concreto y eficaz en dicho sentido.

Utilizando como medida indispensable sus profundos conocimientos en el ramo y queriendo ejercitar sus actividades en tierras de América, los prestigiosos y afamados fabricantes catalanes señores Masllorens Hermanos, tuvieron entonces la feliz idea de instalar una gran fábrica, dando impulso a nuestra industria incipiente y perfeccionando el inseguro y poco práctico sistema de elaboración que venía empleándose de antiguo. Al quedar vencidas las primeras dificultades se consiguió, poco después, inaugurar el negocio en el inmediato pueblo de Avellaneda, sobre la calle Olavarría, 130, en amplio y cómodo edificio, con excelentes instalaciones mecánicas y gran número de operarios.

Bajo la pericia y bien desempeñada dirección del señor Pablo Masllorens, esta casa ha ido cimentando su prestigio, habiendo llegado a la próspera situación en que se encuentra hoy, no ciertamente por causas fortuitas o de favoritismo, sino debido tan sólo al espíritu emprendedor y a la constancia y laboriosidad de sus fundadores y dueños.

Todo cuanto hay de utilidad práctica dentro del ramo, se produce en los talleres de la fábrica que nos ocupa, cuyos departamentos y variadas secciones hemos tenido oportunidad de conocer. Más de cuatrocientos operarios ocupan su lugar en las anchas y espaciosas naves del hermoso edificio, y elaboran con precisión, digna de los mayores elogios, una enorme cantidad de modelos para ambos sexos, desde los más económicos y prácticos a los más elegantes, útiles y vistosos.

El perfeccionamiento técnico de los propietarios está llevando a cabo una labor realmente extraordinaria, pues a pesar de haber hecho en distintas oportunidades grandes y costosas innovaciones y ampliaciones en el local de la calle Olavarría, 130, cada día es mayor la actividad y más considerable la producción, habiendo merecido la confianza de todo el comercio de la República, que favorece continuamente a esta casa con premiosos e importantes pedidos.

Entre la cuantiosa producción que hemos visto terminada, hay abrigos de punto para señora, muy a la moda, y excelentes para la próxima estación; echarpes de variados gustos; pasamontañas; tricotas de hombre; medias inglesas y otra diversidad de artículos de la misma industria, en gran surtido, todos confeccionados con suma perfección y vistoso aspecto.

Actualmente, los depósitos de la casa Masllorens, casi puede decirse que a pesar de su amplitud resultan pequeños para recibir lo que producen los talleres, pudiendo así atenuar con bien manifiesta eficacia las múltiples necesidades creadas por la falta de importación.

Por otra parte, la competencia extranjera, en vez de perjudicar y entorpecer el desenvolvimiento de esta importante industria, ha venido a favorecerla, pues al ser preferidos sus artículos por los consumidores, se ha demostrado la superioridad que tienen los productos de esta casa sobre todos sus similares importados.

Las materias primas que se vienen utilizando en las elaboraciones de la fábrica «La Gloria», proceden de la gran empresa que los señores Masllorens poseen en Cataluña. En Begudá, pintoresco pueblo próximo a Gerona, se halla instalada la importante hilandería de la casa, bajo la inteligente dirección de don Manuel Masllorens; y en la casa central establecida en Olot y fundada el año 1754 por los ascendientes de sus actuales dueños, punto inicial de esta vital industria, ejerce la gerencia don Esteban Masllorens, ingeniero mecánico, que desde edad juvenil consagró su inteligencia y sus actividades a los progresos de la fabricación.

La casa de Buenos Aires, que tan prósperamente funciona en Avellaneda, además de los artículos enumerados anteriormente, se especializa en la manufactura de sacos de punto para niña, habiendo creado por dicha circunstancia un surtido de modelos tan completo que no tiene semejanza con lo ya conocido. Su enumeración ocuparía un espacio mayor del que disponemos; baste saber que en variedad, originalidad y buen gusto no se puede competir con tan laboriosos industriales.

En los depósitos del importante establecimiento «La Gloria» hemos visto un incalculable número de fardos y grandes cajas preparadas para la expedición, saliendo diariamente vagones completos

de esta clase de mercaderías con destino a las más apartadas ciudades y pueblos de la República. Bien es verdad que con el prestigio de que gozan los señores Masllorens, con sus conocimientos en el ramo y sobre todo con la buena orientación comercial que han distinguido siempre sus negocios y asuntos, es lógico y hasta natural que desde el primer momento el éxito haya coronado su obra.

La industria textil puede considerarse una realidad en el mercado argentino, ya que la acreditada fábrica de tejidos de punto «La Gloria», está en condiciones, por su enorme producción, de atender cualquier pedido por grande que éste sea.

MODELOS 1918, EXCLUSIVOS DE LA CASA.

POLVO GRASOSO

Brissac.

PARIS

La enorme demanda que ha alcanzado el riquísimo Polvo Grasoso Brissac, se debe a su perfecta fabricación y delicioso aroma. El nombre de su fabricante Brissac, París, es una garantía de su legitimidad y pureza.

UNICOS CONCESIONARIOS:

EN VENTA EN TODAS LAS TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

$ 1.40 LA CAJA.

L. AUBERT Y CÍA., CHILE, 1958/72, BUENOS AIRES - U. TEL., 7260, LIBERTAD.

Modelos de creación Harrods

ULTIMA CREACION vestido para novia, en charmeuse blanca o marfil, con encaje legítimo de Bruselas, manto y ramos de azahares,

$ 250.—

ELEGANTE VESTIDO DE CEREMONIA, en charmeuse negra, con gasa chiffón, bordado a mano,

$ 225.—

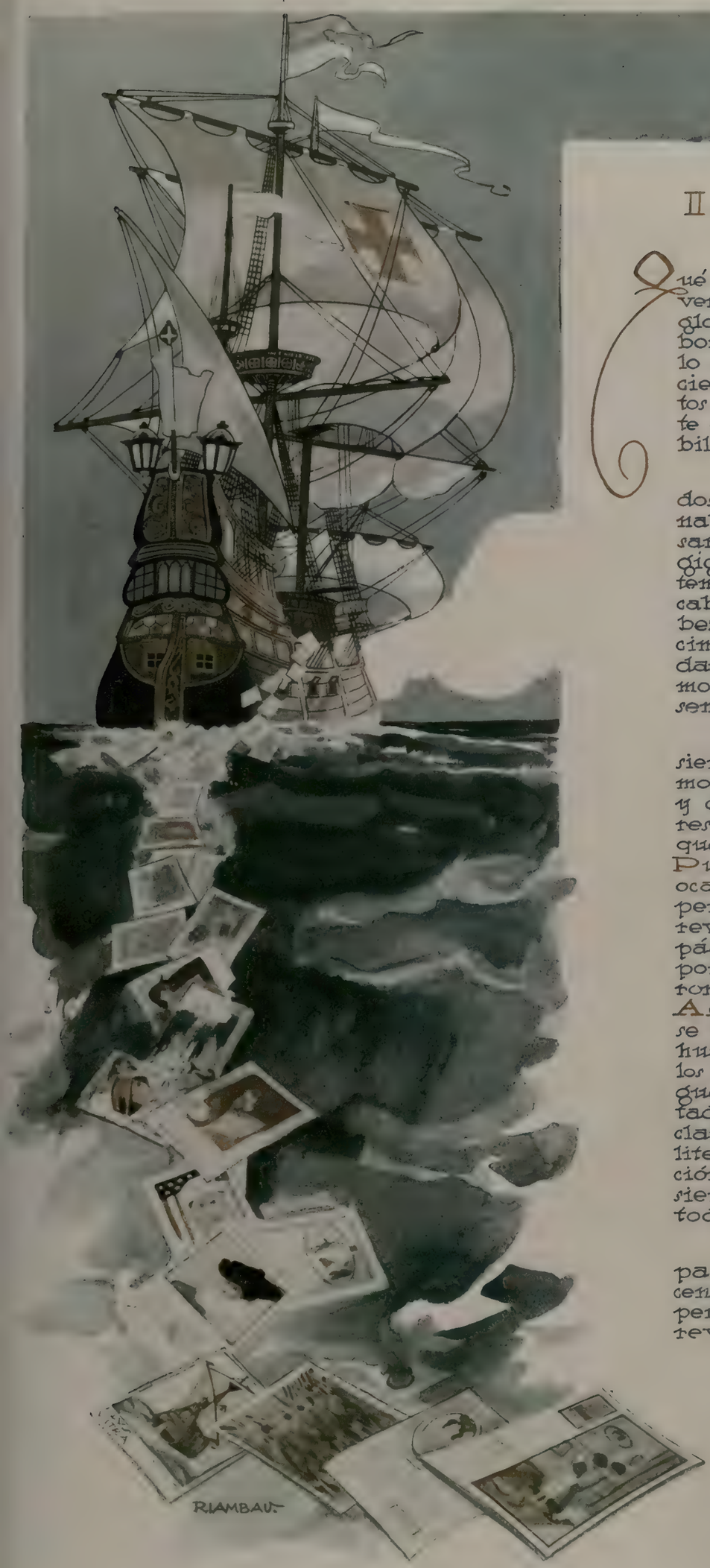
ESPLENDIDO SOMBRERO, ala completamente en pluma de avestruz, copa souple de rico satín negro,

$ 70.—

Harrods *centro de elegancias y creador de la moda en nuestro ambiente, expone las últimas novedades de estación.*

Harrods

FLORIDA 877 Y PARAGUAY 554



II aniversario de Plvs Vltra

Al lector

Qué saludos y piropos no habrán inventado los periodistas en dos siglos de prensa para agradecer tu bondad o tu justicia! Desde lo alto de está salutación, doscientos aniversarios de doscientos mil periódicos te contemplan y te saludan, lector amable, incansabilísimo lector.

Plvs Vltra cumple ahora dos años vividos bajo la paternal tutela que ejerciste generosamente. Tú, lector, eres el más gigantesco de los tutores, el más temible, el más celoso, porque tu cabeza es un conglomerado de cabezas y tu corazón, prieto racimo de corazones. Para agradarte, el periódico tiene él mismo que crearse a tu imagen y semejanza.

Así, Plvs Vltra trabajó siempre, y trabajará, buscando el modo de ser exacto reflejo de ti y de tus gustos. Tal empresa resulta laboriosa aunque grata, querido y gigantesco lector. Puedes asegurar, si en alguna ocasión te ves precisado a romper una lanza en favor de tu revista preferida, que todas las páginas de Plvs Vltra, letra por letra, trazo por trazo, fueron cuidadosamente hechas. Asegura que si tienen defectos se deben a la imperfección de la humana naturaleza; sostén que los duros y pesados días de la guerra han añadido dificultades a la difícil labor, y proclama ante el mundo artístico-literario la categórica afirmación de que Plvs Vltra tuvo siempre sus puertas francas a todo trabajo meritorio.

Salud, lector. Que la paz tuya y la ajena endulcen tu existencia saludable, próspera, dilatada, añosa, y que tu revista lo vea

Plvs Vltra

El decano de los pintores argentinos

Eduardo Sivori

Cuando tocamos el botón eléctrico colocado junto a la verja de la quinta, el timbre sonó persistente en el interior de la casa. Pasado algún tiempo, apareció por el sendero del jardín una muchacha joven, de ojos grandes y cabello graciosamente recogido sobre la nuca.

Al verla llegar, preguntamos:

—¿Vive aquí el pintor Eduardo Sivori?

—Sí, señor; aquí vive; pero creo que salió hace un momento... no sé. Si quieren decirme su gracia...

Le entregamos una tarjeta y nos dispusimos a esperar. Poco tiempo después salía el anciano maestro a recibirnos.

—Es una casualidad que me encuentren,—nos dijo—Pensaba ir hoy a Buenos Aires para traer un cuadro que quiero terminar en estos días.

—¿Entonces hemos venido a deshacer sus planes?

—De ninguna manera. Yo tengo verdadero placer en estar un rato con ustedes, poniéndome a su disposición en lo que deseen.

Informado de nuestro propósito, pasamos a una pequeña habitación habilitada para estudio. Pendiendo de las paredes descubríanse algunos lienzos a medio pintar, varios bocetos al óleo y calcos en yeso de antiguas esculturas. Por las ventanas entreabiertas el sol se filtraba en pequeños hilos de oro que iban a quebrarse sobre el obscuro pavimento. Al sentarnos en amplios y cómodos sillones, observamos la figura del anciano pintor. Mentalmente vino a nuestra memoria el retrato que de él conocemos y que figura en la sala argentina del Museo Nacional. Es la misma dulzura en la expresión; la misma inteligencia en la mirada; el mismo porte severo; las mismas barbas apostólicas. Sus mesurados ademanes armonizaban con la suavidad de su palabra persuasiva y amena, que atraen nuestro interés y simpatía.

—A lo que parece, —le dijimos, —usted vive aquí todo el año.

—Por lo general, estoy desde noviembre hasta fines de abril. En cuanto empiezan los fríos, nos trasladamos a Buenos Aires, donde tengo mi verdadera casa. Aquí no podríamos vivir el invierno; faltan comodidades, y no es posible prescindir de ellas cuando se ha llegado a la vejez.

—Pero no serán tantos sus años.

Sivori tardó un poco en contestar. Luego habló despacio, como si quisiera medir su pensamiento:

—Creo que no; y aunque siempre es desagradable traer a la memoria estas cosas de la edad, voy a satisfacer su pregunta. Tengo más de setenta años. Nací en Buenos Aires el 13 de octubre de 1847.

Cuando el anciano pronunció estas palabras, su voz parecía temblorosa; fué acaso una emoción instantánea que se desvanecería como el relámpago. Después, al recordar su juventud, tenía iluminado el semblante.

—Mi vocación a la pintura —nos dijo—se debe a una feliz casualidad. Habiéndome dedicado mis padres al comercio, el año 74 tuve que ir a Italia para resolver, no recuerdo qué asunto. Visitando los museos y pinacotecas, despertóse en mí una gran inclinación al arte de la pintura. De regreso en Buenos Aires inicié mis estudios en un edificio que estaba situado en Suipacha y Bartolomé Mitre. Creo que ya no existe. Allí se instaló la Academia de Bellas Artes, trasladada más tarde a los altos del viejo teatro Colón, siendo mi primer maestro de dibujo el profesor Augusto Romero, que ganó su plaza en reñidas oposiciones. El año 75, dibujando ya con bastante adelanto, se reafirmaron mis aspiraciones al tener noticia que en París se celebraba un certamen de dibujos a carbonilla, organizado por la revista «Feussain». Yo presenté un trabajo tomado al natural en los bosques de Palermo, el que me fué premiado con mención honorífica. Creo que fué la primera distinción de mi carrera, y me sirvió de mucho estímulo para seguir trabajando.

—Y en Buenos Aires, ¿dónde expuso por primera vez?

—En el Salón Continental del año 80. Allí concurrimos todos los alumnos de la academia, ganando una medalla de oro. Esta época fué muy feliz para mis ilusiones de muchacho. A los pocos meses hice un aguafuerte titulado «Tropa de carretas en la Pampa», y como antes no se conocían ensayos de esta índole, me cupo la gloria de figurar en nuestro ambiente como iniciador del grabado. Después se me designaba para ir a Europa, junto con Boneo, Agrelo y otros que formaban el primer núcleo de becados argentinos; pero aunque ocupaba lugar preferente en la lista, no pude realizar el viaje, debido a la oposición de mi familia.

—Entonces, ¿no llegó a estudiar en Europa?

—Cómo no; marché a Francia en 1882, estableciéndome en París, donde pasé años de bohemia como toda la juventud de aquel tiempo, que ya no ha de volver. ¡Oh mis días de París! Hoy los recuerdo aún con la vaga tristeza de lo que se ha perdido para siempre.

Estuvo un momento pensativo, y después continuó:

—Allí fué mi maestro el celebrado pintor Jean Paul Laurens, cuyo estudio frecuenté hasta 1888. Desde el 86 hasta el 91 que regresé a Buenos Aires, concurrí sin interrupción a las exposiciones anuales que se venían celebrando en la capital francesa.

—¿Se costeaba usted mismo los estudios?

—Yo, y nadie más. Cuando me dediqué a la pintura, había formado en el comercio un capital de relativa importancia, cuya renta percibía en Europa, permitiéndome hasta el lujo de viajar con frecuencia. Nunca pinté mis cuadros con idea de venderlos, porque no necesitaba la profesión para vivir, sin que por esto hayan dejado de alcanzar buenos precios. Hasta he tenido mis sorpresas.

—¿Sorpresas?

—Sí; verán ustedes. Una vez me encargaron el retrato de cierto personaje conocido, tratando el precio en dos mil pesos nacionales. Cuando dí la obra por terminada, me entregaron un cheque que fuí a cobrar al Banco de la Nación. El empleado de la caja me preguntó la cantidad antes de abonarme el importe. Dos mil pesos, le dije. Aquel joven se quedó mirándome con extrañeza. No puede ser; usted debe estar equivocado. Aquí figuran tres mil pesos a cobrar. Entonces —contesté— no es equivocación mía, sino de la persona que ha extendido el documento.

—¿Y fué usted a subsanar el error?

—Naturalmente. Fuí a ver al dueño del retrato, y al explicarle lo que me acababa de pasar, se echó a reir, diciéndome que cobrara todo, pues consideraba que la obra valía más de lo convenido.

—¿Qué pintor, de los de su época, ha influenciado más en su temperamento?

—Dándole la razón a un crítico de Chile, creo que Millet es el único que ha influído en mi manera de sentir el arte. Puesto ante la naturaleza, no hallo ninguno tan inspirado como él. Aquí podíamos tener en el Museo uno de sus mejores lienzos, «La Tempestad». Fué ofrecido a la comisión de Bellas Artes en noventa mil francos, pero no llegó a adquirirse, siendo vendido en Londres por un precio mucho más elevado que el que se nos pidió a nosotros.

—¿Usted pertenecía entonces a la comisión de Bellas Artes?

—Cuando hubo de constituirse la primera en 1896, fuí nombrado para formar parte de ella, siendo reelegido en la segunda, que es la que ha venido sucediéndose. Substituyendo al pintor de la Cárcova, fuí, durante dos años, director de la Academia de Pintura. También desempeñé por espacio de un mes la Dirección del Museo, en ausencia del señor Eduardo Schiaffino.

—¿Nos quiere decir su opinión sobre los pintores argentinos?

—Esta pregunta no debiera yo contestarla, porque carece de valor en mis labios. Sin embargo, les voy a hablar sinceramente. Creo que pocos países pueden hoy presentar un núcleo tan selecto de verdaderos artistas jóvenes. Entre los pintores hay figuras como Fader, que pueden destacarse dondequiera que presenten sus obras; y lo mismo otros muchos...

—Y como última pregunta, ¿qué cuadro de los que ha pintado le gusta más?

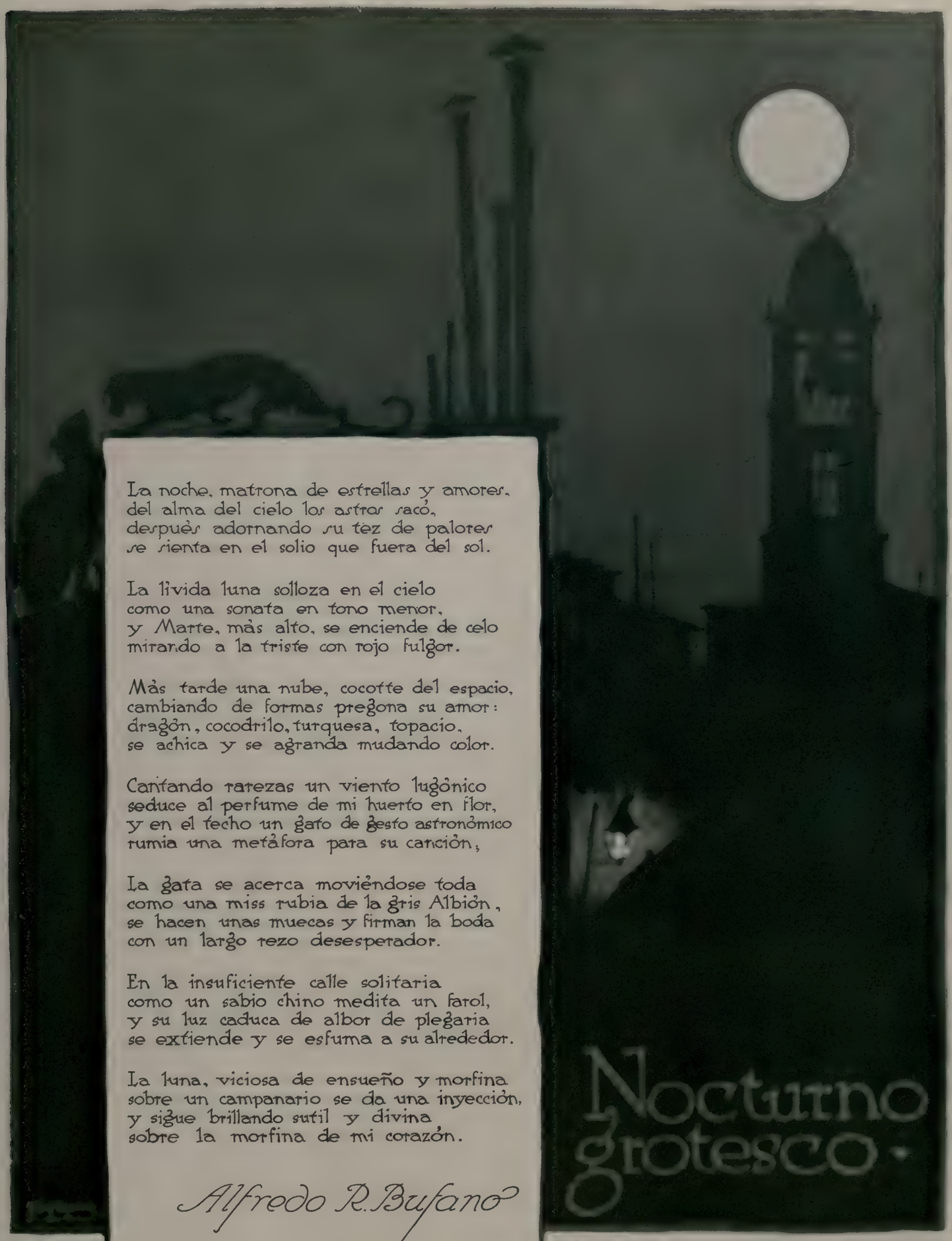
—En los mil cuadros que habré hecho ya, entre acuarelas y óleos, no tengo preferencia por ninguno; considero de lo mejor que ha salido de mis pinceles el autorretrato y «Los bueyes», que se guardan en el museo, y que obtuvieron medallas de oro en las exposiciones internacionales de San Francisco y de San Luis.

Al despedirnos del decano de los pintores argentinos, don Eduardo Sivori, le indicamos si había pensado alguna vez en retirarse de la profesión. El nos tendió su mano afablemente, y haciendo un poco enérgica su palabra suave, nos contestó con esta afirmación rotunda:

—Yo seré pintor siempre.

VÍCTOR ANDRÉS.

DIBUJO DE MAYOL



Nocturno grotesco

La noche, matrona de estrellas y amores,
del alma del cielo los astros sacó,
después adornando su tez de palores
se sienta en el solio que fuera del sol.

La lívida luna solloza en el cielo
como una sonata en tono menor,
y Marte, más alto, se enciende de celo
mirando a la triste con rojo fulgor.

Más tarde una nube, cocotte del espacio,
cambiando de formas pregona su amor:
dragón, cocodrilo, turquesa, topacio,
se achica y se agranda mudando color.

Cantando rarezas un viento lugónico
seduce al perfume de mi huerto en flor,
y en el techo un gato de gesto astronómico
rumia una metáfora para su canción;

La gata se acerca moviéndose toda
como una miss rubia de la gris Albión,
se hacen unas muecas y firman la boda
con un largo rezo desesperador.

En la insuficiente calle solitaria
como un sabio chino medita un farol,
y su luz caduca de albor de plegaria
se extiende y se esfuma a su alrededor.

La luna, viciosa de ensueño y morfina
sobre un campanario se da una inyección,
y sigue brillando sutil y divina
sobre la morfina de mi corazón.

Alfredo R. Bufano

Dibujo de Alvarez.

DE TIERRAS TROPICALES

EL OJO DE AGUA.

POR · ARTURO · AMBROGI.

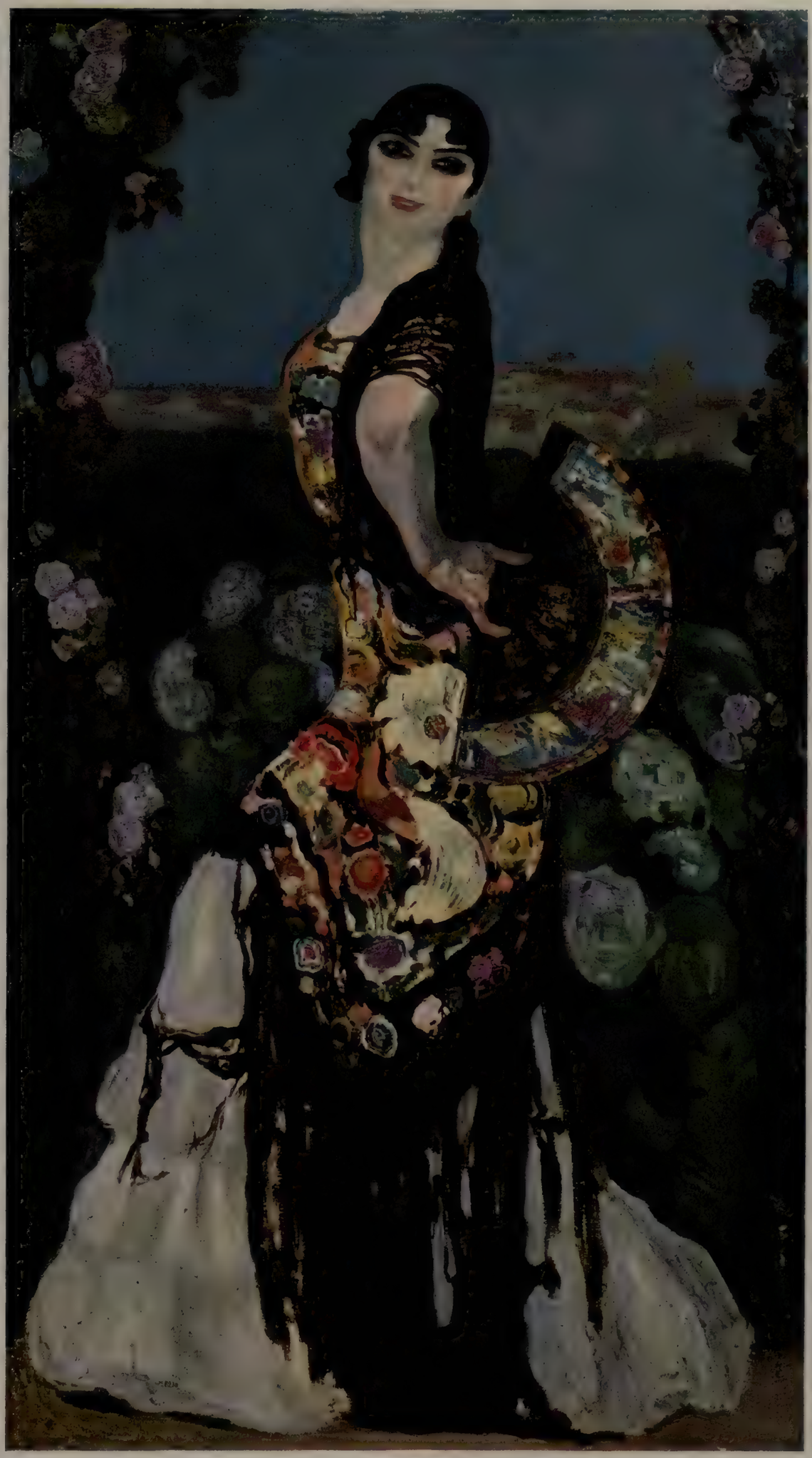
La veredita angosta y ondulante, se pierde en la espesura de la huerta. Ha trazado la tal veredita, entre la apretada grama y los matizados escobillales, el trajinar constante de las mujerucas que, del pardo caserío, van mañana y tarde, en busca del agua. La huerta está colmada de árboles frutales y de matas de plátanos que forman umbría. Hay naranjos, agobiados por el peso de los frutos maduros; hay *paternos;* hay papayos; hay *anonos;* hay un aceituno descomunal que vota los remorados frutos, como una pedrisca; hay también unos cuantos cocoteros, y un rincón, un frondoso macizo de bambúes que cunde un espacioso cuadrilátero de terreno con la tubería dorada de sus gruesas cañas nudosas. Al pie de ese macizo crujiente concluye la angosta veredita, que viene ondulando, como el rastro de una culebra, desde la «puerta de golpe»; y a la sombra del mismo, densa y húmeda, trascendiente a yerba magullada y a hoja podrida, se estanca «el ojo de agua». En el cuenco que ignorada piocha labró diligente un día, en el vivo *talpetate*, ha ido acumulándose el agua del venero subterráneo; un agua fresca, cristalina y pura. Ha ido manando esa agua, gota a gota, de la entraña de la roca porosa; y de ese modo minúsculo, la concavidad, como una ánfora tosca, ha ido colmándose poquito a poco, hasta rebasar, y con esas sobras, formar un minúsculo regajo que se desliza entre tiernos berros y va a sumirse entre las asperezas del matorral. Al través de la limpidez de la linfa, trasparéntase, nítido, el fondo del «ojo», de un rosado palidecente marmoleado de verde manzana. Entre las aristas de azufre, la plateada arenilla ha formado tenue lecho.

A la sombra densa de los bambúes, aquella agua no tiene reflejos; es una agua que duerme. Cuando abre los párpados es para, terca, obstinada, estarse todo el día fija en lo alto, tratando de divisar el cielo que el pabellón de hojas de un verde ácido que le abriga le impide contemplar. Es una agua triste; un agua contaminada de la nostalgia del azul infinito. Sabe de otras aguas que el sol dora, y en las que un pedazo de cielo se refleja, tremante. De cuando en vez, una burbuja de aire que se escapa del fondo, viene a estallar en la quieta superficie. Un circulito se forma en seguida al rededor del alvéolo, circulito que va ensanchándose, hasta disiparse. Otras, es una libélula la que la cruza, y va rayando la tersura del espejo transparente, como con el filo de un imperceptible patín. Hay momento en que todo el verde ácido de la hojarasca de los bambúes parece chorrear, como en un vaso de arcilla en el cuenco del «ojo». El agua que se tiñe entonces de un tinte glauco, que empaña aquella pupila nostálgica como de una turbieza de llanto.

Esta mañana, después de desayunarme, he ido hasta el «ojo de agua». Estoy satisfecho. Veo la vida al través de un lente rosado. Camino despacio, por la veredita angosta y ondulante, entre la apretada grama y los floridos escobillales, diamantados por el rocío nocturno. Por entre las fibrosas cáscaras marchitas, la corteza nueva de los troncos de los plátanos brilla con cambiantes alabastrinos. De las copas de los *quijinicuiles*, cae una lluvia de flores blancas. Trasciende en el ambiente matinal la melífera emanación de las papayas que maduran en el árbol. El oro de las naranjas es un oro mate; y en algunas de ellas, una pandilla de *azulejos*, pica y arma pelotera celebrando el dilecto regalo. Voy caminando. Las mariposas se despiertan, y surgen, soñolientas, de sus hamacas de follaje. Entre los arbustos y malezas papalotean buscando las florecillas, para libar su desayuno. Una lagartija se escurre, al ruido de mis pasos. ¿Por qué molestarse? Yo no le haré daño, como no lo hice a los *azulejos* golosos que se regodeaban con mis naranjas, inutilizándolas. Llego por fin hasta el «ojo de agua». El ambiente húmedo exhala un olor penetrante de yerba magullada y de hojas en putrefacción. El «ojo de agua» parece despertar en esos momentos. La pupila está aún empañada por el sueño apenas sacudido. El agua antes clara, se ha enturbiado; y el fondo de la roca porosa, apenas se deja adivinar. Todo está opaco. Contemplo un instante el mezquino regajo que el rebase forma. Le veo alejarse, entre los tiernos berros, orlado del frágil espumarajo de sapo. Se desliza sin rumor; y se introduce entre las asperezas de la maleza. Un vientecillo liviano comienza a agitar el follaje de los bambúes. Se adivina, por la tibieza que va impregnando el ambiente, que el sol ha acabado de salir. Pero hasta allí no llega un halo. Es por eso que esa agua siempre está muda, siempre está triste, sintiendo eternamente la honda nostalgia del límpido azul del cielo y del oro inflamado del sol.

San Salvador (Centro America).

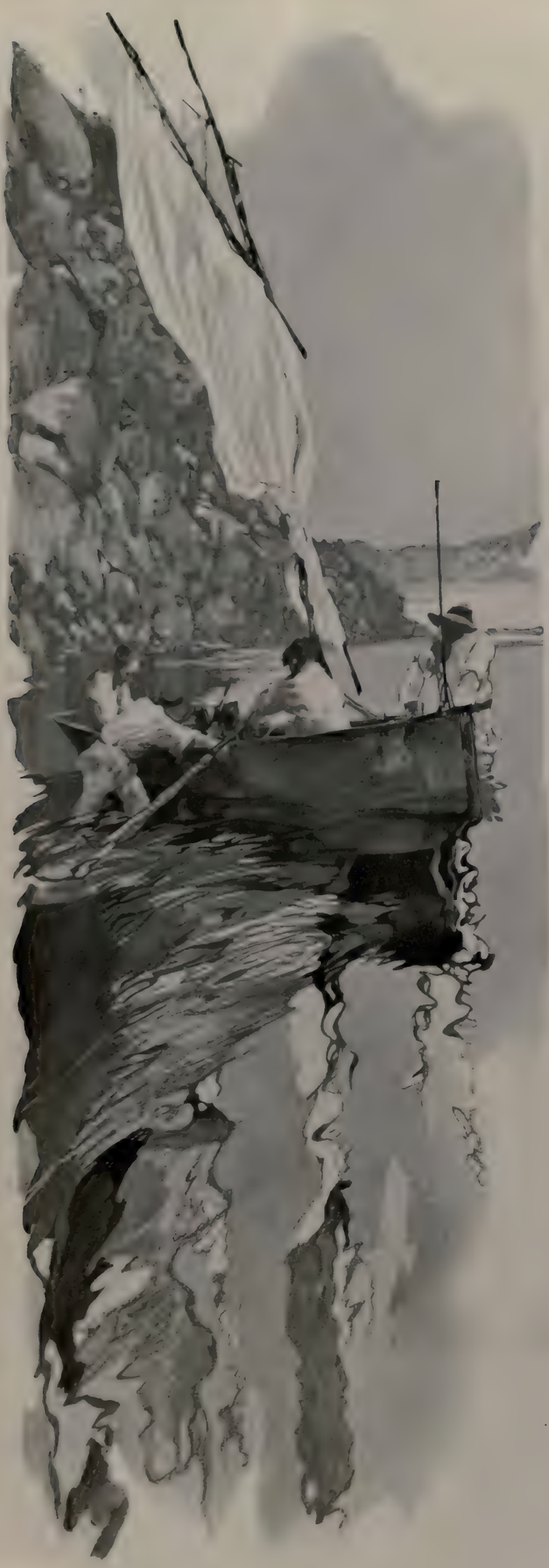
DIBUJO DE SIRIO.



GITANA

ÓLEO DE H. ANGLADA CAMARASA

PROPIEDAD DEL SEÑOR ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO



Los REMOS de "LA GAVIOTA"

Estabamos atracados a la playa de Posadas. Eran las tres de la mañana, y acababa de despertarme, muerto de sueño aún y con las caderas muy doloridas, porque una tabla de cedro de veinticinco centímetros no es lecho confortable. Como no teníamos el menor interés en perder un solo minuto de ese día, desperté a mi vez a mis compañeros y nos lavamos la cara en el agua aceitosa de la orilla, empuñando en seguida los remos, de vuelta a San Ignacio.

Habíamos llegado a Posadas la tarde anterior, muy bien, si se quiere, pues en la segunda hora de viaje «La Gaviota» había roto dos veces el mástil, tres veces la botavara, concluyendo por trepar con su aparejo compuesto, encima de un arrecife de asperón, a todo el viento que puede *no desear* un aficionado — que es ya una dosis máxima de aire.

Durante un mes entero habíamos clamado por viento, esa honrada brisa que hace andar armoniosamente a las embarcaciones. Lo habíamos tenido por fin, la mañana anterior, y bien de largo, el viento norte de Misiones, silbante, implacable, que sopla y sopla hasta concluir ahogado en un diluvio de agua sombría del sur.

Había llegado a las seis de la mañana. «La Gaviota» volaba aguas abajo, cayendo de proa con un timpánico chasquido de palmeta a cada cabeceo. El Alto Paraná, con treinta o más brazas de agua, levanta olas, hay que creerlo.

Bajábamos rozando la costa paraguaya. El timón, bastante cerrado, roncaba y vibraba dentro de nuestro cuerpo. El bosque del litoral, fresco aún y doblado por el viento hacia el sur, parecía empujar él también.

Era un encanto. Al rato, no. Un ensamble de lapacho y canela con tornillos de dos pulgadas y media, es una cosa muy seria. Pero el viento norte, cuando se decide a bramar después de un mes de sequía brumosa, reconoce muy bien lo que está ensamblado. A las siete y media las cabezas de los tornillos pasaban a través de la canela, y la vela se acostaba de proa.

Atracamos donde nos fué posible — donde había providencialmente una tacuara arqueada sobre el río, el único ejemplar que hubiéramos visto desde la partida, pues todas habían secado ese invierno. Era un simple golpe de suerte; en media hora cortamos las espinas del nuevo mástil, taladramos, atamos y cosimos. Y todo quedó muy bien.

Pero nuestro viento se enloquecía. La tacuara cedía tanto, que el centro vélico quedaba casi sobre proa. Un rato después la botavara, terriblemente solicitada por la escota, se cerraba como un compás. Y el resto en la hora subsiguiente.

Resumen: al doblar el cabo de Candelaria y ante la brusca curva del río hacia el norte, el viento nos cogió de proa. En el otro extremo de la anchísima cancha en que el Paraná se engolfa allí, estaba Posadas. Cerca, si se quiere: cuatro leguas. Pero con un viento aciclonado de frente, que eriza en rallador las olas en los bajos fondos, y atraviesa instantáneamente la embarcación, por poco que la proa guiñe un milímetro, esas cuatro leguas nos costaron toda una tarde de esfuerzo a diente cerrado.

— —

Los tripulantes de «La Gaviota» que salimos de San Ignacio éramos tres: Romero, Ismael y yo. Pero al regreso éramos cuatro; por lo que se verá.

Cuando al atardecer hubimos llegado a Posadas, fuimos a la plaza a sentarnos — o a abandonar contra algo la espalda. No creo que tuviéramos figura muy decente. Un paseante, sin embargo, cruzó la calle para venir a saludarnos. Lo habíamos visto alguna vez en San Ignacio, donde tenía parientes. No sabíamos más; pero estaba encantado de vernos, y se empeñó en volver con nosotros. Le preguntamos, es claro, si sabía remar. ¿Qué si sabía remar? Estaba cansado de ir y volver a remo a la villa.

El paseo no es malo: legua y tres cuartos o casi dos, por poco que se quiera bordear los vapores anclados. Pero nosotros debíamos remar un poco más que eso, porque de Posadas a San Ignacio, contando restingas y demás, no hay menos de veinte leguas.

El muchacho parecía de buena pasta, y sabía remar. Porque no dejaba de entrar en nuestro pequeño cálculo el refuerzo ese. En cuanto a él, le divertía locamente ir a cenar con nosotros abordo, y dormir atracados a tierra en la misma «Gaviota».

Dormir sobre una tabla de veinticinco centímetros de ancho no es cosa agradable, como he dicho, aunque aquélla sea de cedro. El pasajero se despertó alegre, no obstante, bien que fuera aún noche cerrada. No se sentía todavía un solo ruido en el puerto. En larga fila, como yacarés, dormían en la playa las chalanas, trepadas de proa sobre tierra. Uno que otro farol de viento, de vigilancia en la popa, ponía en manifiesto el río negro en un inmóvil reflejo aceitoso. El agua estaba untuosa y tibia.

Listos, pues, organizamos los turnos, que debían ser de una hora: Ismael y Romero, el pasajero y yo. Remamos en dirección a Villa Encarnación, por razones de corriente, y el crepúsculo estaba ya muy adelantado cuando comenzamos a remontar la costa paraguaya. Desde el horizonte, en el confín de la cancha, una barra de fuego vibraba sobre el río encendido, hasta nosotros, y remontaba hasta el cenit, en el cielo. El sol estaba por asomar. Fondeamos un cuarto de hora, y concluímos nuestro tatú asado. El azúcar para el café se nos acabó también, quedándonos sólo las galletas y el tabaco lavado.

Continuamos. El sol subía, «La Gaviota» avanzaba costeando, pero el viento no llegaba. Ni un soplo de aire; el gallardete del mástil, aunque leve como seda, pendía perpendicular.

Es ésta otra de las sorpresas del Alto Paraná. Cuando el viento norte se decide a soplar, no hay nada humano ni fuera de la humanidad que lo haga cesar — a excepción de la tormenta del sur. Calma al anochecer, y recomienza a la mañana siguiente. Y he aquí que rompía su ritmo, se retardaba, se agotaba, precisamente cuando habíamos contado con él para salvar por lo menos aquella abrumadora cancha hasta el Garupá.

Nada que hacer. La costa paraguaya, desde la Villa hasta la barra de aquel arroyo, es sumamente baja. La bajada intrínseca del Paraná era asimismo extraordinaria en aquel momento. De modo que debíamos bogar lejos de la playa, sobre dos cuartas de agua y un fondo visible de piedra, que rompía en escollos a cada trecho.

Ahora bien; entre los escollos el agua corre, y ha corrido toda la vida de un modo infernal en esa costa. Mal dormidos, pues, quebrados por la lucha de la tarde anterior, con las manos imposibles y el sol en los ojos irritados, avanzábamos siempre relevándonos con todo juicio, sumando una legua penosamente ganada a la otra, y a la otra, y a la otra.

A las diez habíamos entrado en el seno paraguayo de la cancha, y la corriente, desde luego, no nos molestaba más. Pero desde ese momento nuestro pasajero quedaba descontado como fuerza activa.

El muchacho había hecho indudablemente cuanto había podido. Remaba bien, aún a dos remos, lo que parece no entraba en su costumbre. Pero una cosa es un paseo de dos horas a la frescura del crepúsculo para visitar dos ciudades, y otra muy distinta remontar un río salvaje bajo un sol de diciembre, cuando se está en eso desde antes de aclarar, y se tiene todavía catorce leguas por delante.

El pasajero nos tendió sus manos; no había nada que decir. Es posible que las nuestras no estuvieran mucho mejor; pero él pretendía efectuar un paseo alegre, y nosotros regresábamos de un viaje — lo que es bien distinto.

Entretanto, la atmósfera pesaba de un modo insólito. Hacia el sur, el horizonte comenzaba a cargarse de cúmulos lívidos, que temblaban en sordas conmociones de luz. La tormenta venía, sin duda, y de aquí la falta de aire. Pero faltaba también para nuestra vela, y más ahora, en la precisa ocasión en que nos tocaba un turno alterno de dos horas.

Este era el caso: dos horas continuas de remo y una de descanso. Al concluir ésta, — y una hora pasa rápido, — vuelta al remo por otras dos horas. Este turno vuelve el humor poco alegre cuando es preciso cumplirlo después de nueve horas de estar remontando un río que corre dos millas en la canal, y otras tantas por la costa cuando la bajada saca a luz una restinga cada doscien-

tos metros. Todo esto, bajo un asfixiante amago de tormenta que se ha llevado arriba todo el aire.

En dos horas de remo hay que tirar de él para atrás mil ochocientas veces, en el más benigno de los casos. Por esto nos había dicho el griego, después de oirnos hablar de nuestro proyecto en San Ignacio:

— El remo no es cosa de juego... Hay que darle. Poco o mucho, pero hay que darle siempre.

Nosotros le dábamos, pues, aunque muy poco contentos. Mas, ¡qué íbamos a hacer! La tenacidad en el esfuerzo, por lo demás; la brutalidad sorda de sentirse condenado a eso, es una locura tan entrenante como cualquiera de ellas.

Queríamos subir y subir: nada más.

Mas en esa depresión de atmósfera, el sol a plomo era particularmente duro de soportar. Aunque con la cabeza en el Paraná cada diez minutos, el agua caliente por el poco fondo de la orilla nos producía sensación de aceite en la cara y en el estómago, tanto más. Un consuelo teníamos: y era sentarnos con los pies hacia afuera dentro del río filante, todo el tiempo del turno libre. Pero al volver al remo, como no era posible soñar en ponernos las botas que quemaban, el sol hacía lo mismo con nuestros pies; por lo que debíamos tenerlos ocultos bajo diarios.

Subíamos siempre. Las horas iban pasando, con un nuevo consuelo. Nos reconocíamos otra vez en el ambiente, fuera por fin de aquella eterna cancha de costa baja que habíamos dejado con Candelaria. Era otra vez nuestro Paraná encajonado, amurallado de bosque que se vertía desde lo alto en curvas sucesivas de copas hasta el agua. Un brusco cabo de arenisca, un nuevo cerro doblado, eran jalones de nuestro paisaje familiar, en que la caída de la tarde volcaba su salvaje y profunda serenidad.

En el horizonte del sur la tormenta temblaba siempre, pero sin avanzar. Arriba, el cielo estaba despejado. La calma del aire se acentuaba también por la hora. El río, suavizado como terciopelo, corría terso en finas arrugas longitudinales, refrescando a su vez por el monte que comenzaba a verter sobre el agua su perfume crepuscular. En los remansos umbríos de la costa argentina, el aire cobraba una transparencia tal, que las frondas hinchadas sobre el río adquirían un relieve casi mareante. Los más leves ruidos tenían un carácter de inesperada brusquedad, y se propagaban clarísimos. Desde la costa paraguaya, a dos mil metros, nos llegaba con limpidez metálica la charla a media voz de dos chicos que tornaban a vestirse en la playa.

Este era el ambiente. Pero allá, remontando el río como una tortuga herida, iba penosamente «La Gaviota». Como vida, ofrecía la que pueden sugerir cuatro remos moviéndose lentos. Pero conciencia, norte, esperanza, esto no.

Estábamos deshechos. Las manos, desde luego: negras, con las venas hinchadas y lucientes, acalambradas hacia adentro, estuviéramos o no en el remo. Esto por el dorso; por abajo, los dedos cuadrados, con un lívido ribete de carne aplastada. Debajo de cada callo, un ancho derrame seropurulento sobre llaga viva.

Algo más: los remos de proa, dejando mucho que desear en su empuñadura, trabajaban sobre el índice y el pulgar, y venían trabajando desde veintiséis horas atrás. Había allí, pues, dos nuevos puntos de mortificación en toda la extensión física y moral de la cosa.

Con estas manos — sin contar lo que había en las muñecas y la cintura — remábamos siempre, aunque como es lógico suponer, los turnos habían disminuído. Eran ahora de media hora o tres cuartos, a lo sumo. Equitativamente, los descansos eran muy cortos, — de diez minutos, a veces, — que apenas teníamos tiempo de gozar, tirados a popa. En un momento — es difícil apreciar lo cortos que son diez minutos — volvíamos al remo. Al rato el maquinismo brutal nos cogía de nuevo; tornábamos a balancearnos, a alzar los hombros hasta las orejas, a tirar, tirar siempre, con la base de la mano, con la primera falanje, con la punta de los dedos, con cualquier cosa menos con *la mano*.

Esto, al rato; pero los primeros minutos eran muy duros porque teníamos ya las manos frías, y tirar era una verdadera tortura. Y teníamos, sobre todo y por encima de todo, la moral completamente quebrada.

Un remero mira con placer el agua a uno y otro lado de sus toletes, porque ello constituye una honrada diversión. Pero a nosotros no nos divertía ya el agua, ni el Paraná y su frescura crepuscular. Era tanto, que en la más fugaz ojeada al borbollón de agua fangosa que levantaba la pala; en un simple tropiezo de mirada con un tornillo flojo, una cuaderna fuera de la perpendicular, había una verdadera náusea, porque nos sentíamos hartos de todo eso. Hubiéramos dado no sé qué por emplear de otro modo las fuerzas, porque en realidad no estábamos extenuados. Era un cambio de oficio, lo que queríamos; hacer otra cosa, cualquiera, menos aquella cosa horrible de echarnos adelante y tirar atrás; volver otra vez adelante, y tornar a hacer fuerza atrás; sin la menor variante, siempre el mismo movimiento, desde las tres de la mañana, y desde toda la tarde anterior. Dejar de remar; esto es lo que queríamos. Cambiar de oficio, nada más. Y esta impresión de náusea a todo y por todo, vivísima al tornar al banco, crecía de qué modo durante media hora de la misma miseria.

Nuestro pasajero, sentado a popa con la barra, estaba mudo desde la caída de la tarde, lo que le agradecíamos infinitamente. Tampoco hablábamos nosotros, por lo que es fácil comprender. Lo único que nos interesaba, en cuanto a esperanza, era llegar a la barra del San Juan antes de las nueve de la noche, pues eso formaba parte de nuestro plan. El resto, — incluso en primer término el mutismo del pasajero, — nos tenía sin cuidado.

De pronto, y cuando menos lo esperábamos, pues comenzábamos a forzar la larga corredera de Itahú, el pasajero soltó la barra en un largo desperezo:

— ¡Qué aburrido estoy! — exclamó.

— ¡Cuide el timón! — le contestó de un humor bastante mediano Ismael, que tenía turno de descanso. En el comienzo de un rápido es lícito hacer cualquier cosa, menos apartar un instante la atención de la corriente.

¡Aburrido!... ¡El señor estaba aburrido! Cambiamos una ojeada con Romero e Ismael, y bajamos los ojos, evitando como el fuego mirar el agua.

Al rato el pasajero tornó a exclamar con voz plañidera:

— ¡Tengo unas ganas de estar en casa!...

Ismael, que tenía las manos en el agua, — para ablandarlas, decía él, — cambió de postura y sacó los pies afuera, a la corriente. Yo estaba en los remos de proa, los que trabajaban sobre el índice y el pulgar. Vi la cara de Romero vuelta al tolete izquierdo, y mantenida fija allí durante un momento. Nada más.

Pero en la mueca característica de Romero, cuando el hígado comienza a aconsejarlo mal, y en los ojos entrecerrados al río de Ismael, sentí el pulso de nosotros tres. He aquí el estado en que estábamos:

No había allí desde una hora atrás, como acabo de anotarlo también, un detalle, el más insignificante de todos los detalles anodinos, uno sólo que no nos suscitara un hondo sentimiento de repugnancia, porque estábamos hartos — ¡hartos! — de todo. De «La Gaviota» entera, con sus remos desiguales, sus toletes desiguales, el puente de proa rebocado de barro, el fondo sucio, lleno de herramientas y trozos de diarios; la Parabellum oxidada, a medio caer de un cajón de popa; las correas de la máquina fotográfica, apretadas por la tapa del otro cajón; hartos de esto, de todo, de nosotros mismos y del diablo.

Y a gentes que estaban en esta situación, dando todo lo que podían con las manos destrozadas, venía un tipo a recitarnos que él, él estaba aburrido y tenía ganas de estar en su casa!

Ya una hora antes, al declinar el sol, y estando yo en turno de descanso, había observado las caras de Ismael y Romero, remando con el sol de frente. Ismael usa el pelo hacia atrás; pero entonces lo tenía caído en un pesado mechón goteante de sudor, que el muchacho apartaba de los ojos con una sacudida. Sucio, — ¡desde luego!, — desencajado de cansancio, con la mueca a que lo forzaba el sol en los ojos, mostrando los dientes a cada esfuerzo hacia atrás, era aquello todo un trozo de cinta salvaje.

El pelo de Romero, en cambio, que éste aplana normalmente a un lado, se había alborotado hacia arriba, en dos mechones curvos que le brotaban de los costados de la cabeza — porque en el medio tiene poco pelo. Negro, él, los ojos inyectados y la boca saliente por el profundo pliegue de las mejillas, era una buena figura del hombre que está pasando el límite que le concede su entrenamiento.

Pues bien: en aquel momento todo esto me era muy poco simpático, porque yo a mi vez sentía la náusea de mí mismo. Este solo detalle: el pelo de Ismael para abajo y el de Romero para arriba, me mortificaba, como un aspecto provocador. Y si entre nosotros mismos no hablábamos, ello se debe a que nos quedaba un resto de común y mutuo respeto por lo que estábamos pasando y pensando.

¡Es de figurarse ahora la gota de aceite que volcaría en nosotros, la observacioncilla del pasajero reclinado sobre tres almohadones, haciéndonos notar que él hallaba un poco largo el viaje!

El Paraná comenzaba a obscurecer. El último rostro morado de la canal se perdía en la sombra de la selva paraguaya, que avanzaba hasta la mitad del río, y «La Gaviota», blanca, debía parecer una pequeña cosa gris que remontaba trabajosamente arrimada a la costa.

Pero en la frescura ya muy viva del río, y a pesar de ella, la temperatura del tercero iba creciendo, porque el pasajero se disponía a abrir de nuevo la boca. Lo sentíamos bien en sus miradas altas a una y otra orilla. Mientras observaba la toma de la proa en la corriente, que es el deber de todo timonel en el Alto Paraná, todo iba bien; pero apenas el deseo de estar en su casa lo invadía, comenzaba a mirar alternativamente los borbollones de agua de los remos y después la costa a derecha e izquierda. De modo que la tensión de nuestros nervios, ya dura para con nosotros mismos, llegaba al disparate ante la amenaza de una nueva observación.

— ¡Qué vida ésta! — suspiró de pronto.

Paré bruscamente los remos y miré hacia popa. Romero quedó detenido en el primer tiempo, echado adelante, y con los brazos en los remos. Volvió la cabeza a proa con una sonrisa — o lo que él cree que fué sonrisa. — Pasó un instante, y los remos cayeron de nuevo.

Pero la copa estaba desbordada. Cuanto hay de impulsividad en un individuo sumamente cansado y rabioso, estaba vibrando de la roda al timón de «La Gaviota». Durante diez segundos no levanté los ojos de los diarios en los pies: estaba seguro de que el pasajero comenzaba a hallar de nuevo aburrido el paseo... ¡Tac!

— ¡Qué daría por estar!...

Sin una palabra, Romero levantó el remo y lo aplastó en la cabeza del charlatán.

Las palas de los remos son de lapacho, que es una madera muy dura; pero sólo tienen tres milímetros de espesor, lo que alcanzando a luchar victoriosamente con el agua, no es suficiente para matar de plano a un hombre. De modo que el pasajero no murió del golpe, aunque cayó adelante, después de mirar fijamente el cielo.

Volvió en sí en seguida, pero con bastante pesadez, tardando un buen momento en reconocernos. Murmuró luego, pasándose la mano por la cabeza:

— ¡Qué bárbaros!...

Esto era evidente; nada podíamos objetar. Pero debió haberse dado cuenta él mismo de cómo estábamos nosotros, con nuestro estado físico y moral...

Sacudía siempre la cabeza, sin querer oirnos:

— ¡Qué bárbaros!...

En fin, aquello había descargado los nervios, mucho mejor que la tormenta, contenida siempre en sordo tronar. Cruzamos el Paraná, pues ya no teníamos luz suficiente para llegar a los remolinos del San Juan, y dormimos atracados a una jangadilla, bastante contentos después de todo, pues aparte un posible baile de viento y lluvia, estábamos a seis leguas escasas de San Ignacio.

Llegamos al día siguiente a mediodía cosa que no hubiéramos podido ejecutar sin la feliz interposición de diarios arrugados y elásticos entre remo y mano. Hay además, antes de llegar a San Ignacio, dos o tres tropiezos con el Paraná entero al doblar el Teyucuaré, que se pueden utilizar para concluir con las fuerzas de tres pobres diablos.

Como final, la llegada a nuestro país, aquella media hora de espera en el andén de Calmón, bajo un sol a plomo que está evaporando en vaho asfixiante un ligero chubasco, mientras el mensú de yaque traía a tirones los caballos del sulky, y nuestro pasajero nos tomaba una fotografía doblados sobre los codos, más blancos al sol que el sol mismo, — aquella media hora es la más fuerte que hayamos pasado fuera y dentro de «La Gaviota» — el pasajero incluso.

Dos días después, inmaculadamente limpios y peinados, tomábamos café con leche en casa, a la vista del Paraná, cuando pasó a caballo nuestro pasajero. Iba al puerto, a embarcarse de vuelta a Posadas. Nos saludó al pasar con la mano, y tuvimos tiempo de gritarle que si volvía a San Ignacio antes de fin de mes, pues nosotros debíamos regresar a Buenos Aires en esa fecha, podríamos planear un bello paseo.

— ¡Cualquier día!... — nos contestó alegre.

HORACIO QUIROGA.

DIBUJOS DE ALVAREZ.

DE LA COLECCIÓN DEL DOCTOR FRANCISCO LLOVET.

ARTE FRANCÉS

PENSATIVA

ÓLEO DE COROT.

PLUS VLTRA

COLECCIONES ARTÍSTICAS del DR. ERNESTO QUESADA

EL PEQUEÑO «FUMOIR». LAS TALLAS Y ESCULTURAS QUE LO ADORNAN, SON BELLOS EJEMPLARES AUTÉNTICOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII.

Los muebles, las tallas y los magníficos tapices que conserva en su domicilio de la calle Libertad el doctor Ernesto Quesada, fueron adquiridos por su progenitor, en España, siendo ministro plenipotenciario de la República en el mencionado país. Con tan artísticos elementos, se alhajaron los salones de la legación argentina por el ya fallecido diplomático, a cuyas fiestas, dice uno de sus biógrafos, asistían las damas más linajudas y los hombres más eminentes de la corte.

El edificio donde se guardan hoy tan valiosas colecciones artísticas, carece de la amplitud que sería indispensable para el buen acomodo de los objetos, forzosamente distribuídos en anacrónica discordancia de valores, estilos y épocas. Su aspecto, más que el de una casa llena de suntuosas obras antiguas, da la impresión de un pequeño museo, donde se exhiben en orden de catálogo restos de estimable valor, debidos al arte de otros siglos.

Ocupando el frente de la sencilla escalera, ennoblece el recinto un viejo repostero, que luce, sobre fondo de terciopelo púrpura, las armas ducales de Medinaceli, timbradas con la corona de los grandes de España. Respecto al origen de esta clase de ornamentos, se sabe que estuvieron en boga durante todo el siglo XVI, constando en un escrito donde se hace referencia a ellos, que el año 1570, hallándose Felipe II en Córdoba ocupado en dominar la rebelión de los moriscos de Granada, llegó el Duque de Medina Sidonia, haciendo su entrada en la referida ciudad el 13 de abril del mismo año; en su cortejo — dice textualmente — iban ciento sesenta y tres acémilas cu-

ÁNGULO DEL SALÓN ROJO. SOBRE EL ANTIGUO SOFÁ, ÉPOCA DE FERNANDO VI, HAY UN HERMOSO TAPIZ DE LA FÁBRICA DE GOBELINOS.

LA FALDA DEL RECIBIMIENTO.

SAN BRUNO. IMAGEN DE ESCUELA GRANADINA, ATRIBUIDA A ALONSO CANO.

VISTA DEL GABINETE AZUL.

TAPIZ FLAMENCO DEL SIGLO XVI.

biertas con reposteros de lana, y seis más de terciopelo morado, con realces de plata y oro. El que ocupa nuestra atención debe pertenecer a esta época, pues años más tarde se empezaron a hacer en tapicería, encargándose a Toledo y a otros telares de Castilla.

Contiguo a la escalera hállase la cámara central o recibimiento, especie de repartidor que comunica con las habitaciones principales. Entre sus muebles se destaca un precioso tabernáculo de estilo churrigueresco, estofado y laminado de oro, puesto sobre antigua mesa de caoba. Los seis sillones, modelo isabelino, fueron propiedad del primer marqués de Salamanca, evocando por su procedencia los tiempos fastuosos del célebre financista hispano. Colocadas en las paredes, descúbrense gran cantidad de tallas y esculturas, que componen uno de los más curiosos aspectos de la colección. Sobre repisa labrada y policromada ricamente, hay una imagen gótica de Santa Catalina, cuya fuerza de ejecución denota el carácter excepcional que lograron imprimir en obras de este género los artistas de la edad media. Su aspecto es majestuoso y rígido, teniendo al pie, junto a los pliegues del vestido, la cabeza de un emperador en actitud atormentada. Es un ejemplar raro y de gran mérito, parecido a otra imagen de las que se conservan en el museo de Cluny.

Cuatro medallones colgados en el testero principal, representan los cuatro evangelistas, y entre el cúmulo de figuras en actitud hierática, iconos bizantinos, ángeles, alto relieves, soportes, etc., dos esculturas románicas del siglo XIII, bastante deterioradas por el tiempo. Otro de los frentes está revestido con un hermoso tapiz flamenco.

El comedor luce una sillería moderna sin estilo determinado, y a los costados del «buffet» dos espejos barrocos de 1640, muy decorativos; destácanse igualmente pequeñas cornucopias con cristal tallado de Manises.

El «fumoir» es un saloncito ovalado, cuyos principales adornos lo componen valiosas tallas sobre columnas salomónicas, y pedestales ornados con guirnaldas y entrelazos geométricos. Hay un niño desnudo, escuela de Roldán, el sevillano; una cabeza gótica de virgen, en madera renegrida y sin estofar, tipo catedral de Reims; un pequeño busto de peregrino, y el monje cartujo, obra de positivo mérito atribuído al racionero Cano. También existen algunos fragmentos de decoraciones antiguas, presentando en sus relieves, de gran pompa ornamental, escenas de vestiglos, figuras híbridas y monstruos de leyendas heráldicas.

La biblioteca es igualmente importantísima, ocupando un salón de treinta y cinco metros de largo por diez de ancho. Contiene muy cerca de cincuenta mil volúmenes, sin contar el archivo donde se guardan unas diez y ocho mil copias de documentos referentes a la historia del continente americano, desde su descubrimiento y conquista hasta la época de su independencia. Sin duda es la biblioteca particular más valiosa y extensa del país,

EL AMPLIO COMEDOR DE LA CASA.

LA SALETA AMARILLA, ALHAJADA CON PRECIOSOS MUEBLES.

UN ASPECTO DEL SALÓN ROJO, SUNTUOSAMENTE DECORADO.

PARTE DE LA COLECCIÓN DE TALLAS.

siendo excepcionalmente notable en sus secciones de historia, ciencias políticas y literatura. Entre los muebles y objetos que ornamentan este lugar, se destaca un sillón de Milán, con taraceas de marfil y maderas olorosas artísticamente combinadas. En el respaldo cuadrilongo, tiene una escena con dos figuras, incrustadas en plata y cobre. Es un paje y una dama. El primero sostiene en sus manos un alcón en actitud de vuelo, y la dama, ataviada con amplios ropajes, tiene a sus pies un galgo y un pequeño leoncillo de marfil.

La parte destinada a recibo la componen tres cámaras, donde se encuentran los tres tapices, joya de esta colección. Proceden de la catedral del Borgo de Osma, a la cual habían sido donados por el emperador Carlos V el año de 1515. La fábrica de la catedral solicitó de la Nunciatura eclesiástica en Madrid, su enajenación, y a indicaciones de Monseñor Di Pietro, fueron adquiridos por el anciano diplomático doctor Quesada.

El primer salón, tapizado de rojo, tiene una sillería estilo Luis Felipe de Orleans, que armoniza con el tono de las paredes. El escritorio, que se halla frente a la puerta del recibimiento, es un precioso modelo italiano del siglo XVIII. Sus adornos están formados con taraceas del gusto rococó, teniendo esculpidas sobre el tablero las armas eclesiásticas de un cardenal del solio pontificio. En los ángulos, cuatro cornucopias doradas, y sobre antiguo pedestal, un busto muy raro que reproduce la efigie de un caballero, época de Felipe II; está tocado de boina carmesí, con pluma blanca ondulada hacia atrás y sujeta por un joyel. En esta sala hay también dos tapices de la fábrica Gobelin, fundada por Luis XIV a principios del siglo XVII. Representan un turco y un montenegrino. Del arco que comunica con el gabinete azul, pende un soberbio cortinaje chinesco, de armoniosa composición y contrastes de color sumamente decorativos. Figuró en el palacio veraniego de la emperatriz de China en Pekin, siendo llevado a Europa en 1900, cuando el saqueo de la expedición punitiva contra los boxers, comandada por el general Waldersel.

El gabinete azul es de un tono muy elegante. Su decoración y sus muebles, de seda rameada en términos de caprichosa curvatura, inspíranse en la barroca solemnidad de los palacios matritenses. Hay dos sillas volantes que estuvieron en los salones de la reina María Cristina, y un diván de forma ovalada, cuya sedería fué un traje de corte usado por Isabel II, y regalado más tarde como recuerdo a una de sus azafatas. Las consolas, con altas lunas de bisel, sustentan ídolos y reliquias etruscas, figuras aztecas de la alfarería mexicana, pequeños Bhudas de Kiu-Chiang y otros objetos de distinto carácter y procedencia; igualmente hay varias mesitas cubiertas con tejidos del renacimiento, y viejos paños de tisú bordados en oro y realce.

De esta pieza se pasa a la saleta amarilla, lugar preferente de la casa. El estrado, compuesto de sofá, dos marquesinas y varios sillones, todo amplio y de lujoso aspecto, fué propiedad de los Enríquez de Ribera, Marqueses de Malpica, así como las cornucopias y espejos dorados a mercurio. Ocupando el espacio comprendido entre los balcones, una vitrina, sin adornos y de línea frágil, contiene muñecas de biscuit, abanicos, joyas, marfiles, tabaqueras y otros pequeños bibelots. Gruesas cortinas adamascadas, sujetas con prendedores borlados, entonan suavemente la luz que irradia por los cristales entreabiertos. Junto a la puerta que comunica con el gabinete azul, decora la pared una de las tapicerías de que hablamos anteriormente, y sirviendo de dosel al estrado, y sobre el muro de la izquierda, otros dos tapices de la misma fábrica, con episodios bocetados por Rubens. Cubre el parquet una mullida alfombra de tonalidades apagadas y cenefa de hojas y frutas. En los rincones, algunos pedestales sosteniendo búcaros de porcelana, y en el centro, una mesita con el pie bifurcado en cuatro garras y con losa de mármol.

Sirve de complemento una bonita araña de cristal que lució en el palacio de las Vistillas, del duque de Osuna, famoso Embajador de España ante la corte de Rusia.

En su conjunto, la saleta amarilla tiene cierto ambiente aristocrático, sellado con el prestigio de lo pomposamente señorial y velado con la pátina de lo antiguo. Sus tintes han palidecido; han adquirido ya ese tono suave y armonioso que imprimen los años, y que dejan en el oro viejo de los muebles, un polvo amarillo y perdurable.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

VISTA GENERAL DE LA BIBLIOTECA, COMPUESTA DE CINCUENTA MIL VOLÚMENES.

CARLOS-D SOUSSENS

Louise de Saverne

A Martín Reibel,

Con gloria escribo en francés el nombre de la niña más divina de las que festeje en Alsacia Lorena. Ya tenía diez y ocho años y venía de París en viaje de estudio por todo el Este de Francia. Durante seis meses de vagabundaje intelectual, ora en tren, ora «pedibus cum gambis», me había familiarizado con la sublime catedral de Reims, la belicosa Châlons, la riente y pintoresca Bar-le-Duc, la formidable Toul, guarnecida de fuertes en altísimas rocas abruptas, cuyo solo aspecto le inspira a uno aplastante pavor. Nancy, la señorial, que ostenta la joya de su maravilloso palacio ducal, me había hechizado también toda una semana. Por fin, después de una estada de breves horas en Luneville, penetré por Avricourt en Alsacia mártir.

¡Qué recepción, Dios mío! Yo, acostumbrado a la cortesía alegre, la natural afabilidad de los empleados franceses, me vi brutalmente interpelado por una especie de moloso. Ladrando, y con los ojos inyectados de sangre, me reclamaba los pasaportes como quien amenaza matar a uno.

Todo esto porque llegaba de Francia y hablaba su idioma. ¿Tal vez, examinando mi bigote ya floreciente y mi juvenil apostura marcial, le había entrado la vaga sospecha de que pudiera ser un oficial en misión de espionaje?

¡No! La grosería sistemática era norma impuesta, en los territorios anexionados, a toda la burocracia prusiana.

El primer lugar en donde me detuve fué Saverna, cuyo nombre cantaba heroicamente en mi memoria. Mi objeto principal era visitar el famoso castillo del cardenal de Rohan, prodigio de la arquitectura Luis XV.

De la estación a la ciudad no había sino un centenar de metros. Valijas en manos, franqueé el hermoso puente y la primera casa que yo vi ostentaba ya un pregón de libertad y un símbolo de rebeldía. Era, en efecto, el Hotel de Guillaume Tell.

El dueño, gigante de barbas blancas, la dueña, diminuta mujer al lado de su marido, me acogieron con patriarcal bondad, y casi con entusiasmo mal disimulado, pues se les humedecían los ojos.

— ¡Luisa, Luisa, ven pronto!... ¡Un señor que llega de Francia!...

Y corriendo, palpitante de emoción, se me presentó, visión inolvidable, riendo y sollozando a la vez, una deliciosa niña, todo un poema de diez y seis años. La raza galo-céltica, que es el fondo esencial de la familia alsaciana, la había dotado de fulgurantes ojos negros y de opulenta cabellera castaña.

¡Monsieur... monsieur!...

Era todo lo que acertaba a decir, con voz entrecortada, la gentil criatura, embargada como lo era por todo un mundo de sueños patrióticos.

Pero la madre tuvo una inspiración verdaderamente sublime:

— Luisa, en la persona del señor, dale un beso a Francia a nombre de Alsacia y Lorena.

Confusa y orgullosa a la vez, la dulce niña se precipitó en mis brazos y depositó en cada una de mis mejillas un casto y sonoro ósculo. Se lo devolví generosamente y conservo aun en los labios la frescura perfumada de ese rostro cándido como un lirio que pudiera sonrojarse.

— ¡Pon la mesa, Luisa! — ordenó el viejo. — ¡El mejor mantel, los cubiertos de Pascuas, los vinos más añejos! El señor, supongo, — dijo, volviéndose a mí, — nos hará el honor de acompañarnos a cenar.

¡Qué alegría para esas buenas gentes y qué satisfacción moral para mí!

Delectable resultó la comida. ¡Esas truchas *meunière*, cuyo recuerdo aun me hace agua la boca! ¡Y los vinos!... Blancos o tintos, eran dignos [illegible] de tan sabrosos manjares.

[illegible] de Francia, casi todos los gastos de la [illegible] naturalmente, tuve que hacerlos yo.

Suspensos de mis labios, los viejos, la niña y hasta la servidumbre que escuchaba, ávida, desde el umbral de la cocina, todos oían religiosamente mis últimas sensaciones de París, mis comentarios sobre la situación política, mis entrevistas, en provincias, con obispos, magistrados, generales y otros altos personajes, la infatigable acción del noble Dèroulède y su Liga redentora...

— ¡Ah! la Liberación tarda mucho en llegar,— suspiraba tristemente el anciano. — ¿Quién sabe si tendré otra vez la dicha de empuñar mi fusil como en el 70?...

A mi turno le rogué me contara algunos episodios de su campaña. Con toda sencillez, como si se tratase de aventuras de caza, me refirió ciertas hazañas suyas, que constituían toda una epopeya de valor sereno e indomable energía.

Me habían reservado la pieza de gala. Amueblada con patriarcal suntuosidad, me procuró la ilusión de no estar en un hotel, sino bajo el techo de parientes. Dormí triunfante, soñando en el alma ingenua de Luisa y la sana bondad ingénita de sus padres. ¡Siempre franceses en la idolatría del honor y de la dignidad!

— Señor, son las diez. Como usted nos recomendó avisarle. ¿Prefiere usted café o chocolate?

Quien tan maternalmente me despertaba era madama Wirtz, la dueña.

Rápido me vestí y, una vez apurado el desayuno, anuncié mi propósito de visitar el castillo de Rohan.

— Se ha convertido en cuartel, donde hacen de las suyas los hidalguillos (junkers) de Prusia. ¡Cuidado con entrar, que le pueden hacer pasar un mal rato... por equivocación!

— Ya que han profanado con su presencia, los vándalos, los principescos salones, me limitaré a contemplar la noble fachada del augusto monumento. No quiero ver lágrimas en los ojos de los Amorcillos que tejen guirnaldas de rosas traidoras, ni el espanto de las Pastoras interrumpidas en sus idilios por el ruido de crueles armas... De todos modos, quiero estudiar a Saverna en pleno día. La nieve ha dejado de esparcir sus mariposas y el sol brilla. ¡Qué paisaje de encanto!

Ignoro si los esposos Wirtz y Luisa entendieron algo de mi lenguaje figurado, pero como yo llegaba de París...

Al retornar de mi excursión, noté con asombro que, a lo largo de la avenida, hombres de todas las condiciones sociales, mujeres y niños, se habían aglomerado y cariñosamente me saludaban en francés, con un entusiasmo interior contenido como la fuerza de un volcán.

Esa noche, como las siguientes, el «Guillaume Tell» se convirtió en un santuario patriótico. Mal o bien, todos los asistentes hablaban el dulce idioma de su dulce Francia y, sintiendo latir en mi pecho adolescente un corazón sincero, absorbían mis palabras como los robles de la montaña aspiran el aroma de la flor más humilde.

Invitaciones me llovían de todas partes y, cosa sorprendente, Luisa reía de dicha al verme tan agasajado. Estábamos en plena semana de Navidad, y todos los elementos leales se empeñaban en que permaneciera hasta la ceremonia del Arbol.

¡Inolvidable noche!... Después de la misa del Gallo, los notables y yo, Luisa también, especialmente invitados, nos reunimos en casa del primer abogado de la ciudad. Abiertas de par en par las puertas del gótico salón, vimos en sitio de honor un magnífico pino de los Vosgos, deslumbrante de luces y banderitas tricolores.

Empero había también un nacimiento... El niño Jesús, la Virgen, San José, el Asno, el Buey, todos llevaban cintas con colores franceses. En el Establo se había deslizado, sin embargo, un intruso: un Chancho, y, detalle picante, lo habían adornado con los colores alemanes!...

Honda emoción, impregnada de cruentos recuerdos y de imborrables esperanzas, nos embargaba a todos durante la fiesta, a pesar de las tradicionales libaciones.

Al regreso, dí el brazo a Luisa. Los padres nos seguían a poca distancia. Aproveché el misterio de la noche propicia, toda sembrada de líricas estrellas, para declarar, temblando, mi amor.

Gravemente me contestó Luisa:

— En mucho aprecio sus elevados sentimientos, porque entrar en una familia como la suya sería para cualquier pobre niña como yo un ideal. Además, lo quiero de veras, porque usted ha despertado en mí un mundo de sensaciones poéticas que no sospechaba. Adoro sus versos y su modo de expresar, su vocabulario tan pulcro hace vibrar todo mi corazón de francesa. Yo lo quiero, pero no lo puedo querer sino como a un hermano, porque estoy comprometida con mi primo, que es suboficial en el ejército francés. Siempre he jurado no ser esposa sino de un militar. Y ruego a Dios me dé muchos hijos varones para que sean todos soldados y contribuyan a la liberación de Alsacia y Lorena.

— ¡Noble Luisa! — exclamé. — Tú eres verdaderamente la virgen fuerte simbólica de tu raza. Con el corazón destrozado te apruebo, te felicito y me pongo de rodillas ante el altar de tu heroísmo.

Esa noche era la última que pasaba en Saverna. Temprano iba a tomar el tren para Estrasburgo.

Nuestros besos de despedida fueron santamente fraternales y ambos, en medio de nuestras sonrisas, llorábamos.

* * *

Desde ese tocante episodio, habían transcurrido quince años. Me encontraba de nuevo en París, después de haber viajado por muchas tierras y saboreado el cáliz de profundas amarguras.

Rubén Darío y yo estábamos platicando en la suave intimidad del Luxemburgo, frente a la fuente Médicis, do pían sentimentales, los gorriones.

— Mira, Rubén, a ese joven capitán que camina con muletas. Está sin duda en convalecencia en el hospital militar del Val-de-Grâce. ¡Qué linda mujer lo acompaña! ¡Y qué hermosos hijos!...

El grupo se sentó en nuestro banco y, como conversábamos en español, el oficial y su esposa se pusieron a hablar en dialecto con plena confianza.

De repente oí esta frase:

— A propósito, Luisa, ¿has recibido noticias de Saverna?

Quedé fulgurado como por un rayo. Miré con disimulada atención. ¡Sí! era ella, mi Luisa, mi hermanita de Alsacia!

Ante Rubén Darío, estupefacto de mi osadía, me dirigí al capitán, que lucía sobre el viril pecho la cruz de la Legión de Honor:

Perdone, señor, mi indiscreción; pero usted acaba de pronunciar un nombre que evoca para mí un sagrado recuerdo. He vivido en Saverna ocho días de los más deliciosos de mi vida. ¿Podría darme informaciones respecto a la familia Wirtz, dueña del «Hotel Guillaume Tell».

- Con inmenso placer. Precisamente mi esposa es la hija...

Pero Luisa ya me había reconocido y, levantándose, profundamente conmovida, gritó, llena de júbilo:

¡Ah! Monsieur... Monsieur... Gastón, este es el señor de quien tanto te hablábamos, papá, mamita y yo. ¡Qué gloria para nosotros!

Se irguió sin aparente dificultad el oficial, me hizo el saludo militar y, de repente, los dos nos abrazamos como viejos hermanos.

Y Luisa me presentó a sus cuatro hijos, tres bellos varones y una nena que prometía ser aun más seductora que la madre.

Son mis sobrinos, — decía yo, cubriéndolos de besos.

Y nada para su hermana Luisa, — reflexionó con cierta gracia picaresca el capitán.

Y, como en Saverna, Luisa me tendió sus castas mejillas de santa mujer francesa...

DIBUJO DE SIRIO.

RA • MARTA • ALDAO
• DE • HILERET.

RTA • ELENA
• SANTAMARINA.

FOTOGRAFIAS DE VAN RIEL.

ESCENAS PINTORESCAS

EN EL MERCADO DE LA ASUNCIÓN

EL RUMBO DE LAS... INDIAS..

POR JOSE MARIA SALAVERRIA

[illegible] hasta San Juan de Puerto Rico, y los otros diez [illegible]

Nunca vi reunido tanto dinero en una sola mano. La idea de que portaba en [illegible] duros, me hacía temer fantásticos riesgos, inverosímiles robos. Aun no estaba en moda la literatura detectivesca ni el cine tenebroso se había inventado; [illegible] sugería truculentas es[illegible] guien, con mirada mis[illegible] arrebataba de alguna manera, incluso asesinandome. Por consiguiente, no pude dormir ni estar tran[illegible] San Sebastián hasta Santander. Constantemente palpaba mi dinero, que iba envuelto en un fuerte papel y oculto en la parte interior del chaleco.

[illegible] y nadie intentó asesinarme. Cuando adquirí en Santander mi pasaje de tercera, creo que me sentí aliviado de una pesadumbre; entregué los cincuenta duros en la agencia, compré [illegible] boina azul, y aliviado de tantos compromisos me lancé a vagar por la ciudad. Corrí al puerto e hice que me mostrasen el buque que me llevaría a Puerto Rico. Allí estaba el vapor, chato y feo, no muy grande, anclado en la bahía. Sólo tenía de bello el nombre: se llamaba *María*. Lo mismo que aquella hermana mayor, tan buena, que yo quise tanto y que se murió en plena juventud.

Entonces, al contemplar el buque que había de llevarme a la emigración dudosa, empecé a sentir la amargura de la nostalgia. Todavía no empezaba mi emigración, y ya el ser entero se me deshacía en lágrimas... Me veía desarraigado de mi país, de mi familia, de mis ilusiones; me consideraba como un individuo sobrante e inepto a quien se despide, quizá para siempre. ¡Adiós la tierra patria! Los amigos, las chicas rientes y codiciadas, los paseos solitarios a la luz lunática, los versos escritos secretamente, los libros amados, la ilusión de gloria literaria... Todo se desvanecía en un momento, y yo no era más que un joven emigrante que se sumergiría en faenas prosaicas y en una vida vulgar de *indiano*. ¿Y era posible que mis padres y hermanos hubieran consentido aquella *ruptura* transcendental? Las lágrimas saltaron a mis ojos cuando consideré la ingratitud de mi familia; me vi inmensamente abandonado... ¡y capciosamente olvidaba mi sentimiento que yo mismo, con mi terca manía de vagabundaje ultramarino, fuí el iniciador y consumador de aquella aventura!

El viento sacudía las jarcias; la mar, gruesa y espumante, daba al barco de proa y le hacía balancear con un alto y majestuoso movimiento. El chirriar de las maquinillas rimaba con el sordo rumor del viento y del olaje, y los marinos, ágiles en la última maniobra, aferraban las anclas y recogían en ruedas los chorreantes calabrotes. La noche caía densa y nubarrosa. Por el costado se deslizaban las luces de la ciudad. Un gran alarido de la sirena anunció, por último, que entrábamos en la región del mar abierto.

Mi baúl y mi maleta estaban, pues, dentro del buque. Yo estaba dentro también, ¡pero en qué estado miserable! Un enorme, un indecible mareo revolvía mis entrañas [illegible] mareo. Me habían dado una li[illegible] de proa, hecha de lona [illegible] aquel pequeño e inverosímil camarote debíamos dormir los cuatro pasajeros de la expedición y otros cuatro tripulantes. Mi litera colgaba allá arriba, pegante al techo, y para trepar hasta ella necesitaba realizar un complicado ejercicio gimnástico.

¡Qué horribles parecían las basas del mareo en aquel exiguo camarote y aquella angosta litera balanceante! El tufo de humanidad, el olor a brea, el repugnante hedor de grasas, todo venía a complicar la angustia de mi estómago débil y desgraciado. A veces, por el agujero de cristal, abierto como un ojo en la banda, veía asomarse una alta ola, cuya espuma rezumaba después largamente sobre el cristal lloroso.

De pronto oí sobre cubierta, y en la misma proa, un tumulto feroz. Voces airadas, blasfemias, gritos de mando, jadear de hombres agarrados en riña... En la semiestupidez de mi mareo, en la sombra de la noche nubarrosa, alcancé a ver el relámpago, el fulgor siniestro y fugaz de la hoja de un cuchillo.

— ¡Amarra! ¡Amarra!...

Era el capitán del buque, hirsuto y rechoncho vizcaíno, que con jadeante y rencorosa voz ordenaba a su gente el secuestro y castigo del culpable.

Al día siguiente me enteraron del drama. Uno de los marineros, vascongado como el capitán, había subido borracho a bordo. Era un arrogante mozo, joven y un poco petulante, que en la vida de los grandes puertos adquirió sin duda las mañas y los ademanes del *valentón*. Acaso el capitán no era una persona muy generosa ni simpática. Lo cierto es que el marinero encontró la ocasión propicia para liquidar agravios antiguos. Trabáronse a reñir, y faltó poco para que el capitán se encontrase con el pecho agujereado. En cuanto al marinero valentón y beodo, ejecutivamente y sin melindres fué amarrado al palo trinquete, para que la noche, el viento y la lluvia le refrescaran la cabeza.

Desde el día siguiente acomodé mi vida a las costumbres de a bordo, y desvanecido ya el mareo, resignado con mi suerte, procuraba buscarme un poco de felicidad en aquel reducido mundo balanceante. La obscura costa del Cantábrico nos acompañó por la banda de babor algunas horas. Hicimos escala en La Coruña, y luego, definitivamente, nos arriesgamos en la larga travesía del Atlántico.

Trabé amistad con mis compañeros de camarote. Uno era un mulato de Puerto Rico, especie de gandul, joven y grande, que hablaba siempre un lenguaje obsceno saturado de exageración tropical. Debió de considerarnos un poco ingenuos y excesivamente virtuosos, porque nos abandonó en seguida; se iba a la parte de popa y al entrepuente, donde los pilotos, maquinistas y cocineros acosaban a una pobre mujer con esa excitación repugnante que se apodera de las gentes en las largas travesías de mar.

Mis verdaderos amigos eran dos muchachos del valle de Baztán. Uno parecía un hidalguete de aldea, fino de facciones y bien portante; hartos de verle malgastar los años en la plaza y los caminos de Elizondo, sus padres lo enviaban a Puerto Rico. El otro era un pastorcillo vivaz, ambicioso y enérgico. Marchaba recto a la conquista del oro, y a estas horas, seguramente, será un señor barrigudo que consultará las cotizaciones de los Bancos.

Nuestra distracción más amena consistía en asomarnos a proa, cuando llegaba la noche, y ver atenta y maravillosamente la fosforescencia de las aguas tropicales. La punta recta del buque hendía el mar y lanzaba a los costados dos masas burbujeantes de espuma; y las espumas entonces, bajo la calma densa y penumbrosa de la prima noche, llenábanse de constelaciones milagrosas, de fósforos ondeantes, de cavernas rápidas y encendidas, como bocas de los antros donde viven las hadas.

Otras veces nos referíamos nuestras vidas y alzábamos el velo de nuestras ilusiones. Pero aquellas almas simples concluían por fatigarme. Y mi recalcitrante pasión solitaria me hacía buscar el ángulo más escondido, en las serenas tardes luminosas y allí encontraba a los buenos compañeros: los libros.

Ya mi familia me lo advirtió: «Nada de lecturas que distraen; deja los libros de una vez y hazte hombre...»

Pero yo pude deslizar en mi maleta tres o cuatro volúmenes. Había un tomo empastado que yo estimaba mucho; era una colección de ensayos de Macaulay. Los que se referían a Grecia y a la Florencia de la época del Dante me gustaban extraordinariamente y los releía siempre con entusiasmo. Leídos entonces en pleno Atlántico, en la serenidad de aquellas horas inefables, tenían para mí un nuevo sabor sublime y evocaban en mi espíritu tiempos y civilizaciones de bella y heroica vida.

Otro libro pude meter en mi bagaje. Tan pequeño, tan poco voluminoso, que fácilmente lo escondía en mi bolsillo. ¡Ah, el diminuto y manoseado libro, tosco y en rústica!... «Parerga y Paralipomena», decía el título; y era su autor el detonante Schopenhauer. ¡Cuántas veces recorrí sus páginas, desde la cabeza hasta el pie! Las márgenes del libro tentador estaban llenas de cesuras, observaciones y llamadas. Y en mi mente quedaba claro el recuerdo de la primera lectura, ¡aquella lectura catastrófica, decisiva, verdadero terremoto moral, en que mi espíritu pensaba a cada frase que estaba operándose un milagro, porque parecía que aquellos pensamientos se habían escrito expresamente para mí, o que los había escrito mi otro *yo*, más culto y discursivo que yo mismo!...

¿Cuánta parte de culpa le cabía a Schopenhauer en aquel viaje que yo emprendía entonces? Lo cierto es que el «Parerga y Paralipomena» produjo en mí una inmensa revolución moral; cuando salí del primer asombro, observé que mi espíritu se había complicado con una imprevista agregación; un orgullo íntimo, una confianza en mí mismo, una protesta soberbia contra la voluntad rebajadora y diminutiva del vulgo se alzó dentro de mí, sin duda con cierto exceso juvenil. Y mediante el «cataclismo schopenhaueriano», inmediatamente me propuse conquistar el nervio del orgullo: el dinero. ¡Sería independiente, dueño de mis días y mis gustos, separado del vulgo, con opción a una vida elevada como la de Grecia y Florencia! Hacía falta dinero... Está bien; unos cuantos años en Puerto Rico me darían la posesión de la modesta fortuna que yo necesitaba.

Pero en la tarde luminosa y serena del Atlántico, levantaba a veces mis ojos del libro tentador, y con espanto pensaba:

«¿Cuántos años me bastarán para ganar esa modesta fortuna que necesito? ¿Cinco años? ¿Tal vez diez años?... Y después de una vida de comercio, de grosería y de tratos vulgares, ¿conservaré todavía la flor poética y virgen de mis ideas, de mis sentimientos y propósitos? ¿No me habré convertido en un infame hombre vulgar?...

Cuando pensaba esto ¡hubiera querido volverme atrás, huir con el tesoro de mis sueños, defender *mi vida* contra la amenaza de aquella perspectiva de pedestre *indiano!* Pero el buque seguía su marcha inflexible. Entonces, en lo más secreto, me prometí pasar lo más rápido posible por encima del tormento de la emigración. ¡Y de este modo operaba sobre mí el viejo Schopenhauer, infundiéndome un gran vuelo de huída al principio, para separarme después del camino de la voluntad ejecutiva!

En fin, una mañana vimos alzarse la sombra de las montañas de Puerto Rico, entre la masa de nubes caliginosas. En la playa, unos cocoteros, con su gracia sensual, me revelaron el signo y el tono exótico de la América soñada. Luego se aproximó la barca del práctico; desde cubierta, muy abiertos los ojos, veía yo los remeros, cuyos dientes, puestos al descubierto por la sonrisa pueril de la raza, blanqueaban extrañamente en los rostros negrísimos...

Madrid, diciembre 1917.

DIBUJO DE SIRIO.

El vendedor de loros

El amigo paraguayo me dió todos los pormenores que yo le pedí sobre la vida y costumbres del pintoresco vendedor.

« Puede afirmar que es un oficio fácil. El vendedor de loros se encamina al bosque y en el árbol más gritón arranca la rama más llena de loritos. Después la tercia sobre el hombro, procurando guarde perfecto equilibrio aquella balanza de la charlatanería.

« El guaraní llama loro al loro, a la cotorra no se qué, al árbol favorito de loros y cotorras le dice...; pero será mejor suprimir los vocablos indígenas porque sino el artículo de costumbres que usted fragua, va a llenarse de voces ininteligibles como el palo del vendedor.

« Hablemos de la mercadería antes de pintar al comerciante. El loro y su cónyuge la cotorra, a quienes la gente quiere enseñar lenguaje, fueron los Berlitz del hombre cuaternario. Todos los gritos, silbos y rumores del bosque los encontró coleccionados en aquel diccionario de tapas verdes. Antes de que el chisporroteo del hogar alegrase las cavernas, el chirrido «cotorril» las hacía habitables. Quizás de ahí vengan las sinónimas cotarro y cotorro. El loro enseñó al hombre la sílaba «st», raíz de una innúmera familia de vocablos. «St», «chist» o «chirrist», es el alerta del loro; lo exhala cuando alguien quiere tocarle, cuando se dispone a pedir la papa. Y por eso, el hombre primitivo decía «chist» para llamar, para imponer silencio, para revelar su presencia. «Sta», «chist», «wihit» y todas las voces primitivas en las que la s y la t se unen, fueron patrimonio lingüístico de los cazadores y guerreros; el léxico de la vigilancia, del pavor, de la precaución. Entre ellas y el «alerta está», de nuestros centinelas, hay poco trecho. Se me olvidaba decirte que el «chist» fué también expresión de alegría convertido en «chiste»; el loro es y era muy chistoso.

« A la imitación verbal la castigó la naturaleza emplumándola con plumas verdes. Sobre el balancín que el vendedor sostiene sobre su hombro, las cotorras imitan antipáticamente todo lo imitable, y, aferradas sobre las patas de presa, inflADas de cursilería y vanagloria, se contonean. Ya lo dijo el vate, al pintar la figura de un seudopoeta:

En millones de arrobas de cantares
ha disuelto un adarme de poesía
y un gramo de ridículos pesares.
Parece una cotorra tonta y fría
que, so el poder de los divinos Lares,
pena de plagio y de ñoñez expía.

« Desde hace siglos, el hombre enseña idiomas al loro, como si deseara vengar la mudez de los abuelos trogloditas. Así acuchilla, y vende de paso, a su maestro.

« Antipático resulta ese pajarraquito testarudo, antecesor del gramófono. Un loro es una pesadilla con pico corvo y patas ganchudas. Si Zeus hubiera odiado verdaderamente a Prometeo, hubiera encargado al loro la tarea de comerse el hígado del titán. El dolor y el fastidio habrían hecho perecer al benéfico semidios, arrepentido de su filantropía.

« El vulgo atribuye conciencia y pensamiento al loro. «Hablo, luego soy», parece afirmar el pájaro cuyas actitudes tienen algo de solemnes y meditadas».

« En cuanto al mercader de la verde mercadería — prosiguió mi amigo — puede decirse que es perfectamente absurdo. Vender loros y cotorras en el Paraguay, viene a ser algo así como juntar puchos en La Habana. En las selvas de allí y en las del Brasil está el dilatado paraíso de los loros. A fuer de buenos plagiarios son ladrones; roban la fruta, los granos y la paciencia.

« Por esta causa, el vendedor ambulante de loros es un ser benéfico; si el público le ayudase en esa labor de exportación, pronto la República quedaría libre de gritos. Yo creo que el espíritu revolucionario tal vez debería elegir al loro por animal heráldico, y más si se tiene en cuenta que esto de las revoluciones es imitación, pura imitación.

« ¿Vende loros el vendedor de loros? He aquí un problema aun no resuelto. Yo nunca le he visto hacer transacciones. Acaso este comerciante, contagiado por el instinto de su mercancía, parodie a los comerciantes de verdad, es decir, juegue al juego de la venta.

« De pura raza india, de cutis sombrío que contrasta con el escandaloso verdor de sus pupilos, pasea y pasea, pregonando sobriamente. Cuando la rama queda vacía, vuelve al bosque y busca otra bien llena.

« Tenemos, pues, un símbolo a hombros de otro símbolo, ambos viejos, expresivos: el indio y el loro. La raza que se va, que se extingue encerrada en nuestras ciudades donde no encuentra libertad ni aire, obligada a vivir traficando con la imitación. El ave que no es ave ni hombre, el pajarraquito charlatán y menudo como una comadre, especie de bruja en pena.

« Usted, yo y todos los que vivimos de la negra pluma, aceptemos como símbolo esta pareja: el indio y el loro. Nadie mejor personificará nuestro destino. Como si fuesen ramas elegidas en el bosque, llenamos las líneas de los libros y de los periódicos con vocablos que forman ideas. Y tales ideas son incansables repeticiones de todo cuanto los humanos labios están repitiendo desde hace siglos y siglos. Varía la ocasión y el lugar, las personas y las cosas; pero nosotros proseguimos entonando las mismas cantatas en busca de la papita del loro, a cambio de decir cosas que creemos nuevas bajo un sol incapaz de alumbrar novedades, como tan bien lo expresaba Salomón en latín macarrónico.

« Usted, hostigado por el afán de originalidad, quiere llenar espacio haciendo primores, a propósito de un vendedor que vió desde lejos. Toda mi ciencia cotorril la puse a su disposición; lo demás lo puede extraer ya hecho de las páginas de una enciclopedia, donde se le concede al loro una importancia que no tiene.

« No me hable más del estúpido animalito a quien yo haría sordomudo o, por lo menos, le concedería alas de águila que lo remontasen hasta los elevados desiertos de la atmósfera, hasta esa altitud donde explotan los globos y no se oyen los chirridos del gramófono.»

EDUARDO DEL SAZ.

DIBUJO DE ALONSO.

OBSERVACIONES INÚTILES

PREGONES CALLEJEROS

Hay que suponer que, toda persona que se lanza a la calle pregonando la mercadería que transporta, lo hace con el propósito de venderla, ¿verdad? Pues, no, señor. Yo he tenido que convencerme de que tal suposición es errónea. La mayoría de las personas que llevan por la calle canastos, bolsas, cestas, etc., y gritan, no son vendedores ambulantes, como generalmente se cree; deben ser personas que se dedican a un nuevo sport que no conozco, o que realizan el cuplimiento de un voto o la fórmula de algún rito que tampoco conozco.

Y hago esta afirmación porque he tenido verdadero empeño en averiguar la relación que pueda existir entre el grito que lanzan y la mercadería que venden, y nunca he podido encontrarla. He tenido necesidad de perseguir al marchante, tomar al oído el pregón y luego, materialmente, meter las narices en la cesta o el canasto para averiguar de qué se trataba.

¡A mí que no me digan! Entre vendedor y comprador debe existir una clave más complicada que la que emplea la diplomacia; de otro modo sería imposible establecer el mutuo conocimiento y los vendedores ambulantes hubieran desaparecido o habrían cambiado la forma de anunciar la mercancía.

Y como todo cuanto aquí digo es de fácil comprobación, invito al incrédulo a fijar su atención en los pregones y no habrá uno que aclare el enigma como no vea por sus propios ojos de lo que se trata. Para esta investigación hay que poner en actividad, por lo menos, dos sentidos: si ejercita uno sólo, pierde el tiempo miserablemente. Más aún: me ha ocurrido el caso de ver lo que se pregona, he escuchado el pregón y me he dicho en el acto: no puede ser; una cosa no tiene ninguna relación con la otra. Y he mirado con recelo al vendedor, llegando a sospechar si sería un espía alemán.

Pero no; es que seguramente no estoy en el secreto, porque la comunicación entre vendedor y comprador está preestablecida y se entienden; el que no lo entiende soy yo.

Fíjense, fíjense y verán.

—«¡*I-ce-ri-ce-ri-ce-riii... schó!*»

¿Saben ustedes que quiere decir esto? Ciruelas.

El que oiga el grito y, como yo, no se asome al canasto, ¡en seguida sabe que son ciruelas!

Otro caso:

«¡*A bental-paqué-tamaní!*»

Traducción: A veinte el paquete de maní.

Vean, vean este otro:

«¡*Lemoná-talemoná-tagasó!*»

A la fija, dirá cualquiera, este es un producto japonés. Pues no, señor, que es: Limonada, Limonada y gaseosa.

Y este, que si no es vasco le anda raspando:

«¡*Gurú-badida-da-sedá-echamanó!*», y que puede cantarse muy bien con música de zortzico, quiere decir: Corbatitas de seda hechas a mano.

«¡*Bay-nebaineda!*» Peines y peinetas.

¿Y qué me dicen de este otro, que parece una dignidad china?

—«¡*Kamandarí!*» Pues son... naranjas mandarinas.

«¡*Gamaró-negamaró!*» Camarones.

—«¡*Luramí-tode-camí...!*» El ramito de jazmines.

—«¡*Boy... teterére!...* Bollitos tostados.

Y ahí van tres pregones, que deberían pertenecer a la misma familia y no tienen ni aire de ella.

«¡*O... quinta!*» — Corvina.

—¡*Frushca... frushca!...* — Pescado fresco.

—«¡*Boo... ooh!... ¡Boo... ooh!* — Pescado.

Como se ve, los tres gritos anuncian pescado, pero el que intente averiguar porqué el mismo artículo se anuncia de manera tan diversa, tiene para rato. ¿Por qué no se pondrán de acuerdo?

Otro caso que, a pesar de mi empeño, sigue en el misterio. Un individuo con aspecto de vendedor, llevando una bolsa vacía debajo del brazo, grita de puerta en puerta:

¡*Anarabá!*

He mirado en todas direcciones para encontrar la mercadería reveladora y... ¡nada! No había absolutamente nada que denunciara la cosa. El vendedor ha seguido tranquilamente metiendo la cabeza en los zaguanes y gritando:

—¡*Anarabá!*

Y me he quedado con las ganas de saber que es *Anarabá*.

Los casos apuntados y otros que no recuerdo, me obligan a preguntarme: ¿Habrá en todo esto un misterioso secreto que no acierto a penetrar? ¿Será que la práctica habrá demostrado que pregonando con claridad se vende menos, o no se vende? ¡Vaya usted a saber!

En esta forma de anunciar hay tres excepciones: El afilador, con su siringa de fauno, lanza escalas cromáticas y, ya se sabe, por la fuerza de la costumbre, que no es el dios Pan precisamente, pero es el afilador. El vendedor de helados, con su bocina que recuerda los antiguos conductores del tranvía; y el triángulo del barquillero. Lo que no he podido oir todavía es un conjunto de ese terceto, pero valdría la pena. Si cree «El Diapasón» que puede aprovecharse la idea, que la aproveche.

En pro del mejoramiento de las costumbres, propongo a los vendedores ambulantes una modificación: aplíquese a los pregones música conocida y apropiada y me parece que saldrán ganando, pero a condición de que se entienda la letra. Vaya un ejemplo:

Música del tango «Cara sucia»:

«Camarones, camarones, camarones,
que se acaban ahora mismo de pescar.»

Aunque se hayan pescado dos meses antes, para el caso no importa.

Con música del «Tango Argentino»:

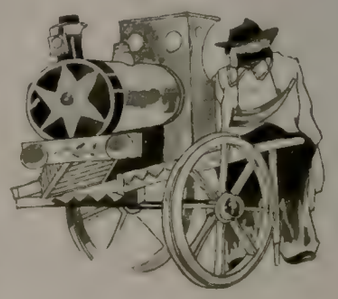
«El ramito de jazmines...» etcétera.

Y este otro, que no hay que decir que música le cuadra, porque salta a la vista:

«Muy rica trae el marchante
la naranja mandarina,
será fina, será fina...»

Y el comprador, para salir de dudas, prueba una, se cerciora si es fina o no es fina... y ya está.

Para todo esto, naturalmente, habrá que contar con el beneplácito de la «Sociedad de Autores», porque se corre el riesgo de que quieran cobrar los derechos de autor o prohibir la entrada a los vendedores en los teatros nacionales y sería una grave contrariedad. Pero conseguido el permiso correspondiente, nada hay que se oponga, pues yo, por mi parte, renuncio, desde ya, a los derechos que puedan corresponderme por la iniciativa.



ANTONIO CAÑAMAQUE.

DIBUJOS DE ALVAREZ.

Locura?

Por PEDRO SONDEREGUER

DIBUJO DE PELAEZ.

En el amplio parque de la Villa Augusta, sentadas en cómodas sillas de Viena pintadas de blanco, bajo los esbeltos pinos que han hecho famosa dicha residencia veraniega, Eulalia, Lydia y Clotilde sostenían una plática animada. Comentaban el último acontecimiento importante: Eulalia acababa de romper su compromiso matrimonial con Carlos Figuerella, el hijo del célebre banquero.

Clotilde y Lydia, que no llegaban aún a los veinticinco años, eran dos hermosas morenas, casadas poco tiempo antes casi simultáneamente. Lydia tenía los ojos verdes con raros matices dorados, desmesuradamente abiertos, que parecían absortos en la contemplación de una trágica dicha presentida. En los momentos de emoción aquellos ojos miraban ofreciéndose, semejantes entonces a dos profundas promesas de felicidad. En Clotilde lo que llamaba la atención era la boca. Era una boca pequeña y rosada que rechazaba toda comparación. Ninguna flor era tan bella, ninguna seda tan suave, ninguna piedra preciosa tan igual y luciente en el color, ni fruta alguna tan apetitosa y provocante. Era, además, una boca elocuente. Había más expresión en aquellos labios finos que en las pupilas espléndidas de Lydia. En el rostro tranquilo de Clotilde aquella boca de excepción producía un efecto diabólico. Gracias a ese contraste, hijo de uno de los momentos en que la naturaleza se equivoca, Clotilde era una de esas mujeres que inspiran extraños temores a los hombres superficiales y que después, en el hogar, resultan divinamente buenas.

Eulalia era una magnífica rubia de veinte años. Delgada, alta, sin un ángulo, su cuerpo de euritmia perfecta tenía la gloriosa asensualidad de los seres sobrenaturales. Todo en ella se conformaba al tipo de la mujer seráfica: los ojos azules llenos de inteligencia, la boca exigua y graciosa, la nariz severa y un tanto movible y el aire grave sin afectación. La cabellera azafranada y abundante, de un brillo fantástico, trazaba un marco de luz a la belleza inaudita de la cara. Era una joven nacida para el sacrificio, para el heroísmo, para dar la vida con alegría, en un ímpetu, por el hombre amado o por la fe sentida.

— Hablemos claro — exclamó Lydia en el tono imperativo que la distinguía. — ¿Por qué rompiste con Carlos?

— Por la sencilla razón de que no le quería — fué la respuesta de la interrogada.

— No me satisface — dijo Clotilde. — ¿De modo que necesitaste tres años de noviazgo para darte cuenta de que no le amabas? ¿Tan lenta eres para conocer tus sentimientos?

— He precisado tres años y me felicito. Peor habría sido que hubiese hecho después de casada tan terrible descubrimiento.

— ¿En qué circunstancia penetraste en el fondo de tu corazón? ¿Qué suceso te reveló tu desgracia? Porque es una desgracia no amar al hombre para quien una ha sido durante tanto tiempo la más dulce promesa y la mejor esperanza.

Estas palabras, pronunciadas por Lydia, tuvieron la virtud de herir hondamente a Eulalia. Cambió de posición en la silla, haciendo un movimiento como si quisiera acurrucarse, como si intentara recogerse en sí misma. Quedóse luego inmóvil, con la mirada fija a la distancia, en una actitud extraña que bien pudiera ser la de la estrella de la contemplación o la de la timidez.

— Si es un secreto — murmuró Clotilde — guárdalo, Eulalia, no lo cuentes. Te conocemos demasiado para creer que se trate de algo que afecte tu buen nombre.

Esta frase produjo en la rubia deliciosa el efecto de una puñalada. Sin embargo, mantuvo su hierática quietud. La mujer que, cuando se le solicita una confidencia o en el amor, vacila, está derrotada. La duda en tales instantes implica el vencimiento. Sólo un acontecimiento imprevisto, ajeno a la situación, puede salvar a la víctima. Tal acontecimiento no se produjo en el caso de la doliente Eulalia.

— Sabréis — empezó diciendo la triste vencida — que siempre he estado enamorada de una ilusión. Un hombre ideal, adornado de cualidades heroicas y con facciones enérgicas y hermosas, con rasgos típicos reveladores de una perseverante voluntad de dominios, ha ocupado siempre la parte más noble de mi espíritu. Es un hombre que yo tengo la convicción de haber visto y de haber amado. Y no precisamente en sueños. Lo he visto y lo he amado en otro mundo, en otro momento de mi existencia, en un instante de mi vida que yo debo haber olvidado. ¿Es esto locura? No lo sé.

Hizo una pausa como para ordenar sus recuerdos. Lydia comentó:

— Esa es una consecuencia de la lectura de novelas. Es el príncipe de hermosura irreal con que sueñan las muchachas cuando despiertan al amor.

— No. Jamás he leído novelas. No me agrada ese género de literatura. La realidad es más interesante que el mejor producto de la imaginación cuando se sabe vivirla hondamente. La mejor novela es nuestra propia existencia y la existencia de los que nos rodean. Esta tiene al menos el sublime vigor de las cosas verdaderas. La vida es trágica. Hay más dolor a veces en una lágrima que en un pistoletazo.

— No te apartes de tu relato — insinuó Clotilde, curiosa.

— Cuando conocí a Carlos Figuerella — continuó narrando Eulalia, — creí haber hallado en él algo del ser extraordinario de quien estaba enamorada. No sé qué había en su rostro que me recordaba a mi vieja ilusión. Como veis, no amaba en él sino a un recuerdo. Me pareció sincero y acepté sus ofrecimientos apasionados. Al principio me dí a pensar que Carlos cometía una usurpación. En ocasiones me causaba la misma impresión que me produciría un audaz que, fingiéndose mi padre, me robara un beso en la sombra. Ese pensamiento me fué abandonando poco a poco y acepté a Carlos, acostumbrándome por fin a la idea de unirme a él en matrimonio. De tarde en tarde, sin embargo, me acordaba de mi antiguo amor perdido y sufría una especie de remordimiento. Mi cariño a Carlos era casi una infidelidad. En cierta oportunidad este sentimiento alcanzó a ser una tortura insoportable. Sabéis vosotras que en esto tengo yo creencias bastante raras.

— Así es — afirmó Lydia. — Un día me sostuviste que la mujer casada que peca con el pensamiento quita la verdadera paternidad a sus hijos. Eres una muchacha excepcional.

— Pasó el tiempo — siguió la narradora. — Yo me había habituado a Carlos y hasta llegué a suponer que le quería. Pero una mañana, ayudando a mi madre en la limpieza de un mueble viejo, encontré en el fondo de un cajón un retrato amarillento, recortado de una revista. Al verlo, lancé un grito. Aquel retrato era el del hombre que yo había amado en esa otra vida a la que su recuerdo, y sólo su recuerdo, me unía de modo indestructible. Mi madre, inquieta, me preguntó qué me pasaba. Después de un prolongado silencio, durante el cual mi alma experimentó una revolución, un cambio total y definitivo, interrogué a mi madre: «¿De quién es este retrato?» Palideció ella y yo insistí, cruel: «¿Por qué te alteras?» Hizo ella un esfuerzo y repuso, suspirando: «Es una historia breve, pero intensa. Una noche estábamos en la Opera, tu padre y yo. Escuchábamos a Tamagno. De repente, en momentos en que el inolvidable tenor cantaba una romanza emocionante, alguien en un palco vecino sufrió un síncope cardíaco. Tuve tiempo de contemplarle a mi satisfacción. Era un hombre joven, de rasgos pronunciados que revelaban voluntad y talento. A pesar de su actitud de vencido por el mal, se adivinaba que aquel hombre era capaz de dominar al mundo. Tuve un minuto de pasión fanática. Afortunadamente, para dicha mía y de todos, el joven murió aquella noche. Yo guardé su retrato, que recorté de una mala publicación mensual. Pero... ya lo había olvidado».

Lydia y Clotilde escuchaban con interés creciente. Sus almas, hasta entonces puras, no concebían aquellas complicaciones.

— Tras una rápida meditación — prosiguió Eulalia — pregunté a mi madre: «¿Había yo nacido para entonces?» Ella contestó: «Naciste cinco meses después». No volvimos a hablar del asunto. No podéis imaginaros el cúmulo de pensamientos que en los días que siguieron a aquella inaudita confidencia pasaron por mi mente. Estuve enferma. Pasé una semana recluída en mi dormitorio y sin querer ver a nadie. Aquel hombre, muerto hacía veinte años, era el amante cuyo recuerdo ocupaba mi corazón completamente. Mi pena era honda y sin consuelo. Yo había heredado una pasión sin esperanzas; estaba enamorada, estoy enamorada de una sombra. ¿De modo que el idilio vivido en otra vida inescrutable se reducía a una dolorosa remembranza? Jamás desesperación alguna igualó a mi desesperación. Nada es más triste que pasar por el mundo habiendo perdido la más dulce, la más grande, la más bella de todas las ilusiones: ser amada del ser que se ama. Sufrir los pesares ingentes del amor sin haber conocido al bien amado, es espantoso... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Hundió la desdichada el rostro entre las manos. Ni Lydia ni Clotilde se atrevieron a pronunciar una palabra. Ellas no comprendían la extraordinaria psicología de la rubia encantadora, pero adivinaron la intensidad de su dolor y lo respetaron. El silencio en este caso era un divino homenaje. Eulalia continuó, después de un rato:

— Cuando me sentí con valor, escribí a Carlos, manifestándole mi deseo de hablar seriamente con él. Celebramos nuestra entrevista, la última, en el jardín de mi casa. Entré bruscamente en materia. Le dije que era necesario que rompiéramos nuestro compromiso, porque me había convencido de que no le amaba. Doliente, casi con lágrimas en los ojos, me preguntó los motivos de mi resolución. Había pensado ahorrarle la pena de una explicación; pero, al advertir su cobardía, sentí hacia él un poco de desprecio, y me animé. Fué una a manera de exaltación. «No te amo — grité, — no puedo amarte, porque adoro a otro, a otro que no tiene más vida que la que le da mi propio corazón. Amo a un hombre que los demás creen muerto; pero que no lo está, porque se halla en lo más hondo de mis entrañas con vida más real y más potente que la de ese acervo de seres sin aspiraciones ni propósitos que representan la comedia de la existencia por arte de quien sabe qué misterioso destino. Y no es un amor repentino. Lo he amado siempre; sólo que hasta ahora no había podido rehacer fielmente su recuerdo. Porque has de saber que estoy en demencia de amor por un recuerdo que, por lo intenso e imborrable, es una realidad, es más que una realidad». Carlos quedó por un instante estupefacto. Luego se levantó intranquilo, asustado. Aquel infeliz creyó que estaba loca. Se fué sin despedirse. Yo quedé dichosa en mi tortura.

Los pardos ojos de Lydia, más abiertos que nunca, revelaban una profunda emoción. Clotilde, no menos emocionada, miraba fijamente a Eulalia, como si quisiera conocer todo lo que en su alma acontecía. Al cabo dijo dulcemente:

— ¿Quieres un consejo?

— Dilo.

— Cásate con Carlos.

DIBUJO DE ALEJANDRO SIRIO MCMXVIII

LA VERDAD SOBRE LA MUERTE DE OSCAR WILDE

Por GARCIA LANDA

Algo borrachos — de alcohol y de luna — íbamos Oscar Wilde y yo por las calles de París en las horas de la madrugada. Algo borrachos, sí señor, porque como los dos éramos pobres, imaginativos y desgraciados, buscábamos en la bebida consuelos que la realidad nos negaba y sin los cuales era nuestra débil voluntad cosa exangüe y fofa.

Estaba Wilde magníficamente decidor; él, tan parco siempre, charlaba con brío andaluz. Yo escuchaba asombrado y deslumbrado ante aquel derroche de ironías, paradojas, flores y estiletazos. Estaba en la situación de un chico en un bazar lleno de maravillosos juguetes. Wilde, por primera vez, desde que salió de Reading, se sentía dichoso, mejor aún: se sentía sencillamente humano y viril.

Para celebrar aquellas nuevas nupcias con la vida — tal el clásico alboroque de las ferias — decidimos brindar: entramos en un tabernucho, el dueño atajó el paso a Wilde:

— Usted no puede entrar.

— ¿Por qué?

— Lea esa advertencia.

Alzamos la vista al cartel, que contenía la vulgar prohibición policial de separación de sexos. Un ¡oh! de rabia y de impotencia se estranguló en la garganta de Wilde.

Salimos, más que avergonzados, tristes. Largo trecho caminamos en silencio. Iba Wilde con la cabeza caída sobre el pecho y aire de trágica derrota.

— Tienen razón, y sin embargo soy mejor que ellos...

— ¡Quién lo duda!

— Pero he de vengarme y renacer.

Nos separamos; me pareció ver en la frente de Wilde una arruga siniestra y un resplandor sombrío en sus ojos... Fuí a mi casa, dormí...

A la noche siguiente — ¡con cuánto asombro! — leí en los diarios la noticia de la muerte de Wilde. Todos, con justo y piadoso sentido, olvidaban las desgracias del hombre para hablar solamente de las glorias del escritor. Pero a través de todas las glorias, yo veía al pobre Wilde, solo, en el camastro del hospital, tendiendo las manos trémulas de agonía, sin que nadie las estrechara. En homenaje al pobre muerto—¿cuál habría sido su último pensamiento? — leí el «De profundis»... Después pensé:

— ¡Qué diablo!; por orgullo y por limpieza estética, conviene morir como Wilde; que la trágica mueca final y la espuma negruzca que manche nuestros labios, sea para nosotros solos. Hay que morir de cara a la pared, sin alegrar al sobrino que desea heredarnos, ni a la mujer que para gozar a sus anchas espera a que nos vayamos del mundo, ni al querido compañero que ve en nuestra muerte su ascenso y mejora.

A los tres días, al entrar en casa, me encontré con Oscar Wilde.

— ¿Con Wilde?

— Sí, señor; con Wilde, el mismo, con Oscar Wilde Fingall O'Flahertie Wills, con Wilde el de Dublín, el autor de «El retrato de Dorian Grey», el amigo de Douglas, el amado y funesto, el discípulo de Ruskin, el perseguido por lord Quensbury, ¡con Wilde el grande!

Pálido, pregunté:

— ¿Usted?

— Sí, yo mismo; tenía un plan para vengarme y ya he empezado a realizarlo. Fuí al hospital, pero de acuerdo con un médico, en la cama a mi destinada se colocó a un moribundo, que falleció al poco rato, con el nombre de Oscar Wilde. Oscar Wilde no existe ya. Yo soy Leónidas González, guatemalteco. ¿No es tristemente divertido? Me voy a Florencia. Allí trabajaré como joyero y orfebre. Labrar una buena joya es tanto como cincelar un soneto impecable. En Florencia hay historia y leyenda. Hay un río glauco. Sobre sus puentes pasan la caravana ociosa de los ricos enfermos de tedio y la devota procesión ardiente de los artistas soñadores y pobres... Ustedes me harán una estatua; a usted se la confío, y cuando vaya a inaugurarse apareceré yo sobre el pedestal. ¡Wilde vivo y limpio de pecados por esta farsa de la muerte!

Pensé en el acto, ¿qué me conviene más? ¿Ir a «Fígaro» o «Le Matin», que pagan bien estas historias sensacionales, y relatar lo ocurrido, o explotar en mi provecho y a mi capricho el ingenio de Wilde? Huelga decir que opté por lo último.

Hice la campaña pro-estatua, escribí cientos de artículos, inicié subscripciones, obtuve subvenciones, interesé a las academias y hasta el alma puritana de Inglaterra — ¡al fin y al cabo Wilde era del imperio! — se abrió, rompiendo la costra cuáquera, en un rasgo generoso.

Wilde en Florencia saltaba de contento. Me enviaba cuentos admirables y magníficas poesías que yo firmaba y cobraba a espléndido precio. Yo tenía la fama y la fortuna, Wilde su venganza.

Ya todo listo, telegrafié a Wilde: «Ven ya». Tres días después debíamos descubrir el monumento. Anatole France pronunciaría un discurso, la bella actriz Lilian Enmery depositaría un ramo de flores con cintas de los colores de Francia e Inglaterra; asistiría el ministro y los niños de las escuelas británicas, con sus maestras — unas señoras escuálidas, con lentes y trajes a cuadros, — cantarían un himno, uno de esos himnos ingleses que en unos compases parecen salmos y en otros saltarina música de charanga de circo... La noche anterior Wilde y yo robamos la estatua...

Se descorrió el lienzo y ante el público atónito, en vez de un mármol apareció un hombre.

— ¡Yo soy Wilde! — clamó soberbiamente.

— ¡Un loco, un loco! — gritó todo el mundo. Se aplazó la ceremonia. El loco fué detenido. La justicia averiguó que se trataba de un tal Leónidas González, guatemalteco, y lo internaron en un manicomio.

Poco después se descubría el monumento; Wilde, en tanto, se moría de veras y casi loco en una celda de la Salpetriére. Cuando lo supe, ¡al fin era su gran amigo!, pronuncié en la soledad de mi despacho esta humana oración fúnebre:

— ¡Ya era hora! ¡Me estaba molestando ese tipo! ¡Cualquier día iba a pretender discutir mi gloria y mi dinero!

PROPIEDAD DEL DOCTOR ARAOZ ALFARO.

ARTE NORTEAMERICANO

AL BORDE DE LA LAGUNA

ACUARELA DE CHARLES W. BARTLETT.

Del Amoral "MORALIZADOR"

Un ser abominable y tan inmune, que no se le puede justiciar.

La excesiva disciplina ejercida sobre los otros; el demasiado temor infundido, aunque sea con fines moralizadores, es siempre despotismo.

Tan pernicioso resulta un individuo *déspota*, como un criminal; del mismo modo va contra las reglas y los convencionalismos el uno como el otro.

Seres estúpidos y contumaces hay, con un concepto tan bajo de lo que es moral social y de lo que es administrar justicia, que llegan hasta a personificar su necio alarde de autoridad, su monomanía moralizadora, no ya en las personas sino en un irresponsable animal cualquiera, como con frecuencia se ve.

Se trata de evitar, por todos los medios, el roce con individuos, para quienes el más legal, es un *ladrón*, el más santo, un *paria* y la más honrada, una *prostituta*.

Son los empeñados en alterar constantemente la tranquilidad, la normalidad en el vivir de cuantos tienen el infortunio de caer bajo su contacto forzoso o bajo su tutela, y, sin embargo, muy poco caso se les hace.

Pertenecen a la legión de los *cretinos* con la manía de las meticulosidades, con la obsesión de la moral práctica, hasta lo impracticable, y son más temibles, mucho más, que un *libertino* cualquiera, porque el cretino *dogmatizador*, el moralizador así, es, en tal caso, en el seno de la familia y de la sociedad, mucho más amoral que aquél, mucho más disolvente.

Debe obrar, en ese inepto, una causa oculta terrible. Su contextura psicológica es un enigma, aún. Puede afirmarse que es la anomalía moral que menos raíz genitora se le encuentra, dado que no se sabe de dónde procede: si del aire, si de la luz... si por atavismo...; quizás por reflejo, e incapaz de asociar y sustentar, incapaz de equilibrar, de ahí la aberración que lo hace abominable.

Abominable, en efecto, la esencia psíquica del presunto moralizador aberrado. Tanto más, desde que, por otra parte, imposible es de reprimir o de evitar... Es tan noble la humana divisa que ostenta, indignamente, es tan pura que, aunque la escarnece y maleficia, ella misma lo ampara, ella lo preserva contra cualquiera acusación justa, contra toda represalia legal, por parte de la Razón.

No se puede repetir que tiene su límite la moral, para ser administrada, desde que es obvio encarecer, una vez más, verdad tan axiomática.

Empero, y por desdicha, en el insólito albedrío del moralista fatuo, tiene su translimitación y, con ella, su pernición manifiesta, puesto que siempre resulta, en él, la antítesis del verdadero punto moralizador.

No se exigirán de un padre, excesivamente sagaz, hijos que no sean bobos, ni de un marido hosco e inconsecuente con esa liberalidad condicional, esposas que no sean infieles. De la misma manera, de didácticos y educadores rigurosos, en exceso, e intransigentes, no podrán salir más que educandos toscos y discípulos desilusionados del saber. Es lo que se obtiene de cualquiera de esos *demagogos* de tribuna procaz, y que llevan la paradoja y la hipérbole furibunda, por doctrina, la utopía por apostolado... es, en fin, una plebe detentadora, incendiaria. Y fruto deplorable es, también, el de un *director* de Estado, déspota y opresor cuando al fin consigue la sublevación y la anarquía total, entre el pueblo.

La libertad, el derecho, la estimación propia, santos valores, privativos de cada cual, ofrecen resistencias sin límites cuando, inconsultamente, se les ataca o se les usurpa.

Porque una cosa es la austeridad, la prudencia y otra es la temeridad extorsionadora, al proceder con los bienes ajenos, morales o materiales.

La Suprema Justicia, al ser tan *justa*, sin dejar de ser *Suprema*, obra con equidad: se pronuncia, o no, inexorable, según los casos.

Tolerancia, no es *licencia:* se entiende, tolerancia, por convicción.

No es ser ecuánimes, querer ser inflexibles, para conseguir laudos frutos de moralidad y de justicia, en la práctica.

Fiscalizar, pues, el autoritarismo y la administración moral que ejerce, con tanta frecuencia, el moralizador y justiciador insensato, entre la familia y entre el pueblo, sería moralizar, sería hacer justicia.

Con el soberbio consuetudinario, amoral; con ese irrespetuoso, que no tiene la menor noción de la facultad ni de la personalidad ajena, que no la consiente, bajo ningún pretexto, porque tiene que servir antes y siempre, de forma esclavizada, al propio egoísmo devorador... con ese que no moraliza nunca, sino por propia conveniencia, que reclama, insistentemente, moralidad y probidad en los otros, pero que vive huérfano del don moral y que no fué probo jamás... con ese, sí, hay que ser inflexibles.

Para serlo — se entiende, aquellos que gozan de la relativa aptitud virtuosa — aunque se tenga que prevaricar, en conciencia, ante el principio de la legalidad intangible, hay que ser circunspectos, hay que ser precavidos... Es esa *precaución* y es esa *circunspección*, reglares y académicas, exentas de todo gesto de violencia, en la práctica, que es lo esencial, para con el *amoral-moralizador* exaltado e indómito.

Será, es verdad, la *academia* de la *sutileza* falsa; del *ludibrio;* de la *adulación*... la *regla*, en fin, de la *hipocresía:* será una disciplina hipócrita la que se le infiere al inepto; pero es la que lo atenúa, es la que lo inhabilita.

En puridad, es, la *escuela*, ingrata que, para muchos, al llevarla a la práctica, constituye un esfuerzo sobrehumano; no obstante, es la que defiende y evita la discordia; la que brinda la paz del espíritu — ¡bello caso de felicidad! — la que, en fin, compensa, con creces, cuando, serenamente, inteligentemente, se le administra al amoral-moralizador... ese ser despreciable, que lo es tanto más, cuanto que, la misma Razón, resulta impotente, ante él: siempre, casi siempre escapa inmune para los casos de Ley reprensora, por lo que es imposible aplicarle el apropiado correctivo, en bien, claro está, de la única, de la soberana moral.

DEMETRIO DE PEREDA.

DIBUJO DE PETRONE.

FOTOGRAFÍA DE LORENTE.

ARTE COLONIAL

INTERIOR DEL CASTILLO DEL MORRO (HABANA).

HERALDICA ARGENTINA

APELLIDOS ILVSTRES

BONEO. Apellido originario de Areuille, condado de Poitiers. Primitivamente se escribía Bonneaux.

El progenitor de la rama española de este nombre fué don Martín Boneo y Brondo de Morales, que habiéndose distinguido en la defensa de Palma de Mallorca, mereció de S. M. ampliación de armas en el escudo de su linaje. Casó con doña Gerónima de Villalonga y nació don Martín, notable marino en tiempo de Carlos III. Como general de la armada, vino a Buenos Aires en 1791, casando en esta ciudad el 3 de julio de 1793 con doña Cipriana Viaña y Pérez-Dávila. La ceremonia se celebró en el palacio arzobispal y bendijo la unión el obispo diocesano don Manuel de Azamor. Tuvieron por hijos, entre otros, a don Martín, vicario general del arzobispo Escalada y primer rector del Seminario Conciliar, en 1865; don Manuel, don Ramón, don José María y don Mariano Boneo y Viaña, que casó con doña María de Paz Noguera, porteña, padres del obispo don Juan A. Boneo, nacido en Buenos Aires el año 1845, y bautizado en la parroquia de Monserrat.

Escudo partido: 1.º, de azur y tres granadas de oro, que fueron las armas concedidas a don Martín Boneo y Brondo de Morales; 2.º, de gules y un castillo de oro, cortado de puntos de ajedrez, plata y sable.

PINTO. Consta el origen de este apellido y el de sus derivados Pintes y Pintor, en la certificación otorgada a don Francisco de Pintor, de Valderas y Granada-Venegas (3 de diciembre de 1706) por el cronista Rey de Armas de Felipe V, don Joseph Alfonso de Guerra y Villegas. Declara dicho documento que el tronco del linaje es Gonzalo de Pinto, poseedor del antiguo solar de su nombre en la ciudad de Burgos. Después de haber estado, con otros infanzones castellanos, en Francia, donde venció en un torneo al caballero Hugo de Angenoust, marchó a la conquista de Granada, atendiendo al llamamiento que los Reyes Católicos hicieron a toda la nobleza de sus estados (año 1488).

La fama de Gonzálo de Pinto se debe a la singular aventura de haber salido victorioso en una escaramuza contra las huestes del príncipe moro Alí-el-Zagal, volviendo al Real de Santa Fe todo tinto en sangre, y con un alfanje morisco que le sirvió para defenderse, después de haber roto sus armas en la lucha.

Los Reyes Católicos le apellidaron Pintor, al regresar ante ellos con la armadura y arneses pintados de sangre, concediéndole ampliación de armas y heredades en la vega de Motril, donde sus descendientes fundaron casa solariega, con vínculo de mayorazgo en la sierra de Luxar.

Gonzalo de Pinto casó con doña María Díez de San Martín, teniendo, entre otros hijos, a Gonzalo de Pinto, II del nombre y heredero del solar de Burgos; a Fernán Pintor de San Martín, cuyo hijo Fernando estuvo en las guerras de Indias, donde murió, y a Juan de Pintor, segundo génito, que desde la Taha de Andarax se trasladó a Motril, siendo el tronco de su apellido en dicha ciudad. De esta rama desciende por línea troncal paterna, doña María Hernández-Guerrero y Pintor, dama noble de la Banda de María Luisa y de honor de la Reina Mercedes de Orleans; Duquesa de Santoña, Marquesa de Manzanedo, Grande de España de 1.ª clase; y don Andrés Pintor, Díaz de Vivar, cuya hija doña Aurora Pintor Ocete, contrajo enlace con don José Pérez-Valiente de Moctezuma y Santiago; médico, gentil hombre de S. M., biznieto de doña María de Moctezuma, casada a fines del siglo XVIII con don José Pérez-Valiente y reconocida X nieta del último emperador azteca de México, fallecido en 1520.

De Gonzalo de Pinto, II del nombre, procedió don Simón de Pinto, hijodalgo de la ciudad de Burgos, que contrajo enlace con una señora de apellido González, siendo su hijo don Joaquín de Pinto, que nació en dicha ciudad el año 1739. Fué el primero que pasó a Buenos Aires, donde casó el 1.º de agosto de 1763 con doña Rita Lobo, procreando, entre otros, a don Manuel Guillermo Pinto, Guerrero de la Independencia, Brigadier General y Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, y doña María de las Nieves Pinto, nacida en Buenos Aires el año 1786. Estuvo casada en primeras nupcias con don Miguel Barroetaveña, muerto por el General Facundo Quiroga con una quijada de asno en la conspiración de San Luis de 1819; y en segundas con don Buenaventura de Lavalle, hermano del General Juan Lavalle. Tuvieron por hijo a don Manuel de Lavalle y Pinto, de quien descienden los Lavalle Santa Coloma.

Las armas de Pinto son: en campo de gules cinco menguantes ranversados de plata.

DEMARÍA. Alfonso De María, italiano, pasó a España y contrajo matrimonio en Cádiz con doña Rosa Prado, teniendo por hijo a don Domingo Demaria que se graduó de médico y casó en la misma ciudad el año 1757 con doña Rosa Camusso, hija de Bartolomé Gamuzzo (1) y de doña Gerónima Morando, naturales de Neri, en los alrededores de Génova. Don José Demaría y Camusso nació en Cádiz, el 4 de julio de 1767, pasando a Buenos Aires donde contrajo enlace el 7 de junio de 1797 con doña María Eugenia de Escalada y Salcedo, hija de don Antonio José de Escalada y de doña Petrona de Salcedo y Silva, hija ésta del abogado don José de Salcedo y Enríquez de Navarra, primo hermano del Virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo, y de doña Juana de Silva y Quirós.

Don José Demaría y Camusso y doña María Eugenia de Escalada y Salcedo, tuvieron varios hijos, de quienes descienden en Buenos Aires las familias de Holmberg, Lawson, Aguirre-Lynch, Hasperg, Ayerza, Bengolea, Gonnet, Almeyra, etc.

El escudo de Demaría es de azur y una banda de plata con la salutación: «AVE MARÍA» entre dos lises de azur. Bordura de gules.

DE RODRIGO. Don Salvador de Rodrigo, natural de Alicante, tuvo por hijo a don Francisco, que se trasladó a Buenos Aires con el grado de Coronel de los Reales ejércitos. Fué Sargento Mayor y primer Comandante del regimiento de voluntarios de caballería de Maldonado, distinguiéndose como militar en las campañas de exploración y en las expediciones contra los indios. Se desposó en la Merced, catedral al norte (libro 6 de matrimonios, folio 461), el 24 de diciembre de 1777 con doña María Antonia Espinosa de la Cueva y de la Quintana, hija de don Francisco Espinosa de la Cueva y Muxica, capitán de milicias, y de doña Narcisa de la Quintana y Riglos, hija ésta de don Nicolás de la Quintana y de doña Leocadia de Riglos y Torres-Goete.

Tuvieron por hijas a doña Juana, monja profesa en el convento de Santa Catalina de Sena de esta ciudad, y a doña María de Rodrigo y Espinosa de la Cueva, dama patricia de Buenos Aires, casada con don Angel Manuel del Rosario Fernández-Blanco y Aguirre, Gobernador de la Provincia de Corrientes.

El escudo se compone de un león andante, coronado, en campo de oro, y bordura jaquelada de plata y azur.

BASAVILBASO. En el Archivo de los Tribunales (Legajo A, número 15) constan los antecedentes de esta familia, oriunda del señorío de Vizcaya.

Don Santiago de Basavilbaso y doña María de Jáuregui, su mujer, fueron padres de don Domingo, bautizado en Bilbao el año 1683. Este casó con doña María Rosa de la Presa y Erreynosa, del lugar de Luyando, siendo su sucesor otro don Domingo de Basavilbaso, bautizado en Muga, Valle de Llodis. Establecido en Buenos Aires, falleció el año 1775. De su casamiento con doña María Ignacia de Urtubia y Toledo, nacida en esta ciudad en 1704, fueron sus hijos: doña Rosa Benedicta, casada con el señor de Azcuénaga; doña Rafaela, con el capitán don José Ignacio Merlos; doña Manuela, con don Pascual Ibáñez de Echabarri, Regidor y Fiel Executor de Buenos Aires; doña Victoria, con don Domingo Ignacio de Urien, Alcalde de primer voto y Regidor; don Domingo, igualmente Alcalde y Regidor, y fundador del Correo. Don Francisco, Alcalde y Síndico Procurador, y don Manuel de Basavilbaso y Urtubia, Jefe de Correos de Buenos Aires, cuya hija doña Justa Rufina de Basavilbaso casó con el Brigadier General don Miguel de Azcuénaga, prócer de la Independencia.

Sus armas se componen de un escudo de oro, con castaño de sinople frutado del mismo metal y dos lobos negros empinantes al tronco. En jefe una estrella de gules.

José M.ª Pérez-Valiente.

(1) La familia Gamuzzo es de buen origen italiano, contando príncipes y cardenales en su árbol genealógico. De un hermano de doña Rosa Camusso, llamado Carlos Gamuzzo y Morando, casado con doña Francisca de Alsina, descienden los Altgelt, Tornquist, Dielh, Cárdenas y Miguens de Buenos Aires, y los Camusso y otras numerosas familias de Montevideo. Los de este apellido en América carecieron de posición social; el oro elevó a la rama Tornquist a fines del siglo pasado.

Srta. Isabel Pearson Quintana

Páginas Femeninas

Srta. Jovita García Mansilla.

La ciudad se esfuma a lo lejos, en una indecisa penumbra gris... Es una tarde bochornosa de febrero; no perdura otra nota luminosa, que el débil resplandor del sol, velado por pesados nubarrones grises, que, rasgados en breves trechos, dejan reflejar en las aguas del río ese débil, pálido resplandor... Destácanse las altas chimeneas fabriles empenachadas de humo, que arrastra una brisa del norte, sobre los pretenciosos rascacielos porteños. Aumenta la penumbra gris de la bochornosa tarde de febrero; sólo se destacan aún dos o tres esbeltos campanarios, faros permanentes que dominan la inmensa metrópoli que, al alzarse en medio de la sombra cada vez más densa, parecen levantar también nuestros corazones: en esa hora de exquisita calma para el espíritu, cuando nos acechan ensueños o añoranzas, el esbelto, erguido campanario que domina tantas y tan diversas miserias humanas, parece repetirnos: «si tienes fe, tus propios desengaños te serán gratos, recordando que hasta que no llegaron, esperaste... y las dichas florecerán como rosas plenas, después de una estación entera de rosas...» (1).

(1) Amado Nervo.

No hay horizonte que limite la mirada de mis cansados ojos... no se han encendido aún los poderosos focos de parques y plazuelas, y en un intenso anhelo de aire puro, de brisas que me hicieran olvidar la abrumadora pesadez de estos días de febrero, deseo hallarme como si dominara desde mi balcón la amplia extensión del riente prado que amanece, o el mágico, grandioso espectáculo de una puesta de sol sobre el mar... dejo vagar la loca fantasía: sueño con amplios parques señoriales, donde alterne la riente pradera con la fronda de la espesura, donde se escuche el gorgotear de una fuente que llora, sobre el viejo pilón de piedra carcomida... sueño con aquel «encanto azul» evocado por el insigne maestro:

« La calma empieza a tomar
un claror de la otra vida,
y la tarde ya dormida,
sueña en azul, cielo y mar...

Suspira de cuando en cuando
el gran silencio marino,
y en su misterio divino
la tierra se va azulando...» (1)

Cuán intensamente llega a soñar la que permanece prisionera de la gran ciudad, y que contempla el horizonte lejano desde su elevado balcón... ya se apartan los obscuros celajes, para dejar libre la última franja anaranjada, que ilumina una fantástica cabalgata de corceles grises: jinetes y cabalgaduras ascienden al infinito... el que fuera sólo reflejo luminoso se torna en un vivo resplandor sonrosado, que tiñe de color malva la cúspide de campanarios y rascacielos... Rompe el encanto el primer titilar de un aviso luminoso; luego, un ronco llamado de bocina... ya se encienden los innumerables reverberos, porque vuelve a la vida la gran metrópoli, adormecida breve instante como si hubiera sufrido también ella la sugestión de esa hora de exquisita calma, en la que evocamos los míseros mortales, ensueños y añoranzas...

Dejo volar aún mi loca fantasía, y con la rapidez del pensamiento, rehago mis periódicas andanzas de Duende: una *duende* ultramoderna, que suele recorrer a sesenta kilómetros por hora la amplia carretera que nos lleva lejos de la bulliciosa, febril Cosmópolis... limitada a un lado por la sinuosa loma en la que se levantan, a partir de Vicente López, villas y chalets de todos estilos, y a la derecha, por la poética ribera, bordeada de añosos y frondosos sauces... se suceden, como en un *film* interminable, las coquetas o suntuosas residencias veraniegas del Norte, llenas de vida y movimiento casi siempre; a veces, enigmáticamente cerradas, diríase dormidas... Verjas artísticas o pretenciosas; amplios y vetustos portones abiertos sobre umbrosas avenidas... espesos matorrales; más adelante, luminosos cuadros de césped, limitados por bosquecillos de casuarinas... Olivos, Martínez, San Isidro; es éste uno de los altos predilectos de esta Duende, que, fatigada de cruzar con la rapidez del pensamiento, dejando atrás las umbrosas avenidas de las viejas chacras silenciosas, sin poder deslizarse inadvertida en ellas, al abrigo de sus frondosos sauces... He de contentarme con la hospitalaria sombra de los tradicionales *Tres Ombúes*; apoyada en la rústica baranda, trato de atesorar la divina sugestión de ese atardecer maravilloso, en el que se reflejan las aguas del río la opalina transparencia del horizonte.

(1) Leopoldo Lugones.

Circundan la reducida plazoleta, tres viejos quintones coloniales; vivo anacronismo se me antojan, dos autos estacionados en ella; el que me ha llevado hasta allí, y otro de excursión que se detiene ante uno de los antiquísimos portales, y del cual salta detrás de su chauffeur, y con felino arranque, un enorme perrazo con aspecto de lobo presumido... y es que en toda esta pintoresca región de la costa, evoca San Isidro todos los recuerdos de nuestra vieja, aristocrática sociedad: a la sombra de los coposos ombúes detuviéronse las alegres, pintorescas cabalgatas de otros tiempos: tiempos en los que no se hubiera sospechado siquiera que las descendientes de aquellas aristocráticas, señoriles figuras, hubieran de adoptar al transcurrir de los años, las maneras llenas de *sans-façon* de la sociedad actual...

Pero no ha de detenerse mi rápida excursión bajo la sombra de los tradicionales Tres Ombúes; me atrae también San Fernando, con sus modernos jardines trazados a la europea, con sus viejos quintones en cúyos cercos vivos florecen madreselvas y jazmines... evoco la ideal disposición del parque de Villa Pearson, con su lago de ensueño, bordeado de rosales; como en los jardines de feérica leyenda, préstanle mayor encanto la delicada belleza de sus juveniles figuras: María Teresa e Isabel Pearson Quintana, tan exquisitamente bellas... a su lado, la esbelta silueta, la radiante belleza de Jovita García Mansilla...

¿Cómo resistir a la poderosa sugestión de esa región privilegiada, que congregara por aristocrática tradición los más brillantes elementos de nuestra vieja sociedad? Desde Vicente López hasta el Tigre, pueblan la poética ribera las suntuosas o patriarcales residencias de los Anchorena, Alvear, Casares, Urquiza, Lastra, Gramajo, Lacroze, Aguirre, Villatte, Demarchi, Sala, Giménez, Pirovano, White, Alzaga...

Allí olvidan nuestras coquetas mundanas, la *morgue* que suele reinar aún en determinado veraneo, y ávidas de vida amplia, que las hará desdeñar la persistente impresión de necios pasatiempos, de comentarios y frivolidades, libres *casi*, de trabas y prejuicios, visten con encantadora sencillez, y disfrutan ampliamente del yachting, del baile, del tennis... y la ribera se ve animada por una hechicera legión de juveniles siluetas: Mercedes de Alvear, María Carolina Harilaos, Ercilia Murga Lynch, las señoritas de Aguirre, figuras en las que perdura todo el encanto y el prestigio de su raza: Manuela de Elizalde, María Zieguer Peró, Angela y Enriqueta Bidau Lastra, atrayentes todas como una luminosa primavera: María Teresa y Adelia Lacroze, las señoritas de Flores Pirán, y de Escalada, Delia y Silvia Bosch Gramajo, Elsa y Margarita Pirovano, que guardan también en sus pupilas, toda la poesía, todo el encanto de esa región privilegiada, que nos hace soñar, a las prisioneras de la gran ciudad, con transparencias de manantial, con ráfagas de aire puro, con los amplios y vetustos portones, abiertos sobre umbrosas avenidas.

La Dama Duende.

Srta. Mercedes Alvear Elortondo

FOTOGRAFÍAS DE VAN RIEL Y WITCOMB.

Srta. María Teresa Pearson Quintana.

[illegible] los normandos se han confabulado para en-

[illegible] será designado como le corresponda.

[illegible] lo que es del César, debemos afirmar que cualquiera que sea el nombre con que se le [illegible] en diversas circunstancias

I. Es el complemento del gesto.
II. Un objeto de alta elegancia.
III. El confidente íntimo, el amigo, el inseparable.
IV. [illegible] que se [illegible] con indiferencia.
V. El intérprete de los sentimientos.

He aquí más de lo que necesita para ser el favorito de la mujer.

El abanico nació en Oriente, bajo el ra-[illegible] que avasalla el sol con sus ardientes rayos.

Blondel, según una poesía del poeta Loki, supone que el inventor de los abanicos fue en China el Emperador Norvaug, fundador de la dinastía de los Tcheu, [illegible]

(TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA "PAGINAS FEMENINAS", POR LA SEÑORA SUSANA OLIVER TEZANOS DE PANELO).

años antes de la era cristiana). El abanico era entonces un distintivo de contraseña, como fué el penacho bajo Enrique IV, y no un objeto de utilidad práctica. El abanico de bambú parece originario también de la época del Emperador Hetuan-Ti, de la dinastía de los Han (145 a 157 años antes de Jesucristo).

Blondel indica como cuna del abanico a la antigua India. Fue primitivamente la hoja del loto sagrado, la hoja del bananero, de la palmera, o tejido de junco. Los egipcios poseían el *flabellum*, especie de abanico de mango largo, terminado por una parte plana, semejante al *[illegible]* y que era de pluma o junco tejido. Es muy probable que al regresar a Europa los caballeros cruzados, introdujeran algunos de estos abanicos, puesto que volvemos a hallarlos en la pompa del soberano Pontífice, sirviéndole de escolta; son inmensos, muy decorativos, con una nota exótica debida a las plumas que lo adornan. Los etruscos tenían igualmente abanicos en el estilo del *flabellum*, como podemos verlos aún en el Museo de Nápoles.

El plumaje de la real ave de Juno, fué el preferido por las bellezas de Atenas y de Corinto, y con él avivaron el fuego sagrado las Vestales de la antigua Roma; aparece luego como reducido objeto de fantasía durante la Edad Media. Brantóme lo menciona ya en las crónicas del Renacimiento. Madame de Sevigné, lo elige como obsequio especial para su hija. Madame de Maintenón pone a la moda el abanico devoto y silencioso, y llegamos a la época de la Regencia. Se eligen en esa época escenas más escabrosas para decorarlo; el abanico se hace galante, libertino, y es sin embargo siempre compañero inseparable.

Se ve a la princesa Palatina, madre del Regente, en traje de caza, llevando su fusil en una mano y su abanico en la otra.

Los fabricantes de abanicos estaban aún bajo la dependencia de los vendedores de pieles, de los doradores, de los varilleros, lo que daba lugar a pleitos porque cada gremio mantenía ferozmente sus derechos: uno debía pintarlo, el otro fabricar su montura y el tercero dorarlo; pero tenían absoluta prohibición de investir estos oficios y usurpar sus recíprocos derechos. Darras y Pardon, sufren persecuciones por haber quebrantado la ley; en 1685, Andrés Lienard hizo circular los abanicos que pintara su cuñado Enrique Solé, y se vieron acribillados a multas como delincuentes.

Uno de los más importantes fabricantes de abanicos es Josse, el célebre Josse, que abrió tienda en la calle de los Osos, y también al aire libre en las ferias más concurridas; inunda ciudades y campiñas con estas obras maestras que se hacen populares; surgen competidores como Hebert, Chevalier, Raun, Boquet, quienes como él se dedican a iluminar abanicos por docenas.

Difiere de ellos Madame Verité, que fabrica el abanico de lujo montado sobre dorado marfil, con varillaje de nácar y país de seda o de vitela, sobre los que pintan primorosos temas, artistas de fama; todo lo pastoril, las escenas campestres, los motivos galantes, figuran sobre estos delicados, graciosos y picarescos abanicos.

Bajo Luis XV, el marfil se incrusta con carey, con nácar, con oro y plata, y hasta se labra; igualmente se dora, se pinta, y se tiñe el nacar de verde, y vemos una serie de nuevos sujetos: «Babet la florista», «El contrato matrimonial». El abanico «Cadiere», «Danaire», «Rey de Polonia», el nuevo «Juego de piquet entre las naciones de Europa», como réplica al «Baile de las Naciones».

Germain Bapst ha publicado el inventario de la princesa María de Sajonia, Delfina de Francia. Menciona treinta y seis abanicos, de los cuales el que se cotizó más alto marca el precio de 456 libras; es poco con relación al lujo que desplegaba esta princesa en otros objetos.

En 1749 los abanicos se hacen enormes, montados en nácar y dorados en el borde. Hacia mediados del siglo XVIII los abanicos fueron ilustrados por pintores célebres: Lancret, Watteau, Boucher, y después Fragonar los convierten en obras de arte.

Madame de Pompadour dejó su nombre a los abanicos de mango de marfil y nácar esculpido. Sin embargo la favorita compró a Lazare Devaux, joyero del rey, un abanico de Nankin en 72 libras, y los abanicos de la India o de China no eran artísticos, pero los chinos sembraban en ellos una lluvia de oro, origen de su nombre de «lluvias» que deslumbraban bajo una pintura más o menos primitiva.

El abanico dibujado para la boda de María Antonieta con Luis XVI, fué grabado por Gabriel de Saint Aubin. Representa un ángel que lleva un ramo de boj al altar en el que van a unirse las manos de ambos prometidos. A la derecha, sobre una gradería, un guardia noble despliega el estandarte real; a la izquierda un grupo de soldados sobre los que planea un águila, y más abajo bebedores que levantan sus copas a la salud de los nuevos esposos.

El águila debía abatirse sobre el trono de Francia y adueñarse de él; hay a veces en la historia de los pueblos, presagios nefastos...

CONDESA TRAMAR.

[illegible] a mejorar de la clase pudiente [illegible] para tratar de mejorar [illegible] en que se encuentran las mujeres de la clase obrera en nuestro país?

Sería, por toda alguna, una obra útil y [illegible] de ser comprendida por las señoras de nuestra sociedad, la de fundar entre las mujeres de la clase obrera cooperativas de diversas índoles, lo que contribuiría eficazmente a su mayor bienestar.

El sistema cooperativo es un excelente medio de mejorar la condición obrera, pues teniendo por base la agrupación de todos los que persiguen un mismo fin, le es dado obtener numerosas ventajas que aisladamente no se podrían conseguir.

Me limitaré aquí a tratar sobre las cooperativas de consumos. Esta clase de cooperativas trae indefectiblemente el alza del salario real. Sus asociados pueden comprar al por mayor los artículos de consumo y repartirlos luego entre sí sin recargo de intermediarios. De este modo, su dinero, aunque nominalmente el mismo, aumenta su valor efectivo permitiéndoles sacar de él un mayor provecho.

En Europa estas cooperativas han sido implantadas con gran éxito, siendo numerosas las obreras que compran unidas sus útiles de trabajo, sus víveres, etc.

Entre nosotros poco se ha trabajado aún [illegible] el iniciar a las obreras en estas cuestiones, ya que ellas no han llegado a comprender todavía las ventajas que les reportaría la unión. El enseñarles a bastarse a sí mismas es una forma superior de caridad cristiana, porque no deprime al que la recibe, sino, al contrario, lo dignifica y eleva.

MARIA CARMEN ARANA DIAZ.

La situación de la obrera, cuyo salario, [illegible] para cubrir sus necesidades apremiantes, es agravada aún por los intermediarios que, contratando en las grandes casas cantidades de trabajo, para distribuirlo luego, obligan a aquellas que no pueden ir a buscar y entregar su tarea, o conseguirla directamente, a aceptar las condiciones que quieran imponerles.

[illegible]

época de veraneo, en que los negocios se paralizan, y estos dos problemas, el del salario ínfimo y el de la escasez de trabajo en determinada época, son angustiosos para miles de hogares en los que unos centavos hacen una diferencia notable.

Para resolverlos se han creado en otros países, con el nombre de cooperativas de producción, asociaciones de señoras que consiguen en talleres, tiendas, y por encargos particulares, trabajo para repartir entre las obreras, suprimiendo así los agentes, y haciendo llegar hasta ellas íntegramente el jornal que las corresponde, al par que procuran darles ocupación durante la temporada de receso.

Esta iniciativa, implantada entre nosotros, podría, a mi modo de ver, mejorar la suerte de la mujer que trabaja, y para llevarla a la práctica se requiere solamente tener tiempo disponible, y la buena voluntad que ha de encontrarse en todo corazón de mujer, siempre que se trate de socorrer, casi diría de salvar, a su hermana oprimida.

ANA JULIA SAJASTUME.

Una de las tantas formas que tiene la mujer de clase pudiente para ayudar a las obreras de nuestro país, es la de preocuparse de una manera directa de la mujer pobre de campo, que es una obrera, y a quien la tiene olvidada por lo poco que la conoce, y por esto mismo no palpa sus necesidades.

Estas, aunque en un ambiente más sano que el de la obrera de la ciudad, por falta de ayuda social que para ellas reclamo en esta oportunidad, cae en el mal y hasta en el vicio. Cosa que se remediaría sin mayor dificultad estableciendo pequeñas escuelas de Economía Doméstica, donde se les instruyera en religión, moral, se les enseñara a leer y escribir en las regiones donde no hubiera colegios del Estado, y luego corte

y confección, zurcido, bordado, planchado, etcétera, todo aquello que influya en su capacidad para que bastándose a sí mismas puedan hacer útil y fecunda su vida y capaz de convertir el desmantelado ranchito en una morada alegre y confortable.

Los resultados obtenidos por las pocas escuelas de esta índole que hay en nuestra campaña, son maravillosos, dado el poco tiempo que ellas funcionan durante el año, pues sólo están abiertas los meses de verano y son dirigidas por niñas de familias pudientes, que van a veranear a sus establecimientos.

Y en otros casos nunca faltaría una maestra de Buenos Aires, o buscada en los alrededores, que quisiera prestar su ayuda en favor de las niñas del campo, en cambio de un pequeño sueldo y algunos meses de veraneo.

La mujer de campo es una criatura dócil y que como un niño se impresiona fácilmente, de manera que el buen ejemplo encuentra en ella ambiente favorable, dando su aplicación los mejores resultados, pues pronto se arraigan en su alma de tal manera, que forma parte de su mismo ser, y así perfectamente resguardada y salvada está en condiciones de ser una buena hija, una madre cariñosa y una esposa fiel.

CARMEN PÉREZ CATÁN DE FACIO.

Varias son las formas en que esto puede llevarse a cabo útil y provechosamente, siendo una de las principales la creación de clases de Economía Doméstica.

Estas son particularmente indispensables, siendo, a mi parecer, de gran necesidad inculcar en la mente de las niñas del pueblo, futuras obreras, que han de ser un día mujeres de hogar, madres de familia, la idea de que, tener ciertos conocimientos de higiene, cocina, manejo y arreglo de la casa, etc., no es pequeña cosa, sino fundamental, útil y hasta hermosa en el bagaje de una mujer por pobre que sea.

Semejante instrucción debería ser obligatoria y formar parte del programa en las escuelas primarias, recargado muchas veces de materias superfluas, pronto olvidadas, y que sólo han servido para perder el tiempo.

Si la mujer fuese más hábil e instruída, no ofrecerían ese aspecto tan triste los conventillos y habitaciones obreras, cuyo lamentable estado es debido las más de las veces a ignorancia y falta de iniciativa.

MARGOT ESCALADA FRAGUEIRO.

Entre las muchas formas de mejorar la condición de la mujer obrera, considero una de las más importantes la que tiende a la creación de leyes protectoras del trabajo femenino.

Hasta ahora la caridad particular ha tratado por muchos medios de remediar males que únicamente provienen de una legislación deficiente. ¡Cuánta miseria se evitaría y cuántas enfermedades, si el trabajo estuviera mejor reglamentado, si la explotación de la obrera fuera legalmente imposible! Y es deber del Estado el interesarse en estas cuestiones, propiciando las iniciativas en este sentido y apoyándolas en toda forma, ya que ellas se dirigen a mejorar la suerte de una parte tan numerosa de la sociedad.

Mucho se ha discutido sobre la intervención del Estado en estas materias, alegándose que de este modo se destruiría la libertad individual. Esto, sin embargo, es inexacto, puesto que la obrera necesitada no es, por ejemplo, verdaderamente libre al aceptar una ocupación malsana y mal retribuída, ofrecida por un patrón sin escrúpulos, sino que es obligada a ello por las circunstancias.

Todo esto podría subsanarse con leyes previsoras que beneficiarían a la totalidad de las obreras, cosa que nunca podría obtener la acción particular, por mucho que multiplicara sus obras de protección.

La mujer, por más que no tenga participación directa en la creación de las leyes, puede, sin embargo, colaborar en ellas formando el ambiente que las ha de hacer surgir.

Y esta tarea obscura y silenciosa, pero no por eso menos eficaz, creo que podría ser uno de los medios conducentes al mejoramiento de la condición de la obrera.

VICTORIA ARANA DIAZ.

EN EL BALNEARIO MUNICIPAL

UN DIA DE VIENTO

DIBUJO DE ACQUARONE

ESCENAS DE ACTUALIDAD

EL REGRESO DEL VERANEO

GOUACHE DE ALONSO.

La gente chic fuma
cigarrillos
Reina Victoria

LOTOS EN FLOR

Entre todos los países de la tierra, el Japón es sin duda el que presenta mayores caracteres de objetividad y de armonía.

Los japoneses no se apartan jamás de la naturaleza. Sienten como nadie el encanto del cielo y de la luz; pueblo objetivo por excelencia, sus concepciones artísticas hállanse limitadas siempre por una lejanía de colores, que es maravilla de los ojos. Rodeando sus ciudades, sus pueblos, sus viviendas, el paisaje se borra bajo una transparente claridad azulada. Su belleza es imponderable y magnífica. Impresiones de efímeras flores de cerezo, brotadas en las primaveras de nieve; hojas de lotos estivales, crisantemos de estación intermedia y plantas de raros matices que enrojecen bajo el triste cielo del otoño. Pero estas cosas delicadas, se destacan invariablemente ante un fondo inmutable de criptomerias, de pinos, de cedros obscuros y de gigantescos bambúes, que hacen resaltar su ondulante y graciosa curva sobre el agua muerta de los lagos.

Los japoneses aman tanto la naturaleza, que en el interior de sus templos, alegran siempre el conjunto gran profusión de flores artísticamente combinadas; hasta las escalinatas y las cúpulas de sus sorprendentes pagodas, ofrecen una vegetación de hiedras, que va decorando los muros hasta confundirlos con el verde intenso de los campos...

Manera de hacer desaparecer un cutis malo

(DEL "LONDON FASHIONS")

Los cosméticos nunca mejoran un cutis malo; con frecuencia son positivamente dañinos. La manera racional es quitar el velo apagado, mortecino de la cara, y dejar que la nueva piel debajo pueda salir y respirar, mostrando su frescura y juventud.

La mejor manera de hacer esto, es de una manera muy sencilla. Póngase en la cara cera pura mercolizada por las noches, lo mismo que se pone el cold cream, y lávese por las mañanas.

Cera buena mercolizada puede obtenerse de cualquier botica importante. Absorbe la cutícula desfigurante, de una manera gradual y sin dolor, dejando un cutis natural y brillante.

Naturalmente, también quita todas las imperfecciones de la cara, como manchas rojas, palidez, barrillos, tostaduras de sol, etc., etc. Como quitador de pecas y hermoseador general del cutis, este antiguo remedio no tiene rival.

MAPLE & CIA

MUEBLES
ALFOMBRAS
CORTINAS
ARTEFACTOS
DE LUZ
ELÉCTRICA

MOBLAJES Y
DECORACIONES
COMPLETOS
EJECUTADOS
EN TODOS
LOS ESTILOS
ANTIGUOS
Y MODERNOS

INVITACION ESPECIAL

SOLICITAMOS UNA VISITA DE NUESTRA DISTINGUIDA CLIENTELA PARA INSPECCIONAR LAS MAGNÍFICAS HABITACIONES RECIENTEMENTE DECORADAS Y AMUEBLADAS EN ESTILOS ANTIGUOS, LAS ÚNICAS DE SU CLASE EN SUD AMÉRICA.

658 - SUIPACHA - 658

Aguas de Colonia
Destiladas sobre flores
E. SANCY
Nora
Kendal
Duc
«LE SANCY» SIMPLE
IDEAL PARA EL BAÑO
FRASCO GRANDE..... $ 3.20
„ MEDIO..... „ 1.95
„ CUARTO..... „ 1.45
„ CHICO..... „ 0.45
«NORA» EXTRAFINA
FRASCO GRANDE..... $ 7.—
„ MEDIO..... „ 4.30
«DUC»
ÚNICA POR SU DELICADO AROMA.
FRASCO GRANDE..... $ 5.50.
LOCIÓN «LE SANCY»
DE RICA E INCONFUNDIBLE FRAGANCIA
a..... $ 2.65
«LE SANCY» AMBREE
DELICIOSA PARA EL TOCADOR
FRASCO GRANDE.. $ 5.30
„ MEDIO..... „ 3.10
„ CUARTO..... „ 1.90
«KENDAL»
EXQUISITA Y SUAVE
FRASCO GRANDE
a..... $ 5.50
LOCIÓN..... „ 3.30
PÍDALAS EN FARMACIAS Y PERFUMERÍAS
BLAS L. DUBARRY, Medrano, 476 - BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN DE GATOS EN NEW YORK

Los Estados Unidos han figurado siempre como el país de las excentricidades, las mayores rarezas, las modas más fantásticas y hasta las que se rechazan generalmente por absurdas, hallaron acogida favorable entre el público cosmopolita y heterogéneo de esa parte de América. Ahora se ha impuesto entre las mujeres elegantes la moda extraordinaria de ir acompañadas por felinos. Los perrillos japoneses, los galgos y demás ejemplares de la raza canina, puede decirse que han sido relegados a segundo término.

La exposición de gatos celebrada recientemente en New York, es una confirmación de lo que venimos diciendo. Los premios, consistentes en collaritos de plata, diplomas y títulos honoríficos, han sido adjudicados ante una crecida concurrencia que aprobaba o desaprobaba el fallo.

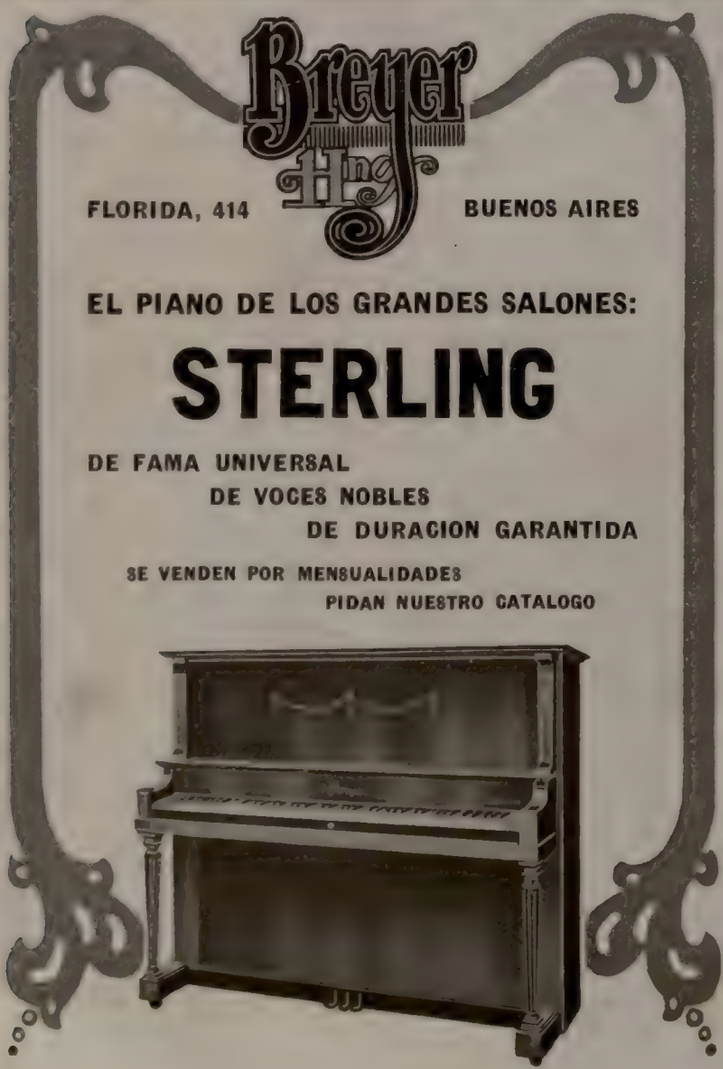
Entre los ejemplares expuestos, había muchos con cartelitos pidiendo pequeñas cantidades a los curiosos, destinadas para comprar cigarros, que luego se envían a los soldados norteamericanos que luchan actualmente en Europa.

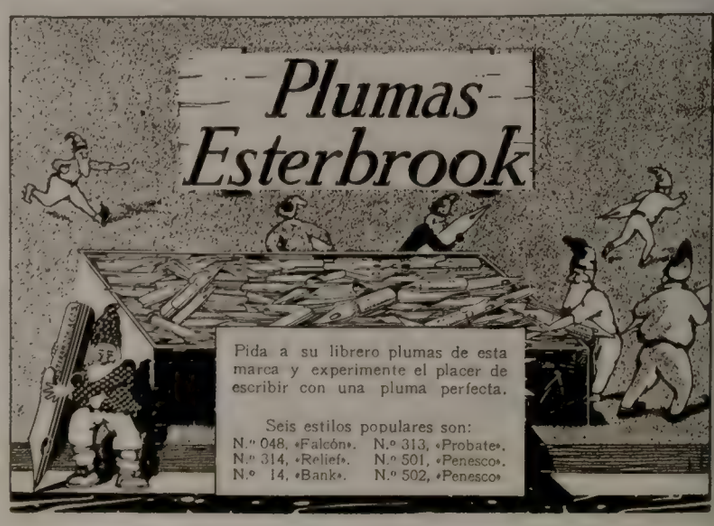
«PITIRIJO», PROPIEDAD DE MRS. CHAMPION.

«ECO DE PLATA», PROPIEDAD DE LA STA. CARSOL MACY, UNO DE LOS MEJORES EJEMPLARES EXPUESTOS.

FOTOGRAFÍAS DE PAÚL THOMPSON.

«LUNA PLATEADA», PRECIOSA CESTA CON CUATRO EJEMPLARES NOTABLES





¿Por Qué No Sigues El Consejo Del Médico Y Tomas Sanatogen?

ESE cansancio con que se empieza el día, desde que se presenta uno a tomar el refrigerio matinal, la repugnancia hacia los alimentos, la falta de ambición para trabajar, el tedio que dan las diversiones, el sentimiento de pavor que causa la llegada de la noche por los insomnios que trae consigo en lugar del descanso reparador, son todos heraldos que anuncian la llegada de la Neurastenia, esto es, debilidad nerviosa.

Para combatirla, nada mejor que el Sanatogen, porque combina las substancias esenciales para el nutrimento de los nervios, sin drogas ni estimulante alguno. No uno, sino 22,000 médicos lo han recomendado por escrito, entre ellos autoridades como el Prof. Dr. Neisser, cuyas enseñanzas en medicina son acatadas y de gran valor en todo el mundo científico. Este eminente médico dice: "Los resultados que he obtenido siempre que he recetado el Sanatogen, sobre todo en los casos de neurastenia con pérdida de apetito, han sido altamente satisfactorios."

Por nuestro propio bien y por el de los seres queridos, hay que tomar el Sanatogen.

Sométalo a la Prueba Hoy Mismo

En las Farmacias de primera clase

Rechácense imitaciones con nombres semejantes. Recordar bien el nombre SA-NA-TO-GEN, preparado por The Bauer Chemical Company, Inc., 30 Irving Place, New York, E. U. A.

Folleto explicativo gratis a todo el que lo pida al Representante Único en la Argentina:

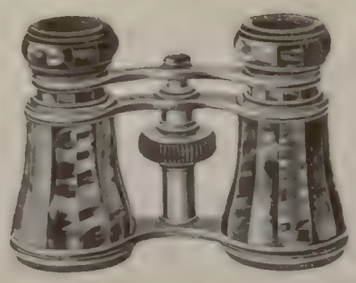
THE BAUER CHEMICAL Co.

Galería Güemes 458 - - - Buenos Aires

EL TÓNICO-NUTRITIVO QUE LA CIENCIA ALABA

SANATOGEN

RECOMENDADO POR 22,000 FACULTATIVOS



Gemelos para teatro

LEMAIRE

y

L Y S

son los preferidos por su luminosidad fuerza y alcance.

Modelos exclusivos de

Lutz, Ferrando y Cía.

Florida, 240.

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA

MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"

Este precioso chalet por $ 6.800 m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construídos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro Sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATÁLOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.

ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

Aquí tiene usted una fortuna!

Establecido hace 30 años

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.

APARATOS Y UTILES PARA LA INDUSTRIA **LECHERA y FRUTICULTURA**

PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómense un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

se habrá vuelto hervorosa y refrescante.

Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar. De tomar agradable-seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana, es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡Ojo con las imitaciones! Nuestra marca de fábrica está registrada.

Véndese en todas las farmacias

Muebles

norteamericanos para escritorios

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155-Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares) ..... $ 3. m/n
Semestre (6 ») ..... » 6.— »
Año (12 ») ..... » 11. »
Número suelto ..... » 1.

EXTERIOR

Año ..... $ oro 5. —
Número suelto ..... » » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración.

Encuadernación de PLVS VLTRA - Tomos 1 y 2

PRECIOS

EL TOMO 1 COMPRENDE LOS NÚMEROS PUBLICADOS EN 1916; Y EL 2, TODO EL AÑO 1917.

EN TELA imitación cuero, con letras doradas y relieve.
Tapas y encuadernación ..... $ 5.
Tapas solamente ..... » 3.

EN CUERO, con letras doradas y relieve:
Tapas y encuadernación ..... $ 10.
Tapas solamente ..... » 6.

PUEDEN HACERSE PEDIDOS A TODOS LOS AGENTES DE «CARAS Y CARETAS» O DIRECTAMENTE A LA ADMINISTRACIÓN: CHACABUCO 151/155 - BUENOS AIRES.

Cuando en el hogar entran las enfermedades, la felicidad huye y el amor se apaga.

No deje Vd. que el suyo se derrumbe porque los nervios, la neurastenia y el constante padecer por otras causas, hayan hecho presa en usted

IPERBIOTINA MALESCI

hace hogares felices porque hace hogares sanos, porque vivifica el organismo, porque da sangre pura y nervios fuertes.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina

M. C. de MONACO

Viamonte, 871 - Buenos Aires

Buenos Aires, marzo de 1918.

talleres gráficos de Caras y Caretas

Plvs Vltra

1818 1918

LA CABALLERÍA NORTEAMERICANA

Hasta hace pocos años, la opinión pública sólo reconocía el título de centauro, es decir de perfecto jinete, a los cosacos y a los árabes. Cada vez que se hablaba de caballería guerrera, el vulgo hacíase lenguas de la habilidad del habitante del Don, o del salvaje hijo del desierto africano. Las «sotnias» cosacas y las «mías» marroquíes eran, según ese lugar común de las conversaciones bélicas, las únicas capaces de hacer maravillas ecuestres.

Nadie se acordaba de nuestros gauchos, de los «rotos» chilenos, de los mejicanos ni de los pieles rojas. El cetro de la equitación lo empuñaban aquellos habitantes de Europa, Asia y Africa.

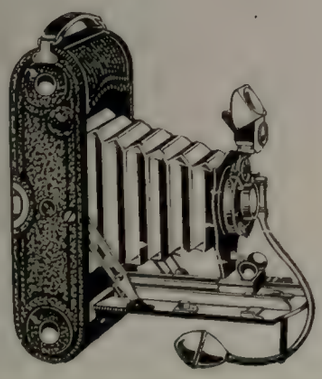
Pero bien pronto, las revistas comenzaron a destruir esta leyenda, revelándonos que en numerosos países existen escuelas de equitación superiores a la cosaca y a la árabe.

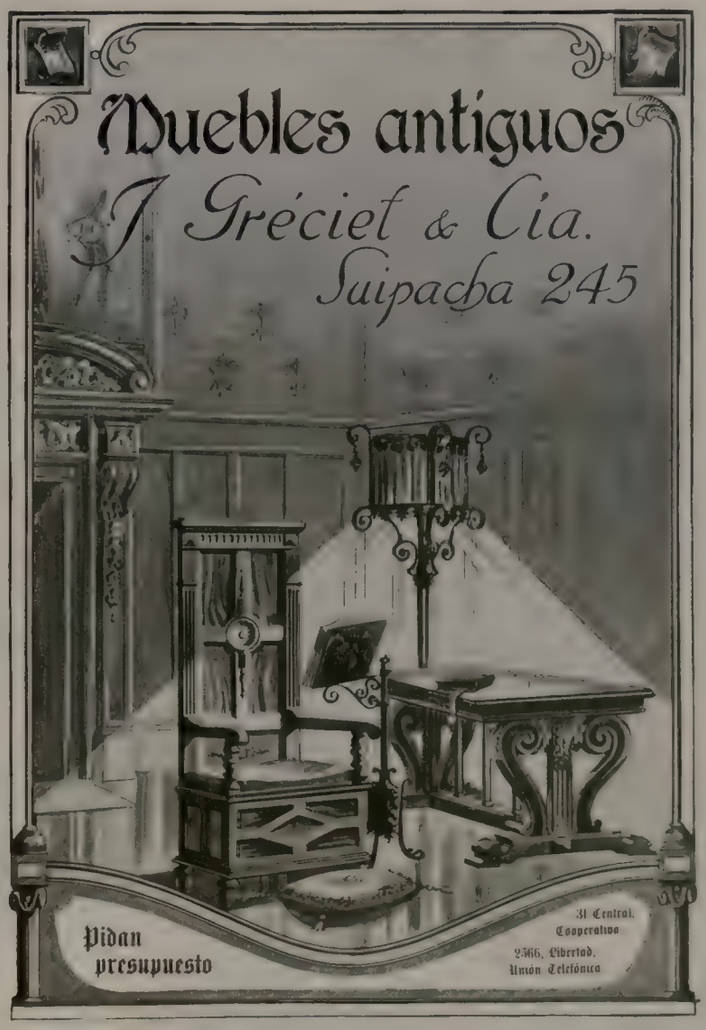
Italia, Portugal, Francia, España, Suecia y Noruega en Europa poseen regimientos de caballería capaces de disputar el puesto de honor. En América, los jinetes norteamericanos, peruanos, chilenos y mejicanos tampoco se quedan atrás en el arte de unir la equitación a la acrobacia. Y nada diremos de nuestros escuadrones que han demostrado hallarse en condiciones de dominar admirablemente su espléndida caballada.

Lo mismo sucede en Estados Unidos de Norte América. El cow-boy del Far Westes un jinete difícilmente superable. Bien lo hemos visto en las películas cinematográficas que han extendido por el mundo la fama de esos rudos cabalgadores. Para ellos no hay ejercicio ni proeza que no sea posible. Poseen la vocación del oficio; saben amansar y educar como el mejor de los picadores de circo. El caballo en su poder no pierde el ímpetu ni la audacia, obedeciendo al jinete a la más ligera señal de las riendas, de las rodillas, de la voz. De este modo se hallan habilitados para realizar ejercicios de agilidad francamente temerarios. Véase sino la hermosa fotografía que reproducimos. Parece que el objetivo ha sorprendido el momento en que un caballo desbocado se alza sobre los cuartos traseros y va a caer de espaldas aplastando al jinete. Pero en realidad, el caballero ejecuta una prueba de acrobacia que termina haciendo girar al bruto que vuelve tranquilamente a recobrar su cuadrúpeda posición.

Lutz, Ferrando y Cía.
Florida, 240 - Buenos Aires

Variado surtido de Kodaks y cámaras de todos los modelos y tipos más prácticos. Especialidad en toda clase de trabajos para aficionados.





UNA NOTABLE ORQUÍDEA

Este ejemplar de Wanda Lowii es el más notable de cuantos hasta ahora se han logrado obtener. Y eso de constituir algo raro entre las orquídeas, supone dificultades sinnúmero. Las orquídeas forman cinco mil especies repartidas en trescientas treinta y cuatro familias, además de las que la paciencia de los aficionados descubre.

Un coleccionador de orquídeas es un ser que debe contar con un enorme capital y una devoción admirable. Claro es que cualesquiera aficiones cuestan mucho dinero y una suma de energía digna de mejor empleo. Además téngase en cuenta que las colecciones, como el infinito, no tienen límites, querer encerrar en cajas, invernaderos, vitrinas, etc., todas las variedades, es una empresa imposible.

Los «orquideófilos» impenitentes, aquellos que se pasan la vida entregados a la tarea de reunir ejemplares y ejemplares, son tal vez, sobre todos los coleccionistas, los más devotos, los más encarnizados. Su afición raya en la monomanía, o es una forma de esa enfermedad.

Hay un cuento de Enrique Conscience, «El aficionado a las dalias», en el que se describe de mano maestra el tipo de coleccionista floricultor. El protagonista de la narración llega a pelearse seriamente con un rival, estando a dos dedos del crimen, amén de encontrarse a punto de destruir la felicidad de su hija; todo porque supone que aquél ha destruido un tubérculo de

una especie de dalia rarísima.

Parece ser que cuanto más suave y espiritual es el objeto a coleccionar, mayor y más furiosa resulta la monomanía.

No sabemos hasta dónde puede llegar un filatelista que persigue la más difícil de las estampillas; pero debe suponerse que le parecerán pocos todos los sacrificios. Pues bien; el hombre que ama las flores, las flores extrañas, exóticas, las que nadie tiene, las que pueden ocasionar la envidia ajena y satisfacer la vanidad propia, resulta capaz de de lo imposible. Aquel que daba las reglas a que debe sujetarse el bibliófilo para robar libros podía escribir algo parecido acerca de las orquídeas.

Estas flores, monstruosas como microbios, están repartidas en los climas cálidos y templados. Algunas son fáciles de encontrar; pero éstas no valen nada al lado de las orquídeas que hay que buscar en las regiones tropicales.

Cuando los ejemplares de orquídeas llegan a poder de los coleccionistas, éstos tienen que aclimatarlos en sus invernaderos, pudiendo calcularse que sólo un pequeño tanto por ciento de las plantas llega a sobrevivir al cautiverio, porque la orquídea es salvaje, bravía y, como las razas que viven libres, perece dentro de los límites de la civilización.

Este ejemplar fué cultivado por el doctor Edmundo Fournier, en Neuilly, y es sin disputa el más asombroso de todos los conseguidos hasta el día.

MAPLE y Cía

MUEBLES Y DECORACIONES

HERMOSA REPRODUCCIÓN DE UN SOFÁ Y DOS SILLONES EN NOGAL TALLADO ESTILO «WILLIAM & MARY»

AGRADECEREMOS SU GRATA VISITA PARA VER LAS NUEVAS HABITACIONES, COMPLETAMENTE AMUEBLADAS Y DECORADAS EN LOS ESTILOS ANTIGUOS

SUIPACHA, 658

MODELO REGANE. ELEGANTE "ROBE DE SOIRÉE", CREACIÓN ORIGINAL, ESPLÉNDIDAMENTE CONFECCIONADA EN SATÍN WINDSOR, ADORNOS DE TUL Y BORDADO FILIGRANA "ARGENT"; REGIO MANTO DE TUL..... $ 650.—

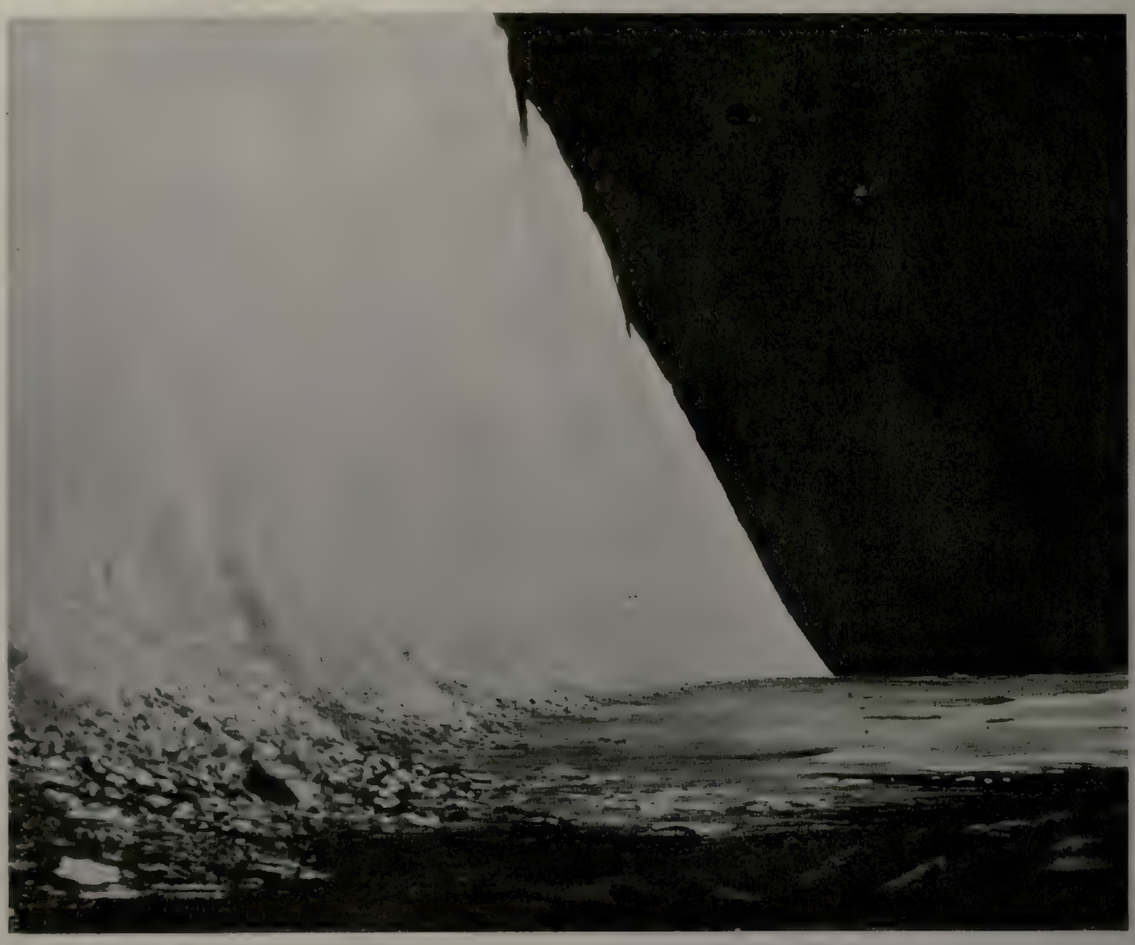
THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

ANEXO: Avenida de Mayo, Perú y Rivadavia.

UN PAISAJE LUNAR

Las alturas lunares se calculan desde la tierra [illegible] las sombras de los objetos lunares. Dice sir Roberto Bael: «Los picos de las montañas de la luna hacen grandes y bien definidas sombras, caracterizadas por una precisión que no encontramos en las sombras de los objetos terrestres. La diferencia entre ambos casos tiene por causa la falta de aire en la luna, y aprovechamos la precisión de las sombras para medir las alturas de las montañas de la luna. Del mismo modo, puede medirse la altura de otros objetos lunares, como, por ejemplo, las eminencias que rodean una llanura circular». El hombre de ciencia, casi es innecesario decirlo, se ve mucho más ayudado en sus investigaciones, por la circunstancia de que la luna es, entre todos los cuerpos celestes, nuestro vecino más permanente. Se ha dicho que la superficie de la luna es más conocida de los astrónomos que el interior del Africa por los exploradores.



METROPOL BAZAR

CASA ARGENTINA
U.T. 2432 LIB.

F. STAROPOLSKI
340 C. PELLEGRINI

EXPOSICIÓN
DE PORCELANAS
RECIEN RECIBIDAS
DE LA CHINA Y DEL JAPÓN

EL SURTIDO .....
ES INCOMPARABLE
LOS PRECIOS
NO ADMITEN
COMPETENCIA

El hogar más feliz es aquel donde no hay enfermedades, donde tanto los padres como los hijos tienen organismos equilibrados y vigorosos.
Iperbiotina Malesci
hace hogares felices, llevando la salud a todos: grandes y niños; hombres y mujeres. Es un preparado poderoso que vigoriza y reconforta.
VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.
M. C. de MONACO
Unico Concesionario-Importador para Sud y Centro América: VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.

LA MODA EN HARRODS

MODELOS EXCLUSIVOS DE ESTACION

12793. SOMBRERO MUY CHIC, en felpa, copa drapeada, ala cubierta con un precioso bandeau de pluma. Colores azul marino, marrón y negro, a..... $ **48.—**

613 — SOMBRERO LEVANTADO, adornado con un pouf de aigrette, en negro, a..... $ **75.—**

EL MISMO MODELO, con imitación aigrette, a..... $ **55.—**

12835 — ELEGANTE CANOTIER, ala de terciopelo con un pequeño reborde, fondo souple en satín matelassé. En negro, blanco, azul o marrón a..... $ **38.—**

12826 — PRECIOSA TOCA drapeada en terciopelo negro, azul marino o marrón a..... $ **30.—**

12783 SOMBRERITO MUY NOVEDOSO, en terciopelo negro, azul o marrón, adornado con cinta, $ **20.—**

12834 — MUY BONITO SOMBRERO de satín coulissé, adornado con cinta terciopelo, en negro, azul o marrón, a..... $ **32.—**

12759 — ELEGANTE TOCA drapeada en felpa, adornada con un grupo de alitas. En negro, azul marino o topo, a..... $ **35.—**

Harrods FLORIDA 877 Y PARAGUAY 554

PLVS VLTRA

AL PIE DEL MONUMENTO A SAN MARTÍN.

SAN MARTIN

O'HIGGINS

NARRACIONES COLONIALES

PENDONES POR EL REY.

[illegible] vecinos del Puerto de Buenos [illegible] uno en ancha jofaina de barro llevaba el agua de la ti[illegible] el encendido velón para alumbrar los aún oscuros aposentos; la mulatilla el [illegible] cimarrón para el amo; todo ello con mucho griterío, mucha alharaca, repitiendo órdenes, querellándose mutuamente; dando al fin tanta algarabía, bien menguada [illegible] Avivábase en las cocinas la lumbre de los fogones para adelantar la hora habitual del yantar, acuciados todos por el deseo de llegar mañaneros a los balcones del Cabildo. Comióse luego a toda prisa y a grandes bocados, sin prestar mayor atención a las viandas [illegible]

Salieron a las [illegible] aquel día las [illegible] de ceremonia. Los señores [illegible] ataviáranse con casacones abrochados, de falda de mucho vuelo y vueltas grandes; los mozos, más petrimetres, con casaca muy abierta para lucir el [illegible] chupetín de [illegible] corto y zapato de hebilla. Tocáronse los primeros con peluca francesa de rizos, de uso en el anterior reinado de Fernando VI, y los segundos [illegible] la que imponía la nueva moda, de coleta y lazo, bien rizadas y empolvadas. El espadín de salón, de lujosa empuñadura y el sombrero tricornio, completaban el atavío. Engalanáronse las damas con lujosa vestimenta; enjoyadas con arracadas de diamantes y ahogadores de perlas; ostentando altos peinados, adornados de flores y pedrerías, que laboriosamente levantara en sus cabezas el día anterior, el mulato Gabriel, peluquero del señorío. Dama hubo que por no descomponer el castillejo de sus trenzas y [illegible], durmió sentada la noche entera.

Ya en las casas, que con tal lujo se ufanaban, aguardaba frente al ancho portón la berlina de triple estribo, que en las cocheras reposara todo el año en plácida quietud; en el alto pescante, tieso y grave, el negro ladino sostenía con recia mano el rendaje de las pardas mulas, inquietas por el sonajeo de los cascabeles de pretales y colleras.

Bien merecía tantos trajines, tanto acicalarse y el boato de trajes y adornos la ceremonia del día. La Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto Santa María de Buenos Ayres, levantaba pendones por el Rey, proclamando al nuevo monarca S. M. Carlos III.

Grande era la muchedumbre que se dirigía a la Plaza Mayor. Las calles San Carlos, Cabildo, Las Torres, San Martín y Santísima Trinidad, que a ella conducían, eran un hormiguero de gente.

De acuerdo con lo dispuesto por el Cabildo, [illegible] los frentes de las casas y engalanado con bastidores, arambeles, tapices, damascos, y el ventanaje de flores y farolillos de color. En los tejados gran copia de banderas y gallardetes flameaban al viento, dando la nota de color y de alegría.

Abigarrado conjunto presentaba la multitud en sus tipos, ropajes y arreos. Veíanse allí indios pampas, coyas y tapes guaraníes, de cetrino color, salientes pómulos y torvo mirar, luciendo extraña vestimenta; muleros de las arrias del Tucumán; negros de encrespado pelo, vestidos con pantalón a la rodilla, zamarra de bayeta y calzados con tamangos. Mulatos pretenciosos galleaban, perfumados y engalanados con chillones trajes; vaqueros de la campaña, de negra barba y larga melena, ataviados con botas de cuero sin curtir y chillona rodaja, pantalón corto, cribado calzoncillo y en sus hombros una esclavina, que llamaban «poncho», sustituyendo algunos el pantalón por el «chiripá», manta de paño, a guisa de saya pasado entre los muslos, cuyo uso empezaba a generalizarse.

Circulaban [illegible] el [illegible] joviales, grave[illegible] [illegible] nacal clausura, retozaban gozosos, a hurto de las miradas de los graves y discretos Padres. Los de la Compañía de Jesús habíanse retraído, como protesta contra las tendencias liberales del nuevo monarca, quien, asegurábase, era de ellos enemigo.

Crecía el tumulto, la grita y el bullicio al aproximarse a la Plaza, bregando el populacho para abrirse paso. Dos beatas con hábito de la Compañía, sotana negra, toca y manto, pugnaban por escapar a las soeces zumbas y bellaquerías de una taifa de pícaros, a los que hacían coro varias desvergonzadas cuarteronas, que lucían muy garbosas, pollera de vuelta angosta con muchos faraláes, mantilla de tafetán doble, pesados zarcillos en las orejas y un gran manojo de rojos claveles en el pelo.

Daban una nota de color algunos mamelucos paulistas con sus chillonas bombachas de angaripola, formando corrillo con un grupo de «gauderios» de allende el Uruguay.

Graves y circunspectos, serios castellanos se apartaban del populacho, terciadas, a pesar de la calor, sus luengas capas de vuelta entera y cubiertos con aludos sombreros, prendas ambas que presto reformadoras pragmáticas del nuevo monarca iban a reducir en largo y amplitud.

Negros pasteleros pregonaban con chillones gritos su mercancía: aceitunas aliñadas con picantes, empanadas, roscas de maíz, alfajores y alfeñiques; otros ofrecían refrescos, limonada, vinagrillo y horchata; mientras al tranco de sus caballos iban los fruteros con árganas repletas de naranjas, que mercaban con afán, golosos, los rapazuelos.

Pero el chusmerío daba su preferencia a las pulperías; el consumo de vino, chicha y aguardiente, que aunque fuera resacado no hacía mella en sus curtidos gaznates, pregonaba la fuerza de su realismo; vaciábanse con presteza los odres y botijos que el pulpero abría presuroso, mientras avizoraba a la pícara clientela, lista para hurtar el cuerpo al pago, que en ese día no se bebía al fiado por tarja, sino real en mano.

En los huecos y esquinas habíanse improvisado bodegones, donde se asaban castañas, chorizos, chinchulines y pedazos de lechón y freíanse buñuelos y pasteles, apestando el ambiente el tufo de grasa y aceite frito.

Toda la población de Buenos Aires y sus pagos aledaños, habíase reunido en la Plaza; desde los del «Barrio Recio», con fama de barraganes y contrabandistas, hasta los del «Alto de San Pedro», pendencieros y cuchilleros. Del Pago de los Montes Grandes de San Isidro, de la Cruz de los Quilmes y de la Guardia de Luján, a pie, a caballo, en mula, en carretillas y en carretas, habían acudido a las fiestas, que formaban época en la monótona vida de la ciudad.

El polvo levantado por millares de pies y el fuerte sol, empezaban a convertir en asfixiante el ambiente, aturdiendo el estrépito de los cohetes, tronantes y montantes, que al reventar en el aire, llevaban al colmo el loco bullicio de la multitud.

Rebosante de damas y caballeros estaban los salones y balconaje del Cabildo. Talento, nobleza, señorío y riqueza estaba allí representado por toda la gente hidalga, de abolengo y adinerada de Buenos Ayres; dignatarios, prelados, magistrados, cabildantes, militares y comerciantes.

Restaba brillo a las ceremonias en tan auspicioso día la ausencia del Gobernador, general don Pedro de Ceballos, a quien retenía en Misiones el desenredo del malhadado «Convenio de Permuta» que diera origen a la sangrienta «Guerra guaranítica», y la del Obispo don José Antonio Bazurco, a quien grave dolencia, de que falleció pocos meses después, postraba en el lecho.

Entre la aristocrática concurrencia del Cabildo, distinguíase al Marqués de Valdelirios, de paso en Buenos Ayres en su regreso a España. Comisionado por el Ministro Carbajal para la ejecución de la entrega de los pueblos de Misiones al Portugal, su actuación muy discutida, fué contrarrestada por la enérgica y patriótica de Ceballos, quien logró al fin hacerlo retornar a España. A su vera formábanle corte los enemigos de Ceballos, Hilson, Viana, Maziel.

Veíase en los salones al Teniente Rey don Alonso de la Vega, al Alférez Real don Gerónimo Matorras, a don Francisco Rodríguez de Vida, Alcalde de primer voto, al de segundo don José de Iturriaga y a los Alcaldes Ordinarios don Juan de Lezica y don Marco José de Riglos; diputados Alvarez, Campana y Bartolomé Quiroga.

Citábanse los nombres de López Osornio, Moreno y Argumoza, Belgrano y Peri, Lerdo de Tejada, Tocornal, Ramos Mexía, Irigoyen, Aguirre, Sánchez Larrea, Obligado, Pinedo, Osorio, Cárdenas, Azcuénaga, Aldao, Bustillo, Urien, del Pino Sarratea, Mansilla, Warnes, Basavilbaso, Alzaga, Vera y Aragón, Gainza, Velazco, Quintana, Ortiz de Rozas, Rivarola, Salas y Maestro de Campo don Juan de San Martín. En representación del Cabildo de Montevideo había concurrido el Alguacil Mayor don Bartolomé Mitre.

Por su ilustración y talento señalábanse los doctores Baltazar Maziel, Claudio Rospigliosi, José de Andújar, José Carrancio, Benito González Rivadavia, Baltazar Soroa, José Manuel de Labarden y Fray Pantaleón García.

En los balcones agrupábanse las familias de Altolaguirre, Escalada, García Pasos, Otarola, Díaz Vélez, Balbastro, Ibáñez, Barragan, Arana, Gálvez, Agüero, Castellanos, Zamudio y Orbe.

A las tres de la tarde salió del Cabildo el Teniente Rey, en representación de Ceballos, rodeado de los Alcaldes y Regidores, precedidos por los maceros y escoltado por el Cuerpo de Dragones.

La casa del Alférez Real, a donde se dirigió el cortejo en busca del Real Estandarte, estaba lujosamente paramentada; ricas colgaduras de damasco carmesí y artísticos bastidores cubrían su frente, levantándose en la portada un elegante arco de flores y banderas. En el patio dos retablos, con los retratos del Rey y la Reina, y bajo regio dosel recamado de oro, con guardia de honor, el Real Estandarte.

Apeóse al llegar el Regidor Decano y tomando el Estandarte hizo de él entrega al Alférez Real, con el ceremonial de práctica. Púsose entonces en marcha el cortejo, entre el ruido ensordecedor de trompas, clarines y atabales. Encabezaban el desfile los Dragones a caballo, espada en mano y los maceros del Cabildo con rojas dalmáticas, gorra de terciopelo y al hombro la maza de plata. Seguían de dos en dos los vecinos más expectables, montados en briosos y bien arreados caballos, luego los Regidores: Mantilla, Esparza, García Zúñiga, Azcuénaga, Bustamante, Castro, Castillo, Quintana y Ramos.

Rodeado por una Guardia de honor, iba el Alférez Real, en un magnífico caballo, enjaezado con bridas de seda, tapafunda, mandil de borlas, gualdrapa de brocato; todo bordado con pasamanería de oro y plata. Bizarramente llevaba el Estandarte, del que a su vera, los dos alcaldes tenían las borlas; cerraba el cortejo otro escuadrón de Dragones.

De esta guisa siguióse la marcha hasta la plaza Mayor, acompañados por el griterío de la entusiasmada muchedumbre. En el centro de la Plaza habíase levantado vistoso tablado, tapizado con alfombras y adornado con banderas y gallardetes. A él subieron el Alférez Real, Regidor Decano y los Alcaldes junto con el Escribano del Cabildo. Sonó breve el clarín, a cuyo son hízose el silencio; tremoló el Alférez el Estandarte, proclamando tres veces:

«Castilla y las Indias por el Rey Carlos III».

Atronó el espacio ensordecedor ruido: salva de los cañones del Fuerte, redoble de atabales, clarines y trompas, repique de las campanas, estampido de cohetes, bombas y morteros y el griterío y clamoreo del pueblo, más excitado aún con el reparto de medallas, a puñados arrojadas desde el tablado.

Púsose de nuevo en marcha el cortejo en el orden anterior, repitiéndose la proclamación frente a San Ignacio, Hospital, San Francisco, Santo Domingo y la Merced. Después de cantarse un solemne Tedéum, retornaron a la casa de Matorras, donde quedó depositado el Estandarte.

Por la noche hubo luminarias y candeladas en la Plaza y calles. El frente del Cabildo semejaba, al decir de la gente, una ascua de oro con sus miles de candilejas. Quemáronse vistosos fuegos de artificio; castillos de luces, combates navales, rodantes, batafuegos, montantes, girándulas y tronantes y en los arrabales fogatas de alquitrán.

Para regocijo del pueblo fueron los festejos en los siguientes días: corridas de toros, juegos de cañas y sortijas, paseo de gigantes y enanos, danzas, estafermos, botargas, cucaña, palmas, alcancía y fandangos de negros.

Gran prueba de su lealtad dieron los gremios con sus cabalgatas: el de plateros paseó un artístico castillo y una falúa tripulada por seis niñas vestidas de marinero; los carpinteros organizaron una vistosa mogiganga a caballo; los sastres una mascarada en un carromato triunfal; los zapateros una burlesca encamisada con orquesta.

Para el señorío hubo comedias y óperas en los salones del Fuerte y del Cabildo, donde se levantaron teatros, decorados con tapices e iluminados profusamente con faroles y hachas de cera. Destacábanse a ambos lados del escenario doradas tarjas con versos alusivos al acontecimiento.

Dieron digno remate a las fiestas, el sarao de don Agustín de Pinedo y el banquete de noventa y seis cubiertos que dió don Gerónimo Matorras, que terminó en un gran baile, en el que hicieron los honores doña Manuela Larrazábal su esposa y su hija María Juana.

No fueron olvidados el pobrerío y los desgraciados; dióse al primero un popular y abundante banquete y a los presos de la cárcel una gran comida.

Grande y perdurable recuerdo dejaron los festejos de la proclamación en la memoria de los tranquilos habitantes de la porteña ciudad.

DIBUJO DE FORTUNY. B. J. MALLOL.

La Comunión de las enfermas

Con el Dr. González

IMPRESIONES Y CONFIDENCIAS

Detrás de las pintorescas barrancas de Belgrano, en una mansión sencilla y moderna, tiene su «home» el doctor Joaquín V. González; esa es «la escondida senda» del talentoso autor de *Mis Montañas* y *La Tradición Nacional*.

Allí fuí a verle, días pasados, y mientras esperaba su persona en el interior de un pequeño gabinete de estudio, mi vista empezó a vagar por el moblaje y la habitación... Dos cosas me llamaron la atención, un busto broncíneo de Voltaire, sobre el escritorio, y la ventana que, frente a éste, dejaba penetrar la luz de la calle.

¡Voltaire! me dije... ¿Por qué Voltaire?... ¿Será el doctor González un íntimo admirador de la doctrina de aquel genial filósofo escéptico?... Yo sé que no se tiene impunemente un busto de Voltaire encima de una mesa de trabajo: hace años que tuve uno, en tal sitio, y sufrí el contagio de su risa sarcástica hasta el punto de que por ahí anda un artículo mío titulado *Fuentes perdidas*, en que es bien visible la influencia del rictus volteriano sobre mi ánimo.

Pasando a la ventana, ¿a que no sabéis qué extraña reminiscencia vino hasta mí, desde el fondo de añejas lecturas de la infancia? ¿Y qué original relación de ideas me sugirió el recuerdo?... Pues, la siguiente: cuentan crónicas de infolios medioevales, que en Cangas de Tineo, a principios del siglo XV, el célebre Marqués de Villena era tenido por hechicero entre las gentes de la comarca, por la razón de que la ventana de su habitación en el castillo dejaba ver luz encendida a altas horas de la noche... Y yo pensé (!): en este pacífico barrio de Belgrano, cuántas veces el transeunte retrasado, al enfrentar por la noche la ventana del escritorio del doctor González, quien indudablemente trabaja a veces en la medianoche dada su vasta y múltiple labor intelectual, no sentirá cierto supersticioso respeto y se dirá entre sí: — ¡El doctor González estudiando la política argentina!... Como antes se decían: ¡El Marqués de Villena estudiando la magia y sus conjuros!...

A esta altura de mi divagación, entró el doctor González en el gabinete: su persona tenía todo el aspecto de quien se levanta de dormir... Era la una de la tarde.

Y con la parsimonia que es característica en el ilustre senador riojano, se inició nuestra conversación; rodó ésta sobre tópicos diversos, al principio... No es el doctor González de aquellas personas de locuacidad natural: pesa las palabras, mide el sentido y alcance de todas ellas.

— ¿Cuál fué su primera vocación, doctor? — le interrogué después del preámbulo consiguiente.

— Mi primera vocación infantil — respondió el doctor González — fué la poesía, y sigue siendo mi pasión... infantil. Me pasé muchos días vagando solo entre las viñas paternas de Nonogasta y Chilecito, recibiendo revelaciones de la naturaleza, algunas de las cuales sólo ahora voy comenzando a comprender. Una vez había escrito unas estrofas largas, es decir, muchas; y como mi madre me las descubriese, me dijo: *Muéstraselas a tu padre, que le va a gustar*... Temblando de miedo se las mostré una tarde muy apacible, sentados en el enorme patio de casa. Cuando acabé de leerlas, mi padre y mi madre, que conocían mi inclinación prematura por una de mis primitas, la cual tendría los mismos ocho años que yo, se rieron entre satisfechos y burlones, y yo no paré de correr hasta hallarme debajo de un manzano de la finca, distante dos cuadras, lo menos, del sitio de mi primera lectura.

— Seguramente, en sus lecturas de entonces, primarían las obras literarias, doctor.

— En mi primera juventud, que ha sido muy larga porque empezó muy temprano, leía mucho a Chateaubriand, *El Genio del Cristianismo*, y los clásicos españoles, — los poetas del siglo de oro, — y en mis años de colegio intensifiqué mucho la lectura de clásicos latinos y griegos, historia, y mucho Macaulay y otros historiadores. Muy pocas novelas, salvo aquellas inevitables por lo famosas, y Lamartine, Walter Scott, Zorrilla, Hugo, y también los poetas indios, y la Biblia y los libros sabios de la antigüedad.

— ¿Cuál fué la tesis con que usted obtuvo el título universitario de doctor?

— Rendí mi tesis en la Universidad de Córdoba, en 1885, con una disertación escrita que se titula *Ensayo sobre la Revolución* (*Tesis, etc.*, 1885). 179 páginas, que quedaron después de suprimidos dos capítulos, por consejo de censura, y unas buenas páginas más de asunto religioso; todo lo cual, reunido y precedido de una introducción de ahora, hará un volumen de 300 páginas lo menos, — en breve, — cuando se reimpriman, como Chateaubriand reimprimió su *Estudio sobre las revoluciones antiguas*, después de hacerse católico, con la diferencia de que yo aparecí liberal entonces y... ahora no me siento cambiado...

El doctor González nació en la aldea de Nonogasta, al pie de la gran sierra nevada del Famatina, el 6 de marzo de 1863. Sus recuerdos escolares están llenos de anécdotas narradas en «Mis Montañas», «Cuentos» e «Historias».

— ¿Por cuál de las personalidades argentinas, de los últimos tiempos, siente usted más admiración y respeto?

— Nuestro país no está aún en edad cultural para producir el *hombre admirable*, si bien puede dar y ha dado muchos que tienen mayor o menor número de cualidades, fases o rasgos dignos de admiración. Así (hablo dentro del período de los últimos 50 años de la pregunta), Urquiza, Mitre, Sarmiento, Gutiérrez (Juan M.), Alberdi, Avellaneda, Roca, Quintana, del Valle, Estrada, Pellegrini, y otros más, tienen estos varios o singulares aspectos *admirables* de su personalidad, o bien reunen una mayor suma de condiciones, que los colocan en la categoría de los *hombres dignos de admiración*. Además, yo he estudiado mucha historia antigua y moderna, y me resulta difícil, en nuestra época, calificar así, netamente, de *hombre admirable*, sino a muy pocos en el mundo. Luego, la condición de *admirable* para los espíritus como el mío, rara vez se halla en la política, y sí me es más fácil encontrarlo en el arte, la poesía, la elocuencia, la filosofía, la literatura, en fin, y también en la política, siempre que un fondo y una orientación ética y estética, definan la personalidad y su acción.

— ¿Qué opina usted, doctor, — insinué, — de la actual crisis política interna?

— Que es una honda crisis de valores políticos e institucionales, que contribuirá a afirmar el concepto de nuestra historia y de nuestro régimen constitucional, para... después.

— ¿Y cuál es, según su criterio, entonces, la misión del futuro presidente de la República?

— Gobernar con la Constitución, — repuso gravemente el doctor González, — restaurar la cultura, la educación política y el legado de progresos heredados de las generaciones anteriores, reafirmar el orden, el crédito y la autoridad nacional, levantar de la humillación y postración a las provincias, simplificar las administraciones federal y provinciales, y desarrollar la producción y las industrias propias de la Nación y de las Provincias, restablecer nuestra política externa tradicional, sobre las bases de nuestro mayor valimiento nacional y solidario en América y en Europa, y acentuar el valor moral, intelectual y político de nuestra democracia, acercándola a los destinos de las más avanzadas democracias de América y Europa; arreglar sobre bases firmes para el progreso y la paz de la Nación, el problema social.

Iba a retirarme; el doctor González se puso de pie, cortésmente. De nuevo, recobró su habitual actitud de modorra y ensueño... Yo pensé en las características que el vulgo le atribuye y me pareció que al irme de allí, el doctor González tornaría quizás al lecho...

Pero la sonrisa del busto de Voltaire me sugestionó de improviso; el rostro irónico del gran pensador parecía decirme: «¡Es falsa la conseja; este ciudadano, de quien todo el mundo dice que siempre duerme, es, felizmente para la patria, uno de los pocos que velan por sus destinos!»

CLAUDIO ARENA.

DE LA GALERIA DEL SEÑOR JOSÉ BLANCO CASARIEGO.

LA ORACIÓN DE LOS HUMILDES

CLEO DE SOTOMAYOR.

LA VOLUNTAD

Ya conocí una vez a un hombre que valía más que su obra. Emerson anota que esto es bastante común en los individuos de carácter. Lo que hizo mi hombre, aquello que él consideraba su obra definitiva, no valía cinco centavos; pero el resto, el material y el medio para obtenerlo, eso no lo volverá a hacer fácilmente nadie.

Los protagonistas son un hombre y su mujer. Pero intervienen un caballo, en primer término; un maestro de escuela rural; un palacio encantado en el bosque, y mi propia persona, como lazo de unión.

Hela aquí, la historia.

Hace cinco años — a mediados de 1913 — fué a casa, en el monte de Misiones, un sujeto joven y rubio, alto y extraordinariamente flaco. Tipo eslavo, sin confusión posible. Hacía posiblemente mucho tiempo que no se afeitaba; pero como no tenía casi pelo en la cara, toda su barba consistía en una estrecha y larga pelusa en el mentón — una barbicha, en fin. Iba vestido de trabajo; botas y pantalón rojizo de género de maleta, con un vasto desgarrón cosido a largas puntadas por mano de hombre. Su camisa blanca tenía rasgaduras semejantes, pero sin coser. Se le veía la piel que hacía casi daño por su blancura.

Ahora bien: nunca he visto un avance más firme — altanero casi — que el de aquel sujeto por entre los naranjos de casa. Venía a comprar un papel sellado de diez pesos que yo, dada mi situación oficial en aquel entonces, estaba en el caso de venderle.

Esperó, bien plantado y mirándome sin el más leve rastro de afable sonrisa. Apenas le entregué su papel, saludó brevemente y salió, con igual aire. Por atrás, desde media cintura le colgaba una faja de camisa que arrancaba desde el hombro. Abrió el portoncito y se fué a pie, como había venido, en un país donde solamente un tipo en la miseria no tiene un caballo para hacer visitas de tres leguas.

¿Quién era? Algún tiempo después lo supe, de un modo bastante indirecto. El almacenero del que nos surtíamos en casa, me mandó una mañana ofrecer un anteojo prismático de guerra — algo extraordinario. No me interesaba. Días después me llegó por igual conducto la oferta de una Parabellun con 600 balas, por 60 pesos, que adquirí. Y algo más tarde, siempre por intermedio del mismo almacén, me ofrecían varias condecoraciones extranjeras — rusas, según la muestra que en la maleta traía el muchacho de casa.

Me informé bien, entonces, y supe lo que quería. El poseedor de las condecoraciones y el hombre del papel sellado eran el mismo sujeto, desde luego. Y ambos se resumían en la persona de Nicolás Dmitrovich Bibikoff, capitán ruso de artillería que vivía en San Ignacio desde dos años atrás, y en el estado de última pobreza que aquello daba a suponer.

Me expliqué bien, entonces, el aire altanero de mi hombre, con su tira colgante de camisa: se defendía así contra la idea de que pudieran creer que iba a solicitar ayuda, a *pedir limosna*. ¡El! Y aunque yo no soy capitán de ejército alguno ni poseo condecoraciones otorgadas por una augusta mano, aprecio muy bien el grado de miseria, la necesidad de *comer algo* del tipo de la barbicha, cuando enviaba sus colgajos a subasta, a un boliche de mensús.

Supe algo más. Vivía en el fondo de la colonia, contra las barrancas pedregosas del Yabebirí. Había comprado 25 hectáreas — y no definitivamente, a juzgar por el sellado de diez pesos para reposición. Todo allí: chacra, Yabebirí y cantiles de piedra, queda bajo bosque absoluto. El monte cerrado da buenas cosechas, pero torna la vida un poco dura a fuerza de barigüis, tábanos, mosquitos, uras y demás. Es muy posible dormir la siesta alguna vez bajo el monte, y despertarse con la ropa blanca de garrapatas. Muy pequeñas y anémicas, si se quiere; pero garrapatas, en fin. Como medios de comunicación a San Ignacio, sólo hay dos formales: el vado del Horqueta y el puente sobre el mismo arroyo. Cuando llueve en forma, el puente no da paso en tres días, y el vado, en todo el período. De modo que para los pobladores del fondo — aún los nativos — la vida se complica duramente en las grandes lluvias e invierno, por poco que falte en la casa una caja de fósforos.

Allí, pues, se había establecido Bibikoff en compañía de su esposa. Plantaban tabaco, a lo que parece, sin más ayuda que la de sus cuatro brazos. Y tampoco esto, porque él, siendo enfermo, tenía que dejar por días enteros toda la tarea a su mujer. Dinero, no lo habían tenido nunca. Y en el momento actual, el desprendimiento de algo tan entrañable para un oficial europeo como sus condecoraciones de guerra, probaba la total miseria de la pareja.

Casi todos estos datos los obtuve de mi verdulero, llamado Machinchux. Era un viejo maestro ruso, de la Besarabia, que había conseguido a su vejez hacerse desterrar por sus ideas democráticas. Tenía los ojos azules más cariñosos que haya visto en mi vida. Conversando con él, parecíame siempre estar delante de una criatura: tal era la pureza lúcida, mansa y llena de afabilidad para su interlocutor, de su mirada. Vivía con gran dificultad vendiendo verduras, que obtenía no sé cómo, defendiéndolas de las hormigas, el sol y la seca, para sus cuatro o cinco clientes. Iba dos veces por semana a casa. Conocía a Bibikoff, aunque no lo estimaba mayormente: el capitán de artillería era francamente reaccionario, y él, Machinchux, estaba desterrado.

— No tiene sino orgullo — me decía. — Su mujer vale más que él.

Era lo que yo deseaba constatar, y fuí a verlos.

Una hectárea rozada en el monte, enclavada entre cuatro muros negros, con su fúnebre alfombra de árboles quemados a medio tumbar; constantemente amenazada por el rebrote del monte y la maleza, ardida a mediodía de sol y silencio, no es una visión agradable para quien no tiene el pulso alterado por la lucha. En el centro del páramo, surgía apenas de la monstruosa maleza el rancho de los esposos Bibikoff. Vi primero a la mujer, que salía en ese momento. Era una muchacha descalza, vestida de hombre, y de tipo marcadamente eslavo. Tenía los ojos azules, un poco achicados por los párpados demasiado globosos. No era bella, pero sí muy joven.

Al verme tuvo una brusca ojeada para su pantalón, pero se contuvo ante mi propio aspecto de trabajo, y me tendió la mano sonriendo. Entramos. El interior del mísero rancho estaba muy oscuro, como todos los ranchos del mundo. En un catre estaba tendido el dueño de casa—vistiendo la misma ropa con que yo lo había visto, — jadeando con las manos detrás de la cabeza. Sufría del corazón, y a veces pasaba semanas enteras sin poder levantarse. Su mujer debía entonces hacer todo — incluso proseguir la plantación de tabaco.

Ahora bien; si hay una cosa pesada, que exija cintura y resistencia al sol excepcionales, es el cultivo del tabaco. La mujer debía levantarse de noche aún, regar los almácigos, transplantar las matas, regar de nuevo, carpir a machete y azada la mandioca ineludible, y concluir la tarde con el hacha en el monte, para regresar al crepúsculo con tres o cuatro palos al hombro, tan largos y pesados que imprimen al paso un balanceo, cuya elasticidad es el rebote de un profundo esfuerzo que no se ve.

De noche, las caderas de una mujer de veinte años sometida a esta tarea, duelen un poco, y el dolor hace cerrar los ojos — y soñar. Pero en el período último, habiéndose repetido los ataques del marido, la mujer, de noche, en vez de dormir en seguida, tejía cestas de tacuapí, que un vecino iba a vender a los boliches de San Ignacio, a un precio suficiente para que les permitiera comprar medio kilo de grasa quemada de vez en cuando.

Pero, ¿qué hacer? En la media hora que estuve con ellos, Bibikoff se mantuvo en una reserva casi hostil. He sabido después que era muy celoso. Mal hecho, porque su mujercita, con aquel pantalón y aquellas manos ennegrecidas de barigüís y más callosas que las mías, no despertaba otra cosa que gran admiración.

Así hasta agosto de 1914. Jamás hubiera imaginado yo que un cardíaco con la asistolia de mi hombre pudiera haber tenido veleidades guerreras, cuando mucho más fácil y corto le habría sido quedarse a morir allí. No pasó esto, sin embargo, y con la sorpresa consiguiente supe a fines de agosto que el capitán de artillería se había embarcado para Buenos Aires, rumbo a su patria.

¿Y el dinero? ¿Y su mujer? Ambas cosas las supe por Machinchux, que desde el comienzo de la guerra venía cada dos días a casa a comentar mapas y estrategias conmigo. El caso es que Bibikoff necesitaba dinero para irse, y no lo tenía. Entonces Machinchux había vendido su caballo ¡lo único que tenía!— y le había dado su importe a Bibikoff, a quien no estimaba, pero que quería cumplir con lo que él creía su deber.

¿Y usted, Machinchux? — le dije. — ¿Cómo va a hacer para traer la verdura?

Por toda respuesta el viejo maestro democrático se sonrió, mirándome por largo rato. Yo me sonreí a mi vez. Hay cosas que un hombre no puede hacer; pero yo tenía un buen nudo en la garganta. Desde la ausencia de su marido, la mujer estaba en casa de Allain, pues por veinte motivos a que no era ajena la juventud de la señora, no podía ésta quedar sola allá.

Allain es un gentilhombre de campo, de una vasta cultura literaria, que se ha empeñado desde su juventud en empresas de agricultura. Tuvo en su mocedad correspondencia filosófica con Maurice Barrés. Ahora dirige en San Ignacio una vasta empresa de yerba mate, cuyo cultivo ha iniciado en el país. Tiene como pocos el sentido del *savoir-faire*, y posee una bella casa con gran hall iluminado, y sillones entre macetas exuberantes. Esto, a quince metros del bosque virgen.

Las peculiaridades de la vida de allá me llevaban a veces a verdaderos *dîner en ville* a casa de Allain. Fué una de esas noches cuando saludé, en el hall resplandeciente, a una joven y muy elegante dama reclinada en una *chaise longue*.

— Madame Bibikoff — me dijo la señora de Allain.

¡Cierto! Era ella. Pero de los pies descalzos, del pantalón y demás, no quedaba nada, a excepción de los párpados demasiado globosos. Era un verdadero golpe de vara mágica. Eché una ojeada a sus manos: qué esfuerzos — como a machete — debió hacer la dama en un mes para estirar, suavizar y blanquear aquella piel, lo ignoro. Pero la mano pendía inmaculada, en un abandono admirable.

¡Pobre Bibikoff! No era de su mujer deschalando maíz de quien debiera haber estado celoso, sino de aquella damita que quedaba tras él, y que miraba todo con una beata sonrisa primitiva de inefable descanso.

En total, esperaba irse en seguida a reunirse con su marido, cosa que pudo realizar poco después. Mas no por eso dejó, durante su estada en lo de Allain, de preocuparse vivamente y atender su plantación de tabaco.

Esta es la historia. Algunos meses más tarde, supe por Allain que madame Bibikoff le había confiado un manuscrito — el diario de su marido, en que éste contaba su vida y el por qué de su destierro al fondo del Horqueta. La consigna era ésta: no leer el diario, hasta pasado un año sin noticias de los Bibikoff.

Pasó ese año, y leí el manuscrito. La causa, el único motivo de la aventura, había sido probar a los oficiales de San Petersburgo que un hombre es libre de su alma y de su vida, donde él quiere y donde quiera que esté. De todos modos lo había demostrado.

El diario ese, escrito con un énfasis filosófico-literario espantoso, no servía absolutamente para nada, aunque se veía claro que el autor había puesto su alma en él — y por él había hecho lo que hizo. Y éste fué su error, empleando un noble material para la finalidad de una pobre retórica. Pero el material mismo, los puños de la pareja, su feroz voluntad para no hundirse del todo, esto vale mucho más que ellos mismos — incluyendo la *chaise longue* y lo demás.

HORACIO QUIROGA.

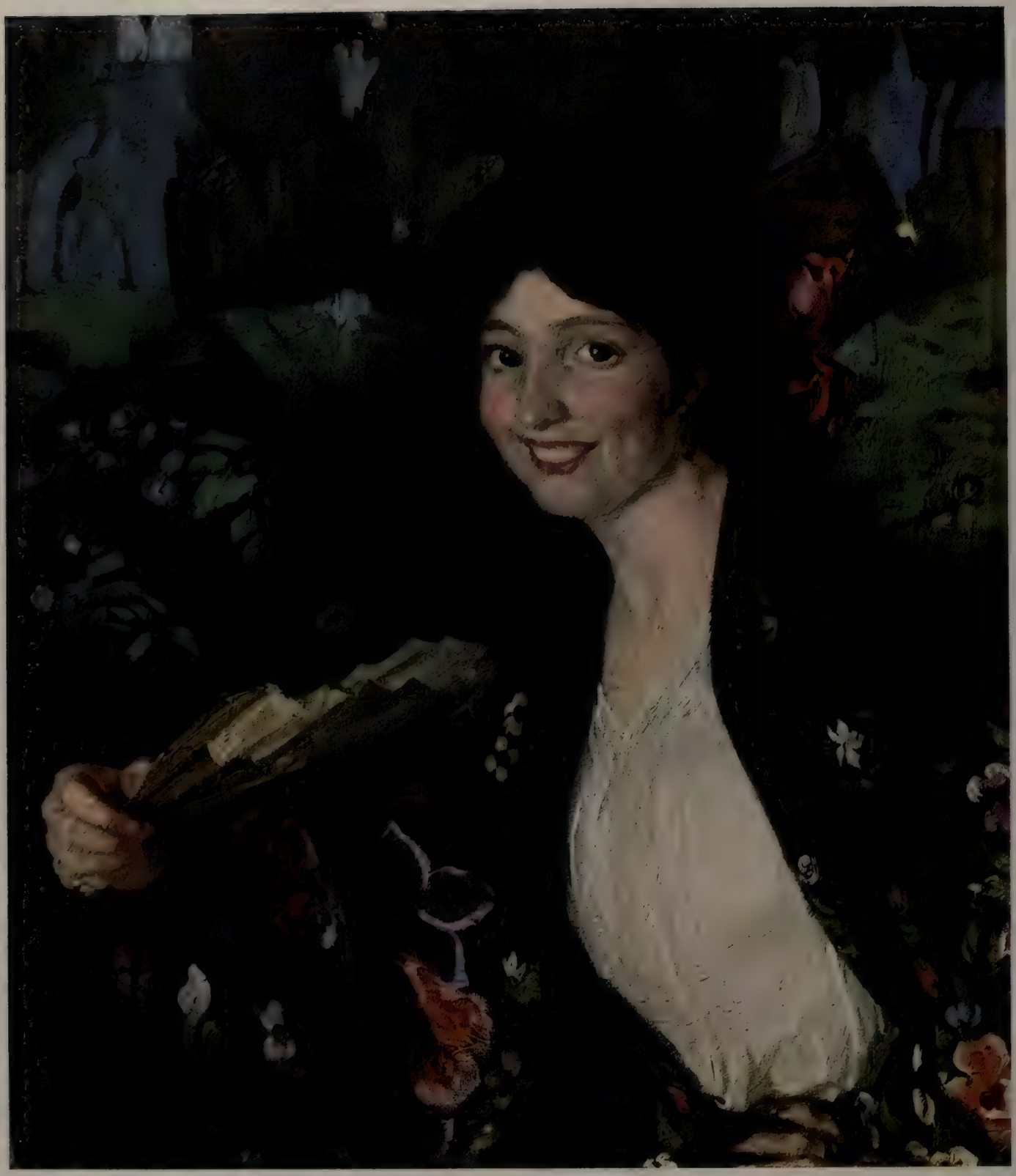
DIBUJO DE ALVAREZ.

I N T I M A S

Cabeza de mi madre.
El andar de los años y las rachas
adversas de la vida
como la espuma la volvieron blanca...
Y se ha irisado de un profundo hechizo
esta testa de plata
cuyos ojos parece que estuvieran
cansados de mirar cosas lejanas
y perfilan tesoros inefables
de maternal dulzura en la mirada.
Cabeza seductora,
sus líneas se destacan
con la misma firmeza melancólica
que tienen las estatuas
del gran Miguel. Cabeza pensativa,
relicario viviente de añoranzas:
su belleza es la lírica belleza
de las flores marchitas, donde vaga
moribundo el espíritu aromado
generatriz de plenitud pasada.
Cabeza de mi madre,
como el azahar de las uniones, blanca.
. . . . . .
Hace largos instantes que la miro
y la ternura me inundó mirándola...
Ahora frescos y límpidos
corren mis pensamientos como el agua
que fluye de las fuentes:
un suave efluvio de pureza abarca
todo mi ser; los ámbitos
exiguos de la sala
se han llenado de mística quietud;
y siento que me embarga
una honda emoción mirando como
en la penumbra silenciosa, mi alma
y la cabeza de mi madre son
cosas que se confunden de tan blancas...

La chica del sombrero colorado,
la que nunca me mira,
la que pasa a mi lado como un mármol,
me ha dejado caer una sonrisa!...
Del jardín de sus labios
la gracia de una amable florecilla,
de una elocuente florecilla roja,
ha sido su sonrisa.
Y así como una estrella que de pronto
volcara el halo de su luz altísima
sobre la angustia de una noche negra
así brilló en mi alma esa sonrisa.
La chica del sombrero colorado
tan lánguida y tan rítmica!...
Tal vez pensó que no es de finos modos
mostrarse tan esquiva
y que al fin mi constancia
algún gesto galante merecía;
o bien para mostrarme
(vanidad femenina)
que erraban mis reproches
tachándola de fría...
Ah, sí, para probarme
que tiembla fresca y viva
bajo la seda de su carne un alma
y no son aguas muertas sus pupilas,
que también tiene un corazón que late
y no es de mármol como yo creía,
la chica del sombrero colorado,
la que nunca me mira,
al pasar a mi lado, esta mañana,
me ha dejado caer una sonrisa!...

DIBUJOS DE CENTURIÓN. ARTURO S. MOM.



ALEGRIA

DE LA GALERÍA DEL SEÑOR
JOSÉ BLANCO CASARIEGO.

MIGVEL~ANGEL~BVONARROTI
CASTEL~CAPRESÉ~1475~ROMA~1564

DIBVJOS NOTABLES

De la coleccion del
MVSEO NACIONAL
de
BELLAS ARTES

ANIBAL~CARRACCI
BOLONIA~1560~1609

A vista se recrea, este momento, en cosas que hablan a nuestro espíritu con una nueva y sutil emoción de arte. Ya no son los salones suntuosos, ni los muebles, ni los tapices, ni las tallas antiguas... Son dibujos amarillentos, deslucidos; pequeñas obras que descubren el carácter inconfundible de su época; bocetos al lápiz, a la pluma y a la sanguina, donde se advierte el rasgo, el movimiento, la composición, y hasta los modelos que hemos admirado otras veces en algunas obras maestras de los más célebres pintores.

Estamos en la planta baja del Museo, ante la serie de dibujos que pertenecieron al coleccionista inglés Sir John Bayley, y que abarca un total de quinientas noventa y siete obras, adquiridas en Roma el año 1907 por iniciativa de la comisión nacional de Bellas Artes.

Muchos de estos apuntes guardan en sus motivos el sello sensual o seráfico del autor. Otros, en su línea ligera y fácil, dan la emoción abstracta del momento que se ha querido impresionar; el trazo, ampuloso o quebrado, tiene a veces intención, es decir, cualidades espirituales y emotivas. Hay dibujos, como la fuente de Benvenuto Cellini, por ejemplo, que están ejecutados con cierta gracia picaresca, llena de sana originalidad, y que revelan un alto sentido estético y un fino concepto de la belleza clásica. En general, viendo toda la colección, se encuentran muy pocos dibujos terminados; parecen ser únicamente modelos esquemáticos de más amplias concepciones artísticas, utilizados, sin duda, en la tarea de expresar bella y afirmativamente la esencia misma de las cosas.

El conjunto hállase valorizado con trabajos de muchos famosos pintores de la escuela alemana, holandesa, francesa, inglesa y española; sin embargo corresponde el primer lugar a la italiana, no sólo por la calidad, sino también por el número de originales, habiendo desde los primitivos del siglo XIII hasta los últimos del renacimiento

EL~TIZIANO
PIEVE~DI~CADORÉ~1490
VENECIA~1576

FRANCESCO~GRANACCI
FIRENZE
1477~1543

FRA~FILIPPO
LIPPI
FIRENZE
1406~1469

SEBASTIAN~LVCIANI~DEL~PIOMBO
VENECIA~1485
ROMA~1547

EL ~ TIZIANO

PABLO ~ EL ~ VERONES
VERONA ~ 1528
VENECIA ~ 1588

LEONARDO ~ DA ~ VINCI
CASTELLO ~ VINCI ~ 1452
CLOUX ~ 1519

Principalmente los primitivos, nos sorprenden por el candor místico de los temas y la rigidez hierática de las figuras. Giovanni Cimabué, que floreció por los años de 1240, o sea en el período pleno donde convergen la exaltación de la fe y la objetividad de la carne, nos deja, en un boceto milagrosamente conservado, esa impresión enigmática que clasifica el sentido gótico en el arte. La manera seráfica de Fra Angélico (1387), ha quedado impresa como símbolo de eternidad en la figura de un monje dominico, cuya cabeza, nimbada de resplandores celestiales, se corona con un letrero donde dice: BEATO-GIOVANNI-FRI RE.

La sensibilidad tierna y sencilla de este pintor, obedece, como todos los de su época, a un pensamiento profundamente religioso y dinámico. Así lo vemos también en la degollación de los inocentes, de Fra Filippo Lippi; el valor de las tonalidades, está conseguido en esta obra con un ligero tinte de sepia.

Sandro Botticelli, el gran reformador de la escuela florentina (1447), nos hace recordar la suprema vibración de su estilo con una virgencita orante, boceto del cuadro al óleo que se conserva en la pinacoteca de Lord Northwick.

También existe otro dibujo más completo del mismo autor, donde aparecen numerosas figuras llevando dos hombres al suplicio. Van agarrotados en una carreta conducida por bueyes y rodeada de varios piqueros armados con rodela y lanza. A la izquierda, un fraile encapuchado, parece invitarles al arrepentimiento de sus culpas. Sobre el fondo recórtase la simple arquitectura de un convento de religiosas, y apoyada en los escalones del pórtico, una mujer que enseña a sus hijos el cortejo de los condenados.

Este pintor de transición, que inicia con otros la era gloriosa del renacimiento, desentumece las figuras del arte gótico, dándoles movilidad y gracia. Poseedor del más amplio y humano concepto de la forma conocido hasta entonces, sus cuadros, esencialmente decorativos, marcan un nuevo punto de orientación en la pintura.

EL ~ GUERCINO
CENTO ~ 1591
BOLONIA ~ 1666

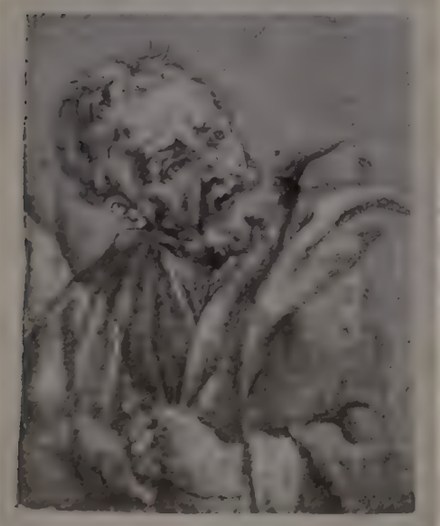
La colección se compone de otros trabajos raros y curiosos, como son los de Giulio Campi, nacido en Cremona el año de 1500; Domenico Aresti, Rafael Sanzio, El Tintoretto, Andrea del Sarto, Leonardo da Vinci, Donato de Nicolo y el caballero de Arpino, pintor de la escuela romana. Sólo de Miguel Angel, hay treinta y ocho apuntes, siendo algunos de ellos los croquis que utilizó el maestro para decorar la Capilla Sixtina del Vaticano.

Un cuadro de costumbres holandesas, firmado por Cruikshank, y algunos más de otros afamados pintores, constituyen lo mejor entre los ingleses; asimismo hay varios de escuela holandesa, tales como un paisaje lavado a sepia por Jacques Dromer y otro de S. de Kieger, que figuró en la galería de Sir Thomas Lawrence.

De Fragonard, pintor francés de fino temperamento, consérvase una linda escena de jardín, ejecutada a la sepia. Tres mujeres sentadas en un banco de piedra, contestan al saludo de un caballero, que se inclina ante ellas con ademán ceremonioso. A la izquierda y frente a una pareja de enamorados que aparecen en primer término, las fontanas elevan sus finos surtidores de cristal, que se quiebran sobre dos pequeños amorcillos de mármol.

El poco espacio de que disponemos, nos impide hacer el detallado estudio que merece esta magnífica colección, donde figuran, a más de los dibujos a que hemos hecho referencia, otros de artistas tan célebres como Rembrandt, Murillo, Rubens, Van der Meulen, Le Brun, Wouwerman y el incomparable Watteau, cuya obra ha reflejado para siempre el espíritu decadente y exquisito de los últimos Borbones de Francia.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE

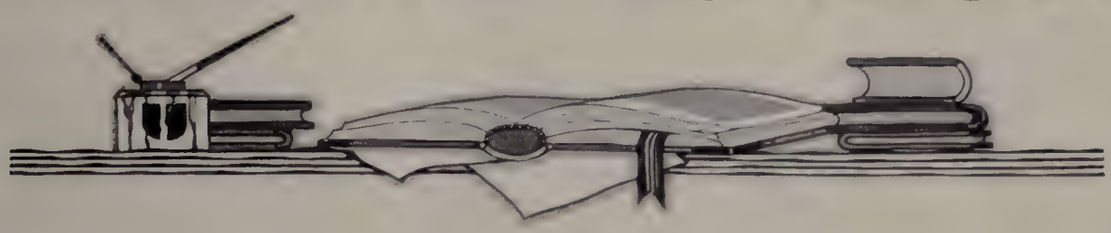


EL ~ TINTORETTO

SANDRO
BOTICELLI
FIRENZE
1447 ~ 1510

GUIDO ~ RENI.
CALVENZANO ~ 1575
BOLONIA ~ 1642

FILOLOGIA RACIONAL



Nuestro léxico está plagado de errores. Para convencerse, no es necesario acudir a profundas y complicadas investigaciones. Muchas, muchísimas palabras alejan por su eufonía el valor de su actual significado, y únicamente la costumbre hace que se acepten aunque el oído las rechace.

Indudablemente, gran número de voces, por sucesivas alteraciones, están bien distantes de su primitivo sonido, destruyendo, por consiguiente, su valor onomatopéyico, elemento importantísimo en la formación de los idiomas. ¿Quién es capaz de afirmar que la palabra etiqueta *viene de las voces latinas* est-hic-quœstio? *¿Qué hay de común en ellas?*

Fundado en estas razones (y otras que a su tiempo irán saliendo), me propongo demostrar, con algunos ejemplos tomados al acaso, las reformas que, con más amplitud, tendrán que ser aceptadas oficialmente en nuestro idioma, puesto que de hecho ya están admitidas por todos.

¿A qué cansar, pues, con áridas demostraciones, si la simple lectura de las palabras elegidas lo evidencian cumplidamente?

ACHURARSE — El escalofrío precursor del chucho.
ALBÚMINA — Manía de las señoritas por poseer albums iluminados.

ALFAJOR — Arma curva de punta y filo. «Blandiendo su *alfajor*».
ALTRUÍSTA — Amigo de subir a las alturas. «Escaló, sin fatiga, las más altas montañas; era un verdadero *altruista*».

ANÍMICO — Débil, exangüe. Si el estado del enfermo es muy grave, se dice *antagónico*.
ARACA — Palabra griega. Aquí pertenece al argot del suburbio, pero su orígen es helénico. *araka, ananké, eureka*, están diciendo que pertenecen al mismo idioma.
ASFALTADO — Se dice a todo aquel que comete una falta.

ASPIRINA — La mujer que aspira a desempeñar un puesto público.
ASTERISCO — Enfermedad que molesta al paciente y a los demás. Generalmente lo padecen las señoras y lo sufren los hombres.
ATORRANTE — Tostado. «Este café está muy *atorrante*».

AUTÓCRATA — El anarquista aficionado a viajar en auto.
BACTERIÓLOGO — El artillero encargado de cuidar las baterías.
BANDURRIA — Enfermedad de los riñones.

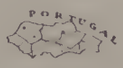
BARCAROLA — Verdura alechugada.
BATUQUE — Nombre de tribu. «Guaraní, Toba, Mataco y Batuque».
BICARBONATO — El que nos trae a casa el carbón dos veces al día.

BOMBÓN — Vocablo muy usado en el arma de artillería. Onomatopéyico como ZUMBA y RETUMBA, que se aplica para significar disparos. SAMBOROMBÓN, es el disparo de una batería entera.
BRONCONEUMONÍA — Hacer pendencia. El que tiene la manía de armar broncas. BRONCONEUMÓNICO, sinónimo de *patotero*.

COMANDITARIA — Enfermedad aguda que se adquiere por el abuso en las comidas.
CONCUÑADO — El que consigue un puesto a fuerza de cuñas, de recomendaciones.

CONTRALOREAR — Enemigo de los loros. (Véase *lorífobo*).
CURTIEMBRE — Mes de reserva para, en caso preciso, prolongar el año a trece meses: «Octubre, noviembre, diciembre y curtiembre».
CHUCRUT — Equivocadamente se le da este nombre a un plato; pero su verdadero significado es un juego. «Juguemos un rato al *chucrut*».

DACTILÓGRAFO — El que saca la cuenta por los dedos.
DILATACIÓN — Acción y efecto de dar una lata formidable.
ESCARLATINA — Música italiana del célebre Scarlatti.

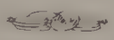


EXTREMAUNCIÓN — Región de España que linda con Portugal.
FILOSÓFICO — Se dice del cuchillo que está bien afilado.
FRENÓPATA — El encargado de hacer funcionar los frenos en los ferrocarriles.

GELATINA — Consonante de uso en nuestro idioma... y en determinados platos.
GUARANGADA — Bebida refrescante que se consume en la Argentina. Suele pedirse en esta forma: «Mozo, una guarangada con soda».

HECTÓLITRO — Filósofo griego, contemporáneo de Demócrito y Heráclito.
HIPÓCRITA — Médico famoso de la antigüedad.

IMPERATIVO — Vendedor de peras.
MAYESTÁTICO — Habitué al Cine Majestic.
MENEGUINA — Pastilla para la tos.



MENTECATO — Masita que se toma empapada en leche o chocolate. «Mentecato de Astorga».
METROPOLITANO — Unidad de medida empleada por los napolitanos.
MORFEO — Dedicado al *morfo*.
MORGANÁTICO — Amigo de Pieport Morgan. Partidario de su sistema.

NECROLÓGICO — Negro de pura raza. Lógicamente negro.
NIQUELADO — Puede decirse del individuo que está exhausto, concluído, completamente *niquelado*.
PENTECOSTÉS — Postre de cocina, así como «Picatoste». De la *familia* de las frituras.

RANTIFUSA — Signo musical. *Fusa, semifusa* y *rantifusa*.

REFRACTARIO — Se aplica a los ladrillos... que no quieren ser ladrillos. Ladrillo *malgré lui*.
RETOBAR — El toba que emigra de su tribu y retorna a ella.

RETRETA — Fotografía de mujer. Cuando es de hombre se dice *retrato*. Cuando es de los dos, se dice *retruco*.
ROMÁNTICO — El artista que sueña con una beca para Roma.
SACARINA — Ocupación predilecta de los panaderos para reducir los panes.

SAGITARIO — El encargado de agitar las bebidas compuestas en las farmacias. El que agita las bebidas antes de usarlas.
SCRUCHANTE — Se dice de las bebidas efervescentes, como el champagne y la sidra.

TABAQUERA — Estuche para guardar la taba.
TANINO — Hijo de napolitano.
TELEFUNKEN — Palabra insultante, despectiva. Equivalente a la frase: «Que te zurzan».
TORTÍCOLIS — Tortilla de coles.

TRANQUILIZAR — Poner trancas a las puertas. Echar la tranquera.
TRUCULENTO — Jugador calmoso de truco.
TURISTA — El uruguayo partidario de las corridas de toros.

ULTRAJE — Muy elegante. El que usa los trajes anticipándose a la moda.
VERDUGO — Vegetal. «Sembró su quinta de lechugas, repollos, verdugos y barcarolas».
YAPEYÚ — Lugar que debe su nombre al abuso de la yapa.

ZAFADURÍA — Oficina pública. «Ese asunto lo despacharán en la zafadurría».

ANTONIO CAÑAMAQUE.
(DE LA ACADEMIA DEL IDIOMA.

DIBUJOS DE ÁLVAREZ.

EL ARTICULO 14 DE LA CONSTITUCION

POR ALBERTO TENA

Hace tiempo que el señor Patricio Morantes Blanco, escribano de registro, laborioso y buen padre de familia, me honra con su amistad. Don Patricio es una persona de cuarenta y cinco años, alto, bien cumplido de carnes, con una cabeza grande escasamente cubierta de pelo. Su cara es simple, exuberante de franqueza y de color rojizo, con una nariz abombada, boca chica, coronada por un bigote tan puntiagudo y tan áspero que le da un aspecto pintoresco. Sus ojos son viva expresión de sus honrados sentimientos.

Muchas virtudes transparenta su vida; pero las que más lo individualizan son las de ser metódico, trabajador y opositor a toda política oficial. No hay remedio de ninguna clase. No valen consejos ni insinuaciones. El es opositor.

Cultivar la política en forma de combate es, no hay que dudarlo, un signo de patriotismo acendrado. Y como don Patricio es hombre que no carece de lecturas, afirma siempre que todo poder gubernativo, como claramente lo establece Platón en *La República*, debe ser fiel imagen de la justicia. Y esa fidelidad no la ve nunca en los gobiernos. Por lo demás, ahí está la Constitución que ampara a todo ciudadano para expresar libremente y sin previa censura sus ideas y pensamientos.

Don Patricio vive en una florida localidad, a treinta kilómetros de la metrópoli, en una casita de una arquitectura imposible de ser clasificada en ningún estilo, pero llena de luz y de aire. Está rodeada de plantas, circundada por una verja de alambre. En su frente, en letras blancas, se lee: «La María». Y allá me fuí el domingo para visitarlo e informarme de su salud. Su escritorio hacía varios días que no se decoraba con su cuerpo monumental, ni se animaba con su conversación abundante y sonora.

Hasta mis oídos llegó la noticia de que un grave disgusto había perturbado hondamente su ánimo y el de su apreciable familia. Y como el pueblo de su residencia estaba agitado a la sazón por cuestiones políticas, me hice, no sin cierta inquietud, la siguiente reflexión, que me dispuse a trasmitírsela cuando lo viera:

— He ahí, amigo don Patricio, los serios inconvenientes de ser opositor en todo lugar debidamente oficializado.

Don Patricio es un temperamento sanguíneo, dado fácilmente a la vehemencia, y como buen ciudadano, asistido por sus derechos, no usa el eufemismo para opinar.

— En política, amigo, — me dijo después del saludo y de haber escuchado la antecedente reflexión mía, — no son claras únicamente la tiranía, la oligarquía y la demagogia. ¿Dónde va a parar la libertad de las instituciones? ¿Qué crimen mayor que el coartar la libertad de palabra?

Don Patricio, la cara roja y el ademán expeditivo, estaba cubierto de indignación y de un flamante traje blanco. Su familia, con propósitos de paz, lo invitaba a que regase el jardín, los rosales y una hermosa hiedra que bronceaba plácidamente uno de los muros de la casa.

Y fuí a acompañarlo para escuchar de sus labios el dramático episodio en el que ocupara el puesto principal. La historia me fué narrada con toda clase de informaciones. El detalle era minucioso, el cuadro bien pintado, lleno de color y de ambiente.

Y junto con esa abundancia descriptiva, no le faltó a don Patricio el comentario mordaz, algún chiste y, sobre todo, la referencia histórica de los derechos políticos de la humanidad.

Afirma un filósofo que han sido necesarios mayores esfuerzos para hacer tangible la idea de que el hombre es libre que para saber que la Tierra gira alrededor del Sol. Y el relato que sigue parece que esos esfuerzos y esa tangibilidad pueden discutirse desde el punto de vista práctico.

Don Patricio Morantes Blanco, escribano de registro, honorable padre de familia, es, en este caso, una figura fehaciente, una estatua simbólica. No fué hombre libre, ni tuvo el ejercicio de sus derechos.

Es digno, pues, de que la historia lo considere como una víctima.

La libertad de reunión y de palabra son, por así decirlo, las fuentes del libre albedrío. Y bajo la caricia cordial de este magno principio, don Patricio se prestó, acompañado de su hijo primogénito, a repartir en la estación de su pueblo unos volantes impresos con leyendas contrarias al poder oficial.

¿Qué sentimiento le impulsaba a ello? Sería necesario entrar en una extensa exposición de hechos para ver cuánta era su sinceridad y cuánto su entusiasmo. Entraban en tal determinación razones económicas, morales y cívicas. El poder local era absorbente. El ejercicio de la libertad yacía, en su localidad, profundamente dormido en un desván. Luego, el caudillaje, los impuestos crecidos, el despilfarro...

Así, pues, consideraba hacer un servicio al país. Y para que el acto tuviese una eficacia mayor, a todo conocido a quien entregaba un papel pronunciábale aforismos políticos, rudos y lapidarios, es cierto, pero dentro de una moral inatacable.

Y en estas funciones cívicas tan legales e inofensivas, don Patricio fué interrumpido por un agente policial:

— *Veía, está prohibido repartir papeles en el andén...*

Todos los ciudadanos están regidos por los mismos derechos; pero el que inviste título de autoridad, define siempre.

Comprendiólo así mi amigo, y como hombre de orden, se fué hacia la calle a continuar su propaganda.

— *Veía, está prohibido repartir papeles por la caye...*

Esta vez, don Patricio reflexionó en el artículo 14 de la Constitución. Con voz fuerte recitóselo al guardia, con aclaraciones y comentarios. Estaba en su derecho y nadie podía impedirle dar libre curso a sus ideas.

— Ahí está la Constitución, amigo, ahí está... ¿Qué me dice?

El porte voluminoso de don Patricio, la firmeza de su ilustración y de su elocuente vocabulario hicieron meditar al agente, quien se quedaba perplejo ante la solemnidad de los términos. Hasta las rocas se ablandan con la razón, a veces, según el criterio optimista.

Al primer agente unióse otro de grado superior, también ciudadano libre, pero acicateado por el mandato jerárquico.

— *Proceda, no más, agente, proceda...*

La autoridad es un instrumento implacable, ciego. Está distanciado mentalmente de los resortes éticos. Ejecuta y procede. El examen de los derechos compete a los tribunales; pero, entretanto, cumple su misión.

Por eso don Patricio y su hijo viéronse obligados a entregar los volantes y a seguir al agente hasta la comisaría. Aquello, dado el diapasón opositor del propagandista, era un desorden perfectamente calificado por las ordenanzas. Lo de la Constitución y el tema de los derechos del hombre y del ciudadano que tanto lustre dan a las oratorias corrientes, era asunto de altos estudios. El seguir a la autoridad hasta la comisaría, en cambio, no pasaba de ser un acto práctico y usual. Don Patricio poseía, innegablemente, sus derechos para repartir papeles de propaganda política llamados a despertar la conciencia del pueblo, en el presunto caso de que pueblo y conciencia fueran susceptibles de interesarse por la marcha política de la localidad. El agente, a su vez, tenía el deber, tan sagrado como el derecho, de cumplir con sus importantes obligaciones. Tenía, además, como guardia de campaña, un rebenque, un sable sonante, ancho como una mano, un bonito revólver y una cara ligeramente prehistórica. Era, así, una institución ante la que se estrellaban las razones jurídicas y constitucionales de don Patricio. ¿Quién le mandaba ser opositor sistemático?

La llegada a la comisaría no fué nada transcendental, como lo iba suponiendo por el camino don Patricio. Allí fué recibido con indiferencia, y la única palabra que le dijeron fué la siguiente:

— Siéntese...

Un reloj de pared cuyas agujas iban circulando ante sus ojos, hízole tener la visión de la perfecta neutralidad de aquella casa, pues nadie mostraba interés alguno ni se preocupaba por su presencia. Estaba sentado con su hijo en uno de los bancos del inhóspite escritorio, en una de cuyas paredes hallábase colocado un retrato solemne de cierto político contrario a sus ideas. Fué lo que más impaciencia le produjo, a él, ¡opositor tenaz de tamaño caudillo! Pero como era hombre de ideas y de ilustración, sus impaciencias cedieron ante su razonamiento.

— Un eminente jurisconsulto, — dijo a su hijo, — afirmaba con gran juicio lo siguiente: la detención o prisión injusta de un hombre libre es la más odiosa de las injusticias. Y para eso fué creada la ley del «habeas corpus», «habeas corpus»...

Entretanto las agujas del reloj seguían su marcha inevitablemente, indiferentes, como cómplices tácitas de aquella detención. Fué un oficial de policía el que vino, ya cercana la noche, a resolver el episodio. Don Patricio se explicó con palabras mesuradas, graves y eruditas.

— ¿Qué ley, señor, autoriza este abuso? ¿Dónde quedan los derechos del ciudadano? La Constitución me ampara en toda las formas...

— Contravención simple; treinta pesos de multa.

Esa respuesta de la autoridad no correspondía al espíritu legal de don Patricio; pero fué una respuesta terminante. El oficial habló cual un oráculo, cual una fría Pitonisa fiel intérprete del orden y de la seguridad públicas.

La cartera de mi amigo quedó alivianada después de aquella oblación. Y saliéronse don Patricio y su hijo con el ánimo contrito ante la adversidad del día, ante aquella imposición rígida e inexorable. La Constitución había sido violada y los nervios de mi amigo llevados a una crisis que le obligó a guardar cama durante los días cabales de una semana.

— Hijo mío, — había dicho melancólicamente a su mayorazgo, poniéndole su pesada diestra en el hombro, — si llegas alguna vez a ser autoridad o gobierno, sírvate este suceso como ejemplo insuperable de la arbitrariedad y de la opresión.

Cuando me despedí de él quedóse aliviado. Su larga plática había encontrado una favorable y cordial recepción.

Prometió venir a mi casa para que le prestara unos libros, pues necesitaba de ellos a fin de documentarse en forma amplia. Don Patricio Morantes Blanco piensa recurrir en queja ante la justicia del fuero federal.

DIBUJO DE ALONSO.

El Romance de la Infantina

Allá va la Infantina de Francia, una doncella principal y caprichosa, cuyo nombre perdióse entre los versos de un trovador anónimo, pues, a veces, no hay tumba más callada que la poesía. "De Francia partió la niña, de Francia la bien guarnida: vase para París, do padre y madre tenía." Era discreta, porque a persona humana refirió la aventura que le hizo dejar el regalo de la corte, tan discreta que los libros de caballería no saben el secreto. "Errado lleva el camino, errada lleva la guía: arrimárase a un roble por esperar compañía." Era muy hermosa; en sus ojos de mirar triste brillaba un no sé qué de pícaro. Adivinábase la menudez de su cuerpecito oculto por la prodigalidad de su rígida vestimenta. "Vió venir un caballero que a París lleva la guía." Tampoco os dirán las novelas caballerescas quien fué ese caballero. "La niña desque lo vido de esta suerte le decía: Si te place, caballero, llévesme en tu compañía." El desconocido detuvo su caballo, y después de tasar con certera mirada la calidad y la hermosura de la muchacha: "Pláceme, dijo, señora, pláceme, dijo, mi vida. Apeóse del caballo por hacerle cortesía; puso la niña en las ancas y él subiérase en la silla". París andaba cerca, poco más allá del bosque. Para saborear el leve y tibio contacto, refrenaba su caballo el caballero. "En el medio del camino de amores la requería. La niña desque lo oyera díjole con osadía: Tate, tate, caballero, no sagáis tal villanía: hija soy de un malato y de una malatía; el hombre que a mí llegase malato se tornaría". La hija de un leproso y de una leprosa, una niña que ocultaba bajo sus lujosas vestiduras la dolencia del mendigo. "Con temor el caballero palabra no respondía. A la entrada de París la niña se sonreía" Y era un murmullo de risa, un reprimido murmullo de risa picaresca, burlona, palaciega. "¿De qué os reís, señora? ¿de qué os reís, mi vida? Riéme del caballero y de su gran cobardía: ¡tener la niña en el campo y catarle cortesía!" Raro misterio es el corazón de las niñas coquetas: "Con vergüenza el caballero estas palabras decía: Vuelta, vuelta, mi señora, que una cosa se me olvida. La niña como discreta dijo: Yo no volvería, ni persona, aunque volviese, a mi cuerpo tocaría: hija soy del rey de Francia y la reina Constantina: el hombre que a mí llegase muy caro le costaría." Aquí termina el Romance de la Infanta de Francia, que debéis leer despojándole de tanto prosaico comentario. Es un granito de picante pimienta que un joyero del idioma engarzó en una montura de oro viejo.

Eduardo del Az

Siria Imaginero de las Infantinas

DE LA ANTI

A línea recta, el cuadrado y ese afán de modernizarlo todo: he aquí lo que distingue a las ciudades de provincia argentinas de sus similares españolas. Añádase a estas características una mezcla de acentos extranjeros traída por el aluvión inmigratorio, vocablos de idiomas indígenas y el dejo peculiar de cada comarca. A pesar de tales diferencias, el español nunca hallará en las ciudades de la República esa «incómoda comodidad» que aun el viajero rico siente en toda villa extranjera.

La raza se reconoce única y sólo ve en esas sus variedades el producto de una evolución, por medio de la cual la tierra incorpora al hombre y se transforma en patria para conseguir que la labor humana triunfe de los siglos.

Comparados los planos de Córdoba de España y de su homónima y ahijada nuestra Córdoba de la Argentina, solamente apercibiremos que aquélla está surcada por calles que parecen arrugas, signos de una vejez legendaria. Las calles de la joven y sabia Córdoba que Jerónimo Luis de Cabrera fundó en 1573 son tersas, rígidas. Aquellos hombres habrían inventado la geometría, si esta ciencia no hubiese existido. La apropiación rápida del suelo fué en el remoto Egipto y en la India la madre de los teoremas geométricos.

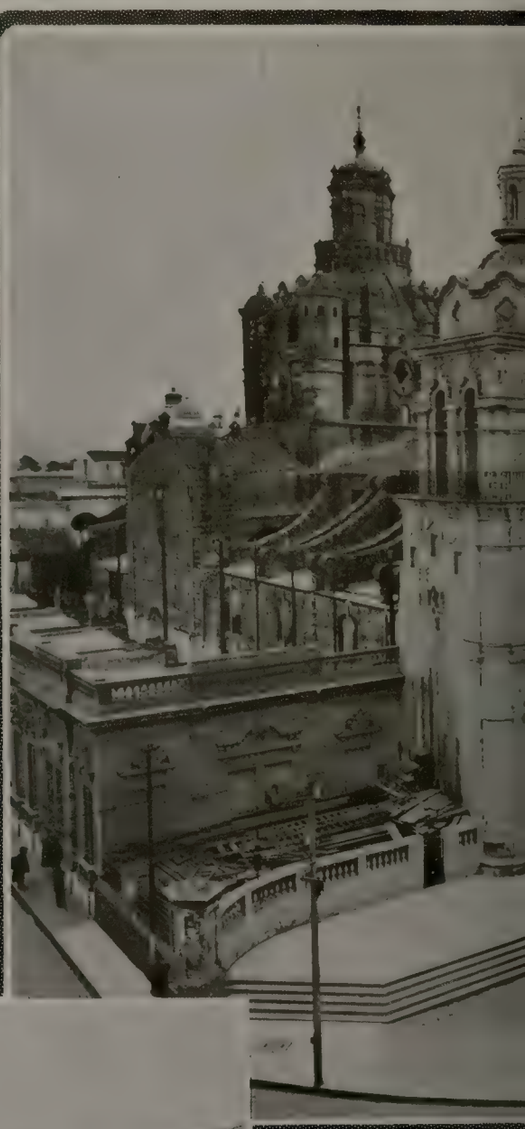
Pero se da el caso digno de tenerse en cuenta, que estas ciudades «tiradas a cordel» consiguen patrocinar y custodiar firmemente sus monumentos tradicionales, con tanta fuerza como las villas donde la arquitectura legendaria se defiende tras los recovecos de sus calles. El vendaval de la modernización puede correr sin obstáculos por las vías inflexibles, sin lograr su intento de destruir lo antiguo.

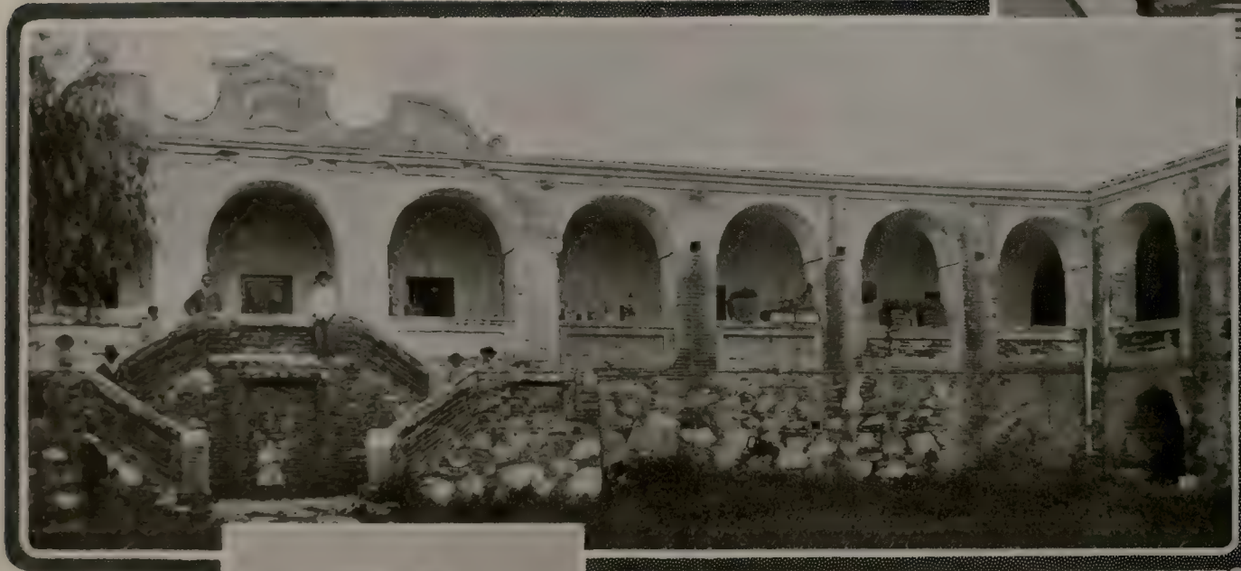
De todas las ciudades argentinas, la noble y erudita Córdoba es la que con mayor perseverancia supo mantener el doble tesoro espiritual y material legado por las generaciones de un pasado viril. A esta obra de patriotismo culto ha cooperado admirablemente el suelo cordobés rico en mármoles, piedras de construcción y argamasas. Sin ayuda de la naturaleza, el hombre no podría hacer las obras que el tiempo respeta y avalora.

La Universidad de los Cabrera, Fúnes, Gorriti, Castro Barros, Molina, Bedoya, Agüero, Castro, Paz, Agrelo, Caballero, Corro, Vélez Sársfield y tantos ingenios cultivados en aquellas aulas, es la hoguera donde eternamente arde ese amor a las tradiciones nacionales y universales que distingue a los cordobeses.

Esta universidad constituye uno de los más firmes lazos de unión entre la madre patria y la Argentina.

La Catedral, joya de la arquitectura católica, es la piedra angular de la devoción hacia el glorioso pasado. El señor Urien, cronista insuperable de la historia cordobesa, la describe con palabras que merecen ser siempre reproducidas: «sus detalles, algo toscos si se quiere, le dan un carácter arcaico, y nos hacen mirar con cierto respeto este templo, el más antiguo como monumento arqui-





LA

CASA · DEL VIRREY SOBREMONTE QUE · AHORA PASA · A · SER MUSEO NACIONAL.

CLAUSTRO DEL COLEGIO

IGLESIA

tectónico, que las generaciones pasadas levantaron en suelo argentino. En su interior se pueden admirar algunos buenos cuadros de la escuela española, grandes y curiosísimos muebles de madera tallada, con incrustaciones artísticas, y un rico tesoro de objetos de orfebrería de oro y plata macizos, ofrecidos al Dios de la paz por los aventureros y conquistadores españoles.»

El palacio del virrey Sobremonte, convertido ahora en Museo Nacional, encierra todos los rasgos del coloniaje y es un trozo de historia viva, donde el pasado se nos presenta para sugerirnos amor a la antigüedad bella.

Y en todas partes, en las iglesias y en las casas, en los alrededores de Córdoba y en toda la provincia, como lo demuestra el artístico monumento de Cruz del Eje, existe un tesoro de inmenso valor.

A cambio de esta devoción por las cosas y los hombres del terruño, éste concede una ecuanimidad ambiente, una idiosincrasia que tiene mucho parecido con la felicidad. Sombra enérgicamente dibujada sobre el blanco lienzo del alma, es sin duda este trasunto de la felicidad que el ser humano alcanza en la paz de las ciudades creyentes, llenas de fe.

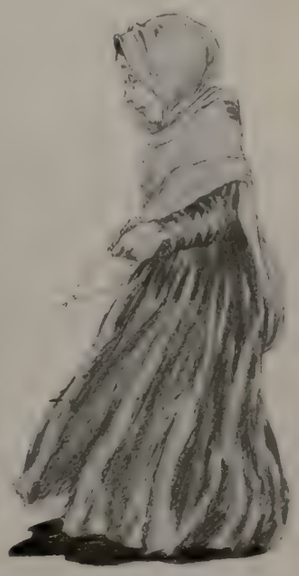
Y este plácido regalo del corazón amante que los enemigos de las innovaciones a «outrance» saborean, se traduce en belleza femenina, en bienestar, en todo eso que alegra la existencia.

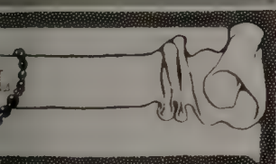
No es Córdoba una adversaria tenaz del progreso, sino que, aconsejada por su espíritu tradicional, sabe aquilatar todo adelanto, toda cultura, para aceptarla cuando resulte oro de ley y no cuentas de vidrio, de aquellas con las que se engañan los civilizados salvajes tan bien como los indios ingenuos de nuestro continente.

Hay, pues, en el espíritu de la antigua Córdoba, espíritu que llegó hasta sus actuales habitantes, una virtud digna de sana envidia, y merecedora de gustarse y adquirirse por medio de la convivencia. Por eso, que no encontrará el lector en más populosas y ricas ciudades, por esa paz de aldea sana, debemos hacer incesantemente una predicación patriótica. Mil veces y en todas las ocasiones lo repetiremos: quien pudiendo costearlo no realiza un viaje de exploración por el territorio de su país, tiene una deuda incumplida para con su patria. Traduzcamos la palabra exótica de «tourismo», adaptándola a nuestros usos y a nuestras conveniencias. Y no es traducirla eso de quitarle una o para decir «turismo», sino hacerla comprender a fuerza de pronunciarla. Los negocios, las enfermedades y las visitas oficiales son los únicos resortes que empujan al argentino a visitar el interior. Negocio, utilidad y visita oficial al mismo tiempo toda excursión turista a provincias, porque útil, dulce y sano es aprender la anatomía de ese enorme y bendito suelo argentino.

El amor a la patria, sentimiento sintético de todos los amores que contiene la tierra natal, se acrecienta y se afirma por medio del análisis.

GABRIEL DURIEN.





IGLESIA Y COLEGIO DE ALTA GRACIA

VERJA DEL ZAGUAN Y PATIO DEL REFUGIO DE SOBREMONTE

Z DEL EJE

Chile
Centenario de la batalla de Maipú

CONCURRENTES AL BANQUETE OFRECIDO POR EL PRESIDENTE SEÑOR SANFUENTES A LA COMISIÓN ARGENTINA.

EN MAIPO. LLEGADA DE LA COMITIVA OFICIAL.

Las Repúblicas Argentina y Chilena han conmemorado solemnemente el centenario de la batalla de Maipú. Más que la cantidad y el lujo de las fiestas celebradas, brilló la esplendidez de un sentimiento unánime: el hermanazgo de los dos pueblos.

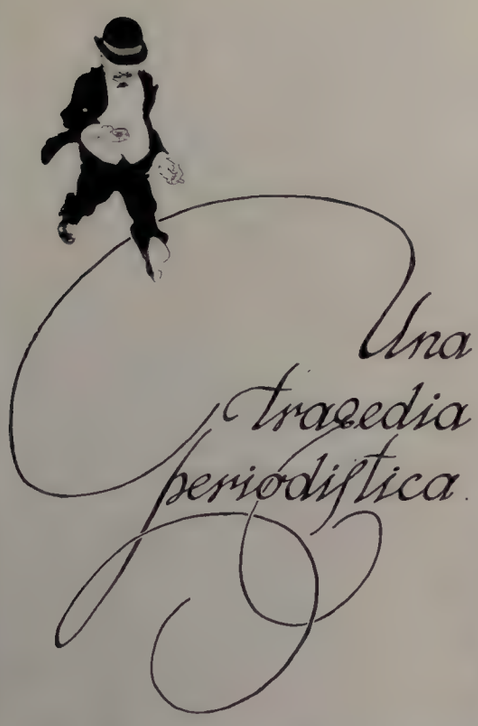
Esta demostración de verdadera confraternidad es el mejor homenaje a la memoria de los héroes que en Maipú recibieran su comunión de sangre sobre el altar de las dos patrias. Chilenos y argentinos sienten en su alma el impulso generoso que San Martín y O'Higgins tradujeron en aquel abrazo.

La inmensa Cordillera no fué obstáculo bastante para contener el ansia libertadora del Gran Patriota. El genio de San Martín y el genio de la raza la franquearon trepando por los desfiladeros, como cóndores que llevasen una inmensa carga. Así se realizó por primera vez la unión espiritual de los dos pueblos, que durante el coloniaje nunca se habían conocido ni ayudado.

Tampoco para el genio de ambas Repúblicas puede el Andes presentar una barrera infranqueable. Así lo demostraron, con firme y recíproco cariño.

Que esta gloriosa fecha del combate libertador constituya el primer día de una era de unión cordial y fructífera.

EL MONUMENTO A LOS HÉROES DE LA BATALLA DE MAIPÚ.



Era el año 82 del siglo pasado. Don Manuel Láinez me había dado un puesto en la redacción de «El Diario», que acababa de fundar. Una tarde, a las cuatro más o menos, me llamó a su escritorio y me dijo:

— El vapor sale a las cinco. Váyase en él y mande información telegráfica y epistolar sobre ese bárbaro asunto que está pasando en Montevideo, del que resultan víctimas los italianos Volpi y Patroni.

— Voy a casa a buscar ropa, le contesté.

— Váyase con lo puesto.

Obedecí. A las cinco de la tarde estaba en el vapor y a la madrugada siguiente en Montevideo. Me alojé en el «Hotel de las Pirámides» y, al pedir habitación, el camarero inquirió dónde estaba mi equipaje.

— Los periodistas en campaña, nunca tienen equipaje, le dije. Y para mis adentros pensé que no lo tienen ni en campaña ni en poblado.

Visité, por la mañana, las redacciones de los diarios. Don Daniel Muñoz, el famoso Sansón Carrasco, dirigía «La Razón». Me atendió deferentemente. Me dió toda clase de informes y me auxilió de la manera más eficaz para que llenase mi comisión. A las once de la mañana, yo ya había expedido tres telegramas al diario y a las once y media estaba tranquilamente sentado en el hotel, comiendo unos sabrosos riñones al vino Jerez que en las «Pirámides» preparaban deliciosamente.

Estaba yo en los postres, pensando en el triunfo periodístico que aquella campaña me habría de proporcionar, cuando penetraron al salón cuatro caballeros, correctísimamente vestidos, que parecían ser grandes señores. Se sentaron a una mesa muy próxima a la mía y pidieron de almorzar. Durante los primeros dos platos, la conversación no fué muy abundante, pero a medida que el almuerzo avanzaba, los caballeros iban siendo más explícitos, más expansivos. Uno de ellos, especialmente, se hacía notar por las agresiones veladas que en su conversación hacía contra el dictador Santos. No disimulaba su mal humor y su contrariedad por el asunto Volpi y Patroni, que había producido contra el gobierno un verdadero estallido de indignación.

La conversación me iba interesando. Yo estaba semi-oculto entre dos cortinas verdes, al lado de una puerta de calle que daba al costado de la Matriz. Sospeché que de aquella conversación iba a sacar algún detalle útil a mi función periodística y me puse a escuchar con redoblada atención.

Al poco rato, el caballero que estaba exaltado contra el dictador Santos, exclamó:

— Yo le voy a enseñar al general, que no se juega con los hombres. Hoy mismo presento mi renuncia para que otro cargue con el mochuelo del Ministerio. Y metiéndose la mano en el bolsillo de la levita, agregó:

— Aquí la tengo escrita.

Abrió el papel y leyó la renuncia, que yo copié de oídas desde mi escondrijo. Excuso decir que tres minutos más tarde estaba yo en la oficina del telégrafo trasmitiendo la renuncia del Ministro Vilaza, que él era el dimitente. Satisfecho de la proeza periodística que la Divina Providencia me había deparado, satisfecho de mi almuerzo, sabroso y abundante, satisfecho por el habano que saboreaba y que había comprado por tres reales en una cigarrería del tránsito, me puse a recorrer la ciudad.

A las tres de la tarde estaba de regreso en el Hotel y me había echado en la cama a hacer una pequeña siesta, cuando, entre dormitando, oí que alguien golpeaba a la puerta de mi cuarto con los nudillos de los dedos. Salté de la cama y como estaba vestido, abrí inmediatamente la puerta. Un hombre bajito, delgado, de perita rubia, regularmente vestido, me preguntó:

— ¿Es usted don Pablo Della Costa?

— Sí, señor.

— ¿Corresponsal de «El Diario» de Buenos Aires?

— Sí, señor.

— Bueno. Entonces tenga la bondad de acompañarme. Soy oficial de policía.

Me alarmé, pero disimulé mi alarma. Un periodista nunca debe tener miedo, aunque lo tenga y aunque se trate del dictador Santos. Pregunté al oficial, cuál era la causa por la cual se me llevaba preso. Me dijo que lo ignoraba y que sólo cumplía con la orden que había recibido de detenerme. Salimos del Hotel, costeamos la Plaza de la Matriz y entramos en el Departamento de Policía, ubicado en los bajos de la Sala de Representantes. Sin agregar palabra, el oficialito me hizo encerrar tranquilamente en un calabozo.

No las tenía todas conmigo. La situación del país, los atropellos que se cometían, el terror que había infundido el gobierno de Santos, me hacían prever cosas desagradables. Mil ideas de terror me cruzaban por la imaginación. Pensé en el ministro argentino, que lo era entonces el doctor Moreno. Pensé en la escuadra, en el ejército argentino, en el general Roca, en todo lo que representaba fuerza, y pensé en mi mujer y en mis hijos y en todo lo que me ligaba a la tierra, y concluí por convencerme que mi situación era desesperante.

A las cinco de la tarde, después de dos horas mortales de angustia, me sacaron del calabozo y me condujeron al salón del jefe de policía, un salón largo, tapizado de rojo, con los retratos de Artigas, de Flores, de Latorre y de Santos. Un hombre alto, que presumo fuese el jefe de policía, de pie, al lado del escritorio, me preguntó con voz enérgica y corta:

— ¿De dónde ha sacado usted la noticia de la renuncia del doctor Vilaza?

Respiré, y, rápidamente, hice el proceso evolutivo de mi información. Mi noticia había sido retrasmitida de Buenos Aires a Montevideo y como probablemente el doctor Vilaza no había presentado su renuncia hasta la hora en que fuí preso, había causado sensación en el gobierno. Libre ya de temor contesté con una audacia propia de mi profesión:

— Es un secreto periodístico, señor; no puedo contestar.

Me metieron de nuevo en el calabozo. A las nueve de la noche me llamaron otra vez. No tengo para qué decir que durante esas nuevas cuatro horas de prisión estuve más contento que un chico con un par de zapatos nuevos.

La segunda interrogación fué igual a la primera y mi respuesta absolutamente idéntica a la anterior. Y como consecuencia de esto, me volvieron a meter en el calabozo.

A las diez de la noche empecé a sentir apetito. Los riñones al vino Jerez estaban lejos de mi vista y de mi olfato. Pensé que no era conveniente estirar la cuerda. A las doce empezaba a creer que los empecinamientos periodísticos que tienen relación con el estómago son siempre perjudiciales. A la una de la mañana me volvieron a llamar. El mismo hombre, siempre de pie, al lado de su escritorio, me hizo por tercera vez la pregunta consabida.

— Es un secreto periodístico, señor, le dije, que sólo puedo revelárselo al mismo doctor Vilaza, y, o me llevan a su casa, o lo hacen venir aquí para que yo se lo revele.

El doctor Vilaza estaba en la pieza contigua. Lo llamaron y cuando se acercó a mí, lo llevé a un rincón del salón enorme y le dije:

— Vea, doctor, cuando usted quiera renunciar, no lea su renuncia en los hoteles, porque los hoteles tienen oídos y alojan periodistas extranjeros que de todo quieren hacer un triunfo para su diario.

Inmediatamente fuí puesto en libertad.

El doctor Vilaza había desistido de presentar su renuncia.

Aventura de Hotel

Habitaba aquel hotel de la rua de Cattete una sociedad heterogénea, pero toda en buena situación. El propietario se enorgullecía de albergar al senador Gomes con sus inmundas levitas, al ex vicepresidente de la ex misión de Méjico, a la primera ex gran actriz de revistas con su perro, a Mme. de Santarein, divorciada por cuarta vez en distintas religiones, al barón de Somerino del Instituto Histórico, a un comerciante tuberculoso llegado de las altitudes suizas con su enorme fardo de esposa, al ingeniero Pereira con su mujer, con sus siete hijos, con su criada, a la notable trágica Zulmira Simões de regreso de una jira por las provincias en compañía del elegante Raymundo de Souza, a dos señoras viudas, solteras o perfectamente casadas, en fin, todo un mundo muy variado, pero que pagaba bien. Por lo demás, el propietario, como lo aseguraba la ex estrella de revistas, estaba a la recíproca; esto es, los servía delicadamente. Había electricidad en todos los cuartos, un baño de lluvia en la azotea y un cocinero chino.

A la hora del almuerzo era curioso ver toda aquella gente en la sala del piso bajo ornada de palmeras y de flores comunes, entre los pulidos metales de la vajilla de mesa. El comedor tenía el techo bajo, con una luz de claraboya; parecía un submarino o un acuarium. Por lo menos a mí. Las actrices tomaban aires graves de peces evolucionando ceremoniosamente en el fondo de las aguas para cumplimentar a las damas que no eran de teatro: los hombres eran reservadísimos. Todos comían silenciosamente, cada uno en su mesa, oyéndose a penas el ruído de los cubiertos. Sólo cuando aparecía un huésped nuevo, surgían frases breves.

— ¿Quién es?

— El diputado Gomensoro.

¡Ah!

Siempre grandes nombres, gente importante, un conglomerado blasónico de celebridades de la burocracia y títulos bombásticos. Y por la noche, en el zaguán de entrada, zaguán de mármol que el gerente guarneciera de vieja tapicería y adornara de un indecible moblaje cuyo estilo oscilaba entre el otomano, el belchior y el inglés confortable, podía verse a los representantes de todas las clases sociales desde la diplomacia hasta el «trololó».

Precisamente teníamos dos nuevos huéspedes, el viejo ministro del Supremo Tribunal, Melchior y su sobrino Raúl Pontes, joven elegante, vivaz, espiritual, con veinte años irresistibles. Todos en el hotel respetaban a Melchior y gustaban de Raúl y nadie olvidara su «verve» cuando el diputado Gomensoro, después de estrecharle la mano, notó la falta de su reloj. ¿Dónde se había ido el reloj? ¿En el tranvía? ¿Robado? ¿Salió Gomensoro con él? El doctor Raúl Pontes reía de todo corazón. El reloj se había evaporado seguramente. Era el calor. Y fué muy oportuna aquella broma, tanto más cuanto que el viejo Melchior, representante de la justicia, mostrábase incomodado.

Al día siguiente, al vestirme para el almuerzo, acordéme que en mi corbata crema había quedado un alfiler de turmalina azul con brillantes del Cabo, linda alhaja y lindo regalo. Abrí el cajón donde lo dejara la noche anterior. No estaba allí. Abrí otros cajones, removí los baúles, todos los muebles. El alfiler había desaparecido. Quise prevenir al gerente. Pero me contuve. Podía haberlo tirado en algún rincón. Cuando se busca un objeto la gente lo ve sin verlo. Además, una queja sin pruebas contra el criado atraería su mala voluntad. Menor tal vez que una queja con pruebas, pero siempre lo suficiente para ser mal servido. Y yo soy prudente. Tres o cuatro días después, el senador Gomes, que sólo tiene libros y ropa vieja en su aposento, preguntóme de repente:

— ¿Usted tiene un alfiler de turmalina azul, no?

Además de prudente, yo soy inteligente. ¿Por qué diablos, en aquel hotel distinguido, el senador indagaba por un alfiler desaparecido? ¿Se trataba de una broma? Era poco propio para su alto cargo legislativo, pero para mí sería una prueba de simpática confianza. Me hizo el efecto de un papirotazo en el vientre. Respondí:

— Sí, tengo. ¿Por qué me lo pregunta? Aun hoy salí con él...

Gomes había trabado con la genial Zulmira Simoes, oráculo teatral de aquí y de allende los mares, una discusión superior sobre Calderón de la Barca, a quien, ambos imputaban varias piezas de Lope de Vega. En tan elevada esfera del drama español, Gomes no respondió a mi pregunta, y yo, que aquella noche no salí de casa, al retirarme antes del té, sólo encontré en el corredor al viejo Melchior muy abatido, cerré la puerta por dentro, dormí y al día siguiente noté la falta de mi portamonedas de plata. ¡Cosa estúpida al final!

El ladrón,— porque era un ladrón, no cabía duda, — ladrón o bromista sin gracia, había dejado mi cartera y había dejado hasta los níqueles para significarme seguramente que aquello era suyo y que estaba allí porque él volvería. ¿Qué hacer? ¿Prevenir al propietario? ¡Pero yo estaba en un hotel tan distinguido! ¡Era poco correcto y causaría el desequilibrio en la confianza general! ¡No! Era mejor esperar.

Al día siguiente, al volver de escuchar «Don César de Bazán» con Zulmira Simões y el brummeliano de Sousa, cuando éste subía, la actriz le murmuró:

— ¡Ah! Amigo mío, este hotel tiene cosas curiosas... ¿Sabe que fuí robada?

— ¿Seriamente?

— Sí. El objeto tiene un valor relativo, era un dije que me dió Raymundo cuando nos conocimos. No le diga nada, que le incomodaría. Por lo demás, no soy la única. Al doctor Pontes le robaron su portamonedas.

— ¡Como a mí!

— ¿Al señor también? ¡Pero estamos en la caverna de Alí-Babá!

Felizmente horas después estallaba el escándalo. Por la mañana, Mme. de Santarein quejóse porque le robaron su «face a main» de madreperla con incrustaciones de oro dibujadas, decía ella, por un pintor húngaro. Y el gerente echó al criado Antonio porque a él le faltaban también repasadores y servilletas, dos o tres perdió. Antonio salió protestando, furioso. Hasta amenazó con un proceso por daños y perjuicios. Era un ladrón cínico. Y durante el almuerzo la conversación se generalizó. Nadie había escapado. Lo que pasó conmigo le aconteció a de Sousa, al barón de Somerino, al comerciante tuberculoso, al ex vicepresidente de la ex misión mejicana, a la estrella de revistas, al doctor Melchior. Todos habían sido robados. Y lo confesaban desahogándose. Se recordaban circunstancias especiales. El doctor Pontes, nuestro caro Raúl, preguntó a la genial Simões:

— ¿Usted andaba buscando al ladrón aquel día que la encontré en el corredor?

— No; aun nada sabía. Tenía a penas un presentimiento. Opino que debían haber prendido al hombre.

— ¡Pero si no hay pruebas! — exclamaba madame de Santarein. — ¡No encontraron nada! Era muy hábil. El día que desapareció mi «face a main», no había salido de su cuarto.

— Robos extraordinarios...

— Estamos bajo el dominio de ladrones geniales. Necesitamos de un gran detective para descubrir el crimen...

— ¿Y prender al sirviente Antonio? ¡Para ladrones de ese género basta nuestra policía!

Además, el tal Antonio, más que ladrón parecía un enfermo. Porque el hombre nunca robó dinero y las servilletas del hotel eran insignificantes en cuanto a su valor. Mas, fuese ladrón genial o enfermo, Antonio se fué y volvió a renacer la confianza. Pasamos así una semana y con gran pasmo nuestro, Mme. de Santarein y la actriz Zulmira Simões, el mismo día, a la misma hora, encontraron encima del lavatorio, una su «face a main», y la otra su dije.

— ¡Es una aventura! ¡Es un caso diabólico! — sentenciaba el comerciante tuberculoso.

El hotel se convulsionó. Tan sólo el senador Gomes refunfuñaba:

— ¡Qué bestia!

Y aquella frase, dicha tristemente, preocupóme. Porque en el fondo, el sujeto, el ilustre hombre, tenía razón. El ladrón, o «sportsman» de robos, no era Antonio, era otro, existía, anunciaba su presencia, estaba allí, a nuestro lado. ¿Audacia? ¿Lo-

Por Pablo Barreto (João do Rio)

cura? ¿Estupidez? Al día siguiente notóse la falta del collar de oro con piedras finas de la actriz Simões y los aros de la mujer del tuberculoso. Fué el terror. Los huéspedes atrancaban sus cuartos y salían llevándose sus objetos de valor en los bolsillos hasta para almorzar. La limpieza de los cuartos se hacía en presencia de los respectivos locatarios. Ya nadie se hablaba. Había entre nosotros un ladrón. ¡Un ladrón! Las señoras, de miedo, no salían de sus cuartos. Nadie salía sin una necesidad urgente, temiendo ser sospechado aunque sea por un instante, como lo fué Antonio. Todos éramos los indicados de aquellos delitos; teníamos que llegar a la tragedia. El gerente, lívido, armaba una polémica interna feroz; los criados servían afligidos, con una humildad dolorosa, temiendo la sospecha, y el ex vicepresidente de la ex misión de Méjico se obstinaba en escribir al jefe de policía para que vinieran a revisar todos los cuartos.

— ¡Por amor de Dios! — gemía el propietario.

— Es otra tontería, — acrecentaba Gomes. — Tenemos aquí gente respetable.

— ¡Está claro, tiene razón! — decía luego madame de Santarein, divorciada por la cuarta vez.

Y a pesar de la vigilancia, continuaban desapareciendo objetos. ¡No era posible! O salir de allí o quejarse a la policía.

Una vez encontré en la ciudad a Melchior y a Pontes, acompañando a Mme. de Santarein a una confitería. Eran las dos de la tarde. Volví a la pensión. Por una coincidencia, vivía en el mismo corredor que estas tres personas, junto al cuarto del senador Gomes. Estaba por desvestirme cuando sentí pasos silenciosos. Entreabrí la puerta. Era el alegre y siempre espiritual Pontes. Iba a su cuarto. Mas no. Detúvose frente al de madame de Santarein, sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta y entró. ¡Oh! ¡La inmoralidad de los hoteles honestos! ¡El afortunado! ¡Oh! ¡Las honestísimas señoras! Poco después volví a oir un leve rumor, espié de nuevo. Era Pontes que con el aire más natural cerraba la puerta y se iba apresuradamente. Quise gritar, decirle: párese, tunante, u otra necedad cualquiera — porque por naturaleza yo soy bromista. Pero resolví dejarlo para la comida. Y por la noche, madame de Santarein, que había llegado momentos antes, apareció en el comedor agitada: le habían robado el broche de rubíes.

Estábamos todos presos de un sentimiento de rabia cuando la gentil señora gritó:

— ¡Acaban de robarme mi broche de rubíes! ¡Uno más!

Mis ojos clavaronse en el doctor Pontes. Tenía el mismo pavor de los demás, su mismo aire y mirada.

Una idea atravesó mi espíritu. ¡Era él, el ladrón! No había duda. Pero, ¿si fuese a penas el amante? ¡Porque al fin era un hombre que debía respeto a su nombre, a su tío!

Las pruebas eran contrarias a él, absolutamente contrarias. Nadie pensó siquiera salir del hotel después de aquellos robos. Era preciso aclarar la situación. Yo promovería el escándalo, diría que lo vi entrar en el cuarto de Mme. Santarein y las explicaciones vendrían después.

Iba a hablar, iba a contar todo, cuando sentí que pesaba sobre mí la mirada del senador Gomes, que moviendo la cabeza, moviendo el cuchillo entre sus dedos, parecía en todas formas pedirme que no dijera nada. ¡Gomes sabía! ¡Desde el día en que me habló de mi alfiler! Me contuve. También, porque en aquel momento entraban la Pepita con su perro, ambos desesperados por la desaparición de un anillo, una marquise admirable, al decir de la estrella.

El ingeniero Pereira, irguióse:

— ¡Gerente! No me quedo ni un día más en su hotel. La situación es delicada para el primero que salga de este infierno, pero yo la afronto. Tengo familia, tengo una esposa nerviosa y tengo valores. Soy el ingeniero Salustio Pereira. Mis valijas pasarán por su oficina para que las revise. Prepáreme la cuenta.

El diplomático, que entre paréntesis debía la pensión de cinco semanas, tuvo un gesto:

— Yo también me voy.

Los otros permanecieron callados, estaban anonadados, mas con gran admiración mía, el doctor Pontes habló:

— Vivimos desde hace algún tiempo bajo una pesadilla. Hay aquí un ladrón, o un ladrón de afuera posee una llave.

Es eso, una llave... — observé yo.

— Pero a pesar del respeto mutuo que nos debemos, la desconfianza existe. Así yo, ya pensé mal de mi tío. Propongo, pues, que al salir de aquí visitemos todo el hotel, revisando todos los cuartos. ¿Les conviene?

Yo acababa de tomar el café y admiré a Pontes: o es, me dije, un ladrón espléndido o es inocente. En cambio, el senador Gomes miraba la puerta, estaba muy pálido. ¿Qué iba a ocurrir?

— ¿Les conviene? — volvió a decir Pontes.

— Claro está que sí, — dijo Gomes. — Salgamos todos en caravana empezando por la entrada. Es un medio alegre de terminar con una obsesión trágica.

— ¡Apoyado! ¡Este Pontes es siempre el mismo!

Mas Gomes, entre el rumor de los comentarios, levantóse y salió. Yo le seguí, alcanzándole en el corredor. Estábamos solos.

— El ladrón es él, — murmuréle. — Yo le vi entrar en el cuarto de la Santarein...

— No es.

— Entonces, ¿quién es?

— No lo sé.

— Es imposible negar por más tiempo. O usted me lo dice o yo revelo todo públicamente. Sólo el gran respeto...

Gomes tuvo un gesto de alucinado, deteniéndose junto a la escalera que conducía a los aposentos superiores.

— Nada de palabras inútiles. ¿Jura guardar secreto?

— Es un crimen.

— ¿Jura?

— Juro.

— Pues bien; salvemos a una pobre mujer, salvemos a una loca, mi amigo, ¡salvémosla! No me pregunte por qué. La amo como un padre, como un amante, como usted quiera. Es ella la que roba, ella es. No soy medio de impedirlo. Voy a echarla de aquí y al mismo tiempo tiemblo de verla en la cárcel. Está loca. En este mismo momento nos encontramos a merced de la suerte y de los disparates de Pontes a quien yo debería odiar. Pero vamos a salvarla. Es preciso salvarla. Todo será restituído. Ya lo he hecho. ¡Cuidado! Escóndase, escóndase. Ahí, debajo de la escalera. Que no lo vean, que no lo vean...

Alguien bajaba corriendo la escalera. Escondido, latiéndome el corazón, mientras Gomes colocábase junto al pasamano de la escalera, oí su voz preguntando:

— ¿Todo?

— Sí, miedoso mío, sí; yo tenía todo junto. Tome. Y ahora, yo también...

El bulto pasó hacia el zaguán de la entrada. Del comedor salían los huéspedes, apasionados con aquella investigación policial a los cuartos. Trémulo, lívido, Gomes metióme en la mano un paquete, mientras guardaba en los amplios bolsillos de su levita y de los pantalones otros pequeños envoltorios.

— Mañana, — me dijo, — restituiremos todo por correo. ¡Sea bueno, sálvela!

Era atroz, era trágico, era ridículo ver a aquel hombre ilustre y honesto guardar los objetos robados por una kleptómana satánica, y era estúpido lo que yo hacía. ¡Estúpido, mas irresistible!

Fuese quien fuese esa ladrona inteligente, era de una audacia, de un ingenio, de una sutileza y de un egoísmo diabólicamente espléndidos. Estiré el pescuezo en una ansia de curiosidad para saber quién era, para ver quien podía, en un hotel tan repleto de huéspedes, ser aquella de la que yo me hacía cómplice, aquella que, misteriosamente, impalpablemente, durante un mes, trajera al hotel la atmósfera de duda, de delito y de infamia. Y conteniendo un grito de horror, vi a Mme. de Santarein entrar al zaguán, sonriente y tranquila.

Río de Janeiro. DIBUJO DE ALONSO.

ESTILOS CRIOLLOS

Un piropo tentador

Por SEVERIANO LORENTE

Bien pues, [illegible] al doctor Barandubay [illegible] de mucha preparación [illegible] que la gente expresa diciendo *una cosa bárbara*... y no es bárbara [illegible] pero algo quiere decir, y [illegible] entiende.

¡Qué doctor aquel doctor! Mozo lindo y [illegible] (pero sin gorra de tal) su varonil gallardía causaba buena impresión, siendo un ejemplar [illegible] tan necesaria en América, donde no habría alambrados [illegible] si el Barandubay [illegible] que la [illegible] no encontrara un domador que lo barrena y serrucha, en cada hijo de Vasconia; pues por algo saben ser esos hercúleos vascuences, paisanos del mar y el fierro; verdadera yunta brava, por lo dura y lo indomable.

[illegible] el Barandubay era en Choritolongo médico municipal de aquel partido del sur, que no por ser un puchito como expresan [illegible] se [illegible] sus derechos a alimentar pretensiones, contando como [illegible] en un galpón, un diario [illegible] por la imprenta de una población vecina, que lo fletaba un día antes de aparecer cada número) y otros focos de [illegible] que le [illegible] aspecto de urbe [illegible] progresista, muy parecida de sus cosas, pero más aún de sus gentes. Como que el diarito habló hasta de su *hélite* (¡qué bárbaro! y lo ponía con hache) cierta vez que dió el elenco del público distinguido, concurrente [illegible] se es que era a la misa de once (la única que se oficiaba) o si a un bailongo muy fiambre del salón municipal; de aquel suntuoso salón, antes barraca de [illegible] y [illegible] de vanidades, compadradas y flirteos... cachis hasta el caracú.

Allí me lo presentaron (digo que en Choritolongo)... ya no me recuerdo quién; ni es fácil que me recuerde, dado que allí, cualquier quisque hace las presentaciones, sin conocer bien al otro (¡qué digo al otro... ni a uno!) y se queda lo más fresco... Ello fué, si no me piso, creo que en el «Club la Unión», que era el más alto exponente de la sociabilidad de aquel culto vecindario, cuyos individuos todos... si no llevaban cencerro, era porque Dios es grande, y cuando El está de humor se permite ¡cada cosa!

Una prueba [illegible] del acierto y la cordura de los organizadores de aquel centro de atracción, al darle un nombre tan propio, eran los siete buracos ubicados a capricho sobre dos muros fronteros de la sala de billar (que también lo era de baile, de lectura, de sesiones de la junta directiva... y de otros más menesteres) recordando pintorescos incidentes de revólver, con pésimos resultados para la naciente fama del mistongo *stand* de tiro de aquella localidad; pues ni un solo proyectil de los allí fulminados, no había hecho su deber, gracias a aquellos mulitas, tan vivos para gastar su pólvora... y no en chimangos...

Los socios que concurrían sólo por matar el tiempo, pues ya se ha visto que allá nadies corría peligro de muerte ni de lesiones... (hasta el morirse de risa resultaba algo imposible, causa del opio reinante) eran puros funcionarios de la situación política, que por sus sueldos estaban en tren de darse ese lujo... y cinco o seis extranjeros, que a gatas podían ir sólo los días domingo, pues tenían los negocios abiertos entre semana... y, como no eran ubicuos no podían encontrarse en ambos sitios a un tiempo.

¡Linda sociabilidad, aquella del «Club la Unión», cordialmente desunida, que sabía hacerse ver por su crianza y su cultura... igual que postre de fonda o pito viejo de vasco, que allá se van por lo cortos!...

Como ni yo ni el doctor jugábamos a barajas, tal vez por haber leído al gaucho de Schopenhauer y profesarle manía a todos los zanagorias que se solazan a base de cartoncitos pintados (filisteos los llamaba, con intención despectiva) no sabíamos pisar, pero que ni por un queso, en la pieza donde algunos se riunían por las noches, perdiendo un tiempo precioso para ganarse un café (siendo que hay tanto infeliz que tiembla si se lo dan) jugando a esa gran pavada que llaman *tutis del medio*... y es el ídem más seguro para graduarse de otario...

De todo esto resultaba que en aquel honesto emporio de aburrimiento corrido, ni yo ni el pobre doctor sabíamos proceder para medio darnos vuelta, cosa de pasar las noches sin dormirnos de parados (¡habían tan pocas sillas útiles para el servicio!) bostezar a contrapunto, o de no, como unos zonzos, patiar a aquellos idiotas (eso es lo que merecían) en su infame entretención, donde *salen arrastrando!*... ¡Vaya un programa atrayente... y además, para hombres solos!...

Puestos frente al *tædium vitæ* de situación tan incómoda, concluímos por donde acaban [illegible] que [illegible] por [illegible] mutuamente, adoptando ese sistema que rige en las [illegible] *tarro pa'l feo*; que si la ley es pareja, no resulta rigurosa.

Cierta vez que era el doctor quien tenía la palabra, me decía... no sé qué, mientras que yo, resignado, no tenía más defensa que chamuscar cigarrillos, chupar cerveza de a pocos y fingir un interés... que un de repente pasó de interés a capital, por lo grande y verdadero, cuando recién me dí cuenta de lo que me conversaba.

— Vea, amigo (me decía), el genio improvisador y las salidas agudas de nuestros buenos paisanos, son algo que no es de creer: sobre todo, por la fuerza de penetración sutil con que, ah: no más, sobre el pucho de alegaciones banales, madrugan al contendor y traviesos le barajan fácil *el lao de los palos*. ¿Quiere que le haga aura un cuento que viene a ídem? Pues, escuche. Lo que mataron a Elías (*el turco de los bandidos*, como sabían llamarlo)... Usté no lo conoció, ¡qué esperanzal usté es muy nuevo, y al pobre lo asesinaron ya hace un tiempito... Verá era un viejo *camelot*, muy diablo para su oficio de mercachifle ambulante... no como los que andan aura, a base de *tutto a cinto*, que son unos pobres gatos para aquellos de en otrora, que eran tigres de verdad, no de talabartería. Aquel turco era un sicólogo, profundo conocedor de las mujeres camperas, cuyo espíritu calaba con igual facilidad que un cerealista a una bolsa... y sin precisar de pinche... Como le hubiese tomado un parecer Mefistófeles, sobre todas las zonceras que colocó en el estuche tentador de Margarita, creo que con la mitad de lo que gastó en pavadas, se la hubiese pastoriado sin andar con tanta historia. Y ese cincuenta por ciento de beneficio, merece los honores del estudio, tratándose de señoras, por las que sabemos dar el triple de lo que valen... de puro otarios que somos...

Como conocía bien a nuestra bella mitad (sobre todo, a la de aquí) no se cargaba de artículos que no fuesen eficaces para el puro coqueteo de las ingenuas paisanas. Toda su mercadería consultaba la intención de pulir a las mujeres, tratando de embellecerlas. Llevaba un mundo de cosas en el ramo de *toilette*, como ser: *baines*, *bainetas*, horquillas, polvos de arroz, aguas bien, jabones finos (cero veinte la pastilla)... y en particular, espejos; que para toda mujer, el contemplarse a sí misma es su mejor espectáculo...

¡Pobre Elías! aunque bueno, tenía también su falla, o su manquera moral... o como quiera llamarse aquella manía loca de no confiarle a ninguno la custodia de su toco... Jamás tuvo una libreta de depósito bancario; ni un crédito en una casa de comercio, conocida; ni nunca llevó su grano de arena a la «Caja de Ahorros»... ¿Sería por desconfianza? ¿Previsión para cuerpiarle al peligro de un embargo, si el negocio se torcía, dándose vuelta la taba? ¿Prurito de voraciar haciendo gran mostrador de sus ingentes riquezas, no inferiores a mil pesos? ¡Vaya a saber! ¡Es el hombre, aunque haya nacido turco de cosa *linda e barata*, un tan insondable abismo de codicia y vanidad!...

Pero él sabía decir:

— ¿Para qué presisar mí, caja de fiero ni bancas, teniendo tantas bolsiya, bien grandes y muy sicuras? Todo lo llevaba encima; y hubiera sido más fácil arrancarle un par de pesos o tres, a cualquier *canario* que volara por el aire, que sacárselos al turco, que al acostarse a dormir daba balance de fondos, sin que faltase un centavo de los muchos que escondía... siempre que no los mostraba con punible ostentación.

Y eso fué, sin duda alguna, la causa de su infortunio; el afán de hacerse ver como hombre que anda en la buena y da envidia a los demás. Los amigos de lo ajeno pierden fácil los estribos, lo que lo ven tan cerquita que basta alargar las uñas (bien armadas o sutiles) para quitárselo a otro, por la fuerza o por la astucia. La plata del tal Elías era bastante comadre, para que algunos golosos no la arrastrasen el ala, viendo de alzarse con ella...

¡Tenía que suceder, aunque no estuviese escrito! Un mal día (pues es torpe llamar bueno al en que ocurren o siniestros o tristezas) unos pibes tropezaron, adentro de un pajonal, orilla de la laguna, el cuerpo del pobre turco, jediendo a muerto e hinchado de una manera monstruosa; pues la descomposición cadavérica era enorme, activada por cincuenta grados de temperatura (claro es que lo eran al sol) de un verano sin vergüenza... pero con *coup de chaleur*, del que hubieron varios casos.

Así la caja toráxica, como la que alguien llamó la de *la pasta divina* (únicas que se notaban en el lugar del suceso, pues la de fondos voló, como puede maliciarse) habían sido chuciadas y heridas sin compasión, con tan despiadado lujo de ferocidad salvaje y de cruel ensañamiento, que solamente los hombres podían ser responsables de una muerte tan odiosa. Las fieras, como son brutos, nunca hacen el daño inútil, sino aquello que precisan... y no por hacer sufrir: el martirio es invención de nuestra mísera especie, que algunos ingenuos nombran humana... (sí; por antífrasis; que bien inhumana es).

Hubo autopsia, ¡cómo no!, es de regla en casos tales, aunque al doctor no le den elementos a propósito... Es más; ni aunque se los diesen... Esas pesquisas *post morten* suelen ser muy defectuosas; ¿quiere que le dé una prueba? Aun no se sabe dónde anda uno de los proyectiles que Zolgos metió en el cuerpo del ex presidente Mackinley... y eso que eran cinco tíos de lo mejor de su país, los médicos que anduvieron por cazarle, sin lograrlo, ni en recinto tan angosto como el cuerpo de un difunto. Conque, hay que echarse a pensar sobre el resultado útil de las autopsias de aldea... hechas *pour l'exportation*, sin honorarios ni estímulos... y de malísima gana.

Volvamos a nuestro cuento, puesto que a nada conduce hablar de balas perdidas, que no han de matar a nadies. Hablandoló al comisario (que fué quien me dió la orden de oler a muerto hora y media, sin malditas las ventajas para la vindicta pública) de que precisaba gente para hacer la operación y sujetar al cadáver, que se cae a los costados como no le agarren bien... — «No se desaflija, amigo (me contestó muy seguro), lo que le sobrará es gente que le ayude en su tarea... Los calabozos están, digamos, *au grand complet;* con que, pida lo que guste su boca será medida».

Unos momentos después ya tenía yo ayudantes, si no muy doctos (pues eso no era lo que se buscaba), tan fuertes como esquineros; un paisano vistiador y un poquito mangiacaña (digno de llamarse Robles, por ser recio como dos) que ya al tercer copetín se peliaba con su sombra... y un vasco morrudo y fuerte, que estaba allí detenido por ebriedad y lesiones, según rezaba el sumario; total, más ruido que nueces; una regular *moscorra* (como llaman en vascuence al ponerse divertido) y una trompada... de vasco, con la que le había puesto a un gringo un ojo en compota.

La elección de candidatos honraba a la policía: ambos eran bien frisones y fortachos como estacas; pero ni el uno ni el otro dejaban de ser ariscos para la ingrata emergencia, tan reñida a un mismo tiempo con la caridad cristiana y el sentido del olfato. En la actitud y en el gesto de aquellos dos infelices se notaba la aversión por un rol tan repulsivo, si fácil para sus músculos, penoso para sus nervios... y aun mismo para sus creencias.

Yo, que conozco a los vascos por haberme criado entre ellos, sé de las supersticiones que les sugiere la *Intrusa*, reveladas por un rasgo de aquellos que hacen pensar, por lo plenos de puesía. La luna no tiene nombre en la lengua milenaria de esa gente brava y buena. ¿Sabe cómo es que le dicen a nuestro frío satélite? Le llaman *luz de los muertos*. ¿Qué le parece la cosa?

De nuestro criollo, ni hablar; cuando un paisano es de cepa (y casi todos lo son) no le hace ascos a los hombres ni le tiene chucho a nadies... hasta que ya lo ve muerto... Los difuntos le procuran un terror que no se explica. Sólo deja de temblarlos en velorios concurridos; o si el que está en el cajón es angelito... y entonces se presta para farriar.

Sigo el cuento: yo aguaytaba a mis colaboradores, haciendomé el que no veía ni les llevaba el apunte, viendolós de rabo de ojo. En tanto que preparaba los cachivaches del caso para emprender la labor, les estudiaba a mi gusto, siguiendo sus impresiones, que fuera inútil cambiaran entre sí los sin ventura... ¿Para qué tal intercambio? ¿Para quedarse lo mismo, es decir, muertos de susto... o cosa muy parecida? Acercandoselé al muerto, con un andar desconfiado, el uno empujaba al otro... y el otro empujaba al uno, viendo de darse un coraje tan ausente de los dos... ¡Qué yunta de ricos tipos! Caminando hacia el cadáver, para no parecer maulas, avanzaban lentamente... retrocediendo en seguida, rápidos como dos balas, con ignorados pretextos, que les alejaban más de la zona del jabón...

¿Cuánto es que habría durado aquel jueguito? ¡Quién sabe! Pero al dirigirme yo a ellos, diciendo: — «¡Vamos, señores! Acerquesé... siquiera uno, para darme una manito — me apercibí claramente (aunque lo hizo en voz más baja que yuyo en tiempo de seca) que el criollo decía al vasco: — «¡Vaya amigo, apuresé. ¿No ve que lo habla el doctor?» — Y cuando el vasco, perplejo, replicó con frase tímida: — «Dise usté que hablarme me hase?» — «¡Natural! (retrucó el otro) ¿a quién va a ser sino a usté? ¿No ve que le ha conosido que usté es más inteligente?...»

Y me agregaba el doctor, lo que me contaba el caso: — «Jamás me he puesto yo a reir, con violencia más ruidosa, ni con un menor dominio de mis excitados nervios, que no me dieron ni calce para dominar mi impulso, tan impropio de la escena... Lamento sinceramente aquella profanación... Pero, ¿qué quiere mi amigo? me tomó tan descuidado, que no lo pude evitar. Tan feliz fué la salida que a mí me cazó sin perros. ¿Quién se domina al oir un piropo tan astuto, sabiamente improvisado para rendir la tozuda voluntad de quien se opone (con oposición vascuence) a una invitación tenaz? El zorro de la famosa fábula de *Le corbeau*, no se expidió con tal gracia, siendo un mísero poroto, comparado con aquel modo de apagar faroles.

DIBUJO DE PELÁEZ.

ARTE URUGUAYO

RECUERDOS DE ESPAÑA

ÓLEO DE PEDRO BLANES VIALE.

ALBINO
DARDO
LOPEZ

La cerdeada

Sucede en el campo que las «niñas» se enamoran de los gauchos. De aquellos que son troveros de su mocedad, con sensaciones de payadores. Es un fondo sensible en ellas, de sublevación innata, contradictora, al ambiente forzado que las culmina. Edad de hechicerías, las vuelan sus pimpollos de años en pos de lo hermoso y aventurero, como entre plumas. Naturalmente. En el privilegio de la canción sobre las almas.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
pareces campanillita
hecha por un relojero.

Una copla así le había conquistado el alma. Era el solsito del pago, la rubia, cuyos cabellos tenían encantos dormitados de pajas secas. O la ternura, el gusto y la seda, de las mazorcas que se maduran.

Pelo de oro como hilachas
de choclo recién cortao.

Otra comparación así, la estremeció, con dulzura de mieses sobresentidas.

Su casa no era un nido. Vivía el alba de sus ilusiones en un edificio seco de ladrillos, cabeza de chacra modelo. En invierno castigaba el cierzo por el corredor, silbando; y de verano lo abrasaban los resplandores. Siempre invadido de la tierra del acarreo y la playa de los arados. Y allá, a treinta cuadras, sugestionante a los ojos ansiosos de belleza fresca y libre, el rancho arropado entre un cerco de árboles, sobre campo verde y fragante. Silencioso, una huella como un hilo, ondulada... Aquello era un nido... Y las miradas de la niña rubia, desde una ventana empolvada, recta y severa, se perdían en la dirección, como suspiros que rodasen. Hasta que a los empañes de luz de la oración, hora de hechicerías, se veía galopar en un recoveco de gavilán, la figura del mozo, ignaro caballero romántico, entre las resquebraduras lucientes de la plata del apero. Y palpitaban dos corazones.

El padre, colono ricacho del partido, absorto en las transacciones de plaza, como comerciante agrícola, no sabía de su hija con el alma volada. Pero sí lo sabía, el novio que le dedicara, equiparado a su condición de clase. Sabía que a boca de noche, cuando todos se amparaban a la quietud de la lámpara y el mechero, patrones y peones, Indalecio, el del rancho de la estancia vecina, concurría por aquella ventana, con una cinta rosa o azul para la trenza rubia, y una copla en los labios para su sentimentalidad.

Las puertas cerradas, prevenían por dentro una sorpresa; y por afuera la pared rígida y una empalizada larga, dejaban libre el campo al valor personal. El novio no pisó ese campo. Como hombre culto pisó el despacho del comisario.

— ¡Voló el chimango, don delantero!

El delantero miró. Sobre la casa de ladrillos flotaba, nerviosa de aire, una banderita de arpillera.

— Las once.

— ¡Y cómo no! Rumbie no más a la *manya*, ¿qué se v'hacer? — y le bajó los grados de la palanca del arado, volcando con ruido de raíces cortadas dos caballones húmedos.

La fila del laboreo se encaminó al tranco más largo de los bueyes. Por el camino hablaron, los dos, únicos criollos en toda la tropa de aradores, a gritos para oirse.

— Y mañana es el casorio, ¿no dicen?

— Mañana ha e ser.

— Hable, pues. No le oigo...

— ¡Que sí!

— Ah... Habla como si le doliera.

— Quien sabe...

— ¿Eh?

— ¡Que sí!

— ¡Hombre trabajoso!... ¡No l'entiendo un demonio! — Cimbró la orejera sobre el lomo del buey tronquero y le alcanzó corriendo.

— Usté siente algo; ¿qué cré en sus adentros?

— Yo nada. Pero no se hace eso con nengún hombre. Lo acusa cualquiera, lo llevan preso sin más, y mientras tanto le soplan en mala ley lo único que más quería. ¡Qué hazaña! — Y miró a lo lejos el rancho, que parecía soportando la pompa hojuda de los sauces, un amante olvidado bajo la carga abatida de todas sus esperanzas.

— ¡Cierto, don! ¡Cierto, juna! Nos hemos arrancao las espuelas pa prenderlos al arao, y tuavía nos juegan puerco con las prendas e l'alma...

— ¡Ah, pero v'haber una! Dej'estar... Ellos no saben, yo sé...

— ¿Qué? Vomite...

— Indalecio ha salido. No lo diga a naide. ¡Y esa chanchada no puede quedar ansí, pa nengún gaucho!

Se le atracó de costillas y de boca, presa de sensación, con el interés que le apagaba la voz.

— ¿V'a matar?

— Quien sabe, todo puede ser... ¡Y esto también! — y la mano tosca, enristrando ligera la picana bajo el brazo, aserró a la nuca algo imaginario y bello.

— ¡Cerdiarla!

No son fieles, ni son constantes, los amores de las niñas. Cuando no se ha sufrido no hay sentimientos profundos. Desvaríos, embriagueces efímeras de sol y fantasías, que el ambiente muy pronto, pesando con su grave morigeración, sobre la falta de auxilio, o sobre la ausencia de pecho y palabra cálidos, recupera.

Una honda meditación delibera en la venganza criolla. La nobleza y el honor riñen su partida más encarnizada. Afrentar, es menos noble que matar; pero matar sin el peligro de la defensa, es sepultarse en la más deshonrosa muerte del orgullo de un varón que se aprecie. Y perdonar es ser flojo, permitirles que se «raigan»... Por una perfidia, se afrenta, entonces. Sobre las mujeres infieles cae la misma sentencia que sobre los caballos de los milicos infelices o del alcalde ensoberbecido. Tronchan aquello que más amaron en ellas, y que más acariciaron, el pelo que es su tesoro, a veces con un dolor propio que les desgarra el alma. ¡Pero es ley! Las tonsuran a cuchillo. Y pasean la trenza por las pulperías sobre el copete de su caballo, si es gaucho huído, para que todos le tiendan la mano, y conozcan la trenza de «Ña Fulana», la que lo echó al padecimiento. O la aprietan en las noches secretas sobre sus labios, si sólo es amante burlado. La ley rige igual sobre la prometida que falta a la palabra o la compañera que falta a la fe. Y es fama que «mujer cerdiada» ha de ser desgraciada toda su vida.

Plácido el campo... La caída del sol pintaba de cárdeno el horizonte. Y sobre el fondo expirante de luz, resaltaba obscurecido, como un ramo que se enlutase de sombras, el rancho olvidado.

La gritería del acompañamiento anunciaba la aproximación de la boda, y de la hilera de carricoches y volantas, ascendía una columna larga de polvareda, como humo...

Bruscamente, de un recodo, bajo ese humo, saltó la figura descompuesta del amador. Y el cuchillo, antes que nadie pudiera evitarlo, brilló sobre los azahares de la rubia, que abrió los brazos, desatinada, exhalante. ¡Pobrecita!

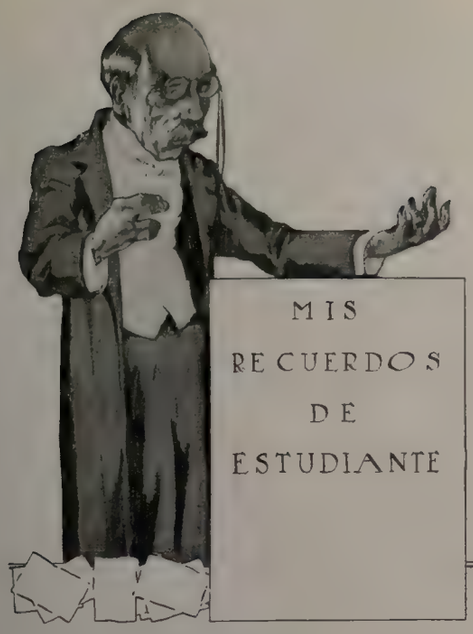
Sonaron algunos disparos. Un envoltorio batido de polvo, señalaba, cortando oblicuo la hilera de rodados, el rastro del jinete. Toda la comitiva se echó a perseguirle. Avidos, se fulguraban de rojo, con el tinte del ocaso, los caños de los revólveres.. Y entre el polvo, al rasgarse, relucía en filos cortantes, la plata. Una bala, al fin, le voltió el caballo.

De pie, presentó el pecho a las armas que le apuntaban.

— ¡Maten un hombre! ¡Y digalén que baile... esa ingrata!

Dos gotas le surcaron la cara. Los revólveres se inclinaron a la tierra. En la serenidad, la atmósfera embargaba sollozos de mujer. Y sin notarlo en la mano, arrasó la lágrima generosa, con el tro feo. ¡Una vara brillante de trenza rubia!

DIBUJO DE CENTURIÓN.



MACANEOGRAFIA.

Cierta tarde, un jovenzuelo nos dijo: — Ustedes van a asistir ahora a la clase de un verdadero maestro... — Enarcó las cejas, acaballó en lugar estratégico del prominente apéndice nasal los monumentales quevedos, y nos hizo un cumplido elogio de nuestro profesor:

— Ustedes apreciarán—aseguraba con suficiencia — la importancia intrínseca de esas explicaciones, sencillas en su hondura y expuestas en un estilo ameno y atrayente. Es un gran hombre «el viejo» — agregó en tono familiar refiriéndose al menudo proyecto catedrático.

Mi curiosidad creció en forma alarmante cuando escuché otros adjetivos encomiásticos aplicados en serie creciente al susodicho feliz mortal. — Pero, Dios mío—me interrogaba perplejo—¿cómo es que yo ignoraba por completo que semejante pozo de ciencia infusa hallábase tan a mano en esta ciudad fenicia?... Y entonces, con leve escozor de mi juvenil vanidad, me respondía: — Es que tú, polluelo con plumón, atesoras bien pocos conocimientos y los que posees son harto febles y raquíticos; pesa sobre ti la justificada presunción de que nada sabes, y el día que llegues a aprender cuatro paparruchas, — si no te infatúas, — lo único que sacarás en limpio, y por operación matemática de substracción o resta, es que lo que desconoces se te hace presente, en toda su informe mole, gracias a que te has pasado años y años, humilde, candorosamente, en un continuo acopio de nociones, a veces valederas, a veces endebles o hipotéticas. Pero, eso sí, — me advertía la voz de la prudencia — para «saber que no sabes», según fórmula clásica, imprescindible es que estudies.

Merced a esta peroración interior logré calmarme: no era tan extraordinario, como en un principio supuse, el que yo no estuviese enterado de que existía en nuestro país ese raro ejemplar de maestro, de «verdadero maestro». No; al fin de cuentas, el caballero aludido podía vivir muy tranquilamente a pesar de que yo no me hubiese notificado del fausto evento... Y así, en dos segundos, logré torcer el cuello a esa ridícula presuntuosidad de la muchachez que subsiste, en buen golpe de conciudadanos, hasta en su edad madura y en su senectud venerable.

Consumado el homicidio legal — que ojalá sea definitivo — de esa enfermiza condición del ánimo, quise prepararme para escuchar en buena disposición de espíritu la conferencia de aquel portento universitario.

El doctor Carlos Alberto Pérez, que de tal guisa le apellidaremos, penetró al aula por una puerta lateral. Era de pequeña estatura, algo encorvado y de alba epidermis; su modosa apariencia acoplábase en amable armonía con la risueña serenidad de su mirada. De todo su ser desprendíase ese efluvio cordial que establece viva corriente de simpatía en la convivencia humana. Una vez instalado tras el pupitre, calados sus tenues lentes de carey, la figura diminuta resaltó agradablemente. La corbata, de cándida nitidez, intercambiaba con el rostro sus reflejos blanquecinos, y aquella persona, imagen de la mesura, lucía por momentos la aureola de lo puro y de lo inmaculado.

Comenzó a hablar con modulación apagada; el timbre vocal, aunque «in crescendo», no pudo llenar los reducidos ámbitos de la sala, y ello contribuía, aún más, a trocar en misteriosa aquella ceremonia docente, rodeándola de conturbadores atributos litúrgicos.

A la sordina enumeró hechos simples y corrientes, tratando de coordinarlos sin esfuerzo. Nada denotó su interés por las palabras que desgranaba lentamente; nada, su entusiasmo. En ocasiones una sonrisa, mezcla de apatía y de escepticismo, subrayaba un párrafo bien construído.

« Alcanzar la verdad histórica — aseveró con llana entonación — es un feliz accidente ». Y, como al desgaire, señaló la labor de Sarmiento tildándola de «mera faena de periodista», citó algunos tipos del pasado colonial, mentó — por modo escueto, casi de croquis — los ritos religiosos del medioevo criollo y apuntó — trascendentes revelaciones — el precio de una arroba de lana allá por el comedio del siglo XVII y el costo en pesos de una fanega de trigo puesta a la venta pública en aquellos lustros de adelantados y gobernadores. Le oímos con atención respetuosa: nos había impresionado bien el espectáculo, propensos como estábamos a sopesar las opiniones del «viejo Pérez» colocándolas antes en la elevada balanza que la mente reserva para los sólidos pareceres de «los consagrados».

Mas a los pocos días, ¡oh desilusión!, me encontré con un amigo mendocino ya más adelantado en la carrera, tipo perfecto del negador sempiterno. De sopetón me roció con varios denuestos:

— Ya me dijeron que las otras tardes «el viejo Pérez» dió el gran golpe. ¡Claro!... a chiquilines como ustedes que son novatos y no ven que todo «eso» de los lentes, de las afirmaciones en redondo y demás adyacencias son «macanas»; sí, macanas... Allí quizás haya algo de literatura, algo de elocución florida y efectista, pero, ciencia... ¡qué va a haber ciencia! Eso es «macaneografía» y *rien de plus*.

Quedé anonadado, estupefacto. Mi interlocutor era un estudiante inteligente y vivaz; pero yo, en el fondo, no quería creer las «barbaridades» que él hilvanaba haciendo la autopsia de nuestro ídolo.

Por último, terminó en lenguaje áspero y exclamativo:

—¿Y tú sabes, ¡qué carape!, por qué lo endiosan a ese simulador? ¿No?... Pues te lo comunico: porque la mayoría de los alumnos tiene que agradecerle alguna buena nota discernida complacientemente, porque es de la camarilla que mangonea en la Facultad, porque en su mesa, ¡qué carape!, el más burro aprueba la asignatura. Así se es personalidad y hasta «intelectual» en este frívolo Buenos Aires. Macaneografía...; no te rías: ¡macaneografía! y «camamas», como dicen en la madre patria.

. . . . . .

Paulatinamente fuimos dotándonos de un fuerte reactivo contra el filtro mágico que don Carlos Alberto Pérez nos servía tres veces por semana. Ya en agosto, el alquitarado bebedizo carecía de sus pretéritas virtudes, anestesiadoras de la crítica, y nosotros, con frialdad de cirujanos, hincábamos el bisturí en las inorgánicas fantasías sociológicas del pulcro catedrático.

Siempre emitimos, y aun hoy quedan vestigios de ello, juicios benévolos — en demasía — acerca de su especial manera de escribir, de su ironía retozona y mariposeante, de su medida elegancia retórica...; pero no transigiamos con lo que muchos suponen ciencia y estudio y sólo es imaginación y fluctuante base documental para la serena investigación de nuestra historia.

Años más tarde llegó a mi poder un libro de Taine. Poco después conocí, en parte, la producción de Anatolio France, y los juicios benévolos vertidos en otra época de mayor lirismo, de mayor ingenuidad y — si es posible lo imposible — de mayor ignorancia, los consideré arriesgados, de débil fundamento. A acentuar este menoscabo en la ponderación literaria, contribuyó asimismo la lectura de los volúmenes que «Azorín» dedica a la «historia contemporánea», quien, en análogo género, borda filigranas de agudo valor conceptual y de fina trama idiomática. Y he de estampar también — olvidando casi a Lucio López, a Cané, a García Merou y a Mansilla — el nombre de Eduardo Wilde, predecesor argentino de dotes muy superiores a las de don Carlos Alberto Pérez, en ese arte difícil y donoso en que la eutrapelia y la jocosidad y el humorismo tejen la urdimbre multicolor de la prosa costumbrista.

Esta breve nota no exige, creo, coronación de moraleja. Queda así, sin retoques, tal como desordenadamente la pluma ha ido recogiendo las hilachas del recuerdo para reunirlas en haz ni vistoso ni prieto.

DUBIN, EL TRATADISTA

Presidía un tribunal examinador el titular de «la materia». Era una persona que, con decididos gustos mundanos, no se preocupaba mucho de sus disertaciones universitarias. A ello añadía una mansedumbre y bondad sin límites para calificar a los discípulos en la temida prueba final.

Presentóse un educando cuya audacia corría parejas con su descaro notorio. Empezó a ensartar lugares comunes sin discreción ni tino, aunque revestidos de cierta fluencia verborrágica en la exposición. A los contados segundos, sus ojos adquirieron extrañas refulgencias, y, ante el asombro de los circunstantes, oyéronse las siguientes palabras proferidas con firmeza y altisonancia:

« Bien es verdad que hoy esta teoría no goza de tantos adeptos como en las postrimerías de la anterior centuria; ello se debe, sin duda, a los ataques certeros del publicista francés Jacobo Dubin, quien en la «Revue Historique», etc.

Cuando concluyó ese párrafo grandilocuente, henchido de austero vigor doctrinario, los profesores, de común acuerdo, dieron por finiquitado el examen. Entretanto, el habilidoso alumno sonreía con aire enigmático.

Al ser leídas las notas nos enteramos de que había obtenido ocho puntos, alto guarismo que hasta entonces no figuraba en su planilla o prontuario de haragán incorruptible.

Se retiraba ya de la Facultad cuando el catedrático lo llamó:

— Una pregunta, joven. Si usted me permite... nosotros desearíamos conocer donde ha conseguido el dato referente a ese señor francés, *monsieur* Dubin, pues el apellido no nos suena como tratadista...

— No; claro está. Jacobo Dubin es el dueño de una florería de la calle Esmeralda. No sé que hasta ahora haya impreso más que anuncios y volantes.

. . . . . .

José M. Monner Sans.

DIBUJO DE SIRIO

Mariquiña

Al caer de la tarde, siéntase Mariquiña siempre en la misma piedra, junto a los alambres espinosos, lo más lejos posible del rancho, con la vista fija en el nordeste, hacia donde un certero instinto le dice que está la lejana «tierruca». Y así, pacientemente, triste, inmóvil, permanece hasta que una voz dulce de madre grita: «¡Mariquiña, Mariquiña!» Entonces, como animalito despavorido, corre a esconderse en el rancho.

Mariquiña es una inocente, una tontita. Reparé en ella a la caída de una tarde pampeana, al apartar yo los ojos del poniente donde la luz solar teñía las nubes. Reparé en ella cuando aquel continuo cambio y fusión de celestiales colores iba perdiendo su influencia sobre mí, cuando el tedio avivaba mi nostalgia.

Tiene Mariquiña una de esas miradas que nos hacen lagrimear y que nos producen algo así como un remordimiento; su rostro respira saludable fealdad. La pobrecita me dió toda la lástima que puede sentir un padre en presencia de los hijos infelices.

— ¡Mariquiña, Mariquiña! — le grité una vez, imitando cariñosamente la música dulce del habla gallega. Me miró un momento vagamente, después volvió los ojos hacia su invisible mira.

¡Pobre Mariquiña, mi voz te fué extraña y comprendiste que ningún consuelo podías esperar de ella! Y al repetir yo tu nombre me miraste desconfiada y corriste hacia el rancho sin esperar el maternal llamamiento.

¡Pobre Mariquiña! Yo no puedo consolarte porque no sé hablar con los humildes aunque sienta sus penas. Nunca habrías comprendido mis palabras, por más de que en el fondo nuestros dolores y nuestras meditaciones se parecen bastante. Ninguno de los dos comprendemos la pampa: es muy grande para mí, demasiado estrecha para ti. Yo la temo como a un mar helado, tú no puedes vivir en la calma chicha de sus tierras. A ambos nos gustan las olas: a ti aquellas de piedra en cuyo seno está tu valle, tu mundo; a mí las que forman las casas en las ciudades.

He leído dos libros en los que se trata de estas cosas, y he aspirado el perfume de otros cien libros, Mariquiña, que exhalan semejante olor. Uno lo escribió un creyente, el otro un escéptico; se llaman «Peñas arriba», «La ciudad y la sierra». Los dos son admirables. Pereda nos dice de como un hombre harto de correr mundos y escudriñar ciudades va a un vallezuelo casi como el tuyo, se acomoda, se habitúa y cumple allí una alta misión humanitaria. Eça de Queiróz pinta a un hombre, terriblemente urbanizado como yo y rico como él solo, que va a la sierra y... se queda en ella enamorado de la vida del campo. Además de estos dos insignes autores, muchos otros te dirían más o menos lo mismo, Mariquiña, si supieras leer. Y te demostrarían lo mismo que me demostraron: que las peñas y las sierras son para el que puede costearlas con su dinero y con su piel y sus sudores. Si la diosa de la Fortuna no ayuda a la diosa de la Justicia, Mariquiña, ten por seguro que ni tú volverás al suspirado valle ni yo encontraré el camino de la sierra.

Al caer de la tarde, sentada sobre una piedra, sufre Mariquiña la fiebre de su nostalgia, con los ojos clavados en el nordeste. Las sombras envuelven poco a poco aquella triste figura que al caer la noche parece una estatua. Y lo es; a lo menos para mí, porque nadie personificaría mejor que ella el amor al terruño. No inventan la pólvora, ni mucho menos, los hombres sabios, ricos y valerosos que adoran a su patria: cumplen un deber grato. Pero que este amor viva en el alma de Mariquiña, que sin comprenderlo ella constituya toda su alegría, es algo hermosamente instintivo, de una inmensa fuerza. Mariquiña es la estatua de la nostalgia, de la nostalgia lo más puro del patriotismo, porque es el amor a la patria ausente y adversa.

Allí, en el cielo del nordeste casi a ras de tierra, finge la añoranza un espejismo de desierto; allí reconoce Mariquiña el praduco de sus cariños, que verdea hasta amarillear en agosto y que la guadaña pintará de color terroso; allí reconoce la iglesia pequeñita y blanca, olorosa de incienso y llena de tañidos; allí ve las casucas.

¡Id gaiteros de los valles y las rías y las aldeas, id al rincón de la pampa donde Mariquiña sufre sin llorar, sin quejarse, y que de las henchidas gaitas salga el soplo de vuestros pulmones convertido en dulces alboradas y muiñeiras! Mariquiña recordará mejor y sentirá menos, el valle, la ría, la aldea. Por compasión o por burla algunas veces los mozos invitaron a Mariquiña y la pobre, tomándolo en serio, bailaba alegremente. Quizás sintió en el fondo de su mortecina conciencia despertarse un sentimiento amoroso por el mejor bailarín o el último gaitero, y ese cariño es ahora lo más amargo de su amarga morriña.

Raúl P. Osorio

GOUACHE DE ALONSO

PAGINAS FEMENINAS

PASARON los luminosos y serenos días de abril, del divino abril que ofrece la sola tregua de verdadero descanso veraniego a las infatigables mundanas ávidas de disfrutar de las *villeggiatturas* a la moda... Después del vértigo de la vida atrayente del balneario, sea en Mar del Plata o en Montevideo, abrumadas por la continua preocupación de sostener una obligada supremacía en su elegancia y en otras mil pequeñas vanidades, sólo descansa la infatigable mundana en la breve temporada de la estancia; a ella vuelven también las intrépidas viajeras que buscaron nuevas impresiones realizando interesantes jiras por la pintoresca sierra cordobesa, o desafiando — y son las menos, por desdicha — todas las dificultades e incidencias de atrevidas excursiones, para poder admirar los soberbios panoramas de la majestuosa región andina, y detenerse, llenas las pupilas de azul y de infinito, ante la mágica visión de los lagos del Sud...

Para muchas, sin embargo, nada compensa el encanto de la vieja y sencilla estancia criolla, aquella que conserva aún su poético estilo colonial, con sus amplios corredores claustrales, engalanados de madreselvas y jazmines; también las modernas y suntuosas residencias levantadas en medio de párques de ensueño por los potentados que quisieron disfrutar de todos los detalles del indispensable *confort*, poseen, como la vieja estancia, el privilegio de atraer, conquistando por largas temporadas, a las que han de dar vida y alegría a los viejos corredores claustrales, a las elegantes terrazas desde las que se domina el lejano horizonte, más allá del florido cercado que limita las hectáreas reservadas para jardines a la francesa, para canchas de *croquet* y *tennis*, y desde donde pueden distinguirse aún las claras siluetas de los jugadores en los pintorescos links, donde se organizan interminables partidas de *golf*...

¡Cuán intensa simpatía me inspiran estas fervientes amigas del campo, o mejor dicho, de la tierra y del aire libre, gozosas de vivir prolongada estancia en el hogar fundado en *tierra suya*, y que practican la amplia, tradicional hospitalidad argentina con toda la espontaneidad y el irresistible encanto de la criolla, que ama las dotes de un espíritu selecto, a su gracia proverbial y a su elegancia! Ellas han sabido comprender que el agradabilísimo privilegio del veraneo en sus vastas posesiones, tiene también obligaciones ineludibles: al amar esa tierra, «madre, nodriza, maestra consoladora, cuna y sepulcro», que es también «fuente de salud y manantial de serena alegría», inculcan en los suyos el noble afán de conservar ese hogar iluminado por la continua presencia de su inteligente *châtelaine*...

Ilustran hoy esta breve reseña de la vida de nuestras estancias, paisajes y escenas que parecen sorprendidos en alguna histórica residencia europea, cuando la Duquesa de Uzés, el Marqués de l'Aigle, o los Duques de Marlsborough congregan en sus regias moradas a la *fine fleur* de todas las aristocracias: Chapadmalal, y Miraflores... Argentinos e ilustres personalidades extranjeras conocen la tradicional hospitalidad de esas estancias en las que se instalan por largas temporadas sus interesantes y cultísimas castellanas; la proximidad del Biarritz argentino, obliga más aún, si cabe, la suntuosa hospitalidad de los señores Martínez de Hoz. Se congrega periódicamente en Chapadmalal, brillantísimo núcleo de nuestra sociedad; suntuosos almuerzos en el hermoso castillo, cuya arquitectura reproduce el grandioso estilo de «Carlos II»; partidas de polo, excursiones en auto, accidentadas cacerías... Se baila en pleno parque, vibra en la espesura de los bosquecillos el eco de alegres risas; se sueña también más allá, alejándonos por enarenado y sombrío sendero...

Es la vida amplia, generosa, de los grandes propietarios de la vieja Inglaterra; pero irradia en medio de esa existencia fastuosa el espíritu amable y delicado de la gran dama argentina, de la castellana de Chapadmalal, doña Julia Helena Acevedo de Martínez de Hoz...

«Miraflores, m'a paru l'asile du bonheur. Je n'y peux penser sans entendre des éclats de rire, sans évoquer des visages heureux, et souriants, des galopades, des alleés et venues en liberté, sans me souvenir des propos spirituels, et des conversations ardentes sur mille sujets intéressants.» (1)

¿Quién podría describir mejor que el reputado literato que tuvo oportunidad de disfrutar de la cordial hospitalidad de los esposos Ramos Mejía, la vida apacible, serena, que transcurre llena de encanto, durante la temporada de Miraflores? ¿Cómo no recordar en esta breve nota la majestad de su avenida principal, en la que árboles seculares forman una bóveda que apenas logra atravesar el sol radiante, para dorar por breve trecho sus enarenadas sendas, sus amplios cuadros de césped?

Guardan el acceso a la blanca residencia, con su esbelto pórtico que recuerda el estilo de las *Villas* italianas, dos enormes leones adormecidos sobre sus pedestales, tal vez por la serena sugestión de aquel oasis en medio de la infinita, solitaria llanura...

El irresistible encanto de la vida patriarcal de Miraflores, congrega en la hospitalaria estancia un círculo femenino *d'élite*, en el que predomina el ingenio vivaz, la inteligencia y la exquisita cultura de la bella castellana, doña Lucrecia Guerrico de Ramos Mejía, personalidad tan destacada en la alta sociedad argentina.

Otras ocupaciones llenan también el espíritu y el corazón de ciertas privilegiadas de la fortuna, que parecen saldar gustosas la deuda contraída al nacer en la opulencia... Por eso recuerdo otra vieja estancia criolla, camino del Sud, «Las Jucas». Veo agrupadas al lado de antiquísima fuente de piedras y bajo la sombra de sus palmeras, nutrido grupo de jovencitas, vestidas de blanco y cubiertas con el velo de la primera comunión. y es que la gentil castellana de «Las Jucas», la que llaman en la región *la niña*, y que es hoy la señora Carmen Pérez Catán de Facio, ha llevado a cabo en la vieja estancia paterna una obra de previsión social digna de ser imitada; dedicó a ella los meses de descanso del estío; se trata de la sencilla escuela veraniega... Tan noble y generosa iniciativa, a favor de nuestras campesinas, influirá provechosamente en miles de mujeres, en esas humildes mujeres de las que no alcanzan a ocuparse las organizaciones benéficas y de las que depende en gran parte, sin embargo, el mejoramiento de la raza y el progreso del país. «La campesina es como el niño, fácilmente se impresiona... En su alma descansan nobles sentimientos, gérmenes de virtudes; hay que despertarlos revelándole los principios religiosos y morales, con *cariño* y con verdadero convencimiento; de este modo se levantará en su espíritu una verdadera fortaleza, resguardo de su honestidad...» (2)

Y esto no es una hipótesis... He podido comprobar la transformación de muchos humildes hogares, gracias a la influencia de la pequeña escuela veraniega, creada y dirigida por la generosidad y la perseverancia de las estancieras argentinas que han sabido comprender las responsabilidades que corresponden a las que han sido privilegiadas de la fortuna.

(1) Jules Huret: En Argentine.
(2) Trabajo presentado por la señorita Carmen Pérez Catán, en agosto de 1917 al Centro de Estudios «Blanca de Castilla».

SEÑORA JULIA HELENA ACEVEDO DE MARTÍNEZ DE HOZ. ESTANCIA DE CHAPADMALAL.

SEÑORITA TONI QUIÑONEZ DE LEON, SEÑOR NARCISO OCAMPO, SEÑORA ERCILIA C. H. DE ANCHORENA, SEÑORA MARÍA JULIA M. DE H. DE SALAMANCA, SEÑORA JOSEFINA AYERZA DE SEGURA, SEÑOR LUCIO LÓPEZ.

MERCEDITAS PEÑA UNZUÉ Y MECHITA ALVEAR, PASEANDO EN CARRUAJE POR LAS AMPLIAS Y HERMOSAS AVENIDAS DEL PARQUE, EN LA RESIDENCIA VERANIEGA DE CHAPADMALAL.

SEÑORA LUCRECIA GUERRICO DE RAMOS MEJÍA.

ESTANCIA DE MIRAFLORES. VISTA DE LA CASA.

SEÑORA CARMEN PÉREZ CATÁN DE FACIO.

Modas

MODELO EMPIRE. ELEGANTE SALIDA DE TEATRO, CONFECCIONADA EN [illegible] SATÍN VERDE, EMPIEDEMENT DE LAMÉ D'OR Y PIEL DE TOPO [illegible], ENTERAMENTE FORRADO DE SATÍN LIBERTY.

MODELO EN PANNE RASSÉ PRECIOSAMENTE ADORNADO CON AIGRETTES, CREACIÓN DE LA MAISON «CAROLINE REBOUX».

MODELO DUCHESSE: REGIO TRAJE DE BAILE CONFECCIONADO EN SATÍN «GIOCONDA», ADORNOS DE ENCAJE «OR ANCIEN» Y GALÓN DE ASSTRAS.

[illegible] MODELO EN SATÍN TÊTE DE NEGRE, ADORNADO CON [illegible] DE PLUMA DE AVESTRUZ, CREACIÓN DE LA MAISON «[illegible] HAMAR».

FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.

Srta.

Isabel Pearson Quintana

RISAS INFANTILES

ES muy hospitalaria la monumental tribuna que, frente a la morada de los actuales parlamentarios, elevó el país en homenaje a sus primitivos legisladores. Podéis discutir su belleza, pero no regatearle la cristiana virtud que la hace única entre todos los monumentos de la ciudad. Es hospitalaria, «practicable», como algunas decoraciones de teatro, y no refleja el egoísmo.

Tiene tres escalinatas majestuosas que conducen a una azotea amplia. Cuando las personas mayores no la invaden desalojando a las personitas menores, las tres escalinatas y la azotea caen bajo el dominio absoluto de los niños.

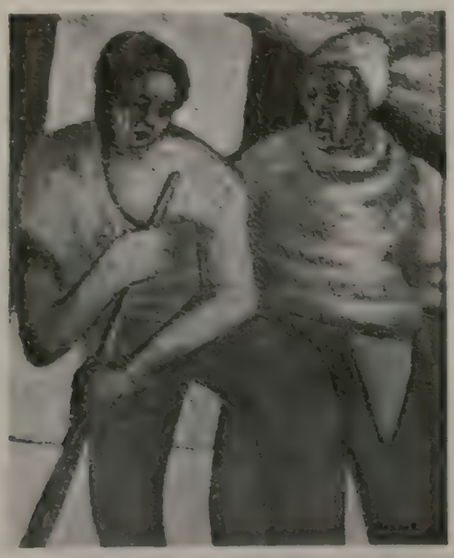
Recordad vuestra vida infantil, y comprenderéis cuanto partido hubiera sacado vuestra fantasía de este espléndido monumento. Comprended, pues, las delicias gozadas por los chiquitines que todos los días se apoderan de aquel altar de los próceres, como liliputienses en país de gigantes.

Las escalinatas conducen a un palacio, son palacios ellas mismas o casas donde se juega a las muñecas. A veces allí se realizan asaltos guerreros al castillo en el aire que los hombrecitos construyen. Una suave y alegre parodia del mundo grande y triste tiene por escenario aquel monumento glorioso.

Unico entre todos, el de «Los Dos Congresos» soporta plácidamente, íntimamente, el bullicio infantil. Y la tumba espiritual de los primitivos legisladores nacionales se cubre de vida fresca, juguetona, hermoso homenaje que gorriones y palomas humanos ofrendan a los cóndores de la Libertad argentina.

La gente chic fuma
cigarrillos
Reina Victoria

LA EXTRAVAGANCIA EN EL ARTE



LAS ESPOSAS DE HORA, F. BRADZKY

A tal punto han llegado las cosas del Arte, que ya resulta un arduo problema distinguir lo bueno de lo malo y lo feo de lo hermoso, lo verdaderamente inspirado de lo grotesco.

En presencia de un cuadro hecho a fuerza de chafarrinones sobre palotes que un lápiz infantil trazó, nadie sabe si se trata de obra genial o de insigne mamarracho ya que el vulgar «cuentero» también opera en las regiones del arte pictórico.

Los maestros antiguos, y los modernos que siguen la escuela clásica, pintaron tratando de reproducir el original, imitando la naturaleza. Donde había carne, pusieron carne; donde cabello, cabello, etc. Y tanto era su afán porque el retrato y el paisaje tuviesen vida, que algunas veces caían en una meticulosidad algo empalagosa. ¿Pero no es preferible esto a pintar dislocadamente y sin saber dibujo? Tal vez sí, tal vez no. Pues existen millares y millares de personas que rinden culto a la extravagancia, prefiriendo las pinturas de monigotes malísimos a los acabados trabajos de artistas honestos, entusiastas, dignos.

Por eso hay seres que, en broma y en serio, aplauden las telas de futuristas como los que se presentaron en el Salón «The Penquins» que se celebra todos los años en Nueva York.

ALAMBIQUE, POR MORTIMER SCHAMBERG.

Renovación de cutis por absorción

(DEL «WOMAN'S MAGAZINE»)

Si su cutis está estropeado, con palidez, manchas, barrillos o pecas, de nada sirve que use usted polvos o pinturas, lociones, cremas y otras cosas para hacer desaparecer estos fastidios. A menos que tenga usted la habilidad de un artista, desfigurará su apariencia mucho más.

El nuevo método racional, es quitar el cutis mismo con todas sus faltas ofensivas.

Cómprese un poco de cera mercolizada en una botica, y úsese por las noches, lo mismo que si fuera cold cream. Quítese por la mañana con agua y jabón, y un salpicón de agua fría.

La cera mercolizada absorbe la banda mortecina de piel en pequeñas partículas, de manera que nadie nota que está una arreglándose la cara, a no ser por su resultado que es verdaderamente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis saludable y hermoso.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151,155 - Bs. Aires.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 3	m n.
Semestre	(6 »)	» 6.	»
Año	(12 »)	» 11.	»
Número suelto		» 1.	»

EXTERIOR

Año	$	oro 5.
Número suelto	»	» 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151,155, Buenos Aires.

Aguas de Colonia
Destiladas sobre flores
LE SANCY
Nora
Kendal
Duc
PÍDALAS EN
FARMACIAS Y
PERFUMERÍAS
LOCIÓN
«LE SANCY»
DE RICA E INCONFUNDIBLE FRAGANCIA
$ 2.65
«DUC»
ÚNICA POR SU DELICADO AROMA.
FRASCO GRANDE
$ 5.50
«LE SANCY»
AMBREE
DELICIOSA PARA EL TOCADOR.
FRASCO GRANDE
$ 5.30
FRASCO MEDIO
$ 3.10
FRASCO CUARTO
$ 1.90
«LE SANCY»
SIMPLE
IDEAL PARA EL BAÑO.
FRASCO GRANDE
$ 3.20
FRASCO MEDIO
$ 1.95
FRASCO CUARTO
$ 1.45
FRASCO CHICO
$ 0.45
«KENDAL»
EXQUISITA Y SUAVE
FRASCO GRANDE
$ 5.50
LOCIÓN.... $ 3.30
«NORA»
EXTRA FINA
FRASCO GRANDE, $ 7.
FRASCO MEDIO, $ 4.30
BLAS L. DUBARRY
MEDRANO, 476 — BUENOS AIRES

Teatro Odeón

TEMPORADA OFICIAL DE 1918.

COMPAÑÍA DRAMÁTICA

MARIA GUERRERO
FERNANDO DIAZ DE MENDOZA
ANDRÉ BRULÉ - VERA SERGINE
Conciertos DE ARTUR RUBINSTEIN

MARIA GUERRERO.

FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.

ANDRÉ BRULÉ.

VERA SERGINE.

ARTUR RUBINSTEIN.

HABIENDO TERMINADO EL PLAZO PARA LOS SEÑORES ABONADOS DE LA TEMPORADA ANTERIOR, SE RUEGA A LAS PERSONAS QUE HAYAN RETENIDO LOCALIDADES PARA LA PRÓXIMA TEMPORADA, SE SIRVAN RETIRARLAS EN LA ADMINISTRACIÓN DEL TEATRO.

EL PALACIO DE LOS VIENTOS

Una de las maravillas arquitectónicas más visitadas por los turistas es el Hawa Mahal o Palacio de los Vientos, en la ciudad de Yeipur, India Inglesa. Este edificio forma parte del palacio de los maharajás, soberanos del principado de Yeipure, y fué construído por Jey Sing, fundador de la ciudad, en 1728. Por lo tanto, viene a ser una de las más modernas obras del genio indo, cuya antiquísima civilización produjo admirables edificaciones.

Jey Sing, a principios del siglo XVIII, cuando nadie había pensado en dar enorme altura a las viviendas, construyó un verdadero rascacielos. El espíritu innovador del monarca indio adelantóse a su época, no sólo en la edificación de este palacio, sino también en la fundación de la misma ciudad de Yeipur. El plano de ésta puede compararse al de las villas americanas modernas. Las calles se cruzan en ángulo recto y se divide en seis partes simétricas.

Dice la tradición que Jey Sing estaba descontento de la antigua capital del maharajato, Amber. En Amber no había calles rectas; aquel cúmulo de recovecos y callejuelas no satisfacía los gustos del soberano, amigo de la luz, de la higiene y del lujo. Y concibió el proyecto de edificar una ciudad que respondiese a sus deseos. Para ello, a fuerza de dinero y del trabajo de los esclavos, edificó de una vez y calladamente la ciudad de Yeipur. Cuando todo estuvo terminado, comunicó a sus ministros y a todo el personal de la Corte, que la residencia real se trasladaba a Yeipur. Tal decisión no fué del agrado de los cortesanos, que como buenos siervos de la tradición, preferían la Amber a todas las ciudades de la India. Hubo hasta conatos de conspiraciones y se asegura que Jey Sing se vió obligado a emplear la amenaza para conseguir sus propósitos.

Pero cuando los intransigentes conservadores llegaron a Yeipur, el descontento se transformó en admiración: la ciudad era superior a todo cuanto la fantasía oriental pudiera soñar, sobre todo el Palacio de los Vientos, con sus nueve pisos, su fachada de estuco blanco y rosa, sus cúpulas ligeras, elegantes, y la decoración exquisita del frente, modelo de decoraciones.

Los viajeros, que comparten con los familiares de Jey Sing esta admiración, se hacen lenguas de la belleza sorprendente del encantado palacio. « Visión de una gracia atrevida y delicada, — dice sir Edwin Arnold, — nueve pisos de albañilería color rosa, con exquisitas galerías suspendidas y tribunas con celosías figuran tras ringleras de ingeniosa arquitectura, remontándose en forma de pirámide, una verdadera montaña de belleza aérea y audaz, a través de cuyas mil aberturas y arcos dorados, el fresco aire de la India sopla sobre las aplastadas bóvedas de las construcciones más altas. El mago de Aladino no hubiera levantado una residencia más maravillosa, ni el palacio de perlas y plata del Peri Banu fué más delicadamente encantador. »

Muebles de Epoca
De los Siglos XVII y XVIII

Esta artística mesa de estilo "JACOBINO", tallado a mano, da una idea de la solidez y perfección de los muebles que se exhiben en nuestra EXPOSICION, cuyos modelos están tomados de auténticas antigüedades célebres. En nuestros Salones de Venta exponemos una variedad infinita de muebles para todas las habitaciones de una mansión moderna, especialmente seleccionados y cuyo arte exquisito satisface las exigencias del más refinado buen gusto.

Thompson Muebles Ltda.

833, Florida — Buenos Aires

Muebles

norteamericanos para escritorios

Gran surtido en:
ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

Aquí tiene usted una fortuna!

Establecido hace 30 años

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.
APARATOS y UTILES PARA LA INDUSTRIA **LECHERA Y FRUTICULTURA**

PIDAN CATALOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

PNEUMÁTICOS

DUNLOP

PREFERIDOS

POR SU

SEGURIDAD Y DURACIÓN

NUEVO DOMICILIO

1299, VIAMONTE, 1299

UNION TELEFONICA, 6301, JUNCAL

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómense un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

se habrá vuelto hervorosa y refrescante.

Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestion, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar. De tomar agradable-seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana, es dar buen comienzo al dia.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E Inglaterra.

¡Ojo con las imitaciones! Nuestra marca de fábrica está registrada.

Véndese en todas las farmacias

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA

MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"

Este precioso chalet por $ **6.800** m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construidos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATÁLOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON Hnos.

ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

MAGNÍFICO SALÓN COMEDOR ESTILO «GEORGIAN» QUE CONSTRUYE LA CASA WARING Y GILLOW LTDA. EN EL PALACIO DEL SEÑOR DANIEL ORTIZ BASUALDO.

Es una primicia la que ofrecemos en esta página a los buenos catadores de arte. Bastaría una ligera observación, para apreciar la magnitud de esta obra, la más perfecta, acaso, en su género, que se ha realizado entre nosotros. El aspecto de grandiosidad que ofrece y la perfección y pureza de las líneas, hablan al espíritu de una bella concepción, ejecutada por verdaderos artistas y causará asombro, cuando se sepa que en ella, como en otras, han intervenido artistas y operarios argentinos, lo que es sin duda, una revelación de nuestros adelantos industriales.

Es plausible el esfuerzo, y el aplauso debe de repartirse entre la casa WARING y GILLOW y el Sr. Ortiz Basualdo, porque si los primeros poseen elementos tan sobresalientes, para dar cima a semejantes construcciones, el segundo demuestra un espíritu selecto, dedicando al embellecimiento de su mansión — mansión Argentina — una atención preferente, que constituye un estímulo para los artistas, y un ejemplo digno de imitación para los favorecidos por la fortuna.

Consideramos que esta obra, es la más completa e importante que se ha hecho en el país, por sus proporciones, por la hermosura y propiedad de los detalles, por el colorido y por la severidad del estilo.

La casa WARING y GILLOW, puede estar satisfecha de haber acometido con tanto éxito este verdadero «cappo lavoro», que, una vez terminado, debería librarse a la admiración pública como una contribución a la educación artística del pueblo.

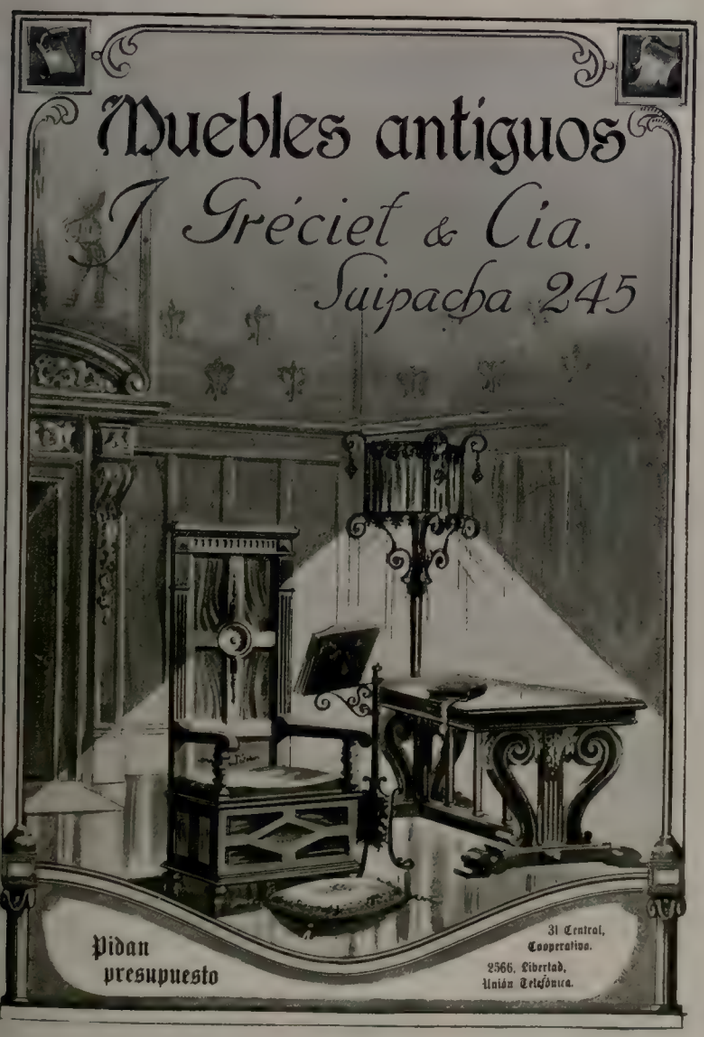
Buenos Aires, abril de 1918. Talleres gráficos de Caras y Caretas

SANTA MARIA DE LOS
BUENOS AIRES
Dedica este número
a la gloriosa fecha del
2 de Mayo
porque el primer día de la
Patria es jornada inicial
para todas las manifestaciones
de la cultura argentina
Sirius

CIGARRILLOS
43
RICCARDO FCI
HEBRA
ARMADOS
ESPECIALES

MERCADO MORUNO

POCAS VECES SE HABRÁ PODIDO OBTENER UNA FOTOGRAFÍA QUE TAN CLARAMENTE DÉ NOCIÓN DE LAS COSTUMBRES MORUNAS. LA GENTE MORA, ES POCO AMIGA DEL OBJETIVO. LOS MERCADOS O ZOCOS, COMO SE LLAMAN EN ÁRABE, CASI SIEMPRE SE CELEBRAN AL AMPARO DE LAS VIEJAS MURALLAS DE UNA CIUDAD MORA.



LOS BAILABLES DE "CHU-CHIN-CHON"

MISS STANLAWS.

En el «Hotel de los Artistas», de Nueva York, celebróse hace poco tiempo un festival donde el buen gusto y el lujo, de que están dando tantas y repetidas pruebas los norteamericanos, resplandecieron espléndidamente, siendo uno de los acontecimientos más importantes de la sociedad neoyorquina.

Hasta hace pocos años, aun nosotros, vecinos de continente, no conocíamos al pueblo de la Gran República. Para todo el mundo, el norteamericano era un ser enteramente dedicado a la conquista del dólar, ideal que conseguía en negocios industriales y comerciales reñidos con el arte, o con todo lo que no se refiere al vil metal.

Sin embargo, la vida artística norteamericana es admirable y de una intensidad inaudita. En la literatura, rama de las Bellas Artes en la que los compatriotas de Poe y Bret Harte han demostrado toda la eficacia de una observación exquisita; en el teatro, en la pintura, etc., sobresale una pléyade de artistas que nada pueden envidiar a sus colegas de los otros continentes.

Clara prueba de esta potencialidad estética, es el cinematógrafo, arte nuevo donde el talento norteamericano ha realizado prodigios, poniéndose en pocos años a la cabeza de la cinematografía mundial. Tal adelanto no es privativo del film, sino un resultado de la superior cultura norteamericana, aun casi desconocida. El «Masquerads Ball», de que hacemos referencia al comienzo de esta nota, y de cuyo lujo darán idea los tres fotograbados que reproducimos, obtuvo un éxito completo. En dicho bailable tomaron parte numerosas y distinguidas mujeres.

MISS GRACE FISHER.

MISS PETER BRUGIERE.

MAPLE y Cía

DECORACIONES Y MUEBLES

PRESENTAMOS ACTUALMENTE UNA SELECCION MAGNIFICA DE MUEBLES ANTIGUOS Y REPRODUCCIONES DE LOS SIGLOS XVII y XVIII, VERDADERAS OBRAS DE ARTE Y UNICAS POR SU CLASE EN SUD AMERICA

SUIPACHA, 658

NOÉ
CON LA CAIDA
DE LAS HOJAS
COMIENZA LA RENOVACIÓN DE LOS JARDINES: NUESTRA CASA PODRÁ PROVEERLE DE TODO LO QUE NECESITE PARA EL ORNATO ARTÍSTICO DE LOS MISMOS. SI USTED SE DIGNA VISITAR NUESTRA EXPOSICIÓN, ENCONTRARÁ MÁS DE UN ARTÍCULO INDISPENSABLE PARA EL HOGAR, COMO TAMBIÉN PARA SPORT, GIMNASIA Y JARDÍN.
EUGENIO C. NOÉ
& CÍA.
SAN MARTÍN, 175 - BS. AS.
175
NOÉ

CARICATURISTA SOLDADO

CURIOSA FOTOGRAFÍA TOMADA EN EL FRENTE BRITÁNICO, EN FRANCIA, DE UN SOLDADO-ARTISTA EN SU «ESTUDIO» SACUDIDO POR LAS BOMBAS; EN LOS MOMENTOS DE OCIO, DIBUJA LOS CARTELES PARA LAS REVISTAS Y PANTOMIMAS DE LOS TOMMIES, QUE LES AYUDAN A PASAR ALGUNAS HORAS DE BUEN HUMOR.

EL SALON DE MODA

CONFITERIA DEL MOLINO

RIVADAVIA ESQ. CALLAO, CON ENTRADA INDEPENDIENTE POR RIVADAVIA, 1815

CONSTRUIDO EXPRESAMENTE CON TODO EL CONFORT MODERNO, PARA SERVICIOS DE LUNCH, EN OCASIÓN DE CASAMIENTOS, BANQUETES, SOIRÉES, ETC. — SERVICIO DE PRIMER ORDEN.

MODELO RENAISSANCE
REGIA SALIDA DE TEATRO CONFECCIONADA EN TERCIOPELO "MIROIR" CON ADORNOS ALTA FANTASÍA "LAMÉ ARGENT" Y ENTERAMENTE FORRRADA DE "SATÍN DORIS", CREACIÓN MUY ORIGINAL.
$ 490.-
The South American Stores
Gath & Chaves

El atractivo más grande de toda mujer

Ni [illegible] en las líneas perfectas de su semblante o una cabellera abundante [illegible] juvenil. Vd. no puede ser hermosa [illegible] y perfumada

LA REINE DES CREMES

preparada por [illegible] Lemaître, de Paris, de perfume fresco y suave, de una blancura de nieve, no se enrancia nunca y es la crema preferida por toda mujer que quiera impresionar por su apariencia.

LA REINE DES CREMES

blanquea la piel, conserva su elasticidad y evita arrugas y grietas. Impide y quita las manchas del sol, resguardando el cutis de las influencias de la temperatura y del aire.

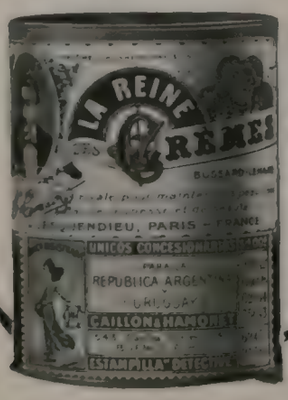
LA REINE DES CREMES

no contiene ninguna materia nociva, pudiendo usarla sin el menor temor, las personas de epidermis más delicada y sensible. No deja el rostro grasiento; sin embargo, la adherencia de los polvos es admirable y perfecta.

SE VENDE EN TODAS LAS PERFUMERÍAS, TIENDAS Y FARMACIAS

EXIJA ESTA MARCA, Y DE NO HALLARSE DIRÍJALA A LOS ÚNICOS CONCESIONARIOS:

CAILLON y HAMONET, TACUARÍ, 267 - Bs. Aires



QUIENES PROVEERÁN PARA QUE PUEDA OBTENERLA, O BIEN A SUS AGENTES PARA EL URUGUAY:

J. J. VALLARINO e HIJO

429, SARANDÍ, 431

Montevideo

Fijarse en esta contra-etiqueta que debe llevar cada caja.

Licor

COINTREAU

TRIPLE-SEC ANGERS

Únicos Concesionarios e Importadores:

CAILLON Y HAMONET

Buenos Aires

EL GRAN LICOR DE SOBREMESA

UN PIEL ROJA

Three Bears (Tres Osos), famoso y anciano jefe de los indios Piesnegros, ha muerto en su vivienda del Parque Nacional de Reserva, en los Estados Unidos. Tenía poco más de cien años, según calculan los más viejos de los Piesnegros, que recuerdan que cuando Tres Osos hablaba de su infancia contaba que John Quiney Adams, elegido Presidente en 1825, fué el primer Presidente que habló con los indios, y que él le vió una vez en una conferencia con los ancianos de su tribu. Tres Osos conocía Chicago y otras ciudades y había visitado varias exposiciones. En el Parque Nacional de Reserva, era cariñosamente visitado por los turistas, que le consideraban una de las más interesantes personalidades del país. Tenía Tres Osos fama de valeroso guerrero. En 1860 fué jefe de los Piesnegros en la guerra contra los Sioux, guerra sangrienta por la posesión de algunos distritos en las montañas Rocosas. El anciano indio fué enterrado con todo el ritual establecido en su tribu.

Polvo Grasoso de
Brissac.
PARIS
Este exquisito polvo de arroz, por su incomparable aroma y su esmerada fabricación, ha llegado a ser el preferido de nuestras damas elegantes.
$ 1.40 la caja.
En venta en las principales Tiendas, Perfumerías y Farmacias.
Unicos concesionarios:
L. AUBERT y Cía.
CHILE, 1958/72 - Bs. Aires
Unión Telef., 7260, Libertad
BRISSAC
PARIS
PARFUMERIE HYGIÈNE

Harrods

es la más alta expresión de moda y calidad. Sus "premiéres" dan á las creaciones exclusivas el sello de verdaderos modelos, destacándolos por su inimitable distinción y su elegante novedad.

SALÓN DE COIFFURE
Y
ESTÉTICA FEMENINA

MANICURA
Y PEDICURO

2.º PISO.

1—VESTIDO Soirée, en satín negro, con encaje de seda, bordado, gran novedad..... $ 390

2—ELEGANTE VESTIDO Soirée, en satín negro, con tul Perlé, gran fantasía..... $ 300

3—VESTIDO Soirée, muy chic, en seda Lamé, con encajes finos, forro y cola de gran fantasía..... $ 275

4—ELEGANTE VESTIDO de Soirée, en satín negro con encaje bordado y cordelier de failletes, $ 450

Harrods

FLORIDA 877
Y PARAGUAY 554

AÑO III

PLVS VLTRA.

MAYO 1916

NÚMERO

ESCENAS DE ANTAÑO

ANTES DEL SARAO

EL PRIMER RELOJ PUBLICO DE BUENOS AIRES

POR MARTIN DE CLEVES
DIBVJO DE FORTVNY

Por el año de 1725, apenas si Buenos Aires conservaba ya algo de la ciudad que viera Garay. La primitiva, formada casi totalmente con ranchos de barro y paja, había ido desapareciendo poco a poco, siendo reemplazada por otra, en la cual, el desahogo pecuniario alcanzado por sus habitantes, les permitía una cierta preocupación en el adorno de sus nuevas viviendas.

Entre las obras que empezaron a construirse en dicho año, figuraba en primer lugar el edificio de las casas capitulares, cuya fábrica no pudo terminarse hasta 1763 debido a la escasez de fondos. Por esta fecha, y a pesar de los repetidos intentos del Cabildo, la ciudad no contaba todavía con un reloj público. El vecindario, cada día más numeroso y formado en su mejor clase por familias de calidad, no aceptaba con agrado el seguir viviendo como en los tiempos de lucha constante contra el indio y la soledad, haciendo vida de campamento, sin más regulador que los toques de corneta y los cañonazos del fuerte, que indicaban las horas de labor o descanso al sonar la diana, al mediodía, a la oración y al cubre fuego.

Reciente aún en muchos el recuerdo de Cádiz, última tierra que pisaran en la lejana pero siempre recordada España, se les imponía la imagen del reloj que habían visto en las casas de la ciudad y que les señalara las horas del embarque para las fabulosas Indias.

En 1761, el Cabildo de Buenos Aires, interpretando los deseos de todos, reunió cien cueros para remitirlos a Cádiz, y con el producto de su venta adquirir un reloj idéntico al de aquel Municipio, a cuyo efecto se escribió a don Juan Antonio de Zevallos encomendándole ambas diligencias. Las comunicaciones lentas y tardías de la época no permitieron tener noticias de este pedido hasta entrado el año 1763, en que una carta de Juan Sánchez de la Vega comunicaba haber recibido sustitución de Zevallos para proseguir las gestiones encomendadas por el Cabildo de Buenos Aires y anunciando el próximo envío del reloj y su campana en el navío «San Ignacio», cuyo maestro era Juan Angel Lezcano.

Mucho tiempo pasó aún sin tenerse la menor noticia del objeto pedido, hasta que en el acuerdo del 2 de mayo de 1764 pudo darse lectura a una carta de Sánchez de la Vega, anunciando haberse embarcado los cajones en la fragata «Nuestra Señora del Carmen» y enviando cuenta detallada de las negociaciones. El agrado de recibir el codiciado reloj, que llegó poco después, fuése perdiendo al enterarse que les costaba dos mil setecientos veinticinco pesos, suma nunca vista en las arcas del Cabildo. Es fácil suponer la consternación de los señores cabildantes ante el compromiso creado, y más todavía sabiendo que los cueros habíanse vendido a un precio verdaderamente irrisorio. Sospechando que hubiera mala fe por parte del remitente, pidióse declaración a Lezcano, cuyo navío hallábase anclado en el puerto, resultando que había pedido por el flete una cantidad menor a la cobrada por la fragata «Nuestra Señora del Carmen». Este asunto debió constituir seguramente la preocupación de los cabildantes y el tema de sus conversaciones hasta la reunión del 9 de mayo, en que, al estudiar la fabulosa cuenta examinándola en detalle, fué rechazada una partida de cien pesos dados como gratificación al relojero Tomás Lozano «por haberlo hecho bien».

El 12 de octubre del mismo año se rebajaron otras partidas por acuerdo del Cabildo, entre ellas la del flete, teniendo en cuenta las declaraciones de Lezcano. Asimismo resolvióse, demostrando la corrección de sus procederes, comunicar a Sánchez de la Vega que se le pagaría el interés usual del 5 % sobre el saldo que resultara debérsele, una vez aceptada la cuenta. El testimonio de los acuerdos y declaraciones debieron enviarse en la fragata del rey «El punto fixo», donde también regresaba a España don Gerónimo Matorras, corresponsal de Sánchez de la Vega en Buenos Aires.

TORRE DEL CONVENTO DE SAN IGNACIO, DONDE SE HALLA COLOCADO EL ANTIGUO RELOJ DEL CABILDO.

Al recibirse el reloj, fueron designados para que solicitasen del vecindario una *contribución graciosa* con que pagar la fábrica de la torre, los alcaldes don Juan Miguel de Esparza, don Ramón de Palacio, el Alférez Real don Gerónimo Matorras, ya mencionado, y a don José de Albizuri. Reunidos los fondos necesarios se levantó la torre, y como al resolverse la colocación del reloj era necesario verificar su estado y funcionamiento, se requirió la presencia del relojero Maestro Cachemaille, procediéndose a abrir el embalaje en la sala capitular del Cabildo. Al levantarse las tablas, aparecieron ante los ojos asombrados de los circunstantes numerosas mercaderías llenando los huecos y consignadas a nombre del vecino don Toribio Viaña. Este descubrimiento vino a complicar el enojoso asunto, pues practicado el examen del reloj por Cachemaille, se vió que le faltaban algunas piezas. El Cabildo, queriendo conservar su imparcialidad, llamó al P. Antonio de Mayer S. J., para hacer una nueva pericia, y ante el Alcalde de 1.er voto y el escribano, hizo nueva revisación informando que no estaban las pesas y que lo demás observado por Cachemaille no podía ser enviado desde Cádiz, por desconocerse allí el espacio donde debía ser colocado el reloj.

En posesión de todos los antecedentes, creyóse oportuno finalizar el asunto, a cuyo efecto, el 23 de octubre se encomendó al Regidor don José de Albizuri que hiciera la cuenta, excluyendo las partidas de gratificación, valor de las pesas y disminución de fletes.

Respecto al pago, nada se resolvió en concreto; pero como los acreedores suelen tener mejor memoria que los deudores, Sánchez de la Vega, en 16 de abril de 1779, escribía al Virrey don Juan José de Vértiz y Salcedo reclamando el saldo adeudado, interés, demoras, daños y perjuicios, comunicando haber conferido poder a don Francisco de Segurola, para gestionar el cobro. El Virrey pidió informe al Cabildo, quien aconsejó tomar declaración al albacea de Matorras, don José de San Pedro Lorente, pues ya no actuaban los cabildantes de 1763. Este declaró haber presenciado los reproches dirigidos por Matorras a Sánchez de la Vega, durante su estada en Cádiz, principalmente por el abuso de enviar mercaderías en los cajones; pero del texto original que se guarda en el Archivo de los Tribunales, surge la duda de si el reproche era por el abuso en sí, o por haber sido las mercaderías tan ordinarias «que ni las negras las querían comprar».

Este es el historial del primer reloj público de Buenos Aires, el mismo que apesar de haber sido tratado por los peritos de «gentil maula», después de 154 años sigue marcando las horas desde la torre de San Ignacio, después de haber señalado las históricas de la Reconquista, Defensa, Emancipación y las lúgubres e interminables de la Tiranía.

FORMA Y FONDO

R. ROVIRA VILLELA

No me ofrezcas deleitoso licor en rústico vaso, ni presente que valga más por lo intrínseco que por lo artístico. Artista y no mercader soy y he de dar, por múltiples razones que provienen de mi temperamento, tanto valor a la forma, que desoyera la voz de la verdad si ésta me fuera dicha en áspero lenguaje.

¡El fondo de las cosas! parece mentira... cambia en el correr de los siglos. Verdades del ayer hoy son probadas supercherías; las verdades del hoy acaso sean discutibles en breve e *imposibles* más tarde. Una ánfora griega, en cambio, podrá no ser de moda, pero siempre resultará primorosa.

Forma, es estilo en la pluma, relieve y armonía en el cincel, firme trazo en el lápiz y colorido en los pinceles. Fondo es la ciencia que cuanto más sabe más comprende la magnitud de su pequeñez; fondo es el espíritu de los seres de cuyos efectos sabemos un poco, pero de cuya naturaleza no conocemos nada; fondo es lo ideal, lo que se siente y no puede precisarse, emoción, sensación, todo aquello que ni tiene términos de comparación fijos ni puede localizarse.

Si eres sabio, empuña el barreno, entra en el túnel que han ido abriendo con esfuerzo sobrehumano las generaciones fenecidas, y húndete en el mar de conjeturas a que va a parar todo trabajo de investigación; los filones, las verdades absolutas no han sido encontradas todavía ¡y acaso si existan!, de todos modos, la humanidad debe creer, debe esperar... El día que lo supiera todo, moriría de pesadumbre.

Yo sólo soy artista, amo el sol, y la luna me sugiere cosas sin importancia, pero muy bellas; creo en el amor aunque sé no poder inspirarlo ferviente, y si alguna vez profundizo llegando atrevido hasta los quimos, no es sino para este saludable contraste: poner primero ante tus ojos el sucio lodo, para mostrarte después la blanca nube que cruza el inmenso azul de los cielos.

DIBUJO DE ALONSO.

SOLITARIOS

La artista es persuasiva. Las almas no iniciadas sienten el prestigio de su doble naturaleza, y bajo disfraz de indiferencia se reconocen pequeñas y transitorias, rindiendo interior homenaje al genio.

Sin embargo, el hablar a las gentes y sentirse escuchado, aisla, establece categorías; por eso el artista hállase solitario entre los hombres y busca en la mujer compañera fiel, sorda tal vez a sus palabras, incomprensiva de su misión de sembrador, pero atenta a sus silencios, ternuras y debilidades.

La amistad y el amor son complementos de un espíritu. La mujer de extraño temperamento e inteligencia excepcional, no unirá bien con el hombre tan fuerte como ella. De contrario modo, el artista más audaz y extravagante será feliz si busca mujer sencilla, poco romántica, capaz de sumar a su vida inquieta la calma y estable alegría de un hogar tranquilo.

Como la golondrina que emprende largos viajes para retornar siempre al mismo nido, la perenne agitación espiritual de un artista necesita el oasis de su nomadismo; la ternura de una elegida en lugares de meditación y retiro.

La soledad se corona entonces de rosas, y trofeos misteriosos enlazan la pareja emblemática.

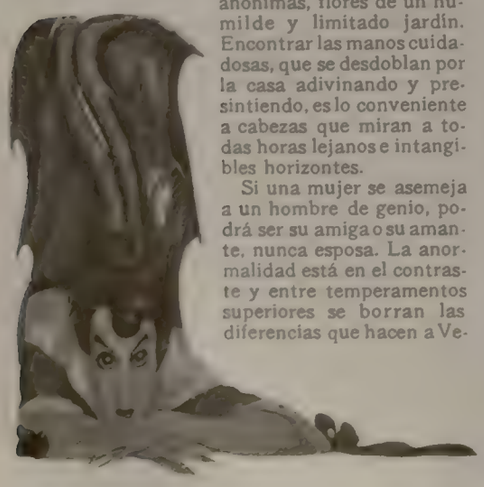
ROMANTICISMO Y SENTIDO PRÁCTICO

Una mujer se dejaría raptar sin titubeos, cuando creyera a su amante dispuesto a repetir esa primera fuga en sucesivos días, con el mismo amor y entusiasmo. Su romanticismo la impulsa a huir; su sentido práctico la detiene, advirtiendo que esa huida mata la pasión, y que puestos otra vez en idéntico caso, El, no volverá a implorarla desesperadamente.

El alma femenina dispone de un arma formidable: la Desconfianza. Barbey d'Aurevilly habla del temible demonio que sería dueño de toda mujer, si no equilibraran su influencia otros dos poderosos demonios: Cobardía y Vergüenza.

Cualquier mujer práctica y romántica a un tiempo, complementa mejor al artista que una enamorada excepcional libertada de ese equilibrio.

Abnegación, persistencia, reposo, sólo se encuentran entre las mujeres anónimas, flores de un humilde y limitado jardín. Encontrar las manos cuidadosas, que se desdoblan por la casa adivinando y presintiendo, es lo conveniente a cabezas que miran a todas horas lejanos e intangibles horizontes.



Si una mujer se asemeja a un hombre de genio, podrá ser su amiga o su amante, nunca esposa. La anormalidad está en el contraste y entre temperamentos superiores se borran las diferencias que hacen a Venus la esposa de Marte y a Juno la de Júpiter. Las nupcias se truecan en aberración porque se pierde la dualidad de sexos.

Veamos, pues, en la mujer el juguete amable y cariñoso, contradictorio e incomprensible. Aquellos ojos que nos miren incrédulamente, aquel corazón que se espante de nuestras ideas, son promesas de felicidad y sin vacilar debemos encadenarnos con tan frágiles y tenaces encantos, iguales a la hiedra que trepa y se adhiere fuertemente a un tronco.

PLACER Y PERFECCIÓN

La obra del artista se realiza en gran parte bajo influencias de una mujer, cuando existe recíproca fidelidad y algo de eterno deja sus huellas en la cotidiana comunidad de las dos almas y los dos cuerpos.

¿Es posible que un hombre de refinada sensibilidad pueda cambiar de afectos como muda sus ropas? Hay falsedad en ese repetido argumento del hastío que contra la fidelidad amorosa usan los espíritus frívolos. Años enteros son insuficientes para comprender y gozar en sutilísima renovación algunos de los infinitos matices, que en la sonrisa de la esposa nos ofrecen continuas y alegres sensaciones.

El naturalista que examina durante toda su existencia un pequeño insecto, no ve nunca límite a su estudio, y pretendemos agotar en escaso tiempo algo de tan maravillosa variedad como es la psicología de una mujer que se entrega plenamente.

El placer más puro y permanente está en la perfección del conocimiento y éste exige la acción del tiempo que sofrena y enseña. A un enamorado voluble o pasional, bastan breves instantes para cometer arrebatos, locuras y violencias pronto olvidadas, pero el verdadero amor descubre en la repetición nuevas bellezas, como ante un mismo paisaje nos asombra diariamente el aspecto cambiante y misterioso de la Naturaleza.

VIVIR DE ACUERDO CON LA REALIDAD

El hogar de un artista debe ser un hogar como otro cualquiera y funcionar siguiendo el mecanismo de las costumbres de sus contemporáneos.

Es el pasado muy inadmisible y el futuro demasiado incierto, para edificar sobre ellos la construcción de triviales vulgaridades que forman en conjunto la vida. Porque la psicología y la fisiología nos prohiben toda ilusión sobre este punto. El artista es un hombre semejante a los otros, aferrado a un ambiente, sujeto a determinados medios económicos y morales y a multitud de accidentes engendrados por la sociabilidad.

La mujer que en el hogar del artista es planta bella y efímera, cobijada bajo un árbol de fronda majestuosa, debe estar de acuerdo con las demás plantas bellas y efímeras que ornan todos los jardines. El aroma que más halaga no es el más penetrante. La vestidura que deslumbra no es la que más embellece.

Un hogar tranquilo armoniza con la actividad espiritual, adormeciendo esas fatigas que pliegan y empalidecen la frente que ha pensado.

LA MUJER FATAL

¿Recordáis aquella Marcela, pastora, y aquel Grisóstomo, estudiante, que hizo protagonistas de amorosa tragedia el glorioso autor del Quijote? Esta historia es símbolo perfecto de los peligros a que tales mujeres, inteligentes y fatales, conducen. Grisóstomo poeta, músico y estudiante, no pudo resistir al sufrimiento como los zafios lugareños y pastores del contorno. Hubiera debido enamorarse de alguna sencilla aldeana, gozando libre de preocupaciones — esos rústicos placeres loados en las églogas.

Princesa o pastora, artista o iluminada, la mujer excepcional, tiene un inexorable anatema en materia de amor, y sólo el hombre ingenuo y sin voluntad que se deje arrastrar por la corriente impetuosa, puede seguir su ruta y compartir en categoría de esclavo sus destinos.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JULIO BOU.

ALDEANOS DE ÁVILA

ÓLEO DE J. LÓPEZ MEZQUITA.

DIVS
VELDA

CHILE
EL PALACIO VALDEZ MORELL

EL HALL.

LA ENTRADA AL PALACIO VALDEZ MORELL.

Las primeras señales de una vida floreciente iban apareciendo, como si al descender de las grandes alturas en que, libre el espíritu de ruidos mundanos se remontaba hacia una idealidad azul, el materialismo de la vida fuese llegando en forma agradable y pintoresca, para hacer menos ruda la mudanza de ambiente.

El trasandino bajaba por la falda de Caracoles, hacia la estación de los Andes, como una oruga que se deslizaba sobre la corteza de un árbol grande y viejo, de esos rugosos en que las tormentas dejaron su huella inequívoca, y hacía contorsiones para evitar la rápida caída.

Se hablaba ya del alojamiento de todos y cada uno de los que íbamos en la comitiva. Alguien sabía el destino que se nos adjudicaría y nos había hecho rápidas descripciones. El doctor Pueyrredón que pudiera haber vivido en la Legación Argentina, acogía con entusiasmo el ofrecimiento que se le hiciera, del Palacio Valdez Morell, porque, dada la fineza de un chileno ilustre, como lo es su propietario, reposaría más íntimamente en el seno de la sociedad de Santiago.

Y a medida que el tren se iba aproximando a Santiago, más crecía la expectativa de todos, por conocer los tesoros que guarda la capital del Pacífico y muy en especial por contemplar la maravilla de buen gusto, distinción y «savoir faire», que habría de ser ese palacio, que merecía el elogio de cuantos ya lo habían visitado en oportunidades anteriores.

— —

Las gentes que saben colocar en orden todos los atavíos de una mansión, dejan traslucir en el exterior del edificio la elegancia de su interior, sin cargar los detalles de la fachada. El palacio Valdez Morell, cuyo frente da por completo a la Alameda de las Delicias, es de un estilo arquitectónico un poco antiguo. Su fachada es severa, sobria; destácase, a primera vista, la maestría del ejecutor del proyecto, que tuvo muy en cuenta los destinos de cada una de las partes del edificio, llamadas a acoger con sencillez, fáciles adornos, en cualquier circunstancia que requiriera su engalanamiento exterior. Desde la portada hasta el final del frente, la planta baja se inicia con un largo balcón — pudiera llamársele terraza

VISTA DEL LUJOSO COMEDOR, DECORADO CON PRECIOSOS MUEBLES.

UN DETALLE DEL FUMOIR.

que da vistas a la alameda y desde el cual se divisan los tres aspectos distintos del oeste, del norte y del sur, en que la naturaleza pone, por obra y gracia de su prodigalidad, una nota distinta de belleza, culminando el panorama, en las tres torrecitas que de noche parecen tres luciérnagas que trepan por la falda del cerro de Buelén.

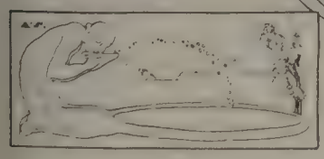
La portada es amplia. Cuando se aboca a ella, se experimenta una sensación de grandiosidad. Si desde la distancia, el aspecto de la casa da la idea de que moran allí grandes señores, llenos de placidez y de dicha, por la holgura que tal posesión representa; cuando se traspone la portería y aparece un patio redondo, en cuyo fondo se muestran los primeros indicios de un parque en que disfrutan garbo y elevación, los copihues y las palmeras, tórnase el primer sentimiento artístico en admiración. Como se visita un templo, como se sube a los altares centenarios para contemplar muy de cerca las reliquias que guardan, así, en silencio, el palacio, en medio de cuyas bellezas surgen estas líneas, al correr de la pluma, convida a oir de puntillas, de una a otra habitación para avizorarlas todas.

Las dos columnas medioevales que orlan la entrada a la casa, parecen centinelas que guardaran el tesoro que se encierra, en las vitrinas, en los tapices, en los gobelinos, que simbolizan el abolengo de varias generaciones de un gran sentimiento artístico.

No queremos, con nuestro relato, hacer el elogio, de tal manera que pudiera parecer forzado. Para llegar al convencimiento de lo que aseguramos, bastaría conversar con los argentinos que en él se han hospedado, y recibir sus impresiones, que en nada difieren de las nuestras; y para ser fieles intérpretes de lo que, llenos de sinceridad, hemos escuchado de labios del doctor Pueyrredón y de su distinguida esposa, olvidaremos un momento la descripción de la parte material del palacio, nota que sólo tiene una relativa importancia estética, para hacer una digresión que pertenece por entero al afecto.

Si la grandiosidad caracteriza el ambiente, donde el gusto y el dinero se disputan el honor de ser más eficaces, sobre todas las cosas, en el «chic» del conjunto tan harmónico, en el prolijo cuidado del detalle, en la delicadeza y elegancia de las pequeñas minucias que componen la parte más íntima de los gabinetes de familia, reina la predominante de un espíritu exquisito, nota dulcemente femenina que tuvo el talento de seleccionarlo todo. Nada ha escapado al encanto de quien hizo la poesía de su hogar; porque la fría psicología, que a las veces nos lleva a conclusiones meramente rudas e impracticables, nos ha hecho inferir, en esta circunstancia, cual fuera el pensamiento de quien con tanta delicadeza ha hecho de su mansión un hermoso templo de arte.

ARTURO M. MAÑÉ.



UNA VISTA DEL HERMOSO PARQUE DEL PALACIO.

ARTE ARGENTINO

RETRATO DE LA SEÑORITA
JOAQUINA OLIVER ROMERO

OLEO DE BERMÚDEZ.

Rodolfo Franco

Cuando en abril de 1917 se celebró en Buenos Aires la tercera exposición nacional de acuarelistas, Rodolfo Franco envió desde Europa algunos trabajos al aguafuerte, que merecieron, por parte de la prensa, los más justos y sinceros elogios. Su nombre, hasta entonces casi desconocido por el público, empezó a adquirir cierta popularidad, cimentada poco después al conocerse sus triunfos artísticos en España, donde residía desde el principio de la guerra. Ultimamente en Madrid, patrocinado por el maestro Sorolla y por el embajador Avellaneda, expuso una cantidad de obras en el Círculo de Bellas Artes, con asistencia de la Infanta Isabel, que le adquirió dos cuadros, siendo uno de ellos «El alma de Sevilla», que reproducimos en esta página.

Nuestra curiosidad por conocer la interesante labor de este joven artista, comparado ya por los críticos europeos, con grabadores tan célebres como Lee Hankey y Whistler, hacía que deseáramos particularmente su venida, teniendo en cuenta por supuesto, el agrado con que aquí es siempre recibida cualquier manifestación de verdadero arte.

Hoy, después de catorce años de ausencia, se encuentra Franco entre nosotros. El solo anuncio de su exposición, que debe inaugurarse en los primeros días de junio, ha despertado un interés que le asegura otro nuevo y estimable éxito.

Franco inició sus estudios hace quince o diez y seis años en Buenos Aires, siendo su primer maestro el paisajista italiano Copini. Luego marchó a Francia para cursar ingeniería, carrera a la que sus padres querían dedicarlo. Establecido en París, pronto se dió cuenta de que el arte era su única afición. Las matemáticas no llegaron a convencerle nunca. En vez de asistir a las clases, se pasaba el tiempo visitando los museos y tratando de relacionarse con los grandes pintores establecidos en la capital francesa, que fueron quienes, en vista de sus condiciones, le aconsejaron se dedicase de lleno a la pintura. Bajo la dirección de Hermen Anglada Camarasa, que le distinguía como a uno de sus más aventajados discípulos, pintó algunos cuadros al óleo, entre ellos «Eulalia» y «La Iglesia de San Hermenegildo», que se hallan en el Museo Nacional de Bellas Artes. Otras obras de la misma orientación y estilo fueron enviadas a varios certámenes de Londres, figurando también su firma durante cuatro años consecutivos, en el Salón de Otoño de París. Después ensayó el aguafuerte, género difícil en el que ha conseguido tantos y tan sonoros triunfos, y al que le debe su envidiable reputación artística; trabajando por espacio de muchos meses en el estudio de Edward León, notable personalidad reconocida como uno de los maestros del grabado en Francia, adquirió Franco el tecnicismo que necesitaba para triunfar en su carrera. Con tan excelente preparación, libre de toda extraña influencia y con un enorme caudal de energías y de conocimientos artísticos, pasó a España en 1914, radicándose en Sevilla, donde ha vivido durante los tres últimos años. La hermosa capital andaluza, tuvo en este cultivador de la belleza un nuevo y original intérprete de sus misteriosos y sutiles encantos. El alma nocturna de Sevilla, fué despertando intensamente la extraña y vigorosa sensibilidad del artista argentino, que consiguió reflejar en su obra, el carácter trágico y sensual de aquel pueblo apasionado y sensitivo.

Las aguafuertes que han de figurar en la próxima exposición, confirman lo que acabamos de decir. Franco ha impresionado con un dominio prodigioso de la línea y del claro obscuro, raros aspectos de los típicos barrios de Santa Cruz y de Triana; paredones grises, en los que sólo se proyecta la sombra larga de algún viandante trasnochado; obscuros callejones sombríos, donde apenas si se descubre en la distancia una pequeña y mortecina luz, colgada ante la imagen de un nazareno flagelado y exangüe. En otros grabados suelen verse mujeres y hombres, hechos con un sentido goyesco, sobre fondos de enigmática irrealidad. En resumen: nadie ha sabido descubrir mejor que él los secretos de una noche sombría, ni nadie nos ha revelado con más artística emoción esas escenas lúgubres de café-cantante, donde una joven danzarina hace despertar el amor, con la gracia milagrosa del ritmo.

VÍCTOR ANDRÉS.

AGUAFUERTES DE FRANCO.

Un centenario
por Eduardo del Saz

Hacíase llamar René. Era pálido, distinguido y levemente hermoso. Hablaba correcto parisiense. Desembarcó en Buenos Aires allá por el año... nadie sabe la fecha exacta, pero poco le ha de faltar o sobrar al siglo.

René D'Auvillac — Bartolomé Capdevila, según lenguas murmuradoras — no estaba en peligro de hacer la América. Y, sin embargo, la hizo

Quería dinero, mucho, para conseguir una mano diminuta de francesa hermosa, pálida y distinguida como él. La suerte arregló las cosas de otro modo: la suerte era entonces más romántica.

Un día, a la salida de misa mayor, René D'Auvillac quedóse atónito sobre el atrio de Las Mercedes. Ramona Zapata era capaz de tales milagros, porque atesoraba veintisiete perfecciones de las treinta exigidas a toda mujer. La curva, el color y la gracia se armonizaban en aquella virgen devota. René enamoróse explosivamente.

Cuando Ramona veía asomar por encima de los visillos de su ventana un sombrero de copa alta y peluda, los levantaba recatadamente para contemplar aquel figurín masculino. Y se enamoró.

Un amigo le presentó a «monsieur» D'Auvillac; D'Auvillac le presentó a René, y éste, a «mi René».

El Idilio de los Idilios debe llamarse aquella novela que Ramona y René escribieron con sus corazones en el gris papel de la prosaica vida.

No se sabe quién o quiénes transportaron en tardos bergantines y fragatas las modas europeas que «hacían furor» allá por los comienzos del siglo pasado. La moda literio-romántica vino con René D'Auvillac.

Toda la pericia y la vanidad indumentaria que la juventud de ahora usa en cada uno de los distintos «sports», las precisaba para el noble y peligroso deporte del amor romántico. Puede afirmarse que D'Auvillac fué quien puso de moda, de rabiosa moda, la imitación casera del «roman romantique».

Antes de René, la bella mitad de la muchachada se entendía con la otra mitad sin tantos requilorios. René provocó el renacimiento de la idealidad enfermiza. Los Bernardos, Severianos, Gaspares, Bartolomés, Domingos, Rupertos, etc., abominaron de sus castizos nombres. Cada cual quería llamarse Raúl, Roberto, Leoncio, Amaury, etcétera. Y las Pacas, Ramonas, Virtudes, Eulogias, Perfectas y Emerencianas, en el secreto del noviazgo oíanse llamar Valentina, Laura, Carlota, Leonora...

Un nocturno ejecutado al piano, una escala de seda, una furtiva entrevista, una oposición despótica y paternal, un poco de lividez en derredor de dos ojeras, una tosecilla, he aquí los ideales. Y las niñas deletreaban el francés para buscar modelos de fino amor, y en el idioma se introducían los galicismos ayudados por los malos traductores.

Fué un contagio general y duradero. Todavía quedan indicios en las costumbres amatorias de la juventud de Buenos Aires. Aun los hijos de los discípulos de René y Ramona se llaman Leandros, Sarahs, Reginaldos, Haydées, Robertos...

René D'Auvillac y Ramona Zapata son nombres y apellidos inventados que encubren otros nombres y apellidos reales. Las aventuras de este protagonista y de esta heroína se han ido olvidando con el tiempo. Dícese que no quedó lance romántico que no realizaran o intentaran. Contrajeron enlace en Las Mercedes cuando el señor Zapata se dió por vencido. La descendencia fué numerosa para mayor gloria del «football», el «rowing», el «tennis», etc.

La Argentina recoge en estos primeros años del siglo su primera cosecha de centenarios. Ninguna comisión organizadora se acordó del Centenario del Romanticismo Argentino. Y esta negligencia tiene más importancia de lo que parece. Románticos fueron muchos próceres y patricias; el romanticismo y la política trabajaron juntos en la obra nacional.

Recordad los nombres de vuestros poetas, de vuestros literatos. Fervor de romántica religiosidad hubo en sus cerebros y hay en sus trabajos. Y hasta en los cultivadores del clasicismo, se advierte la influencia del espíritu romántico.

Sea rememorado y celebrado en un humilde artículo al pie de un buen dibujo romántico, el centenario del romanticismo criollo.

DIBUJO DE LARCO.

EL MUSEO HISTORICO NACIONAL

Al trasponer los umbrales del viejo palacio de Lezama, situado en la calle Defensa entre Caseros y Martín García, el visitante empieza a sentir la influencia que ejercen en su sensibilidad los mudos vestigios de la historia.

En la yerta claridad de las salas, en la penumbra de los sótanos y a través de los estrechos corredores y galerías, adviértese que todo está lleno de evocación y de interés, y sellado con el espíritu de los hombres que formaron la patria. Allí estan los recuerdos de sus obras y las cosas que a ellos pertenecieron; los uniformes, los muebles patinosos, los objetos íntimos, los trofeos y los mil detalles que han podido salvarse en el derrumbamiento de las vidas lejanas. Ya no se siente bajo el peto de las guerreras el latir de los corazones, pero las espadas resplandecen aún como una ofrenda de heroísmo, y hasta las figuras de los cuadros parecen frías imágenes que todavía piensan y miran...

RECUERDOS DE SAN MARTÍN. Por tratarse de la figura más descollante del pasado argentino, se ha dado lugar preferente a sus reliquias, que constituyen el núcleo preferido a la veneración del visitante.

Cuidadosamente conservados en estantes y urnas de cristal, admíranse los objetos que fueron de su pertenencia: sellos de oro, chifles, porcelanas, autógrafos y retratos de sus descendientes; el parte de la batalla de Chacabuco, una banda con los colores de Chile, y el sombrero elástico, semejante al de Napoleón, usado por el General durante la travesía de los Andes.

Ocupa el rincón de la derecha un cofre con herrajes enmohecidos, de mucho carácter; en el centro hállase colocado el catre de campaña, y en una de las urnas a que hemos hecho referencia, el tintero y sello de la inquisición de Lima y una copia al óleo del estandarte que dicen de Pizarro. Estos objetos le fueron donados al general por el Cabildo de Lima, después de jurada la independencia del Perú en 1821. El tintero, que estuvo en poder de su nieta y última descendiente, doña Josefa Balcarce San Martín de Gutiérrez de Estrada, lo cedió en París al diplomático don José Machain, regalándolo éste al Museo en 1899. En cuanto al estandarte, fué devuelto a Lima por resolución testamentaria del Libertador, y custodiado en la sala capitular de aquel Cabildo, desapareció durante el saqueo del populacho, el 6 de noviembre de 1865, cuando la caída del presidente Pezet. Se ha comprobado posteriormente que este estandarte no fué el que llevó Pizarro a la conquista del Perú, sino el de Alférez Real de Lima, con las armas concedidas por el Emperador Carlos V en cédula de 7 de diciembre de 1537.

Otro aposento, con balcones a la calle Defensa, guarda los muebles que componían el dormitorio del venerado patricio, en su casa de Bolonia del Mar. El lecho donde falleció, bastante bien conservado, es de hierro con dosel de cretona.

INVASIONES INGLESAS. Los objetos relacionados con esta gloriosa página de la Historia, hállanse dispuestos en una pequeña salita contigua a la de Mayo, comunicando también con la biblioteca por la puerta del fondo. De sus muros penden los retratos del general británico Sir Guillermo Carr Beresford y de don Santiago de Liniers, penúltimo virrey del Río de la Plata.

Dos vitrinas de madera y cristal contienen autógrafos, porcelanas y documentos de la época, una cartera con anotaciones del General Lewison Gower, y la espada que Beresford entregó a don Hilarión de la Quintana, cuyo retrato, que aparece junto a la cama del virrey Marqués de Sobremonte, fué ejecutado en Chile por el indio José Gil, en 1818.

Entre banderas y estandartes tomados durante la Defensa, ocupa lugar preferente la magnífica lámina de plata y oro que el Cabildo de Oruro regaló al de Buenos Aires, como testimonio de admiración por la reconquista de la ciudad en 1806.

Completan el interesante conjunto los retratos de don Cornelio de Saavedra, don Máximo de Zamudio y el de don Martín Casimiro de Lasala, teniente coronel del Real cuerpo de Ingenieros (1805); el del General don Juan Gutiérrez de la Concha, muerto en 1810 siendo Gobernador de las provincias de Córdoba del Tucumán, y el de doña Cayetana de Oromí y Lasala, que el 21 de noviembre de 1807 ingresó en el convento de las capuchinas, cumpliendo el voto que hiciera antes de la victoria alcanzada por los ejércitos virreinales contra los ingleses, el 5 de julio del mismo año.

SALETA DE PATRICIAS. Se halla en el ángulo noroeste del edificio, con puerta de comunicación a la galería exterior del Museo. Aunque de pequeñas proporciones, es considerada entre las secciones preferidas del público. En ella expónense los retratos de aquellas damas, ilustres en la historia, que contribuyeron eficacísimamente y a base de grandes sacrificios, al mantenimiento y sostén de las fuerzas libertadoras. Sus nombres suenan en nuestros oídos, despertando singulares evocaciones de leyenda patricia.

Los muebles que sirven de complemento a la saleta, figuraron en la casa de los Escalada, centro donde concurría lo más selecto y representativo de la vieja sociedad porteña, y donde se resolvieron asuntos de importancia nacional en tiempos de la emancipación. Entre los muebles se recuerdan el clave, dos espejos de cristal tallado, varias sillas de línea curva, un reloj de pared y dos

SALA DE SAN MARTÍN, CON OBJETOS QUE PERTENECIERON AL LIBERTADOR DE AMÉRICA.

mesas españolas con mármol jaspeado del Perú, que sustentan lindas porcelanas chinas de azul cobalto con escenas en oro.

PERÍODO DE LA INDEPENDENCIA. Consta de tres salones, materialmente ocupados con trofeos, uniformes y otras reliquias de la época, distribuidos en grupos, según el orden de los acontecimientos a que cada cosa se refiere.

En la sala de Mayo, a ambos costados de la mesa que fué de Mariano Moreno, se ven dos escaños del antiguo Cabildo, con taraceas de caoba y jacarandá, y ante la puerta de la biblioteca, en urna bronceada, el acta de la independencia que firmaron los miembros de la Junta, cuyos retratos ocupan las cuatro paredes del recinto.

En el salón de entrada hay cuadros de los constituyentes de Tucumán, otros alusivos al himno, y el clavicordio donde se tocó por vez primera en casa de los Escalada. En la misma pieza guárdanse los objetos de don Bernardino Rivadavia, así como la caja donde fueron traídos sus restos desde Cádiz. También existe en una vitrina la llave de la ciudadela de Montevideo, entregada cuando la rendición de dicha ciudad, en 1814.

El tercero de los salones da frente a la calle Defensa, estando comprendidos en él los episodios de la expedición al Perú, con reliquias de don Simón Bolívar; la bandera que llevó el ejército libertador durante el glorioso paso de los Andes, y los uniformes y espadas de los generales Zapiola, Escalada, Las Heras, Guido, Pedernera, coronel Olazábal y del ayudante mayor de Granaderos don Pedro Ramos.

También está lo referente a la guerra del Brasil, con armas y trofeos ganados en esa campaña y otra infinidad de recuerdos históricos.

SALA DE BELGRANO. Las reliquias que se conservan de este ilustre argentino, creador de la bandera nacional, hállanse en una pequeña salita contigua al patio, donde hay cuatro cañones de la independencia, algunos bustos de militares y próceres, falconetes de la conquista, el arca fiscal, jambas y columnas talladas por los indios y otras curiosidades. En la salita que nos ocupa, se ven dos elegantes mesas de pata curvada, sustentando viejos contadores, sobre los que aparecen dos antiguas imágenes de talla, una de ellas la Virgen de las Mercedes, de quien el general era muy devoto.

En las paredes se descubren las banderas tomadas en los campos de Salta y Tucumán, y la valiosísima tarja de plata y oro regalada por las señoras de Potosí a don Manuel Belgrano el año de 1813. También hay una preciosa arquimesa de rica madera maqueada y dos sillones con asiento de seda que fueron del Tribunal del Consulado. La vitrina que ocupa el centro de la salita, guarda, entre otras cosas, el sable del prócer, varias miniaturas de sus hermanos y una de la reina María Luisa, que le fué entregada en Roma, donde había ido comisionado por el gobierno de las Provincias Unidas, para resolver una importante gestión diplomática.

SECCIÓN ORTIZ DE ROZAS. Ocupa un gran aposento y dos repartidores, al final de un estrecho pasillo que se alarga de norte a sur, con gran número de litografías y cuadros de costumbres.

Esta sección, sin duda la más numerosa y mejor distribuída del museo, contiene elementos

UN RINCÓN DE LA SALA DE ROZAS.

GRAN SALÓN DE ENTRADA AL MUSEO.

SALA DE MAYO, QUE CONTIENE ESCAÑOS DEL CABILDO Y RETRATOS DE LOS ASISTENTES A LA PRIMERA JUNTA.

SALA DE LAS INVASIONES INGLESAS, CON ALGUNAS RELIQUIAS CORRESPONDIENTES A LA HEROICA DEFENSA DE BUENOS AIRES.

de mucho valor ilustrativo, todos ellos relacionados con el histórico y turbulento período de la Dictadura. Allí vemos el retrato de don Juan Manuel, de su esposa doña Encarnación de Ezcurra y de su hija Manuelita, pintado este último por don Prilidiano Pueyrredón, en 1850.

Entre el enorme conjunto de objetos, cuya enumeración se hace poco menos que imposible, descúbrense algunas banderas de la Federación, con las cuatro monteras rojas en las puntas; cuadros de militares, acciones navales y terrestres, expedición al Colorado, etc.; la mesa donde firmóse la sentencia de muerte del coronel Dorrego; una vitrina con los desmesurados peinetones de 1834 y caricaturas alusivas, grabadas por Drake; un óleo de grandes dimensiones, con la conducción del cadáver del general Lavalle por la quebrada de Humahuaca, y la litera que doña Agustina López de Osornio, madre del dictador, usaba en su estancia «El Rincón de López», de la que nos ocuparemos en uno de nuestros próximos artículos.

BANDERAS COLONIALES. En la galería contigua al patio, que abarca todo el costado norte del museo, están las banderas y estandartes de los regimientos coloniales de América, que se creaban por Real Decreto, bien con nombres peninsulares o con otros de regiones o ciudades del Nuevo Mundo. Los colores solían ser generalmente blancos, a diferencia de los estandartes reales, símbolo de España, que eran color de púrpura, y que como emblema del poder absoluto custodiábanse por el alférez real de los Cabildos. En su centro figuraban las empresas de la corona sobre bastones rojos de capitán general; al crearse estos cuerpos, se nombraban los jefes, oficiales y clases que venían de la península.

Una de las banderas más interesantes es la del batallón ligero de Arica, mandada de Lima por el general San Martín, en 1821. Otras, procedentes de la misma ciudad, son la de Champiguaranga y la de América; la del regimiento de Lorca, tomada en la rendición de Montevideo, el 26 de julio de 1814; la del batallón de voluntarios provinciales de Potosí (1825) y la del regimiento de Castro, con las armas de dicha villa, tomada en la batalla de Pasco, el 6 de diciembre de 1820; igualmente interesante es la del batallón de Albuera, cuya divisa recuerda la batalla ganada a los franceses el 16 de mayo de 1811, y la del regimiento «Dragones de la frontera», tomada en los campos de Maipú.

A lo largo de la pared y en los espacios comprendidos entre las distintas puertas de salida, figuran cómodas, arcones y otros muebles de la época colonial, una vitrina con las bandas presidenciales y varias mesas con las medallas acuñadas en honor de los prohombres argentinos,

SALETA DE PATRICIAS ARGENTINAS.

GALERÍA CON LAS BANDERAS COLONIALES.

SALA DE LA INDEPENDI

EL MUSEO HISTÓRICO

SALA DE ORTIZ DE ROZAS, CON RECUERDOS DE LA DICTADURA.

muchos de ellos en la parte contigua a la sala del Paraguay, decorada con los trofeos de esta campaña militar.

Rodeada de sillas barrocas, hay una mesa octógona de elegante forma y finas labores. A los costados, dos escaños: uno, con relieves incásicos, que fué del convento de San Francisco de Córdoba, y otro del siglo XVII, con una inscripción romana que dice: DON PEDRO DE CABRERA. Pendientes del muro, el estandarte real hecho para el Cabildo a expensas del capitán Hernando de Vargas, en 1605, y el del virreinato, que paseó la última vez por Buenos Aires en

[illegible] MUEBLES Y RELIQUIAS DE LOS VI[illegible] DE LA PLATA.

y una urna de cristal que guarda el tintero usado por los constituyentes de Santa Fe en 1852.

ÉPOCA VIRREINAL. Por incapacidad del edificio, insuficiente ya para contener las [illegible] cada día más importantes y valiosas, los muebles y elementos anteriores al siglo XIX, hállanse repartidos entre todas las salas, estando

[illegible]

CAMA DE JACARANDÁ, TALLADA, CON DOSEL Y RESPALDO DE BROCATO DE SEDA, CONSIDERADA COMO EL MUEBLE MÁS ARTÍSTICO DEL MUSEO. PERTENECIÓ AL VIRREY MARQUÉS DE SOBREMONTE.

CASACA DE TERCIOPELO RECAMADA DE PLATA Y ORO; MODELO DE TRAJE USADO EN LA ÉPOCA COLONIAL.

SOMBRERO USADO POR EL GENERAL SAN MARTÍN, DURANTE EL PASO DE LOS ANDES.

CASACA Y CHALECO DE SEDA, QUE PERTENECIERON AL ALFÉREZ REAL DON FRANCISCO JOSÉ DE ESCALADA.

LEVITA QUE LLEVABA FLORENCIO VARELA CUANDO FUÉ ASESINADO EN MONTEVIDEO, LA NOCHE DEL 20 DE MARZO DE 1848.

TRAJE DE GALA DEL GENERAL SAN MARTÍN.

UNIFORME Y SOMBRERO DEL GENERAL URQUIZA.

1811. Un óleo con la imagen de la Virgen amparando a doña Rosa de Giles y al capitán don José Ruiz de Arellano, fundadores del Templo de la Merced (siglo XVII). Varios grabados de las ciudades Cartagena de Indias, Callao de Lima, Truxillo, el cerro de la villa imperial de Potosí y otro del Cuzco, en 1571, con la comitiva del Inca en su acanea. Retratos de los virreyes, y en las vitrinas un bastón de plata y carey, de Alcalde de la Santa Hermandad; un costurero que fué de la Condesa de la Conquista, azulejos del convento de la Rábida, cerraduras y llamador del Fuerte y de la Real Fortaleza, y el sello del Santo Oficio de la Inquisición.

Antes de concluir esta reseña, cabe preguntar si los objetos de la colonia que posee el Museo Histórico, no sería conveniente trasladarlos al otro museo que se está organizando en el antiguo Cabildo de Luján, donde sin duda hallarían mejor ubicación en cuanto al espacio, a más de que podrían servir como base para llenar cumplidamente los fines que se han propuesto sus organizadores.

Dicha resolución habría de ser indudablemente bien recibida por todos, ya que las salas que contienen estos objetos tendrían entonces capacidad para algunos recuerdos de la Independencia y épocas posteriores, que están hoy almacenados en los desvanes, por no haber sitio donde poderlos exponer con lucimiento.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

Del poema
"La compañera"
...

EL TESORO

Tranquila puedes dormir,
tranquila por tu legado:
tú me has dejado un tesoro
que yo codicioso guardo...

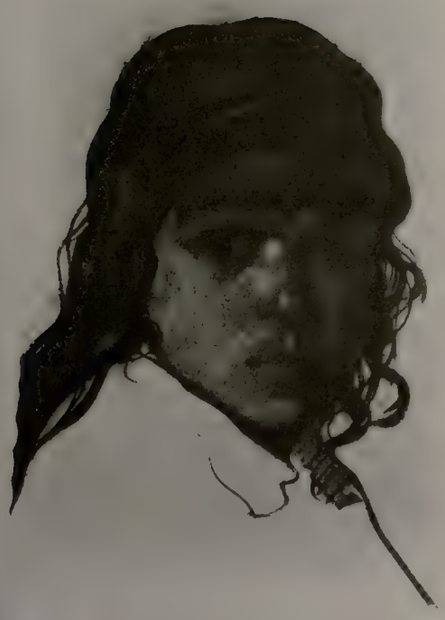
Herencias alivian duelos,
y es lo que á mí me ha pasado:
tú me has dejado un tesoro,
y el dolor voy conllevando.

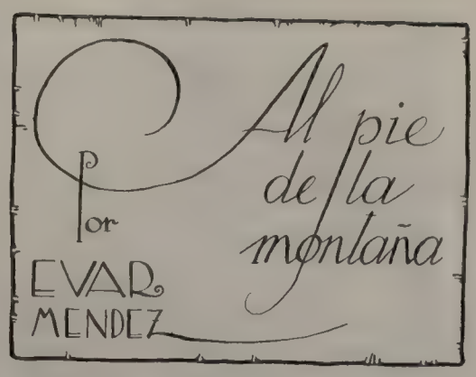
En la cama estás dormida,
tu sueño será bien largo...
las nenas están de luto
y una tengo á cada lado...

Este es el tesoro mío
que tú, mi bien, me has dejado,
y sufro al pensar que puede
irseme de entre las manos...

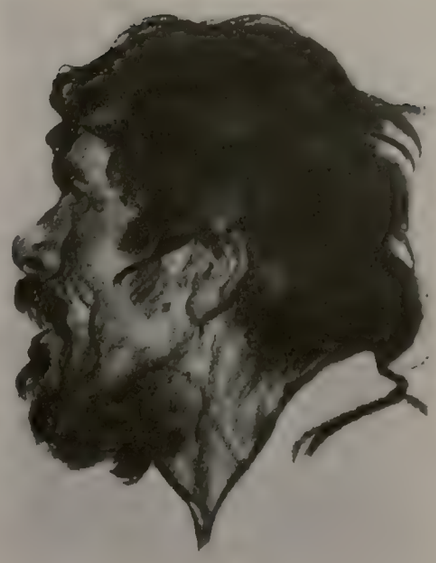
Este es el tesoro mío,
del que me tienes avaro,
¡y tiemblo al pensar á quién,
si muero, habré de dejarlo!

Vicente Medina.





DIBUJOS AL CARBON D SUARATS.



Entre altas montañas desnudas, severas, de austera grandeza, se extiende el fértil valle cubierto de prósperos plantíos, en toda la gama del verde, que sólo interrumpen las rectas blancas de los caminos y senderos y, allá a lo lejos, las manchas cenicientas u obscuras de la ciudad y los villorrios.

Detrás de las montañas azules, de las montañas de amatista, de las montañas rojas, de las montañas blancas de nieve, en una abra o gruta inaccesible, nace el viento, y es el reino eterno del más rudo y pentoman Eolo que sopla, conmoviendo las entrañas mismas de las sierras. Su ruído enorme, que se dilata prolongando un espantoso eco, es como un arrastrarse de truenos por las cumbres rocallosas. Elévase girando sobre sí mismo, alcanza el torbellino las nubes, y de pronto invade la quebrada para arrojarse al valle y asolar la llanura como una tropa en guerra, azote de Dios, que castiga ciudades como en los tiempos bíblicos.

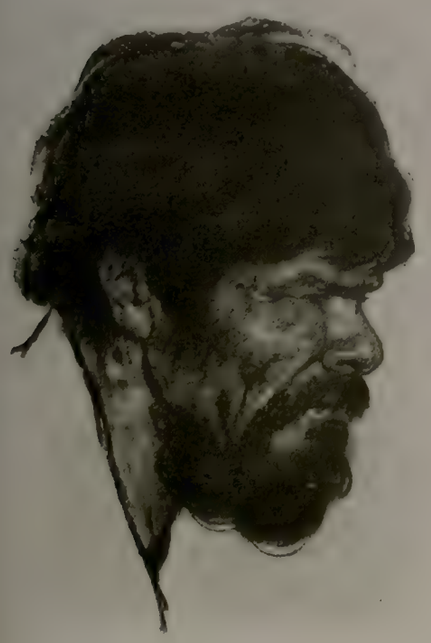
Pero, no importa. Las aguas cristalinas y morenas nacen también de la montaña. Aguas incontables, humildes o turbulentas, cada una de las cuales va recitando una diversa, monocorde, elocuente o soñadora canción. Precipitándose unas de las escarpadas cimas, rodando otras apaciblemente; aguas llenas de ricos limos, aguas machas de peces, aguas orgullosas de su origen, van del cielo a la planicie, para dulcificarse todas, cada vez más, hasta volverse melancólicas al pasar, después, bajo los sauces espesos, dirigiéndose más tarde, cumplido su destino, a morir en los arenosos desiertos. Y he aquí que la unión celestial y terrestre, realizado por otra de las fecundas corrientes produce el milagro de la belleza, de la salud, de la embriaguez de la vida, en el goce de todos sus bienes.

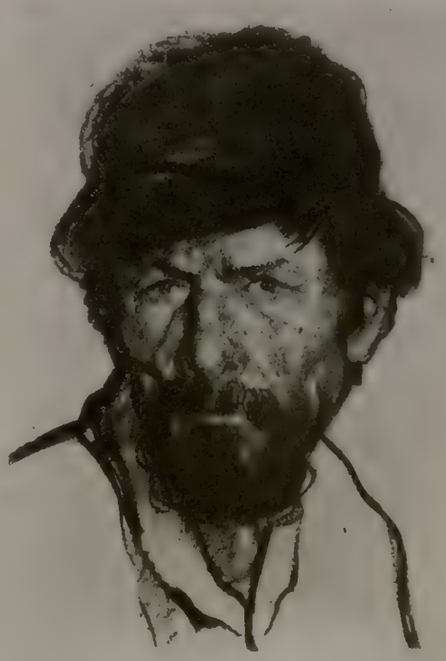
Allí vive ese pueblo, noble y grande entre los iguales de nuestra tierra: hablo de mi nativa Mendoza. Tierra virgen, página blanca, inédito tesoro para el arte, donde todo está por revelarse, aun sin poeta que la cante, sin sabio que la estudie, sin historiador que la perpetúe, con demasiados censores que la denigren. Grande, he dicho, pensando en la epopeya de los Andes; noble, he escrito, pensando en su largo sacrificio silencioso de la época libertadora, empeñada en crear patria y siendo el mejor instrumento para labrarla; triste, no obstante, como su estupenda y desolada montaña; sufrido y paciente como su suelo incansable para producir riquezas. Pueblo grande, noble, triste y martirizado; desangrado por la vasta guerra continental y las campañas intestinas; pueblo heroico de 1817; mas, injustamente humillado bajo el herético fraile Aldao; pueblo capaz de libertar naciones y vencer a capitanes invencibles, fuera y dentro del terreno, pero sin culpa, degradado y escarnecido como ningún otro en el cielo sombrío de la tiranía, cuando el degüello o la inaudita crueldad de degollar vivos a seres humanos alternaba con la trágica declaración de insanía a los tibios federales o los unitarios; pueblo el más doloroso, al cual, hasta las ocultas fuerzas de la naturaleza quieren doblegar y hundir en la tremenda catástrofe del 61; pero que resurge de sus ruinas, históricamente sagradas, más joven, más fuerte, con más ansias de vivir y ser, allí mismo, contra su montaña, que le amenaza y le protege, al par hostil y tutelar.

Y bien, esta tierra encontró un grande que supiera comprenderla, que como nadie supiera amarla, y, cual si lo emularan las cumbres, en ella cobró su propia estatura que refleja su larga y ancha sombra hasta cubrirla todo entero. Se habrá comprendido que me refiero a San Martín.

El descendiente del «huarpe» troglodita y del hombre de la raza «gasta», y de su hijo mestizado el «pehuenche» de idioma «quechua», plácido en su vida hasta la pereza, mesurado en sus hábitos y sobrio, mediocre minero, agricultor o pastor y rudimentario orfebre; si bien observador perspicaz, supersticioso hasta ser medio brujo, y curandero, cuya farmacopea culmina en la misteriosa piedra bezoar, empírico sánalotodo, — ¡quién dijera!, — movido por la incontrastable mano del destino, cumpliría la alta misión que le estaba reservada en este sur del nuevo mundo, convertiríase en héroe, casi siempre obscuro pero magnífico, en el ciudadano generoso hasta darlo todo, su alma, su vida, sus bienes; en el guerrero actor de combates sin cuento. Tales nuestros viejos y rudos abuelos. ¡Qué mejor ascendencia ni abolengo! Nada extraño entonces este presente de paz y bienestar, ganado en buena lid a las enemigas voluntades divinas o humanas. Mi actual conterráneo, el cuyano plebeyo como yo mismo, biznieto de indio y español, agrega a las cualidades del primitivo lo mejor y lo peor de la sangre del civilizado. Y el guerrero sin quererlo de antaño, es simplemente el tranquilo vendimiador de hoy día. En su fisonomía persiste el rasgo típico del áspero y magro antepasado, bueno si los hay, silencioso por oculto en sí mismo, sereno por seguro, sin inquietud por facilidad de la existencia, amante de los dones de la vida y como nadie de su fruto más perfecto.

He soñado, allí, adolescente, en las mañanas helénicas; pues, ¿cómo no evocarlas y creerse transportado a la maravillosa península, alguna ocasión en que la admirable primavera hace florecer todas las rosas que tanto amó Anacreonte; en que el estío desnuda bajo los sauces y dentro de los remansos náyades y ninfas, mientras bajo el sol se exaltan las cigarras; en que el otoño arroja próvidamente en los lagares los racimos propicios a la alegre fiesta de Baco, y en que se presiente, constantemente, en las praderas o entre las vides, la sombra del dios de patas de cabra cuyo nombre llevo?





CROMO — EL MALOGRADO Y LA DICHOSA

Por Albino Dardo Lopez

¡No! — le dijo. — Cuánto que yo te amo, es hasta más allá de tus entrañas. ¿Has de desdecirte de mí porque no comulgo avenimientos, con tu pobre negativa de mariposa? No acepto tu negativa, decido conquistar tu voluntad. Soy poeta, seré rey... Yo no tengo la culpa que te hayas cruzado por la puerta desamparada de mis huertos. Y logrado mi desvelación. ¡Ah!... (Su tono asumió el sentimiento de una tribulación profunda.) Tu voz ha enmudecido mis aves de libertad. Ella puso en mi emoción de solitario, la miel mística de los éxtasis, el bálsamo del beso de una madre en el dolor de su hijo... Cuando te oigo hablar, siento en mí la facultad todopoderosa de los infinitos. Tus ojos son el cielo donde volarán eternamente mis esperanzas, batiendo sus plumajes de amor... ¡No tengo yo la culpa que hayas pasado por la puerta desamparada de mis huertos!

Rayaba la tarde en un ritmo de horas postreras. Hacia el poniente se ensangrentaba anaranjado el horizonte. Flameaba en el aire cruel incertidumbre, como un naufragio de alas rotas. El amador clavó con un golpe de nervios su azada en el surco labrado, que pareció vibrar en su cuerda larga el aliento de células milenarias, como una lira mágica, al desgarrar el tendón de la tierra. Dió la espalda al sol que rodaba como vencido, autómata de su eclíptica eterna. La frente alucinó una comunión participante con la fatalidad de la noche que iba a venir. Y la novia forzada, dijo:

¿Por qué insistes inútilmente? Oh, Señor, tu amor es imposible para mí. Encontrarás otra que te quiera y a la que vos merezcas. Yo tengo adquirida mi dicha, pequeña, más que el más mínimo grano de tus ideas. Tan mísera quizás como la sangre de un lunar mío. ¡Pero es mi dicha! ¡Respétame!

— ¿Piensas en el fruto que tu dicha producirá?

Ruborizada, respondió, descendido el azul de su mirar, al suelo sembrado de hojas moribundas color oro.

Pienso...

¿Qué piensas?

Que vendrá...

¿Nada más?

No...

La apoderó las manos, repentino, como en una tenaza dentro la suya fibrosa. Y le articuló en la faz estas palabras, conmocionalmente:

¡Desdichada! Y se ahogará el cielo tan inmenso de tus ojos entre las cuatro paredes de la vivienda del adra. Nunca sabrás al lado del irresponsable desposado con tu entraña, que en tu voz germinaba el acento inmortal de una revelación sobreviviente... Que la sangre de tu corazón era el manantial que florecía en tu boca, aljonjolí de inagotable dulcificación al dolor sufrido de la vida. ¡Nunca te lo dirá, nunca! Desprovisto para sentir y expresar que en tu beso tenían partes esenciales la naturaleza y lo divino, el milagro que fecunda el alma de los poetas. Suyo tendrás un hijo más. Te hartarás de pan y desengaños, sin que disfrutes una miga de idealidad más allá de tus días. Después, morirás. ¡He ahí tu historia! Pero mi amor, cuanto es, es más allá de tus entrañas y de todo. Abraza glorias supremas, supera destinos mortales; se arraiga de fatalidades. Contigo él engendrará el Poema Sagrado de la creación profanada. ¡Serás mía! ¡Serás mía! Para cantar sobre todo lo que es luz y tiniebla, vida y extinción. ¡Amor! ¡Alma!

— ¡No! ¡Oh, Señor!... ¡Es imposible!

Y aritmo, doloroso, con la noche en la frente — ilustra el cromo trágico — candó las manos y los labios en la garganta prodigiosa y la boca nupcial, hasta derribar el cuerpo ahogado, entre las cuerdas cálidas del surco abierto, apagados los cielos de los ojos. Encima gotearon, una a una, las lágrimas del malogrado...

DIBUJO DE PELÁEZ.

DE LA GALERÍA DEL SEÑOR JOSÉ BLANCO CASARIEGO.

EL NIÑO DE LA GALLINA

ÓLEO DE MANUEL BENEDITO.

LA DESCENDENCIA DE DON JUAN D. GARAY DOS DE SUS HIJOS

POR RICARDO DE LAFUENTE MACHAIN

DIBUJOS DE SIRIO

DON JUAN D. GARAY.

A pesar de lo mucho que se lleva escrito sobre el origen y descendientes de Juan de Garay, quedan aún muchos puntos por esclarecer. Uno de ellos, quizás el más discutido, es el de su nobleza, y en el estado actual de la cuestión, sólo puede afirmarse que fué «caballero hijo-dalgo», pues así lo califica el Adelantado Zárate al nombrarle Teniente de Gobernador del Río de la Plata el 7 de junio de 1574 (1).

Las historias y cartas de la época, donde siempre se le trata de «hidalgo vizcaino» demuestran el concepto uniforme que mereció de sus contemporáneos y explican los casamientos de sus nietos con otros descendientes de conquistadores de apellidos ilustres en España, como son Saavedra, Cabrera, Paz, Chacón, etc.

Además, en 1684, el Capitán Lázaro de Garay, hizo información de nobleza probando ser descendiente legítimo de Garay, Zaldívar, Insaurralde y otros «conquistadores nobles y beneméritos», en la cual declaran vecinos caracterizados de la Asunción del Paraguay, siendo aprobada. Asimismo vemos que este Lázaro de Garay era Familiar de la Inquisición, para cuyo cargo había que presentar iguales pruebas a las exigidas para el ingreso en las cuatro Ordenes Militares de España.

Apesar de lo expuesto, es imposible saber a cual de las numerosas familias Garay existentes en Vizcaya y Guipúzcoa, que citan los minuciosos autores heráldico-vascos Guerra y Labayrú, pertenecía nuestro personaje, ni podrá averiguarse mientras no se conozca quienes fueron sus padres y el lugar de su Casa. De este modo, resultan igualmente antojadizos los escudos que varios autores y reyes de armas le atribuyen.

En lo que respecta a sus hijos, el fundador no menciona más que a Juan de Garay, «mi hijo natural», según consta escrito en el reparto de Buenos Aires; también, en carta dirigida al rey en 1582, dice tener tres hijas, pero sin dar el nombre. De la revisación hecha por el señor Cervera y el P. Cabrera en los Archivos de Córdoba y Santa Fe, resulta que ellas fueron doña Gerónima de Contreras, mujer del Gobernador Hernandarias de Saavedra; doña María de Garay y Mendoza, casada en primeras nupcias con don Gonzalo Martel de Cabrera, y en segundas con el capitán Pedro García Arredondo, y doña Ana de Garay, esposa de don Gonzalo de Luna y Trexo, sobrino del Obispo Trexo y Sanabria. Pero la viuda de Garay, doña Isabel de Becerra y Mendoza, al pedir mercedes al rey, le dice que son muchos sus hijos y nietos, aunque tampoco nombra a ninguno.

Entre los hijos hay uno del cual nunca hemos visto hecho memoria; el capitán Cristóbal de Garay. Le creemos *inédito*. Sin embargo, el historiador Cervera ha conocido un documento donde se hace referencia a él, y al comentarlo, le confunde con otro Cristóbal de Garay y Saavedra. En efecto, Cervera (2) cita un pleito seguido el año 1647 por Juan de Texeda y Garay, por residencia al Alcalde Juan de Avila y Salazar, donde el primero figura como hijo y heredero de doña Isabel de Garay, sobrino de Bernabé de Garay, y sobrino-nieto de Cristóbal de Garay. El dato no puede ser más preciso; doña Isabel de Garay, madre de Juan de Texeda y Garay, era hija de Juan de Garay el mozo, luego Cristóbal de Garay, *tío-abuelo* de Texeda y Garay, no podía ser sino hijo del General Juan de Garay. Este dato concuerda con otros que existen en los autos seguidos en 1717 por don Fernando Arias de Cabrera, sobre información y cobro de ganados (1), donde hay agregados varios testimonios de actuaciones seguidas por doña Gerónima de Contreras, abuela del actuante, sobre ganado cimarrón. Dicha señora, en uno de sus escritos menciona dos veces a «su hermano» don Cristóbal de Garay, y su contrario, un Cristóbal González, dice que doña Gerónima heredó a su hermano el Capitán don Cristóbal de Garay. Resulta de todo lo expuesto que es indiscutible la existencia de esta persona, puesto que se halla reconocida en instrumentos públicos por varios miembros de la familia. En el mismo expediente consta que vivió en las estancias de Garay y Saavedra, a orillas del Paraná, y se desprende que moriría sin descendencia, cuando sus hermanos lo heredaron.

(1) Legajo existente en el Archivo de los Tribunales.

(1) Archivo de la Biblioteca, Tomo X.
(2) Historia de Santa Fe, Tomo I.

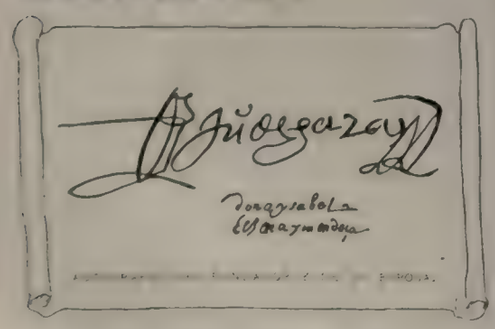
Otro hijo legítimo del fundador, fué el Capitán Tomás de Garay, cuya vinculación con el General ha sido considerada de distintas maneras. Para unos no era sino un homónimo; otros, como Madero, lo consideran sobrino; y Cervera, por último, lo tiene por hijo natural, aunque reconoce que nadie se ha ocupado de él ni de su descendencia. Se ignora dónde y cuándo nació; de sus servicios se encuentran menciones en las actas capitulares de nuestro extinguido Cabildo y algunos documentos en el de la Asunción. En Buenos Aires fué Regidor en 1586 y 1592, Alcalde Ordinario en 1596, Procurador general de las Provincias del Río de la Plata en 1597, Teniente de Gobernador de Buenos Aires en 1603 y 1605 después de haber sido Regidor de la Asunción en 1601. Según Trelles, vendió la casa que tenía en Buenos Aires en 1605 y seguramente se retiró a Asunción donde estaba avecindado y residía su familia. Allí murió en 1608 testando ante Juan de Montenegro. Había sido casado con doña Juana de Morales, hija legítima de Hernando Notario (venido en la expedición de Mendoza) y de doña Catalina Prieto. Fueron sus hijos: Juan de Garay, doña María de Garay, y doña Juana Morales de Garay. Esta última casó en Asunción el 25 de abril de 1619 con don Agustín de Insaurralde, Regidor de dicha ciudad y Notario del Santo Oficio de la Inquisición, hijo de don Martín de Insaurralde, Alcalde Mayor, Regidor, Procurador general y Alférez Real de la Asunción, y de doña María de Zaldívar. Doña Juana Morales de Garay, testó el 4 de mayo de 1628 y fueron sus hijos: don Agustín de Insaurralde de Valesi, don Lázaro de Garay e Insaurralde, doña Ana y doña María de Garay.

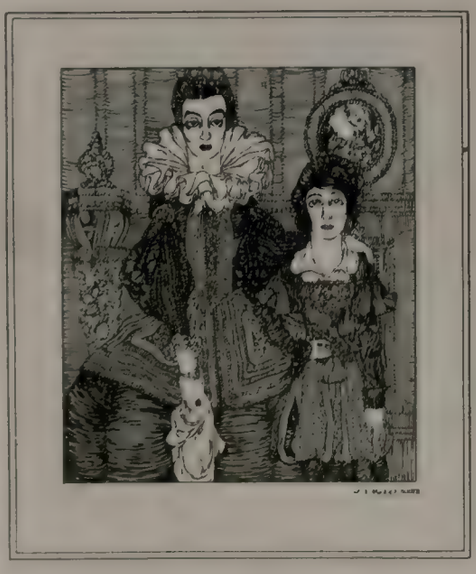
El Capitán don Lázaro de Garay e Insaurralde fué Alcalde Ordinario y Procurador general de Asunción, Teniente de Gobernador, Justicia Mayor y Capitán a Guerra de Villa Rica y Familiar de la Inquisición. El 16 de diciembre de 1684 hizo información de origen para demostrar su descendencia *legítima y directa* del General Juan de Garay, Juan de Zaldívar, don Martín de Insaurralde, «y otros conquistadores nobles y beneméritos», siendo aprobada por el Alcalde ordinario y Juez Comisario de la Asunción, Maestre de Campo don José de Roxas y Aranda.

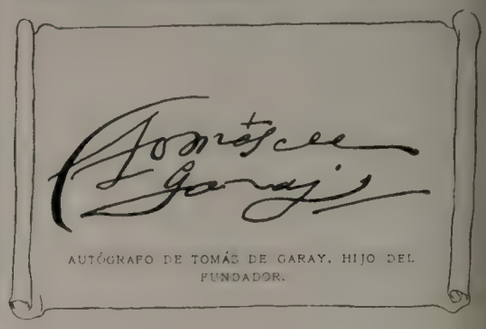
Lázaro de Garay fué casado con doña María Josefa Núñez Añasco, hija del General don Francisco Núñez Abalos y de doña Potenciana de Añasco Saavedra y Sanabria, hija a su vez del General don Antonio de Añasco, Teniente de Gobernador del Paraguay, etc., y de doña Ana de Ocampo, hermana del célebre Hernandarias.

Garay testó el 2 de noviembre de 1686 ante don Lesmes de Oña y Zapata. Tuvo ocho hijos, siete mujeres y al Mariscal de campo General Juan de Garay, muerto en 1712, después de haber sido casado con doña Úrsula de Vallexo Chacón, descendiente del famoso Martínez de Irala.

La familia Machain, posee en su archivo las pruebas de esta genealogía.







AUTÓGRAFO DE TOMÁS DE GARAY, HIJO DEL FUNDADOR.

EL CABALLERO DE LA MANO AL PECHO

Surge el rostro viril de la redonda
Golilla señorial. Al pecho alzada
La mano marfilina y afilada
Tal vez a un voto de lealtad responda.

Dijérase que ya la muerte ronda
En torno a su figura descarnada...
Pintó el Greco en su extática mirada
Una tragedia silenciosa y honda.

Ah! quién sabe en qué místico martirio,
En qué extrahumano amor, en qué delirio
De gloria ardió su corazón estoico!

Eternizado así en la tela antigua,
Es una imagen pálida y exigua
De su siglo fanático y heroico.

Alvaro Melián Lafinur

PROPIEDAD DEL DOCTOR G. ARAUZ ALFARO.

ARTE ITALIANO

LE QUAI VERT DE BRUGES

(OLEO DE BORJA ROBERTO.)

DEVS VIDA

Juan Ramón Jiménez

FIGURAS ESPAÑOLAS.

Por Valentín de Pedro

Estamos en presencia del más honrado, más fino y más puro de los modernos líricos castellanos. Acaso sea menos conocido de lo que debiera y por este motivo no se le aprecia cuanto merece. Además, hay una poesía más cerca de la vida vulgar, más en consonancia con la música de los organillos. Pero él posee en el más alto grado, así como Antonio Machado, esa condición esencial del poeta que consiste en estar en contacto con lo sobrenatural, interpretando las inquietudes del alma al influjo de las fuerzas extrañas y de las cosas que nuestros sentidos limitados no alcanzan a percibir.

Es un niño divino en presencia del mundo. Sus libros parecen perfumados por una melancolía inefable y nos dejan tristes sin saber porqué...

Teníamos de su persona extrañas noticias: Un amigo nos habló de las románticas peregrinaciones al sanatorio donde Juan Ramón Jiménez estaba enfermo de tanto soñar; otro, al pasar frente a la casa de un médico, en Madrid, nos dijo: Aquí vivió el poeta durante varios años en los que sufría la obsesión de la muerte...

Y nos sorprende encontrarnos ante él en una sala primorosamente arreglada, llena de luz en la cual un piano nos habla de sus aficiones musicales; la biblioteca de su espíritu estudioso y su escritorio, con libros, pruebas y originales, de su continua labor. En un cuadro, vemos su casita blanca, en Moguer, el pueblo natal, frente al mar, en el ambiente lleno de claridad y vibraciones, de Andalucía. Y a este cuadro sienta bien su figura de árabe español. Tienen sus ojos, grandes y luminosos, una expresión infantil. Nos recibe con alegría y cordialidad; es expansivo y de palabra fácil. Al yo saludarlo como al más sutil y exquisito de todos los portaliras españoles, según Darío, me contesta:

— No sé si seré mejor o peor; pero tengo la convicción de haber hecho una poesía honrada. He sido poeta siempre, si — como dice Poe — para serlo es necesario entregarse a la poesía por entero. Tendré, es claro, mis cosas buenas y malas, los que vengan después seleccionarán. Creo que el escritor debe ser a la manera de Unamuno, que siempre está produciendo. No me gustan los que se limitan a cantar ciertas cosas o seleccionar, para darnos al cabo una impresión incompleta y de segunda mano, como Enrique de Mesa. Luego, están los poetas cerebrales, que son buenos cuando tienen talento, como Ramón Pérez de Ayala. Tampoco paso por la poesía de Valle-Inclán, que se siente poeta a los cuarenta años y no hace sino alargar hasta lo infinito creaciones de otros. Así como admiro al autor de «Romance de Lobos»; esa creación maravillosa. Creo que la única poesía que puede perdurar es la lírica.

— Debe ser para usted doloroso el ver que el público se va con preferencia hacia los rimadores que surten al mercado literario...

— Quisiera que no mezclasen nuestros nombres. Y no es sólo el público, sino también los diarios y revistas. Es necesario separar lo que es de lo que no es. Antonio Machado y yo, hemos procurado hacer una obra honrada, sin tener en cuenta, para nada, al público; siempre viviendo en nuestra intimidad. Es una lástima que Villaespesa y Marquina, que hicieron cosas que estaban muy bien, terminaran escribiendo estos dramones y siendo padres del ripio. Y a los que se extrañan de nuestra actitud, a los que preguntan: ¿y para qué sirve todo eso? yo les respondería: No puede haber placer más grande que el de la creación. Y lo que me he divertido al hacer mi obra...

— ¿Sus poetas preferidos?

— ¡Son tantos! Se puede decir que no tengo especial predilección por ninguno. Admiro una parte de la obra de uno, otra de otro; a veces una composición... Entre los castellanos, si yo tuviese que hacer una antología sería en la siguiente forma: El Romancero, El Poema del Cid, Jorge Manrique, Santillana, Garcilaso, Fray Luis de León, Góngora, Quevedo, San Juan de la Cruz, algo de Espronceda y entre los románticos, sólo a Bécquer. Es posible que me olvide de algunos, pero esto basta para dar una idea de mis predilecciones.

— ¿Entre los modernos españoles?

— Los Machado y Unamuno en sus últimas poesías.

Luego, habla el poeta de la semejanza entre Góngora y Mallarmé y entre Manuel Machado y Bécquer. De éstos dice: es raro que nadie se haya fijado, pues no se ha dicho; tan parecidos como son, por su forma quebrada e incorrecta, el sentimiento profundo y la impresión de Andalucía.

Hablando del idioma, dice: Cada escritor debe crearse el suyo, con vida propia; tal es el caso que culmina en Rubén Darío.

— ...¿Y Lugones?

— También. Este es otro escritor a quien admiro. Conozco toda su obra literaria, que es grandiosa. La lírica de Darío me agrada más que la suya, pero si tuviese que dar una opinión sobre la obra, en conjunto, diría que la de Lugones me parece superior.

Y hablamos de él. Juan Ramón Jiménez se extraña de que nuestro gobierno no le pase una pensión, que le permita vivir sin preocupaciones económicas, entregado por completo a su obra.

— Que no lo hagan en España, — dice, — se justifica; pero en esos países nuevos, debía haber más preocupación por estas cosas. Además, Lugones es una personalidad excepcional, que no se da a cada momento, ni en cualquier parte.

Seguimos hablando de escritores americanos y me demuestra un gran interés por Almafuerte, del que conoce poesías que le entusiasman. Dice su admiración por una parte de la obra de José Asunción Silva. No participa de la general admiración por Julio Herrera y Reissig, cuya obra le parece fría, llena de reflejos...

De pronto, con una sonrisa de ironía, me pregunta:

— ¿Y aquellos poetas de antología argentina: Coronado, Oyuela?...

— Por mi parte creo que no tienen ninguna influencia en la moderna literatura.

— ¿Ya no se leen, verdad?

— ¿...?

— Son los Núñez de Arce y Manuel del Palacio y otros, de aquí... ¡Qué poca poesía!

Al yo extrañarme de sus conocimientos y su afán de enterarse de todo, manifiesta la necesidad que del estudio tiene el poeta y su ideal de ser un sabio.

He aquí el secreto de este espíritu tan sutil y fuerte, como un diamante. A su alma atormentada, a su sensibilidad vibrante, a la musicalización de su espíritu, une el concepto de lo mejor, de lo escogido, de la belleza máxima.

— ¿Vive usted de la literatura?

— Sí; desde los 25 años, en que se perdió nuestra fortuna.

Actualmente dirige las publicaciones de la Residencia de Estudiantes y la Biblioteca Calleja publica sus obras completas; prepara, además, un libro que le ha encargado la Society Hispania of New York, de versos suyos.

Y al nombrar esta institución tiene para ella palabras de franco elogio. La ha conocido en su viaje de recién casado, a Norte América.

De los libros que está por publicar, el que más prefiere es el *Diario de un poeta recién casado*, con sus impresiones sobre el mar.

Su esposa, norteamericana, Zenobia Camprubí, se hermana a él en el amor y en la inteligencia. Actualmente hace esas exquisitas traducciones de Rabindranath Tagore.

Es tan agradable la conversación con Juan Ramón Jiménez, que nosotros quisiéramos prolongar la entrevista indefinidamente.

Este poeta lleno de pureza, sencillez y de ingenuidad, nos descubre su vida así como su alma en uno de sus libros, desnuda como una estrella... — ¡Oh, este prodigio de la sinceridad! — o bien derramando su luz sobre las cosas, como en el libro maravilloso de *Platero y Yo*.

PAGINAS FEMENINAS

[illegible] a los más ilustres pensadores de la actualidad [illegible] sacrificio, llevada a cabo por la mujer moderna... Y ya que de ello hemos de hablar hoy, no [illegible] en esta Página Femenina, el tema del día: ese *eterno femenino*, que [illegible] reclaman y nos reclamarán más aún en el porvenir, intensas actividades, puesto que la mujer ha sido consagrada como «factor nuevo, inesperado fruto de la guerra actual, con el que será indispensable contar a la hora de la paz...»

Hoy me toca *duendear* en huerto ajeno, [illegible] y consejos, he de reproducir párrafos enteros, de dos ilustres literatos hispanos, que hablan a sus compatriotas, como convendría que nos hablaran a nosotras algunos de nuestros [illegible] Sierra... ellos han de perdonar el atrevimiento de esta Duende, reconociendo que su intención es buena y tal vez descubran el hilillo de oro casi imperceptible, que puede llegar a unir firmemente el espíritu de estas despreocupadas espectadoras de hoy, al vasto, gigantesco engranaje de generosas y al [illegible] pretenderemos, entonces, ser el porvenir...

Confieso a ustedes, que no sostengo el que todas las espectadoras han de ser necesariamente despreocupadas; un chispazo suele bastar para encender la hoguera; bastó un rápido destello, para sugerir a la vagabunda imaginación de esta Duen[illegible] Fué esa chispa, una pequeñísima, casi imperceptible coincidencia, que hace [illegible] mas Páginas Femeninas, en las que más de un delicado espíritu de argentina ha grabado interesante huella... Juzguen ustedes: de cuando en cuando, alter[illegible] mas, veo figurar en deter[illegible] preguntas que han solido interesarme; así fué como despertó mi curiosidad cierta Manon Roland (pseudónimo que debe ocultar la personalidad de alguna por[illegible] *queras*) que deseaba saber por qué motivo hubo un tratado diplomático que fuera consagrado por la his[illegible] bre de «Paz de las Da[illegible] la respuesta, haciendo alusión [illegible] Cambray, firmado el 5 de agosto de 1529, por Margarita [illegible] un mes más tarde, leíamos la última correspondencia del ilustre Marquina, que, sin citar precisamente el tratado de Cambray, nos hablaba del ideal de paz universal, deponiendo en [illegible] nos femeninas la obra que [illegible] y progresiva, ese objetivo del desarme mundial, ayer [illegible]

ALVINA VAN PRAET DE SALA, FALLECIDA EL 19 DE ABRIL PRÓXIMO PASADO, FUNDADORA Y PRESIDENTA DEL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES ARGENTINO, EL PRIMERO FUNDADO EN SUD AMERICA.

«El Consejo quiere, como yo, para la mujer, derechos equivalentes, no iguales a los del hombre y otra, que en tan delicada transformación social, hay que proceder por evolución, no por revolución».

ALVINA VAN PRAET DE SALA.

phamente ha evolucionado la mujer en cuatro siglos! A las soberanas de la época del Renacimiento, sucederán hoy las animosas, abnegadas feministas, que han hecho «de sus dolores victorias, esperando y preparando la hora en que el correr de la vida del mundo pusiera en sus manos el arma del derecho...» Estas no arrastrarán, como las fastuosas autoras del tratado de Cambray, rígidos mantos de brocato guarnecidos de armiño; pero bajo el albo uniforme de las legiones de enfermeras, bajo la blusa de todas las obreras movilizadas oficialmente para «engrosar los ejércitos gloriosos del trabajo humano», late el mismo corazón, arde intensamente el mismo anhelo; pluguiera al cielo que la historia se repitiera! y fueran estas frágiles, delicadas manos femeninas, las que realizaran el supremo ideal de la confraternidad humana. *La mano que mueve la cuna, mueve el mundo, y allá donde se dirija la mujer, se dirige el mundo...*

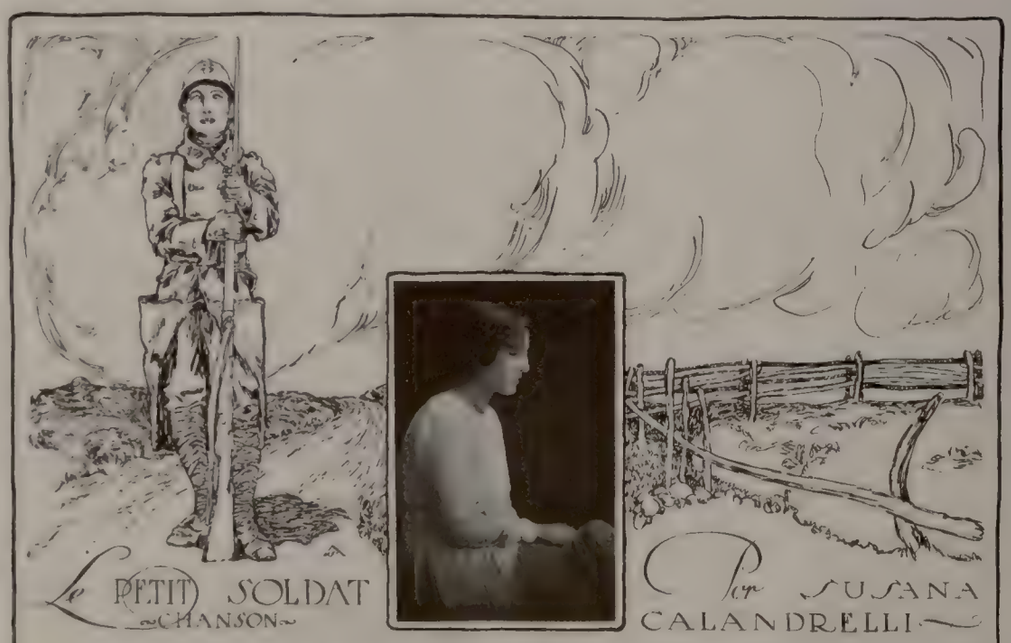
No lo hemos dicho nosotras, amigas mías; pero *sí* nos corresponde afirmar la razón de tal aserto; y ha llegado ya el momento... «Toda obra social que la mujer emprenda, toda actividad generosa que le haga traspasar por un momento los lindes encantados de su propio hogar, acercarse a la vida, ponerse en situación de comprenderla, de darse cuenta de que hay un más allá o un más abajo, hecho de injusticias tremendas y de dolores insospechados, lejos de hacer perder feminidad a su espíritu, la aumentará, ensanchándole el corazón, a medida que aumente el conocimiento. Por saber más, no es una mujer menos mujer; por tener más conciencia y más voluntad, no es una mujer menos mujer...»

Ha llegado, pues, el momento de que nosotras, las perezosas despreocupadas sudamericanas, estudiemos los deberes, los derechos, las aspiraciones y las responsabilidades que nos incumben, y como dice el maestro hispano, «transformemos las ideas en sentimientos, merced a nuestro apasionado sentir femenino...»

A nosotras corresponde ahora seguir *el movimiento universal, serio, y ya completamente organizado*, de la solidaridad femenina, en nuestro continente; cabe a la Argentina la honra de haber fundado el primer Consejo Nacional de Mujeres de Sud América, en época y circunstancias en que la palabra «feminismo» se susurraba temerosamente en nuestra sociedad; escasos círculos se compenetraron entonces de la importancia de tal iniciativa; se ignoraba aún en nuestro ambiente que era el Consejo Internacional de las Mujeres la más grande asociación mundial, y que representaba todas las nobles y generosas aspiraciones de la mujer. *En tan delicada transformacion social, hay que proceder por evolución, no por revolución...* fué la síntesis de aquella noble iniciativa; años más tarde, seguían el ejemplo nuestras hermanas del Uruguay, autorizadas por Lady Aberdeen, Presidenta del Internacional, a fundar el segundo «Consejo» de Sud América, poniéndose en comunicación con el Consejo Argentino, y ambas instituciones, que constituyen por sus reglamentos la federación de todas las asociaciones femeninas de cada país, habrán de cumplir uno de los propósitos del Consejo Internacional, constituído por los Consejos de veinticinco países distintos. Esto es; establecer la comunicación constante entre todas esas legiones femeninas y proporcionarles ocasiones de reunirse y de deliberar sobre las cuestiones relativas al bien público y a la familia. El ejemplo nos lo dieron nuestras hermanas del Norte; data del año 188[illegible] la fundación del Primer Consejo Nacional de Mujeres, en Norte América...

Sigamos, pues, tan noble, tan altruísta ejemplo; nuestra orientación está hecha; fácil nos será trabajar en pro de este ideal de confraternidad femenina, iniciando análogo movimiento en todas las repúblicas Sud Americanas... Ya no seremos entonces meras espectadoras, habremos colaborado en la obra común; unidas todas en ideales y propósitos, llegaríamos a realizar indudablemente la obra soñada por los grandes pensadores hispanos; «la obra lenta, pero segura y progresiva, ese objetivo del desarme mundial, ayer quimérico, y poco a poco cifra y compendio de la verdadera paz; *la única que en justicia podrá pasar a la historia, apellidándose: «La Paz de las Damas»*.

LA DAMA DUENDE



Le PETIT SOLDAT
CHANSON

Por SUSANA CALANDRELLI

Quand l'aube immense est sur la plaine,
Et que tu sens, petit soldat,
Chanter ce rêve délicat
Dont ta jeune âme est encor pleine,
N'as-tu donc pas un peu de peine
Lorsque tu songes au combat?

Quand tu t'en vas au clair de lune
Braver la mort jusqu'au matin,
Toi, qui te moques du destin
Et veux sourire à l'infortune,
Toi dont le cœur est sans rancune...
Te souviens-tu des jours lointains?

Ne vois-tu pas la maisonnette
Éblouissante de soleil,
Et ce vieux chêne au ton vermeil
Où tu jouais a la cachette,
Et la douce marionnette
Qui te berçait dans ton sommeil?

N'as-tu pas vu maman qui pleure,
Maman qui tremble à chaque instant,
Maman qui prie en sanglotant
Dans quelque coin de sa demeure:
— Seigneur, mon Dieu, fais que je meure,
Mais laisse vivre mon enfant!

Ne vois-tu pas la tête blonde
Qui te parlait de ton retour?
Il faut se battre au petit-jour!
Entends le vieux canon qui gronde!
Veux-tu pleurer? Pense qu'un monde
Est sous les griffes du vautour!

Et s'il le faut, perds la mémoire!
Meurs pour la France, paladin!
Chante toujours sur ton chemin,
Laisse l'amour, songe à la gloire!
Rêve au soleil de la victoire,
Petit soldat au cœur d'airein!

Buenos Aires, abril de 1918.

Lo que no vuelve

por

Angélica Palma

¿Quién detiene al amor
cuando se aleja?

BENAVENTE.

Sobres rectangulares de doble cubierta, de apagados tonos, maculados por sellos de correos, atravesados por aristocráticos caracteres angulosos que forman un nombre de mujer, ¡cuán desdeñosamente os miran los hombres... porque no vais dirigidos a ellos! Suponen que, en casos tales, sólo podéis encerrar chismecillos mundanos, recetas de tocador, pueriles consultas sobre achaques de modistería, protestas de fingida amistad. Y sin embargo... Una afectuosa confidencia puso en mis manos, no ha mucho, a dos de vosotros, gris blanquecino el uno, levemente amarfilado el otro. Los plieguecillos que guardabáis, y que devoró mi inquieta curiosidad, antojáranseme reveladores de selectas almas femeninas, y hoy los echo a los cuatro vientos, sin resquemores en la conciencia, ocurriéndoseme que estas indiscreciones con el público suelen ser las únicas discretas.

El Naranjal, 10 de agosto de 191...

Laura queridísima: Me es imposible explicarte todo lo impresionada y conmovida que me encuentro al escribirte. Permita Dios que pasen a tu alma querida estos sentimientos que agitan la mía.

He visto a Juan Pedro, hemos hablado íntimamente, me ha abierto su corazón dolorido... pero voy a contártelo todo en orden, pues hasta ahora nada habrás sacado en limpio de mis frases atolondradas. Creo haberte referido que, próxima al Naranjal, donde habitamos desde la muerte de mi suegro, hay otra hacienda extensísima con espléndidos terrenos para sembríos de arroz y algodón y casi inexplotada por la escasez de capital de sus propietarios. Últimamente lograron éstos venderla a una poderosa negociación agrícola que se propone darle enorme impulso; por lo pronto, ya ha iniciado serios trabajos, encargado maquinarias... y nombrado cajero de la vasta empresa a Juan Pedro, el cual vive con sus chiquitines y sus criados en una casita construída expresamente para él, muy cómoda, muy clara, muy alegre, y que, como me decía, sería una preciosura si se viera en ella la mano diestra y cariñosa de una mujer. ¡Vamos! No sirvo para narradora. El interés me ofusca y me atropello en mi relato; no hagas caso *todavía* de lo que acabo de decir y sigue leyendo.

Tuvo mi marido que ir a la hacienda en cuestión a arreglar unos asuntos de linderos y al regresar me dijo que Juan Pedro y sus chicos vendrían a vernos el domingo siguiente. La noticia no me hizo ni pizca de gracia. Yo no podía perdonarle a ese caballero su conducta desleal para contigo, y, desde entonces, cuando por azar le he encontrado, he esquivado su saludo en la calle y su conversación en sociedad; desaprobé, pues, el convite de Héctor, advirtiéndole que me iba a ser muy difícil cumplir, con la necesaria cortesanía, mis deberes de ama de casa... No fué así: el día indicado, poco antes de las doce, precedido de una nodriza mal pergeñada, con un angelote de un año en los brazos, y trayendo de la mano a una pequeñuela de tres que, vestida y peinada como Dios manda, sería monísima, entró Juan Pedro, algo encorvado el cuerpo alto y fuerte dentro del traje de luto, un poco desguarnecida ya la amplia frente, mustio y con tal cual hilo de plata el bigote, antes tan dorado y enhiesto, cansada y meditabunda la expresión. Ríete cuanto quieras de mí y llámame romántica y sensiblera; pero te confieso que ante el interesante grupo mi sorda hostilidad se desvaneció como por ensalmo y acogí con tan efusiva ternura a los nenes como simpatía al papá.

Durante el almuerzo, sólo se habló de generalidades; pasamos luego a tomar el café a una glorieta del jardín desde donde veíamos jugar a los niños; a poco vinieron a buscar a mi marido y nos quedamos Juan Pedro y yo solos, callados, la mirada fija en el vacío, tal vez viendo ambos lo mismo: tu silueta ondulante, tu altiva cabeza, tu cara bonita con el contraste inquietador de los negros ojos pensativos y la boca maliciosa y pícara. Por fin, él rompió a hablar; lentamente y con esfuerzo al principio, enardeciéndose muy pronto hasta atropellarse en sus labios las frases ardorosas. Renuncio a repetirte todo lo que dijo; no bastaría una resma de papel; pero ahí va, con la fidelidad posible, un resumen de sus frases, que ojalá encuentren generosa resonancia en ti:

«—Créame usted, Clemencia; la mayor falta, el error supremo de mi vida fué romper con Laura, y, lo peor de todo, romper enamorado de ella porque nunca he dejado de estarlo. Es verdad que contribuyó algo su actitud orgullosa; pero, de todos modos, yo soy el verdadero culpable. ¡Bien caro lo he pagado! No se imagine usted por esto que yo no tuviera sincero cariño a mi pobre mujer, bella, dócil, afectuosa, ¡una santa! Fuí un buen marido, puedo decirlo con absoluta satisfacción; pero ni un instante olvidé a la novia abandonada, ideal compendio de todo lo noble y dulce de mi juventud, aunque usted juzgue poco verosímil esta complejidad de mis sentimientos. No la engaño a usted ni me engaño al analizar lo que experimentaba entonces, ni, mucho menos, exagero ahora al implorar de usted, nuestra protectora y confidente de tiempos felices, de su alma misericordiosa y comprensiva, el auxilio magnánimo y empeñoso para reconquistar la dicha. Usted, en la perseverencia de su amistad, tiene la fuerza que yo ¡estúpido! perdí; usted no ha olvidado ni en la apariencia; ella y usted están unidas desde la infancia por verdadera confraternidad; no se niegue a ayudarme, Clemencia. Sólo confío en usted... y en el amor que ella me tuvo. No puede usted figurarse cuán mía era esa alma pura!»

Yo le oía casi con las lágrimas en los ojos, y él, cada vez más excitado, seguía infatigable, y estaría hablando todavía si no me llegan otras visitas. ¡Ah! me olvidaba. En lo más fervoroso de la peroración, se acercó su hijita a pedirle algo y él la despidió bruscamente. ¡Me dió una pena! No olvides esto, Laura; los hombres no son para tratar niños, los padres mejores, los más abnegados, los más complacientes no los entienden; las pobres criaturitas necesitan del calor femenino como las flores del sol.

Al atardecer se despidió Juan Pedro; lo acompañó Héctor un buen trecho, oyendo sus confidencias, y volvió entusiasmadísimo:

—«Hija, tenemos que lograr esta reconciliación; es indispensable para todos: para esa casa, falta de dirección; para esos niños sin madre; para Juan Pedro, que necesita estímulo y halago en su existencia, y para Laura, que ya tiene la edad y la experiencia del mundo suficiente para comprender que, por ley fatal, quizá no tarde mucho en quedarse sola y sin afectos propios, y debe aceptar, por lo tanto, el de un hombre honrado, inteligente, laborioso, el único a quien ha querido, según creo, y que está por ella loco de atar.»

Medita sobre esto, Laura mía, o, mejor dicho, siéntelo todo: el abatimiento y la inquietud de esa alma varonil, anhelosa de rehacer bajo tu dulce influjo su vida fracasada; el abandono de esos huerfanitos inocentes, faltos de los mimosos cuidados maternales; la voz de tu propio corazón, que amó mucho para poder olvidar.

Que no tarde tu respuesta. La espero como esperaba las cartas de Héctor cuando éramos novios.

CLEMENCIA.

Lima, 17 agosto de 191...

¡Qué inocente, qué buena y qué feliz eres, my darling! Sí; porque se necesita ser las tres cosas en grado superlativo para defender con tanto calor causas... Bueno; nada de calificativos por ahora. Quiero seguir en mi carta la norma ordenada de la tuya y dar una ojeada rápida a pasados sucesos para deducir de ellos sabias leyes para el porvenir. ¡Poquito que me gusta a mí la filosofía de la historia!

Cinco años duraron mis amores con Juan Pedro, en los cuales, como él te ha dicho, fué suya mi alma toda, sin reservas, sin veleidades, total y absolutamente. Al cabo de ellos, lo mandaron a establecer una sucursal de la oficina comercial donde trabajaba en una ciudad del Norte; era un gran progreso en su carrera y debió ser el término feliz de nuestro noviazgo; pero su madre, prototipo cargante de la madre de hijo único, absorbente y dominadora en su ciego cariño, le convenció de que debía ver si la nueva plaza resultaba antes de embarcarse en la peligrosa aventura conyugal. Yo callé; esto de que el matrimonio sea nuestra única carrera hace que el decoro nos selle los labios, aun cuando esté en juego nuestra ventura. Marcháronse, pues, madre e hijo, y yo me quedé con la vida pendiente del correo; a poco empezaron a escasear las cartas y a llegarme rumores de que mi presunta suegra prefería serlo de una linda provinciana de alto linaje, hija de un viudo acaudalado y todavía de buen ver. Naturalmente, por lealtad transmití estos decires a Juan Pedro, segura de que la respuesta sería una explicación apasionada y vibrante, acaso no epistolar, sino personal; ¡era tan fácil el viaje! Recibí en respuesta una carta llena de disculpas tan frías y evasivas tan torpes, que, sin pedir consejo a nadie, según mi loable costumbre de no importunar, le escribí sencillamente: «Eres libre». El no contestó ni una línea... y se casó a los pocos meses. Lo cómico del caso es que el papá político, por no ser menos, se apresuró, en cuanto se vió libre de la niña, a recibir la bendición nupcial y a obsequiar a su yerno puntualmente con un cuñadito anual.

Ahora Juan Pedro, enervado por la monótona existencia lugareña, gastado por el clima casi tropical de esas regiones, abrumado por las responsabilidades de la paternidad, se acuerda de que alguien le amó tan de veras, que, al verse nuevamente requerida por él, sentirá la fruición embriagadora de la odalisca a quien el sultán arroja su pañuelo; pero, ¡ay! que con esto de la civilización y el progreso, las odaliscas andan tan echadas a perder que dejan en el suelo el pañuelito.

Tu patrocinado, para conmoverte o conmoverme, mejor dicho, apela al recurso, no muy nuevo, de la perduración del sentimiento primitivo a través de una existencia conyugal modelo, dejando a expertos y avisados psicólogos la explicación de esta misteriosa y... cómoda dualidad. Te diré con Benavente: «¿Ahora lo llaman así?» Pues yo lo llamo falta de delicadeza con el recuerdo de la esposa muerta, desahogo y frescura.

Es cierto que Juan Pedro no rompió conmigo porque yo le fuera indiferente ni impulsado por una nueva pasión, sino cediendo a extrañas sugestiones que le presentaban el nuevo enlace como la seguridad de un porvenir dorado en toda la extensión de la palabra. Me quería y me dejó por debilidad para defenderme, por la desconfianza en sus fuerzas para la lucha del existir, por miedo; y esta convicción es la que me ha permitido reaccionar tras el golpe alevoso y traidor, pues al desaparecer la estimación, murió de vergüenza el amor, ¡ay! no tan pronto ni tan fácilmente como la paz de mi alma necesitaba. ¿Verdad que es imposible la resurrección de amor que así sucumbe?

Mi buen amigo Héctor, sin pararse en tiquis miquis sentimentales, aduce el argumento de la conveniencia, en forma acaso menos suave de la que tú trasmites. Me parece que le oigo:

«—Mira, tu Laurita que se deje de tonterías y de hacerse la interesante; si no ha llegado a los treinta, le faltará muy poquito; no está ya para perder el tiempo en escoger, y cuando falten su madre y su tía se quedará sin otro consuelo que el de los santos a quienes vista. A Juan Pedro le ha entrado la chifladura muy fuerte: aconséjala que la aproveche; ¿qué más quiere?»

Este *qué más quiere* lo oigo, te aseguro que lo oigo, pues, en circunstancias semejantes, brota fatalmente de los labios de los representantes del sexo modesto y abnegado. Tú, mi suave Clemencia, flor y espejo de la *Perfecta Casada*, asentirías dócilmente a las opiniones de tu señor y dueño; confiésalo, tontuela; si no me pico con él ni contigo; si simplemente respondo: Como negocio, tampoco me resulta: mi bienestar material está asegurado con la modesta herencia de mi padre, y, si ésta me faltara, me serviría para la prosa de la vida lo que ha sido siempre deleite de mi espíritu, la música, en la que, modestia a un lado, no soy tan poquita cosa. Por otra parte, la edad no es un seguro de vida, y espero que Dios conserve aún mucho tiempo a las viejecitas adoradas que prolongan mi juventud, a fuerza de llamarme niña y de empeñarse en que me engalane y pasee. Quizás por esto los desengaños y el tiempo no han logrado aún encorvar mi estatura, enrarecer mis cabellos ni matizarlos de blanco. En fe de ello, ahí va mi último retrato, que si no es el de un *premier prix de beauté*, tampoco es el de una jamona tarasca. Tal vez si me empeñara mucho, mucho, podría encontrar algún excéntrico que se hiciera de mí.

Queda aún el punto más delicado: la preocupación íntima, la obsesión conmovedora que nubla la serena claridad de tus pupilas y el limpio cristal de tu voz, que murmura:

«—Laura, ¿y los niños?»

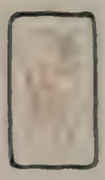
¡Ah, los niños, los niños! Pues que los cuide su abuela. Sí, alma mía; que cumpla esa misión mi imponente ex suegra, la cual ahora quisiera serlo de veras por librarse del peligro de una nuera cerril o de una caterva extraoficial de nietecillos. Me explico así, el origen de sus sonrisas protectoras, a las que correspondo con unos saluditos que quieren ser amables y cuya benevolencia no concibe la voluptuosidad refinada, el goce divino de fastidiar al prójimo.

En resumen: renuncio a pasear entre arrozales y algodoneros, las delicias de un idilio trasnochado y a ser madre de hijos ajenos, a quienes llegaría a querer como propios, y que me corresponderían, indudablemente, con ingratitud. Me quedo en mi casa tranquila, con mis libros y mi piano, junto a mis dos ancianas, mimadoras y mimadas, en esta Lima, que es, como yo, romántica y novelera, burlona y sentimental. Bajaré probablemente al sepulcro con palma y corona; pero si cambio de opinión y cometo en ello un disparate, será por ley de mi deseo y de mi gusto y no por espíritu de sacrificio. He dicho. Ahora, tú procede como mejor te parezca: sóplale a tu protegido la píldora en todo su amargor o dórala cuidadosamente con tus dedos piadosos; me es igual; pero, sea como fuere, hazle comprender que nunca, nunca será suya esta mano que tantas veces se estremeció dulcemente bajo sus labios acariciadores y que ahora deja en el papel la expresión de su afecto invariable y cordialísimo por la venturosa pareja y sus lindos muñecos.

LAURA.

P. S. — Por si acaso, no le enseñes mi retrato a Juan Pedro.

Miraflores (Lima), marzo de 1918.



IDELIDAD

Los perros del amo jugaban con los hijos del sirviente, sometiéndose a una tiranía que no da pan ni azúcar.

El mismo padre nunca tuvo tanta paciencia como los perros del amo: cansábase en seguida de caricias machaconas, lloriqueos insistentes, gritos ensordecedores, lo mismo que el propio amo y casi todos los padres. Maternal es el cariño que el perro profesa a la infancia humana.

La fidelidad perruna constituye un problema misterioso. Ni analizando minuciosamente nuestras propias fidelidades, podemos hallar el porqué de la sumisión canina. Nuestras menguadas fidelidades obedecen al amor y a la conveniencia. Hay quienes otorgan al amor y a la conveniencia un fundamento egoísta, asegurando que la comodidad y los arrumacos son idolatrías del yo.

Aceptado esto, la fidelidad de los fidelísimos canes resulta poco airosa. Abandonaron el bosque y la ferocidad lobera para buscar el pan y el palo. A cambio de caricias, dejan que el dueño tire al río el sobrante de la perrada recién nacida. Querer al amo más que a la raza canina, he aquí el ideal del perro.

Sin embargo, la explicación no satisface. Hay en ese amor mucho altruísmo y pocas miras egoístas. Pues la filantropía perruna no debe ponerse en tela de juicio.

En todo perro, por pequeño que sea, está un candidato de héroe. Su alma incomprendida es tan sensible al sacrificio como su piel a las caricias. La fidelidad es la neurastenia crónica de los perros, un síntoma latente de la hidrofobia. Y es que los extremos se tocan hasta en el mundo canino, y por tal causa, el perro del amo, juega con los niños, aunque sean hijos de un sirviente.

La gente chic fuma
cigarrillos
Reina Victoria

CLUB FEMENINO

La Asociación Cristiana de Jóvenes Mujeres (Y. W. C. A.), ha abierto un nuevo club Downtown. El establecimiento tiene restaurant y cuartos de vestir para mujeres.

El club «Ann Fulton Downtown» de la Y. W. C. A., sirvió su primer lunch en su espacioso club de cinco pisos, con entradas por las calles Ann y Fulton. Los primeros dos pisos están ocupados por una cafetería, un restaurant y un restaurant de lujo, mientras los pisos altos están destinados a salas de conversación y cuartos de vestir para las mujeres del barrio financiero.

La cafetería es para el uso de los que quieren elegir su menú, y puede dar un buen lunch por 25 a 50 centavos. El restaurant servirá una comida científicamente combinada, por 25 a 30 centavos. Junto al restaurant hay un atrayente comedor con pequeñas mesas, en donde, así hombres como mujeres, pueden comer entre 11 de la mañana y 7.30 de la noche.

En el último piso, hay un gran local para reuniones, un pequeño escritorio y un salón de descanso, coquetamente decorados.

Los cuartos de vestir se destinan a las mujeres del barrio de la Wall Street, que tienen invitaciones para comer o ir al teatro.

Cómo se puede cambiar la epidermis de una mujer

(DEL «FEMININE WORLD»)

El medio más rápido y seguro de hacer un cutis bueno de uno malo, es el quitar materialmente el velo viejo y descolorido exterior de la cara. Esto puede hacerse fácil, segura y privadamente por cualquier mujer. El procedimiento es uno que consiste en suave absorción.

Compre usted un poco de cera mercolizada en casa de un boticario, y póngase en la cara por las noches, lo mismo que si fuera cold cream, lavándosela por la mañana. En unos pocos días la «mercolida» que hay en la cera absorberá la cutícula desfigurante, mostrando el cutis fresco y joven que hay debajo. Conseguirá usted así un cutis claro, hermoso y natural. El procedimiento es agradable, no es dañino y aparece la cara brillante, atractiva y joven. Quita eficazmente: manchas, pecas, barrillos, etc.

Todas las mujeres deben tener siempre a mano un poco de cera mercolizada, pues este remedio casero tan sencillo, es el mejor restaurador y conservador que se conoce para el cutis.

METROPOL BAZAR

F. STAROPOLSKI
Casa Argentina
Unión T., 2432, Libertad

340, Carlos Pellegrini, 340

IMPORTACION DIRECTA
DE FANTASIAS PARA REGALOS

JARRONES
INMENSO SURTIDO A PRECIOS
SIN COMPETENCIA

PLATO N.º 200. — 28 ctms. de ancho, fondo oscuro con dibujos en color,
$ 7.20 m/n

PLATO N.º 400. — 27 ctms. de ancho, fondo negro con dibujos en color,
$ 9.60 m/n

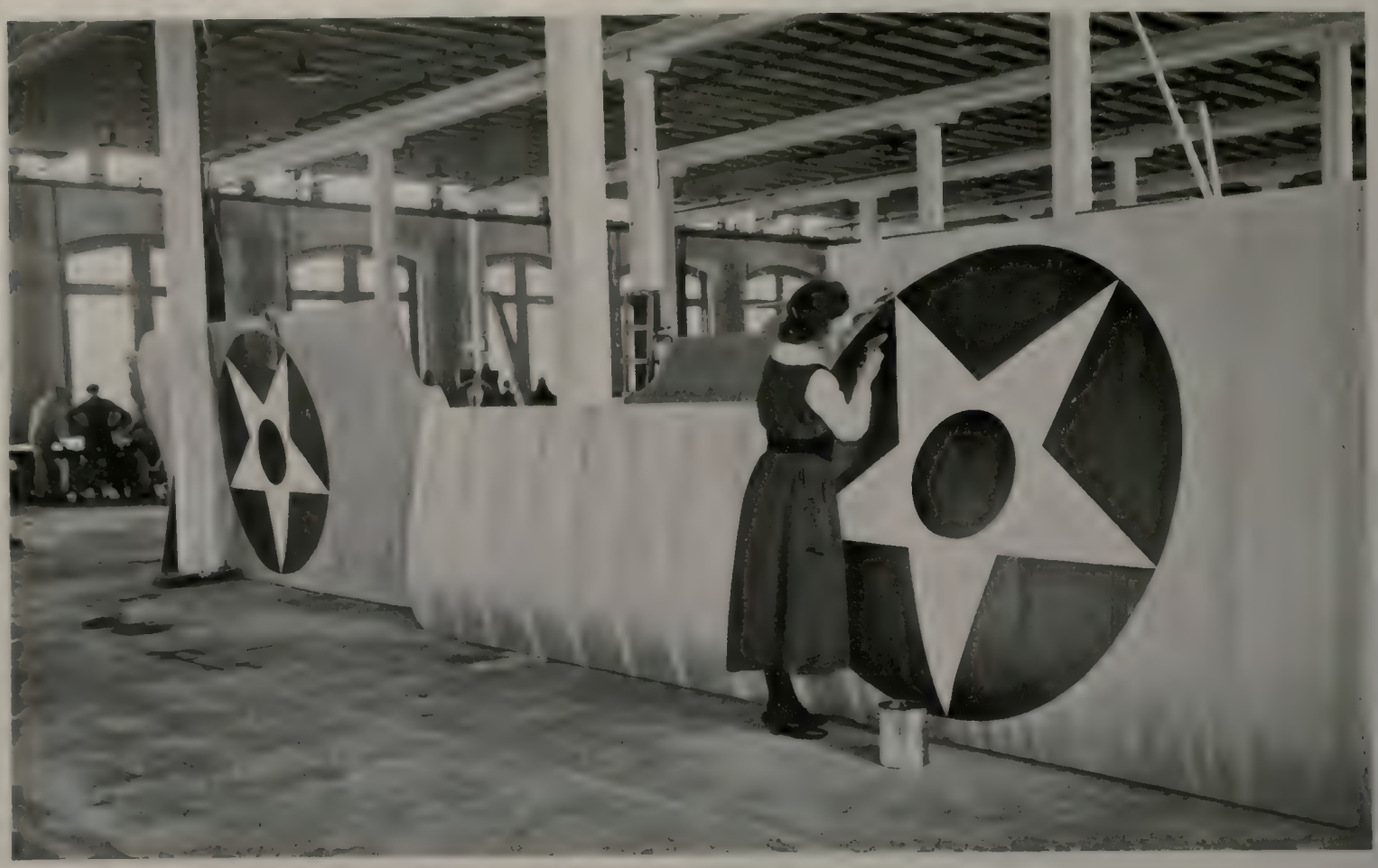
PLATO N.º [illegible] — [illegible] ctms. de ancho, fondo negro con dibujos en color,
$ 15.— m/n

GRAN VARIEDAD
EN PORCELANAS
DE LA CHINA
Y DEL JAPÓN

BOLS. — 21 ctms. de ancho, 18 dibujos diferentes,
$ 7.40 m/n

ALFOMBRAS
TAPICERIA
CORTINADOS
LA EXPOSICIÓN
322, FLORIDA, 326
Los dos teléfonos

LA MUJER NORTEAMERICANA EN LA GUERRA



TRANQUILA, Y DE HECHO MUY COMPETENTEMENTE, LAS MUJERES HAN TOMADO A SU CARGO, EN LOS ESTADOS UNIDOS, BUENA PARTE DEL TRABAJO DE CONSTRUCCIÓN DE AEROPLANOS. ESTA FOTOGRAFÍA, TOMADA EN LOS TALLERES DE UNA FÁBRICA DE NUEVA JERSEY, HACE VER CÓMO EN MENOS DE UN AÑO, LA PRODUCIÓN DE AEROPLANOS SE HA CONVERTIDO EN UNA LUCRATIVA FUENTE DE TRABAJO FEMENINO.

Toda persona de gusto refinado y práctica
conoce y recomienda
La Yerba-mate "AURELIA"
y el Calentador-mate "AURELIO"

La Yerba-mate «AURELIA» es la más pura, suave y aromática yerba paraguaya conocida hasta hoy. Se usa para mate amargo, como con azúcar.
Vale $ 1.20 m/n el paquete de 1 k.

El Calentador-mate «AURELIO» es el aparato INDISPENSABLE para toda persona que viaja. Es una verdadera monada, elegante y de proporciones reducidísimas. Vale $ 14.— m/n

Dirigirse directamente al UNICO DEPOSITO y EXCLUSIVO CONCESIONARIO
ERNESTO MAPELLI (Emporio Paraguayo)
CARLOS PELLEGRINI, 234, Buenos Aires — Unión Telefónica, 1899 (Libertad)

MAISON
ANTOINE
COIFFEUR DE DAMES

CASA ESPECIAL PARA POSTIZOS, TRANSFORMACIONES Y PELUCAS PARA SEÑORAS Y SEÑORES. TINTURAS INOFENSIVAS.

CONOCIDO POR SUS TRABAJOS FINOS Y ESMERADOS.

1064, B. MITRE, 1064
UNIÓN TELEFÓNICA, 6678, LIBERTAD
PIDAN CATÁLOGOS

FAJAS SOBRE MEDIDA
PARA
HOMBRES Y SEÑORAS

DISPONEMOS DE UN EXTENSO SURTIDO DE MODELOS, TANTO PARA EMBELLECER EL CUERPO, COMO PARA CUALQUIER DEFECTO DEL MISMO.

SE APLICAN EN LAS FAJAS, PLACAS PNEUMÁTICAS (LEGÍTIMAS) PARA LOS CASOS DE RIÑÓN MÓVIL, DILATACIÓN DEL ESTÓMAGO, ETC., CON RECETA MÉDICA.

MEDIAS Y VENDAS ELÁSTICAS, BRAGUEROS, ETC.

PIDAN PRECIOS

PORTA HERMANOS
CALLE PIEDRAS, 341 - BUENOS AIRES

CASA BISH
ESMERALDA, 81
Unión Telefónica, Avenida, 1470

BOLSITAS PARA SEÑORAS
CARTERAS PARA CABALLEROS
CARPETAS DE ESCRITORIO
SURTIDOS EN CIGARRERAS
ESPECIALIDAD EN MONOGRAMAS, DE PLATA Y ORO

SE HACEN TODA CLASE DE ENCARGOS Y COMPOSTURAS.

El semblante que refleja un perfecto equilibrio del sistema nervioso, es inconfundible.
Ninguna planta es tan delicada ni susceptible como el sistema nervioso femenino. Para que la exuberancia vital y la belleza de la mujer no se agosten en flor, hay necesidad absoluta de hacer que los nervios se conserven perfectamente sanos y equilibrados.
IPERBIOTINA MALESCI
infiltra su savia vivificadora en todo el organismo, da fuerza a los nervios, purifica la sangre y devuelve la alegría perdida, preservando la juventud y la belleza.
VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia
Unico Concesionario-Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO, VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

EL TORO SAGRADO DE MYSORE

Tal vez sea este colosal fetiche hindo el mayor de toda la gran familia de los monstruos venerados por aquel pueblo. El brahamanismo tenía predilección por estos animalotes tan desmesurados como el megaterio o el mamuth.

El Toro Sagrado, de Mysore, recibe las oraciones del vulgo y de los sacerdotes, descansando tranquilamente en una colina cercana a esa ciudad india, situada al pie del monte Chamundio, a bastantes metros sobre el nivel del mar.

El idolo tiene enormes proporciones y la imaginación del escultor o escultores que lo tallaron le adornó de tal manera que nadie puede asegurar si representa un toro u otra cualquiera clase de rumiante.

La escultura está dedicada al dios Siva, segunda persona de la trinidad o trimusti brahmánica que se entretenía en destruir lo creado por Brahma para que Vishnú lo resucitara en otras esferas. Siva es la divinidad que más oraciones y sacrificios necesita: se precisa adularle insistentemente, a fin de que su ansia de sangre humana se apacigüe con toda la menor cantidad posible de víctimas.

Este «nandi» es uno de los más célebres de la India. Los peregrinos acuden a Mysore desde los sitios más lejanos del país para adorar al Toro Sagrado, al que hacen valiosas ofrendas en frutos y en metálico.

Simon

PRIMERA CASA EN

AJUARES PARA NOVIAS

FLORIDA, 893

UNION TELEFONICA, 1585, AVENIDA

Instituto de Higiene para la Tez "Costafort"

El «ZUMO VEGETAL COSTAFORT», aprobado bajo el número 4198, y las «CREMAS COSTAFORT», autorizadas según certificados número 1520 y 4163 del Departamento Nacional de Higiene, extirpan radicalmente el VELLO, y hacen desaparecer para siempre los PAÑOS, PECAS, ARRUGAS, GRANOS, ESPINILLAS y MANCHAS DE SOL; su fama la deben a su eficacia indiscutible en sus 18 años de éxito, como lo comprueban el gran número de certificados de recomendación y agradecimiento que poseemos de nuestra distinguida clientela.

Los verdaderos «PRODUCTOS COSTAFORT» son los que llevan impresos en sus envases el retrato de la Señora «Costafort»—marca registrada—y los cuales se venden únicamente en el Instituto «COSTAFORT», calle CARLOS PELLEGRINI, NUMERO, 156, Buenos Aires, U. Telefónica, 364, Libertad. Se envían Prospectos, con explicaciones, a quien los solicite. Consultas, gratis, de 9 a 12 a. m. y de 2 a 6 p. m.

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE CARAS Y CARETAS

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 3.— m/n
Semestre	(6 »)	» 6.— »
Año	(12 »)	» 11.— »
Número suelto		» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración.

Aguas de Colonia
Destiladas
sobre flores
LE SANCY
Nora
Kendal
Duc
PIDALAS EN FARMACIAS
Y PERFUMERIAS
«LE SANCY»
SIMPLE
IDEAL PARA EL BAÑO
Frasco Grande, $ 3.20
Frasco Medio, $ 1.95
Frasco Cuarto, $ 1.45
Frasco Chico, $ 0.45
«NORA» EXTRAFINA
Frasco Grande..... $ 7.—
» Medio..... » 4.30
LOCION
«LE SANCY»
DE RICA E INCONFUNDIBLE FRAGANCIA
a..... $ 2.65
«LE SANCY»
AMBREE
DELICIOSA PARA EL TOCADOR
Frasco Grande..... $ 5.30
» Medio..... » 3.10
» Cuarto..... » 1.90
«KENDAL»
EXQUISITA Y SUAVE
Frasco Grande, $ 5.50
Loción..... » 3.30
«DUC»
ÚNICA POR SU DELICADO AROMA.
Frasco Grande.... $ 5.50
EAU DE COLOGNE LE SANCY
EAU DE COLOGNE Nora EXTRA CONCENTRÉE
EAU DE COLOGNE LE SANCY
EAU DE COLOGNE LE SANCY
Duc
BLAS L. DUBARRY, Medrano, 476 - BUENOS AIRES

Aquí tiene usted una fortuna!

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.
APARATOS y ÚTILES PARA LA INDUSTRIA **LECHERA Y FRUTICULTURA**
PIDAN CATALOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS
BELGRANO, 499, esq. Bolívar

PNEUMÁTICOS
DUNLOP

DURACIÓN Y
RESISTENCIA
MÁXIMA

NUEVO DOMICILIO:
1299, VIAMONTE, 1299
Unión Telefónica, 6301, Juncal

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómense un vaso de agua que con
SAL de FRUTA ENO
(ENO'S FRUIT SALT)
se habrá vuelto hervorosa y refrescante.
Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar. De tomar agradable-seguro para niños y enfermos. Empiearla por la mañana, es dar buen comienzo al día.
Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, B. E Inglaterra.
¡Ojo con las imitaciones! Nuestra marca de fábrica está registrada.
Véndese en todas las farmacias

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA
MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"

Este precioso chalet por $ 6.800 m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

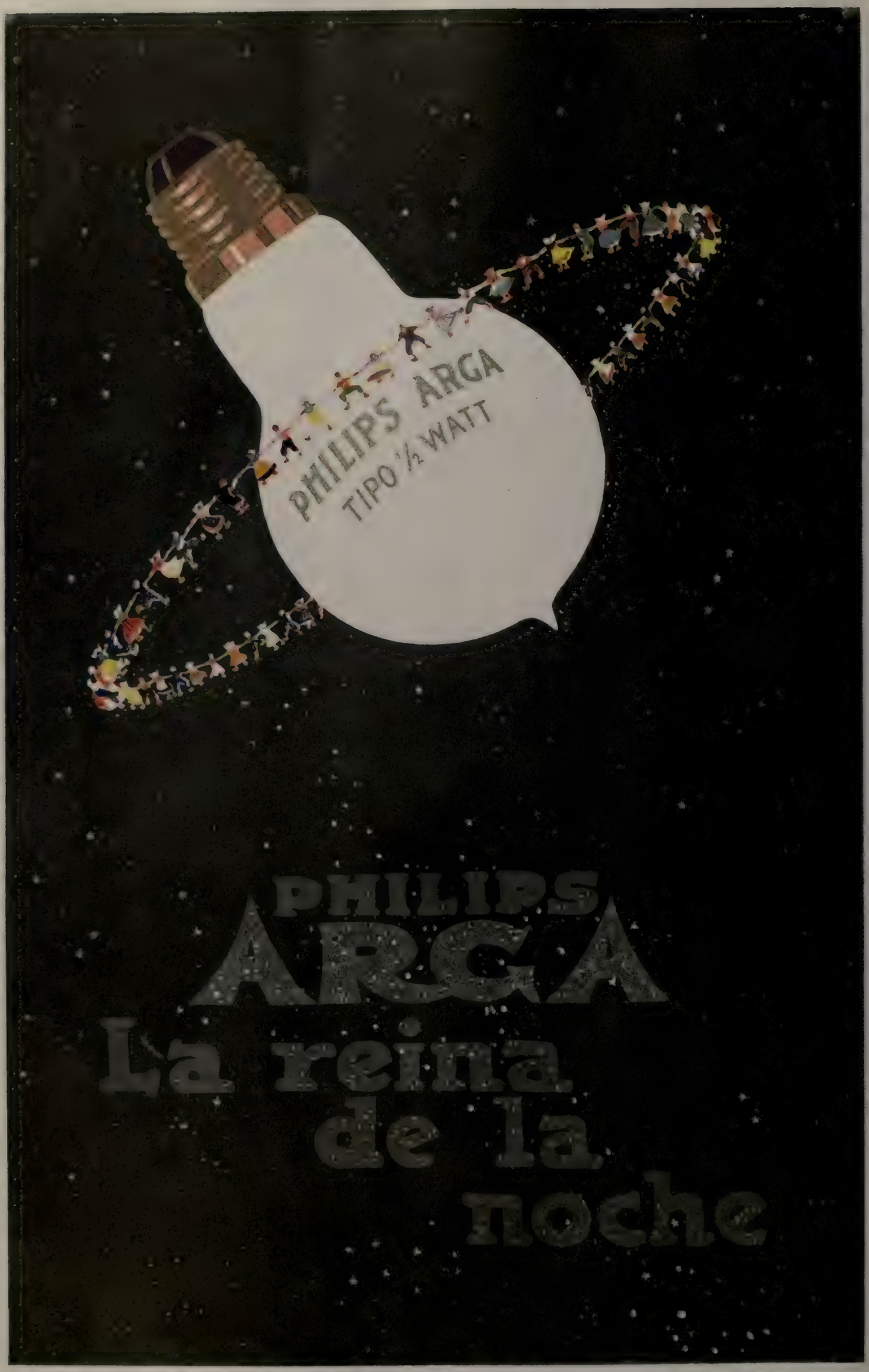
Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construidos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.
Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.
La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro sistema «CHACON».
Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATÁLOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

La grandiosa colección de antigüedades chinescas, en porcelana, que exhibimos actualmente, traduce el instinto de fina selección que caracteriza a nuestros representantes destacados en los centros de producción.

FLORIDA, 833 — Thompson Muebles Ltda. — Buenos Aires



Buenos Aires, mayo de 1918.

Talleres gráficos de Caras y Caretas

DIA DE LLUVIA

GOUACHE DE ALONSO.

Cigarrillos
43
de 20,30 y 40
Centavos

M O D A S

«TURBAT ROULEAU», EN «TAFFETA BLUE CHANGEANT», VELADO DE TUL ILUSIÓN NEGRO, BORDADO DE «JAIS», CREACIÓN DE LA MAISON SUZANNE TALBOT.

TAPADO DE PIEL DE TOPO, FORRADO DE SEDA «BROCHÉ», CREACIÓN ORIGINAL DE «REVILLON FRÉRES», ADORNADO CON CUELLO Y PUÑOS DE «RENARD» GRIS.

Vaccaro
distinguese en:
Cambio de moneda
titulos y acciones
Loteria Nacional
Alta Publicidad
Av. de Mayo 638
B. Aires

CEIBA, O ÁRBOL DE ALGODON

ESTE ÁRBOL SE HALLA AL LADO DE LA OFICINA DE CORREOS DE NASSAU, EN LAS ISLAS DE BAHAMA. SON CARACTERÍSTICOS DEL ÁRBOL LOS INMENSOS CONTRAFUERTES DE LAS RAÍCES. DEBE SU NOMBRE A LAS SEMILLAS DE ALGODÓN SEDEÑO QUE PRODUCE.

MAPLE y Cía

MUEBLES
ALFOMBRAS
CORTINAS
ARTEFACTOS
DE LUZ
ELÉCTRICA

MOBLAJES Y
DECORACIONES
COMPLETAS
EJECUTADAS
EN TODOS
LOS ESTILOS
ANTIGUOS Y
MODERNOS

SALA DECORADA EN EL ESTILO «ADAMS»
UNO DE LOS SALONES AMUEBLADOS EN NUESTRAS GALERÍAS.

658, SUIPACHA, 658

La mujer de sociedad

generalmente exige de su organismo y especialmente de su sistema nervioso, un desgaste de energías muy superior a lo que debiera. Las atenciones sociales y la falta de descanso nocturno consumen, avejentan y adelgazan, y para reponer estas fuerzas consumidas, para hacer frente a ese desgaste constante, para que las mejillas adquieran de nuevo su tinte natural y el organismo su perfecto equilibrio, el remedio eficaz, consagrado por muchos años de éxito, es la

IPERBIOTINA MALESCI

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO — Unico Concesionario - Importador para Sud y Centro América

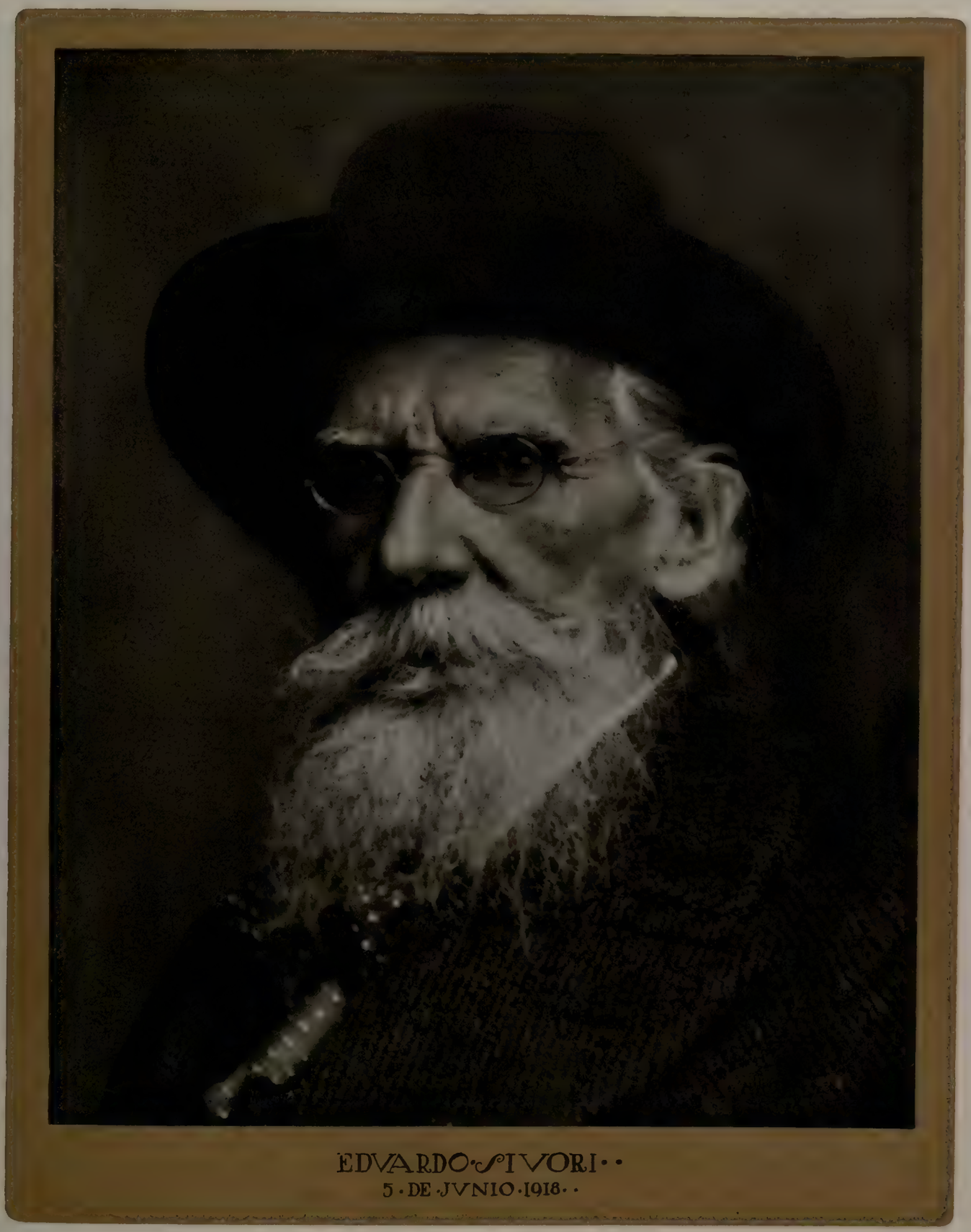
VIAMONTE, 871. — Buenos Aires.

SALÓN DE COIFFURE
Y
ESTÉTICA FEMENINA
PEDICURO
Y MANICURA
2.º piso.
Ultimas
Creaciones
Harrods
15
16
17
18
15 —TRAJE TAILLEUR, muy elegante, en tricotina de colores claros u obscuros, cuello y puños de piel Castor Americano y pespuntes de seda al tono, a $ 140.
SOMBRERO DE ÚLTIMA MODA, en terciopelo souple, adornado con cinta negra, azul o marrón, a..... $ 35.
16 — ELEGANTE TRAJE SASTRE, de gran moda, en gabardina de color, con adornos de piel de Loutre o Castor Americano, a..... $ 150.
LINDO SOMBRERITO drapeado en felpa, adornado con fantasía de gallo, en negro, $ 30.
17 — TRAJE DE ÚLTIMA CREACION, en tricotina de colores claros u obscuros, con adornos de piel Lapin rasé o Loutre electrique. Medio forro seda, a... $ 160.
SOMBRERO de felpa, adornado con cocarda de terciopelo, en negro, a..... $ 38.
18 — TRAJE TAILLEUR, en sarga azul marino, negra o gabardina de color, con cuello y puños de Skungs Americano o Castor, a $ 180.
SOMBRERO TERCIOPELO, forma levantada adelante, adornado con fantasía de alas; negro, azul, marrón o topo, a pesos..... 35.
Harrods
FLORIDA 877
PARAGUAY 554

AÑO - III.
NVM - 26.

PLVS VLTRA

B. AIRES
JVNIO 1918

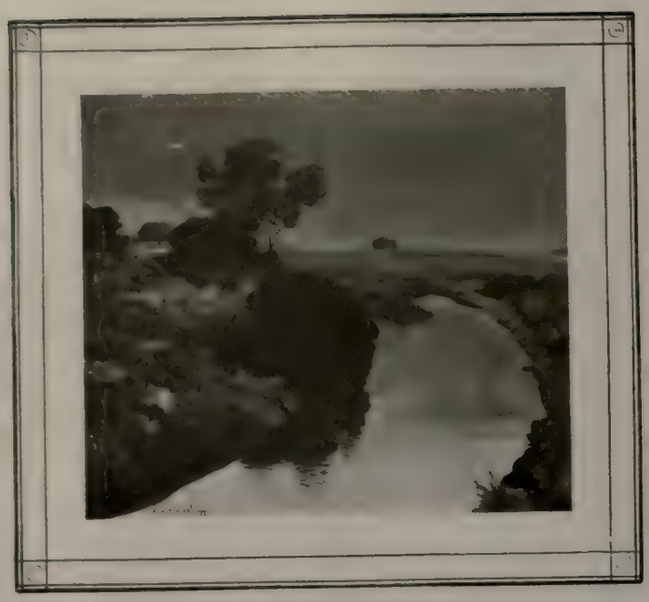


EDVARDO SIVORI
5 DE JVNIO 1918

Con el reciente fallecimiento del anciano pintor Eduardo Sívori, el arte nacional pierde una de sus figuras más descollantes y representativas. Admirador entusiasta de la naturaleza, dotado de gran sensibilidad y poseedor de todas las cualidades necesarias para destacarse como artista de mérito, fué uno de los primeros que interpretaron la típica modalidad y belleza de nuestros paisajes y costumbres.

La personalidad inconfundible del maestro desaparecido, puede decirse que empezó a destacarse desde la fecha en que expuso por primera vez. Cuando llegó a la plenitud de la vida, había conseguido desempeñar en su profesión los puestos más sobresalientes, y había conquistado asimismo las más altas recompensas en exposiciones nacionales y extranjeras.

Sívori mereció siempre la consideración y el respeto de cuantos tuvieron oportunidad de tratarle; su noble ancianidad, glorificada ya por la muerte, ha quedado como un símbolo donde se plasma lo más esencialmente puro de nuestra tradición artística.



«LA PRIMERA ESTRELLA» (ACUARELA).
JORGE SOTO ACEBAL.

EN la duda de que quiera dársele a estos apuntes un valor que no pretenden tener, bueno es empezar con esta sencilla declaración: el juicio que aquí se expresa, sobre las obras que este año se exponen, no tiene otro valor que la opinión personal y sincera del que esto escribe; una unidad que puede sumarse a las opiniones ya publicadas, y que, con las otras que no han corrido la misma suerte, bien puede formarse un total de apreciaciones que se aproxime al valor efectivo de las obras expuestas.

Vuelvo a insistir sobre este punto, porque a la letra de molde suele dársele mayor importancia de la que en realidad tiene; y las opiniones que en tal forma llegan a conocimiento de los artistas, pueden influir en éstos mucho más de lo que merecen. ¿Quieren un ejemplo? Un cuadro parece quedar definitivamente juzgado si los cuatro o cinco críticos que se ocupan de estas cosas coinciden en sus apreciaciones. Yo por mi parte—ya lo he dicho otra vez—no sigo viendo, en aquel caso, más que la opinión de cuatro o cinco señores que ejercen un indiscutible derecho haciendo públicas sus opiniones por medio de la prensa. Ahora sí, que de eso a que sea la expresión definitiva, hay bastante distancia.

En esto de determinar—subjetivamente, se entiende—el valor artístico de una obra, me ocurre algo que me sería difícil explicar: cuanto más procuro saber, más ignoro. Tal inseguridad tengo de mis opiniones, que siento deseos de preguntar al primer niño que encuentre al paso para acogerme a su juicio y salir de dudas. Y a esta desorientación, que abarca todos los órdenes de la vida, no pueden sustraerse las manifestaciones de arte, mucho más, cuando se realizan en la forma colectiva que tanto contribuye a la confusión y el desacierto, imposibilitando de esta suerte la serena apreciación del valor que toda obra de arte lleva en sí misma.

La primera pregunta que se formula al visitar el Salón, es ésta: ¿Es mejor la exposición de este año que la del pasado? Y, precisamente, en la dudosa respuesta está la contestación. El hecho de no resaltar de una manera clara y categórica indica que la diferencia, si existe, no puede ser muy apreciable.

«RETRATO» (ACUARELA).
JORGE SOTO ACEBAL.

Jorge Soto Acebal. En la copiosa producción de este artista puede notarse un positivo progreso que le coloca a la cabeza de los expositores. Hay en todas sus acuarelas fuerza, relieve, amplia técnica; los verdes de sus paisajes jugosos, simpáticos; los contrastes de luz bien encontrados, observándose con placer que va desprendiéndose de ciertas durezas con las que todavía lucha.

Yo me permito emplazar a este noble artista para fecha no muy lejana; que el tiempo, juez infalible y único de estas cosas del espíritu, le hará ver con perfecta serenidad esas pequeñas deficiencias, que modificando un tanto su técnica, darán a su obra una perfección envidiable.

Lleno de promesas se presenta un nuevo artista, hasta hoy poco o nada conocido. Alfredo Gramajo Gutiérrez, se nos revela con sus gouaches que se destacan fuertemente por su originalidad. Con agrado reconocemos que las pinturas de este novel autor han despertado gran interés por el feliz acierto en la elección de motivos y el modo de desarrollarlos. Por nuestra parte, nos permitimos recomendarle no se impaciente; afirme su técnica y prosiga sin rebuscamientos el género tan eficazmente emprendido; que yo, a mi vez, también me acojo a la misma recomendación: sin impaciencia, espero.

Rodolfo Franco, que por complacencia concurre a este certamen, se ha reservado su amplia producción para mostrarla en la exposición personal que viene preparando. En ella podremos apreciar cumplidamente sus progresos.

Ferrucio Corbellani, que tanto prometía en la exposición anterior, ha defraudado las esperanzas puestas en él. Ignoro las causas, pero se nota en el conjunto de sus obras cierto desgano, falta de calor, de aquel entusias-

«BOUL. MONTPARNASSE» (ACUARELA).
LOVINOS VIAL.

«EN LA FUENTE» (CARBÓN).
CEFERINO CARNACINI.

«CONCHITA» (CARBÓN COLOREADO).
RODOLFO FRANCO.

«LA PROCESIÓN DE LA VIRGEN» (GOUACHE).
ALFREDO GUTIÉRREZ GRAMAJO.

«ESTUDIO» (ACUARELA SOBRE MARFIL).
MARÍA L. DE NÚÑEZ BRIAN.

mo y buen deseo que le hizo destacarse tan brillantemente en la última exposición. Y es tanto más sensible cuanto que para conseguir un puesto brillante no le falta más que una sola condición que poner en actividad: la voluntad.

«En la fuente» se titula un precioso y bien ejecutado carbón de Ceferino Carnacini. De las dos obras que presenta este artista, aquél es el que más nos agrada. Armonioso, blando, poético, envuelto en dulces medias tintas que le hacen sumamente agradable y simpático.

Eduardo Alvarez, acusando su excelente tendencia a la simplicidad decorativa. De muy buen gusto los pirograbados.

Emilio Centurión, como siempre, correcto y sereno, da la sensación del estudioso que marcha por camino seguro sin impaciencias malsanas.

López Naguil no parece haber hecho ningún esfuerzo para acudir a este certamen. Seguramente, los trabajos que expone, han salido de la cartera de sus dibujos, y no agregan nada al renombre que tiene adquirido. Esperamos y deseamos verle con más voluntad.

De las obras que presenta Jorge Larco, la que más nos agrada es «Sonatina». Entonación suave y armónica dentro del tinte azulado que predomina en esta acuarela.

El inquieto Sirio sobresale notablemente por su dibujo «Tercera de lujo». Muy bien concebido y muy bien realizado. Positivamente una de las notas más felices de este certamen.

«LE CHEMINEAU» (ACUARELA).
JUAN CARLOS HUERGO.

Domingo Viau concurre con una abundante colección de obras, la mayor parte dibujos al lápiz, impresiones rápidas, nerviosas, que revelan una gran destreza.

La habilidad y el cariño con que Huergo trata los asuntos, no puede apreciarse en lo que ahora expone. Nosotros preferimos al Huergo de los pibes, del Hombre de la bolsa, de las ilustraciones de fábulas, donde seguramente se destaca por ser temas que encuadran dentro de su temperamento y de su técnica primorosa y paciente.

«Germaine», pastel de Petrone, una preciosa cabeza de muchacha, llena de expresión y vida.

En la imposibilidad de seguir ocupándonos detalladamente de los demás expositores, cerramos estas notas con la impresión que en su conjunto nos deja este certamen. Poco se ha hecho expresamente para él; muchos originales han sido exhumados después de minuciosa rebusca; y justo es también hacer notar que hace falta un mayor esfuerzo si los artistas desean conservar los derechos y el prestigio a que se creen merecedores. Por ahora, demos la razón a los que piensan que no tenemos grandes motivos para quejarnos mientras despierte más interés que una manifestación de arte los triunfos del caballo Botafogo. Hasta que no se inviertan estos valores, hay que resignarse, aceptando lo que nos quieran dar, y consolarse con estas románticas protestas de dudosa eficacia.

JULIO H. URIEN.

«EL CURIOSO DE SAMARKANDA» (ACUARELA).
GREGORIO LÓPEZ NAGUIL.

«BACANAL» (GOUACHE).
FERRUCIO CORBELLANI.

«SONATINA» (ACUARELA).
JORGE LARCO.

ARTE ARGENTINO

LA QUEBRADA

ÓLEO DE FERNANDO FADER.

DIVS VLTDA

RUBÉN DARÍO EN VALLDEMOSA

Voy cazador de emociones a través de la Isla Dorada. La naturaleza acaba de hacerme su más portentosa revelación, desde Soller a Miramar; como si el Escenógrafo Celeste hubiese querido pagar a la humanidad este espectáculo, pintando la más fantástica decoración.

Cruzo las posesiones del Archiduque de Austria, que hizo en su vida, de este privilegiado trozo del planeta, su paraíso terrenal. (¡Buen paraíso para un sátiro!) El mar se ha escondido tras de los olivos; la carretera se interna en la montaña.

Ahora la emoción del paisaje queda supeditada a la emoción literaria; a lo lejos, en un valle, acabo de divisar un pueblecillo de casas enrojecidas por el tiempo: Valldemosa.

Inconscientemente, apresuro el paso, con prisa por gozar un instante de emoción mucho tiempo esperado. Ya en el hotel del pueblo de Santa Catarina, una idea sola me preocupa, como una obsesión:

¿Y la Cartuja? ¡La Cartuja!

Está allí, a unos pasos; el sacristán nos guía: un viejecito reumático, que apoyado en su bastón nos habla de la decadencia del turismo desde que empezó la guerra, de las bellezas de la región, de la bondad de aquellos aires para los pulmones destrozados, — de cosas que en estos momentos no nos interesan en lo más mínimo.

Abre la puerta de la capilla — este gran edificio cuadrangular que domina a los demás del pueblo — y me enseña el altar mayor, otro de mayólica, las sillerías del coro, reliquias, ofrendas... Todo, como quien repite una lección aprendida de memoria, para los profesionales del turismo, que seguramente lo escuchan con la misma inconsciencia que él habla.

Yo, ya con impaciencia, le ruego que me enseñe el hogar de los cartujos, las celdas.

— Ahora... — Y abre una vieja puerta que da acceso a los claustros.

Jamás la emoción religiosa había llenado mi alma como en este instante. Y luego, un temor, una alegría... Chopin, Jorge Sand, Rubén Darío... ¿Será acaso la ilusión de encontrarlos? ¿La presencia de Dios? Sí; no hay nadie que esté tan cerca de Dios como el genio y este lugar ha sido habitado por el genio...

¡Qué impresión de paz y de calma me llega de estos blancos corredores! Y del patio, un patio cuadrado, con un pozo en el centro, — verde y oloroso.

Uno de los corredores, el último, se prolonga como un enorme nicho, recién blanqueado, donde las puertas, pequeñas, ponen una sucesión de manchas verde-oscuras.

Estas puertas están numeradas; y frente a los números 2 y 3, el sacristán se detiene para decirme que se supone que aquellas celdas fueron ocupadas por Chopin y Jorge Sand.

— No se sabe de cierto...

— En una celda o en otra, ¿qué importa? — Pienso yo. Lo cierto es que este recinto albergó a aquel gran espíritu que aquí logró prolongar los días de su inspirada vida; y que su música, en este rincón de serenidad, debió parecer a las gentes humildes y montaraces, una música divina tocada por un ángel.

De Jorge Sand, que escribió aquí su *Speridion*, hay una leyenda... Se asustaron estas gentes al verla alguna noche vestida de hombre recorrer el pueblo, visitar el cementerio... Llamábanla bruja.

— ¿Podemos ver las celdas?

— No; están cerradas. Sus dueños vienen a pasar aquí el verano...

— ¿Y Rubén Darío? ¿Conoció usted a Rubén Darío?

— Sí, recuerdo... Estuvo en la 1.ª celda, en la otra parte. Esa sí la podrá usted ver. Buscaré a la mujer que cuida de la casa para que se la enseñe.

Salimos a la calle y el guía me deja solo por un instante. Estoy frente al castillo que construyó el Rey Martín — uno de los reyes de Mallorca — para descanso y para venir aquí a curarse de no sé qué dolencia. Cuando éste lo abandonó, acertaron a pasar los frailes cartujos y pensando que este sería un lugar excelente para sus penitencias, se lo solicitaron al rey y les fué concedido; entonces ellos unieron el castillo con la capilla por medio del cuerpo de edificio que acabamos de visitar.

Pertenece ahora este viejo castillo a los señores Sureda, una familia de espíritus de grande sensibilidad, en cuya posesión encuentran un hogar todos los artistas que pasan por Valldemosa, desde Vanda Landowika a Miguel de Unamuno.

Una mujer nos guía a través del edificio, lleno de curiosidades artísticas, hasta detenerse frente a una puerta:

— Estas son las habitaciones que ocupaba el señor Darío. Desde que él se marchó no han sido tocadas...

— Aquí pasó uno de sus últimos inviernos; — pienso yo en voz alta, con emoción acendrada y pura.

— Sí, señor; estuvo aquí algunos meses. Se marchó para Navidad. En esta habitación escribía...

Luego hemos sabido una anécdota curiosa de esta habitación: Hay aquí, junto a la mesa escritorio, una baldosa que tiene la marca de una pata de chivo; Darío se fijó en ella en seguida y se quedó pensativo, mirando la huella que quién sabe por qué casualidad imprimió allí el lujurioso animal. Ante la interrogación de los que presenciaban la escena, dijo él entre inquieto e irónico:

— No han hecho ustedes más que designar este sitio para mí y ya ha pasado el Diablo...

Es necesario haber conocido el terrible estado nervioso del poeta en sus últimos años, con sus extrañas preocupaciones, sus luchas íntimas, sus dudas, para apreciar el valor de esta frase en momentos en que iba a buscar paz interior, con la voluntad de un ermitaño.

Pasamos a la habitación siguiente: una especie de despacho, con una gran estufa.

— Este era su lugar preferido; aquí, bien abrigado, solía pasar muchas horas. — La mujer que nos dice esto, abre la ventana de la habitación, que descubre un paisaje espléndido: montañas, altas montañas a los dos lados, abiertas allá en el fondo, en un precioso valle; y más lejos, apenas perceptible, el mar.

— Sí; — pienso yo — debió ser grato para el maestro pasar aquí las horas, en serena meditación, con este bello panorama en la retina...

— Este era su dormitorio.

Y nos enseña una habitación con una cama enorme, imperio, con dosel de púrpura.

Esta vez la imagen del poeta tiene presencia ante nosotros: Fué aquí mismo, donde — después de una noche de insomnios y fiebre creadora — en un blanco amanecer de invierno, llamó a doña Pilar, su gran amiga, para decirle: — Ahora va a conocer usted, la primera, lo mejor que he escrito en mi vida.

Y lo vemos incorporado en su lecho, con el rostro inefable, recitando de aquella manera tan particular suya, recalcando las sílabas con voluptuosidad.

«Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el santo-cristo,
a los callados hijos de San Bruno.»

.....

Al ver que tan gran atención y tanto detenimiento pongo en las cosas del poeta, la mujer que me acompaña manifiesta su cariño hacia aquel hombre extraordinario:

— El señor Darío era muy bueno... Dicen que era un gran poeta... Servidora no sabe; dice lo que oye... Lo que sí sé es que era muy bueno... Lo servíamos yo y otra mujer que se llama Francina...

— ¡Francina! ¡Francina! — Me repito yo, en pleno vuelo de la fantasía. ¡Qué nombre de hada! ¿No son los poetas grandes cazadores de hadas? Sí; Rubén Darío en su invierno de la Cartuja de Valldemosa, junto a las sombras de Chopin y Jorge Sand, fué cuidado por un hada que se llamaba Francina...

Luego hemos sabido que ésta es un hada viejecita y buena, que contaba al poeta rancias historias de embrujamientos y le hacía platos exquisitos, que él sabía agradecérselos, porque el poeta era glotón.

Busco, en vano, un recuerdo de su paso por estas habitaciones: un retrato, un libro, una cuartilla...

— Todo se lo llevó, — me dicen.

Rubén Darío vino por primera vez a Mallorca hacia 1906; en Palma vivió con Francisca Sánchez y su hijo. Aquí debió vivir entonces como dentro una torre de marfil, como dentro un diamante, — que esta es la impresión que nos da la isla maravillosa en los días claros. Entonces, escribió muchos de los versos de *El Canto Errante*. Después, vinieron los días de placer y de gloria...

Unos años más tarde, al regreso de su marcha triunfal por las naciones de habla castellana, entraba su espíritu atormentado en una terrible crisis, precursora de la noche. Y entonces debió acordarse del bienestar inefable que aquieta el espíritu en la isla de la calma y soñó en un refugio donde domar a la vida como domaba a la palabra rebelde.

La cartuja de Valldemosa. Desde allí, tendían sus brazos hacia él, ofreciéndole el calor de su amistad, dos grandes espíritus: don Juan Sureda y su esposa doña Pilar, la notable pintora, cuyos cuadros de olivos loara más tarde el poeta en sus versos.

Y allí fué, en busca de paz para aquella guerra que se libraba en su cerebro. Como a todos los hombres superiores, con toda la fuerza de su genio, le obsesionaba el más allá; acaso para él, que tenía tan poderosa luz en la inteligencia, eran más visibles las sombras que le rodeaban. Había derrochado su vida, había sido el filántropo de su propia existencia, gozó del vivir hecho con la mujer y el vino y — para él — con un Dios muy inmenso... Un día, el genio de lo sobrenatural le clavó su garra en el corazón y la inquietud mordió, como un cuervo implacable, en su cerebro.

Hay algo de trágico en este último capítulo de la vida de Rubén Darío; tragedia íntima, que toma en él proporciones enormes: El espíritu que ha vivido en el mundo como una partícula divina, al comprender que va a apagarse, no se conforma con la suerte de la carne mortal...

Allí, en la Cartuja, quiso reverdecer las hojas secas de su fe; se vistió con el hábito de los hijos de San Bruno, se aisló completamente en su soledad, pidió un confesor...

Nada consiguió aquietarlo. Y una noche, desesperado del esfuerzo inútil, hizo sus maletas precipitadamente y en un automóvil partió hacia el mundo. En la hora de la despedida, cuando todos eran a retenerlo, cuando había lágrimas en todas las miradas que lo miraban por última vez, él también debió llorar en secreto y con un doloroso gesto debió contestarles:

«Dejad la tempestad mover mi corazón.»

Es como si en la playa, ya dispuesto para el último viaje, su alma de niño hubiese tenido miedo...

Hizo en su obra la más armoniosa mezcla de paganismo y cristianismo, confirmando una luminosa teoría de Juan Maragall, el más grande poeta peninsular del último siglo:

—«El genio es una flecha divina que atraviesa el espacio en busca de Dios.»

VALENTÍN DE PEDRO.

Mallorca, mayo de 1918.

DIBUJO DE ALVAREZ.

SEÑORITA ANGELES OTTEIN, SOPRANO LÍRICA DEL COLÓN.

En estos cielos de artificio, fingidos por telones y bambalinas, puede parecer estrella cualquier lucecita de fuego fatuo. Pero ahora los que avizoran con ojo experto estos firmamentos, anuncian la aparición de una estrella de primera magnitud, de fulgor deslumbrante y que ha de recorrer una inmensa órbita eclipsando el recuerdo de otros astros...

Del afortunadísimo debut que hizo la notable soprano española Angeles Ottein en el teatro Colón, se desprende una amplia consagración para la artista que triunfó y se impuso.

Visitamos a María de los Angeles Nieto (Angeles Ottein, en el teatro), en el hotel donde se aloja con su señora madre. Es aquélla una muchacha que posee el tipo definido de la mujer española: morena, con grandes ojos negros, vivaz, sencilla, noble, de aristocráticos modales y modestia ejemplar. Nació hace muy pocos años en Santiago de Compostela, donde su padre ejercía la profesión de notario. Poquísimo tiempo lleva en el teatro y ya ha actuado en los principales de España, en Monte Carlo, en Lisboa y en el Costanzi de Roma. Aunque su carrera artística recién se inicia, consiguió ya sonados triunfos, pues ha sido aclamada en todas partes donde se presentó.

— ¿Qué impresión tiene de nuestro público?

— Buenísima; y no puede ser otra puesto que han sido tan benévolos conmigo.

Nos relata cuan mal la habían prevenido en contra nuestra, pintándonos como un público terco, intolerante, empecinado en no admitir otros artistas que los consagrados por él.

— Pero — agrega la gentil artista — yo rectifico gustosa las apreciaciones de vuestros detractores, quienes habían logrado ponerme en un estado tal de excitación como nunca lo estuve antes de ningún debut. Logré sobreponerme, salí, canté... y parece que he gustado.

— Puede usted estar segura de haber triunfado plenamente.

— Que me place — dice riendo, — y en el perlino son de esa risa cascabelera y juvenil adivinamos el cantar de un lírico ruiseñor aprisionado en su garganta de oro.

Artista notable

Para mayor elogio del célebre músico español, dícese comúnmente que la guitarra en aquellas manos suena a laúd, a clave, a cimbalo...

No es justo enaltecer al Príncipe denigrando a la Cenicienta. Quizás la guitarra de once órdenes imite el retintín aristocrático de tales instrumentos, como las hermanastrillas de la humilde moza remedaron los ademanes palaciegos. La guitarra de séxtuple cordaje, la guitarra popular, la de los payadores y «tocaores», es princesa, es reina. Porque tiene una íntima señal: su voz, diminuta y preciosa, como aquellos piececitos elogiados por Perrault.

La guitarra, pobre y rica, orgullosamente modesta, no necesita ser comparada a instrumento alguno. Femenina por el nombre y por la calidad del sonido, la guitarra canta a media voz todas las penas, y el vibrar de su cordaje es como una corriente nerviosa que excita nuestros nervios.

Pocos son los hombres capaces de hacerla cantar. Entre los elegidos, Miguel Llobet ocupa el puesto de honor. Su antecesor y maestro, el inolvidable Tárrega supo encontrar en el joven aficionado a su digno discípulo.

Llobet nació en Barcelona en octubre de 1878. Dedicóse en sus mocedades al arte pictórico; mas bien pronto halló el camino verdadero.

La guitarra de Tárrega iba a quedar a la muerte del notable virtuoso «silenciosa y cubierta de polvo», semejante al arpa de que nos habló Bécquer. Llobet ha sido el nuevo maestro, el continuador de la rara y corta estirpe de los guitarristas, porque sabe despertar las notas dormidas en las seis cuerdas «como el pájaro duerme en la rama».

El público bonaerense, un público que por tradición es más amante de la guitarra que de otro cualquier instrumento, aplaude estos días al preclaro artista. En su segunda jira musical, Llobet entusiasmó a los maestros y aficionados argentinos, que le reconocen unánimemente como un prodigio.

La técnica del artista español es una técnica apasionada. A la habilidad de las manos se une el calor de un sentimiento exquisito. Gracias a ese arte, Llobet ennoblece la guitarra, haciéndola digna compañera de los instrumentos de más brillante historia. Pasión intensa de enamorado millonario que lo arriesga todo por el cariño hacia una mujer humilde y hermosa, hay en el cariño que Llobet prodiga a la guitarra. Y ella responde sumisa «hablando» con una voz suave, penetrante, pura, que emociona hasta hacer llorar...

———

Don Miguel Llobet, accediendo a nuestra petición, ha suspendido su cotidiano estudio para someterse al tormento de la «pose» fotográfica. Mientras se preparaba la máquina, él sacó de un estuche un instrumento veterano: una guitarra de Tárrega construída en 1864 por el célebre Torres, Stradivarius de la guitarra que pertenece actualmente a la joven señorita Anido, notable artista.

Y maquinalmente, el maestro hace arpegios con la mano izquierda y afina las cuerdas. Conócese que en él es instintivo el hábito.

Llobet es un señor sencillo, sin pose. El timbre musical de su voz es grato al oído a través del acento catalán. No habla de sus triunfos y recibe los elogios con verdadera modestia.

En su historia artística hay rasgos de filantropía que el público ya conoce.

Es como música de guitarra, pleno de voluntad, inspiración y música; nadie habría presentido su triunfo...

SEÑOR MIGUEL LLOBET, CONCERTISTA DE GUITARRA.

LA CASA ESPAÑOLA DE DON ENRIQVE LARRETA

MCMXVIII

EL ZAGUAN

UERA menester la pluma erudita de un Riaños, o de un Giner de los Rios, para discurrir discretamente sobre las artísticas riquezas que atesora la noble casona de los blancos azores de la calle del Juramento. Depongo, pues, todo afán arqueológico, y tal hago con humildad, no [illegible] por ignorancia sino también porque he creído advertir que la actual morada del insigne artista don Enrique Larre[illegible] a más de ser museo del hispano ingenio, es adoratorio del zumo de su esencia plástica.

Entré en ella por vez primera en una tarde del pasado invierno. Iba prevenido: membraba aquella estancia polvorienta donde sorbió Ramiro el místico sahumerio de [illegible] Castilla, así también como el atildado es[illegible] le conoció a la doncella aviléña, y malgrado [illegible] útil regalo de mi memoria, fué recia la emoción. [illegible] reinaba aún el ritmo del acomodo; una parte [illegible] oblaje era tan sólo llegado; sin embargo, el amplio atrio evocóme dentro de su nueva hechura, antepasados venerables: Alcalá de Henares, Monterrey, Guadalajara, Salamanca; universidades, palacios, infantados, casas consistoriales, arzobispados que por el pregón de los críticos modernos no tardarán en sumarse al léxico de los clásicos europeos. Sí, el atrio cercado de columnas rematadas por esbeltas zapatas; la hermosa estufa en piedra de cantería ornada de blasones, sustentando prodigioso retablo, obra presunta del Montañés; las puertas de acceso, pequeñas, comedidas, claustrales; cuadros de pátinas bituminosas, tapicerías; solera de orlambrillas; rejas de voluptuosa forja, en fin la selección inteligente de los elementos más genuinos, congregados en una composición severa no exenta de matices imprevistos, digno todo ello de la prosapia espiritualista de su origen. Día a día acrecentóse el caos que la llegada de nuevas joyas de arte suntuario ponían en la casa; pero aconteció que, el amo, luego de haber soportado en silencio los consejos mudos de tanta reliquia suya, se echó a poner orden, y como por arte angélica todas las cosas hallaron cabida y merecimiento en uno y otro aposento.

Así, junto a un pórtico de líneas mudéjares, ábrese una sala que es, a mi juicio, la de más austero linaje. La techa un artesonado de carreras pardas y lacunares bermejos; corre luego un friso decorado por amañado almorabe que sirve de cenefa al rico brocato, el que en fajas alternadas baja hasta el zócalo; y es aquí donde se acomodan en derredor de un brasero, que convida a la tradicional tertulia, un escaño aforrado en terciopelo carmesí y cierto número de escogidos fraileros de nogal y castaño con tersos

guadameciles y telas bordadas a gran realce. Adosados a los muros: bargueños y bufetes y un relicario de tres cuerpos en el estilo del segundo renacimiento; en sus estantes vieja librería de pergamino, textos anticuados con estampas iluminadas.

Es el relicario una pieza barroca digna de Tomé o Churriguera; sus columnas carolíticas, así como los tallos serpeantes que las ladean, son de virtuosa factura, y el todo de una policromía esplendente. Superpuesto a este mueble pende el escudo heráldico, por frente a él una panoplia flanqueada por dos querubes portadores de haces y sustentados por tenantes de efecto milagrero. Alternan en los entrepaños cornucopias y pinturas en ellos sabiamente ajustados, rematan las golas y cimacios de las cornisas cerámicas y tallas de cinceles no ajenos a las escuelas de los imagineros realista-simbólicos: Machuca, Becerra, Pedro de Mena, Roldán; sobredoradas las unas y las más estofadas al gusto de los siglos XVII y XVIII. Representan los cacharros, búcaros, ollas y patenas a las alfarerías levantinas de Murcia, Sevilla, Manises y Alcora de eugobes ferruginosos y blancos plombíferos exornados por grecas y lacerías en azul de cobalto o bien en oros metálicos. Las hay también castellanas de Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo con sus emblemas nobiliarios e imágenes de montería.

En la otra cabecera del salón ocupa preferente lugar una hermosa mesa, banquetas de taracea y enconchados, candiles, velones e infinidad de otros pormenores de gran valía venidos de las más famosas alcaycerías. Y es a esta altura de nuestras observaciones, ya amenguada la primera fiebre, cuando la hoja entreabierta de una puerta plateresca, nos señala la mística penumbra del oratorio. Entramos en él; un retablo gótico mudéjar absorbe nuestra atención, en tanto que el espíritu cae bajo la férula de esa caricia que es el don primogénito del bien cristiano, gracia beata de la sagrada forma cuyo símbolo es el acicate de esta estética, esencialmente piadosa, llena de sahumerios de algalía y de nardo; su poder intangible gana nuestros sentidos hasta anonadarlos en la contemplación absoluta.

Arte supremo de la mística castellana sintetizado por los Juan de Guas, Antón Egas, Gil de Hontañón, Siloe, Berruguete... nombres incrustados en piedras eternales que llevan otros nombres: catedrales de Toledo, Segovia, Sigüenza, Gerona, Salamanca, San Juan de los Reyes, Cartuja de Miraflores.

Aparejados de esta suerte escudriñamos la reliquia — la gótica tracería sabia estructura de ajimeces y parteluces es el campo de espigadas nervosidades, gabletes, lacinas y de arcos agrelados; grumos floridos y cuadrifolios son el terminar de airosos chapiteles.

DETALLE DEL ZAGUAN

PORTON DE ENTRADA Y VERJA DEL RECIBIMIENTO

EL ORATORIO

RECIBIMIENTO.

ESTA arquitectura encuadra las tablas iconográficas de Santa Ana, bajo cuya invocación se erigió esta obra en la centuria décimoquinta, según reza en la leyenda anotada en la faja que la sirve de basa. Son escenas devotas y familiares a la Santa, de una manera propia a los primitivos castellano-flamencos, y tampoco extraña a los maestros de Siena. Representan un período bien elocuente de la pictografía española; los personajes, aunque agalgados, hirsutos y descarnados por las asperezas ascéticas, muestran un natural exquisito en sus actitudes; los vemos cumpliendo sus menesteres al través del realismo romántico de los aceites y barnices de un glacis translúcido y ya libres de las jorobas, estucos, cabujones y orofrés traídos por los arcaístas flamencos, quedando de esta moda, que fué el triunfo de la época anterior, sólo el gusto por los sobredorados y por los tonos encendidos. De las prácticas trescentistas, por cierto no desprovistas de nervio realista e imaginación cristiana, de los Ferrer Bassá y del franco-flamenco Bonifacio Ferrer, nos allegamos, merced al giotismo traído por Dello de Nicola y Nicolás el Florentino, a las lucubraciones evangélicas robustecidas por la hierática reciedumbre de Fernando Gallego. Y atando la expresión de los pintados paineles a la del recuadro, veremos que esta estética que apura los últimos vagidos del goticismo, cumple con las santas intenciones de todos los períodos históricos de las hispanas artes. Mística interpretación del romance dentro de su concepto arcaico exaltado de continuo por el contacto agareno, a cuyo servicio vienen a plegarse las importaciones extranjeras. Rito indígena que, por el abigarramiento de sus formas bizarras y por su macha enjundia, transformó todo galicismo en bien nacional.

Si echamos ahora la vista por lo demás de esta cámara ungida de divina excelsitud, hallaremos, entre los objetos que la aderezan: al pie del ara, un facistol zelando contrito el silencio; en su atril, un antifonario de mayúsculas sobrecargadas de viñetas y frondas iluminadas; a ambos lados, dos sitiales de tres plazas cada uno; en el ángulo, un ángel sosteniendo una lámpara votiva; bajo el alféizar de la ventana, cierta arca, bellísimo especímen del género de las más remotas de palus y garlopa; a la media altura de la pared de enfrente, el retrato de la madre Santa Teresa, pintura de la época de un realismo desconcertante; cuelgan además otras telas de asuntos religiosos, relicarios y hacheros con los gualdos blandones de la cera simbólica; todo ello destacándose sobre el damasco azul, cuyo cálido añil va a empalmar con los blancos grisáceos y los cromos del alicato lambris.

SALA RENACIMIENTO.

LIBRERIA ESTILO SEGVNDO RENACIMIENTO.

VN ANGVLO DE LA SALA RENACIMIENTO

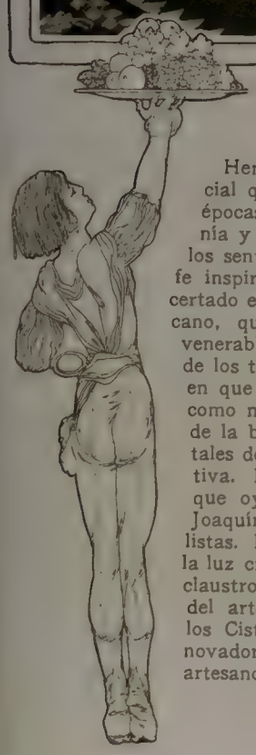
LA estancia contigua, que con ser de carácter laico no desdice en nada de su vecina, es, a su manera, santuario de artísticas antigualas. Entre ellas figura un cuadro coetáneo nuestro, ocupando el paramento de honor, es el retrato del dueño de casa, de manos del gran artista vasco don Ignacio Zuloaga; no ha menester de comentarios. Citaremos de entre los muebles: una hucha del siglo XVII, podio de un grupo orante de ampulosa talla; dos sillones florentinos de elevados respaldares y una mesa de estampa manchega, escenario de botes multiformes y selecta vasijería. Los ziszás,

BARGVEÑO Y PANOPLIA DE LA SALA RENACIMIENTO

los dientes de sierra, lotos y follajes estilizados marcan los contornos y dintornos de estas poterias de formas gráciles en cuya frita arenosa quedó marcado para siempre el trazo ingenuo, pero sí indeleble de los ceramistas talaveranos y andaluces. Añadiremos que el comedor y las demás habitaciones son tabernáculos de preciosos ejemplos que completan la colección; no los enumeraremos; sólo la prolija clasificación de pinturas, tallas, bargueños, vidrierías, faroles y palomillas formaría un hacinamiento de abultado número de páginas, digno de un catálogo, y como ya lo tenemos dicho, es trabajo que escapa al alcance del que redacta estas líneas; suponemos, pues, que este estudio analítico será la obra del futuro.

PORMENOR DEL PATIO CVBIERTO.

COMEDOR.



Hemos de insistir en cambio sobre el espíritu esencial que hace del conjunto de tan raros elementos de épocas diversas una fascinadora miscelánea. Tal armonía y tal belleza, que corren parejas al acecho de los sentidos, manan del mismo hontanar, fuente de fe inspiradora, amiga vieja y segura del que ha concertado este desplante de arte hispano al suelo americano, que para acreditar el grado educativo de la venerable tradición nuestra ha querido despertar el verbo de los troveros de su suntuaria en el mismo ambiente en que naciera. Y ya que hablamos de fuente de fe como musa sugeridora de formas, expondremos, dentro de la brevedad de estas líneas, las razones fundamentales de su génesis tomadas en la época más significativa. Fué en el siglo XIII cuando aquella Sicilia, que oyera años antes los clamores apocalípticos de Joaquín de Flora, dejó paso a las doctrinas racionalistas. Los monjes, los cenobitas, recoletos que recibían la luz creadora en el arrobo místico de la celda o del claustro, viéronse despojados de su misión de apóstoles del arte; la escuela de Cluny, la de Rávena, la de los Cistercianos y Franciscanos ceden por la fuerza novadora de los humanistas la exégesis estética a los artesanos laicos. Más tarde el mártir de la plaza vieja, Savonarola, el último asceta del plácido valle de la Umbría, purga el postrer arrebato de la Florencia Evangelista. La Italia de Dante, emancipada de la jerarquía ortodoxa, por manos de los supuestos herejes, derrumba la enmohecida escolástica, y la razón azuzada por la ciencia se hace dueña de la nueva religión plástica. Allá también en la Francia medioeval ocurre un fenómeno análogo. Los arcos apuntados, las presiones localizadas descargadas por valientes botareles, triunfo portentoso de la técnica constructiva, primaron sobre los porches soñolientos y las bóvedas macizas.

La penumbra, producto de la fábrica homogénea, se transformará en luz policroma generadora de muy distintas preocupaciones, que si bien en sus albores tenderán al vuelo celeste, muy luego entoldarán de cieno a la causa que pretendieran amparar. Sola la España fanática, ciega en su credo, fía a los cenobios la defensa de sus artes en pugna con la influencia filosófica de la ciencia de Averroes. Las ansias místicas encastilladas en las villas castellanas, hacen perdurar por el genio de sus iluminados prebostes, hasta muy llegado el siglo XVII, los ideales del fervor cristiano. La España de los imagineros, la de los entalladores de retablos y frontispicios fué la encargada de velar por los bienes del espíritu en el arte de construir. Su tonsura monacal supo subyugar de continuo todas las importaciones que por los puertos de la sierra pirenaica o por las costas cantábricas o mediterráneas, ya por Navarra o por Asturias, ya por Cataluña o por Valencia vinieron al seno de su reino.

GLORIETA DEL JARDIN ESTILO ANDALVZ

AUN cuando triunfan (momentáneamente) en sus ocres arenas «las Medidas del Romano», ensalzadas por Arfe, ella descubre la ensortijada maraña Plateresca digna precursora del gran loco de la Arquitectura: Churriguera. Hemos si de reconocer otra fuente de originalidad perenne, por cierto harto provista de vuelo imaginativo. De ella nos da buena cuenta don Enrique Larreta en las fachadas que atalayan su jardín andaluz. El pórtico del antepecho sintetiza las líneas esenciales del clásico Arrabaa; han desaparecido los recortes acairelados y los atauriques superfluos, quedando de la línea agarena lo esencial: el fuste esbelto, el abaco achaparrado recibiendo en su vuelo, a falso plomo, el peso de la archivolta peraltada. Iguales interpretaciones, y aún más atildadas, descubrimos en un patio abierto, disimulado en la fachada posterior. Todo sonríe en torno de un naranjo, paredes enjalbegadas, arcos escarzanos, teja de corte ancestral de enlomados Roblones, cuadrícula verde celedón en los diminutos balcones, emparrados, zócalos alicatados en vidriados azulejos, un alero descansando sobre ingeniosa ensambladura; donosas añoranzas aportadas por el dominio muslímico que magüer su frescor y sus colores rutilantes no contrastan con el ceño torvo de los varones del Andalus Cristiano. Y es que, a pesar de los fieros antagonismos políticos y religiosos, el comercio entre ambas razas sufrió el ajetreo de varios siglos de vida hermana. Los moros conversos cooperan en las construcciones de los monasterios; en Santo Domingo de Silos esclavos árabes trabajan bajo las órdenes de los monjes burgaleses; en plena reconquista los estucadores del alcázar granadino trazan los alfarjes del Infantado de Guadalajara y los discípulos de

ARRIATE Y FVENTE DEL JARDIN.

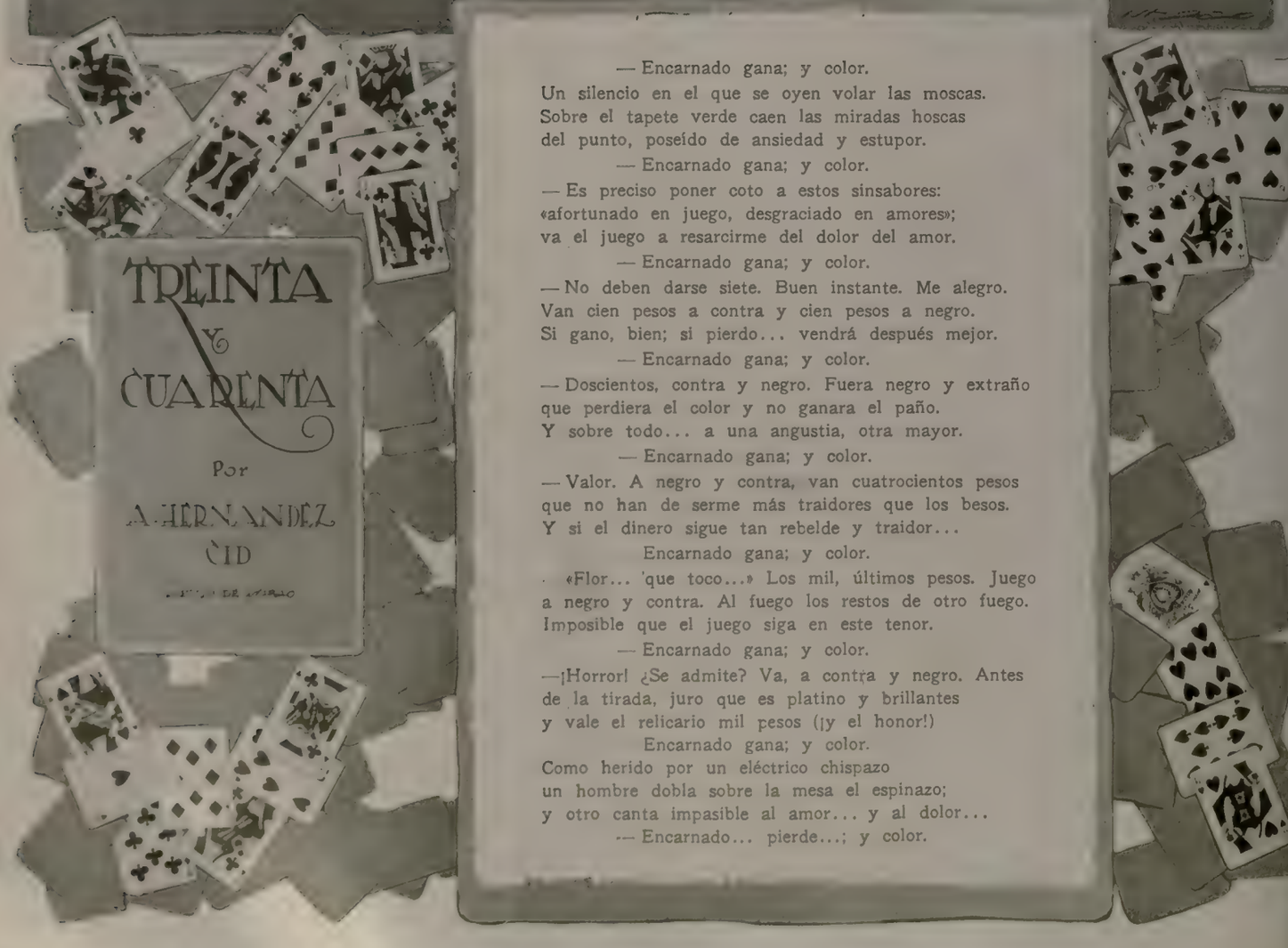
éstos, decoran el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Terminemos y digamos que junto a la tapia, protegida por comedida albardilla, prospera el romero y el boj delineando veredas geométricas que conducen a una fontana, escalinatas y cercos coronados de tinajas y macetas floridas, cipreses y laureles de deliciosa fronda que envuelve con su exuberancia balsámica el poema arquitectónico de un maestro de las letras erudito alamín. Felicitemos también a nuestro colega el señor Schindler que con técnica segura ha sabido traducir con materiales adecuados imaginación tan peregrina.

Ya no plañirán en vano las campanas de la iglesia aledaña. ¿Cuántas vísperas y maitines llevarán oídos ese bufete de sacristía o esotro escaño de recio nogal? Un eco profundo de la mística Iberia en su enjundia viril y robusta, responderá de la casa de la calle del Juramento a las metálicas voces y a nadie le sabrá a mal un poco de ventura monjil en esta era de rudo positivismo.

RETRATO DE DOÑA JUANA DE AUSTRIA, INFANTA DE CASTILLA, HIJA TERCERA DEL EMPERADOR CARLOS V, NACIDA EN EL ALCÁZAR DE MADRID EL 27 DE JUNIO DE 1535. ESTUVO CASADA CON EL PRÍNCIPE DON JUAN DE BRAGANZA, HEREDERO DE LOS REINOS DE PORTUGAL, Y FUÉ MADRE DEL REY DON SEBASTIAN, MUERTO EN LA BATALLA DE ALCAZAR-QUIVIR EL 4 DE AGOSTO DE 1578.

ÓLEO DE ALONSO SÁNCHEZ COELLO, PINTOR DE CÁMARA DE FELIPE II.

PROPIEDAD DE DON ENRIQUE LARRETA.



— Encarnado gana; y color.
Un silencio en el que se oyen volar las moscas.
Sobre el tapete verde caen las miradas hoscas
del punto, poseído de ansiedad y estupor.
— Encarnado gana; y color.
— Es preciso poner coto a estos sinsabores:
«afortunado en juego, desgraciado en amores»;
va el juego a resarcirme del dolor del amor.
— Encarnado gana; y color.
— No deben darse siete. Buen instante. Me alegro.
Van cien pesos a contra y cien pesos a negro.
Si gano, bien; si pierdo... vendrá después mejor.
— Encarnado gana; y color.
— Doscientos, contra y negro. Fuera negro y extraño
que perdiera el color y no ganara el paño.
Y sobre todo... a una angustia, otra mayor.
— Encarnado gana; y color.
— Valor. A negro y contra, van cuatrocientos pesos
que no han de serme más traidores que los besos.
Y si el dinero sigue tan rebelde y traidor...
Encarnado gana; y color.
«Flor... 'que toco...» Los mil, últimos pesos. Juego
a negro y contra. Al fuego los restos de otro fuego.
Imposible que el juego siga en este tenor.
— Encarnado gana; y color.
—¡Horror! ¿Se admite? Va, a contra y negro. Antes
de la tirada, juro que es platino y brillantes
y vale el relicario mil pesos (¡y el honor!)
Encarnado gana; y color.
Como herido por un eléctrico chispazo
un hombre dobla sobre la mesa el espinazo;
y otro canta impasible al amor... y al dolor...
— Encarnado... pierde...; y color.

El misterio del cuarto de enfrente

Tenía treinta años, pero aun era poeta. Como vivía en una gran ciudad moderna y populosa, llena de gentes de toda la epidermis planetaria, podía vivir solitario, dichoso y desconocido en el caparazón de una pieza amueblada, un poco más abajo de las nubes, sacando de vez en vez por un agujero cuadrilongo su testa al sol con la devota complacencia de los caracoles campesinos.

Comía poco, mas no por penitencia de pecador sino de misticismo positivo, porque le faltaba voluntad gástrica a pesar de no sobrarle la medida de un posible deseo. Tenía sus virtudes humanas y sus vicios más humanos todavía, vale decir que era un ser perfecto sin necesidad de que quisiera serlo y que por tanto lo dejara de ser.

Su breve experiencia de la vida de relación le permitía conocer lo puro y original de la entraña humana, la gota de agua de la conciencia y la piedra imán del corazón. Creyendo siempre que era él mismo, sentía la exégesis universal en su reciprocidad de individuo reflejo. (La certidumbre magnética de la aguja de una brújula, fija la posición del cuadrante que la demuestra.)

Escribía a la sazón el poeta su séptima oda preliminar y acababa de discernir la primera estrofa cuando supo que alguien desde una ventana frontera le espiaba. De todas las cualidades específicas de la psicología humana, la de mayor frecuencia es la espectacularidad. El hombre tiene siempre para los demás algo de escénico y se exhibe improvisada y bruscamente. La mujer, más cauta, se cultiva y ensaya en soledad, primera espectadora de sí misma.

Luis Sunchales fingió no haber advertido la asechanza. Pasóse la diestra, ingrávida, por el alboroto de su melena merovingia y a media voz leyó la flamante estrofa. Siguió luego como delirando la génesis rítmica del poema. La atención crecía del otro lado.

Aquella ventana estaba cerrada siempre de día, pero no en la forma usual de clausura, sino herméticamente como todas las ventanas novelescas. Esta circunstancia le deparaba al poeta un inefable síntoma de aislamiento por elevación real, aparte de la otra psíquica por la escala infinita de los alejandrinos. Ahora, al ver poblada una altura equidistante con la de él de las estrellas, sintió la previa inquietud de lo desconocido. Sus abstractas elucubraciones convergieron luego hacia una posibilidad romántica.

Eran unos días apacibles de otoño. Las noches serenas y frescas tenían en aquellos parajes un encanto casi sideral y siempre a la misma hora se abría sigilosamente la ventana. La obscuridad y la distancia no permitían a Sunchales el descubrimiento del rostro correspondiente a la mano que con tanta puntualidad operaba del otro lado de la calle, precisamente al nivel de su corazón; pero aprovechando las preciosas cualidades que en el orden eutrapélico hiperbolizan la facultad imaginativa de los poetas, emplazó en aquel cuadrilátero de tinieblas, más espesas que las de la noche, una cabeza de extraordinarios encantos, seguida en equivalente armonía, de las demás partes de una arquitectura femenina. No muy seguro, sin embargo, de su precisión interpretativa, trató de contrastarla, siquiera en lo fundamental, para sus secuencias sentimentales, pues una alteración gramatical de género en sus futuros adjetivos podría arrastrarle a desastrosas incongruencias.

Iban ya pasados no pocos días en simples simulacros por los que no llegaba a la definición psicofísica de la enigmática figura que había inquietado su corazón transcendental. Este ya comenzaba a sentirse desabrido cuando Sunchales resolvió dar a su voluntad una entereza heroica, para afrontar definitivamente el misterio.

—¡Buenas noches!

Fué como un desafío. Su voz sonó áspera, escueta, parecida a una amenaza alevosa en la nocturna soledad de un camino.

Le contestó, irónico, el silencio. Mostraba la ventana sus fauces tenebrosas, alto bostezo del altillo. Un vasto paisaje de azoteas extendía su accidentado panorama, escasamente tachonado de pequeñas luces amarillas. Allá remoto, corrióse una como estrella fugaz. Murió otra, improvisada y reciamente. De rato en rato se alzaba como de la más profunda intimidad de un aljibe, el breve mosconeo de un tranvía y en seguida el estridor chirriante de las ruedas en la curva de la esquina.

Sintió Sunchales un acérrimo dolor de soledad. La ventana, con su enigma sombrío, había encendido en el alma del poeta las devotas luces de los ritos mayores. La misteriosa operación nocturna que abría a sus complicadas construcciones imaginativas la infinita perspectiva de un cuarto obscuro, tenía todas las probabilidades magníficas. Allí podía generarse un destino perdurable y grave. Era quizás un símbolo. Acaso un conjuro fatal.

Esta insinuación metafísica le sustrajo a la contemplación objetiva. Cerró la ventana de su cuarto y buscó en el sueño una de esas inspiraciones subconscientes que a veces nos dan el prodigio de una solución inesperada.

Siguieron luego varios días de lluvia pertinaz. Móviles cataratas libraban sobre la ciudad consecutivos aguaceros. Un frío húmedo, como artificial, cristalizaba las noches. A través de los vidrios de su ventana, atisbaba Sunchales en la negra pantalla fronteriza, la película vaga y complaciente; pero fuera que el cambio climatérico retuviese en guarda preventiva los asiduos acechos o que una óptica inconsecuencia conspirara también entre la irreparable opacidad del ámbito medianero, aquella noche no columbró el poeta, frente al macizo tenebroso, la periodicidad del novelesco mecanismo.

Otros días más, agotaron los odres peregrinos. Una mañana, recobró el sol su insigne dictadura, encharcando de luz todas las cosas. Regocijáronse las horas y pájaros viajeros cruzaron el azul. Eran más de las once cuando Sunchales regresó de las zahurdas fantásticas del sueño, retorciendo los brazos como en uno de aquellos antiguos potros de la vieja justicia. Bostezó bravamente y terminadas estas íntimas complacencias con las que es uso prologar la actividad consciente, sonrió con beata serenidad.

En la actuación vegetativa de un poeta, la fiesta natural de un buen día de sol tiene invencibles sugestiones rurales y si es frugal el oficiante hay muchas probabilidades de que las rutas campesinas le sustraigan de la vida civil, incluso en esa hora difícil cuando plantea sus premisas apremiantes el problema nutricio.

Así fué como Sunchales regresó aquel día a su eminencia ya bien consumada la noche. Eran los momentos visperales de la apertura. Había salido una luna clara que prometía magnífica verbena porque también los astros infinitos fingiendo lavados por la lluvia, brillaban como joyas legítimas en el escaparate de los cielos.

La ventana estaba cerrada, partida en luz y sombra a proyección oblicua de un alero. Era una bella perspectiva la de aquellos arquitectónicos picachos, plafones, cúpulas, cornisas y barandas inundados de luna, recortando fantásticas siluetas con tapices y colgaduras de sombra azul obscuro.

Poco tardaría en revelarse la prodigiosa incógnita. Ya estaba la ventana en plenilunio. El poeta sentía una emoción insigne, como en esos instantes capitales cuando nos jugamos la vida. La perentoria inminencia del momento le había exaltado al máximo la exaltación nerviosa, paralizándole en dolorosa impotencia la actividad mental y el mecanismo volitivo.

Primero fué un breve giro del batiente de la ventana. Luego, tres más, concisos, rápidos, estrictos, como de mano torpe y débil o que no alcanzara su objetivo. Quedó media abierta la ventana y en seguida, suavemente, con un blando desliz, en ese automático despliegue con que se mueven solas las puertas oblicuadas, perfeccionó su cuadrilátero sombrío. La luz de la luna, apoyada en las jambas, miraba curiosamente al interior.

Ocurrió entonces el prodigio. Una sombra negra, viva, elástica, saltó sobre el alféizar. Tendría el tamaño de una cabeza humana y allí quedó un instante, como en magnético equilibrio. A poco sufrió una metamórfosis singular. Aquella masa redonda se alargaba, se erguía, arqueaba una cúspide central y garabateaba el aire con un largo apéndice vermiforme. Dos resplandores verdes flamearon como explosiones diminutas y una voz gutural, desfallecida y quejumbrosa pronunció quién sabe qué magia abracadabra.

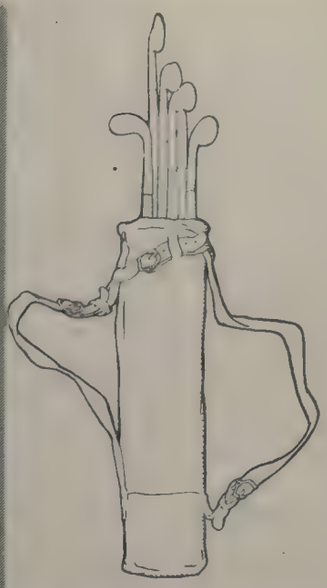
Sunchales sonrió. Si no era aquella para él una aventura de amor, de amor era el misterio. De amor y de poesía. Porque, ¿quién le aseguraba que no hubiese transmigrado a aquel enamorado peregrino el alma tránsfuga, nonchalante y sibilina de Baudelaire?

José Martínez Jerez.

DIBUJOS DE ALONSO.

Costumbres nacionales — Una misa en Salta

Mar del Plata Golf Club



VISTA DE CONJUNTO DEL PABELLÓN DE SOCIOS Y DEPARTAMENTO DE VARIAS EN 1917.

Comisión Directiva.

DOCTOR RICARDO GRANWELLER, PRESIDENTE. — DOCTOR EDUARDO ZUBERBUHLER, VICEPRESIDENTE. — SEÑOR ALBERTO DEL SOLAR DORREGO, CAPITAN. — SEÑOR EMILIO CASAL, SECRETARIO HONORARIO. — SEÑOR CARLOS G. PALMER, TESORERO HONORARIO. — SEÑOR JUAN NELSON, VOCAL. — SEÑOR CÉSAR GONZALEZ GUERRICO, VOCAL. — SEÑOR ALBERTO J. VIVOT, VOCAL. — SEÑOR TOMÁS GREGORY, VOCAL. — SEÑOR ENRIQUE DE ANCHORENA, VOCAL.

Para el público cosmopolita que concurre los veranos a Mar del Plata, es familiar el nombre de este centro sportivo, donde suelen reunirse con frecuencia muchas distinguidas familias del gran mundo porteño y personalidades de las colonias extranjeras.

Situado cerca de la ciudad, en un lugar pintoresco que separa del mar la estrecha franja de los médanos, descúbrese desde su terraza un bello paisaje que armoniza con la azul grandiosidad del Atlántico y la soberbia perspectiva de la costa. El «Mar del Plata Golf Club» está considerado hoy entre los más completos y mejor instalados que se conocen, no sólo por su situación inmejorable, sino también por la capacidad del campo, que tiene los diez y ocho hoyos reglamentarios en la llamada «cancha grande» y nueve en la otra destinada a los que se inician en este juego.

ESPERANDO TURNO PARA SALIR.

El desarrollo del golf en la bella ciudad marplatense, inicióse por el año de 1890, practicándolo en primer lugar los señores Scroggie, Carlisle, Agar, Ferguson Smith y Walker que jugaban en los terrenos baldíos próximos a la plaza Colón, hasta donde actualmente se levanta el inconcluso hotel St. James. Poco después don Ricardo Agar marcó varios hoyos en las inmediaciones de su casa, sosteniendo el sport hasta el verano de 1897. Por esta época el señor Ferguson, buscando un terreno fiscal que reuniera las condiciones exigidas para instalar una buena cancha de golf, llegó hasta los alrededores del cementerio local, deteniéndose sobre el borde de las barrancas. El señor Ferguson encontró el sitio donde se hallaba muy apropiado para lo que él se proponía; su misma ondulación y desigualdad, fueron un factor muy importante para preferirlo a cualquier otro, ya que sus obstáculos naturales eran constituídos por los distintos pozos de arena que en el tecnicismo del juego que nos ocupa se denominan «*bunkers*».

Al inspeccionar esa parte del terreno, vióse obligado a trazar los nueve primeros hoyos sobre los médanos, situados al sud de lo que era entonces vaciadero de la Comuna y que resultaba una vecindad desagradable para los jugadores y aficionados. Dispuesto el campo en la forma antedicha, jugóse el primer partido durante los días de Carnaval del mismo año entre los señores Ferguson y Walker.

En 1900, habiendo sido modificada la cancha por el profesional Juan Dentone, contratado especialmente para ese fin, y aumentado el número de *amateurs* hasta cuarenta, resolvióse por iniciativa de ocho dee llos dar constitución orgánica a este grupo, reuniéndose el 17 de enero y fundando el «Mar del Plata Golf Club», que empezó a funcionar con la siguiente comisión directiva: presidente y capitán, Mr. Frank Henderson; secretario y tesorero, honorario, Mr. John Ballautyne; vocales, los señores William A. Agar, H. Hume, R. Paton y T. Watson.

Disponía así el Club de una cancha de golf, pero no de aquellas comodidades indispensables para pasar el tiempo, faltando hasta el imprescindible pabellón de socios. Este fué donado al siguiente año por el señor José N. Drysdale, siendo edificado junto al *putting green* del primer hoyo, que señalara el señor Ferguson.

Desde entonces el progreso de la institución se hace cada vez más sensible. El señor Watson, que era un entusiasta del golf, llevó a cabo la primera amplia-

EL PRESIDENTE DEL GOLF Y VICE DEL G. C. ARGENTINO DE PALERMO, DOCTOR GRANWELLER, EN UNO DE SUS MEJORES «DRIVES».

EL SEÑOR TOMÁS GREGORY, SUPERINTENDENTE DE TRAFICO DEL F. C. S., DESPUES DE HABER ENVIADO LA PELOTA A 250 MTS. DE DISTANCIA.

[illegible] MALAN, [illegible] TAMAYO, [illegible] ESTALALA FRA[illegible] Y [illegible], MIRAN [illegible].

CARLOS MAIZRO, FEDERICO BORTONILO, MERCEDES DE ALVEAR Y MARQUESA DE SALAMANCA.

ción de los *links* en el año 1903, teniendo que ordenar la limpieza de la parte norte del terreno y la tarea de sujetar los médanos de arena, cubriéndolos de césped y sosteniendo éste, como todavía se ve, con durmientes de ferrocarril facilitados por la empresa del Sud.

El pabellón general fué trasladado a unos quinientos metros al norte, situándolo en el lugar donde hoy se encuentra. Los nueve hoyos que modificara Juan Dentone fueron, pues, bastante mejorados, aumentándose la extensión de su recorrido y respondiendo de ese modo a las necesidades de los jugadores. Durante el verano de 1906 se trazaron dentro del mismo campo otros nueve hoyos separados por más corta distancia, destinados a entrenamiento de los socios. Desde entonces, el número de aficionados fué en aumento de año en año, llevándose a cabo en

Los gastos de reparación y sostenimiento que ocasiona tan hermoso campo de golf, se elevan a una crecida suma; para dar idea aproximada de ello, basta tener en cuenta que los veintisiete hoyos comprendidos en una superficie de cuarenta hectáreas más o menos, están servidos por cañerías de tres pulgadas que se utilizan para el constante riego que exige su conservación; el agua es suministrada por tres poderosos motores y un molino que mantiene llenos continuamente los diversos tanques, cuya capacidad es en conjunto de ciento cincuenta mil litros. El cuidado de esa extensión de césped exige un capital en máquinas para su corte y un gasto bastante crecido en sueldos de personal y otras atenciones.

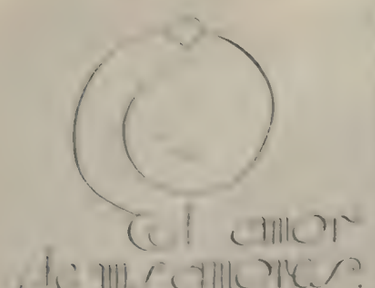
Rápidamente, hemos historiado la evolución del «Mar del Plata Golf Club», haciendo reseña de los progresos que han ido elevando esta so-

[illegible] A [illegible], [illegible] [illegible] [illegible]

PROPIEDAD DEL SEÑOR JUSTO BOU.

SACANDO LA BARCA

ÓLEO DE MONGRELL.



El amor de mis amores fué Aurora

Tin García Victorica, que entre otras [illegible] Larrouse amoureux» de su generación, refería noches pasadas las incidencias de un pintoresco romance, del que serían protagonistas una encantadora joven de veintidós años y un inexperto adolescente cuya can- [illegible] de aquel ebúrneo Dorian Grey que Oscar Wilde exaltara en rasgos magníficos y eternos.

En el relato de mi amigo, chispeante de la agudeza habitual que pone simultáneamente en sus labios un acento de gracia y un tono de ironía, no faltó un solo detalle de tan peregrina aventura, y si hoy me atrevo a abandonar el anónimo en busca de un probable lector, es para que aquél comprenda porque, entonces, lejos de moverme a risa sus palabras, las oí con la silenciosa amargura con que Jean Valgean escuchara del buen sacerdote la crónica de sus propios delitos.

Además, cuando ya se ha podido decir con Ricardo Gutiérrez en la carta a Lucía «Adiós, mi planta de tu umbral se aleja...», cuando el tiempo ha consumado su obra en la mente y en el corazón y cuando los hijos de nuestros amigos, ocupando en sociedad los puestos de vanguardia, nos dan la evidencia de la perdida juventud, no hay escrúpulo posible para lanzar a los vientos la gran confidencia, aun cuando su simple recuerdo arranque del alma la blasfemia profunda...

Yo tenía entonces 16 años, vale decir, la edad terrible, la edad innocua, la edad desgraciada por excelencia. Bien que pese a las coplas de Manrique, cuyo incondicionalismo por el pasado ha llegado a ser un lugar común del peor gusto, insisto en que no hay en el mundo, en la vida, en el espacio y en el infinito una cosa más desagradable ni una tortura más cruenta que la de tener 16 años.

Las razones, entre muchas otras, son las [illegible]

1. — Hay que ir al colegio forzosa e irremediablemente, salvo los días de difícil y temeraria rabona.

2. — Cuando uno se porta mal es indispensable fingir que se cree, todavía, en la promesa que le hacen los padres de ponerlo en un buque de guerra.

3. — Es forzoso guardar silencio ante todas las visitas de la casa que se consideran en la obligación de afirmar que uno está cada día más grande.

[illegible] para levantarse de la mesa a la hora del almuerzo o de la comida, si alguien llama al teléfono.

5. — Hay que ir a visitar a todos los parientes de ambos sexos «en el día de su santo», sin resistirse a recitar «El nido de cóndores» en casa de la tía vieja, quien jura por [illegible] iso ponerles buena cara a los [illegible] padres: ¿qué tal van los estudios? ¿Qué nota [illegible] das cuyos embalajes, siempre simétricos, [illegible] varias veces por día para que la hermanita menor, que es una metida, no pueda decir: ¡Oh, mamá, fulanito ha fumado!

[illegible]

comporta la administración de los utensilios correspondientes, y

11. — Hay que librar batallas campales con los hermanos, hermanas, primas, primos y demás deudos, cuando le critican a uno los amigos del colegio por la sencilla razón de llamarse Pelasfrutini, Pichón o Guerricovich.

En fin, estas y muchísimas otras razones fundamentales, que sería muy largo enumerar, hacen, a mi modo de ver, del muchacho de 16 años el gremio más desgraciado de la creación, a no ser que en los tiempos actuales los que tienen esa edad alcancen la gloriosa posesión de una motocicleta o la dicha de lucir el magnífico uniforme de los «boyscouts», esa elegante y amenísima institución que, aparte de inmortalizar los nombres de don Bosco y de don Francisco Moreno, nos brindan en las fiestas patrias un armonioso e incansable espectáculo de orden, de marcialidad y de disciplina.

Volviendo a mi historia (y suplico a los estilistas me perdonen el gerundio), debo mencionar en honor de la verdad las cuatro circunstancias atenuantes que hicieron de mis 16 años una pena menos angustiosa que la del resto de los mortales de mi tiempo.

a) Usaba [illegible] en este mi monograma en la pretina del cinturón.

b) Practiqué la cura total de una boquilla de ámbar, robada a un grillo del Jardín Florida.

c) Fuí aliado de Laucha López, cuando la famosa guerra contra el francés de las calesitas, y

d) Amé locamente a Aurora, la mujer más hermosa del mundo.

¡Aurora! Yo no soy de esos escritores irreverentes que gustan meterse con el lector, acosándolo a preguntas; pero esta vez ha de permitirme que le interrogue: ¿Querrá creer que aún después de tantos años transcurridos no puedo pronunciar su nombre sin sentir opresión en el pecho y lágrimas en los ojos? ¡Aurora! Sí, ya sé lo que van a decir, que es un nombre cursi, que es un nombre de guaranga, que es un nombre de lancha del Tigre. ¡Oh, desventurados! ¡Cómo se advierte que no conocisteis a esa criatura estupenda a la que no se pudo bautizar sino como al primer celaje que ilumina al mundo, como al sonrosado matiz que arranca al ruiseñor sus más armoniosos trinos, como a esa tenue luz de amor y de esperanza que todos los días denuncia en oriente la presencia de Dios!

Aurora, como Blanca de Beaulieu, tenía veintidós años, como don Benito Villanueva vivía en la calle Larga de la Recoleta, y como don Cristóbal Colón era hija de un pobre cardador de lanas. Ninguna de estas tres coincidencias podía impedir, ciertamente, que su rostro fuera virginal, que su pelo fuera más rubio y abundante que el de Aphrodita, que no hubiera incompatibilidad entre sus ojos celestes o su mirar profundo, que sus dientes, sin ser de perlas ni de nácar, fueran sanos, limpios y casi todos iguales, que su cuerpo fuera divino como el de la Diana de Falguiere que poseía entonces el doctor Aristóbulo del Valle, ni que la expresión de su cara fuera la más sublime del universo, tanto así que al lado del esguince de su boca, siempre fresca, la zonza y popular sonrisa de la Gioconda resultaba, a mi modo de ver, el gesto de una persona distinguida después de tomar un frasco de Emulsión de Scott.

Sin embargo, las tres circunstancias apuntadas tuvieron una influencia importantísima en el curso de nuestros amores, pues a no mediar los seis años de edad que me llevaba, me habría podido esperar; de no vivir en la calle Larga yo no hubiera tenido que hacerle confidencias al cabo de facción en la esquina de Callao, que luego resultó un traidor y se lo contó todo al pobre cardador de lanas, y finalmente, si este distinguido ciudadano en vez de poner en sus tarjetas «Giacomo Palestroni, colchonero», hubiera dejado entrever la propiedad de alguna estancia en cualquiera de los cuatro puntos cardinales de la provincia de Buenos Aires, mi familia no habría tenido motivos serios para hacerme oposición ni mi padre me hubiese impuesto como penitencia copiar diez veces el primer capítulo de «El ahorro» de Samuel Smiles, un señor antipático e inglés que se complace en aconsejarle a uno cosas más tontas y aburridas que hacer trampas jugando al solitario.

El «coup de foudre» se produjo una tarde en que yo volvía del colegio con el pato Egusquiza. La vi y la amé como debía sucederle razonablemente a quien acababa de leer la dulce «María» de Jorge Isaacs. Y porque la amé de una manera romántica y definitiva «pura el alma y celeste el pensamiento» al decir de Miguel Cané, no seguí los consejos de mi camarada, quien me propuso una ofensiva que hubiera horrorizado a Lamartine.

Desde aquel momento Aurora fué la obsesión de mi vida. Por la mañana, por la tarde y por la noche, a toda hora y con cualquier motivo pasaba yo jadeante por el frente de su casa. El buzón de la esquina Rodríguez Peña no me dejará mentir; él fué el testigo de mis cuitas y mis andanzas y aun hoy cuando paso a su lado me parece reconocer en su boca enorme y desdentada la sonrisa socarrona del confidente fiel.

Excuso decir que desde que comenzó este idilio usé guantes color patito, bastón flexible y alfiler de corbata con una herradurita de brillantes, hice esfuerzos sobrehumanos para no comerme las uñas que a esa edad son tan sabrosas, gasté toneladas de piedra pómez para los dedos entintados siempre, llevé invariablemente bajo el brazo un texto de Física o de cualquiera otra materia fundamental, no abrí un solo libro de estudios sino para escribir el nombre de Aurora en cada una de sus páginas y aprendí todos los versos de Musset y Sully Prudhom que encontré a mano para recitárselos a quien había concluído por ser el único motivo de mis inquietudes, mis ensueños y mis esperanzas...

La oportunidad llegó una tarde, en las Cinco Esquinas, a la hora del crepúsculo. Aurora, como las diosas más atendidas en las fiestas del Olimpo, venía democráticamente en cabeza y me sonrió al pasar. Hasta ahora no sé como pude acercarme, vacilante y tembloroso, inseguro de mi palabra virgen aun para el supremo idioma. Me acogió amablemente y «amor sonó la lira...» como hubiera dicho Juan Cruz Varela. La entrevista fué larga y cordial y aunque sufrí un pequeño desencanto cuando después de recitarle yo una encendida estrofa de Lord Byron, ella me dijo: «no diguea, joven», afirmo que la pasión de Peleas y Melisandre fué un simple flirt de a bordo al lado de la que aquella noche unió nuestros corazones en un supremo juramento de eternidad...

El destino quiso las cosas de otra manera, pues la felonía del cabo de facción desbarató todos nuestros planes. Don Giacomo nos sorprendió una tarde en que bajo los paraísos de la calle Larga contábale yo a mi adorada por centésima vez la leyenda del delfín y la pastora, poema exquisito que la hacía llorar. Lo que vino después nadie quiera saberlo, tendría que enterarse de muchas cosas íntimas, hasta del fracaso de un suicida disidente que en lugar de pedirle al comisario que no culpara a nadie de su muerte establecía en términos concretos las responsabilidades de su desesperación.

Aurora, que si hubiera tenido un poco de dignidad se habría metido en un convento, hizo precisamente todo lo contrario, pues se casó con un masagista. Comprendo que la rivalidad afortunada de un masagista no es una página brillante en la vida de un hombre de mundo. Pero, como todo lo que yo pudiera decir sobre el matrimonio de mi primer amor se atribuiría a despecho como aquel Sir Rodger Casement de la antología británica, prefiero cerrar elegantemente mis labios a la inútil imprecación.

Lo que sí, cuando pienso en los posibles expedientes de mi sucesor para enamorar a Aurora y en su contraste con el lirismo de mis festejos, siento acentuarse en mi espíritu una duda escéptica y un tardío arrepentimiento, que sin que yo los explique, todos comprenderán...

Junio, 1918.

LAS HIJAS DE EVA

Por Horacio Quiroga

No hay persona que escriba para el público que no haya recibido alguna vez una visita maravillosa. Recuérdese las veces que Abraham, Scherezada y el mismo Salvador; Mahoma, Napoleón y otros personajes, han condescendido a abrir la puerta de un escritorio. El que más o el que menos, todos han llegado a entrever una gran sombra y a vivir los días de un remotísimo pasado.

Yo también he gozado de ese don reservado exclusivamente a los que escriben. Yo vi una vez un dinosaurio, y hallé otra vez a una mujer de 6000 años. El dinosaurio no nos interesa por el momento; pero sí el otro personaje. Conservo aún su retrato, que constituye el encanto de esta historia.

A esa mujer de 6000 años la hallé en el bosque de Misiones. Yo estaba ocupado ese día en localizar una colmena, cuyos individuos danzaban allá arriba por la copa de los árboles. Pero no podía precisar en qué palo estaba la colmena. Para averiguarlo, golpeaba los troncos con el hacha, y arrimaba el oído; cuando se acertó con el árbol, el zumbido es inequívoco.

Hallé al cabo el mío; era un ivapohí, — un higuerón salvaje, — y tan hueco que resonaba al golpe como un tubo de órgano, y el hacha vibraba en las manos. Cuando me disponía a trabajar, oí una voz que me decía:

—¡Por favor!... Tenga un poco más de cuidado.

Mudo, miré el árbol de arriba a abajo; la voz salía de dentro, sin la menor duda. Ahora bien; una voz que habla en español, sin el menor acento guaraní, y que sale de adentro de un árbol, es un hecho tan poco común que el que lo contempla recobra de seguido su presencia de ánimo. Es un fenómeno que no nos puede hacer daño, que está fuera de todos los peligros y contingencias humanas; son cosas de otro orden, de conflictos y catástrofes reales, tal vez, pero en los que no tenemos cabida. Nada, pues, que temer. Y si se nos toma un día de espectadores o de algo más, mejor para nosotros; aprovechémoslo.

He aquí porqué dejé el hacha al lado, y golpeé con los nudillos en el ivapohí.

—¡Hola!

—¡Por fin!... — respondió la misma voz, ligeramente burlona. — Ya era tiempo...

—¿Con quién hablo? — insistí.

—Con una señora... Debería bastarle esto.

—Enterado; pero ¿qué señora?

—¿Quiere saber mi nombre?

—Precisamente; me gustaría saber...

—Usted no me conoce.

¡De esto estoy completamente seguro!

—Soy Eva.

Aquí me detuve un momento. Hay cosas fuertes, y acababa de pasar por una de ellas.

—¡Hola!

¡Sí!

¿Eva?...

—Sí, señor, sí!... Eva.

Eva... ¿nuestra abuela?

—La misma, señor cazador de abejas...

Entonces me rasqué la cabeza. La voz que me hablaba era la voz de una persona muy joven, y tenía un timbre extraño, de una profunda frescura; algo dulcísimamente salvaje e inmaculado, voz de rocío y Paraíso, que ya no es posible hallar más en el mundo. Por lo cual:

—¡Hola!

—¡Sí!

Y esa voz... la voz fresca... ¿es suya?

—Creo que sí...

—¿Y lo demás?

—¿Qué?

—El cuerpo...

—¿Qué tiene?

No era cómodo hablarle de su cuerpo a una dama anterior al diluvio.

—Su cuerpo... ¿fresco también?

—¡Oh, no!... ¿Cómo quiere usted que me parezca a una de esas señoritas que a usted le gustan tanto?

—¡Ah, ah! ¿Y cómo sabe?

—Lo sé porque a Adán le pasaba lo mismo... Como a todos ustedes.

—¡Pero en aquel tiempo no había más mujer que usted!

—¿Usted qué sabe?

Cierto; yo no sabía ni sé nada al respecto, fuera de lo que me han enseñado cuando chico. Y ella parecía bastante segura de lo que decía. Pero el diablo me seguía tentando.

—Quisiera verla.

—¿A quién?

—A usted.

¿A mí?

—Sí, a usted. No se presenta dos veces una ocasión así.

—¡Ah! Curiosidad de sabio... Le voy a causar horror.

—Aunque me lo cause.

—Es que no estoy vestida... ¡No, no se asuste!... No voy a aparecer ante sus ojos, y con mis años, en traje... paradisíaco, dicen ustedes. Soy demasiado vieja para que mi cuerpo no haga huir de horror... aún a usted. Pero quiero pedirle una cosa: lléveme donde haya gente, señoras bien vestidas, como se visten ahora... ¡Lléveme! Hace cientos de años que tengo este deseo. Antes nos preocupábamos poco; ahora sé que han llegado al límite de la elegancia...

—¿Cómo lo sabe?

—Es muy fácil... No faltan nunca serpientes, usted lo sabe bien... Y aquí en su país hay algunas yararás y unas cuantas víboras de cascabel...

—*Crotalus terrificus*... — murmuré.

—Eso es... ¡Esa elegancia de ahora es lo que deseo ver! ¡Es tan nuevo para mí! Pienso, pienso, y no puedo imaginar qué pueden ser esos adornos, esos nuevos elementos de decoración femenina que enloquecen a los individuos como usted...

Por tercera o cuarta vez la ilustre y desagradable vieja la emprendía conmigo, que si no me enloquezco, — como avanzaba ella, — siento sobre todo a la mujer a través del vestido, del mismo modo que gusto de contemplar un cuadro de pleno sol colocado en la sombra, y no expuesto al sol mismo.

Pero admirar, con traje o sin él, a aquella ruina prediluviana, esto no. Por lo cual me hallaba más que dispuesto a recoger el hacha y alejarme silbando.

Cuando fuí a hacerlo, me llamó, insistió, rogó y lloró. Accedí al fin con visible disgusto a entrar en negociaciones. Me proponía lo siguiente: Llevarla a Buenos Aires y presentarla a un grupo de damas elegantes. Pasajes, incomodidades y ridículos de todo orden, esto corría por cuenta mía. No pedía más, ni ofrecía nada en cambio — fuera de la satisfacción a mí acordada por el deber cumplido acerca una persona, después de todo de mi misma sangre.

Tal lo hicimos. Entró esa noche bruscamente en casa, envuelta en un negro manto de la cabeza a los pies. Lo poco de cara que podía habérsele visto, quedaba oculto por un antifaz. El antifaz asimismo tenía cosido por encima de los ojos un espeso tul. Llevaba también guantes negros. De modo que aquella silueta horriblemente pretérita, angulosa, doblada, cargada de 6000 años, me heló el corazón.

Pues bien; con esa facha, ella, y con inacabable llanto de arrepentido, yo, hicimos el viaje a Buenos Aires, pasamos allí diez días, y la puse en contacto con un cónclave de jóvenes y elegantes damas. Toda esa sesión: Mi presencia presentando mi compañera bajo el aspecto de una ilustre y estrafalaria señora que quería guardar el incógnito; la burlesca estupefacción de las chicas, que charlaban sin perder de vista al fenómeno; los esfuerzos míos para afrontar un ridículo menor que el que merecía; las sonrisas cruzadas de las damas ojeándonos a la momia y a mí; — todo esto fué mi sudor de agonía aquella velada de salida de teatro.

Creo que la señora Eva vió todo lo que deseaba; las chicas estaban vestidas como ángeles, — pues yo también comenzaba a pensar en forma paradisíaca. Volvimos a Misiones, pasé un momento por casa para cambiar de ropa, y en diez minutos estábamos de nuevo junto al ivapohí.

Durante el regreso no habíamos cambiado sino dos o tres palabras, y ella parecía decidida a no volver a abrir la boca en su vida. Pero como no deseaba yo perder todo rastro de la aventura, le dije:

—Si usted no se opone, me gustaría sacarle un retrato.

—Saque — me contestó sin volver la cabeza.

Fuí a casa, volví con la máquina y saqué el retrato. La saludé con el machete, y me fuí a revelar, muy contento de mí mismo.

Pero el mismo monte lleno de barrancos me vió pasar de vuelta media hora después, llevándolo todo por delante. Y es que en la prueba que llevaba en la mano no había ni tapado, ni antifaz con tul en los ojos, ni vieja alguna, sino la muchacha más extraordinariamente fresca y hermosa que haya habido en el mundo desde su creación.

¡La voz, la voz! — me decía a mí mismo. ¿Cómo he podido no comprender que la persona que tenía esa frescura de Edén en la voz, no podía ser sino *ella?*

Llegué al ivapohí; allí estaba ella, Eva, o como se llamara, recostada al árbol, como el primer día de la creación. Y me miraba con una sonrisita irónica.

Yo la miré también — no sé cuanto tiempo. Al fin, idiota, por hacer algo, le tendí en silencio la prueba.

—No la necesito — me respondió. — Guárdela como recuerdo, puesto que le intereso... ahora.

—¡Siempre! — murmuré, cada vez más idiota.

—Sí, siempre... Pero yo no estoy elegantemente vestida, y me vuelvo. Pero antes le voy a decir algo, para que comprenda ciertas cosas. Ustedes, los hombres, se han cansado de repetir que la coquetería es patrimonio de las hijas de Eva, y que el mundo marcha mal desde que la primer mujer coqueteó con la serpiente... No me mire así. Yo podría agregar algo, pero prefiero no volver sobre una historia vieja... aún para mí. Le diré esto, sí: que antes la coquetería — me refiero al adorno de la mujer — era una cosa muy sencilla, porque no teníamos más que la cabellera. Después, mucho después, hubo otras cosas... Pero yo no tenía más que mis 17 años, y algo pude hacer; usted lo sabe por la Biblia. Pues bien; desde mucho tiempo atrás quería reencarnar en la vida contemporánea, por un tiempo corto; y era indispensable que viera cómo se visten hoy las mujeres. ¿Qué podía hacer yo, con los miserables adornos de la mujer anterior al Diluvio? Por eso me he puesto en comunicación con usted... y por eso he desistido. No volveré más a molestar a cazador alguno de abejas, ni a las señoritas que gustan al cazador. El mundo de ustedes ha progresado mucho en 6000 años, y hay ahora cosas admirables. Lo que no hay — óigame bien — es progreso en el adorno de la mujer. Ustedes lo creen, porque el adorno cuesta dinero. En mi época, una muchacha estaba bien vestida cuando a más de ser bella, llevaba en los cabellos flores o plumas de garza, cuando tenía en los hombros una piel de pelo suave, cuando adornaba su cuello con perlas y usaba una gran pantalla de plumas. Hoy, señor arrepentido, después de 6000 años de febril progreso, de incalculables esfuerzos de la inteligencia y el arte, de rebuscamientos y refinamientos sutilísimos, hoy las mujeres bien vestidas llevan plumas en la cabeza, pieles de pelo suave en los hombros, se rodean el cuello de perlas, — exactamente como en los tiempos primitivos. ¿Es cierto o no? ¿Son o no los mismos, los elementos de adorno? ¿Dónde está el progreso? ¿Qué ha inventado de nuevo la mujer? ¡Bah, señor! Ustedes creerán lo que quieran de su refinamiento actual; pero salvo uno que otro detalle, la dama más elegante y original de hoy, tiene que recurrir fatalmente a los elementos miserables del obscuro mundo primitivo: las plumas, las pieles, las cositas que brillan. No sólo no se ha conquistado nada, sino que se ha rebajado el valor de tales cosas. El valor de una piel está en la sangre que ha costado obtenerla. El amante primitivo que a costa de su vida conquistó la piel para adornar con ella a su amada, consagró el alto valor de ese adorno. Es bella la piel en los hombros de la muchacha, porque un hombre que la amaba se desangró para conseguírsela. Este es su valor — como el de una obra de arte cualquiera, que para ser tal debe dejar exhausto un corazón. Hoy no es la muchacha más amada la que luce la piel, sino aquella cuyo padre tiene más dinero. Y volveré a la tumba del Edén, sin comprender cómo sus amigas de usted, las que conocí y las otras, sienten tanto orgullo de lucir una piel que no la ha conquistado el varón que aman, sino que la han tenido que comprar muy caro al tendero, — y cómo ustedes, los hombres, no se mueren de vergüenza al sentirse orgullosos de que sus novias luzcan un adorno que ustedes mismos serían incapaces de obtener, y por el que otro hombre, joven como ustedes, buen mozo como ustedes, dió todo su brío viril en una cacería salvaje. — No soy yo, como usted ve, la persona destinada a... hacerlo feliz. Siga cazando abejas, y olvide todo el disgusto que puedo haberle ocasionado. Vuélvase un instante...

Todo esto le había hablado ella con su voz de Paraíso — y con su cabellera que la envolvía. Sonreía ahora, indicándome con la mano la media vuelta a dar. Pero yo seguía con la boca abierta sin querer hacer un movimiento, adorándola.

—¡No se vaya! — gemí. — No voy a cazar más abejas... Voy a cazar tigres, lo que usted quiera. ¡Pero no se vaya!

Ella me miró un poco de costado:

—¿Usted? ¿Usted, cazar tigres?... Usted es un cazador de historietas — y bastante aburridas, por lo demás... Pero le estoy agradecida, muy agradecida... Y si alguna vez me decidiera a volver por un tiempo a este... ¡Bueno! Dése por muy contento con lo que he dicho... Vuélvase, ahora. ¡En seguida!

Me volví, un segundo nada más. Y ya no estaba. ¡Evaporada, disuelta, diluída, para siempre jamás! Golpeé el ivapohí hasta la noche, llamándola por todos los nombres imaginables, y prometiéndole la piel de todos los animales existentes.

Y no me queda más que su retrato. Guardo la placa como un tesoro, pues es la única prueba que tengo de que todo aquello no fué más que una broma pesada de alguna miel de monte. Cuando mirándolo a los ojos sin decir una palabra, enseño la copia a un amigo, el amigo no se sorprende jamás de esa extraordinaria belleza.

—Muy lindo, — dice; — pero es una copia.

—¡Copia de qué! — respondo abrumado.

—De cualquier cuadro... Esas bellezas no existen.

Y así es, en efecto. Hace 6000 años que ha desaparecido. Pero yo he de morir con seguridad; y si a los muertos les es concedido reencarnar un día, tendré sumo cuidado de vigilar un ivapohí que conozco. Entonces estaré muy cerca de la señora Eva, cuando diga: *Y si alguna vez me decidiera a gustar de algún hombre... etc.*

DIBUJO DE ÁLVAREZ.

AL PONERSE EL SOL

Foto. de Ochkola

La gente chic fuma
cigarrillos

Reina Victoria

BIBLIOGRAFIA

MEMORIAS DE UN PORTÓN DE ESTANCIA, por Edmundo Wernicke.

[illegible] de estancia en una estancia, sino colocado en la vidriera de este o esotro comercio. También nuestra ignorancia absoluta de la [illegible] valor al elogio.

Porque ni la sugestión de una firma reco[illegible]

El portón de estancia es una nueva puerta que [illegible] tina. Sucesor de la legendaria tranquera, el [illegible] empleos a la vida nacional. Nadie presentaría título tan justo y tan claro para referir el entrevero de los viejos y de los moder[illegible]

Edmundo Wernicke ha concedido la pa[illegible] tura en un libro bien y delicadamente cortado en pequeños capítulos, como tientos que se trenzan para formar un lazo con el cual cautiva la atención del lector.

[illegible] sodios sencillos tomados del natural, que Wernicke relata con estilo fácil, referentes a tres generaciones de una familia hacendada. Es una historia gaucha que se adivina verídica, que interesa y conmueve.

Desde el nacimiento hasta la vejez inser[illegible] cosas dignas de ser leídas por extranjeros y [illegible] el peón inculto encontrarán emociones me[illegible]

[illegible] cercado por su buen alambrado de cinco hilos negros, postes a seis metros y varillas de alambre torcido. Con asistencia del alcalde del cuartel y sus tenientes, dióse rodeo general y salieron del campo seiscientos vacunos ajenos, más unos mil yeguarizos, [illegible] los animales que hizo depositar la autoridad por ser de marcas desconocidas — aparentemente — o cuyos dueños no se presentaron haciéndose los vivos para implorar más tarde a don Goyo o empeñar de la buena voluntad de don José los admitiera un tiempo más, pues no vino don Goyo como se esperaba, ni tampoco el hijo; pero las órdenes al mayordomo eran terminantes de no tolerar a los animales ajenos en el campo.

Al cerrar, a la tardecita, la última cuadra del cerco, rióse el vasco alambrador al recoger su herramienta y echar un vistazo de despedida a su obra:

Ya, [illegible], no vas a andar mas ¡no, no! campeando yegua todos los días; ahora trabajarás vos también un poquito más ¡sí, sí!

Ahora, busquen las «Memorias de un portón de estancia».

o o o

POEMAS MODERNOS Y EXÓTICOS, por Bartolomé Galíndez.

«Yo pagano y apóstata en el siglo Veinte...» «Yo vivía en tiempos de Mazarino...» «Yo que nací romántico bajo el sol de Verona...» «Yo que tengo del Inca salvajismo...» Ninguno de estos versos ni los demás que forman el primer tomo de versos dedicado al Excelentísimo señor Presidente de la República Argentina, doctor Hipólito Irigoyen, justifican la palabra «modernos» del título. El poeta Galíndez es pagano, infiel, abencerraje, árabe, indo... todo menos moderno. En las cuerdas de su lira se enredan mil épocas, a excepción de la actual. Por tal motivo, sus sonoras composiciones necesitan ser leídas y saboreadas con ayuda de un diccionario políglota.

o o o

EL MUCHACHO ESPAÑOL.—EL POEMA DE LA PAMPA, por José M.ª Salaverría.

El Indice de este nuevo libro de Salaverría señala el plan que el notable escritor desarrolla: El amor a la Patria. Las virtudes del ciudadano: La sinceridad: el amor: el deber: la voluntad. Los ejercicios físicos. La moral cívica. La hermosa España. Las empresas de España. Los héroes españoles: Pizarro. Los exploradores españoles. Las victorias modernas. Los soldados españolas. El amor a la independencia. La bandera. Tú eres la esperanza de Fspaña.

La prosa de Salaverría no necesita alabanza, ni su acendrado patriotismo. El maestro de las letras al convertirse en pedagogo ha conservado toda su fuerza persuasiva y toda la brillantez de concepción y de estilo. En su otra producción, «El poema de la pampa, Martín Fierro y el criollismo español», Salaverría hace también obra «pro Hispana patria». El poema de José Hernández que «en época bien moderna, en el año 1872 contiene todas las particularidades de las obras míticas y de los libros anónimos, populares», es «altamente excepcional y hondamente español» «y tiene para España acaso tanto valor como para la Argentina». Debe, pues, ser estudiado por los intelectuales de la península. A este fin propende Salaverría que se queja del «hecho triste, vergonzoso, de la separación intelectual entre España y sus hijas la repúblicas de América».

Si la segunda parte del buen libro hubiera sido dedicada a insertar el poema y su glosario, quedaría completo.

o o o

EL AÑO ARTÍSTICO (1917), por José Francés.

Desde 1915, José Francés (Silvio Lago) da a la imprenta, coleccionados en un volumen, los mejores estudios de crítica artística que escribe durante el año. De esa manera, hace un resumen del movimiento anual de las bellas artes en una obra llena de interés para los profesionales y los aficionados.

El tomo correspondiente a 1917, recién llegado a nuestras librerías, contiene hermosos trabajos y numerosas ilustraciones. Como José Francés posee verdadero espíritu crítico y vasta erudición, sus crónicas resultan verdaderas lecciones de técnica y de historia artísticas.

o o o

AUGUSTA.

Hemos recibido el primer número de esta exquisita revista de arte.

Los señores Van Riel y Rojas Silveyra ofrecen a nuestro mundo artístico un reflejo y un estímulo; conseguirán su doble propósito.

Deseamos a tan notable publicación larga y próspera existencia.

o o o

ORO Y PIEDRA (POESÍAS), por Ezequiel Martínez Estrada.

Este joven poeta es colaborador de Plvs Vltra. Toda alabanza entonada en su honor desde estas columnas parecería obedecer a móviles de buen compañerismo. Ya es un tácito elogio publicar sus versos en las mejores páginas de una revista que cuidamos celosamente.

Con las precedentes aclaraciones, con nuestros augurios de triunfo y la copia de una poesía de «Oro y piedra», que es una feliz síntesis de filosofía poética, damos por terminado nuestro cometido.

SUGESTIONES

Ni es mío cuanto soy
ni valgo lo que tengo.
Desde regiones misteriosas vengo
y hacia las sombras voy.

Soy lo que siempre fuí:
no seré, nunca, más.
Nada es el tiempo que duerme detrás
ni el que vela ante mí.

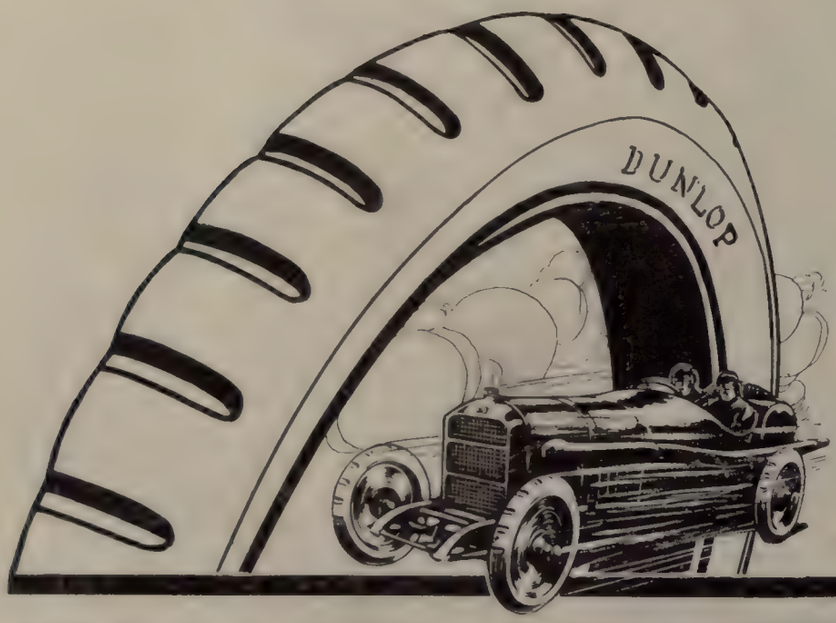
Sucesivos instantes
forman mi duración
vinculándome a estirpes que aun no son
y a otras que fueron antes.

Gentes desconocidas
van andando conmigo.
Todo lo llevo en mí y ella consigo.

Como yo son venidas
y como yo se irán
sin llegar a saber
por qué designio son sin querer ser
ni a qué vinieron ni por qué se van.

Aguas de Colonia
LE SANCY
Nora
Kendal
Duc
Destiladas sobre flores
DEBIDO A LA CARESTIA DE LOS EMBALAJES Y AL AUMENTO DE LAS TARIFAS DE TRANSPORTE, ESTOS PRECIOS RIGEN SOLAMENTE PARA LA CAPITAL. PARA EL INTERIOR SE AUMENTAN 0.20 CENTVS. LOS FRASCOS GRANDES TAMAÑO DE UN LITRO Y 0.10 CTS. LOS DEMAS.
Eau de Cologne Nora
Eau de Cologne Le Sancy
Duc
Kendal
Eau de Cologne Sancy
Eau de Cologne Sancy
«LE SANCY» SIMPLE
Ideal para el baño.
Frasco grande, $ 3.20
» medio, » 1.95
» cuarto, » 1.45
» chico.. » 0.45
«DUC»
Unica por su delicado aroma.
Frasco grande, $ 5.50
«NORA»
Extra fina.
Frasco grande.. $ 7.—
» medio.. » 4.30
Loción «LE SANCY»
De rica e inconfundible fragancia, pesos..... 2.65
«KENDAL»
Exquisita y suave.
Frasco grande, pesos..... 5.50
Loción..... $ 3.30
PÍDALAS EN FARMACIAS Y PERFUMERÍAS
«LE SANCY» AMBREE
Deliciosa para el tocador.
Frasco grande..... $ 5.30
» medio..... » 3.10
» cuarto..... » 1.90
BLAS L. DUBARRY
MEDRANO, 476. — BUENOS AIRES

PNEUMÁTICOS DUNLOP



CALIDAD EXCEPCIONAL
DURACIÓN MÁXIMA

NUEVO DOMICILIO:
1299, VIAMONTE, 1299
Unión Telefónica, 6301, Juncal

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO
(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

CUIDESE DE LAS IMITACIONES. NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

CASA BISH
ESMERALDA, 81
Unión Telefónica, Avenida, 1470

BOLSITAS PARA SEÑORAS
CARTERAS PARA CABALLEROS
CARPETAS DE ESCRITORIO
SURTIDOS EN CIGARRERAS
ESPECIALIDAD EN MONOGRAMAS, DE PLATA Y ORO

SE HACEN TODA CLASE DE ENCARGOS Y COMPOSTURAS.

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA
MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"

Apreciada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construidos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de [illegible] es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estetica, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con [illegible] CHACON.

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

[illegible] CONDICIONES, CATALOGO E INFORME GRATIS, A QUIEN LOS SOLICITE.

$ 6.800 [illegible] pintura,

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1567, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.	m/n
Semestre (6 »)	» 6.	»
Año (12 »)	» 11.	»
Número suelto	» 1.—	»

EXTERIOR

Año	$ oro 5.
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

GABINETE DE LACA CON PEDESTAL DE ROBLE Y ORO VIEJO,
elevado exponente del valer del Departamento de Antigüedades.

FLORIDA 833 Thompson Muebles Ltda. Buenos Aires

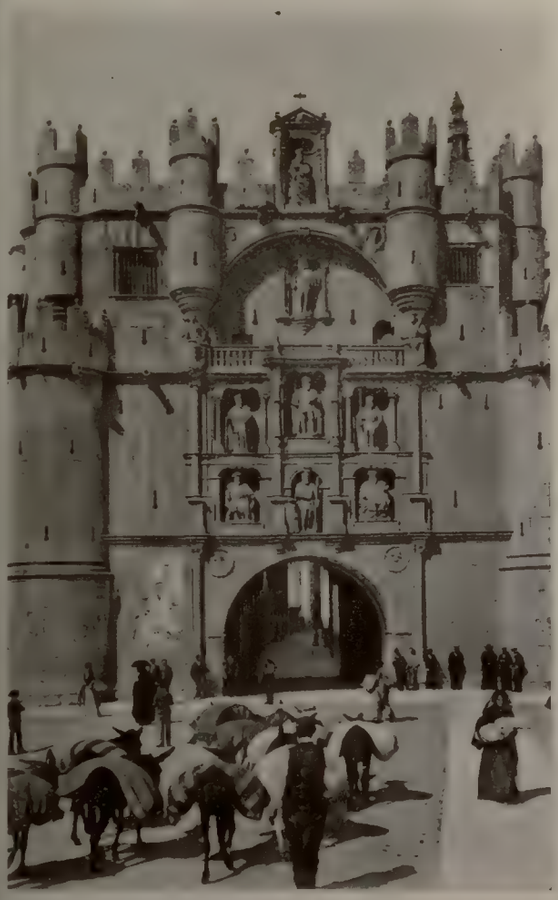
Buenos Aires, junio de 1918.

Talleres gráficos de Caras y Caretas

EN LA HAMACA

ÓLEO DE CESÁREO BERNALDO DE QUIRÓS.

DE LA HISTORIA DE DOS MONUMENTOS



BURGOS: ARCO DE SANTA MARÍA

Además de enseñanzas deleitosas, los monumentos antiguos ofrecen lecciones útiles. Por eso, es digno de conocerse cómo la ciudad de Burgos erigió en 1540 el Arco de Santa María, y cómo el vecindario de Alan supo defender la puerta de su Obispado.

Cuando Carlos V de Alemania inició con el nombre de Carlos I, la lucha contra la democracia española, representada por los comuneros, Burgos, vencida y temerosa, quiso ganarse las benevolencias del tirano. Para ello edificó el Arco de Santa María, en cuya fachada puso las estatuas del Cid, Fernán González, Nuño Rasura, Diego Porcelos, Laín Calvo y el victorioso emperador. Arco de triunfo y altar a los héroes castellanos, símbolo de gloria y vencimiento es esa hermosa construcción. Sin embargo, puede notarse que el espíritu noble y firme del pueblo burgalés dió poca altura y suntuosidad al verdadero arco, es decir, a ese túnel por donde pasaría el vencedor. Quitad las estatuas y las torres al monumento y ese túnel parecerá más bien puerta de prisión.

En cambio la artística puerta del obispado de Alan, obra del siglo XV, trae a la memoria un triunfo democrático conseguido en 1912.

Uno de esos anticuarios que quieren lucrarse a costa de las reliquias de su patria, adquirió la gótica portada, decidiendo deshacerla con el fin de venderla no se sabe dónde. Amotinóse el vecindario y la joya fué salvada.

PORTADA DEL PALACIO EPISCOPAL DE ALAN (FRANCIA)

CONCURSO
Chocolate Productora Americana

150 Premios — $ 1500 en efectivo

Desde la fecha hasta el día 30 de septiembre próximo, a las 5 p. m., en que se considerará clausurado, se organiza este concurso entre los consumidores del excelente CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA, de acuerdo con las siguientes

BASES

1.ª — Se trata de escribir la mayor cantidad de veces la frase completa **CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA**, empleando para ello los cupones especiales que contienen todos los paquetes de chocolate que salen de nuestra fábrica.

2.ª — La frase **CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA** deberá escribirse a mano, con tinta, letra legible a simple vista, sin raspaduras, omisiones ni enmiendas.

3.ª — Cada persona podrá remitir todas las soluciones que desee, pero sólo puede optar a un premio.

4.ª — Al hacer el cómputo, sólo se tomarán en cuenta las frases completas.

5.ª — La adjudicación de los premios estará a cargo del señor Escribano Público, Fernando G. del Río, Rivadavia, 714, cuyo fallo será inapelable.

6.ª — Los premios se adjudicarán por orden de clasificación (primero, segundo, tercero, etc.), a las personas que remitan las mejores soluciones. Si dos o más concurrentes coincidieran en la cantidad de frases escritas, se adjudicará el premio al que haya remitido mayor cantidad de soluciones, pasando los demás a disputar los premios subsiguientes.

Se establecen los siguientes:

PREMIOS

Un	1er.	premio de	$ 1.000 en efectivo
Un	2.º	,, de	$ 500 ,, ,,
Un	3er.	,,	un reloj oro, para señora
Un	4.º	,,	una máquina de coser
Tres	5.º	,,	un violín Stradivarius
Tres	6.º	,,	un grafófono, con 6 discos
Dos	7.º	,,	una máquina fotográfica
Cinco	8.º	,,	una linterna mágica
Un	9.º	,,	un triciclo
Cinco	10.º	,,	un reloj cincelado
Cinco	11.º	,,	tren completo
Dos	12.º	,,	un par patines
Diez	13.º	,,	una muñeca irrompible
Diez	14.º	,,	guitarras para niño
Cinco	15.º	,,	aeroplanos mecánicos
Cinco	16.º	,,	despertador
Setenta	17.º	,,	cajas bombones
Cinco	18.º	,,	juego muebles p. muñeca
Diez	19.º	,,	teatro completo

Total: Ciento cincuenta premios.

Las soluciones deben remitirse a las oficinas centrales de

La Productora Americana — Rivadavia, 620 — Buenos Aires

Julio 1.º de 1918. **E. PARODI & Cía.**

M O D A S

SOMBRERO EN TUL DE ILUSIÓN, BLUE MARIN, VINCHA DE FLORES VIEUX ROSE, ECHARPE DEL MISMO TUL, MODELO DE LA MAISON MARIA GUY.

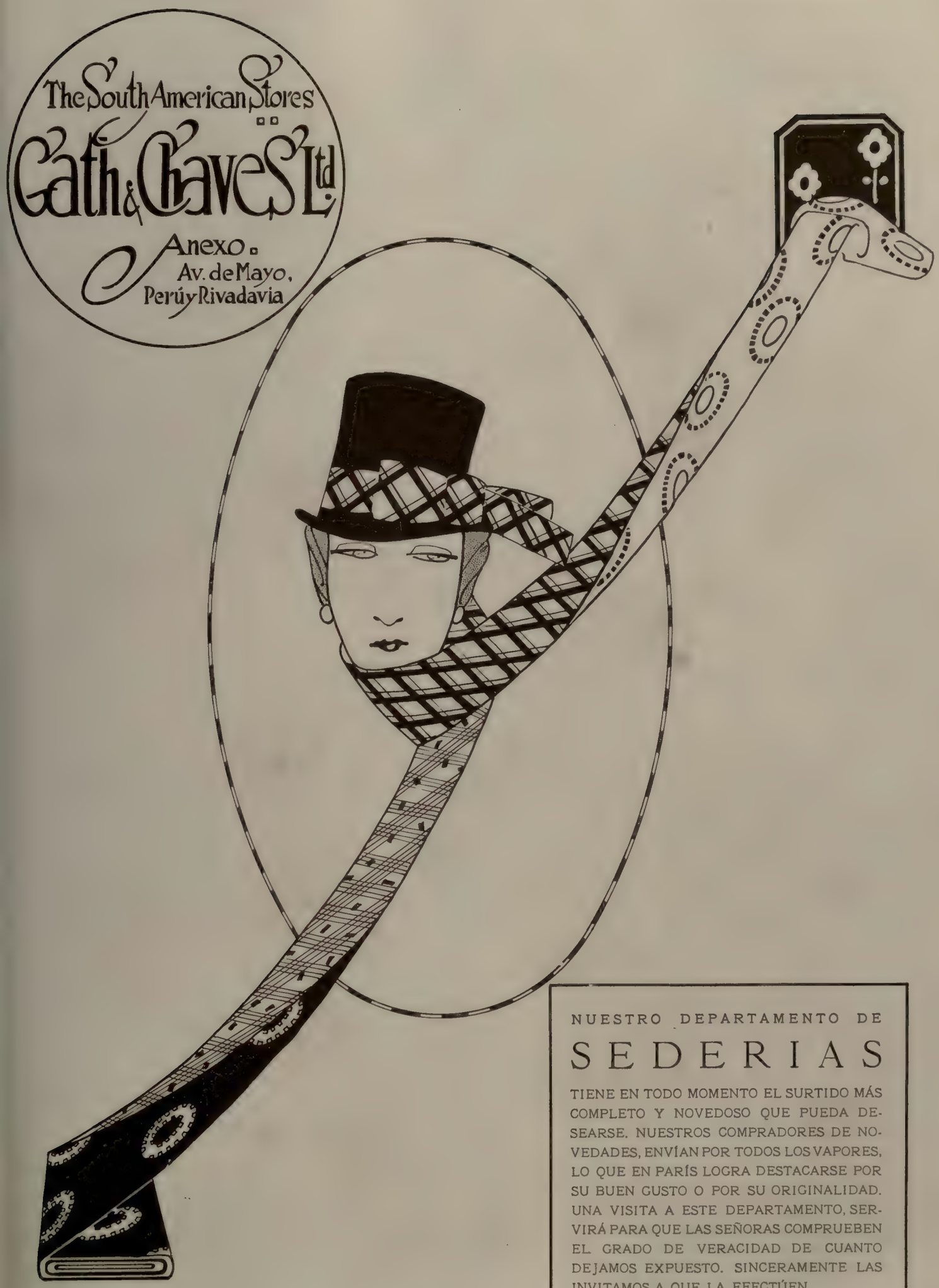
SOMBRERO EN SATÍN WINDSOR NEGRO, ADORNADO DE AVE DEL PARAÍSO, MODELO DE LA MAISON REBOUX.

MAPLE y Cía

MUEBLES Y DECORACIONES

LA COLECCION INSUPERABLE DE MUEBLES FINOS DE LOS ESTILOS CLASICOS, MERECE LA VISITA DE TODOS LOS CONNOISSEURS

658, SUIPACHA



NUESTRO DEPARTAMENTO DE

SEDERIAS

TIENE EN TODO MOMENTO EL SURTIDO MÁS COMPLETO Y NOVEDOSO QUE PUEDA DESEARSE. NUESTROS COMPRADORES DE NOVEDADES, ENVÍAN POR TODOS LOS VAPORES, LO QUE EN PARÍS LOGRA DESTACARSE POR SU BUEN GUSTO O POR SU ORIGINALIDAD. UNA VISITA A ESTE DEPARTAMENTO, SERVIRÁ PARA QUE LAS SEÑORAS COMPRUEBEN EL GRADO DE VERACIDAD DE CUANTO DEJAMOS EXPUESTO. SINCERAMENTE LAS INVITAMOS A QUE LA EFECTÚEN.

M O D A S

PETIT CHAPEAU EN PAJA LISERET NEGRE, ADORNO DE VIOLETAS CUBIERTAS DE TUL DE ILUSIÓN, MODELO DE LA CASA GEORGETTE.

CLOCHE EN SATÍN WINDSOR NEGRO, COPA DRAPPÉ, ADORNO DE AIGRETTES EN EL ALA, MODELO DE LA CASA LEWIS.

CANCIONES NACIONALES

ROBERTO FIRPO.

POR LOS MÁS POPULARES ARTISTAS ARGENTINOS

BAILES MODERNOS

SOLO SE HALLAN EN LOS NUEVOS DISCOS IMPRESIONADOS

GARDEL - RAZZANO.

EXCLUSIVAMENTE PARA LA CASA MAX GLUCKSMANN

ORQUESTA: ROBERTO FIRPO

DISCOS DOBLES, R. FIRPO, DE 25 CTMS., A $ 2.50 M/N C/U.

565 a) VIVA EL AMOR, Tango (Buxton)
b) RE FA SI, Tango (Delfino)

573 a) TIERRA NEGRA, Tango (Noli-De Leone)
b) LOS MILONGUEROS, Tango (A. D. Jones)

574 a) MI NOCHE TRISTE. Tango (S. Castriota)
b) REPELUZ. Tango (De Leone)

MAX GLUCKSMANN

CASA CENTRAL: CALLAO ESQUINA BARTOLOMÉ MITRE

LOLA MEMBRIVES

DISCOS DOBLES, L. MEMBRIVES, DE 25 CTMS., A $ 3.— C/U.

10415 a) CUALQUIERA ME TOSE A MI. Canción
b) VER VENIR UNA TORMENTA. Canción

10813 a) FLOR DE THÉ. Canción Sentimental
b) MALA ENTRAÑA. (*Serranillo*). Canción

COMPRE UNA KODAK

LA MÁQUINA IDEAL PARA AFICIONADOS

SU SENCILLO MANEJO Y LAS MANIPULACIONES FOTOGRAFICAS, SE LAS ENSEÑARÁ NUESTROS TÉCNICOS.

UTILICE NUESTROS PAPELES, PLACAS Y DROGAS Y PODRÁ COMPROBAR SU INCUESTIONABLE SUPERIORIDAD.

REVELACIONES E IMPRESIONES EN 6 HORAS

DUO GARDEL RAZZANO

DISCOS DOBLES, GARDEL-RAZZANO, DE 25 CTMS., A $ 2.75 C/U.

18011 a) TE ACORDÁS. Dúo (G. R. Galindez)
b) LO QUE FUÍ. Estilo (Gardel Razzano) Solo por (C. Gardel)

18013 a) AY... AY... AY. Dúo (P. Freire)
b) MI MADRE. Canción (Gardel Razzano). Solo por (C. Gardel)

SOLICITEN EL NUEVO CATALOGO DE DISCOS NUM. 8.

SUCURSAL:
FLORIDA ESQ. LAVALLE

SUCURSAL EN ROSARIO: CÓRDOBA, 1048/52.
SUCURSAL EN MONTEVIDEO: 18 DE JULIO, 966.

La mujer que reune mayores atractivos, no es la más elegante ni la que más se compone.

Si bien es cierto que la elegancia femenina y el cuidado que en el tocador se emplea, contribuyen a realzar la belleza, se necesitan otras cosas para que pueda decirse de una mujer que es atrayente y bella.
La alegría y brillantez de la mirada, la perfección de líneas, la expresión de franca y saludable vivacidad del rostro, son atractivos que no se encuentran en el tocador ni en las exageraciones de la moda. Son atractivos que constituyen el patrimonio de la mujer que no sufre físicamente, de la mujer con el sistema nervioso perfectamente equilibrado.

IPERBIOTINA MALESCI

al evitar los sufrimientos femeninos, regularizando el funcionamiento de todos los órganos vitales y equilibrando el sistema nervioso, es el factor más importante en la conservación de la juventud y la belleza.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador para Sud y Centro América

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871.— Buenos Aires

La moda tiene en **Harrods** *el más acertado intérprete, por el sello de distinción que da a sus modelos y la insuperable calidad de todas sus creaciones.*

4968.—ELEGANTE VESTIDO en rica clase, de sarga de colores, pollera tableada y cuello con bordado y sobre cuello de seda..... $ 45.—

BOLERITO muy chic, copa souple, en fino terciopelo negro, borde de lana blanca..... $ 18.50

3925. TRAJE SASTRE muy elegante, en rica clase de bardina, colores de moda, saco largo. Medio forro de seda... $ 95.—

MUY GRACIOSA BOÍNA de fieltro souple, color azul marino. $ 18.50

1921.—TAPADO MUY MOderno, en buena clase de Velour de lana, colores de moda, cuello para usar abierto o cerrado. Medio forro de seda..... $ 110.—

SOMBRERITO de fieltro souple, color beige a..... $ 18.50

8502.—VESTIDO MUY ELEGANTE, en rica clase de sarga azul marino, adornado con bordado en seda y mostacilla. Medio forro de pongé..... $ 110.—

ELEGANTE SOMBRERO de satín negro a..... $ 25.—

Harrods FLORIDA 877 PARAGUAY 554

Nº 27 Año III

Plus Ultra

Julio 1918

DE LA HISTORIA

VELADA PATRIÓICTA

GOUACHE DE ALONSO.

LOS OLIVOS

A JUAN SUREDA

Los olivos que tu Pilar pintó, son ciertos.
Son paganos, cristianos y modernos olivos,
que guardan los secretos deseos de los muertos
con gestos, voluntades y ademanes de vivos.

Se han juntado a la tierra, porque es carne de tierra
su carne; y tienen brazos y tienen vientre y boca
que lucha por decir el enigma que encierra
su ademán vegetal o su querer de roca.

En los Getsemanies que en la isla de oro
fingen en torturada pasividad eterna
se ve una muchedumbre que haya escuchado un coro
o que acaba de hollar l'agua de una cisterna.

Ni Gustavo Doré miró estas maravillas,
ni se puede pintar como Aurora Dupín
con incomodidad, con prosa y con rencillas
lo que bien comprendía el divino Chopín...

Los olivos que están aquí son los olivos
que desde las pristinas estaciones están
y que vieron danzar los faunos y los chivos
que seguían el movimiento que dió Pan.

Los olivos que están aquí, los ejercicios
vieron de los que daban la muerte con las piedras,
y miraron pasar los cortejos fenicios
como nupcias romanas coronadas de hiedras.

Mas sobre toda aquesa usual arqueología
Vosotros, cuyo tronco y cuyas ramas son
hechos de la sonora y divina armonía
que puso en vuestro torno Publio Ovidio Nasson.

No hay religión o las hay todas por vosotros.
Las Américas rojas y las Asias distantes
llevan sus dioses en los tropeles de potros
o las rituales caminatas de elefantes.

que buscando lo angosto de la eterna esperanza,
nos ofrece el naciente de una inmediata aurora,
con lo que todo quiere y lo que nada alcanza,
que es la fe y la esperanza y lo que nada implora.

Rubén Darío

Así cantó Rubén Darío frente a los cuadros de doña Pilar Montaner de Sureda. A tal punto llegó a interesarle la interpretación que da a los olivos esta mujer excepcional, que su pensamiento fué hacer un largo poema que se editaría en un volumen especial, al que sirvieran de ilustración sus cuadros. La muerte, la implacable, dejó trunco este proyecto del que, como portentosas columnas que dan idea del edificio que iban a sustentar, nos quedan algunas estrofas como éstas que transcribimos.

El que no haya estado en Mallorca, no puede comprender la emoción de estos árboles que cubren las montañas y crecen hasta entre las rocas.

Sus troncos, nos obsesionan bien pronto, como si fueran genios del bosque que han adoptado estas formas tan extrañas, estas retorcidas actitudes inverosímiles. Y pensamos, con una mezcla de curiosidad y temor, que por las noches recobrarán su verdadera individualidad y el bosque hospedará a todos sus inquilinos fantásticos. Si algún pino encontramos en el camino, nos hace el efecto de una hembra, de talle esbelto y alto, y que están aquí junto a ella los machos cabríos de los olivos, retorcidos de lujuria por su presencia inviolada. Por eso, a cada paso, vamos intimando con el arte de doña Pilar, como familiarmente la llaman todos en Valldemosa.

Pinta los olivos con una pasión que raya en la locura, febril por arrancar su secreto a la naturaleza inimitable; y no es que sólo pinte olivos, sino que esta parte de su obra es acaso la más interesante, pues nos descubre un gran espíritu de recóndita inspiración, que sabe crear y ver la naturaleza de una manera personal.

Toda su obra revela un alma lírica, encantada ante el deslumbramiento de colores de la Isla maravillosa. Su cuadro de la catedral, nos dice su fina visión, la poesía de su manera de mirar; este estupendo monumento gótico, tan grácil y a la par tan majestuoso, se nos figura una palma sobre el verde del mar...

En su arte podemos notar sus predilecciones artísticas entre Goya, el genial visionario, y los impresionistas franceses.

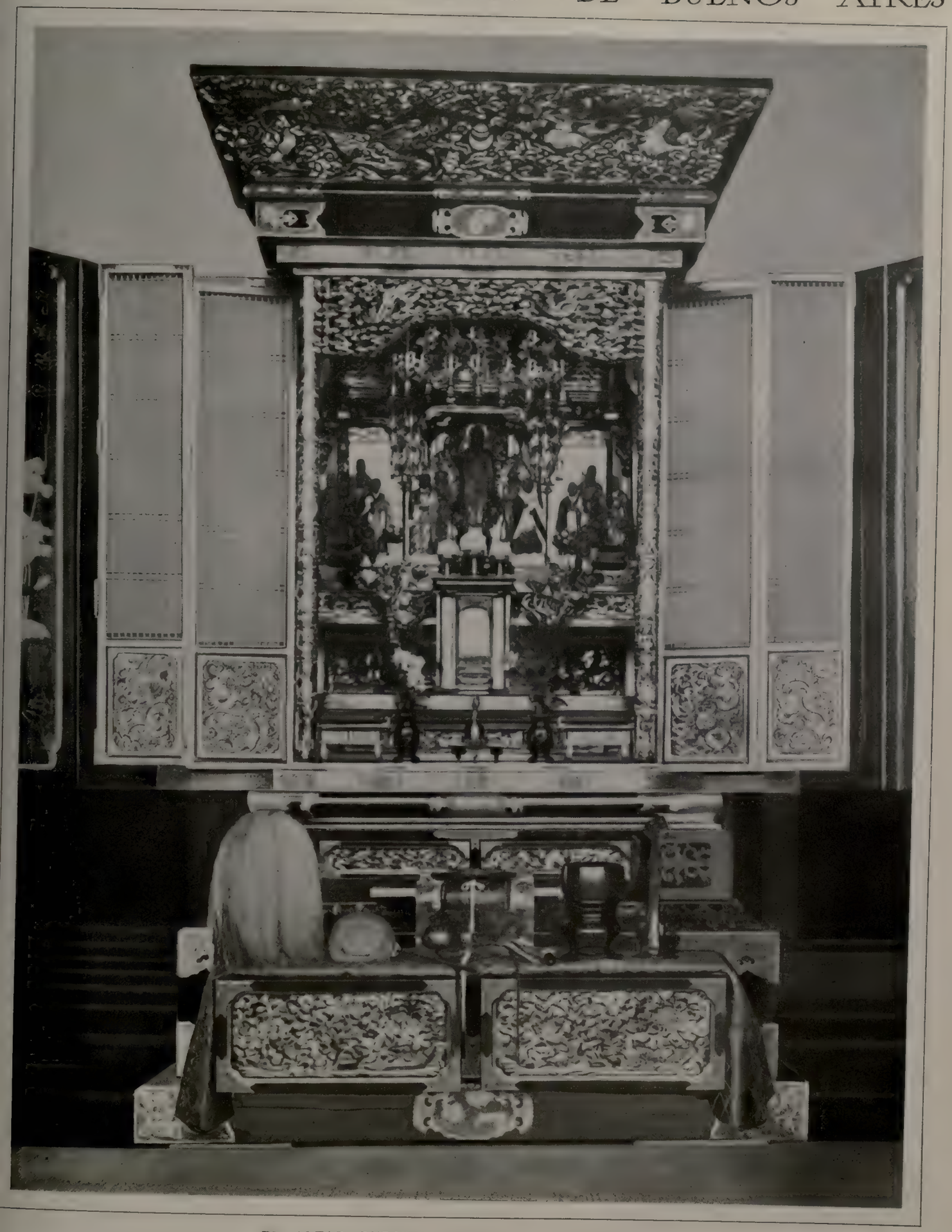
Muchos han sido los pintores tentados por las bellezas de Mallorca, que se han detenido en ella para fijar en el lienzo sus impresiones del paisaje; muy pocos son los que han acertado con una impresión exacta. La naturaleza no es amante que se entrega al primero que pasa, por muy grande que sea su amor.

Esta mujer, que ha vivido hasta ahora toda su vida en la Isla, ausentándose sólo en viajes de estudios, le ha prestado su amor día por día, ha conseguido arrancarle los secretos de su alma, — alma acaso más difícil de interpretar que la humana.

Ajustándose a una escrupulosa honradez artística, ha dejado pasar los años en un trabajo de constante depuración, hasta lograr la plenitud que hoy admiramos en ella.

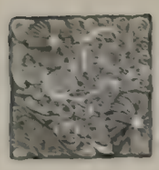
Mallorca, abril, 1918. VALENTÍN DE PEDRO.

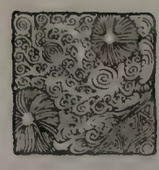
DEL MUSEO ETNOGRÁFICO DE BUENOS AIRES



EL ALTAR BUDISTA DE LA SECTA SHIN-SHÚ.

Las más puras interpretaciones del arte decora-
vo japonés, responden generalmente a la idea
eligiosa; el loto, flor sagrada por excelencia; los
ragones imaginarios; las escenas donde la pureza
iunfante, representada por la primavera, vence
los genios del mal, que simbolizan las fuerzas destructoras; todos estos motivos, alternados con las prodigiosas ornamentaciones del Oriente, se basan en la exaltación de la divinidad suprema, y sobre todo, en la interpretación de la naturaleza simbolizada. Así lo vemos en el altar budista de la secta «Shin-Shú», que se conserva en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Verdadera obra de arte en su género, llama doblemente la atención por pertenecer a uno de los más fastuosos cultos religiosos de Asia. La coronación, esmaltada de oro, copia un cielo con sus nubes polícromas, sirviendo de fondo a dos tenantes que sostienen la





LA PEQUEÑA FIGURA DE BUDA. A SUS COSTADOS, SEISHI-BOSATSU, DIOSA DE LA FUERZA INTELECTUAL, Y KOUANNON-BOSATSU, DIOSA DE LA CARIDAD Y DE LA GRACIA. A IZQUIERDA Y DERECHA DEL GRUPO SE VEN LAS IMAGENES DE ANAN Y MOKUREN, DISCÍPULOS PREDILECTOS DE BUDA.

IMAGEN REPRESENTATIVA DEL FUEGO.

esmeralda milagrosa de Tama, joya de la felicidad.

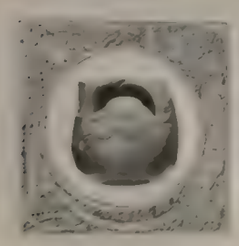
Exteriormente, el altar es de laca negra. Un tenue tejido de gasa vela las divinidades del culto, cuyas actitudes responden al pensamiento místico de la contemplación y del éxtasis. Grandes plantas de loto, adornando las tablas protectoras, elevan al cielo su inmaculada flor que simboliza la juventud resplandeciente; alternando con la decoración de las nubes, luce un frente calado donde se transparenta el infinito celeste, lleno de celestes aromas. Toda la ornamentación anuncia a la India.

Dentro del camarín, hay pequeñas lámparas de bronce; copas bruñidas para la ofrenda del arroz; sahumerios y tibores de sándalo. En el centro, adornada con ramos de botán, la más bella flor japonesa, el sagrario llamado Yhai contiene la tabla donde se inscribe el nombre de los difuntos y que se venera como el espíritu de la muerte.

A derecha e izquierda del grupo principal, álzanse las emblemáticas figuras de Anan y Mokuren, discípulos predilectos de Buda; junto a estas imágenes están las de seis monjes divinizados, como fundadores de las distintas sectas búdicas del Japón.

Al altar acompaña un asiento de madera roja, para el sacerdote oficiante, y varios objetos usados en las liturgias. Uno de ellos, el más antiguo, lleva inscripciones en carácter Ten-sho donde se hace alusión a la placidez del justo, comparándola con la música melodiosa del arpa, oída en un bosque de bambúes y acompañada por el suave ruído de las hojas.

En preciosas cajas de madera, con el sello imperial grabado sobre negro, guárdanse viejos textos escritos en japonés, que relatan la naturaleza de Buda y las descripciones de su reino de Sukhavati; la colección de himnos compuestos por el fundador Shin-ran a principios del siglo XIII y las epístolas de Rennu-yo, reformador de la secta Shin-Shú.



Ocupando la hornacina del camarín, entre esbeltos tallos de loto artificial, como nacidos en un fondo de limo negro, la sagrada imagen de Buda yérguese majestuosa y solemne, rodeada de sus dos principales emanaciones o Bodisattwas: Kouannon, diosa de la caridad y de la gracia, y Seishi, diosa de la fuerza intelectual.

TAISHI SHOTOKU, GRAN PROTECTOR DEL BUDISMO.

KOBO DAI-SHI, FUNDADOR DE LA SECTA SHIN-GON.

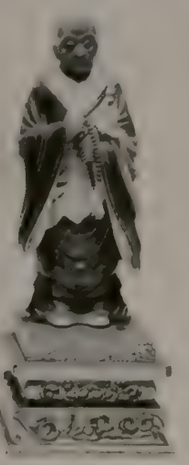
GEN-KU O HO-NEN FUNDADOR DE LA SECTA YODO.

Buda, el fundador de la secta brahmánica de su nombre, era un magnate indú que abandonó su poderío para consagrarse a la vida ascética, propagando el culto de la fraternidad humana por las ciudades de la India. Según textos sanscritos, nació en el siglo IV antes de Jesucristo, en la capital de un pequeño dominio situado al sur del territorio de Népal, junto al Himalaya. Hijo primogénito de un rey perteneciente a la casta militar de los Kchatrias, descendía del santo fakir Gautama, excelso cantor de las primitivas epopeyas heroicas. A los doscientos años de su muerte, fué considerado como el dios supremo, el creador de todas las gracias.

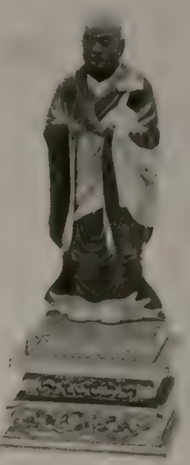
El culto de Brahma, al irse transformando en el sentido de divinizar a los hombres superiores, dió margen a las numerosas sectas que dividieron el dogma de los Arios. Apoyándose en la famosa teoría de la metempsícosis, Buda creó su doctrina filosófico-religiosa, que se fué extendiendo por todos los países asiáticos hasta vencer momentáneamente las enseñanzas del brahmanismo, el cual resistió la lucha de creencias, excitando el espíritu voluptuoso de las razas indúes. Legiones de misioneros predicaron la nueva religión en Persia y en los territorios centrales. Zeilán le proporcionó numerosos adeptos. De la China, donde había sido implantada bajo la protección del emperador Ahi-li, pasó al Japón, siendo difundida por el príncipe Taishi, hijo del emperador Yo-mei, que había consagrado su vida a la propagación de la secta.

Las religiones orientales, se basaron en un politeísmo hasta cierto punto aparente. Según este principio, en la unidad de Dios, centro del Universo, irradiaban todas las divinidades que representan la naturaleza creadora. Tales representaciones divinas ejercían su poder en la tierra y en el cielo. Ellas formaban el gran Todo, de donde emanan y a donde van a parar las cosas existentes y por existir. Para poder reincorporarse al Dios Supremo, los creyentes renunciaban a los goces del mundo, consagrándose a la santidad y al quietismo, por cuyo medio el pueblo creía reintegrarse en lo infinito de la Nada, salvándose de una tercera existencia.

SHIN-RAN, FUNDADOR DE LA SECTA SHIN-SHU.



NICHIREN, FUNDADOR DE LA SECTA ZEN-SHU.



EL FUNDADOR DE LA SECTA DE NI-CHI-REN.

En general, estas mismas ideas fueron difundidas en el Japón por los misioneros y más tarde por los reformadores Budistas, llegándose a conservar como fundamentales en la secta japonesa que nos ocupa.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

PROPIEDAD DEL SEÑOR ROBERTO SOTO MALDONADO.

UN HERALDO

ÓLEO DE J. MORENO CARBONERO

Nevando

Estoy junto a la puerta
de mi modesta habitación de estudio,
irreverente, dando las espaldas
a los estantes de alineados libros...

Sólo un retazo de jardín al frente...

Llenas algunas plantas de botones,
pletóricas de savia, exuberantes,
parecen indicar que en el Invierno
hay otra primavera entre las flores.

La negra tierra, prepotente, opone
a las desolaciones de los fríos
el vigor de su entraña fecundante.
Y medrosos, alzando los terrones
cual si espiaran detrás de una ventana,
asoman los retoños de las fresias,
irresolutas de arriesgarse mucho.

La lluvia cae, cargosa, persistente,
—látigos de cristal sus mil correas,—
azotando las hojas que se inclinan
en una interminable reverencia...

Miro un terrón, donde se oculta un tallo:
pausada, lentamente se deslíe,
y el charco que circunda aquel renuevo
es minúsculo lago de aguas turbias...

Y estoy junto a mi puerta,
irreverente, dando las espaldas
a los estantes de alineados libros,
pero frente a otro libro incomprensible,
con un interrogante siempre abierto!...

Una flabelación... Se inicia el viento,
y se siente más frío...
Después, de vez en cuando, algunas copos
de indecisas espumas...

¡Y la nieve no cesa: sigue lenta,
terriblemente lenta!...

He cerrado mi puerta,
y apoyado la frente en los cristales,
nostálgico de sol...
Lejos, las ramas
que se agitan de un sauce, se me antojan
otras tantas banderas que flamearan...

¡Y me parece oir por todos lados
el suspiro de débiles y enfermos!...
¡Invierno, que te ensañas con los viejos
y los llenas de angustia!

.....

En blanquísimos copos cae la nieve,
cual si sobre mi patio revolaran
garzas muy blancas
y perdieran plumas...

Rodolfo Fausto Rodríguez.

Junio 22

DIBUJO DE RIAMBAU.

La loquita

DIBUJO DE

POR BENITO LINCH

PELAEZ

...El capitán, espantando, con un ademán de su mano gruesa y curtida, el enjambre de moscas que pugnaban por posarse en el vaso, prosiguió así su relato:

«Bueno, entonces, como le decía, viendo yo que la fragata quería ponerse al habla, porque comenzaba a «bracear» sus aparejos del «medio y de mesana», «agarro» y hago lo mismo. La «Medea» era un gran barco, señor, y con aquel «largo fresco» llevaba una famosa «arrancada», de modo que con verdadero fastidio tuve todavía que mandar «bracear» los tres aparejos por barlovento, para conseguir detenerla. No es que uno sea un desconsiderado, pero yo quisiera verlo a usted cuando va navegando lo más tranquilo con un viento de bendición por esos mares y «agarran» y lo obligan de pronto, las más veces por una «sonsería», a descomponer toda la orientación de su velámen, y lo que es peor a «cargar» los sobres y los juanetes, para no quebrar un mastelero. Me puse «en facha», como decía, y tomé la bocina.

«—¡Oh, de la fragata! —gritaron.

«—¡Oh, de la fragata!

«—¿Para dónde?

«—«Medea» de Stokolmo, con abeto de Noruega para el Callao. Treinta y siete días de viaje, sin novedad a bordo, y ¿ustedes?

«—«Royal Star», de Panamá para Plymouth. Vamos a arriar un bote, ¡espérense!

«Yo entonces, incomodado, «agarré» y me puse a gritar como un demonio:

«—¡Qué cuerno! ¡Digan lo que precisan, que el viento está muy fresco para charlar ahora y no pienso rendir la arboladura!

«—¡Vamos a bordo! ¡Vamos a bordo! —contestaron, y vi en seguida como empezaban a arriar una embarcación por sotavento.

«—¡Diablo! ¿Qué será eso? —Y mi timonel, un noruego más serio que un mascarón y más callado que un pescado, me contestó encogiéndose de hombros:

«—¿Y? Será algo...

«Como la arboladura crujía que daba miedo, tuve todavía que arriar un poco las gavias y cargar las mayores. La «Medea» retrocedía así, muy poquito, contrarrestada la «arribada» de la proa por la orzada de la popa, pero yo me sentía cada vez más rabioso:

«—¡Apúrense! —les gritaba. —Apúrense o me meto «en viento» en seguida. ¡No quiero hacer avería por ustedes!

«Cuando atracaron a la escalera, me asomé al portalón:

«—¡Hola! ¿Qué hay?

«—Nada; esta muchacha, —dijo un mulato, que después resultó ser el segundo de a bordo, indicándome un bulto, o más bien dicho, el bulto de una persona que, envuelta en un manto negro, se sentaba agobiada en la bancada de proa. —Esta muchacha, amigo...

«—¿Una muchacha? ¿Y qué flauta tengo que hacer yo con su muchacha? —grité fuera de mí. —¡Abranse, hombre! ¡Y ustedes listos a la maniobra!

«Pero el mulato me interpeló muy serio, agarrado a la escalera con sus dos manos:

«—Vea, amigo, escúcheme y no sea bruto... Se trata de esto: A los seis días de haber salido de Valparaíso, en donde entramos el treinta de arribada forzosa por tener fuego a bordo, nos hemos encontrado escondida en la estiba y medio muerta de hambre a esta muchacha, a esta chica que no sabemos de dónde habrá salido, pero que, sin duda, se ha embarcado allí... No habla una palabra...

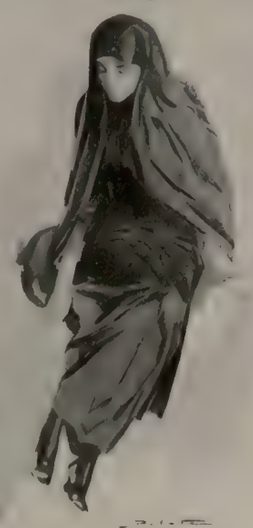
«Como usted comprenderá, ahí no más «agarré» y volví a enojarme de nuevo:

«—Pero, quiere decirme, ¿qué reverendísimo cuerno tengo que hacer yo con que su muchacha se le haya metido por donde se le haya metido?

«—Oigame, óigame, amigo, —prosiguió el mulato; —óigame con calma. Nosotros hemos visto que no se trata de una cualquiera, sino de una persona bien. Se nos ocurre que es alguna criatura que, falta de razón, se ha escapado de su casa. Viera qué sortijas tiene en los dedos y qué pendientes...

«—Bueno; todo está muy bien; pero, ¿qué diablos tengo yo que hacer con ella? ¿Qué cuerno, qué sagradísimo cuerno? ¿Quiere decirme?

«—Oigame, óigame... Nosotros hemos pensado, el capitán ha pensado, que era obra de caridad, obra de deber, mejor dicho, no llevarla más lejos, y que cualquier buque de los que siguen la costa para el Norte y toquen Valparaíso podía hacerse cargo de ella y volverla a su familia... Vea, es muda; no dice, ni por un diablo, una palabra. —Y al decir esto, el mulato «agarró» y le descubrió la cara que tenía cubierta con un manto de esos que usan las chilenas... Y, viera usted, amigo, ¡qué ojos! ¡qué mirada! ¡Bendito sea Dios! Diez y nueve años llevo navegando desde entonces y no he podido olvidarlos ni un minuto. Unos ojos tristes, amigo, unos ojos grandes así, como patacones y negros, más negros que una noche de invierno en el Estrecho...



«Apenas el mulato la dejó libre, ella volvió a ocultar la cara entre los pliegues de su manto y vi que lloraba.

«—Ahí tiene usted, —dijo el hombre,— es lo único que sabe, llorar y llorar; pero no larga una palabra...

«—Bueno, —dije entonces con mal humor, —súbanla a bordo; pero les prevengo que yo no toco en Valparaíso...

«El mulato se rió:

«—Ya lo sé; pero no importa, en cualquier parte donde la desembarquen, siempre la dejarán más cerca que nosotros, que vamos a Plymouth.

«—Bueno; ¡hala!

«Con mil trabajos la subieron a bordo. Estaba en un estado de debilidad extrema y ocultaba el rostro con verdadera obstinación. Apenas la dejaron sobre cubierta fué y se sentó hecha una bola sobre la borda de la falúa que llevábamos trincada al pie de la mesana, y no quiso responder ni con un gesto a las palabras de despedida del mulato.

«—No ve, —me dijo éste, —así todo el viaje; al principio no quería comer, ni nada... Debe estar loca la pobrecita criatura.

«Como eso de poner «en viento» un barco del porte de la «Medea» que se tiene «facheando» con sus tres aparejos, no es cosa de «juguetería», necesité un buen rato para desocuparme y poder volver a la chica. Arriba se había «rifado» el sobre de trinquete y había una porción de escotines y cargaderas enredados; pero, en fin, bien pronto pude hacer «levantar» la maniobra y busqué a la muchacha con los ojos. Estaba allí, en el mismo sitio, inmóvil y sin cambiar de postura. Moscardín y Fortunato, mis dos grumetes, la miraban curiosamente y se cambiaban impresiones en voz baja:

«—¡Está dormida, te digo!

«—Te digo que no, que está muerta —replicaba el otro.

«Yo tuve un gran sobresalto:

«—¿Qué están diciendo? Animales—grité,—y al abalanzarme sobre ella para tocarla, para palparla, tuve la evidencia de todo: En efecto, la chica estaba muerta, bien muerta, y lo que es peor, acababa de morirse.

—Qué broma, ¿eh?

—Ya lo creo, amigo. Aquellos canallas me hicieron un buen regalo; pero...

—Sí; pero, ¿qué hizo usted entonces?

—Y, ¿qué iba a hacer?. Al día siguiente, al amanecer, navegando «a la cuadra», con todo el trapo y casi a la vista de «Juan Fernández», la tiramos al agua...

—¡Qué bárbaros!

—Y, ¿qué quiere usted? Más me dolió a mí. Demasiado hice que desviando mi ruta «fondié» después, en la rada de Valparaíso para hacer la denuncia...

—¿Y?

—Era como habíamos pensado; una señorita que se había enfermado de la cabeza...

—¡Ah! ¿sí? Y ¿por qué?

—¡Qué sé yo! Conocí la familia —unos richachos señorones, —le entregué las joyas de la pobrecita muerta y en cuanto pude volví a ponerme en franquía...

—¡Qué cosa! ¿eh?

—¿Ha visto?

Y el capitán de «La Loquita» terminó mirándome en los ojos y diciendo en tono de reproche:

—Ya ve, amigo, como los nombres de los barcos, aunque parezcan mal elegidos y tontos, suelen tener su motivo...

CONTRA LUZ

ÓLEO DE WALTER DE NAVAZIO.

CARLOS GUIDO y SPANO

EN una mañana primaveral de este invierno que la nieve matizó de blanco, extinguióse el venerable poeta: nívea albura nimbaba su rostro, perenne vigor juvenil poseía su espíritu... La Muerte puso término a una labor estatuaria emprendida hace años.

Así, sobre el lecho que él convirtió en un trono, muere el patriarca de la poesía, de la paciencia y de la bondad, el vate más anciano a quien todos veneraban.

Carlos Guido y Spano nació el 19 de enero de 1827 en esta ciudad de Buenos Aires donde fué, y será siempre, profeta. Desde muy joven, el digno hijo del heroico general Tomás Guido, dedicóse con amor a la literatura.

La obra poética de Guido y Spano no puede ser clasificada rigurosamente. Clásico y romántico a un mismo tiempo, el vate consigue aliar, en nombre de la eterna Belleza, los ideales divergentes de los dos movimientos estéticos.

En 1848 tradujo al portugués el «Rafael», de Lamartine; luego lentamente escribió sus libros de versos pulcros y bien rimados, sus prosas de crítica, polémica, historia, educación y agricultura.

Ingenios hay que hablan de virtudes y de justicias merced a una poderosa fuerza de adivinación, ya que no fueron ni justos ni virtuosos en su vida de hombres. Guido y Spano era un poeta que ponía en rima los sentimientos de su abnegado y altruísta corazón. Siempre tuvo rebeldes protestas contra lo tiránico y lo innoble; siempre tomó parte en los dolores y angustias de la Patria.

Durante la epidemia de 1871, vivió su poema épico de civismo, siendo la voluntad firme a cuyo rededor se agruparon los filántropos.

Y en los días de paz y de salud, cuando el país necesitó reorganizadores e iniciativas, Guido y Spano fué un colaborador entusiasta, incansable.

Por todo esto, por su doble y santa vida de poeta y ciudadano, la Argentina adoraba a Guido y Spano. Una fiesta nacional íntima se celebraba cada año el día de su natalicio. La infancia iba en peregrinación hasta el lecho del hermoso anciano, que se cubría de flores. Y los jóvenes y artistas saludaban aquella figura personificación de nuestra estirpe y de nuestra historia. Tras amplia y generosa vida, en una mañana primaveral, con la muerte que los hombres buenos desean a los seres queridos, extinguióse como copo de nieve el gran poeta, el ejemplar patriota.

Descanse en su nuevo lecho a donde el amor de los argentinos seguirá rindiéndole culto.

NUESTROS PINTORES

CESÁREO BERNALDO DE QUIRÓS

Estamos en uno de los pabellones de Palermo, próximo al Rosedal, donde Quirós ha instalado últimamente su taller de pintura.

El ambiente que nos rodea, es excepcionalmente agradable; muebles de línea severa, sillones tapizados, antigüedades, pequeños objetos artísticos que denotan selección y buen gusto. La mesa del centro, cubierta con rico paño de tisú, contiene porcelanas, abanicos, grandes ramos de flores... Dos elegantes cómodas españolas, estilo Fernando VI, ocupan el testero del fondo. En las paredes, obras sin terminar, bocetos y cuadros de distintas épocas, encerrados en marcos de talla patinosa.

Quirós nos atiende con amable desinterés; su fisonomía, francamente simpática, anímase con un gesto espontáneo. Sonríe. Nosotros le interrogamos.

— ¿Hace mucho qué instaló aquí su estudio?

— Poco más de un año. Por cierto que fué una solución. Tenía que pintar cinco grandes lienzos para el Jockey Club de Rosario, y no encontraba local a propósito. Tuve la suerte de que la Municipalidad me cediera este pabellón.

— Aquí trabajará usted con mucha comodidad.

— El sitio es inmejorable. Hasta el aislamiento me favorece, pues no pudiendo distraer el tiempo en otra cosa, estoy casi todo el día con los pinceles en la mano.

En efecto; el número considerable de telas que ocupan por todas partes el taller, confirma las palabras del joven y notable artista.

— Esos cuadros, nos dice a continuación, forman parte de la labor realizada últimamente para la exposición que pienso organizar en Chile. Presentaré la mayoría de lo que ustedes ven. En total, unas cincuenta obras.

— Entonces estará poco tiempo entre nosotros.

— Sino sucede alguna contrariedad, espero llegar a Santiago para fines de agosto...

Tratamos de desviar el diálogo. Quisiéramos saber algo de su vida, de su evolución, del proceso de su carrera. El mismo Quirós nos facilita este propósito, vislumbrado ya al preguntarle como se despertaron sus aficiones artísticas.

— Recuerdo que mi mayor distracción de muchacho, era ver las caricaturas de «El Quijote». Me refiero a la revista fundada por Sojo en Buenos

QUIRÓS, PINTANDO ANTE LA MODELO.

UNA PARTE DEL ESTUDIO.

Aires, y que tanta popularidad alcanzó en tiempos del presidente Juárez Celman. He de confesar que las ilustraciones de Mayol y de Cao, me entusiasmaban extraordinariamente.

— ¿Empezó sus estudios en Buenos Aires?

— Cuando vine por primera vez, estuve trabajando con Mayol, recibiendo sus lecciones hasta el año 1906. Mi segundo maestro fué el pintor Vicente Nicolao Colanda, a quien dejé para ingresar como alumno en la Academia de Bellas Artes. Allí conseguí por concurso una de las primeras becas nacionales, para estudiar en Europa, junto con Ripamonte y el escultor Zonza Briano.

— ¿Se radicó en alguna ciudad del viejo mundo?

— Después de viajar algún tiempo por Italia, fuí a París, donde abrí un estudio que todavía conservo. En Mallorca también tengo mi pequeña casita; es un precioso rincón lleno de agradables recuerdos, y en el que he pasado muchas horas felices; su situación es muy pintoresca, estando situada en una altura desde donde se descubren bellos panoramas de una policromía luminosa. Por la circunstancia de estar alhajada con mis mejores antigüedades, desfilaron por ella cuantas personas de significación han desembarcado en la isla.

Cambiando el giro de sus ideas, preguntamos por curiosidad.

— ¿Eran sus padres argentinos?

— Mi padre era vasco. Había nacido en Eibar, o sea, en el mismo pueblo de donde es Ignacio Zuloaga; allí existe aún la vieja casa de los abuelos, y según he oído decir a mi familia, campeaba sobre la puerta de piedra el blasón de las dos llaves pasadas, con la extraña leyenda feudal: «Después de Dios la Casa de Quirós»... Creo que Ricardo Palma hace la descripción de este mismo escudo en sus tradiciones del Perú, al relatar la entrada de unos caballeros en Lima.

— Y usted, ¿es natural de Buenos Aires?

— Mucha gente me supone de aquí, pero esta creencia no tiene fundamente alguno. Soy entrerriano y nací en un pequeño pueblo del norte: en Gualeguay. Allí tenían mis padres una propiedad de campo que ahora me pertenece; con frecuencia paso en ella largas temporadas dedicado a mi arte. Varios de los cuadros que hay en el taller, copian aquella vegetación tan rica, tan llena de matices. Algunos parajes son de una belleza deslumbradora. El pintor que, como yo, guste de la naturaleza, que ame la luz y que sienta intensamente la voluptuosidad de los campos americanos, de seguro que puede realizar allí cosas interesantes, y sobre todo nuestras.

Mientras Quirós habla de modo tan ameno y sencillo, nosotros miramos al azar por las paredes del estudio. El total de las obras, en su mayoría paisajes y notas de color, acusan en el interesante artista una franca tendencia al luminismo, plenamente definida ya en sus últimos trabajos.

Despierta nuestro interés un paisaje sin terminar aún, cuya composición, exenta de todo artificio y de todo amaneramiento de escuela, afirma de modo terminante, los principios puramente estéticos del conjunto. La pintura es clara, luminosa; cada pinceiada es un valor nuevo, una sorpresa más que contribuye a darnos la sensación justa de la naturaleza y del momento. Sobre un fondo de azul límpido, transparente, fondo de cielo azul turquesa lleno de profundidad y de luz, destácanse varios árboles retorcidos, ondulantes, sin complicaciones de dibujo, casi sin dibujo, pero haciendo destacar maravillosamente los planos.

Otro paisaje que, como el anterior, debe figurar en la exposición de Santiago, sorprende por su originalidad y belleza. Todo en él nos da una grata impresión de poesía mansa, de «soledad sonora», de remanso húmedo y soñoliento. El sauce del primer plano, es un acierto de ejecución. Los verdes sobre todo están tratados de manera insuperable, dando consistencia plástica al resto de la composición, que vibra en mil gamas de variedad inquietadora.

Quirós, después de observarnos en silencio, vuelve a reanudar el diálogo:

— ¿Creen ustedes que mi renovación no obedece al deseo de llegar a descubrirme a mí mismo?

PINTANDO UNO DE LOS «PANNEAUX» DECORATIVOS PARA EL JOCKEY CLUB DE ROSARIO.

Pues así es; el pintor no acaba nunca de aprendes su arte; iniciado en los secretos de la paleta, vr ante el natural muchas cosas que escapan al máe suspicaz de los observadores. Pues esas cosas que los otros no ven, son las que es necesario reproducir, pero no tomando como medio de conducción al cerebro, sino al espíritu. Es la única manera de hacer obra original y permanente.

— ¿Siempre tuvo esas mismas ideas respecto al arte?

— No les podría decir con exactitud. Cuando marché a Europa el año 1910, llevaba el propósito casi único de estudiar a los grandes pintores. Pasaba sin duda por ese período de academismo, tan natural en los que no se han definido aún. Mi primer visita la hice al Museo del Prado. Velázquez, Goya y los demás grandes maestros de la pintura hispana, llegaron a sugestionarme. En esa época hice, entre otros, el cuadro «mi familia», adquirido por la comisión de Bellas Artes para nuestro Museo Nacional. Desde España marché a la isla de Cerdeña, donde seguí pintando con el espíritu puesto en aquellas célebres obras que acababan de impresionarme. Allí realicé algunos felices ensayos, que me sirvieron de mucho, principalmente para vencer dificultades de técnica. Creo no haber sido ineficaz para mi formación este período. «Justicia sarda», ejecutado en aquel tiempo y que figura actualmente en la Cámara de Diputados, es acaso, por sus dimensiones y por el número de figuras agrupadas, uno de mis cuadros más completos y desde luego el de composición más amplia. En Florencia, donde estuve más tarde, empecé à reaccionar del academismo. Recuerdo que el escultor Trentacoste me invitó para celebrar una exposición en Venecia, rechazando tan halagadora invitación por no gustarme ya las obras que tenía terminadas de antemano. Puede decirse que desde entonces empezó el período de mi renovación artística. El impresionismo llegó a descubrirme cosas originales, que antes no había podido comprender. Hoy creo tener ya formada mi paleta, excluyendo en absoluto los colores grises y los sienas; el negro tampoco lo uso para nada. Dentro de la escuela luminista, trato de llegar en la figura a un modelado que tenga valor y consistencia. Esta es mi ilusión por ahora...

Antes de retirarnos, Quirós nos hace conocer las demás obras que tiene por terminar. Son las seis de la tarde. Cuando dejamos el estudio, salimos pensando en el esfuerzo de este joven pintor, considerado por la sinceridad de su arte, como uno de los valores más positivos de la moderna pintura americana.

VÍCTOR ANDRÉS.

EL BARQUERO MISTERIOSO

Por FERNAN FELIX DE AMADOR

¡Papá! — dice Edgardo — cuánta barca hay esta tarde parece una bandada de gaviotas. Son pescadores, ¿no es cierto?

— Así han de serlo.

— Papá, quisiera ser pescador.

— Yo también, hijo; el mar es nuestro verdadero padre, por eso sentimos esa especie de atracción ancestral, cuando nos acercamos a él, una inexplicable nostalgia, algo así como un recuerdo que quisiese precisarse y no encontrase expresión. Para nosotros que vemos desde la playa, es inquietante y lleno de misterio; para los marinos, es rezongón y cariñoso como tu abuelo. Sin embargo, a pesar de sus sonrosadas sonrisas y sus éxtasis de luna, su misterio es terrible. Nos está vedado conocer el fondo de su abismo, tal vez porque en él reside el secreto de nuestra propia vida.

Voy a contarte una historia al respecto, hijo mío, porque es bueno que desde niño ejercites tu imaginación en la enseñanza lírica, que dará más tarde brillo a tu alma.

Me preguntaste, hace un momento, si eran pescadores los tripulantes de esas barcas que comparaste con acierto a un vuelo de gaviotas. Te contesté que sí en un sentido general, pero en realidad no sé porqué; nadie puede adivinar quién es el tripulante de la barca lejana. ¡Es tan diverso el hombre, por más que se parezcan tanto entre ellos!

Escucha la historia del barquero misterioso, que es popular leyenda en nuestro pueblecito costero. Cuando yo era niño como tú, me la contó mi padre, en una tarde semejante a ésta, mientras pasaban las barcas sobre el río sereno.

Era un hombre que siendo como todos los hombres, era sin embargo misterioso. Llegó un día, ¡Dios sabe de dónde!, y compró esa casita abandonada que debes haber visto a la orilla del río. De mediana estatura, la rizada cabellera desparramándose en el viento, iba siempre envuelto en una obscura y larga capa que le daba un insólito aspecto de sombra errante.

Por timidez, sin duda, no hablaba con nadie; pero por la expresión cálida de sus ojos, y su eterna sonrisa vagabunda, delataba un carácter bondadoso y tierno, que le hacía simpático a primera vista. Vivía solitario y retirado en su casita ribereña, y su único paseo tenía lugar en el crepúsculo con la marea creciente. Trepaba entonces sobre su barquichuelo blanco, donde aleteaba la roja vela latina, y salía mar afuera, ¡mar afuera!, hasta desvanecerse como un punto fugitivo en el horizonte. Ya eran entradas todas las barcas y adormecido el mañanero pueblecito, cuando reaparecía la embarcación aventurera.

¿Qué hacía en sus largas correrías aquel hombre solitario? Nadie supo decirlo nunca en realidad, y por eso empezaron a llamarle el barquero misterioso. Así se hacen las leyendas. Los hombres, hasta los más ínfimos, tienen necesidad de lo misterioso, ese lacito imperceptible tendido al través de los siglos que les conduce a Dios. Y aquel hombre era un lacito imperceptible. Fué la preocupación de la aldea. La conseja murmurada quedo junto al hogar, en las noches de invierno, cuando el viento suele batir las puertas como un malhechor y la leña crepita salamandrinamente en el brasero. Ya eran muchos los que evitaban el pasar junto a su casita solitaria, en cuya última ventana, así como una estrella, palpitaba una luz.

— ¡Pa mí que hay brujería! — murmuraba misia Petrona, sacudiendo las mechas blancas que se pegaban a su rostro bronceado. — Dios me castigue si digo falsedad; ya saben que mi ranchito no está lejos de la costa, y yo con esta asma maldita no puedo casi dormir, así es que más de una vez he oído como una música en lo del hombre, una música que parecía un quejido. ¡Dios me perdone! pero daba gusto oirla... Pa mí que hay brujería. Así hablaba misia Petrona, la vieja más vieja del pueblo, que había ayudado a bien nacer a muchos de los que la escuchaban.

Entretanto, el barquero misterioso proseguía en su vida extraña, ajeno a la preocupación de la gente, de su casita al barquichuelo, del barquichuelo a su casita. De rato en rato, subía al pueblo, compraba tabaco, cuerdas de violín y de guitarra, libros, alguna que otra pieza de música y luego sonriendo a todo el que encontraba a su paso, desaparecía bajo la sauceda, discreto y taciturno, como sumido en un sueño infinito.

Pero una mañana, la que primero anunciara tal vez, la primavera, las bulliciosas lavanderas más alegres que de costumbre, los pescadores mocetones, los tejedores de canastas, todo ese mundo descuidado y caprichoso de la costa, quedóse pensativo, mirándose los unos a los otros.

La barca misteriosa no estaba allí, no había entrado esa noche. Y no debía ser por causa de mal tiempo. Nunca noche de luna bajó más serena que aquélla, sobre el río inmóvil, semejante a un camino de plata esmaltado de diamantes. El misterio aumentó, cuando misia Petrona, bajando apresurada de su ranchito, agregó a su eterno estribillo: — ¡Pa mí que hay brujería! y ¡Dios me perdone! — esta insólita afirmación. — Esta noche había un alma en mi ventana. ¡Dios me ampare!... Se quejaba ni más ni menos que un niño, y tenía una voz dulce, dulce como la música del barquero, — diciendo esto señalaba la casita solitaria que se doraba con los primeros rayos del sol. — Hasta el Contino, proseguía volviéndose hacia un perrito blanco y lanudo que asentía con un aire triste, — hasta el Contino que aulló tres veces y fué a esconderse bajo la cama. ¡Dios me perdone!, pero aquí hay brujería — concluyó diciendo misia Petrona, y se fué camino del pueblo, más vieja que nunca, con un perrito triste como ella, cabizbajo y preocupado.

Nada respondieron a la vieja lavanderas y pescadores; pero en silencio, como al entrar en una estancia mortuoria, fueron a sus quehaceres uno por uno, en la hermosa mañana de primavera.

Dos días después, don Mariano, que había dicho la víspera a sus hijos olfateando el viento: — ¡Preparen el «Lucero», muchachos, noche de pejerrey! — volvió al amanecer a toda vela remolcando la barca misteriosa.

Con qué ansia le vió llegar el pueblecito alarmado, entre variados comentarios, bajo los ¡Dios me perdone! de misia Petrona.

Y así habló don Mariano, ante el alcalde, el cura y el maestro que fueron a recibirle:

Pues, sí, señores, serían como las tres y ya cargábamos pejerrey, cuando cerca nuestro, como salida un de repente, vimos una barca que venía a toda vela sobre nosotros. La reconocí en seguida y le dije a los muchachos: Es el barquero misterioso; ahora vamos a saber lo que hace. Largamos trapo para alcanzarla, pues soplaba viento del río e iba ligera. Pero de pronto vimos que paraba de golpe, como una *bruja* que agarra un pez y así nos allegamos. La luna estaba linda como nunca, por eso pudimos ver dentro la barca. Y bien, no había *naides*, señores, *naides*. Yo me acordé lo que decía misia Petrona y quería dirme; pero los muchachos abordaron no más, y uno de ellos saltó en la barca. Como decía, no encontraron a naides como persona, sólo encontraron esto, deben de ser las prendas del finao.

Entonces sobre la playa húmeda, don Mariano, con manos temblorosas, desligó un paquete, que todos reconocieron ser hecho con la capa oscura del barquero. Apareció luego su sombrero amplio, un pañuelo azul y después un instrumento extraño y desconocido que llevaba enredada en sus cuerdas una admirable y desmesurada trenza de oro. Bajo el sol aquello era un prodigio, y cuando el alcalde, más audaz, le tocó ligeramente, una vibración indefinible recorrió la playa.

— ¡Dios me asista! — exclamó misia Petrona, santiguándose — ¡Es la voz! ¡Es la voz!... — y echó a correr hacia su rancho.

El maestro dijo, examinando el instrumento: Esta es un arpa eolia; entre los griegos, fué un instrumento sagrado.

El alcalde dijo, recogiendo la trenza de oro:

– Por mi alma, nunca he visto más admirable cabellera.

Y el cura, que estaba descifrando un papel encontrado en el fondo de la barca, leyó en voz alta:

– He perseguido el canto de la sirena y le hallé. El mundo no puede contenerle, por eso perecieron los navegantes que supieron como yo hacérselo suyo. El mundo no existe...

— ¡Dios le perdone! — dijo el cura; — y todos de rodillas sobre la arena, inclinaron bajo el sol naciente sus cabezas abrumadas, sobre las que pasó como un pájaro inmenso el soplo eterno de la leyenda...

DIBUJO DE LÓPEZ NAGUIL.

EN EL SURCO

¿Cuál es el hijo que demuestra su amor cubriendo de arrugas el rostro de la madre?

¿Cuál es el navío que siempre corre dando bordadas, y cuya estela vale más que él?

¡Surca sobre el arado, labrador, el mar sin olas de la pampa; haz rugoso el terso cutis de tu madre la tierra!

Otros hermanos tuyos, durante la misma mañanita entoldada por blanquísimas nubes, no se acuerdan de la anciana fértil y pródiga y desperdician las horas en fútiles ocupaciones o en viciosos descansos.

Tú eres el hermano menor, el Pulgarcito menudo y sagaz, que sabe los medios para encontrar el camino de la casa paterna o vencer al Ogro...

Tú, como José, fuiste vendido a los mercaderes, que te revendieron en la ciudad egipcia. Adivinaste la pesadilla de las vacas flacas, el sueño de las vacas gordas. Tú subiste al trono, junto al faraón, y, sin embargo, nadie reconoce tu poder.

El alto asiento de tu arado es tu carro de triunfo.

Desde la madrugada del universo, empuñas el timón de nuestras vidas, y por ti las patrias son maternales...

Todos vivimos de tu trabajo sin agradecerlo, casi despreciándote, buen arador que arrugas la tierra para remozarla.

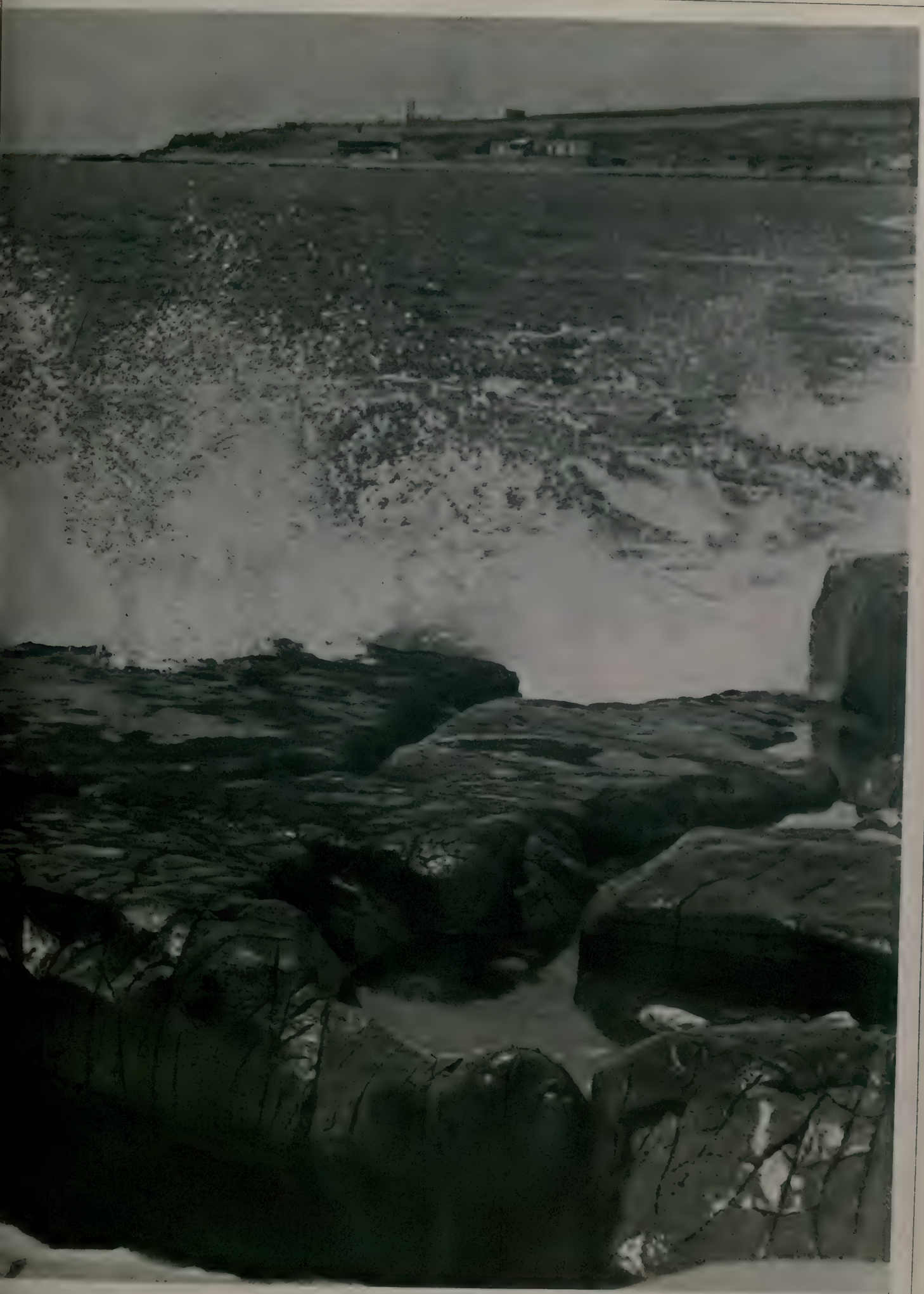
Los pacíficos caballos que arrastran la máquina, las gaviotas voraces que en el surco recién abierto destruyen los parásitos, y el sol, salud dorada del mundo, colaboran en tu empresa.

¿Qué te importa de los hombres ingratos, labrador, si la naturaleza es tu amiga?

Ara, cubre de arrugas el rostro de la anciana madre trazando surcos paralelos, estelas productivas, que en tu corazón recibirás la ganancia de ese cariño filial.

Dibujo de MEDINA VERA

EN LAS PLAY
UN



FOTOGRAFIA DEL SEÑOR ALBERTO DEL SOLAR DORREGO

DEL PLATA

TE

Sra. María Luisa Rapelli de Benci y su hija Marietta.

Sra. Herminia del Castillo

Un escritor original
EL DOCTOR THEBUSSEM

A la avanzada edad de noventa años ha fallecido, en su patriarcal retiro de Medina Sidonia, el doctor Thebussem, el escritor más original de la literatura española contemporánea, el hombre que supo dar a los asuntos mínimos el carácter de *nimios*, o sea de grandes.

Ya el afortunado pseudónimo revelador es de algo que se eleva sobre el común nivel. *Thebussem*, anagrama ligeramente modificado de *Embustes*, descubre a las claras peregrino talento, dispuesto a mofarse de las humanas credulidades; como prueba varonil, aunque zumbona energía, la amenaza de llevar ante los tribunales de justicia a quien se atreviera a negar su origen alemán.

Así como otros literatos con menos enjundia que él, se desviven porque las prensas pregonen, un día sí, y otro también, con su nombre, los títulos de cuantas producciones lanzan al mercado intelectual, Thebussem gustaba de vivir en el misterio, y de intrigar a lectores y críticos. Hidalgo de alcurnia y por temperamento, huía de la popularidad: noble de abolengo, era el gran señor que escucha sin inmutarse elogios, y desprecia censuras de distraídos o malintencionados. Su serenidad anglo-sajona, para acompasarse con su pseudónimo, se revela en su vastísima producción.

Dejando para trabajo de mayor vuelo, la tarea de puntualizar la universalidad de los conocimientos del doctor Thebussem, y los innegables servicios que en vida prestara a la cultura española, relataré dos anécdotas que, quizás más que un retrato, pintan de cuerpo entero quien fué el famoso autor de las *Epístolas Droapianas*.

Sabido es que cuando un trabajo está bien hecho, una cuenta bien sacada, algo que merezca ser aprobado, el superior estampa al pie la oficinesca frase: *Visto Bueno*. Ahora bien; Thebussem estaba en Madrid; los marqueses de Roncalí quisieron obsequiarle con un banquete; mas temerosa la marquesa de que su cocinero no hubiese acertado en la confección de la lista, o que el orden de los platos no correspondiese al refinado gusto de quien como el hidalgo andaluz era perito y ducho en asuntos culinarios, le remitió el borrador de la lista para obtener el beneplácito del ilustre amigo o aceptar las indicaciones que sobre ella se le ocurrieran. El doctor se limitó a poner al pie de la cartulina: *Visto... y Bueno*, ponderando de antemano, con la sola agregación de la copulativa *y*, cuán sabrosos serían los manjares que componían la anunciada comida.

Empeñado en vivir siempre alejado de la política, se admiraba y espantaba — son verbos suyos — de que existiesen mortales dispuestos a gastar tiempo, salud y dinero en llegar a ser alcaldes o diputados. Aturdido y horripilado — también adjetivos suyos — confesaba no haberse mezclado en asuntos electorales, ni servido cargo o destino público, ni haber sido siquiera elector; y dada esta su enemiga contra cuanto trascendiera a pública administración, ya se colegirá la sorpresa, más que sorpresa, el estupor que le causaría recibir el nombramiento de Alcalde de su pueblo natal. Resistió cuanto pudo la orden del Gobernador militar y civil de Cádiz, para que tomara posesión de tan elevado cargo; mas como dicha autoridad estaba dispuesta a que se cumpliera su mandato, encomendó al oficial de la Guardia Civil de Medina Sidonia el espinoso encargo de convertir al doctor Thebussem en «El Alcalde por fuerza».

Pero, oigámosle a él mismo:

«...fueron tales sus razonamientos—los del oficial, — su habilidad, su finura, su elocuencia y su tacto, que logró persuadirme a que asistiese a la cita.

— Conforme — dije — vamos a donde usted me mande: pero con una condición.

— Con todas las que usted quiera — respondió gozoso Almagro, temiendo espantar al pájaro que ya estaba en la red.

— ¿Palabra de caballero?

— ¡Palabra de honor! — replicó el capitán muy serio, colocando su mano derecha en el pomo de la espada.

— Pues bien; he de ir amarrado codo con codo, asistido de los guardias que usted trae, y por las calles que yo señale.

— ¡Pero como ni usted pretende fugarse ni aquí tenemos cuerdas!... — balbuceó mi interlocutor un tanto desconcertado por mis extemporáneas exigencias.

— No importa: yo las tengo. Manuel — dije a mi criado — trae un cordel al momento... Muy bueno que es: átame los brazos atrás... aprieta un poco...; basta ya... Señor de Almagro, estoy listo y cuando usted lo ordene vamos andando.

Y nos pusimos en marcha por las calles más principales de la población, hasta llegar al Ayuntamiento.»

Apesar de esto, nuestro héroe, no fué Alcalde más que unos minutos.

Como para no aceptar el cargo había pretextado su falta de salud, quiso rematar casi en tragedia la comedia comenzada. No bien había empezado a agradecer a la autoridad civil y militar y a los concejales, la distinción con que se le honraba, un simulado vahído cortóle la palabra, obligándole a sentarse en el alcaldesco sillón. Hubo el consiguiente susto; se le llevó en andas a su casa, y ya en ella, y a solas, escribió al Jefe del Gobierno, que lo era a la sazón su buen amigo el Duque de la Torre, para que lo salvase del grave aprieto en que se encontraba. Deferente el Duque con la rara petición de su amigo, ya que en verdad es sorprendente que un peninsular—o hispano-americano, que para el caso es igual—renuncie a mandar, solicitó del Gobernador de Cádiz dejase sin efecto el nombramiento. Al dársele cuenta oficialmente de que se le relevaba de tan alto cargo, se le prevenía entregase la jurisdicción a don Fernando de Pareja.

Como digna contera de tan peregrina historia, dice el doctor Thebussem:

«No me ocupé de semejante entrega, y sospecho que viéndose abandonada y sola aquella *jurisdicción* a quien dejé virgen, ella misma se entregaría de buen talante y con la mejor voluntad, al primero que le alargase la mano.»

Cuando quien más quien menos, intriga y empuja para ocupar un sitio visible en la sociedad, resulta poco menos que un mirlo blanco dar con un mortal que, a semejanza del célebre García del Castañar, anteponga a las seducciones del mando y del boato la tranquila vida del propio hogar.

Thebussem escribió de todo y sobre todo. Sus sabrosos artículos sobre la mesa moderna le valieron los títulos de Presidente Honorario de la *Sociedad de Cocineros de Madrid* y Miembro Honorario de la *Society of Gastronomists and Cooks of London*. Sus profundos conocimientos sobre el Quijote y toda la producción cervantina, la Cruz de la Orden de Maximiliano, otorgada por el rey de Baviera, y su paciente y tenazuda labor referente a los correos españoles, su historia y su organización, el nombramiento de *Cartero Honorario* de España.

Vaya otra última muestra, por ahora, de su originalidad.

El, que en cuanto puso la mano estampó el sello de su poderosa inteligencia; que con igual acierto hablaba de historia, que de filatelia, de gastronomía que de heráldica, de filología que de tauromaquia, logrando que cuanto brotaba de su pluma fuese saboreado con placer por los de refinado gusto literario, pues a lo interesante del asunto, unía estilo cervantino, escribía con encantadora modestia: «... ni mi inteligencia, ni mis estudios, ni mis aficiones, ni mi salud, ni mi gusto, me permiten salir del agradabilísimo recinto de lo insubstancial y de lo fútil.»

¡Cuán cierto que la sabiduría suele caminar asida del brazo de la modestia!

RICARDO MONNER SANS.

P. S. — Noto un olvido que me apresuro a subsanar. «El Ingenioso Hidalgo de Medina-Sidonia», según feliz expresión de Castro y Serrano, llamóse en vida Mariano Pardo de Figueroa, de quien pienso ocuparme con alguna extensión en la interesante revista *Nosotros*.

Vale.

DIBUJO DE ALONSO.

FIRMAS AJENAS.

JORGE

DIALOGO, PERO NO PLATONICO.

POR

LEOPOLDO ALAS (Clarín).

[illegible]

fuerza, y dando cierta intención maliciosa a [illegible]

[illegible] hes, el docto alemán que publicó en 1896 [illegible]

animales... No hay más juego que ese. Porque... ¡valientes animales son todos los [illegible]

— Hombre, no *juegues* tú con el vocablo...

Ya sé que es feo jugar *de boca*... Y, en rigor, está prohibido... Véase el artículo...

— No digo eso. Juegas con el vocablo; porque animales...

Sí; ya te entiendo. Se trata de los animales... no humanos. Bueno, pues el señor [illegible] corregirme, dejar el vicio... pero... imposible. [illegible] Es cosa de la herencia... de la raza. Lo he leído en Ihering, en la *Historia de los* [illegible] desconsuela. Nuestros patriarcales y bucólicos ascendientes remotísimos... eran unos empedernidos jugadores. Mataban el tiempo, el tiempo monótono de aquella vida lacia, [illegible] y jugando... Y esto, generaciones y generaciones... ¡Ya ves! ¿Quién puede más que el hábito incrustado en la herencia?... Pastores... y jugadores...

— Basta de disculpas prehistóricas y darwinistas... No me has entendido, o no has querido entenderme... o todo te sabe a lo que te pica. El juego de que habla Groos no es ese; es el juego como diversión o recreación, según dice el Diccionario, en que no se persigue otro propósito que la distracción misma...

— A propósito del Diccionario. Los que hablan mal de ese libro académico no conocen su gran mérito. Es un libro de moral... [illegible] Veras lo que pasó. Un día, viéndome encenagado en el pícaro juego, sin poder remediarlo, convencido de que eran inútiles los propósitos de enmienda, quise saber a lo menos cómo se definía académicamente el vicio que me dominaba, y me fuí al Diccionario oficial, y leí: «Juego, pasatiempo, recreación, aquello que se hace por espíritu de alegría y sólo para divertirse y entretenerse». No era esto; *mi juego* no era pasatiempo, ni alegría; ¡era infierno!... Seguí leyendo: «Ejercicio recreativo sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde». Lo de ejercicio no me *llenaba*, porque ¡se hace tan poco ejercicio pasando doce horas arrimado al tapete verde! Y lo de «se gana o se pierde» no es exacto, porque muchas veces se queda... a juego, ni se pierde ni se gana. Si el banquero *abate* con nueve y yo también... ni pierdo ni gano. Y si salgo del Casino con el mismo dinero con que entré... ni pierdo ni gano. «Para darle mayor aliciente — continúa el Diccionario — aventúrase en él con frecuencia al[illegible] deben de ser *paseteros* por esa manera de hablar. «Merece reprobación — sigue la Academia — cuando la ganancia o la pérdida puede ser importante; cuando se juega por vicio o *cuando el* [illegible] ajeno». Al leer esto, sentí toda la sangre en el rostro, estaba muerto de vergüenza. ¡Qué lección inesperada me daba el *léxico* oficial! ¡Cuánto había yo leído contra el juego! Pero nunca aquella bofetada de moralidad me había azotado el rostro. Tolstoi, con su moral de maniaco, combatiendo lo mismo que el juego, el vino, el tabaco... el servicio militar y el [illegible] ¡acerba diabólico, pero noble, jugando como caballero, es claro. ¡Cuántos sofismas había inventado yo para disculpar mi vicio! Le había encontrado analogías con mil cosas, malas, pero no bochornosas. Así: como el amor ilegal [illegible] da de la sociedad... pero no in[illegible] Jesús, el robo! Y de [illegible] go se iba para *hacer suyo el dinero ajeno*. Era verdad; a eso se iba. Lo mismo que los usureros y que los ladrones... para hacer de uno el dinero ajeno... contra la voluntad de su dueño también; porque nadie tiene la voluntad de perder. ¿Que se expone el dinero propio en cambio? También el avaro expone la salud, la vida; el usurero se expone a quedarse sin lo prestado, y el ladrón... a ir a presidio. Sí, no cabe duda; el juego es eso: desear quedarse con el dinero ajeno. ¿Querrás creer que me dió asco el juego? Vi en mí un pecado de la índole ruín de que siempre me había creído libre; un pecado sórdido, de injusticia con el prójimo, de repugnante *psiquis*... (*Pausa.*)

— ¿Y qué?

— Pues nada. Que estuve sin jugar... mucho tiempo.

— ¿Mucho, eh?

— Sí; ¡varias semanas!

— Pero, ¿cómo volviste a lo sórdido, a lo ruín, a lo que... (perdona, tú lo has dicho) se parecía al robo?...

— Verás. Eché mis cuentas. Según mis cálculos, yo, en conjunto, llevaba perdido mucho más dinero que ganado. Todavía *me tenían por allá* algunos miles de duros. Iba por el desquite. Iba por lo mío. Aquello no era jugar, y no hacía mío el dinero ajeno... sino el mío.

— Vamos, sí; les habías hecho una señal a las monedas y a los billetes, y cuando no eran los tuyos los que ganabas... los devolvías.

— Ya sabes que el dinero se considera como cosa *fungible*...

— ¿Pues entonces?... Además, tus *deudores* (!), es decir, los que te habían ganado a tí, ¿eran los mismos a quienes tú ganabas?

— Ese argumento tiene menos fuerza que el que empleó para anonadarme la pícara realidad...

— ¿Y fué?...

— Que aquellos señores, que no eran los que me habían ganado... me ganaron también. (*Nueva pausa.*)

Me daba lástima del pobre Jorge. No quise molestarle con nuevas observaciones *virtuosas* tan fáciles de encontrar. ¡Es tan fácil lidiar los *vicios* desde la barrera, cuando no se tienen!

— ¡El juego! — continuó el jugador. — Los filósofos no saben lo que es. Montaigne, que ha hablado de tantas cosas, de tantos vicios, no tiene ningún capítulo dedicado al juego. Montaigne hablaba de lo que sabía, de lo que había experimentado. Renán se queja de que los filósofos no han tomado el amor en serio del todo, y su verdadera filosofía está sin hacer. Y es verdad. Y la causa será que los filósofos no suelen enamorarse de veras. Lo mismo les pasa con el juego. ¡La estética del juego! existe; pero no es esa de que hablan esos libros nuevos... Como que el juego... no es juego... no tiene nada de juego, en ese otro sentido de *finalidad sin fin* de que ya Kant hablaba. No debiera usarse la misma palabra para cosas tan diferentes. Una opinión muy generalizada entre los estéticos, es que el arte... es juego. Schiller, en sus célebres cartas sobre la ciencia de lo bello, siguiendo a Kant, desenvuelve admirablemente la teoría...

— Sí; y ahora la estética de tendencia positivista, o mejor acaso la que estudia lo bello y el arte en su aspecto psico-fisiológico, sigue el mismo criterio. Spencer, como es sabido, también admite la teoría del arte juego...

— Y se ha dicho que el juego es un exceso, una sombra de la vida... lo mismo que se ha dicho del amor. Renán le preguntaba un día a Claudio Bernard por el misterio del amor, y el gran fisiólogo le decía: «No, no hay cosa más sencilla que el amor; es la vida que sobra...» De modo que amor y juego son plétora, lo que rebosa...

El juego, según este Groos de que hablábamos, es un ejercicio natural de los aparatos sensoriales y de los motores, de las facultades del espíritu (inteligencia se entiende) y de los sentimientos, en atención al placer... La actividad por el placer mismo de la actividad, eso es el juego...

— ¡Qué cosa tan diferente del otro *juego*, de *mi* juego! El jugador no busca el placer... y en eso se engañan muchos que ven las cosas desde fuera... Busca la ganancia; sólo que la busca en la forma picante, misteriosa, inexplicable... de la suerte. ¡La suerte! Estoy por decir que el jugador es un metafísico apasionado que interroga de cerca y con interés el misterio metafísico en cada jugada... ¿Hay ley? ¿No hay ley? ¿Es casualidad? ¿Qué es casualidad? ¿La Providencia se mezcla en estas cosas? ¿El cálculo de las probabilidades hasta dónde sirve?... Y después... ¡una cosa terrible! Lo que a mí, al fin, me ata al juego hasta por la filosofía... quiero decir, por el sofisma, es... que la *vida es juego*. Sólo el que aspira al *nirvana*, a la *abulia*, a la *apatía*, puede decir que no es jugador. Los demás, todos juegan. La vida y la muerte son un modo de *copar* la banca. Cada latido del corazón es un golpe de fortuna, una carta que se juega; cada vez que respiro puedo perder o ganar la vida... La riqueza o la miseria... juego...; el mérito... juego. ¿De dónde me viene el talento o la estupidez? ¿De dónde vienen las *judías* y las *cristianas*, los *nueves* o las *figuras*?... Del misterio, del horrible *cincuenta por ciento*..., del abismo que se llama pares o nones, cara o cruz... «Esto... *o* lo otro». En esa *o*, en esa disyuntiva está el símbolo del juego... y de la existencia... Voy ahora a casa...; mis hijos, mis entrañas, ¿estarán durmiendo... o muertos?... ¡Quién sabe!... Están durmiendo; ¡bien! ¡qué hermosos! ¡qué inocentes! Pero ¿mañana? El porvenir, la *carta* que les tocará... la vida que les espera... ¿Qué puedo yo para conseguir su dicha futura? Todos mis cálculos, mis previsiones, mis cuidados, mis ahorros, ¡inútil *martingala!* Mis esperanzas... ilusión como las supersticiones del jugador... En el fondo de la magna cuestión del libre albedrío, de la libertad y la gracia, de la libertad y el determinismo, de la filosofía de la contingencia, que hoy da nombre a una escuela, lo que se ve es el *quid* del juego... No; el juego, el *mío*, no es diversión, no es broma, no es desinterés, no es finalidad sin fin... Es todo lo contrario; el interés, la ganancia, el egoísmo en la lucha con la suerte... lo mismo que la vida *non sancta*, que es la vida de casi todos. Los grandes hombres, los *héroes*, decía Carlyle, toman la realidad, el mundo, en serio. No son *dilettanti*. Lo mismo el jugador. El azar para mí o contra mí... Esta es su idea, siempre seria, siempre con *fin*, siempre interesada...

— Sin embargo, en el juego, no el *tuyo*, el otro, el juego por el placer de la actividad, se llega, según *nuestro* autor, a lo que él llama *el placer del mal*, a jugar con el propio dolor. Además, hay la *catarsis* de Aristóteles, el placer de la calma tras la borrasca.

— No, no importa. Ni por ahí existe afinidad entre los *juegos* y el juego. El jugador no busca el dolor del juego, que es grande, por el dolor, por el placer de saber que es un dolor buscado, querido; no, porque él sabe bien que la pasión le domina y que aquel dolor no es voluntario; y además, tolera el dolor por la esperanza de ganar, no por el gusto de poder triunfar de él. En cuanto a la catarsis, no tiene explicación... Porque la calma para el jugador nunca llega. Todo es borrasca. Después de ganar... quiere, *necesita* ganar más. Es un judío errante, no para nunca su ambición.

— Groos habla también de juegos *guerreros*, los del placer de luchar, de vencer a un contrario...

— Tampoco en eso hay afinidad entre los *juegos* y el juego. En *La Traviata*, el tenor juega por ganar a un rival... Eso es música. El jugador *de veras* no quiere el dinero de Fulano, quiere el dinero; en el juego hay disputas, pero no hay rivalidades, ni personalismos, ni rencores; no hay más enemigo que la *contraria*. Suerte, ganancia, pérdida. Esas son las *categorías*.

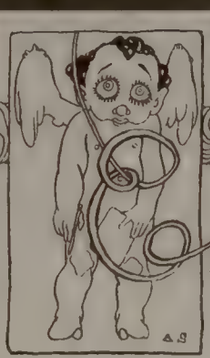
— Pues Groos dice textualmente que las *apuestas* son juegos *guerreros*, y los juegos de azar apuestas intelectuales. El juego de azar tiene para él tres elementos: el placer de ganar, que crece con la importancia de lo que se arriesga, *sin que la ganancia por sí sea el objeto del juego;* el placer de una excitación fuerte, y el placer de la lucha...

— Sí, pistolas de salón, de viento. Ese juego lo hay..., la lotería de las viejas... ¡y aún! No; en el juego *verdad* no se sienten esas emociones pueriles; se quiere dinero, ganancia, y se quiere por el *único* camino del jugador, la suerte. Que salga cara, si jugamos cara; que sean pares, si jugamos pares... y no por acertar, sino por ganar. Suerte, interés, eso es todo. ¡La excitación fuerte! Esa no es incentivo aunque el jugador crea que sí. Es un castigo, es una maldición del juego, como el *remordimiento*, la *vergüenza* de perder, después. Desengáñate; el juego... no es broma. Es como la vida, es como la metafísica... La vida racional quiere penetrar en el misterio para saber de su destino, porque teme y quiere esperar, ser feliz... El jugador, igual. *Ser o no ser*, esa es la cuestión... *Venir o no venir*... esa es la cuestión. *Estar a la que salta;* eso hace el jugador. Y eso hace el que no renuncia a las contingencias de la realidad. *O ser santo... o jugar...*

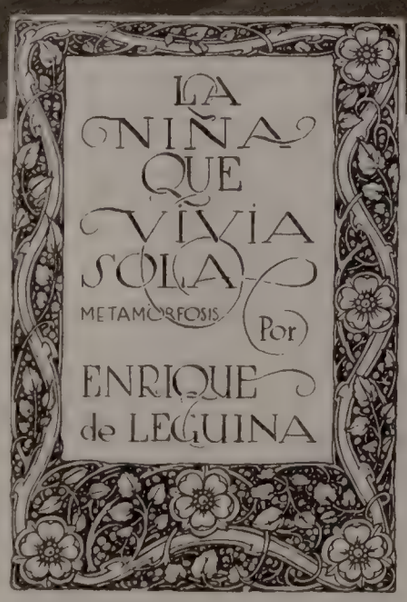
. . . . . .

DIBUJO DE ALONSO.

ARTE FOTOGRAFICO



En el parque Lezama



La hermosa niña vivía sola en aquella quinta. Ella cuidaba su jardín, limpiaba y arreglaba su casa, y algunas veces iba a la ciudad y traía cuanto necesitaba para la vida.

Ni padre, ni hermanos, ni esposo, ni servidores. En aquel país de arcádicas costumbres podía vivir sola una doncella, sin temor y sin riesgo.

La casa, pequeña y soleada, tenía un alegre tejado de rojo color, y unas paredes muy blancas cubiertas por la fragante madreselva y la hiedra trepadora y tenaz. Estaba rodeada de un jardín, que latía de gozo cuando su jardinera regaba las flores o se tendía, como en un lecho, sobre la hierba elástica y sedosa, para soñar allí, cara al cielo.

Tenía también el jardín dos fuentes de mármol, donde corría siempre un agua muy pura humedeciendo el mirto de perenne verdor.

Y delante de la casa había un gran ciprés.

La niña amaba aquel grande y viejo ciprés, centinela de su casita, amigo fiel que no moría como las flores, ni perdía sus hojas cuando llegaba el pálido sol de otoño.

Alrededor del rugoso tronco, había plantado la niña un rosal, y en el tiempo de las rosas, se enorgullecía el viejo árbol viéndose engalanado y envuelto en el aroma que el rosal exhalaba.

Las gentes del país, y los viajeros que pasaban por aquel lugar, se detenían a contemplar la hermosa quinta, con sus dos fuentes y su orgulloso ciprés trepado por las rosas.

—He aquí un rincón de felicidad —decían.

Toda la comarca estaba en una edad de oro, y la Naturaleza y los hombres resplandecían, y no era un mito ser puro y feliz.

Pero un día, llegaron a ese lugar algunos extranjeros que traían ya la mancha de una tierra viciada. Y se esparció la intranquilidad en la región y todos presentían algún mal, como las ovejas cuando el lobo desciende de las montañas al valle en famélicas correrías.

Una noche incendiaron dos granjas y ardieron las mieses de oro, agavilladas. Otra vez, robaron ganados, degollaron las reses y las comieron en báquico festín. Nadie dormía ya tranquilo y en las horas nocturnas la sombra de los extranjeros atemorizaba la región, y se veían espectros de sangre y grandes cabalgatas a la luz de la antorcha incendiaria y el reflejo de las crueles espadas.

Aquellos bandoleros, resolvieron en uno de sus conciliábulos asaltar la quinta de la doncella, destruirla, y echar a suertes la mujer entre ellos.

Reuniéronse una noche de plenilunio, y bajo la claridad lunar rodearon la casa y el pequeño jardín, y el más inútil de la banda estaba emboscado en el camino, dispuesto a dar el ¡alerta! si alguien venía a interrumpir la hazaña.

Silenciosamente, saltaron la tapia y fueron con lentitud hacia la puerta. Esta aparecía entornada y había luz detrás de ella. La niña velaba, sin duda.

Sin echar mano a las armas, el jefe empujó violentamente la puerta, que se abrió con estrépito.

La luz cayó sobre su faz alcohólica y embrutecida y sus vestidos salpicados de lodo. La boca del facineroso se fruncía en perversa sonrisa.

Absorta ante la siniestra aparición, la niña dejó caer un libro de sus manos. Echó la cabeza hacia atrás, y en los ojos de color de mar se acentuó un terrible espanto. Ni un grito dejaron escapar sus labios.

Y el bandido se dirigió hacia ella.

Entonces, el ciprés se convirtió en un gran gigante. Del tronco se hicieron dos enormes piernas, y el denso ramaje se trocó en un cuerpo inmenso y dos poderosos brazos.

Y aquel gigante, atacó a los malhechores, y éstos de miedo y estupor no lucharon, sino que huyeron a través del jardín, lanzando grandes gritos.

Sólo el capitán de los extranjeros se atrevió a disparar contra el ser extraño, pero la bala quedó perdida y una mano de hierro lo deshizo con su potente golpe.

La doncella nada pudo ver, porque estaba sobre el suelo, desmayada, con los cabellos cubriendo las blancas losas en un finísimo haz de seda.

Cuando abrió los ojos y sacudió el letargo, el cuerpo del bandido estaba allí, diabólicamente aplastado.

Pero en el jardín, bajo la clara noche, el gigante había vuelto a su antigua forma de ciprés.

DIBUJO DE CIRIO.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JUSTO BOU.

EL BESO

ÓLEO DE CARDONA.

ESTÉTICA AL PORMENOR

No hay que asustarse señores. No me da el sueño para atormentar al paciente lector con disquisiciones profundas sobre el alcance y proyecciones de las teorías estéticas de Platón, Hegel, Kichter y otros compañeros que me han precedido en el camino de la gloria. No. Mis aseveraciones en este caso, son mucho más modestas, y los conocimientos que pienso utilizar son a papel, es decir por debajo del cero. Los pequeños problemas de que voy a ocuparme no tienen, pues, mayor importancia; son ejemplos de estética menuda, al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias como si dijéramos, una estética para andar por casa.

No es un misterio la dificultad de encontrar una definición precisa, exacta de la belleza. Ya es vieja la fórmula vulgar de que «sobre gustos no hay nada escrito»... —aunque se ha escrito muchísimo, precisamente sobre el mismo tema, — pero debo concretarme a impresiones personales, subjetivas, de ciertos ejemplos que están bastante más cerca del Código Penal que de la Metafísica.

Entre las varias formas que existen para propagar los conocimientos estéticos, las hay afirmativas y negativas; una, enseña lo que se debe hacer, y la otra, lo que no se debe hacer. Yo, por ahora, elijo esta última.

Hace mucho tiempo leí en un periódico francés la herejía perpetrada con la Venus de Milo, aprovechada para fines utilitarios. Una reproducción de esta noble escultura había sido modificada adornándole un reloj en la

barriga y convirtiéndola de este modo en un vulgar objeto de bazar. Después supe que se habían celebrado varios mitins pidiendo la abolición de la pena de muerte.

No diré que por aquí hayamos llegado a tanto; eso no; pero admitimos sin protesta ciertas cosas a las que vendría muy bien la aplicación del «camouflage».

Existen materias, de uso corriente, que están reñidas abiertamente con la belleza: el cemento, el níquel, el aluminio, el celuloide

y la purpurina. Donde entra cualquiera de estas substancias no entra el arte.

¿Y qué me dicen ustedes del coche fúnebre? ¿Hay nada más horrendo? Aquella especie de reluciente paraguas, empenachado, que ostenta en lo alto; los paños con flecos, las columnas, los plumeros, y sobre todo las ruedas, con los radios planos, recortados, de dibujos absurdos y pretenciosos, en forma de balaustre, con filetes de purpurina, dan un conjunto de fealdad abrumadora, aplastante.

Entran ganas de no morirse para no ser transportado en semejante vehículo.

Síguele en importancia la caja registradora, de níquel, con su copete en forma de edificio chino, el timbre interior, la luz, el manubrio y los números indicadores. Objeto muy útil, no lo niego; pero, ¿no podrían haberle dado una forma menos antipática?

Fíjense un poco en la entrada del subterráneo. ¿No es verdad que parece una enorme tumba de esas que abundan en la Chacarita? Yo siempre la veo con una cruz y una corona en la parte superior y no puedo convencerme de que eso sea la entrada para tomar un tranvía.

¿A qué estilo responde el adorno de los dulces de confitería? ¿Renacimiento? ¿Luis XV? ¿Churrigueresco? Menos mal que lo dulce de su masa compensa el mal gusto de la ornamentación.

Las grutas artificiales, de cemento armado, puentes de troncos imitados, y piedras rústicas... que no son ni piedras, ni troncos, ni grutas, también constituyen un ejemplo de lo que no debe hacerse.

El jarrón de mosaicos, aprovechando los vidrios y las porcelanas que se rompen. Suelen armarlo con cemento pintando después las uniones o junturas con ¡purpurina!

¡Precioso, lindísimo! — he oído exclamar ante este prodigio rival de las porcelanas de Alcora o Capo di Monte; y a mí se me ha hecho la boca agua pensando en la destreza de los honderos mallorquines.

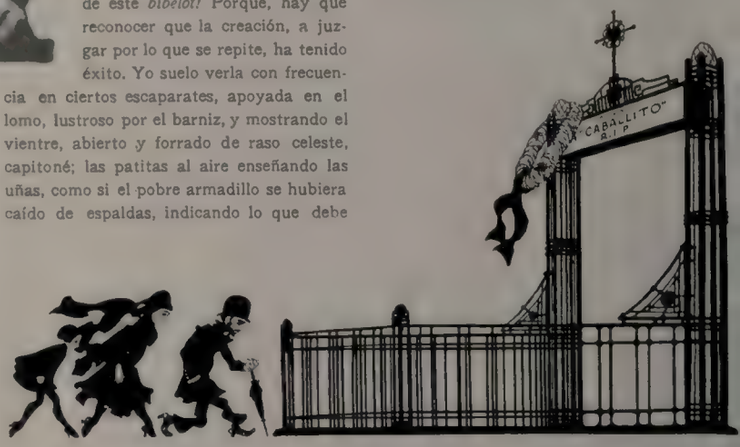
Afortunadamente ya va pasada la moda de aquellas sillas inverosímiles, llenas de curvas, sillas con corte y quebrada, que daban la idea de sentarse sobre una rúbrica.

En los muebles de vestíbulo, estilo norteamericano, hay también tal abuso de curvas, tal derroche de mimbres retorcidos, de palitroques torturados, que si los complicados adornos se hicieran en línea recta se podrían fabricar tres juegos de muebles con el material que se emplea en uno.

El termómetro grande, de punta de alabarda, que todavía se ve en algunos escritorios, dan bien pobre idea del gusto del propietario.

Los cortaplumas rechonchos, pesados, llenos de cuchillas, pinzas, limpiauñas, sacacorchos, tijeras, etcétera, que no sirven absolutamente para nada, más que para romper el forro de los bolsillos de ciertos ingenuos que creen llevar la solución de cualquier caso de emergencia.

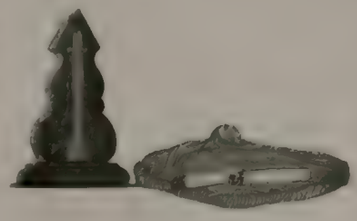
¿Y qué me dicen ustedes de la mulita convertida en joyero? ¡Qué satisfecho debió quedar el creador de este *bibelot!* Porque, hay que reconocer que la creación, a juzgar por lo que se repite, ha tenido éxito. Yo suelo verla con frecuencia en ciertos escaparates, apoyada en el lomo, lustroso por el barniz, y mostrando el vientre, abierto y forrado de raso celeste, capitoné; las patitas al aire enseñando las uñas, como si el pobre armadillo se hubiera caído de espaldas, indicando lo que debe



hacer todo espectador ante semejante engendro. Algunos, en un alarde de refinada coquetería, llegan a presentarle mordiéndose la cola. Y para complemento, suele estar acompañado de arañas, escarabajos, lagartos que, siquiera han tenido la suerte de ser expuestos al natural, como animales de menor cuantía, indignos de ser embellecidos por la mano del artista.

De espuma de mar, de treinta a cuarenta centímetros de larga, llenas de relieves y esculturas fantásticas, he visto algunas pipas que dicen que son para fumar. Su tamaño y su peso ha de ser tal, que supongo yo han de usarse colocándolas en un punto fijo, teniendo que acercarse a ellas el fumador y aplicar los labios a la boquilla todas las veces que desee satisfacer el vicio. Porque, teniéndola en la mano, es imposible, aun poseyendo las fuerzas de Paul Pons o Jhonson. En la parte correspondiente al adorno he podido ver en distintos ejemplares, lo siguiente: el descubrimiento de América, la coronación del Zar y un naufragio de un barco velero, con náufragos y todo.

Conozco personas que, no satisfechas con las formas imperfectas que la naturaleza suele dar a algunas de sus obras, las corrigen y arreglan a su modo, neutralizando aquellas imperfecciones. Los árboles son los que más se prestan a perder su forma vulgar, y para conseguirlo se les poda, corta, ata y tortura sin compasión, haciéndoles adquirir forma de botella, de paraguas, de pagoda, de cualquier cosa que responda a la fantasía del artista. Estos mismos son los que, en un derroche de estética, arreglan los parterres «a la inglesa» dejándolos que parecen un postre.



A estos grandes adoradores del estilo *Rastacimiento* o *Guarangótico*, yo les daría una cátedra en Sierra Chica, a condición de desempeñarla a perpetuidad.

En la misma clasificación zoológica que los anteriores están comprendidos ciertos admiradores de personalidades célebres. Conozco a uno cuyos padres, en un momento de desbordante entusiasmo provocado por las lecturas de las obras de Víctor Hugo, pusieron a sus hijos los siguientes nombres: Al primero (una niña) «Nuestra Señora de París García y Obes»; al segundo (varón) «Víctor Hugo García y Obes», y al tercero «Noventa y tres García y Obes»... ¡y jorobó a las pobres criaturas para toda la vida!

Hay otro de la misma especie que salvó la vida después de una operación cruenta. Este rindió tributo de gratitud a la ciencia haciendo bautizar a su hijo de este modo: «Cloroformo Requejo y Puntales»... y, naturalmente, reventó a su hijo y al cloroformo.

La rueda y el eje han revolucionado el mundo; han sido la palanca y el punto de apoyo deseado por Arquímedes. (Hoy estoy tremendo). Así y todo, como factores del arte, yo creo que no hay nada más horrendo. La rueda dentada, asombro de los amantes del progreso, que creen ver en ella el símbolo más perfecto del ingenio humano, ajustán-

dose en sus revoluciones a los dientes de otra rueda, fabrican utensilios, — que diría mi amigo Bergson, — pero yo suelo ver en ellas elementos muy perfectos para triturar bellas ideas. No conozco nada artístico hecho a máquina.

Y este sí que es un pensamiento genial, profundo, amplio y elevado, capaz por sí solo de abarcar las cuatro dimensiones.

— ¿Las cuatro dimensiones? ¿Y cuáles son?

— ¡Hombre, cuáles van a ser! Norte, Sur, Este y Oeste.

ANTONIO CAÑAMAQUE.

DIBUJOS DE SIRIO.

NOTA. — De la fealdad de la motocicleta, sin y con sidecar, no me ocupo en este artículo porque pienso dedicarle un libro entero.

HISTORIA DE UN CAMPOSANTO

POR EDUARDO DEL SAZ

Bajo la protección de la muralla y de los torreones vive el cristianísimo cementerio.

Lo que hoy es campo santo, era, hace mucho, un foso, tumba abierta para los enemigos. Allí caían las escaleras de asalto cuajadas de sitiadores; el rencor rellenaba aprisa el foso amontonando cadáveres, armas, pedruscos...

Dos razas guerreras y rivales disputáronse el dominio de aquel suelo. Venció la que vivía al abrigo de las murallas y de las fuertes torres. Las dos fueron después vencidas por el Tiempo, y el foso convirtióse en sepulcro, como toda la tierra.

Hoy el pueblo es una tumba tranquila que los curiosos suelen visitar buscando rastros del pasado. La poesía de las ruinas y de la muerte se unen sobre el antiguo foso, donde el pacífico césped oculta tantos despojos guerreros.

Allí están enterradas todas las ambiciones belicosas de la aldea; allí junto a los humildes van enterrando a todos los ambiciosos del pueblo.

Al abrigo de las murallas y de los torreones, vive un eco largo y triple. Los golpes de la piqueta, la voz de los sochantres, las campanadas retumban una y otra y otra vez. Allí, donde el sonido tiene tres vidas y el eco un dejo burlón, nada hace temer la muerte eterna.

Impasibles, erguidos, los cipreses montan la fúnebre guardia. Sus troncos, semejantes a mástiles, sus ramas que parecen alas, poseen incontrastable fuerza ascensional. Todo en los cipreses se dirige al cielo mediante la energía que sus raíces beben en la tierra.

Las almas elegidas corren por los ríos de aquella savia y huyen hacia el espacio, escapándose por las innumerables hojas. El ciprés es el símbolo de la ascensión fúnebre.

Entre los melancólicos árboles que con tanta dignidad soportan el dolor humano, se multiplican las cruces de madera, diminutos facsímiles del patíbulo romano. En cada una de ellas está crucificada una sombra: la del callado habitante de la tumba.

¡Haced cruces, muchas cruces, tantas como vuestro capricho o vuestra piedad quiera! Siempre habrá para cada una dolores, angustias y vicios a quienes crucificar en sombra.

En las horas amargas, me acuerdo del campo santo de la aldea y de su historia que se compone de todos los desenlaces de los dramas y sainetes donde hicieron su papel mis paisanos.

El sepulturero, un viejecito alegre y lindo que no tiene cara de verdugo, fué el «cicerone» cotidiano de mis visitas. Conocía a todos sus cómodos clientes.

Cuando yo era un niño, él enterró junto al ciprés más añoso al inventor del movimiento continuo. Este desconocido genio cobraba humildemente un sueldo de cartero hasta poco antes de descubrir que las máquinas podían funcionar sin gastos de combustible y sin pérdida de energía. Su desmedido sueño aguarda la confirmación sepultado bajo la cruz que no se mueve.

Muy cerca, al pie de ese tronco en cuya rugosa superficie un enamorado comenzó a inscribir un nombre femenino, duerme la novia que detuvo la sacrílega mano que mezclaba con la eternidad el egoísmo del amor.

El poeta del pueblo, aquel iluso cuyos sueños tenían ritmos y rima, descansa en medio de dos cipreses. La enemiga sorprendióle en el momento que, cansado de buscar consonantes, se desperezaba, y en aquella postura clavóle a la cruz entre dos árboles.

Muy cerquita está el cuerpo de un niño. La piedad materna trasladó al camposanto el barandal de la cuna infantil. De este modo la sepultura infantil rompe la monotonía del cementerio, poniendo algo del hogar sobre el solícito césped.

Al lado reposa la prometida que murió de amor; también en la aldea hay obstáculos capaces de poner cruel final a los idilios.

Y la hija del sepulturero, la única persona a quien él no pudo dar reposo con propia mano, duerme allá donde el cementerio se une a la muralla.

La vida presente aprende a morir preparando el curso de la vida futura.

Nada turba la tranquilidad de aquel campo santo de la aldea. Todas las muertes se desencadenaron sobre el mundo, en tanto que la muerte acostumbrada prosigue su obra acompasadamente.

Tan cansada de la fúnebre recolección se encuentra que guarda respeto al antiguo foso relleno de cadáveres, armaduras y pedruscos.

Bajo la protección de la muralla y de los torreones vive el cristianísimo cementerio de la aldea.

Duerme como un trovador que, cansado de esperar la hospitalidad del castillo, reposa junto a los muros donde le sorprendiera la noche estrellada.

Allí están enterradas todas las ambiciones belicosas de mi estirpe; allí no podré nunca descansar de mis mansas ambiciones.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JUSTO BOU.

CALLE DE UNA ALDEA DE CASTILLA

ÓLEO DE MARTÍNEZ VÁZQUEZ.

PLVS VLTRA

PAGINAS FEMENINAS

Entre los acontecimientos sociales más destacados del año, despertó singular expectativa, en nuestros altos círculos, la ceremonia nupcial de la señorita Josefina de Gainza Paz, con el doctor Raúl Sánchez Elía, celebrada en la tarde del 4 de julio, en el Templo de Nuestra Señora de la Merced.

La delicada y juvenil figura de la desposada, ha reunido, en su breve actuación, todos los prestigios; pudiera decirse de ella, que, como las ideales princesitas de leyenda, fuera dotada por las hadas previsoras, con las exquisitas cualidades que la supieron conquistar todos los afectos, como también con todas las ventajas propias de brillantísima existencia.

En el aristocrático templo, radiante de luces y armonías, en la grandiosa mansión de los Paz, donde se efectuara luego una recepción suntuosísima, con todos los contornos de un acontecimiento principesco, se destacaba la esbelta, nívea silueta de Josefina de Gainza Paz, engalanada sólo con el irresistible encanto de sus diez y ocho años. Ella pudo elegir su velo de desposada entre los viejos y maravillosos encajes, reliquias de pasados siglos, cuando diáfanas y primorosas manos entretejieron, a la vez que sus flores de ensueño, las propias quimeras, los chispazos de sus alegrías, y también de sus sentimientos. Pero prefirió recoger sencillamente, muy bajo, sobre el erguido cuello, la sombría cabellera, nimbando su aristocrática silueta con vaporosos tules de ilusión; la que pudo ostentar joyas dignas de fabulosos tesoros, no quiso más galas al iniciar su nueva vida, que las de su radiante juventud...

Deslumbrador cortejo acompañó a los novios hasta el altar. En el brillante núcleo que representaba a las familias de Gainza Paz y Sánchez Elía, figuraban hermosísimas, destacadas personalidades de nuestra alta sociedad: Zelmira Paz de Gainza, que lucía, con arrogante porte y exquisita distinción, suntuoso traje negro; la ideal belleza de Magdalena Bengolea de Sánchez Elía; la interesantísima figura de Carmen Sánchez Elía de Quintana; luego, Angélica Sastre de Paz, que estaba preciosa vistiendo rico traje de chantilly negro; como elegantísimo detalle, lucía caravanas y collar de azabache; bellísimas, también, Josefina de Alzaga Unzué de Sánchez Elía, vestida de color turquesa, con soberbias joyas, y Celina Zaldarriaga de Paz, otra de nuestras bellezas tradicionales. Luego, la delicada belleza de jovencitas como Angélica de Gainza Paz, y Mercedes Ocampo Paz...

En el templo se apiñaba brillantísima falange mundana; obscuros abrigos cubrían las toilettes claras que habrían de lucirse, minutos más tarde, en una de las más suntuosas residencias porteñas; sólo en el monumental *hall* de mármol de la casa de los Paz, fué dado admirar a las curiosas indiscretas como cierta Duende de nuestra relación, todo el esplendor del atavío de las porteñas que imponen la moda. En medio de esas elegidas, se erguía una de las más admiradas figuras de la tarde, que lucía sencillísima — al parecer — toilette de raso negro, muy lisa; rodeaba el escote de su corpiño, ancho bordado de azabaches, tallados en cuadro; las mismas piedras descendían a lo largo del talle, cortado por una faja verde obscura. Al verla cruzar con sereno y rítmico andar, el suntuoso *hall* recordaba la bonita frase atribuída al acaudalado caballero que ofreció feérica fiesta en honor de eminente embajada extranjera. Dijo el galante financista a una distinguida y espiritualísima dama: « He abierto mi casa para ofrecer en ella una fiesta digna de Sir Bunsen... pero el más lindo y preciado adorno, me lo ha proporcionado usted, señora, con la presencia de su hija... »

ENLACE GAINZA PAZ - SÁNCHEZ ELÍA. LOS DESPOSADOS AL SALIR DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

De tipo completamente opuesto al de la esbelta belleza criolla cuya silueta he pretendido fijar con breve rasgo, suntuosamente ataviada con un luminoso tissu de oro, velado en trechos por tul marrón, cubierta la rubia cabellera por elegante toca empenachada de aigrettes del mismo color marrón, despierta entusiasta comentario la delicada belleza de una encantadora dama a quien acompañan dos jovencitas que han heredado de ella su incomparable *charme*...

Clara y luminosa visión cruza luego el gran *hall*, envuelta en suntuoso abrigo de chinchilla real, cubierta también la rubia cabellera por vaporosa toca gris, verdadera diadema de aigrettes del mismo color...

Luego, alegre enjambre de jovencitas me envuelve y me arrastra a curiosear con ellas; hay que admirar los regalos, dignos de figurar en la *corbeille* de alguna soberana... y sobrada razón tenían las bulliciosas chiquillas, que apenas si tienen tiempo de ver dos o tres joyas de valor incalculable: los acordes de rítmica danza las arrastran más allá... como dorado enjambre, con sus coquetas cabecitas tocadas por turbantes de tul, sujetos con rosas, o por guías de follaje, novísimas *coiffures* que idealizan la delicadeza de sus caritas, casi infantiles... pero sin embargo, algo susurraron, a prisa, pues las reclaman sus impacientes parejas, sobre las maravillas del ajuar. Paquín ha sabido hacer derroche de suntuosidad, superada sólo por la exquisita distinción de todos los detalles, de todas esas *fanfreluches* que nos son indispensables...

Descansan en sus estuches, esperando realzar la juvenil belleza de tan interesante desposada, algunas joyas de inestimable valor: enorme zafiro de un azul gris, como no lo vi jamás en ninguna de las famosas colecciones; sólo puede figurar a su lado el magnífico solitario digno de alguna diadema real; suntuosa y completísima vajilla de plata, potiches y jarrones de esmalte, de porcelana de oriente... y entre tanta maravilla, trabajada por los artífices que tallaron luminosa pedrería, que decoraron *potiches* y *paravents* de laca, que cincelaron piezas de pesada orfebrería, la serena imagen del Divino Maestro, en enorme crucifijo de tallado marfil...

La fiesta está en su apogeo; en los suntuosos salones Luis XVI, el comedor de estilo Renacimiento, el jardín de invierno, vibran el entusiasmo y la alegría de las encantadoras compañeras de la gentil desposada: María Laura Vedoya, bellísima y muy atendida; lo mismo que Isabel Pearson Quintana, Susanita y María Luisa Rodríguez Quintana, las señoritas de Muñiz Livinsgston y de Bary: Adelia Díaz Vieyra, con todo el encanto de su lozana juventud; María Luisa Constanzó, y Amalia Chapeaurrouge; Mercedes Ortiz Basualdo, las señoritas de Bosch Alvear y de Sáenz Valiente; Mercedes Peña Unzué, Mercedes y Marta Madero Unzué... Rodeada por un grupo de *snobs*, se destaca la figurita de Angélica de Gainza Paz; indiscretos susurros insinúan que entre el círculo de admiradores los hay algunos muy insistentes... prestigiosos apellidos, compuesto el uno, y de gran actuación en los círculos aristocráticos, y de mucha influencia en los del *Turf*; sencillo y breve es el otro, de origen rosarino, vinculadísimo también en los altos círculos porteños... Sólo falta saber si la princesita de leyenda querrá también iniciar su nueva vida en los dinteles de su riente juventud...

LA DAMA DUENDE.

LA FIESTA DEL 4 DE JULIO

Fiesta de exquisito buen gusto y sumamente original, ha sido la «kermesse» organizada por la comisión de damas norteamericanas a beneficio de la Cruz Roja, que se celebró conmemorando la independencia de los Estados Unidos. El local del «Príncipe Jorge», sitio donde tuvo lugar la interesante reunión, hallábase transformado en un pequeño mundo de fábula, compuesto de ciudades en miniatura, construcciones exóticas, fuentes, cabañas, fruterías, kioscos de flores y otras novedades no menos vistosas y atrayentes. La planta baja del edificio, cuyo ambiente agradable suscitó elogiosos comentarios, representaba una calle de La Unión, tal como existían a fines del siglo XVIII. El escenario reproducía la fachada del antiguo palacio gubernamental de Filadelfia, siendo este lugar destinado para la exposición de objetos artísticos. En otros pabellones estaba el restaurant, tómbola y casa de cambio, hallándose la venta de los objetos a cargo de lindas niñas y señoras de la colonia norteamericana, ataviadas con trajes de la época de Wáshington. En el centro del jardín, iluminado convenientemente, admirábase el grupo escultórico de las tres gracias y el estanque milagroso, sitio de extraordinaria novedad y entretenimiento.

DE IZQUIERDA A DERECHA: SEÑORITA MC. CRUDDEN, KATHERINE BROOKS, SEÑOR RICHARDS BROOKS, SEÑORA A. T. SMITH, SEÑORITA ROSITA FRANKIN, SEÑORITA ELIZABETH BROOKS Y SEÑORITA MELITA THOMAS.

Varios salones del piso alto habían sido pintorescamente transformados bajo el título de «Un rincón de Bagdad». El clásico fumadero de opio, las platerías y el harén, abríanse a la curiosidad de los visitantes como una tentación. Mezclados con el público que llenaba los pequeños recintos, se veían los fakires, músicos ambulantes y mercaderes orientales, así como muchas hermosas odaliscas paseando en pequeñas literas llevadas por indúes.

A esta fiesta, cuyo éxito pecuniario sobrepasó los cálculos más optimistas, hizo acto de presencia cuanto hay de más caracterizado en la colectividad norteamericana y demás países aliados, así como muchas familias de la alta sociedad porteña.

Reminiscencias de Córdoba

En la serranía cordobesa, entre talas, co[illegible] aun estancias que [illegible] residencias de los jesuitas.

¡[illegible] en gracia de Dios [illegible] dice la inscripción latina de la vieja puerta de «Las [illegible]».

¿Qué manos tallaron el venerable tronco ¿Las toscas de burdo monje o las delicadas de aristocrático filósofo? ¿Satisfacer ambiciones de lucro? ¿Anhelos de soledad? ¿Qué buscaron en esos confines los hermanos de Jesús?

La puerta, fiel guardiana del pasado lejano, permanece muda; sólo la fecha surge entre guirnaldas de hojas, evocando imágenes de antaño.

Quizá... bajo los árboles seculares pasearа sus nostalgias austero religioso; quizá a orillas del arroyo algún espíritu febril leyó a hurtadillas las páginas del «Emilio», mientras allá, a lo lejos, resonaba el golpe del hacha, la que en el subir y bajar del brazo vigoroso domeñara instintos y pasiones...

¡1762! Juan Jacobo peregrinaba en Inglaterra en tanto germinaban en Francia las semillas revolucionarias que arrojara el Contrato Social...

¡1769! Voltaire cultivaba «su propio jardín» en los dominios de Ferney.

¡Veinte años tenía Mirabeau!

Chenier deletreaba a los clásicos en el regazo materno. Chateaubriand daba sus primeros pasos en la playa de Saint Malo y Germaine. Necker balbuceaba sus primeras palabras...

En el infinito tiempo centellaron un instante, dejándonos el resplandor de sus obras. Luces errantes interrumpen mi ensueño. ¿Estrellas fugaces? No, son los tucos los que fosforecen hoy en la noche sombría como otrora en las obscuras y silenciosas selvas que no alcanzaron a conocer los antecesores del hombre.

¡Cuán breve es la historia del rey de la creación junto a la del modesto coleóptero!

La ciencia destruye hipérboles, clasifica al primate y pone al insecto el nombre de piróforo, portador de fuego, como el sacerdote que en la vanguardia de los ejércitos llevaba la tea sagrada, como al rebelde Prometeo que inmortalizara Esquilo!

Girones de leyenda y poesía vuelan en sus alas, y de permitirlo Zeus, los magníficos focos verdes hallaran digno engarce en las pupilas de Pallas Athenea, la deidad de brillantes ojos...

Al morir de la tarde se dirigen los paisanos al oratorio.

Entre las breñas, por estrechas y tortuosas sendas, cabalgan largas horas sin que su rostro refleje cansancio.

Perfumes agrestes saturan el aire. Entreábrense los cálices de los cactus y mezclan su aroma al arrayán y al poleo. La brisa mece la grama y las corolas amarillas de los cilicios, cuyos filamentos rojos parecen destilar sangre penitente...

Absorto ante el abismo, el arroyo se detiene y calla en «el agua parada», luego, travieso sigue besando helechos y nenúfares.

Al paso de los jinetes huyen los lagartos bajo las piedras negruzcas, entre las que asoman, como retorcidas serpientes, las raíces de vetusto algarrobo.

Oculta en la hondonada está la capilla.

En el caserío desierto, la maleza ha invadido el patio, las ventanas y el pozo de cadenas enmohecidas.

Verdes higueras prestan sombra al hilo de agua que riega el yermo, antes jardín, donde las yucas alzan aún sus blancos cascabeles y las achiras sus lenguas de fuego.

De las sierras y estancias acuden los peones y puesteros con sus mujeres e hijos.

Lucen prendas de fiesta: ponchos a listas, pañuelos con flores, sayas de tieso percal, enaguas con randas.

Atan sus cabalgaduras en las ramas de los árboles, y piadosos entran al lugar sagrado.

Sobre el altar, entre azucenas de papel, extiende Cristo sus brazos redentores y la Virgen sostiene, displicente, al pequeño Jesús.

Antiguo lampadario cuelga de las vigas y cuadros de tintes obscuros cubren las paredes.

El cura, de rostro socarrón, canta, al lado del clavicordio, himnos a María: «*sirena* del mundo, vaso de néctar embriagador...»

Los fieles de alma sencilla, escuchan las alabanzas profanas, con igual beatitud que aquellos del siglo XV oyeran al Cardenal Bembo amenazarlos con la ira de los dioses inmortales.

Bendita fe, ¿quién se atreve a desarraigarte, sin dejar algo más hermoso y firme en los espíritus ingenuos?

La concurrencia reza en coro la Salve, y la ceremonia termina al anochecer.

Como las aves a sus nidos y los hatos al aprisco, vuelven los serranos al rancho solitario.

Ya las vizcachas salen de sus cuevas, los buhos sobre pinos y postes acechan su presa y en el ocaso esfúmanse los contornos del Cerro de la Cruz.

Envuelta en tules despídese de natura la estación de las mieses y sobre el monte extiende vaporosos cendales.

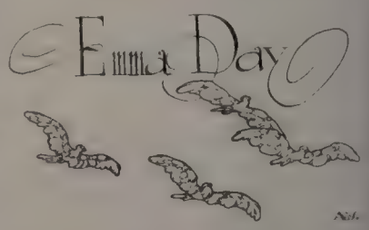
Las telarañas que el rocío esmalta, las ramas con finas sartas de perlas, los musgos con gemas cristalinas, los líquenes plateados y las lianas ondulantes lloran la ausencia de la ardiente viajera.

Sobre el pajizo techo, las golondrinas pían, sacuden las alas y en fantásticos giros revolotean alistándose para la partida.

Amarillean las hojas de la glicina que cubre troncos muertos, en el cáliz de las dalias yacen inertes mariposas, y el álamo, centinela de la cañada, surge en la bruma como vago espectro que viera pasar el hoy y el ayer...

A lo lejos ¡el mañana! la pampa con sus chañares, espinillos y verbenas multicolores, aire puro, libertad, horizonte sin fin...

Emma Day



Encuesta

En qué forma la mujer de la clase pudiente [illegible] para tratar de mejorar la condición en que se encuentran las mujeres obreras de nuestro país?

Dadas las circunstancias de los tiempos presentes, creo que, entre otras, la organización sindical es de suma importancia.

La obrera no es esa joven alegre que imaginamos y libre de trabajos, que parece vivir de la sonrisa y de la galantería. ¡No!

La obrera es aquella mujer que cada día debe hacer grandes sacrificios y enérgicos esfuerzos.

Necesita tanta fuerza, tanto apoyo: y eso lo encontrará en los Sindicatos Católicos.

Un Sindicato es una agrupación de personas de una misma profesión, que se unen para defender sus intereses y mejorar las condiciones de su trabajo.

Ahora bien. ¿Qué es un Sindicato Católico? Es aquél que tiende a conseguir sus fines por medios pacíficos, respetando los grandes principios que son la familia, la sociedad y la propiedad.

A más de los beneficios propios de la unión, los sindicatos ofrecen a sus adherentes, médicos y abogados honorarios, agencia de colocaciones gratuitas, clases de idiomas, cooperativas, etc.

El dinero tiene dos valores, uno real y otro nominal. Por ejemplo: el valor nominal de $ 1, es 100 centavos; y su valor real es todo lo que se puede comprar con ese peso. Así con el beneficio de la cooperativa, se aumenta el valor de los sueldos, porque en realidad se consiguen más cosas con ese mismo dinero.

Los Sindicatos Católicos no imponen obligación religiosa; pero sí exigen buenas costumbres.

Enseñan a sus adherentes la defensa de sus derechos; pero sin lesionar los derechos de los demás. Ofrecen una gran ayuda moral, puesto que vienen a ser la familia profesional, que vela por todos sus hijos. Hasta ahora sólo existían sociedades de resistencia, que son organismos de lucha pero no de pacificación social.

Por eso vemos llenos de gusto organizarse estos nuevos Sindicatos Católicos de Empleadas, de Costureras, de Telefonistas, de Obreras Fosforeras, llenos de vigor, llenos de fe.

Es de desear que todas las personas de buena voluntad tiendan a favorecerlos, porque a más de ser una obra buena y grande, es una obra patriótica, puesto que, salvando a la mujer, se salva a la Patria!

María Rosario Ledesma.

Es este un problema mucho más difícil de lo que en el primer momento parece.

En síntesis se puede, sin embargo, contestar esa pregunta, a mi modo de ver, en la siguiente forma:

1.º Haciendo todo lo posible para conservar la salud de la obrera a fin de prolongar su vida en una forma agradable, útil y económica.

2.º Propender a robustecer su moral y a refinar sus gustos.

3.º Tratar de aumentar su capacidad adquisitiva, dándole una instrucción práctica a la vez que utilitaria.

4.º Instituir el ahorro, buscando al mismo tiempo su mejor empleo.

5.º Fomentar el cooperativismo en todas sus formas.

6.º Asegurarles una vejez tranquila e independiente por medio de la creación de cajas de pensiones formadas con la contribución obrera, patronal y gubernativa.

Emma W. de Pietranera.

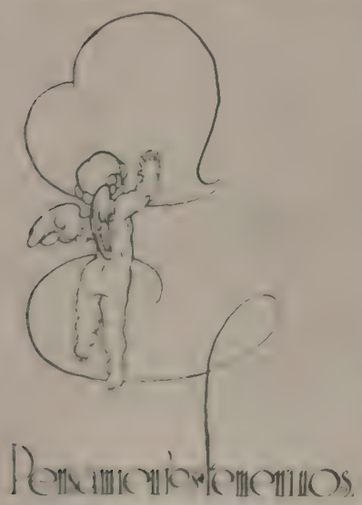
Se debería propender a la creación de Escuelas de Economía Doméstica, con programas prácticos de enseñanza que formen las mujeres aptas para la vida, y que en casos necesarios sepan, sin mayores recursos, gobernar su hogar, de cuya buena dirección depende la paz y tranquilidad en las familias.

Inculcarles ideas de higiene, evitando con esto la propagación de enfermedades, como para obtener la salud de las nuevas generaciones.

Con este fin el Instituto profesional de Economía Doméstica, dirigido por las Religiosas de Jesús María (Tacuarí, 1005), da cursos gratuitos nocturnos para obreras.

No obstante éste y algunos otros, es un número muy limitado para lo que exige el considerable elemento necesitado.

María Elina Yañis.



Pensamientos

Prodigarse, es encontrarse; *quiero ser útil*, sí; la vida debe tener un objeto, un fin, que conscientemente se siga, y que se busque a pesar de los [illegible], de los obstáculos, y los tropiezos. *Quiero, quiero*, eso es lo que hace falta decir y sentir, pero con energía que no se doble, no se quiebre, con firme resolución. Pensad en la obra del agua que tranquilamente corre y orada con su constancia la piedra más dura y tenaz, pero menos tenaz que perseverante.

Hay veces que la voluntad se manifiesta como huracán que arrasa y despeja el cielo, cambiando la vida como la tormenta cambia la atmósfera; pero no es lo corriente, y nosotras debemos pensar que a todo se habitúa el ser humano, y si la violencia obra de continuo, ésta tendrá que ir en aumento para hacerse sentir siempre, mientras que la suavidad, cada día más intensa, al perseguir el mismo fin, logrará su objeto serenamente, porque la calma trae siempre beneficios más positivos y firmes; y sobre todo, debemos considerar que la energía significa fuerza, *pero no violencia;* que es una fuerza que se manifiesta constantemente, que debe mantenerse como corriente continua...

A la energía, a la voluntad, debe unirse el amor; llenad las fuentes de vuestras almas de tan grande bendición, para que podáis derramarla en vuestro camino, que la huella de vuestro paso quede marcada por una caricia, por un beneficio, por el imperceptible rastro de una lágrima enjugada a tiempo, por un dolor que supisteis evitar, por la esperanza que inspiráisteis, por la fe que ilumina y alienta, por el amor que conforta siempre... Bendecid el amor a vuestros semejantes, uniéndolo siempre a vuestra firme voluntad.

Serenísima.

«PASANDO LAS HORAS».—La señorita Cleopatra Cordiviola ha reunido en un libro, que lleva por título el mismo que encabeza estas líneas, varios cuentos cortos, que demuestran, por su estilo sencillo y ameno, el espíritu culto y clara inteligencia de su autora.

Cómo me hice novelista

Por Pablo Della Costa

Después que los Gutiérrez — los doctores don José María y Ricardo — abandonaron la redacción de «La Patria Argentina», — allá por el año 81, — quedaron al frente de ella los Gutierritos, como llamaba Sarmiento a los hermanos Eduardo, Alberto, Carlos y Juan Nepomuceno Gutiérrez, famosos todos ellos por distintos conceptos literarios y artísticos. El diario vivía en pleno auge, al que imprimían un sello de juventud, de energía, de vivacidad y de alegría propia de aquellos tiempos más felices que los presentes, los amenísimos periodistas.

Pero, desgraciadamente para «La Patria Argentina», aquella asociación de hermanos tan unida, tan inteligente y tan activa se disolvió una noche como por arte de encantamiento, y quedó en el diario, como exclusivo dueño, don Juan Nepomuceno, que si no era un escritor profundo e ilustrado, tenía dedos para organista, es decir, sabía manejar el manubrio periodístico. El único defecto que tenía don Juan, era que adoraba la literatura romántico-truculenta, y no pasaba día sin que la hoja no tuviese en sus columnas un asunto capaz de hacer poner los pelos de punta.

Alejados los hermanos de la redacción del diario fuimos llamados a formar parte de ella Felipe J. Moreira, Juan Lussich, Mariano Zamudio, Julio Llanos, Rafael Barreda, Romerito, el de «Los amores de Giacumina», tres o cuatro noticieros y yo. La teoría de la división del trabajo no se conocía en aquella casa. Eramos aptos para todo; lo mismo escribíamos un artículo sobre la política del momento que criticábamos un cuadro, dábamos cuenta de una fiesta o traducíamos un folletín espeluznante. La cuestión era trabajar mucho, de buen humor y por poco dinero, como se estila ahora.

Un día, después de algún tiempo de la nueva organización del personal, don Juan nos dió una detenida conferencia para probarnos que era patriótico y generoso que «La Patria» apareciese también los lunes, — cosa que no hacía ningún diario entonces, — y que, por consiguiente, era indispensable que también trabajásemos los domingos.

— Para que ustedes no se perjudiquen, — concluyó diciendo, — cada uno de ustedes escribirá, los domingos, un artículo literario, cuento, novela u otra cosa por el estilo; mi hermano Ricardo juzgará de la bondad de los mismos, y el mejor de los trabajos tendrá un premio de 200 pesos moneda corriente, ocho pesos oro, cada semana.

No discutimos, pero mentalmente resolvimos que cada premio pagado significaría un banquete en la fonda de «Las 14 provincias», en holocausto a nuestros propios talentos literarios. En el primer domingo Juan Lussich hizo una filigrana romántica, y se llevó el premio; en el segundo le tocó a Felipe Moreira. Llegamos al quinto domingo y yo continuaba más que placé. En vano me había esmerado en hacer cosas delicadas, bonitas, interesantes; el premio no me llegaba nunca. Tuve una idea: era necesario penetrar en el alma literaria de don Juan, a quien, ya por aquel entonces, habíamos apodado «Don Juan Daga», y así lo hice. Escribí un cuento dramático, lleno de tiros, puñaladas, celos, mujeres muertas, niños abandonados, etcétera. Aquello era de matarme a palos, y, efectivamente, don Juan me dió el premio de los doscientos pesos, porque había hecho caso omiso del juicio literario del Dr. Ricardo Gutiérrez.

No contento con esto, al día siguiente don Juan me llamó aparte, y con la voz más cavernosa de su vasto repertorio, me dijo:

— Usted tiene profundamente desarrollada la curva dramática; tómese un par de días de descanso y después usted me escribirá una novela histórica, una novela sensacional, argentina, nuestra, sobre un tema realmente emocionante.

Acepté los dos días de licencia, que buena falta me hacían, y en seguida me puse a buscar los antecedentes históricos del tema que me había dado don Juan.

Se trataba del asesinato de Fray Dionisio Muñoz, prior del convento de San Francisco, ocurrido en 1819, perpetrado por otro fraile, llamado Polanco, con la complicidad de un tercer fraile de apellido Rosa. El asunto no daba materia sino para una modesta crónica policial. Era un drama de envidia y de celos en el que no había intriga mayormente explotable; pero don Juan quería una novela tremebunda y había que complacerle. Empecé la obra y eché a rodar la fantasía por esos mundos de Dios, dando saltos y tumbos, inventando personajes, citando acciones, describiendo momentos y paisajes, esto es, tejiendo alrededor del modesto crimen pasional un verdadero

crimen histórico y literario, que llegó a veinte folletines. A medida que la novela avanzaba, don Juan me decía, siempre con su voz sepulcral, pero cariñosamente:

— Usted será un gran novelista, un glorioso novelista argentino...

No hay para qué decir, que don Juan estaba profundamente equivocado. Cuando terminé «Fray Dionisio Muñoz», Julio Llanos escribió «Camila O'Gorman», adornada con tales detalles que, no sabiendo el autor qué hacer con la infortunada heroína, la sometió a la tortura de ser comida por los mosquitos, frente a Corrientes, abordo de un pailebote, durante quince días, como expiación de su delito de haber amado.

Después, si mal no recuerdo, Rafael Barreda publicó un folletín titulado «La pera envenenada», que debe haber tenido gran acopio de muertos, heridos y hecatombes de todo género, porque don Juan lo felicitaba muy a menudo, a medida que la novela iba desarrollándose. En seguida volvió a tocarme el turno a mí, con una novela guerrera.

— Váyase a visitarlo al doctor Angel Justiniano Carranza, — me dijo un día don Juan. — El le va a dar datos sobre la defensa heroica que hizo de la ciudad de Catamarca, el gobernador Cano, contra una invasión de Choyanos capitaneada por Ibarra y por Varela, el año 1840. ¡Le va a salir una novela gaucha, lindísima!... ¡Hubo muchos muertos en esa acción!...

No agregamos una palabra más. Dos días después se inició en «La Patria Argentina» la publicación de la novela «Choyanos y Catamarqueños», de don Pablo Della Costa, en la cual la historia estaba completamente ausente, brillando en cambio, con luz fúlgida, el incendio, el saqueo, la matanza, la violación, todo el horror de la guerra civil, bajo el estímulo, bajo el acicate cada vez más creciente de don Juan, que me incitaba a matar, a degollar por la nuca y de parado, para que el efecto fuese más dramático.

Terminada esta segunda novela mía, de la cual le pido humildemente a Dios que me perdone, entró en turno Juan Lussich, con un romance que se titulaba «La mujer embarrilada». Era un drama del suburbio. Un almacenero de Barracas cogió en renuncio a su mujer y una noche tormentosa la metió en el sótano del boliche, la mató, la descuartizó, guardó los restos humanos en una bordalesa vacía, que llenó de sal y la tapó herméticamente, colocándola en el fondo de la estiba. Poco tiempo después el almacenero vendió el negocio y desapareció del país. Una crecida grande del Riachuelo mordió los cimientos del boliche y el almacén se derrumbó, matando al nuevo propietario. La policía descubrió los restos humanos depositados en el barril y procedió al esclarecimiento del crimen, condenando a veinte años de galeras al delincuente prófugo.

Juan Lussich inició la novela con un fervor dramático propio del manojo de nervios que tenía en el cuerpo. Al llegar al octavo o noveno folletín, una pulmonía fulminante, de esas que no tienen remisión, lo echó en cama. Don Juan Daga, que no quería perder su clientela, suspendiendo el folletín, me encargó que viese al enfermo, le pidiese el plan de la obra y la continuase hasta tanto pudiera abandonar la cama. Cuando llegué a la casa del infortunado amigo, estaba poco menos que en agonía. Lo vi y tuve escrúpulos de hablarle del asunto antipático que me llevaba hasta su lecho de moribundo. Hablar de novelas a un cadáver, era un crimen que yo no podía cometer. Me volví entristecido a la redacción y di cuenta del estado en que se hallaba el pobre Lussich.

Pero el folletín había que continuarlo irremisiblemente. Leí con todo apuro lo que había escrito Lussich, y confieso que no supe, en el primer momento, continuar la obra. Entonces me cogí de un cabello. La protagonista había nacido en Génova, y, para salir del paso, correspondía que hiciese una descripción de la ciudad, con su puente de Carignano, con su iglesia de Santa Margarita, su monumento a Colón, su cementerio famoso, su teatro della Fenice, su nobilísimo hotel Feder, sus colinas, sus valles, su Linterna y su golfo, y, para no salir del tema, conté cómo la protagonista, paseaba los domingos por la ciudad llevada de la mano por sus padres, lo que importaba, según dicen los franceses «principiar por el principio».

Seguí la novela lo mejor que pude y ya iba llegando al desenlace cuando un domingo, Felipe Moreira, que dragoneaba de subdirector, me dijo:

— Pablo, es necesario que tú hagas la crónica de las carreras; se ha enfermado el cronista y tú le reemplazarás por hoy.

— ¿Y el folletín, — le dije, — quién lo hace?

— Lo harás tú después que vuelvas.

Yo no entendía un pito de carreras; no había ido nunca al hipódromo, no sabía nada de caballos, de jockeys, de aprontes y de favoritos. Sin embargo, traté de salir airoso del empeño. Hice un gran cuadro de luz, de sol, de ambiente, de movimiento, de mujeres hermosas, de sombrillas, de sombreros, de vestidos, de risas, charlas, coqueteos, y, al final, por todo dato sportivo, puse: «Ganaron los caballos tales y cuales».

A las diez de la noche, después de una comida opulenta, — algunas veces solía brindármelas, — terminé mi brillantísima crónica, que fué todo un éxito de color y de vida y entregué los originales a Moreira, quien al recibirlos me dijo:

— Ahora sigue el folletín...

— ¿El folletín? ¡Estás loco!... Ya he trabajado bastante por hoy...

— ¡Pero hombre!...

— Sí... ¡no escribo una línea más!...—protesté.

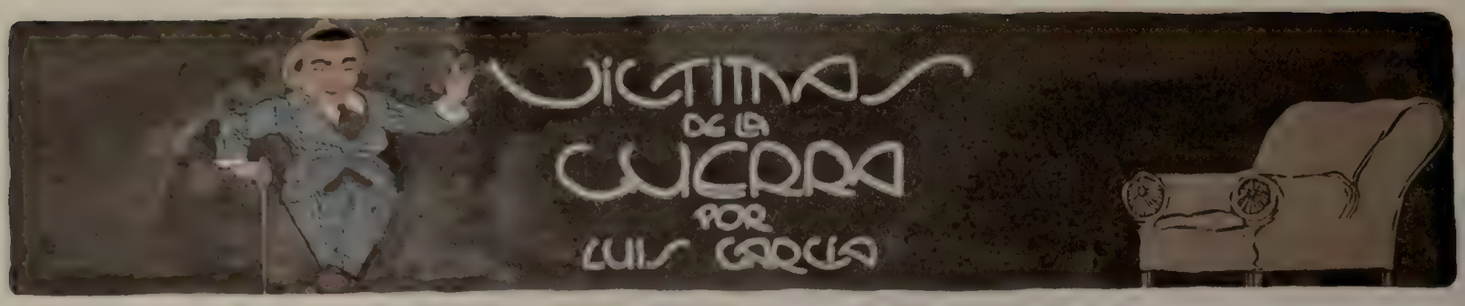
— Tendré que seguirlo yo, — dijo Moreira resignado ante mi negativa rotunda de continuar rompiéndome los sesos.

¡Y así fué!... Moreira se puso a trabajar el folletín y yo me fuí a dormir. Al día siguiente, cuando abrí «La Patria Argentina», vi que Moreira había terminado en doscientas líneas la novela, asesinando, descuartizando, embarrilando y salando, él mismo, con sus propias manos y con lujo de detalles, a la infeliz amante genovesa.

¡Asesino!...

Desde aquel día, para que nadie me robase presas tan codiciadas, juré no escribir más novelas, para bien de las letras argentinas y para que no me entierren uniformemente execrado por mis coetáneos.

DIBUJO DE ALVAREZ.



De carácter ligero,
holgazán como un príncipe de oriente,
hablador, insolente,
mezcla de cachafaz y caballero,
es Antonio un farrista impenitente
que cuesta a sus papás mucho dinero.
Después de escribir versos a la luna
y sentirse rendido,
Antonio, que ha sabido
que quien menos trabaja hace fortuna,
pensó:
— Voy a ganar muchos millones,
porque tengo sobradas condiciones.

Vino a estudiar dispuesto;
mas como el estudiar es tan molesto,
hace tres años ya que, reprobado
en la misma materia,
continúa tan fresco y animado,
pues, tres años ¿qué son? ¡una miseria!
Siendo un hombre de mucha fantasía
y hallándose sin plata el otro día
meditó un largo rato,
como medita todo el que anda pato,
y, por fin, exclamó con alegría:
— ¡Y no haberlo pensado! ¡Qué borrico!
¡La guerra! Con la guerra seré rico.

Alemanes, ingleses,
italianos, franceses,
turcos, belgas, austriacos (toda Europa
que ya se ha vuelto «opa»
o lo será del todo en unos meses)
claman en vano a Dios que se hace el sordo.
Y ahí está, justamente, el caldo gordo.
Cuando acabe la guerra
y noten que en su tierra
no queda un hombre sano
ni «apto para el consumo»:
¿qué harán, pobres mujeres? ¡La del humo!
Todas vendrán aquí tarde o temprano.
Será una emigración extraordinaria
de niñas casaderas:
y habrá entre esas legiones de solteras
la noble millonaria,
la vieja adinerada y caprichosa,
la puritana adusta,
la ex novia de algún *von*, triste y llorosa,
la burguesa robusta,
la joven tierna y triste
que vive de ilusiones y de alpiste,
la poetisa fea e irritable
que habla sólo de rimas y de ritmos,
la doctora que enseña
ética, logaritmos,
chino, latín o bable,
la cantante risueña,
la jamona en asuntos de *flirt* ducha
y la miss macilenta y larguirucha.
Y como para ellas —
me refiero a las ricas y a las bellas —
seré motivo de sorpresa y pasmo,
se me disputarán con entusiasmo.
¡Será el tributo de las cien doncellas!

Y a quien elegiré. Luego veremos.
Hay que reflexionar. Reflexionemos.

Una Gretchen fornida
me alegrará la vida.
De Schiller o de Wagner hablaremos
en una suave paz no interrumpida.
Mi ropa coserá cuando esté rota
y me hartará de amor y de compota.
Un himno entonaremos
a la naturaleza,
y entre dulce sonrisa y dulce llanto,
filosofía, música y cerveza
formarán nuestro encanto.
A Dios elevaremos nuestras preces:
me trocaré en un hombre muy sesudo
y, serio y barrigudo,
seré padre catorce o quince veces.

Buena está una alemana.
Pues ¿y si me tocase una italiana,
o una turca soberbia,
o una hermosa rumana, o una serbia,
o una rusa (una Olga
«que ha nacido en las márgenes del Volga»),
o una montenegrina,
o una belga con fama de heroína,
o una austriaca elegante,
o una griega divina,
o una... ¡no! no sigamos adelante.
Es un tema escabroso
ese harén bien surtido y peligroso.

También me gustaría una francesa
más bien flaca que gruesa,
que se pintase un poco
y con su ingenio me volviera loco,
enamorada de cualquier futesa,
censora más aguda que Aristarco,
algo Claudina y algo Juana de Arco,
con su poco de artista.

cocinera y modista,
alegre, espiritual y que me amase
...y que no me engañase.

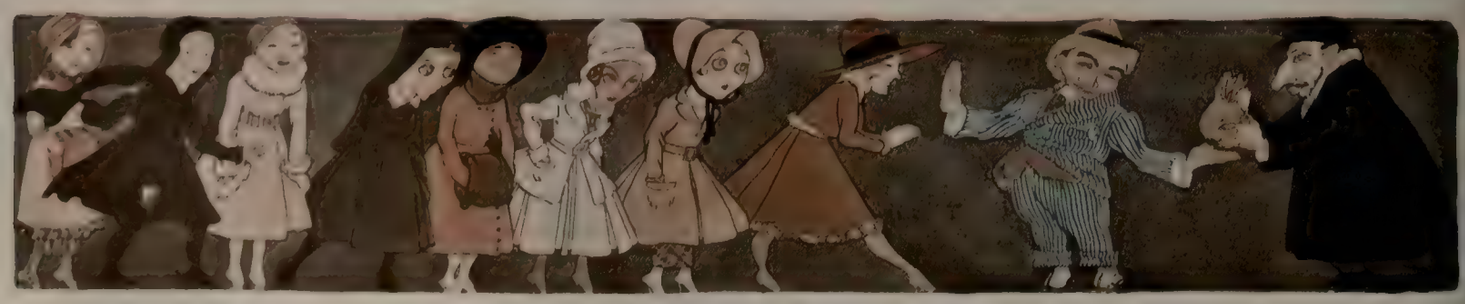
Una inglesa muy rubia y con perrito
¡ay! ¡cómo me abriría el apetito!
La inglesa, el perro y yo ¡lindo terceto!
seríamos felices por completo.

¡Qué se acabe la guerra
y que venga de Prusia o de Inglaterra,
pero que venga pronto,
la jamona o la chica

de buena planta y rica
a quien adoro en sueños como un tonto!

De Austria, Bélgica o Francia,
no hay duda que vendrán en abundancia
¡y que traerán platita! ¡es lo primero!
Yo no sigo estudiando ¡qué demonio!
se trata de un negocio de importancia.
¿Y no voy a encontrar un usurero
que sobre mi futuro matrimonio
se apresure a prestarme algún dinero?

DIBUJOS DE SIRIO.



La gente chic fuma

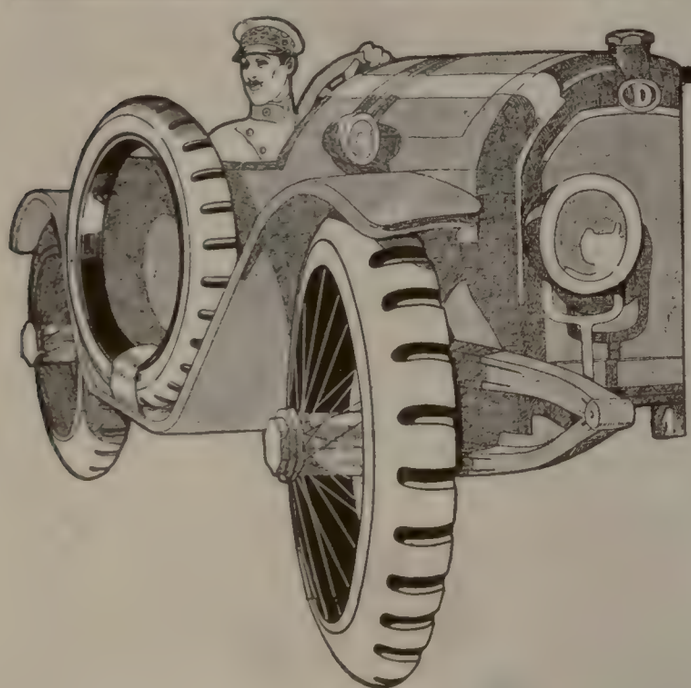
CIGARRILLOS

Reina Victoria

PEDRAOS 1.1.1.

RUINAS DEL "MONASTERIO", EN YUCATÁN

UNA DE LAS MAS HERMOSAS OBRAS DE LA ARQUITECTURA PRECOLOMBIANA, ES EL «MONASTERIO» O «CAN DE LAS MONJAS», EXISTENTE EN UXMAL (PENÍNSULA DEL YUCATÁN). LOS MAYAS DEJARON COLOSALES HUELLAS DE UNA CIVILIZACIÓN QUE HABÍA ALCANZADO A PRODUCIR UN ARTE EXQUISITO.



PNEUMÁTICOS

DUNLOP

CON ELLOS SE CONSIGUE

VELOCIDAD

RESISTENCIA

DURACIÓN

USARLOS Y ADOPTARLOS, ES UNA COSA MISMA.

EXISTENCIA EN TODAS LAS MEDIDAS EUROPEAS Y NORTEAMERICANAS

1299 - VIAMONTE - 1299

UNION TELEFONICA, 6301, JUNCAL

"AL CELESTE IMPERIO"

ANTIGÜEDADES
Y
OBJETOS
DE ARTE
EN
PORCELANA
CHINA
SATSUMA
MARFIL
Y
BRONCE

NOVEDADES
FANTASIAS
SEDERIAS
BORDADOS
KIMONOS
MANTONES
DE
MANILA

WONG LEE Y Cía. 宏利公司

CARLOS PELLEGRINI, 500

ANEXO:
LAVALLE, 1023

¡Pruébalos... verás qué ricos!...

CÓMO SE ELABORAN EN EL PAÍS, CON PRODUCTOS NACIONALES, ESTOS DELICIOSOS

Bonbons Extra

SUPERAN POR SU FRESCURA A LOS MEJORES IMPORTADOS.

FABRICADOS EXCLUSIVAMENTE POR LA
CONFITERIA LOS DOS CHINOS
DE CONTARETTI HNOS.
ALSINA Y CHACABUCO · BUENOS AIRES
LOS DOS TELÉFONOS

SE VENDEN EN CAJAS DE VARIOS TAMAÑOS Y SUELTOS A $ 6. EL KILO, EN LA FABRICA Y EN LA
CASA ARGENTINA SCHERRER
161, SUIPACHA, 185 · BUENOS AIRES

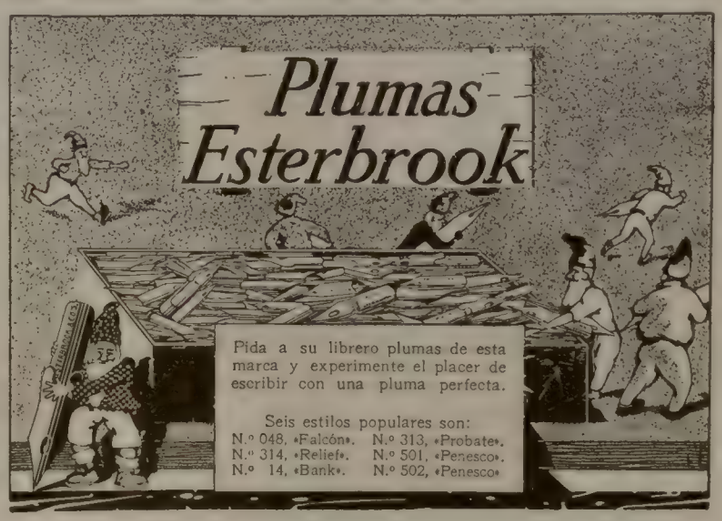
BILLETERA DE SEDA CON FILOS Y MONOGRAMA DE PLATA.

MONOGRAMAS
EN ORO Y PLATA
ESTILOS MODERNOS

NOVEDADES: EN BOLSITAS PARA SEÑORAS — CARTERAS PARA CABALLEROS — CARPETAS PARA ESCRITORIO — PORTA DOCUMENTOS — BILLETERAS — PORTA MÚSICAS — MONEDEROS.

SE HACEN COMPOSTURAS Y TODA CLASE DE ENCARGOS.

CASA BISH
ESMERALDA, 81 - U. T., 1470, AVENIDA



ARTISTAS NORTEAMERICANAS

El dinero, unido a la generosidad en gastarle y a ese exquisito buen gusto de que en todas las ramas del arte están dando inequívocas pruebas los norteamericanos, hace verdaderos prodigios.

Júzguese por la indumentaria de las tres bailarinas cuyos retratos reproducimos en esta nota, que tomaron parte en un festival a beneficio de los heridos en la guerra. La propiedad y riqueza de los trajes, así como la maestría de ellas las hace resistir ventajosamente toda comparación con sus rivales de Europa.

DOROTHY LIPKTON GIRL CIMINE.

MIS PETER MIJER.

MISS GERALDINE TITZGERALD.

SECRETOS REVELADOS

DE COMO PUEDE CONSERVARSE LA HERMOSURA JUVENIL

POR

CHARLOTTE ROUVIER

LOS BARRILLOS DEJAN EL CAMPO

UN remedio positivamente instantáneo contra los puntos negros, grasas y poros del rostro, recientemente descubierto, está ahora en general uso en todo «boudoir» de damas. Es muy sencillo y tan agradable como inofensivo. Echese una tableta de stymol (que se vende en las droguerías) en un vaso lleno de agua caliente. Así que haya desaparecido la efervescencia producida, lávese la cara con el líquido, usando una esponjita o un paño blando. Séquese la cara, y se verá que los pigmentos negros han abandonado espontáneamente su nido para morir en la toalla, y que los poros grasientos también han desaparecido y se han borrado como por encanto, dejando la cara con un cutis liso y suave y de una frescura encantadora. Este tratamiento tan sencillo debe repetirse unas cuantas veces con intervalos de cuatro o cinco días, a fin de asegurar la permanencia del maravilloso resultado obtenido.

UNA CABELLERA NATURALMENTE ONDULADA

EL buen stallax no solamente produce el mejor shampoo posible, sino que además tiene la propiedad peculiar de formar una natural y pronunciada ondulación en el cabello, efecto que seguramente desean casi todas las damas. Una cucharadita de las de café llena de granulados stallax disueltos en una taza de agua caliente, deja amplio margen para hacer un magnífico lavado de cabeza y da al pelo una brillantez y suavidad que ninguna otra cosa conocida puede proporcionar. Es totalmente inofensivo y puede comprarse en casi todas las droguerías. Como hasta ahora ha sido poco usado para este propósito, el stallax sólo se vende en paquetes con sello original, conteniendo cada paquete cantidad suficiente para veinticinco o treinta shampoo.

RENOVACIÓN DE CUTIS POR ABSORCIÓN

SI su cutis está estropeado con palidez, manchas, barrillos o pecas, de nada sirve que use usted polvos o pinturas, lociones, cremas y otras cosas para hacer desaparecer estos fastidios. A menos que tenga usted la habilidad de un artista, desfigurará su apariencia mucho más.

El nuevo método racional es quitar el cutis mismo con todas sus faltas ofensivas. Cómprese un poco de cera pura mercolizada en una botica, y úsese por las noches, lo mismo que si fuera cold cream. Quítese por la mañana con agua y jabón y un salpicón de agua fría. La cera mercolizada absorbe la banda mortecina de piel en pequeñas partículas, de manera que nadie nota que está una arreglándose la cara, a no ser por su resultado, que es verdaderamente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis saludable y hermoso.

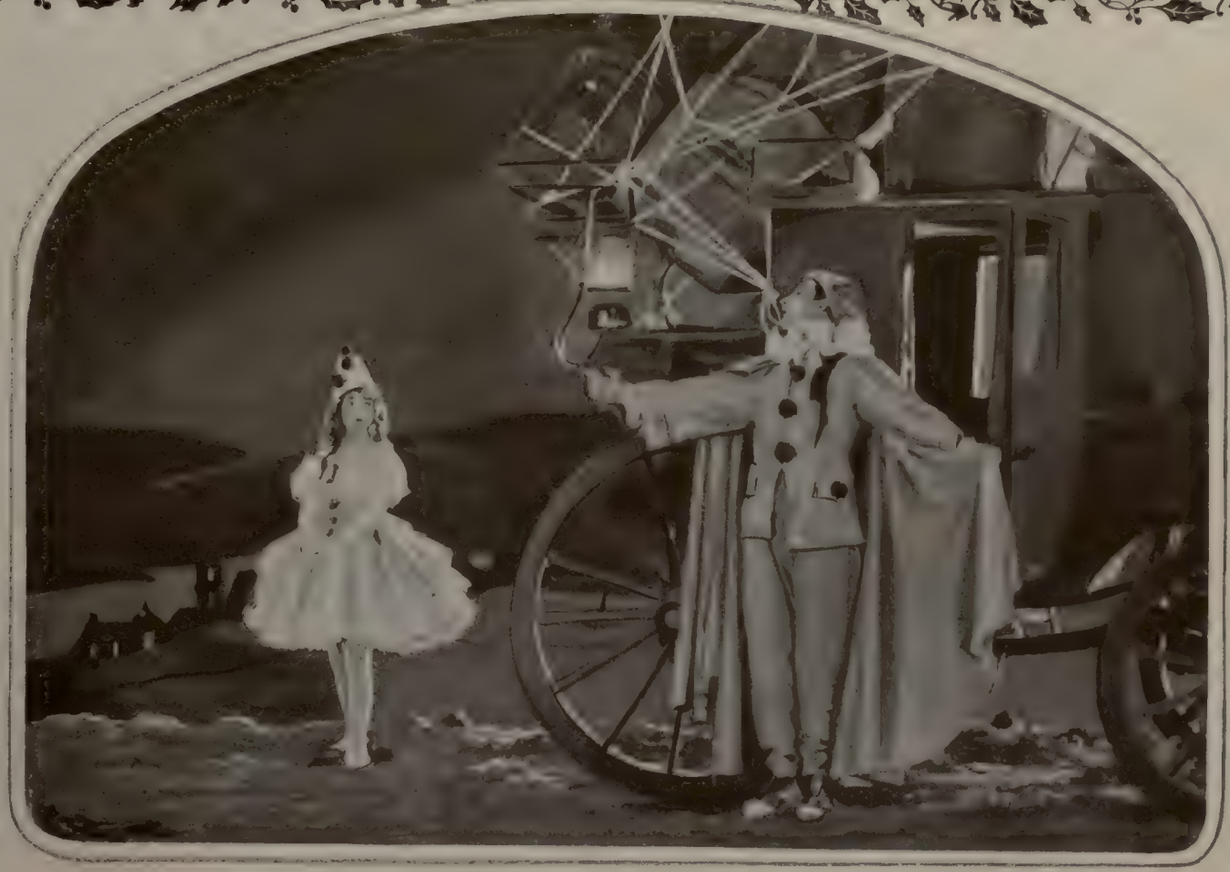
Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente con un envoltorio de cartón blanco, con las palabras en inglés «pure mercolized wax», impresas en azul.

SUPRESIÓN DEL BOZO EN LA MUJER

PARA las damas que ven su belleza desfigurada por este molesto crecimiento de vello, constituirá una gran noticia saber cómo se extirpa de un modo permanente ese vello. Para este propósito debe usarse el porlac puro pulverizado de cuya substancia casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza. El tratamiento se recomienda no sólo para la desaparición instantánea del vello que os desfigure, sino para matar por completo las raíces, sin que por esto sufra la belleza de vuestra piel.

CANAS A UN LADO

LAS canas son a menudo una seria contrariedad que se presenta tanto a hombres como a mujeres cuando aun se encuentran en la plenitud de su vida. Las tinturas para el cabello no deben usarse siempre porque sus inconvenientes son obvios y además causan perjuicio al pelo en muchos casos. Pocas personas saben que una fórmula muy sencilla, fácilmente hecha en casa, devuelve a las canas el color primitivo del cabello, de la manera más inofensiva. Basta con que compre usted dos onzas de tammalite concentrada en casa de un boticario, y las mezcle con tres onzas de ron o espíritu de laurel. Aplique usted esta sencilla e inofensiva loción a su cabello durante unas cuantas noches, por medio de una esponjita, y las canas desaparecerán paulatinamente. La loción no es grasienta ni pegajosa, y ha sido probada con éxito una y otra vez durante varias generaciones por las personas que han tenido la dicha de poseer la fórmula. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.



...O Colombina, il tenero
fido Arlecchin
é a te vicini
Ver te chiamando,
e sospirando aspetta il poverin?...

DESDE EL 1.º DE AGOSTO

REGIRAN ESTOS NUEVOS PRECIOS PARA LA VENTA DE MIS RENOMBRADAS

AGUAS DE COLONIA

DESTILADAS SOBRE FLORES

LE SANCY — Kendal — Nora — Duc

«LE SANCY» SIMPLE
IDEAL PARA EL BAÑO

Frasco grande.. $ **3.70**
» medio... » **2.20**
» cuarto .. » **1.50**
» chico.... » **0.45**

«LE SANCY» AMBRÉE
DELICIOSA PARA EL TOCADOR.

Frasco grande.. $ **5.70**
» medio... » **3.30**
» cuarto .. » **2.—**

LOCION «LE SANCY»
De única e inconfundible fragancia, $ **2.90**

«NORA»
EXTRA FINA

Frasco grande..... $ **7.50**
» medio ..... » **4.50**

«KENDAL»
EXQUISITA Y SUAVE

Frasco grande, $ **5.80**
Loción..... » **3.60**

«DUC»
ÚNICA POR SU DELICADO AROMA

Frasco grande... $ **5.80**

NOTA: ESTOS PRECIOS RIGEN SOLAMENTE PARA LA CAPITAL. PARA EL INTERIOR SE AUMENTARAN 0.20 CENTAVOS LOS FRASCOS GRANDES TAMAÑO DE UN LITRO Y 0.10 CENTAVOS LOS DEMÁS.

RECOMIENDO MUY ESPECIALMENTE AL CONSUMIDOR, LA VENTAJA QUE LE REPORTA CONSERVAR Y DEVOLVER LOS FRASCOS VACÍOS, POR LOS CUALES LAS CASAS DE VENTA ABONAN LOS PRECIOS QUE HE DADO A CONOCER EN AVISOS ANTERIORES.

PÍDALAS EN FARMACIAS Y PERFUMERÍAS

MEDRANO, 476 - BLAS L. DUBARRY - BUENOS AIRES

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, segura para niños y enfermos. Empiéarla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FABRICA ESTA REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

Aquí tiene usted una fortuna!

Establecido hace 30 años.

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.
APARATOS Y ÚTILES PARA LA INDUSTRIA **LECHERA Y FRUTICULTURA**

PIDAN CATALOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

LA CASA QUE SIEMPRE
SABE CONSEGUIR NOVEDADES.

LA CASA QUE HA PUESTO
DE MODA LOS ARTICULOS:

"KEWPIES"
"JOVEN INGENIOSO"
"MI PUEBLO"
"TEATRO DE LOS NIÑOS"
"CRISTAL NEGRO"
ETC., ETC.

LA CASA QUE INVENTÓ

"LAS FLORES JAPONESAS"

ES LA CASA ARGENTINA

METROPOL BAZAR

F. STAROPOLSKI

340 CARLOS PELLEGRINI 340

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA

MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"

Este precioso chalet por $ 6.800 [illegible]

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años [illegible] construídos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro sistema «CHACON».

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATALOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1567. Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.	m/n
Semestre (6 »)	» 6.—	»
Año (12 »)	» 11.—	»
Número suelto	» 1.—	»

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

ARTE, MODA, BELLEZA Y CONFORT

CONDICIONES QUE SE AUNAN EN TODA OBRA EJECUTADA POR

Thompson Muebles Ltda.

HERMOSA REPRODUCCIÓN DE UN SOFÁ, ÉPOCA SIGLO XVIII, Y BIOMBO DE CUERO REPUJADO, EN EXHIBICIÓN EN EL DEPARTAMENTO DE ANTIGÜEDADES.

FLORIDA 833 BUENOS AIRES

Buenos Aires, julio de 1918.

Talleres gráficos de Caras y Caretas

EL HOMBRE DE LA PIPA

ÓLEO DE SANCHEZ BARBUDO.

PROPIEDAD DEL DOCTOR GREGORIO F. RODRÍGUEZ DE LA TORRE.

43
Gutierrez

ESTADOS UNIDOS — GALERÍA DE JÚPITER

VISTA DE LA SIERRA SUPERIOR DE ESTAS INMENSAS GALERÍAS, DE CRISTAL, FORMADAS POR LA EVAPORACIÓN DE LAS FUENTES MINERALES Y COLOREADAS POR LA PRESENCIA DE INNUMERABLES PLANTAS MICROSCÓPICAS.

CONCURSO
Chocolate Productora Americana

150 Premios — $ 1500 en efectivo

Desde la fecha hasta el día 30 de septiembre próximo, a las 5 p. m., en que se considerará clausurado, se organiza este concurso entre los consumidores del excelente CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA, de acuerdo con las siguientes

BASES

1.ª — Se trata de escribir la mayor cantidad de veces la frase completa **CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA**, empleando para ello los cupones especiales que contienen todos los paquetes de chocolate que salen de nuestra fábrica.

2.ª — La frase **CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA** deberá escribirse a mano, con tinta, letra legible a simple vista, sin raspaduras, omisiones ni enmiendas.

3.ª — Cada persona podrá remitir todas las soluciones que desee, pero sólo puede optar a un premio.

4.ª — Al hacer el cómputo, sólo se tomarán en cuenta las frases completas.

5.ª — La adjudicación de los premios estará a cargo del señor Escribano Público, Fernando G. del Río, Rivadavia, 714, cuyo fallo será inapelable.

6.ª — Los premios se adjudicarán por orden de clasificación (primero, segundo, tercero, etc.), a las personas que remitan las mejores soluciones. Si dos o más concurrentes coincidieran en la cantidad de frases escritas, se adjudicará el premio al que haya remitido mayor cantidad de soluciones, pasando los demás a disputar los premios subsiguientes.

Se establecen los siguientes:

PREMIOS

Un	1er.	premio de	$ 1.000 en efectivo
Un	2.º	,, de	$ 500 ,, ,,
Un	3er.	,,	un reloj oro, para señora
Un	4.º	,,	una máquina de coser
Tres	5.º	,,	un violín Stradivarius
Tres	6.º	,,	un grafófono, con 6 discos
Dos	7.º	,,	una máquina fotográfica
Cinco	8.º	,,	una linterna mágica
Un	9.º	,,	un triciclo
Cinco	10.º	,,	un reloj cincelado
Cinco	11.º	,,	tren completo
Dos	12.º	,,	un par patines
Diez	13.º	,,	una muñeca irrompible
Diez	14.º	,,	guitarras para niño
Cinco	15.º	,,	aeroplanos mecánicos
Cinco	16.º	,,	despertador
Setenta	17.º	,,	cajas bombones
Cinco	18.º	,,	juego muebles p. muñeca
Diez	19.º	,,	teatro completo

Total: **Ciento cincuenta premios.**

Las soluciones deben remitirse a las oficinas centrales de

La Productora Americana — Rivadavia, 620 — Buenos Aires

Julio 1.º de 1918. **E. PARODI & Cía.**

COLORADO — JARDIN DE LOS DIOSES

VISTA EN QUE APAREGEN LAS BELLAS «AGUJAS DE CATEDRAL». ESTOS PINÁCULOS DE ARENISCA MIDEN DE 100 A 250 PIES DE ALTURA.

MAISON MATHIEU

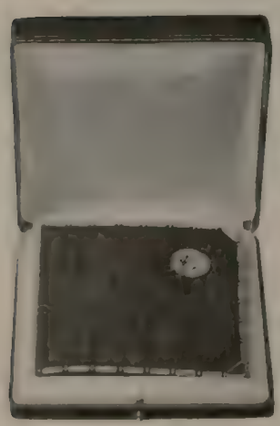
BARTOLOMÉ MITRE, 777

MODELES DE PARIS DE GRAND CHIC

SOMBREROS ADORNADOS desde $ 9.95

SOMBREROS DE LUTO MODELOS

SOMBRERO DE LUTO EN CREPE GEORGETTE.



MONOGRAMA DE PLATA.

MONOGRAMAS

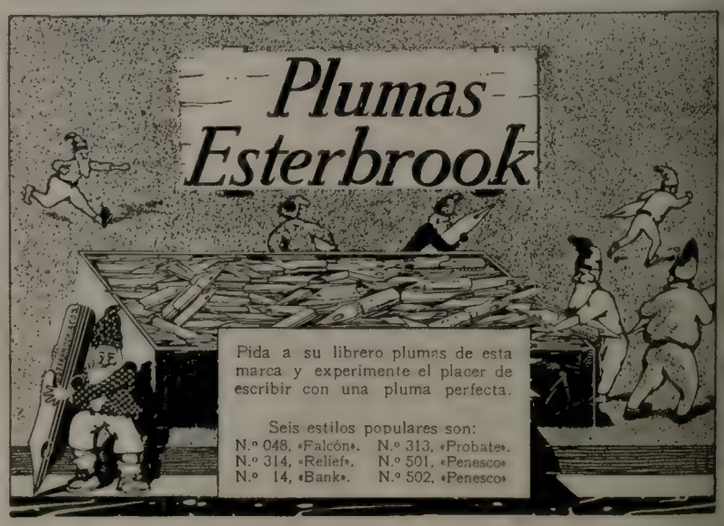
EN ORO Y PLATA
ESTILOS MODERNOS

NOVEDADES: EN BOLSITAS PARA SEÑORAS — CARTERAS PARA CABALLEROS — CARPETAS PARA ESCRITORIO — PORTA DOCUMENTOS — BILLETERAS — PORTA MÚSICAS — MONEDEROS.

SE HACEN COMPOSTURAS Y TODA CLASE DE ENCARGOS.

CASA BISH

ESMERALDA, 81-U. T., 1470, AVENIDA



MAISON MATHIEU

BARTOLOMÉ MITRE, 777

$ 25.—

SOMBREROS MODELOS PARA SEÑORAS, SEÑORITAS Y NIÑAS. RECIBIDOS DIRECTAMENTE DE LAS GRANDES CASAS DE PARÍS. — FORMAS DE GRAN NOVEDAD: MAGLINA, LICERE, TAGAL PICOT, CRIN Y PAILLASSON. — SOMBREROS DE LUTO.

SE ATIENDEN PEDIDOS DE LA CAMPAÑA. — U. T., 4583. AVENIDA.

PARA NIÑAS CLOCHE EN PAJA PAILLASSON RUBÍ U OTRO COLOR, ADORNADO CON FLORES O CON CINTAS BAJO ALA DE CREPE GEORGETTE,

$ 23.

POUDRE GRASSE
PARFUMÉE
Polvo Grasoso
Brissac.
PARIS
Puro, delicioso, innocuo.
El preferido por las damas de nuestra alta sociedad.
Precio: $ 1.40 la caja
En todas las principales Tiendas, Perfumerías y Farmacias.
UNICOS CONCESIONARIOS: L. AUBERT y Cía.
CHILE, 1958-72 - U. Telef., 7260, Libertad.
El legítimo lleva impreso el nombre registrado en la tapa debajo de la caja, además de la faja de garantía.

4428.— VESTIDO EN SARGA AZUL MARINO, adornado con trencilla negra. Medio forro de pongé..... $ **120.—**

ELEGANTE BOLERO de paja fina, adornado con couteau y cinta gros-grain..... $ **30.—**

8528.— ELEGANTE VESTIDO en rica sarga azul marino, adornado con falla bleu. Bordado a mano, $ **160.—**

GRAN CANOTIER de paja liseré, adornado con cinta gros-grain... $ **35.—**

4032.— ELEGANTE VESTIDO en sarga azul marino, adornado con bordado y botones fantasía. Medio forro de seda, $ **140.—**

CLOCHE DE PAJA LISERE color beige, adornado con cinta del mismo tono..... $ **32.—**

3724 — VESTIDO MUY CHIC en rica clase de sarga azul marino, adornado con bordado color beige..... $ **200.—**

TOCA DE PAJA PAILLASSON, adornado con moño de cinta terciopelo, $ **28.—**

Las creaciones **Harrods** *para entretiempo, se distinguen por su sencilla originalidad y práctica adaptación a los dictados de la última moda.*

Harrods

FLORIDA 877 Y PARAGUAY 554

NÚM. 28.
AÑO III.

Plus Ultra

AGOSTO
1918

EL GANADOR

GOUACHE DE ZAVATTARO.

EL ARTE DE ORFEBRERÍA EN AMÉRICA

SAGRARIO DE ESTILO BARROCO-INCASICO, CON ESCENAS DE LA ANUNCIACIÓN Y LABORES DECORATIVAS. COLEC. FERNÁNDEZ-BLANCO

LOS datos que aportan algunos historiadores de la conquista, referentes a los fabulosos obsequios enviados a Carlos V por el emperador Moctezuma, son testimonios más que suficientes para demostrar la perfección alcanzada por los indios en este arte maravilloso.

Los plateros y orífices del Perú, y especialmente los mexicanos, tenían una rara habilidad en la fundición de metales preciosos, cuyos trabajos preferían a todas las demás obras de escultura; no sólo modelaban las imágenes más perfectas de los objetos naturales, sino que sabían cincelar y repujar la plata y el oro, esmaltándolo con piedras de muy raro color, que también tallaban y pulían. Para la elaboración de esta clase de alhajas, empleaban martillos y otros instrumentos, rematados con punta de roca o minerales puros que existían en las montañas del continente.

Según el historiador Gomara, los aztecas fundían aves de caprichoso plumaje, con la cabeza y las alas movibles; épicas figuras de caciques y guerreros indígenas, en actitud de disparar sus flechas; un pez con las escamas alternativamente de plata y oro; tigres y águilas volantes, símbolos del Imperio. Tan artísticos eran los trabajos, que los mismos españoles, olvidando su ambición de riquezas, tenían en más estima el artificio de la forma que el elevado precio del metal. Este exquisito arte, ejercitado en la antigüedad por los Tolteques, fué desapareciendo poco a poco, no tanto por la sumisión de los indios como por el abandono de los conquistadores.

ARTÍSTICO CANDELABRO DE SIETE LUCES, REFUNDIDO AL GUSTO INCÁSICO DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII. PAREJO SEMEJANTE DE LA COLECCIÓN FERNÁNDEZ-BLANCO.

Las piedras preferidas por ellos eran las turquesas, las cornalinas, los zafiros, las amatistas y otras que no se conocían en Europa antes del descubrimiento. Las esmeraldas fueron tan comunes entre los indios, que no había señor que no las poseyera en gran cantidad, y a ninguno se enterraba sin engarzarle una de los labios para que le sirviera de corazón después de la muerte.

El historiador Solís, haciendo crónica de una visita al palacio de Moctezuma, recuerda que el Emperador «traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas en tanto número, que servían más al peso que al adorno. La corona, una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta. El calzado, unas suelas de oro macizo, cuyas correas de lo mismo, ceñían el pie y abrazaban parte de la pierna, semejante a las calígulas militares de los romanos.»

En la toma de

SAHUMADOR PERUANO, DE LA COLECCIÓN RODRÍGUEZ DE LA TORRE

YERBERA DE PLATA CON LABORES DE ESTILO IMPERIO. COLEC. F.-B.

ALGUNOS MATES DE LA COLECCIÓN FERNANDEZ - BLANCO.

YERBERA DE ORO Y PLATA. ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA. COLEC. F.-B.

México por Hernán Cortés, el botín no fué tan grande como se esperaba, pues los defensores echaron al lago sus riquezas. Las pocas piezas que pudieron salvarse — dice Bernal Díaz — fueron valuadas en 19.200 onzas, sin contar las suntuosas alhajas y perlas de gran tamaño que se remitieron al nuevo Señor de las Indias. Aunque todo esto se perdió para la corona de España, por haber caído el navío que conducía dicho tesoro en poder del corsario Juan Florin, que lo mandó como presente a Francisco I de Francia, ya había llegado a su destino, en julio de 1519, el regalo ofrecido por el emperador Moctezuma a Carlos V, siendo este el primer oro y la primera plata que el nuevo mundo envió al antiguo.

Entre los objetos principales que componían el imperial obsequio, se destacaban por su originalidad o por su arte, un yelmo orlado de joyeles y por cimera un pájaro verde con el pico de oro; varios collares del mismo metal, compuestos de siete piezas cada uno, con 183 esmeraldas engarzadas y 232 rubíes; muchas calzas de piel de ciervo cosidas con hilo de oro, muy sutiles, y con la suela de piedra *itztli*, blanca y azul; dos ruedas de diez palmos de diámetro, una de oro con la imagen del sol y otra de plata con la de la luna, todo cubierto con figuras de animales y bajo relieves trabajados con singular artificio; 24 rodelas de oro, de plumas y de perlas y 5 más de plumas y de plata; peces y pájaros de oro fundido; dos lagartos y un gran cocodrilo, revestidos con hilo de oro; mitras consteladas de gemas, lanzas, coronas y penachos, todo de oro, y muchas vestiduras bordadas con plumas de colores diversos, irisadas de un vivo tornasol, que eran encanto y maravilla de los ojos.

Cuando Cortés regresó por primera vez a la península, llevaba en su bagaje cinco esmeraldas de incalculable mérito, trabajadas por los aztecas; la primera figuraba una rosa, otra era un pez con los ojos de oro, y la más artística, por la cual ofrecieron unos mercaderes de Génova 40.000 ducados, tenía forma de copa con la base de oro y cuatro cadenillas sujetas en una perla a modo de joyel. Las cinco esmeraldas fueron regaladas por Cortés a su segunda esposa doña Juana Ramírez de Arellano y de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar.

Estas y otras riquezas, arrancadas de América por los conquistadores, pueden dar idea del perfeccionamiento alcanzado por los artífices indios en la fabricación de objetos de plata y oro, metales que utilizaron con preferencia también para adornar sus templos y los palacios de sus héroes y emperadores.

Desde el momento que España fundó sus primeras colonias en el nuevo mundo, empezaron a transformarse las artes y las costumbres en todo el continente. Los antiguos ritos indígenas fueron abolidos por la enseñanza de los misioneros. El vencedor imponía sus leyes y su autoridad absoluta, gobernando con la espada y la cruz. En el logro de sus ambiciones magníficas, los nuevos señores levantaron suntuosas moradas, que aunque de exterior sencillo y fuerte, propio de aquellos tiempos de lucha y de defensa, encerraban en su interior todo el fausto del abolengo y del poder. Bajo los artesonados de maderas obscuras, brillaban las grandes lámparas de plata maciza; igualmente de plata, eran los frentes de las vitrinas, los espejos, los candelabros... En cámaras y aposentos, los sahumadores de filigrana, gacelas, pavos reales, llamas del Perú, envolvían el ambiente con rico aroma de canela. Pero donde más se notaba el boato y suntuosidad de los moradores, era en el comedor. Las pulidas y aparatosas alhacenas, deslumbraban por la riqueza del servicio; vasos de oro bruñido, de cristal, de búcaro, de cerámica india; fuentes y bandejas de plata repujada, mates de labores incásicas, jarras buriladas, grandes aguamaniles de plata y oro, que eran presentadas por los esclavos al final de cada comida...

Los artífices indios, siguiendo las modas impuestas por los plateros peninsulares, hacían toda esta variedad de objetos, imprimiéndoles un sello muy personal con las influencias de su arte primitivo.

Las piezas de plata construídas en los primeros tiempos posteriores a la conquista, suplían con su candor y sentimiento cristiano, la incorrección de los ornamentos y el abandono de las leyes de perspectiva. Sin embargo, puede observarse que a esa época pertenecen los ejemplares más curiosos y definidos, dentro de la platería colonial.

Durante los siglos XVII y XVIII, adquiere excepcional importancia en América la industrialización de metales. León de Nicaragua, Oruro, Valparaíso, la Villa Imperial de Potosí, fueron otros

YERBERA REPUJADA, DEL SIGLO XVIII. COLEC. F.-B.

BARBIJO DE PLATA LABRADA, CUYA ELEGANTE LINEA EVOCA EL SUNTUOSO APARATO DE LAS MANSIONES COLONIALES. COLECCIÓN FERNÁNDEZ - BLANCO.

SAHUMADOR CON FRUTAS Y PÁJAROS. COLEC. R. DE LA T.

tantos centros de producción, donde los artífices sometían a su criterio las influencias de ultramar, creando un estilo que se distingue ante todo por su pomposa y ostentosa opulencia.

Modelos de gran evocación, propiedad hoy del coleccionista señor Rodríguez de la Torre, son el estribo de plata que perteneció a la ilustre señora peruana doña Juana de Oro, Condesa de Paz, hecho en el Cuzco el año de 1668, y una bandeja burilada que recuerda el bautizo del infante don Mariano Valdes de Peralta, Conde de Yucay, hecha por los plateros de la misma ciudad el año de 1617.

Cumpliendo órdenes de la realeza, los dignatarios de más elevada jerarquía, dentro del poder oficial, enviaban frecuentemente a la península cantidades de plata y oro, destinadas a la fabricación de objetos artísticos por los orfebres de Toledo, de Sevilla, de Córdoba, de Santiago de Compostela... Así contribuían las fabulosas poblaciones de Indias al engrandecimiento de España, bien costeando con su riqueza edificios tan portentosos como el monasterio del Escorial, o proporcionando materias con que poder llevar a la práctica concepciones de tan suprema belleza como la custodia de la catedral de Avila, debida al artífice Juan de Arfe, en la que se invirtió una suma equivalente a 40.000 ducados de oro.

El exceso de lujo que empezó a desarrollarse en todos los dominios de España, debido principalmente a las riquezas del nuevo mundo, dió motivo para que ya en 1574 dictasen los reyes una pragmática prohibiendo que se hicieran de plata muebles y utensilios, que antes se construían con madera, cobre y otras materias de menor precio y calidad.

En las casas de la corte — escribía la Condesa D'Aulnay, en 1679, — «nunca se utilizaron vajillas estañadas; solamente las de plata y porcelana servían en las mesas.»

El Duque de Alba, tenía en los aparadores de su palacio setecientas docenas de platos y ochocientas fuentes, de plata, y el de Alburquerque, además de una gran vajilla de oro, poseía mil cuatrocientas docenas de platos, cincuenta docenas de fuentes y setecientas bandejas repujadas; el resto del servicio estaba en la misma proporción, hallándose todo colocado sobre una especie de pirámide formada con cuarenta escalones de plata. Por su parte, las personas de posición que venían con mandos oficiales y las familias americanas de rango, siguiendo las fastuosas costumbres de la colonia, igualaron y hasta superaron a veces el esplendor palaciego de los nobles peninsulares.

Por ejemplo, el virrey del Perú, Príncipe de Squilache, llegó a invertir grandes capitales en joyas y platería artística, sin tener en cuenta los tesoros acumulados en sus villas de Italia. Igual puede decirse de la virreyna de México, doña Jerónima de Moctezuma, Jofre de Loaisa, Condesa de Moctezuma, vizcondesa de Ilucán y primera Duquesa de Atrisco; esta dama había conseguido reunir en su morada del estado de Tula, tan enorme cantidad de piezas de plata, que por su valor y grandiosidad era considerada en conjunto como una de las más ricas y lujosas mansiones de su tiempo.

El efecto deslumbrador con que se alhajaban algunas casas principales llegó a tomar también proporciones extraordinarias en el interior de las iglesias. Junto con los sitiales de dosel, los retablos y púlpitos de rica y ampulosa talla, veíanse los atributos religiosos, sellando con su brillo esplendente la fría solemnidad de los santos, colocados en camarines y hornacinas. Cruces procesionales, candeleros, incensarios de filigrana, bellos cálices matizados con portentosa pedrería; todo era de plata relevada, repujada, labrada a cincel y martillo, con notables reminiscencias arcaicas y símbolos de la milenaria tradición aborigen.

En los primeros años del siglo XIX, o mejor dicho, al iniciarse los movimientos patrióticos que condujeron a la emancipación americana, nótase que las artes coloniales, principalmente el de la platería, fueron perdiendo importancia y vulgarizándose poco a poco, hasta desaparecer por completo. Pero ya que la moda ha venido a imponer definitivamente en Buenos Aires, la antigua y noble costumbre de usar ricas piezas de metales preciosos, de los templos y casas provincianas, empiezan a salir de nuevo esas viejas reliquias que embellecen los salones porteños, y que se conservan, no tanto por su labor característica, como por ser muchas de ellas noble recuerdo de antepasados venerables.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

URNA Y [illegible] DE ESTILO PLATERESCO, PERTENECIENTE A UN SANTUARIO COLONIAL DE BOLIVIA. COLECCIÓN FERNANDEZ - BLANCO.

MATE DE GRAN VALOR ANTIGUO, PERTENECIENTE A LA COLECCIÓN RODRÍGUEZ DE LA TORRE.

FUENTE DE PLATA REPUJADA, CONMEMORANDO LA PROCLAMACIÓN DE FERNANDO VII. PUNO 1808. COLECCIÓN RODRÍGUEZ DE LA TORRE.

PLATO TRABAJADO A CINCEL, CINCEL BRAZO DE TEXAS A LA VALDES PEÑA, EN LOS MONTES CALINES. COLECCIÓN FERNANDEZ-BLANCO.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JOSE BLANCO CASARIEGO.

PREPARANDO LAS REDES

ÓLEO DE JOAQUÍN SOROLLA.

·Regalos·de·boda·

Inmediatamente después de recibirse las elegantes cartulinas donde la pareja de amigos nos anuncia su próximo y heroico enlace, entramos en el período de la meditación y el cálculo. Es necesario corresponder a la amable invitación con el regalo que ha establecido la ley de la costumbre y a la que nadie debe sustraerse si desea quedar bien. ¡Quedar bien! he ahí el problema.

Planteado así, en forma tan sencilla, parece que la cosa no presenta mayores dificultades; pero al entrar en el campo de acción, al pesar y compulsar los mil factores que van surgiendo y que es forzoso tener en cuenta, el asunto toma entonces un aspecto bien distinto, agravándose y agrandándose, por ley óptica, a medida que se acerca.

El regalo indicado, según muchos casados, debería ser una corona fúnebre o cualquier otro atributo de duelo, pero ¡vaya usted a contentar en esta forma a los que están por realizar el problema máximo de las aspiraciones ideales!

No; no es esto lo que corresponde, digan lo que quieran los amargados, los desengañados de las dulzuras del matrimonio. Lo que corresponde es hacer un regalo armónico, equilibrado, teniendo para ello bien presente todo esto: grado de amistad que nos une con los futuros esposos; estado de fortuna de éstos y su proporción con respecto a la nuestra; grado de fortuna de las amistades; balance exacto de la nuestra con examen de las facultades anímicas de la tercera potencia, y así el regalo podrá quedar, como los tiros rectificados, ni corto ni largo.

El primer impulso que sentimos, ya se sabe, es del más puro amarretismo; pero después, se piensa en la generosidad que se emplea hasta con los ajusticiados, y de concesión en concesión entramos temerariamente en los problemas crematísticos.

Resuelta así la primera parte, se presenta la segunda, no menos ardua y compleja: la elección del regalo. Consejo de familia, consulta a los amigos, ejercicios nemotécnicos, visitas a los escaparates, y por último entrada en los bazares, en busca de lo desconocido. En estos recorridos siempre nos acompaña un empleado del bazar, no se sabe si para atender nuestro probable pedido o para evitar que nos llevemos algo.

El regalo, para ser completo, nadie ignora que ha de reunir las tres bes: bueno, bonito y barato. Con alhajas de valor queda bien cualquiera.

Los regalos infaltables, obligados, forzosos, fatales, inseparables, apropiados, sin los cuales no hay boda posible, son los siguientes:

Juego de té, japonés, en enorme estuche forrado de raso.

Lámpara eléctrica, tímida para el alumbrado, para mesa de luz.

Relojes de sobremesa, útiles en verano. En invierno se enfrían y no marchan.

Pareja de aros servilleteros, con las iniciales de los novios, en su estuche.

Necessaire de manicuro, en su estuche.

Media docena de cucharillas de plata sobredorada, en su estuche. El peso de estas cucharillas, aisladas y en conjunto, está fuera de las leyes de gravedad.

Estatuas y bibelots que, enfáticamente, clasifican con el genérico de *obras de arte*.

Y por último, *potiches*.

¿Qué es un *potiche*? Por su nombre parece ser un objeto del culto indio; pero no. Es un vulgar cacharro, que no sirve absolutamente para nada... más que para regalo de boda. Incluído en la lista de los obsequios, el *potiche* ha cumplido su misión, y si alguno queda en la casa, se utiliza para guardar botones, piolín y los recibos del gas y del panadero. En todos los bazares hallaréis un gran surtido, y, sin embargo son el terror de los dueños, porque al día siguiente del casamiento, vuelven al bazar para cambiarse por otra cosa o venderse por lo que den.

Siempre suele haber un grupo, no muy numeroso, partidario de los regalos prácticos. Estos suelen ser:

Un aparato eléctrico para tostar el pan en la mesa, mientras se sirve el café, y si lo aprietan, calentar el baño. ¡Hoy con la electricidad se hace lo que se quiere!

Una libreta de almacén, para el consumo de un mes.

Un abono al cine.

Dos docenas de latas de sardinas, un queso del Chubut y una pluma estilográfica.

No falta el donante sencillo que cree firmemente engañar al matrimonio con un regalo de exterior aparatoso, decorativo, que le da apariencias de gran valor; ignora el ingenuo que, al día siguiente, los obsequiados salen de dudas, sabiendo al centavo el precio del regalo. En estos asuntos todos están ya en el secreto y es muy difícil hacer el cuento.

Hay regalos que yo he visto en todas las bodas. Sé de unos gemelos de camisa que los conozco como si fueran miembros de mi familia. En cuanto hay un casamiento, pienso en ellos, voy al lugar de los regalos, y, efectivamente ¡allí están! Estos mismos fueron regalados a un amigo mío, que les dió salida aprovechando otra boda; corrieron así en peregrinación; mi amigo enviudó, se casó de nuevo y volvieron a obsequiarle con los mismos gemelos.

Yo he llegado a convencerme de que no han sido fabricados para los puños de la camisa, sino para ir de boda en boda, y hay quien asegura que tienen el don de la ubicuidad, pues los ha visto en dos casamientos que se celebraban simultáneamente en distintos puntos de la ciudad.

Y para que no crean que macaneo, doy las señas precisas; fíjense y verán que tengo razón, pues estoy seguro que han de seguir cumpliendo *su fatal destino*. Piedra azul obscura, forma cabuchón, aro al parecer de oro y cadena de dos eslabones en forma de ese, que los liga por la base; estuche de piel de Rusia, bastante usado ¡claro!, y forro que fué blanco y ahora tira a gris. No tiene marca, pero si la tuviera habría de ser una flecha, con la inscripción: «Siga viaje». ¿No les parece?

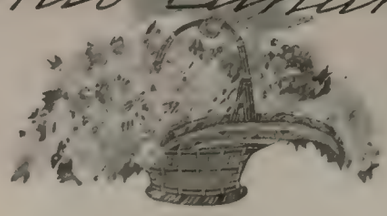
Los *canarios* de a cien, en forma de pajaritas de papel, encerrados en una jaula, los creo el regalo ideal.

Entretanto, acudamos al salvador y cómodo recurso, al poético y acreditado ramo de flores, cuyo suave perfume sabrá defendernos de nuestra pobreza de ingenio y de nuestra pobreza de plata. Engañemos a los demás engañándonos nosotros mismos, atribuyendo al delicado obsequio la facultad de encubrir nuestra timidez generosa. Olvidemos que a los pocos días las tristes flores, marchitas y secas ¡ay! mostrarán, al deshacerse en lluvia de hojas, el burdo armazón, el retorcido esqueleto de mimbres y alambres donde lucieron su belleza exquisita por breves horas, y que triturado y deshecho aliviará prosaicamente la escasez de combustible en las hornallas de la cocina económica.

Y ahora, para terminar, un consejo a los futuros esposos. Procuren casarse a principios de mes, inmediatamente después que paguen los sueldos en las oficinas; así, seguramente saldrán ganando y evitarán más de un quebradero de cabeza a los buenos y resignados amigos.

DIBUJO DE ÁLVAREZ

Antonio Cañamaque



Danzantes

ALBERTO GERCHUNOFF

Todos los hoteles, grandes y medianos, alfombrados o esterados, ofrecen al público el diario regocijo de los tes danzantes. Es esta una moda nueva, evolución de aquella otra de los tes simples y cándidos, que también tenían su nombre inglés, el abolido five o'clock, bueno tan sólo para tertulias pacíficas y el amable intercambio de la amistad. Menos ostentoso y menos accesible, celebrábase a puerta cerrada, en las casas de arraigo, sin que su rótulo, venido de Londres, despinte el espíritu de la vieja sociabilidad criolla, tan cordial como excluyente. Otra cosa, por cierto, son los tes de ahora, expandidos por las hospederías lujosas, que atraen con el brillo de la concurrencia selecta, a la gente sin tarea y que anda al atardecer al acecho de algo.

El salón del hotel les proporciona la ilusión de la vida suntuosa, el goce elegante de conversar y bailar con una muchacha que viste como los figurines, o discretear con damas de insigne porte. El hotel, aparejado así para fiestas cotidianas, realiza las funciones de agente democratizador, que confunde, en el ambiente voluptuoso y lánguido de la música, en el mareo fugitivo de los perfumes, las clases sociales, inavenibles por lo común, separadas por el límite de los apellidos y de las fortunas. Es lo mejor que tienen los tes danzantes. La vuelta del valse, los acordes dislocantes de las danzas norteamericanas, la disimulada quebradita del tango, conspiran, en la atmósfera grata, contra los prejuicios más sólidos.

¿Quién puede resistir la sugestión de lo que nace de la música y del baile? Sabemos de antiguo que ello no es posible. Lo prueban las más vetustas tradiciones poéticas y los más arcaicos documentos. El Diablo, siempre libertador y revolucionario, imbuído de ideas acráticas y de conceptos comunistas, se entretenía ya, en los siglos olvidados, en la compleja faena de mezclar la sociedad de este modo. Una lámina del tiempo de Lutero lo muestra soplando la flauta, bajo los árboles, mientras un estudiante se aleja de la reunión, bailando con la hija del burgomaestre. Es necesario suponer que el Diablo no ha perdido sus infinitos recursos. Sigue siendo diabólico. Conocedor perfecto de la ley natural, psicólogo tan hábil como San Ignacio, posee la cifra de las combinaciones más enredadas y sabe utilizarlas con arte incomparable. En la Alemania de los bosques y de los lagos, poblados de silfos y de elfos, tramaba su eterna aventura de persona disolvente cuando la primavera invadía al mundo. Se valía de la brisa ingenua y del canto del ruiseñor, que tornaba más largo para llenar con su angustia deliciosa el alma de la mujer. En esta forma consiguió que una condesa de Brunswick huyera una noche del castillo en compañía de un mísero juglar, que había puesto en su trova la brisa y el cántico...

El Diablo reposaba en invierno, según lo atestigua un sabio demonolagista, que cita Heine y que murió en la hoguera. ¿Qué iba a hacer con las campiñas cubiertas de nieve, vacíos los nidos, amarillas las frondas y negro el cielo? La primavera constituía su época fecunda.

Pero el invierno de hoy es tan favorable como la primavera a los propósitos del Maligno. Sabe aprovechar con intenso rendimiento el confort que deben a su ingenio inventivo las ciudades modernas. Ha convertido en ideal de vivir la tibieza de los recintos calentados, la blandura de las alfombras, el asiento muelle de las butacas. Este boato banal, que da a las salas de los hoteles la magnificencia pesada de los transatlánticos, atrae a los desocupados a la hora en que la calle Florida se llena de transeuntes, cuando apenas empiezan a parpadear las luces en el aire neblinoso de la metrópoli. ¿Cómo invertir el tiempo? Las mujeres son aquí poco lectoras. De no ser así, se quedarían en su casa con un libro en la mano. Tampoco son conversadoras. Conversar es un arte difícil, y por eso las reuniones familiares son escasas. El problema lo resuelve el «hall» del hotel que permite a cada uno disfrutar de tertulias fastuosas, en las cuales se admira a mujeres singularmente bellas, que el traje estrecho y corto afina en sus líneas. Se baila en todas partes. A las cinco de la tarde el te humea en las mesas blancas, y el Diablo, que no ignora las virtudes ocultas de la química —fué el primer alquimista— comunica a las delicadas copitas de licor la efervescencia de su propio pensamiento, que se une a la efervescencia producida por la música, en una ola de curvas mágicas, en un soplo de viento voluptuoso de sedas y rizos, que se refleja en los espejos múltiples y deja en el salón un eco vago y sutil, acariciador y envolvente. El te danzante se ha difundido de tal modo que algunos se inquietan ante su generalización brusca e incontenible. Vez pasada trató el asunto un diario religioso y aconsejó a las señoras y señoritas más restricción y más mesura. Decía que el hábito de bailar con tan metódico entusiasmo afectaba los principios de la modestia femenina, pues el diario aludido cree todavía que tal modestia subsiste y que ella es indispensable. Recuerda que el Vaticano, neutral en la guerra y que no lo es ante la conflagración del baile, incluyó en su *index* severo a determinadas danzas, entre ellas a nuestro dominante tango.

Pero será inútil el esfuerzo de los moralistas. El baile tiene su raigambre en lo más hondo del instinto de la mujer. Su melancolía y su nostalgia se disuelven en las vueltas de la danza como en un río de aromas. Es la más primitiva expresión de su capacidad seductora y de su don de atraer.

El hombre antiguo, para lograrla, realizaba hazañas enormes. Le ofrecía la caza hecha en el monte, vencía en su homenaje al tigre en la selva y combatía por ella con los enemigos. Le hablaba en un idioma de fuerza y de fatiga. Ella le contestaba con el ritmo de su cuerpo y con el ritmo de su cuerpo lo disputaba a las rivales. Con el baile expresaba su amor y su fe, sus sentimientos más profundos, sus deseos más poderosos, su júbilo triunfal. Mientras Moisés canta himnos a Jehová, después de cruzar el Mar Rojo, María la profetisa danza con el pandero ante las tribus libertadas de Israel. La mujer danza siempre. Lo que tiene en sí de vital y de comunicativo, lo traduce en el movimiento armonioso del cuerpo, en el poema de líneas que anima su figura y su gesto. La danza la transforma; su carne adquiere la musicalidad de la canción y la gracia ligera de la sonrisa. Su arte de seducir se convierte en sortilegio cuando se lanza al compás de las notas a exhibirse en la integridad de su vibrante belleza, elástica, augusta, sagrada. Sus vestidos la idealizan, su sabiduría urbana le agrega misterio. No bien ha empezado a bailar, deja de ser la silueta rígida y amanerada que un instante antes parecía un relieve estilizado del diván.

El instinto de conquista, el celo escondido, la malicia aguda y atormentadora, el afán de beber la dicha total en un solo sorbo, violento y eterno, que es la condición de su naturaleza, su inquietud y su poder, sobresalen en el acto: la embriaguez del baile la reproduce como fué a través del tiempo remoto y así impera, suavemente, locamente, aprisionando en el vértigo de sí mismo, como en una inmensa red, al que está a su lado.

Pocas veces puede decir la mujer con la palabra lo que dice bailando. Por eso prefiere el baile a cualquier otra manifestación de su personalidad y es por esto que Buenos Aires se ha llenado de te danzantes, fundados en los motivos más opuestos; los hay de conmemoración y de caridad, y los hay simplemente por sistema, cada tarde, en cada hotel, cuando atardece.

A esta hora, sumergida ya en sombras, sólo se ven, en los alrededores de los hoteles, automóviles de los cuales descienden señoras y señoritas, escamoteadas en grandes mantos y en grandes pieles y en cuyos ojos se adivina la impaciencia. Adentro suena la música que anuncia la fiesta crepuscular de la ciudad, una de las escasas ciudades del mundo que persiste exteriormente en la vida normal, y celebra, al margen de la vasta catástrofe, el dancing-tea, el rito jovial del flirt, en tanto, allá, lejos, muy lejos, se sufre y se muere.

PROPIEDAD DEL DOCTOR AYERZA.

ARTE ARGENTINO

LA AMITA

ÓLEO DE ANA WEISS.

DIVS VLIDA

ANA WEISS

UN MATRIMONIO DE ARTISTAS.

ENTREN y les mostraré la terraza — nos invita Rossi, abriendo la pequeña puerta del *fumoir*. — Se ve casi todo Buenos Aires...

— A mí es lo que más me agrada del nuevo estudio — agrega Ana, la joven esposa del pintor. — Yo siento un extraño placer contemplando la querida ciudad, que desde estas alturas parece más alegre, más grande...

Nos hallamos en el último piso de un rascacielo, próximo a la Avenida. Por detrás de los modernos edificios que nos rodean, la vista se extiende más y más, hasta perderse en un horizonte esfumado por brumas blanquecinas. En el Río de la Plata, ocre bajo el cielo azulado, destácanse algunos vapores con sus chimeneas negras y rojas.

— En aquella parte del puerto — nos dice Rossi señalando hacia el sur — es donde he pintado muchos de los cuadros que presenté en nuestra última exposición... Las dársenas y los astilleros de la Boca me atraen sobremanera; tienen un carácter tan expresivo y tan excepcional, según como yo los veo, que parece imposible poder reflejar con la paleta sus gamas de color, sus armonías, sus contrastes de luz y de sombra...

Quedamos un momento silenciosos, admirando el panorama de la urbe inmensa, llena de torres y de cúpulas.

Después volvemos a entrar en el estudio. Por las cortinas de transparente gasa, penetran las luces rojas del crepúsculo. Todo el recinto parece envuelto en vagas tonalidades de una suave intimidad. Nos sentamos. Ana es la primera en iniciar el diálogo:

— ¿De modo, que no hay más remedio que confesarse?

— El momento nos parece propicio, y por cierto, que ha de ser muy interesante todo lo que ustedes nos digan... Además, tienen el doble interés de haber triunfado en el amor y en el arte.

— Lo del amor se puede aceptar, porque nos consideramos felices; en cuanto al arte...

— Pues el público, que es el mejor crítico en estas cuestiones, los ha consagrado ya desde hace mucho tiempo.

— Es cierto que no podemos quejarnos — contesta Rossi con amabilidad.

— Y díganos usted, Ana, ¿qué género de pintura prefiere?

— Siempre me ha gustado el retrato, aunque mis mejores éxitos los he conseguido con cuadros de composición. Varios estudios de esta índole, me hicieron ganar la beca para Europa, y otra obra, *El Domingo*, expuesta en el Salón del año 1913, fué adquirida por la Comisión de Bellas Artes para nuestro Museo Nacional.

— Por supuesto que tendrán algún otro premio que les haya servido de estímulo en su carrera.

— Alberto consiguió medalla de oro en la exposición del Centenario... y yo también, tuve la suerte de ganar otra de plata en la Internacional de San Francisco, celebrada el año 1915.

— ¿No piensan viajar fuera de la República?

— Si la beca que conseguí para estudiar en Europa la hacen efectiva, marcharemos cuando termine la guerra.

Se hace una pausa; después preguntamos a Rossi:

— Usted no es argentino, ¿verdad?

— No; soy natural de la vieja Bolonia, «alma mater studiorum» de la edad media. Allí nací hace la friolera de 40 años. Cuando tenía 12, vine con mi familia a este país, donde mi abuelo paterno, el célebre bajo cantante Rossi, había cosechado ya honores y dinero, entusiasmando al público porteño que frecuentaba el antiguo Colón. Mi padre, que es pintor y que vive actualmente en Italia, había sido llamado por el ingeniero Tamborini para decorar el nuevo Colón, trabajos que no llegaron a hacerse hasta muchos años después y por otros artistas.

— ¿Quedaron entonces en Buenos Aires?

— Claro; después de atravesar el mar, no era cosa de volverse con las manos vacías. Aquí se puso mi padre a trabajar por cuenta propia, y como en aquella época no había tantos artistas como ahora, pronto alcanzó renombre.

— Desde luego, que a él le deberá usted sus aficiones por la pintura.

— Sí; con él empecé a estudiar dibujo, aunque tengo que confesar también el poco entusiasmo con que tomé la profesión.

— ¿Es que no le gustaba?

— Ni verla. A esa edad me sentía músico.

— ¡Pues tiene mucha gracia!

— Verán ustedes. Mi padre, que acaso creía en mi vocación, se le ocurrió mandarme a estudiar el piano con Rosa Bay, hermana del conocido esgrimista del mismo nombre, y yo al frecuentar la sala de esgrima, pronto empecé a preferir el caballeresco sport a los estudios de Czerni y Clementi, en los que, a decir verdad, no adelanté gran cosa.

— ¿Y abandonó la música? — agregamos curiosos.

— Todavía, convencido de seguir mis naturales inclinaciones, estudié violín con Galvani y violoncelo con Bolognini... pero una chispa de fuego sagrado ardía en lo íntimo de mi ser, no pudiendo resignarme a interpretar inspiraciones ajenas; yo necesitaba crear, revelar al mundo algo de mi propia alma. ¿De qué medio me valdría? Desde la más lejana infancia, mis aspiraciones habían oscilado con terrible volubilidad, al extremo, que a los 16 años miraba atrevidamente al Parnaso.

ALBERTO M. ROSSI

EL RECIBIMIENTO.

—¿De modo que también fué poeta?

—Las rimas de Stechetti despertaron mi naturaleza romántica... Pero mi padre acabó por perder la paciencia, y obligándome a cambiar el plectro por el pincel, hizo que ingresara en el estudio de La Cárcova, en ese mismo estudio que ya había abierto a Ripamonte el camino de la celebridad. Allí trabajé con verdadero entusiasmo durante dos años, al cabo de los cuales, lisonjeada mi familia por los éxitos que había conseguido, resolvió enviarme a Europa, a fin de que estudiara sus bellezas clásicas y vetustas...

—¿Y no volvió a cambiar de ideales?

—Como no; yo tenía sólo 20 años cuando me separé de mi familia, y a los cinco de estar viajando por Italia, Francia y España, terminé de primer actor en una compañía que arrastraba de pueblo en pueblo su inmanente miseria...

Las últimas palabras del artista, nos hacen reir alegremente. Ana, cuya risa se une a la nuestra, interrumpe para decir:

—No vayan a imaginarse que lo hacía mal del todo, pues, según he oído, era un Otelo temible.

—Al menos — continúa Rossi — esa debía ser la opinión del público, cuando me aplaudía con tanto entusiasmo. Lo malo era que aquellos triunfos no compensaban los sacrificios económicos a que me veía obligado para no ver muertos de necesidad a mis compañeros de tareas; pocos meses después dejaba la compañía para siempre, pues el arte teatral absorbía, sin resultado práctico alguno, las doscientas liras mensuales que mi familia me enviaba. Entonces fué cuando decidí volver a la pintura, encontrando en Roma al compañero Ripamonte, quien me ofreció hospitalidad en un rincón de su estudio a cambio de muy buenos sermones.

—Que sin duda le estaban haciendo mucha falta...

—Como que si no hubiese sido por él, quién sabe dónde estaría yo ahora.

—Suponemos que le duraría muy poco el sosiego.

—No lo sé con exactitud; lo que sí recuerdo es que cuando volví a la Argentina, donde estoy nacionalizado, hice el firme propósito de dedicarme con seriedad a mi carrera; y por último, sólo deseo ahora llegar a verme colocado entre los primeros artistas de este país, que adoro con toda mi alma...

VÍCTOR ANDRÉS.

ANA WEISS SENTADA ANTE EL ARMONIUM.

UNA REUNIÓN EN EL ESTUDIO.

EL TREN DE CARGA

por R. ROVIRA VILELLA

Cuando, al transponer la lomada de *La Capilla*, distinguí la luz de la estación de San José, tuve una de esas alegrías que sólo pueden entender los que se han extraviado en medio de la pampa, y, de improviso, dan con un indicio inequívoco de orientación. ¡El farol del semáforo!... ¡Qué gran invento es este de los semáforos! ¿Qué sería muchas veces de los viandantes de la quebrada y boscosa región de Bancal sin los victoriosos enemigos de la obscuridad?

Una a una, van surgiendo ahora de las sombras las demás luces amigas; la amarillenta del boliche, la blanca de la lámpara del sereno, oscilando rítmicamente de arriba abajo y de abajo arriba, como en un saludo de bienvenida, la roja del peligro en el primer cruce de vías y una que otra pálida y titilante en los ranchos diseminados a ambos lados de la estación.

Y ahora que veo ante mí y por primera vez el camino, comprendo la causa del extravío: al doblar el esquinero del campo de los López, confundí la malhadada blancura del salitre con que está cubierta la mayor parte de la colonia de Magnani, por la carretera. La lluvia es la que ha metamorfoseado tan lamentablemente el terreno. En vez de florecer en pastos florece en salitre. ¡Vean qué monada de campo!...

El caballo da un relincho y sacude alegremente la cabeza con gran alboroto de crines, una manada de yeguarizos, que duerme en medio de la senda, me abre camino, y remolineando cachazudamente lo cierra tras de mí, el cencerro colgado al cuello de la madrina da dos campanadas como de malhumor y enmudece, ya veo el caserío, y, al lado del primer rancho, un algarrobo seco alza trágicamente la ruina de sus ramas retorcidas en crispatura de muerte, amenazando con el muñón de sus brancas carcomidas, semejantes a puños monstruosos, la majestuosa serenidad de una estrellada noche de invierno.

El semáforo baja bruscamente su brazo derecho como si le agobiara la posición de la cruz, y cuando llego al andén ya se percibe perfectamente el fragor del tren de carga que llega.

La estación está desierta. El frío ha hecho alcoba de la mezquina galería en la que el viento descarga sus furias, arrancando un alarido en la cítara de los hilos del telégrafo y modulando un lamento interminable en la rendija de la puerta del depósito de cargas. En el centro de la pared hay el vacío del reloj que halló sin duda un sitio más amable donde señalar el paso de las horas.

El tren se detiene lo preciso para que suba el único pasajero que le espera y la máquina parte en seguida refunfuñando de que, por tan insignificante cosa, le hayan hecho perder la velocidad que ahora debe imprimir a fuerza de rabioso resoplar sobre la pereza de los émbolos.

El furgón donde debo hacer seis largas y penosas horas de viaje, está casi en completa obscuridad; la luz del andén apenas se trasluce en la mugrienta gelatina que recubre al vidrio y ni los carbones que agonizan en un brasero puesto en medio del coche, ni un cigarrillo que centellea en el rincón del mismo, pueden darme idea de cuántos y quiénes serán mis compañeros de viaje.

La lámpara del guarda me saca de la duda. Seis ojos están clavados en mí, es lo primero que distingo. Uno de los viajeros es el comisario del distrito; los otros, dos feriantes que acompañan su propia hacienda; nos conocemos todos y la conversación inmediatamente se generaliza.

Uno de los estancieros me aborda:

— Señor... ¡disculpe la franqueza! ¿Usted no ha traído nada para comer?

— ¡Pero si apenas he podido tomar el tren! Imagínese que me extravié, — y refiero el caso.

Nosotros teníamos la esperanza de que el tren efectuara maniobras en San José; pero por lo visto en esa maldita estación no hay ni qué dejar ni qué llevarse.

— Dentro de una hora estaremos en Lara.

— ¡Peor que en San José! Allí no hay más negocio que el almacén y la fonda de Candrucci.

— ¡Buena ficha! Es capaz de pedirnos diez pesos por una lata de sardinas.

— ¿Usted lo conoce?

— Desgraciadamente: una noche tuve que cenar allí, el mejor plato era un pavo, imagine como sería el avecita esa que ni un perro vagabundo a quien le ofrecí una presa pudo masticarla.

Y se nos desató la lengua contra Candrucci. Uno de los feriantes tuvo que dormir al raso una noche porque las pulgas de que según vox populi está atestada la fonda, se lo comían. Su colega, a causa de una cuenta exagerada, casi le pega; el comisario le había pegado un guascazo por idéntica extralimitación, y el guarda, haciéndose eco de todas nuestras quejas, afirmó que él tenía resentimientos mayores y que no esperaba sino la primera oportunidad para vengarlos.

Estamos llegando a Lara. El convoy es una goma gigantesca; se estira y se encoge con endiablado chocar de paragolpes. Hay que aferrarse a la banqueta para no dar contra el tabique. Los feriantes protestan por su hacienda, el comisario y yo por nuestras costillas. Todos bajan, yo me quedo un instante viendo cómo se encienden los carbones con que el guarda ha colmado el brasero. Fuera se oyen voces diversas en muy alto tono; una dice claramente: «El *seis* está llegando»; abro la ventanilla y un tren de pasajeros pasa como una exhalación deteniéndose suave e instantáneamente.

El coche dormitorio se detiene ante el furgón y detrás de uno de los vidrios empañados por la helada, en un compartimento donde las persianas han sido levantadas, veo un rostro de mujer. El vidrio se corre y una cabeza divina observa el poblacho con la curiosidad e interés que despiertan las estaciones feas en las que no hemos de detenernos. Cuando su mirada tropieza en la mía impertinente, hace un gracioso mohín, me saca la lengua y entre melodiosa carcajada, baja el cristal y la persiana.

El tren de pasajeros se aleja veloz, el nuestro inicia la marcha trabajosamente. Los estancieros van a referirnos el motivo de su indignación, que se exterioriza en los gestos con que acompañan la conversación entre ellos iniciada y de la que no entendíamos más que «animales estropeados, deficiencias imperdonables», cuando de súbito la puerta se abre estrepitosamente y un hombre envuelto en larga capa hace irrupción en el furgón dejando caer con violencia los dos canastos a que aferraba sus manos.

Cuando se libra de la chalina con que se tapa media cara, una corriente de terror paraliza a los circunstantes: el nuevo viajero es Candrucci.

Al reconocernos, lanza una exclamación de júbilo y va a abrazar al comisario; pero le acoge éste de manera tan agria y hay en el ambiente tanta frialdad para él, que retrocede. — Voy a tener mucho gusto en viajar con ustedes... — dice; mas como ve que por nuestra parte maldita la gracia que él nos hace,—¿Ustedes van a la ciudad?— inquiere tímidamente; y como nadie le responda se vuelve al guarda:

— Che, Donato, ¿a qué hora llegaremos?

—¡Cuando lleguemos!—responde secamente el interrogado.

El fondero mira, uno después de otro, todos los semblantes, y en el suyo movible va reflejándose, como en un espejo, la expresión de cada cual; intenta reir, pero la sonrisa naufraga en un mar de congoja que inunda su amplia carota de buen hombre y, para consolarse sin duda de un desaire que no acierta a explicarse, abre uno de los dos canastos extrayendo parsimoniosamente de él un pavo asado que despide grato olor, una pierna de cabrito, un rollo de salame, un manojo de bananas y una damajuana de vino.

Cuando ha colocado todo esto a su alrededor y se dispone a despanzurrar el ave, nos mira nuevamente y, como en una súplica, dice:

—¿Gusta, comisario?, usted Alfaro... todos... ¡Con franqueza!...

En nuestro interior se libra la más ruda de las batallas que enciende el amor propio; leo en el semblante de todos la negativa más rotunda y al mismo tiempo la desesperación de tener que rehusar, cuando se me ocurre un ardid que derribará el obstáculo, y digo a Candrucci que espera suplicante con la mirada fija y el tenedor en camino del túnel digestivo con la primera carga:

— Candrucci, tú que eres algo filósofo, dime: ¿Por qué se habla mal de los demás?

El hombre suelta el tenedor, lo que arranca un suspiro de alivio al comisario, se rasca la ceja derecha y declara:

— Pues, hombre... por muchas cosas; pero sobre todo porque es un asunto interesante para el cual siempre hallamos bien dispuesto al prójimo. Cuando hay que trabajar, sin embargo, no se habla mal de nadie... En resumen: yo creo que es el tema de los que no tienen nada que hacer; pero, ¿a qué viene la pregunta?

— Es por una discusión que sosteníamos, estos señores y yo contra el comisario.

— ¿Y ustedes discutían con la autoridad? ¡Siempre saldrán perdiendo!

Por la primera vez desde la entrada de Candrucci, estalla una carcajada general. Ella representa al propio tiempo el acuerdo tácito que nuestro apetito y el amor propio sellan ante la fuente donde el pavo se enfría; y sin esperar nueva invitación nos precipitamos sobre el ave.

— ¿Está duro el pavo? — me pregunta con toda malicia el feriante.

— Para las pulgas puede que sí, — respondo aludiendo a las del catre famoso.

El «agraviado» guarda, que sorprende el diálogo, ríe con la boca llena.

El tren sigue corriendo trabajosamente por un paisaje desolado que se entrevee por la puerta del furgón, abierta de par en par a objeto de expulsar el humo de los cigarrillos. Me acomete un sueño aplastador y me tiro sobre el escaño. Frente a mí el comisario y Candrucci cantan abrazados. Los feriantes reanudan su conversación, al guarda ya no lo veo. Voy poco a poco perdiendo la noción de la realidad y sintiendo un bienestar indecible. Ahora la carota amplia y pelosa del fondero, que tengo ante mí, va desposeyéndose misteriosamente de su tosquedad y adquiriendo la etérea belleza de una fisonomía que vi alguna vez... ¡Ah, sí, ya recuerdo! es la de la hermosa desconocida del tren de pasajeros, y termino soñando que ella ha venido a velar amorosamente mi sueño.

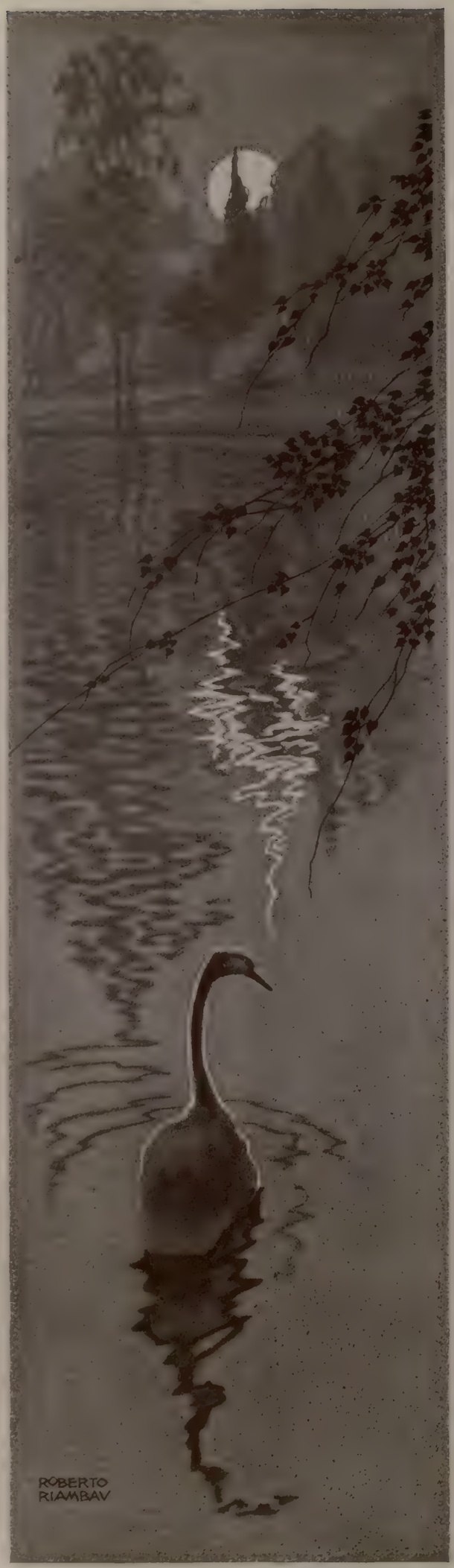
DIBUJO DE TEJAEZ

Cisne blanco y negro

Por Eugenio Díaz Romero

¡Oh! lago de mi amor, lago de ensueño,
De profundas riberas,
De perezosas ondas siempre azules.
Tu aspecto me sonríe, como otrora,
Cuando eras para mí dulce y sedeño
Como una anunciación de primaveras.
En tu margen, pacífica y sonora,
El céfiro estremece
La copa de los altos abedules
Con rumor semejante al de mi infancia.
Del fondo del boscaje
Que una aura tibia mece,
Se escapa una fragancia
Que llena suavemente mis sentidos
Trayéndome recuerdos de un pasado
En que promesas mágicas veía.
Hoy, como ayer, festonan tus orillas
Los sauces musicales
De que se alza el supremo ritmo alado,
La trémula armonía
De una alma palpitante entre la sombra;
Surcan tus aguas mansas las barquillas
Llevando como siempre sus amores;
Blando lecho de perlas y corales
Ofreces a la virgen como alfombra;
Brindas al caminante fatigado
Lenitivo cordial a sus dolores;
Estallas por doquier en embeleso
Como boca fragante
Ansiosa de sentir el primer beso,
Y sin embargo, ¡oh, lago bien amado!
El alma que te mira en este instante
No es el alma de ayer, el alma clara,
Intrépida, vibrante,
Que supo comprender tu voz preclara,
Sino el alma de un viejo peregrino
Que tras largo viajar, tras duras penas,
Se sienta, vacilante, en el camino,
Esperando que Dios, el Dios amante,
Ablande sus cadenas
Y se apiade por fin de su destino.
¡Oh, lago silencioso!
Te contemplo en la gloria de este día
Bañado por el sol maravilloso
De mayo sobre aureolas de jazmines.
Al ver resplandecer tus quietas ondas
Bajo el azul magnífico del cielo,
Mi errante fantasía
Que exulta el esplendor de tus jardines,
Me parece prestar para arrobarme
En el misterio amable de tus frondas,
El alma juvenil con que solía
Hundirme en tu espesura,
Sorprender de tus pájaros el vuelo
Y cruzar tu corriente,
Del alba en la hora pura,
Con tu visión de paz sobre la frente.
Pero es una ilusión ¡oh dulce lago!
El alma no es la misma
De la lejana, ardiente adolescencia.
El corazón de entonces, combatido
Por el ábrego aciago
De una cruel existencia,
Al dolor implacable siempre unido,
Fué perdiendo sus galas,
Desmayando en ardor y valentía,
Cayendo en la tristeza,
Como un ave que prueba mal sus alas
Cae en las zargas ásperas del nido.
Y aunque mi pecho sienta tu belleza
Como antes la sintiera, conmovido,
Ya no imprimes en él la misma huella,
Ni mueves mis potencias como antaño,
Ni como antaño, amor, quietud, olvido,
Luz tranquila de estrellas
Das a mi corazón, porque ha sufrido
Del mundo el incurable desengaño.

Mas he aquí que los cisnes se adelantan
Surcando de tus aguas el espejo.
¡Alada majestad, copos de nieve!
¡De la luna más cándida, reflejo!
¡Delicadeza astral que ora se esfuma,
Ora brota radiante y siempre leve
De la diáfana espuma!
¡Mirífico cortejo
En que la gracia triunfa soberana
Destacando su nítido tesoro
En la riente mañana!
¡Helos ahí, tan blancos, tan sutiles
Y tan llenos de ensueño
Como la vez primera que mirara
Su plumaje sedeño!
En la hora solar, en la hora clara,
Se dirían heraldos de ventura.
Así los presentía antiguamente
Al mirarlos flotar en un derroche
De inaudita blancura.
Venían del Oriente,
Anunciaban amor en los destellos
De sus alas abiertas,
En el ritmo divino de sus cuellos
Tendidos en las yertas
Corrientes cristalinas,
Predecían la gloria y la esperanza
Como todo lo blanco. Eran mis sueños,
Mis sueños juveniles, recamados
De albor inmarcesible, de divinas
Radiaciones de luz y de bonanza.
¡Visión encantadora, no me engañas!
¡Mira sino la tarde
Alzando su caudal tras las colinas!
¡La tarde resonante de zozobra,
Que avanza con sigilo por los prados
Y puebla el vago ambiente de canciones
Terriblemente extrañas!
El crepúsculo llega, como un monje,
Envuelto en sus fatídicos crespones.
¡Es la hora en que el mal se yergue y obra!
Los cisnes eucarísticos han huído
De las ondas azules. Ahora llena
El espacio dormido
Donde el lago se extiende como un denso
Tenebroso sudario,
Un cortejo de cisnes funerario.
Son los cisnes que llegan
A anunciar la derrota de mis sueños,
A gemir el inmenso
Poema secular de mi delirio.
Miradlos cual navegan
Dentro el piélago obscuro; cuánto duelo
Desprende su plumaje.
Cuánta angustia y martirio
Revelan bajo el cielo
Espectral y severo ante su paso.
¡Dejadlos avanzar, perderse acaso
En la noche salvaje,
En las riberas solas,
Hundirse en el cristal, entre el murmurio
De las frígidas olas!
¡Oh! dejad confundirse en la espesura
De las sombras compactas ese augurio
Fatal y pertinaz de mi esperanza,
Esa tropa agorera
Que con ansias espera
La ocasión de elevar su voz inerte,
Para cantar mi marcha lastimera
Hacia el supremo reino de la muerte.



DIBUJO DE RIAMBAU.

FIN DE TEMPORADA

A LA ÚLTIMA DE ABONO

GOUACHE DE ALONSO

EN LA ESTANCIA D

INTO (MERCEDES)

FOTOGRAFIA DEL SEÑOR ALBERTO DEL SOLAR DORREGO.

Iglesia de La Merced

SANTA FÉ

LAS RAICES DEL ROBLE

METAMORFOSIS

Amo con tal efusión la selva, que acaso, cuando sea viejo, me ocurra lo que a un anciano mendigo, que vivía entre las raíces de un roble inmenso, como un fakir entre sus serpientes adormecidas.

Por verlo, subía yo hasta una revuelta del camino, allí donde comenzaba a proyectar el bosque su sombra sobre la polvorienta blancura de la grava. Acurrucado junto al tronco, inmóvil, con toda la carne del color terroso de la corteza, parecía un tentáculo más del árbol milenario, y apenas si la vida se le notaba en un movimiento maquinal de súplica, que iniciaba ante todo viandante de aquel camino.

Su mano sarmentosa, pegada a un brazo seco, era semejante a una rama que no pudiera volver a retoñar en hojas verdes y vigorosas.

Un año tras otro, le encontré en su invariable lugar, pero cada vez más adherido al tronco y con el brazo más débil para su habitual movimiento petitorio.

Un día, ya no pudo extender ese brazo y la súplica se reconcentró en los ojos apagadizos, que por eso, tal vez, adquirieron de nuevo algún resplandor.

Las piernas y los brazos ya no tenían sangre alguna y agujeritos pequeños, como los de una madera apolillada, le salpicaban todo el cuerpo.

La lluvia, fué dejando en los cabellos y barba sedimentos innúmeros, que trabándose acabaron por transformarse en fibras semejantes a la rugosidad del roble.

Todas las formas de su cuerpo se retorcieron adoptando la silueta ofidiana de las raíces seculares, y así, el hombre fué chupado por el árbol, poco a poco, hasta quedar en pellejo y huesos aptos para su conversión en corteza.

Imaginad la extrañeza de los pajaritos del bosque, que saltaban, sin miedo, por entre las piernas y que abatían el vuelo sobre las crenchas enmarañadas tan blandas como un nido, cuando veían relucir los ojos del anciano y oían el ronquido de su garganta anquilosada. Se preguntaban con curiosidad, unos a otros, que nueva especie de árbol sería aquel, o si el roble grande de la selva se habría vuelto loco y ahora le daba por mirar y hablar como los hombres...

Pero los hombres y las mujeres que seguían ligeramente el camino, hablaban de distinta manera:

—¿Has visto al viejo? Está muy acabado, y la primavera, cuando vuelva, no le hallará en ese lugar como otros años.

Y otros decían:

—¿Cómo no tendrá ese viejo frío y hambre? Bien podían recogerlo las hermanitas del Asilo, y no dejarlo morir desamparado.

Y nada de esto alteraba al bosque, ni al roble, ni al anciano, ni al tiempo que obra inmutable y lentamente.

Un año después, pasé por aquel lugar en una tarde otoñal, cuando el crepúsculo era una alegre paleta de rojos y amarillos colores, en el poniente.

Lo único que vivía en el viejo, los ojos, se habían ensombrecido definitivamente, y el musgo trepaba ya, con su actitud tentacular, por lo que fuera carne humana. Tras una larga y minuciosa observación, reconocí al viejo mendigo en aquella musgosa madera, que parecía una grosera escultura tallada en el abuelo venerable de la selva.

—Ya está ahí—pensé—incorporado al bosque y pronto florecerá la leyenda en torno suyo, y sólo yo, que he visto y comprendido la transformación, sólo yo podría explicarla.

Y continué mi marcha por el camino blanco, que desciende en rápidas revueltas hacia el valle, entre los setos de zarzamoras que deslindan los campos. Iba tranquilo y satisfecho por todo aquello.

El hombre anciano se había, al fin, metamorfoseado en raíz del resistente roble.

Cuando llegué a la próxima aldea, llamé al señor alcalde, y al maestro, y al médico y al cura.

—¿Han visto—les dije—al Hombre de Madera?

No supieron responder, porque nadie en la aldea vió nunca un hombre de madera y mucho menos podían averiguar el secreto de una metamorfosis.

Entonces, otro día, yo los llevé al bosque y quedaron encantadas las autoridades con aquel árbol tan extraño...

—Este debe ser un pagano castigado por Dios en la época de los moros—opinó el cura.

—¡Qué disparate! Esta es sin duda una escultura prehistórica tallada en el tronco—respondió el maestro.

—O un capricho de la Naturaleza—dijo el médico sacudiendo la cabeza...

Y se apresuraron a enviar a los diarios de la capital, la noticia de un curioso hallazgo, que provocaría en el mundo científico las más atrevidas discusiones e hipótesis de sabios y anticuarios...

Nadie se acordó del viejo pordiosero.

Y el roble con raíces de forma humana, quedó como una maravilla del pueblo, que es feliz con sus viñedos, sus autoridades y su «Hombre de Madera».

DIBUJO DE PETRONE. ENRIQUE DE LEGUINA.

ESTILOS CRIOLLOS

FACILIDAD PARA EL PAGO.

Entre los cuentos que me hizo el doctor Barandiarán en las tenidas tenidas por yo y él allá en el «Club la Unión» de Choritolongo, se destaca en mi memoria, con sus pelos y señales de relieve inconfundible, uno que por sugestivo se merece los honores de la segunda edición; porque demuestra lo bien que hace, a las veces, sus cosas el factor «casualidad», gran especialista en barros.

Conste que, de aquí adelante, nada diré por mi cuenta, pues sólo soy eco fiel de una intriga caprichosa, que haré por reproducir como me la refirieron.

Ahora, que hable mi doctor, pues yo me voy por el foro.

Estaba yo vez pasada jugando a la carambola, ya muy tarde de la noche, en lo del vasco Ramonchu (el mejor café del pueblo, siendo que el patrón lo jura), cuando penetró al local el vigilante Mansilla, el que malgrado su rol de resorte policiano, más parecía matrero... si no fuese el uniforme, que miembro de un instituto de garantía social.

Encarándosé conmigo, saludó militarmente, con la mano en el kepí, y dijo:

— Discúlpemé, mi dotor, que lo inturrumpa: lo precisa el señor Juez y me ha mandao a decirle que se presiente al momento.

— ¿Puedo seguir la bolada? — le pregunté yo sonriente.

— ¡Qu'esperanza, mi dotor! No está de ráirse la cosa.

— ¿Qué pasa, che? — le inquirí, maliciándomé algo grave, siendo que el Juez me buscaba y a deshoras de la noche.

— ¡Nada! — me agregó Mansilla — que se han tomao en peleya Baca con «el Correntino», y el pardo se le ha ido al humo, madrugándoló alevoso...., no estoy fijo si con diez o doce hachazos tremendos, que casi lo ha basuriáo... El Baca está que se va... si no se ha cortáo del todo.

— ¿Qué me dice? ¡No jorobe!

— ¿Y? ¿Qué quiere que le diga? Veya, acá me caiga muerto — y al decirlo se besaba dos dedos puestos en cruz. — Esas cosas... por sabido... Cuando un tigre como es ése, pela el filoso ¡gran flauta! y atropella como fulo... o llega tarde el dotor... o es que le ha erráo feo el golpe, porque el otro le ha cuerpiáo. Y «el Correntino» no la erra... ni cuando tira el güesito, que para eso es como luz.

— Vamos, pues — dije yo inquieto; — pero ¿y adónde es que hay que ir? ¿Me ha tráido flete?...

— ¿Y Antonio? Un overo malacara, que ve más bien en l'oscuro, que cualsiquiera en el cine, lo que se apagan las luces, antes de pasar las vistas.

Yo sí que precisaba una... mejor que los de la Aduana, para caminar tranquilo con aquella ináme noche, más morena que Mansilla, con ser que éste es bien mulato. El cual, siempre jaranero, me había dicho al salir, encandilados los dos por las luces del café:

— ¿Ha visto, dotor, qué noche? De escura está como para correrlo a un negro desnudo; no lo pispa... ni su mama...

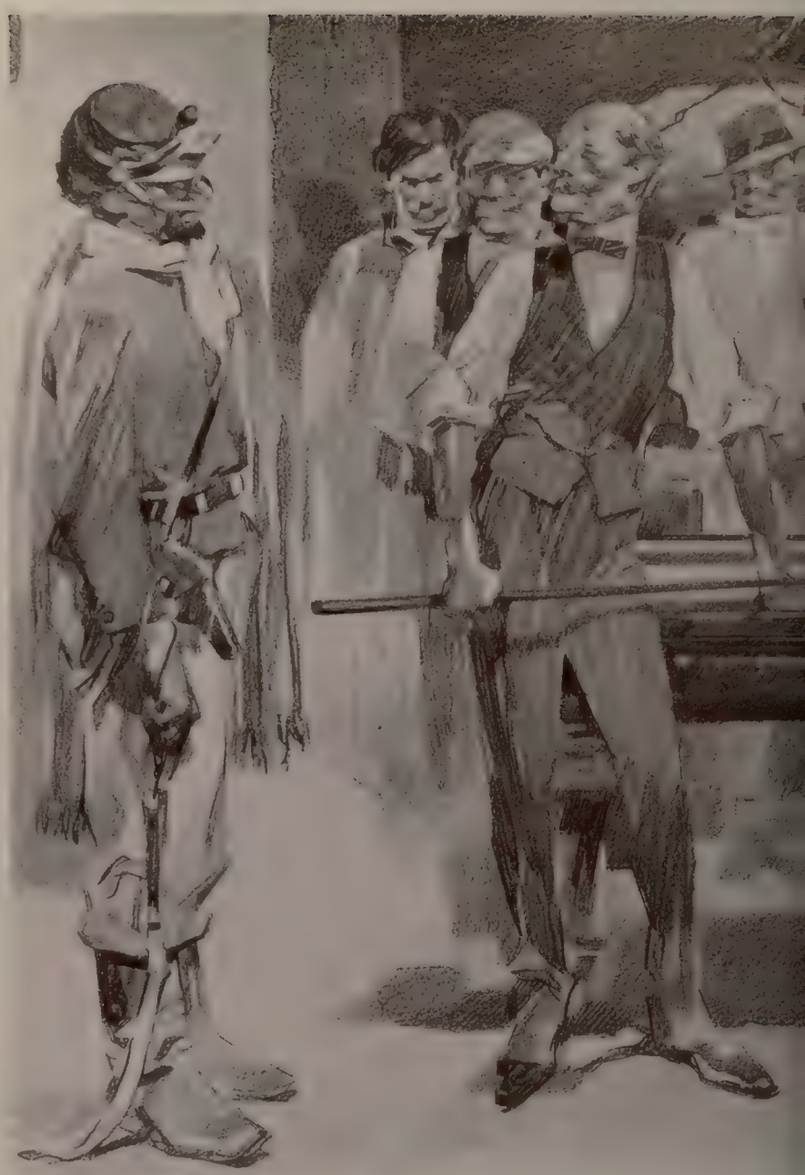
— ¿Qué le par...ece, mi amigo? — retruqué yo por las dudas.

Mientras íbamos al tranco e inquiriendo el horizonte como Dios nos ayudaba, para que no nos rompiese la crisma algún esquinero (ya que los tales palitos no saben hacerse a un lado), el agente me informó sobre todos los detalles del sangriento batifondo. El herido estaba mal; en tan deplorable estado, que habría sido imprudente trasladarlo hasta el pueblito.

Se encontraba en el lugar donde se produjo el hecho; en la *esquina* de «La Tranca»; en donde según las mentas, por la contabilidad, no muy limpia que digamos, de unas partidas de truco... y por unos copetines que se habían interpuesto en el curso de la cosa... y porque los contendores (ambos valientes de oficio) no cabían a sus anchas en los ámbitos del mundo, pequeño para dos guapos, estalló fiera la lucha.

Tras *una preparación de artillería* terrible (siete tiros de revólver que rompieron tres botellas, bandiaron a dos tabiques y quebraron una lámpara) se produjo el cuerpo a cuerpo, madrugando «el Correntino» a Baca y chuciandoló... que lo puso a la miseria; pues no pudo defenderse, causa de haber sido herido en la mano de pegar, lo que empezó el entrevero.

¿Cómo llevarlo al cotorro donde sabía vivir sólo su alma... y sin familia para cebarle un amargo? Ni aun fletándoló en *el fúnebre* (la carrindanga más suave de todo aquel alcontorno) lo habría pasado bien en tan apretada noche; porque con los infaltables y macucos barquinazos, propios de aquellos caminos más piores que vizcacheras, hubiese perdido, en fija, buena cantidad de sangre; y no le quedaba mucha para derrocharla en lujos que no venían a cuento.



Una hora y pico después, que me parecieron dos, y no con pocos trabajos, llegábamos a «La Tranca», la esquina de más renombre de todas las del partido. Sobre un catre a la Crimea y arriba de unas caronas donde la sangre ponía los rutilantes brochazos de su siniestro rojiar, yacía pálido, inmóvil, postrado por la hemorragia que roía su organismo, pero con el duro temple de su corazón intacto, Baca, el formidable Baca; el del cuchillo certero, el de valor sin alardes, el de ánimo generoso como un héroe de leyenda, el elemento más firme de todos cuantos seguían al invencible don Cruz, que era el *tata-dios* del pago, el *ray* de aquella comarca, que regía en absoluto, por sobre todos aquellos que pareciendo mandones eran mandados por él, que se contentaba siendo simplemente Juez de Paz... y era a la vez providencia, árbitro y «Gran Elector», más grande que el de Sajonia.

Dijérase que el herido tenía ya el alma ausente, por la plácida quietud de su aspecto imperturbable: con los párpados dormidos; sin una queja en los labios, sin una mueca en el rostro, sin un *rictus* de dolor: como aquel que ve en la muerte a una amada cariñosa, y la contempla sereno, sabiendo que ha de abrazarle, fiel a su honrada promesa.

Después de reconocerle como Dios me dió a entender, pues una herida del tórax le interesaba el pulmón, que al resollar por la herida soplaba sobre la luz, matándolá vuelta a vuelta, pude formar un pronóstico que por muy espeluznante no le declaré al caudillo (quien desde el primer momento corrió al lado de su chiche), de miedo de darle un susto de aquellos «de no te muevas». Y una vez que hice la cura de los varios desperfectos que le habían hecho a Baca... mucho menores en número que lo dicho por Mansilla (porque siempre se exagera), don Cruz me llevó a un rincón, donde con voz alterada por el chucho que sentía, me consultó ansiosamente, diciéndomé de esta guisa:

— A estar a la hora y un cuarto que ha durao la refación, había mucho que hacer... ¿Es muy grande el desarreglo?

— Regularón el estrago — contesté con amargura y recortando la voz, para que sólo él me oyese; un puntazo penetrante por abajo de la islilla — yo marcaba con un dedo — que por poco lo bandea, siendo la lesión más grave de cuantas ha recibido; dos hachazos competentes, uno en el costado izquierdo, que es donde se saben dar, y otro en la mano derecha que, si mucho no me engaño, afectará a su aptitud para manejar la lata. También tiene unos rasguños, pero son sin trascendencia.

— Bien; déjesé de rajuños y vamos a lo que importa: ¿cré que ha de escapar con vida?

— ¡Qué quiere, amigo don Cruz! No puedo decirle nada que no sea prematuro... Hay peligro muy probable de complicaciones serias: hacer cálculos alegres sobre heridas de pulmón es hacer preparativos para tirarse una plancha: es igual que hablar del tiempo que ha de hacer el mes que viene... y yo no hago calendarios ni me siento Martín Gil.

— Bueno, pero, usté ¿qué cré?

— Si algo le pudiera hablar, no precisaba preguntas. ¿No le he dicho ya, cristiano, que lo que puedo decirle es que no le digo *nienta?* Yo no quiero compromisos.

— Ta güeno, pues, mi dotor; pero, sin comprometerlo: para entre nosotros... ¿sabe? ¿Por qué no me ha de decir ni tan siquiera su pálpito?

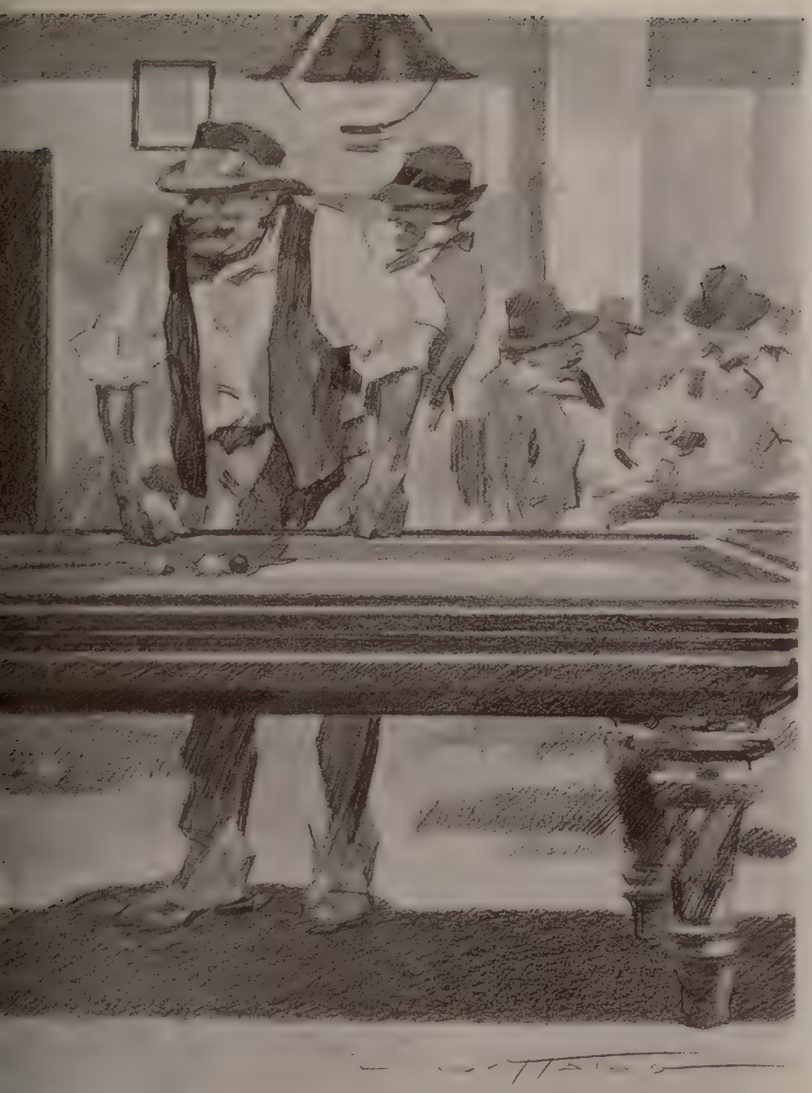
Y al ver que yo me empacaba, tenaz, en la negativa, él pasó a cuarto intermedio, para añadirme después:

— Vea, lo que yo le digo es que me lo cuide ¿sabe? Baca me ha servido siempre y es un amigo muy lial: aura quiero protegerlo. Cuidemeló, se lo pido; véaló lo más que pueda, que él se lo ha de retribuir. Yo se lo garanto ¿sabe? pa que usté no pierda al ñudo su trabajo ni su tiempo.

Oyéndoló, yo estrilé, mas con estrilo interior, ya que no era muy político manifestar desconfian-

POR SEVERIANO LORENTE

DIBUJO DE ZAVATTARO



za frente a frente de don Cruz, que era todo un caballero... para lo que allí se estila... don Cruz, sí; pero ¿y el otro? Era Baca un atorrante sin responsabilidad, ni más bienes de fortuna que un parejero, la taba, la barajita, el choclón... y una daga muy filosa al servicio de don Cruz, quien se dejaba pechar de vez en cuando por él. ¿Y de adónde iba a riunir aquel mal entretenido los dos o trescientos pesos que valdría mi asistencia en el mejor de los casos, esto es, sin complicaciones?

Pero, no había que hacerle; tenía que trabajar y que callarme la boca, por no enojarlo a don Cruz, que era allí el omnipotente.

¡Maldito sea el tal Baca! ¡Qué de quejas y caprichos, pretensiones y exigencias! ¡Y qué trabajo me dió aquella monada de hombre! Sólo en hilo de sutura tuve que empliar más largor que precisa un barrilete. Ni al alumno más contráido le dan, al rendir examen de las materias de un curso, tantos puntos como dí yo en el cuero del tal Baca, para que la perra vida no se le escapase a chorros por tan extensos buracos.

Gracias a que los malevos tienen providencia aparte, que no consulta la lógica para hacerles sus caricias, unas semanas después, que no llegaron a cinco, Baca abandonaba el lecho (más bien «catre del dolor») y aunque forrado de gasas, de algodones y de vendas, igual que un jarrón de Sevres, que estuviese por viajar, ya andaba jugando al truco; y con gauchesco donaire decía a sus relaciones:

— Pa que vean si son maulas: tuavía me les animo pa un partido mano a mano, con cualisquiera que raye, dándolé una ventajilla: la de jugar con la zurda... pues la otra, por el presente no me sirve tan siquiera pa sostener una copa...

Como se encontraba bien, creí ya llegado el caso de presentarle la cuenta. Con arreglo a la costumbre que observan algunos clientes, no la abonó sobre el pucho, diciéndolé al cobrador que antes de *arreglar* tenía que intervistarse conmigo (expediente dilatorio, propio de mal pagador). ¿Acaso no he dicho ya lo mucho que me temía surgiesen complicaciones? Bueno, ya habían surgido.

Y cuando mi mala estrella quiso que le viese un día, por pura casualidad, pues él me andaba cuerpiando... *¡más me valiera estar duermes!* fué y me puso como nuevo. Con fingida indignación de hombre honrado a quien se quiere mochar algunos pesitos y se resiste al abuso, negó lo que me debía; y con arteras chicanas, más propias de un ave negra, me arguyó que no era él quien me había hecho buscar para que lo visitara: que don Cruz le había dicho:

— Yo te haré tráir al dotor; — que además, como yo lo era de la *Mucipalidá*, lo era de la Policía, y para eso me pagaban; para curar los heridos... Coronando sus argucias, me dijo amenazador:

— No arrugue, que no hay quien planche; y no me jorobe mucho ni eche pelos en la leche; porque si usté se empecina y se me vuelan los patos... — Sin definir la amenaza, se advertía la intención, soez y provocadora...

La ingratitud y la ancheta del canalla, me pusieron tan fulo y fuera de mí, que no le atraqué un balazo... porque no llevo revólver, para sofrenar mi genio y no tener compromisos; que de no, se la doy chanta. Por otra parte pensé que, como medió don Cruz en el ya enojoso asunto, debía contar con él.

El cual me dijo en sustancia:

— Dotor, no muente el picazo, y juge serenamente: Baca no le debe un zorro; el que le debo soy yo, que fuí quien lo hizo llamar; pero yo me comprometo a hacer que Baca lo vea entre unos días, y entonces le abonará la cuentita. Precisamente le he dao una changa en un asunto que ha de serle de provecho; pues le he confiáo el depósito de una punta de ovejitas, en un juicio que se sigue por cobro de pesos ¿sabe? Como viene la calor, pronto las hará esquilar: de ese modo, el producido de la lana ha de servirle para pagar sus visitas. Lo hice procurándoló facilidad para el pago. Todo andará lo más bien.

— Pero, esa lana... ¿no es de otro? — me comedí a preguntar.

— La lana — dijo don Cruz, medio cabriado y travieso — no es de un otro ni es de nadies: la lana es de las ovejas: ¿a usté qué se le supone? No se meta a zonzo ¿quiere? — y me sonrió bondadoso.

Y razón que le sobraba por arriba del chambergo: ¿quién me metía a mí a otario? La bolada era embolsar el toco de los pesitos: lo demás eran historias, y no soy César Cantú ni don Bartolomé Mitre, para meterme a historiógrafo.

Contra lo que me temía, todo se solucionó del modo más conveniente. Cuando menos lo esperaba, me visitó el ex herido, que se deshizo en excusas y al fin me puso en la mano dos papeles de a cien pesos. ¿Acaso me competía indagar la procedencia de aquellas hojas de *chala*, tan lindas y amarillosas, mismo como papel de oro, aunque eran papel... papel?

Pasemos ahora a otro inciso, pero atingente al asunto, que así queda redondiado. A ruego de mi señora, que me lo pidió, la pobre, con lágrimas en los ojos, hube de reconciliarme, por millonésima vez con su señora mamá, que lo es mía... aunque impolítica.

Ya en la visita primera que vino a hacernos a casa, nos solió, sin compasión, con una lata morruda. Como la conozco tanto, no la llevaba el apunte, delegando en mi consorte, deber tan poco agradable; pero al oirla, sin querer, que estaba hablando de Baca, me digné parar la oreja, pispando lo que decía de aquel tipo tenebroso; y he aquí lo que saqué, salvo error de suma o pluma. En la estancia de mi suegra (que está a diez leguas del pueblo) había habido un nación, malo como plata falsa, que en trato de aparcería la cuidaba unas ovejas...; algo así como tres mil. Causa de la perra crisis, de la seca y de otros males, en los dos últimos años no había juntado un peso; pero sabía a su casa; y bajo el seguro abrigo del crédito de mi arpía, se había dado la vuelta, entrampándosé muy feo en todos los almacenes, y clavando sin piedad a tenderos, proveedores... y demás gentes sencillas que se habían fiado de él... es decir, de su aparcera. Y viendo que los negocios andaban como la mona, y el año venía mal..., si es que no venía pior..., se había apretado el gorro rumbo a la loma del diablo, dejando un tendal tremendo de doloridos gritones; los que fueron como bala y en patota hasta el Juzgado, sabiamente dirigidos por un tipo enredador, medio grupí de don Cruz. Este les oyó muy serio, como quien va a hacer justicia... y accedió a la enormidad que ellos le solicitaban, embargando las haciendas, bajo el pretexto especioso de que los animalitos... por lo menos la mitad, eran bienes del fugado, desde que éste era mediero. A sabiendas de que aquello significaba un despojo, se trabó el embargo al trote. Y todavía hizo más, sublimando el atropello; pues nombró depositario (como ya creo haber dicho) a Baca; el más embroilón de todo Choritolongo; quien ahí no más, de inmediato, hizo esquilar las ovejas, vendió la lana a vil precio... y se guardó la platita de donde vino a salir toda la que a mí me dió.

De modo que en fin de cuentas, si cobré mis honorarios fué por artes de Mandinga (o de don Cruz, que es igual), con dinero procedente del bolsillo de mi bruja, que el caudillo hizo pasar hasta el tirador de Baca, dándolé facilidades para chancelar su débito, pagándomé la asistencia.

Aquella suma que el guapo me abonó cristianamente, era la compensación con que *la buena señora* me indemnizó, sin quererlo, de los muchos sinsabores con que me ha favorecido, siendo autora de mis canas. Poco es el resarcimiento; pero menos da una piedra... cuando no lo es de afilar.

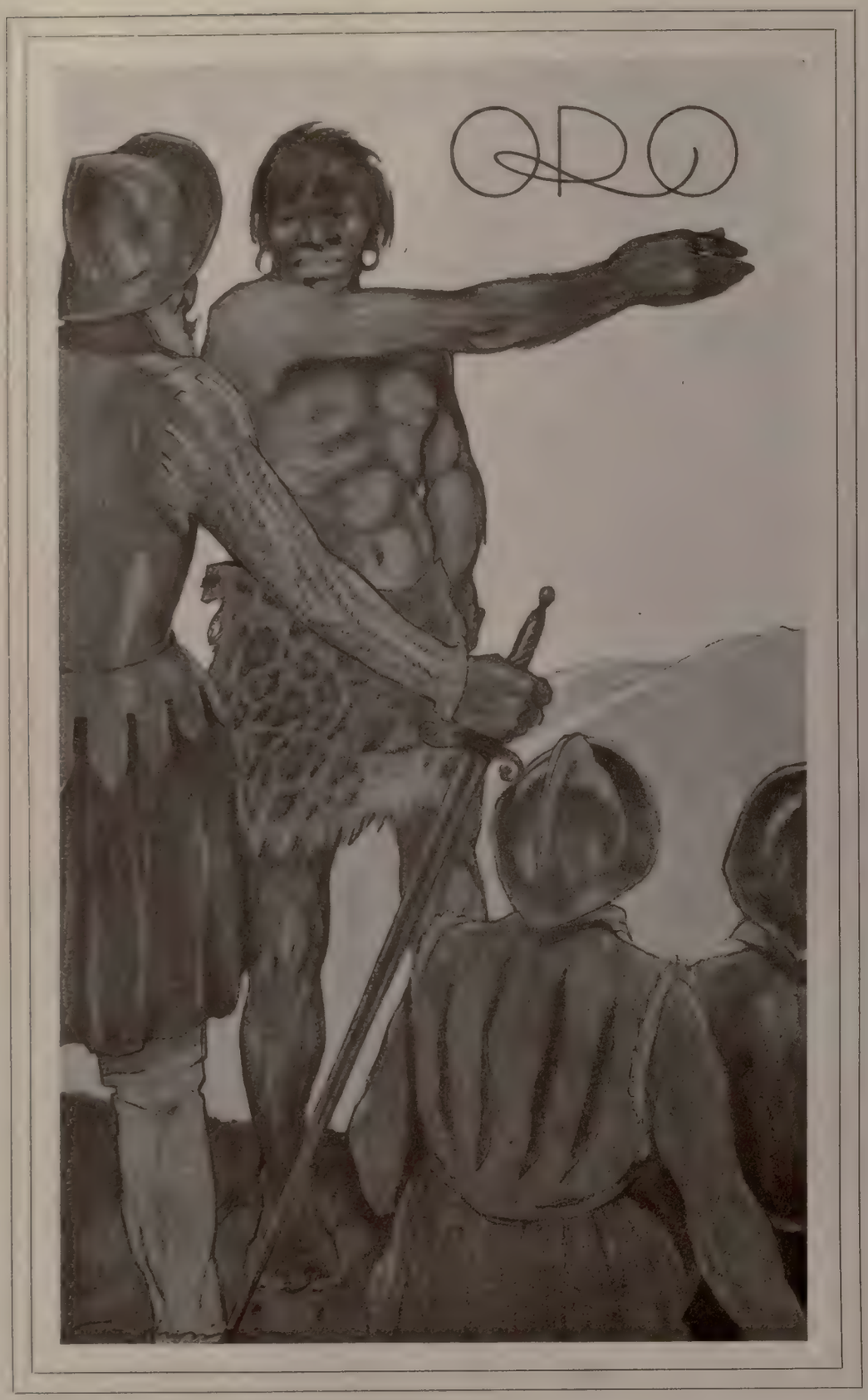
Desde el día del embargo, que vino a hacer mi negocio, el más ferviente secuaz y admirador entusiasta de aquel insigne «buen juez», *alter ego* de Magnaud, lo es el yerno de mi suegra... la cual, sólo tiene una hija.

¡Salve, espléndido don Cruz! ¡Hosana, juez providente! ¡Hurra, Licurgo ladino, que haces la justicia idial, hasta cuando de patriota te metes en las familias, reivindicando a los yernos contra esos verdugos hembras que los matan a *dijustos*... (como diría don Cruz).

¿No era bien justo que el mío pagara los vidrios rotos, siendo yo el damnificado? Sólo gracias a don Cruz, puedo decir que en la tierra se sabe aún hacer justicia; y que si en Berlín hay jueces, también en Choritolongo.

Me hace feliz el pensar lo que podía haber hecho un juez de esa envergadura, si en lugar de ser don Cruz, hubiese sido don Diablo.

¡Agarrate, Catalina, qué modo de galopiar!



Aun el emporio no había coronado la visión de los espíritus... Al occidente, tras los farallones de las montañas custodias el sol se apagaba en lo ignoto. Los límites los delineaban cumbres y precipicios.

Los númenes del mar han emplayado las vanguardias de la conquista en la garganta del Istmo. En la tierra salvaje retumba el azadonazo. La esclavitud pare el dolor de sus músculos. Ya las flechas no estelan la vírgula brillante en el aire del día.

De las incursiones al misterio confinante, las marismas inyectadas de fiebres mortales, cobran por cada holladura blanca, solvencias rigurosas de vidas. En la entraña de la selva late el alma de la Naturaleza.

Precaria, anodina, la situación del vivac evangélico. Los guerreros enervados cumplen el mero arbitrio de la encomienda, del azadón y el garrote. El tributo cardinal lo resume la esquilmación de la palacra aflorada. La industria constituye la pepa aleatoria que deparan los lavaderos laboriosos. Vivamente irrumpe el manotón a la barrilla exigua o al utensilio similor de usos autóctonos. Y en el fondo, el orgullo de la raza, se aflige en una agria conjuración de corajes...

Trajéralos mensajero al Desconocido, primordialmente el influjo del rico metal, aluvionado. La promesa de especerías cimarronas, certificadas en el mágico arbusto de la canela. La Fábula... Al uno le han ofrendado el arroyo sobrehumano. Al otro, un atávico reflejo de sibaritismo oriental. A la última todo el profundo amor y fantasía de la sangre castellana...

Y allí, como una centinela hueste que ataja la ruta al más allá, el cordón inexpugnable de las montañas plomas, con sus cien implacables bocas de muerte. La manigua fragosa. El limo fatal.

Mas he aquí que surge un bárbaro con la voz de la revelación... Es el hijo del cacique Comagre. Viva expresión de astro encarnada, fluye de su desprecio a la codicia, el genio ancestral soberbio. Hállase el cacique, senil y rotundo, retorcido de fibras como la talla de un roble, discutiendo a gesticulaciones y ademanes la gravedad desquiciada de la balanza que mide el tributo, impotente ya de costearlo. El mancebo avanza sobre los recaudadores y su padre.

— ¡Qué! — grita golpeando con los dos puños los platillos y echando a rodar los cascos brutos de oro. — ¿Disputáis por una tal bagatela? ¡Oh, blancos, malditos! Si la voracidad de este canto guía vuestros empeños, mirad — y extendió el brazo con la boca espumarajada de ira. — ¡Mirad, malditos! ¡Trasponed las montañas obscuras que cortan los frentes, romped el marañón, sepultáos en las charcas, cotejad los alientos con el huracán, y más allá!... ¡Al lado allá!... Si sois sobrenaturales como os decís, descubriréis una mar sobre la cual bogan las piraguas de muy poderoso imperio. Y en el estado firme, los tesoros del sol, el oro de las cuatro partes del mundo. ¡Marchad, malditos, salvad!...

La hoja de una espada le cruzó el corazón mordiendo la blasfemia. El pecho ancho del viejo cacique se amortajó con su sangre.

Y la fábula abrió desmesuradas sus alas... Ya no fueron las montañas plutónicas que cerraban ciegas el paso con sus crestones y cárcavas. Las marismas de las que en puntos sólo las copas de los árboles sobresalían. Las miasmas condensadas en foscuras extraseculares. ¡El oro! Era el clarín de la epopeya... Hasta en los cadáveres quedaba rebrillando yerta en la pupila una luz de sol con la imagen fija. La garganta del Istmo la bandeó el rumbo de sacrificios y arrebatos, vibrante, al alar los espíritus...

Es el ser sobrenatural del que la fe del joven esclavo dudó, Vasco de Balboa, desembocando en las márgenes levantes del Pacífico. Pizarro que lo surca, y hace escalas a la visión, reparando con el apogeo el ánimo ofendido en su orgullo rudo y homérico, de la balanza cuarteadora...

¡Es el Perú! Sangre, lágrimas, horror. La América aborigen que abre la entraña del emporio, grabando sobre la rigidez de las edades, como madre en su grito de maldición, el canto humano con las tres cifras del sacrilegio. ¡Su esplendorosa y absoluta ley!...

ALBINO DARDO LÓPEZ.

DIBUJO DE CENTURIÓN.

EN EL PUERTO

LOS NUEVOS ASTILLEROS

ÓLEO DE ALBERTO M. ROSSI.

LA FUNESTA MANÍA DE PENSAR...

Podemos creer, desde la cumbre de nuestro intelectualismo vanidoso, que aquellos profesores de la Universidad de Cervera que en homenaje a Fernando VII de España escribieron «fuera de nosotros la funesta manía de pensar», eran gente de ánimo incivil, indigno y lacayuno, tan satisfechos con que su servil humillación se pagara, como sin bríos para sentirse libres y conscientes. Y sin embargo, aunque ellos no lo sabían, decían, por lo menos a medias, una gran verdad, hoy reconocida por la pedagogía.

La educación puramente inteleotualista ha fracasado. Ya nos hemos convencido de que es inútil para la felicidad individual y oolectiva llenarnos la cabeza de lo que pomposamente se llamaba «hechos». He aquí porque Brunetiere, que vió la cuestión, sin analizarla por su excesivo espíritu religioso, habló de «la bancarrota de la ciencia», con lo cual arrimaba el ascua a su sardina, a su credo. Huelga decir que no hay tal bancarrota; lo que hay y lo que hubo es poco cuidado por el carácter, la moral y el sentimiento y exceso de cultivo por lo que sea compresión. Y muchas, muchísimas cosas, sólo a la luz del sentimiento pueden explicarse. Para ser feliz vale más el carácter que la ciencia, pues desde Salomón hasta Fausto la sabiduría no ha servido más que para, al fin de la vida, refugiarse en la quimera, diciendo desdeñosamente a cuanto no sea fe, carácter e imaginación, ¡vanidad de vanidades!

Los males de ese desequilibrio, tan frecuente en la educación, hasta hace media docena de años o menos, se han visto en los hombres — somos muy analíticos, poco apasionados, muy egoístas — y en las mujeres en mayor grado, ya que esas normas son antitéticas con su espíritu tradicional. Las antiguas «cabecitas locas», cabezas de novia, que decía Carriego, se hicieron frías y sesudas para evitar todo movimiento pasional que las comprometiera. Dijérase que en vez de versos leían tratados de contabilidad. Cerraron la puerta al valor y al ensueño sin prescindir por eso del placer, pero rodeándolo de un sentido que por sensualista y cobarde era triste, lejos ya la magnífica desnudez pagana y del claro de luna romántica. La bella palabra «aventura» perdió su significado novelesco y gentil o quedó desterrada de la sociedad. Si antes se entraba en el corazón de una bella con engaños que eran espada, sonetos u oro, en una hora de abandono, — ¡ah el fingido desmayo de las comedias antiguas! — ahora se concertaba todo fríamente, sin que la voz temblara... Razonamos muy bien, pero con todo no hemos sabido mantener la ilusión que embellece ni el ímpetu cordial que exalta. Tenemos salud, una triste salud de enfermos, a puro de dieta. Lo líricamente generoso nos parece ridículo, lo apasionado plebeyo y he aquí que al cabo de los años vuelve a sonar la voz del corazón — en el hogar, en la escuela, en la vida toda — diciendo imperioso:

— ¡Sin mí no hay nada!

Porque los últimos duros tiempos nos han enseñado que las horas de sacrificio pueden llegar cuando menos se piense, y para afrontarlas es preciso imaginación que embellezca el dolor y sueñe con la fortuna, carácter que se transforme en acción y sentimiento que vea en la familia, en los conciudadanos, algo paterno, unido a nosotros por leyes superiores al interés que se pesa y mide. Sólo con el pensar no se podría llegar a los magníficos espectáculos que hoy presenta el mundo. Mujeres de Francia que cuidan a los heridos o substituyen al marido que pelea en las trincheras, ¡qué lejos están de la normalista engreída, de las que se administraban el amor con cuentagotas, de las frívolas del traje! La ciencia y el poder de reflexión que aquéllas tenían, ahora, con las alas del sentimiento, ha subido a donde no se esperaba. Esto es, pues, la magnífica lección de las horas presentes. Ya France, al final de un libro destructor, arma terrible la sutilísima — estilete florentino — de su ironía, dice tristemente:

— ¡Ten entusiasmo, hijo mío; sin él nada vale!...

Y es que sin la gloriosa capacidad para sentir, el pensar sólo es funesta manía; renunciar a sentir, a ser lírico y vibrante, lo que no se opone a ser razonable y sensato, equivaldría a que el cóndor, fundándose en que tiene fuertes garras para escalar los picachos, se cortara las alas...

¡Resuenen, pues, en todas partes las antiguas palabras heroicas! Con ellas ya no hay peligro de dar aliento a romanticismos estériles ni a nada declamatorio. Serán fuerza nueva y generosa, y de la misma manera que el ave del mito renace de sus cenizas, de nuevo el corazón surgirá triunfante en la nueva llama del eco noble de la canción antigua, cuando las palabras conquista y martirio eran corrientes y era divisa el «por mi Dios y por mi dama».

Sin locuras, sin crespas melenas ni grandes frases; sencillamente, suavemente, que no hay mejor ejemplo de familia ni de padre que aquel de Héctor, desprendiéndose del casco guerrero para besar a sus hijos ¡y luego al combate!...

C. García Landa.

DIBUJO DE GUIDO.

Tormenta en San Martin

AGVAFVERTE
DE-A-BOSCO

UNA VISTA DEL BARRIO DE CHAMBERÍ (MADRID).

ÓLEO DE ENRIQUE MARTÍNEZ CUBELLS.

El MAESTRO MARINUZZI.

EL grande y clamoroso éxito alcanzado por la ópera «Jacquerie», estrenada recientemente en el teatro Colón de Buenos Aires, ha colocado a su autor, el maestro Gino Marinuzzi, entre las figuras más descollantes de la moderna música italiana.

El argumento de la obra, basado en un capítulo fundamental de «Los Misterios» de Eugenio Sué, refleja, de modo sumamente artístico y profundamente dramático, la honda tragedia del más violento de los absolutismos feudales.

Como director de orquesta, el ilustrado profesor del Conservatorio de Bolonia, es, antes que nada, un gran artista de emoción. Su cualidad más valiosa consiste en saber dar expresión y relieve a la obra que dirige, pero desarrollando una técnica prodigiosa, medio indispensable para conseguir el mayor perfeccionamiento en la interpretación de los temas.

Aprovechando la circunstancia de encontrarlo solo una noche, en su camerino del Colón, le recordamos el antiguo propósito de dar a conocer algunos pormenores de su carrera y de su vida. El aceptó gustoso, y en agradable intimidad, nos entretuvo con su conversación ingeniosa y amena.

Colocados frente a frente, observamos con detenimiento su figura. Vestía con pulcritud y sobriedad; la melena, de aspecto romántico, dejaba entrever algunas canas prematuras, descubriendo al hombre enérgico y estudioso.

— Mis aficiones musicales, — nos dijo mientras se sentaba — despertaron cuando yo era todavía muy niño. A los seis años tocaba ya el piano con bastante corrección, aunque sin haber hecho aún los estudios preliminares. Sin duda heredé esa cualidad artística de mi padre, que era también gran aficionado a la música; además, tenía verdadera clarividencia para diferenciar lo bueno de lo malo, y sobre todo, una admirable retentiva.

— A propósito de esto — le interrumpimos — una de las cosas que más han llamado nuestra atención, es haberlo visto con frecuencia, dirigir obras clásicas sin el papel delante.

— Hablándoles con toda franqueza, no encuentro nada de particular en eso... Es cuestión de práctica y de ejercicio. Al comienzo de mi carrera, tenía que hacer grandes esfuerzos de voluntad para dirigir algo de memoria sin equivocarme, y ahora tardo tan sólo quince días o un mes, como máximo, en aprenderme una obra, por difícil que sea.

— Con tan amplios conocimientos en la música, empezaría a estudiar muy joven.

— A los diez años eran tan grandes los deseos que tenía por aprender, que contrariando la voluntad de mi familia, ingresaba como alumno en el Conservatorio de Palermo, siendo mi primer maestro el anciano músico Guillermo Zuelli, actual director del Conservatorio de Parma.

— ¿Y estuvo muchos años allí?

— Hasta el 1900 que terminé los estudios, ganando el título de compositor. Mi padre, el senador Antonio Marinuzzi, que sucedió en importancia como jurisconsulto al célebre Francis Crespi, quiso dedicarme entonces a su misma profesión de abogado, para lo cual tuve que empezar la carrera... Cuando estudiaba los clásicos en el Liceo de Palermo, en cuya ciudad nací el 24 de marzo de 1882, se cometió el asesinato del rey Humberto, y yo, impresionado enormemente por aquel acontecimiento que conmovió a toda Italia, dejé los libros y me puse a escribir una misa de requiem, que fué cantada con toda solemnidad en los panteones de la capital de Sicilia... Por esta circunstancia, y también por ser dicha obra mi primer ensayo como compositor, se me favoreció poco después con el nombramiento honorífico de Caballero de San Lázaro y San Mauricio.

Pues en verdad que resulta interesante la iniciación de su carrera.

— No carece de originalidad.

Y siendo tan joven, le halagaría mucho esa distinción.

— Bastante. Siempre recordaré aquella época de mi vida. Alentado por el éxito de mi primera obra, tres meses después empezaba una comedia lírica en tres actos, que con el título de «Barberina», se estrenó el año 1903 en el teatro Máximo de Palermo...

Hizo una pequeña pausa, y agregó:

— Esta obra también alcanzó éxito, mereciendo por ella ingresar como director de orquesta en un teatro de provincia. A raíz de este nombramiento y pensando siempre en la evolución del arte lírico, me puse a escribir algunas composiciones sinfónicas sobre motivos populares.

— Suponemos que le harían ganar bastante plata.

— Casi ninguna. Ustedes saben muy bien que las piezas musicales no producen grandes beneficios. «Sicania», por ejemplo, me la compró un editor en mil liras, y creí haber hecho un buen negocio.

— Como director de orquesta, sí habrá ganado mucho.

— Lo suficiente para vivir, y asegurar el bienestar de mi familia.

— ¿Recuerda cual ha sido la mayor emoción de su carrera?

— La emoción más intensa que recuerdo haber pasado en mi vida, fué hace cuatro años en la Scala de Milán, cuando estrené «La Suite Siciliana»... y hace unas noches en el Colón, al representarse por vez primera mi ópera «Jacquerie». La simpatía con que el selecto público de Buenos Aires acogió la obra, es algo que no olvidaré nunca...

— Y díganos usted, Marinuzzi, ¿ha tenido algún episodio desagradable en su vida?

— Aparte de esos pequeños incidentes sin importancia, que nunca faltan en la profesión, no conservo en la memoria ninguna cosa verdaderamente desagradable. Ahora, si algo puedo considerar digno de mención en ese sentido, es el habérseme rechazado la solicitud que presenté para ingresar como voluntario en el ejército italiano, cuando se rompieron las relaciones con Austria... Apesar de todo, no he perdido todavía las esperanzas de marchar a la guerra, estando decidido a ofrecer de nuevo mis servicios en el ejército, cuando regrese dentro de poco a mi país.

— Y respecto a su última producción musical, ¿hace mucho que la tenía empezada?

— Casi desde el estreno de «Barberina», yo tenía pensado componer una obra, que además del interés dramático, reuniera la mayor fuerza y amplitud dentro de la composición sinfónica; para iniciar el magno proyecto, me puse en comunicación con Donaudy, proponiéndole la idea, que desde luego aceptó, de escribir un libreto de ópera. Cuando tuve en mi poder el manuscrito, fueron tantas las modificaciones y arreglos introducidos en él, que ni el autor lo conocía luego.

— ¿Es que no lo encontraba aceptable?

— Al contrario; el libreto de «Jacquerie» era magnífico para lo que yo me proponía realizar; lo que pasó es que muchas escenas resultaban largas o poco teatrales... Entonces fué cuando pedí permiso a Donaudy para arreglar el texto, y en cuanto me lo concedió, no perdoné ni una línea siquiera. El final del segundo acto, sobre todo, lo transformé completamente...

— ¿Usted pensó siempre estrenar la obra en Buenos Aires?

— Antes de 1914, tenía hecho ya un contrato para darla a conocer en el coliseo municipal de Trieste... Luego, como no fué posible llevar a cabo este compromiso, pensé estrenarla en Buenos Aires... Es una deuda de gratitud que tenía pendiente con el público porteño, el cual, al hacer demostración de su generoso entusiasmo, me obliga a exteriorizar públicamente, por intermedio de PLVS VLTRA, los sentimientos de mi predilección y simpatía.

V A.

LA CABEZA DE ARCILLA

Por LUISA ISRAEL DE PORTELA

La cabeza de arcilla estaba en el sitio [illegible] Yía. La tierra aún [illegible] que [illegible] la alcoba de taller. La [illegible] [illegible] [illegible]

UNA CIUDAD PROVINCIANA

Me propongo aquí esbozar la vida de una ciudad provinciana. Lo material, así como lo espiritual y sentimental. No es precisamente la pintura de una determinada ciudad, lo que intento en estas páginas. Pero puede ser la de cualquier ciudad del norte, donde el inmigrante no ha llegado en modo suficiente a cambiar las modalidades y rasgos típicos de la vida argentina de antaño.

Reposa la ciudad, tranquila, plácida, como hechizada de quietud y de silencio. Sus casas pequeñas, sus callejas solitarias, sus dos o tres plazas rodeadas de naranjos y terebintos, donde una fuente rumorea una canción lánguida y monótona. A la distancia la visión serena y magnífica, de los cerros que la tela del aire colora de azul. Algunas casas de tejado y alero a la usanza colonial, con sus portones y puertas de forma antigua recuerdan la vida de hace un siglo. Y no sólo llaman la atención aquellas casas con algo de viejo e histórico, sino que también sus costumbres, sus hábitos, sus gentes; casi diríamos todas las modalidades de su apacible vida exterior. Ya es el tipo popular, ya es el baile de arrabal en el rancho suburbano, desvencijado y sucio, donde se baila la zamba, la cueca o la chacarera. Son las coplas del cantor de la parranda, ora tristes y plañideras como el llanto de la quena del indio platero, ora de un subido tono picaresco que acentúa la malicia del coplero. Ya es el lenguaje, original, arcaico, con sabor de vino añejo, de español antiguo, entreverado de regionalismos ordinarios.

La existencia sencilla sin mayores sobresaltos, sin la agitación febril de la urbe cosmopolita en que vibra y canta la vida. Nada más sedante para los nervios cansados que una ciudad provinciana. En ella no existen los enfermos de neurastenia.

Gentes de andar lento, transitan por sus calles. De vez en cuando os sale al paso un «opa» que os habla con su voz gangosa y alcoholizada y os mira lánguidamente con sus ojos claros y dulces. Pero los «opas» están en decadencia; al menos, así lo afirma con fino humorismo Juan Carlos Dávalos, de Salta.

La vida tiene un carácter, un sabor aldeano. La cultura es aldeana, el pensamiento aldeano y el espíritu aldeano. Sus disputas son disputas de campanario. Sus problemas menudos y pequeños. Vive así la ciudad, su vida, materialmente exigua, pequeña y pobre en lo espiritual. En suma vida «ingrata, áspera, elemental y bárbara», como diría aquel buen cura de la parroquia de Río Frío, de Avila, don Jacinto Bejarano y Galavis, escritor ignorado en la historia literaria que exhuma de un rincón olvidado del siglo XVIII en «Un pueblecito», el pulcro e inimitable Azorín.

Durante el día la ciudad cobra variados aspectos de mil diversos matices.

LAS MAÑANAS

Amanece tardíamente para sus moradores. Las mañanas son frescas, claras, llenas de sol. Un escritor de capacidad descriptiva, encontraría sobrados motivos para cuadros llenos de colorido y animación. Sobre todo en sus tipos populares.

El lechero, que viene del pueblo vecino, golpea con el rebenque sus tarros. Vuelve a golpear hasta que la chinita asoma con el cabello en desorden, la pollera mal prendida, los ojos adormilados. El lechero mide su leche en un litro de latón, sucio, y se marcha al tranco de su jaca escuálida. Esta escena se repite de casa en casa. Son los burritos leñateros, que arrea un muchacho desarrapado. Se detiene de puerta en puerta; ofrece su carga; cierra el trato, mientras los burritos hacen piruetas en la calle.

El pastero, cómodamente sentado sobre el fardo de alfalfa, que pasea por las calles, silba garboso e insolente. Un cornetín suena de hora en hora con un sonido largo y agudo. Es el tranvía rural tirado por dos flacos mancarrones.

LAS TARDES

En la tarde el aspecto varía. La ciudad se anima. Las calles adquieren movimiento y alegría. El paseo favorito se puebla de niñas, mientras la banda municipal ejecuta desastrosamente música monótona y vulgar. Es la hora de los idilios. Canta la vida un himno de juventud en los atardeceres deliciosos. El sol se ha ocultado tras las cumbres lejanas. En occidente una mancha rojiza semeja un gran incendio. Los cerros negruzcos, con sus moles enormes a la distancia, dejan la sensación de una procesión de sombras. La hora os invita a soñar. La imaginación teje y desteje fantásticas historias y romances imposibles. Una vaga y dulce tristeza os invade en esa hora del crepúsculo de una ciudad provinciana.

LAS NOCHES

Los cielos altos, claros, estrellados. Una calma apacible y suave lo llena todo. La luna tiene una majestad señoril. Su luz proyecta largas sombras en la alameda de los bulevares. En las calles algunas familias hacen rueda y charlan en las veredas. Después de las once todo duerme y la noche se puebla de vagos rumores. Diríase que es la ciudad del silencio. A lo lejos se oye el ladrido de los perros, el rodar de un carruaje en el empedrado tosco, o las pisadas de un transeunte que resuenan con sonoridades prolongadas y extrañas. Las cúpulas de las iglesias se elevan agudas, serenas, imponentes como guardianes a los cuatro vientos de la ciudad dormida.

En el campanario del viejo e histórico convento, una lechuza que tiene allí su guarida lanza un agudo chirrido; el caminante noctámbulo se santigua, como para alejar el maleficio, pues él sabe que es ave de mal agüero...

DIBUJOS DE SIRIO

ARTURO DE LA MOTA.

PROBLEMA DIFÍCIL

LA ELECCIÓN DE SOMBRERO

GOUACHE DE ÁLVAREZ.

CIGARRILLOS
LA CUBANA
0140
La Cubana
Cigarrillos de 40 cts

AMBER — INTERIOR DEL PALACIO

EL MAGNÍFICO PALACIO DE LA CIUDAD DECIENTA, DE AMBER, HÁLLASE EN PERFECTO ESTADO DE CONSERVACIÓN Y ES ADMIRABLE DECHADO DEL ARTE DE RAJPUT.

BELLEZA PERPETUA

EL SECRETO DE ASEGURARLA POR MEDIOS CASEROS, SENCILLOS Y EFICACES

POR

CHARLOTTE ROUVIER

LA NATURALEZA HACE NUEVOS CUTIS

ES un hecho conocido que la piel humana está sufriendo constantemente un cambio de desgaste y renovación. Cuando se avanza en años o la vitalidad declina, este cambio de tejidos se entorpece. La piel mortecina y manchada permanece tanto tiempo que las personas se quedan con cutis «pobre».

El sentido común nos dice que, esta epidermis mortecina no se la puede hacer revivir o hermosear, con cosméticos, abluciones o polvos. El remedio natural que hay que hacer es quitar la piel ofensiva, llevándose el cutis malo. Se ha visto que la cera ordinaria mercolizada, absorbe completamente la piel debilitada, en partículas pequeñas, tan suave y gradualmente que no causa molestia alguna. La cera mercolizada — que se puede comprar en cualquier botica — se pone por las noches lo mismo que si fuera cold cream, y se lava por las mañanas. Si quiere usted tener un cutis brillante y hermoso use este sencillo remedio. Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente con un envoltorio de cartón blanco, con las palabras en inglés «pure mercolized wax» impresas en azul.

EL ATRACTIVO DE LOS CABELLOS ABUNDANTES

LA belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante, están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

BARRILLOS GRASIENTOS Y POROSOS

EL nuevo tratamiento del cutis del rostro por el sistema del baño espumante de la cara, extirpa instantáneamente los puntos negros, grasas y poros que nos afean. Es inofensivo por completo, agradable y de un efecto inmediato. Todo lo que tiene usted que hacer es echar una tableta de stymol (de venta en las farmacias y droguerías) en un vaso de agua caliente, y tan pronto como haya desaparecido la efervescencia que se produce, bañe usted su cara con este líquido. Cuando se seque usted encontrará que los puntos negros han salido de su guarida para ir a morir en la toalla, que los poros de su cara se han contraído y que también ha desaparecido la grasitud, dejando el rostro liso, suave y fresco. Este tratamiento debe repetirlo usted con intervalos de varios días, para asegurarse de que ese primer resultado se convierte en realidad permanente.

LAS CANAS. — REMEDIO CASERO

SON muchas las razones para que consideremos a las canas como huéspedes molestos, y muchas también las que nos hacen aborrecer el uso de los tintes. Y, por otra parte, no hay razón para tener canas si no queremos tenerlas. Devolver el color natural a las canas es realmente la cosa más sencilla. Basta comprar en la botica dos onzas de tammalite y mezclarlas con tres onzas de ron o espíritu de laurel. Aplíquese la loción a la cabellera por medio de una esponjita durante algunas noches, y las canas irán desapareciendo paulatinamente. Este líquido no es pegajoso ni grasiento, ni tampoco produce daño de ningún género al cabello. Ha estado en uso durante generaciones que han conocido la fórmula, con los más satisfactorios resultados. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

PARA EXTIRPAR LAS RAÍCES DEL VELLO

LAS damas a quienes contraríe el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

AGUAS DE COLONIA
Destiladas sobre flores
LE SANCY
Nora
Kendal
Duc
Pídalas en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías
BLAS L. DUBARRY
MEDRANO, 476. BUENOS AIRES

Aquí tiene usted una fortuna!

HUEVOS para empollar.
POLLOS de 1 a 5 meses.
CONEJOS importados.
COLMENAS y ABEJAS.
AVES de raza pura, 100 clases distintas
INCUBADORAS modernas.
GATOS de Angora y Persia.
APARATOS Y ÚTILES PARA LA INDUSTRIA **LECHERA Y FRUTICULTURA**

PIDAN CATALOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO
(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

PNEUMÁTICOS

DUNLOP

HAN DADO LA VUELTA AL MUNDO CON RESULTADOS SIN IGUAL

1299, VIAMONTE, 1299

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO

COMO RECLAME

Precioso Chalet construido con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «sistema, CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

DATOS Y CATALOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

$ 7.800 c/| **Hasta el 31 de Enero de 1919.**

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T., 5448, LIB.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 3. — m/n
Semestre	(6 »)	» 6.— »
Año	(12 »)	» 11.— »
Número suelto		» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Siempre la flor más rica en savia, suele ser la más bella.
IPERBIOTINA MALESCI
llevando al organismo nuevas energías, sangre pura y vitalidad exuberante, dota al cuerpo femenino con esa belleza inimitable que sólo puede dar la Naturaleza.
VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia
Unico Concesionario-Importador en la República Argentina
M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

Buenos Aires, agosto de 1918.

talleres gráficos de Caras y Caretas

GOUACHE F. R. ALONSO.

43

EN LA MESOPOTAMIA. — ARABES VISITANDO BAGHDAD

J. GRECIET y Cía

SUIPACHA 245 B. AIRES

LIQUIDACIÓN DE

MUEBLES FINOS

POR 30 DIAS

Cómo adivinó mi gusto

al regalarme estos exquisitos

Bombons Extra

DE GONTARETTI Hnos.

COMO SE ELABORAN EN EL PAÍS, CON EXCELENTES PRODUCTOS NACIONALES, SUPERAN POR SU FRESCURA Y CALIDAD A LOS MEJORES IMPORTADOS.

FABRICADOS EXCLUSIVAMENTE POR LA

Confitería Los Dos Chinos

DE GONTARETTI Hnos.

ALSINA Y CHACABUCO

U. TEL., 621 y 2720, AV. - C. TEL., 3649, CENT.

BUENOS AIRES

PRECIO:

$ 6.—

EL KILO

SE VENDEN EN CAJAS DE VARIOS TAMAÑOS Y SUELTOS, EN LA FABRICA Y EN LA

CASA ARGENTINA SCHERRER

161, SUIPACHA, 185 - BUENOS AIRES

¿Están Los Muebles De Ud.

opacos, con manchas de los dedos y recogen todo el polvo? ¿Tiene su fonógrafo, piano u otro mueble de caoba, un color azuloso? Puede Ud. sin dificultad devolver su belleza primitiva usando la

CERA PREPARADA DE JOHNSON'S

Limpia y pule en una operación—protege y conserva el barniz—cubre manchas y rayas superficiales—evita que el barniz se parta.

La Cera Preparada de Johnson es un PULIMENTO A PRUEBA DE POLVO. No contiene aceite y produce una superficie como cristal, que no recoge ni retiene el polvo. Jamás se pondrá suave o pegajosa en tiempo caluroso. Además de pulir muebles, también sirve para la conservación de

Pisos	**Automóviles**	**Linóleo**
Pianos	**Obra de madera**	**Objetos de cuero**

Si su vendedor no tiene los productos Johnson, él puede obtenerlos de

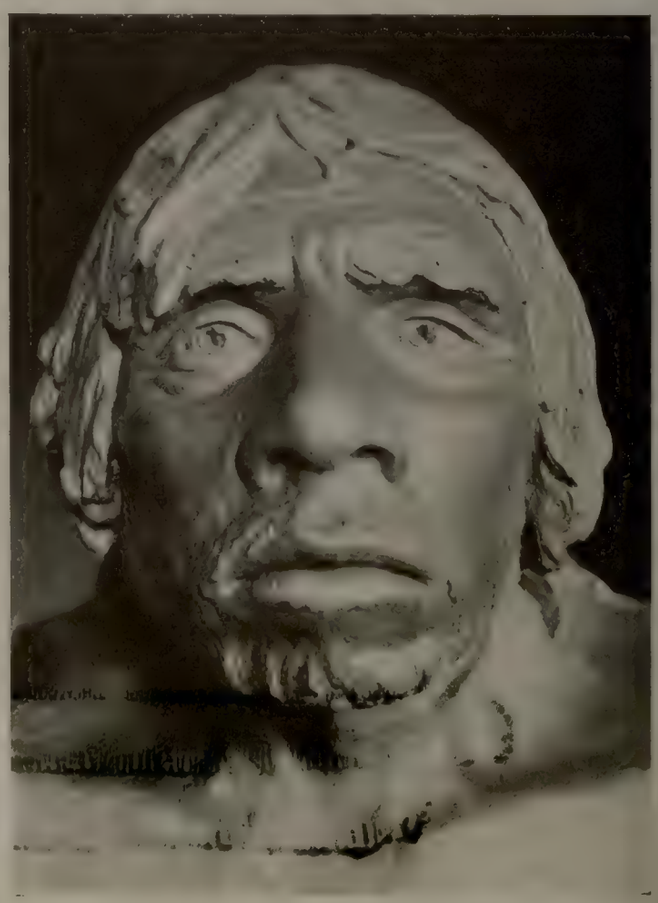
S. C. JOHNSON & SON, *Fabricantes,* **Racine, Wisconsin, E.U.A.**

LOS ANTROPOIDES

EL ANTROPOITECO.

En la Academia de Ciencias Naturales, de Filadelfia, se exhiben entre otros curiosos documentos antropológicos, reconstrucciones notables hechas sobre los cráneos de los hombres de Neanderthal y de Trinit (Java).

El primero de estos cráneos, como todo el mundo sabe, provocó largas discusiones, así como el segundo. En ellos se cree haber hallado pruebas del origen simiesco del hombre.



EL HOMBRE DE NEANDERTHAL.

Luxor

...es el sello de elegancia y distinción.

Todo cuanto una dama elegante necesita para su embellecimiento, lo hallará en estos finísimos

PRODUCTOS DE TOCADOR

POLVOS, CREMAS, LOCIONES, EXTRACTOS, DENTÍFRICOS, SALES, JABONES, ARTÍCULO DE MANICURA, SHAMPOO, TALCOS, etc., etc.

FÍDALOS EN TODAS LAS TIENDAS, PERFUMERÍAS Y FARMACIAS

ARMOUR AND COMPANY
CHICAGO, ILL.- E. U. A.

REPRESENTANTES:
Frigorífico ARMOUR DE LA PLATA Sc. An
EXPOSICIÓN: AVENIDA DE MAYO, 668.
BUENOS AIRES

UN PERGAMINO DE HANS BURGKMAIR

Entre las obras de arte antiguo que alhajan el nuevo palacio de los señores Errázuriz-Alvear, se destaca por su interés único este curioso pergamino de Hans Burgkmair, cuyas figuras representan el cortejo de los tesoros imperiales de Austria a principios del siglo XVI.

Sus actuales propietarios lo adquirieron hace unos años en la capital de España, juntamente con los tres grandes tapices que figuran en el hall, y el retrato ecuestre de D. Diego de Laneveille, capitán de armas en el Estado de México. Tanto el pergamino como las otras obras anotadas, pertenecieron al Excmo. Sr. Duque de Sexto, Marqués de Alcañices, como representante mayor y heredero de la muy antigua y noble casa de Spínola.

El Emperador Maximiliano de Austria queriendo hacer dos libros de cincuenta y ocho hojas cada uno, destinados a perpetuar sus grandezas y las grandezas de su Imperio, encomendó las ilustraciones a Alberto Durero y a Hans Burgkmair, que figuraban en primer lugar entre los más célebres artistas de la época. Este último hizo el llamado «Los triunfos de Maximiliano», obra que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, como una de sus más preciadas y artísticas joyas.

El pergamino, cuya escena policromada y miniada representa el cortejo de los tesoros sagrados, es un ejemplar rarísimo y de gran valor, no tanto por su perfecto estado de conservación como por ser la última página del libro a que hemos hecho referencia, el cual fué expuesto en la exposición de arte retrospectivo celebrada hace unos años en Brujas, en unión de otros objetos de incalculable mérito histórico y artístico, pertenecientes a la Real Casa de España, siendo custodiado todo ello por los Monteros de Espinosa.

P. V.

CONSEJOS PRACTICOS PARA CONSERVAR LA BELLEZA

POR CHARLOTTE ROUVIER.

RENOVACIÓN DE CUTIS POR ABSORCIÓN

Si su cutis está estropeado con palidez, manchas, barrillos o pecas, de nada sirve que use usted polvos o pinturas, lociones, cremas y otras cosas para hacer desaparecer estos fastidios. A menos que tenga usted la habilidad de un artista, desfigurará su apariencia mucho más.

El nuevo método racional es quitar el cutis mismo con todas sus faltas ofensivas. Cómprese un poco de cera pura mercolizada en una botica, y úsese por las noches, lo mismo que si fuera cold cream. Quítese por la mañana con agua y jabón y un salpicón de agua fría. La cera mercolizada absorbe la banda mortecina de piel en pequeñas partículas, de manera que nadie nota que está una arreglándose la cara, a no ser por su resultado, que es verdaderamente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis saludable y [illegible]

Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente con un envoltorio de cartón blanco, con las palabras en inglés «pure mercolized wax», impresas en azul.

PARA HERMOSEAR Y HACER CRECER EL CABELLO

Los jabones y los shampoo artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosa cabellera. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stallax disuelto en una taza de agua caliente ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que pueda imaginarse. Deja el cabello brillante, suave y ondulado, limpia completamente la piel del cráneo y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas solamente en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada lata contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo, lo que, al fin y al cabo, resulta económico.

NO PONGA USTED CARA DE VIEJO

Las canas añaden años a nuestra persona. Las desventajas de teñirse el pelo son tantas, que no es necesario mencionarlas. Pocas personas saben que una sencilla receta al estilo de nuestros abuelos, que puede hacerse en casa, devuelve prontamente el color primitivo a las canas sin producir ningún daño al cabello. No hay más que comprar en la botica dos onzas de tammalite concentrada y mezclarlas con tres onzas de «bay rhum» o espíritu de laurel. Con una esponjita se aplica la loción al cabello durante algunas noches y se conseguirá perfectamente el objeto deseado. Esta fórmula tan sencilla ha dado el mejor resultado a cuantos la conocían y usaban en las pasadas generaciones. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

EFICAZ REMEDIO CONTRA EL VELLO

Muchas damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento de vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que mata sus raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

DESAPARICIÓN INSTANTÁNEA DE LOS BARRILLOS

Un procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con que eche usted una tableta de stymol (de venta en todas las boticas) en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece, dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.

GATH & CHAVES EXHIBE ACTUALMENTE SU COMPLETO SURTIDO DE NOVEDADES DE LA ESTACIÓN. SE EXPONEN VERDADERAS ORIGINALIDADES EN VESTIDOS, SOMBREROS, «ROBES DE SPORT», TÚNICAS, «TEA GOWNS», «SAUTS DE LIT», CALZADOS, SEDAS Y TEJIDOS DE ÚLTIMA CREACIÓN, TODO SUNTUOSO, DE IMPECABLE BUEN GUSTO, INTERESANTE Y DIGNO POR CONSECUENCIA, DE QUE LAS SEÑORAS LO EXAMINEN. LAS INVITAMOS CORDIALMENTE A VISITAR NUESTRO ANEXO.

THE SOUTH AMERICAN STORES.

GATH & CHAVES Ltd.

ANEXO: AVENIDA DE MAYO, PERÚ Y RIVADAVIA.

3873 3931 3872

Las creaciones **Harrods** *interpretan fielmente los dictados de la moda y constituyen la más alta expresión de elegancia y calidad.*

Especialidad en trajes para amazonas

ELEGANTE TRAJE AMAZONA, [illegible] $ 180.—

TRAJE AMAZONA, con pollera [illegible] Sport y [illegible] en rica sarga azul marino, negra o cover-coat color, con o sin cuello de [illegible] $ 150.—

EL MISMO MODELO, en [illegible] de sarga negra y pollera a cuadros [illegible] $ 130.—

NUEVO MODELO DE TRAJE AMAZONA, compuesto de tres piezas: saco, breeches y pollera, muy elegante, en rica clase de casimires ingleses o sarga azul marino y negra, saco medio forro de seda.... $ 190.—

SOMBREROS DE FIELTRO VELOURS, de la renombrada marca Stetson, especiales para amazonas, en distintas formas y colores de moda... $ 35.—

BREECHES, en género cover-coat, sarga azul marino o negra ..... $ 45.—

EL MISMO MODELO, en brin de hilo lavable ..... $ 19.50

POLLERA AMAZONA, combinación pantalón, muy práctica y elegante, cover-coat, sarga azul marino o negra $ 65.—

POLLERA AMAZONA Y DE SPORT, para usar con o sin breeches, en cover-coat, rica sarga azul marino o negra a..... $ 55.—

Harrods *Florida, 877 y Paraguay, 554*

Plus Ultra

Año III
Nº 29

PRIMAVERA DE LA VIDA

GOUACHE DE ÁLVAREZ.

DE LAS TIERRAS TROPICALES

Las "Chavelonas"

A CLEMENTE TONELLI, EL ADMIRABLE AGUAFUERTISTA DEL ZOOLOGICO.

Promediando el *potrero grande*, precisamente entre lo más tramado del *camalotal* es en donde se estancan las aguas catalépticas de la laguneta. Es esa laguneta, y la media docena de árboles que la circundan, punto de cita de todas las *chachas*, de todos los patos silvestres, y de todas las garzas morenas de los aledaños. (Y es en esas inocentes palmípedas, en esas pacíficas zancudas, en las que, las escopetas pueblerinas suelen hacer, de cuando en vez, horrendas carnicerías).

Esta mañanita de verano el azar de mis correrías llevóme hasta el sitio ese. A tal hora tempranera, reinaba por doquier manso sosiego. Nada se movía. Ningún ruido percibíase. Era apenas una parejita de *pishishes* la que, posada en la ribera, cuchareaba con sus picos en el fango glutinoso. La superficie de la laguneta aparecía cubierta de una espesa nata verdiosa, y de ella se escapaba, como de un pebetero, columnillas de caliente vaho, que trascendía a helecho putrefacto, a marisco pasado. Zumbaba sobre ella miriadas de zancudos y *jejenes*. Asomaba por alguna parte el remate limoso de una rama sumergida. Entre los tallos elásticos del *camalote*, que ha penetrado hasta muy adentro de la laguneta, la *espuma de sapo* va enredando sus apretados collares de livianas ampollitas y sus rosarios de frágiles burbujas, como si aquello fuere el aderezo de alguna deidad lacustre. Bajo las anchurosas y barnizadas hojas de una frondosa mata de *quequeshque*, comenzó, de pronto, a cuarrear una rana. (Las hojas del *quequeshque* son carnosas, con un aspecto repulsivo de membrana, toda encarrujada. Están cruzadas de tendones resaltantes entre los que se entrecruzan fibrillas más o menos pronunciadas, y se espera, al olfatearlas, que despidan el mismo repugnante tufo de las alas de murciélago). No cabía duda alguna de que la rana que así cuarreaba era una rana ternezuela. Su croar resultaba un croar vacilante, impreciso, borroso casi. Era una rana inexperta; una pobre ranita aislada que sonsonetaba porque sí, porque le daba su gana. Observando entre los tallos morados de la mata, procuraba divisar el diminuto cuerpo del batracio, cuya piel verduzca, de seguro, no tenía aún bien marcadas las pintas negras, y no acababa de perder todavía la cola palmeada. (A mi oído el croar vacilante de la pobre ranita sonaba como el tañido elemental de una flauta de carrizo, cuyos agujeros hubiesen sido obturados, adrede, por sendas telas de araña).

En esos momentos, tres, cinco, siete *chavelonas* han aparecido en el espacio, límpido, clareado por el sol. ¿De dónde han surgido? ¿Por dónde han llegado? No he podido comprobarlo. Cuando me he dado cuenta de ello ha sido que las tenía ya por sobre mi cabeza, chillando, alborotando, mientras iban trazando con sus tardos vuelos amplios elipses. Se oía distintamente el ruido de olán que producían sus rudos aletazos. Súbito, una de ellas se ha dejado caer, a plomo, como si letebraso perdigón la hubiese alcanzado. Se ha sumergido, ruidosa, en las aguas putrefactas, para reaparecer un poco más lejos. En seguida las otras, una a una, han ido desgreñándose, y haciendo idéntica maniobra. La mata verduzca y mantecosa que cubría la superficie de la laguneta, se ha despedazado, y por entre las rajaduras, el agua aparece negruzca, viscosa, y la tufarada trasciende a helecho podrido, a marisco pasado, se ha tornado insoportable. La nube de zancudos y *jejenes*, hase ahuyentado. La parejita de *pishishes* ha escapado, en vuelo rastrero, y refugiádose en un espeso chaparro de *chupamiel*. Allí, al resguardo, se ha quedado chita, sin remover, pegado el uno a la otra, como protegiéndose mutuamente, temblándoles la pechuga y el acerado brillo de los ojuelos opacado por lechosa telilla, como para no ver llegar el peligro. La rana ternezuela ha dejado de soplar en su flauta de carrizo. Ella que de seguro estaba a flor de agua, se ha asustado también, y de ún solo ímpetu de sus ancas prolongadas se ha sumergido entre la flotante lama y ha ido hasta el fondo lodoso de la laguneta. No es el momento propicio para lirizar éste en que el fuerte pico de alguna de las *chavelonas* pudiera darle caza, y engullírsela, y así pagar bien caro su ingenua e inofensiva musicomanía matutina. Bajo las anchurosas y barnizadas hojas de la frondosa mata de *quequeshque*, los apretados collares de livianas ampollitas y los rosarios de frágiles burbujas de la *espuma de sapo*, se han disipado por completo absorbidas por la inesperada agitación de las aguas. Cuando el baño y los jugueteos hubieron concluído, las *chavelonas* ganaron la ribera, y buscando reposo en las enmusguecidas piedras por allí diseminadas, comenzaron a alisarse con el pico las plumas chorreantes, en las que la humedad había reanimado el brillo.

Las *chavelonas* tienen el plumaje lila, en algunos puntos casi negro de puro intenso. El buche de un tinte gris de plomo. El estirado cuello guarnecido de tornasolada plumilla. En forma de espátula el pico, de un color opaco de pedernal, rojizo por la base. Las alas y la cola, como las de las garcetas, finas y prolongadas, caídas a medias. Ribetea cola y alas un filete negro, negro de ónice, que presta realce al lila ya en esas extremidades bastante desvanecido. El tarso, largo y delgado, pétreo. Al caminar, levanta la pata, con cierto remilgo, cual si temiese que el fango salpicase el pergamino de sus membranas. En la pupila, redonda, fija, con fijeza impertinente, hay cabrilleos de gema; y lleva, como una máxima coquetería, clavada en la cabecita un ondulante moño de plumilla azul. Habitan las *chavelonas* a las orillas de los ríos, entre los manglares de los esteros, entre los zacatales de las lagunetas; alguna vez, pero muy raras, se las suele encontrar en lo más tupido de la montaña, anidando en el hueco de un tronco de árbol carcomido por la humedad, o bien entre los helechos arborescentes, entre la florescencia viscosa de los hongos. Se alimentan de peces y de renacuajos. Para dormir, se encaraman a lo más alto de los árboles, y buscan lo más tupido del follaje. Tienen la particularidad de no cantar más que de noche; y su canto semeja una carcajada burlesca, una carcajada que estallase de pronto, con toda fuerza, para luego ir decreciendo gradualmente, hasta finalizar en una especie de hipo repugnante y soez. Y es, sin duda alguna, el canto de la *chavelona*, agazapada en las tinieblas, el que la gente sencilla y crédula de los campos, toma por los *jajayos* de la Siguanaba; oídas esas insólitas risotadas, por vez primera, en lo más profundo del sosiego nocturnal, causan verdadero pánico. Recuerdo que una noche, al regresar a *Tarascón*, e ir a cruzar el *Tomayate*, la oí; y después de los años, aquella sensación de horror, perdura en mí. La oí estallando en un recodo del río, que espejeaba al claror de la luna llena, entre un grupo de *chilamates*, a los que el misterio de la noche, prestaba aspectos de fantasmas. La risotada prolongábase. Mi cabalgadura, contaminada del pánico que yo sentía, había clavado en tierra los cascos, y paradas las orejas, erizada la crin, encabritóse. Sentía correr de los pies a la cabeza intenso escalofrío; mis oídos zumbaban, y sentía palpablemente que la cabeza aumentábame de volumen. Cuando la carcajada terminó, y pude proseguir camino, sentía la propia laxitud que debe sentir quien sale de un colapso. Cuando al llegar a *Tarascón* relaté lo acontecido al guardián (que es todo un Voltaire de camiseta de manta y *caites*), se sonrió, y apiadado, revelóme el secreto. A pesar de ello, tiempo después, cuando oí de nuevo el canto de la *chavelona*, experimenté el mismo pánico que la vez primera, y hasta creí divisar, a la orilla del río plateado por la luna llena, bajo la sombra de los *chilamates* calizos, a la Siguanaba que reía, reía, mientras azotaba el trapo mojado contra la lastra del lavadero.

ARTURO AMBROGI.
San Salvadar (Centro América).

DIBUJOS DE PELAEZ.

D. AMBROSIO O'HIGGINS, VIRREY DEL PERÚ.

D. BERNARDO O'HIGGINS, LIBERTADOR DE CHILE.

APUNTES DE HISTORIA CHILENA

LOS ÚLTIMOS O'HIGGINS

La reciente inauguración del monumento con que se perpetúa en Buenos Aires la memoria de Don Bernardo O'Higgins, Prócer de la Independencia de Chile, nos ha movido a publicar algunos datos, producto de nuestras investigaciones en los archivos coloniales, donde queda establecida de una manera segura y precisa la sucesión continuada de la familia O'Higgins, hasta sus actuales y últimos representantes.

Como elemento gráfico y al mismo tiempo como curiosidad, por estar inédito hasta hoy, publicamos también el emblema nobiliario de O'Higgins, registrado en Ulster's Office, el 24 de julio de 1788 (volumen 11, página 396), concedido por S. M. Don Carlos III al trigésimo sexto Virrey del Perú, Marqués de Osorno, y cuya copia nos ha sido remitida por el Rey de Armas de Inglaterra.

La familia de O'Higgins, que tan descollante actuación tuvo en el continente americano, durante el período Colonial y de la Independencia, es oriunda del Condado de Meath, en Irlanda, donde sus representantes gozaron los privilegios de la nobleza, decayendo en posición a principios del siglo XVIII.

Los progenitores de este apellido en América fueron dos hermanos: don Ambrosio y don Guillermo O'Higgins, nacidos en el Condado de Sligo (Irlanda), el primero en 1720 y el segundo en 1722.

Habiendo perdido sus bienes de fortuna en los años de su niñez, viéronse obligados a servir, uno como paje del castillo de Dugan y otro como postillón de la vieja Condesa de Bective, señora feudal de Summerhill.

Don Guillermo, pasó a España a los catorce años de edad, radicándose en la ciudad de Cádiz, donde había sido llamado por un tío suyo, religioso, que más tarde fué confesor de Carlos III. Allí empezó la carrera del sacerdocio, pero antes de ordenarse tuvo que abandonarlo todo y marcharse de Cádiz, por haber servido de garantía a un señor que se hallaba muy endeudado y que no pudo cumplir sus compromisos. Este asunto le obligó a embarcarse para las Indias, llegando a la Asunción del Paraguay el 15 de mayo de 1753, donde desempeñó más tarde el cargo de Capitán de los Reales Ejércitos.

En cuanto a don Ambrosio O'Higgins, con el intento de hacer volver a su hermano para que continuase los estudios eclesiásticos, vino en su busca con un cargamento de mercaderías, para sufragar los gastos del viaje con el producto de su venta.

Al llegar a la Asunción del Paraguay, encontró a don Guillermo desposado con doña Bernardina Franco, por lo que desistió del propósito que lo había traído, trasladándose entonces a Lima con sus mercaderías.

Después de residir algún tiempo en esa ciudad, pasó a Santiago de Chile, donde consiguió, por intermedio de un médico irlandés, se le encomendase la construcción de albergues para los correos que conducían la correspondencia, a través de la Cordillera de los Andes, entre Chile y el Río de la Plata.

En el año de 1773, figuraba como «ingeniero delineador» en la fortaleza de Valdivia, y poco después, habiéndose sublevado los indios araucanos, el Capitán General de la región organizó con este motivo una compañía de voluntarios extranjeros, nombrando Capitán de ella a don Ambrosio O'Higgins. La campaña que suscitó el levantamiento de los indios, dióle oportunidad para destacarse por sus excepcionales dotes de mando, confiriéndosele sucesivamente los grados de Capitán de Dragones, Coronel, Brigadier, y en 1785, al ser ascendido a Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, se le nombró asimismo Presidente de la Audiencia, Gobernador y Capitán General de Chile. Muchas fueron las mejoras llevadas a cabo durante los diez años que duró su gobierno, contándose entre ellas la construcción del baluarte del Barón en Valparaíso.

EL ESCULTOR CHILENO GUILLERMO CÓRDOBA, TRABAJANDO LA MAQUETTE

Habiendo reconquistado la ciudad de Osorno, que se hallaba en poder de los araucanos, el rey le hizo merced de título de Castilla con la denominación de Marqués de Osorno, ascendiéndolo a Teniente General y dándole el cargo de Virrey del Perú, en sustitución de Frey don Francisco Gil de Lemus, Toledo y Villamarín, Caballero Profeso del Hábito de San Juan, Comendador de Puente Orvigo y Teniente General de la Real Armada.

El 5 de junio de 1796, tomó posesión de su alta investidura; fundó la Sociedad de Beneficencia de Lima, y bajo su breve gobierno terminaronse las torres de la Catedral, se construyó el camino real del Callao y progresaron las industrias y la agricultura. En su época fué separado Chile del virreinato del Perú, incorporándose a este último la intendencia de Puno, dependiente, hasta entonces, del virreinato de Buenos Aires.

Durante las contiendas entre España e Inglaterra, don Ambrosio O'Higgins envió a la corona siete millones de pesos, con lo que el Perú contribuyó — dice Ricardo Palma — a sostener los esplendores de la Corte más que a las necesidades de la guerra.

El virrey O'Higgins, trigésimo sexto del Perú, falleció el 18 de marzo de 1801, a las 12.30 minutos de la tarde, siendo sepultado en la cripta de San Pedro de Lima.

Don Ambrosio O'Higgins, siendo Coronel de Dragones en Chillan el año de 1777, se hizo dueño del amor de Isabel Riquelme y Meza, linda chilenita de quince años, hija de don Simón Riquelme de la Barrera, de cuyos amores nació en Chillan (Chile) el 20 de agosto de 1778, Bernardo Riquelme, el más tarde célebre general chileno, quien conservó el apellido materno hasta la muerte del

madre, por disposición expresa de este.

Doña Isabel Riquelme y Meza, madre de Bernardo, contrajo matrimonio con don Félix Rodríguez, teniendo por hija a doña Rosa, la cual adoptó el apellido O'Higgins «por amor o por orgullo, según dice el historiador B. Vicuña Mackenna.

Don Bernardo O'Higgins, hijo natural del virrey y de doña Isabel Riquelme, hizo los primeros estudios en un colegio de su pueblo natal, dirigido por Fray Francisco Javier Ramírez, pasando a Londres en el año de 1795, donde permaneció hasta el fallecimiento de su padre.

En esa ciudad, tuvo por compañero a don Francisco Miranda, célebre patriota, quien le inculcó las primeras ideas sobre la emancipación de las colonias de América.

Ya en Chile, se afilió al partido revolucionario que preparaba los planes de la campaña libertadora. Iniciada ésta con los acontecimientos que la Historia describe, y después de alcanzar los primeros grados en la milicia, por méritos de guerra, don Bernardo O'Higgins tomaba el bastón de general, en reemplazo de don José Miguel Carrera.

MAQUETTE DEL MONUMENTO A O'HIGGINS, INAUGURADO RECIENTEMENTE EN LA PLAZA RODRÍGUEZ PEÑA.

Vencidas sus tropas en los campos de Rancagua, el 2 de octubre de 1814, unióse al General don José de San Martín, tomando parte muy activa en la batalla de Chacabuco (2 de febrero de 1817), donde se batió con heroísmo, al frente de su famoso escuadrón de caballería.

A raíz de tan fausto acontecimiento, donde se afirmó el ideal de los patriotas americanos, el General San Martín concedió el supremo mando del ejército a don Bernardo O'Higgins, que desde luego asumió el título de Dictador, proclamándose bajo su gobierno la Independencia de Chile, el 12 de febrero de 1818. En este acto solemne, celebrado a las nueve de la mañana en la plaza principal de Santiago, el libertador prestó su juramento con las siguientes palabras: «Juro a Dios y prometo a la patria, bajo la garantía de mi honor, vida y fortuna, sostener la presente declaración de independencia absoluta del Estado Chileno, de Fernando VII, sus sucesores y de cualquiera otra nación extraña.»

No obstante haber contribuído eficazmente al progreso del nuevo Estado, una revolución le hizo renunciar el 28 de junio de 1823, retirándose a Lima, donde falleció el 24 de octubre de 1842, sin haber dejado descendencia.

Extinguida la sucesión del Virrey O'Higgins, pasamos a consignar algunos datos inéditos de la sucesión de su hermano don Guillermo, fallecido en la Asunción del Paraguay, el año de 1772. (Archivo Nacional de la Asunción, vol. 218, número 8, año 1774.)

Dedicado al comercio desde los primeros tiempos después de su llegada, pronto se destacó como hombre de iniciativa, logrando una envidiable independencia económica. Las vicisitudes de la época, obligáronle a cambiar esta profesión por la de las armas, siendo favorecido con el nombramiento de Capitán de Milicias, en mérito a sus dotes personales y a los servicios prestados a la persona del Virrey.

Don Guillermo O'Higgins había contraído matrimonio, como ya consta anteriormente, con doña Bernardina Franco, y fueron sus hijos: don Matías, doña Joaquina, don Lorenzo y don Blas O'Higgins y Franco.

El primogénito don Matías, nació el año de 1756, dedicándose a la carrera eclesiástica. Dueño de una gran fortuna en la Asunción del Paraguay, hizo testamento, legando todo cuanto poseía a la Virgen de los Dolores. (Archivo Nacional, volumen 127, número 3, año 1843.)

Doña Joaquina O'Higgins y Franco, nació el año de 1755, contrayendo enlace con don Francisco de Avezada, de cuya unión nacieron dos hijos: don Bernardino, primer profesor de instrucción primaria en la frontera de los indios, y doña Vicencia de Avezada y O'Higgins, casada con don Juan Bautista Barros, padres de doña Vicencia, desposada con don José Luis Machain, de quienes descienden las familias de Peña-Machain, Guanes-Machain y Battilana, Casal, etcétera.

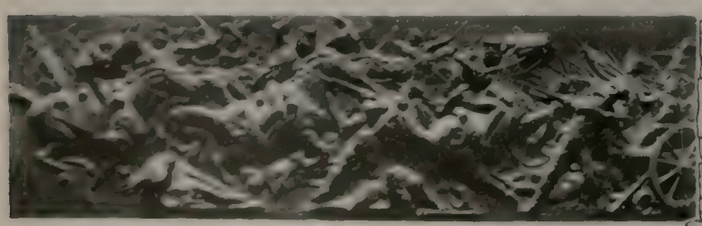
Don Lorenzo O'Higgins y Franco nació el año de 1764; casó con doña María Juana de Gamarra, falleciendo sin descendencia, el primero en 1794 y la segunda en 1796.

Don Blas O'Higgins y Franco, hijo menor de don Guillermo O'Higgins y de su legítima mujer doña Bernardina Franco, nació el año 1772. Se dedicó a la carrera de las armas, y fué dueño de extensas propiedades en el Paraguay, donde estuvo casado desde el año de 1792 con doña Juana Pabla del Portillo.

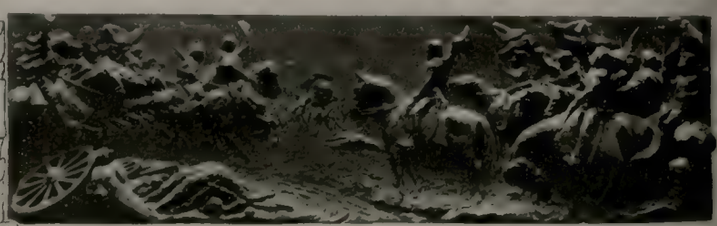
Este matrimonio tuvo siete hijos varones, seis de los cuales murieron en los campos de batalla. El único que sobrevivió, salvando este siniestro hado familiar, fué don Juan O'Higgins, que nació en el año de 1797. Contrajo enlace con doña María Manuela Ximenez y tuvieron por hijo a don Domingo Antonio O'Higgins y Ximenez, nacido el año de 1829. Se desposó en la Asunción, el 29 de junio de 1850, con doña María Lorenza Morel, siendo padres de don Baltasar y de doña María Ruperta O'Higgins y Morel, casada con don Guillermo Cowan, padres de don Carlos Cowan O'Higgins, nacido en la Asunción el 27 de agosto de 1884. Este y su tío don Baltasar O'Higgins y Morel, son los últimos descendientes del apellido O'Higgins, que tan glorioso recuerdo tiene en la Historia del Continente Americano.

José M.ª Pérez-Valiente.

RETRATOS PROPIEDAD DEL SEÑOR ALBERTO DEL SOLAR.



LA CARGA DE CHACABUCO.



EL ENCUENTRO CON SAN MARTÍN.

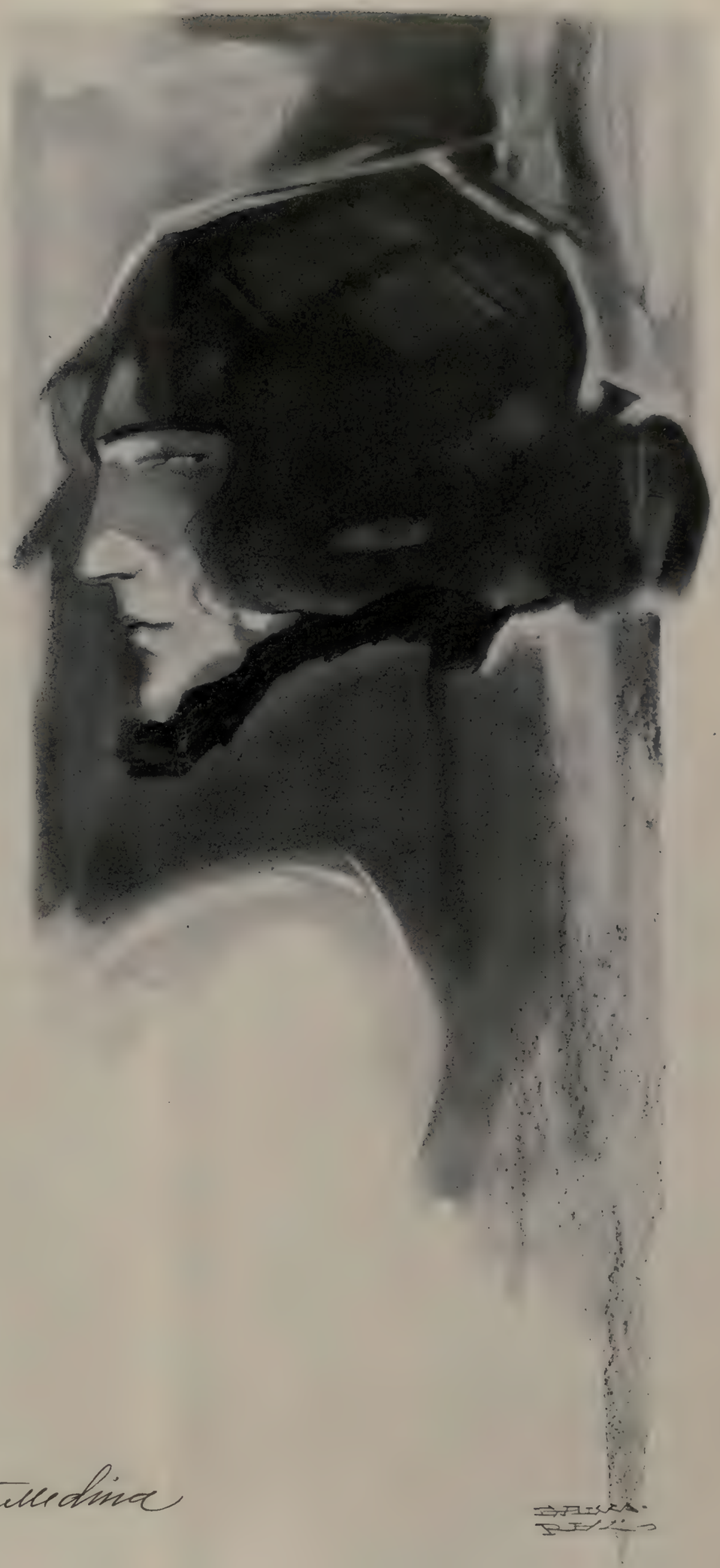
La mirada fría

No quiero acordarme
de que me has mirado
igual que si nunca
me hubieses tratado.
¡Oh, la indiferente y fría mirada
de tus ojos claros!

¡Recordar no quiero
cómo me has mirado!...
Porque me has mirado
igual que se mira
¡lo que aborrecemos!... ¡lo que despreciamos!...
Porque me has mirado
como si no fuesen,
aquellas, tus manos,
que las mías tantas
veces estrecharon;
como si no fuesen
aquellos tus brazos,
que tan tiernamente
mi cuello enlazaron;
como si no fuesen
aquellos tus labios
que, expirantes de amor y de dicha,
mi boca besaron...
Porque me has mirado
como si es que hubiesen sido traicioneras
las miradas puras de tus ojos claros...
como si es que hubiesen al hablar mentido
vilmente tus labios...
como si tus besos,
(¡los inmaculados!
de un amor de divinos fervores),
¡fuesen besos falsos!

De felices días, tu dulce mirada,
tu sonrisa tierna, en mí se quedaron
y que aquella seas
esta misma que así me ha mirado,
sin volverme loco,
no puedo pensarlo...
No quiero acordarme...
yo quiero olvidarlo...
¿De qué rincón negro
de tu alma ¡tan pura! has sacado
esa indiferente y fría mirada
de tus ojos claros?

Vicente Medina



Damas chilenas

Sra. María Edwards de Errázuriz

Srta. Cristina Errázuriz Echazarreta

Srta. Inés Montt Lajara

Srta. Sara Bernstein B.

Fotografías de Rembert

SOMBRAS DEL PASADO

Llega la mañana ataviada con sus galas más puras y la ciudad despierta lentamente.

En el campanario del vetusto convento colonial, los bronces modulan sus alegres voces, llamando a los fieles a la misa del alba.

En las casas de antaño, que se han salvado del derrumbe que imponen los tiempos, se abren los grandes ventanales de vigorosas rejas de hierro forjado. Vagas figuras, con mucho de sombras, se mueven en los amplios aposentos. En los viejos candelabros arden bujías que nunca se apagan porque son ofrendas a la Virgen, traída a la casa por la devoción de los tatarabuelos.

No han aparecido aún los rayos del sol, cuando se abren perezosamente los pesados portones y gimen sus goznes el dolor de la herrumbre que le dieron los años. Salen las sombras encorvadas bajo largos mantones negros, con sus rostros surcados por cientos de arrugas, que cada año se ha empeñado en dejar como señal de su paso. Cruzan la plaza que ya no tiene los encantos de otrora: ni los árboles corpulentos, ni los naranjos en flor, ni la vieja pirámide blanca.

Con isócrono paso, tardo y cansado, apoyadas en sus bastones, llegan a la iglesia; a la vieja iglesia, que no ha sacudido su polvo centenario; donde todo está igual, desde el manto que cubre a la Virgen de las Mercedes, hasta los ciriales de plata, negruzcos de sucios y deformados por las abolladuras. El sacerdote, con cabellos de plata, eternizado en el rito, rumia los santos latines que lee en un misal de hojas picadas y amarillentas.

Terminada la misa, cuando ya el sol enciende sus ascuas, tornan a sus casas las viejas matronas; al cruzar la plaza van como sonámbulas... Aquello no es lo que ellas vivieron: los añosos árboles fueron destroncados, el Cabildo con sus almenares cayó bajo el rudo golpear de los picos y el nieto impío destruyó la casa de la amiga muerta para levantar otra que fuera moderna.

Llegan a sus casas las viejas matronas. Se cierran de nuevo las pesadas puertas y ya nada turba la paz monacal de aquellos hogares. Así pasa el día y llega la noche con su manto negro.

Alumbra de nuevo la bujía, sostenida por el viejo candelabro, y su luz mortecina llena la estancia de sombras misteriosas y vagas... Suena el aldabón con eco de tumba. Se abre la puerta.

— Ave María Purísima — dice una voz apagada y vacilante.

— Sin pecado concebida — responde la voz de la dueña de casa.

Toma asiento la recién llegada. Se cambian dos frases; luego se arrodillan en torno todos los criados, y a poco se eleva el rumor del santo rosario, cuyas cuentas pasan lentamente, entre las temblorosas manos de la vieja matrona, secas como los sarmientos y los pergaminos...

DIBUJO DE LARCO. EDUARDO MIRANDA.

Bartolo

Este es Bartolo, el de la flauta: y si no lo es debería serlo.

Ha pasado tiempo desde que se hizo popular, seguramente por la originalidad de usar una flauta con un *aujerito solo*, a la que, quizá por esto mismo, no pudo sacarle mucho provecho artístico; pero en cambio sentó fama de hijo obediente, cumpliendo sin la menor protesta, los deseos de su buena madre que, creyendo tener en casa un rival de Gorin, le decía a cada momento: «toca la flauta, Bartolo».

Y Bartolo, sumiso, tocaba la flauta de un solo agujero, poniendo en ello su alma entera. Pero ¡ay! un alma de artista puede expandirse bien poco si para ello no cuenta más que con un orificio de salida.

Para inspirar a un adolescente ingenuo, dulce y cariñoso, ya es algo disponer de una flauta con un solo agujero, si ella despierta nobles sentimientos, emociones de arte en el ser a quien debe el ser; pero a los demás, menos dispuestos a la benevolencia, de sensibilidad más *caradurecida*, no es posible llevarles al campo del arte como por un tubo y por un solo boquete. ¡Soplar y hacer botellas, es fácil; pero provocar emociones artísticas con tan escasos elementos, es otra cosa!

¿Existió alguna analogía entre Bartolo y el célebre comerciante de paños que se llamó «Don Juan el del Aujero»? Quién sabe, pero creemos que no; pues mientras aquel, lleno de amor filial, paciente y humilde, soplaba la flauta como razón suprema de expansión espiritual, el otro, más prosaico y positivista, se enriquecía grandemente vendiendo trapos agazapado como un topo detrás del único agujero por donde daba salida a sus mercaderías. No; positivamente no había nada de común entre ellos; el *aujerito* de la flauta y el *aujero* del comercio de don Juan fueron creados con fines opuestos, no hay duda.

La implantación del descanso dominical fué acogida por el artista como una bendición, como una colaboración providencial. Al fin, podía dedicar un día entero a su ocupación favorita, libre de preocupaciones, y así, durante muchas horas, entregarse de lleno a sus pobres y sentidas creaciones, que le dejaban, al morir el día, tranquilo el espíritu y los labios *plissés* y en forma de embudo.

Pero, ¿es posible que haya alguien capaz de encontrar placer estético tañendo una flauta de un solo agujero? Sí, es posible; y más aún: Se ha hecho célebre.

No se sabe si por cariño filial, por amor al arte o por casualidad como cuenta la fábula, un hombre opaco, tímido, humilde, de sensibilidad rudimentaria, halló en su voluntario aislamiento un goce incomprensible, haciendo de flautista solitario, entregándose del todo a este inofensivo placer que nunca trató de definir. Y en los breves paréntesis, los espacios de silencio necesarios para humedecer los labios y aspirar el aire, la buena madre, desde la pieza inmediata, le animaba dulcemente con su eterno estribillo: «Toca la flauta, Bartolo».

Han pasado los años; la madre de Bartolo ya no puede repetir las recomendaciones de antaño, pues dejó para siempre el mundo de los vivos; y su hijo, el buen Bartolo, cuya cabeza ya blanquea, sigue con la obsesión de hacer con la flauta de un solo agujero un instrumento de concierto, tratando de encontrar al mismo tiempo la música sintética.

Pasa las horas y las horas, abstraído del mundo y sus vanidades, recogido en su mundo interior, sopla que te sopla, poniendo en esta operación sencilla su alma toda, su sensibilidad de artista primitivo, perdida la noción del tiempo, en recogimiento místico, mientras la yema del índice, tapa y destapa, en períodos irregulares, el único agujero del pobre instrumento que le hizo popular entre nosotros.

Asiste lleno de silenciosa melancolía a las óperas pasadas de moda, donde tanto lucieron los obligados de flauta, — Dinorah, Barbero, Sonámbula, Lucía. — Cascadas de sonidos, trinos de notas, lluvias melancólicas que, al desgranarse, inundan de profunda tristeza al pobre Bartolo, revelándole crudamente su obstinada impotencia. Y cuando en algún escaparate de música, grave y silencioso se detiene a contemplar largo rato las flautas modernas, de níquel, bruñidas, relucientes, llenas de llaves y perforaciones, un solo pensamiento le invade por entero haciéndole exclamar: «Así, cualquiera».

ANTONIO CAÑAMAQUE.

AGUAFUERTE DE CENTURIÓN.

LA PUERTA DE MI ESTUDIO

OLEO DE CESÁREO BERNALDO DE QUIRÓS.

EL SEÑOR DEL PASILLO

POR

MANUEL AZNAR

DIBUJO DE ZAMBRANO

¿No te has fijado, lectora, en ese viejecito limpio, discreto, solitario, que, con regularidad admirable, entra todas las noches en ese comedor coruscante en que, por accidente, sueles comer en Buenos Aires? Si lo has visto, de fijo has tenido para él miradas de simpatía llenas de obstinación cariñosa. Al verlo acudir al comedor todas las noches, siempre correcto, siempre solo, siempre distinguido y grave, te has preguntado también que quién podrá ser ese buen señor que no imparte órdenes; que, mientras come, lee displicentemente las hojas de un gran diario, y se marcha después, saludando con una breve inclinación de cabeza. Yo sé que esa figura ha producido en ti un movimiento de curiosidad: yo te he visto mirarlo y seguirlo atentamente en su diario recorrido de la puerta a la mesa y de la mesa a la biselada mampara. Y como he visto tales cosas, supongo que te ha inquietado la duda; que te has decidido a preguntar al mozo, y que sólo te han dicho que ese hombre inquietante es el señor del número 7 o el huésped del pasillo...

Ese señor, amable lectora, es el mismo señor que a esa misma hora se pone a la mesa de todos los hoteles. La diferencia está en que éste es un distinguido señor que se parece a papá o a tal o a cual tío nuestro, y aquel otro es un pobre señor que lleva en el rostro las huellas de un terrible cansancio. En lo esencial todos son iguales: unos y otros no son más que variaciones del mismo interesante arquetipo, que come en la casa de todos, tal vez porque no tuvo tiempo de hacer su comedorcito hogareño. Y es un buen señor algo egoísta, un buen hombre que no supo decidirse a tiempo, o que no tuvo voluntad para agarrarse del brazo de una mujercita, o que fué tan reflexivo y prudente que prefirió estrujarse el corazón en aquella hora amorosa... De seguro, porque tú y yo lo hemos visto, es un hombre en quien hay un bello mundanismo encantado por la sutilidad de un misterio.

Como quiera que sea, ello es, lectora, que siempre hemos mirado con viva simpatía a esos hombres enigmáticos y un poco tristes. Estoy seguro de que todos llegarían a ser nuestros mejores amigos. Ellos — cómo no — son unos hombres mundanos que saben bellas historias; que han corrido mundo, y que hasta han guardado fidelidad al recuerdo de una novia ideal a quien no llegaron a amar del todo. Hasta me imagino que en la mayoría de esos hombres vive un hermano de Hamlet, hombre descontentadizo que no llegó a decidirse. No de otro modo podemos entender que viva tan solo un distinguido señor que deja una inconfesada admiración en el comedor y un rico olor a cigarro en la obscuridad del pasillo.

Lo malo, amiga lectora, es que todas las bellas historias que podemos imaginar y desde luego imaginamos para ese distinguido señor, suelen epilogarse de una manera prosaica. Quiero decir que como es ley fatal que lo que no se hace a tiempo y bien, ha de hacerse tarde y mal, ese buen señor suele terminar la historia de su soltería decorativa tomando una resolución espantosa para la distanciada familia. ¿No sabes? Pues bien; ese señor es el mismo que un buen día, harto ya de que nadie compadezca sus toses, llama a la doncellita que pone las manos en las cosas de su triste cuarto, y dice, al fin, gravemente:

— Dígame, Adela: ¿ha pensado usted bien lo que le dije ayer tarde?

LA CASA DE ERRAZURIZ ALVEAR

VISTA EXTERIOR DEL EDIFICIO.

En el centro del jardín, donde los cipreses ponen su gracia gentílica, se levanta la mole blanca del palacio. Es severo y majestuoso. Sus líneas neo-clásicas, alternadas con motivos y adornos del más puro Luis XVI, se inspiran en las construcciones parisinas de la vieja corte borbónica. Dos términos de piedra, evocaciones del Versalles galante, embellecen la balaustrada de la gran terraza, abierta sobre la Avenida Alvear.

Viendo en conjunto la suntuosa morada, acude a nuestra memoria el recuerdo de las edificaciones de columnas existentes en la plaza de la Concordia de París, construídas por Jacobo Angel Gabriel, autor del *château* de Compiegne y de la sala de espectáculos, en la residencia real de

ANTICHAMBRE.

DE LA COLECCIÓN ERRÁZURIZ-ALVEAR.

FRAILE EN ORACIÓN

ÓLEO DE BETUELA BLANCA DE AUTOR DESCONOCIDO.

HALL DE ESTILO RENACIMIENTO.

Versalles. Así vemos, que los ventanales, las puertas, y en general todo el frente del moderno edificio, son reproducción de los modelos de este gran arquitecto.

D. Matías Errázuriz y su esposa D.ª Josefina de Alvear, después de residir varios años en Europa y de haberse dedicado con preferencia a la adquisición de antigüedades y objetos artísticos, encomendaron a Mr. Sergent la construcción de este palacio, que embellece la gran avenida que conduce a los jardines de Palermo.

El escultor Viseaux, encargado a su vez de la dirección artística de la obra, ha reproducido el triángulo del Ministerio de Marina, *Garde meubles* en tiempos de Luis XVI, y las figuras que ornan el frente, en el ángulo de la rue Saint Florantín, representando «Le bonheur publique».

«La cour d'honneur» sirve de pórtico al zaguán, cuyas paredes imitan bloques de piedra patinada, con figuras alegóricas de ninfas y amorcillos, que sirven de complemento a la decoración.

Atravesando la amplia cristalera que cierra el frente de la escalinata, se entra en la *antichambre*, cubierta por lujosa *boiserie* de nogal tallado en relieve.

EL COMEDOR.

UNA DE LAS TAPICERÍAS QUE FORMARON LA TIENDA REAL EN LA ISLA DE LOS FAISANES, AL CON

ATRIMONIO DE LA INFANTA DE ESPAÑA D.ª MARÍA TERESA, CON EL REY LUIS XIV DE FRANCIA.

SALÓN DE BAILE ESTILO REGENCIA.

LA GRAN CHIMENEA DEL HALL.

A los costados de la puerta del fondo, hacen *pendant* dos cuadros de escuela española. Uno es el retrato de D. Carlos II el Hechizado, por Carreño, y otro, de autor desconocido, representa un monje en oración, que por la técnica con que está ejecutado y por la expresión de la figura, hace pensar en el pincel mágico de Velázquez.

Los asientos son de damasco verde, y en la vitrina, colocada al costado de la derecha, hay un antifonario del siglo XVI, con iniciales góticas y escenas atribuidas a Cosimo Roselli, pintor que contribuyó a realzar con su arte los esplendores de la Capilla Sixtina. También se ve una certificación de armas, con su sello de plomo pendiente de hilos de seda, firmada por D.ª Juana de Castilla, madre del emperador Carlos V, expedida en Valladolid el 26 de octubre de 1536.

El escritorio de D. Matías Errázuriz, hállase decorado con recuadros de madera y fondos de terciopelo carmesí.

Junto con algunos cuadros de valor, firmados por célebres artistas, se destaca una hoja de pergamino de Hans Burgkmair, representando la carroza de los tesoros sagrados, del Emperador Maximiliano de Austria.

Formando ángulo con la puerta de entrada, cuya parte interna ofrece la inexplicable y extraña particularidad de ser una biblioteca figurada, llama la atención un mueble con aplicaciones de Coromandel, donde se muestra una miniatura de la Infanta D.ª Clara Eugenia, Gobernadora de los Países Bajos, pintada por Sánchez Coello, y una custodia española del siglo XVII, con piedras y esmaltes traslúcidos.

Otra vitrina, situada frente a la chimenea, contiene cinco ejecutorias, adquiridas en Europa; dos de ellas del siglo XVII, correspondientes a los apellidos de Escobar y Maldonado, y otra del XVIII, que describe la genealogía del Solar de Texada.

Casi contigua al *antichambre*, arranca la escalera de mármol que conduce a las dependencias del piso alto, donde están los aposentos íntimos y gabinetes de confianza. En medio de su variedad, todo guarda una perfecta armonía.

Además del cuarto pompeyano, muy original dentro de su carácter, dejan agradable impresión las saletas siglo XVIII, y la cámara virreinal con muebles coloniales y cuadros de escuela española, entre los que se destaca un crucifijo del Greco.

Todas estas dependencias tienen salida a la galería alta del *hall*, cuyo único adorno consiste en un bello tapiz de Flandes.

El *hall* ocupa el centro del edificio; es de magníficas proporciones y su estilo responde, en términos generales, a las normas clásicas del renacimiento. Desde la escalera circular, colocada en uno de los extremos, es desde donde mejor se aprecia la grandiosidad del recinto. Se ve, al

DE LA COLECCION ERRAZURIZ-ALVEAR.

CRISTO CON LA CRUZ

OLEO DEL GRECO.

fondo, la galería de arcos el balconete con su ajimez y la reja de hierro, bella reproducción de la que existe en la Casa de los Conchas de Salamanca, presentando la pequeña variante de haber sido substituidas las armas de los Maldonado por el blasón de Alvear y de Errázuriz, que sostienen dos tenantes de piedra.

Sirviendo de centro a los grandes ventanales románicos, avanza la gran chimenea, trabajada en un solo bloque y copiada de un castillo francés.

En el ángulo de la izquierda, resalta la nota cárdena de un viejo arcón de Burgos, sostenido por dos cabezas de endriago, y sobre él, la figura ecuestre del caballero D. Diego de Laneveile, capitán de armas en el virreynato de México.

En el otro ángulo, luce un motivo ornamental de gran efecto decorativo: el timbre heráldico del Valle del Baztan con sus escaques o jaqueles, coronado de un yelmo con plumajes, traído de una antigua casona de Navarra.

Entre los innumerables objetos artísticos de distintas épocas y estilos que adornan el *hall*, se destacan: varias tablas de primitivos castellanos, cuyas figuras predominantes, hechas con un sentido decorativo sobre fondos de oro, tienden más al recreo de la vista que a los sentimientos del espíritu. Las figuras son seráficas, estilizadas, selladas de ese misticismo candoroso, que exhuma exaltación y penitencia.

Una virgen, llena de hieratismo gótico, sacada de Santo Domingo de Silos, y coronando la hornacina, un símbolo feudal de los reales aposentos de D. Martín de Aragón, en el Monasterio de Poblet.

Un grupo de madera estofada, hecho por el célebre artista denominado «La maine coupé», expuesto en la exposición de Gand, y un casco de hierro con cinceladuras y nieladuras de oro que debió pertenecer a uno de los grandes guerreros de la Conquista y que se encontró enterrado en el fundo de Huique (Chile).

En las vitrinas hay una hermosa colección de libros de horas, con delicadas miniaturas de raro mérito, un autógrafo de Santa Teresa de Jesús, objetos cincelados y bruñidos en plata y marfil, y un ejemplar de la segunda parte del Quijote, correspondiente a la primera edición publicada en 1615. Fué propiedad del bibliófilo español Marqués de Casa-Mena.

REJA DE HIERRO FORJADO, REPRODUCCIÓN DE LA QUE EXISTE EN EL PALACIO DE LOS MALDONADOS DE SALAMANCA.

Dos banderas coloniales, de seda escarlata, figuran al lado de una mesita firmada por Riesener, célebre mueblero de la reina María Antonieta.

También figura en otro de los frentes, el retrato de D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV y de la famosa comedianta María Calderón. La solemne pomposidad de su porte, lo revela como Gran Prior de Castilla, Virrey de Cataluña, Gobernador de Flandes y Vice Regente de Aragón. Aunque el valor artístico de esta pintura no es comparable al de otros cuadros de muy superior mérito, se hace notar por la arrogancia y riqueza de la figura. Viste jubón de raso blanco con mangas abullonadas, calzón de lo mismo con puntillas de Flandes, y entre las áureas joyas, resalta sobre el peto la noble insignia de los caballeros de Malta.

Colocado en su caballete, resalta también una escena de San Francisco, pintada por el Giotto. Esta obra, como todas las del mismo autor, marca la transición entre la materia en reposo y la materia en movimiento. El Giotto fué ante todo original, y señaló nuevos rumbos a la pintura, siendo el verdadero precursor de la escuela florentina. Con un sentido elevado del arte, consiguió humanizar la figura, dando dulzura al trazado y armonía al colorido. Este cuadro fué uno de los que pintó el Giotto para el convento de los franciscanos de Asís, circunstancia por la cual se ha salvado a través de los siglos.

Apesar de ser tan importante todo lo descrito, la verdadera joya del palacio son los tres grandes tapices que decoran los muros del *hall*, mandados tejer por el Marqués de Spínola según modelos del pintor Julio Romano.

Formaban parte de la serie denominada «Los triunfos de Scipión» y representan «La gran batalla», «El banquete» y «La continencia».

Con estos tapices se formó la tienda real en la Isla de los Faisanes, en el encuentro de Felipe IV de España y de Luis XIV de Francia, al concertarse los desposorios de la Infanta D.ª María Teresa de Austria con el citado Luis XIV. Acompañaban al rey Felipe IV, D. Agustín de Spínola, Gentil hombre de Cámara de S. M. y poseedor de estos tapices, y el pintor D. Diego Velázquez

SALÓN DE RECIBO.

de Silva, que iba como Aposentador Mayor de los Reales Palacios.

Los tapices, pertenecientes a la Casa de Spínola, recayeron por vínculo del mayorazgo de los Balbases en el Marqués de Alcañices, Duque de Sexto, siendo adquiridos a su muerte por el actual propietario.

El comedor es otra de las habitaciones principales; ocupa el frente norte del edificio, con puertas de salida a la terraza del jardín. Su decoración, de mármol rosado, estilo Luis XIV, es completada por dos hermosos cuadros pintados por Deux, uno de los cuales representa la caza del jabalí y otro la del ciervo. Estos cuadros fueron propiedad del Embajador, Duque de Osuna, y figuraron en el palacio de las Vistillas de Madrid.

El tono azul de los sillones, forma lindo contraste con las quimeras chinas que se ven sobre la saliente del zócalo, junto con algunas piezas de plata bruñida. Un magnífico biombo de coromandel, policromado en negro, oculta la puerta del *office*.

En el jardín de invierno, separado del comedor por ancha mampara de cristales, hay dos grandes dragones de porcelana china, época de Ming, esmaltados de amarillo y sinople. Aunque de menor tamaño, estos dragones son algo parecidos a los que existen en la residencia de Ning Pó, y son doblemente valiosos, por el perfecto estado de conservación en que se hallan.

La sala de recibo, como todas las anteriores, es asimismo interesante por la riqueza de sus muebles, todos antiguos, y lo selecto de sus obras de arte. Al penetrar en él, pensamos en el salón quimérico de la princesa Gaetani, «aquel salón dorado y de un gusto francés femenino y lujoso».

La *boiserie*, firmada por Gabriel, fué hecha en tiempos de Luis XVI para uno de los palacios de la rue Royal de París.

En una vitrina de chaflán, iluminada por reflejo, se guardan preciosas porcelanas de Sevres y de jade, vasos de cristal de Venecia y otros pequeños *bibelots*, mereciendo recordarse una linda miniatura de la emperatriz Josefina, primera esposa de Napoleón, con autógrafo y dedicatoria a una de sus damas de compañía.

Distribuídos en círculo, hay algunos sillones y un canapé firmados por Jacob; también hay una cómoda de carey con incrustaciones de bronce, que perteneció al rey Luis XVI, siendo Delfín de Francia. Otro mueble, colocado junto a la chimenea, lleva las firmas de Sonnier y Delafause, célebres artistas del siglo XVIII. En las paredes, de entonación opaca, hay telas de Sargent, Bellotto, Fantin Latour, Sorolla y Corolus Duran, destacándose el interesante retrato de una dama inglesa, de autor desconocido.

El precursor de la escuela impresionista, Víctor Eugenio Delacroix, decorador del salón del rey en el palacio Borbón y de la Galería de Apolo en el Louvre, hállase representado con una pequeña obra que se distingue por la energía de los movimientos, el valor cromático de la pintura y la intensidad dramática de la escena. Representa el desafío entre el Conde de Montgomery y el Rey Enrique II de Francia.

El Cristo con la Cruz, óleo de Doménico Theotocopuli, el Greco, es otra de las joyas artísticas que enriquecen el salón de recibo. Puesto en el sitio preferente, para hacer destacar sus valores, la divina figura se nos muestra con la frente coronada de espinas, el sagrado madero sobre los hombros descarnados, y los labios entreabiertos en un rictus de consolación y de súplica... El Greco se descubre en esta obra, compañera de otra igual que se conserva en el Museo del Prado, como el gran pintor que supo transmitir a la posteridad su misterioso dualismo, estilizando hasta la espiritualidad y dejando la más sublime sensación de aquella época, trágica de ardiente fe, en cada uno de sus ignotos personajes.

El cuadro que nos ocupa, procedente del Museo de Munich, donde lo tenía expuesto su anterior propietario Mr. Marczell de Nemes, mereció la atención profunda de los críticos de arte, principalmente del erudito Mayer, quien le consagró en una de sus obras los más entusiastas elogios.

Al fondo del salón, entre la chimenea y la vitrina chaflanada, yérguese el magnífico grupo de Augusto Rodin, denominado «Le baiser». El glorioso escultor, fallecido recientemente, hizo varios trabajos de la misma índole, destinados a dar expresión plástica al amor...

En esta obra genial, donde los dos cuerpos aparecen unidos en un abandono de gracia sutilísima, el detalle anatómico pasa a ser cosa secundaria, dejando ver en toda su pureza el movimiento de la línea, que se ondula maravillosamente, como si el mármol hubiese tomado la agilidad y la ternura de la carne misma.

Todo el frente de la terraza que da sobre la Avenida Alvear, está ocupado por el Salón de Baile, estilo Regence, deslumbrante por el lujo y exquisita elegancia de su composición.

Las aristocráticas arañas de cristal, penden de la techumbre blanca. Blancas son también las paredes, adornadas con espejos, brazos de luz y ornamentaciones de oro patinado.

Las altas lunas de bisel, dando profundidad al recinto, reflejan suavemente la claridad velada, que se transparenta por los pálidos cortinajes de seda.

Este salón, del más refinado buen gusto, evoca por su ambiente característico, aquella época suntuosa en que la corte de París ostentaba los esplendores decadentes de la Regencia, en la menor edad del rey Luis XV.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

IMAGEN GÓTICA DE GRAN MÉRITO, Y PIEDRA DE ARMAS DEL MONASTERIO DE POBLET.

GRUPO ESCULTÓRICO EN MADERA, DEBIDO AL ARTE FRANCÉS DEL SIGLO XV.

YELMO DE LA CONQUISTA, ENCONTRADO EN UN FUNDO DE CHILE.

«LE BAISER». MAGNÍFICO GRUPO EN MÁRMOL, ORIGINAL DE AUGUSTO RODIN.

PROPIEDAD DE DON JOSÉ BLANCO CASARIEGO.

GENTE DE MAR

ÓLEO DE BENEDITO

NARRACIONES COLONIALES.

Una NOCHE MEMORABLE

POR

B. J. MALLOL

DIBUJO DE CRTUNY.

En la mañana del 3 de julio de 1767, en una de las habitaciones que en el Fuerte de Buenos Aires ocupaba el Gobernador y a despacho destinada, sentados en dos sillones fraileros de ancha cadera y alto espaldar, sobre cojines y los pies apoyados en la tarima de un brasero de trabajado cobre de Chile, platicaban dos graves personajes. La luz tamizada, que dejaban penetrar los cortinones, permitía distinguir el severo moblaje: rica alcatifa turca al pie del sofá, tapices flamencos en las paredes, sillería de jacarandá y damasco rojo, amplio bufete, con su tabla de tintero y salvadera de plata, taraceado bargueño de múltiples gavetas y reloj de campana; para luminaria, una araña de caireles, dos cornucopias y candelabros de plata. En el testero del salón el retrato de S. M. Carlos III.

De los dos personajes, el de baja estatura y enflaquecido rostro era Su Señoría don Francisco Bucareli, Gobernador de Buenos Aires. El traje talar, el pectoral y simbólico anillo, señalaban al otro como Su Ilustrísima don Manuel Antonio Latorre, Obispo de Buenos Aires. De harta importancia sería la conferencia, que tenía lugar a cerrojo corrido, según lo que duraba, mientras en antesalas esperaban órdenes el secretario Berlenga y los capitanes González, Azcuénaga y Espinosa.

No podían pasar inadvertidos en la pequeña ciudad los extraños sucesos que de un tiempo atrás acaecían, alterando la modorra y plácido vivir de sus vecinos. Fué notada primero la llegada del pailebot «El Príncipe», arribado a Buenos Aires el 31 de mayo, que trajera de España pliegos para Bucareli, de cuyo contenido nadie hubo noticia. Entre la gente corrillera y en las tertulias de las tiendas de mercar, se comentaba la partida de chasques, con gran reserva mandados a las ciudades del interior, no faltando quien dijérase sabedor, de que a Chile también partiera uno, a pesar del tiempo riguroso en nieves. El fisgoneo llegó al colmo, cuando se supo el arribo de Montevideo, de dos compañías de Granaderos del Regimiento de Mallorca, que acuartelaron en el Fuerte. Al ojo avizor de la gente de ribera, no escapó tampoco el hecho de encontrarse ancorado en el puerto un número inacostumbrado de naves de guerra y de transporte, a la espera de órdenes del Gobernador. Cosas todas que traían desasosegados y alborotados a los pacíficos moradores.

Los pliegos que «El Príncipe» trajera para Bucareli eran una Real Cédula y cartas, con la estupenda orden de proceder a la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús y ocupación de sus bienes y haciendas, en España e Indias; con explicaciones del Conde de Aranda detallando con minucia el modo y forma de proceder; todo bajo la más estricta reserva, para que noticia de ello no arribara a los amenazados.

No fué lerdo en proceder Bucareli, aunque escollando al principio en la parvedad de fondos, pues según manifestó «los menguados caudales de las cajas a tanto no alcanzaban»; mas remedió el aprieto tomando dinero a crédito. Mandó chasques trasmitiendo las órdenes de la Corte, a Chile, Charcas, Paraguay y Montevideo; no sencillo trabajo al parecer, según dice en sus cartas, «harto tuve que bregar para encontrar sujetos de confianza en quienes confiarme, que la influencia de los jesuítas es tan poderosa y extendida que ardua tarea es luchar con ella». Allegó fuerzas, impartió órdenes y bien amañanado todo, señaló el 21 de julio para proceder.

Un no previsto suceso vino casi a desbaratar la máquina de tantas jornadas de labor, obligándolo a adelantar la fecha de ejecución. Fué ello el recibir en la noche del día 2, la impensada nueva de haber arribado a Montevideo, procedente de Cádiz, el bergantín «El Andaluz», y saberse allí por parlerías de los tripulantes, que la expulsión de los jesuítas había tenido lugar en España, dos meses antes. En el temor de que llegase a los oídos de los jesuítas de Buenos Aires lo acaecido y se previnieran, mandábanle a Bucareli el aviso, para adelantar la fecha de proceder. Ante tal conflicto resolvió Bucareli obrar de inmediato esa misma noche, olvidando que difícil era que no se hubieran percatado los Padres de lo que se tramaba.

La tormenta que amagaba desde el atardecer descargó violenta a la noche. Los negros nubarrones que avanzaban acantaleando con furia, deshiciéronse en violenta catarata. Con fustazos de agua azotaba impetuoso el viento las paredes, hacía danzar las tejas de los techos, penetraba con pavorosos silbidos por las rendijas de las ventanas, aventaba las pajizas techumbres de los ranchos, derrumbaba tapiales, levantaba en las calles turbios remolinos de agua y barro y descepaba en los arrabales añosos algarrobos. Medrosos los vecinos, que más pudo el miedo que la curiosidad, guareciéronse en sus casas antes del toque de oraciones, atrancando las puertas, encendiendo candelas benditas a santas imágenes e invocando con fervor a Santa Bárbara a cada retumbo del trueno. Rezóse con inusitada devoción el cotidiano rosario; la monótona cantinela del rezo, acompañábase con el cadencioso rumor del agua, que caía en los tejados, se deslizaba por los canalones, borbotaba en las tinajas, de donde rebalsaba corriendo por los patios, para salir espumante por el angosto arbollón. El mujerío, sentado en cuclillas sobre esteras, apretaba contra el pecho la cruz de los rosarios, jesuseando de espanto, cada vez que la luz de un relámpago iluminaba los aposentos.

A pesar del temporal y en lo más recio de la lluvia, salieron del Fuerte dos compañías de granaderos; una a las órdenes de Berlenga se dirigió al Colegio Grande de los Jesuítas, cuya manzana rodeó; la otra mandada por el sargento Mayor González marchó al Colegio de la Residencia, en

el Barrio del Alto. Golpeó Berlenga en el portón de entrada que fué prontamente abierto, penetrando en el Colegio, seguido de sus granaderos que puso de guardia. A toque de campana ordenó reunirse la comunidad, orden inoficiosa, que ya reunida estaba en el refectorio, rodeando al Rector, cada cual con su breviario y su atillo de ropa, lo que bien demostró que harto prevenidos estaban de lo que iba a suceder. De pie y destocado dió Berlenga lectura de la pragmática de extrañamiento de los Padres, intimando su acato, contestando el Rector que la comunidad acataba y cumplía con respeto la orden de S. M. Terminado que fué su cometido, dispuso Berlenga el traslado de los Padres a la Casa de ejercicios del arrabal, donde debían quedar bajo severa vigilancia a la espera de su embarque. Igual se procedió con los ocho jesuítas del Colegio de Belén, en el Alto.

Antes del alba cesó la lluvia; fuerte viento pampero barrió las nubes empujándolas en vertiginosa carrera. Al salir el sol el cielo estaba despejado. Corría el agua como riada por las calles, en las carriladas que dejaran las pesadas ruedas de las carretas, formando extensos aguazales en los bajos; en el zanjón de Matorras y en el de Viera venía con tal fuerza, que arrastrado había el Puente de los Granados, y tan desbordada, que sólo a caballo se podía esguazar sin peligro. Salieron madrugueros de sus casas los vecinos, acuciados por la curiosidad, sin temor al viento, frío y fuerte, que azotaba las capas y sayas, arremolinaba mantos y rebocillos y hacía volar los aludos sombreros. Era de ver y de admirar la destreza con que las mujeres saltaban el lodazal, sin ensuciar sus chapinas y sin mostrar más que el arranque de la torneada pierna.

En los portales del Cabildo, tendejones de mercar, pulperías, canchas de bolos y en calles y plazuelas, formábanse corrillos, interrogándose ansiosa la gente, escudriñándose los semblantes, a la busca de positivas noticias. Codeábase la gente de señorío con la chusma; graves frailes prestaban oreja a las parlerías, sin tomar parte en ellas; gárrulas mulatas con vocingleras voces y agitados ademanes ensartaban ristras de disparates, mechando mentiras con su mendacidad acostumbrada. Pero donde gran suma de gente se allegó y donde más se discutió, con mayores veras en las informaciones, fué en la botillería de Pelegrín, el café de los Trucos y la botica de Marull.

La tienda de herbolario y botica de Marull estaba situada frente a San Ignacio, en el ángulo de las calles San Carlos y Santísima Trinidad. Formaba parte de un vasto caserón de antigua fábrica, en cuya esquina el salón de mercar tenía su entrada, dividida en dos por un recio pilar de algarrobo. Al penetrar, lo primero que se destacaba en la penumbra, en una hornacina del muro y con candileja siempre encendida, era un San Francisco, de indígena talla, que nombre daba a la botica. Colgaban del techo en manojos, hierbas medicinales: cepacaballo, guaribay, aruera mansa, capicati, molle, y, alineados en los anaqueles con marbetes en espantable latín, tarros, frascos, potes y redomas, encerrando la sencilla farmacopea de la época: ungüento simple, de estoraque, basilicón; emplastos manus-dei, aquilón gomado, confortativo; bálsamo católico, misionero; polvos de jalape y juanes; miel rosada, madreperla, coral rubio, agua de rosas, de la reina. Sobre el viejo mostrador, un pote de vidrio con vísceras sanguijuelas, un luciente perol, una marmita y un almirez con su mano.

En aquel sitio de reunión y mentidero de la gente de distinción de Buenos Aires había gran concurso de personas calificadas. Allí estaban entre otros, los alcaldes Martín Riglos y Juan de Lezica, los regidores Lerdo de Tejada, Basavilbaso y Ramos Mexía, los comerciantes Domingo Belgrano, Ignacio de Irigoyen y Martín de Sarratea, el escribano Boiso, más conocido por «siete pelos» y tantos otros que mañaneros habían acudido. Sentados estaban cabe el encendido brasero, abrigados con sus capas, que eran todos gentes friolenga y el salón húmedo. Circulaba de mano en mano la caja de rapé y el amargo cimarrón, que presuroso acarreaba el negrillo, quien de tiempo en tiempo, con un largo atizador hurgaba la lumbre, donde cantaba en su hervor el agua para el mate.

Comentábase con gran pasión el suceso del día. Amigos y enemigos de los jesuítas terciaban en la polémica despachándose a su placer según su partidismo. Mansilla el regidor, defendía la expulsión; Lerdo de Tejada la criticaba, furiosamente y en altas voces.—Es mengua, para nosotros caballeros y para la ciudad, lo ocurrido anoche; antaño eclesiásticos y ancianos, respeto merecían; hogaño, bajo torrencial lluvia son sacados de sus celdas a altas horas de la noche y cual malhechores conducidos entre soldados.—Oficio desempeñaron éstos más propio de corchetes y sayones,—interrumpió Pedro Medrano, el que fué secretario de Ceballos. Con mesurada voz hizo Riglos la defensa de los jesuítas; relatando sus trabajos en las Misiones del Paraguay, que defendieron siempre con tenaz porfía de los avances del Portugal; la ayuda prestada a los indígenas, cazados como bestias por los mamelucos paulistas en sus malocas; historió el calamitoso «Convenio de Permuta» y la intervención jesuítica que les trajo la ojeriza de la Corte, cuando en la guerra guaranítica se pusieron de parte de los indios.—¡Válgame Dios!—exclamó Viana, reconocido enemigo de los ceballistas,—buen argumento aduce su merced para defender a los jesuítas. La oposición a las reales órdenes huele a sedición contra el Monarca y más merece castigo que alabanza. Y al ver el gesto de enojo de su contrincante, agregó con sorna: Barrunto que su adhesión a Ceballos truécale las ideas.

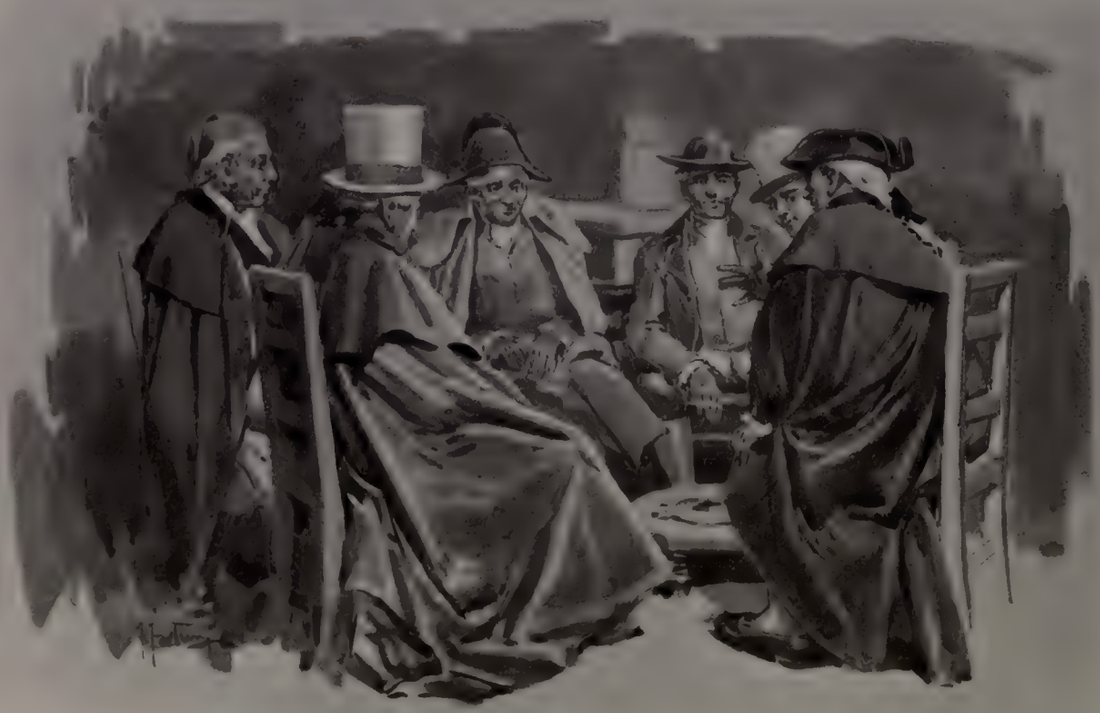
Hízose un largo silencio, mas presto volvieron empeñosos al tópico de actualidad, hablando todos a la vez, desfogando sus enojos, según su pasión banderiza, y barajando con poco respeto y demasía de lenguaje nombres, como el del Marqués de Pondal y del Conde de Aranda. Escalada enfurecido trajo a colación la obra, como arquitectos, de los jesuítas Primoli y Bianchi, que dirigieron la fábrica de las iglesias de San Ignacio, San Francisco, La Merced y Recoletos. Basavilbaso vituperaba el gobierno autocrático de los jesuítas en las Misiones, «donde los indígenas viven, decía, bajo su dominio absoluto, pues son a la vez jueces, maestros, sacerdotes y dueños de aquellos pueblos».

En el ardor de la discusión no faltó alguno más osado, que atribuyera a los Padres de la Compañía la inspiración del sedicioso folleto de Miguel de Rocha, que se había atrevido a aseverar «que el Rey de Castilla no es verdadero dueño de América» y aún llegado a decir en pleno Cabildo «que no tiene derecho a cobrar alcabalas». Al entrar la discusión en tan vedados caminos y arriesgadas ideas, que en público estigmatizaban, pero que, para su sayo, los más aprobaban, fueron los timoratos prudentemente abandonando el salón, simulando indiferencia. Aunque el discutir siguió algún tiempo, acatarrados de tanto hablar y llegada la hora del yantar, retiróse luego el resto de la concurrencia y tras muchas reverencias, terciaron sus capas, siguiendo aún en las calles el reñido tema.

Poco tiempo después fueron embarcados para Italia los Padres de la Compañía, en el paquebot «El Príncipe», navío «El Diamante», fragata de guerra «La Venus» y de registros «San Esteban» y «San Fernando», chambequin «El Andaluz», saetia «El Pájaro» y galera «La Esperanza».

Sufrieron los expulsados molestias, trajines y quebrantos con tan maravillosa mansedumbre, que hizo decir al historiador Lafuente «mérito grande si fué virtud y no careció de él si fué disimulo.»

Entre los expulsados figuraban hombres eminentes e ilustrados. De los criollos merecen recordación: Gaspar Juárez, tucumano, autor de una notable Historia Natural; el riojano Camaño, distinguido geógrafo; el santafesino Iturri, que publicó la «Historia Civil del Río de la Plata», y entre los peninsulares descollaban: Quiroga, más navegante que eclesiástico, primero que levantó mapas de las costas del Mar del Sur; Jolis, que hizo la descripción del Chaco; Muriel, filósofo de alto vuelo y avanzadas ideas para su época; Sánchez Labrador, que describió las regiones del Plata; Peramás, narrador elocuente de las vidas de los misioneros en las selvas paraguayas; Guevara, el cronista que escribiera la tan conocida «Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán». También es del caso citar al inglés Falkner, llamado por los españoles Falconer, cuyo libro «Descripción de la Patagonia» dió lugar más tarde, con uno de sus párrafos, a las más antojadizas interpretaciones.



EL ALCALDE de STILMONDE

DRAMA EN TRES ACTOS DE MAURICE MAETERLINCK

PERSONAJES

CIRILO VAN BELLE, Alcalde de Stilmonde, 60 años.
ISABEL (BELLE), su hija, 23.
FLORIS, su hijo, 14.
TENIENTE OTTO HILMER, casado con Isabel, 32.
COMANDANTE BARÓN VON ROCHOW, 45.
TENIENTE KARL VON SCHAUMBER, 28.
OBRERO KLAUS, 63.
JUAN GILSON, 30.
EL SECRETARIO DEL AYUNTAMIENTO, 45.
UN CRIADO.
UN SARGENTO Y UN SOLDADO ALEMANES.

La escena en Stilmonde, pueblo de Flandes.

El primer acto comienza a las diez de la mañana y termina a mediodía; el segundo, a las dos y acaba a las cuatro; el tercero, a las cinco y concluye a las siete del mismo día.
Epoca: fines de agosto de 1914.

ACTO PRIMERO

Salón en la casa del alcalde, que sirve de despacho y de laboratorio hortícola, confortable y bien amueblado: sillones de cuero, estante-biblioteca, mesa grande llena de papeles, de búcaros con flores y cestos con frutas. En los primeros orquídeas y algunas plantas, y en los segundos melocotones, ciruelas y racimos de uvas. En los rincones útiles de jardinería, pulverizadores, regaderas, alambiques, etc. En el fondo puertas de un balcón y a la derecha puerta de entrada.

ESCENA I

(*Al levantarse el telón, el Secretario escribe en un lado de la mesa. Entra por la derecha Juan Gilson, con traje de paisano que le sienta muy mal, conociéndose que no es suyo. Lleva el brazo derecho en cabestrillo.*)

GILSON. — Buenos días, señor Secretario.

SECRETARIO. — Buenos días. ¿Qué deseaba usted?

GILSON (*aproximándose.*) — ¿Pero no me conoces?

SECRETARIO. — ¡Toma! ¿Eres tú Juan? ¡Lo menos que me esperaba! ¿De dónde vienes?... ¿Estás herido?...

JUAN. — Sí... una bala en el brazo... me la regalaron en las cercanías de Aerschot. Me llevaron a Winkel, pero ayer lo ocuparon los alemanes. Y como podía caminar, no esperé a que me agarraran. Me disfrazaron con estas prendas, escurrí el bulto, pasé la noche oculto en un foso, y después de tres horas de marcha a campo traviesa, aquí me tienes en Stilmonde, de donde pienso salir cuanto antes a unirme a mi regimiento, que debe encontrarse del lado de Overloop...

SECRETARIO. — Estás muy fatigado... ¿Te duele el brazo?... Además, estás calado...

JUAN. — Esto no es nada, o mejor dicho... no era nada... Pero ahora parece que quiere fastidiarme.

SECRETARIO. — Es el cansancio. Necesitas descanso y que te curen. Ya encontraremos una buena cama, sea en mi casa, sea aquí, que es el albergue de todos los que sufren.

JUAN. — Ni descanso ni cama... Dentro de muy poco estarán aquí.

SECRETARIO. — ¿Quiénes?

JUAN. — Los alemanes... Todos los caminos están llenos de hulanos y detrás viene el grueso de la tropa.

SECRETARIO. — ¡Imposible!... Nosotros no sabemos nada; todas las comunicaciones están cortadas...

JUAN. — ¿Dónde está el Alcalde?

SECRETARIO. — Le estoy esperando. Está en uno de sus emparrados. Parece que la tormenta de esta noche ha causado daños... El criado fué a buscarle y llegará al instante. ¿Tienes que hablarle?

JUAN. — Sencillamente recomendarle de parte del Alcalde de Winkel que sea prudente y, sobre todo, que no se encuentren armas en el pueblo.

SECRETARIO. — Todas las precauciones están tomadas y todas las armas, hasta las de las panoplias, recogidas en un salón del Ayuntamiento del cual tengo la llave. ¿De modo que están en Winkel?

JUAN. — Sí; trescientos o cuatrocientos... Y a lo que se dice, están mandados por el yerno del Alcalde.

SECRETARIO. — ¿De qué Alcalde?

JUAN. — De éste: del de Stilmonde.

SECRETARIO. — ¿Por Otto Hilmer? ¡Imposible!

JUAN. — Justamente... Ese creo que es su nombre... el teniente Hilmer. ¿De modo que es cierto?... No quería creerlo... ¿Su hija se casó con un alemán?

SECRETARIO. — Sí... ¿Por qué no? Los alemanes no tienen muchas simpatías por aquí, pero después de todo no nos hacían daño... al contrario. Eso se hizo antes de la guerra, cuando nada podía suponerse. Afortunadamente para ella, la señora del Alcalde había muerto; viva no hubiera consentido en ese matrimonio porque no era afecta a los prusianos... ¡Y si viera lo que hacen hoy! Pero el Alcalde se va a quedar atónito. ¿Acaso piensa Hilmer venir por aquí?

JUAN. — En efecto... Así se lo ha dicho al Alcalde de Winkel. ¿Pero cómo se hizo ese casamiento?

SECRETARIO. — Como la cosa más natural del mundo. ¿Quién podía imaginar que los alemanes iban a atropellarnos y a cometer los horrores que se cuentan, si es que son verdaderos?...

JUAN. — Y tan verdaderos... Se cuenta menos de lo que hacen.

SECRETARIO. — Es posible... pero nadie lo hubiera pensado. Hay que saber que el señor van Belle, nuestro Alcalde, iba frecuentemente a Alemania para sus negocios. Se le distinguía y era muy festejado. En Colonia había sido nombrado presidente de todas las sociedades hortícolas de la región. De mucho antes conocía a la familia Hilmer y se hospedaba en casa de los padres de Otto siempre que iba a Colonia.

JUAN. — Son ricos los Hil... ¿Cómo se llaman?

SECRETARIO. — Los Hilmer. Son dueños de una gran fábrica de máquinas y aparatos eléctricos de la Prusia Renana. Pues bien: como el joven Hilmer sólo deseaba estudiar el cultivo de las orquídeas y de las uvas de invernadero, especialidad de la antigua casa van Belle y Compañía, y como el chico del Alcalde tenía pasión por la electricidad, hubo un cambio de hijos. Floris fué allá y Otto vino aquí.

JUAN. — Hace mucho tiempo.

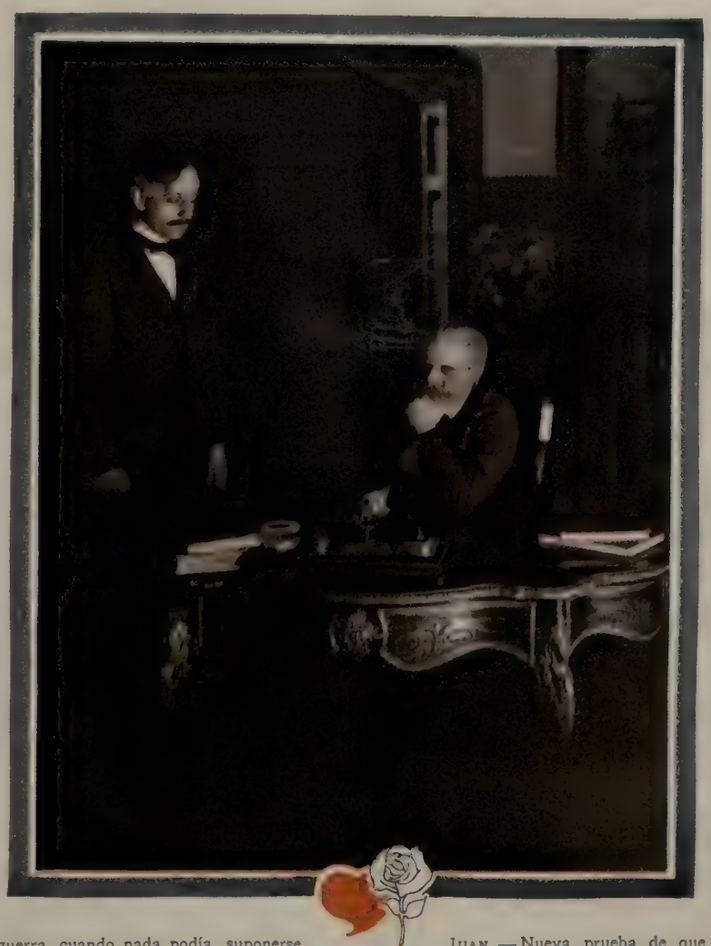
SECRETARIO. — Hace cerca de dos años.

JUAN. — ¿Y dónde está el joven van Belle?

SECRETARIO. — Fué sorprendido allí por la declaración de guerra, pero circula el rumor de que ha conseguido escaparse. No hay noticias exactas y estamos inquietos.

JUAN. — Y el otro... ¿cómo pudo pasar a Alemania?

SECRETARIO. — No sé cómo... pero debieron avisarle secretamente. Lo cierto es que nos abandonó bruscamente hacia fines de julio, con el pretexto de que su madre estaba enferma...



JUAN. — Nueva prueba de que sabían lo que se preparaba y que el golpe estaba decidido desde larga fecha. Pero estando al corriente debió prevenir a su suegro y sobre todo a su cuñado.

SECRETARIO. — ¿Qué quieres? Esas gentes no son como nosotros.

JUAN. — O mejor aún: nosotros no somos como ellos... felizmente para nosotros... ¿Y hace tiempo que se casaron?

SECRETARIO. — Unos seis meses.

JUAN. — ¿Eran felices?

SECRETARIO. — Se adoraban. Preciso es hacer justicia a Otto. Es un buen muchacho, cortés, servicial, trabajador, inteligente y carece de orgullo. Sobre todo, nada hay que reprocharle...

JUAN. — Excepto que es alemán... y ya es bastante... Y, su mujer... ¿cómo ha tomado las cosas?

SECRETARIO. — Evidentemente la ha quebrantado la sorpresa y ello es más peligroso cuanto que parece que en estos momentos... ¿Comprendes? Pero aún no se sabe de cierto. Está inquieta, triste... pero no dice nada... No fué nunca muy expansiva.

JUAN. — Pero él ha debido prevenirla... prepararla. Debía estar enterada de lo que se tramaba...

SECRETARIO. — No sé nada... Jamás me ha hecho confidencia alguna...

JUAN. — Y el Alcalde, ¿qué dice?...

SECRETARIO. — Está desconcertado... Primero experimentó una sacudida como si le hubiese caído un rayo... No quería creer... Después estuvo furioso, indignado, consternado. Al fin, como siempre ha sido muy optimista, se repuso algo. Ahora está calmado y comienza a pensar que todo se arreglará rápidamente... Pero helo aquí...

(*Entra el Alcalde, con un canastillo de admirables uvas.*)

ESCENA II

LOS MISMOS. EL ALCALDE

SECRETARIO (*levantándose.*) — Buenos días, señor Alcalde.

ALCALDE. — Buenos días, Cirilo. ¿Cómo vamos?

SECRETARIO. — Lo mejor que es posible cuando se ha trabajado toda la noche.

ALCALDE. — ¿Está todo en regla en el Ayuntamiento?

SECRETARIO. — Todo, señor Alcalde. Se han depositado todas las armas, que he clasificado dando recibos. Pero permítame usted que le presente a mi antiguo amigo Juan Gilson, herido en Aerschot. Fué atendido en Winkel, donde los alemanes entraron ayer y de donde ha podido escaparse esta noche. (*Los dos se dan la mano.*)

ALCALDE. — ¿Estuvo usted en Eterschot?

JUAN. — Era sargento del batallón de carabineros encargado de cubrir la retirada.

ALCALDE. — La cosa fué dura.

JUAN. — Muy dura. Allí se quedaron dos tercios del batallón. Y luego... siempre lo mismo... uno contra diez y sin artillería... Nos sostuvimos cuanto pudimos... pero fué preciso replegarse.

ALCALDE. — Pero usted está muy fatigado y además debe morirse de hambre... Cirilo, amigo mío, ¿dónde tiene usted la cabeza? Espere, voy a dar mis órdenes. (*Llama y entra el criado.*) Fermín, traiga usted un trozo de ternera, fiambre, pan, manteca, huevos, queso y alguna compota... ¿Hay más?

CRIADO. — Hay pollo... jamón...

ALCALDE. — Pues de todo. ¡Ah! y para beber... (*A Juan.*) ¿Qué prefiere usted? Tengo un Rudesheim excelente y un Oporto de 1882... Lo mejor será que traiga los dos. No faltará quien le ayude... ¿No es cierto, Secretario? Eso menos se beberán los alemanes... Y no serán las frutas las que falten... Fíjese en esas (*señala las de la mesa.*) y sobre todo en estos racimos que he traído... ¡Incomparables! Es un triunfo mío. Una variedad que he logrado obtener a fuerza de paciencia y de ensayos entre un híbrido de Alicante, soberbio de presencia pero algo insípido, y un moscatel de Sicilia, desmirriado pero delicioso. Estas reunen las buenas cualidades de ambas especies y ninguno de los defectos. Crujen y se deshacen entre los dientes. Diríase que son un sorbo de Frontingnan en una ampolla de hielo. Dentro de cinco años podré arrojar sobre el mercado más de 2.000 kilos por semana... Usted las estre-

na... ¿De modo que están ya en Winkel?

Juan. — Sí, señor Alcalde... Y estarán aquí esta misma mañana... Les precedo de [illegible]

Secretario. — Me acaba de decir Juan que los manda Otto Hilmer.

Alcalde. — ¿Cómo? ¿Otto? ¡Imposible! ¿Se lo han dicho? ¿Lo ha visto usted?

Juan. — No lo he visto, pero me lo han dicho. Había tres jefes en Winkel: un comandante y dos tenientes; uno de éstos era Otto Hilmer. Según parece vendrá a ocupar Stilmonde con un destacamento del 63.º de línea.

Alcalde. — En efecto; era teniente de la reserva... Es inaudito que se haya atrevido. Pero, no; en realidad tiene razón. Ha hecho bien y así arreglará el asunto de modo que no tengamos que quejarnos... Es curioso... He aquí a mi yerno que entra en mi casa como conquistador con casco y el sable en la mano, después de haber violado la frontera de su patria de adopción... En fin... es la guerra y no es culpa suya. El no es responsable y no hace lo que quiere... Mejor para nosotros... mientras esté aquí nada tendremos que temer... ¿Y cuáles son los otros jefes?

Juan. — Un comandante, cuyo nombre no recuerdo, que no es malo según se dice, y un teniente, un prusiano auténtico, un aguilucho feroz detestado de sus hombres a los que maltrata como a perros...

Alcalde. — ¿Cómo se conducen en Winkel? ¿Han hecho daño?

Juan. — Hasta mi salida, ninguno; han tomado como rehenes al Alcalde, al cura y al notario y han declarado que los fusilarán si suena un tiro en el pueblo.

Alcalde. — Nada harán, gracias a Otto. Es un buen chico incapaz de hacer mal a una mosca. Desde luego han debido exagerarse sus tropelías... Al fin no son salvajes.

Juan. — Perdón, señor Alcalde, no se ha exagerado y sólo se conoce una parte de la verdad. Lo que han hecho en Andene, en Dinant, en Lovaina, en Aerschot y en otros pueblos por donde han pasado es espantoso. Hablo sólo de lo que conozco por mí mismo y de lo que de Lovaina y Dinant me han referido dos camaradas que lo presenciaron; en Lovaina ejecutaron 210 inocentes y de ellos 24 mujeres y 14 niños; en Dinant hubo 610 víctimas, entre las cuales 39 niños y 21 mujeres; en Aerschot, entre otros ciudadanos completamente inofensivos, han fusilado al Alcalde y a su hijo de quince años...

Alcalde. — ¿Pero es verdad que lo han fusilado? No lo creía... ¿Y por qué?

Juan. — Una bala perdida, disparada por uno de sus hombres, mató a un coronel.

Alcalde. — ¡Diablo! ¡Pues son peligrosos! Pero en fin, será necesario comprobar todo eso. (*Entra el criado.*) Bueno, aquí está Fermín que trae los víveres. Vengan las botellas. (*Levantando un vaso.*) Este es mi Rudesheim 1895. ¿Qué le parece?

Juan. — ¡No es ordinario por cierto!

Alcalde. — Ya lo creo. Es una de las 600 botellas que compré a los herederos del notario Van Hulltiem, que tenía la mejor bodega del país... ¿Y qué piensa usted hacer? En ese estado no puede ponerse en camino. Tiene que descansar aquí algunos días y curarse. No se puede bromear con esas heridas.

Juan. — Es que si me descubren me enviarán a Alemania o me fusilarán como francotirador.

Alcalde. — No hay nada que temer. Le ocultaré a usted en mi casa, pondré a Otto al corriente y él lo arreglará todo.

Juan. — Se lo agradezco de corazón. Estoy muy fatigado y conozco que no tendría fuerzas para ir más lejos. Pero tengo miedo de comprometerle si se me encuentra en su casa...

Alcalde. — Le aseguro que no debemos temer nada; Otto no puede rehusarme este servicio y será un asunto de familia.

(*Entra el criado.*)

Criado. — Señor Alcalde... están en las puertas de la verja.

Alcalde. — ¿Quiénes?

Criado. — Los alemanes... dos oficiales y una docena de hulanos. ¿Hay que abrirles?

Alcalde. — Sí. Ordene que formen alineados en la puerta y diga a los oficiales que les aguardo.

Secretario. — ¿Debo dejarle solo, señor Alcalde?

Alcalde. — No, quédese; pero ponga antes en seguridad a su amigo. Pase usted con él a la próxima habitación y cuando vuelva Fermín le habilitará una cama... Hasta la vista, amigo Gilson... llévese los comestibles y las botellas, y nada tema... (*Gilson pasa a la otra habitación.*) Ahora preparémonos a recibir al enemigo... Ya siento chocar sus sables contra la escalinata...

ESCENA III

EL ALCALDE Y EL SECRETARIO. EL COMANDANTE BARÓN VON ROCHOW Y LOS TENIENTES OTTO Y KARL VON SCHAUMBERG.

Alcalde (*viendo a Otto, da un paso hacia él.*) — Otto, ¿eres tú? (*Tiende maquinalmente la mano, pero la retira.*)

Otto. — Yo soy. (*Presentando al comandante.*) Mi comandante; el Alcalde de Stilmonde, mi suegro... El comandante Barón von Rochow... El teniente Carlos von Schaumberg.

Comandante. — Señor Alcalde: ocuparemos el pueblo hasta nueva orden. Deberá usted atender al alojamiento de 250 hombres. Provisionalmente no tiene usted que procurarles subsistencia. Mis dos oficiales y yo solicitamos su autorización para instalarnos en su casa. Conozco los lazos que le unen a uno de ellos. Espero que gracias a estas excelentes relaciones no surgirá ninguna dificultad entre nosotros. Sin embargo, según la costumbre y en atención al espíritu hostil que la población ha manifestado hasta ahora hacia nosotros y conforme a las instrucciones formales que he recibido, estoy obligado a considerar a usted como rehén. Si por desgracia — Dios no lo quiera — se cometiese un atentado contra alguno de mis oficiales o de mis soldados, la vida de usted responderá de ello. No creo que se llegue a tan penosas circunstancias. Si la población civil se comporta prudentemente, nada debe temerse. Aunque otra cosa se haya propalado, no somos bárbaros. Somos, ante todo, justos: pero las necesidades de la guerra nos obligan a veces a ser severos y estar siempre alerta. Dentro de una hora nos reuniremos en el Ayuntamiento para convenir la requisa y firmar la contribución de guerra.

Alcalde. — ¿La contribución de guerra? Me parece que hasta aquí no hemos hecho nada que la justifique.

Comandante. — Dispense usted. Acaso le permita discutir la cantidad, pero nunca el principio.

Otto (*al Alcalde.*) — Le ruego que dé al comandante la alcoba grande con balcón a la plaza y el salón anterior. El teniente von Schaumberg y yo ocuparemos las de huéspedes... Fermín... conduce a estos señores a sus habitaciones...

Comandante. — Me veo precisado, señor Alcalde, a suplicarle que adelante el almuerzo media hora. A las doce en punto tendremos el honor de sentarnos a su mesa.

Alcalde. — De acuerdo.

(*Salen el comandante y el teniente precedidos del criado.*)

ESCENA IV

ALCALDE. OTTO.

Alcalde. — ¡Mi pobre Otto!...

Otto. — ¿Dónde está Isabel?

Alcalde. — Arriba... en su alcoba... No habrá oído a ustedes.

Otto. — ¿Y cómo está? ¿No está enferma?

Alcalde. — Enferma, precisamente, no; muy deprimida, muy triste, muy afectada por estos acontecimientos. Aun debe dormir y preferible es no despertarla.

Otto. — ¿Cómo ha tomado la cosa?

Alcalde. — Como todos, con estupor, con indignación, consternada... Pero ella, naturalmente, se encuentra más afectada que nosotros que apenas damos crédito a nuestros ojos... ¡Ah! desdichado Otto... ¡qué faena tan penosa te obligan a realizar!

Otto. — Crea usted que no la hacemos con gusto. No obramos así sino constreñidos y forzados por la actitud inconcebible de sus compatriotas...

Alcalde. — Claro; es evidentemente la Bélgica la que ha comenzado (*con ironía.*)

Otto. — Es más cierto que lo que usted piensa. Ha comenzado a hacer el juego de nuestros enemigos, y de no habernos adelantado hubiéramos sido víctimas de nuestra confianza en su lealtad.

Alcalde. — Vaya, vaya, Otto... Tú, de quien conozco la inteligencia, la conciencia y la profunda honradez, ¿cómo te atreves a sostener seriamente semejantes... No encuentro la palabra o sería demasiado dura... Que se hagan creer tan burdas especies a los ignorantes soldados y a algunos hidalguillos ebrios de orgullo y de estupidez, se comprende... ¡Pero a ti! Tú sabes mejor que yo la sencilla, la terrible verdad, como sabes lo que hay que pensar de las terribles matanzas de Visé, de Dinant, de Lovaina y de otros puntos...

Otto. — Dispense usted. No es lo mismo. Admito que la violación de Bélgica sea lamentable; en mi concepto es un error, quizás necesario desde ciertos puntos de vista, pero que pagaremos muy caro. Mas no admito las matanzas. Ha habido ejecuciones de rehenes y represalias exigidas por las pérfidas e incesantes agresiones de la población civil. Acaso hubo algún exceso de celo, lo cual desgraciadamente es inevitable. Pero el ejército alemán, que conozco mejor que usted y del que formo parte, es el más disciplinado que existe, y es muy raro, por no decir imposible, que obre sin órdenes o que la orden dada sea sobrepujada.

Alcalde. — Es justamente lo que yo le reprocho. A juzgar por los efectos, ¡esas órdenes son abominables!...

Otto. — Afortunadamente estamos solos. Evite usted palabras de esa clase, porque contra toda mi buena voluntad no podría ahorrarle sus malas consecuencias.

Alcalde. — Está bien. No discutamos más. Nunca nos entenderíamos sobre este punto... ni sobre otros. Sé lo que sé y a ello me atengo.

Otto. — Yo también sé lo que sé y la historia nos juzgará. Tratemos de encontrar lo que nos unía antes de este cataclismo del cual no somos responsables.

Alcalde. — Es de apreciar que tú al menos no nos hagas todavía los únicos responsables de los desastres que habéis acumulado sobre nosotros. Te lo agradezco.

Otto. — ¿Por qué me habla usted así? Yo soy extraño en absoluto a lo que ocurre. Estoy obligado a obedecer como los demás a una autoridad a la cual nadie puede resistir. Estoy cogido en el engranaje y no puedo dejar de hacer lo que hago. Pero no se me ha prohibido guardar intactos mis afectos y mis sentimientos de antes de la guerra... He obtenido que se me envíe aquí para probar a ustedes mi gratitud.

Alcalde. — Y porque conocías bien el país...

Otto. — Le ruego que no continúe en ese tono; es injusto y me apena. He querido, sencillamente, como he dicho, probar mi reconocimiento, evitando en cuanto me fuese posible, a usted y a la población, las contrariedades y peligros de una ocupación que yo no podía impedir.

Alcalde. — Sea... descartemos eso... ¿Cuánto tiempo piensas estar aquí con tus hombres?

Otto. — No sabemos nada. Pueden ser dos horas... pueden ser dos meses. Depende de los sucesos y de las órdenes que recibamos.

Alcalde. — ¿Y qué tal hombre es el comandante? Tiene cara de pocos amigos...

Otto. — Es severo, algo seco, un poco altanero, intransigente en cuestiones de disciplina; pero, en el fondo, justo... No es malo... Le repito que nada tendrá usted que temer si el pueblo se conduce convenientemente. En caso de conflicto o de mala inteligencia, yo usaré de mi influencia para limar rozamientos... Y ahora seamos amigos si usted quiere y permítame que le abrace como otras veces.

Alcalde (*retrocediendo.*) — Permíteme... excúsame... No puedo en estos momentos.

Otto. — Es chocante y no lo comprendo. Porque al fin esta guerra pasa por encima de nuestras cabezas... Pero no por eso le quiero menos y digo como Antígona: «Tomo parte en el amor y no en el odio». Pero... ¿qué hora es? Las once. ¿Se podría avisar a Isabel, si realmente no está enferma? Comprenderá usted mi deseo de verla, después de tan larga ausencia y de lo que ha pasado...

Alcalde. — Voy a enviarle su doncella... (*Llama, entra el criado y le da órdenes.*) ¿Tienes noticias de mi hijo?

Otto. — ¿De Odilon? No. ¿No está aquí?

Alcalde. — Como no se nos previno como a ti del golpe que se preparaba, se ha quedado en Colonia... Estamos inquietos...

Otto. — Nada hay que temer si se está quieto. Yo me encargo de avisar a mi familia para que le traten bien. ¡Hola! veo sobre la mesa uno de los Cattleyos que estaban enfermos antes de mi marcha. ¿Qué tal van?

Alcalde. — Creo que están salvados. He descubierto al microscopio el origen del mal. Es un pequeño criptógamo que resiste a todas las vaporizaciones y fumigaciones clásicas. Pero ensayé una nueva mezcla, de la cual te daré la fórmula, que ha obrado maravillas. ¡Quiera Dios que esta guerra no haga

de mis invernaderos donde he puesto el trabajo de mi vida y la mitad de mi capital, un montón de vidrios y de hierro viejo! Bien sabes tú que hay en ellos flores preciosas por valor de más de medio millón... Sería un desastre, porque hace falta una existencia entera para reunir una colección comparable a la mía.

OTTO. — No tenga usted cuidado. No habrá batallas ni bombardeos por estos lugares, y durante la ocupación yo protegeré la casa de mi mujer y de mi suegro.

ALCALDE. — Aquí está Isabel. (*Entra.*)

ESCENA V

LOS MISMOS. ISABEL

ISABEL (*se detiene un momento en el dintel y luego se lanza en los brazos de Otto.*) — ¡Tú! ¿Tú aquí y yo no lo sabía?

OTTO (*abrazándola.*) — ¡Isabel!

ISABEL. — ¿No estás herido? ¿No has sufrido?

OTTO. — No. ¿Y tú?... Me han dicho que no te encontrabas bien.

ISABEL. — No es nada... El horror de todo lo que sucede y la inquietud de saber que estabas constantemente en peligro entre los enemigos...

ALCALDE. — ¿Qué enemigos?... Los enemigos son él y los suyos, y él no corre ningún peligro entre ellos... Bueno, les dejo a ustedes... ya me avisarán si me necesitan. (*Sale.*)

ESCENA VI

OTTO. ISABEL

ISABEL. — Es verdad, pero es así... Llamo enemigos a todos los que desean tu mal, y estos son todos los que amo... Es demasiado para el corazón de una mujer... Pero creo que ha concluido y que lo más duro ha pasado...

OTTO. — No; lo más duro comienza; mas estaba seguro de ti y tú al menos no me condenarás sin oirme.

ISABEL. — Condeno a los otros porque sé que tú no eres más culpable que yo... Y, ¿qué importa lo demás puesto que vuelvo a encontrarte como me habías dejado? ¿Podrás estar a mi lado algunos días? Ya es algo en esta horrible guerra...

OTTO. — No sé. Puede ocurrir que me vea obligado a marchar mañana mismo...

ISABEL. — ¿Estás en primera línea?

OTTO. — Todo está en primera línea en este momento... Avanzamos como un torrente. No me he atrevido a decírselo a tu padre... toda la Bélgica está invadida... Amberes caerá mañana y París dentro de ocho días.

ISABEL. — ¿Y después?...

OTTO. — Para qué más; esa será la victoria; nos instalaremos aquí, a menos que tú quieras mejor seguirme a Alemania...

ISABEL. — Yo iré donde tú vayas...

(*Entra Floris.*)

ESCENA VII

LOS MISMOS. FLORIS

FLORIS. — ¿No está aquí papá?

OTTO. — ¡Hola Floris...! ven acá y abrázame.

FLORIS (*retrocediendo con horror.*) — ¡Abrazar a usted... a usted!

ISABEL. — ¿Qué es eso Floris?...

FLORIS. — ¿Dónde está papá?...

ISABEL. — En la habitación de al lado... Pero podías al menos ser cortés y estrechar la mano de Otto, que no te ha hecho mal alguno y ha venido para protegernos...

FLORIS. — ¿Para qué quiero yo su protección? (*Sale dando un portazo.*)

ESCENA VIII

ISABEL. OTTO

OTTO. — ¿Ves el odio?... ¡Es inconcebible! Lo mismo en todas partes y en todo momento en torno nuestro. No quieren oir nada, ni comprender nada... Es un odio a muerte... lo he sentido hervir hasta en el pecho de tu padre que es el hombre más bondadoso, más justo y más pacífico que he conocido... ¿Qué

quieres que hagamos cuando así nos tratan? Pero hay que vigilar a ese niño... Mientras sus cóleras vayan contra mí, nada importan; pero si se atreve a tratar así al comandante o al teniente von Schaumberg, que tienen poca paciencia, puede ocurrirle algo... (*Se oye a lo lejos un tiro.*) ¿Han tirado?...

ISABEL. — Sí... y ha sido al final del jardín, del lado del bosque...

(*Entran precipitadamente el Alcalde y Floris.*)

ESCENA IX

LOS MISMOS. EL ALCALDE Y FLORIS

ALCALDE. — Han oído ustedes... Ha sido un tiro de fusil...

FLORIS (*entre dientes.*) — Uno menos.

OTTO. — ¿Qué dices?

FLORIS. — Nada...; lo que quiero.

ALCALDE (*inquieto.*) — ¿Pero quién ha tirado?... No puede ser más que uno de nuestros hombres. ¡No ha quedado un arma ni en la casa ni en el pueblo!

OTTO. — Será probablemente mi compañero el teniente von Schaumberg que habrá dado una vuelta en el bosque... Es un gran cazador y yo le dije que había bastantes conejos...

ALCALDE. — En efecto... el tiro ha sonado hacia el bosque... pero aquí no había una sola escopeta de caza...

OTTO. — El lleva la suya siempre en su equipaje... En todo caso, si las armas están en el Ayuntamiento, nada tiene usted que temer. ¿Responde usted de su gente? ¿No hay ningún mal alma?...

ALCALDE. — ¿Qué llamas tú «mal alma»? Están irritados, ultrajados, indignados, exasperados, como es natural; pero saben contenerse y no son unos locos para ejecutar un acto inútil que ocasionaría la ruina del pueblo y centenares de víctimas como en Dinant, en Andenne, en Lovaina... Los conozco, tendrán paciencia y esperarán su hora...

OTTO. — ¿Qué hora?...

ALCALDE. — La que vendrá más tarde...

OTTO. — No le conozco a usted. Habla como nuestros peores enemigos...

ALCALDE. — ¿Acaso soy amigo de ustedes? ¿Me harías la injuria de contarme entre ellos?... Pero es cierto... más vale contenerse... Es que este incidente me enerva... Tú sabes que soy el responsable y que si ocurre alguna cosa desagradable todo caerá sobre mí...

OTTO. — Me parece que corren alrededor de la casa. (*Va al balcón y lo abre.*) ¡Hola! ¿Eres tú, sargento Harting? ¿Qué sucede?

SARGENTO. — (*Se le supone abajo; se le oye sin verle.*) No sé nada, mi teniente... He visto al teniente von Schaumberg dirigirse de ese lado...

OTTO. — ¿Cuándo?

SARGENTO. — Hace un cuarto de hora...

OTTO (*volviéndose al Alcalde.*) — Lo que yo decía... ha ido al bosque a cazar...

SARGENTO. — Perdón, mi teniente... no llevaba armas.

OTTO. — ¿Estás seguro? La cosa cambia. Corre, pues, a enterarte, en vez de estar ahí con la boca abierta como una oca en la digestión...

SARGENTO. — A sus órdenes, mi teniente. A eso iba cuando usted me ha llamado... Pero algunos de mis hombres fueron ya...

OTTO. — Oigo gritos... Algo serio pasa... Pero... ahí viene un soldado y vamos a saber lo que sea...

SARGENTO (*en el jardín.*) — Vamos, pronto, ¿qué hay?...

SOLDADO (*igualmente invisible en el jardín.*) — ¡El teniente!... ¿Dónde está el teniente?

OTTO. — Aquí estoy... ¿Qué ocurre? ¡Habla!...

SOLDADO. — Mi teniente... ¡han asesinado al teniente von Schaumberg!

OTTO. — ¿Cómo? ¿Quién? ¡Acércate! ¿Qué dices?

SOLDADO. — Que está muerto.

OTTO. — ¿Dónde? ¿Cómo?... Que se llame a un médico... Acaso sólo esté herido... Voy a ver...

SOLDADO. — No; no, mi teniente. Tiene un balazo en la cabeza... Se le ha encontrado en una espesura.

OTTO. — ¿Se ha detenido al asesino?

SOLDADO. — Se le busca en el bosque... No se ha visto a nadie...

OTTO. — Que se pongan centinelas en todas las salidas de la finca. ¡Pronto! ¡pronto!... y que se haga fuego contra cualquiera que intente salir... ¿Dónde está el comandante?

SARGENTO. — No lo sé, mi teniente.

ALCALDE. — Seguramente en su habitación, al otro lado de la casa... No habrá oído nada...

OTTO. — Que se vaya a darle cuenta.

ALCALDE. — Esto no presagia nada bueno.

OTTO. — No temed nada... El culpable no podrá escapar, y en cuanto se le atrape se hará un ejemplo para que nadie tenga ganas de imitarle... Permaneced todos aquí. Que nadie se mueva o no respondo... El caso es grave... muy grave... (*Sale.*)

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

(La misma decoración que del primer acto.)

ESCENA I

COMANDANTE. ALCALDE. TENIENTE OTTO. SECRETARIO. ISABEL

COMANDANTE. — Señor alcalde: el teniente Carlos von Schaumberg ha sido asesinado dentro de la finca de usted, esto es, en su casa. Uno de sus capataces jardineros ha sido detenido en las proximidades del lugar del crimen. Debe, pues, presumirse que sea el culpable. En todo caso, hasta que se pruebe lo contrario le tengo por tal y esto basta. Hace falta un escarmiento; nuestra seguridad lo exige y esta consideración está sobre todo. En tiempo de guerra la mejor justicia es la más rápida. El capataz será fusilado a las siete de la tarde en punto, a menos que de aquí a entonces no se me haya entregado el que a juicio de usted sea culpable. Mejor que yo, conoce usted el valor y la moralidad de su gente y está por tanto en mejores condiciones para descubrir el verdadero asesino. Podría haber ordenado una represal a terrible y cualquier otro jefe en mi situación lo hubiera hecho, entregando el pueblo al saqueo y al incendio y fusilando el tercio o la mitad de sus habitantes. Pero accediendo a los deseos de mi teniente Otto Hilmer me contento con una sola víctima. No me haga usted arrepentirme de mi clemencia y de mi moderación.

ALCALDE. — Repito lo que he dicho a los que lo han detenido; es de todo punto imposible que mi capataz, el anciano Klaus, haya cometido ese crimen. Hace cuarenta años que está a mi servicio y respondo como de mí mismo. Es el hombre de carácter más dulce, paciente, resignado e inofensivo que pueda existir en el mundo. Si se le ha arrestado en el bosque donde cayó el teniente, es porque en medio del mismo hay un vivero de valiosas plantas que por mi orden fué a cuidar. No llevaba más armas que la podadera y la cuchilla de injertar. Tengo además, la evidencia de que de todos mis obreros, Klaus es el único que en su vida ha manejado un fusil o un revólver.

COMANDANTE. — Señor alcalde; no se da usted cuenta de que disculpando al capataz, es usted quien se acusa a sí mismo y se condena. Pero no tengo porqué discutir. La información no me corresponde. Arréglelo usted como quiera. Repito que me hace falta un culpable que será ejecutado a las siete. Será el que usted me designe...; usted mismo si no se me ofrece otro. Entretanto, sírvase usted considerarse como prisionero en su casa. Está custodiada y toda tentativa de evasión será despiadamente reprimida. A las cuatro le haré saber la multa que el pueblo ha de pagar mañana al mediodía, además de la contribución de guerra. (*Sale.*)

ESCENA II

LOS MISMOS. MENOS EL COMANDANTE

ALCALDE. — ¡Absurdo! ¡Insensato!... ¡Cómo! ¿Es preciso que yo mismo designe al culpable entre mis obreros o mis administrados, cuando sé que no se encuentra entre ellos? ¡Y en caso contrario debo yo mismo entregarme al piquete!... Confiesa que tu comandante con su clemencia y su moderación es un siniestro desalmado... Mejor quisiera habérmelas con uno de esos locos que fusilan a diestro y siniestro y lo llevan todo a sangre y fuego... Al menos sabría a que atenerme...

OTTO. — ¿Qué quiere usted? Dado el aspecto de este asunto apenas le es posible obrar de otro modo...

ISABEL. — ¡Otto!...

OTTO. — ¡Pero si es verdad!... Estamos rodeados de enemigos, de traidores, nos bañamos en el odio y vivimos en una perpetua emboscada; nuestra existencia pende de un hilo; a cada instante cada uno de nosotros espera un balazo en la cabeza... Es natural que nos defendamos cuando así se nos trata. La resolución del comandante me parece justa, razonable y humana... Tenía el derecho y casi el deber de realizar una matanza y se contenta con una víctima... Nadie puede exigir que semejante crimen quede impune... Por otra parte, será a usted fácil encontrar el culpable; no tiene usted más que confirmar las circunstancias que le designan. El solo hecho de su presencia en el bosque, crea contra él una presunción tan grave que en vano se esforzará usted en destruir. No tiene usted más que dejar marchar los acontecimientos y no intervenir... ¡Si el comandante se equivoca, el error pesará sobre él!

ALCALDE. — No te reconozco Otto... La guerra te ha transformado. Conoces como yo al anciano Klaus... sabes que entre todos mis operarios es el único acaso absolutamente incapaz de cometer un acto de ese género... Tratárase de otro cualquiera y yo podría tener una duda, abrigar un recelo, decir...

«¡quién sabe!» En tiempo de guerra, no puede responderse... ¡Pero él!... Es tan imposible, como si se afirmase que el inocente ser que Isabel lleva en sus entrañas, hizo el disparo... ¡Una presunción grave!... ¿Cómo te atreves a decir eso? Tu sabes porque el pobre hombre estaba en el vivero. Lo envié yo mismo cuando vino a tomar sus órdenes a las seis de la mañana. Si yo no hiciera todo lo posible por demostrar su inocencia... sería algo así como si yo mismo mandara el piquete de ejecución.

OTTO. — Y si usted demuestra su inocencia se pone usted en su lugar delante del piquete...

ALCALDE. — ¡Mejor quiero eso! Pero no es posible que las cosas lleguen a tal extremo...

OTTO. — No llegaremos si usted quiere. Tenemos tiempo por delante. De aquí a la tarde es casi seguro que se descubra al verdadero culpable.

ALCALDE. — ¡El verdadero culpable!... ¿Sabes dónde hay que buscarlo? ¡Entre vuestros hombres! Sencillamente uno de los soldados que ha aprovechado la ocasión para desembarazarse de un jefe que le maltrataba. Tú mismo me has dicho que el teniente von Schaumberg era cruel y que todos lo despreciaban y detestaban.

OTTO. — Es muy posible y no me extrañaría... Parece que en otro regimiento escapó por milagro a un atentado del mismo género, pero se ha echado tierra al asunto. Repito que es lo más probable, pero hay que probarlo y eso es lo difícil... Yo haré las averiguaciones por ese lado... por su parte interrogue usted a Klaus que acaso proporcionará algún indicio útil...

ALCALDE. — Lo haré, aunque no espero gran cosa... el pobre hombre no sabe nada...; lo hubiera dicho en seguida... Pero aquí, entre nosotros... ¿crees tú que el comandante haya hablado en serio y tenga la intención de anonadarme con su terrible dilema condenándome a morir en el lugar del inocente que yo rehuse entregar?

OTTO. — No se haga usted ilusiones; por ahí no podemos buscar la salvación. Le conozco y no cambia jamás sus resoluciones. Pero si no hay esperanzas por esta parte, la hay por todas las otras. Interrogue usted a Klaus... yo voy a ver mis hombres...

ISABEL. — Y yo... ¿puedo salir?

OTTO. — ¿Para qué?

ISABEL. — Comprende que no voy a quedarme tranquila en un rincón cuando peligra la vida de mi padre. Quiero ir al pueblo, ver a todo el mundo, hablar, preguntar... hacer algo, en fin. No es posible que todos nuestros esfuerzos reunidos, no tengan éxito.

OTTO. — Bueno, ven conmigo... yo obtendré la autorización.

ALCALDE. — Y Klaus, ¿dónde está?

OTTO. — Detenido y guardado por soldados. Voy a enviarlos. (*Sale con Isabel.*)

SECRETARIO. — Le dejo a usted, señor Alcalde... Voy a ver a los regidores... Acaso sus gestiones...

ALCALDE. — Vaya usted, mi buen Cirilo... (*Le aprieta la mano.*) Hay en la vida tristes momentos... Pero ya está aquí Klaus... Déjeme con él.

(*Sale el secretario y entra Klaus, con la ropa desgarrada y contusionado.*)

ESCENA III

EL ALCALDE Y KLAUS

KLAUS. — Buenos días, señor Alcalde.

ALCALDE. — ¡Hola! ¿Es usted, amigo Klaus?... ¿Pero qué le han hecho? ¡Tiene usted sangre en la boca y en la frente!...

KLAUS. — No es cosa mayor, señor Alcal-

de... Me han sacudido unos golpes porque [illegible] decir... Pero no es nada... Afortunadamente tenía una camisa vieja y mi pantalón número [illegible]

Alcalde. — [illegible] Klaus. — [illegible] No comprendo [illegible] por el señor Otto me lo ha explicado.

Alcalde. — Hace cuarenta años, amigo Klaus, que trabajamos juntos y nada tenemos que reprocharnos... ¿Tiene usted confianza en mí?

Klaus. — Completa, señor Alcalde...

Alcalde. — [illegible] usted [illegible] cepa y [illegible] que [illegible] mi palabra de que todo quedará entre nosotros.

Klaus. — No sé gran cosa... Estaba en el vivero donde usted me envió por la mañana. [illegible] que les hacía falta, sobre todo, a los Paul Ne[illegible] Y los Malmaison y los Niel comienzan a picarse...

Alcalde. — ¡Hombre! ¡Me sorprende! No había notado nada hace dos días. ¿Nos queda Cryptol sulfuroso?

Klaus. — Dos o tres litros, señor alcalde...

Alcalde. — Poco es... en fin, iré a verlos mañana... Bueno ¿y qué pasó?

Klaus. — Que de pronto oí un tiro de fusil...

Alcalde. — ¿De qué lado? ¿A qué distancia?

Klaus. — No muy lejos... Quizás a cuarenta o cincuenta metros de donde yo trabajaba...

Alcalde. — ¿Y después?...

Klaus. — Después... yo continué mi trabajo diciéndome que un tiro más o menos en tiempo de guerra, no era motivo para abandonar mis rosales... Pero momentos después oí gritos... salí del vivero para saber que ocurría y unos soldados alemanes que me vieron, se arrojaron sobre mí, comenzaron a darme golpes al mismo tiempo que exclamaban: «Kapout», «Kapout» y me arrastraron hac a la casa. Una vez aquí el señor Otto me libró encerrándome en el granero de las simientes...

Alcalde. — Y después del tiro... ¿no ha visto a nadie en los alrededores? ¿No había nadie en el bosque... no ha oído ni notado nada?

Klaus.— Usted sabe, señor Alcalde, que hay un seto alto y espeso en torno del vivero y que dentro no se ve nada de lo que pasa en el bosque.

Alcalde. — Y entre nuestros trabajadores... ¿No sospecha usted de nadie? ¿No sabe usted de alguno que esté exaltado o que haya proferido frases de amenaza que puedan darnos un indicio?...

Klaus. — Los jóvenes marcharon, señor Alcalde, las cabezas exaltadas fueron a reunirse al ejército... No quedamos más que los viejos que sabemos que nada se puede contra la voluntad de Dios y que la violencia sólo acarrea desgracias...

Alcalde. — Y en el país... en el pueblo... ¿no conoce usted alguna mala cabeza capaz de haber dado el golpe?

Klaus. — Eso es más difícil... Pero después de la marcha de la gente joven he pensado mucho en eso... y ¡la verdad! no he encontrado quién...

Alcalde. — Usted es creyente y muy piadoso, mi buen Klaus... no seré yo quien se lo reproche... ¿Me jura usted que cuanto ha dicho es la verdad exacta y que nada me oculta?

Klaus. — Se lo juro por mi salud eterna, señor alcalde.

Alcalde. — Le creo, amigo Klaus, y no tenía usted necesidad de ese juramento... Pero todo esto es muy importante para mí... porque mi vida depende...

Klaus. — ¿Su vida?... Como es eso, señor Alcalde...

Alcalde. — Sí... sepa usted que si yo declaro que usted es inocente y no encuentro al verdadero culpable... seré yo fusilado en su lugar.

Klaus.— ¿Usted, señor Alcalde?... ¿Por qué? ¡Usted no ha hecho nada! ¡Eso no es posible y jamás se ha visto!

Alcalde. — Pues, así es, mi pobre Klaus. Lo que han hecho en Aerschot y en otras partes lo harán aquí. Otto acaba de decirme que nadie podrá impedirlo.

Klaus. — No es posible... Sería demasiado injusto. Se encontrará al verdadero culpable o bien cuando lo sepa sentirá verguenza y remordimiento y vendrá a denunciarse... Además, usted puede huir... Otto le ayudará... Sucederá algo... pues estoy seguro que Dios no consentirá...

Alcalde. — Dios permite otras cosas... hoy lo permite todo... No ocurrirá otra cosa que mi muerte y nos podremos estimar dichosos si no sucede nada peor... Usted sabe como [illegible] la huída es imposible... Otto podría [illegible] er la mía; pero entonces sería fusilado en mi lugar y eso no sería justo... Pero todo no está perdido... Otto en estos instantes realiza una información entre sus hombres, y acaso dé resultado... Usted, por su parte, va a reunir a los obreros y les hablará... Usted tiene sobre ellos gran influencia. Expóngales claramente la situación y si alguno conoce el culpable arréglense ustedes. Yo no pido que le denuncien y le entreguen... No quiero mezclarme en ello... A ustedes les toca decidir...

Klaus. — Les hablaré, señor Alcalde, y le aseguro que si el culpable se encuentra entre ellos, cumplirá su deber...

Alcalde. — Reunalos en el invernadero de las palmeras con el pretexto de un trabajo urgente para reparar los destrozos de la pasada noche... Pediré a Otto que le deje a usted circular libremente... Aquí llega precisamente... (*Entra Otto.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS. OTTO

Alcalde. — Otto, he interrogado a Klaus y como tenía la certeza, es tan inocente como yo. No ha podido darme ningún indicio. ¿Podrías dejarle en libertad para que haga entre sus jardineros y empleados la información que acaso conduzca al descubrimiento del culpable?

Otto. — Desde luego, tengo confianza en el. Sígame, Klaus, que voy a dar las órdenes. (*Sale con Klaus.*)

ESCENA V

EL ALCALDE. DESPUÉS OTTO

(*Queda solo el Alcalde, mira su reloj y el de mesa o de pared.*)

Alcalde. — Las tres... No hay mucho tiempo que perder... (*entra Otto.*) Y bien... ¿qué hay por tu parte?...

Otto. — Tengo menos inquietud, pero todo dependerá de usted... La autopsia sumariamente hecha por el doctor Van Cassel ha demostrado que la bala entró por la nuca, atravesó el cerebro y salió por la frente. No se ha encontrado; pero parece que tiene el calibre de un arma de guerra...

Alcalde. — Ya es algo, porque eso prueba que no se trata de una escopeta de caza...

Otto. — Sí; pero puede ser una bala de revólver. De cualquier modo me parece imposible demostrar que uno de nuestros hombres haya cometido el crimen. En el momento de sonar el tiro teníamos aquí 150 hombres de línea y una docena de hulanos. Los soldados formaron sus pabellones en la plaza y no se han movido. Los hulanos, excepto dos o tres que hacían guardia delante de la casa, cuidaban sus caballos en la cuadra de la posada de El Unicornio. Sólo tengo dudas de seis soldados provistos de sus armas que fueron colocados de observación en las afueras. Sería preciso que alguno de ellos destacándose de sus compañeros, se hubiese asomado al jardín y al bosque... Es posible; pero no le denunciarán sus camaradas ya que todos tenían quejas del teniente. He examinado, por mí mismo, las armas de esos soldados y creo que no han hecho uso de ellas; los cañones, en efecto, están brillantes y engrasados como si saliesen del taller de un armero.

Alcalde. — Es muy fácil pasar la baqueta por el cañón de un fusil.

Otto. — Evidente; pero si no llevamos al comandante una prueba material e irrecusable, no admitirá nunca el supuesto de la culpabilidad de uno de sus soldados. Cuando le hablé de mis sospechas creí que iba a estrangularme; se puso a aullar que yo era un renegado y que me proponía deshonrar a un compañero y a todo el ejército alemán del cual no era digno de formar parte... Tuve que batirme en retirada y declarar que mis sospechas no tenían fundamento para no perdernos todos...

Alcalde. — Así es que nada puede esperarse por esa parte...

Otto. — Lo temo...

Alcalde. — Otra puerta que se cierra... ¿Y has vuelto a ver al comandante?

Otto. — Lo he vuelto a ver y traigo una impresión más favorable... pero una vez más... Todo dependerá de usted... ¡Ah! ante todo, aquí tengo una proclama que me ha dado para que usted la firme... Está impresa y pronto será fijada en las esquinas.

Alcalde. — Veamos ese manifiesto...

Otto. — Helo aquí. (*Leyendo.*) «Habiéndose cometido un incalificable atentado en la persona de uno de los jefes del ejército alemán, si el culpable no ha sido entregado hasta las siete de esta tarde, será fusilado a dicha hora, como responsable, el Alcalde de Stilmonde.

En el caso de un nuevo atentado, el pueblo será entregado al saqueo y al incendio y pasados por las armas la décima parte de sus habitantes varones.»

Alcalde. — ¿Y quiere que yo firme?...

Otto. — Es preciso... Por otra parte, tiene ya descontada la firma de usted, puesto que su nombre figura al pie de la hoja.

Alcalde. — Entonces no valía la pena de pedírmela...

Otto. — Es más correcto... más regular...

Alcalde. — ¿Y si me niego?...

Otto. — No ganará usted nada. Se pasaría sin su firma y no se lo perdonaría.

Alcalde. — ¿Qué puede hacer más que fusilarme?

Otto. — No es usted el único a quien puede fusilar...

Alcalde. — Es cierto... Después de todo no es más que mi propia condenación la que firmo... (*Firma.*) Ya está hecho... pero podía mejorarse algo la sintaxis...

Otto. — Guárdese usted de hacerlo... Cree que es irreprochable.

Alcalde. — Mi buen Otto... Creo que no me quede más que hacer mi testamento. Es decir, lo tengo hecho, pero quiero retocarlo...

Otto. — No diga usted eso; no pierda el valor... Hay aún muchos resortes que tocar.

Alcalde. — ¿Sí?... Yo no veo ninguno...

Otto. — En primer término éste: el comandante se halla tan convencido de que Klaus disparó el tiro, que es capaz de fusilarlo al mismo tiempo que a usted si usted se obstina en proclamar su inocencia. Piensa que usted quiere a toda costa sustraerlo al castigo que merece. En el fondo, y bien lo he observado, no tiene el menor afán de fusilar a usted, contra quien no guarda resentimiento de ninguna clase.

Alcalde (*con ironía.*) — Ya veo que es muy bueno...

Otto. — El quiere un escarmiento; en este punto es irreductible, lo cual es explicable... He comprendido que no exigirá a usted que afirme la culpabilidad de Klaus. Le bastará con que usted permanezca tranquilo, con que no dé escándalo, ni proclame su inocencia... Así usted no tiene más que ignorar lo que ocurra...

Alcalde. — ¡Ah! ¿Y tú lo harías en mi lugar?

Otto. — No dudaría un instante... Después de todo puesto que hay aquí dos inocentes y usted lo es más incontestablemente... ¿por qué ha de ser usted el sacrificado? Estamos en guerra y hay suertes y desventuras que salen de la vida ordinaria. Los que caen bajo la desgracia tienen que resignarse...; los demás no son responsables de una injusticia en la cual no tomaron parte, a la cual son tan extraños como a la injusticia de un puente que se hunde o de una torre que se desploma.

Alcalde. — Todo eso es muy sutil para mí. No veo ni comprendo más que una cosa; Klaus es inocente. Si no lo afirmo a gritos, por voluntad del comandante, mi silencio equivale a una acusación formal y por salvar mi vida, empujo con mis propias manos a quien sé que es inocente delante del piquete de ejecución. ¿Tiene este acto un nombre en alemán?...

Otto. — No quiere usted comprenderme. Aceptado su punto de vista: de todos modos ha de cometerse una injusticia. Se trata, pues, de saber quién ha de ser la víctima... ¡si usted o si Klaus!... ¿Por qué ha de ser usted quien debe morir?...

Alcalde. — ¿Y por qué ha de ser él y no yo quien perezca?

Otto. — Porque ha sido designado por la suerte, por el azar, por la fatalidad, por el destino... como usted quiera llamarlo... Usted no es culpable, de modo que no hay razón para gritar como Nisos: «¡Yo, soy yo quien lo ha hecho... dejadme morir en su puesto!» Eso pertenece a lo sublime en el teatro y al heroísmo intempestivo que no tiene que intervenir aquí para nada...

Alcalde. — En efecto; si yo fuese a decir al comandante, para salvar a Klaus: «No busque usted más... yo he matado al teniente» haría heroísmo imtempestivo como tú le llamas y ese heroísmo no está a mi alcance. No tengo nada de héroe... no soy más que un hombre honrado como los demás del pueblo. Como ellos, tengo miedo a la muerte y me aferro a la vida quizá más que ellos porque mi existencia fué hasta hoy más dichosa de lo que yo merecía. Quisiera acabarla tan tranquilamente como es posible... pero también es necesario acabarla digna y decentemente... Me quieres convencer diciéndome que Klaus ha sido designado por la suerte... ¡También yo he sido marcado por el destino!... Si una desgraciada casualidad ha hecho que se encontrase en el lugar del crimen, también una fatalidad no menos desdichada ha querido que yo me encuentre a la cabeza de este pueblo en los momentos de una responsabilidad y de un peligro terrible. Nuestra situación, con respecto a la mala suerte y a la excusa que buscas en el destino, es absolutamente idéntica... Si Klaus tuviera el poder que yo tengo en mis manos, si mi vida o mi muerte dependiese de su solo testimonio y si, sabiendo que era inocente me declarase culpable, tú lo considerarías como un monstruo, como un miserable, como el último de los cobardes... Pues bien, no haría sino lo que tú quieres que yo haga... Los dos estamos marcados por la misma fatalidad y nuestras esperanzas son las mismas. Pero tú quieres incitarme a trampear, a aprovecharme de injustas ventajas en perjuicio de un pobre hombre indefenso que tiene en mí toda su confianza. Bien desearía dejarme convencer por lo que me dices, pero no es posible y lo que me extraña es que tú no lo comprendas...

Otto.— Bueno... no discutamos, ya que usted no quiere hacerme caso. Admitamos que la situación sea parecida... pero, puesto que es necesario elegir entre dos existencias, pongamos en la balanza la de usted, útil y preciosa para los demás y la de un pobre diablo, sin padres, sin hijos, sin madre en el mundo que lo llore, que no puede prestar ningún servicio y que muy pronto será una carga para todos.

Alcalde. — La vida de mi pobre Klaus vale lo que la mía; aunque no fuera tan bueno, tan santo como es, aunque se tratase del último de los miserables, mi respuesta sería igual. No es cuestión de estimar el valor y la utilidad de una vida; se trata de saber si yo quiero o no deshonrar la mía.

Otto.— No reconozco en usted al hombre prudente y de buen sentido que me hizo el honor de darme su hija...

Alcalde. — Tampoco reconozco yo al hombre a quien se la dí...

Otto.— Seré más justo y más razonable que usted y no renunciaré a la esperanza de salvarlo... aún contra su voluntad. Tiene usted tiempo de reflexionar... quedan tres horas y obtendré que se le deje la elección hasta el último momento.

Alcalde. — Mi elección está hecha... Cuanto más reflexione, más me convenceré de que un hombre honrado no puede obrar de otro modo. (*Entra Klaus.*) Pero aquí llega

Klaus. Acaso traiga novedades que hagan inútil una discusión que a nada puede conducirnos... Y bien... ¿qué hay de nuevo, amigo Klaus?

ESCENA VI

LOS MISMOS. KLAUS

KLAUS. — A eso voy, señor Alcalde. He reunido a los jardineros en el invernadero de las palmeras. Todos estaban presentes, menos el anciano Decester, que se encuentra enfermo, y los jóvenes que marcharon hace quince días. Les conté lo que pasa y lo que iba a pasar... Me comprendieron... ¡están indignados y he visto bien que no sabían nada, que nada podían hacer... También sé que si el culpable se hubiera encontrado entre ellos, no habría sido necesario denunciarle y entregarle... Todos tenían lágrimas en los ojos y en los corazones otra cosa que no diré delante del señor Otto...

ALCALDE. — Estaba seguro...

KLAUS. — Y ahora, señor Alcalde, me va usted a permitir decir algo. Lo diré en presencia del señor Otto, para que pueda comunicarlo al comandante.

ALCALDE. — Hable, amigo Klaus...

KLAUS. — Es lo siguiente, señor alcalde... He reflexionado... soy un viejo... a fin de mes cumpliré 63 años... Soy viudo, no tengo hijos...; en cambio tengo alifafes que me dan muy malos ratos... Mi vida, casi acabada, no vale gran cosa, señor alcalde... Así yo me he dicho: «Mi viejo Klaus, ya que has sido sorprendido cerca del teniente muerto, lo mejor, acaso, será que no digas que no eres tú quien lo ha matado...»

OTTO. — ¿Reconoce usted, pues, que lo mató?

KLAUS. — No, señor Otto... No puedo reconocerlo, puesto que no lo he hecho. Pero me callaré cuando se me acuse... O bien pediré al comandante que me fusile en lugar del señor Alcalde... La vida del señor Alcalde es necesaria a todos en el pueblo, sobre todo en este momento... mientras que la mía no sirve para nada...

OTTO. — ¿Ve usted? Es justamente lo que yo decía... No hay que dudarlo... Este valiente hombre ha comprendido mejor que usted su deber y el deber de usted... Permítame que estreche su mano...

KLAUS (*retirando su mano.*) — No, señor Otto... dispénseme... He removido la tierra y mancharía sus guantes blancos...

ALCALDE. — Yo no sólo quiero estrechar su mano, aunque esté cubierta de tierra, sino abrazarle como a un hermano, mi buen Klaus (*se abrazan.*) Y ahora, como si nada se hubiera hablado... Lo que usted quiere hacer es muy hermoso y no me extraña de su parte... pero no es realizable... Ante todo, yo no tengo el derecho de aceptar su sacrificio... Sublime es el ofrecerlo... pero es odioso el aprovecharlo... Luego, aunque yo lo aceptase... a menos que no se declarase usted formalmente culpable, es casi seguro que el comandante no se conformaría... No es la vida de usted lo que necesita; es la mía o la del asesino, para el gran escarmiento que quiere hacer...

KLAUS. — Yo diré todo lo que haga falta para morir en vuestro puesto...

OTTO. — En ese caso aceptará... yo respondo... yo me encargo y usted se salvará.

ALCALDE. — Tú no ves que siempre paramos en lo mismo... que es el entregar a un inocente y que cuanto más tratas de sombrear mi deber, más se ilumina... Y si no consiento que Klaus muera voluntariamente en mi lugar, declarándose inocente, menos lo permitiré reconociéndose culpable, cuando sé que no lo es; eso sería cometer dos cobardías en vez de una...

OTTO. — Venga usted, Klaus... Salvémosle aun contra su voluntad... Vamos a ver al comandante... (*Trata de llevarle.*)

ALCALDE. — ¡Quieto, Klaus! Usted me quiere... acaba usted de darme la prueba más hermosa y más profunda que un hombre puede dar a otro. Voy a pedirle otra más penosa acaso... pero que será la última... Prométame usted que, suceda lo que suceda, no irá a ver al comandante...

KLAUS. — Señor Alcalde... señor Alcalde. Usted sabe mejor que yo lo que hay que hacer (*estalla en sollozos.*) Pero era de corazón... señor alcalde...

ALCALDE. (*abrazándole*) — Adiós, amigo Klaus.

KLAUS. — Adiós, señor Alcalde...

OTTO. — No lo comprendo... Esto es sencillamente la locura del martirio...

ALCALDE. — No, amigo mío. Esto es más sencillo aún... Es la honradez de las gentes de este país... ¿Pero han llamado?... ¡Adelante! (*entra el criado.*) ¿Qué hay?

CRIADO. — El señor comandante le ruega que le acompañe al Ayuntamiento con el teniente Otto...

ALCALDE. — Es cierto... había olvidado la contribución y la multa... La discusión será dura... Cuento contigo, Otto...

OTTO. — Haré lo que pueda, aunque a poco me comprometo... El comandante no tolera que se contraríe su opinión...

ALCALDE. — ¿Qué hora es? Las cuatro dadas... Y yo tan tranquilo ocupándome de estas menudencias, como si fuera solo en el mundo... Ya es tiempo de pensar en los demás...

TELÓN

ACTO TERCERO

(La misma decoración.)

ESCENA I

EL ALCALDE. ISABEL. FLORIS Y EL SECRETARIO

ALCALDE. — Como no ha podido usted asistir a la reunión (*al Secretario*), voy a ponerle al corriente de lo que se ha acordado. Se ha llegado a un arreglo en lo de la contribución de guerra y en la multa por la muerte del teniente. El comandante exigía quinientos mil francos de contribución y dos millones de multa...

FLORIS. — Más de doscientas mil veces lo que valía...

ALCALDE. — Sin duda... He obtenido, no sin esfuerzo, que reduzca el total a un millón, que deberá pagarse mañana antes de mediodía. Tengo en mi caja cincuenta mil francos en dinero que pongo a la disposición del Municipio. El Banco Kunper nos dará doscientos cincuenta mil, y los concejales Bulke y De Ruder cincuenta y setenta y cinco mil, respectivamente, todo lo cual asciende a cerca de medio millón. Del resto se ha encargado el regidor Vermandel, recogiéndole entre los demás concejales y los mayores contribuyentes del pueblo. A usted le toca secundar sus gestiones. Todo está en regla y puedo irme al otro mundo sin grandes preocupaciones... Las condiciones son duras, pero mejores de lo que esperaba, y Stilmonde no sufrirá mucho con la ocupación. Casi es envidiable su suerte si se la compara a la de otras villas. Debe en gran parte este favor a la presencia de Otto... Ha hecho cuanto podía sin comprometerse peligrosamente... Debo reconocerlo y hacerle justicia... Me he despedido de los regidores y de todos mis amigos en el Ayuntamiento... Me han conmovido... No me imaginaba que se me quería tanto... Vermandel daba compasión... No tenía rostro humano...; se agarraba a mi ropa y quería morir en mi puesto... Me ha costado sudores el hacerle comprender que no había llegado su hora y que su sacrificio era imposible y estéril... El cura de San Juan Bautista, que llegó al final, se encaró con el comandante porque no le había tomado como rehén y dijo que era un honor al cual tenía derecho... Estuvo altanero... El comandante le contestó que nada perdía con esperar... Aun quedan hombres buenos en el mundo... (*Mira la hora.*) Son las cinco y media... Tenemos hora y media por delante... Pero usted, amigo mío, no tiene tiempo que perder; vaya a lo que le he dicho... Yo esperaré el regreso de Otto con mis hijos... ¿Y su amigo Gilson, el herido...? Le hemos olvidado...

SECRETARIO. — Fermín le instaló en el cuarto del chauffeur. Fuí a verle hace un momento y dormía como un niño sin darse cuenta de nada...

ALCALDE. — Mejor... Se lo recomiendo a usted cuando yo no exista...; pudiera cometer alguna imprudencia...

SECRETARIO. — Pierda usted cuidado... Hasta la vista, señor Alcalde...

ALCALDE. — Hasta luego... Acaso nos veamos aún... (*Le estrecha la mano.*) (*Sale el Secretario.*) Otto ha ido a quemar el último cartucho cerca del comandante... No espero gran cosa... Me parece que no hay remedio y quiero hacer a ustedes algunas recomendaciones...

(*Isabel y Floris se arrojan en los brazos de su padre.*)

ISABEL. — ¡Padre mío!

FLORIS. — ¡Papá!

ALCALDE (*acariciándolos tiernamente.*) — No llorar, hijos míos... Ahora hay que preverlo todo... Mi testamento está depositado en la oficina del notario Overloop. He tomado ciertas precauciones contra Otto... porque al fin no es de la familia... En la caja, además de los cincuenta mil francos para el pago de la multa, hay diez mil para ustedes... Toma la llave, Isabel, y no hables a Otto de ese dinero... Tu situación será muy difícil después de la guerra. Nuestra raza es tenaz de memoria y el odio imposibilitará a Otto vivir aquí...

FLORIS. — ¡No faltaría más!

ALCALDE. — Calla, Floris... Ten piedad de tu hermana... Suceda lo que quiera, no olvides nunca que es tu hermana... Pero aquí llega Otto... vamos a saber a que atenernos.

(*Entra Otto.*)

ESCENA II

LOS MISMOS. OTTO

ISABEL (*lanzándose a su encuentro.*) — Y bien... ¿qué has obtenido?... ¡Habla!

OTTO. — ¡Nada!... He rogado, suplicado, me he arrastrado a sus pies... He dicho y hecho lo que ningún oficial de mi país hubiera hecho en mi lugar. ¡Nada! ¡Nada! Ha terminado por imponerme silencio con un tono que hacía imposible toda insistencia...

ISABEL. — Pues hay que empezar de nuevo... Tú renuncias muy pronto, y así no se obtiene lo que se quiere... ¡Si me hubieras consentido ir, como te supliqué, sé bien que hubiera concluído por ceder!... Después de todo es un hombre. ¡Vamos!... Iré contigo... ¡Y si tú no quieres, iré yo sola!...

OTTO. — Es inútil... No nos recibirá.

ISABEL. — ¿Le has dicho lo que debías decirle? Tú tienes influencia en tu país... tu familia es rica... poderosa... Hay que asustarlo... amenazarlo...

OTTO. — ¡Amenazarlo!... No te das cuenta... No sabes lo que es eso... He comprendido que su paciencia se agotaba... Y aun no lo he dicho todo... ¡Hay algo peor!...

ISABEL. — ¿Peor? ¿Peor que qué? ¿Puede haber algo peor que la muerte?...

OTTO. — Sí... él lo ha encontrado... Y acaso no es culpa suya... Es, como todos... esclavo de la disciplina... Me estima menos quizás que al muerto porque yo no soy de su casta... pero no creo que me quiera mal... Se ha mostrado siempre un poco alejado... pero muy justo conmigo... No es malo... es uno de nuestros jefes más humanos... ¡pero lo que quiere que haga es espantoso!

ISABEL. — ¡Dí lo que sea! ¿Qué más podemos temer habiendo llegado al fondo de la desgracia y del dolor? ¿Va a restablecer la tortura? ¿Quiere más víctimas? ¡No hay vida más preciosa que la de mi padre! ¿Exige la nuestra? Pues es lo que anhelo... Muramos todos juntos... que después de lo que pasa es hasta odioso el vivir...

OTTO. — No; no pide más víctimas... pero ordena... No... no puedo... no puedo decirlo delante de ti.

ISABEL. — ¿Pero qué es?... Me causas horror... Si pierdo a mi padre lo pierdo todo... ¡Puedes hablar delante de mí!

ALCALDE. — Nada es más cruel que jugar así con su angustia... Mira en que estado la pones... Puesto que has empezado, llega hasta el fin... No imagino nada más malo de lo que nos sucede...

OTTO. — Tiene usted razón... Pues bien, exige... ordena que sea yo el que mande el piquete...

ISABEL. — ¿El piquete?... ¿A los soldados que van a matar a mi padre?

OTTO. — ¡Sí!...

FLORIS. — ¡Ah! ¡el canalla!...

ISABEL. — ¡Tú, Otto! ¿Tú? ¡Pero eso no es verdad! ¡Dime que no es verdad... que no es posible... que no se ha atrevido!... ¿Y no has saltado como un tigre... no le has escupido en la cara... no lo has matado a sablazos?... ¿No has encontrado en tu alma un rayo que saliera por tús ojos para carbonizarle?... No lo creo... no lo creo...; en ninguna guerra hay nada parecido... No es posible... no es más que una prueba... Ha querido saber hasta donde podías ir...; pero sabe bien que un hombre... que ningún hombre en el mundo, aunque sea un alemán... puede admitir tal cosa... Pero tú... ¿qué has respondido? Seguro que ya sabe que si la desgracia te hizo nacer en su país... ¡no te pareces a los suyos!

OTTO. — Lo terrible es que está obligado a proceder como lo hace. Soy el único oficial que hay aquí... Así es el reglamento y no puede obrar de otro modo.

ISABEL. — ¿Que no puede hacer otra cosa? Y lo dices así... como si lo aprobaras... Pero tú, tú, ¿qué has dicho?... ¿qué has echo?... ¿qué piensas hacer?

OTTO. — Le he dicho que era imposible...

ISABEL. — ¡Al fin!... ¡al fin! Ya tenemos una frase... La primera digna de nosotros por la cual reconozco al hombre que elegí... ¿Y no habrá insistido... verdad?...

OTTO. — Me ha contestado que me daba de tiempo para reflexionar hasta las siete... Si a esa hora en punto no me encontraba al frente de mis hombres en el lugar de la ejecución, me haría prender, me colocaría junto a tu padre y él ordenaría el fuego al piquete...

ISABEL. — Perfectamente... Y yo iré contigo... ¡seremos tres en vez de dos! Es una solución; de otro modo nuestra vida era imposible...

FLORIS. — Es que yo voy también...

ISABEL. — ¡Y el «hombre no es malo», decías tú!... «Es el más humano de los jefes».

OTTO. — ¡Es la guerra!...

ISABEL. — ¿Y quién la ha desencadenado?

OTTO. — Para nosotros... son ustedes. Y muchos teníamos la muerte en el alma cuando ha sido preciso avanzar contra vuestro pueblo... Pero lo habéis querido. ¡Se ha lucido vuestro rey el día que se interpuso entre el enemigo y un ejército pacífico que quería pasar como amigo...

ALCALDE. — ¡Calla! Nuestro rey ha querido lo que todos queríamos, y si fuera preciso volver a hacerlo, nos encontrarían en el mismo sitio, entre nuestras ruinas... entre nuestros mártires... entre nuestros muertos... prontos a recomenzar...

FLORIS. — ¡Ve a decírselo a tu odioso monarca!...

OTTO (*adoptando una actitud amenazadora.*) — ¡Cuidado!

ALCALDE. — ¡Basta de locuras! ¡Seamos

razonables!... No hay que perder la sangre [illegible] es lógico... Sigue el reglamento... y siempre [illegible] de otra manera... Voy, por última vez, a pre[illegible] no volverá de su acuerdo? El postrer minuto ocasiona grandes cambios y hace reflexionar a los más obstinados...

[illegible] hace diez años — hará cumplir punto por punto lo que ha resuelto.

[illegible] No puede hacer que mande [illegible]

Otto. — No lo hará. En todo cuanto afecta al reglamento, es irreductible... Además... y pensándolo bien... he sido benévolo al juzgar su conducta conmigo... He notado varias veces cierta malquerencia... hasta cierta animosidad contra mí, sin saber a qué atribuirlo... Acaso la riqueza industrial de mi familia ofende su mísero patrimonio... Quizás [illegible] en este caso me considera sospechoso... O bien tiene otros motivos que no quiero decir aquí... Lo cierto es que le complacerá tomarme en falta o cuando menos ponerme a prueba para hacer resaltar con un ejemplo sorprendente la fuerza de la disciplina alemana.

Alcalde. — ¿Y si yo le pidiera el favor de ordenar el fuego?...

Otto. — Ya lo pensé... Pero rehusó terminantemente, diciendo que no se podía conceder ese honor a un rebelde... a un traidor.

[illegible] ¿Un traidor?

Alcalde. — Naturalmente, hijo mío... Llaman traidor a todos los que no traicionan [illegible] de su país.

Otto. — Además, añadió que era contrario a todos los reglamentos... Era inútil insistir...

Alcalde. — Bien... ¿Y tú qué piensas hacer?

[illegible] Lo que decía Isabel...

Alcalde. — ¿Qué quieres tú que haga [illegible]

Isabel. — Que se niegue a obedecer.

Floris. — ¡Qué duda tiene!...

Alcalde. — Y si no obedeces... ¿crees tú, Otto, que la negativa cambiará mi suerte?

Otto. — Por desgracia tengo el convencimiento de que nada variará...

Alcalde. — Por otra parte... negándose a obedecer... ¿has meditado, Isabel, en las [illegible] Será inmediatamente arrestado y fusilado junto a mí... ¿No es eso, Otto?

Otto. — No hay duda posible.

Alcalde. — Es eso lo que tú quieres, Isabel? ¿Que muera al mismo tiempo que yo?

Isabel. — Y al mismo tiempo que yo...

Alcalde. — Pero no es seguro que te permitan morir con nosotros...

Isabel. — Será la primera vez que concedan gracia a una mujer... En todo caso... esa es cuestión mía... Yo sabré lo que hacer.

Alcalde. — ¿Consientes tú, Otto?

Otto. — Yo acepto en lo que me concierne... es decir, que desde luego niego la obediencia. Pero no admito que mi muerte ocasione la de Isabel...

Alcalde. — Así, pues, al ordenarte la rebeldía, Isabel te coloca delante del piquete de ejecución... Tu esposa no tiene ese derecho sino en el caso de que esté absolutamente resuelta a no sobrevivirte. Si no se acom[illegible] a aquel a quien se ama a ella voluntariamente con propósito deliberado, después de haberle prometido igual sacrificio, se comete la más cobarde de las traiciones... Reflexionad ambos... Se trata de contraer ante mí un compromiso solemne e irrevocable...

Isabel. — Todo está reflexionado... yo me comprometo...

Alcalde. — Otto morirá dentro de una hora y tú con él... ¿Es eso lo que quieres?...

Isabel. — Justamente lo que deseo...

Alcalde. — ¿Tú aceptas, Otto?

Otto. — Puesto que Isabel lo quiere... ¡acepto!... (*Un silencio.*)

Alcalde. — Está bien... Sois dignos el uno del otro, y me han probado que me aman más que a la propia vida... Ahora que la demostración está realizada y que vuestro sacrificio se ha cumplido como si la muerte hubiera pasado sobre nosotros... ahora que no hay temor de abdicaciones ni cobardías, podemos hablar libremente... En toda esta pesadilla no hay más que una muerte necesaria e inevitable; la mía. Las otras no dependen de nosotros... lo cual quiere decir que no deben llevarse a efecto... Si yo, hija mía, mi amada Isabel, estuviera tendido en un lecho de agonizante, seguramente no te negarías a escuchar y cumplir mi última voluntad... Estoy de pie... pero tan próximo a mi fin [illegible] (*Suenan las seis.*) ¡Las seis! ¿Oyes? Ya toco la muerte con mi mano... Y en los moribundos la razón suele nublarse... pero yo con[illegible] Por eso la voluntad que voy a expresar, el ruego que voy a hacer, debe seros más sagrado... ¿Me prometes, Isabel, como se ofrece a los que se van a morir, ejecutar lo que voy a [illegible]

Isabel. — Sé lo que vas a exigirme... Yo no puedo prometerte que el hombre con quien estoy unida ante Dios se convierta en tu asesino...

Alcalde. — No juguemos, Isabel, en momento tan grave, con palabras que no significan lo que dicen y que disfrazan odiosamente la verdad... Y la única verdad seria, positiva, nos la acaba de revelar Otto al probarnos que está dispuesto a sacrificar su vida, no sólo por salvar la mía, si fuera posible, sino para evitarte el dolor de verlo convertirse en instrumento accidental, involuntario e irresponsable de mi muerte... A nosotros nos toca mostrarnos dignos de ese sacrificio, no aceptándolo...

Isabel. — Si no lo admitiera no sería digna de ser hija tuya...

Alcalde. — Palabras... palabras que no expresan la verdad. No perdamos tiempo haciendo frases... Los minutos se deslizan y no quiero morir sin haberte convencido... Otto está [illegible] en el engranaje del que no puede desprenderse, y está, por decirlo así, mecánicamente justificado. Es tan irresponsable como los doce fusiles que me enviarán sus balas... Hay que ver las cosas como son, elevándonos sobre frases hechas o impresiones estereotipadas que nos las desfiguran. Si su desobediencia pudiese retardar un día o una hora solamente mi ejecución, comprendería en rigor tu resolución... pero no la aplazará ni tres minutos... Que sea él u otro quien mande el fuego, las balas no dejarán de hacer el mismo estrago...

Isabel. — ¡Oh! ¡basta! ¡basta!

Alcalde. — No: no basta... todavía no me has prometido...

Isabel. — No puedo prometértelo...

Floris. — ¡Isabel!

Isabel. — ¿Qué quieres?

Floris (*arrojándose en los brazos de su hermana.*) — ¡Ay! no lo sé...

Alcalde. — He cumplido con mi deber, y tú, Isabel, lo has aprobado. He hecho el sacrificio de mi vida y lo he hecho con más entereza de lo que esperaba de mi valor. Pero no soy un héroe; soy sólo un mísero mortal sin preparación alguna para realizar lo que hoy tengo que hacer. No se me puede exigir más... Mi fuerza tiene sus límites... No he sufrido y no tengo la costumbre de afrontar la desgracia. Puedo soportar el peso de la mía, pero no la de los seres queridos... Siento que no llegase al fin sin flaquear si he de unir a mi triste suerte la más preciosa de las existencias que creía haber rescatado... No querrás imponerme el único dolor intolerable que aun puede herirme... Compréndelo... Es preciso ayudarme... Y en lugar de eso me afliges más... ¿Quieres que tu padre no pueda alzar su frente ante el enemigo?... No temo mi muerte, pero tengo terror de la tuya... No quebrantes el valor de que tendré necesidad dentro de muy poco... El sacrificio de ustedes sería triplicar mi muerte y mi suplicio, y la energía que he acumulado no me bastaría si les viera caer a mi lado...

Isabel (*se arroja, sollozando, en los brazos de su padre.*) — ¡Padre mío!

Alcalde. — Esperaba esas lágrimas... Ellas me demuestran que la razón te vuelve y que va a ceder el mal impulso...

Isabel. — No puedo... no puedo... ¡no podré jamás!

Alcalde. — Sin embargo... es preciso... El tiempo apremia y estás haciendo más crueles que la muerte, los últimos minutos de mi vida...

Isabel. — Aun no se ha intentado todo... Te queda la huída...

Alcalde. — ¿Huir? ¿A dónde? ¿Por dónde? Todas las salidas están guardadas...

Isabel. — Los que la guardan obedecen a Otto... No tiene más que dar la orden...

Alcalde. — Otto responde de mí... si huyo, ocupará mi puesto al pie del muro...

Isabel. — Puede huir contigo...

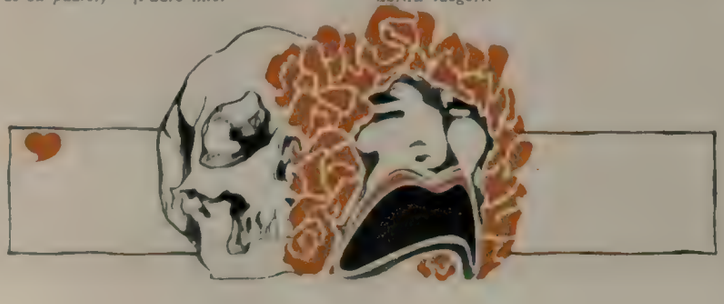
Alcalde. — ¿Para ser detenidos a cien pasos de aquí? Sería el mismo drama sin grandeza ni honor... enlodado por la cobardía... Y si consiguiera librarme, otros muchos pagarían por mí... No: de todas las probabilidades de fortuna, es la que no debe intentarse... Estoy acorralado, fatalmente marcado y moriré... He llegado al fin de mis días... los que merecieron ser vividos ya pasaron... No muero prematuramente... no esperaba ya nada de la existencia... En vez de una muerte lenta, inútil, dolorosa, acaso horrible en un lecho, se me ofrece un fin rápido, honroso, sin torturas morales, sin sufrimientos físicos y que seguramente salvará a mi pueblo... Habría que ser loco, para dudar, para suspirar por el lecho... También he tenido miedo de la muerte... Si me hubieran dicho en otros tiempos que un día tendría que afrontarla como la afronto hoy... me habría aterrado y perdido las ganas de vivir... Y ahora... apenas si me inquieta. Necesito pensar, reconcentrarme, esforzarme, para darme cuenta que es algo grave e imprevisto. De lejos se diría «una montaña de horror que oculta el horizonte». A medida que se aproxima, todo se hunde... todo se allana... y de cerca, no es nada...

Isabel. — Pues bien, si no es nada, déjanos morir contigo...

Alcalde. — Para mí no es nada, porque toco a mi fin... y sobre todo porque es necesario... Para ustedes lo es todo... porque es inútil y comenzáis a vivir...

Isabel. — ¡Qué comienzo! ¡Ah! ¡será hermosa la vida que hoy empiezal...

Alcalde. — Será lo que hagas de ella... Pero basta ya... He suplicado y razonado... Los minutos se precipitan y pierdo los últimos en luchar contra ti en vez de tenerte en mis brazos... ¿Quieres o no hacer lo que te pido? Apelo a Otto: su silencio me prueba que comprende. Ve las cosas como tú las verás más tarde, como las veo yo y como es preciso verlas... Algún día me agradecerás no haberte escuchado... Hay que acabar y tomar precauciones para defenderte contra ti misma y contra las locuras de los últimos momentos... Voy a encerrarte en esa habitación que no tiene más salida que esta puerta. Daré la llave a Otto que te abrirá luego...



Isabel. — ¿Encerrarme? ¿Mientras que?... ¡No quiero!... ¡no quiero!

Alcalde. — No creo que nos obligues a Otto y a mí a llevarte a la fuerza a luchar contigo... ¡Sería espantoso!... ¿No me ves? ¿No te haces cargo de que estoy agotando mis fuerzas ¡las últimas! y que muero diez veces por culpa tuya? No puedo ni sostenerme en pie... ¡es demasiado!... ¿No lo comprendes?...

Isabel (*cayendo sollozando, en brazos de su padre.*) — Tampoco yo puedo más... Haz lo que quieras... Te lo prometo todo...

Alcalde. — ¡Por fin! Ahora te reconozco. Déjame abrazarte larga... muy largamente... sin angustias... Viviréis y con esto me parece que se me indulta... Pero no olvidar que es a un moribundo a quien hacéis esta promesa. No te pido no olvidar, puesto que no depende de ti, ni perdonar a Otto que no tiene nada de que ser perdonado... Lo que te ruego es que no lo separes jamás de tus brazos... ¿Me lo ofreces?...

Isabel (*débilmente.*) — Sí.

Alcalde. — Ven y abraza a Otto...

Isabel (*estremeciéndose.*) — No, no; ahora no...

Alcalde. — Es más desgraciado que nosotros... Soporta el peso de la terrible prueba y yo creo que en su lugar no tendría esa fuerza... Hay que compadecerlo... Tú volverás, poco a poco, a amarle, como antes de este día... Pronto serás, sin duda, madre... Hay que evitar que el niño que va a nacer sea la última y la más lamentable víctima de este drama... Ya sé que en los primeros tiempos la vida será triste y difícil. Esperad con paciencia... ¡Escuchad a la vida! Siempre tiene razón. Está llena de indulgencia y de buena voluntad y olvida pronto lo que es preciso que se olvide... (*Dan las siete.*) ¡Las siete!... Llaman... Es la hora... Vienen a buscarnos. Abrázame por última vez... Floris, ven a mis brazos... Ya eres un hombre... Te confío a tu hermana... Siempre nos hemos amado... Vamos, Otto, y ¡valor!... que no esperen. (*Va hacia la puerta.*)

Isabel (*se agarra a su ropa.*) — ¡No!... todavía no... ¡No quiero! ¡Dejadme ir!...

Alcalde (*desprendiéndose.*) — Ni una palabra... ni un grito... No podría soportarlo... (*La rechaza.*) Floris, sostén a tu hermana... (*Sale con Otto y cierran la puerta, por fuera, con llave. Un silencio... Isabel está medio tendida en el suelo, sostenida por Floris. Solloza.*)

Floris (*acariciándola.*) — No llores, hermanita... no llores... Ya vendrá la revancha... ya vendrá... ya vendrá...

Isabel (*se levanta, mira en torno y de pronto corre hacia la puerta.*) — ¡No! ¡no! ¡Qué horror! ¡No quiero!

Floris (*alcanzándola.*) — ¿Qué haces? ¿Qué quieres?

Isabel. — Quiero gritar, llorar... arrojarme a sus pies... matarme ante él. No sé... no sé... Aun no se ha intentado todo... (*Empuja la puerta.*) ¡La han cerrado con llave!... (*Corre al balcón, abre, mira la altura instintivamente, retrocede. Floris, que la ha seguido, la toma en sus brazos y la lleva al centro de la escena.*)

Floris. — ¿Ves? Es muy alto...

Isabel (*vuelve a la puerta que sacude con violencia.*) — ¡No se puede!... ¡no se puede!... Y sin embargo... si yo estuviera allí... ¡Quien sabe! Hay que esperar... hasta el último segundo... ¡Es preciso! (*Empujando.*) ¡Es preciso!... (*Se oye una descarga. Retrocede horrorizada.*) Hecho... está hecho... está hecho... ¡Lo han matado!... ¡Lo mejor que había en el mundo!... ¡Ya no le veré más! ¡Ya no le veré más!... (*Camina vacilante, sostenida por Floris, hasta un sillón donde queda anonadada, con los ojos fijos, sin llorar... Floris le echa sus brazos, junta su cara a la de su hermana y maquinalmente la mece como a una niña, repitiendo:* «¡Hermanita!... ¡hermanita!... ¡hermanita!» *Un silencio. La puerta se abre y en el dintel aparecen el comandante y Otto.*)

Comandante (*creyéndose muy correcto* — ¡Señora! Presento a usted mis excusas... Era necesario... Tal es la guerra... ¡Ha muerto como un héroe!...

Isabel (*a Otto.*) — ¿Eres tú quien ha mandado el piquete?...

Otto. — Sí...

Isabel (*levantándose súbitamente y rígida.*) — ¡Vete!

Otto. — ¡Isabel!... (*aproximándose.*)

Isabel (*retrocediendo.*) — ¡No te acerques! ¡No me toques! ¡Vete! ¡No me toques! ¡Se acabó! ¡Para siempre!...

Floris. — ¡Tiene razón! ¡Tiene razón!

Otto. — ¡Isabel!... No comprendo...

Isabel. — ¿No comprende? ¿No comprende nada?... ¿No ha comprendido nada? Pues bien, ¡yo he comprendido al fin! ¡Vete! ¡Todo es inútil!... Vete, te digo...

Floris. — ¡Abrázame! ¡Déjame que yo te abrace!... Somos dos... somos dos...

Comandante (*a Otto.*) — Dejémosles... Tengo necesidad de usted. Parece que atacan del Oeste de Winkel. Usted ha cumplido con su deber.. Aquí no nos comprenden... Poco más o menos son todos locos en este país...

FINAL

LA MAS BELLA PRIMAVERA

es la primavera de la vida femenina, y no hay mujer que no se esfuerce en conservarla el mayor tiempo posible.

La base, sin embargo, de la prolongación de la vida y de la juventud, se halla en saber conservar el cuerpo saludable, haciendo que los nervios estén sanos y que la sangre esté libre de impurezas.

Ahora es, pues, el momento indicado para empezar con asiduidad el tratamiento por la

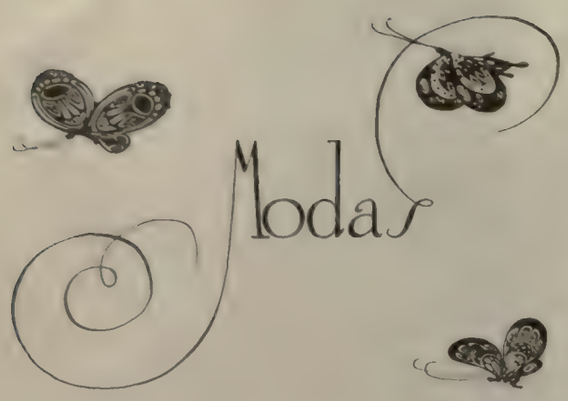
IPERBIOTINA MALESCI

pues en esta época del año se purifica y renueva la sangre con mayor facilidad que en otras. Téngase presente que la Iperbiotina Malesci es, de todos los depurativos, el que tiene sabor más agradable, el que no descompone el estómago y, finalmente, el que NO CONTIENE MATERIAS MINERALES de ninguna especie.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci-Firenze Italia. — Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario-Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO, Viamonte, 871 - Buenos Aires



VESTIDO DE BAILE, EN LIBERTY ROSA, ADORNADO EL BORDE DE LA POLLERA Y CAÍDAS A LOS LADOS DE CORAL, MODELO DE JENNY.

VESTIDO DE BAILE, EN [illegible] SATÍN BEIGE, TÚNICA DE TUL DEL MISMO TONO BORDADA, [illegible] DE TUL NEGRO MODELO DE DRECOLL.

VESTIDO DE BAILE, EN LIBERTY NEGRO CON TÚNICA Y BLUSA BORDADA EN PALLETI, MODELO DE JENNY.

MAPLE

MUEBLES Y
DECORACIONES

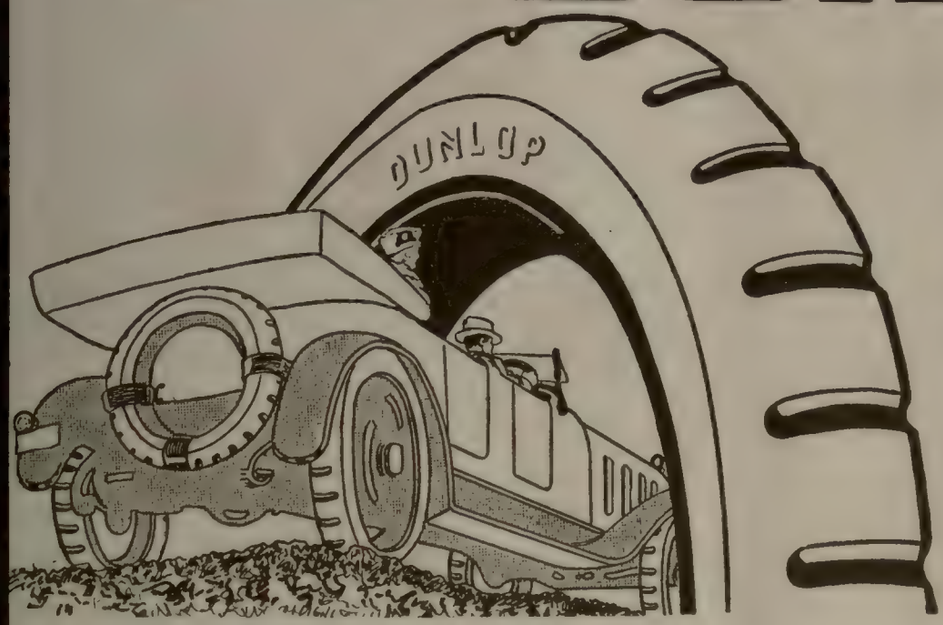
CORTINAS Y
ALFOMBRAS

658, SUIPACHA

PNEUMATICOS

LA DURACIÓN
DEPENDE DE
LA CALIDAD

DUNLOP



LOS PNEUMÁTICOS
DUNLOP
SON LOS QUE MAS
DURAN

1299, VIAMONTE, 1299 - Unión Telef., 6301, Juncal

EL ARTE EN EL HOGAR

Los vocabularios de las lenguas neolatinas otorgan género masculino o ambiguo a la palabra «arte» y femenino a la locución «bellas artes». Sobre tal diferencia, inexplicable a primera vista, puede hacerse un madrigal pedantesco, que consiste en decir que la mujer es la génesis de todas las artes bellas y del arte masculino.

En efecto: el hombre, ser inclinado desmedidamente a la pereza, no intentaría ningún trabajo artístico si la mujer, criatura innatamente curiosa, no le incitase a la labor. Hay proverbios, composiciones poéticas y largas tiradas de prosa que atestiguan la influencia decisiva del eterno femenino sobre el variable masculino. «Si tu mujer te pide que te tires por un tajo, pídele a Dios que sea bajo», dice un refrán. Bécquer contesta a la interrogación de una incógnita amada con una rima que concluye así:

«Poesía. ¿Y tú me lo ¡preguntas?
Poesía eres tú.»

Efectivamente: la mujer es poesía, música, danza, pintura, escultura, etc. Si ella se lo propone, el novio y el esposo abandonarán las delicias del «dolce far niente» para hacer algo que le valga la aprobación de la prometida o de la cónyuge.

El lector que compare todo lo dicho anteriormente con los fotograbados de esta página, tal vez no acierte la razón de tanta palabrería.

Justo es poner en claro nuestro propósito. Queremos decir que las Bellas Artes preceden al Arte. Porque toda manifestación artística obra de varón tuvo y tiene por modelo una iniciativa femenina.

Más claro: la mujer es la inventora de lo lindo y de lo superfluo. Ella durante los tiempos prehistóricos fué, sin duda, quien mientras esperaba el retorno del esposo se entretuvo en amasar pedazos de arcilla, dándoles apariencias de monigotes o de alhajas esbozadas; ella fué quien arrancó sonidos a la hueca caña que le servía para alimentar el fuego; ella fué quien con el jugo de las moras se tiñó el rostro; ella... pero, ¿para qué seguir? La maternidad de las artes pertenece por derecho propio a la criatura humana apta para la maternidad.

No en balde, los griegos inventaron las Musas.

Lo que sucede es que el hombre a fuerza de trabajar por encargo y mandato de la mujer, llegó a creerse único autor del Arte, y por tan egoísta y vanidoso motivo, da género ambiguo a la palabra Arte y crea un dios: Apolo. Las sufragistas y los hombres juiciosos desmienten esa teoría orgullosa.

Todavía resulta necesario fundamentar con nuevos argumentos la teoría que estamos desarrollando, pues habrá lectores que no la crean muy ajustada a los sanos principios de la razón. Y la defensa de estas afirmaciones la haremos exponiendo varias observaciones que el lector podrá comprobar en la vida real y cotidiana.

Penetremos en una casa regularmente modesta, en uno de esos hogares que no se compran hechos en las tiendas. Fíjate, lector: si allí hay algo de arte o de artes, ¿a quién pertenece? ¿Qué manos bordaron un perrito de lanas en ese canevás? ¿Colocó el hombre las plantas que en medio de la mesa del comedor impiden tan gentilmente que el comensal vea las horribles muecas de la masticación de los otros comensales? Los visillos, las cretonas que tapan baúles viejos, y otras cien muestras de prolijidad, ¿son obra del padre, del hermano, y del esposo?

Una tendencia muy femenil y muy simpática, es la de adornarlo todo. De ese amor a la belleza menuda nacen las Artes y el Arte. Hay quien llama «chucherías» a esos productos del arte casero.

Indudablemente, pocas de esas obras resisten a la crítica. La mayoría de las veces, puede decirse y sostenerse que el arte decorativo femenino sirve sólo para construir nidales de polvo.

Así hemos visto los floreros soportando ramos hechos con desperdicios de virutas, los monos de peluche, los cuadros pintados con recortes de papel polícromo, los collares de ídem, etc.

Pero es justo confesar que de cuando en cuando la mujer acierta, y que cuando falla inspira al hombre deseos de perfeccionar lo inventado por ella.

Y entre las conquistas femeninas, merece puesto de honor esta de adornar bellamente los tiestos o macetas.

Ilustramos aquí una de las ricas sedas provenientes de los antiguos templos del Japón y de la China y que, constituyendo una hermosa colección, se exhiben en nuestros salones.

Thompson Mustley Ltda.

Florida 833 Buenos Aires

Buenos Aires, septiembre de 1918.

Talleres gráficos de Caras y Caretas

Plus Ultra

DE LA EXPOSICION DE PINTURA ESPAÑOLA ORGANIZADA POR D. JOSÉ PINELO.

MOLINEROS DE VOLENDAM (HOLANDA)

ÓLEO DE RAMÓN DE ZUBIAURRE.

43

EL MAYOR ÁRBOL DEL MUNDO

ESTE ÁRBOL ES UN CIPRÉS QUE MIDE 47 METROS DE CIRCUNFERENCIA. SE ALCANZARÁ UNA VIVIENTE IDEA DE SU RESPETABILIDAD, CON SABER QUE SON NECESARIOS PARA CEÑIRLO TREINTA HOMBRES CON LOS BRAZOS EXTENDIDOS. HÁLLASE EN TULE, ESTADO DE OAXACA, MÉJICO.

MAPLE

HERMOSA REPRODUCCIÓN DE UNA CAMA ANTIGUA EN EXPOSICIÓN EN NUESTRAS GALERÍAS.

MUEBLES Y DECORACIONES EN LOS ESTILOS CLÁSICOS

658, SUIPACHA

EL GRAN BUDA DE PEGÚ

EL CASUAL DESCUBRIMIENTO DE ESTA ENORME ESTATUA ES UNA DE LAS GRANDES NOVELAS DE ORIENTE. LA IMAGEN SE HALLA ACTUALMENTE PROTEGIDA POR UN INMENSO TECHADO DE HIERRO. MIDE 55 METROS DE LONGITUD Y 14 Y MEDIO DE ALTURA.

Mírese en el espejo

Si su cutis refleja imperfecciones puede fácilmente corregirlas, empleando algunos remedios, caseros y sencillos.

Charlotte Rouner.

UN SECRETO CONTRA LOS BARRILLOS

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro, son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado, se baña el rostro con el agua «estimolizada» y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

UN PROCEDIMIENTO SIN IGUAL PARA CONSERVAR LA BELLEZA

Como que he sido siempre muy interesada en todos los estudios científicos relacionados con la conservación de la belleza natural del cutis, me ha impresionado vivamente la popularidad siempre creciente del nuevo y sencillo procedimiento de «absorción».

Miles de mujeres emplean privadamente este procedimiento en sus hogares. Se basan sobre razonada teoría que me parece de buen criterio, es decir, que el cutis viejo y descolorido, debe ser extirpado, máxime cuando la acción de los años, el uso de jabones cáusticos, cosméticos, etc., ha determinado manchas y arrugas en aquél. Dicha epidermis de mal aspecto, sólo sirve para ocultar la hermosa, vigorosa y fresca piel nueva que hay debajo y que espera ser relevada para exhibir su hermosura y lozanía.

Con este objeto las mujeres aplican únicamente un poco de cera mercolizada, tal como puede obtenerse en cualquier farmacia importante, extendiéndola a modo de cold cream sobre el cutis. Tal procedimiento observado por espacio de algunas noches, determina la absorción completa de la epidermis muerta y vieja. Cera mercolizada de buena calidad no es una substancia desagradable y los resultados inmediatos de este sencillo e ingenioso sistema, son realmente sorprendentes.

Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax», impresa en azul.

CABELLERAS ONDULADAS

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

PARA EVITAR EL VELLO

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo, es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

SE ACABARON LAS CANAS

No es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de «bay rhum» o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

El verdadero Té de la China

JOH

TE
ELEFANTE

SE ENCUENTRA EN TODOS LOS BUENOS ALMACENES

Casa Importadora: JUAN O. HALL

CHARCAS, 1947. BUENOS AIRES

TROGLODITAS AMERICANOS

LOS HABITANTES PREHISTÓRICOS DE NUEVO MÉJICO HAN DEJADO INNUMERABLES HUELLAS DE SU EXISTENCIA. ENTRE ESTOS VESTIGIOS, MERECEN PARTICULAR ATENCIÓN LAS RUINAS DE IYUANYI, SITUADAS EN RITO DE LOS FRIJOLES, VULGARMENTE CONOCIDAS CON EL NOMBRE DE «LA CASA DEL SOL». ÚLTIMAMENTE, LOS ARQUEÓLOGOS NORTEAMERICANOS ESTÁN DANDO EXTRAORDINARIO IMPULSO A LAS OBRAS DE DESCUBRIMIENTO Y RESTAURACIÓN DE LAS VIVIENDAS QUE OCUPARON LOS TROGLODITAS. EN ALGUNAS DE LAS CASAS, HAY MILES DE HABITACIONES CONSTRUÍDAS CON GRAN SOLIDEZ. LAS CUEVAS ERAN INACCESIBLES PARA EL ENEMIGO.

AERTEX

CELULAR

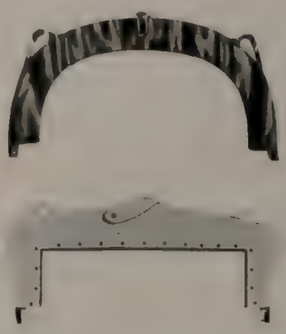
EL TEJIDO QUE DESAFIA AL CALOR Y AL FRIO

Por intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es éste: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES CASAS DEL RAMO.

CASA BISH

ESMERALDA, 81. — U. Telef., 1470, Avenida.



ESPECIAL EN CARTERAS PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

GRAN SURTIDO EN BROCHES, IMITACIÓN CAREY, MARFIL Y PLATA

SE HACEN MONOGRAMAS

Pida a su librero Tinta de escribir

Stafford's

Siempre la misma. La mejor. - Hay de todos los colores y para todos usos.

MOLDES "VOGUE"

EXCLUSIVIDAD DE GATH & CHAVES

NOVEDOSOS :: EXACTOS :: DISTINGUIDOS

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd.

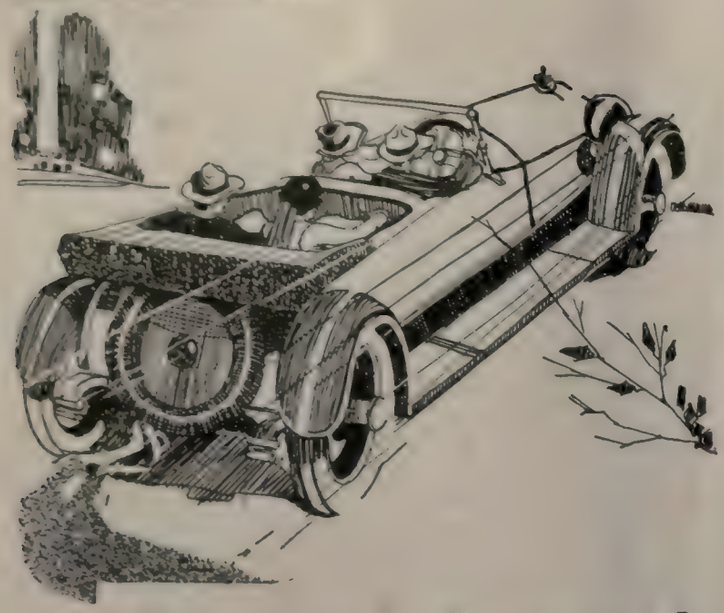
Anexo: Av. de Mayo, Perú y Rivadavia...
Casa Central: Florida y Cangallo.

HA inaugurado Gath & Chaves una extraordinaria Exposición de Confecciones y Modas de Señora, que pone de manifiesto no sólo el gusto, la elegancia y la suntuosidad de los modelos, sino también la modicidad extrema de los precios.

Gath & Chaves, aún a costa de muchos sacrificios, ha impuesto el sistema de la renovación quincenal de los modelos, porque entiende, con él, dar a las señoras elegantes, una inapreciable garantía de novedad.

El conjunto puesto en venta, comprende dentro de la más extensa variedad una magnífica colección de vestidos de "voile" que llama la atención por lo original y distinguida.

No S1934—General—12 in. d.c.—J. R. K. Co.



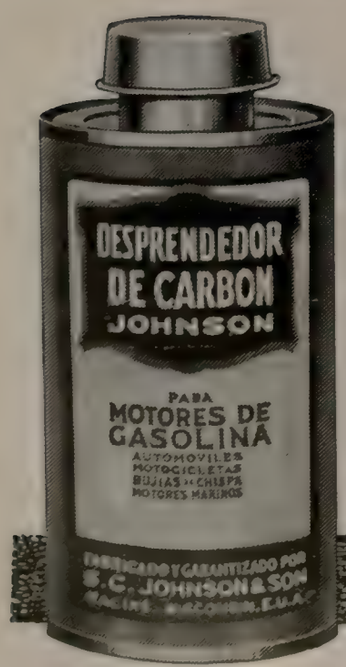
Devuelve La Potencia de Su Automóvil

NO hay nada más molesto que las dificultades del motor, y 80% de ellas se deben a la acumulación del carbón. El ruido y pérdida de fuerza, gasto excesivo de combustible, encendido extemporáneo, etc. se deben solamente al carbón en los cilindros. Limpiándolos con el

DESPRENDEDOR DE CARBON JOHNSON'S

su automóvil trabajará como cuando era nuevo-silencioso y con toda la fuerza necesaria.

Solamente se requieren cinco minutos. Simplemente ponga una onza del Desprendedor en cada cilindro, donde se dajará de 30 á 40 minutos. Entonces póngase a andar el motor y se verá la nube de carbón que sale por el tubo de escape. Se puede reducir la acumulación del carbón con agregar cuatro onzas del Desprendedor a cada diez galones de combustible que se use.



Seguro Y Garantizado

El Desprendedor de Carbón Johnson es insuperable para cualquier tipo de motor. No puede perjudicar el metal, no afecta el aceitamiento ni el lubricante en la caja de arranque.

Pruebe Ud. este Desprendedor y pida a su vendedor que le muestre la Cera Preparada de Johnson que sirve para dar un lustre hermoso a los automóviles. También el Cemento para Radiadores que tienen escapes. El vendedor puede obtener estos productos de

S. C. JOHNSON & SON
Fabricantes
Racine, Wisconsin, E.U.A.

FÓSILES PAMPEANOS

ANFIBIOS DE LA EDAD PLIOCENA.

Aun no existía el hombre. La exuberante vegetación íbase agostando y hundiendo en el subsuelo para formar enormes depósitos carboníferos. Constituían la fauna de ese período, los anfibios monstruosos de largas cabezas, puntiagudos hocicos, desmesuradas colas y pesados miembros. Fuera de los ríos vivían también otros monstruos desproporcionados con la columna vertebral completamente osificada. La lucha por el agua era la principal ocupación de estos últimos, que perdían miembros entre los dientes de los habitantes de las grandes corrientes.

La imaginación puede apenas darse idea de cómo fué el mundo durante las épocas agitadas de aquel terrible proceso geológico.

Uno de los ejemplares de la extinguida fauna, el «doedicurus», cuyo aspecto exterior es semejante al del armadillo o de las vulgares mulitas, tenía hasta cuatro metros de longitud. Su armadura fuerte, en la que debía guarecerse ante el menor peligro, constituía una buena defensa para el «doedicurus», gliptodonte que debió distinguirse por la pesadez de movimiento y por una buena dosis de cobardía.

EL «DOEDICURUS», GIGANTESCO GLIPTODONTE.

PRUEBE LOS SANDWICHES
PREPARADOS con PRODUCTOS NACIONALES
SWIFT
Picadillo de Carne
Carne de Ternera en Pasta
Pasta de Jamón
CUANTO MAS DELICADO
SEA SU PALADAR TANTO
MAS SABRA APRECIARLOS
Cia Swift de La Plata-Argentina

N.º [illegible]. — ELEGANTE VESTIDO en rica clase de espumilla, colores gris y azul con bordado y cordón de seda $ 150.—

ELEGANTE CAPELINA de fina paja Italia, adornada con cinta color rosa, celeste o crema, y ramito de fruta del mismo color, a ..... $ 38.—

N.º 7303. — VESTIDO MUY CHIC, en muy buena calidad de linet de hilo, colores claros, adornado con fleco de seda, $ 75.—

GRACIOSO SOMBRERITO en puntilla de paja, adornado con cinta y flores, a ..... $ 28.—

N.º 8577. — VESTIDO DE GRAN MODA, en rica calidad de sarga, colores claros y oscuros, adornado con bordado, $ 130.—

SOMBRERO MUY CHIC, en clarín de color claro formando «nid d'abeille», adornado con plegado y galón de paja oscura, a ..... $ 32.—

Harrods FLORIDA 877
PARAGUAY 554

EN EL SALÓN

LA VÍCTIMA

Al cabo de muchos años de andar divergente, vinieron a reunirse en la penumbra de aquella sala amiga, donde la luz de la luna, entrando por la ventana, les dejaba discretamente en la sombra y después de arrancar chiribitas al oro de los muebles, se iba a inundar con claridades blanquísimas la desnudez impecable de una estatua.

Aunque jóvenes, ambos tenían el alma bien cansada ya. Habían bebido la vida a grandes sorbos, habían malbaratado sus sensaciones en un afán insensato de palparlo todo, y ahora tras el vértigo trágico de que nos habla Rachilde, se abismaban a cada minuto ante su respectivo tendal de ilusiones. Ella le conocía mucho y él la conocía más todavía. Eran como dos banderas, como dos estandartes de guerra tremolando en dos campos opuestos. El mismo pecado glorioso les unía en un abrazo común, y la turba amiga, ingenuamente mala, les quería y les calumniaba por igual. Ella, era divinamente bella, tenía una de esas bellezas serenas de madona, que engañan al incauto como las aguas traidoras de los remansos, y él, un escéptico a fuerza de no quererlo, un sensual, hipersensible, impenitente, un enamorado de todo lo que en el mundo es gracia y delicadeza y armonía; pero oculto, eso sí, bien oculto bajo la formidable coraza con que arma la experiencia para la vida.

Mucho habían deseado conocerse, pero el destino en sus caprichos inescrutables se había complacido siempre en apartar al uno del camino del otro.

Para él, ella tuvo en ciertas épocas una atracción infinita: casada y viuda y vuelta a casar, siempre le llegó su nombre rodeado de prestigios; siempre la oyó nombrar «sotto voce», y atribuir las mayores extravagancias y las mayores maldades.

«¡Pobre del que cae en las redes de semejante hechicera!» — solían decirle. — Y él experimentaba, entonces, como una sensación orgullosa de su propia fuerza, como un afán intenso, indomable, de conocerla, de medirse con ella y de vencerla al cabo, en una batalla suprema de amor y de odio...

Por fin se hallaron — como decíamos — frente a frente, en el amable refugio de aquella casa amiga. Después de tantos años, mucha nieve de escepticismo y de hastío había caído sobre sus cabezas; no obstante ambos experimentaron, al conocerse, una emoción verdadera y se miraron con ojos de curiosidad y simpatía.

El fué el primero en hablar, alegre y expansivo, en un brusco florecimiento de antiguo vicio:

— Sí, señora — dijo en tono de broma pero con un ligero temblor de emoción en el acento. — Usted quizá no me creerá, pero le juro que todavía me parece un sueño lo que está pasando...

— ¿Un sueño? ¿Por qué? — Y sonreía ya, con su boca grande, provocadora y fresca, como un clavel andaluz. — ¿Un sueño? Caramba; ¿no le parece que estamos en una sala bien real y bien coqueta? ¿No oye, además, el rumor de los automóviles que pasan, la campana de los tranvías y hasta la música de una pianola que tocan por ahí?

— Nada oigo, señora, ni quiero oir, aparte de su voz armoniosa, como no quiero ni puedo mirar ya en otra dirección que en la de sus ojos, después que he tenido la suerte de conocerlos y de comprobar que debe ser una gran verdad lo que se dice.

— ¡Ah! ¿Sí? ¿Qué se dice?

— ¡Oh, se dicen tantas cosas! ¡Se dicen muchas cosas malas!

— ¿Malas?

— Sí, señora; no sé como decir: malas, pero... «divinamente» malas... ¿Me comprende? Según parece, esos ojos tan serenos que tiene usted y que me miran ahora, recordándome aquellos otros de cierta virgen antigua que vi pintada en una iglesia de Roma, esos ojos que parecen incapaces de la maldad más insignificante, han hecho mucho daño en el mundo.

— Ah, sí, cuénteme eso, debe ser curioso ¿verdad? — Y se echó a reir coquetamente, con aquella risa maliciosa y sabia que ponía en evidencia sus dientecillos perversos...

El se fingió serio:

— ¡Ah, no, señora! No me imagine usted tan ingenuo como para venir a halagar el oído del criminal con el relato de sus propias hazañas... [illegible] mucho y tengo una habilidad de alpi[illegible] acercarme sin peligro al borde de los [illegible] hondos. No obstante, usted va a [illegible]lparme si me retiro muy pronto, porque a pesar de mi práctica en el oficio, soy enemigo de abusar de los riesgos y hay abismos que, francamente, hacen perder la cabeza...

— ¡Vamos, vamos! Veo que me resulta usted tal como lo pinta la historia... ¿Qué le parece que en vez de hablar tanto de mí, nos ocupáramos [illegible]

— ¿De mí?

— Sí, de usted, de usted mismo, que nos ha tenido pendientes de sus hazañas por espacio de tanto tiempo...

— ¿Yo?

— Sí, usted. No se haga el pobrecito. Le aseguro que más de una vez tuve deseos de conocerle: Que Fulano por aquí, que Fulano por allá, que las picardías y las barrabasadas de Fulano... No se ría, es la pura verdad. Usted no se imagina cuantas mujeres me han hablado mal de usted en estos últimos años.

El se rió con desaliento y continuó después, grave de veras:

— No, señora, — dijo, — hablemos con seriedad. Usted por una bondadosa complacencia o quizá más bien por maldad, me quiere atribuir glorias o triunfos que no me pertenecen, que no me han pertenecido nunca. Muy por el contrario, puedo asegurarle que soy uno de esos hombres nacidos para juguetes o para víctimas de las mujeres.

— ¿Ah, sí? ¡Pobrecito!

— No; verá usted. Al principio y allá en los comienzos de mi triste carrera de sempiterno aburrido, pude tal vez haber sido victimario; pude, en la inconsciencia de la edad, haber cometido alguna felonía; pero ahora que echo mis cuentas con todo reposo, veo claramente que si ha habido alguna víctima en esa lucha entre las mujeres y yo, la víctima he sido yo sin duda alguna...

—¡Pobre inocente! ¿Y Elena Suárez y Ernestina Ibáñez y esa otra chica de... no sé cómo se llama aquella que dicen que quiso matarse por usted?...

— Permítame. Afirmo que yo he sido la única víctima de esa larga batalla, y voy a probárselo: Cuando tenía quince años me empeñé en conseguir el amor de la hija de una vecina, de una pobre mujer que vivía a la vuelta de mi casa. El resultado de la aventura fué que dejara de estudiar y que en vez de terminar mis cursos preparatorios a los diez y ocho años, lo hiciera allá a los veinte. A tan hermosa edad no me fué posible tampoco ingresar en la Facultad, porque tuve mucho que hacer; estaba completamente resuelto a casarme con la hija de un personaje político, y los políticos no necesitan estudiar introducción al derecho. El mucho andar por los comités a la zaga de mi presunto suegro, me valió, además de un garrotazo formidable que me tuvo varios meses en la cama, la oportunidad de conocer a un señor muy distinguido, el cual señor tenía una esposa más distinguida aún y mucho más coqueta, que haciéndome olvidar para siempre a la hija del político, me obligó a perder tres años largos de estudios universitarios y me dejó el alma tan vacía y tan negra de escepticismo que si hubiera sido otro habría podido llorar a gritos. Entonces, en vez de suicidarme, me puse a estudiar como un frenético. Me había planteado el problema con ruda franqueza y su solución fué rotunda: «estudias o te suicidas». Como usted comprenderá, fuí lo bastante cobarde para optar por lo primero, y estudié con tal dedicación que en un año me puse a dos dedos de la tesis. No me recibí, sin embargo. Mi enemigo necesitaba aún su víctima. Una bella señora, hasta entonces inaccesible para mí, como pudiera serlo una imagen de culto encerrada en su nicho de cristales, tuvo la amabilidad de ablandarse un buen día y heme de pronto viajando con ella, por Italia, por Francia y por Egipto... ¿Qué me cuenta usted? Cuando regresé al país, lleno el cerebro con la visión cinematográfica de los paisajes alpinos, de los «cabarets» parisienses y del arte antiguo ingurgitado sin orden y sin tasa, traía también repleto de escepticismo los últimos huequecitos que conservaba en el alma. ¡Ah, señora! No hay como las mujeres casadas y mayores que uno para echarle a perder y pudrirle el cerebro...

— ¡Muchas gracias!

—¡No, caramba! Usted dispense... En primer lugar, yo no puedo hacerle el agravio de compararla con las otras mujeres y después usted no me ha hecho el honor de echarme a perder todavía...

— ¡Qué atrevido!

—Después de eso no he hecho más que andar y andar, señora... Andar errante como aquel personaje de Sué, que marcaba en la nieve las cruces de sus zapatos y arrastraba sobre las zarzas su triste manto de hastío!

Hay una pequeña pausa durante la cual él ha inclinado la cabeza y ella le mira muy seria. Después él continúa con voz cansada:

—Todo lo abandoné por ellas... padres, aspiraciones, amigos... les he dado inconscientemente, todo lo bello, lo generoso y lo noble que tenía en el espíritu, y ellas en cambio, sólo me han dejado con amarguras y desencantos infinitos, una inexplicable sensación de vacío...

— Sí, pero ¿y ellas, sus víctimas? ¿No habrán sufrido, acaso? Su modo de pensar es bastante egoísta...

— ¿Ellas? No sé... pero me parece que no... Estas mujeres, señora, tienen una habilidad de político para «acomodarse» bien... No sé... unas se han casado, otras se han muerto; ¡qué sé yo! Otras han vuelto a querer y quieren todavía con un cariño entrañable...

En ese momento una niña preciosa penetra en la sala...

— Con permiso... Mamá, dice papá que ya es hora...

—Ah, muy bien... (Presentándola):—Mi hijita...

— Su hijita; tanto gusto, señorita... Es una preciosura... Ahora me explico porque usted me mira con compasión.

— ¿Yo?

— Sí... Usted «ha salvado la ropa» en el naufragio de sus ilusiones, mientras que yo...

Ella tornó a reirse y dijo tendiéndole la mano:

— Ya conversaremos otra vez; he tenido mucho gusto en conocerlo...

El le retuvo la mano un instante:

— Ahí tiene usted — exclamó burlonamente. — Ahí tiene usted... Se va contenta y feliz y yo me quedo furioso...

— ¿Furioso? ¿Y por qué?

— Porque veo que usted ha sabido «acomodarse» y yo no...

— ¡Ja, ja! ¡Qué bueno!... Cásese, amigo mío... cásese y verá...

— No: muchas gracias, señora; ya estoy cansado de hacer la víctima...

DIBUJO DE ALVAREZ. BENITO LYNCH.

VIII SALON ANUAL D. ARTE

EDUARDO SÍVORI. «JEUNESSE».

Fué nuestro primer propósito agregar pedantemente una opinión más sobre las obras expuestas, analizando valores, escalonando categorías, y determinar escuelas, estilos, tendencias y aspiraciones como es uso y costumbre en estos casos. Una pequeña reacción interior, un llamado del buen sentido, nos desvió del intento llevándonos por otro derrotero.

Es saludable, es conveniente detenerse a veces y volver la vista atrás para refrescar los recuerdos de aquellas obras que llamaron nuestra atención y la huella que dejaron en nuestro espíritu, provocando un entusiasmo que creímos imperecedero. Transcurre el tiempo, infalible clasificador de valores, volvemos a contemplar las obras admiradas y, en la mayoría de los casos, sentimos con el desplome de nuestros entusiasmos el rubor de haber elogiado hasta con calor agresivo *aquello* que ha desaparecido *sin dejar rastro*.

Conocido este fenómeno, cuya repetición abruma, ¿se puede arriesgar un juicio razonado y sincero que no sea transitorio y no vaya acompañado del temor a la rectificación? ¿Con qué fe podríamos aventurar una afirmación, si pronto renegaríamos de ella? Y de este imperativo, que seguramente seguirá repitiéndose por los siglos de los siglos, no pueden sustraerse ni los artistas, ni los críticos, ni el público.

Quisiéramos tener—a qué ocultarlo—los conocimientos que conducen a esa valentía de opinar que envidiamos en algunos, que así, sin más ni más, axiomáticamente, de una manera rotunda y categórica, llegan sin vacilar a las afirmaciones definitivas. Ante ellos nos inclinamos temerosos, humildemente, reverentemente y apenas si nos atrevemos a murmurar una opinión, avergonzados de no haber pasado todavía el período de la duda.

Ahí están los ejemplos bien a mano; repásense las opiniones vertidas, coteíjense y diga el más optimista qué saca en substancia de todo ello. No hay, pues, porque tomar tan en serio estas cosas.

Involuntariamente, casi todos los artistas—por no decir todos—piensan, mientras realizan su obra, en el efecto o juicio que ha de causar a tal o cual crítico, a cierto y determinado grupo de compañeros o aficionados más o menos entendidos. Esta preocupación, compañera inseparable de la obra, es a fin de cuentas una concesión que se hace a sus expensas, restándole espontaneidad,

EMILIA BERTOLÉ. «AYER».

RICHARD HALL. «RETRATO DEL DOCTOR A. ALLENDE».

JOSÉ FIORAVANTI. «EL RUBIO».

JORGE SOTO ACEBAL. «LA JAQUETTE BRIQUE».

MIGUEL PETRONE. «TATA TINTILAY».

EMILIO A. CENTURIÓN. «ANTENOR EL SANTERO».

V. THIBÓN DE LIBIÁN. «PRESENTACIÓN».

mermándole cualidades, porque se interpone, interrumpiendo de modo sensible su libre y espontánea realización. Y no hay temor de confirmar esta afirmación con los mismos artistas, que mejor que nadie podrán decir si esto es cierto.

Por fortuna, existe tal independencia de opiniones, y éstas se van haciendo tan personales y arbitrarias, que rara vez hay coincidencia; el artista, por esto mismo, se desorienta, y llegando finalmente al convencimiento de que no puede sacar ningún provecho del caos en que se le sumerge, opta por seguir la inspiración interior — que desviaron las causas extrañas apuntadas — y que nunca debió abandonar.

En este sentido creemos firmemente que la crítica es muy provechosa, pues el día, no lejano, en que el artista se convenza de que, por extraña paradoja, aquélla no sirve para nada, perderá una preocupación perjudicial y se entregará más libremente y por entero a realizar su obra, que ganará seguramente por agregar a ella lo que ahora pierde en incertidumbres estériles. Y es posible que este sea, repetimos, el único beneficio positivo que se saque de la crítica.

Quizá sea una pedante vulgaridad afirmarlo, pero es así: el único crítico infalible es el tiempo, y a su acción depuradora hay que someterse de grado o por fuerza. El ha sumergido en la sombra obras que llegaron a deslumbrarnos, y ha destacado las pocas que lograron surgir a su acción revivificadora. Así, pues, no hay que impacientarse, que el único juicio inapelable no está en las críticas aisladas y contradictorias que por ahí andan.

FRANCISCO VILLAR. «EL AMIGO».

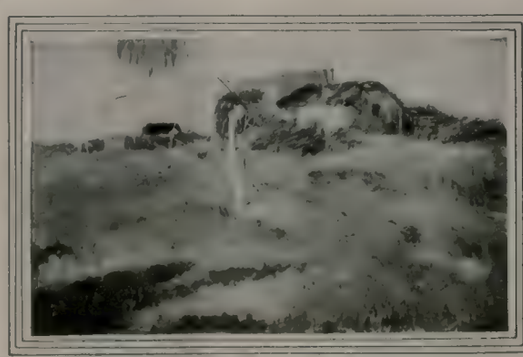
Hace poco tiempo, el enorme Zuloaga, hablando con un amigo de estas cosas, le decía: — «Estoy desorientado, y cada día que pasa aumenta mi incomprensión en materia de arte; aquello que me gustaba hace dos años, ahora me es indiferente o lo encuentro detestable; y no veo la razón de que este hecho no siga repitiéndose».

Soplan vientos de fronda, de independencia, de rebeldía, y esta incontenible libertad se traduce en innumerables exposiciones que se suceden con abrumadora frecuencia. Los artistas, cuya producción aumenta de un modo vertiginoso, se disputan los locales, esperando impacientes los turnos; los críticos no dan paz a la pluma; el público, desorientado, no puede acudir a las seis o siete exposiciones que se celebran simultáneamente. ¿Cuántas obras se habrán expuesto? ¿Cuántas se salvarán del inevitable olvido? Nos guardaremos muy bien de aventurar opiniones que en los demás no admitimos; y ya que el tiempo se encarga de juzgarlas en definitiva, dejémosle también que cargue con la responsabilidad de sus apreciaciones.

Y feliz él, que se le acata sin levantar odios ni protestas.

JULIO H. URIEN.

MAGDALENA BOSSICH. «CHOSPITA».



JUAN PELÁEZ. «SOBRE LA LOMA».

CLAUDIO L. SEMPÈRE. «COMPAÑEROS DE BANCO».

PROPIEDAD DEL SEÑOR VICENTE LEPENATTO.

AL SOL

OLEO DE FERNANDO FADER.

Plus Ultra en Italia

La mujer sarda

No existe un tipo determinado de mujer sarda. En esta isla característica, a pocos quilómetros de distancia, son diversas la vida, las costumbres, las pasiones y la hermosura de las mujeres y del paisaje.

En general, la mujer sarda tiene algo de oriental que atrae y encanta: pequeña estatura, rostro menudo, color aceitunado, ojos grandes, negrísimos y vivaces. Es tímida pero apasionada; ama el valor temerario: cuanto más bravo sea el novio, mayor devoción le tendrá. Y es fiel: si jura amor mantiene su juramento; pero ¡ay de quién la traicione! Si el prometido o el esposo falta a la lealtad ofrecida, todo aquel amor se convierte en odio. Así, en tiempos pasados, por una ofensa inferida a una mujer, las familias se perseguían durante años y años. Ninguna «vendetta», ni aún la vecina «vendetta» corsa, era tan cruel e implacable.

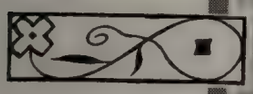
Varias y curiosísimas, pero igualmente pintorescas, son las ceremonias de noviazgos y esponsales, distinguiéndose en toda la isla por la brillantez de las fiestas: danzas al aire libre, cabalgatas fantásticas, banquetes a lo Camacho.

Distínguese la mujer sarda por el buen gusto de sus vestidos, generalmente ricos, de vivaces y armoniosos colores. También

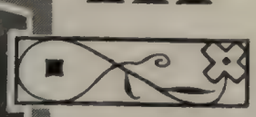
LA NOVELISTA SARDA GRACIA DELEDDA, ENTREGADA A LA LECTURA EN SU GABINETE DE TRABAJO.

UNA ALDEANA DE CASTELSARDO.

LA MANTILLA DE GALA.



MUJERES JUNTO AL HORNO.



los atavíos femeniles varían según las localidades. Polleras amplias, diversamente guarnecidas; camisolas de amplias y largas mangas; abigarrados pañuelos de cabeza; blancos velos llenos de pliegues que una cadenita de plata ajusta bajo el mentón. Los colores «nacionales» de la moda sarda son el rosa y el azul. Hay profusión de dorados botones, joyeles argentinos, etcétera. Para las fiestas solemnes, se reservan los vestidos de brocado y las mantillas, vestidos que se trasmiten fielmente de generación en generación como documentos de antigüedad y de riqueza familiares. En Quarto S. Elena, las aldeanas se atavían con mantos bordados de oro, durante los días solemnes. Allí se conserva como una reliquia el riquísimo traje que la reina Margarita vistió para un baile en el Quirinal, valioso producto de la industria sarda, lleno de joyas y raros dibujos.

El vestuario es tal vez la principal ocupación de la mujer sarda. Desde la primera comunión hasta la víspera de sus bodas, pobres y ricas confeccionan el ajuar, que constituye su dote. En aquellos vestidos recamados, el oro y la plata se mezclan copiosamente por las mangas, el corpiño, la mantellina y la pollera. Y las diminutas mujercitas sardas tienen, sin embargo, tiempo sobrado para jugar su papel de hijas y esposas amantes. Los bravos sardos de la ya legendaria brigada Sassari luchan en el frente, mientras ellas trabajan en las obras de asistencia al ejército y a los heridos.

Cuando vuelvan los heroicos sardos se reanudarán aquellas pintorescas cabalgatas en que el hombre con la mujer a la grupa recorre quilómetros y quilómetros aun por calles de difícil tránsito. Ella, sentada de través, rodea con el brazo derecho la cintura del jinete, sin casi tocarle, graciosa, honesta y elegantemente.

Me contaron el gentil episodio de una aldeana. Su hijo, que regresó ciego de la guerra, lamentaba lo angustioso de su porvenir. «No importa, — dijo la madre—; contigo entró en la casa luz de gloria, que nos iluminará y será nuestra alegría.»

De este modo son las mujeres que el lector conoce por los sentidos relatos de la notable novelista Grazia Deledda.

RAFAEL SIMBOLI.

Roma, agosto, 1918.

UNA BODA EN OLIENA.

EL TRADICIONAL BAILE SARDO.

LA VIRGEN Y EL NIÑO

ÓLEO DE SASSOFERRATO

ESTA CURIOSÍSIMA TELA, PRESENTA TODAS LAS CARACTERÍSTICAS DE LAS OBRAS DE JUAN BAUTISTA SALVI, MÁS CONOCIDO CON EL NOMBRE DE *EL SASSOFERRATO*, PINTOR ITALIANO DEL 1600. POR SU ESTILO RECUERDA OTRAS DEL MISMO ASUNTO Y DEL MISMO AUTOR, QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO CÍVICO DE TURÍN Y EN EL MUSEO DEL PRADO DE MADRID; PERTENECIÓ A M. DE SOULANET, CAPITÁN DE GUARDIAS DE LUIS XVI, Y TATARABUELO DEL DOCTOR JUAN ANTONIO BOURDIEU, SU ACTUAL PROPIETARIO, Y FUÉ TRAÍDA AL PAÍS POR EL ABUELO DE ÉSTE, CAPITÁN DE LA MARINA FRANCESA, QUE VINO CON LA EXPEDICIÓN DEL ALMIRANTE MAKAU EN 1842

EL DIA DE LA RAZA

A pesar de los muchos obstáculos que una situación anormal opuso, la Fiesta de la Raza se celebró solemnemente en todos los pueblos de habla ibérica. Trátase de un homenaje, que perdurará en la memoria y en los corazones de la estirpe.

Un día de reposo alegre, no es bastante, sin embargo, para festejar las trabajosas y tristes jornadas del Descubrimiento. Hace falta algo más, que no estriba en festejos públicos. Es preciso agrandar los límites de la fecha gloriosa.

Aquellos héroes de la sublime hazaña trabajaron en beneficio de todo el mundo. Sus ambiciones particulares, sus sueños de riqueza, han sido agrandados hasta convertirse en realidades universales. Un impulso genial, sobrehumano, las encaminó por ocultos derroteros; obedecían un mandato providencial.

Cristóbal Colón, el misterioso aunador de voluntades heroicas, supo hallar en el imperio naciente de España las fuerzas precisas para la empresa. Y luego, la sed de conquistas inherente a todas las naciones poderosas, lanzó sobre las huellas de los descubridores a los soldados. Hubo sangre en la epopeya, como en todas las epopeyas, y todo se ganó y todo fué redimido. El grito de «tierra», convirtióse en el de «libertad».

Pero la palabra libertad no es la última que los hombres libertados deben decir. Por el contrario, dispone el corazón y la garganta para otros gritos nobles. Paz, fraternidad, esas son las voces que toda fiesta humana ha de inspirarnos.

Si ese día de alegre reposo no sirve para rehacer las fuerzas buenas del hombre, nunca será digno de conmemorar la gloria de Colón. El Día de la Raza es una fecha de buenos recuerdos, porque el 12 de octubre de 1492 fué realizada la unidad geográfica de un mundo llamado a unirse fraternalmente.

SIRIO

Cuando pasa el ángel.

Por Manuel Aznar.

Yo digo, lectora, que la tenue luz de la tarde nos ha sorprendido al vidrio de ese ancho balcón. Allí, sobre el misterio del jardín, junto al vidrio cerrado, hemos conversado de todo tú y yo y esa buena señora que nos ha ido contando cosas amables de un tiempo pretérito. Hasta que, al fin, la tarde ha comenzado a desvanecerse en tonalidades de ópalo y el rumor de la calle a perderse en el olvido de un creciente desgano. Era que habíamos llegado a la hora indecisa, a la hora del Angelus, a esa hora en que es necesario decir: «El ángel del Señor...»

En esa hora que yo quiero evocar, las almas desmayan ante el milagro de una dulce emoción. Diríase que en esos momentos la verdad se abre paso... Como flor de crepúsculo, la confidencia brota en los corazones. Y así pasa que, en medio de la mayor animación, como si todas las almas fueran a coincidir en un solo anhelo, en una misma estrella o en un solo miedo, se hace siempre un hondo, un dulce, un emocionado silencio.

¿No te has fijado, lectora, en ese desfallecimiento inefable que nos gana de pronto; en esa prolongación de silencio en que se espiritualiza el discurso; en esa dulcedumbre en que se sienten las almas allá cuando desmaya la tarde? Ese milagro es el que yo quiero evocar ahora, y ese el que yo quiero que tú hayas sentido. Y tal quiero porque imagino que la vida tendría menos poesía sin la divinidad de esa hora, y que tú serías una mujercita menos encantadora si no fueras capaz de rendirte a la belleza de tan desfalleciente emoción.

Pensemos ahora que a la luz de la tarde, muy cerca de ese ancho balcón, hemos conversado y hemos oído también a esa buena señora de quien sonreímos un poco. Nada es tan dulce como conversar fraternalmente. De todo ha podido hablarse: de las cosas de sociedad, del teatro, de las cartas de Europa... Hasta que, al cabo, indeliberadamente, necesariamente, fatalmente, hemos hecho un silencio, un hondo, un inefable, un emocionado silencio que ha tenido la virtud de hacer temblar una lágrima.

Ese milagro ha sido la sugestión de un momento. Hecho con un desfallecimiento de la voluntad, ha sido toda una afirmación de poesía y de verdad. En tanto que los labios callaban, las almas elevábanse temblorosas... Nada de lo dicho en el discurso anterior ha valido para nuestra dicha lo que la sinceridad de ese invencible silencio. Ha sido, sí, un silencio ungido con la pureza del nardo y con esa rara pena que nos produce una mujer muy bella o un astro perdido en la eternidad de la noche.

Después:

— ¡Qué silencio! — has dicho. — Es un ángel que pasa. Dicen que cuando pasa un ángel...

En la obscuridad de la sala ha dicho algo el suave fru-fru de unas sedas. Ha sonado también el metal de una llave, y, a la vez, ha brotado la luz en vivos raudales. «Buenas noches» — ha dicho alguien. — Y tú has repetido: «Buenas noches»... Pero no así como así, sino bajando los ojos, como al regreso de una dulce emoción... Y no ha habido más. La luz ha desvanecido el encanto, ha asustado al ángel, ha puesto término a la hora sincera que ha aparecido en un espacio de sombras, como para que viéramos mejor la verdad y la sintiéramos en su infinita pureza.

DIBUJO DE LARCO

A través del CHACO

La expedición Anchorena

La extensa región que limita el norte argentino con las fronteras de Bolivia y el Paraguay, está formada en su mayor parte por una zona pintoresca donde el río Pilcomayo se desborda en grandes lagunas, a cuyo alrededor viven algunas tribus importantes de indios alzados, que conservan aún, por su aspecto rudo y salvaje, la modalidad y las costumbres de los primitivos pobladores de América.

Este rincón de la República, cubierto de espesos bosques y llanuras ilimitadas, ha sido visitado en fecha reciente por D. Aarón de Anchorena, D. Justo del Carril y otras distinguidas personas de Buenos Aires, que en interesante excursión cinegética se internaron en pleno Chaco, junto con una tropa de línea facilitada por el general Oliveira Cézar, jefe de la zona militar.

Desde el poblado de Formosa, donde recibieron las más cumplidas atenciones por parte de las autoridades, principalmente del Gobernador del territorio, los atrevidos excursionistas se trasladaron en ferrocarril hasta la estación Fontana, lugar en el que se ultimaron los preparativos indispensables para iniciar la travesía. De allí partieron en mulas y caballos con dirección al norte, y dejando atrás la colonia rusa de Ubite, último punto habitado por blancos, se encaminaron al fortín Pegaldá y de éste al Yunká, regresando por la picada de diez y ocho leguas que se abre entre el fortín Chaves, en la frontera de Bolivia y el kilómetro 286 del ferrocarril a Embarcación, sin terminar aún, después de haber recorrido a caballo una distancia de ciento sesenta leguas, aproximadamente.

Las aficiones cinegéticas del señor Anchorena, vinculado por su nacimiento a una de las más ilustres y antiguas familias porteñas, le decidieron a emprender, en años anteriores, largas jiras a través de los más lejanos y contradictorios países: el centro de Africa, el Japón, California, las estepas siberianas y las regiones de la Tierra del Fuego, han sido ya escenario de sus audaces cacerías, sin que nunca se le haya visto retroceder ante las vicisitudes y peligros inevitables en excursiones de esta naturaleza.

Durante los cuarenta días que ha durado la expedición por el territorio de Formosa, los excursionistas tuvieron ocasión de admirar el maravilloso espectáculo de aquella naturaleza sorprendente, donde el terreno se cierra en una inmensa extensión de selvas vírgenes y grandes esteros pantanosos, refugio de los más feroces y extraños animales.

LA EXPEDICIÓN ATRAVESANDO UNA PICADA.

Entre las intrincadas malezas del bosque, cruza a veces el aguará, especie de hiena o lobo, que busca presas imaginarias en los campamentos indígenas; también tienen allí su guarida el oso hormiguero, el quirkincho de vida subterránea, el ciervo, el ante, el jabalí de afilados colmillos y el tigre elástico y avieso.

Bajo la fronda, de perenne verdor, se esconden las alimañas venenosas, los reptiles, las arañas aterciopeladas, las grandes serpientes, con su cabeza en forma de corazón, enroscadas a los gruesos troncos milenarios; y deslizándose por el suelo esmeralda, las temibles víboras de cascabel y la del coral anillada y violenta, y aquella otra negra y amarilla, y la yarará, que, como todas las nombradas, siembra la muerte con su punzante picadura.

El bosque da una sensación de solemnidad; árboles gigantescos, extienden sus ramas tentaculares por encima de las malezas, poniendo sombras en el laberinto impenetrable.

Engalanados de madreselvas, de jazmines y de hiedras silvestres, crecen los huayacanes, el ñandipá, las alisas, el precioso iba-poó, color violeta obscuro, el suiñandí de propiedades medicinales, y el yapitá, de fronda esférica y de hojas gruesas y ásperas. Entre los follajes del inerme alecrín, liso y sedoso, cuelgan su nido las aves de pecho tornasolado y plumaje de carmín y de púrpura. Junto a este árbol de madera vidriosa, álzanse los robles, el lapacho de entonación rosácea, el jacarandá y el elegante «sangre de drago», bello como ninguno por el colorido de sus hojas, que de verde se transforma en rojo azarcón.

Luego vienen los quebrachales profundos, cerrando el horizonte sin límites; y más allá los palmares altísimos y los esteros desnudos de vegetación, de color jalde; y los pantanos de aguas muertas, y los ríos que se dividen en mil cauces, formando islotes solitarios donde el pájaro azul entona su canto augural.

Por las inmediaciones del estero Patiño, principalmente en la zona denominada «lagunas de concentración», tienen sus tolderías los indios pilagás, tal vez los más salvajes de cuantos quedan en el suelo de la República.

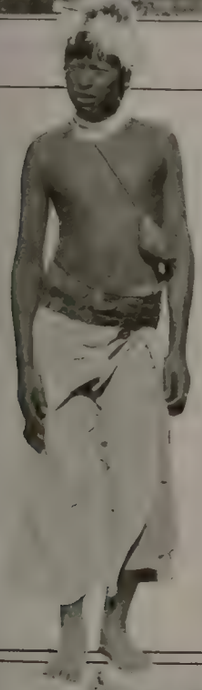
Acompañados por el gaucho Bailón Benítez, gran conocedor del terreno, los excursionistas lograron entrevistarse con el célebre cacique Garcete, autor del asesinato del explorador vasco Ibarreta. Cerca del campamento existen aún vestigios de la cruz de palma, puesta por los expedicionarios que fueron en busca de sus restos.

Los pilagás, en número de cuatro o cinco

LLEGADA A LA TOLDERÍA DE GARCETE.

D. AARÓN DE ANCHORENA CON EL CACIQUE GARCETE Y ALGUNOS NOTABLES DE LA TRIBU.

EN LA TOLDERÍA DE LOS INDIOS PILAGAS.



mil, rinden vasallaje a Garcete, demostrándole admiración y teniéndolo por único jefe de la tribu.

Las costumbres de estos antiguos pobladores del Chaco, son extraordinariamente curiosas, viviendo casi exclusivamente de la caza y la pesca, pues ni siquiera cuentan con ganados ni van a trabajar a los ingenios y obrajes de las provincias limítrofes, como hacen los tobas y matacos, establecidos en la parte del sur.

Cuando consiguen poseer un arma de fuego, puede decirse que han logrado sus mayores aspiraciones, conociendo la superioridad de este importante elemento de lucha sobre sus primitivos medios de combate.

Para preservarse de las enfermedades que los diezman, encienden hogueras en el centro de las tolderías, y danzan a su alrededor mientras entonan extrañas preces a la luna.

El indio no conoce los celos. Mira a los hijos con indiferencia, y considera a la mujer como una propiedad transitoria y sin importancia.

Aficionado al alcohol, se suele emborrachar con aloja, fuerte bebida que hace con miel de abejas, lechiguanas y avispas de todo género.

Si descubre un garzal en el bosque, da conocimiento al cacique, quien le hace valer sus derechos ante los demás indios de la tribu. Este importante hallazgo es considerado como la mayor felicidad, pues les permite comprar municiones y armas con el producto de los ricos plumajes, que son vendidos por el experto lenguaraz en las poblaciones cercanas.

Sus rudimentarias industrias se reducen a la fabricación de tejidos, que les sirven para cubrirse, reuniendo también gran cantidad de piedras y pequeños huesos calcinados, con los cuales hacen collares y adornos de distintas formas.

Cuando salen a cazar, se cubren de yuyos silvestres, a fin de no ser descubiertos. Ocultos entre la espesura del bosque, buscan horas y horas, hasta descubrir a lo lejos algún pájaro de la región; si no está al alcance de su certera puntería, avanzan sigilosamente, parándose al menor movimiento de la probable presa, y no tiran nunca contra ella hasta no tener la seguridad de alcanzarla.

Para la pesca emplean también procedimientos originales. Cuando las crecientes del Pilcomayo

PREPARANDO LA COMIDA DE COGOLLOS DE PALMA.

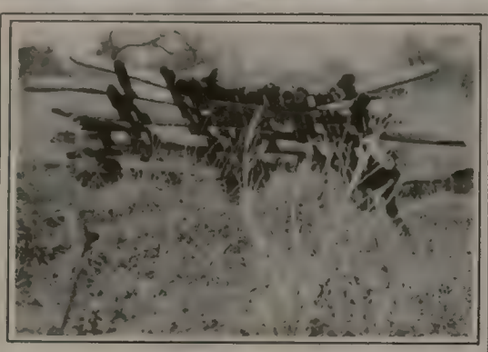
INDIOS PILAGÁS, CELEBRANDO

MONIA RELIGIOSA DEL FUEGO

UN HERMOSO EJEMPLAR DE TIGRE CHAQUEÑO, CAZADO EN EL INTERIOR DE LA SELVA.

inundan los esteros de la región, buscan aquellos lugares donde las aguas tienen poca profundidad, estrechando el cauce con pequeñas redes de caña hábilmente distribuídas; entonces esperan pacientemente hasta que sube algún pescado a la superficie, y en ese momento le disparan sus flechas, atravesándolo de parte a parte.

Las tolderías o viviendas, construídas con ramajes secos y estacas de madera dura, forman una especie de poblado, donde viven reunidos como en una sola familia. Todos los bienes que poseen son comunes, y tanto los alimentos como los vestidos, se distribuyen de acuerdo con las necesidades de cada cual.



LA TUMBA DE UN CACIQUE.

El atávico odio que sienten hacia el blanco y sus costumbres esencialmente guerreras, hacen que el pilagá viva en constante inquietud, sin que pueda ser sometido por las fuerzas militares de los fortines. Pero apesar de la amenazadora actitud que presentan en sus frecuentes algaradas, todavía más peligrosas que ellos, son las tribus nómadas que se ocultan en los límites de Bolivia y el Paraguay, principalmente en la parte sometida a litigio, ubicación que les favo-

YUYUYU CUARTELERO, REY DE LAS AVES DEL CHACO.

CAMPAMENTO DE LOS EXCURSIONISTAS EN EL ESTERO PATIÑO.

ATRAVESANDO LOS PALMARES, CAMINO DEL PORTÍN YUNKÁ.

rece muchísimo para escapar a las persecuciones de la tropa; así consiguen librarse con frecuencia de ser castigados en la forma que sería justa, no tanto por los perjuicios que ocasionan en sus brutales correrías, como por la crueldad y fiereza de los ataques. En la extensión comprendida entre el río Pilcomayo y el ferrocarril que une a Formosa con Embarcación, o sea en las diez y ocho leguas de norte a sur, que tiene la quebrada recién abierta en el centro del bosque, los indígenas viven también constantemente alzados, manteniendo la mayor desconfianza entre los pocos pobladores que se aventuran por tan peligrosos lugares. De todo ello resulta que esa pintoresca región, expuesta siempre a los más bárbaros atropellos, hállase casi completamente despoblada.

Una campaña eficaz, que permitiese la colonización de tan excelente zona de cultivo, es obra que debiera ser estudiada por el gobierno, teniendo en cuenta las condiciones naturales de aquellas comarcas abandonadas. Ante todo sería necesaria la creación de nuevos fortines y la rectificación de los que existen en la actualidad, aumentando las guarniciones de gendarmería fronteriza, por ser insuficiente el cuerpo de doscientos hombres montados que ahora hacen el servicio de guardia; esa sería sin duda una medida favorable para conseguir la colonización, obra que bien pudiera completarse concediendo terrenos a los indios, los cuales aunque miran con desconfianza toda intromisión en los terrenos donde ellos viven, al cabo terminarían por tranquilizarse, llegando a conocer los beneficios del progreso y contribuyendo con su trabajo a conquistar para el país una nueva y provechosa fuente de riqueza.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

INDIOS TOBAS EN VIAJE.

PEPITA — Poema ingénuo Por EDUARDO DEL SAZ

SU DULCE NOMBRE. Tres cuentas de vidrio que saltan incesantemente en un vaso de cristal melodioso: Pe... pi... ta.

Dícese que el ratón trina a veces como un pajarillo. Así, el común diminutivo adquiere magia musical: Pe... pi... ta.

La ronca voz de aquel padre se endulza a tono de bordona: Pe... pi... ta.

Así, las puertas enmohecidas suelen producir notas suaves: Pe... pi... ta.

Ningún instrumento imitará el apasionado timbre de la voz materna: Pe... pi... ta.

Palabra angular, palabra clave de un reducido léxico amoroso, no cabría en una enciclopedia: Pe... pi... ta.

Todos los verbos de la pasión y de la resistencia, todos los adjetivos del elogio, todos los nombres de la gracia, de la bondad, de la hermosura se funden y arden, elevándose en tres perfumadas columnas de humo: Pe... pi... ta.

Y son tres acompasados gritos que animan el trabajo, tres suspiros de reposo, tres vítores a la vida: Pe... pi... ta.

Y son tres ayes llenos de dolor cuando la Muerte quiere cubrir su descarnada faz con la redonda carita de la nena: Pe... pi... ta.

AMARGURA Y ESPERANZA. Pepita es ya un lucero caído de la Vía Láctea. Su primera amargura la hizo descender de las celestes bóvedas donde los ángeles se aclimatan a la vida terrenal.

La cándida luz de aquellos cielos jugosos se llamaba «tete». Ahora, lejos del perdido paraíso, aprendió Pepita a despreciar lo que amó con mayores ansías.

Ya el «tete» no es para Pepita pipa de opio aletargadora, fuente de visiones angelicales que la hacían sonreír en sueños; ya muerde.

Un poco de nauseabundo acíbar convirtió en amargura tanto dulzor.

Pepita estuvo graciosa y digna hasta en aquel trance inesperado: unas muecas de profundo asco ensombrecieron la lúcida carita, y, sin llorar, heroicamente, supo transigir con el plato de papillas que parecía una laguna en cuyas inmóviles aguas se reflejaba la luz del cielo lejano y prohibido.

¡Qué padres! ¿Pues no se ríen gozando con el bautismo de engañoso amargor de su Pepita?

LEVÁNTATE ¡ANDA! Apuntalado en un ángulo de la sala, el cuerpecillo de Pepita se endereza penosamente. En lugar de dos brazos, dos paredes que no rodean con cariño, dos frías paredes que ni aún la abrazan con la grotesca y rígida indiferencia del oso de paño.

Los papás aguardan con los brazos tendidos el primer traspiés de la nena.

Ya rompe Pepita la ataxia original. Un pasito oscilante, otro y luego una carrerita y una caída entre las manos maternales.

Vuelta a reanudar el juego de la locomoción. Y cada vez que la muñeca viviente vacila, en el extremo de la columna vertebral padecen los padres esa sensación angustiosa que producen las caídas en el vacío y la atracción del abismo.

Pepita anda con pasos de convaleciente. Ya sabe decir «papa» en plena salud.

EL ROSTRO DEL LÁTIGO. Un «knut» que sufre, un rebenque sensible, es la mano del padre cuando azota.

Pero el orden, la disciplinante disciplina, así lo exigen, nena. El pan y el palo son el escudo y la espada de los ordenadores. Mientras tus ataques vayan al pan o a la golosina, encontrarás la nerviosa advertencia del orden.

Tú lloras mucho, Pepita; lloras como una mujer, casi siempre sin lágrimas. Eres una niña prodigio del llanto. Sabes exigir, amenazar con esos gimoteos que duran poco, que te ponen roja y fea.

La gimnasia del llanto resulta el mejor «entrenamiento» para la vida. Cuando sepas llorar en silencio, cuando tus lágrimas resbalen dulces sobre tu rostro entristecidamente bello, podrás exigir y amenazar.

Adivina el humor de los que te quieren bien, que el de tus enemigos, Pepita, ya lo conoces.

Yo te juro que papá no es el hombre de la bolsa ni el «coco».

HABLA. Existe un nuevo encanto en el mundo: el juego filológico de Pepita. Palabras incompletas, breves, pimpollos de palabras. Cada boca de niño es una primavera del idioma. Allí y no por debajo del bigote de los oradores surge la corriente vivificadora del lenguaje vulgar y del estilo literario.

La fantasía infantil está libre de cálculo y premeditación, pues no necesita de ellos. Todas las cosas que de mayor imagine, si la nena resulta literata, serán sólo flores mustias de aquel jardín primaveral.

El otro día jugaba sobre las rodillas de un amigo gigantesco. Tomóle las manos, dos manos enormes, y, después de contemplarlas, le preguntó: «¿No te pesan?»

Hace poco vió en un cine una bailarina. «Tenía un vestido así», dice, y parpadeando con sus vivos ojitos imita el parpadeo de las lentejuelas.

En aquel cerebro vive la originalidad y la gracia tan rebuscadas por los hombres. ¡Quién pudiera leer en la florida imaginación de Pepita!

ITA. La nena no gusta de su dulce nombre; le parece demasiado vulgarote. Y de la esencia del diminuto se hace un seudónimo: Ita.

Hay numerosas Pepitas en el globo; esto no resulta aristocrático; Ita suena mejor.

I... ta, I... ta también es un trino melódico, dos notas «ruiseñoriales».

Como la voluntad de aquella casa es semejante a la llave diminuta y firme de una caja de hierro, la familia aprende a gemir, cantar y gritar el dulcísimo nombre de Ita.

Esta auto-confirmación durará mientras Pepita aliente. Ita ha de ser durante los lánguidos días de la edad del pavo; Ita ha de ser antes de los quince, en los quince y después de los quince. Y el diminutivo predilecto tendrá eco en los labios del novio y más allá de la muerte.

IDILIO. Las mamás hablan; Ita y Pepito juegan. Viéronse aquel día por primera vez y sus almas fraternizaron como sus nombres.

Los tocayitos, cansados de jugar con las cosas, juegan con ellos mismos.

Y de pronto las mamás sorprenden a los chiquilines acariciándose.

Pepita y Pepito se aman con amor ultra inocente, profético.

Es un cuadro idílico que conmueve y hace pensar. Nunca, tal vez, pondrá Pepito tanta unción en sus besos ni Ita abrazará con tanta energía.

Y las madres miran risueñas y enternecidas, con una chispa de picardía en los ojos, aquel fenómeno inesperado.

«Tráigala el domingo para que disfruten» — exclama la mamá de Pepito al despedir a la mamá de Ita.

PORVENIR. El enorme porvenir se confunde con la pequeña Ita, dentro de la mente cavilosa del padre.

¿Cómo será esta generación nacida al lado del incendio, en un trance supremo? Nuestras angustias y la común zozobra, ¿qué virus infiltrarán en esos nervios?

Y cuando Ita llegue a mujer, ¿serán tan mujeres las mujeres, tan esclavas, tan frágiles?

Una ráfaga de optimismo despeja el nuboso horizonte.

Y el padre de Ita, se sumerge plácidamente en el ensueño. Ya no sueña por cuenta propia; toda esperanza ególatra, toda la literatura íntima en la que él ha sido héroe, millonario y genio llegó al final.

Ahora, la heroína, la potentada, la feliz, la inmortal de los ensueños locos y secretos, es Ita, Pepita.

GOUACHE DE ÁLVAREZ.

El secreto de la felicidad

García Landa

El gran califa de Córdoba al cabo de larguísimo y próspero reinado, después de ver como bajo su mano paternalmente generosa y sabia florecían las ciencias, las letras y las armas, tras de haber amado mucho y haber sido adorado como un Dios, recordaba su vida, su vida tan espléndida, tan luminosa, tan llena de horas triunfales, y el recuerdo le hacía exclamar melancólicamente:

¡Sólo catorce veces durante mi reinado se ha puesto el sol viéndome feliz!

Ya otro gran rey, más poderoso y envuelto en magnificencias que el califa de Córdoba, había coincidido con él en la misma aflicción al sintetizar en la amargura del vanidad de vanidades, todo el dolor de la vida que creyéndose sin objeto, está siempre insatisfecha. ¡Y cuántos más! Llenas están las historias de casos semejantes: monarcas enfermos de melancolía, cuando todo les brinda placeres, millonarios que pasean su tedio entre las invitaciones a la alegría, sabios que tras de mucho investigar y mucho conocer, se ven tan tristes como el viejo Fausto... Es la doliente caravana de los vencidos, siendo los más fuertes. No son los vencidos, son sencillamente los equivocados. Reyes que tomaron un camino que no llevaba al Belén de la felicidad. Les cegó el resplandor de la estrella. Quisieron alas para alcanzarla, ignorando que la felicidad no estaba entre los astros, sino a ras del suelo.

Fueron hacia la felicidad por sendas de fortuna, poder o sabiduría, que no conducen a ella. Porque los caminos de la felicidad están en la santa ceguera de un sentimiento exaltado hasta ser llama o en la austeridad de la renunciación a todo, hasta al deseo de ser feliz.

Podríamos ver, pues, la doble caravana: de un lado, bajo las coronas de oro y pedrería la duda que muerde los cerebros y bajo los armiños y púrpuras los corazones gimientes; del otro, cantan las almas tras de la carne llagada o macerada y las bocas que no supieron nunca de besos, sonríen contentas. Kempis con dura cruz al hombro es más feliz que el rey con su cetro. Algo de grande y penetrante debe haber en esta verdad, algún extraordinario placer debe proporcionar, cuando tantos poderosos han abandonado la pompa para hundirse en un claustro! ¿No recordamos al magnífico Carlos en el retiro de Yuste?

Es bien conocido todo esto de que la experiencia diaria ofrece abundantes ejemplos; pero nos ocurre preguntarnos si estas ideas, si esas crueles torturas que a veces acompañan a lo que debía hacer la felicidad, son naturales al hombre o si son producto de los sentimientos que se levantan de este lado de la cruz. ¿Un griego se hubiera sentido infeliz teniendo salud, amores y buena casa? Y sin embargo Salomón no es cristiano... Pero es judío. Además no podemos compararnos con los hombres de los antiguos tiempos: los problemas espirituales, las nostalgias indefinidas, las ansias que no encuentran satisfacción, eran entonces, para la mayoría, nada más que simple cuestión religiosa; pero hoy las siente igual—que en todas partes bullen—hasta el más alejado de los credos positivos, el enorme grito ¡más allá! resuena en todas las conciencias. De aquí los insatisfechos, los cansados de vivir sin haber vivido, los que, agotados, buscan en lo raro o perverso, un incentivo. Estos que no serán felices con nada, pues algo extraño, grita, tan fatídico como el cuervo de Poe, a todas sus ilusiones ¡nunca más!

Entonces, para un hombre de nuestro tiempo, ¿en dónde está el secreto de la felicidad?

Tal vez éste es procurarla fragmentariamente, poniendo en la acción, ideal, y en el ideal, algo de carne y hueso como hacen los monjes de San Bruno que, para no dar en la locura de la meditación en el silencio, tienen un oficio manual.

Pequeña historia vulgar — Aquel tornillo...

Por José Bustamante y Ballivián

Decían que era loco... Es posible que ustedes lo hayan conocido. Su cabeza, demasiado grande en relación a su cuerpo, estaba peinada a la manera de los hombres, y él mismo tenía cierto aspecto parecido al de esos jóvenes poetas de chambergos de amplias alas. Y era poeta también... Amaba la primavera, el sol, el ensueño. No había recorrido muchos países; había rodado poco, pero era libre porque era inútil. Amaba la vagabundería; tenía pocas necesidades y estaba bien en cualquier lado y al lado de cualquiera. No podía escoger ni lo deseaba tampoco, porque amándolo todo, todo nos parece bello. Si lo arrojaban lejos, él obedecía al impulso, lleno de agradecimiento, y si le dejaban olvidado en un sitio, poco a poco descubría en el pequeño mundo que lo rodeaba cosas nuevas e interesantes. No era sabio. Tenía su ignorancia alegre, y, como el hombre del Paraíso, estaba completamente desnudo.

Mohoso, un poco gastado, habría desaparecido dulcemente con el transcurso de largas generaciones; pero un día lo recogió otro vagabundo como él, pero más egoísta que él, porque tenía mayores necesidades: era un hombre. Cayó en un antro obscuro, junto a algunos herrajes, clavos y hierros inservibles. Había perdido su libertad sin cometer ningún delito y acaso porque siempre hay alguien que se encargue de pecar por los inocentes...

Mucho tiempo después lo arrojaron en un gran mundo rojo y ardiente. Su cuerpo enrojeció también y ardió y se deshizo. Llegó a pensar en la disolución, en la muerte de sus antepasados; mas en virtud de una inteligencia superior, sus moléculas permanecieron juntas, y sin mezclarse a otras, pero con ellas formaron una gran masa ardiente. El hubiera querido desprenderse, pero leyes respetables le mantenían sujeto. Era un ciudadano. A su lado, seres más hábiles y experimentados que él, hablaban de la asociación de los átomos, de la república, de la facultad de resistencia, del trabajo, del dolor...

No entendía nada de esto y lo único que alcanzaba a comprender era el valor de la libertad perdida.

Por fin la gran masa fué puesta en una máquina complicada, llena de sabios engranajes, donde iba a formarse para el futuro. Era la universidad. Crujió, giró y pudo ver con alegría inmensa como recuperaba sus antiguas formas, que aquella vez le parecieron más graciosas y esbeltas. Todo el pasado se le antojó sólo un sueño terrible y estaba orgulloso de su brillantez y de las reverberaciones que la luz producía en su cuerpo.

Descansó poco tiempo, y una tarde, dos manos férreas le sujetaron a una rueda en una cárcel tan estrecha que le impedía los menores movimientos. En torno de él todo daba vueltas rápidamente, y una larga faja de papel blanco giraba vertiginosamente, cubriéndose de signos elocuentes. El tornillo sólo entonces se dió cuenta del deber, del dolor y también de la dulzura del sacrificio... Y está todavía girando, girando incansablemente, para éstos, para aquéllos, para todos...

DIBUJOS DE PELÁEZ.

CARLOS REYLES

DIALOGOS OLIMPICOS

APOLO Y DIONISOS

FRAGMENTO DEL LIBRO QUE ACABA DE APARECER

ACUARELAS DE GREGORIO LOPEZ NAGUIL

¡POBRE RAZON! LOS SENTIDOS LA TRAICIONAN A PORFIA; LAS PASIONES Y LOS INSTINTOS LA CIEGAN; LAS ESPERANZAS LA ENLOQVECEN Y LAS ILVSIONES LA FVERZAN A VIVIR ENTRE ESPEJISMOS, FANTASMAS Y ESPECTROS."

—No observas, generoso e incauto Apolo, que esa causa es contraria a la nuestra y además un intento vano e insensato que acabará por llover males sin cuento sobre el mundo. La causa de la libertad, es decir, la desobediencia a los mandatos olímpicos!; el capricho contra el orden eterno!!; la justicia humana contra la justicia divina!!! ¡Me hacès sonreir! ¿Cómo contrariar las leyes establecidas por los dioses? ¿Cómo burlarse de éstos sin ser fulminados por las iras celestes? ¿Cómo oponer la voluntad del hombre a la voluntad del universo?; ¿la norma del microscópico mundo a la norma del orbe inconmensurable?; ¿la pueril y antojadiza razón del espíritu a la razón formidable de la Naturaleza? El espíritu, ¡valiente cosa! no ha hecho sino crear engañosos espejismos tras los cuales, desatentada y loca, corre la doliente humanidad. Dejémonos de majaderías y embelecos. Los hombres nunca podrán gozar de otra libertad que la de cambiar de esclavitud; ni conocer otra verdad que la *mentira saludable*, el ideal útil que han menester para vivir y que los apetitos dictan y, en medio de todo, es gran suerte porque esa interesada conducta es la única probabilidad que les dejan los hados de acertar. Cuando piensan con todo el cuerpo dan en la tecla; cuando lo hacen con el cerebro sólo desbarran. Sobre el haz de la tierra no hay criatura más propensa a engañarse que el hombre y tal acontece gracias a ese incierto fuego fatuo que lo guía y que él, ufano, llama la razón. ¡Pobre razón!; los sentidos la traicionan a porfía; las pasiones y los instintos la ciegan; las esperanzas la enloquecen y las ilusiones la fuerzan a vivir entre espejismos, fantasmas y espectros. ¡Quimérica existencia! Como en la maravillosa historia de los caballeros andantes, todo acontece en la atribulada vida del mortal por arte de encantamiento. Los ojos no ven lo que ven, ni los oídos escuchan lo que oyen, ni la razón juzga de las cosas imparcialmente, ni la voluntad hacia un punto determinado se encamina, sino que las desaladas criaturas ven, oyen, piensan y quieren a la manera de los sonámbulos, inducidas, no por las realidades sensibles y verdaderas, sino por los espejismos internos y mentirosos, cual si el mundo objetivo no existiese o existiera sólo para ser destocas aldeanas por finas duquesas, andan los hombres tras la verdad, tras la ilusión vital, tras la mentira saludable, que es su Dulcinea, que es su Aldonza Lorenzo. Y así también de extravío en extravío, de locura en locura y de colmo en colmo, he aquí ¡oh, dioses! lo que han llegado a pretender los seres racionales en una sin razón tremenda: la libertad, en un mundo donde todo es sumisión, obediencia ciega y esclavitud; la igualdad, donde todo es diferenciación y tiránica jerarquía; el derecho, donde todo derecho es la enseña insolente de una fuerza vencedora. Pero no es todo, aun quieren más todavía los efímeros: quieren la concordia, ellos que son pura guerra; quieren el desinterés, ellos que son puro egoísmo; quieren la dicha, ellas que son puro dolor.

compuesto por los jugos gástricos de los sentidos antes de ser asimilado por la inteligencia. Y así, armados de las refulgentes armas del engaño, con la bacía por casco, la celada de cartón, la lanza en ristre y transido el rocín; confundiendo siempre los molinos con los gigantes, los rebaños con los ejércitos y tomando siempre, siempre las

Los chicos de entonces...

POR PABLO DELLA COSTA

Los que aprendimos a leer en la Anagnosia de Marcos Sastre, y a escribir haciendo palotes en la pizarra, y geografía en los Atlas de Asa Smith, y religión en el catecismo del padre Astete, — hace más de medio siglo, — éramos unos escolares mucho más bulliciosos, más alegres, más sanos, más rosados y tal vez, y sin tal vez, más sinceros que los chicos de hoy, porque entonces jugábamos a la rayuela, al rescate, a las esquinitas, a la payana, al ta-te-tí, a las bolitas, al punto de la pared, al trompo, a las figuritas... y a las guerrillas.

¡Eran un amor de Dios aquellas alegrías infantiles!... Ya no se ven, en el Hueco de las Cabecitas (1), aquellos famosos barriletes de cerca de tres pies de altura, remontados con cien metros de piolín, con sus tres colas de ovillo y sus navajas filosas, a la cincha de un petizo tuerto, preparadas para el «tajito» artero de una «aflojada» repentina e inesperada; ya no se conciben los paseos, en bandada de raboneros, al bajo de la Recoleta, a las toscas de la playa, a las calles siempre inundadas de la Boca; ya no se sospechan siquiera aquellos prodigiosos nadadores infantiles que se tiraban de cabeza al agua desde lo alto del extremo del muelle de pasajeros (2), o atravesaban de punta a punta la profunda canaleta de la calle Tucumán, final de la Alameda de entonces, donde solían atracar las balleneras cargadas de duraznos de las islas (3); hoy no hay idea de aquellas guerrillas épicas, a cascote y barro duro, que organizábamos al costado de los cuarteles del Retiro (4), poco después de su formidable explosión, inspiradas y enardecidas por el ambiente bélico que reinaba en el país en los comienzos de la guerra del Paraguay.

Todo eso se ha ido rápidamente, empujado por la civilización. Se han ido los cigarritos de anís, la pasta de orozuz, los caramelos de maní, el alfeñique, los duraznitos de la Virgen, los volatines de la Plaza de la Victoria, la mazamorra y el arroz con leche vendidos por la calle, las árganas de los panaderos, los caballos de los lecheros, todo aquello que era embrionario y primitivo, como las carretas de bueyes, como los serenos que anunciaban la hora, la lluvia y el buen tiempo, en el balanceo monótono de la linterna colgada del chuzo prehistórico.

El sol era otro, mejor que el de ahora. Se entraba derechamente por el río, en la playa inmensa, libre de obstáculos, limpia y grande, a las calles céntricas de edificios bajos, en chorros dorados, como una lluvia bendita, asoleando las casas blancas, bien encaladas, de puertas verde-cardenillo, calentando los patios llenos de macetas de flores, de higueras, de durazneros, vivificando la ciudad-aldea, la ciudad-quinta, la ciudad-jardín, española por sus cuatro costados, moruna en los días caliginosos, casi musulmana por su quietud inalterable... Era otro sol...

(1) Plaza [illegible] Junio, hoy Vicente López.

(2) Calle Cuyo y Paseo de Julio.

(3) [illegible]

(4) [illegible]

Los chicos de entonces no sabíamos de football, de boy-scouts, de cinematógrafo, pero cantábamos el Himno Nacional, al salir el sol, al pie de la pirámide de Mayo, ateridos de frío, con las manitas moradas, después de lo cual nos daban chocolate y confites en la municipalidad; íbamos a misa todos los domingos, amábamos y respetábamos a nuestros padres, aprendíamos las lecciones con noble entusiasmo y no nos llevaban por delante los tranvías y los automóviles, aunque jugásemos sendas partidas de rayuela, o atravesáramos a toda carrera las bocacalles en el juego de las esquinitas...

Éramos unos bandidos buenos, sin rencores, sin odios, sin envidias y sin pasiones. Dadivosos y compañeros, camaradas de estudios y de juegos, nos repartíamos las golosinas que sustraíamos de la despensa paterna, el dulce de orejones, las batatas asadas, los duraznos en almíbar, los pasteles con grajeas, las empanadas con membrillo chirle, las hojaldres, porque lo que era de uno era de todos, en la franca comunidad de aquellos tiempos sinceros y honestos en que los hogares eran patriarcales y no se pensaba en la ley del divorcio absoluto.

Es claro que hacíamos perrerías gordas y de todo tamaño, fuera de la escuela y fuera de la casa. Una vez, en copiosa turba de chicos, nos bañábamos en la canaleta de la calle Tucumán, al caer la tarde. El río estaba crecido y las olas chocaban en las toscas de la canaleta, levantando altos copos de espuma. En el vaivén del flujo y reflujo de las aguas, se balanceaba, flotando, el mástil de un pailebote que había sido abandonado por sus dueños. Verlo y cabalgar el mástil una docena de chicuelos fué todo uno. Un mulatón grandote se había sentado en la parte gruesa, algunos en el centro y otros en el extremo delgado y así nos dejábamos llevar por el vehículo improvisado, yendo y volviendo al compás del agua, según ésta se moviera, entrando o saliendo de la canaleta. De súbito al mulatón se le ocurrió una idea perversa. Hizo girar el mástil con gran velocidad y la mayor parte de los chicos se fué al fondo del río. Casi todos, como buenos nadadores, subieron rápidamente a la superficie; pero uno, que se había golpeado la cabeza contra una tosca, no apareció. Zambullimos y le sacamos a tierra. Le sacudíamos los brazos, le apretábamos el vientre, desesperados, porque lo suponíamos muerto. De pronto empezó a despedir el agua que había tragado. ¡Estaba salvado!... Y nos echamos todos a llorar despiadadamente... ¡de alegría!... No hay para qué decir que corrimos a cascotazos al mulatón perverso.

Las lavanderas del río solían salir de sus charquitos, donde lavaban la ropa, a una hora determinada, para merendar juntas debajo de los sauces de la costa. Un día, escurriéndonos entre las plantas acuáticas que bordeaban los charcos de las lavanderas, cambiamos las ropas de cada lugar, de manera a producir entre aquéllas la confusión consiguiente. Y así fué; cuando concluyeron la merienda y volvieron al trabajo, se hizo una batahola infernal entre las lavanderas, en la que volaban las imprecaciones y los insultos recíprocos como una lluvia de shrapnells. Y mientras algunas se iban a las manos, nosotros nos sonreíamos, a la distancia y académicamente, de la pintoresca escena producida. No hubo muertos ni heridos.

Los chicos éramos, pues, realmente chicos. En el fondo de cada diablura no asomaba la perversidad de los días corrientes. Al iniciarse la guerra del Paraguay, cuando Estanislao del Campo publicaba su *Fausto* a beneficio de los heridos de la guerra, cuando los batallones acampaban en la plaza del Parque antes de embarcarse con destino a Corrientes, nosotros hacíamos guerrillas formidables los domingos, en la barranca de la calle San Martín. Durante la semana reuníamos los proyectiles, — cascotes y barro duro, — y lo apilábamos en los lugares que debía ocupar cada línea enemiga. A una hora determinada, se iniciaba el combate. El general de los nuestros era hijo de un joyero de la calle Florida. Había capitanes, tenientes, alféreces, todos ellos armados con una espada de madera. Las arremetidas eran formidables. Las compañías avanzaban, retrocedían, ondulaban, flanqueaban, según las necesidades del momento. Una vez nuestros adversarios, corridos por un empuje violento, pidieron parlamentar. Cesó la guerrilla, y un enemigo, acompañado por cinco chicos más, avanzó en dirección a nosotros, en el «terreno de nadie». Desprendimos nuestra delegación, con la bandera blanca en la punta de la espada. Cuando llegaron al centro, el adversario dijo que debía suspender la guerrilla por agotamiento de proyectiles. Nuestro delegado, con plenas facultades, dijo que estaban conformes, y no bien se dió vuelta con «sus hombres», para dar cuenta de la comisión, fué agredido por la espalda, a cascotazos, por los «enemigos». Desde ese día los declaramos fuera de la ley de la guerra. Eran unos cobardes que no merecían la consideración de las naciones decentes. No guerrilleamos nunca más con ellos, y fuimos a buscar enemigos leales en el barrio de San Nicolás. Con esos siquiera podía uno entenderse...

No se debe renegar del vapor, de la electricidad, de los prodigiosos inventos modernos. No vale la pena echarse a hacer filosofías sobre el descreimiento y la escasez moral de los hombres del día, empujados por el vértigo de la vida, que arrastra a tantos errores humanos y sociales. Hoy el mundo está hecho de nervios y de ruedas de acero y hay en la tierra una fuerza de impulsión que se lleva por delante las montañas; pero es bueno recordar todas estas cosas de la niñez antigua, siquiera para que se reconozca que alguna vez hubo entre nosotros un fondo honrado de sinceridad, que era eje de la vida, de lealtad, que era norma de las acciones de los hombres y de los niños, y de rectitud, que era síntesis de aquel carácter moldeado en la vida austera y sencilla, sin falsías ni preconceptos.

¡Cuántos viejos de hoy quisieran que el mundo diese un vuelco hacia atrás, a los tiempos de entonces, no sólo para volver a ser niños, sino para ver si el país podría llegar a reconstituirse bajo un patrón diferente, es decir, el patrón de ayer, que era sano como una moneda de oro y limpio como un rayo de sol!...

Pero eso no puede ser... ya no existen los chicos de entonces, virtualmente, al menos.

DIBUJOS DE FORTUNY.

Americas MI ULTIMO BAILE.

A M. L. RODRÍGUEZ RIVIDAL.

¿No se anima, dotor, a dir al baile La Azucena? Juede que se divierta. Habrá güen elemento y asigún dicen van a caer mozas de La Colina.

No tuvo que esforzarse demasiado, Escudero, el mayordomo fiel, para decidirme por el programa; quince días de estancia comenzaban a aburrirme ya, y, por otra parte quería conocer «de visu» una de esas fiestas típicas de que tanto había oído hablar a Capín Sáenz Valiente.

Muy bien, Escudero: acepto la invitación — le dije — saldremos a las diez de la noche.

Va a ser tarde, dotor; de dir hay que dir ahora — me respondió el mayordomo denunciando en el tono de su voz deseos incontenibles de partir cuanto antes.

Eran las cuatro de la tarde y el sol estaba alto aún. No quise contrariarlo y dejándome convencer de que ni siquiera debía quitarme los «bridges» que llevaba puestos, emprendimos la marcha en automóvil, un modesto y sufrido automóvil que representa uno de los mejores negocios que he hecho en mi vida, pues lo cambié por el que Horacio Molina padece en Buenos Aires.

Seis leguas separan a San Enrique de La Azucena; seis leguas monótonas e interminables, de pura pampa solemne y aburrida con sus correspondientes ombúes. El viaje duró cerca de una hora a causa de una «panne» que sufrimos al enfrentar la estancia de Gómez Palacios: el motor se descompuso entusiastamente, y eso que como preventivo llevábamos magníficos pneumáticos. Durante el trayecto, mientras el mayordomo, que es un pico de oro del silencio, no profería palabra alguna, mi imaginación se anticipaba a la fiesta inminente prometiéndome momentos deliciosos.

Para una persona que no conocía fiestas de esta índole sino por las crónicas de las novelas nacionales y las farsas de los teatros criollos, es fácil suponer con cuánta curiosidad y con cuánto interés se aproximaba el momento de llegar. Y luego, el nombre de la estancia: La Azucena, ¿podía ser más poético, más sugerente, más promisor de una velada encantadora? No sé por qué capricho de la fantasía se me había puesto que en La Azucena la niña de la casa sería una linda joven de 17 años, morena, de ojos rasgados y de mirar pudoroso, peinada en una larga trenza de azabache, con un moño celeste, igual que el vestido. Se me había puesto también que a esa deliciosísima criatura la debían de festejar por lo menos dos pretendientes: un domador y un guitarrero, y que ella preferiría el último por la oposición que le harían los padres. Me había imaginado que a la fiesta concurrirían otras jóvenes como María (ya que así debía llamarse forzosamente la niña de la casa), mujeres estupendas en su rusticidad de campesinas, de bellas formas y rostros fragantes, «flores silvestres, hijas de la pampa y del amor», como diría Manolo Carlés. Me había imaginado, también, que no faltarían mozos de rompe y rasga, payadores del lugar y viejos dicharacheros, y que bajo un alero más o menos escarchado oiría entre mate y mate los alegres acordes de la huella y aplaudiría las bellas figuras del pericón.

— El baile va a ser en ese galpón que está allí detrás de «las casas», — me dijo Escudero, no bien llegamos.

Un poco confundido por el plural, pues yo no veía más que una sola casa, no muy edificante ciertamente, me detuve junto a una gran cantidad de sulkys, americanas y jardineras, cuyos caballos miraron al auto con marcada desconfianza.

Por una pequeña puerta de «las casas», por donde no podría ni le gustaría pasar a Alberto Palacios Costa, apareció don Telmo Araya, en cuyo voluminoso vientre decorado por una gruesa cadena de oro adiviné el título de propiedad sobre La Azucena.

— Muy honrado, dotor. Tanto bueno por aquí. Llegan a tiempo — dijo, mientras nos acompañaba al galpón donde supuse por la hora, que estarían tomando el te.

La densa humareda que había allí dentro me impidió distinguir bien a quince o veinte «individuos», como diría Marianito Paunero, y que algunas horas después serían mis camaradas.

Llegan muy a tiempo — insistió don Telmo, mientras ponía en mis manos un enorme cuchillo de cabo de plata.

La célebre mirada de Alejandro el Grande a su médico cuando la denuncia famosa, fué una caricia al lado de la que yo le dirigí al dueño de casa al poner en mi diestra el arma homicida.

No tardé en darme cuenta de la situación. En medio de aquel recinto, cuyo piso de tierra recordarán mis pies durante toda su vida, asábase un cordero al asador, dorado y chirriante.

Con la misma ansiedad con que el conde Ugolino de la Gerardesca en el pasaje del Infierno buscaba en las tinieblas de la torre a su hijo menor, busqué yo en torno mío el auxilio de un plato. Y al ver que todos los comensales, todos sin excepción, se administraban con las manos para trinchar y para comer, me vino a la memoria otro verso del Dante: Lasciate ogni speranza...

¡Oh, nunca sentí tanta envidia por el ñato Sarmiento Laspiur, por Lucio A. Gárcia y por Rodolfo Quesada, como en aquel instante en que tuve la evidencia de mi ignorancia en el difícil arte de la cirugía!

Si no hubiera sido por Escudero, que se comedió a servirme, me hubiese visto en aprietos horribles, tanto que para disimular mi torpeza había pensado asegurarle a Araya que yo era vegetariano.

El caso es que comí, hice de cuentas que las costillas eran espárragos y las tomé con los dedos, pero comí.

Las mujeres no se presentaron hasta después del «five o'clok diner», al que ellas le llamaron cena. Yo no sé cómo hacer para presentaros a la dueña de casa, sin excluir en la descripción un coqueto quistecito que florecía en la nuca. ¿Os lo imagináis al doctor Plaza con polleras y con un poquito más de bigote? Ahí la tenéis a doña Abelarda Pérez de Araya, madre de diez y nueve hijos, de los cuales ocho Q. E. P. D., y de setenta y cuatro nietos, de los cuales los dos menorcitos uno se llama Hipólito y otro Intervención.

Muy amable doña Abelarda. Al elogiarle su simpática fiesta, me dijo:

— Nada de eso, joven. Esto no es un baile. Las muchachas quisieron dar «unas vueltas» y nada más.

Excuso decir que mientras nosotros comíamos, en «las casas» corrió la voz eléctrica de que un forastero paquete acababa de llegar. Yo me sentía Laboullerie, en medio de las miradas que me dirigían de todas partes y todas mis actitudes respondían a la calidad del «ilustre huésped».

Juro que con María tuve un desengaño. María no era María sino Gabriela a quien le decían Grabiela. Tenía más de 30 años y no estaba vestida de celeste sino de amarillo con un gran moño violeta en el peinado.

Usaba los colores del stud Lagrange.

Según supe después no la festejaba ni un domador, ni un guitarrero, andaba «noviando» con un escocés viudo llamado Tennyson, algo así como submayordomo de la estancia de Enrique Anchorena.

En cuanto a los demás concurrentes, incluso las dos forasteras de La Colina, puedo asegurar que no creí reconocer entre ellas ni a Thais, ni a Carmen, ni a Manón, a no ser que Thais se hubiese parecido a Saá Pereyra, en rubio, que Carmen usara anteojos con lentes negros y que Manón respondiera a una invitación al vals:

— Yo no sepo, si supiera salgara, mi hermana es la que saba.

A lo largo de las paredes se extendían bancos y sillas de un indescifrable estilo. De un lado las niñas, duras, inmóviles, fijos los ojos en el techo; del otro los jóvenes, no menos inmóviles y duros, fijos los ojos en las niñas. No había tziganos. Constituían la orquesta tres guitarras y un mandolín a quienes servía de Furlatti un aficionado del Azul, autor de una mazurca titulada «Al calor de la fresca brisa». La orquesta tocó tres valses consecutivos y ninguna pareja salía a bailar. Perdonadme la tonta jactancia de creer que aquella juventud estaba cohibida por mi presencia.

Comenzaban a oirse los primeros acordes de «Sobre las olas», cuando un vecino mío abandonó su asiento con la misma resolución con que Pringles se arrojara al agua para salvar la bandera. Cruzó el espacio con rapidez y extendió la mano a Gabriela, quien aceptó con la mayor naturalidad un suave remolque hasta el medio del salón.

Todo fué empezar, pues tres minutos después doce parejas tomaban para sí la ardua tarea de nivelar el terroso piso al compás de la música.

¡Camilo Aldao, Bebé Martínez de Hoz, Arturito Gramajo, ya os hubiera querido ver a vosotros, reyes del «rig-time» y del «foxtrot», intentando el balanceo de esas mazurcas, la complicación de esos tangos, la geometría de esos «pas de quatre»!

Hacía dos horas que el baile había comenzado y yo permanecía en mi asiento junto a la dueña de casa, a quien cada vez que me preguntaba: ¿no es afecto a bailar? respondíale yo negativamente. Y se lo decía con toda buena fe, porque me resultaba harto difícil imitar la manera de mis compañeros, había una cosa que yo no hubiera podido hacer como ellos por todo el oro del mundo, y era, después de cada pieza, quedar agarrado de la mano de la niña, en una actitud semejante a esos «enlaces de provincias», que se ven en las últimas páginas de «Caras y Caretas».

Sin embargo, a las ocho de la noche, el frío me venció y no tuve más remedio que bailar un tango para distender los músculos. Lo hice como pude y a mi manera, con una joven un poco menos ágil que el gordo Ocampo y a quien después de bailar, violando las costumbres de la casa, dejé fondeada en un asiento de donde la había sacado.

— Muchas gracias.

— Usted las merece.

Me olvidaba decir que durante mi primera danza, por distracción sin duda, al bailar yo sacaba un poco la lengua. El detalle no tendría interés alguno, si a la pieza siguiente la mayoría de los jóvenes no hubiesen adoptado esa actitud, como la expresión más perfecta del «chic».

¿Quién me hubiera dicho que alguna vez tendría yo algún contacto con M. André de Fouquieres?

A las doce de la noche produjo gran alegría el anuncio de la «polka de la dama». Esta vez eran ellas las que nos sacaban y nos remolcaban hasta el centro del salón. Una vez allí se cambiaban «relaciones», donde he podido apreciar el espíritu exquisito y sutil de Tennyson, quien, si mal no recuerdo, dijo textualmente a Gabriela:

Me gusta la cinta verde
porque es color de esperanza,
más me gusta la torta frita
porque me llena la panza.

Yo salí admirablemente del paso, pues tenía frescos en la memoria algunos versos de «La Angelical Manuelita», no tan delicados quizá como los de Tennyson, pero del mismo sabor local.

Después vinieron los lanceros, cuya relación es superior a mis aptitudes, y nuevas polkas, nuevos tangos, nuevas mazurcas y nuevos valses. Me sentí Eduardo Bidau (hijo) y bailé todas las piezas como un trompo.

Por ahí me ofrecieron un mate monstruoso, interminable, que tardé cuarenta minutos en liquidar, como que estaba destinado a la «rueda» y yo había detenido — ¡ignorante de mí! — en plena circulación.

La fiesta de La Azucena, como un discurso de Oyhanarte, duró diez y siete horas. Chocolate, caramelos, caña y lechón, constituían los elementos del ambigú del que participaban furtivamente algunos chicos y otros tantos perros, no menos sociables que los chicos.

A las once de la mañana, cuando los músicos sin director comenzaban a rasguear sus instrumentos con alguna dificultad, corrió entre los concurrentes una versión angustiosa. Una de las bellezas de La Colina había desaparecido y el aficionado del Azul no se encontraba por ninguna parte.

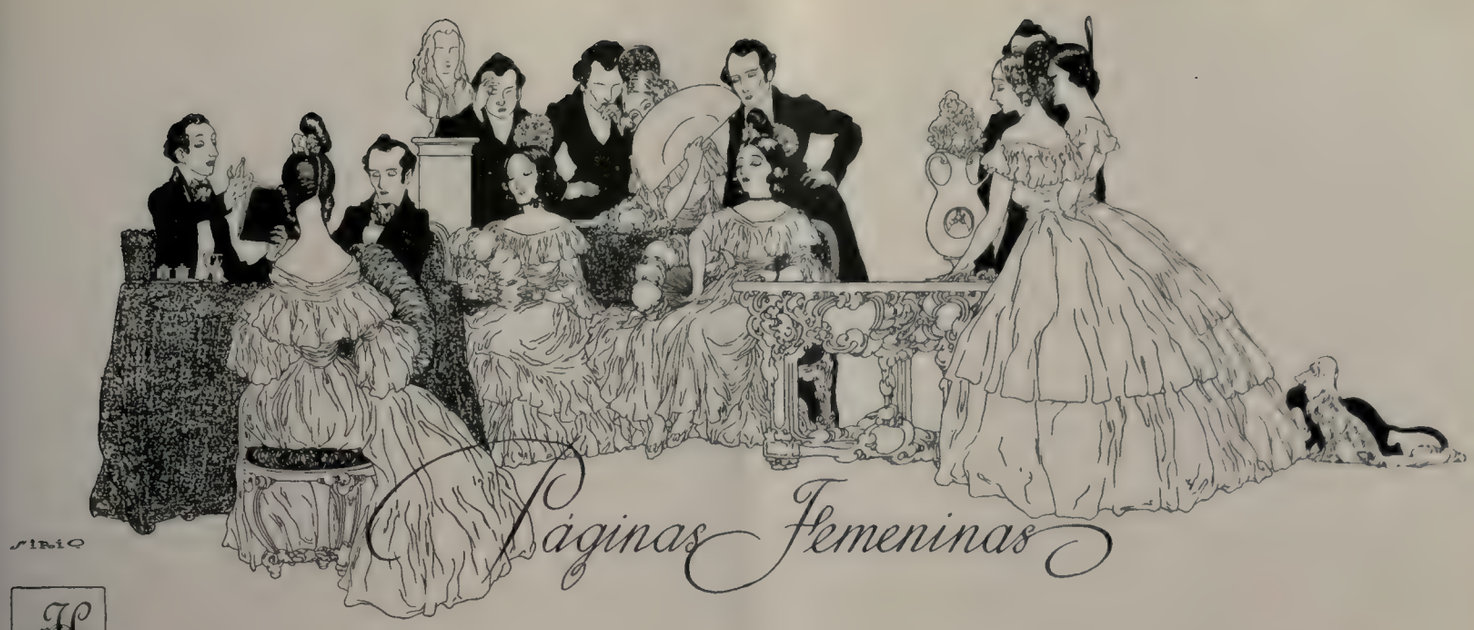
Aproveché el alboroto para salir afuera y tomar un poco de aire.

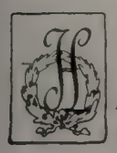
Al lado de mi auto faltaba un sulky.

DIBUJO DE SIRIO.

SEÑORA ENRIQUETA BASAVILBASO DE CATELÍN

ÓLEO DE RICHARD HALL.





Habíamos charlado largo rato en mi saloncillo: dos amplias poltronas al lado de la encendida chimenea... atenuadas las luces por los obscuros velos que nos ha impuesto la moda, el silencio, esa hora de exquisita calma, nos invitaban a charlar... y de todo un poco, naturalmente, como es de rigor entre una dueña de casa, a quien apasionan todas las vibraciones de la vida compleja que la rodea, y un intelectual de nota, *doublé* de un hombre de mundo, en toda la acepción de la palabra...

De todo se ha tratado: vida política, vida mundana, manifestaciones artísticas; no hemos acercado siquiera hacia nosotros la mesita de juego, compañera de otras horas... ¡No sé si las he confesado a ustedes, lectoras amigas, en algún momento de expansión, que en mis ataques de frivolidad, ambicionaría el pasar largas horas de mi vida con las cartas en la mano! Pero me encuentro nuevamente sola al lado de la chimenea, y remuevo los leños que protestan con rezongos y encendidos chispazos contra tan molesta intromisión...

Llega hasta mí el golpe seco de la portezuela del *taxi* que se aleja, y me parece que llegara también, estremeciendo mis hombros, alguna ráfaga del frío intenso que debe reinar fuera... La irresistible sugestión del fuego que chisporrotea nuevamente en el hogar, me hace arrellanarme en la amplia poltrona, y seguir mentalmente el interesante tema que me ha sido sugerido por el ilustre amigo que se acaba de marchar, tema que no podría dejar de confiar a ustedes, mis interesantes y consecuentes amigas...

Nada parece que nos faltara ya en esta prodigiosa cosmópolis, visitada por todas las eminencias del arte y de las letras; con su alta vida mundana, que sigue por sincero interés, o por puro *snobismo*, la producción teatral, nacional o extranjera, las exposiciones artísticas, las series de conferencias y conciertos... Sin embargo, falta algo esencial en esta intensa y agitada vida nuestra, algo esencial, lo repito, cuya iniciativa corresponde — según opinaba el eminente hombre de letras cuya personalidad no me es dado revelar — al espíritu femenino... No existe en nuestro ambiente lo que llamamos, por tradición, el *salón literario*... Pero, entendámonos: el salón literario, presidido por alguna destacada personalidad femenina, que aunara, a su autoridad social, todo el encanto necesario para congregar en su derredor las eminencias del arte y de las letras; una clara inteligencia, y un exquisito tacto para seleccionar su círculo; una superioridad de espíritu que desdeñara serenamente todas las pequeñeces latentes, hasta entre sus mismos *grandes* amigos...

¿Lo creen ustedes difícil, casi un imposible, amigas mías? Pues yo no... Abundan en nuestro ambiente social, damas cultas, inteligentísimas, cuyo trato saben valorar nuestros más eminentes pensadores; pero a unas y a otros les falta la oportunidad de reunirse, de abordar temas de alto interés social o literario, de comentar las propias obras, de hacer conocer en interesante y competente cenáculo, alguna delicada primicia... Arrastradas *ellas* por el poderoso engranaje de su actuación caritativa, que fuera del hogar absorbe gran parte de sus actividades, por los deberes que las impone el código mundano; *ellos*, porque no saben independizarse del propio círculo, — que les ensalza o critica sin descanso, — y además, porque desconfían siempre, ¡confesémoslo! de la peligrosa influencia femenina... En cambio, los que han tenido la dicha de hallar en su camino la verdadera compañera o inspiradora, viven retraídos en la intimidad del hogar...

Sería, pues, menester toda la inteligente iniciativa, todo el poderoso encanto de alguna de nuestras figuras más representativas, para atraer a un salón femenino a las que fueran dignas de comprender y admirar de cerca a nuestros maestros del pensamiento y del decir, que no habrían de desdeñar tampoco la oportunidad de conquistar el aplauso y la afectuosa simpatía de las que anhelan elevar su espíritu, cultivando a la vez su inteligencia... No he de hacer crónica detallada, para ustedes, de tantos salones femeninos que influyeron hasta en las más intensas convulsiones políticas de la historia; no creo tampoco necesario el que fueran presididos los salones literarios porteños del porvenir por literatas y poetisas, como las figuras que hicieran célebre el Hotel de Rambouillet; ninguna de ustedes concibe seguramente estas brillantes recepciones, sin evocar las figuras de Mme. de Sévigné y de Lafayette, Mademoiselle de Scudéri, o la Mariscala de Luxemburgo, de la Condesa de La Suze o de la célebre Lady Wortley Mortagne, de las señoras Meker o de Stael, de Mme. de Geulis o de Julia Talma, la adorable mujer esposa del insigne actor... No necesitamos recurrir a tales ejemplos, amigas y lectoras mías; miremos hacia atrás... recordemos las crónicas repetidas mil y mil veces en nuestro propio hogar; abramos al azar algunos de los escasos tomos que podamos consultar respecto de los usos y tradiciones de la aristocrática sociedad de antaño, y surgirá de ese pasado que les fuera a ustedes tan indiferente hasta hace poco — la moda del estilo colonial ha tenido la virtud de hacernos recordar... — la interesante visión de alguno de los salones literarios porteños de lejana tradición... Ella nos habla del *salón* presidido por doña Joaquina Izquierdo, dama cultísima, que se había sabido rodear de las más destacadas personalidades de la época; fué en tan aristocrático cenáculo donde leyeron sus tragedias y poesías Juan Cruz Varela, Luca, Rojas y Fray Cayetano... Ocupaban el estrado, rodeando a la inteligente dama, las figuras femeninas que ha perpetuado nuestra historia; Remedios Escalada, Carmen Quintanilla, Flora Azcuénaga, Isabel Casamayor, una de las damas más cultas y preparadas de su época, amiga y compañera de Mariquita Sánchez, nobles fundadoras ambas, de la tradicional corporación instituída por Rivadavia... Antonia Palacios, María Cabrera, dama también ilustradísima, con sus ribetes de poeta; y no era ella la única, puesto que es del caso recordar la célebre carta de Mariquita Sánchez a Candelaria Somellera:

« Nosotras sólo sabíamos
Ir a oir misa y rezar,
Componer nuestros vestidos
Y zurcir y remendar... »

Esas mismas porteñas llenas de ingenio, dueñas de irresistible encanto, fueron las que aplaudieron los primeros poemas de Echeverría, las que escuchaban silenciosa, devotamente, los armoniosos arpegios que improvisaba Esnaola, para acompañar las románticas endechas del gran poeta...

¿Por qué no habríamos de revivir en esta época de continua agitación, horas de tan exquisita serenidad? No faltan en nuestro presente algunas de esas figuras femeninas dignas de atraer en su derredor, con la sugestión de su clara inteligencia, de su tacto exquisito, a los maestros de nuestras letras: Ricardo Rojas, Lugones, Larreta; a prosistas y poetas de la talla de Estrada, Roldán, Grandmontagne, Melian Lafinur: críticos como Jean Paul — pero no pretendo yo, ¡pobre de mí! mencionar personalidades...

Sólo debo decir a ustedes, lectoras mías, que la iniciativa las corresponde, según dijo mi ilustre amigo, que añadió al despedirse de mí:

— Amiga mía, «ce que femme veut, Dieu le veut... »

La Dama Duende.

RECUERDOS DE SANTIAGO DE CHILE

POR DOLORES LAVALLE DE LAVALLE

Con motivo de las recientes manifestaciones de alegre simpatía, cambiadas entre las distinguidas personalidades femeninas del [illegible] y las nuestras, la dirección de estas páginas ha considerado oportuno evocar recuerdos de tiempos pasados... Chilenos y argentinos han de recorrer con verdadero interés estas breves notas, reflejos de escenas cuyo recuerdo no se habrá esfumado aún en muchos hogares. Es a la ilustre matrona argentina doña Dolores Lavalle de Lavalle, a quien debemos estos datos inéditos y llenos de interés:

«Había sido designada con el honroso cargo de figurar en la Comisión de Damas Argentinas, que debía de agasajar a la embajada chilena, durante su permanencia entre nosotros, y fué muy grande mi pesar cuando el estado delicado de mi salud me obligó a declinar un honor que constituía para mí un gratísimo deber; sobre todo cuando conocí el nombre de la esposa del Embajador Bulnes: Carmela Correa... el nombre de mi amiga querida, de la amiga predilecta de mi juventud! ¡Cuántos recuerdos comunes! La señora de Bulnes era, pues, su hija, y nieta del famoso almirante Blanco Encalada, que fué uno de los hombres más interesantes de su época; de arrogante y distinguida figura, de exquisito trato, pero absolutamente sordo, dolencia muy común en los astilleros (él había vivido siempre abordo), y que lo aislaba por completo de la vida social.

De vuelta de la misión diplomática que le confiara su gobierno ante la corte de Napoleón III, se instaló en Santiago de Chile, con su familia, frente a la casa que habitaba la familia del General Lavalle, mi padre, circunstancia que estrechó más aún nuestros vínculos de amistad; yo le profesaba verdadero cariño y admiración, y para poder conversar con él tenía siempre sobre mi piano un block de papel y un lápiz, destinado a nuestras charlas; él me hablaba y yo le escribía mis respuestas. Solía decirme a menudo:

—¡Ah! mi hijita, si todos hicieran lo que tú, no me vería privado de la sociedad; pero no puedo ir a ninguna parte por mi falta de oído.

El almirante Blanco Encalada tenía tres hijos: Félix, Julio (marino) y Florencio, muy buenos mozos los tres, sobre todo este último, que era demasiado bonito para hombre; era infaltable todos los domingos a oir la misa de once, en la Iglesia de la Compañía, con sus hijos, y después venir con ellos a casa donde le gustaba conversar de sus campañas y se encantaba contando el ataque a la «María Isabel», nave española que apresó en la guerra.

Teresa y Carmela Blanco Encalada, eran mis grandes amigas, sobre todo esta última, con quien éramos muy compañeras, y que casó con el mayorazgo Correa. Juntas seguíamos el *mes de María* en la Iglesia de la Compañía, situada a corta distancia de nuestra casa. La víspera de la solemne fiesta religiosa (8 de diciembre), sufrimos en la iglesia un calor tan excesivo, tan asfixiante, que me acobardé y dije a Carmela que no la acompañaría al día siguiente; ella fué sola... Durante la fiesta se produjo la catástrofe indescriptible: el incendio de la Iglesia de la Compañía, donde perecieron más de mil señoras. Cuando tuve conocimiento del incendio, corrí a la calle, y vi el templo envuelto en llamas y a Carmela que venía hacia mí, corriendo despavorida, con los vestidos desgarrados. Sólo pude preguntarle:

—Carmela, ¿y la gente que estaba adentro de la iglesia?...

No se... —me contestó; —a mí me ha sacado un hombre que me dejó en la calle y volvió adentro para tratar de salvar a otros...

Sólo al día siguiente, Carmela me decía:

—Lo que me horroriza es pensar que he pisado otros cuerpos que pugnaban por levantarse y no podían; ¡y esos cuerpos han quedado carbonizados entre los escombros!

Efectivamente, una vecina nuestra, Enriqueta de Lecaros, perdió en ese incendio a sus dos hijos de 14 y 16 años, dos preciosas criaturas; me horroriza el recuerdo de aquellos cuerpos desfigurados por las llamas.

Realmente fué milagroso la salvación de mi amiga Carmela Blanco Encalada de Correa, madre de la distinguida e interesante dama chilena que acaba de conquistar tantas simpatías y afectos en la Argentina. Si la providencia quiso salvar a Carmela, el destino fué cruel en cambio para su hermana, la bellísima Teresa, que llamó justamente la atención en las maravillosas fiestas del segundo imperio; a su regreso a Santiago, se vió rodeada de una corte de adoradores; me parece que la estoy viendo, en un suntuoso baile de fantasía, que eran el furor de aquella época, haciéndose en ellos derroche de lujo y elegancia; había elegido el traje de María Antonieta, y vestía de brocato celeste y fichú de encajes; la peluca empolvada realzaba su espléndida belleza, y para que su papel fuera completo, se hizo acompañar para entrar al salón, con el hombre más buen mozo de aquel tiempo, Cirilo Vigil, que llevaba el traje de Luis XVI.

Entre los adoradores de Teresa figuraba Francisco Echeverría, un verdadero potentado, dueño de tan fabulosas riquezas que se le llamaba, en Santiago, Montecristo. Para estrenar su magnífico palacio, ofreció un baile regio; puede juzgarse su suntuosidad por este detalle: En la sala destinada a toilette de las señoras, hizo colocar un enorme espejo, que tenía por cornisa un letrero con grandes letras de brillantes, que decía: *A las señoritas de Santiago*. Teresa aceptó los homenajes de Francisco Echeverría y fué la esposa del Montecristo chileno. ¡Quién hubiera podido predecir su trágico fin!

Se hallaban pasando una temporada en uno de los grandes establecimientos mineros; estando ausente Echeverría, llegó a visitarlo un caballero inglés, que quería conocer las grandes maquinarias destinadas a moler los metales, y Teresa se ofreció entonces a servirle de guía.

Entre esas máquinas, unas estaban a flor de tierra, y otras en bóvedas subterráneas, pero ligadas entre sí por grandes ruedas dentadas que giraban a flor de tierra...

En aquella época se usaban los vestidos largos; la desgraciada Teresa lucía esa tarde un elegante traje de color, que no tuvo la precaución de recoger; en un descuido, fué tomado por una de las enormes ruedas, que lo envolvió con tal rapidez, que el potente engranaje dividió aquel hermoso cuerpo, arrojando el busto a poca distancia sobre la tierra, y el resto cayó al subterráneo.

Fué tan espantosa la impresión que produjera en el caballero inglés el trágico espectáculo, que perdió repentinamense la razón y fué recluído largos meses.

El nombre de la digna embajadora de Chile me ha hecho revivir dulces y trágicos recuerdos... y lamentar también intensamente el no haber podido evocar con la señora de don Gonzalo Bulnes la sincera amistad que uniera otrora a las familias de Blanco Encalada y de Lavalle.»

EL ALMIRANTE DON MANUEL BLANCO ENCALADA, CON EL GUARDIAMARINA SU HIJO JULIO.

PEQUEÑAS ARTISTAS

CELIA FASCE.

VIRGINIA NEFF.

IRMA WILLIAMS.

EDITH STABILE.

ELSA PIAGGIO.

Irma Williams, Celia Fasce, Virginia Neff, Edith Stabile, Elsa Piaggio... pianistas en miniatura, prodigiosas ejecutantes, que serán al correr de los años celebridades artísticas...

Hay que oirlas interpretar las páginas que les enseñara su excelso maestro don Alberto Williams. Aplaudir la técnica maravillosa de esas manos diminutas, y la expresión que saben dar a cada frase musical. Irma Williams no desmiente su abolengo artístico; expresa con armoniosas frases su propia inspiración.

Sus compañeras de estudio han revelado, en [illegible] madurez, cual es el pensamiento que las preocupa al hacer vibrar los primeros acordes del número de concierto que les corresponde:

«Canción de colegiales».

—Lo primero que pienso, es en no equivocarme. Después me figuro a los colegiales cantando mientras juegan; ¡si pudieran cantar y jugar, siguiendo el compás, Lola, Julio y Celita, mis tres muñecas! Y también en que si toco bien, podré comer chocolates Suchard; ¡esa es la golosina más rica!

CELIA FASCE.

«Payasos, op. 77». «Pierrot y Pulcinella».

—Pienso en un pierrot alegre todo blanco, y que Pulcinella es todo punzó, lleno de cintas, y que tiene un bonete puntiagudo con muchos cascabeles que suenan cuando yo toco.

EDITH STABILE.

«Canción de chicuela».

—Me parece que oigo cantar a muchos chicos y a muchas chicas, que les cantan a sus muñecas; yo también tengo muchas...

VIRGINIA NEFF.

«Saludo de los payasos». «Frank Brown bailando». «El payaso está triste».

—Me parece que todos los payasos me saludan con sus galeras negras, y que Frank Brown baila con una cara triste, muy triste

ELSA PIAGGIO.

ENCUESTA

¿En qué forma, la mujer pudiente puede [illegible] en que [illegible] la obrera [illegible]?

Mucho se puede escribir contestando la Encuesta; pero para ello se requiere estudiar la cuestión muy a fondo. Me dedicaré sólo a tratar el asunto en la parte que todos podemos juzgar por ser harto conocida.

Empezaré por la ayuda material: Ante todo, creo que lo más urgente, sería tratar que el trabajo de la obrera fuera mejor remunerado. No me refiero al salario que recibe en las fábricas, que tengo entendido es equitativo, pero sí, al pago inadecuado que reciben tantas pobres mujeres que no pueden salir de sus hogares; unas porque están cargadas de hijos, otras jóvenes por los peligros que para ellas tienen las fábricas, y que recurren al trabajo manual que les dan las grandes tiendas, en bordados, costuras, etc., y que es remunerado de una manera irrisoria. ¿No se podría hacer algo para que esa injusticia desapareciera y se contentaran esas grandes compañías con una ganancia más equitativa?

Otra cosa interesante sería establecer unas *crèches*, copiando algo de las numerosas que hay en París. Se trata de un establecimiento a donde las mujeres que van al trabajo, puedan dejar sus hijos que no tengan aún la edad reglamentaria para ir al colegio. Una especie de «Jardines de infantes», a donde los niños recibieran jugando las primeras nociones de instrucción y un alimento sano.

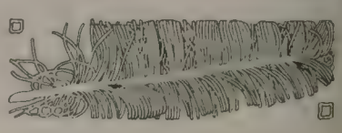
Esto sería de gran utilidad, porque no se puede exigir a esas desgraciadas que vayan a trabajar tranquilas, cuando dejan solos en el conventillo a cinco o seis hijitos menores a veces de ocho años, a la merced de alguna vecina caritativa, que les dé algo que comer, pero que no se puede ocupar mayormente de ellos! ¡Cuántos beneficios ello traería, primero se suprimiría en gran parte la mendicidad, pues la madre podría ganar algo y se haría obra patriótica porque son esos niños los que después harán la grandeza del país, y de esa manera se salvaría sus cuerpecitos del hambre, y su alma del vicio, pues no se acostumbrarían desde la infancia a la holgazanería, el principio de todos los males!

Insisto en esto porque estoy convencida de los beneficios que ello traería. Muchas veces visitando, como Dama de las Conferencias de San Vicente de Paul, nuestros pobres parroquiales, nos han contestado al preguntarle a alguna pobre mujer porque no trabajaba: «pero señora, ¿con quién dejo yo mis hijos?», y no hemos tenido que responderle, encontrándole toda la razón. Esos establecimientos que deberían situarse en los barrios pobres, y buscar para ellos la ayuda del gobierno y de los particulares, se abrirían a la misma hora de las fábricas y en ellos depositarían de paso, sus hijos las obreras, para recogerlos de vuelta al hogar. Podrían ponerse bajo la dirección de Hermanas de la Caridad y la vigilancia de una comisión de señoras.

Los restaurants baratos, cerca de las fábricas, también serían de suma utilidad.

En cuanto a lo que se refiere a la elevación intelectual de la obrera, creo que también habría mucho que hacer, pero es obra del tiempo, por no hallarse quizás aún un campo propicio para ello y no ser de tan urgente necesidad.

HILDA VIEYRA DE DÍAZ VALDES.



Srta. DOMINGA SAENZ VALIENTE

FOTOGRAFÍA
DE WITCOMB

EL REFLEJO DE LA ESCENA

POR NICANOR R. NEWTON

Cuando, por desgracia, me veo en la necesidad de asistir a la representación de una obra que ha dejado de interesarme, ya sea porque la conozco de memoria o por cualquiera otra circunstancia, en vez de dejarme arrastrar por el hastío consiguiente, trato de hacerla nuevamente interesante merced a un método muy sencillo.

Mi método consiste en volver a *ver* la pieza; pero ya no por mis propios ojos, sino indirectamente, por reflexión, por el efecto que produce en otros espectadores, y observar como una misma escena, a veces una misma palabra, provoca emociones distintas en personas distintas, según sea su temperamento, su estado de ánimo o su educación artística.

Hoy asisto a esta representación por imposición de la señora de Peralta, una joven señora muy hermosa, muy espiritual y muy amable a quien encontré días pasados en la fiesta del doctor Funes y me ofreció esta butaca que ocupo y que tuve que aceptar, pues la señora de Peralta es de esas personitas a quienes no se les puede decir que no. Y aquí me tienen ustedes escuchando por la no-sé-cuanto-enésima vez esta comedia que parece acecharme en su obstinada persecución, y que si en un tiempo me agradó, ahora me revienta.

Pero observemos los ocupantes del palco de enfrente.

Esa señora lánguida y rubia de grandes ojos claros y de escuálido escote, que está sentada más próximo al escenario, es doña Ofelia Rodríguez Peña de Bonnefoi, quien, a pesar de su apellido patricio, desciende de una familia pobre pero poco honesta. Su padre, un José Rodríguez cualquiera, fué un truhán, un ave negra, que dió lustre a su apellido, para que le sirviera de escudo protector, barnizándolo con una Peña que, según él, había descubierto en una de sus ascendientes. La madre de doña Ofelia fué una pobre mujer sin carácter ni vergüenza que, en el afán de figurar en sociedad, sirvióle a su esposo de instrumento ciego e incondicional para sus trapisondas. Doña Agueda, que así se llamaba esta infeliz mujer, murió dejando a su hija, joven y matrimoniable, al cuidado de don José, para quien era un obstáculo en su tenebrosa carrera. Un campo en el Chaco, de valor negativo en esos años que siguieron al 90 — despreciable piltrafa que quedó en sus insaciables garras de buitre en el despojo de una de sus innumerables víctimas — le sirvió para casar a su hija con el francés Gaston Bonnefoi y quedar así con las manos libres para manejar los hilos de sus personajes de Grand Guignol. Pero un día nefasto se le enredaron los hilos y desde entonces hasta su muerte fué conocido por el número 485 en la Penitenciaría Nacional.

Doña Ofelia, con los ojos brillantes de emoción, al escuchar las palabras con que la Tovar, desde su balcón, se despide tiernamente de Palmeda, recuerda tiempos pasados, piensa en Julio Mendoza el estudiante de medicina con quien pelaba la pava desde la ventana de la sala y piensa también con amargura en su despótico padre que cortó ese idilio brutalmente para casarla con Bonnefoi. Quizás en su ultra-romanticismo piensa también en el futuro, y — al fin Ofelia — desilusionada porque la vida es realidad, sueña con un lecho flotante de blancos pétalos sobre las dormidas aguas de un lago.

El que está a su lado es su esposo monsieur Gaston, como se le llama generalmente. Vino con sus padres a la Argentina cuando aún no sabía chuparse el dedo. Pero cuando aprendió, no se lo chupó más. Como en sus correrías por el interior de la República, buscándose la vida, había sospechado el porvenir de los quebrachales, cuando don José Rodríguez Peña le tendió el anzuelo con la carnada del campo en el Chaco, se lo tragó con aire de perfecto imbécil y hoy hace socarronamente la digestión. ¡Qué nene! Toma la vida a la *sans façon* y busca su comodidad, aun cuando las señoras se queden sin gemelos. Se deja poner los brillantes en la pechera, pero en cambio si se le tuerce la corbata *tant pis pour elle*. Lleva su carácter estereotipado en el rostro. Es el arquetipo del hombre feliz, que le juega risa a todo y aprovecha de todo para su risa.

Como le conozco bien, sé que ahora no ríe de las palabras de despedida de la Tovar a Palmeda, sino de los esfuerzos desesperados que, debido a su exigua estatura, se ve obligado a hacer éste para besar la mano de aquélla.

La respetable señora de las cuatro plumas, para quien el teatro es sueño y que yace aplastada por su collar de perlas en el fondo del palco, es la mamá de M. Gaston. Como se comprenderá, en este momento su valor es nulo como aparato reflector.

La sentimental criatura de cabellos rubios que M. Gaston tiene a su izquierda, es su hija Gaby.

La música de los versos hace soñar sus lánguidos y soñadores ojos. ¡Ay, si el chico que pasa diariamente por debajo de su balcón y que ahora está allí cerca, en su butaca; que la sigue por todas partes y lo encuentra en Harrods, en Palermo, en el Select, fuese así! ¡Si se atreviera y hablara!...

Y dulcemente su tierno corazón palpita.

DIBUJO DE CENTURIÓN.

Una regia mansión del más puro estilo inglés, época Georgian y Jacobino

Entre los suntuosos palacios que por su lujo y esplendor constituyen verdaderos monumentos del arte decorativo en nuestro país, no sólo por la ornamentación exterior, sino también y quizás más aún, por la riqueza y esplendidez de sus decoraciones interiores, merece muy especial mención la señorial morada que posee el distinguido hacendado, señor Juan Nelson, cuyas dotes de excelente caballero le han conquistado hace muchos años merecido aprecio y consideración en nuestra sociedad.

Engalanamos hoy nuestras páginas con algunas vistas interiores de su magnífica residencia, en las que se reproducen nítidamente los detalles característicos de los estilos «Georgian» y «Jacobinos», que rigen el decorado y moblaje, dando al conjunto su inconfundible carácter, por la belleza y sobriedad de las líneas.

La elección de la época que rememoran los mencionados estilos presentan al señor Nelson no sólo como persona de refinado gusto, sino también y muy especialmente, como amante fervoroso de las tradiciones de su país, puesto que ha procurado reproducir el familiar ambiente característico de los hogares ingleses en el siglo XVIII,

ESCALERA QUE DA ACCESO A LA GALERÍA DEL PRIMER PISO

LA ESPLÉNDIDA CHIMENEA DEL «HALL» Y EL MAGNÍFICO ARCO DE ENTRADA.

UN RINCÓN DE LA SALA

VISTA DEL COMEDOR, DESDE EL JARDÍN DE INVIERNO.

para mantener latente en la memoria, a pesar de la distancia que lo separa de su patria, las legendarias hazañas e interesantes aventuras con que los hijos del norte llenaban de asombro al mundo entero con sus admirables proezas, en las que cada héroe se esforzaba por emular las extraordinarias narraciones de Ivanhoe.

La simple contemplación de los grabados da la evidencia de que la idea matriz de toda la regia ornamentación ha sido aunar el máximo de confort y la más exquisita elegancia con la riqueza de los antiguos «Period Homes» ingleses, y ello se ha logrado con maravilloso éxito hasta en los más mínimos detalles, remedados con perfección sorprendente.

La somera descripción que continúa dará al lector una idea, muy pálida por cierto, de cuanto dejamos dicho referente a la elegancia y buen gusto con que ha dispuesto su mansión el señor Juan Nelson. Y será motivo de íntimo orgullo para nuestros compatriotas saber que esta magnífica obra de ornamentación y moblaje ha sido ejecutada por completo en Buenos Aires, lo cual demuestra la existencia de verdaderos artífices entre nosotros.

El «hall», de amplias proporciones, está revestido de roble fino, destacándose en él una graciosa escalera que conduce al primer piso, donde remata en una galería trilátera, copia fiel de las que existen en las mansiones de Audley End y Broughton, Castle de Banbury, en Inglaterra. Del lado opuesto levántanse dos preciosos arcos descansando sobre pesadas columnas y una magnífica chimenea reproducción exacta de la de Knole House Sevenvaks, que es un modelo de distinción y buen gusto.

La sala, del más puro estilo « Georgian », es un exacto reflejo de la casa Belton, en Grantham, Lincolnshire (arquitecto: señor Christopher Wren); da sobre la calle Uruguay y tiene sus paredes revestidas de rosa de Damasco sobre cubos blancos, que dan una preciosa entonación al recinto. Las molduras de yeso del techo son de excepcional belleza y los ornamentos que rematan los ojiveles de las ventanas y las puertas son hábiles imitaciones de los celebrados «Grinling Gibbons» de universal y justificado renombre; pero el centro de atracción de esta majestuosa sala es, sin duda alguna, la soberbia chimenea delicadamente tallada en madera de dos tonos, verde pálido y blanco marfil, sobre la que se verá pronto una maestra obra de arte.

Un corredor decorado con artísticos recuadros de maderas finas, nos conduce al comedor, en el cual la vista de los comensales puede deleitarse en la contemplación de un lujuriante jardín de invierno. Esta pieza ha sido ornamentada, según el estilo

LA BIBLIOTECA.

«Jacobino» moderno, con pesadas molduras y tirantes en el techo que le dan verdadero carácter. Para el cielorraso, comprendido entre estos tirantes, se ha empleado yeso escocés de suave tonalidad. El regio aparador de la izquierda posee hermosas vitrinas de cristal a ambos lados, las que producen un magnífico efecto de luz, rompiendo así la monotonía de la línea que de otra manera resultaría pesada y obscura. Una amplia chimenea, adornada con delicados jarrones de estilo japonés antiguo y de cobre viejo, completan la ornamentación de este familiar aposento.

Aunque más sencillo en su conjunto, es digno de mencionarse el estudio del señor Nelson, en el que todos los espacios libres han sido ocupados por las numerosas copas ganadas en las exposiciones y certámenes ganaderos a que ha presentado los magníficos ejemplares que han cimentado sólidamente la fama de su propietario como hacendado emprendedor y progresista, y las no menos valiosas que han ganado sus distinguidos hijos en las lides deportivas. Los cálidos tonos de las paredes, la riquísima alfombra que cubre el suelo y el tapizado antiguo de las sillas, dan una impresión de lujo y de intimidad muy apropiada al uso a que está destinada esta pieza.

En resumen: la soberbia mansión del señor Nelson demuestra que aumentan en Buenos Aires los espléndidos palacios que pueden parangonarse con los de mayor renombre, y puede su afortunado dueño sentirse orgulloso de haber sabido disponer un verdadero «home» inglés, que a pesar de sus riquezas no posea la frialdad de un museo.

Tenemos entendido que toda esta magnífica obra de ornamentación fué confiada a la reconocida capacidad de la Casa Thompson, Muebles Lda. de la calle Florida, a cuyos directores nos hacemos un grato deber en felicitar sinceramente por el éxito obtenido.

Esto prueba una vez más que no es necesario recurrir al extranjero para obtener obras de mérito y que podemos vanagloriarnos de haber alcanzado un grado de adelanto envidiable, que puede ser mucho mayor con un poco de perseverancia y patriotismo.

Toda

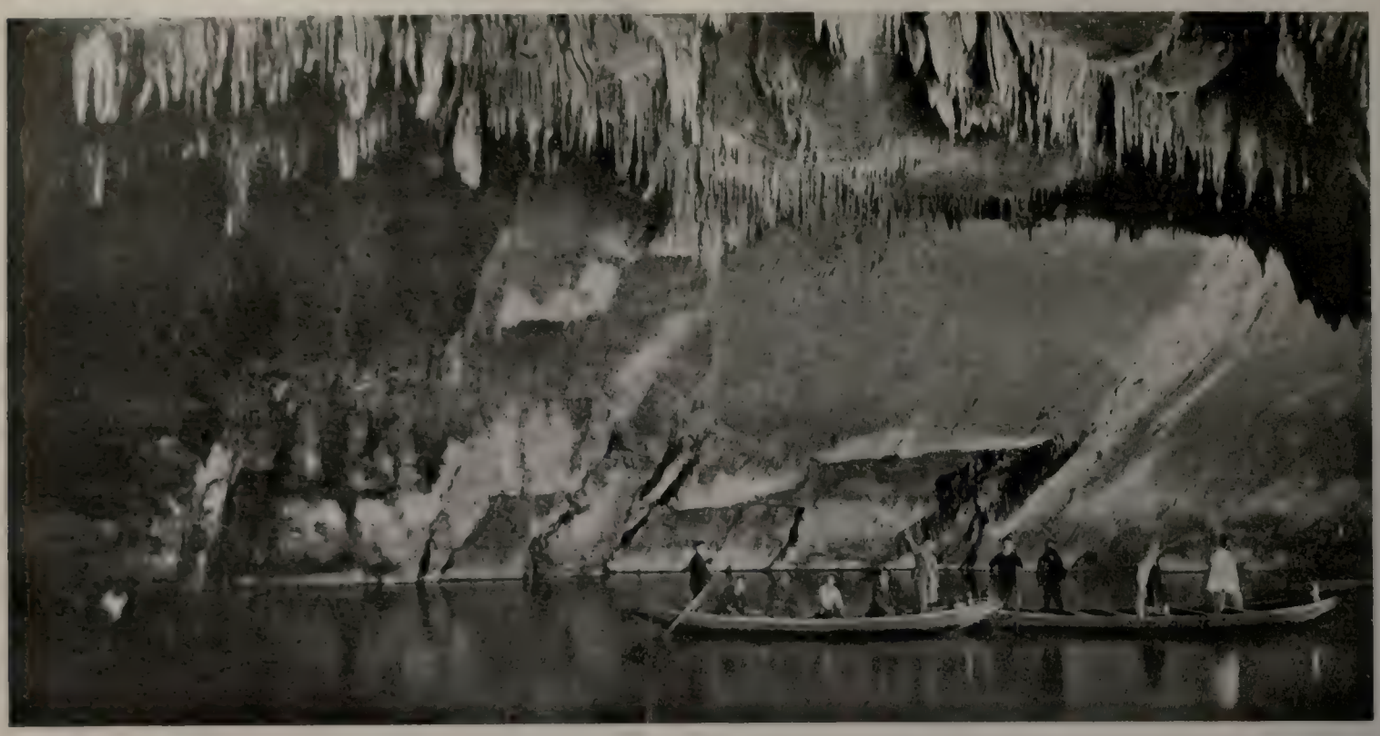
SOMBRERO DE PAJA RAMALLÉ, COLOR NATURAL. BAJO DE ALA Y COPA DE TERCIOPELO AZUL, ADORNADO DE FANTASÍA DE ALAS. MODELO DE LA MAISON MARGUERITE LEONIE.

«PETIT CANOTIER», COPA DE PAJA MALLINA BLANCA, ALA DE TAFFETÁS NEGRO CON BORDE DE GALÓN DE CHENILLE Y ANGORA, CINTA DE «GROS-GRAIN». MODELO DE LA MAISON MARIE LOUISE.

CLOCHE DE GRAN «CHIC», TODA EN PLUMA DE AVESTRUZ «BLUE FRANCE» BAJO DE ALA DE CRÊPE DE CHINE. MODELO DE LA MAISON REBOUX.

BRETÓN DE PAJA INGLESA «SOUPLE», SOBRE ALA DE TERCIOPELO DRAPÉ AZUL MARINO. MODELO DE LA MAISON LEWIS.

LA GRUTA DE HAN-SUR-LESSE



Son pocas las grutas que poseen salas inmensas; casi todas se reducen a pequeños recintos más o menes adornados por la naturaleza. La filtración del agua en los terrenos calcáreos, verdadero agente productor de las cavernas, raras veces forma grandes huecos subterráneos.

Compárase acertadamente, el sistema de distribución de esas aguas con el de la circulación de la sangre en el cuerpo humano. Las corrientes subterráneas se distribuyen en galerías y pozos semejantes a las arterias y venas.

Así, que resulta difícil encontrar depósitos de agua que tengan una gran extensión superficial. Las grutas Adelsberg (Austria), Dargila y Padirac (Francia), y la de Han - Sur - Lesse (Bélgica), son excepciones de esa regla general.

Esta última, posee una sala de enormes proporciones. La gruta de Han - Sur - Lesse, en cuya seno se pierde el río Lesse, es, por lo tanto, una de las maravillas subterráneas preferidas por los turistas. Tiene un desenvolvimiento de unos cinco mil metros cuadrados, formando un lago donde navegan los botes que los visitantes utilizan para recorrer la gruta.

DUNLOP

ES EL FUNDADOR
DE LA INDUSTRIA
DEL PNEUMATICO

ESTOS SON LOS PNEUMATICOS QUE HAN RECORRIDO EL MUNDO DE EXITO EN EXITO,
POR SU
RESISTENCIA, CALIDAD Y KILOMETRAJE
1299, VIAMONTE, 1299
UNION TELEFONICA, 6301, Juncal

Una cara bonita siempre atrae pero...

...la belleza del rostro es tan sólo un reflejo de la salud del cuerpo y de la vitalidad del organismo, y es inútil, por tanto, el tiempo que se pierde en el tocador, cuando existen otras causas. El camino más derecho y más seguro para conservar limpio el cutis, consiste en purificar la sangre. Para evitar las arrugas y la flacidez de las carnes en alimentar los tejidos. Para conservar las energías y la alegría juveniles en fortificar los nervios.

Iperbiotina Malesci

al purificar la sangre, alimentar los tejidos y equilibrar el sistema nervioso, hace más por la conservación de la belleza femenina que todos los llamados "secretos del tocador" reunidos. Su acción rápida y eficaz la ha puesto a la cabeza de todos los tónicos conocidos.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 - BUENOS AIRES

EL ARTE EN LOS ESTADOS UNIDOS

OBRAS PERTENECIENTES A RICOS AMERICANOS, EXPUESTAS EN EL ESTUDIO DEL CÉLEBRE ESCULTOR RODOLFO EVANS.

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO
(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO
COMO RECLAME

Precioso Chalet construído con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y cumunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

$ 7.800 c/l Hasta el 31 de Enero de 1919.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As.-U. T., 5448, LIB.

GATOS DE ANGORA

SANGRE PURA, BLANCOS Y DE COLOR

EN VENTA:
"VILLA EXCELSIOR"
CALLE JURAMENTO, 5148
VILLA CRUCIS (CAPITAL)

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.— m/n	
Semestre (6 »)	» 6.—	»
Año (12 »)	» 11.—	»
Número suelto	» 1.—	»

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

ESPLÉNDIDOS SALÓN Y SALITA, CONSTRUÍDOS POR LA CASA DECORADORA

WARING Y GILLOW

EN EL PALACIO DEL DOCTOR CARLOS DOSE

Una nueva obra ha producido la casa Waring y Gillow, y, como la anterior exhibida ya en esta revista, constituye una verdadera obra de arte noble, en el que los detalles y el conjunto, hablan sugestivamente al espíritu. No hay duda de que la influencia estética de esta casa va afirmándose en el ánimo de las familias pudientes y día llegará en que nos veremos obligados a reconocer cuánto ella ha gravitado en nuestros gustos; cuánto ha hecho en el sentido de despertar nuestro amor a la belleza decorativa; en la transformación de las rutinarias arquitecturas interiores; de los vergonzantes moblajes de la fábrica vulgar, de la ebanistería de cargazón — que aun prevalecen, a pesar de nuestros progresos espirituales.

Las dos obras con que engalanamos esta página, son admirables y merecerán sin duda el aplauso de los entendidos. Ambas son del más puro estilo Georgian, de la 2.ª época. En la decoración del gran salón, predominan los colores verde y oro, siendo los cortinados de rico raso color de rosa y los paneles, de valioso damasco de seda. En el friso se ve un juego de pinturas decorativas de gran efecto, y tras la cornisa, alrededor de la habitación, la luz se ha dispuesto de manera difusa, cual si viniera de lo alto, tamizada. El moblaje es todo dorado y aunque el colorido de las pinturas es fuerte, tal como corresponde a su estilo, es, sin embargo, armonioso, adquiriendo el conjunto, majestuoso aspecto, característico de ese arte, poco difundido en estos países.

La salita se halla separada del salón por una gran arcada y un piso de más alto nivel, dándose acceso a la misma por medio de dos escalones. La decoración de esta salita ha sido tratada de la manera más original, pues es una combinación del Arte Oriental con la decoración inglesa del siglo XVIII.

Las paredes están decoradas hasta la altura de tres metros, con un friso continuado de antiguos paneles de laca chinesca, y el espacio entre este friso y la cornisa, se halla tapizado de raso negro, que entona maravillosamente con el fondo obscuro de los paneles de laca. Tanto las cortinas como el tapizado del piso, es de color violeta. Nótase, también, una espléndida chimenea de mármol, sobre la que existe un espejo ricamente tallado y plateado antiguo. El cielo raso es de forma cupular y la parte de madera, de nogal lustrado. El efecto general de esta salita es tranquilo, como para hallar en ella la serenidad sedante, deseada por la inteligencia que medita, por el espíritu que anhela la penumbra y el silencio, y forma contraste amable con el intenso colorido del gran salón, formando, así, ambas piezas, un complemento ideal, en una perfecta armonía de matices.

Esta obra merece, pues, el homenaje de un triunfo para la casa Waring y Gillow, y se lo presentamos, como un estímulo á sus esfuerzos que tanto dicen en pro de la cultura bonaerense.

PHILIPS ARGA
LA MEJOR LÁMPARA
SE VENDE EN TODAS PARTES
FABRICANTES:
PHILIPS LIMITED, EINDHOVEN (Holanda)
ÚNICOS AGENTES:
BOSCO, VILA & MARZONI - BUENOS AIRES

ANTENOR EL SANTERO

CIGARRILLOS
43
DE 20,30,40 Cts
CIGARRILLOS
43
0,30,40 Cts

NUEVA YORK — BANQUETE EN EL HOTEL WALDORF ASTORIA, EN HONOR DE LA OFICIALIDAD DE LOS ACORAZADOS ARGENTINO Y BRASILEÑO. El banquete fué ofrecido por la Comisión de Defensa Nacional a la oficialidad del acorazado argentino «Rivadavia» y del acorazado brasileño «Sao Paulo», el 21 de agosto último. Entre los que en él hicieron uso de la palabra, figuran el doctor Rómulo S. Naón, embajador de la Argentina; el señor don Domicio da Gama, embajador del Brasil; el señor Josephus Daniels, ministro de Marina de los Estados Unidos; el comediógrafo Augustus Thomas; el capitán Carlos Daireaux, comandante del «Rivadavia»; el capitán César Augusto de Mello, comandante del «Sao Paulo»; el señor William Fellowes Morgan y el señor John Barret, director general de la Unión Panamericana.

FOTOGRAFÍA DE DRUCKER Y CO.

RECETAS caseras y sencillas para conservar la BELLEZA JUVENIL

por Charlotte Rouvier

BARRILLOS GRASIENTOS Y POROSOS

EL nuevo tratamiento del cutis del rostro por el sistema del baño espumante de la cara, extirpa instantáneamente los puntos negros, grasas y poros que nos afean. Es inofensivo por completo, agradable y de un efecto inmediato. Todo lo que tiene usted que hacer es echar una tableta de stymol (de venta en las farmacias y droguerías) en un vaso de agua caliente, y tan pronto como haya desaparecido la efervescencia que se produce, bañe usted su cara con este líquido. Cuando se seque usted encontrará que los puntos negros han salido de su guarida para ir a morir en la toalla, que los poros de su cara se han contraído y que también ha desaparecido la grasitud, dejando el rostro liso, suave y fresco. Este tratamiento debe repetirlo usted con intervalos de varios días, para asegurarse de que ese primer resultado se convierte en realidad permanente.

LAS CANAS. — REMEDIO CASERO

SON muchas las razones para que consideremos a las canas como huéspedes molestos, y muchas también las que nos hacen aborrecer el uso de los tintes. Y, por otra parte, no hay razón para tener canas si no queremos tenerlas. Devolver el color natural a las canas es realmente la cosa más sencilla. Basta comprar en la botica dos onzas de tammalite y mezclarlas con tres onzas de «bay rhum» o espíritu de laurel. Aplíquese la loción a la cabellera por medio de una esponjita durante algunas noches, y las canas irán desapareciendo paulatinamente. Este líquido no es pegajoso ni grasiento, ni tampoco produce daño de ningún género al cabello. Ha estado en uso durante generaciones que han conocido la fórmula, con los más satisfactorios resultados. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

EL BUEN SENTIDO Y EL CUTIS

HASTA en las investigaciones de la ciencia, en lo que a la belleza del cutis se refiere, va imponiéndose la doctrina del buen sentido. En lugar de obstruir el natural funcionamiento de los poros con el uso de cosméticos, la mujer de talento adopta en la actualidad el «método de absorción», que consiste sencillamente en eliminar por medio de absorción el cutis exterior marchito y gastado que por cualquier razón la naturaleza no ha desprendido en la forma usual en una piel sana y joven. Bajo el cutis exterior, rugoso y manchado, toda mujer tiene una piel hermosísima.

Para extirpar este velo de aspecto desagradable, las mujeres inteligentes usan simplemente un poco de buena cera mercolizada, extendiéndola sobre la piel como si se tratara de cold cream. El resultado es inmediato, pues, en poco tiempo, la cera absorbe la epidermis externa de poca vida, cayendo aquélla en forma de copos microscópicos y descubriendo el cutis bellísimo y joven que se encuentra debajo.

Si desean hacer la prueba, adquieran en la farmacia un poco de buena cera mercolizada, aplicándola por las noches a manera de cold cream sobre el cutis. Nada tiene de desagradable y el resultado que con tal procedimiento se obtiene es maravilloso, pues devuelve la felicidad a cualquier mujer, que puede sentir entonces las delicias de un cutis lozano y fresco.

Tengo entendido que el producto genuino se expende al público en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax» impresa en azul.

PARA EXTIRPAR LAS RAICES DEL VELLO

LAS damas a quienes contrarie el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que hay un medio de hacerlo desaparecer, no sólo temporalmente, sino de matar por completo sus raíces. Para este propósito basta aplicar porlac puro pulverizado a la parte donde se haya presentado ese huésped molesto. Este tratamiento se recomienda porque borra instantáneamente el vello y además extirpa para siempre sus raíces de tal manera que el vello no vuelve a hacer su aparición. Una onza de porlac, que puede usted comprar en cualquier botica, es suficiente para el caso.

EL ATRACTIVO DE LOS CABELLOS ABUNDANTES

LA belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante, están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada uno cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

¡Esos Deditos Dejan Grandes Marcas!

La Cera Preparada de Johnson no retiene las marcas de los dedos. Proporciona una superficie brillante, como cristal, que protege el barníz contra la humedad y el calor. La

CERA PREPARADA DE JOHNSON

no contiene aceite. No se pone pegajosa en tiempo caluroso. *No puede recoger el polvo.* Conserva el barníz—cubre manchas y rayas—evita que el barníz se parta—y devuelve la belleza primitiva del acabado.

La Cera Preparada de Johnson es insuperable para pulir:

pianos, fonógrafos, muebles, pisos, linóleo, objetos de cuero, etc.

Para dar lustre a la caja, guardafangos, tapicería, etc., de automóviles, se hallará que la Cera Preparada de Johnson es sin igual. Aumenta la belleza del acabado y lo protege contra el aceite, lodo, alquitrán y grasa. Es a prueba de polvo y agua. Aplicando esta cera, el lavado durará más.

Quedará Ud. altamente satisfecho con los resultados de una sola aplicación de la Cera Preparada de Johnson. El almacén donde haga Ud. sus compras puede proporcionarle los productos Johnson; si nos los tuvieren, ellos pueden obtenerlos de los distribuidores:

JANKEE SPECIALTIES AGENCY

Rivadavia, 1255
Buenos Aires

Fabricantes
S.C. JOHNSON & SON
Racine, Wis., E. U. A.

DIA DE NIEBLA

A veces, Buenos Aires que, según afirman los viajeros, se asemeja a París, viste un manto de espesa niebla para tomar un ligero tinte londinense. Y en esos días y noches nebulosas, el tráfico y los cerebros se abruman, menudean los choques y el malhumor.

Pero, justo es decirlo, la ciudad se embellece, gracias al adorno de ese manto tupido. Las siluetas de los edificios se transparentan como rostros de mujeres ya arrugadas y las calles enmudecen.

De pronto, entre la grisácea penumbra óyese un son metálico de corneta. El forastero sorprendido piensa en la bocina de Hernani, la trompa de Lohengrin o el clarín del Juicio Final. Y, lentamente, rompiendo la niebla surge un personaje extraño. Con paradójica paciencia, este hombre de la bocina empuja una maquinita de tren. Mucho ruído, pocas nueces y bastantes manises... Trátase del manisero, del vendedor de cacahués, dicho sea en casi puro idioma azteca.

Aquella locomotora de parodia es uno de los pocos vehículos que no temen los peligros del nublado tráfico. La hornilla, mediante la cual el mercader modesto calienta sus manises, arroja un humo que va a fundirse con la neblina, y los sones de la trompa también mueren en el ambiente hostil sin sacar ecos del bolsillo del parroquiano.

Los niños, fieles devotos del manisero, no juegan en las plazas. La bruma de agua dulce es para ellos un manto protector, el manto de un hada profiláctica, colaboradora del doctor Aráoz Alfaro. La gastroenteritis y otros males empachosos han huído, esperando los días de sol y de maní. El maquinista del indigesto tren no pasará por encima de vientrecitos infantiles.

En Sombreros de señora, Gath & Chaves tiene siempre colecciones novedosas periódicamente recibidas de París. Actualmente se exponen los modelos de pleno verano, todos primorosos, originales y de procedencia netamente francesa. Se exhiben creaciones de Reboux, Leonie, Lewis, Georgette y de otras muchas casas parisienses, no menos encopetadas.

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd

Los modelos HARRODS en trajes y sombreros para Señoras y Señoritas, son creaciones exclusivas de nuestras "premières", quienes interpretan la moda actual con la distinción característica de esta casa.

Harrods

Florida, 877 y Paraguay, 554

1.—ELEGANTE TRAJE TAILLEUR de gran moda, modelo clásico, en sarga azul o gris. Medio forro de seda..... $ 120.—

SOMBRERO MUY CHIC, en crin negro, adorno de pluma y cinta. En negro solamente..... $ 28.—

2.—ELEGANTE VESTIDO en espumilla azul, con alforzas y cuello de lencería..... $ 130.—

CAPELINA DE PAJA DE ITALIA, adornada con rosas..... $ 45.—

3.—VESTIDO MUY CHIC, en voile blanco y fantasía de gran moda. Medio forro de tul..... $ 48.—

ULTIMA NOVEDAD DE SOMBRERO EN PAJA FANTASIA, color natural..... $ 18.—

4.—VESTIDO MUY CHIC, en rica clase de sarga, colores claros, adornado con vainillas y fleco. Medio forro de seda..... $ 75.—

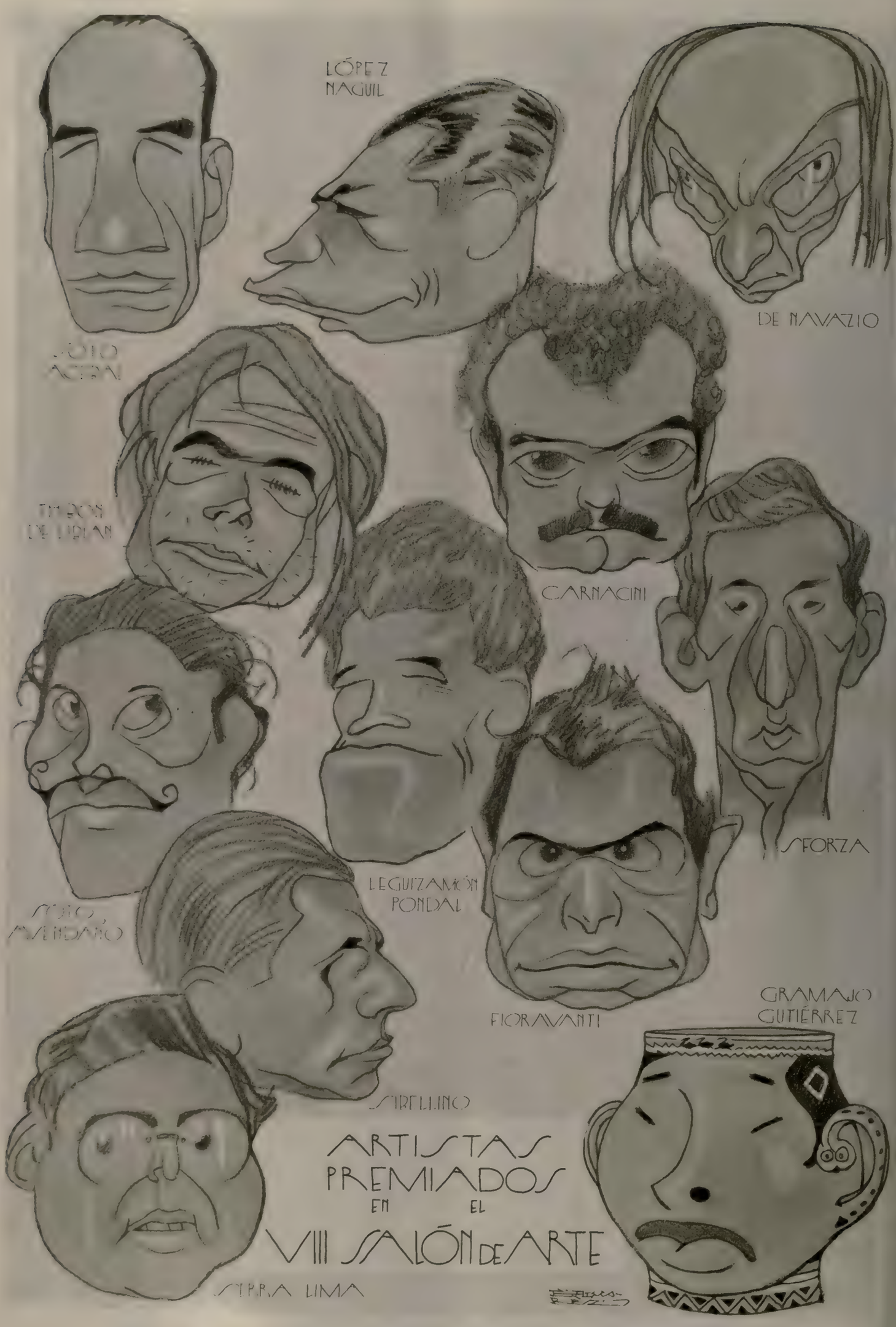
ELEGANTE CLOCHE en linón, borde de paja, adornado de fantasía..... $ 28.—

PLVS VLTRA

AÑO III. — NÚM. [illegible]
NOVIEMBRE DE [illegible]

LA ALEGRÍA DE LA VICTORIA

UNA MANIFESTACIÓN EN LA AVENIDA DE MAYO.


LÓPEZ NAGUIL
DE NAVAZIO
TIMOON DE LIRIAN
CARNACINI
SFORZA
LEGUIZAMÓN PONDAL
FIORAVANTI
GRAMAJO GUTIÉRREZ
SIRELLINO
SIERRA LIMA
ARTISTAS PREMIADOS EN EL VIII SALÓN DE ARTE

EL ESCULTOR ALBERTO LAGOS

MEDUSA. (BRONCE).

ACONTECE con el artista Lagos, lo que con algunos seres muy afortunados que alcanzan el ideal de la vida sin el previo designio de encontrarlo; acaso—pudiera inferirse con razón—porque el ideal empeñado en buscarlos, acaba por dar con ellos. Nuestro artista, incapaz, por motivos complejos, de buscar el suyo, ha tenido la inconsciente virtud de dejarse encontrar.

Los que le hemos seguido en el trayecto de lo que él creyó su senda, hemos constatado como el instinto, supremo tutor de todo ingénito sentimiento, le ha puesto al borde de su prometida floresta; como insensiblemente, lentamente, blandamente, le ha llevado hasta esa, su modalidad expresiva y característica que le da su actual significado. Y con sólo aqueste privilegio, Lagos va realizando su obra, desde que ocupa su rango.

Es que en definitiva basta la necesidad imperiosa de una expresión para que se desdoble en el espíritu el ansia de realizarla, teniendo como tiene el arte por definitiva finalidad expresar de un modo determinado una simple idea. No hay en verdad nada más que esto, pero no hay tampoco nada menos, y en no amenguar la enormidad del sencillo propósito estriba la condición distintiva del artista.

¡Expresar bellamente una idea! Pensad que hay demasiada ingenuidad en esta oración trivial, que no dice en suma nada de extraordinario, pero que encierra lo que hay de más abstracto, de más exquisitamente íntimo, de más esencialmente elevado.

Buscad entre vuestros recursos el secreto de esta expresión, deteniéndoos a contemplar el panorama de los sentimientos; exigid de cada uno de ellos la fórmula capaz de poner en evidencia una emoción para hacerla llegar hasta los otros; combinad sus facultades supremas, que son causa de su existencia, y excitadlas con los mil resortes de las mil gamas, para dar con el anhelo inquieto de una revelación, y veréis como todo se esquiva, todo se repliega, o todo huye de vuestro intento; como va así disipándose la esperanza de un hallazgo, la posibilidad de un milagro.

Mas ocurre que un buen día, un alma simple sorprende en un impensado instante el tesoro de una veta en la sombra... Sus ojos ven más allá de la forma consabida; penetran y comprenden el misterio que hay en cada cosa; su entendimiento renuncia a descifrar el enigma, pero la fantasía crea insospechados mundos, más arcanos, más tenues, que el enigma mismo. Y sin deliberados desvelos va el misterio como conformándose, hasta dar con sus planos o sus luces, con su expresión corpórea, con la prerrogativa excelsa de alcanzar el propósito de emocionar.

— —

Cuando Alberto Lagos era muy joven jugaba al football y al rugby; nadaba, corría, daba grandes saltos y era campeón de todos esos deportes anglo-musculares que si hacen fuertes las carnes, atrofian, a las veces, muy nobles y sutiles tejidos. Estimulado por un organismo apto para las proezas del género, lucía todas las características del «physique du rôle». Nadie hubiera dudado en su presencia, que la lucha y otros excesos contaban con él como un exponente del vigor de la raza nacional, y en prueba de tan singular condición, pudo haber decorado su tórax con unas cuantas medallas de diversos metales, mal cinceladas todas ellas, y exornado los muros de su aposento con otros tantos diplomas honoríficos.

No obstante, entre músculo y músculo había en latencia otro individuo, el que menos pudierais sospechar: un artista en desacuerdo absoluto con el atleta. La ocurrencia no es extraordinariamente rara, porque a decir verdad, nada habría tenido de asombroso que la mañana del lunes consecutivo a un gran partido internacional, Lagos se hubiese despertado escultor, prometiéndonos ubicar en medio de la pampa una docena de efigies equiparables a la del Nilo, o suplantar los adefesios de Bandinelli por otros hércules más fuertemente sentidos que los del tunante florentino, o poblarnos el parque de Palermo de gigantes y luchadores en impetuosa justa de bríos. Hubierais hallado una lógica concordancia entre un hombre nacido para el fiero trajín de las palancas y un temible estatuario de monstruos. Mas tal cosa no se ha visto.

A Lagos no le interesaron las magnitudes de los hércules farnesios, ni las gallardías ciclópeas, ni los desplantes de los próceres más o menos heroicos de la proveeduría escultórica. Hoy en día le molestan todas esas máquinas complicadas. Su sentimiento lo ha guiado por más recónditos senderos; y así como la vida nos sorprende con inusitados contrastes, obligándonos a reconocer que entre un organismo y el propio temperamento, cabe más de un mundo, el caso de Lagos nos enseña cómo puede un artista de sentir exquisito replegarse en un alma silenciosa hasta ayer y virgen de toda extraña gestión estética.

Fuera superfluo querer penetrar la razón de un artista, para dar a su arte un valor explicativo

EN EL ESTUDIO DEL ESCULTOR.

UN RINCON DEL RECIBIMIENTO.

que no ha menester. De Lagos pudiera decirse sin reparos, que no es un producto florecido a consecuencia de tal o cual circunstancia; ni un autodidacta, que diría un criticastro de la localidad, como si esta palabreja significase algo en la materia; ni todo aquello de inspirado, laborioso, técnico o reconcentrado, que corriente y gratuitamente se dice de ellos. Por suerte para él, nada de esto puede achacársele, con lo cual debe sobreentenderse que se trata sólo de un artista que hace escultura porque necesita derivar su afán perturbador de belleza; para lo cual pudo haber pintado o escrito, si su influjo dominante no lo hubiese encauzado por otra ruta. Halló, empero, en la forma modelada el secreto expresivo de sus antojos, y dentro de las exquisiteces que apenas se insinúan, la quimera de su ideal. No necesitó más el escultor para llegar a sugerir lo que creyó digno.

Poca cosa por cierto, pudiera argüirse, dentro de los atributos de la piedra imperturbable, si Lagos no sintetizara todo el poder de sus manos en el deseo apremiante de una vaguedad de intención, que sin prefijo propósito aspira perennemente a traducir. Y en esa vaguedad que se complace en dejar tenuemente inseguro el vaivén emocional; en esa impresión objetiva que presta a la obra su más duradero encanto; en esa casi afligente duda que evocan sus movimientos intencionalmente sin destino; en esa subconsciente incertidumbre cifra el artista su triunfo, prescindiendo de la pesquisa del fingido dinamismo, o del engañoso rictus pasional y haciendo de lado, esto sobre todo, la impulsiva destreza operatoria que acentúa las convulsiones o los relajamientos extremos.

SEÑORA MARIETA AYERZA DE GONZALEZ GARAÑO (BRONCE).

Su escultura busca el efecto subentendido en los silencios de sus modelos; rehuye la revelación ostensible del carácter perfilado ad hoc en homenaje a la indestructibilidad de la materia prima y convence de que ese justo medio oculto entre tantos y tan varios sentimientos, es y debe ser, por lo definitivo, el alma de la augurada estatua que esconde cada bloque en su seno, y que la mano ha de desentrañar cuando puede.

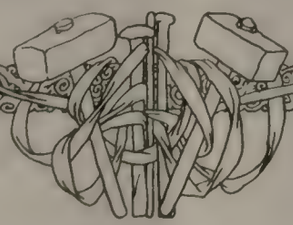
Sus temas atestiguan las predilecciones de su espíritu: la piedad dulcificada de Antígona; la condena fatal de la Gorgona; el pescador que implora por su alma; la adolescente que persigue con el vago mirar la senda de su ensueño; sus cabezas, en las que un dejo de voluptuosa melancolía atempera las formas; y en toda la obra, estados de ánimo de velada inflexión, que esboza con desvanecido gesto, y el predominio de una pasividad taciturna que imprime a sus figuras la obsesión de las largas inquietudes; y un olvido casi deliberado del pliegue circunstancial, que es pensamiento siempre precario, o del ademán imperante, que resulta a la larga ineludible zozobra.

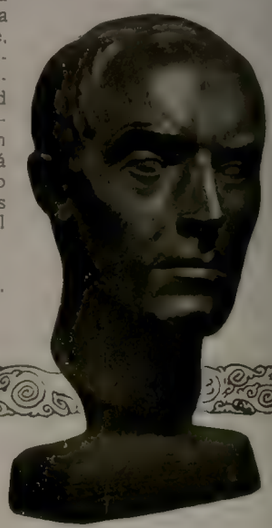
En este ilimitado propósito cabe el sentir de un vasto artista. Cada deseo, cada movimiento, cada idea encuentran infinitos modos expresivos, reveladores todos ellos, sintéticos si queréis, dentro del secreto imponderable de la sugestión; modos expresivos que van despertando en cada espectador un mundo nuevo, diverso siempre e indefinible, que toca en los espíritus capaces de reacción la predestinada fibra. Así la naturaleza, inmutable en la persistencia de su eterna belleza, se entrega nueva siempre a cada valor espiritual que llega hasta su misterio o a cada pregunta que se le formula.

Como intención, la obra de Lagos tiene decidido su cauce, lo que representa para su ensueño la segura proximidad de la cima. En adelante, acentuará la tendencia, intensificará la facultad de sensibilizarse—es aún muy joven—y fuerza será consagrarle como uno de los fuertes de nuestro débil momento.

ENRIQUE PRINS.

BUSTO DE DON ENRIQUE ARRETA (BRONCE.)





BUSTO DE DON CARLOS REYLES. (BRONCE)

TATA TINTILAY

ÓLEO DE PETRONE.

LA VIDA COMODA

TEXTO Y DIBUJOS DE JUAN CARLOS MUERGO

Siempre tuve por el campo un misterioso respeto, una adoración silenciosa y la admiración que se debe, a lo que sólo se conoce a través de la exaltación de un temperamento, traducida en un cuadro, un poema o un cromo postal.

Hombre de ciudad por excelencia, acostumbrado a pisar el asfalto y a tomar un taximetro cuando se me da la gana, tengo formado sobre la comodidad, un criterio especialmente adecuado al siglo que transcurre.

Creo firmemente que la luz se hace, cuando uno se resuelve a dar vuelta de una llave; que el baño ha de ser siempre con agua caliente y que para conseguirlo no es necesario nada más que abrir una canilla; que en todas las esquinas ha de haber un vigilante; que los botines se han de lustrar solos y que las piernas son para caminar solamente cuando así se desee.

Por estas razones es que he sentido siempre el misterioso respeto por el campo, a que antes hago mención. Y el entusiasmo que me ha despertado la descripción de un paisaje, la vida sencilla, la tranquerita, la china, el cimarrón, el gaucho bravío y un rodeo, ha decrecido ante el razonamiento, tan moderno, pero tan cómodo, de que la silla de manos había de ser un chisme absolutamente desconocido en las tierras de Santos Vega.

Días pasados, un pariente mío y que es hacendado, insistiendo en una invitación que muchas veces me hiciera, me pidió lo acompañara a su estancia. Por no poder negarme una vez más y por pura curiosidad también, acepté.

Y allá va lo sucedido, que escuchado en rueda de amigos, me dicen ser exacto en la casi totalidad de los casos.

El tren sale siempre a las ocho y media de la noche, hora muy incómoda y que equivale a comer en su casa a las siete, o ha hacerlo en el tren a las nueve, con el siguiente menú: sopa servida en hemisferios plateados y que se vuelca, pollo que puede ser un ciémpies porque todo son patas, pescado que no se come porque se desconfía de la fecha de su defunción, un hueso con un pedacito de carne pegada, que es el asado, una naranja y café. Total tres pesos.

Enfrente, sentados, siempre hay dos personas, uno tipo criollo de luto, con manos paquidérmicas, que come con modestia y previa observación de cómo lo hacen los que le rodean y el otro de guardapolvo, calvo, uñas sucias, de modales exagerados y que se escarba los dientes con un palillo, que de cuando en cuando hace las veces de catapulta, con grave detrimento de una fotografía del «Bristol Hotel» de Mar del Plata, que está a su frente.

Y en seguida a dormir; si se puede, naturalmente.

Los momentos en que es posible hacerlo son: cuando la máquina toma agua y dos estaciones antes de bajarse.

Con mucho frío y con muchísimo sueño se llega al punto de destino, que fatalmente oscila entre las 3 y 5 menos cuarto de la mañana. El tren se va y un pasajero de segunda que padece de insomnio, mira por mirar lo que queda en la estación. Unas gallinas envueltas en alambre tejido, un peón dormido, un galpón, un hombre con una carretilla y un carnero con su rótulo al pescuezo; que me recuerda aquellos libros del colegio, que decían: «si este libro se perdiera, etc....»

Hemos quedado en el andén, las valijas, un servidor, mi pariente el estanciero y el jefe de la estación, que farolito en mano lo llama aparte, le conversa de unas guías y le pide un petizo prestado para el chico del telégrafo.

Para dejarles mayor amplitud y porque no me gusta meterme en vidas ajenas, comienzo el descenso de una lomita que hay en todas las estaciones, que es de carbón pisado, mientras pienso en lo incómodo que sería una apendicitis, una espina atravesada en la garganta o cualquier otra dolencia de intervención rápida, en lugar en que la terapéutica y la medicina operatoria se han desarrollado en tan escasa forma; y en estas divagaciones me encuentro frente al vehículo que ha de conducirnos.

Tiene cuatro caballos, una rueda remendada con alambre y el látigo no existe.

Llega el hacendado y su cochero; me alegro ante la perspectiva de huir pronto de aquel páramo.

Pero no señor, todavía no podemos salir, hay que cargar tres rollos de alambre y esperar la galleta. Una hora después llegan el alambre y la galleta, no cabemos todos cómodamente y, con toda franqueza, hubiera preferido que el alambre hiciera el viaje por separado.

Pero, en fin, todo es cuestión de arreglarse.

A los nombres de Noble, Chiche, Ruano y Galgo, dichos con voz estentórea y que hacen las veces de fusta, arranca el tronco en forma precipitada.

Noble se enreda, patea, rompe un tiro y desarregla a Chiche. Indudablemente Noble tiene mal carácter.

Mi pariente me invita a descender para que coopere en la tarea de recomposición.

Metido en ella, llego al convencimiento de que los ojales y broches de una guarnición campera, son mucho más duros de lo que parecen.

Treinta minutos de compostura y partimos.

El cochero opina que haremos el viaje por el campo de los Berreta, camino más corto, que reduce la distancia solamente a nueve leguas.

Como no tengo una idea muy exacta de las medidas de longitud, pregunto qué son nueve leguas y se me contesta que cuestión de un ratito: cuatro horas más o menos.

Ante tal perspectiva cierro los ojos y trato de soñar con las botas del cuento.

Ha pasado mucho tiempo, el sol calienta ya, el alambre y la galleta se han movido muchas veces de su primera ubicación y estamos frente a una tranquera que nos cierra el paso.

Es el campo de los Berreta, la tranquera está cerrada con llave y la casa de los señores del feudo, no se ve ni por broma.

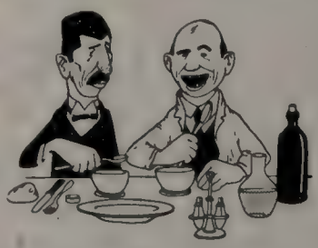
En fin, no hay más remedio, media vuelta y a cruzar el pantano de la calle.

Noble, Chiche, Ruano y Galgo ponen de su parte la mejor buena voluntad y al paso no más, con mucha paciencia consiguen hacernos cruzar las treinta y ocho cuadras de barro. Eso sí, dejándonos, naturalmente, a la miseria y con unos lunares negros que harían morir de envidia a Mme. de Maintenón.

Un galpón y unos arbolitos ralos, me dicen que es el monte; me maravillo ante la idea de que eso sea un monte y no acierto a comprender, cómo en lugares semejantes puedan esconderse pumas, gatos monteses, perros salvajes y hasta perderse Caperucita Encarnada.

Son las diez de la mañana y hemos llegado, me despido del alambre y la galleta y al pisar tierra firme me cuesta conservar mi condición de bípedo.

Tengo mucha hambre; pero mi pariente el estanciero opina que ya no vale la pena desayunarse y que, además, no podríamos hacerlo, porque el encargado de esos menesteres está en ese momento emparvando.

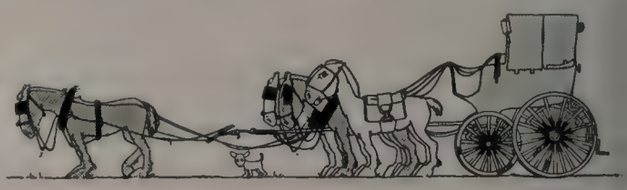


Mientras tanto se me invita a visitar el corral de los chanchos, la huerta, el gallinero modelo y una vaca con carbunclo. La distancia que media entre cada uno de estos puntos oscila entre catorce y diez y seis cuadras y el interés que ello me despierta muy relativo.

Los chanchos son idénticos a los de las fiambrerías, solamente que con más pelo y más sucios; la huerta, verduras igual a la del puchero; el gallinero, latas, madera y gallinas y la vaca con carbunclo, un animal triste. Carbunclo no se ve.

Almorzamos y al deseo lógico de matizar la digestión con una siestita, se me observa que sería una lástima no aprovechar día tan espléndido y se me propone salir a caballo.

Me entregan un freno y unas riendas y mostrándome el horizonte, me dicen: — Allá está el caballo—; miro en la dirección indicada y no veo más que un molino, un árbol y un rancho. Insisto en la observación y después de mucho escudriñar descubro un puntito negro; ese es el caballo.



El almuerzo ya está en los pies y el cuadrúpedo todavía a tres cuadras.

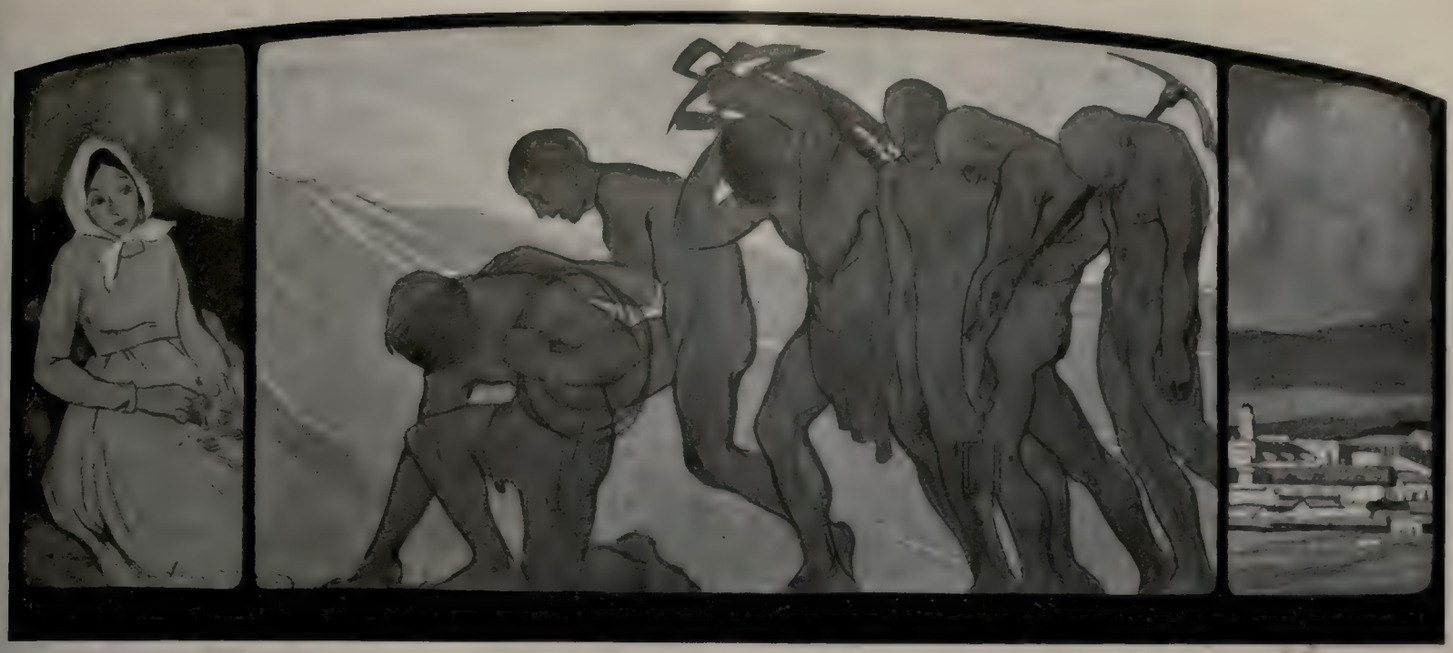
Llego a él y la bestia se obstina en darme continuamente la espalda. Nunca he creído en la cortesía de un caballo; pero tampoco en tamaña grosería y como he oído contar cosas espeluznantes sobre los efectos de una patada, no me atrevo a acercarme a más de una distancia prudencial, ante el pálpito de que pueda tratarse de un carácter levantisco.

Harto ya, después de agotar todos los sistemas persuasivos, las palabras convincentes y las buenas maneras, entro en el terreno de las amenazas y como no son escuchadas o por lo menos entendidas le revoleo el freno y se lo sacudo.

El caballo huye a sitios más tranquilos y al freno no lo encuentra ni Cristo en el pasto; inútiles son todas las pesquisas, recorro todos los puntos posibles por donde pueda haber caído, trato de reconstruir la escena y después de mucho buscar y de llegar a la conclusión de que un potrero es muchísimo más grande que un freno, emprendo la retirada, con la cabeza baja, las piernas deshechas, el cuerpo molido.

La luz es ya amarilla, mi sombra muy larga y el crepúsculo inminente.

Y esa noche al acostarme, mientras me desvestía y luchaba con los bichos colorados, se me cayó una lágrima, una lágrima de nostalgia por la Avenida de Mayo, por mi cama, por los taxímetros, por la luz eléctrica, por los mucamos, y pensé en el misterioso respeto que siempre tuve por el campo.



Bosquejos de la Sierra

LOS CÓNDORES RIDÍCULOS. Llegaron hombres de todo rumbo. Venían dispuestos a la conquista del mineral que atesoran las cumbres. Eran hombres decididos, de firme voluntad y nervudo brazo, diestro en el trabajo; hombres de alma grande que ambicionaban para el futuro un destino de oro. La montaña los recibió indiferente: su rústica grandeza de escarpadas faldas, abismos profundos y enhiestas cimas nevadas, ocultaba un corazón que, si bien alimentaba filones de rico metal, era soberbiamente recio, fatalmente inmutable. Pero los hombres venidos de todo rumbo no se arredraron ante la muda amenaza ni prestaron oídos a la arraigada desconfianza de los nativos. Treparon cuestas, transpusieron picachos, dejaron atrás fabulosos dominios de aquelarre y plantaron sus tiendas frente a los socavones, en la más remota altiplanicie. Y asestaron golpe tras golpe a la entraña montañesa, descuajando rudas piedras en subterráneos oscuros en que el brillar de las vetas primitivas provocaba una renovación incesante de esperanzas...

Sin embargo, bruscamente, inesperadamente, sobrevino el desastre lamentable. Ocurrió, tal vez, que al sentir muy adentro la insolencia del propio hierro vuelto en su contra por una mano varonil, la montaña lanzó en protesta un ríspido guijarro que fué a herir de muerte al trabajador. Fracasaron los conquistadores sin lograr el codiciado yacimiento. Y en derrota, mordidos por la miseria, se incorporaron a la vida detestable de los abandonados y de los inútiles. Vergonzantes...

Fué la tragedia escondida en los arroyos montañeses que, en los días de lluvia, olvidan la tradición de su música humilde para rugir en el torrente impetuoso.

En las abras cordilleranas soplan vientos iracundos. A veces, los cóndores, en su ambular majestuoso de señores del espacio, son sorprendidos en alguna por un remolino que los arrastra con furia desconocida azotándolos como pobres golondrinas sobre los cortes anfractuosos de las rocas, pese a la enérgica y hábil maniobra de las alas. De la aventura resulta alguno — muy raro — maltrecho, destrozado, alicaído... y queda para subir por las laderas, en la imperiosa necesidad de vivir, como una ridícula sombra que repta. Cóndores que sólo vuelven a remontar el vuelo y reconquistar su reino de las nubes, en la intimidad inconfesable de sus ensueños!

FLOR DE LOS CARDONES. Es la suya una vida efímera. Nace en la hora indecisa de las tardes murientes; abre ampulosos sus pétalos blancos al amparo de las noches tibias y serenas en que el viento, al pasar, le roba el suave perfume y lo lleva consigo para abandonarlo por ahí, en sus vaivenes, como una caricia del recuerdo; se amustia a la mañana siguiente bajo el sol enervante y tras una o dos nuevas noches de vida amanece caída a las plantas del gigante padre que tiene, para reemplazarla, muchas flores abiertas. Así transcurren septiembre y octubre y se pierde con ellos el encanto de estos campos casi yermos.

Y ella, la otra, que ha nacido también en primavera, se ha abierto a la vida ahora al cumplir los veinte años. Es alta, delgada, de manos muy blancas, de ojos muy negros. Tiene el hablar cadencioso, el aire gentil de un lirio; el mirar perdido en la lejanía y en el alma un tesoro de ingenuo misticismo a la par de cierta ilusión romántica que aletea como una mariposa sobre la triste flor de los cardones... Porque de niña aprendió, de labios de la madre, la letra humilde de una oración fervorosa; de labios de un chiquillo travieso y andariego, los versos nostálgicos de una cueca, que son también fervorosa oración de amores. Los vaivenes del viento, en las noches tibias, le roban el perfume de los labios, del pecho inquietante, y cuando el viento se aquieta en quebradas desconocidas o en lo dilatado del valle, su perfume se pierde sin orientación. Es que ella ha nacido para rendir sus cariños en una noche de este octubre que, martirizándola, pasa una vez y pasa tantas veces que fatalmente se agota el sahumerio en emanaciones de inútil ansiedad dolorosa. De tal suerte y a la deriva del tiempo, como una flor de cardón, la blanca serrana de ojos muy negros, la serrana gentil de alma ingenua y voz cadenciosa, amanece caída a las plantas del torvo padre Ambiente de esta tierra de los cóndores heridos...

EL VALLE. Puede muy bien llamarse el Valle de las Armonías. La vida en él quiere ser alegre para contrarrestar el austero aspecto de la sierra que lo domina con la fría mirada de los reflejos del hielo. Así, el agua en las breñas y las calandrias en los mistoles, cantan cristalinas canciones; así, la floración multicolor de un plebeyo jardín cualquiera, es un luminoso rosicler abandonado en la mañana. Mas la gente en esta orgullosa patria de águilas, sólo aprendió versos tristes que lloran perdidas inquietudes. Los dicen a media voz — tímidas en mostrar su aspiración — las mujeres jóvenes. Las mujeres jóvenes que al despedirse el día llevan una mano al corazón y aprietan fuerte, estrujando la blusa blanca que remeda por momentos la agitación de una gaviota herida, hasta que se extravía el pensamiento en vaguedades, mientras miran cómo nacen una a una las estrellas en la comba inmensidad del cielo.

Y en este valle, la noble, la admirable Naturaleza de corazón madre, tiene bondadosa prédilección para la flor caída y para el cóndor maltrecho: donde murió la una ha brotado un retoño; el segundo, ha soldado al sol el desgarrón y ya ensaya vuelos nuevos... Sólo quedan en pleno olvido — tristezas vivientes — la blanca serrana y el audaz trabajador. ¿Será que se ha perdido la voluntad? ¿Será que nunca la conocieron?...

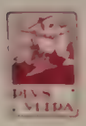
Hay en el aire vibraciones de protesta, alientos de otra vida que el nativo no comprende. Sabe únicamente — porque le hiere la vista — que el crepúsculo que fué primero una cinta opaca y sin brillo, cual si las playas arenosas de estos ríos secos fueran playas de otros ríos en que creciera un ceibal inmenso todo en flor, se prolonga y fulgura como una amenazante visión de incendio en marcha...

ADOLFO LANÚS.

DIBUJOS DE CENTURIÓN.

RETRATO DE LA SEÑORITA MARÍA JUSTA PUEYRREDÓN.

ÓLEO DE CESÁREO BERNALDO DE QUIRÓS.



NOTA de CORDOBA

La colección de curiosidades del Padre Cabrera

EL PADRE CABRERA EN SU DESPACHO, CLASIFICANDO ALGUNOS OBJETOS ANTIGUOS.

ENTREABRIENDO la puerta del zaguán, limpio y desnudo como las celdas de clausura, una anciana criolla nos pregunta: ¿Los señores desean ver al padre Cabrera?

— Si hace el obsequio de anunciarnos...

— Pasen y esperen un momento — dice mientras nos franquea la entrada. Monseñor no tardará en venir. Y tomando con su mano enflaquecida la tarjeta que le ofrecemos, nos conduce hasta una salita cuadrada, llena de viejos muebles y cuadros de procedencia colonial.

En el ambiente de la salita, el silencio parece cristalizarse sobre los objetos antiguos. Nada se oye. Sólo de cuando en cuando, vienen de la calle leves ruidos que se amortiguan a través de las gruesas paredes encaladas; este rumor de vida, trasunto de la ciudad populosa, contrasta con la quietud honda y solemne del pequeño recinto. Varias pinturas de distintos tamaños, encuadradas en dorados marcos barrocos, ponen su nota candorosa sobre los reboques modernos. Son figuras santas y piadosas, ejecutadas con un sentido algo primitivo, algo ingenuo y rudimentario, pero que denotan la sencillez y la pureza de aquellos artistas de las misiones americanas, que supieron reflejar en el lienzo su propio espíritu, saturado de celestial aroma. Por eso logran interesarnos estas figuras, pintadas sobre fondos de oro y entonadas en colores violentos; santos de expresión dolorosa, vírgenes pálidas con el niño dormido entre los brazos y cristos de mirada suplicante, cárdenos y cubiertos de heridas, en signo de conformidad evangélica.

RARAS IMÁGENES AMERICANAS DE MADERA TALLADA, PROCEDENTES DEL PRIMER TEMPLO DE TULUMBA Y DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE FAMATINA, EN LA RIOJA.

La salita donde esperamos la llegada de monseñor, por el abigarrado conjunto de los objetos que encierra, más que aposento familiar parece vivienda de anticuario. Artísticas cornucopias doradas, de esas que ya se encuentran rara vez y que lucieron en los salones palaciegos de 1780, muestran aquí la delicadeza de su línea armoniosa junto al friso de la techumbre. Haciendo juego a su alrededor, penden viejos retablos de madera policromada, armas de procedencia aborigen, relicarios, cruces de ébano y jacarandá, banderolas y estandartes procesionales, que pasearon por las plazas de Córdoba en días de fiesta solemne, entre el boato de gobernadores, cabildantes y familiares del Santo Oficio.

Cada sillón de cuero, cada aparador, cada arquimesa de las que adornan el recinto, tiene el sello característico de la época en que el Nuevo Mundo contribuía con su oro al esplendor de conquistas y virreinatos. Polvo de siglos tienen estos muebles vetustos, roídos por la polilla y por el tiempo; polvo de siglos tienen, y un vago aroma de eternidad que los consagra como representaciones vivas de la Historia. Y es así, que al encontrarnos en este lugar apacible, rodeados de tantas venerables reliquias, hemos sentido en nuestro espíritu una extraña sensación de respeto. Es el pasado heroico que resucita, que despierta nuestra sensibilidad, que se nos revela en cada molécula de polvo centenario...

El rumor de unas pisadas resonantes, repercutiendo en la bóveda de la galería blanca, corta el hilo de nuestras ideas... Esperamos unos segundos más. Cuando el padre Cabrera entra por la puerta del fondo, cuyas maderas crujen al abrirse, nos saluda con reposada ceremonia.

— Ustedes disculparán el retraso de mi llegada,— nos dice;— estoy convaleciente de una recaída en la

CAPILLA DE SAN JUAN BAUTISTA.

FRENTE DE LA PARTE ALTA DEL MUSEO, CON OBJETOS DISPUESTOS PARA SU CLASIFICACIÓN.

UNA SALA DEL PISO BAJO.

enfermedad crónica que padezco, y apenas si puedo moverme. Los médicos me recomiendan descanso, mucho descanso.

—Pues entonces, sentimos haber venido a distraerlo, hallándose enfermo como dice; pero estando de paso en Córdoba, no queríamos marcharnos sin visitar antes su museo.

—Y han hecho muy bien en venir — nos interrumpe amable. Además, como creo que estas cosas viejas no nos pertenecen nunca en absoluto, pongo toda mi buena voluntad en conservarlas y darlas a conocer. Es una satisfacción de coleccionista.

Las palabras de monseñor Cabrera, nos animan a preguntarle cómo logró reunir las curiosidades que posee.

—Ha sido una labor de toda mi vida. En esta vieja ciudad de Córdoba — continúa mientras pasamos al salón, — he encontrado la mayor parte de lo que ustedes ven, restos todos de inapreciable mérito, vinculados al florecimiento artístico y religioso del continente, en aquella lejana edad de las fundaciones, los descubrimientos y las guerras contra el poblador aborigen.

Córdoba era entonces centro del valor y de la sabiduría colonial. Sirviendo de punto intermedio entre el Río de la Plata y las ciudades del Alto Perú, a ella concurrían viajeros de todos los lugares de América. El indio, sometido a la autoridad de los caciques, hacia comercio con sus huacos, sus tejidos y sus bellas obras de platería. Los que vivían en la ciudad, estaban generalmente al servicio de los nobles, peninsulares y criollos, que componían una especie de aristocracia, tan grave de maneras como amiga de boatos y solemnidades... Cuando llegaban noticias de importancia, eran comunicadas al vecindario por los pregoneros del Cabildo, que recorrían las calles silenciosas con

SAGRARIO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII.

IMÁGENES Y PORCELANAS ANTIGUAS

ALGUNAS PIEZAS DE LA COLECCIÓN, ENTRE LAS QUE SE DESTACA UN TRÍPTICO BARROCO QUE FIGURÓ EN EL CONVENTO DE LAS CATHALINAS, DE CÓRDOBA.

VASOS SAGRADOS Y CORONAS DE PLATA LABRADA Y REPUJADA.

ÁNGULO DEL SALÓN PRINCIPAL.

COLECCIÓN DE OBJETOS DEL SIGLO XVIII Y PRINCIPIOS DEL XIX.

PIEZAS DE PLATA Y PORCELANA. CUADROS DE LAS MISIONES JECUÍTICAS Y CORNUCOPIA ESPAÑOLAS DEL TIEMPO DE CARLOS III.

IMAGEN DE LA VIRGEN DEL PILAR, QUE SE VENERA EN LA IGLESIA DEL MISMO NOMBRE DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA. ESTA ESCULTURA FUÉ PROPIEDAD DE LA FAMILIA VÉLEZ SABADIEL.

MATES Y SAHUMADORES PERUANOS, PUESTOS SOBRE BARGUEÑOS Y ARQUIMESAS DEL SIGLO XVIII, TARACEADAS CON MARFIL Y CAREY.

gran algarada de atambores y pífanos. Las damas cordobesas, mirando por detrás de las pequeñas celosías, veían desfilar el tumulto, formado principalmente por indios y gente de color, entre los que no era difícil descubrir la figura de algún viejo soldado, o el rostro picaresco de algún estudiante ladino.

Aparte de las fiestas religiosas, las juras reales y demás acontecimientos obligados, nada turbaba el sosiego de aquellos interminables días, todos iguales y monótonos. Desde el amanecer hasta la noche, las campanas de la Catedral, de San Ignacio, de las Madres Cathalinas, marcaban el rumbo de las horas... Los ecos del bronce monacal repercutían en los claustros de la Universidad famosa, en la recoba de la plaza, en los callejones angostos y en los aposentos y cámaras de las casonas seculares. En estas cómodas viviendas, de aspecto sencillo, habitaban las familias de nombres abolengos: los Texeda-Miravai, descendientes del conquistador Tristán de Texeda; los Pizarro, los Funes y Quiroga, los Garay, sucesores del fundador de Buenos Aires y Santa Fe, los Saavedra y Sanabria, los Allende, cuya casa de morada es un bello modelo de arquitectura barroco-incásica, los Jofre, los Cabrera, los Luque, poseedores de extensos predios en la zona de Rio Segundo, los Escobar, los Figueroa, los García-Posse, y tantos otros que ilustraron con sus hechos gloriosos los anales de la Colonia y de la Independencia.

En tanto que el padre Cabrera nos habla de la antigua Córdoba, vamos recorriendo a su lado las dependencias de la casa. El salón llamado de las vitrinas, contiene una estimable colección de abanicos y peinetas de carey, colocados sobre ricas telas de brocado, con realces de oro y pedrería. Entre estos preciosos objetos, brillan las bandejas de plata, las coronas, los sahumadores y los mates, unos con pájaros y flores, otros con fantásticas alegorías de sirenas y los más con raros dibujos en relieve. Llama la atención un porta-viático, con el águila imperial, magnífico modelo de argentería criolla.

Asimismo figura un gran espejo barroco, rodeado por retratos de pontífices, y un crucifijo de gran mérito, que a su valor artístico une el ser de remotísima antigüedad. Su actual dueño lo adquirió en Santiago del Estero. Allí había pertenecido a un convento de Carmelitas, y se cree fuera llevado por algún fraile misionero, a principios del siglo XVII.

A continuación de esta sala, donde también se admiran tres pequeñas arcas de madera y cuadros pintados sobre cobre, pasamos al despacho, al oratorio, a las piezas de confianza, y, por último, a las dependencias del piso alto, especie de depósito materialmente lleno de curiosidades y muebles, dispuestos para su estudio y clasificación.

Dos camas sin dosel, parecidas por su elegante talla a la que existe en el Museo Histórico Nacional, son bellos ejemplares muy bien conservados que dan idea del gusto con que se alhajaban las grandes viviendas americanas del siglo XVIII. En otro lugar de la misma sala hay un notable altorelieve, trabajo de excepcional importancia ejecutado por los indígenas. Es el único que ha podido salvarse de una serie de tablas de los doce apóstoles, existente tiempos atrás, en la iglesia parroquial de Famatina, en La Rioja. Se encuentra muy deteriorado y no carece de expresión y movimiento.

El sagrario, en forma de tríptico, cuya construcción se remonta a los años de 1700, es pieza de extraordinaria originalidad, presentando en su interior una bella imagen de la virgen, y al pie de las columnas que sustentan la arcada, dos figuras orantes. Este raro ejemplar hace pareja con otro viejo tríptico, en cuyo centro guarda cuatro retratos de hombre y de mujer, vestidos a la manera cortesana. Estuvo en una de las estancias que poseían los sucesores de Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de Córdoba del Tucumán y se destaca, no tanto por el valor artístico de las pinturas como por ser, quizás, retratos de la familia de Cabrera en el siglo XVII.

El oratorio contiene una capilla de estilo barroco - peruano, de muy tosca factura. Sobre el blanco mantel de los Oficios, está la primitiva imagen de Nuestra Señora del Pilar, venerada hasta hace poco tiempo en la iglesia de su nombre en Córdoba. La capilla ciérrase por pequeña verja de hierro, con dibujo no exento de elegancia, aunque revela cierta imperfección en la forja.

Las demás habitaciones, hállanse igualmente repletas de curiosidades del más alto valor histórico. Entre ellas se distinguen: Unas tapas de misal, que se supone pertenecieron al obispado del viejo Tucumán; varios antifonarios procedentes del Perú y Bolivia; un bargueño de nácar y márfil, con evocadoras leyendas de oro en cada uno de los cajones, referentes al destino del mueble; varios yelmos de la conquista; el estandarte del tiempo de Felipe IV, bordado en terciopelo carmesí, que formó parte del tesoro de la Catedral cordobesa; un cáliz para guardar la sagrada forma antes de ser consagrada, perteneciente al templo de la Merced, y la virgen y el niño del Racimo, venerados otro tiempo en la iglesia del Valle de la Punilla, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Luz. Es una talla muy antigua, y estuvo en poder de los Zapata de dicho valle.

Tal es, en resumen, el museo del padre Cabrera, distinguido historiador argentino que une a su paciente labor investigadora, la encomiable idea de acumular toda clase de objetos artísticos y arqueológicos, salvándolos de la posible falta de cuidado a que se hallan expuestos, clasificándolos en debida forma y haciendo, además, que se les conozca y admire en su alto sentido y significación.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

FOTOGRAFÍAS DE ARTURO FRANCISCO.

ESCRITORIO-SECRETAIRE DE MADERA OLOROSA Y ARMARIO CON INCRUSTACIONES DORADAS.

Lugares Pintorescos

Fotografía de Brunes

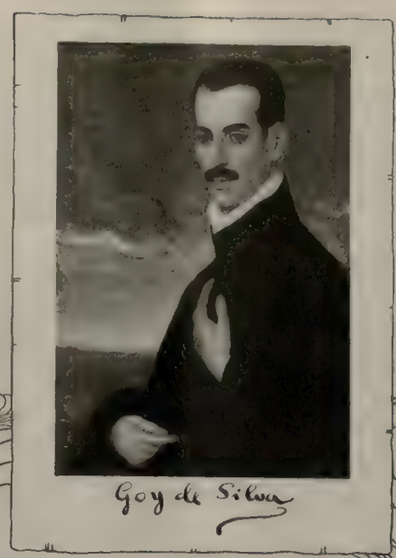
Alrededores de Buenos Aires

UN RETRATO ADMIRABLE

He aquí que ante el retrato de Goy de Silva (obra magistral del artista argentino Ernesto Riccio recientemente consagrado, con excepcional unanimidad, por nuestra crítica, en la última Exposición del «Círculo de Bellas Artes») vemos al poeta tal cual es, en realidad, con su apostura de caballero antiguo, calatravo o santiaguista. Creeríasele uno de los hidalgos linajudos que forman el cortejo de duelo en el *Entierro del Conde de Orgaz*. Ningún retrato contemporáneo más español que éste, hermano de aquel otro de *El Caballero de la mano al pecho*, que firmarían sin desdoro el propio Greco, el propio Velázquez y, viniendo a nuestro tiempo, el propio Zuloaga.

Diríase que no han pasado los siglos sobre el carácter y sobre la indumentaria del personaje, que son, sin embargo, personaje e indumentaria, de pleno siglo XX. Porque así es Goy de Silva, tal como lo vemos por Madrid, en el invierno, a la salida del «Español» o de «La Princesa» en las noches de estreno, o en las exposiciones artísticas, o en los pasillos del Ateneo. Así es como hemos visto por primera vez al poeta en Toledo, una Semana Santa, llevando un cirio en la procesión del Santo Entierro, entre canónigos y prebendados, tras la carroza donde era conducida la imagen yacente de Cristo en una urna de cristal. El poeta helénico, el cantor de las rebeldías divinas, iba, tal vez por un capricho de artista emancipado de todas las tiranías del espíritu, como un devoto fervoroso y místico (peregrino más del arte que de la religión) envuelto en su amplia capa negra, de alto cuello y severos pliegues, llevando, a manera de gola, la blanca bufanda sedeña. Su faz pálida, de mirada vaga, nariz fina y altiva, boca voluntariosa, espaciosa frente y óvalo alargado, atraía la atención de los toledanos que parecían admirarse de ver la representación viva del tipo hidalgo tradicional, casi extinguido en la propia cuna de la raza. Aquella severidad y pureza de líneas y aquella suprema distinción de toda la figura, envuelta con noble empaque en la negra tela, no se encontraban, ya, más que en las imágenes perpetuadas por el pincel de Domenico Theotocopuli.

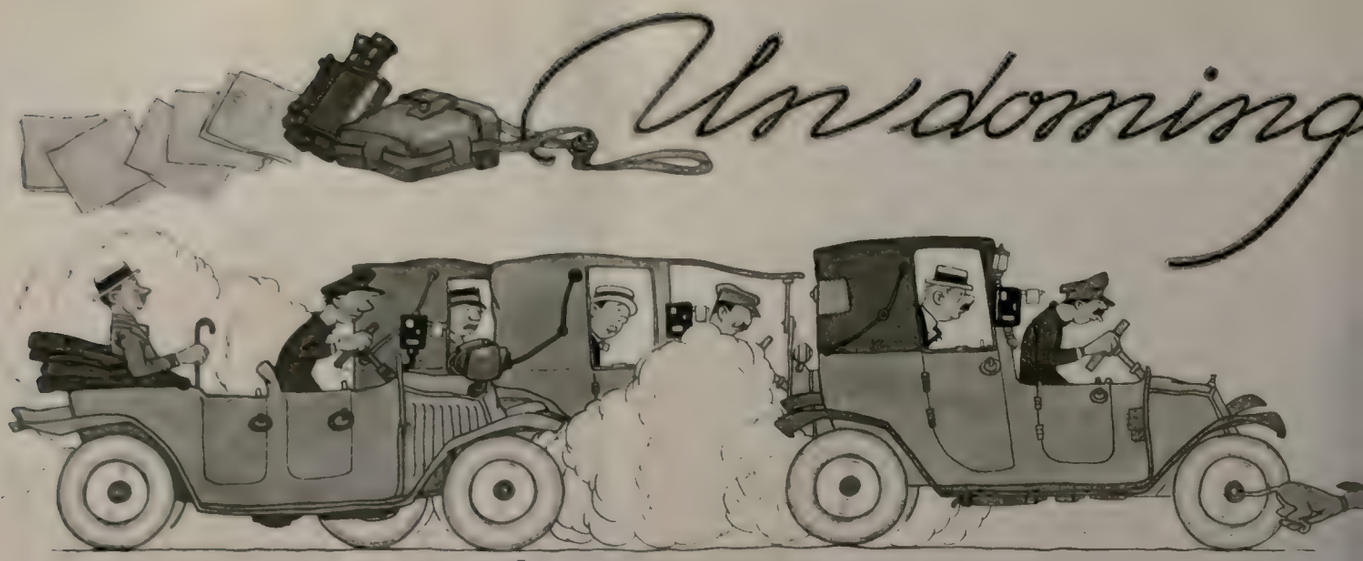
Es, pues, un acierto admirable y un gran triunfo para el artista argentino haber logrado darnos la más perfecta visión plástica del austero autor de «La Reina Silencio».—José Serrán.



Yo soy la montaña, rodeada de abismos.
Nací del más grande de los cataclismos,
cuando al mundo joven, vestido de fuego
como un sol, los dioses lo dejaron ciego
apagando airados su manto de llamas.
Una lepra, entonces, cubriendo de escamas
al mundo, redujo su fuego a ceniza
y surgió la tierra árida y caliza.
Mas luego, al empuje de aguas y vientos,
despertóse el mundo con sacudimientos
tan fuertes, tan rudos, tan desesperados,
que los dioses mismos fueron espantados
y huyeron, en alas de luz, a otros mundos.
después de trazar los surcos fecundos
en el elemento de la tierra pura.
¡Sobre aquellos surcos floreció mi altura!
Mi altura que rinde al ave y asombra
al árbol y da a los valles sombra...
El cóndor me dice con voz de despecho:
«Para mí, montaña, el mundo es estrecho.
De un vuelo recorro la terrestre esfera,
mientras que tú eres, pobre prisionera,
con tanta grandeza, solitaria cumbre
sin alas, rendida por tu pesadumbre...
¿Qué ves en los siglos de tu vida triste
de todo lo bello que en el mundo existe?
¡Siempre el mismo cielo y el mismo horizonte,
el valle cercano y el cercano monte!...
¡Qué horrible tormento de monotonía
te imponen los siglos, montaña, día a día!...»
Mas, yo, a tales voces, con altivo gesto
y claros acentos de agua, contesto.
«Pobre cóndor, ave de efímera vida,
en un leve pliegue de mi manto anida
tu familia entera, parásita ave,
ni envidio tu vuelo, ni envidio la nave
que en alas del viento los mares recorre.
Yo lo veo todo, porque soy la torre
más alta del mundo, que humilla las cumbres
para quien los astros encienden sus lumbres;
antorchas celestes, lámparas de estrellas
a cuya luz veo las cosas más bellas...
Pasan en las noches, ante mis miradas
legiones de nubes de formas variadas...
Semejan walkyrias de melena bruna
y yelmos y cotas de plata de luna...
Con luz de relámpagos brillan sus broqueles,
sus lanzas son rayos y son sus corceles,
de argentadas crines, negros nubarrones
con cascos herrados de constelaciones...
Otras veces pasan semejando flotas
de grandes navíos con las velas rotas
que desgarró el viento en rachas violentas,
o con arañazos de luz, las tormentas...
Ya inmensas ciudades pueblan los espacios
y al rojo crepúsculo sus bellos palacios,
como construídos con piedras preciosas,
parecen moradas de genios y diosas...

Fantásticas formas recorren los cielos...
bandos de quimeras, en rápidos vuelos,
simulan las nubes, o un mar proceloso
lleno de sirenas de canto armonioso
que fingen los vientos... Sirenas, tritones,
pegasos, centauros, esfinges, dragones...
Una monstruosa fauna de vestiglos,
para mi recreo me muestran los siglos
incesantemente, de noche y de día,
¡En vida tan varia no hay monotonía!...
¡Con cuánto espectáculo de tanta belleza
festeja mi vida la Naturaleza!...
Para mí no vierten su tedio las horas...
Al nacer el día abren las auroras
sus alas de oro y tienden su vuelo
por el horizonte de Oriente, y el cielo,
como un cofre inmenso que un tesoro encierra,
derrama riquezas de luz en la Tierra...
Y la tierra entera me ofrece sus galas
son de agua mis ojos. De nubes mis alas,
y así, sin moverme de aquí, veo el mundo,
desde lo más alto a lo más profundo.
El agua es mi sangre, que todo lo inunda,
por ella es la tierra pródiga y fecunda.
El agua y el fuego, preciados tesoros
de líquidas platas y fundidos oros,
que riegan las venas del mundo, son míos
¡Yo abro los volcanes, desato los ríos...
brotan de mi frente claros manantiales,
ellos son mis ojos que van a raudales
recorriendo campos, pueblos y desiertos...
ojos incansables, noche y día abiertos,
no hay nada que ellos puedan ignorar...
Lo ven todo; el cielo, la tierra y el mar,
y van más allá, donde ni las aves,
ni la luz, ni el viento pueden ir... ¿no sabes,
oh ignorante cóndor, que mis ojos puros
ven hasta en el seno de los más obscuros
abismos terrestres y en las submarinas
regiones, a donde tus alas mezquinas
no pueden llevarte jamás en su vuelo?...
Mis ojos ven todo: la tierra y el cielo
y el mar y la mina profunda, en su entraña...
¡Si Dios lo ve todo, Dios es la montaña!

Madrid, agosto de 1918. Goy de Silva.



La caravana pasa

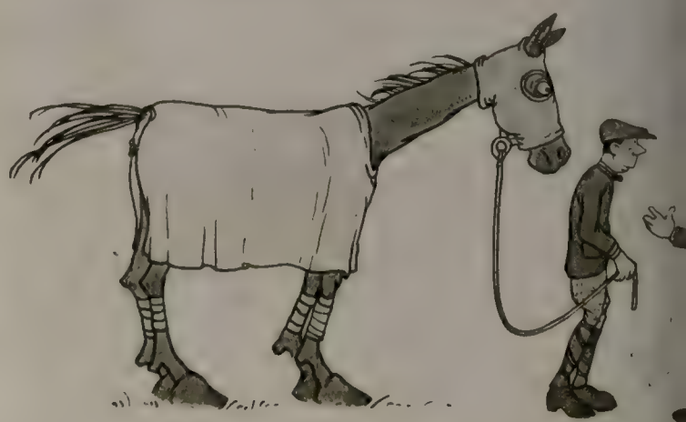
Por media cabeza ¡que jetta!

El señor de la Oficial

Estudiando el crack

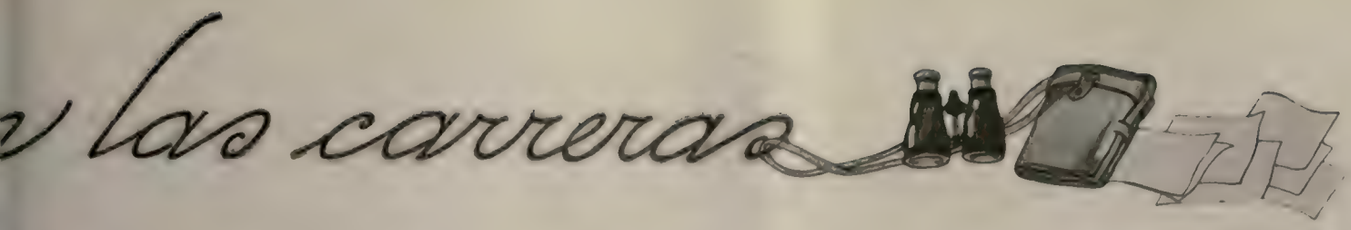
¡Zás! ¡Me robaron los boletos!

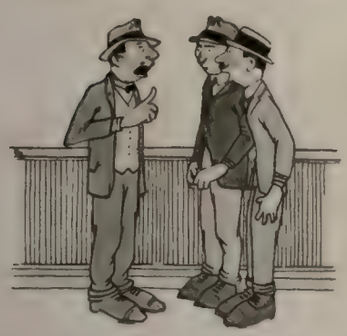
¿Viste? ¡me saludó Mingo!



No te decía que era un perro?

v las carreras

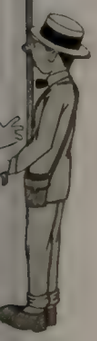




Un datero en la Popular

¡Va a dar un sport bárbaro!

El catedrático del Paddock

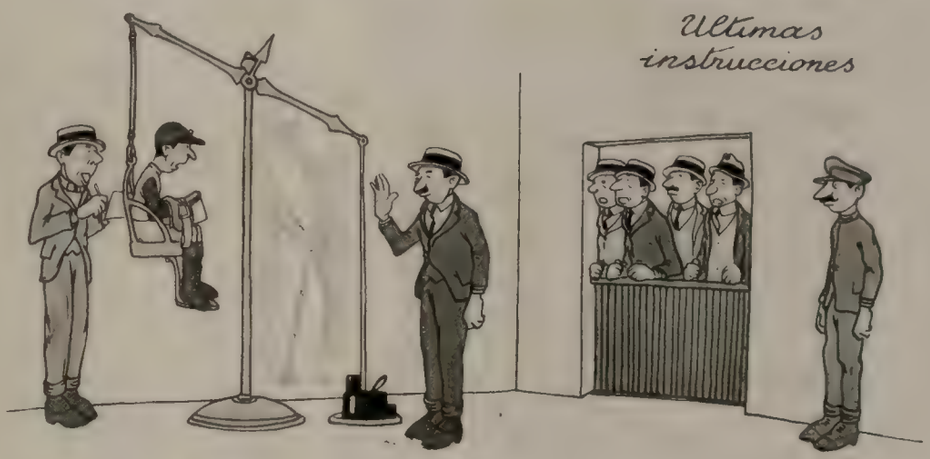


dairía no
la bandera

Un invitado a la tribuna de los socios

Ultimas instrucciones

raciado
l juego...



Perdió diez kilos

Un calmante para el dolor de cabeza, un trapo para los botines y... la caravana vuelve

Narciso

por Manuel Aznar

Dibujo de Peláez

«Ufano, alegre, altivo, enamorado» ha pasado Narciso mirándose en los escaparates de las tiendas. El muy pícaro ha pasado estirado, ceñido, enguantado, luciendo sobre su boca, un poco triste, la absurda brevedad del bigote. Hubiérase dicho que allá iba una contradicción andante. Porque Narciso, tal y como nosotros le hemos visto, era, sencillamente, una contradicción animada. Sobre el torso ceñido lucía el pobre un cuello bovino de esos que no es posible tener a los veinte. Verdad, también, que aquel chocante contraste era bien poca cosa ante el que proclamaban unas hondas patas de gallo...

Ello es que Narciso ha pasado, y que, al verle, hemos podido decir: He ahí un pobre hombre que no tiene el valor de sus cuarenta. A los cuarenta hay derecho a tener una gravedad amable y a no avergonzarse del color que comienza a alborear en las sienes. Y, sin embargo, ese hombre hace por engañarse, sin conseguir engañar a los otros. En vano hace el pobre por fingir una juventud saltarina cuando le delatan las líneas del rostro. Bien se ve que Narciso detesta cordialmente lo que dice su fe de bautismo...

Narciso... La verdad es que Narciso, por incapacidad mental, o acaso, acaso por sentir demasiado no haber llegado a ser lo que pudo haber sido, no quiere formar con los hombres maduros. Sintiéndose incapaz de tener la belleza de Homero, barbado, ciego y moralmente perfecto, recurre a la ortopedia y ensaya una actitud apolina... Y por si eso fuera poco, hasta inventa amables sofismas que nunca ha llegado a decir.

— Es que aceptar la fatalidad — ha pensado cien veces el elegante ex mancebo — es una claudicación miserable. Luchemos, resistamos, no nos dejemos vencer como cualquier hombre innoble.

De lo que se desprende que el hombre no es sincero y que, moralmente, es mejor de lo que imaginan los incomprensivos. Porque Narciso, allá en el fondo de su alma, lamenta, sinceramente, no haber conquistado el derecho a la gravedad. ¡Oh, si él hubiera hecho algo!... Entonces, Narciso no tendría inconveniente en pasear, entre dos hijas amables, una fina barba de fauno.

Narciso ha hecho una imperceptible reverencia al pasar por el escaparate; ha seguido después, rápido, ingrávido, ridículo como una figurilla de Sevres, y ha saludado después, almibaradamente, a unas damiselas. Y ha sucedido que las niñas se han sonreído y que la suspicacia de Narciso se ha puesto, ¡ay!, a imaginar muchas cosas. Lo menos que ha pensado es que la mujer tiene una sagacidad instintiva y que aquellas niñas se han burlado de su pudor de las canas.

Después, Narciso, ha vuelto a su triste ufanía, y ha seguido calle abajo, bizarro, enguantado, ceñido; pero luciendo también un bigotito absurdo, y unas patas de gallo, y una vaga tristeza... Y es que ese hombre ha perdido, en vano, unas horas de tocador, y hasta media hora de vagar por la calle, para que, después, la sagacidad de unas mujeres... ¡Oh, la enorme, la muda, la vergonzante tragedia de Narciso!

Por eso queremos decir que cuando le veamos pasar con su diminuto bigote, y su bastón de bola, y sus patas de gallo, no debemos incurrir en la vulgaridad de burlarnos de él. Narciso es bueno, pulcro, correcto y hasta un poco tonto. ¿Qué culpa tiene el pobre si los suyos se han ido? No; mirémosle con piedad y hagamos votos porque un milagroso desdoblamiento de su personalidad le permita, al cabo, afrontar la verdad, descuidar el entrecano bigote y dejarse llamar, sin inmutarse, el señor don Narciso.

EL RECUERDO A LOS QUE FUERON

GOUACHE DE ÁLVAREZ.

LOS FABRICANTES DE CARBÓN

Los dos hombres dejaron en tierra el cajón de cinc y se sentaron sobre él. De la meseta en que se alzaba su bungalow a la trinchera, había muy bien doscientos metros, y el cajón pesaba. Era ésa la cuarta detención — y la última — pues a menos de treinta metros la trinchera alzaba su escarpa de tierra roja.

Pero el sol de mediodía pesaba también sobre la cabeza desnuda de los dos hombres. La cruda luz lavaba el paisaje en un amarillo lívido de eclipse, sin sombras ni relieves. Luz de sol meridiano, como el de Misiones, en que las camisas de los dos hombres brillaban.

De vez en cuando volvían la cabeza al camino recorrido, y la bajaban en seguida, ciegos de luz. Uno de ellos, por lo demás, ostentaba en las precoces arrugas y en las infinitas patas de gallo, el estigma del sol tropical. Al rato se incorporaron, empuñaron de nuevo la angarilla, y paso tras paso llegaron por fin. Se tiraron entonces de espalda, a pleno sol, y con el brazo se taparon la cara.

El artefacto, en efecto, pesaba, cuanto pesan cuatro chapas galvanizadas de catorce pies, con el refuerzo de cincuenta y seis pies de hierro L y hierro T de pulgada y media. Técnica dura, ésta, pero que nuestros hombres tenían grabada hasta el fondo de la cabeza, porque el artefacto en cuestión era una caldera para fabricar carbón que ellos mismos habían construído, y la trinchera no era otra cosa que el horno de calefacción circular, obra también de su solo trabajo. Y, en final, aunque los dos hombres estaban vestidos como peones y tenían manos más duras que éstos, no eran peones.

Uno se llamaba Luis Dréver, y Marcos Rienzi, el otro. Padres ingleses e italianos, respectivamente, sin que ninguno de los dos tuviera el menor prejuicio sentimental hacia su raza de origen. Personificaban así un tipo de americano que ha espantado a Huret, con tantos otros: el hijo de europeo que se ríe de su patria heredada con tanta frescura como de la suya propia.

Pero Rienzi y Dréver, tirados de espaldas, el brazo sobre los ojos, no se reían en lo más mínimo, porque estaban hartos de trabajar desde las cinco de la mañana, y desde un mes atrás, bajo un frío de cero grado las más de las veces.

Esto era en Misiones. A las ocho, y hasta las cuatro de la tarde, el sol tropical hacía de las suyas; pero apenas bajaba, el termómetro comenzaba a caer con él, tan velozmente que se podía seguir con los ojos el descenso del mercurio. A esa hora el país comenzaba a helarse literalmente, de modo que los treinta grados del mediodía se reducían a cuatro a las ocho de la noche, para comenzar a las cuatro de la mañana el galope descendente: —1, —2, —3. La noche anterior había bajado a —4, con la consiguiente sacudida de los conocimientos geográficos de Rienzi, que no concluía de orientarse en aquella climatología de carnaval, con la que poco tenían que ver los informes metereológicos.

— Este es un país subtropical de calor asfixiante — decía Rienzi tirando el cortafierro y yéndose a caminar. Porque antes de salir el sol, en la penumbra glacial del campo escarchado, un trabajo a fierro vivo despelleja las manos con bastante facilidad.

Dréver y Rienzi, sin embargo, no abandonaron una sola vez su caldera en todo ese mes, salvo los días de lluvia, en que estudiaban modificaciones sobre el plano, muertos de frío. Cuando se decidieron por la destilación en vaso cerrado, sabían ya prácticamente a que atenerse respecto de los diversos sistemas a fuego directo —incluso el Schwartz. Puestos de firme en su caldera, lo único que no había variado nunca era su capacidad: 1,400 cm.³ Pero forma, ajuste, tapas, diámetro del tubo de escape, condensador, todo había sido estudiado y reestudiado cien veces. De noche, al acostarse, se repetía siempre la misma escena. Hablaban un rato en la cama de a o b, cualquier cosa que nada tenía que ver con su tarea del momento. Cesaba la conversación, porque tenían sueño. Así al menos lo creían ellos. A la hora de profundo silencio, uno levantaba la voz:

— Yo creo que diez y siete debe de ser bastante.

— Creo lo mismo — respondía en seguida el otro.

¿Diez y siete qué? Centímetros, remaches, intervalos, cualquier cosa. Pero ellos sabían perfectamente que se trataba de su caldera.

Un día, tres meses atrás, Rienzi había escrito a Dréver desde Buenos Aires, diciéndole que quería ir a Misiones. ¿Qué se podría hacer? El creía que a despecho de las aleluya nacionales sobre la industrialización del país, una pequeña industria, bien entendida, podría dar resultado, por lo menos durante la guerra. ¿Qué le parecía esto?

Dréver contestó: «Véngase, y estudiaremos el asunto carbón y alquitrán».

A lo que Rienzi repuso embarcándose para allá.

Ahora bien; la destilación a fuego de la madera es un problema interesante de resolver, pero para el cual se requiere un capital bastante mayor del que podía disponer Dréver. En verdad, el capital de éste consistía en la leña de su monte, y el recurso de sus herramientas. Con esto, cuatro chapas que le habían sobrado al armar el galpón, y la ayuda de Rienzi, se podía ensayar.

Ensayaron, pues. Como en la destilación de la madera los gases no trabajan a presión, el material aquél les bastaba. Con hierros T para la armadura y L para las bocas, montaron la caldera rectangular de 4.20 x 0.70 mts. Fué un trabajo prolijo y tenaz, pues a más de las dificultades técnicas, debieron contar con las derivadas de la escasez de material y de una que otra herramienta. El ajuste inicial, por ejemplo, fué un desastre: imposible pestañar aquellos bordes quebradizos, y poco menos que en el aire. Tuvieron, pues, que ajustarla a fuerza de remaches, a uno por centímetro, lo que da 1.680 para la sola unión longitudinal de las chapas. Y como no tenían remaches, cortaron 1.680 clavos — y algunos centenares más para la armadura.

Rienzi remachaba de afuera. Dréver, apretado dentro de la caldera, con las rodillas en el pecho, soportaba el golpe. Y los clavos, sabido es, sólo pueden ser remachados a costa de una gran paciencia, que a Dréver, allá adentro, se le escapaba con una rapidez vertiginosa. A la hora turnaban, y mientras Dréver salía acalambrado, incorporándose a sacudidas, Rienzi entraba a poner su paciencia a prueba con las corridas de martillo por el contragolpe.

Tal fué su trabajo. Pero el empeño en hacer lo que querían fué asimismo tan serio, que los dos hombres no dejaron pasar un día sin machucarse las uñas. Con las modificaciones sabidas los días de lluvia, y los inevitables comentarios a medianoche.

No tuvieron en ese mes otra diversión — esto desde el punto de vista urbano — que entrar los domingos de mañana en el monte a punta de machete. Dréver, hecho a aquella vida, tenía la muñeca bastante sólida para no cortar sino lo que quería; pero cuando Rienzi era quien abría monte, su compañero tenía buen cuidado de mantenerse atrás a cuatro o cinco metros. Y no que el puño de Rienzi fuera malo; pero el machete es cosa de un largo aprendizaje.

Luego, como distracción diaria, tenían la que les proporcionaba su ayudante, la hija de Dréver. Era una rubia de cinco años, sin madre, porque Dréver había enviudado a los tres años de estar allá. El la había criado solo, con una paciencia infinitamente mayor que la que le exigían los remaches de la caldera. Dréver no tenía el carácter manso, y era difícil de manejar. De dónde aquel hombrón había sacado la ternura y la paciencia necesarias para criar solo y hacerse adorar de su hija, no lo sé; pero lo cierto es que cuando caminaban juntos al crepúsculo, se oían diálogos como éste:

— ¡Piapiá!

— Mi vida.

— ¿Va a estar pronto pronta tu caldera?

— Sí, mi vida.

— ¿Y vas a destilar toda la leña del monte?

— No; vamos a ensayar, solamente.

— ¿Y vas a ganar platita?

— No creo, chiquita.

— ¡Pobre piapiacito querido! No podés nunca ganar mucha plata.

— Así es.

— Pero vas a hacer un ensayo lindo, piapiá. ¡Lindo como vos, piapiacito querido!

— Sí, mi amor.

— ¡Yo te quiero mucho, mucho, piapiá!

— Sí, mi vida...

Y el brazo de Dréver bajaba por sobre el hombro de su hija, y la criatura besaba la mano dura y quebrada de su padre, tan grande que le ocupaba todo el pecho.

Rienzi tampoco era pródigo de palabras; y como ambos usaban barba, fácilmente podía considerárseles tipos inabordables. Mas la chica de Dréver conocía un poco a aquella clase de gentes, y se reía a carcajadas del terrible ceño de Rienzi, cada vez que éste trataba de imponerle así tregua a las diarias exigencias de su ayudante: vueltas de carnero en la gramilla; carreras a babucha; hamaca, trampolín, sube y baja, alambre carril — sin contar uno que otro jarro de agua a la cara de su amigo cuando éste a mediodía se tiraba al sol sobre el pasto.

Dréver oía un juramento e inquiría la causa.

— ¡Es la maldita viejita! No se le ocurre sino...

Pero ante la — bien que remota — probabilidad de una injusticia propia o del padre, Rienzi se apresuraba a hacer las paces con la chica, la cual festejaba en cuclillas la cara lavada como una botella de Rienzi.

Su padre jugaba menos con ella; pero seguía con los ojos el pesado galope de su amigo alrededor de la meseta, cargado con la chica en los hombros.

Era un terceto bien curioso, el de los dos hombres de grandes zancadas, y su ayudante de cinco años, que iban, venían y volvían a ir de la meseta al horno. Porque la chica, constantemente al lado de su padre, conocía una por una las herramientas, y sabía qué presión más o menos se necesita para partir diez cocos juntos, y a qué olor se le puede llamar con propiedad de piroleñoso. Sabía leer, y escribía todo con mayúsculas.

Aquellos doscientos metros del bungalow al monte fueron recorridos a cada momento mientras se construyó el horno. Con paso fuerte de madrugada, o tardo a mediodía, iban y venían como hormigas por el mismo sendero con las mismas sinuosidades, y la misma curva para evitar el florecimiento de arenisca negra a flor de pasto.

Si la elección del sistema de calefección les había costado, su ejecución sobrepasó con mucho lo concebido. «Una cosa es en el papel, y otra en el terreno» — decía Rienzi con las manos en los bolsillos, cada vez que un laborioso cálculo sobre volumen de gases, toma de aire, superficie de la parrilla, cámaras de tiro, se les iba al diablo por la pobreza del material.

Desde luego, se les había ocurrido la cosa más arriesgada que quepa en asuntos de ese orden: calefacción en espiral para una caldera horizontal. ¿Por qué? Tenían ellos sus razones, y dejémoselas. Mas lo cierto es que cuando encendieron por primera vez el horno, y acto continuo el humo escapó de la chimenea después de haberse visto forzado a descender cuatro veces bajo la caldera, — al ver esto los dos hombres se sentaron a fumar sin decir nada, mirando aquello con aire más bien distraído, — el aire de un hombre de carácter que ve el éxito de un duro trabajo en el que puso toda su fuerza.

¡Ya estaba, por fin! Las instalaciones accesorias — condensador de alquitrán y quemador de gases —eran un juego de niños. La condensación se dispuso en ocho bordalesas, pues no tenían agua; y los gases fueron enviados directamente al hogar. Con lo que la chica de Dréver tuvo ocasión de maravillarse de aquel grueso chorro de fuego que salía de la caldera donde no había fuego.

— ¡Qué lindo, piapiá! — exclamaba, inmóvil de sorpresa. Y con los besos de siempre a la mano de su padre:

— ¡Cuántas cosas sabés hacer, piapiacito querido!

Tras lo cual entraban en el monte a comer naranjas.

Entre las pocas cosas que Dréver tenía en este mundo — fuera de su hija, claro está—la de mayor valor era su naranjal, que no le daba renta alguna, pero que era un encanto de ver. Plantación original de los jesuítas, hace doscientos años, el naranjal había sido invadido y sobrepasado por el bosque, en cuyo *sous-bois*, digamos, los naranjos continuaban enervando el monte de perfume de azahar, que al crepúsculo llegaba hasta los senderos del campo. Los naranjos de Misiones no han conocido jamás enfermedad alguna. Costaría trabajo encontrar una naranja con una sola peca. Y como riqueza de sabor y hermosura, aquella fruta no tiene rival.

De los tres visitantes, Rienzi era el más goloso. Comía fácilmente diez o doce naranjas, y cuando volvía a casa, llevaba siempre una bolsa cargada al hombro. Es fama allá que una helada favorece a la fruta. En aquellos momentos, a fines de junio, eran ya un almíbar; lo cual reconciliaba un tanto a Rienzi con el frío.

Este frío de Misiones, que no esperaba y del cual no había oído hablar en Buenos Aires, molestó las primeras hornadas de carbón, ocasionándoles un gasto extraordinario de combustible.

En efecto: por razones de organización encendían el horno a las cuatro o cinco de la tarde. Y como el tiempo para una completa carbonización de la madera no baja normalmente de ocho horas, debían alimentar el fuego hasta las doce o la una de la mañana, hundidos en el foso ante la puerta del hogar, mientras a sus espaldas caía una mansa helada. Si la calefacción sufría, la condensación se efectuaba a las mil maravillas en el aire de hielo, que les permitió obtener en el primer ensayo un 2 % de alquitrán, lo que era muy halagüeño dadas las circunstancias.

Uno u otro debía vigilar constantemente la marcha, pues el peón accidental que les cortaba la leña, persistía en no entender aquel modo de hacer carbón. Observaba atentamente las diversas partes de la fábrica, pero sacudía la cabeza a la menor insinuación de encargarle el fuego. Era un mestizo de indio, un muchacho flaco, de ralo bigote y siete hijos, que jamás contestaba de inmediato la más fácil pregunta, sin consultar un rato el cielo, silbando vagamente. Después respondía: « Puede ser ». En balde le habían dicho que diera fuego sin inquietarse hasta que la tapa opuesta chispeara al ser tocada con el dedo mojado; se reía con ganas, pero no aceptaba. Por lo cual el va y ven de la meseta al monte proseguía de noche, mientras la chica de Dréver se entretenía tras los vidrios en conocer a su padre o a Rienzi cuando saltaban del foso afuera.

Alguna vez, algún turista que pasó de noche hacia el puerto a tomar el vapor que lo llevaría al Iguazú, debió extrañarse un poco de aquel resplandor que salía de bajo tierra, entre el humo y el vapor de los escapes: mucho de solfatara y un tanto de infierno, que iba a herir directamente la imaginación del peón indio.

La atención de éste, en cambio, era solicitada por la elección del combustible. Cuando descubría en su sector un buen «palo noble para el fuego», lo llevaba en su carretilla hasta el horno, impasible como si ignorara el tesoro que conducía. Y ante el halago de los foguistas, volvía indiferente la cabeza a otro lado — para sonreirse a gusto, según decir de Rienzi.

Los dos hombres se encontraron así un día con tal stock de esencias muy combustibles, que debieron disminuir en el hogar la toma de aire, el que entraba ahora silbando, y vibraba bajo la parrilla.

Entretanto, el rendimiento de alquitrán aumentaba. Anotaban los porcentajes en carbón, alquitrán y piroleñoso de las esencias más aptas, aunque todo grosso modo. Pero lo que, en cambio, anotaron muy bien fueron los inconvenientes — uno por uno — de la calefacción circular para una caldera horizontal; en esto podían reconocerse maestros. El gasto de combustible poco les interesaba. Fuera de que con una temperatura de 0 grado, las más de las veces, no era posible cálculo alguno.

Ese invierno fué en extremo riguroso, y no sólo en Misiones. Pero desde fines de junio las cosas tomaron un cariz extraordinario, que el país sufrió hasta las raíces de su vida subtropical.

En efecto, tras cuatro días de pesadez y amenaza de gruesa tormenta, resuelta en llovizna de hielo y cielo claro al sur, el tiempo se serenó. Comenzó el frío, calmo y agudo, apenas sensible a mediodía, pero que a las cuatro mordía ya las orejas. El país pasaba sin transición de las madrugadas blancas al esplendor casi mareante de un mediodía invernal en Misiones, para helarse en la obscuridad a las primeras horas de la noche.

La primera mañana de ésas, Rienzi, helado de frío, salió a caminar y volvió al rato tan helado como antes. Miró el termómetro y habló a Dréver que se levantaba.

— ¿Sabe qué temperatura tenemos? Seis grados bajo cero.

— Es la primera vez que pasa esto — repuso Dréver.

— Así es—asintió Rienzi.—Todas las cosas que noto aquí pasan por la primera vez.

Se refería a algún encuentro con una víbora en pleno invierno, y donde menos lo esperaba.

La mañana siguiente hubo siete bajo cero. Dréver llegó a dudar de su termómetro, y montó a caballo a verificar la temperatura en casa de dos amigos, uno de los cuales atendía una pequeña estación oficial. No había duda: eran efectivamente ocho y nueve bajo cero. La diferencia con su registro provenía de que estando la meseta de Dréver muy alta sobre el río y abierta al viento, tenía siempre dos grados menos en invierno, y dos más en verano, claro está.

— No se ha visto jamás cosa igual — dijo Dréver de vuelta, desensillando el caballo.

— Así es — dijo Rienzi.

Mientras aclaraba, al día siguiente, llegó al bungalow un muchacho con una carta del amigo que atendía la estación meteorológica. Decía así:

«Hágame el favor de registrar hoy la temperatura de su termómetro al salir el sol. Anteayer comuniqué la observada aquí, y anoche he recibido un pedido de Buenos Aires de que rectifique en forma la temperatura comunicada. Allá se ríen de los nueve grados bajo cero. ¿Cuánto tiene usted ahora?»

Dréver esperó la salida del sol, y anotó en la respuesta: «27 de junio: 9 grados bajo cero».

El amigo telegrafió entonces a la oficina central de Buenos Aires: «27 de junio: once grados bajo cero».

Rienzi vió algo del efecto que puede tener tal temperatura sobre una vegetación casi de trópico; pero le estaba reservado para más adelante constatarlo de pleno. Entretanto, su atención y la de Dréver se vieron duramente solicitadas por la enfermedad de la hija de éste.

Desde una semana atrás la chica no estaba bien. (Esto, claro está, lo notó Dréver después, y fué uno de los entretenimientos de sus largos silencios). Un poco de desgano, mucha sed, y los ojos levemente irritados cuando corría.

Una tarde, después de almorzar, cuando Dréver salía afuera encontró a su hija acostada en el suelo, en actitud de fatiga. Tenía 39º de fiebre. Rienzi llegó un momento después, y la halló en la cama, las mejillas abrasadas y la boca abierta.

— ¿Qué tiene? — preguntó extrañado a Dréver.

— No sé... 39º y pico.

Rienzi se dobló sobre la cama.

— ¡Hola, viejita! Parece que no tenemos alambre carril, hoy.

Era característica de la criatura, cuando tenía fiebre, cerrarse a toda pregunta sin objeto y responder con monosílabos secos, en que se transparentaba a la legua el padre.

Esa tarde Rienzi se ocupó de la caldera, pero volvía de rato en rato a ver a su ayudante, que en aquel momento ocupaba un rinconcito rubio en la cama de su padre.

A las tres, la chica tenía 39.5, y 40 a las seis. Dréver había hecho lo que se debe hacer en esos casos, incluso el baño.

Ahora bien: bañar, cuidar y atender a una criatura de cinco años en una casa de tablas peor ajustada que una caldera, con un frío de hielo y por dos hombres de manos encallecidas, no es tarea fácil. Hay cuestiones de camisitas, ropas minúsculas, bebidas a horas fijas, detalles que están por encima de las fuerzas de un hombre. Los dos hombres, sin embargo, con los duros brazos arremangados, bañaron a la criatura y la secaron. Hubo, desde luego, que calentar el ambiente con alcohol; y en lo sucesivo, que cambiar los paños de agua fría en la cabeza. La pequeña había condescendido a sonreirse mientras Rienzi le secaba los pies, lo que pareció a éste de buen augurio. Pero Dréver temía un golpe de fiebre perniciosa, que en temperamentos vivos no se sabe nunca a dónde pueden llegar.

A las siete la temperatura subió a 40.8, para descender a 39 en el resto de la noche y montar de nuevo a 40.3 a la mañana siguiente.

— ¡Bah! — decía Rienzi con el gesto por lo menos despreocupado.— La viejita es fuerte, y no es esta fiebre la que la va a tumbar.

Y se iba a la caldera silbando, porque no era cosa de ponerse a pensar estupideces.

Dréver no decía nada. Caminaba mudo de un lado para otro en el comedor, y solo se interrumpía para entrar a ver a su hija. La chica, devorada de fiebre, persistía en responder con monosílabos secos a su padre.

— ¿Cómo te sientes, chiquita?

— Bien.

— ¿No tienes calor? ¿Quieres que te retire un poco la colcha?

— No.

— ¿Quieres agua?

— No.

Y todo sin dignarse volver los ojos.

Durante seis días Dréver durmió un par de horas de mañana (todo lo que podía tener de continuo su sueño), mientras Rienzi lo hacía de noche. Pero cuando la fiebre se mantenía amenazante, Rienzi veía la silueta del padre detenido inmóvil al lado de la cama, y se encontraba a la vez sin sueño. Se levantaba y preparaba café, que los dos hombres tomaban en el comedor. Instábanse mutuamente a descansar un rato, con un mudo encogimiento de hombros por común respuesta. Tras lo cual uno se ponía a recorrer por centésima vez el título de los libros, mientras el otro hacía obstinadamente cigarros en un rincón de la mesa. Y los baños siempre, la calefacción, los paños fríos, la quinina. La chica se dormía a veces con una mano de su padre entre la suya, y apenas éste intentaba retirarla, la criatura lo sentía y apretaba los dedos. Con lo cual Dréver se quedaba sentado inmóvil en la cama por un buen rato; y como no tenía nada que hacer, miraba sin cesar la pobre carita extenuada de su hija.

Luego, delirio de vez en cuando, con súbitos incorporamientos sobre los brazos. Dréver la tranquilizaba, pero la chica rechazaba su contacto, volviéndose al otro lado. El padre recomenzaba entonces su paseo, e iba a tomar el eterno café de Rienzi.

— ¿Qué tal? — preguntaba éste.

— Ahí va — respondía Dréver.

A veces, cuando estaba despierta, Rienzi se acercaba esforzándose en levantar la moral de todos, con bromas a la viejita que se hacía la enferma y no tenía nada. Pero la chica, aun reconociéndolo, lo miraba seria, con una hosca fijeza de gran fiebre.

La quinta tarde Rienzi la pasó en el horno trabajando y silbando sin cesar, lo que era un buen derivativo. Dréver lo llamó por un rato y fué a su vez a alimentar el fuego, echando automáticamente leña tras leña en el hogar.

Esa madrugada la fiebre bajó más que de costumbre, bajó más a mediodía, y a las dos de la tarde la criatura estaba con los ojos cerrados, inmóvil, a excepción de un rictus intermitente del labio, y de pequeñas conmociones que le salpicaban el rostro. Estaba helada; tenía sólo 35.

— Una anemia cerebral fulminante, casi seguro — respondió Dréver a una mirada interrogante de su amigo.— Tengo suerte...

Durante tres horas la chica continuó de espaldas con sus muecas cerebrales, rodeada y quemada por ocho botellas de agua hirviendo. Durante esas tres horas Rienzi caminó muy despacio, mirando con el ceño fruncido la figura del padre sentado en la cama. Y en esas tres horas, Dréver se dió cuenta precisa del inmenso lugar que ocupaba en su corazón aquella pobre cosita que le había quedado, y que iba a llevar al día siguiente al lado de su madre.

A las cinco, Rienzi, en el comedor, oyó que Dréver se incorporaba; y con el ceño más contraído aún entró en el cuarto. Pero desde la puerta distinguió el brillo de la frente de la chica, perlada de sudor.

— Por fin... — dijo Rienzi con la garganta estúpidamente apretada.

— Sí, por fin — murmuró Dréver. Y la chica continuaba literalmente bañada en sudor — salvada. Cuando abrió al rato los ojos, buscó a su padre; y al verlo, tendió los dedos hacia la boca de él. Rienzi se dobló entonces:

— ¿Y?... ¿Cómo vamos, madamita?

La chica volvió los ojos a su amigo, pesada aun.

— ¿Me conoces bien, ahora? ¿A qué no?

— Sí...

— ¿Quién soy?

La criatura sonrió.

— Rienzi.

— ¡Muy bien! Así me gusta... No, no. Ahora a dormir...

Salieron a la meseta, por fin.

— ¡Qué viejita! — decía Rienzi, haciendo largas rayas en la arena con una vara. Dréver — seis días de tensión nerviosa con las tres horas finales, son demasiado para un padre solo — se sentó en el sube y baja y echó la cabeza sobre los brazos. Y Rienzi se fué al otro lado del bungalow, porque los hombros de su amigo se sacudían.

— —

La convalecencia comenzaba a escape desde aquel momento. Entre taza y taza de café de aquellas largas noches, Rienzi había meditado que mientras no cambiaran los dos primeros vasos de condensación, obtendrían siempre más brea de la necesaria. Resolvió, pues, utilizar dos grandes bordalesas en que Dréver había preparado su vino de naranja, y con ayuda del peón dejó todo listo al anochecer. Encendió el fuego, y después de confiarlo al cuidado de aquél, volvió a la meseta, donde tras los vidrios del comedor, los dos hombres miraron con singular placer el humo rojizo que tornaba a montar en paz.

Conversaban a las doce, cuando el indio vino a anunciarles que el fuego salía por otra parte; que se había hundido el horno. A ambos vino instantáneamente la misma idea.

— ¿Abriste la toma de aire? — le preguntó Dréver.

— Abrí — repuso el otro.

— ¿Qué leña pusiste?

— La carga que estaba allaité...

— ¿Lapacho?

— Sí.

Rienzi y Dréver se miraron entonces, y salieron con el peón.

La cosa era bien clara: La parte superior del horno estaba cerrada con dos chapas de cinc sobre traviesas de hierro L, y como capa aisladora había colocado encima cinco centímetros de arena. En la primera sección de tiro, que las llamas lamían, habían resguardado el metal con una capa de arcilla sobre tejido de alambre; arcilla armada, digamos. Todo había ido bien mientras Rienzi o Dréver vigilaron el hogar. Pero el peón, para apresurar la calefacción en beneficio de sus patrones, había abierto toda la puerta del cenicero, precisamente cuando sostenía el fuego con lapacho. Y como el lapacho es a la llama lo que la nafta a un fósforo, la altísima temperatura desarrollada había barrido con arcilla, tejido de alambre y la chapa misma, por cuyo boquete la llamarada ascendía apretada y rugiendo.

Es lo que vieron los dos hombres al llegar allá. Retiraron la leña del hogar, y la llama cesó; pero el boquete quedaba vibrando al rojo blanco, y la arena caída sobre la caldera enceguecía al ser revuelta.

Nada más había que hacer. Volvieron a la meseta, y en el camino Dréver dijo:

— Pensar que con cincuenta pesos más hubiéramos hecho un horno en forma...

— ¡Bah! — repuso Rienzi al rato. — Hemos hecho lo que debíamos hacer. Con una cosa concluída no nos hubiéramos podido dar cuenta de una porción de cosas.

Y tras una pausa:

— Y tal vez hubiéramos hecho algo un poco «pour la galerie»...

— Puede ser — repuso Dréver.

La noche era muy suave, demasiado, quedaron un largo rato sentados fumando en el dintel del comedor.

— —

Demasiado suave, la temperatura. El tiempo descargó, y durante tres días y tres noches llovió con temporal del sur, que tuvo a los dos hombres bloqueados en el bungalow oscilante. Dréver aprovechó el tiempo concluyendo un ensayo sobre creolina, cuyo poder hormiguicida y parasitida era por lo menos tan fuerte como el de la creolina a base de alquitrán de hulla. Rienzi, desganado, pasaba el día yendo de una puerta a otra a mirar el cielo.

Hasta que la tercer noche, mientras Dréver estaba en el comedor jugando con la chica en las rodillas, Rienzi se levantó con la mano en los bolsillos y dijo:

— Yo me voy a ir. Ya hemos hecho aquí lo que podíamos. Si llega a encontrar unos pesos para trabajar en eso, avíseme y le puedo conseguir en Buenos Aires lo que necesite. Allá abajo, en el ojo de agua, se pueden montar tres calderas... Sin agua es imposible hacer nada. Escríbame, cuando consiga eso, y vengo a ayudarlo. Por lo menos — concluyó después de un momento — podemos tener el gusto de creer que no hay en el país muchos tipos que sepan lo que nosotros sobre carbón.

— Creo lo mismo — apoyó Dréver sin dejar de jugar con su hija.

Cinco días después, con un mediodía radiante y el sulky pronto en el portón, los dos hombres y su ayudante fueron a echar una última mirada a su obra, a la cual no se habían aproximado más. El peón retiró la tapa del horno, y, como una crisálida quemada dentro de aquella tumba de tierra cocida, arrugada, deformada, abollada, torcida, apareció la caldera en su envoltura de alambre tejido y arcilla gris. Las chapas retiradas, tenían alrededor del boquete abierto por la llama, un espesor considerable por la oxidación del fuego, y se descascaraban en escamas friables al menor contacto. Motivo por el cual la chica de Dréver se llenó de aquéllas el bolsillo del delantal.

Desde allí mismo, por toda la vera del monte inmediato y el circundante hasta la lejanía, Rienzi pudo apreciar el efecto de un frío de 9º sobre una vegetación tropical de hojas lustrosas y tibias. Vió los bananos podridos en pulpa chocolate, hundidos dentro de sí mismos como en una funda. Vió plantas de yerba de doce años — un grueso árbol, en fin — quemadas para siempre hasta la raíz por el fuego blanco. Y en el naranjal, donde entraron para una última colecta, Rienzi buscó en vano en lo alto el reflejo de oro habitual, porque el suelo estaba totalmente amarillo de naranjas, que el día de la gran helada habían caído todas al salir el sol, con un sordo tronar que llenaba el monte.

Asimismo, Rienzi pudo llenar su bolsa, y como la hora apremiaba se dirigieron al puerto. La chica hizo el trayecto en las rodillas de Rienzi, con quien alimentaba un larguísimo diálogo.

El vaporcito salía ya. Los dos amigos, uno enfrente de otro, se miraron sonriendo.

— A bientôt — dijo uno.

— Ciao — respondió el otro.

Pero la despedida de Rienzi y la chica fué bastante más expresiva. Cuando ya el vaporcito viraba aguas abajo, ella le gritó aún:

— ¡Rienzi! ¡Rienzi!

— Qué, viejita — se alcanzó a oir.

— ¡Volvé pronto!

Dréver y la chica quedaron en la playa hasta que el vapor se ocultó tras el macizo del Teyucuaré. Y cuando subían lentos la barranca, Dréver callado, su hija le tendió los brazos para que la alzara:

— Se te quemó la caldera, pobre piapiá!... Pero no estés triste... ¡Vas a inventar muchas cosas más, ingenierito de mi vida!

HORACIO QUIROGA.

DIBUJOS DE ZAVATTARO.

PREMIADO EN EL SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES

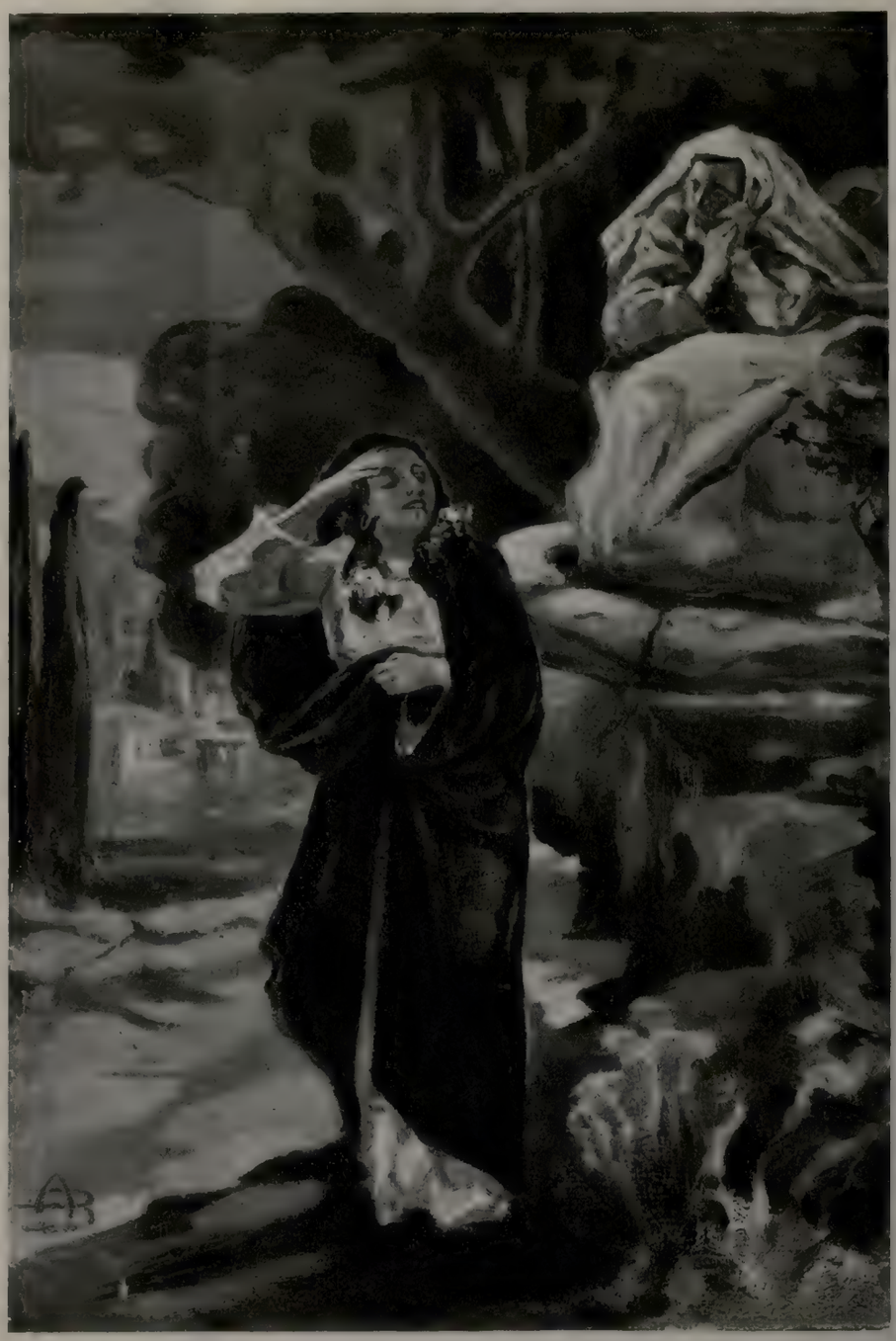
PRESENTACIÓN

ÓLEO DE V. THIBÓN DE LIBIÁN

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

Ganupta, el hijo del destino

Dibujo de BOUCQ



I

Eraútha, que era pastor, una mañana cristalina y fresca en los campos serenos, contempló el remoto pueblo de Srinagar iluminado de rosa.

Triste de soledad, su alma se notó pequeña y atraída dulcemente por un influjo impreciso y benigno.

Divisó, entonces, el pueblo de Srinagar en la mañana, y resolvió partir hacia otras tierras, sin designio alguno, como la brizna de hierba en el arroyo.

Dió las ovejas a un viejo pastor empobrecido, y echó a andar por las orillas del Jhelum, con su báculo.

Después de alguna marcha miró por última vez los campos claros y frescos, las ovejas que le observaban ir, y el anciano pastor que movía los brazos en el aire.

Y su corazón se floreció de amargura, como un ramo de ajenjo.

—

Ahrezadda era joven hermosa, en Pamir.

Un heroico guerrero la desposaría en tiempos de la primera luna, y las gentes vecinas decían de ella: «Como un lucero suave en la noche, es Ahrezadda»; y de él: «Como un sol que vence en todos los reinos, así es, como un sol, Acterandhar».

Una mañana despertó Ahrezadda sonriendo. Su dulce espíritu femenino en la nueva luz hizo ablución de júbilo.

Vió el Himalaya, y escuchó la canción de los pastores en la lejanía.

Luego, pensó en Acterandhar y en los tiempos de la primera luna.

Y su corazón se volvió triste con la canción de los pastores.

II

Muchas noches hacía que Eraútha peregrinaba sin designio alguno, como la brizna de hierba en el arroyo.

Fatigado y sin saber hacia qué parte proseguir, se detuvo donde las sendas formaban cruz.

Alzó la vista y vió las blancas cimas de Nanga Parbat, en la montaña sombría.

Eraútha estaba en la noche, temeroso de sí, oyendo silbar las víboras y cantar el nocturno pájaro de las selvas.

Después dirigió su mirada hacia las estrellas y hacia la luna nueva, enorme en los cielos, como la hoja de una hoz de oro candente, y lloró sin saber el motivo.

—

Acterandhar y Ahrezadda, los nuevos esposos, paseaban por el jardín aromado, en Pamir, ciudad de tierra sacra.

El guerrero hablaba de una próxima guerra, y de su felicidad actual.

Ahrezadda dijo: «Mira qué hermosa está la luna».

La luna estaba en los cielos sin lindes, como la hoja sangrienta de una hoz.

Ahrezadda se puso triste, sin saber el motivo.

Y Acterandhar se estremeció.

III

Eraútha, recién llegado a la plaza de Pamir, sentóse en una roca, frente a la fontana de aguas alegres.

Algunos hombres decían: «Ahí llega la hermosa Ahrezadda, esposa de Acterandhar, a quien la guerra llevó a otro país».

Y algunas mujeres: «Esa es la triste Ahrezadda, cuya felicidad fué breve».

Ahrezadda pasaba y se detuvo ante Eraútha. Ambos se miraron como dos antiguos amigos que no se reconocieran. Porque nunca, hasta esa tarde, se habían visto.

La hermosa triste siguió su camino sin saber qué decir.

Y el peregrino que fué pastor, tímido y silencioso, la vió alejarse como a la faz buena de su espíritu.

IV

Acterandhar no regresó jamás a Pamir, porque le mataron sus enemigos.

Eraútha recorrió innumerables pueblos, en diferentes reinos.

En los largos caminos por donde le conducía su esperanza, padeció sed, hambre, temor, y la tristeza de andar solo y errante.

Pensaba siempre en la mujer desconocida que finalizaría la angustia de ese itinerario sin término, y que le diera un poco de paz, como un tiempo la tuvo en los campos de Srinagar, pero más serenada y satisfecha.

Entonces recordaba a la mujer triste que en Pamir habló tan cerca a su corazón, cuando él no supo qué decirle.

Así recorrió innumerables pueblos, en diferentes reinos, y el cabello y la barba se le nevaron de tiempo y de amargura.

V

Anciano ya, volvió a Pamir, la ciudad más agradable de cuantas pudo ver.

Ahrezadda no vivía a su regreso, pero sí Ganupta, hijo que tuvo del guerrero Acterandhar, carnalmente.

Eraútha volvió a Pamir y, sentándose en una roca, frente a la fontana de aguas alegres, vió desfilar mujeres, niños y hombres desconocidos.

Pero al joven Ganupta, concebido en tiempos de su anterior visita, no le vió.

VI

Resuelto a contemplar por última vez los campos de Srinagar, donde fuera pastor en años remotos, Eraútha continuó su camino hacia el río Jhelum, que le guiara cuando su partida.

Y, andando, andando, de pronto se detuvo para dar su adiós a Pamir, la ciudad de sus pobres sueños.

Y vió que hacia él venía un joven.

Era Ganupta, hijo de Acterandhar, concebido por Ahrezadda en tiempos en que Eraútha la vió pasar sin saber qué decir.

Llegóse el joven hasta el anciano peregrino, y éste le recibió con alegría.

Tomó la cabeza de Ganupta entre sus manos pálidas, y le miró profunda y silenciosamente en los ojos.

Profunda y silenciosamente miró en los ojos al joven tímido, y acercó hasta la esencia de su alma su espíritu cansado.

Ganupta sonrió, entonces, y dijo: «Sí; yo soy».

LA SILLA DE VIAJE.

Lo que voy a referir, aunque parezca inverosímil es cierto, es cierto y es cierto. Lo afirmo así, de un modo tan rotundo, porque puedo probarlo, y si es preciso presentaré testimonios de calidad, citaré nombres propios de gente bien que no tendrá inconveniente en confirmar cuanto aquí digo. Hago esta advertencia porque, si alguien está dispuesto a tomarlo para la chacota, le aconsejo que lo deje no más... y siga viaje.

* * *

Hace algunos años, al tomar el vapor en que había de regresar a Buenos Aires, tropecé a bordo con un extraño aparato que llamó poderosamente mi atención al mismo tiempo que estorbaba el paso a todos los pasajeros. Acomodé mi equipaje, tomé posesión del camarote, y ya en traje de circunstancias, con tiempo disponible para todo, resolví estudiar detenidamente aquel artefacto cuya utilidad desconocía y que empezaba a preocuparme. Otros ya se me habían anticipado. Eramos, pues, varios los que, con las manos en los bolsillos, mudos, cautelosos, íbamos lentamente, paso a paso, dando vueltas alrededor de aquel extraño y complicado aparato, contemplándolo, escudriñándolo en detalle y en conjunto, tratando en vano de inquirir su aplicación.

Las líneas generales de aquello tomaban la forma de una pirámide truncada. Sus lados, una serie inacabable de varillas de hierro verticales, horizontales, oblicuas; poleas, palancas, manivelas y *tutti cuanti*. En la parte superior, dividiendo el aparato en dos partes iguales y colgando de otra serie de varillas, ganchos, cadenas y roldanas, una lona rayada y fuerte, en forma ondulada de montaña rusa, avanzaba hacia adelante como para recibir una víctima. Esta parte estaba en constante movimiento, contrario siempre al balanceo del buque.

En la parte posterior de la base, dos arcos de hierro de bordes dentados surgiendo hacia adelante mordían una rueda que se comunicaba con otra de manubrio, por medio de una cadena de bicicleta.

Todo el herraje, pintado de negro, le daba un aspecto tétrico, antipático. Tenía algo de torre de telegrafía sin hilos, o la de los pozos de extraer petróleo; de guinche, de sillón de dentista o de silla para la electrocución.

Bien se me alcanza que esta descripción no puede dar idea muy exacta de tal mecanismo — cosa, por lo demás, bastante difícil — pero confiando en la habilidad del dibujante, a quien daré más pormenores, el lector quizá pueda acercarse un poco a la realidad de lo que en vano me esfuerzo en describir.

No pudiendo contener mi curiosidad por más tiempo, pregunté a uno de los oficiales de a bordo que, a su vez, observaba nuestros movimientos.

—Perdone, oficial: ¿puede decirme que es esto?

— Una silla de viaje contra el mareo.

— Y... ¿vive el propietario?...

— Vive; está en su camarote, mareado desde que pisó el barco.

Me dí a pensar sobre la poca eficacia del aparato o de que quizá al dueño no le habría dado tiempo para probarlo.

— ¿Y puede aclararme, oficial — y perdone — en dónde está el remedio?

— No estoy muy seguro, pero tengo entendido que en la *verticalidad*.

No insistí por no parecer pesado, pero no estando satisfecho, volví de nuevo a la observación. Aquello empezó a interesarme fuertemente.

Aquí está la verticalidad, — me dije contemplando la parte movible del aparato, — luego aquí está el secreto, es decir, uno de los secretos. Me quedaba por averiguar el resto. Me armé de paciencia y esperé. Aquella noche, al acostarme en mi litera y sufrir las molestias del balanceo, mi imaginación voló en busca del maravilloso mecanismo y tuve que reprimir los imprudentes deseos que a cada instante sentía de salir a probarlo.

¡Quién sabe, quién sabe! — me decía a la mañana siguiente mientras me levantaba — se inventan tantas cosas que es probable se haya encontrado por fin el remedio del molestísimo mal de mar. Y me dispuse a salir a cubierta.

Allí estaba la silla-torre, como la dejé, erguida, vanidosa, imponente, mayestática. Me acerqué a verla de nuevo; aún no la ocupaba nadie.

Empecé mis paseos recorriendo a grandes pasos la cubierta del buque. En una de las vueltas ví que dos camareros colocaban con gran esfuerzo un bulto en la lona de la silla: y desde lejos me pareció ver a un pobre ajusticiado subiendo al patíbulo. Dieron en seguida varias vueltas a la rueda de manubrio y el cuerpo aquel se elevó quedando suspendido en dulce balanceo a poco más de un metro del suelo. Entonces me acerqué sigilosamente y pude contemplar a un pobre señor, delgado, de perfil parecido al aviso del 43, que recogido en gatillo reposaba sobre la lona movible, cubierto el cuerpo con una manta de viaje. Debió sentir mi presencia, porque descorriendo los párpados como persianas de escritorio americano, me miró fijamente con sus ojos abultados y tristes.

— ¿Cómo vamos, compañero? — le pregunté tanteando para entrar en materia. Y en seguida agregué: — Con ese aparatito poco sentirá el mareo, ¿eh?

— Es pronto para conocer los efectos — me replicó con voz de angustia — pero le tengo fe.

— No hay que perderla; verá en cuanto pasemos el Ecuador como siente alivio.

El hombre no sé si por cortar la conversación o porque se sentía molesto, se estiró haciendo un visible esfuerzo. La lona dió de sí quedando plana un momento; pero poco después plegóse de un golpe con chirrido de flejes, obligando a su víctima a meter de nuevo la barba en las rodillas.

— La humedad del mar ha encogido la tela y no marcha como debiera, me dijo fatigado por el esfuerzo. A más, esta máquina tiene poco aceite.

— ¡Como ahora está tan caro! — agregué para hacerme simpático. Vea, en Buenos Aires, no encuentra una lata de dos kilos por menos de cinco pesos. ¡Es un escándalo!

— A usted le interesa mi silla, ¿verdad? — dijo procurando estirarse, de nuevo, sin conseguirlo.

— Lo que me interesa es su salud; su silla, la verdad, no la entiendo del todo.

— Es un modelo, obra de un gran mecánico. Se hizo para mí, tratando de evitarme lo mucho que sufro con el mareo. En tierra la probé y me dió un gran resultado; ahora, veremos. Y trató otra vez en vano de estirar las piernas.

Porque no se enfriara el diálogo, le dije: — Este aparato es empírico.

— No; es catalán: Lo construyó un mecánico del Paralelo que compone timbres eléctricos, y me convenció de su eficacia. Vea, me dijo resignado en su posición de número 4, vea: matemáticamente estoy colocado en el extremo del radio *que me corresponde* y que parte del centro de atracción de la Tierra; por el movimiento del buque los demás objetos cambian de lugar, yo no; permanezco siempre en el extremo de *mi radio*. Racionalmente, pues, no puedo marearme porque estoy inmóvil.

— «E pur si muove», agregué, viendo que daba un testarazo contra el emparrillado de la derecha.

— No crea; es un fenómeno de óptica, como el del tren; el que se mueve es usted, dijo mientras chocaba en el lado opuesto. — Yo soy el *punto muerto*.

— ¡Hombre, no tanto! No sea usted tan pesimista.

— Vea, compañero; lo que todavía no ha podido conseguir mi mecánico es dejar el aparato suspendido en el aire mientras el buque desciende, para tomarlo de nuevo a la subida; es decir, que no ha resuelto el ascenso y descenso; pero a excepción de esos dos movimientos los demás están anulados para mí. Ustedes tienen que sufrir los de babor a estribor, los de proa a popa y los de trepidación; yo no.

— ¿Por qué no pide que se los rebajen del pasaje? — iba a decirle, pero me contuve.

En ese momento creí que a mi buen compañero le daba algo. Hizo un gesto de angustia, buscó con la mano derecha no sé qué cosa, y a poco sentí con sorpresa la bocina de un automóvil, que el armazón ocultaba no sé dónde. Me eché a un lado rápidamente creyendo que me atropellaba, pero me tranquilizó el enfermo diciéndome débilmente:

— No puedo más; llamo a mi sirviente para que me lleven a mi camarote.

Se lo llevaron como un fardo, y quedé entre un grupo de pasajeros comentando el incidente ante aquella maquinaria estúpida, irritante en su impasibilidad.

— He ahí un caso de curanderismo.

— De *caradurismo*, querrá usted decir.

Creí sentir un asomo de risa burlona en el chirrido de los flejes, y desde aquel momento mis relaciones con el armatoste quedaron rotas. Resolví, pues, interiormente, no volverme a ocupar de aquel artefacto pretencioso y ridículo.

Poco tiempo después noté que esta antipatía se había extendido a todo el pasaje.

Parecía que tuviera vida. Ocupaba siempre con un acierto infalible los lugares donde más molestaba. Por las mañanas, invariablemente se le encontraba interrumpiendo nuestro paseo, en el sitio elegido por todos con ese objeto. En los bailes que se organizaban en cubierta, se le hallaba ocupando los mejores puestos y había que sacarle de ellos a tirones. El aparato, pasivo, se dejaba conducir, pero se vengaba al día siguiente repitiendo la suerte.

De este modo, fué levantando poco a poco el odio de todos, y hasta la tripulación no tengo dudas de que también le aborrecía. Por las madrugadas, a la hora del baldeo, oía desde mi camarote las feroces arremetidas que le propinaban los encargados de la limpieza; hasta mí llegaban las imprecaciones, y la creciente trepidación de la armadura metálica rechinando con estrépito estridente, me indicaban la violencia con que era rechazado para obligarle a cambiar de sitio. Le trataban a patadas. Luego, con la manga de riego de limpiar la cubierta, le administraban violenta ducha, hasta que cansados le dejaban de cualquier modo, empapado en agua, goteando, hecho una lástima, con su impertinencia fría y desvergonzada.

Una mañana temprano, aprovechando que nadie podía verme, me armé de valor y decidí probar el aparato. Me acerqué con ciertas precauciones, lo palpé, balanceé la lona y me monté a caballo sobre ella. Lentamente, muy lentamente me fui recostando de espaldas y estirando las piernas hasta quedar casi tendido del todo. Quedé, pues, como me dijo el dueño, en el punto inmóvil, suspendido en el aire; los objetos que me rodeaban eran los que se movían, así que, racionalmente yo no debía sentir la menor molestia. He viajado bastante y nunca me he mareado, pero confieso que a los dos minutos de prueba empecé a sentir las angustias precursoras del mareo.

En este aparato, pensaba, existe un error de cálculo, de construcción, o de las dos cosas; no está hecho para evitar el mareo si no para producirlo. Y en estas reflexiones andaba cuando de pronto, un agrio chirrido de cadenas, un trompetazo de la bocina y ¡zás!, toda mi humanidad dió en tierra como un solo hombre. La lona se había desprendido bruscamente ocasionándome una caída violenta y dolorosa. El aparato se había vengado.

Me levanté molido y avergonzado y resolví no decir a nadie una sola palabra del incidente.

Otro día circuló la noticia de que habían tenido que expulsarlo del comedor, a cuya mesa se había sentado con la servilleta prendida, esperando le sirvieran el desayuno. Unos la creyeron y otros no; yo quedé en duda.

Hartos por fin de las intolerables demasías del artefacto, una noche en que, como siempre, se hallaba presente, surgió de un numeroso grupo de pasajeros la idea de formarle consejo de guerra. Por unanimidad decidieron tirarle al agua, sobre el pucho, pero yo me opuse porque sospeché — y sospecho — que aquello tenía vida. Más tarde adquirí la certidumbre de que no era una máquina inanimada porque una noche de calma silenciosa juraría haberle oído desde mi litera tararear muy bajito una sardana.

Al final tuvimos que reconocerlo: pudo más que todos nosotros.

Por cansancio de odio satisfecho, llegó a sernos indiferente y concluyó despertando nuestras simpatías. Estos cambios no alteraron en nada su *carácter de hierro*, y continuó impasible. Por último, y ya familiarizados con él, celebrábamos las tertulias en su presencia. En cambio, él, pagaba estas atenciones soportando satisfecho nuestras gorras de viaje, nuestros libros, y sirviendo de mesa a las tazas y copas que conservaba con sumo cuidado en la lona de la verticalidad. Al fin y al cabo no dejaba de ser original encontrar una silla contra el mareo que había conseguido marearnos a todos.

Terminó el viaje. Hace unos días volví a ver al propietario y antes que preguntarle por su salud, quise saber el paradero del célebre aparato.

— Allá lo tengo desarmado y convertido en un magnífico gallinero en mi quinta de Merlo. Si tiene ganas de pasar un día de campo recordando las cosas del mar, vaya a visitarme cuando quiera; ya sabe.

DIBUJO DE SIRIO. ANTONIO CAÑAMAQUE.

ADQUIRIDO POR LA COMISION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

AYER

ÓLEO DE EMILIA BERTOLÉ.

PAGINAS FEMENINAS

SE acentúa el desbande... Las elegantes mundanas, las modestas burguesitas, como inquietas golondrinas, hacen sus planes, para poder abandonar la populosa, hirviente cosmópolis, buscando nuevos horizontes.

Todos son proyectos y preparativos, y como todo es relativo en este mundo, mientras el afán de algunas es sólo cambiar el escenario de la alta figuración mundana, otras aspiran a disfrutar largos días de serenidad, descansando en los amplios corredores de la vieja estancia, tapizados de madreselvas y jazmines... Las modestas, las humildes, sueñan, en cambio, mientras trabajan en sus estrechas, sombrías viviendas, con su parte de sol en la vida... un reducido patio, tres o cuatro matas floridas, reemplazan para ellas el veraneo saludable, los ensueños de viajes maravillosos en los yachts que se llevan allá a lo lejos su preciosa carga de belleza y de alegría, esas flores animadas, vestidas de batistas luminosas, cuyo incesante parloteo, apenas atenuado por la distancia, nos recuerda la algarabía de gorriones y zorzales en su amanecer, ávido de luz y de algazara.

Todos son proyectos y preparativos; se abren ya los amplios balcones de los *chalets* de estilo moderno, las persianas de las viejas quintas de los alrededores; se hace una rápida jira de inspección, hasta la estancia, transportando a toda prisa esas mil coqueterías indispensables para toda elegante, aun en los confines de la Tierra del Fuego: cretonas floridas, tenues muselinas, *faïences* decoradas de vistosos colores, algún juego de mimbre *dernier cri*... Pero falta lo principal; es que nos llega de golpe el verano, y todas ustedes, amigas mías, se encuentran ¡sin nada que ponerse! El sencillo ajuar que exige el veraneo en la ribera del norte o en pintoresca serranía, impone largas horas de tragín, y también largas reflexiones para poder responder a las exigencias de la moda en circunstancias tan anormales, para la gran mayoría de los *budgets* femeninos... *Lainages* para los trajes *tailleur*: batistas, linones, espumillas; amplios abrigos, para las excursiones en auto, *jerseys* de seda, *madras* de colores para envolver coquetamente la rebelde cabellera, porque el golf y el tennis exigen su indumentaria especialísima... Luego, los sombreros *plateau* tan lisos, tan sobrios, pero velados por valiosas echarpes de encaje; al lado de los altos, exagerados tacones de los coquetos zapatitos de raso y de bronceada cabritilla, los de estilo inglés para deporte, nada coquetos, por cierto, pero capaces de llevar, como si fueran alas, por valles, sierras, o pedregales, a las incansables golondrinas, ávidas de nuevos y amplios horizontes.

Todos son proyectos y preparativos... El veraneo en las playas a la moda, es complemento indispensable para las que se hallan aprisionadas en el engranaje de la alta vida mundana, ya sea por invencible atracción, o porque no se resuelven a independizarse de los deberes que las imponen el rango y la fortuna... Las suntuosas residencias de la Loma o los pintorescos *chalets* de la Perla, en el Biarritz argentino, despiertan a la vida después del largo sopor de los meses del invierno; rojos geranios, esmaltan los cuadros de césped de sus jardines; más allá, alejándonos de la soberbia playa, se abren también los balcones que dominan la fronda de parques señoriales... Sólo se espera que la presencia femenina realice el encanto acostumbrado, y vuelva la vida intensa y animada a esos palacios mudos, al igual que el legendario de la Bella Durmiente, sólo con el roce de su falda y el arte de sus manos, para disponer el cuadro, en que se ha de pasar la temporada de verano; y es esta la temporada que requiere mayores preparativos... Ninguna elegante que se respete, puede trasladarse a una playa a la moda sin el importante cortejo de baúles *mundo*, sombrereras, maletas y *necessaires*, equipaje digno de compararse con el de algún soberano de los que se dirigen resignadamente a su destierro, pero llevándose todos sus tesoros... desde el simple traje de mañana, hasta el suntuoso atavío *criblé* de perlas y de *strass*, que se ha de lucir en las fiestas a realizarse en las lujosas villas del Boulevard Marítimo, o en el recinto del Ocean, inaccesible para las que no toman parte en ese tradicional torneo de lujo y de elegancia.

No es de extrañar, pues, que baúles *mundo*, sombrereras y maletas sean ya dueños de los coquetos *boudoirs*, de la galería alta que circunda el imponente *hall*, de pasillos y subsuelos; se acentúa el desbande, y las inquietas golondrinas alisan su plumaje para levantar el vuelo en busca de nuevos horizontes, pero también con decidido espíritu de conquista.

ENLACE DE LA SEÑORITA MARÍA TERESA PEARSON QUINTANA, CON DON MARTÍN DE ALZAGA, CELEBRADO EL 19 DE OCTUBRE, EN LA CATEDRAL.

Ya no se veranea como antaño, amigas mías... Pocos conservan los recuerdos de la vida en la vieja aldea, cuando desde el aristocrático *faubourg*, que era entonces el barrio de La Merced, se proyectaba trasladarse de paseo hasta la quinta, pidiendo las cabalgaduras para llegar a la primitiva calle Larga de la Recoleta... la quinta de Borbón, la chacra de Rodríguez Peña, del lado norte de la ciudad; la quinta de don Ladislao Martínez, en la esquina que ocupan hoy las Catalinas... Ir más lejos, era todo un problema; la galera que podía llevar a las elegantes porteñas hasta Flores, San Isidro o San Fernando, emprendía su accidentado viaje sólo tres veces por semana. A la iniciativa y perseverancia de las familias inglesas, que implantaron la costumbre de pasar largas temporadas en los alrededores de la vieja aldea, y sobre todo, al terror de la primera peste que, al asolar a Buenos Aires, hace casi medio siglo, obligó a las familias pudientes a huir de la ciudad abrumada por «la nube de muerte que la amenazaba...» (1) se debe el que la sociedad porteña buscara salud y expansión.

Calesas y vehículos antediluvianos conducían la preciosa carga de mundanas de antaño, y se llegaba en esa forma hasta las lejanas estancias, haciendo largas jornadas, y relevándose con tal objeto los vigorosos troncos de caballos criollos; naturalmente, se corría el riesgo de pernoctar horas y horas en algún pantano traicionero; las crónicas de la época recuerdan siempre la aventura de una encantadora desposada que, invitada por su esposo a instalarse desde los primeros días de casada en la lejana estancia, debió pasar las primeras horas de su nueva existencia, detenido el pesado *breack*, en el medio de la noche, por un lóbrego y extenso pantano; estremecida de miedo y de frío, pero idealizada aún su belleza por la nívea blancura del nupcial atavío, debió aparecer ante la hosca cuadrilla de peones de sus nuevos dominios, como un rayo de luna en el desolado paisaje.

¡Qué lejos estamos de tan románticas aventuras!... La vertiginosa evolución de nuestro medio ambiente, nos ofrece todas las comodidades posibles; las aventuras de viaje, los percances de otros tiempos, se transforman también y llegan hasta hacerse trágicos, porque para los lances en ferrocarril, o los accidentes de auto, no existe término medio; pero vivimos como si nos arrastrara la fatalidad, a prisa, a prisa, sin detenernos a pensar en el peligro de la loca velocidad... Y este año se ha iniciado el desbande sin esperar siquiera que se realice el tradicional Corso de las Flores, límite de la actividad social, fijado por las autoridades de la brillante farándula; después de transcurridos cincuenta años, la hirviente, populosa cosmópolis, se ha visto amenazada lo mismo que la vieja aldea, por nueva nube de muerte y desolación... y las inquietas, temerosas golondrinas, abandonan a toda prisa la populosa ciudad, buscando nuevos horizontes y algun reposo a sus cansados nervios.

LA DAMA DUENDE.

(1) Proféticas palabras del doctor Manuel Argerich: enero de 1871, cuando la epidemia de fiebre amarilla.

NIEVE...

Que la nieve, por la vez primera
Ve sus copos, numerosos, pequeños.
Y siente un gozo inmenso, cual si fuera
La misma materia de mis ensueños.

Y al caer, las mirliñas, lentamente
Las va cubriendo [illegible] leve.
También en las [illegible] de mi mente
Hoy se ha juntado mucha, mucha nieve.

¡Oh! qué inefable beatitud serena
Siento en mi ser, purísimo destello
Me ha traído la nieve siempre buena
Al resbalar piadosa en mi cabello.

¡Oh, cuántos pensamientos confundidos,
Cuánto ideal! En espontáneo acceso
Miro al cielo los brazos extendidos
En profundo y estático embeleso;

Y en un rapto sublime de locura,
Con un abrazo inmenso, irreal, potente,
¡He deseado estrechar tanta blancura
E incrustarla en mi ser profundamente!...

. . . . . .

A «Páginas Femeninas» corresponde ofrecer a sus lectoras, interesantísima primicia con los versos inéditos de la señorita Margarita Abella Caprile; PLVS VLTRA ha logrado hacerlos conocer, venciendo la exquisita modestia de la encantadora jovencita. Con sincera emoción vemos revelarse en esta viva primavera los destellos del talento, que ha sido tradicional en su familia.

¡Oh, qué blanco está todo! Junto al fuego
Te veo, nieve, desde mi ventana;
¡Y esta dulce nostalgia en que me anego
Es porque nunca volverás, hermana!

¡Hermana, sí, oh, cuánto te he buscado!
Te hallo, y te vas, alegre, a tu albedrío,
Que el suelo en que un instante has reposado
Tu ambiente no es, como tampoco el mío...

Cuando derrita el sol tu espuma leve,
Ya libre, volarás a otras regiones;
¡Dadme un poco de sol para mi nieve
Y volaré también con mis canciones!

. . . . . .

Así dejo que vaguen mis ensueños
En la hora serena; siento frío;
Me acerco más al fuego; arden los leños;
Hay mucha paz en el silencio umbrío...

Un oso blanco, inmóvil la mirada,
Recordando, talvez, que otrora ha sido
Trozo viviente de la estepa helada,
Parece que sonríe complacido...

Cierro los ojos; gozos, sentimientos
En mi largo rosario los enhebro...
...Y van cayendo blancos pensamientos
Como copos de nieve, en mi cerebro...

MARGARITA ABELLA CAPRILE.

(En la nevada del 22 de junio.)

RECUERDOS... POR OISEAU BLEU

Por tratarse de impresiones íntimas y sinceras, no nos es posible traicionar a la interesante escritora, que se oculta tras el seudónimo; sólo podemos decir que es rubia, fina y delicada y que pertenece a un hogar de abolengo, cuyo apellido ilustran músicos y literatos consagrados ya en nuestro ambiente.

Las doce y quince. Y la campana de la estación dio la señal de partida.

. . . . . .

Un frío intenso penetraba en todo mi ser, en esa mañana de rigurosísimo invierno, el cielo lleno de nubarrones, completamente gris, triste, muy triste, semejaba con el estado melancólico de mi alma.

El tren corría vertiginosamente y en su desenfrenada marcha, al pasar dejaba contemplar campos y praderas, cerrados caseríos, árboles que de uno en uno parecían lamentarse del verde follaje desaparecido, nidos solitarios, desiertos, testigos imperecederos de amores de pajaros encantados que dejaban aun amarradas a las ramas de viejos y añosos troncos, desafiando las tempestades de los vientos.

Con esta serie de comparaciones, haciendo apariencia de oir a mis alegres compañeras me abstraje un poco de tan interesante grupo, transportándome en alas de mi imaginación a un mundo más allá.

¡Me sentía despierta, pero soñaba! Soñaba haberme ido a un país en el que al fin había hallado al príncipe de mis ensueños. Mas de pronto esa inspirada visión de lejanas cosas que presentía, estaba convertida en hermosa realidad; al frente mismo de mí, un viajero me llamó la atención.

En aquel día... Mi espíritu soñador y profundo lo encontró...

Arrogante y distinguido, vestía de luto, y en más de una ocasión en el trayecto, parecióme notar una pequeña huella de dolor en su semblante. Preguntándome: Si la causa del pesar en ese hombre de rostro varonil obedecía a la muerte de alguien querido. ¿Quizás la novia? ¿La esposa?, ¿o la madre? Y volvía a caer sin obtener contestación en lo insondable de lo desconocido...

En esto sus ojos se detuvieron en los míos azules: nos miramos repetidas veces, y al través de dos almas, tal vez de pensar distinto, una corriente de simpatía se había establecido...

¡El viaje concluía, hubiese deseado fuese eterno! Al descender del tren y confundirnos entre la multitud de pasajeros nos seguimos con la mirada hasta perdernos de vista.

De regreso a la ciudad, la tarde iba cayendo, una deliciosa nostalgia del viajero me embargaba, y al admirar con su constante recuerdo por las ventanillas del coche el cuadro que se presentaba: No era la misteriosa noche que empezaba... Era el amanecer de un regio día, el despertar del sueño que de nuevo me llamaba a la vida.

Desde entonces dos solos instantes se han cruzado en mi camino... donde lo viera por primera vez...

Ha pasado un tiempo... y a pesar de todo, él siempre viaja a mi lado... Y los ojos negros, fuertes y penetrantes... Son cual una estrella luminosa que me acompaña para alumbrar el obscuro firmamento de mi existencia.

AL PASAR... POR MARIA LOEBEM

Todas las mañanas entra a la oficina, a la hora de reglamento, y firma el parte de asistencia con letra igual y acompasada: *Aurora Sotelo;* luego se quita el sombrero de castor negro, pequeño, la piel que envuelve su cuello. Después de ponerlo en la percha, se sienta frente a su mesa de trabajo; abre el libro de «direcciones», y empieza su labor diaria y monótona. La pluma se desliza sobre el papel, que va cubriéndose de pequeños signos perfectamente legibles; ni un estremecimiento, fuera del compás rutinario, agita aquella mano pequeña, donde las uñas brillan primorosamente cuidadas. Es el único detalle de preocupación que salta a la vista. Su persona no es mal parecida, su edad... blancos hilos surcan la negra mata de pelo que recogido con una peineta, no acusa estudio ni coquetería. Su traje negro, sencillo, apesar de la esmerada limpieza, el ligero brillo de las mangas por el roce de la mesa denota su vejez. Después de algunas horas de escritura continua, suele dejar la pluma, para mirar al cielo por el ventanal que tiene frente a su mesa de trabajo. En sus pupilas claras, tan claras que casi no hacen sombra en el fondo blanco de sus ojos, hay siempre una brillantez como de fiebre, o como si el reflejo de un triste pensamiento, continuo, los bañara con esa agua amarga que vierte el dolor: las lágrimas, que han llegado a hacerla perder su color, a aquellos espejos de su alma, también incolora, por la fuerza de las circunstancias... sin anhelo fijo... sin horizontes, fluctuando entre la esperanza y el desconsuelo...

Vive con su madre vieja y enferma, que guarda cama hace mucho tiempo. Ella está obligada a dejarla durante el día, por su trabajo. Hace 18 años que es empleada en la misma oficina, siempre esperando un ascenso para jubilarse con más sueldo; es tan poco lo que gana...

¡Su vida! Su vida se ha deslizado sin alternativas... no ha tenido juventud. El dolor se plegó sobre las alas blancas de la fantasía, patrimonio de todos los corazones; pero en el suyo nunca se han extendido esas alas, en un vuelo persiguiendo ilusiones...

Sobre su mesa, en un vaso con agua, hay siempre unas flores que trae y las coloca con amor cerca de ella. Habla de sus plantas, de sus pájaros; teme a la tormenta que se anuncia en negros nubarrones, que cruzan el espacio en desenfrenada carrera, como huyendo del viento que las impele, formando con su humo caprichosas figuras.

— «El canario y el zorzal... han quedado en el patio... Si llueve... con lo que ha refrescado, no será muy agradable el baño que se van a dar, pobrecitos... ¡Qué poca previsión la mía, estando el tiempo tan variable; las plantas perderán un poco de tierra, no importa; pero el zorzal y el canario!...»

En su rostro se refleja la honda contrariedad que siente.

Llega la hora de la partida, son las cinco y media; apresuradamente cierra el escritorio, pone el vaso de flores en la biblioteca, «para que mañana el ordenanza no las estropee al arreglar la sala.» Coge apresuradamente su sombrero de castor negro, la piel y calzándose los guantes, sale rápidamente después de despedirse.

Aquella existencia sin luz, sigue siempre igual, sin variaciones, como una anticipación del reposo eterno, en una enfermedad de languidez, con ese desaliento abominable de las mismas acciones siempre repetidas; sin que jamás crispe aquellos labios una mueca de ira, ni brille en aquellos ojos un relámpago de protesta por las injusticias de la vida...

LA REGATA INTERNACIONAL NAC. EN EL TIGRE — LLEGADA DE LA CARRERA «UNION FOUR», EN

PREMIO «CLUB CANOTTIERI ITALIANI», GANADO POR LA TRIPULACIÓN DEL «CLUB REGATAS DE AVELLANEDA»

Srta.

Mercedes Santamarina

Srta.

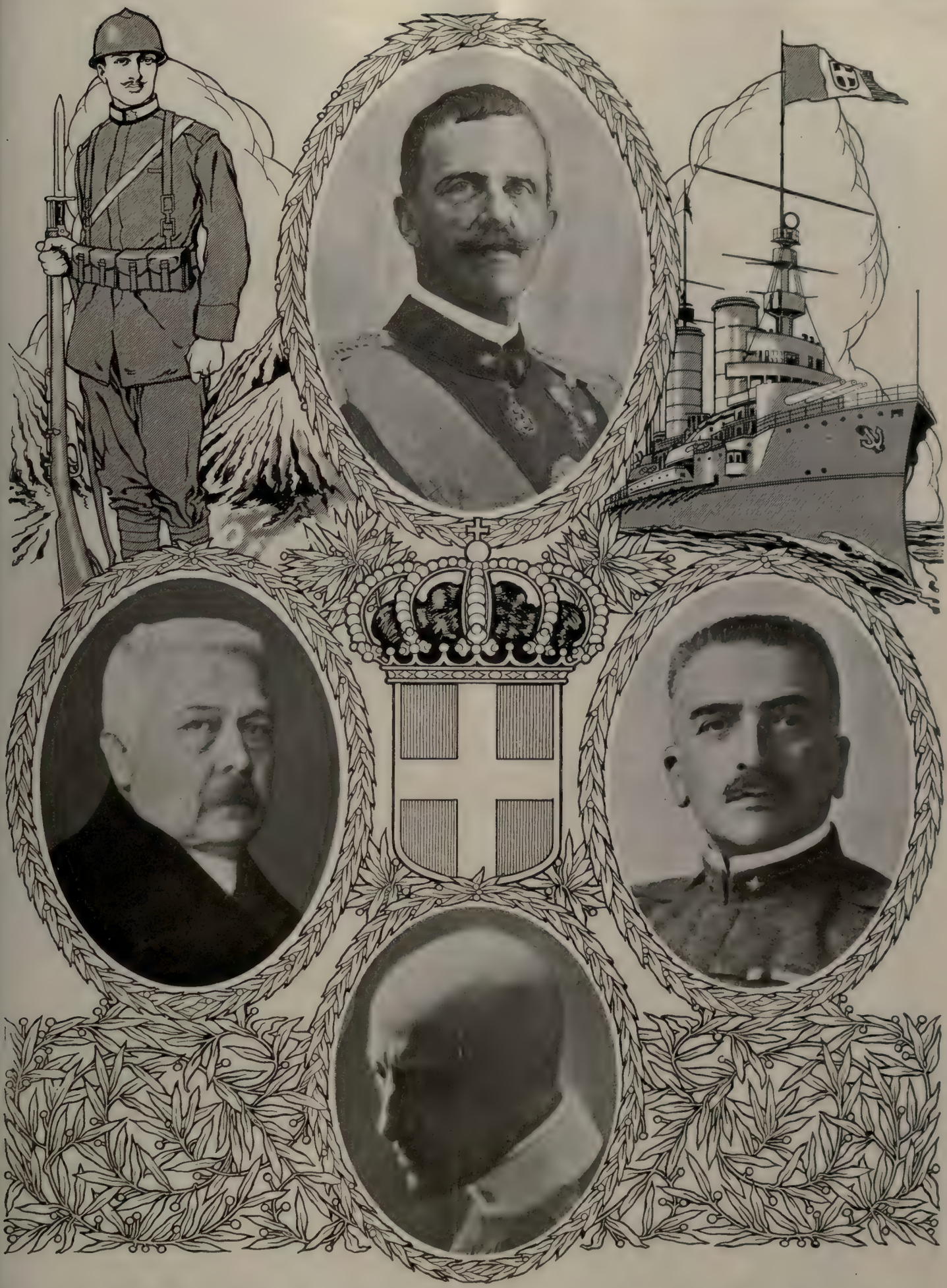
Lucia de Bruyn

FOTOGRAFÍAS DE VAN RIEL

TIPOS DE ACTUALIDAD

EL VENDEDOR DE BANDERITAS

GOUACHE DE ALONSO.



HOMENAJE A ITALIA

IPERBIOTINA MALESCI

GRAN TONICO ITALIANO, DE FAMA UNIVERSAL.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador para Sud y Centro América: M. C. de MONACO, VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.

VISTA GENERAL DE GUATEMALA

ESTE FOTOGRABADO ES UN RECUERDO DE LA HERMOSA CIUDAD AMERICANA. EL ÚLTIMO TERREMOTO DE QUE FUÉ VÍCTIMA, DESTRUYÓ LA CATEDRAL Y LA MAYOR PARTE DE LOS EDIFICIOS.

AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA AL CALOR Y AL FRIO

Por intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es éste: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatura normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES CASAS DEL RAMO.

BISH — BISH

Unión Telefónica, 1470 (Avenida.)

SE HACEN COMPOSTURAS

ALHAJERO NOVEDAD

CARTERAS - BOLSITAS
NOVEDADES - MONOGRAMAS

CASA BISH

ESMERALDA, 81.

BISH — BISH

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO

COMO RECLAME

Precioso Chalet construído con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y cumunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasión.

DATOS Y CATALOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

$ 7.800 c/l Hasta el 31 de Enero de 1919.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As.-U. T., 5448, LIP.

Neumáticos

Goodrich

Por todos los caminos del mundo han dejado la huella de supremacía.

Todo automovilista que ha equipado **una vez** su auto con estas cubiertas es un decidido defensor de ellas.

Representantes para Argentina, Uruguay y Paraguay:

HENRY W. PEABODY & Cía.

BARTOLOME MITRE, 1746

Agentes en Montevideo:

BANKIER & LINN — Rincón, 689

El mejor regalo

para las próximas fiestas de

NAVIDAD Y AÑO NUEVO

lo constituyen nuestras hermosas canastas, provistas de un abundante surtido de dulces, turrones, pan dulce, mazapán, confites, bombones y champagne de las mejores marcas y calidades.

CADA CANASTA CONTIENE:

1/2 botella Champagne Pommery
1/2 » » Moet y Chandon
1 pan dulce a la Genovesa
1 turrón de Almendras
1 » de Avellanas
1 Mazapán de frutas
1 caja de Bombones
1 » de Frutas aconfitadas
1 paquete de Confites «París»
1 » de Peladillas

CONFITERIA "LOS DOS CHINOS"

de GONTARETTI Hnos.

Alsina y Chacabuco — Buenos Aires.

U. T., 621 y 2720, Avenida. - Coop. T., 3649, Central.

Bonbons Extra

de GONTARETTI Hnos.

Son una verdadera delicia por su exquisito sabor de frutas frescas y licores finos. Como se elaboran con los mejores cacaos y azúcares del país, su calidad iguala a los más finos que se importan.

Fabricados exclusivamente por la

CONFITERIA "LOS DOS CHINOS"

DE GONTARETTI Hnos.

ALSINA Y CHACABUCO — Los dos teléfonos — BUENOS AIRES

Se venden sueltos y en cajas de varios tamaños a $ 6.— el kilo, solamente en la fábrica y en la

CASA ARGENTINA SCHERRER

161, SUIPACHA, 185 BUENOS AIRES

MODA

MODELO MUY ORIGINAL EN JERSEY DE SEDA «BEIGE», CON BORDADO AZUL MARINO; «JABOT» EN GASA «PLISSÉ», CREACIÓN DE LA MAISON PREMET.

MODELO ÚLTIMA CREACIÓN EN «CRÊPE DE SOIE» ROSA, RICAMENTE BORDADO DE LANA BLANCA, CINTURÓN CORDELIÈRE. ORIGINAL DE JENNY.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.— m/n
Semestre (6 »)	» 6.— »
Año (12 »)	» 11.— »
Número suelto	» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Luxor

El distintivo de elegancia en productos de tocador

POLVOS,
CREMAS,
LOCIONES,
EXTRACTOS,

DENTIFRICOS,
JABONES,
SALES,
TALCOS,

SHAMPOO,
ARTICULOS
DE MANICURA,
etc., etc.

PÍDALOS EN TODAS LAS TIENDAS, FARMACIAS Y PERFUMERÍAS.

ARMOUR AND COMPANY
CHICAGO, ILL. - E. U. A.

EXPOSICIÓN Y VENTA:
Frigorífico ARMOUR DE LA PLATA, Sc. An
AVENIDA DE MAYO, 664/666
BUENOS AIRES

Buenos Aires, noviembre de 1918.

Talleres gráficos de Caras y Caretas

Plus Ultra

DE LA COLECCIÓN BOSCH-ALVEAR.

TURA FRANCESA
SIGLO XVIII

RETRATO DE UNA DAMA

ÓLEO DE NICOLÁS LARGILLIÈRE CONOCIDO POR EL
VAN DYCK DE FRANCIA.

43

LA HORMIGA COLORADA DE SIERRA DE LA VENTANA

CORTE LONGITUDINAL DE UN NIDO DE HORMIGAS.

«MOELLERIUS SILVESTRII». LA HORMIGA COLORADA, AUMENTADA CONSIDERABLEMENTE.

UNA DE LAS CAVIDADES DEL NIDO, CON LA HONGUERA.

Durante una rápida exploración de la parte noroeste de la Sierra de la Ventana, el doctor Carlos Bruch ha reunido interesantes colecciones, principalmente de formícidos de dicha región. Ha podido observar cierta semejanza en costumbres de las mismas especies que habitan también algunas provincias del norte argentino. Por ejemplo, la hormiga colorada «*Moellerius Silvestrii*», especie abundante y muy parecida a nuestra hormiga negra, que construye su nido—véase la fotografía—de varias cámaras u hoyos superpuestos, comunicados por estrechos pasajes. En los hoyos inferiores se encuentran las llamadas «hongueras», formadas por las obreras, de los vegetales que llevan al nido, donde los cuelgan en laminillas, sobre las cuales cultivan los micelos del hongo que les sirve para alimentar su cría.

La expedición fué realizada durante el pasado período de vacaciones y formaba parte de un vasto plan de estudios en el que tomaron parte otras expediciones, organizadas por la dirección del Museo de La Plata, dirigidas por los especialistas señores Carette, Udiona, Scola, Kanter, Lehmann Niestche, Debenedetti y Lafone Quevedo.

El resultado fué admirable, como no podía menos de esperarse, dada la pericia y la laboriosidad de dichos sabios. La fauna marina de Puerto Madryn, los fósiles de Monte Hermoso, la flora de Río Negro, los yacimientos geológicos y etnológicos de Catamarca y La Rioja y Río Negro, todo esto fué cuidadosamente estudiado.

MAPLE

MUEBLES Y DECORACIONES

COMEDOR ESTILO «ELIZABETHAN» CON SU CARACTERISTICO CIELO-RASO, FRISO DE TAPESTRY Y PAREDES REVESTIDAS DE ROBLE. — UNO DE LOS VARIOS SALONES AMUEBLADOS EN NUESTRAS GALERÍAS.

658, SUIPACHA

"¿Cómo es que pone Ud. objetos calientes sobre la mesa? ¿No teme Ud. arruinarla?

"No, esta mesa está pulida con Cera Preparada de Johnson. Dá tanta protección al barníz que el calor no lo perjudica."

CERA PREPARADA DE JOHNSON

protege y conserva el barníz, haciendo mayor su duración y belleza. Limpia y pule en una operación. Cubre las manchas y rayas. Evita que el barníz se parta.

La Cera Preparada de Johnson puede usarse sobre el acabado más fino sin peligro alguno. La superficie como cristal que produce, protege el barniz y le dá el brillo de un espejo. No contiene aceite y no se pone pegajoza con el tiempo caluroso. No retiene las manchas de los dedos y no puede recoger el polvo. Puede usarse sobre

Muebles — **Automóviles**
Obra de madera — **Pianos**
Linóleo — **Objetos de cuero**

Quedará Ud. sorprendido de los resultados maravillosos de una sola aplicación de esta Cera.

El lugar donde haga Ud. sus compras puede proporcionarle los productos Johnson —si no los tuvieren, pueden obtenerlos de los distribuidores:

JANKEE SPECIALTIES AGENCY
Rivadavia, 1255, Bs. Aires

S. C. JOHNSON & SON
Fabricantes
Racine, Wisconsin, E. U. A.

UN RIVAL DEL NIÁGARA

Nadie sería capaz de quitarle importancia a esa confederación de saltos acuosos vulgarmente conocido con el nombre de Niágara. Y, sin embargo, el Niágara merece ser descendido de categoría; es un usurpador de otras cataratas más altas y más hermosas.

Sin hablar de nuestro Iguazú, que merece el imperio supremo, examinemos la Bridal Vell Fall o Catarata del Velo Nupcial, que en medio del Parque Nacional de Yosémita, en California, rivaliza en belleza y en altura con las caídas del Niágara. Este gigantesco velo de desposada tiene 620 pies de largo y es la más pequeña de las cataratas existentes en dicho parque, pues la superior del Yosémita alcanza a 1.430 pies y, en total, ambas con las cascadas intermedias llegan a tener media milla de accidentado curso.

El Parque Nacional de Yosémita, uno de los mejores que hay en Estados Unidos, cubre una área de 1.125 millas cuadradas.

Yosémita es una voz india que significa «El Destructor», nombre que los antiguos habitantes de aquella región daban al oso pardo, fiera a quien temían y no sin razón. También llamaban al conjunto de cataratas yosémitas Po-ho-no, o sea, «El Espíritu del Viento Malo», porque las ráfagas de aire al correr entre la columna y el muro disipa el agua en velos de encaje, motivando una serie de matices irizados donde los indígenas creían ver un genio sobrenatural.

Toda descripción resulta verdaderamente pálida junto al sublime espectáculo de las cataratas yosémitas.

Además de la hermosura que poseen estos saltos de agua, el parque es uno de los parajes más encantadores del mundo, por su espléndida vegetación y su clima templado y sano.

NOÉ
NOÉ
SAN MARTIN
La alegría de los niños
se manifiesta tan pronto como ven la marca NOÉ, o sea la que proteje todos los juguetes y carritos fabricados expresamente para ellos. Las mamás, que aún no hayan visitado nuestra Exposición, quedan invitadas para hacerlo cuando les sea cómodo; en ella encontrarán más de un artículo de adaptabilidad innegable para el Hogar.
Eugenio C. Noé & Cía.
SAN MARTIN, 175 - Bs. Aires

EL CRÁTER-LAGO DEL PARQUE NACIONAL DE OREGÓN

UN LAGO DE INTENSO COLOR ÍNDIGO QUE LLENA EL CRÁTER, APAGADO, DE UN VOLCÁN PREHISTÓRICO. EL LAGO TIENE UNA PROFUNDIDAD DE 2.000 PIES Y SUS PAREDES SE LEVANTAN DE 1.000 A 2.200 PIES SOBRE EL NIVEL DE MAR.

Consejos Caseros para Conservar la Belleza

EN LOS DIAS ESTIVALES, ES SIN DUDA ALGUNA, DIFÍCIL RETENER LA ATRACTIVA LOZANÍA DEL CUTIS. MIS AMIGAS Y YO HEMOS PROBADO ESTAS SENCILLAS RECETAS, QUE PUEDO RECOMENDAR CON TODA CONFIANZA, PARA AYUDAR A LA CONSERVACIÓN DE LA BELLEZA. CASI TODAS LAS FARMACIAS PUEDEN OBTENERLE LOS PRODUCTOS INDICADOS.

Charlotte Rouvier.

UN SECRETO CONTRA LOS BARRILLOS

LOS puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro, son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado, se baña el rostro con el agua «estimolizada» y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

UN PROCEDIMIENTO SIN IGUAL PARA CONSERVAR LA BELLEZA

COMO que he sido siempre muy interesada en todos los estudios científicos relacionados con la conservación de la belleza natural del cutis, me ha impresionado vivamente la popularidad siempre creciente del nuevo y sencillo procedimiento de «absorción». Miles de mujeres emplean privadamente este procedimiento en sus hogares. Se basan sobre razonada teoría que me parece de buen criterio, es decir, que el cutis viejo y descolorido, debe ser extirpado, máxime cuando la acción de los años, el uso de jabones cáusticos, cosméticos, etc., ha determinado manchas y arrugas en aquél. Dicha epidermis de mal aspecto, sólo sirve para ocultar la hermosa, vigorosa y fresca piel nueva que hay debajo y que espera ser relevada para exhibir su hermosura y lozanía.

Con este objeto las mujeres aplican únicamente un poco de cera mercolizada, tal como puede obtenerse en cualquier farmacia importante, extendiéndola a modo de cold cream sobre el cutis. Tal procedimiento observado por espacio de algunas noches, determina la absorción completa de la epidermis muerta y vieja. Cera mercolizada de buena calidad no es una substancia desagradable y los resultados inmediatos de este sencillo e ingenioso sistema, son realmente sorprendentes.

Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente en un envoltorio de cartón blanco, cuya cubierta exterior tiene la inscripción en inglés «pure mercolized wax», impresa en azul.

CABELLERAS ONDULADAS

POCAS personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, solo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

PARA EVITAR EL VELLO

ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo, es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no solo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

SE ACABARON LAS CANAS

NO es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de «bay rhum» o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello. Mezcle usted mismo la loción en su casa, consiguiendo un frasco completo de tammalite concentrada, con el sello intacto, lo cual será suficiente para asegurar éxito.

OBSEQUIOS

útiles, artísticos y de gusto, hallará usted en la exposición especial que Gath & Chaves celebra en la Casa Central y en el Anexo.

OBSEQUIOS PARA SEÑORAS

Estuches con perfumes, «Manicures», Juegos de tocador, Abanicos, Sombrillas, Carteras, Bolsas, Juegos de peinetas, Cortes para Vestidos y para Blusas, Juegos de Lencería, Kimonos, y Pyjamas de novedad, Collares de perlas, de ámbar y de fantasía y otra gran cantidad de artículos novedosos, cuya larga serie no es posible detallar en un aviso.

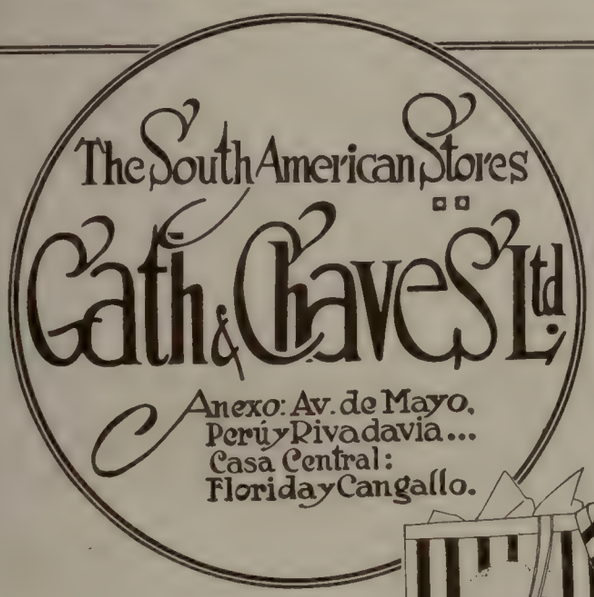
ANEXO

OBSEQUIOS ARTÍSTICOS Y DE FANTASÍA

Estatuas de bronce y de mármol, de bronce y marfil, Columnas de mármol para sala, Floreros y Jarrones de Sevres, Limoges, Nancy y Delf, Juegos de Carpetas para escritorio, Juegos para té y café, de plata, Juegos de mesa de finísima porcelana, Estuches con cubiertos de plata, Tinteros artísticos, etc.

CASA CENTRAL

Recomendamos muy especialmente, visitar la Exposición que de OBJETOS DE ARTE JAPONES, realizamos en el 4.º piso de nuestra Casa Central.



Un regalo **Harrods** *se aprecia doblemente por su distinción.*

Seleccionar un obsequio en los salones **Harrods** *es tarea amable, que una persona de buen gusto está en condiciones de realizar, satisfaciendo al mismo tiempo exigencias de arte, refinamiento y cultura.*

EXPOSICIÓN DE JUGUETERÍA
Tercer piso

CASA EN MAR DEL PLATA
San Martín, 2465 - U. T., 292

Harrods FLORIDA 877
PARAGUAY 554

PLVS VLTRA

AÑO III. — NÚM. 32.
DICIEMBRE DE 1918.

LA ENTRADA DEL NUEVO AÑO

ESPERANDO LAS DOCE

GOUACHE DE ALONSO.

Raimunda levantóse el cuello del abrigo estirado sobre su elegante busto de serpentina flexibilidad; envolvió alrededor del cuello el boa de fina piel hasta la altura de la nariz, metió las manos en el manchón, y se sumergió, con la cabeza baja, en la niebla.

Tan densa, tan opaca era la niebla, que se podía cortar con un cuchillo. Penetraba en la boca y en la nariz, quitaba el aliento, daba la sensación de la asfixia. Calles y casas desaparecían, disueltas en la impalpable masa de vapor. Atmósfera de sueño. Pero de un sueño siniestro, lleno de asechanzas.

Tenía uno que abrirse paso a guisa de los nadadores en el agua, venciendo la resistencia del elemento. Los coches, muy escasos, avanzaban lentamente, sombras vagas y deformes en el ambiente gris, dejando oir los cascabeles de los caballos. La niebla espesa y mórbida no tenía la menor hendedura, atenuaba los rumores, enmascaraba las fisonomías.

De esto último, sobre todo, se felicitaba Raimunda, que caminaba con segura planta, conociendo tan bien su camino cotidiano del escritorio a la casa, que los pies la hubiesen llevado sin la ayuda de los ojos. Raimunda tenía la parte derecha de la cara horriblemente estropeada. A los diez años una mala caída sobre las encendidas brasas de la chimenea la había dejado así. Por ironía de la suerte, creció ágil y bellísima de cuerpo, de sangre ardiente, de inteligencia vivaz, creada seguramente para una vida de amor, si aquella atroz media careta, arrugada, violácea, estirando la boca en una mueca grotesca cuando se reía, no la hubiese afeado para siempre.

Ante su aparente alegría, de una exuberancia a veces excesiva, parientes y amigos pensaban y decían:

—Por fortuna es indiferente a su desgracia. Para el monstruo no existe la propia monstruosidad.

Se engañaban. No, acaso, la madre, a la cual el sexto sentido materno daba pupilas más penetrantes; pero, débil criatura crepuscular, trataba ilusionándose, de guardar para sí vergüenza, dolor, remordimiento.

La verdad era ésta: fuera de las horas de olvido que nos concede el sueño, ni un solo minuto de la vida de Raimunda transcurrió sin que — andando, hablando, riendo, durante las más graves o las más insignificantes ocupaciones, sola o entre mudos — ella se viese en su inexorable fealdad, con aquellos terribles ojos «internos» que no engañan nunca.

Por eso, en su habitación no había espejos. Por eso, llevaba sombreros de una gran sencillez, que se pudiesen colocar al desgaire en la cabeza, sin ayuda de alfileres, poniéndose largos y espesos velillos bordados, los que, así y todo, no concluían de tapar completamente las señales dejadas por el fuego.

Alguna vez, en la profunda noche, un íncubo obsesionante, la despertaba sobresaltada, haciéndole latir el corazón apresuradamente; y ella dirigía a las tinieblas sus pupilas cegadas todavía por el sueño y súbitamente, en la implacable memoria de los sentidos se le aparecía esculpida la visión de su rostro, y pensaba, con terror, la desgraciada, que la sombra se desvanecería con la noche; que la luz retornaría y con ella las miradas piadosas, irónicas, estúpidas o furtivas sobre su deformidad.

Hay tragedias que sorprenden a un ser en plena belleza, en plena felicidad, en plena armonía de acción; y le persiguen y le cercan vertiginosamente: después le depositan en tierra, inerte pero libre; vuelve a vivir, a gozar de las fuerzas naturales, a respirar energía y esperanza, como si nada le hubiese sucedido. También hay, en cambio, la tragedia muda, sorda, constante, fija, con la inexorabilidad del cáncer. No existe fuerza de olvido que pueda alejarla, o de dominio que pueda vencerla.

En ese estado vivía Raimunda. No dejaba aún transparentar a los hombres si no lo que era imposible esconder: el estigma del rostro.

Sentíase aislada. Entre su propio flúido y el flúido de los otros se interponía una prohibición. Aquel veto la deshonraba como una condena. De los doce a los diez y seis años, en la escuela técnica, en los grupos de las compañeras no había oído más que hablar de amor. Parecía que entre todas aquellas muchachas destinadas a ganarse la vida entre el olor a humedad de las casas de comercio o el olor a tinta de los escritorios; que entre aquellas adolescentes, frutos acerbos aun, no germinase sino el deseo del amor. Aritmética, dibujo, física, gramática, no servían en realidad más que de pretextos, inventados por la dura existencia y la voluntad de los padres, para engañar, para destruir en flor el instinto atávico en aquellas jovencitas que ya daban furtivamente un nombre y un cuerpo a su necesidad de amar y de sentirse amadas.

Más tarde, en el establecimiento de máquinas e instrumentos fotográficos, donde Raimunda consiguió entrar en calidad de dactilógrafa, entre los compañeros de trabajo no había visto más que amor, ilusión de amor, mentira de amor. Las empleadas, elegantemente vestidas con trajes cortados según el último figurín, y de tela de una lira y media el metro, con tacones altísimos, con cejas y párpados pintados, «flirteaban» nerviosas, con los jovencitos del escritorio; o bien, encontraban a la puerta, cuando salían al anochecer, el amigo dispuesto a acompañarlas. Las diversas corrientes chocaban unas con otras, produciendo chispas con el choque y creando para Raimunda una irrespirable atmósfera magnética. Su juventud estaba obligada a mantenerse fuera de aquellas vibraciones de placer. Para ella no podía subsistir la ley natural de la existencia. Lo sabía. Y parecía resignada; mas, en el fondo, envilecimiento, deseo no satisfecho, rencor, se le enroscaban dentro como sierpes.

Llegó a desear quedarse ciega, para que su ceguera consiguiese ocultarla a los ojos de los demás: parecida en esto al niño que, tapándose con el brazo levantado en forma de arco, cree hacerse invisible. Concluyó por sentirse bien sólo en la sombra; y hubiese querido moverse siempre en la densa bruma que la envolvía aquel atardecer de noviembre, dándole una sensación inesperada, y mordiente de agilidad, de libertad, de seguridad.

La llama de un farol de gas, de un tono rojo negruzco, en la espesa niebla, le indicaba la esquina de las calles Solferino y Pontaccio. Deslizábase rozando las paredes, abrigada y dichosa, cuando una voz masculina susurró a su espalda:

— Señorita...

Sin volver la cabeza, continuó su camino, con el corazón latiéndole agitadamente. Nadie, nadie, hasta aquel momento la había seguido por la calle.

— Señorita...

El hombre la seguía efectivamente, ajustando su paso al de ella, murmurando otras palabras, vacías, incoherentes, dulcísimas. Raimunda le oía por primera, quizás por única vez; y la voz varonil era cálida, profunda, aterciopelada, de esas que conmueven inmediatamente.

Con un rapidísimo movimiento de la cabeza y de los ojos había percibido la alta figura de un joven, esfumada en la bruma que obscurecía, velándolas, las líneas fisonómicas. ¡Ah!... Aquel desconocido no la había visto de frente, no había tenido que contener el escalofrío de horror ante la media máscara deforme. Espeso velo, espesa niebla, hora de ensueño, en la cual hasta ella podía ser bella para un hombre: hora que, acaso, no retornaría nunca!...

Calló, le dejó hablar, dejó que el desconocido se le acercase hasta tocarle la espalda, tanto que sintió en su cuello el aliento perfumado con el olor del cigarrillo.

— ... Señorita... ¿Cómo se llama?... No corra tanto. Dígame su nombre, su lindo nombre. Señorita...

Ninguna respuesta; pero sí un consentimiento lleno de turbación en el silencio mismo, en el paso algo menos apresurado; en el modo de alzar el manchón hasta cubrir la barbilla y la boca. La niebla les unía y los separaba al propio tiempo. Otras fantásticas sombras pasaban, lacras negras aparecidas en la órbita de luz de los faroles, rápidamente sumergidas en el grisáceo elemento. Milán era una inmensa nave náufraga, donde Raimunda agonizaba en una dulcísima agonía; revelada por fin a un hombre; al fin mujer, temblorosa de muda felicidad; temiendo sólo que la hora del encanto acabase.

En el «corso» Garibaldi, cuando advirtió que únicamente la separaban cien pasos de la puerta de su casa, tuvo un momento de perplejidad, se detuvo y apoyóse en la pared, en silencio. El desconocido vió en aquel singular acto una invitación. Atrajo hacia sí a la joven, por el brazo, buscó, ávido, la boca, sin verla; y, a través del velo, la besó.

Con inmenso asombro de su parte, el beso le fué devuelto.

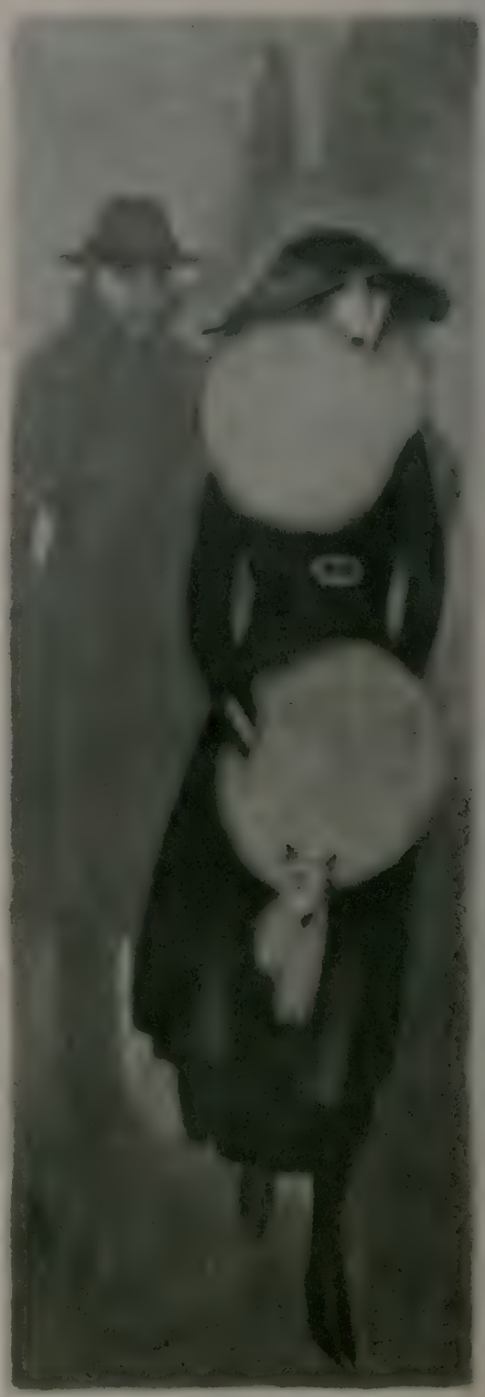
Ladrona de amor era ella, sí, y lo sabía y gozaba de serlo, cerrando en aquel momento su vida de mujer, acumulando en aquel instante, sueños, deseos, estremecimientos, caricias, ímpetus de rendición, deleite de sensaciones, toda la parte oculta de sí que a la despiadada luz del sol no tenía derecho de existir.

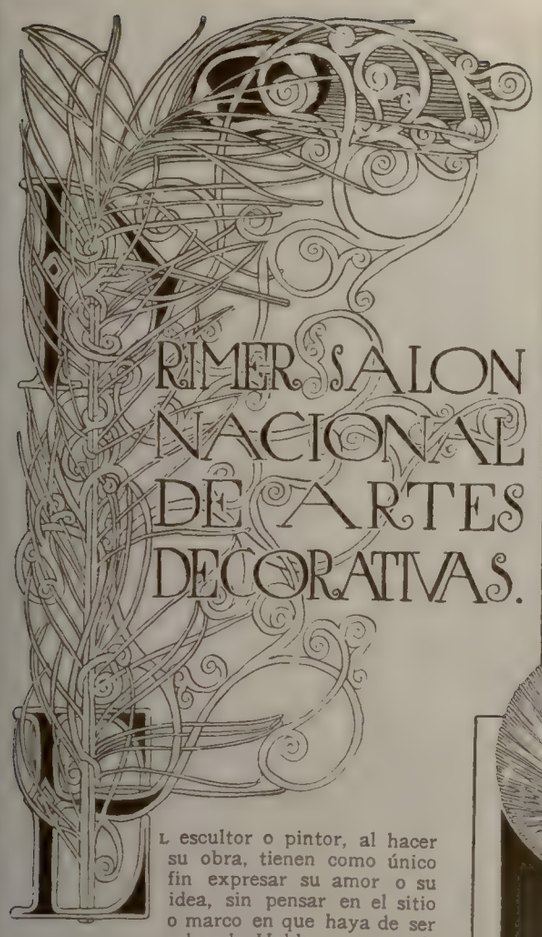
Cuando los golosos labios se separaron lentamente y el larguísimo beso tuvo fin, el hombre estupefacto, ebrio, ciego, quedó atontado en la vereda y notó que la muchacha se le escapaba de las manos con agilidad de lagartija y que desaparecía en la sombra.

No trató de seguirla. A un metro de distancia hubiese resultado imposible reconocer a una persona. La masa fluctuante de los vapores se hacía más densa cada vez, convertíase en un cuerpo casi sólido.

Encontrada por virtud de la costumbre la puerta de su casa, subida, con la cabeza baja, una húmeda escalera de caracol, también invadida por la niebla, Raimunda hizo sonar la campanilla de una modesta y obscura puertecilla. Contestó a la madre que, inquieta y presurosa, le abría, murmuranda precipitadamente unas palabras de saludo. Después, con voz ronca: — Esta noche no como, me duele la cabeza, quiero descansar, discúlpame.— Y se deslizó en su cuarto encerrándose en él.

En la cama, a obscuras, con los brazos cruzados sobre el pecho, con los hermosos ojos enormemente abiertos fijos en las tinieblas, estremecido aún todo el cuerpo bajo la invisible caricia de la masculina voz carnal, sintiendo en la boca el sabor del beso único, se revolvió, sobresaltóse, se retorció, rogó a Dios que nunca la arrancase de la memoria aquella hora — y lloró, y rió.





PRIMER SALON NACIONAL DE ARTES DECORATIVAS.

ALFOMBRAS, MUEBLES Y CERAMICAS, DEL SEÑOR CLEMENTE ONELLI.

El escultor o pintor, al hacer su obra, tienen como único fin expresar su amor o su idea, sin pensar en el sitio o marco en que haya de ser colocada. Hablamos, naturalmente, de la obra que se hace como una necesidad del alma y no del encargo de decorar un templo, una fuente o una tumba.

El decorador tiene, en cambio, la misión de embellecer, haciendo el marco o trabajando dentro de él como en los muebles, las armas, la cerámica, la orfebrería, los librós.

Esta pequeña digresión quería desvanecer el prejuicio de ser las Artes Decorativas cuestión de procedimiento, siendo así que lo son de principios.

Pasando al asunto que tan gratamente nos ocupa, felicitemos a los organizadores del Primer Salón Nacional de Artes Decorativas hecho, como todo ensayo artístico, a base de disgustos, trabajos y molestias, y cuya presentación indica el buen gusto y el fino criterio del jurado. Nos revela este Salón que hay en la Argentina, en Artes Decorativas, más de lo que sospechábamos, aun sabiendo que no están en él todas las que, por sus tendencias, tienen allí un puesto señalado.

Ni el maravilloso y delicado arte de la medalla, que tantos cultivan entre nosotros, ni la platería de abolengo argentino tienen allí un solo representante. También se nota la casi ausencia de los ilustradores y grabadores, que hubieran podido hacer una buena sección de las artes del libro.

Hay que añadir que en este Salón hay tal abundancia y diversidad de obras femeninas que los hombres se encuentran en minoría, y así como empobrecidos ante aquel diluvio de nácares, estaños, cueros, bronces y porcelanas.

Es la primera sala, se puede decir, la de los dibujantes, hay un dibujo de Carnacini, «En la montaña», donde a la hora del crepúsculo unas ovejitas bien dibujadas se dirigen no sabemos dónde, dejando impresionado al espectador de corrección y aburrimiento. Hay también el diluvio de bayaderas y princesas lejanas que todos los años y en todas las exposiciones desatan unos jóvenes muy meritorios, pero muy monocordes.

Dos desnudos de Larco, de gran delicadeza de matices en las carnes y una

CANDELABRO DE MADERA TALLADA DE FRANCISCO BATISTA.

ILUSTRACIONES DE LOS «DIALOGOS OLÍMPICOS». OBRA DE LÓPEZ NAGUIL.

maqueza de colorido en los fondos, y dos proyectos de vidriera, llenos de sentimiento pero quizá demasiado tenidos, en relación con su asunto y destino. El otro proyecto de vidriera del señor Molinari, «Silueta nocturna», está, en cambio, admirablemente entonado con su asunto, aunque quizá saliera ganando con ser más fuerte el contraste del primer término con el fondo. Huergo presenta dibujos y juguetes llenos de ese humorismo tan suyo y tan infantil, que no merecían ser amontonados en el suelo donde pasan casi inadvertidos. Alejandro Sirio envió cuatro dibujos, que si bien están hechos con la honradez a que nos tiene acostumbrados, no añaden nada nuevo a su prestigio. La señora Magdalena Lernoud de Casaubón tiene en la misma sala un magnífico y señorial cofre de madera con aplicaciones de bronce, y Cayetano Manuel un curioso jarrón, coloreado como un pañuelo o mantón de Manila, por medio de un procedimiento inventado por el autor. Al lado, y como nota de igual brillantez de colorido, un almohadón de lana tejida sobre brin, de Fides Castro, titulado «Estrella Sideral». Esto y cinco caretas del doctor Pardo de Tavera representando diversos tipos de raza, algunos de ellos con muchísimo carácter. Este señor tiene también en la segunda sala un colgante de nácar, platino y brillantes, obra de empeño y de muchísimo gusto. La Escuela Profesional de Artes y Oficios de la capital, contribuye en esta segunda sala con unos almohadones, platos y carpetas ejecutados por sus alumnas y de cuyos envíos no recordamos sino que eran lindísimos.

CRUCIFICO DE QUEBRACHO, OBRA DE PELEGRINI, Y SECRETAIRE, MADERA TALLADA, OBRA DE HECTOR PENGOLEA.

COFRE DE MADERA Y APLICACIONES DE BRONCE DE LA SEÑORA MAGDALENA LERNOUD DE CASAUBON, Y PROYECTOS DE VITRAUX DE JORGE LARCO.

VITRINA, COBRE Y CACHARRO, DE GERBINO Y GUIDO.

López Naguil ocupa una pared de esta sala, con las ilustraciones de los «Diálogos olímpicos», de un colorido exuberante y que es lástima no vayan acompañados de las viñetas y letras iniciales con que decoró la obra. Lo mejor de los envíos de Naguil, por su espíritu y ejecución, nos parece la acuarela «Hamlet», que tiene en la primera sala. Siguen unas vitrinas atestadas de broches, colgantes, peinetas y encuadernaciones, con toda clase de adornos de nácares, bronces y cristales, que sería imposible detallar aunque la memoria conserve un recuerdo delicioso de acertados detalles y disposiciones.

En la tercera sala están los únicos proyectos decorativos que hay en todo el Salón, que son los del señor Carrasco; y erguidos como guardias de honor dos candelabros, uno de aspecto aristocrático y madera tallada de Francisco Batista, y otro repujado en bronce, de una gran distinción y serenidad.

Una impresión de nobleza y buen gusto da esta sala, a pesar de estar formada por dos expositores tan distintos como Guido y Onelli. Tiene éste unas sillas y bancos, una puerta del siglo XVII y varias alfombras, tapices y cortinas que evocan maravillosa y justamente aquella época colonial, verdadera edad de oro del señorío y la distinción o la brava y pintoresca vida calchaquí, indicando los envíos del señor Onelli, un criterio muy sabio y muy artístico. Pero a nosotros nos entusiasman los artistas creadores como Guido y Gerbino que, tomando solamente como base el estilo calchaquí desenvuelven con valentía una fantástica y frondosa ornamentación. Sobrios cuando quieren, hacen la repisa y el portalibros, de una elegancia y una sencillez admirable o dejan correr la fantasía como en los proyectos de papel pintado con elementos calchaquíes, o como en los cofres tallados, ingenua pero primorosamente, y enriquecidos con herrajes y chapas de cobre, que relevan a los creadores de una industria artística nacional que habrá de ir muy lejos si continúa su brioso impulso inicial.

En este desierto de moldes, niqueles, cauchos y bazares es un oasis consolador este Primer Salón Nacional de Artes Decorativas, que ojalá sea el comienzo de una serie de Salones que contribuyan a educar nuestro gusto, Amén.

CRITIAS.

JOYA ARTÍSTICA

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

ÓLEO DE BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO,
PROPIEDAD DE LOS SEÑORES BOSCH-ALVEAR.

Otro amigo de Musetta

Ante el fuego sagrado de la estufa eléctrica, reconciliémonos, esposa — dijo el esposo. — Ese ara sin llamas sea el horno espiritual, a cuyo suave calor se derrita el plomo de los pesares y se acaramelen nuevamente nuestros corazones.

Las mujeres nunca hablan así, con esa mezcla de énfasis y emoción que los hombres adoptan para no avergonzarse al capitular; las mujeres no caricaturizan el arrepentimiento, pero les gusta que el amoroso arrepentido se ridiculice algo a la hora de las paces.

— Declárome formalmente vencido, — prosiguió Julio — definitivamente vencido por tu amor y por la vida. Y en este momento culminante de nuestra historia pasional, el otro yo que vivía junto al yo a quien tú amas, desaparece, abdica.

Hagamos un ligerísimo resumen de lo acaecido, para lo cual mi buena esposa dignaráse tomar tranquilo asiento junto a mí y frente a la estufa simbólica. Comencemos.

Hoy hace, casualmente, dos años, tres meses y cuatro días que un sí rotundo, enérgico, varonil halló, como eco, otro sí menudito, musical, femenino. Ambos a dos fueron pronunciados en un sacro recinto entre luz de velas y murmurio de latines. Eramos dignos de la felicidad que el cielo y las crónicas sociales nos auguraban. Belleza, juventud, alegría, buenas acciones industriales y personales formaban tu dote; hermosura, oro sellado, a más de juveniles ilusiones, traje yo al nido. Nuestra luna de miel fué de Venecia y del Himeto.

Jamás, desde que el mundo es inmundo, puede rememorarse un idilio tan acorde. Cupido, el gentil tuertecito, — advierte que le concedo alguna vista—volaba a gusto en nuestro hogar y las horas deslizábanse ligeras como águilas, sabrosas como faisanes trufados.

¡Mas ay que únicamente son durables los idilios escritos! Los hechos con caricias y palabras, los que nada deben a la imprenta, se agostan rápidos.

Digna del endecasílabo y de la eternidad era nuestra luna idílica. ¿Quién la eclipsó? Recapacitemos.

Tú, amada, eres prosa, prosa brillante escrita en el libro de la existencia por un literato invisible, por un estilista inaudito, prosa sublime a cuyo lado las de Hugo, Cervantes, Flaubert, D'Annunzio, y otras que no recuerdo en este instante, resultan misivas de un soldado a su prima o viceversa. Y yo, pobre de mí, guardo en el cacumen el ritmo del verso, toda la cadencia de los más largos versos. Mi paso por el globo es una continua onomatopeya — ¿sabes lo qué es onomatopeya? — una imitación del aura gemidora, de caballos a galope, de fragores oceánicos. Drama, poesía, comedia es mi vida, como casi todas las vidas varoniles. ¡Así hizo Apolo a los hombres!

A esa tendencia innata llamáis las prosaicas mujeres histrionismo. No sé si la razón os asiste. Yo solamente sé y sostengo que un director sobrehumano, un traspunte poderoso y un apuntador colosal me obligan a jugar diversos roles en el proscenio social.

No protestes; quizás no hayas llegado hasta el fondo de mi pensamiento, acaso quieres decirme que también las mujeres son onomatopéyicas, cómicas e histrionas. Concedido. La dulce mitad del género humano colabora en la farsa. Sí; os acicaláis, vestís y habláis jugando roles difíciles que provocan risas o arrancan lágrimas. Los celos, el desdén, el engaño, el puñal, todas las armas y todos los papeles, lo sé... Y en prueba de mi aserto lo corroboro con este abrazo osculizado... y con este otro... que tú, prosaica, rechazas fingiendo una indignación que se encuentra lejos de tu ánimo.

Afirmo... ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Afirmo que el hombre está predestinado a la comedia o, en el peor de los casos, a la tragicomedia. Somos unas víctimas propiciatorias del histrionismo. La imitación puede considerarse como el más despiadado de los verdugos.

Recuerda, amada, el campanudo estilo teatral que nuestros padres empleaban para reñirnos, ese tono que yo emplearé cuando mis hijos — si Dios se sirve darnos frutos de bendición — lleguen tarde a casa, me roben los níqueles o descuiden las lecciones. Y no quiero decirte nada de esos chambergos medioevales, de esas patillas a lo San Martín y otras prendas de guardarropía tan en continuo y general uso.

Añade que el cine ha venido a dar mayor incremento a la susodicha e inveterada costumbre imitativa. La sonrisa de Fairbanks, el distinguido contoneo de los actores mudos norteamericanos, su destreza, su musculatura, todo se imita ahora en casas, calles, cafés, etcétera. Si tú ahora, en un rapto de pasión contenida, en un ademán de piedad conyugal, pasas un brazo en torno de mi cuello ¡así! yo me veré en la obligación cinematográfica de depositar sobre tu lindos labios un ósculo interminable, uno de esos ósculos que ponen fin a la más larga de las películas. No me interrumpas.

Pero noto que cada vez me distancio más y más del objeto de estas cortas palabras. Jóvenes, alegres, enamorados y con un buen acomodo, la dicha era para nosotros una ecuación fácil de despejar. Tu prosa y mi poesía han estado a punto de hacernos infelices, sumamente infelices.

Entre mis papeles favoritos — tal vez sea mi «capo lavoro» — se encuentra el de bohemio. No puedo remediarlo, la independencia, el «esprit» de Rodolfo, Marcelo y compañeros mártires me seducen. Soy otro amigo de Museta, la graciosa y risueña Museta. Pero, entiéndelo bien, amigo platónico, porque para mí Mimí eres tú.

Todas las aventuras de esta bohemia, todas las aventuras que han producido nuestro disgusto se reducen a cuatro palabras y cuatro copetines cambiados entre amigos. Nos reunimos, es decir, nos reuníamos en un cafetín bastante típico, Arturo Ponce, Martín Ramírez, Alejandro Juárez y tu amantísimo esposo. Allí se hablaba de literatura, música y otras bellas artes; nada más. Bohemia inofensiva, la única que cuatro muchachos bien pueden lograr en la industrializada Buenos Aires.

Tú, incapaz de comprender la influencia del Arte en el arte de subir los escalones a cuatro patas, has creído, has sostenido, que yo me sumía a pasos agigantados en la sima lóbrega del desenfreno. No hay tal; bohemio candoroso, yo buscaba muy lejos y muy cerca del espíritu de Museta un lenitivo a mis dolores espirituales. Figurábaste que mi existencia nocharniega era un prolongado vermouth-tango con vistas a la orgía y al adulterio. Prosa, pura prosa de mujer prosaica.

Bien mirado, no te faltan motivos para pensar tan injustamente. Mas tú no sabes la honda e indeleble huella que Murger dejó en millares de almas viriles. Refiérome al libro que este maestro escribió bajo el sugestivo título de «Escenas de la vida de bohemia». Si quieres darte cabal noción del precitado influjo, lee esas páginas enloquecedoras. Te lo voy a traer, no es caro; aquel talento se vende por un óbolo.

Tus amiguitas, — la Providencia las premie — te dijeron horrores de mi seudoconducta. Aquí hay envidia hacia tu felicidad y hacia mi persona. Amanda, Esther y Raquel han suspirado mucho y en vano por este bohemio que se ha de comer la tierra.

Sin embargo, voy a conceder al malentendido o «quid pro quo» las proyecciones que no tiene. Supón, — si tienes fantasía bastante para tamaña obra — supón, repito, que te encuentras al lado de un esposo infiel, en lugar de codearte con un Rodolfo de mojiganga. Amontona sobre mi culpable personalidad todas las conjeturas, todas las sospechas y todos los horrores pecaminosos. ¡Amontónalos!

Pues bien, aceptando el deprimente rol, paso a jurarte mi arrepentimiento. Y repito uno de los mejores párrafos del exordio: Declárome formal y definitivamente vencido por tu amor y por la vida. Y en el momento culminante de nuestra apasionada historia, el otro yo que vivía infamando al otro yo que tú amas desaparece, abdica y te pide un vaso de soda fresca con... algo.

Las mujeres nunca hablan así, caricaturizando sus arrepentimientos: pero gustan de esa mezcla de énfasis y burla adoptada a menudo por los hombres, y que es como si un rey vencido se pusiese careta para firmar una rendición.

Ernestina, fingiéndose enojada aún, trajo el refresco.

— Es la última droga que mis labios prueban, amada — exclamó Julio. — Caiga sobre la estufa eléctrica la postrera libación. No te sonrías, es la última y definitiva. Por eso, tal vez, los cielos depositaron en este cristal las mayores dulzura, frescura y calma. ¡Qué rico estaba!

Ahora bien; ajustemos las condiciones de la paz conyugal. Julio I, por la gracia de Dios, renuncia al reino o república de Bohemia que debe declararse independiente bajo la soberanía de Puccini. Ernestina, la Unica, emperatriz por su propia gracia, renuncia sus derechos al imperio de la Prosa. Ambas partes contratantes convienen en modificar la constitución que regía hasta la fecha los destinos del archiducado sito en la Avenida Vértiz. La modificación se hará por mutuo convenio.

Sí, nena. No desperdiciemos las actitudes histriónicas. El mundo es un teatro, ¿por qué no hacer del idilio una comedia agradable? Hagamos un poco de bohemia casera, estableciendo un programa para cada temporada. Si a la vida no desciende la ficción escénica, esa ficción que es un reflejo de la vida misma, no vale el trabajo vivirla. Actores y espectadores a un mismo tiempo representemos nuestros papeles. Así sucede en el mundo: la cortesía, la moda y otros «cosos» que no cito por no escandalizarte, comedia son. Tal tesis tiene tanto de vieja como de verdadera.

¿Me perdonas y quieres ser mi Museta? ¿Sí? Después del ósculo reconciliador y cinematográfico voy a comenzar nuestro idilio bohemio interpretando, como las rosas, la «Canción de Solveig», en que la incansable enamorada le dice primores a su Peer Gynt.

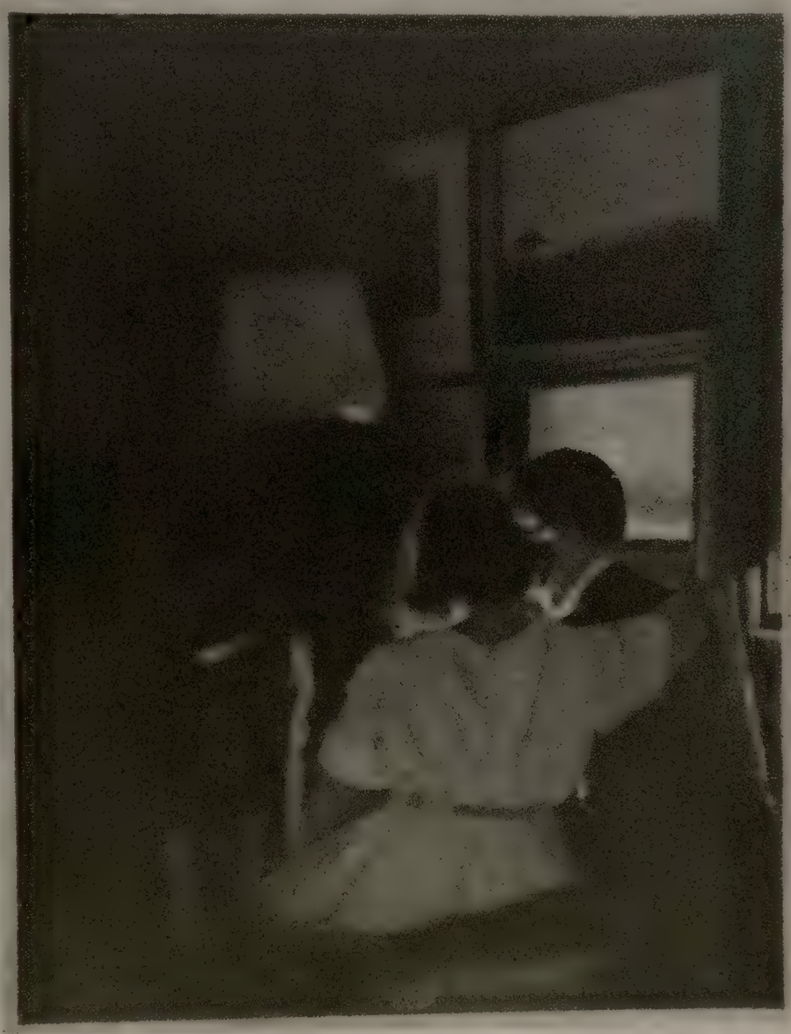
Ha luengos años, hube de leer un cuentecillo lógico. Era protagonista cierto estudiante, enamorado de determinada hermosa e iracunda aldeana. Platos, cabezas y otros adminículos caían dentro de la jurisdicción lunática de la heroína. Aquí del ingenio, porque los biceps y el garrote nada alcanzan contra la testarudez femenina, si la testarudez se apoya en un ánimo desquiciado. Nuestro protagonista, conchavóse como peón de la estancia paterna de la paisana, y propúsose contestar por medio de mayores atrocidades a las atrocidades que su adorado tormento hiciera. Tantas y tan grandes hizo, que ella reconoció en el astuto universitario un amansador incontrastable.

Domada la fierecilla, sometióse al yugo matrimonial, pero el fingido bárbaro puso una condición previa antes de la boda. Consistía el «sine qua non» en la compra de dos cuchillos, que cada uno de los esposos pudiera esgrimir contra las narices del otro en cuanto respondiese afirmativamente a la pregunta de «¿no estás contento?»

Y es fama que ninguno dió un sí al armado interrogante.

De la misma o parecida manera, esposa, decidamos hacernos tal pregunta cada vez que entre nosotros se levante la sombra de un disgusto. ¿No estás contenta?

Las mujeres no hablan así, poniendo máscara cómica a sus arrepentimientos; pero aceptan gustosas que el amoroso arrepentido consiga el perdón mediante recursos hábiles.



Eduardo del Saz

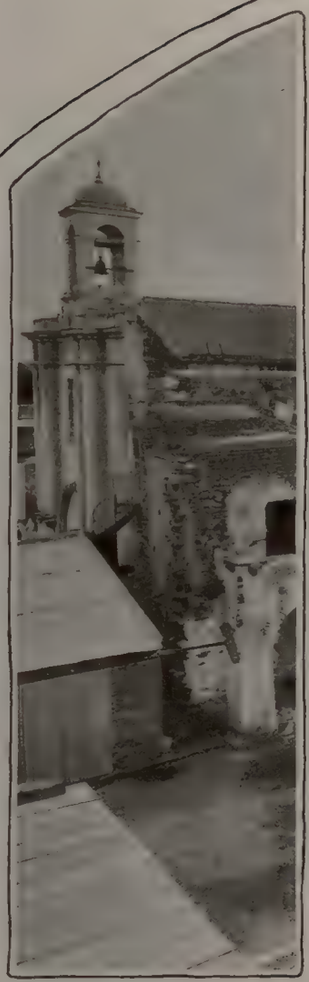
ILUSTRACIONES FOTOGRAFICAS DE BALDISEROTTO.

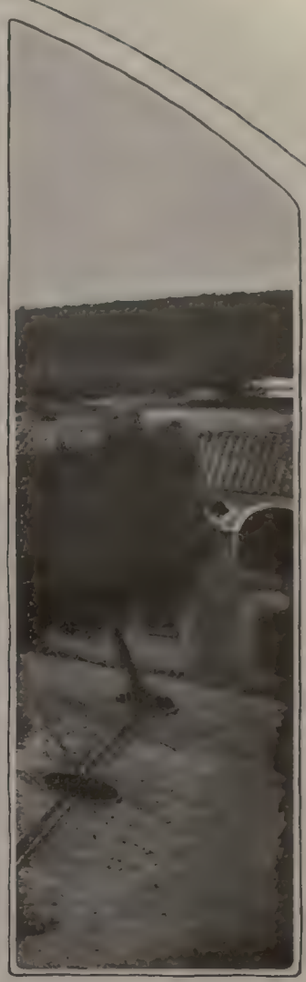
PROPIEDAD DEL DOCTOR PEDRO N. ELIÇAGARAY.

DESCORCHANDO

ÓLEO DE JIMÉNEZ ARANDA.

PIXS
VLIPA





PATIO DEL CONVENTO DE JESÚS MARÍA, DEDICADO A JARDÍN.

Por tierras de Córdoba y en días primaverales, busca el turista un descanso para sus nervios y sus ojos. La gran metrópoli, imagen del presente y fantasma del mañana, encuéntrase lejos, bulliciosa, aturdidora. Una calma, que parece repentina sordera, invade nuestro espíritu. El verdor inesperado de los campos, las cuestas inusitadas, la brisa serrana, todo es nuevo para el viandante, nuevo y fresco. En venas y arterias corre la sangre de un renacimiento, y su ritmo es tranquilo, sano, fácil como el ritmo de las odas de Fray Luis de León, el poeta que cantaba campestres delicias. Y recordando la carcelaria existencia de Buenos Aires, viene a la memoria aquella décima del maestro, que con desacostumbrado orden en los consonantes, escribió sobre el muro de su prisión:

« Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso,
con solo Dios se compasa
y alegre la vida pasa,
ni envidiado ni envidioso. »

Hay en estos campos montañeses un medicamentoso aire que lleva el oxígeno hasta el último de nuestros bronquios, hasta el más ávido de nuestros bronquios, y el sol cae sobre la piel dándola purpúreo calor.

EXTERIOR DE LA IGLESIA DE LOS JESUÍTAS EN JESÚS MARÍA, PROPIEDAD PARTICULAR DE LA SEÑORA MARGARITA CORREAS DE LLERENA. HABITADO POR GENTE TRABAJADORA QUE SE DEDICA A LA AGRICULTURA. EL CURA NO TIENE OTRO DERECHO QUE DECIR MISA EN LA IGLESIA.

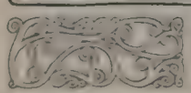
De un salto, el turista se halla más cerca de la verdadera vida, en contacto con la energía verdadera. Y siente despertarse un repentino espíritu que no se parece al resobado y alambicado espíritu de la ciudad.

Por calles y por plazas de Jesús María, entre los primeros veraneantes y entre los vecinos de la pequeña villa, el viandante también da paz a los neurones y a los ojos. Porque allí, el campo lo invade todo, lo penetra todo, sin dejar rincón mal ventilado. En el último recoveco de la iglesia se recibe la comunión del aire puro.

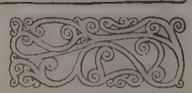
Las tierras de Córdoba son admirables, aptas para todo cultivo. Por eso, Ceres y Minerva hicieron prodigios en el solar cordobés. Frutos ópimos de esa predilección de ambas diosas resultan los monumentos, los hombres y las recolecciones. Citar los apellidos gloriosos en la ciencia y en el Arte, hacer lista detallada de las obras arquitectónicas que embellecen en aquella provincia el suelo de la Patria, resultaría labor inacabable.

En el lejano horizonte del ayer se confunden el cielo y la tierra a nuestro alrededor, ya entendamos por cielo lo que otros llaman infierno o al revés.

Para los hombres que aman lo venidero sobre todas las cosas de arriba, y de abajo, el paraíso prometido encuéntrase en la superficie del globo, distanciado del cielo que es el no ser.



EL SEÑOR EDUARDO MENDESKY, EN EL SILLON DE MAMPOSTERÍA CONSTRUÍDO SOBRE LA AZOTEA DEL CONVENTO, Y DESDE EL CUAL SE VIGILABA EL TRABAJO DE LOS INDIOS AGRICULTORES.



Los que esperamos para un porvenir, seguramente remoto, una organización más natural, más humana, vemos en lo futuro una realización del pasado. El ayer redimido de sus faltas y de sus imprevisiones, he aquí lo que será el mañana.

Como aquel viajero, perdido en la estepa, que anda y anda para encontrarse al cabo en el mismo sitio de partida, el hombre corre eternamente alrededor de un punto. Sólo reconoce que se halla extraviado cuando vuelve a ver sus huellas sobre la arena. Pero en el transcurso de ese viaje, la llanura va afirmándose y la arena se fertiliza.

Para los que poseemos esa fe en un retorno a la existencia plácida de días donde hubo cosas mejores, entre mil cosas peores, cualquier vestigio remoto posee alto precio moral junto al valor artístico.

Este patio del convento de Jesús María, esta iglesia, este campanario que el turista «descubrió» en campos de Córdoba tienen una significación encantadora.

Las fotografías darán al curioso lector una fiel idea del mérito artístico que esos monumentos encierran. Y el buen lector sorprenderá en ellas detalles que le digan lo bueno y lo malo de aquella vida pasada.

— —

Fué una lucha contra los obstáculos que se multiplicaban para estorbar las tareas de los hombres bien intencionados. La Naturaleza posee en nuestro continente proporciones desmedidas: ríos como mares, desiertos enormes, cordilleras interminables. Todo quedó vencido a fuerza de constancia, de una constancia que, ansiando apoderarse de las almas en provecho de Dios, dominó la tierra. Todo quedó vencido: en pie las moradas de ese Dios, en geométrico orden los surcos agrícolas, a mano las aguas benéficas.

CAMPANARIO DE LA IGLESIA DE JESÚS MARÍA, CONSTRUÍDO PROVISORIAMENTE EN 1762, MIENTRAS SE CONTINUABAN LAS OBRAS DEL TEMPLO. AL TERMINARSE ÉSTE, FUERON RETIRADAS LAS CAMPANAS, QUEDANDO EL CAMPANARIO COMO SE VE ACTUALMENTE.

Ese campanario de la iglesia de Jesús María es una obra provisional, comenzada en el año de 1762, mientras se levantaba el templo. Los centinelas de la oración, las campanas que anuncian las horas del acercamiento, hacen al mismo tiempo de señales para el trabajo: la misa del alba es el principio de la faena, el Angelus la señal de descanso. Así las plegarias del alma doliente y las del cuerpo laborioso eran imperiosamente indicadas por tres bronces de armónico timbre.

Y ese sillón de mampostería, estratégico, desde donde el espíritu de la comunidad, encarnado en el reverendo capataz, presenciaba los trabajos del indio agricultor, es un signo de futuras grandezas. Porque sobre aquel trono de la disciplina dominaba un poder llamado por la suerte a exigir la prosperidad de nuestra Patria.

¡Días del coloniaje en las fértiles tierras cordobesas, días recordados con odio y agradecimiento; sin vuestros trabajos, el campo y la raza hubieran caído en la esterilidad que es el más vil de los vasallajes! Pues, si no hay conquista violenta de justicia que no cueste ríos de sangre, no existe tampoco evolución que se realice sin una sobra de labor fatigosa y cruel.

Allí, el ideal de independencia germinaba, aprovechando el detrito de una civilización. El amo, el tirano, el logrero vienen a ser, gracias al lógico poderío de la vida, maestros de libertad, y la opresión el más seguro acicate de la rebeldía. De los arados serviles salen las armas vengadoras.

Escuela de energía y de dignidad resultó el coloniaje, aula inmensa de patriotismo.

Nuestro pasado es la imagen del porvenir, que tomará vida cuando el ayer quede libre de faltas y de prejuicios.

RAÚL P. OSORIO.

Ciertos fanatismos

Se trataba de pescar. Mi compañero, viejo y avezado visitante de las costas y sempiterno familiar de cañas y anzuelos, ponía en mis nervios una enérgica tensión que hubiera podido servir hasta para una empresa de pesca de tiburones.

¡Pescar! Poner el anzuelo y retirarlo con una presa temblorosa y saltona, y luego saborear la fruición de la muerte del animalito por falta de medio ambiente. Era seductora la invitación. Los hombres nos complacemos en el mal... del prójimo.

Marchamos al Dock, bien provistos de aparejos y toda clase de implementos de pesca. Vestidos de lobo marino o algo parecido, lo cual quiere decir que habíamos tomado a lo serio nuestro papel.

— Mucho cuidado, — me gritaba con frecuencia mi compañero, — no hay que dejar escapar ni uno solo; ¡mucha oportunidad en el tirón!

— Oh, por eso no tenga cuidado; siempre he sido muy oportuno en mis tiradas.

Un bote y al otro lado, donde, según mi práctico acompañante, la pesca es más fácil y tranquila.

Pocos momentos después estábamos los dos en *pose* pescadora, paciente y solemne, los aparejos en tren de levantarse toda la fauna del río de La Plata y un espíritu deportivo rotundo y brioso animando la faena, para mí casi extraña por lo nueva, para mi compañero clásica y deliciosa.

Pero he aquí que no picaban los peces. Una hora, dos y ni señales de gente subacuática. Cambio de carnada cada cinco minutos. Cambio de posición cada diez. Cambio de aparejos y, sobre todo, cambio de miradas interrogativas, que eran en mí cuasi humorísticas.

— ¿Qué es lo que tiene usted? — bramó mi compañero. — ¿Todavía será capaz de echar a risa esta situación ridícula para un pescador? ¡Parece mentira! Acostumbrado estoy a sacar montones de pescado, que luego se me pierde, después de haber regalado y comido a discreción. Y hoy ni uno solo para remedio.

— Yo no sé qué decir al respecto, amigo. Usted me trajo a pescar inflándome antes de entusiasmo y aquí estoy, hace tres horas, esperando aunque sea uno...

— ¡Esto era lo que faltaba! ¡Que todavía me eche usted la culpa de que no piquen!

— No, señor; pero...

— No hay pero que valga. Usted es el de la culpa, porque no tiene vocación para la pesca: lo he notado; ha estado bostezando y por poco si no se ha dormido.

— ¿Y eso tiene algo que ver con la falta de peces? ¿Es el pescador el que los atrae o es la carnada? Yo tuve al principio los ojos bien abiertos, puestos sobre el agua, para levantar la caña al primer tironcito que se notara, pero hasta ahora, nada...

— ¡Estoy cansado de venir a este sitio y llevarme bolsas llenas de pescado! Nunca me ha sucedido esto. Y es que los animales conocen cuando es un recluta el que tiene el anzuelo.

— Sí; pero usted es veterano en este deporte y tampoco ha pescado uno solo.

— ¿Y la *jetta*? ¡Contagia, amigo, contagia! Eso que usted tiene es *jetta*, no me cabe duda, y estoy convencido de que si no me separo de usted, no conseguiré que me pique una sola vez.

— Por pasiva podría yo replicarle que el entusiasmo es contagioso y usted me infiltró de él como cien quilates antes de venir. Sin embargo...

— ¡Nada! Usted no sabe lo que es la fuerza de los espíritus adversos en todos los trabajos. Mire: todas las veces que he venido con un novicio me ha sucedido esto.

Ya vi que el hombre era supersticioso, como lo son, realmente, todos los deportistas empedernidos, para los cuales la cábala y otros resortes semimágicos entran por mucho en el éxito de sus proposiciones.

— ¿Y... amigo, no pica? — pregunté después de una hora de silencio violento y de igual fracaso de los anzuelos. Y es que también estaba ya fracasando mi paciencia.

— ¡No pica, no pica!... — volvió a rugir mi veterano pescador. — Es que no van a picar mientras esté usted aquí. ¿No ha comprendido?...

Y me dejó solo, sin un saludo, sin una palabra de explicación, alejándose hacia el otro extremo del dique, con el aire del que va a obtener un triunfo completo que dejará burlado al adversario. Porque ya era yo su enemigo...

Y allí quedé yo, con la caña en *pose*, con gesto aburrido y una desesperanza atroz de hacer una sola pesca. Y más que todo, con la preocupación de haber, sin quererlo, causado el disgusto del viejo pescador, *amateur* recalcitrante y jactancioso.

— Pero, ¿cómo? — me preguntaba yo — ¿los peces tienen el instinto del anzuelo? ¿Algo como la sugestión de la fiera que va a claudicar ante el domador? Esto sería un fenómeno importantísimo de constatar. ¡No picaban porque tenían la intuición del pescador recluta!... Muy complicado resultaba para mí el asunto. Pero, por fin, pesqué algo; unos dorados y bagres, y me fuí.

Mucho tiempo después encontré a mi amigo el pescador, lejos de todo aquel ambiente fluvial, que hubiera podido reanudar en él ese encono supersticioso.

— ¡Hola! — le dije. — ¿Y cómo le fué a usted aquella vez? Pescó mucho, seguramente...

— ¡No hable de aquello, amigo! Me avergüenzo. Estuve hasta la noche y no picó uno solo. La *jetta*.

— Pero yo pesqué cuatro o cinco presas después que quedé solo.

Mi interlocutor respiró fuerte, agarróme de los hombros y con las miradas chispeantes como para fulminarme, me miró en los ojos y me gritó en la cara a boca llena y en tono desafiante.

— ¡Usted miente!

A. González Ocantos.

DIBUJO DE ZAVATTARO.

FOTOGRAFÍA DE VAN KIUL

Srta. María Elena Velar Irigoyen

EL PALACIO BOSCH-ALVEAR

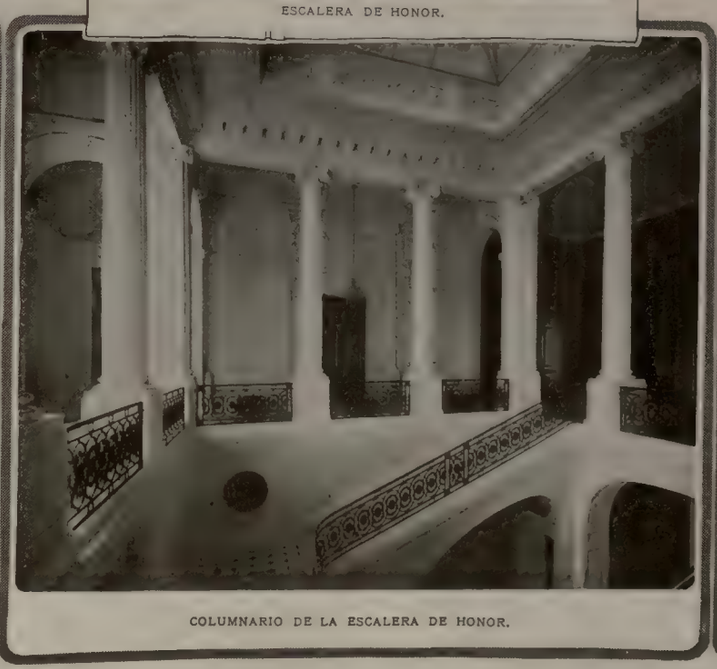
ESCALERA DE HONOR.

ESTE moderno y suntuoso edificio, cuyas tres monumentales fachadas cierran la perspectiva de los nuevos jardines de Palermo, ha sido construído en fecha reciente, según los planos del arquitecto Mr. Sargent, que reprodujo en su obra algunas bellas ornamentaciones del estilo Luis XVI, existentes en el *château* de Compiègne y en otros célebres palacios de Francia.

El frente que da sobre la Avenida Alvear, aun sin tener la elegante y majestuosa armonía de las otras fachadas, principalmente la del jardín, es, en cambio, la que presenta mayor número de detalles y ornamentos decorativos.

Sobre los arcos de la entrada, protegidos

UNA DE LAS GALERÍAS LATERALES.



COLUMNARIO DE LA ESCALERA DE HONOR.

PERSPECTIVA DESDE UN SALÓN.

ANGULO DEL TAPIZ DE FLANDES Y CHIMENEA FRANCESA DEL RENACIMIENTO.

por amplia marquesina de bronce, levántase cuerpo central, limitado por dos torres y sosteni por esbeltas columnas de orden corintio, que s tentan las cornisas y balaustradas, donde luc cuatro característicos jarrones de piedra.

Subiendo las graderías del ancho pórtico, entra en una especie de rotonda, cuyo techo h llase formado por altas y pequeñas bóvedas co vergentes. En el muro del fondo, un arco abre perspectiva del vestíbulo, de donde arranca escalera de honor, que recibe la luz por un gr montante de cristales opacos, cuya claridad c nital da realce al negro pasamano de bron reproducción perfecta del que existe en el de cioso castillo de Blois, residencia un tiempo la reina María Antonieta.

El conjunto de la galería alta, fascinador su graciosa sencillez, sirve de marco al altivo aristocrático porte de una dama francesa, cu busto, trabajado en mármol, lleva la siguien poética inscripción esculpida en el plinto: *J'ai s vi vos nobles projets et nous unirons desormais gloire d'être un grand modèle le plaisir d'être to jours belle. Robière, 1759.*

En otro de los extremos se halla el jarrón Sevres regalado por Mr. Fallières, Presidente Francia, a D. Ernesto Bosch, al finalizar éste gestión diplomática como Ministro Plenipote ciario de la Argentina ante el gobierno de Par

Las puertas de la galería, iguales a las de Ve salles, comunican con los salones de recibo. Est son los siguientes.

Salón de baile. — Tiene por entrada una e pecie de atrio, lugar donde se coloca la orquest El recinto, de amplias proporciones, está ilum nado por dos grandes arañas, siendo los mur grises y dorados, con pátina de antigüedad. L asientos de color de ópalo, armonizan con el to de los cortinajes, y en el centro del muro, cuat

VISTA GENERAL DE LA SALA LUIS XVI.

olumnas carolíticas de orden pareado, dan un fecto severo y señorial al conjunto.

Sala Luis XVI. — Unida al anterior. El tono le las paredes es de un color malva muy suave, obre el cual resaltan algunos cuadros de célebres autores franceses, siendo los principales el etrato de una dama por Largilliere, que reproducimos en este número, y el de D.ª Elisa de Alvear, dueña de la suntuosa morada, firmado por Flameng. Los muebles, lujosos y elegantes, están apizados de Aubusson. En uno de los ángulos figura el artístico celadón imperial de las cinco quimeras, con basamento de pórfido y pantallas le hilo de plata.

Saleta gris. — Aunque de pequeñas dimenciones, se hace notar por el delicioso conjunto de os muebles, agrupados con elegancia y sencillez. La alfombra que cubre el pavimento, es de raro y armonioso dibujo, y sobre ella descansan las meitas auxiliares, las *bergères*, y los amplios sillones le conversación, revestidos con viejas tapicerías le un tono amarillo y celeste. Los muebles de Coromandel y las antiguas porcelanas chinas (Ming), con sus vivas tonalidades azules, moradas y verdes, dan un nuevo interés a la estancia.

Sala de la chimenea Renacimiento.—Sus decoraciones, son iguales a las que adornan la cámara le los caballeros en el castillo de Blois, ya mencionado. La chimenea, es tallada en piedra de París.

Entre los objetos de arte que alhajan el recinto, se recuerda una pequeña estatua japonesa trabajada en marfil, y un raro manuscrito del Korán con páginas miniadas en colores.

Joya de verdadero mérito es también el tapiz de Flandes que ocupa el muro de la entrada; sus figuras, llenas de flexibilidad y movimiento, tienen el sello característico de los modelos dibujados por Rubens.

Completan el adorno varios sillones tapizados en

OTRO FRENTE DE LA MISMA SALA, CON MUEBLES ARTÍSTICAMENTE AGRUPADOS.

SUNTUOSO COMEDOR DE ESTILO REGENCE.

VISTA DE CONJUNTO DEL GRAN SALÓN DE BAILE.

seda y terciopelo; la mesa de línea Regence con aplicaciones de bronce; dos altos candelabros de madera dorada, y una lámpara de gran tamaño, toda de reluciente cobre, suspendida en el centro de la techumbre.

Despacho. — Comunica con la sala anterior por dos puertas de roble, talladas al gusto de la época. En las paredes hay lujosas sederías rameadas que suben desde el zócalo hasta la cenefa del friso. Un precioso grupo escultórico, representando «La Vendimia», destácase junto a la mesa del escritorio, cuya elegante línea se recorta en silueta delante del balcón entreabierto. También hay un busto de Cafieri, colocado al extremo de la biblioteca y otro en bronce, del dueño de casa, hecho por el escultor Pirovano.

Comedor. — Ocupa una hermosa estancia con balcones al jardín del palacio. La *boisserie*, exquisita y lujosa, es de paneles grises con motivos y filetes de oro. Sus principales muebles responden al estilo Regence, y tanto la mesa redonda como los asientos de rejilla dorada, hállanse revestidos de damasco rojo, igual al de los pesados cortinajes de los balcones.

VESTÍBULO CENTRAL DEL PRIMER PISO.

Tal es, a grandes rasgos descripta, la nueva y artística morada de D. Ernesto Bosch Peña y de su esposa D.ª Elisa de Alvear, unidos por vínculos de sangre al más noble patriciado de la República, y cuyos salones, abiertos por primera vez el seis del pasado septiembre, fueron punto de cita donde se congregó todo cuanto hay de selecto y representativo en la alta sociedad porteña.

Antonio Pérez-Valiente.

EL DESPACHO. SALETA GRIS.

EL AMA ROSA

¡Ama Rosa, ama seca, dulce y sencilla ama Rosa: tú dignificas el oficio tiránico! Quisiste más a tus hijos postizos que al chocolate con bizcochos; no criabas para comer, comías para criar.

Hubo en tu robusta alma de nodriza una ardiente vocación de madre mercenaria. Por eso, nunca tu oficio fué para ti granjería ni lucro para los tuyos. Mientras casi todas las del gremio despótico reinan sobre la voluntad babosa de los papás, tú hiciste arte puro, humano, nutritivo.

Jamás ninguno de los cuatro hambrientos que te deben la vida pudo temer el veneno de tu cólera; tus fuentes de juventud no se turbaron con nerviosos caprichos, y cuatro veces corrieron generosas, puras.

Hay en ti ocho madres, cuatro infelices que lloran a sus hijos muertos y cuatro victoriosas que se regocijan por la salud de hijos semi extraños. Ninguno de estos últimos puede hacerte un reproche. Fuíste para ellos madre substituta que sacrificó su belleza por la belleza de otras.

Entre las faltas de esos caracteres pusiste tú algunas virtudes, distribuyendo tu bondad y tu sangre en cuatro trozos. Aquel, el niño de tu primera servidumbre, es ahora un hombre torvo, raro, pero caritativo y fuerte. Aquella, la predilecta, tiene orgullo y vanidad, pero es hermosa y fiel. Y los otros dos viven en medio del mal llenos de esperanza. De fe, esperanza y caridad estás tú formada, ama Rosa.

Tu historia es una odisea de esclavitud sin amor; el amante de otras mujeres fué tu esposo y tú la madre de otros hijos.

¿Quiénes llevan razón, las nodrizas que venden y regatean, o tú, que diste cariño, abdicando de toda prerrogativa? Todos dirán que ama Rosa; pero muy pocos pondrán fe y amor en los servicios que les paguen. Todos te darán la razón, mas ninguno ha sabido concederte el premio merecido.

Al fin de tu jornada, cuando fuiste inservible para comunicar tu vida, sigues, ama Rosa, junto a los niños, adornada con las antiguas galas de nodriza, sirviendo de mofa a las niñeras jóvenes y de juguete al chiquilín mimado.

BERNARDO SIERRA.

Estilos criollos.
Un cumote grafológico

El júbilo expansivo de Godofredo rompió a [illegible] que el hermoso espectáculo del [illegible] era [illegible] bien digna de alquilar bal[illegible], y un de repente se asomó al mirador de sus ojos, embriagados de luz y de ventura.

El dínamo generador de tanta y tan intensa energía jubilosa, era toda una pavada, como suelen serlo siempre los móviles productores de las grandes vibraciones emotivas; Godofredo se sentía dichoso porque recién estrenaba una pasión, enamorándose como un otario, a la edad en que otros zonzos, menos zonzos, han hecho ya colecciones de interesantes autógrafos, con multitud de cartas de mujeres, en las que resplandecen más mentiras que desacatos a la indefensa ortografía que es la que paga el gasto en los escarceos amatorio-epistolares, en aquellas muchachas más apasionadas del macaneo corrido, que del hombre en quien fingen cifrar todo el tesoro de su bienestar anímico; pibote alrededor del cual gira el capital de ilusiones que suelen poner en ejercicio los corazones más sofocados por el fuego tostador de las pasiones de pura uva; vale decir, sin falsificaciones que rebajen el contingente de sus quilates calorificos siempre asaz exorbitantes cuando la criatura humana empieza a no saber darse la vuelta ni a qué mano queda el *lao de los palos*... ni cuando los recibe a causa de la afección que le trastorna el mate, como cuando éste se chinga por escasa baquía de quien se mete a cebarlo.

Aquel muchacho grande, completamente impermeable a las más insinuantes solicitaciones del *sport* amoroso, comenzaba a entrenarse en ese peligroso ejercicio, cuando empezaba a meterse bien hondo en las profundidades de la vida, con el fardo algo molesto de treinta y tres añitos a la espalda. Motivo por el cual estaba un tanto garifo de su pimpante cuanto novedosa adquisición, cuyo programa no había figurado jamás en sus libros, toda la vida en blanco por lo que se relacionaba con el eterno verbo cuya con[illegible]ón viene ella sola, cuando el hombre [illegible] en la cuenta de que la vida individual es incompleta si el egoismo ingénito del *homo sapiens* de Linneo no abre cancha libre a las necesidades de la especie, como esos pibes golosos, que no bien prueban el dulce aprenden a [illegible].

De ahí que el neófito Godofredo estuviese más orgulloso que compadrito con chambergo nuevo y requintado, cuando en la intimidad de su conciencia paladeaba, con cierto sibaritismo, la situación gozosa que le había creado su conquista, digna de ser cantada en un poema con láminas de colores que ilustraran bien el texto, de suyo bien ilustrado por los dos protagonistas de la naciente pasión, regocijo de dos almas.

Fuese por lentitud morbosa en el proceso vacilante de su sombría adolescencia, o por especial orientación anímica, ello es que Godofredo, jamás se había declarado *touché* por los certeros botonazos del dios trompeta que ciego, niño y todo, se va a fondo no más sobre los corazones juveniles, hiriéndolos de ilusión y de deseo, con lesiones que forman su delicia.., pues casi nunca saben por dónde andan.

A su notoria indiferencia por los encantos que brinda ese estado de sitio del yo sensible, tan placentero a las imaginaciones impresionables, contribuía en grado superlativo la educación científica de mi amigo, eminentemente abstraído en áridas lecturas que, cual cierzo de otoño, deshojaban la desvaída y macilenta flora de su pobre fantasía.

El escepticismo de algunos autores viejos, que andan medio bichocos para el amor y por eso se pasan el resto de sus días levantando calumnias mitristas a ese sentimiento que es norte, guía y encanto de la existencia dorada, habían trastornado la oficina del cerebro al pobre Godofredo, cuya «pasta divina» empezaba a ser una especie de bola sin manija.

Para mi buen amigo el amor era «un lazo que la especie tiende al individuo», o «el trámite preliminar de una función fisiológica», o simplemente «la atracción de dos mucosas»... porque así lo habían dispuesto, unos con otros, varios antropólogos chiflados, cuando ya el cuero del espíritu no les daba para mayores expansiones románticistas.

Es lo que sucede, en fija, cuando el hombre, ya flojo de suyo, atropella duro y parejo con lecturas ardientes y sistemáticas; por agalludo y equilibrado que sea, siente que el juicio se le va de farra, y pierde sus cabales como cualquier Don Quijote.

Por fortuna para Godofredo, que era un loco lindo no más, la naturaleza recobró sus derechos, aunque un poco tarde; y aquel muchacho que ya en la Facultad gozaba reputación de misógino, cuando recién frisaba en la llamada edad de Cristo sintió que «los invisibles átomos del aire, en derredor palpitaban y se inflamaban; que el cielo se deshacía en rayos de oro y la tierra se estremecía alborozada», como dijo aquel bardo dolorido y sensible, que ha munido de imágenes poéticas a tres generaciones enamoradas.

Total, que Godofredo se había encamotado como un burro, aunque nos esté mal el decirlo con semejante modo de decir. Por eso la alegría se asomaba al alféizar de sus pupilas, borrachas de dicha, cuando nos hablaba de «ella» con el acento caldeado por el celo amoroso, y con los labios dulzones pringados por el almíbar del nombre de su adorada.

Había hecho conocimiento con ella... o mejor dicho, había perdido el conocimiento por ella, en un «pic-nic» celebrado en la isla Maciel, un día que dos colectividades farristas habían ido allí por itinerarios y motivos diferentes a depositar mancomunada y solidariamente su ventura adventicia, en el seno de una naturaleza rodeada de agua por todas partes, pero con mucho vino en medio y con el aire henchido por los rítmicos acordes de una alegre musiquilla, engendrada toda ella a base de manubrio corrido.

Véanse los comienzos del acta relativa al suceso de la referencia. «En la nada barataria ínsula (díganlo las mofletudas «adiciones» que allí se pagan) a tantos de tantos de mil novecientos tantos y sin ningún amarreco; reunidos de una parte el personal técnico del taller de planchado que regentea doña Robustiana, y de la otra los señores socios que componen la interesante agrupación denominada «Solteros endurecidos»; canjeados los respectivos poderes y habiéndolos hallado en debida forma, se armó un bailongo monumental, transcurriendo la simpática fiesta en un ambiente de tierra imposible, que levantaban las parejas con su acompasado trillar aquel suelo tan coreográficamente zarandeado».

De este inopinado modo, las dos patotas de excursionistas, mixturaron durante buen golpe de tiempo sus correspondientes y sinalagmáticas algazaras, y Godofredo tuvo entre manos el talle de Olinda (joven napolitana de diez y ocho años) en tren de porfiada temporadita, que resultó cosa bárbara, vistos y considerando que de menos nos hizo Dios. Vale decir que estuvieron como trenza de ocho, casi un espacio de otras tantas horas, lo cual constituye un «record» de resistencia danzante.

Tres días después de aquella formidable efemérides coreográfica, Godofredo colmaba de apasionados besos la afectuosa misiva en que su amada, la linda gringuita, le acordaba su corazón «libre de gastos», como los monarcas europeos conceden a los súbditos foráneos sus flamantes encomiendas y condecoraciones, sin goce de haber alguno, pero con el corte bárbaro de hacerse ver en actos oficiales.

Y Godofredo, con el alma vibrante asomada a sus pupilas, mientras con trémula mano mostraba la encantadora pieza postal, iba explicándonos las características de su amada, gracias a los modernos descubrimientos de ese empleado de investigaciones sicológicas, que se llama «sistema grafológico», en cuyos secretos era nuestro enamorado amigo un pierna de primer orden, gracias a sus extrañas lecturas, que le pasaban raspando a la jerarquía de estudios coordinados.

— ¿Veis estos renglones de rectitud inflexible? — nos decía. — Pues son reveladores de un carácter íntegro y firme, que por nada se tuerce, ni aunque quieran doblarlo a martillo. ¿Se fijan en el «volumen» de las letras? Denota ponderación proporcionada de las energías económicas; no es pródiga ni angurrienta. ¿No notan ese firulete con que inicia las letras mayúsculas? Significa tendencias aristocráticas y condición noble. ¿Advierten lo bien cruzadas que están las t por sus respectivas tildes? Pues ese detalle indica un gran dominio de la voluntad bien disciplinada, que ni es perezosa ni irreflexivamente precipitada. ¿No les llama la atención lo correcto de los rasgos finales con que redondea cada palabra? Eso quiere decir que sabe terminar la obra empezada y que por nada del mundo abandonará una empresa, una vez acometida.

Y así por el estilo, aquel jagüel de ciencia grafológica... tomada, como quien dice, al pie mismo de la vaca, seguía desarrollando ante nuestra ingenua cuanto atónita ignorancia, el complicado cinematógrafo de la sicología de su amada, como si con exactitud maravillosamente matemática aplicase a su tierno corazón los rayos equis de la certera y novedosa investigación gráfica, pasmo y orgullo de esta edad nuestra, en la que el infalible método inductivo se apunta cada triunfo que mete miedo en los caracteres inclinados a la sencilla y fácil admiración, siempre dócil al asombro que suscitan estas diabluras científicas, de condición y aspecto ultra-violetas... cuyos aciertos están por averiguarse. En la pasmosa sicología de la interesante gringuita, ya traducida al idioma nacional, después de catorce años de permanencia entre nosotros todo era honestidad, candor, firmeza, talento y otros dones espirituales, acreditados en la balanza de precisión de un método tan seguro y certero.

Con razón nos quedamos como azonzados cinco meses después, ante el incomprensible campanazo de que Olinda y Godofredo habían quebrado los platos, en contrapunto de invectivas y palabras gruesas, aunque no francamente malsonantes... que tampoco sonaban a música de armónica serenata.

Lo más rico del caso fué que la desinteligencia de los ex enamorados se había producido, según versión oficial, nada menos que por manifiesta e irreductible incompatibilidad de caracteres. Era la reproducción, un tanto cómica, del caso del irlandés, que cuarenta y cinco años después de frecuentar noche y día la «Pale Ale»... se había convencido de que no le gustaba. ¿Cómo explicarse el hecho inexplicable de la absurda ruptura de las hostilidades, entre dos caracteres morales hermoseados por tan eximias prendas? ¿Cómo admitir «prima facie» la repentina desorbitación entre dos temperamentos, que parecían tan adecuados para complementarse en una conjunción íntima e indestructible?

Yo me animé a averiguarle a mi amigo, acerca de semejante rompimiento, capaz de sumir en la más cavilosa de las dudas, aun al espíritu más refractario al *sport* de las conjeturas, cuanto más racionales más opacas:

— Pero, ¿no nos decías que era un dechado de discreción y otras virtudes?

— Eso dije, — contestaba abatido; — pero me pisé de una manera bárbara. Mi ex novia es hipócrita, voluntariosa, consentida, ordinaria, desleal y grosera: en fin, un reverendo clavo por cualquiera costado que se la mire. La plancha que he hecho me habría valido una buena contrata de pruebista en el Casino.

— ¿Y no sostenías que la grafología era una ciencia punto menos que infalible y que cuando tira al blanco hace puros centros?

— Eso sostuve, y ahora no más me confirmo en mi anterior declaración.

— Y, Antonio... ¿qué lío es ese?

— No hay lío que valga: lo que hay es que yo me porté como un mulita, por precipitar un juicio que me resultó parejero digno de correr un clásico. Sigo creyendo, aunque siempre con fé tuerta de un ojo, en todo lo que se relaciona con la grafología y sus anexos; pero en verdad os digo que hay que proceder con mucho tino y aplomo, en materia de tan interesantes investigaciones. Y sobre todo; que cuando uno está enamorado, no se debe meter a discurrir, porque la ha de errar feo...

— Pero, explícate de una vez por todas...

— A eso voy: las interpretaciones grafológicas que os hice, eran de una exactitud que para sí las quisiera el horario de los trenes. Lo que sucede es que partí de una base falsa, por no haber comprobado debidamente la procedencia y autenticidad del documento de autos. Lo que pasó es que la carta no estaba escrita por mi novia. Era de puño y letra de una vecina, muy buena persona, que sirvió de amanuense, para dármela con queso.

— ¿Y por qué causa no te la escribió la misma Olinda?

— Porque a la maldita gringa la sucede lo que a los calamares con su propia tinta; que les sirve para cualquier cosa menos para escribir.

— ¿De suerte que Olinda es analfabeta?

— De nacimiento, m'hijo; de nacimiento.

SEVERIANO LORENTE.

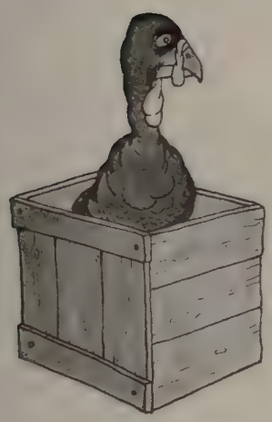
DIBUJOS DE CENTURIÓN.

NAVIDAD Y AÑO NUEVO

Día de compras.

Felicita a Vd. el cartero...

y el peluquero.

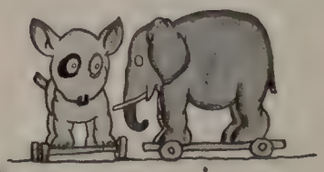


La eterna víctima.

El millón... de desengaños.

Frente a frente.

¡Soy feliz!



Somos el centro de todo.

¡Imposible!

El pan dulce...
¿El mismo del año pasado?

Excitación nerviosa, indigestión y 38° de fiebre.

Sinceridades de un Zonzo

Por una modestia mal entendida no debo dejar de declarar que yo parezco zonzo, y, además de parecerlo, lo soy. Así, pues, si alguien encuentra en esta confesión signos de petulancia o vanidad mal disimulada por el solo afán de darme corte, le ruego que deseche el mal pensamiento, pues sería lamentable me tomaran por un vulgar simulador.

Digo que soy zonzo como podría decir que soy dactilógrafo o lustrador de pisos o crítico de arte, pero sin asomos de orgullo, con la mayor naturalidad del mundo. Parodiando a Dumas, puedo agregar que he nacido zonzo, como hubiera podido nacer rubio.

Soy, pues, un verdadero idóneo en zonceras, sin diplomar, eso sí, pero con muchos años de práctica, que acreditan sobradamente mi incapacidad, y pocos, muy pocos podrán presentar una foja de macanas como la mía.

Un detalle empezó a revelarme esta cualidad. De pequeño nadie pudo convencerme que la Anagnosia era un librito para enseñar a leer, sino un medicamento, y todavía cuando estoy mal del estómago suelo pedir en las boticas diez centavos de Anagnosia efervescente. Confundía miserablemente «El ejecutivo colegiado» con «El Imperativo categórico», y por eso llegué a creer que Kant era de Montevideo; al negociante del ganado equino le llamaba equinoccio, y a los checo-eslovacos, agro-pecuarios. El «Tipperary» lo solía cantar así: « Largo, largo es el camino a Temperley... » y no sé cuantas tonterías más.

Me eliminaron de los colegios a fuerza de ceros, que prodigaban los profesores a manos llenas, enfriando así mis primeros entusiasmos, que por esto mismo quedaron bajo cero. Es decir, que hubiera tenido que aprender algo y elevarme para no saber nada. A partir de ahí, decidí seguir mi destino y ayudar a los vivos viviendo de mi trabajo.

Un frenópata que conoció mis desaciertos quiso razonarlos, y para orientarse decidió estudiar mi cráneo. Empezó por tomar la forma de él con una de esas máquinas que hay en todas las sombrererías, con muchas varillitas, una tapadera y un peso tal que obliga a tocar las orejas con los hombros, como si el mundo nos importara un pito. Apretó la tapadera, me libró del aparato y extrayendo de él un papel lleno de agujeritos, me dijo enojado, como si yo tuviera la culpa: «¡No te da vergüenza tener esa cabeza! », y me mostró el dibujo de los agujeritos, que parecía una guitarra sin mango. A mí no me dió vergüenza ninguna porque no pienso ganarme la vida de belleza del cine como la Perla White o Jorge Walsh, pero no dije nada. Me palpó todo el cráneo a su gusto, sobando el frontal, los parietales, los temporales, y empujando fuertemente con el índice el occipucio, como si hubiera de sonar un timbre, resumió su diagnóstico en esta frase: « Vos sos tonto de remate. »

Por mucho que me halague, esta es una verdad a medias, pues lo del remate no es cierto. ¡Que pregunten a todos los martilleros de Buenos Aires y a que ninguno de ellos me conoce! Una vez, es verdad que mis amigos quisieron rematarme, llegando a publicar este aviso:

« *Zonzo chiche, garantido, del más puro estilo Luis XV, enchapado en piel dura, luna biselada, cabeza macadamizada. Alfalfado. Verdadera pichincha. — Comisión 2 %. Sin base.* »

Su lectura me hizo pensar varios días, y al fin, sospechando que querían tomarme para la farra, me opuse. Mis amigos no insistieron.

Mis obligaciones se reducen a bien poca cosa. Todos los días me peso en las básculas gratis de las boticas; tomo datos de las fijas en las carreras los jueves y domingos, y sigo al detalle la vida y milagros de Botafogo, por quien siento una admiración sin límites. Creo algo en las predicciones de las adivinas, en la riqueza petrolífera de Comodoro Rivadavia, en la confraternidad de las naciones por la influencia de las sociedades literarias, y tengo fe ciega en la campaña contra el analfabetismo, seguro de que el día en que todo el mundo sepa leer y escribir vamos a vivir en la misma gloria; ya lo verán.

Por las noches, al acostarme, leo y repaso mis obras favoritas: *Iván el imbécil*, *El bobo de Coria*, y *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno* — que ya me sé de memoria — y de ellas saco las normas de mi vida, que suelo aplicar según mi escaso saber y entender. Tengo el talento de los tontos: la memoria; y a ella debo que alguna vez se hayan engañado más de cuatro creyéndome con talento.

Y a esta incomprensión con que he sido favorecido, puede que deba la dulzura de mis actos y la tolerancia en juzgar los actos de los demás. Todo está bien para mí, o, por lo menos, soportable; y en esta plácida transigencia, desprovista de protestas mentales y reales, exenta de arrebatos que desconozco, se desliza mi vida en la firme convicción de que el ser zonzo del todo no ha de conducirme nunca a la desesperación ni al suicidio. No sé si tendrá razón el que dijo que los zonzos son buenos porque no saben ser malos; pero lo importante es no ser malo, y esto ya es algo bueno.

En cambio, viendo como luchan y se afanan los verdaderos inteligentes, los consagrados, los garantidos, los contraloreados; contemplando el esfuerzo persistente y altruísta de los que se sacrifican por difundir la cultura buscando el bien de la humanidad, y un *petit-hotel* en la Avenida Alvear, para la familia, entonces sí, entonces lamento de veras que mi incapacidad no me permita sumarme a esa hermosa obra, cuya realización tantas amarguras engendra.

Vengo a ser pues, en cierto modo, la negación del que cree en sí mismo; y como no acierto a encontrar la objetividad de mi vida, me dejo llevar por los acontecimientos, que me empujan a su antojo sin que mi abulia ingénita pueda oponerse, obligándome a marchar como bola sin manija.

Todos los demás ordenan sus actos y cumplen sus funciones con método, al reloj, que se encarga de regularizarlos. Yo, que no tengo reloj, observo un sistema más imperfecto, más primitivo, de instinto si se quiere. Me levanto cuando no tengo sueño, como cuando tengo apetito, dejo de trabajar cuando me canso y leo hasta que me aburro. Aquellos exaltan y predican el trabajo máximo, hasta desriñonarse; leen cuanto libro pueden, comen a la hora que el reloj les ordena, sacrificando en todo el libre albedrío para llegar ¡claro es! a dominar pronto las cosas, el tiempo y el espacio.

Mi deficiente mentalidad sólo me permite admirar tan graves y solemnes propósitos.

¿Quién sabe si por esto mismo nos hablaría Eça de Queiroz, de la decadencia de la risa? Pero los de ahora, que ya están de vuelta, notan que la risa desaparece ahogada por complejos problemas, y que, en esto, vamos otra vez al punto de partida, al gruñido inicial. Y debe ser así, porque los únicos que nos reímos somos los zonzos.

Estimulado por tanto sacrificio, quise, en vano, refinar mi espíritu y cooperar en la obra común. Esfuerzo estéril para los que, como yo, no tienen en el cerebro ni fósforo. Por eso, en apreciaciones artísticas debo andar como la mona, pues pienso que los autores de muchas obras consagradas son casi tan zonzos como yo, o vivos que viven de los zonzos. ¿Quién que no tenga las facultades intelectuales hechas una miseria, sería capaz de decir que le revienta el Greco? ¡Vamos a ver! Si no tuviera la certidumbre de que mis censuras dan tanto esplendor como perjudican mis elogios, me guardaría muy mucho de exponerlas así.

Cuando padezco de insomnio voy a ver una obra de Benavente y me entra un sueño que es una bendición. Si me ataca el hipo corro a contemplar un cuadro de Anglada Camarasa y se me quita en seguida. Las obras cómicas que más me hacen reir son las de Vargas Vila y Marinetti; en cambio, siento verdadero pánico cuando me anuncian una obra de costumbres nacionales con chinitas y bandoleón.

A la literatura de Rabindranath Tagore le encuentro algo del dulce de leche; y si le concedieron el premio Nobel fué por un alarde de conocimientos geográficos y la extravagancia del nombre. Si llega a llamarse Nemesio Ponce y nace en Chivilcoy, no le dan ni medio.

En política, pienso que el mejor gobierno es el que no hace nada y deja que las cosas sigan su curso. Fíjense y verán que en cuanto toman una determinación la embarran.

Y si ahora me permito entrar en estas especulaciones del puro macaneo, lanzando osadías irreverentes, lo haga confiado en la piadosa tolerancia de los demás... y por que algunos, en secreto, me han confesado que están de acuerdo conmigo.

Muchas más herejías podría decir, pero, zonzo y todo, no me atrevo; van a olvidarse de mi insuficiencia comprensiva y me van a pegar.

¡Y vean lo que son las cosas! no estoy descontento de ser como soy. Me propusieron varios procedimientos para normalizarme y no quise probarlos. Me recomendaron inyecciones de suero de pavo y las rechacé por falta de fe en el «similia similibus». Muchos tienen necesidad de hacerse el zonzo; yo no, puesto que lo soy. Estoy tranquilo por la certeza de que no se ha dado ni un solo caso de que un zonzo se vuelva loco. Y últimamente, siento gran consuelo porque no soy solo en este mundo. Salomón ya lo dijo:

« *Stultorum infinitus est numerus.* »

DIBUJO DE ZAVATTARO. ANTONIO CAÑAMAQUE.

PROPIEDAD DE DON JOSÉ BLANCO CASARIEGO.

GENTE DE MAR

ÓLEO DE BENEDITO.

PINTORES ESPAÑOLES

Los hermanos Zubiaurre.

«LOS REMEROS VENCEDORES DE ONDARROA».

«EL AMO DE LA CASA», POR RAMÓN DE ZUBIAURRE. (MUSEO DE AMSTERDÁN.)

El arte de la pintura tiene actualmente en España un notable renacimiento, y no hay duda que, a la hora actual, los pintores españoles se destacan notablemente. Por lo menos, a Ignacio Zuloaga nadie intenta hoy regatearle el primer lugar, como pintor vigoroso, sugestivo, intenso, complicado y profundo; y el desbordante colorismo de Anglada tampoco es posible superarlo por el momento. La vida de los *estudios* madrileños ofrece al espectador inteligente una amable serie de sorpresas. No tengo reparo en asegurar que en Madrid late un alto fervor artístico, y que los jóvenes sudamericanos que arrostran el aprendizaje de la pintura es aquí donde podrían completar su enseñanza con tanto éxito como en otras ciudades europeas, y además con una mayor simpatía. El Museo del Prado es una fuente inagotable de bellezas y de modelos. El paisaje español, los pueblos y los tipos españoles, están brindándose a los pinceles con toda su riqueza de luz, color y originalidad.

Tal vez me será dado ofrecer a los lectores de PLVS VLTRA mis impresiones personales logradas en la visita de los estudios madrileños: Anselmo Miguel Nieto, lleno de energía y de elegancia, maestro en retratos de damas aristocráticas; Néstor, el brillante colorista canario, ingenuo y sensual como un sueño del trópico. Empezaré por el estudio de los hermanos Zubiaurre, esos pintores jóvenes, extraños, angustiosos, que han penetrado en las honduras del carácter vasco a la manera de dos buzos audaces y visionarios.

No se trata en esta ocasión de un nido de bohemios. El estudio de los Zubiaurre está situado en un barrio moderno y burgués, en una habitación decorosa a la que se asciende por conducto de un novísimo ascensor. Nada tampoco de pipas, melenas y convencionales trajes de terciopelo raído; los hermanos Zubiaurre son dos muchachos esbeltos, finos, que visten a la última moda, que no usan melena ni fuman en pipa.

Es la hora del té. Van llegando los amigos, las señoras, los artistas. La hermana de los pintores es una señorita interesante, de una urbanidad exquisita y de una cultura universal y graciosa; ella recibe a los visitantes y les va ofreciendo una taza de té, un pastelillo, una sonrisa, mientras los dos hermanos pintores pasan, se agitan, remueven los cuadros, sin descansar un instante. Y los grandes cuadros sugestivos se ofrecen a nuestra contemplación, desarrollando ante nuestros ojos esos paisajes y esas gentes del país vasco que nadie, antes de los Zubiaurre, había sabido expresar con un encanto tan raro, tan extraño y complicado.

Nos hemos reunido en el estudio quince o veinte personas las cuales, por su diversidad, parecen un tratado de Geografía. Hay un joven compositor prusiano que había representado operetas en Berlín antes de la guerra, y que hoy, bloqueado dentro de Madrid, permanece en la ociosidad (verdadero martirio transcendental para un hijo de la Prusia). Hay una señorita inglesa, pintora de cuadros ruskinianos. Hay una señora francesa. Hay otra señora checa... De modo que estos componentes internacionales, unidos a los que somos españoles, forman un conjunto pintoresco y heteróclito. Las naciones beligerantes están representadas en el estudio copiosamente; pero nadie habla de la guerra, en virtud de una fina discreción, y así el recinto estético adquiere la apariencia de una isla de paz y fraternidad, donde las almas se desprenden de las vidriosas cortezas patrióticas y sólo palpita la noble, la eterna pasión del Arte.

«TÓRTOLA VALENCIA» POR VALENTÍN DE ZUBIAURRE.

Los hermanos Zubiaurre son jóvenes, nerviosos, finos, corteses. Su padre se había distinguido como inspirado músico. La fibra artística del viejo prócer vizcaíno se transmitió a los hijos a través de la línea y el color. Los hermanos Zubiaurre son sordos de nacimiento; además de sordos, son mudos...

Pero este defecto orgánico no parece preocuparles mucho; están familiarizados con su sordera, y han concluído por amarla. Hasta tal punto, que hallándose una vez en Viena, a donde fueran con el propósito de sufrir una operación quirúrgica en el gabinete de un famoso médico, los dos muchachos le dijeron a su madre: «¿Para qué necesitaríamos poseer el don del oído?... Mamá, no queremos oir; estamos contentos de nuestras voces interiores; el mundo debe de estar lleno de ruidos agrios... Volvámonos; no queremos oir, mamá».

La palabra es, probablemente, un órgano inferior que usan por necesidad los seres rudimentarios. Yo hice por el centro de Europa, antes y durante la guerra, diversos viajes caprichosos, sin conocer más idiomas que el español y el francés; me hice entender por señas y por monosílabos, y transité con relativa facilidad a través de estaciones, hoteles, museos, calles y toda suerte de vericuetos. Así también ahora, sin conocer el alfabeto digital, yo me entiendo muy bien con estos inteligentísimos sordo-mudos, cuya mirada tiene una sutilidad penetrante, y cuyos ademanes nerviosos y justos lo expresan todo, rápida y completamente.

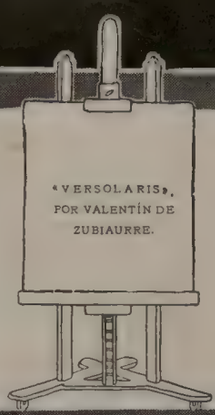
Uno de los hermanos pronuncia un nombre: «¡Greco!» Al decir la palabra Greco hace un ademán amplio y entusiasta que expresa una fervorosa admiración. Después añade otro nombre: «¡Tintoreto!»; e inmediatamente escribe con lápiz en un papel: «Tintoreto es rico en color».

Surge otro nombre de sus labios: «¡Velázquez!» Y agrega con la mano un signo que quiere decir: «Velázquez tenía ojos, pero carecía de corazón». En seguida toma un libro de sobre la mesa; es un volumen que contiene los principales retratos de Goya. Y pronuncia: «¡Greco, Goya!» Pone la mano en el pecho, luego en la frente, y con esto lo ha dicho todo. Greco y Goya son los artistas de la emoción, de la idea, de la complejidad y de las perplejidades espirituales.

Busca en un cajón y me enseña una fotografía. Es una reproducción de un cuadro admirable que representa costumbres castellanas. Al dorso de la fotografía hay unos renglones explicativos. «Pícaros y mendigos. Gallerie Art Modern, Roma. Ramón Zubiaurre.» El título del cuadro tiene para mí una amable sugerición; me recuerda un capítulo de mi obra «Vieja España...» Entonces don Ramón Zubiaurre escribe rápidamente en un papel: «Este cuadro me fué inspirado por un trabajo de usted, que se titulaba *Pícaros y Mendigos*. Le debo a usted el éxito de mi lienzo.»

Ahora bien, ¿qué influencia ha tenido en los hermanos Zubiaurre su sordera nativa? En todo artista existe una degeneración, no de un modo delictuoso, como querían Lombroso y Max Nordau, sino como un resultado lógico de la genialidad. El individuo que pasa por el mundo sin entender ni escuchar los rumores, los ayes y las estridencias de la vida, necesita interpretar los fenómenos del mundo sordo con un sentido único diferente, desde luego original.

Así, los cuadros de los hermanos Zubiaurre tienen siempre un aire raro y distinto, y también un cierto sabor visionario. Para que sea más original, en el arte de los Zubiaurre se confabulan y aglomeran diferentes matices o modalidades, como, por ejemplo, la caricatura, la ingenuidad, el intelectualismo refinado y el nativismo. Vaya por sus cuadros una alegre intención grotesca, que se complace en dibujar esos tipos de campesinos y marineros vascos, afectos a beber y bailar, con sus rostros firmes, con sus cuerpos hercúleos y pintorescas actitudes. Pero al mismo tiempo que la nota grotesca, los Zubiaurre no olvidan nunca en sus cuadros la pincelada dramática, el dato sugeridor, el detalle espiritual y complejo: unas viejas hilando los copos de lino, parecidas a las mortales Parcas, junto a otras dos viejas que cantan en actitud estrambótica; unos marineros musculosos que han triunfado en las regatas a remo, y entretanto, una mano aparece no se sabe por qué, blandiendo una tela que adopta la forma de un reptil supersticioso... Labradores que meriendan sobre el césped de los prados; grandes jarras de primitiva factura, llenas de vino espeso y ardiente; pequeñas casitas extrañas, que semejan personas; romerías aldeanas, con gentes sencillas que bailan al son del tamboril; y a lo lejos, de pronto, surge el dato profundamente espiritual, en esas nubes anaranjadas que posan la bella redondez de sus contornos ideales sobre lejanas colinas, llenas de un suave, místico claror de sol... Yo quisiera hablar más tiempo de estos pintores admirables, dedicarles más espacio que el que permiten las páginas de una revista moderna. Desearía elogiar el lujo de colorido que hay en sus cuadros, la emoción de ese colorido, la valentía y fuerza de un color vibrante, abundante, y a la vez delicado. El espacio falta y necesito terminar esta rápida impresión de dos artistas cuyos cuadros, vistos en aquel amable estudio y entre una concurrencia tan inteligente, me han otorgado un inolvidable placer estético.



«VERSOLARIS», POR VALENTÍN DE ZUBIAURRE.

«PÍCAROS Y MENDIGOS» POR RAMÓN DE ZUBIAURRE (GALERIE ART MODERN, ROMA).

DE LA COLECCION DE DON JOSÉ M. MÉNDEZ.

UN DESCUIDO DEL FÍGARO

ÓLEO DE CASANOVA Y ESTORACH.

SALVATORE FARINA

Pertenecía este ilustre novelista a la gran familia literaria que heredó honestamente los caudales de Carlos Dickens. Por eso fué buen literato y literato bueno; por eso supo pintar la vida de los humildes, de los inocentes, de los perseguidos; por eso su pluma cobraba inesperado vigor satírico al retratar a los malos, a los maliciosos y a los maldicientes.

Doctor en leyes por la Universidad de Turín, hijo de un jurisconsulto, abandonó el foro para ded[illegible] a la literatura, madre de arte, desde [illegible] hombres [illegible] amar a la justicia y a la moral que [illegible] estrados.

[illegible] cuento [illegible] que narra una [illegible] novella y [illegible] de amore, [illegible] una de las últimas producciones del buen Farina, que trabajó hasta en los postreros días de su larga, romántica y provechosa existencia.

EL AJUAR DE RITA

Durante mucho tiempo, con sus manecitas de hada doméstica, Rita trabajó infatigablemente en los ajuares de sus amigas. La última vez fue para la boda de Gracia María, una soberbia rubita, de rostro rosáceo y blanco como una manzana madura, coronada con un nimbo de cabellos de oro.

Seis meses antes, con sus propias manos, Rita había hecho para Malvina Saso un vestido de teatro con una estofa transparente capaz de ponerle la carne de gallina a la pobrecita; si la sala no hubiera estado bien provista de caloríferos. A Marta Gordella, que poco antes de Malvina logró casarse por fin—de ello tenía gran necesidad, pues estaba pasando a regañadientes el puente de la resignación,—Rita le regaló un almohadón, adornado con adormideras en relieve, luciendo en medio la leyenda «dulces sueños», como la misma novia había pedido.

Esta amiga y muchas otras, ¿le aseguraron que eran felices después del casorio? No todas. Marta, la de las adormideras, había llegado tarde al matrimonio, y como llevó a su Corraduccio un poquito menos de la dote esperada, desde los primeros días de la luna de miel tuvo los ojos enrojecidos. Y pareciole a Rita que los «dulces sueños» augurados entre tantas adormideras no proporcionaron a su antigua compañera otra cosa que lágrimas e insomnios terribles.

Después de la luna de miel, todas estas amigas escapadas por fin de la soltería, se desligaron mucho de Rita, que permaneció en la casa paterna dedicada a bordar otras rosas y otras adormideras para otros casorios, donde germinaría la indiferencia.

La llamada «casa paterna» de Rita no era, sin embargo, la casa del padre y de la madre, los cuales, ¡pobres!, en un oscuro día — que ahora parecíale lejano a la huérfana — se habían marchado a otra parte. ¿A dónde fueron? Rita no lo sabía bien. El Paraíso está próximo o lejano, según los días sean buenos o malos; por eso, Rita cuando el sol parecía penetrarle hasta el corazón, después de tararear una cancioncilla que la madre le enseñara, preguntaba en voz baja: «¿Estás contenta?» Sí; mamá estaba contenta, y Rita reanudaba el alegre canto.

Otras veces, que el sol no resplandecía, Rita sentíase sola, abandonada en el mundo. Entonces, era quizás injusta con tío Poldo, que la llevó consigo aun niña, y que, para conservar mejor su semejanza con un padre, había permanecido soltero.

No era rico tío Poldo, pero con su sueldo en la administración de impuestos le hubiese bastado para él y una mujercita, la cual habría sabido hacer con juicio — y quién sabe si con la mujer vendría una dote — que ambos se divertieran juntos. Mas cuando la hermana, al morir, le pidió que fuese como un padre para Rita, ¿qué pudo hacer él sino desposarse con el sacrificio?

Y, en aquel tiempo, todavía era un buen mozo tío Poldo; lindando apenas con los cuarenta. Pero, un día tras otro, pasó un montón de días. Ahora, tío Poldo estaba a punto de cumplir los cincuenta y Rita los veinticinco.

Así, todas las tardes que tío Poldo volvía de la oficina y encontraba todas las cosas en orden, la mesa pronta, la sopa humeando, los suelos lustrosos, y a la sobrinita contenta de vivir en el mundo para prestar encanto femenino a la casa del oficial de impuestos, siempre se regocijaba de haber tomado la sabia determinación de suplir a la hermana muerta.

Solamente alguna vez pensaba: «¡Con tal de que esto dure!»

Estas palabras, sugeridas por el miedo, respondían a un estado melancólico que tío Poldo ocultaba para sí, sabiendo que la desgracia permanece quieta mientras no se la llama.

El día en que la muchacha cumplió los veinticinco años, tío Poldo, armándose de valor le dijo:

— ¿No es hora de que tú en vez de trabajar en los ajuares de tus amigas, pienses en el tuyo? Siempre vale más cosa hecha que no por hacer. ¿O es que quieres quedarte soltera?

Rita lanzó una risotada antes de responder; luego afirmó que para casarse se precisaban dos... y que nadie había pensado en ella...

— ¡Quién sabe!

— Yo lo sé... Fuera de ti, que eres mi papá y mi mamá, ¿quién se acuerda de Rita?

— Por lo pronto, prepara tu ajuar. Ha de ser, ciertamente, un dolor verte salir de nuestra casa; pero sabré resignarme a esto por tu bien, y la suerte puede una vez ser buena contigo que tanto lo mereciste... y conmigo, aunque no lo merezca. La suerte quizás quiera darte un esposo amante del hogar. Lo sabes bien: mi casa es tu casa y será la vuestra. Prepara tu ajuarcito.

Un día, tío Poldo que hizo enviar a casa la tela para las camisas y los vestidos, se puso muy contento. También Rita estaba contenta. Ninguno decía el porqué del contento común.

De poco tiempo a aquella parte, un joven empleado, colega de tío Poldo, cuyo porvenir en la administración de impuestos era prometedor, pasaba las mañanas y las tardes bajo los balcones de Rita, la cual no reparó en él la primera vez; pero luego encontróse, siempre por casualidad, en la ventana. Conocía perfectamente el horario. La ventanita daba a la plazuela de la Rosa. Apenas el señor Somigli aparecía frente a aquel pequeño paraíso, iniciábase el campaneo de dos corazones en plena fiesta.

Era Somigli un lindo mozo, con todo el aspecto de un enfermo del corazón. Vino una vez hasta el umbral de la casa dando la derecha a tío Poldo, a quien parecía hablar con énfasis; y aquella tarde, Rita se escondió trás las persianas. Ante aquel inesperado eclipse, Somigli hubo de perder el énfasis. Tío Poldo, al entrar en casa tenía un apetito feroz, e inútilmente Rita procuró hacerle hablar.

Pero si tío Poldo no hablaba era porque le asistían buenas razones. La mejor era ésta: que el señor Somigli confesó a su superior, a tío Poldo, una cosa perfectamente sabida, esto es la de que el corto sueldo de la administración no presentaba visos de aumentar. Puesto en la pendiente de las confesiones, el bravo joven había develado otra de sus debilidades: la de que no poseía ni la mitad de un cobre ni la más remota esperanza de llegar a la fortuna.

Para no acobardarlo, tío Poldo le confesó que tal y como lo veía ahora, en plena independencia... administrativa, él, tío Poldo, estuvo pobre un tiempo con toda su familia, y que ahora, al fin, las cosas no iban demasiado ma-

lamente. Y le pareció haber dicho muy poco para animar a Somigli el acobardado, y que quizás habría dicho un poco más de lo necesario para acobardarle.

Porque después de haber sondado a su superior, Somigli le abandonó vilmente y no le acompañó más. Tal vez hubiera echado mejor sus cuentas y no se abandonó al amoroso fuego que ya amenazaba incendiarle del todo. Pensó, que si el tiempo es el hombre honrado que muchos dicen, le enviaría una muchacha que tuviera, además de un buen tío Poldo, alguna cosa. ¿Qué cosa? Por ejemplo, un poco de dote, no para Somigli, que se bastaba a sí mismo, sino para los otros Somigli que nacieran.

Somigli no entró más en el campo dominado por la ventana de Rita, donde, por muchos días, la muchacha estuvo mirando largamente, en vano. Y también lloró; lloró su sueño apenas comenzado y ya desvanecido. Y tío Poldo, que no podía sentir llorar así a los de su sangre, restregándose las manos llegó a tener una idea casi nueva: ceder a la compañía de seguro de la que era cajero todo el dinero de la fianza, para que creciese entre tanto la dote de Rita. El tenía cincuenta años, apenas; estaba sanote y robusto; su vida podía aún ser larga.

¡Aquella perla de tío Poldo sabría hacer llegar a los oídos de «alguno» alguna cosa digna de oirse!

Efectivamente, no tardó mucho «alguno» en pasar bajo la ventana de Rita para ver a la muchacha, y tantas veces pasó que la pobrecita le puso cara enojada, y algún compañero de la casa de seguros encontró el modo de hacer visitas al generoso tío.

Pero Somigli no volvía. ¿Por qué el hambriento de dote y sediento de bodas no venía? Tal vez encontró ya otra parte hacia donde fijar las codiciosas miradas.

Una tarde vino un médico del cual en la casa nadie necesitaba. Encerróse con tío Poldo; primero le hizo muchas preguntas, después le quiso examinar todo. Aquel jovenzuelo de tío Poldo sintió miedo cuando el doctor percutía sobre el tórax, por si el esculapio pudiese encontrarle una enfermedad mortal.

Por el contrario, tío Poldo fué encontrado sano, sanísimo; podía aún vivir bastante, según el parecer del médico.

Rita, muy seria, dijo al tío:

— ¿Por qué te haces visitar, tío Poldo?

El pobre, ahora temeroso de tener demasiada salud, tanto como poco antes temía ser un hombre agotado, rióse y no supo contestar.

Entonces Rita le habló así:

— Tú estás muy sano, tío Poldo, y yo quiero decirte de una vez que no quiero dote. Sin dote no se encuentra un marido. Si verdaderamente quieres casarme, cásate conmigo.

Tío Poldo negó admirablemente la buena acción que se proponía cometer; y en medio del mayor secreto, [illegible] y la compañía de seguros terminaron el complicado negocio.

Aquel Somigli de la desgraciada aventura no se dejaba ver; pero un día despuntó sobre el horizonte de la plazuela de la Rosa y subiendo los escalones preguntó por tío Poldo. Aseguraba tener gran necesidad de hablar a su superior administrativo.

Tío Poldo estaba fuera de casa por casualidad. Somigli aceptó el ofrecimiento de esperarle, y dos veces vió pasar a la que hubiera podido ser la niña de sus pensamientos. Ahora lo veía claro: Rita tenía un rostro sonriente, una mirada vaga. Ella sí que era una viandante en la senda del ensueño. Su palabra era suave, y sus movimientos llenos de gracia no parecían terrenales. Todas estas excelencias podían traer la alegría a un hogar que se contentase con poco; mas cuando lo poco es casi nada necesitase pegarse a las faldas de esa buena madre que siempre se llamará Prudencia.

Somigli, pues, sonrióse durante la larga espera, luego fué casi bueno consigo mismo y se castigó fijando, con actitud pensativa, los ardientes ojos en el pavimento.

Por fin, llegó tío Poldo y Rita no pasó más por el corredor; solamente ambos la oyeron tararear en la habitación más lejana.

— ¿Qué viento lo trae por acá? — preguntó tío Poldo.

— Estuvo en la oficina un empleado de la casa de seguros. Tenía necesidad de hablar con usted en seguida. Yo le dije que usted volvería pronto. El empleado se puso a charlar conmigo cuando salimos juntos.

— ¿Y por qué no vino él y quién le envió a usted?

Esta pregunta habría hecho enrojecer un poco al señor Somigli, si tío Poldo no hubiese agregado:

— Mientras el señor Bezzi iba a la oficina, yo llegaba a la sociedad de seguros. El negocio está hecho.

— ¿Hecho?... — balbuceó Somigli, queriendo hacer creer que no sabía nada.

Entonces, tío Poldo reveló su secreto, hablando del doble seguro realizado a favor de su sobrina, para que ella pudiese con mayor éxito buscarse un marido. La noticia, dada con abundancia de detalles útiles e inútiles, dejó frío a Somigli.

— ¿No hice bien al asegurar a mi sobrina? Cuando yo muera, tendrá ella veinte mil liras contantes y sonantes.

El señor Somigli dijo en voz baja, casi hablando consigo:

— Un seguro en caso de muerte del tío es siempre una cosa buena para la sobrina.

Pero el otro fingió no entender.

— ¿Qué quiere decir? En caso de muerte de mi sobrina... no hay dote... es necesario que yo muera primero.

— Esto no se sabe nunca — murmuró Somigli.

— Y si esa horrible cosa... hubiera de suceder, ¿qué me importaría el dinero sin esa pobrecita?...

No pudo terminar. Mirando a la cara a su Somigli leyó el pensamiento de aquel hombre prudente. Vió ahora claro que si muriese antes de tío Poldo, Rita casada, cercada de hijos llenos de apetito...

Después de un corto silencio, aquel Somigli tuvo el valor de preguntar:

— ¿El contrato está extendido... lo ha firmado? No lo firme — aconsejó el escribiente con audacia. — Yo no lo firmaría.

— Lo sé; usted no firmaría — dijo tío Poldo sonriendo, y acompañó hasta la puerta al infeliz Somigli.

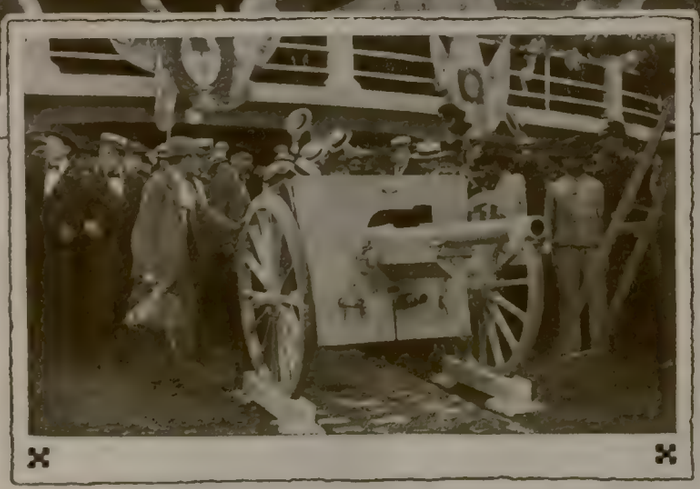
Allá, en el blanco cuartito, Rita tarareaba una alegre canción.

Y mientras iba en busca de su sobrina, tío Poldo, que lo firmó todo sin arrepentirse de nada, pensaba que Rita había encontrado un partido mejor que Somigli.

DIBUJO DE SIRIO.

Inauguración del Balneario Municipal.

MONSEÑOR ALBERTI, LA ESCULTORA LOLA MORA, EL INTENDENTE Y EL CORONEL MARTÍNEZ URQUIZA, DIRIGIÉNDOSE AL BALNEARIO.



LA CONCURRENCIA QUE ASISTIÓ A PRESENCIAR EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN OFICIAL.

EL CAÑÓN DEL MARNE, QUE HIZO 21 DISPAROS ANUNCIADORES DE LA INAUGURACIÓN.

La nube viajera

Suave y majestuosa, formando caprichosos dibujos o plegándose como empujada por el viento, la nube surgía por el horizonte sin límites. Al principio era una mancha incolora, incierta, imperceptible... Sus contornos se confundían con el color denso de la bruma, y hasta los reflejos que recibía del sol, en su milagrosa ascensión por el cielo, eran apagados y leves; pero a medida que avanzaba, a medida que adquiría nuevas formas y más definidas proporciones, la nube viajera engalanábase con sorprendentes resplandores solares.

Asomado a la pequeña ventana de mi estudio, yo la veía, maravillado y absorto, destacando sus líneas ilusorias sobre la mancha del río gris...

La pequeña ventana de mi estudio, es un punto abierto al infinito. Desde la altura en que se halla, domínase toda la ciudad enorme, monstruosa, llena de inquietud y de duelo... Las calles se delinean rectas, largas, interminables... En las horas de tráfico, los mil ruidos de la ciudad suben amortiguados, difusos, como una queja triste y prolongada; y más allá de las azoteas, por encima de las negras cúpulas y de los rascacielos altísimos, descúbrense los depósitos uniformes de la Aduana, los rígidos elevadores, las grúas gigantescas del puerto...

Inmóvil en mi solitario retiro, yo veía la nube viajera, nimbada de azur, cruzando la inmensidad del cielo. Su penacho era blanco como el armiño; movida por las brisas marinas y suspendida en el espacio, daba la sensación de una bandera desplegada, ondulándose graciosamente, a modo de salutación victoriosa. El sol la iluminaba en el crepúsculo, y ardiente por aquel incendio de oro, su mágica belleza se fundía con los colores de la tarde.

En el curso de su carrera, la nube iba cambiando de color y de forma; el crepúsculo la envolvía con un bello halo luminoso; sus líneas plegábanse armoniosas, y pasando del amarillo al rojo carmín, del azul intenso al esmeralda, del ocre al más bello color de púrpura, se abría de pronto en círculos mágicos, o iba modelando curvas irreales, construyendo senos de mujer y extrañas figuras quiméricas.

Así la contemplaba yo desde mi solitario retiro, siguiendo su lenta peregrinación por el infinito celeste. De este modo llegaba sobre la ciudad, envuelta en crepusculares y luminosos resplandores. La tarde tocaba ya a su fin, y por no sé qué raro sentimentalismo interior, explicable en aquel momento de contemplación y de silencio, vine a caer en una vulgar filosofía; pues viendo como se deslizaba por el cielo azul, tan fugitiva, tan airosa, tan indiferente, pensé que nuestra vida, cruzando por el infinito del tiempo, es también una nube viajera...

Martín de Clèves.

EL ÁRBOL DE NAVIDAD

«COLOCANDO LA COSECHA»

DIBUJO DE LARCO.

Aguas de Colonia

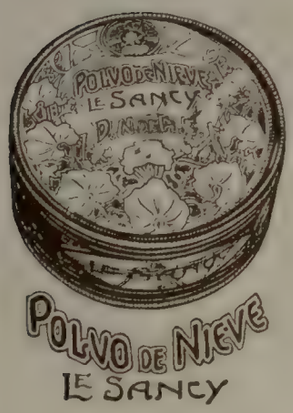
Destiladas sobre flores

LE SANCY

Nora

Kendal

Duc



POLVO DE NIEVE
LE SANCY

Por su adherencia propia y el aroma delicado y persistente que le otorgan las riquísimas esencias con cuya fragancia inconfundible se perfuma, este nuevo producto de tocador posee una superioridad incontestable sobre todos sus similares.

Precio: $ 1.70 la caja

«LE SANCY»

SIMPLE

IDEAL PARA EL BAÑO

Frasco grande	.....	$ 3.70
» medio	.....	» 2.20
» cuarto	.....	» 1.50
» chico	.....	» 0.45

AMBRÉE

DELICIOSA PARA EL TOCADOR

Frasco grande	.....	$ 5.70
» medio	.....	» 3.30
» cuarto	.....	» 2.—

LOCION

DE RICA E INCONFUNDIBLE FRAGANCIA

$ 2.90

«DUC»

ÚNICA POR SU DELICADO AROMA

Frasco grande	.....	$ 5.80

«NORA»

EXTRA FINA

Frasco grande	.....	$ 7.50
« medio	.....	» 4.50

«KENDAL»

EXQUISITA Y SUAVE

Frasco grande	.....	$ 5.80
Loción	.....	» 3.60

NOTA: ESTOS PRECIOS DE VENTA RIGEN SOLAMENTE PARA LA CAPITAL.— PARA EL INTERIOR SE AUMENTAN 20 CENTAVOS LOS FRASCOS GRANDES, TAMAÑO DE UN LITRO, Y 10 CENTAVOS LOS DEMÁS.

RECOMIENDO muy especialmente al consumidor la ventaja que le reporta conservar y devolver los frascos vacíos, por los cuales las casas de venta abonarán los precios que se indican en cada frasco.

PIDA ESTOS PRODUCTOS EN TODAS LAS FARMACIAS, TIENDAS Y PERFUMERÍAS.

BLAS L. DUBARRY

MEDRANO, 476 — BUENOS AIRES

ELEFANTES MASCOTAS

DOS PICHONES DE ELEFANTE, COMO DIRÍA EL PAISANO, QUE UN REGIMIENTO INGLÉS DE GUARNICIÓN EN LA INDIA ADOPTÓ POR MASCOTAS. HASTA AHORA, LOS DIMINUTOS PAQUIDERMOS HAN CUMPLIDO SU MISIÓN, DANDO BUENA SUERTE A LOS BRAVOS «TOMMYS».

AERTEX

CELULAR

EL TEJIDO QUE DESAFIA AL CALOR Y AL FRIO

Pon intenso que sea el calor o por baja que sea la temperatura, toda persona que use **AERTEX** Celular, como ropa interior, se sentirá cómoda y confortable, disfrutando su cuerpo de una temperatura media. El secreto es este: Usar **AERTEX** Celular, equivale a vestir un tejido formado de una infinidad de celdillas de aire, el mejor aislador del calor y del frío. Emplee usted **AERTEX** Celular y gozará siempre de una temperatuta normal, apesar de las alteraciones atmosféricas.

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES CASAS DEL RAMO.

THIS LABEL — THE CELLULAR CLOTHING CO. LTD. — AERTEX — LONDON — ON ALL GARMENTS

BISH REGALO PARA LAS FIESTAS BISH

Unión Telefónica, 1470 (Avenida.)

SE HACEN COMPOSTURAS

ARTISTICO ALHAJERO EN BRONCE

CARTERAS - BOLSITAS

NOVEDADES - MONOGRAMAS

CASA BISH

BISH ESMERALDA, 81. BISH

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO

COMO RECLAME

Precioso Chalet construído con nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON».— Recomendado para la campaña por los entendidos, y por los resultados obtenidos.

Nuestra mampostería en cemento armado «Sistema CHACON», es reconocida y aprobada por la Municipalidad de la Capital Federal, y por todos los mejores estancieros de la República.

Nuestra oferta excepcional vence el día 31 de enero de 1919. Consta de 7 piezas varias y comunicaciones. Listo para ser habitado. Es una buena ocasion.

DATOS Y CATÁLOGOS GRATIS PUEDEN PEDIRLOS A NUESTRO ESCRITORIO.

$ 7.800 c/l Hasta el 31 de Enero de 1919.

R. CHACON HNOS.

ALSINA, 1537, Bs. As.-U. T., 5448, LIB.

M O D A S

SOMBRERO FORMA ALGO CLOCHE, TODO DE CINTA DE TERCIOPELO COLOR CORAL, BORDE CON LISSÉ DE LA MISMA, ADORNO DE PEQUEÑO MOÑO, MODELO DE LA MAISON HERMANCE.

BERET NOUVEAU, DE LANA BLANCA BORDADA EN RUBÍ, MODELO ESPECIAL PARA PLAYA, DE LA MAISON TALBOT.

CHAMBERGO «SOUPLE», TODO PESPUNTEADO EN RICO TERCIOPELO COLOR RUBÍ, SENCILLAMENTE ADORNADO DE CINTA DE RASO AZUL «CORBEAU». MODELO DE LA MAISON MARIE LOUISE.

GRAN CAPELINA DE MELUSSINE COLOR ROSA PÁLIDO, ADORNO DE CINTA DEL MISMO TONO, MODELO DE LA MAISON BERTHE.

DEL PASADO INVIERNO

BARILOCHE. LA PROGRESISTA Y HERMOSA VILLA DE RÍO NEGRO CUBIERTA POR UNA DE LAS COPIOSAS NEVADAS QUE HAN CARACTERIZADO A LA PASADA ESTACIÓN INVERNAL.

POR LA MAÑANA
al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

Fajas sobre medida para Señoras y Hombres

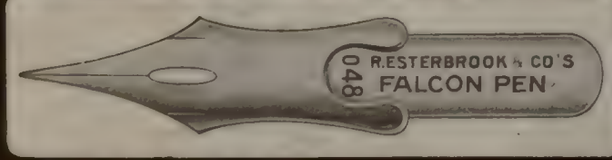
Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para **embellecer el cuerpo** como para cualquier defecto del mismo. - Se aplican en las fajas placas pneumáticas, **legítimas,** para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc., con receta médica. - Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

PORTA Hermanos

341, PIEDRAS, 341 - Buenos Aires

Esterbrook



La pluma más indicada para todos los usos y para todas las manos, es la FALCON No. 048 de ESTERBROOK.

De venta en todas las principales Librerías.

"LA CASPA"

El Special Vegetal Bay Rum no solamente limpia y vigoriza el cuero cabelludo sino que quita completamente la caspa, evita la caída del cabello y, al mismo tiempo, le da suavidad y brillo. Después de lavada la cabeza, es necesario empaparse bien el cabello con **Bay Rum** puro, dándose una buena fricción y permitiéndole secarse; entonces el cabello asumirá una clara y sedosa apariencia. **El Special Vegetal Bay Rum** es un preservativo para las canas, se puede emplear para el baño y para las erupciones e irritaciones de la piel, dolores de cabeza, de los huesos, músculos y reumatismo.

Aprobado por el Departamento Nacional de Higiene de New York.

GRANDE..... $ 5.—
MEDIA..... » 3.50
CHICA..... » 2.50

Nuestro Bay Rum es el único legítimo de Santo Tomás y lo garantizamos con nuestra firma.

RECHÁCESE TODO FRASCO QUE NO LLEVE NUESTRA FIRMA DE GARANTÍA EN LAS ETIQUETAS **VICTOR DE NICOLO y Cía.**

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR: **no confundir, 25 de Mayo, 266. Buenos Aires,** Y EN TODAS LAS PERFUMERÍAS Y FARMACIAS.

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE CARAS Y CARETAS

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)..... $ 3.— m/n
Semestre (6 »)..... » 6.— »
Año (12 »)..... » 11.— »
Número suelto..... » 1.— »

EXTERIOR

Año..... $ oro 5.—
Número suelto..... » » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.

IPERBIOTINA MALESCI

Desde el 1.º de Enero al 31 de Diciembre es, en todas las épocas del año, y en todos los momentos de la vida, el tónico ideal para curar y dar fuerza a los nervios y para purificar la sangre. Las mujeres débiles, los adolescentes y los ancianos hallarán en cada cucharada una esencia de vitalidad insuperable, que reanima el espíritu y hace cuerpos sanos. En especial para las señoras reune, Iperbiotina Malesci, condiciones imposibles de igualar; porque suprime los sufrimientos característicos del mundo femenino, calma los nervios, devuelve la belleza al rostro demacrado, y reconstruye los tejidos que por falta de nutrición adecuada estaban flácidos y mal desarrollados.
Empiece el año bien: Empiécelo curándose con esta preparación admirable.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario-Importador en la Republica Argentina: **M. C. de MONACO** VIAMONTE, 871 Buenos Aires.

Buenos Aires, diciembre de 1918. Talleres gráficos de Caras y Caretas

I N D I C E

CORRESPONDIENTE AL TERCER TOMO

1918

NÚM.

SECCIÓN ARTÍSTICA

ACQUARONE.
En casa del modisto (dibujo)..... 21
En el Balneario Municipal (dibujo)..... 23

ALONSO (Juan).
Una noche en el Tigre (gouache)..... 21
El lago está azul (ilustraciones)..... 21
Cuaresma (carátula, en tricromía)..... 22
Baile de máscaras (gouache). Doble página, en bicromía..... 22
Crónica científica (ilustración)..... 22
Quimera (carátula, en tricromía)..... 23
El vendedor de loros (ilustración)..... 23
El regreso del veraneo (gouache)..... 23
El artículo 14 (ilustración)..... 24
Aventura de hotel (ilustraciones)..... 24
Mariquiña (gouache)..... 24
Antes del sarao (gouache). Segunda carátula..... 25
Forma y fondo (ilustración)..... 25
Día de lluvia (carátula, en tricromía).... 26
El misterio del cuarto de enfrente (ilustración)..... 26
Velada patriótica (gouache). Segunda carátula..... 27
Un escritor original (retrato)..... 27
Jorge (ilustración)..... 27
Dancing tea (ilustraciones)..... 28
A la última de abono (gouache)..... 28
Preludios de primavera (gouache). Carátula, en tricromía..... 29
El vendedor de banderitas (gouache).... 31
La entrada de año nuevo (gouache). Segunda carátula, en bicromía..... 32

ALVAREZ (Eduardo).
Nocturno grotesco (ilustración)..... 23
Los remos de la gaviota (ilustraciones).. 23
Pregones callejeros (ilustraciones)..... 23
La voluntad (ilustración)..... 24
Filología racional (ilustraciones)..... 24
Rubén Darío en Valldemosa (ilustración). 26
Las hijas de Eva (ilustración)..... 26
Los olivos (ilustración)..... 27
Cómo me hice novelista (ilustración)..... 27
Regalos de boda (ilustraciones)..... 28
Problema difícil (página en color)..... 28
Primavera de la vida (gouache). Segunda carátula..... 29
La mirada fría (ilustración)..... 29
La víctima (ilustración)..... 30
Pepita (ilustración, en color)..... 30
Artistas premiados en el VIII Salón de Arte (caricaturas)..... 31
El recuerdo a los que fueron (página en color)..... 31

ALVAREZ DE SOTOMAYOR.
La oración de los humildes (óleo). Reproducción en tricromía..... 24

ANGLADA CAMARASA (H.)
Gitana (óleo). Reproducción en tricromía. 23

AUTOR DESCONOCIDO.
Fraile en oración (óleo). Reproducción en tricromía)..... 29

BARTLETT (Charles W.)
Al borde de la laguna (acuarela). Reproducción en tricromía)..... 23

BENEDITO (Manuel).
El niño de la gallina (óleo). Reproducción en tricromía..... 25
Gente de mar (óleo). Reproducción en tricromía..... 29
Gente de mar (óleo). Reproducción en tricromía..... 32

BERMÚDEZ (Jorge).
Retrato de la señorita J. Oliver Romero (óleo). Reproducción en tricromía..... 25
BERNALDO DE QUIRÓS (Cesáreo).
En la hamaca (óleo). Carátula, en tricromía..... 27
La puerta de mi estudio (óleo) Reproducción en tricromía..... 29
Retrato al óleo. Reproducción en tricromía. 31

BERTOLÉ (Emilia).
Ayer (óleo). Reproducción en tricromía.. 31

BILBAO (Gonzalo).
Cigarrera andaluza (óleo). Reproducción en tricromía..... 31

BLANES VIALE (Pedro).
Recuerdos de España (óleo). Reproducción en tricromía..... 24

BORSA (Roberto).
Le quai vert de Bruges (óleo). Reproducción en tricromía..... 25

BOSCO (A.)
Tormenta en San Martín (aguafuerte).... 28
Canupta, el hijo del destino (ilustración). 31

BRAUGWYN (Franck).
La caravana (óleo). Reproducción en tricromía..... 22

CAO (José M.ª)
Carnaval (historieta ilustrada)..... 22

CARDONA (J.)
El beso (óleo). Reproducción en tricromía. 27

CASANOVA Y ESTORACH.
Un descuido del Fígaro (óleo). Reproducción en tricromía..... 32

CENTURIÓN (Emilio).
La pequeña desconocida (óleo)..... 21
Toledana (ilustración)..... 22
Intimas (ilustraciones)..... 24
La cerdeada (ilustración)..... 24
Oro (ilustración)..... 28
Bartolo (aguafuerte)..... 29
En el salón (gouache). Segunda carátula, en tricromía..... 30
El reflejo de la escena (ilustración)..... 30
Antenor el santero (óleo). Carátula, en tricromía..... 31
Bosquejos de la sierra (ilustraciones).... 31
El domingo en las carreras. (Doble página, dibujada)..... 31
Un camote grafológico (ilustración)..... 32

COROT.
Pensativa (óleo). Reproducción en tricromía..... 23

EL GRECO.
El caballero de la mano al pecho. Reproducción en negro..... 25
Cristo con la cruz (óleo). Reproducción en tricromía..... 29

ESTRELLA (Lair).
Aguilucho. Ilustración al óleo..... 21

FADER (Fernando).
La quebrada (óleo). Reproducción en tricromía..... 26
Al sol (óleo). Reproducción en tricromía. 30

FORTUNY (Francisco).
Los carnavales de mi tiempo (ilustración). 21
Pendones por el rey (ilustración)..... 24
Una noche memorable (ilustraciones).... 29
Los chicos de entonces (ilustraciones).... 30

FRANCO (Rodolfo).
Aguafuertes..... 25

GUIDO (Alfredo).
La funesta manía de pensar (ilustración). 28

HALL (Richard).
Retrato al óleo. Reproducción en tricromía. 30

HUERGO (Juan Carlos).
La vida cómoda (ilustraciones)..... 31
Navidad y año nuevo (dibujos)..... 32

JIMENEZ ARANDA.
Descorchando (óleo). Reproducción en tricromía..... 32

LARCO (Jorge).
Un centenario (ilustración)..... 25
Sombras del pasado (ilustración)..... 29
Cuando pasa el ángel (ilustración)..... 30
Con la niebla (ilustración)..... 32
El árbol de Navidad (colocando la cosecha), gouache..... 32

LARGILLIERE (Alejandro).
Retrato de una dama (carátula en tricromía)..... 32

LÓPEZ MEZQUITA (J.)
Aldeanos de Avila (óleo). Reproducción en tricromía..... 25

LÓPEZ NAGUIL (Gregorio).
El barquero misterioso (ilustración)..... 27
Diálogos olímpicos (dibujo, en tricromía). 30

MAYOL (Manuel).
El cuarto poder. Carátula, en tricromía.. 21
Eduardo Sivori (dibujo)..... 23
Carátula, en tricromía..... 24

MARTÍNEZ CUBELLS (Enrique).
Una vista del barrio de Chamberí (Madrid). Reproducción en tricromía..... 28

MARTÍNEZ VAZQUEZ.
Calle de una aldea de Castilla (óleo). Reproducción en tricromía..... 27

MEDINA VERA (I.)
Cuero de budra (ilustración)..... 21
Mira cómo me has dejado (ilustración).. 21
El tesoro (ilustración)..... 25
En el surco (ilustración en color)..... 27

MONGRELL (F.)
Sacando la barca (óleo). Reproducción en tricromía..... 26
Alegría (óleo). Reproducción en tricromía. 24

MONTENEGRO (Roberto).
Danza española (dibujo a pluma)..... 22

MORÉ DE MONZA (Bianchi).
La plegaria (óleo). Reproducción en tricromía..... 22

MORENO CARBONERO (J.)
Un heraldo (óleo). Reproducción en tricromía..... 27

MURILLO (Bartolomé Esteban).
Nuestra Señora del Rosario (óleo). Reproducción en tricromía..... 32

PELÁEZ (Juan).
Mi perro (ilustración)..... 21
Las rondas del amor (ilustración)..... 22
¿Locura? (ilustración)..... 23
Un piropo tentador (ilustración)..... 24
El malogrado y la dichosa (ilustración).. 25
El amor de mis amores (ilustración)..... 26
La loquita (ilustraciones)..... 27
El tren de carga (ilustración)..... 28
Las chavelonas (ilustraciones)..... 29
Aquel tornillo (ilustraciones)..... 30
Narciso (ilustración)..... 31

PETRONE (M.)
Del amor «Moralizador» (ilustración)..... 23
Las raíces del roble (ilustración)..... 28
Tata Tintilay (óleo). Reproducción en tricromía..... 31

RIAMBAU (Roberto).
Siesta (ilustraciones)..... 22
Segunda carátula (acuarela)..... 23
Nevando (ilustración)..... 27
Cisnes blancos y negros (ilustración)..... 28

RIBOT.
La mère Morieu (óleo). Reproducción en tricromía..... 21

ROSSI (Alberto).
Los nuevos astilleros del puerto (óleo). Reproducción en tricromía..... 28

SÁNCHEZ BARBUDO (Salvador).
Visita al cardenal (óleo). Reproducción en tricromía..... 22
El hombre de la pipa (óleo). Carátula en tricromía..... 28

SASSOFERRATO.
La Virgen y el Niño (óleo). Reproducción en tricromía..... 30

SIRIO (Alejandro).
Quare Causa (ilustración)..... 21
Añoranzas (ilustración en color)..... 21
Páginas femeninas (ilustraciones)..... 22
El ojo de agua (ilustraciones)..... 23
Louise de Saveone (ilustración)..... 23
El rumbo de las Indias (ilustraciones).... 23
La verdad, etc. (ilustración)..... 23
Páginas femeninas (ilustraciones)..... 23
El romance de la infantina (página en color) 24
Una tragedia periodística (ilustraciones).. 24
Macaneografía (ilustración)..... 24
Carátula, en tricromía..... 25
La mujer compañera del artista (ilustraciones)..... 25
La descendencia de don Juan de Garay (ilustraciones)..... 25
Lo que no vuelve (ilustraciones)..... 25
Treinta y cuarenta (ilustración)..... 26
La niña que vivía sola (ilustración)..... 27
Estética al pormenor (ilustraciones)..... 27
Historia de un camposanto (ilustración).. 27
Páginas femeninas (ilustraciones)..... 27
Víctimas de guerra (ilustración en color).. 27
Páginas femeninas (ilustraciones)..... 28
La ciudad provinciana (ilustraciones).... 28
El Día de la Raza (dibujo)..... 30
El secreto de la felicidad (ilustración).... 30
Mi último baile (ilustración)..... 30
Páginas femeninas (ilustraciones)..... 30
La montaña (ilustración)..... 31
La silla de viaje (ilustración)..... 31
Páginas femeninas (ilustraciones)..... 31
El ajuar de Rita (ilustración)..... 32

SOROLLA (Joaquín).
Preparando las redes (óleo). Reproducción en tricromía..... 28

SUBIRATS.
Al pie de la montaña (ilustraciones)..... 25

THIBON DE LIBIAN (V.)
Presentación (óleo). Reproducción en tricromía..... 31

WALTER DE NAVAZIO.
Contraluz (óleo). Reproducción en tricromía..... 27

WEISS (Ana).
La amita (óleo). Reproducción en tricromía. 28

ZAVATTARO (Mario).
Arrorró (ilustración)..... 21
El ganador (gouache). Segunda carátula.. 28
Facilidad para el pago (ilustración)..... 28
El señor del pasillo (ilustración)..... 29
Los fabricantes de carbón (ilustraciones). 31
Ciertos fanatismos (ilustración)..... 32
El ama rosa (gouache)..... 32
Sinceridades de un zonzo (ilustración).... 32

ZUBIAURRE (Ramón de).
Molineros de Volendam (óleo) Carátula, en tricromía..... 30

ZULOAGA (Ignacio).
Retrato al óleo. Reproducción en tricromía. 22

SECCIÓN LITERARIA

ABELLA CAPRILE (Margarita).
Nieve (con retrato)..... 31

ALAS, CLARÍN (Leopoldo).
Jorge (dibujo de Alonso)..... 27

ALMADA (Magdalena Esther).
Leyenda..... 21

AMADOR (Fernán Félix de)
El barquero misterioso (dibujo de López Naguil)..... 27

AMBROGI (Arturo).
El ojo de agua (ilustración de Sirio)..... 23
Las chavelonas (dibujo de Peláez)..... 29

AMERICUS.
El amor de mis amores (dibujo de Peláez). 26
Mi último baile (dibujo de Sirio)..... 30

ANDRES (Víctor).
La pequeña desconocida (con ilustración al óleo, de Centurión)..... 21
El decano de los pintores argentinos (con retrato, por Mayol)..... 23
Rodolfo Franco (con aguafuertes y retrato). 25
Nuestros pintores: Cesáreo Bernaldo de Quirós (con fotografías)..... 27
Un matrimonio de artistas (con fotografías)..... 28
El maestro Marinuzzi (con retrato)..... 28

ARENA (Claudio).
Con el doctor González (con retrato).... 29

AZNAR (Manuel).
El señor del pasillo (dibujo de Zavattaro). 24
Cuando pasa el ángel (dibujo de Larco).. 30
Narciso (ilustración de Peláez)..... 31

BALLESTEROS (Montiel).
El lago está azul (con ilustración de Alonso). 21

BAZÁN DE CÁMARA (Rosa).
Noche serena..... 22

BERNÁRDEZ (Juan Carlos).
Siesta. Modorra (con ilustración de Riambau)..... 22

BLIXEN (Sara).
Cruzando el río..... 28

BUFANO (Alfredo R.)
Nocturno grotesco (con dibujo de Alvarez). 23

BUSTAMANTE Y BALLIVIAN (José).
Aquel tornillo (ilustración de Peláez).... 30

CALANDRELLI (Susana).
Le petit soldat (con retrato y dibujo de Sirio)..... 25

CAÑAMAQUE (Antonio).
¿Quare causa? (ilustración de Sirio)..... 21
Pregones callejeros (dibujo de Alvarez).. 23
Filología racional (dibujo de Alvarez).... 24
Estética al por menor (ilustración de Sirio). 27
Regalos de boda (ilustración de Alvarez).. 29
Bartolo (aguafuerte de Centurión)..... 28
La silla de viaje (dibujo de Sirio)..... 31
Sinceridades de un zonzo, (ilustración de Zavattaro)..... 32

CLEVES (Martín de).
El primer reloj público de Buenos Aires (ilustración de Fortuny y fotografía)... 25
La nube viajera (con fotografía)..... 32

CONDESA TRAMAR.
El abanico (con dibujo de Sirio)..... 32

CHARRAS (Julián de).
Con el doctor Magnasco (con retrato).... 21
Primer Salón Nacional de artes decorativas (con fotografías)..... 32

DARDO LÓPEZ (Albino).
Rejas antiguas (con fotografías)..... 21
La cerdeada (dibujo de Centurión)..... 24
El malogrado y la dichosa (dibujo de Peláez)..... 25
Oro (ilustración de Centurión)..... 28

DARÍO (Rubén).
Los olivos (ilustración de Alvarez)..... 27

DAY (Emma).
Reminiscencias de Córdoba (dibujo de Sirio)..... 27

DE PEDRO (Valentín).
Eugenio D'Ors (con retrato y autógrafo). 21
Pintores americanos en Barcelona (con fotografías)..... 22
Figuras españolas: Juan Ramón Jiménez (con retrato)..... 25

NÚM.

Rubén Darío en Valldemosa (ilustración de Alvarez) ... 26
Los olivos ... 27

DEL SAZ (Eduardo)
Arroz (ilustración de Zavattaro) ... 21
El vendedor de [illegible] (ilustración de Alonso) 23
El romance de la infantina (ilustración de Sirio) ... 24
Un centenario (dibujo de Larco) ... 25
Historia de un cementerio (con fotografía y dibujo de Sirio) ... 27
Pepita. Poema ingenuo (dibujo en color, de Alvarez) ... 30
Otro amigo de Museta (con fotografías) ... 32

DELLA COSTA (Pablo).
Los carnavales de mi tiempo (ilustración de Fortuny) ... 21
Una tragedia periodística (dibujo de Sirio). 24
Como me hice novelista (dibujo de Alvarez). 27
Los chicos de entonces (dibujo de Fortuny). 30

DELLA COSTA, HIJO (Pablo).
Mi perro (con ilustración de Peláez) ... 21

DIAZ ROMERO (Eugenio).
Cisnes blancos y negros (ilustración de Riambau) ... 28

DURIÉN (Gabriel).
De la antigua Córdoba (con fotografía) .. 24

FARINA (Salvatore).
El ajuar de Rita (dibujo de Sirio) ... 32

GARCÍA-LANDA.
La verdad sobre la muerte de Oscar Wilde (dibujo de Sirio) ... 23
La funesta manía de pensar (ilustración de Guido) ... [illegible]
El secreto de la felicidad (dibujo de Sirio). [illegible]

GARCÍA (Luis).
Víctimas de la guerra (dibujo en color, de Sirio) ... 27

GERCHUNOFF (Alberto).
Dancing tea (dibujo de Alonso) ... 28

GIRONDO (Oliverio).
A orillas del Lago de Como (con fotografía). 22

GONZALO (Justino de).
Aguilucho (con ilustración al óleo, de Lair Estrella) ... 21

GONZALEZ OCANTOS (A.)
Ciertos fanatismos (dibujo de Zavattaro). 32

GOY DE SILVA.
La montaña (dibujo de Sirio) ... 31

HERNÁNDEZ CID (A.)
Treinta y cuarenta (dibujo de Sirio) ... 26

HUERGO (Juan Carlos).
La vida cómoda (dibujo del mismo) ... 31

JOAO DO RIO (Pablo Barreto).
Aventura de hotel (con dibujo de Alonso). 24

LA DAMA DUENDE.
María de Cardona (con fotografías) ... 21
Páginas femeninas (con ilustración de Sirio) ... 22
Páginas femeninas (con fotografías) ... 23
Páginas femeninas (con fotografías) ... 24
Páginas femeninas (con retrato) ... 25
Páginas femeninas (con fotografía) ... 27
Páginas femeninas (dibujo de Sirio) ... 30
Páginas femeninas (dibujo de Sirio) ... 31

LAFUENTE-MACHAIN (Ricardo de).
La descendencia de don Juan de Garay (ilustraciones de Sirio) ... 25

LANÚS (Adolfo).
Bosquejos de la sierra (dibujo de Centurión) 31

LAVALLE DE LAVALLE (Dolores).
Recuerdos de Santiago de Chile (con retratos) ... 30

LEBEM (María).
¿Quiere usted saberlo? ... 21
¿Quiere usted saberlo? ... 22
Al pasar (dibujo de Sirio) ... 31

LEGUINA (Enrique de).
La mujer compañera del artista (ilustración de Sirio) ... 25
La niña que vivía sola (dibujo de Sirio) .. 27
Las raíces del roble (ilustración de Petrone). 26

LORENTE (Severiano).
Cuento de hadas (con ilustración de Medina Vera) ... 21
Un piropo tentador (con dibujo de Peláez). 24
Facilidad para el pago (ilustración de Zavattaro) ... [illegible]
Un camote grafológico (ilustración de Centurión) ... 32

LYNCH (Benito).
Toledana (dibujo de Centurión). ... [illegible]
La [illegible] (ilustración de Peláez) ... 27
La víctima (dibujo de Alvarez) ... 30

LLANOS (José B.)
Los [illegible] de Abu-Simbel (con fotografías) 22

MAETERLINCK (Mauricio).
El alcalde de Stilmonde. Traducción de R. Gómez Carrillo (con fotografías y dibujo de Alvarez) ... 29

NÚM.

MALLOL (B. J.)
Pendones por el rey (dibujo de Fortuny). 24
Una noche memorable (ilustración de Fortuny) ... 29

MAÑÉ (Arturo M.)
Chile: El palacio Galdez Morell (con fotografías) ... 25

MARTÍNEZ ESTRADA (Ezequiel).
Canupta, el hijo del destino (dibujo de Bosco) ... 31

MARTÍNEZ JERÉZ (José).
Las rondas del amor (con dibujo de Peláez). 22
El misterio del cuarto de enfrente (dibujo de Alonso) ... 26

MAYOL (Manuel).
José María Cao (con retrato) ... 22

MEDINA (Vicente).
Mira cómo me has dejado (ilustración de Medina Vera) ... 21
El tesoro (dibujo de Medina Vera) ... 25
La mirada fría (ilustración de Peláez) ... 29

MELIÁN LAFINUR (Alvaro).
El caballero de la mano al pecho (con reproducción) ... 25

MÉNDEZ (Evar).
Al pie de la montaña (ilustraciones de Subirats) ... 25

MIRANDA (Eduardo).
Sombras del pasado (ilustración de Larco). 29

MOLINA PICO (Sofía).
Hacia adelante ... 22

MOME (Arturo S.)
Cabeza blanca. Sonrisa (con dibujo de Centurión) ... 24

MONNER SANS (José M.)
Macaneografía (con dibujo de Sirio) ... 24

MONNER SANS (Ricardo).
Un escritor original: El doctor Thebussem (ilustración de Alonso) ... 27

MOTA (Arturo de la).
La ciudad provinciana (dibujo de Sirio) .. 28

NAZAR ANCHORENA (Sofía).
Deberes de la compradora ... 21

NEGRI (ada).
Con la niebla (dibujo de Larco) ... 32

NEWTON (Nicanor R.)
El reflejo de la escena (ilustración en color, de Centurión) ... 30

NOEL (Martín).
La casa española de don Enrique Larreta (con fotografías) ... 26

OISEAU BLEU.
Recuerdos (ilustración de Sirio) ... 31

OSORIO (Raúl P.)
Estival (con fotografías) ... 22
Mariquiña (con gouache de Alonso) ... 24
Córdoba. Restos coloniales (con fotografías) 32

PÁGINAS FEMENINAS.
Encuesta. Por María Carmen Arana Díaz, Ana Julia Sagastume, Carmen Pérez Catán de Facio, Margot Escalada Fragueiro, Victoria Arana Díaz ... 23
Encuesta. Por María Rosario Ledesma, Emma W. de Pietranera, María Elina Yañís ... 27
Encuesta. Por Fanny Covernton de Woodgate, M. Graciela Baliero ... 28
Encuesta. Por Hilda Vieyra de Díaz Valdés ... 03

PALMA (Angélica).
Lo que no vuelve (dibujo de Sirio) ... 25

PEREDA (Demetrio de).
Del amoral «moralizador» (con dibujo de Petrone) ... 23

PÉREZ-VALIENTE (Antonio).
La iglesia matriz de Jujuy (con fotografías). 21
El Talar de Pacheco (con fotografías) ... 22
Colecciones artísticas del doctor Ernesto Quesada (con fotografías) ... 23
Dibujos notables (con reproducciones) ... 24
El Museo Histórico Nacional (con fotografías) ... 25
Mar del Plata Golf Club (con fotografías). 26
Del Museo Etnográfico de Buenos Aires: El altar budista (con fotografías) ... 27
El arte de la platería en América (con reproducciones) ... 28
La casa de Errázuriz-Alvear (con fotografías) ... 29
A través del Chaco: La expedición Anchorena (con fotografías) ... 30
Notas de Córdoba: La colección de curiosidades del P. Cabrera (con fotografías) .. 31
El palacio Bosch-Alvear (con fotografías). 32

PÉREZ-VALIENTE (José M.ª)
Heráldica argentina: Quiroga, Zemborain, Achaval, Mansilla, Maldonado (con escudos en tricromía) ... 21

NÚM.

Heráldica argentina: Boneo, Rodrigo, Demaría, Basavilbaso, Pinto (con escudos en tricromía) ... 23
Los últimos O'Higgins (con retratos y fotografías) ... 29

PORTELA (Luisa Israel de).
La cabeza de arcilla (dibujo de Sirio) ... 28

PRINS (Enrique).
El escultor Alberto Lagos (con retrato y fotografías) ... 31

QUIROGA (Horacio).
Los remos de la gaviota (dibujo de Alvarez). 23
La voluntad (ilustración de Alvarez) ... 24
Las hijas de Eva (dibujo de Alvarez) ... 26
Los fabricantes de carbón (dibujo de Zavattaro) ... 31

REYLES (Carlos).
Diálogos olímpicos (ilustración en color, de López Naguil) ... 30

RODRÍGUEZ (Rodolfo Fausto).
Nevando (dibujo de Riambau) ... 27

ROMERO (Rodolfo).
Misiones: La Virgen de Loreto (con fotografías) ... 21

ROVIRA VILELLA (R.)
Forma y fondo (ilustración de Alonso) ... 25
El tren de carga (dibujo de Peláez) ... 28

RÚAS (Enrique M.)
La ubicuidad de los espíritus (con dibujo de Alonso) ... 22

SALAVERRÍA (José M.ª)
El rumbo de las Indias (con dibujo de Sirio). 23
Los hermanos Zubiaurre (con fotografías). 32

SERENISIMA.
Pensamientos femeninos ... 27

SERRAU (José).
Un retrato admirable (con reproducción) .. 31

SIERRA (Bernardo).
El ama rosa (dibujo de Zavattaro) ... 32

SIMBOLI (Rafael).
La «toilette» en la antigüedad (con fotografías) ... 22
La mujer sarda (con fotografías) ... 30

SIRIO (Alejandro).
Añoranzas (con dibujos) ... 21

SONDEREGUER (Pedro).
¿Locura? (con dibujo de Peláez) ... 23

SOUSSENS (Carlos de).
Louise de Saverné (con ilustración de Sirio). 23

TENA (Alberto).
El artículo 14 de la Constitución (con dibujo de Alonso) ... 24

URIÉN (Julio H.)
IV Salón de Acuarelistas (con reproducciones) ... 26
VIII Salón Anual de Arte (con reproducciones) ... 30

WOODGATE (Fanny C. de).
Pensamientos ... 21

NOTAS DE REDACCIÓN

El opio en Cafrería ... 21
Persia en Nueva York ... 21
Obeliscos mayas ... 21
Exposición de esculturas en Nueva York a favor de los aliados ... 22
El Turbé del Sultán Selim «El Atroz» ... 22
Los pintores de la guerra: Arístides Sartorio ... 22
Una escalera histórica ... 22
Notas de carnaval ... 22
Automóviles sobre el río Hudson ... 22
Arneses históricos de la Armería Real de Madrid ... 23
Esculturas que sirven de colmenas ... 23
El valle de Mina durante la peregrinación. 23
II aniversario de Plvs Vltra: Al lector. 23
Lotos en flor ... 23
Exposición de gatos en Nueva York ... 23
La caballería norteamericana ... 24
Una notable orquídea ... 24
Un paisaje lunar ... 24
Chile: Centenario de la batalla de Maipú. 24
Risas infantiles ... 24
La extravagancia en el arte ... 24
El palacio de los vientos ... 24
Mercado moruno ... 25
Los bailarines de «Chu-chin-chon» ... 25
Caricaturista soldado ... 25
Un piel roja ... 25
Fidelidad ... 25
Club femenino ... 25
La mujer norteamericana en la guerra ... 25
El toro sagrado de Mysore ... 25
Ceiba o árbol de algodón ... 26
Eduardo Sivori ... 26
Artistas notables: Angeles Ottein. Miguel Llobet ... 26
Bibliografía ... 26
De la historia de dos monumentos ... 27
Carlos Guido Spano ... 27
La fiesta del 4 de julio ... 27
Ruinas del «Monasterio», en Yucatán ... 27

NÚM.

Artistas norteamericanos ... 27
Estados Unidos: Galería de Júpiter ... 28
Arizona: El bosque petrificado ... 28
Colorado: Jardín de los dioses ... 28
Amber: Interior del palacio ... 28
Arabes visitando Bagdad ... 29
Los antropoides ... 29
Un pergamino de Hans Burgkmair ... 29
Un desfile de la policía neoyorkina ... 29
El arte en el hogar ... 29
El mayor árbol del mundo ... 30
El gran Buda de Pegú ... 30
Trogloditas americanos ... 30
Fósiles pampeanos ... 30
El Día de la Raza ... 30
La gruta de Han-Sur-Lesse ... 30
El arte en los Estados Unidos ... 30
Nueva York: Banquete en el Hotel Waldorf Astoria ... 31
Día de niebla ... 31
Los gatos con medallas ... 31
Vista general de Guatemala ... 31
La hormiga colorada de Sierra de la Ventana ... 32
Un rival del Niágara ... 32
Inauguración del Balneario Municipal (con fotografías) ... 32

FOTOGRAFÍAS ARTÍSTICAS

Puerta principal de San Lorenzo, en Potosí ... 21
Un paisaje de Córdoba (doble página) ... 21
Después de la tormenta ... 21
Suburbios de la Asunción (2.ª carátula) .. 22
En el mercado de la Asunción (doble página) ... 23
Interior del castillo del Morro (Habana) .. 23
La comunión de los enfermos (fot. P. V.) 24
Fidelidad (fot. P. V.) ... 25
Al ponerse el sol (fot. O. Nicola) ... 26
Una misa en Salta (reproducción en color). 26
En las playas de Mar del Plata: Una rompiente (doble página; fot. del señor A. del Solar Dorrego) ... 27
En el Parque Lezama (fot. P. V.) ... 27
En la estancia de S. Jacinto, Mercedes (doble página; fot. del señor A. del Solar Dorrego) ... 28
Iglesia de la Merced, Santa Fe (fot. P. V.) 28
Indios Pilagas (doble página: fot. Anchorena) ... 30
La alegría de la victoria (fot. P. V.) Segunda carátula ... 31
Alrededores de Buenos Aires (fot. Abrines) 31

R E T R A T O S

Abella Caprile, Margarita ... 31
Acevedo de Martínez de Hoz, Julia Elena. 24
Aldao de Hileret, Marta ... 23
Alvear Elortondo, Mercedes ... 23
Anchorena, Enrique de ... 26
Barradas, Rafael P. ... 22
Basavilbaso de Catelin, Enriqueta ... 30
Bernaldo de Quirós, Cesáreo ... 27
Bernstein, Sara ... 29
Bruyn, Lucía de ... 31
Calandrelli, Susana ... 25
Cao, José M.ª ... 22
Cardona, María de ... 21
Casal, Emilio ... 26
Castillo, Herminia del ... 27
Cordiviola, Cleopatra ... 27
Córdoba, Guillermo ... 29
Cranwell, Ricardo E. ... 26
D'Ors, Eugenio (Xenius) ... 21
Edwards de Errázuriz, María ... 29
Errázuriz Echazarreta, Cristina ... 29
Farina (Salvatore) ... 32
Fasce, Delia ... 30
Franco, Rodolfo ... 25
Gainza Paz, Josefina de ... 21
Galdez Morell, Señores de ... 25
García Mansilla, Jovita ... 23
González Guerrico, César ... 26
González, Joaquín V. ... 24
Gregori, Tomás ... 26
Guerrico de Ramos Mexía, Lucrecia ... 24
Guido Spano, Carlos ... 27
Jiménez, Juan Ramón ... 25
Lagos, Alberto ... 31
Lavalle de Lavalle, Dolores ... 30
Llobet, Miguel ... 26
Maeterlinck, Mauricio ... 29
Magnasco, El Doctor ... 21
Marinuzzi, El Maestro ... 28
Montenegro, Roberto ... 22
Montt Lajara, Inés ... 29
Neff, Virginia ... 30
Nelson, Juan ... 26
O'Higgins, El General ... 29
O'Higgins, El Virrey ... 29
Ortiz-Basualdo de Becú, Magdalena ... 22
Ottein, Angeles ... 26
Palmer, Carlos G. ... 26
Pearson Quintana, Isabel ... 23
Pearson Quintana, María Teresa ... 24
Pérez-Catán de Facio, Carmen ... 24
Piaggio, Elsa ... 30
Portela, Luisa Isabel de ... 21
Rapelli de Benci, María Luisa ... 27
Rossi, Alberto ... 28
Sáenz-Valiente, Dominga ... 30
Santamarina, Elena ... 23
Santamarina, Mercedes ... 31
Silva, Goy de ... 31
Sivori, Eduardo ... 26
Solar Dorrego, Alberto del ... 26
Stabile, Edith ... 30
Thebussem, El Doctor ... 27
Van Prat de Sala, Alvina ... 25
Velar Irigoyen (María Elena) ... 32
Vivot, Alberto J. ... 26
Weis, Ana ... 28
Williams, Irma ... 30
Zuberbühler, Eduardo ... 62

BINDING SECT. MAY 15 1969

AP
63
P53
año 3

Plus ultra

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY